EL LIBRO NEGRO DEL COMUNISMO

Stéphane Courtois. Nicolas Werth. Jean-Louis Panné.
Andrzej Paczkowski. Karel Bartosek. Jean-Louis Margolin.





Título original: *Le livre noir du communisme. Crimes, terreur, repression*
Traducción: César Vidal, Mercedes Corral, M.ª Victoria Esteban-Infantes, Mauro Armiño y M.ª José Furió

Diseño de cubierta: Tasmanias

Depósito Legal: M. 10.380-1998
ISBN: 84-239-8628-4

Impreso en España / Printed in Spain
Impresión: Huertas, S. A.

ÍNDICE

SEGUNDA PARTE

REVOLUCIÓN MUNDIAL, GUERRA CIVIL Y TERROR

TERCERA PARTE

LA OTRA EUROPA VÍCTIMA DEL COMUNISMO

CUARTA PARTE

COMUNISMOS DE ASIA: ENTRE LA «REEDUCACIÓN» Y LA MATANZA

QUINTA PARTE

EL TERCER MUNDO

Se ha podido escribir que «la historia es la ciencia de la desgracia de los hombres» [1] y nuestro siglo de violencia parece confirmar la veracidad de esta frase de una manera contundente. Es cierto que en los siglos anteriores pocos pueblos y pocos estados se han visto libres de algún tipo de violencia en masa. Las principales potencias europeas se vieron implicadas en la trata de esclavos negros; la República francesa practicó una colonización que, a pesar de ciertos logros, se vio señalada por numerosos episodios repugnantes que se repitieron hasta su final. Los Estados Unidos siguen inmersos en una cierta cultura de la violencia que hunde sus raíces en dos crímenes enormes: la esclavitud de los negros y el exterminio de los indios.

Pero todo eso no contradice el hecho de que nuestro siglo parece haber superado al respecto a los siglos anteriores. Un vistazo retrospectivo impone una conclusión sobrecogedora: fue el siglo de las grandes catástrofes humanas —dos guerras mundiales, el nazismo, sin hablar de tragedias más localizadas en Armenia, Biafra, Ruanda y otros lugares—. El imperio otomano se entregó ciertamente al genocidio de los armenios y Alemania al de los judíos y gitanos. La Italia de Mussolini asesinó a los etíopes. Los checos han tenido que admitir a regañadientes que su comportamiento en relación con los alemanes de los Sudetes durante 1945-46 no estuvo por encima de toda sospecha. E incluso la pequeña Suiza se encuentra hoy en día atrapada por su pasado de gestora del oro robado por los nazis a los judíos exterminados, incluso aunque el grado de atrocidad de este comportamiento no tenga ningún punto de comparación con el del genocidio.

El comunismo se inserta en esta parte del tiempo histórico desbordante de tragedias. Constituye incluso uno de sus momentos más intensos y significativos. El comunismo, fenómeno trascendental de este breve siglo XX que comienza en 1914 y concluye en Moscú en 1991, se encuentra en el centro mismo del panorama. Se trata de un comunismo que existió antes que el fascismo y que el nazismo y que los sobrevivió, y que alcanzó los cuatro grandes continentes.

¿Qué es lo que designamos exactamente bajo la denominación de «comunismo»? Es necesario introducir aquí inmediatamente una distinción entre la doctrina y la práctica. Como filosofía política, el comunismo existe desde hace siglos, incluso milenios. ¿Acaso no fue Platón quien, en *La República*, es-

[1] Raymond Queneau, *Une histoire modèle*, Gallimard, 1979, pág. 9.

tableció la idea de una ciudad ideal donde los hombres no serían corrompidos por el dinero ni el poder, donde mandarían la sabiduría, la razón y la justicia? Un pensador y hombre de estado tan eminente como sir Tomás Moro, canciller de Inglaterra en 1530, autor de la famosa *Utopía* y muerto bajo el hacha del verdugo de Enrique VIII, ¿acaso no fue otro precursor de esa tesis de la ciudad ideal? La trayectoria utópica da la impresión de ser perfectamente legítima como crítica útil de la sociedad. Participa del debate de ideas, oxígeno de nuestras democracias. Sin embargo, el comunismo del que hablamos aquí no se sitúa en el cielo de las ideas. Se trata de un comunismo muy real que ha existido en una época determinada, en países concretos, encarnado por dirigentes célebres —Lenin, Stalin, Mao, Ho Chi Minh, Castro, etc., y, más cerca de nuestra historia nacional, Maurice Thorez, Jacques Duclos, Georges Marchais—.[2]

Sea cual sea el grado de implicación de la doctrina comunista anterior a 1917 en la práctica del comunismo real —un tema sobre el que volveremos—, fue este el que puso en funcionamiento una represión sistemática, hasta llegar a erigir, en momentos de paroxismo, el terror como forma de gobierno. ¿Es inocente, sin embargo, la ideología? Algunos espíritus apesadumbrados o escolásticos siempre podrán defender que ese comunismo real no tenía nada que ver con el comunismo ideal. Sería evidentemente absurdo imputar a teorías elaboradas antes de Jesucristo, durante el Renacimiento o incluso en el siglo XIX, sucesos acontecidos durante el siglo XX. No obstante, como escribió Ignazio Silone, «verdaderamente, las revoluciones como los árboles se reconocen por sus frutos». No careció de razones el que los socialdemócratas rusos, conocidos con el nombre de «bolcheviques», decidieran en noviembre de 1917 denominarse «comunistas». Tampoco se debió al azar el que erigieran al pie del Kremlin un monumento a la gloria de aquellos que consideraban precursores suyos: Moro o Campanella.

Superando los crímenes individuales, los asesinatos puntuales, circunstanciales, los regímenes comunistas, a fin de asentarse en el poder, erigieron el crimen en masa en un verdadero sistema de gobierno. Es cierto que al cabo de un lapso de tiempo variable —que va de algunos años en Europa del Este a varias décadas en la URSS o en China— el terror perdió su vigor y los regímenes se estabilizaron en una gestión de la represión cotidiana a través de la censura de todos los medios de comunicación, del control de las fronteras y de la expulsión de los disidentes. Pero la «memoria del terror» continuó asegurando la credibilidad, y por lo tanto la eficacia, de la amenaza represiva. Ninguna de las experiencias comunistas que en algún momento fueron populares en Occidente escapó de esa ley: ni la China del «Gran Timonel», ni la Corea de Kim Il Sung, ni siquiera el Vietnam del «agradable Tío Ho» o

[2] Téngase en cuenta que el autor es francés. Para el caso español habría que hacer referencia, por ejemplo, a Dolores Ibárruri, *La Pasionaria*; el general Líster; Santiago Carrillo o Julio Anguita.

la Cuba del radiante Fidel, acompañado por el puro Che Guevara, sin olvidar la Etiopía de Mengistu, la Angola de Neto y el Afganistán de Najibullah.

Sin embargo, los crímenes del comunismo no han sido sometidos a una evaluación legítima y normal tanto desde el punto de vista histórico como desde el punto de vista moral. Sin duda, esta es una de las primeras ocasiones en que se intenta realizar un acercamiento al comunismo interrogándose acerca de esta dimensión criminal como si se tratara de una cuestión a la vez central y global. Se nos replicará que la mayoría de estos crímenes respondían a una «legalidad» aplicada por instituciones que pertenecían a regímenes en ejercicio, reconocidos en el plano internacional y cuyos jefes fueron recibidos con gran pompa por nuestros propios dirigentes. Pero ¿acaso no sucedió lo mismo con el nazismo? Los crímenes que exponemos en este libro no se definen de acuerdo con la jurisdicción de los regímenes comunistas, sino con la del código no escrito de los derechos naturales de la Humanidad.

La historia de los regímenes y de los partidos comunistas, de su política, de sus relaciones con sus sociedades nacionales y con la comunidad internacional, no se resumen en esa dimensión criminal, ni incluso en una dimensión de terror y de represión. En la URSS y en las «democracias populares» después de la muerte de Stalin, en China después de la de Mao, el terror se atenuó, la sociedad comenzó a recuperar su tendencia y la «coexistencia pacífica» —incluso si se trataba de «una continuación de la lucha de clases bajo otras formas»— se convirtió en un dato permanente de la vida internacional. No obstante, los archivos y los abundantes testimonios muestran que el terror fue desde sus orígenes una de las dimensiones fundamentales del comunismo moderno. Abandonemos la idea de que determinado fusilamiento de rehenes, determinada matanza de obreros sublevados, determinada hecatombe de campesinos muertos de hambre solo fueron «accidentes» coyunturales, propios de determinado país o determinada época. Nuestra trayectoria supera cada terreno específico y considera la dimensión criminal como una de las dimensiones propias del conjunto del sistema comunista durante todo su período de existencia.

¿De qué vamos a hablar? ¿De qué crímenes? El comunismo ha cometido innumerables: primero, crímenes contra el espíritu, pero también crímenes contra la cultura universal y contra las culturas nacionales. Stalin hizo demoler centenares de iglesias en Moscú. Ceaucescu destruyó el corazón histórico de Bucarest para edificar en su lugar edificios y trazar avenidas megalómanas. Pol Pot ordenó desmontar piedra a piedra la catedral de Phnom Penh y abandonó a la jungla los templos de Angkor. Durante la Revolución cultural maoísta, los Guardias Rojos destrozaron o quemaron tesoros inestimables. Sin embargo, por graves que pudieran ser a largo plazo esas destrucciones para las naciones implicadas y para la Humanidad en su totalidad, ¿qué peso pueden tener frente al asesinato masivo de personas, de hombres, de mujeres, de niños?

Nos hemos limitado, por lo tanto, a los crímenes contra las personas, que constituyen la esencia del fenómeno de terror. Estos responden a una nomen-

clatura común incluso, aunque una práctica concreta se encuentre más acentuada en un régimen específico: la ejecución por medios diversos (fusilamientos, horca, ahogamiento, apaleamiento; y en algunos casos, gas militar, veneno o accidente automovilístico), la destrucción por hambre (hambrunas provocadas y/o no socorridas) y la deportación, o sea, la muerte que podía acontecer en el curso del transporte (marchas a pie o en vagones de ganado) o en los lugares de residencia y/o de trabajos forzados (agotamiento, enfermedad, hambre, frío). El caso de los períodos denominados de «guerra civil» es más complejo: no resulta fácil distinguir lo que deriva de la lucha entre el poder y los rebeldes y lo que es matanza de poblaciones civiles.

No obstante, podemos establecer un primer balance numérico que aún sigue siendo una aproximación mínima y que necesitaría largas precisiones pero que, según estimaciones personales, proporciona un aspecto de considerable magnitud y permite señalar de manera directa la gravedad del tema:

— URSS, 20 millones de muertos,
— China, 65 millones de muertos,
— Vietnam, 1 millón de muertos,
— Corea del Norte, 2 millones de muertos,
— Camboya, 2 millones de muertos,
— Europa oriental, 1 millón de muertos,
— América Latina, 150.000 muertos,
— África, 1,7 millones de muertos,
— Afganistán, 1,5 millones de muertos,
— movimiento comunista internacional y partidos comunistas no situados en el poder, una decena de millares de muertos.

El total se acerca a la cifra de cien millones de muertos.

Este grado de magnitud oculta grandes diferencias entre las distintas situaciones. Resulta indiscutible que en términos relativos la «palma» se la lleva Camboya, donde Pol Pot, en tres años y medio, llegó a matar de la manera más atroz —hambre generalizada, tortura— aproximadamente a la cuarta parte de la población total del país. Sin embargo, la experiencia maoísta sobrecoge por la magnitud de las masas afectadas. En cuanto a la Rusia leninista y stalinista hiela la sangre por su aspecto experimental pero perfectamente reflexionado, lógico y político.

Este acercamiento elemental no puede agotar la cuestión cuya profundización implica un salto «cualitativo», que descansa en una definición del crimen. Esta tiene que relacionarse con criterios «objetivos» y jurídicos. La cuestión del crimen cometido por un Estado fue abordada por primera vez desde un ángulo jurídico, en 1945, en el tribunal de Nüremberg instituido por los Aliados para juzgar los crímenes nazis. La naturaleza de esos crímenes quedó definida en el artículo 6 del estatuto del tribunal, que señala tres crímenes mayores: los crímenes contra la paz, los crímenes de guerra y los crímenes contra la Humanidad. Ahora bien, un examen de conjunto de los crímenes cometidos bajo el régimen leninista/stalinista, y después en el mundo comunista

en general, nos lleva a reconocer en los mismos cada una de estas tres categorías.

Los crímenes contra la paz aparecen definidos por el artículo 6a y se refieren a «la dirección, la preparación, el desencadenamiento o la realización de una guerra de agresión, o de una guerra en que se violen tratados, pactos o acuerdos internacionales, o la participación en un plan concertado o en una conspiración para la realización de uno cualquiera de los actos precedentes». Stalin cometió sin ningun género de dudas este tipo de crimen, aunque solo fuera al negociar en secreto con Hitler, mediante los tratados de 23 de agosto y de 28 de septiembre de 1939, el reparto de Polonia y la anexión a la URSS de los Estados bálticos, de la Bukovina del norte y de Besarabia. El tratado del 23 de agosto, al liberar a Alemania del peligro de una guerra en dos frentes, provocó de forma directa el desencadenamiento de la Segunda guerra mundial. Stalin perpetró un nuevo crimen contra la paz al agredir a Finlandia el 30 de noviembre de 1939. El ataque inopinado de Corea del Norte contra Corea del Sur el 25 de junio de 1950 y la intervención masiva del ejército de China comunista tienen las mismas características. Los métodos de subversión, utilizados de manera alternativa por los partidos comunistas dirigidos desde Moscú, podrían ser igualmente asimilados a los crímenes contra la paz, porque su acción ha desembocado en guerras. Así, un golpe de Estado comunista en Afganistán llevó, el 27 de diciembre de 1979, a una intervención militar masiva de la URSS, dando inicio a una guerra que aún no ha concluido del todo.

Los crímenes de guerra aparecen definidos en el artículo 6b como «las violaciones de las leyes y costumbres de la guerra. Estas violaciones comprenden, sin limitarse a estas conductas, el asesinato, los malos tratos o la deportación para realizar trabajos forzados o con cualquier otra finalidad, de las poblaciones civiles en los territorios ocupados, el asesinato o los malos tratos de los prisioneros de guerra o de las personas localizadas en el mar, la ejecución de rehenes, el saqueo de bienes públicos o privados, la destrucción sin motivo de ciudades y pueblos o la devastación no justificada por las exigencias militares». Las leyes y costumbres de la guerra aparecen inscritas en convenciones de las que la más conocida es la Convención de La Haya de 1907, que estipula: «En tiempo de guerra, las poblaciones y los beligerantes permanecen bajo el imperio de los principios del derecho de gentes tal y como se derivan de los usos establecidos por las naciones civilizadas, por las leyes de la humanidad y por las exigencias de la conciencia pública».

Ahora bien, Stalin ordenó o autorizó numerosos crímenes de guerra, siendo el más espectacular la liquidación de la casi totalidad de los oficiales polacos hechos prisioneros en 1939, de los que solo son un episodio los 45.000 muertos de Katyn. Sin embargo, otros crímenes de mucha mayor amplitud han pasado inadvertidos, como el asesinato o la muerte en el Gulag de centenares de miles de soldados alemanes capturados entre 1943 y 1945. A esto se añaden las violaciones en masa de mujeres alemanas por los soldados del Ejér-

cito Rojo en la Alemania ocupada, sin hablar del saqueo sistemático, llevado a cabo por el Ejército Rojo, de todo útil industrial localizado en los países ocupados. Tienen cabida en el mismo artículo 6b los resistentes organizados que combatieron el poder comunista de manera abierta, cuando fueron hechos prisioneros y fusilados o deportados. Por ejemplo, los militares de las organizaciones polacas de resistencia antinazi (POW, AK), los miembros de las organizaciones de guerrilleros armados bálticos y ucranianos, los resistentes afganos, etc.

La expresión «crimen contra la Humanidad» apareció por primera vez el 18 de mayo de 1915, en una declaración contra Turquía suscrita por Francia, Inglaterra y Rusia en relación con la matanza de los armenios, calificada de «nuevo crimen de Turquía contra la Humanidad y la civilización». Las exacciones nazis impulsaron al tribunal de Nüremberg a redefinir la noción en su artículo 6c: «El asesinato, el exterminio, la reducción a la esclavitud, la deportación y cualquier otro acto inhumano cometido contra todas las poblaciones civiles, antes o durante la guerra, o las persecuciones por motivos políticos, raciales o religiosos, cuando estos actos o persecuciones hayan o no constituido una violación del derecho interno del país en que fueron perpetrados, fueran cometidos a continuación de cualquiera de los crímenes que entran dentro de la competencia del tribunal, o en relación con ese crimen».

En su requisitoria de Nüremberg, François de Menthon, fiscal del Tribunal Supremo francés, subrayaba la dimensión ideológica de estos crímenes:

«Me propongo demostrarles que toda comisión de crímenes organizada y masiva deriva de lo que me permitiría denominar un crimen contra el espíritu, quiero decir de una doctrina que, negando todos los valores espirituales, racionales o morales, sobre los que los pueblos han intentando desde hace milenios hacer progresar la condición humana, pretende sumergir a la Humanidad en la barbarie, y no ya en la barbarie natural y espontánea de los pueblos primitivos, sino en una barbarie demoníaca ya que es consciente de sí misma y utiliza para la consecución de sus fines todos los medios materiales puestos a disposición del hombre por la ciencia contemporánea. El pecado original del nacionalsocialismo, a partir del cual se derivan todos los crímenes, es este pecado contra el espíritu. Esta doctrina monstruosa es la del racismo. (...) Ya se trate de crimen contra la paz o de crímenes de guerra, no nos encontramos ante una criminalidad accidental, ocasional, que los acontecimientos podrían ciertamente no justificar, pero sí explicar. Nos encontramos, por el contrario, ante una criminalidad sistemática que deriva de forma directa y necesaria de una doctrina monstruosa, servida con una voluntad deliberada por los dirigentes de la Alemania nazi.»

François de Menthon precisaba igualmente que las deportaciones destinadas a asegurar una mano de obra suplementaria para la máquina de guerra alemana y las que pretendían exterminar a los opositores no eran sino «una

consecuencia natural de la doctrina nacionalsocialista para la que el hombre no tiene ningún valor en sí, cuando no se halla al servicio de la raza alemana». Todas las declaraciones en el tribunal de Nüremberg insistían en una de las características mayores del crimen contra la Humanidad: el hecho de que el poder del Estado fuera puesto al servicio de una política y de una práctica criminales. Sin embargo, la competencia del tribunal se hallaba limitada a los crímenes cometidos durante la Segunda guerra mundial. Resultaba, por lo tanto, indispensable ampliar la noción jurídica a situaciones que no se relacionaran con esta guerra. El nuevo Código penal francés, promulgado el 23 de julio de 1992, define así el crimen contra la Humanidad: «La deportación, la reducción a la esclavitud o la práctica masiva y sistemática de ejecuciones sumarias, de arrestos de personas seguidos por su desaparición, de la tortura o de actos inhumanos, inspirados por motivos *políticos, filosóficos*, raciales o religiosos, y organizados en ejecución de un plan concertado en relación con un grupo de la población civil» (el énfasis es nuestro).

Ahora bien, todas estas definiciones, en particular la reciente definición francesa, se aplican a numerosos crímenes cometidos bajo Lenin, y sobre todo bajo Stalin, y posteriormente en todos los países de régimen comunista con la excepción (a beneficio de inventario) de Cuba y de la Nicaragua de los sandinistas. La condición principal no parece que pueda discutirse: los regímenes comunistas han actuado «en el nombre de un Estado que ha practicado una política de hegemonía ideológica». Precisamente en nombre de esta doctrina, fundamento lógico y necesario del sistema, fueron asesinados decenas de millones de inocentes sin que pudiera imputárseles ningún acto en particular, a menos que se reconozca que era un crimen el ser noble, burgués, kulak, ucraniano e incluso obrero o... miembro del partido comunista. La intolerancia activa formaba parte del programa puesto en funcionamiento. ¿No fue el jefe supremo de los sindicatos soviéticos, Tomsky, el que el 13 de noviembre de 1927 declaraba en *Trud:* «Entre nosotros también pueden existir otros partidos. Pero este es el principio fundamental que nos distingue de Occidente. La situación imaginable es la siguiente: ¡un partido reina y todos los demás están en prisión!» [3].

La noción de crimen contra la humanidad es compleja y abarca crímenes expresamente mencionados. Uno de los más específicos es el genocidio. Tras el genocidio de los judíos cometido por los nazis, y a fin de precisar el artículo 6c del tribunal de Nüremberg, la noción fue definida por una convención de las Naciones Unidas de 9 de diciembre de 1948: «Se entiende por genocidio cualquiera de los actos mencionados a continuación, cometidos con la intención de destruir en todo o en parte a un grupo nacional, étnico, racial o religioso, como tal: a) asesinatos de miembros del grupo, b) atentado grave contra la integridad física o mental de los miembros del grupo, c) sumisión intencionada del grupo a condiciones de existencia que deben acarrear su

[3] Citado por Kostas Papaionannou, *Les Marxistes*, J'ai lu, 1965.

destrucción física total o parcial, d) medidas que pretendan estorbar los nacimientos en el seno del grupo, e) traslados forzados de niños del grupo a otro grupo».

El nuevo Código penal francés proporciona una definición aún más amplia del genocidio: «El hecho, en ejecución de un *plan concertado* que tiende a la destrucción total o *parcial* de un grupo nacional, étnico, racial o religioso, *o de un grupo determinado a partir de cualquier otro criterio arbitrario*» (el énfasis es nuestro). Esta definición jurídica no contradice el enfoque más filosófico de André Frossard para el que «existe crimen contra la Humanidad cuando se mata a alguien con el pretexto de que ha nacido» [4]. Y en su breve y magnífico relato titulado *Todo pasa*, Vassili Grossman dice de Iván Grigorievich, su héroe, que regresa de los campos de concentración: «Había seguido siendo lo que era desde su nacimiento, un hombre» [5]. Precisamente por eso había caído bajo el golpe del terror. La definición francesa permite subrayar que el genocidio no es siempre del mismo tipo (racial como en el caso de los judíos), sino que puede también ir dirigido contra grupos sociales. En un libro publicado en Berlín en 1924, titulado *El terror rojo en Rusia*, el historiador ruso, y socialista, Serguei Melgunov, citaba a Latzis, uno de los primeros jefes de la Cheka (la policía política soviética) que, el 1 de noviembre de 1918, proporcionó directrices a sus esbirros: «No hacemos la guerra contra las personas en particular. Exterminamos a la burguesía como clase. No busquéis, durante la investigación, documentos o pruebas sobre lo que el acusado ha cometido, mediante acciones o palabras, contra la autoridad soviética. La primera pregunta que debéis formularle es la de a qué clase pertenece, cuáles son su origen, su educación, su instrucción, su profesión» [6].

De entrada, Lenin y sus camaradas se situaron en el marco de una «guerra de clases» sin compasión en la que el adversario político, ideológico o incluso la población recalcitrante eran considerados —y tratados— como enemigos y debían ser exterminados. Los bolcheviques decidieron eliminar, legalmente pero también físicamente, toda oposición y toda resistencia, incluso pasiva, a su poder hegemónico, no solo cuando esta procedía de grupos de oposición política, sino también de grupos sociales en sentido estricto —la nobleza, la burguesía, la intelligentsia, la Iglesia, etc., y categorías profesionales (los oficiales, los policías...)— y confirieron en ocasiones a esta acción una dimensión genocida. Desde 1920, la «descosaquización» encaja ampliamente en la definición de genocidio: el conjunto de una población con una implantación territorial fuertemente determinada, los cosacos, fue exterminada por su condición de tal. Los hombres fueron fusilados, y las mujeres, los niños y los ancianos, deportados, las poblaciones arrasadas o entregadas a nuevos ocupantes no cosacos. Lenin asimilaba a los cosacos con la Vendée durante la Re-

[4] *Le Crime contre l'humanité*, Robert Laffont, 1987.
[5] *Tout passe*, Julliard-L'Âge de l'homme, 1984.
[6] Jacques Baynac, *La Terreur sous Lénine*, Le Sagittaire, 1975, pág. 75.

volución francesa, y deseaba aplicarles el tratamiento que Gracchus Babeuf, «el inventor» del comunismo moderno, calificaba desde 1795 de «populicida» [7].

La «deskulakización» de 1930-1932 solo fue una reanudación a gran escala de la «descosaquización» teniendo por añadidura la reivindicación de la operación por parte de Stalin, cuya frase oficial, pregonada por la propaganda del régimen, era «exterminar a los kulaks como clase». Los kulaks que se resistieron a la colectivización fueron fusilados; los demás resultaron deportados con mujeres, niños y ancianos. Es cierto que no todos fueron directamente exterminados, pero el trabajo forzado al que se vieron obligados, en zonas sin roturar de Siberia o del Gran Norte, les dejó pocas oportunidades de sobrevivir. Varios centenares de miles dejaron la vida en estos lugares pero el número exacto de víctimas sigue siendo desconocido. Por lo que se refiere a la gran hambruna ucraniana de 1932-1933, vinculada a la resistencia de las poblaciones rurales contra la colectivización forzosa, provocó en unos meses la muerte de seis millones de personas.

En este caso, el genocidio «de clase» se unió al genocidio «de raza»: la muerte por inanición de un hijo de kulak ucraniano deliberadamente entregado al hambre por el régimen stalinista «equivale» a la muerte por inanición de un niño judío del *ghetto* de Varsovia entregado al hambre por el régimen nazi. Esta constatación no pone en absoluto en tela de juicio la «singularidad de Auschwitz»: la movilización de los recursos técnicos más modernos y la puesta en funcionamiento de un verdadero «proceso industrial» —la construcción de una «fábrica de exterminio»—, el uso de gases y la cremación. Sin embargo, subraya una particularidad de muchos regímenes comunistas: la utilización sistemática del «arma del hambre». El régimen tiende a controlar la totalidad de las reservas de alimentos disponibles y, mediante un sistema de racionamiento a veces muy sofisticado, solo la redistribuye en función del «mérito» o del «demérito» de unos y de otros. Este salto puede llegar incluso a provocar gigantescas hambrunas. Recordemos que, en el período posterior a 1918, solo los países comunistas conocieron hambres que llevaron a la muerte a centenares de miles, incluso de millones de hombres. Todavía en la última década, dos de los países de África que se aferraban al marxismo-leninismo —Etiopía y Mozambique— tuvieron que experimentar mortíferas hambrunas.

Puede realizarse un primer balance global de estos crímenes:

— fusilamiento de decenas de miles de rehenes o de personas confinadas en prisión sin juicio y asesinato de centenares de miles de obreros y de campesinos rebeldes entre 1918 y 1922;
— hambruna de 1922 que provocó la muerte de cinco millones de personas;
— liquidación y deportación de los cosacos del Don en 1920;

[7] Gracchus Babeuf, *La Guerre de Vendée et le système de dépopulation*, Tallandier, 1987.

— asesinato de decenas de miles de personas en los campos de concentración entre 1918 y 1930;
— liquidación de cerca de 690.000 personas durante la Gran Purga de 1937-1938;
— deportación de dos millones de kulaks (o de gente a la que se calificó de tales) en 1930-1932;
— destrucción por el hambre provocado y no auxiliado de seis millones de ucranianos en 1932-1933;
— deportación de centenares de miles de personas procedentes de Polonia, Ucrania, los países bálticos, Moldavia y Besarabia en 1939-1941 y después en 1944-1945;
— deportación de los alemanes del Volga en 1941;
— deportación-abandono de los tártaros de Crimea en 1943;
— deportación-abandono de los chechenos en 1944;
— deportación-abandono de los ingushes en 1944;
— deportación-liquidación de las poblaciones urbanas de Camboya entre 1975 y 1978;
— lenta destrucción de los tibetanos por los chinos desde 1950, etc.

No acabaríamos de enumerar los crímenes del leninismo y del stalinismo, a menudo reproducidos de forma casi idéntica por los regímenes de Mao Zedong, de Kim Il Sung, de Pol Pot.

Queda una difícil cuestión epistemológica: ¿está capacitado el historiador para utilizar, en su descripción y su interpretación de los hechos, nociones como las de «crimen contra la Humanidad» o «genocidio» que arrancan, como hemos visto, del ámbito jurídico? ¿Acaso no dependen demasiado estas nociones de imperativos coyunturales —la condena del nazismo en Nüremberg— para ser integradas en una reflexión histórica que pretende establecer un análisis pertinente a medio plazo? Además ¿no se encuentran estas nociones demasiado cargadas de «valores» susceptibles de «falsear» la objetividad del análisis histórico?

En relación con lo primero, la historia de este siglo ha puesto de manifiesto que la práctica, por parte de estados o de partidos estatales, de la matanza en masa no fue algo exclusivo de los nazis. Bosnia o Ruanda prueban que estas prácticas perduran y que constituirán sin lugar a dudas una de las características principales de este siglo.

En relación con lo segundo, no es cuestión de regresar a las concepciones históricas del siglo XIX en virtud de las cuales el historiador pretendía más «juzgar» que «comprender». No obstante, frente a inmensas tragedias humanas directamente provocadas por algunas concepciones ideológicas y políticas, ¿puede el historiador abandonar cualquier principio de referencia a una concepción humanista —relacionada con nuestra civilización judeo-cristiana y con nuestra cultura democrática— por ejemplo, el respeto de la persona humana? Numerosos historiadores de prestigio no dudan en utilizar la expresión «crimen contra la Humanidad» para calificar los crímenes nazis, como es

el caso de Jean-Pierre Azema en un artículo sobre «Auschwitz» [8] o Pierre Vidal-Naquet a propósito del proceso Touvier [9]. Nos parece, por lo tanto, que no es ilegítimo utilizar estas nociones para definir algunos de los crímenes cometidos en los regímenes comunistas.

Además de la cuestión de la responsabilidad directa de los comunistas en el poder, se plantea la de la complicidad. El código penal canadiense, reformado en 1987, considera, en su artículo 8 (3.77), que los delitos de crimen contra la Humanidad incluyen los casos de tentativa, de complicidad, de consejo, de ayuda, *de estímulo o de complicidad de hecho* [10]. Son igualmente asimilados a los crímenes contra la Humanidad —artículo 7 (3.76)— «la tentativa, la conspiración, *la complicidad después del hecho*, el consejo, la ayuda o el estímulo en relación con este hecho» (el énfasis es nuestro). Ahora bien, de los años veinte a los años cincuenta, los comunistas de todo el mundo y otras muchas personas aplaudieron hasta romperse las manos la política de Lenin y después la de Stalin. Centenares de miles de personas entraron en las filas de la Internacional comunista y de las secciones locales del «partido mundial de la revolución». En los años cincuenta-setenta, otros centenares de millares de personas incensaron al «Gran Timonel» de la revolución china y cantaron los méritos del Gran Salto Adelante o de la Revolución cultural. En una época aún más cercana a la nuestra, fueron numerosos los que se felicitaron por que Pol Pot había tomado el poder [11]. Muchos responderán que «no sabían nada» y es verdad que no era siempre fácil saber al haber convertido los regímenes comunistas el secreto en uno de sus métodos privilegiados de defensa. Pero muy a menudo, esta ignorancia era solo el resultado de una ceguera provocada por la fe militante y a partir de los años cuarenta y cincuenta, muchos de estos hechos eran conocidos e indiscutibles. Ahora bien, si muchos de estos turiferarios han abandonado hoy sus ídolos de antaño, lo han hecho de manera silenciosa y discreta. ¿Qué debe pensarse de la amoralidad profunda que se da en renunciar a un compromiso público en el secreto de las almas sin extraer ninguna lección de ello?

En 1969, uno de los precursores en el estudio del terror comunista, Robert Conquest, escribía: «El hecho de que tanta gente "avalara" de manera efectiva (la Gran Purga) fue sin duda uno de los factores que posibilitaron toda la Purga. Los procesos especialmente solo habrían despertado escaso interés de no ser porque fueron dados por buenos por algunos comentaristas

[8] En J. Azema, F. Bédarida, *Dictionnaire des années de tourments*, Flammarion, 1995, pág. 777.

[9] *Réflexions sur le génocide*, La Découverte, 1995, pág. 268. Vidal-Naquet escribe además: «Se ha hablado de Katyn y de la matanza, en 1940, de los oficiales polacos prisioneros de los soviéticos. Katyn entra perfectamente en la definición de Nüremberg».

[10] Denis Szabo, «La répression des crimes contre l'humanité et des crimes de guerre au Canada» en Marcel Colin, *Le Crime contre l'Humanité*, Erès, 1996, pág. 65.

[11] Ver al respecto el análisis de Jean-Noël Darde, *Le Ministère de la Vérité: histoire d'un génocide dans le journal* L'Humanité, Le Seuil, 1984.

extranjeros, por lo tanto "independientes". Estos últimos deben, al menos en cierta medida, aceptar la responsabilidad de haber sido cómplices en estos asesinatos políticos, o, como mínimo, en el hecho de que estos se renovaran cuando la primera operación, el proceso Zinoviev (en 1936) se benefició de un crédito injustificado» [12]. Si se juzga por esta razón la complicidad moral e intelectual de cierto número de no comunistas, ¿qué se puede decir de la complicidad de los comunistas? ¿No se debe recordar que Louis Aragon lamentó públicamente en un poema de 1931 el haber solicitado la creación de una policía política en Francia [13], incluso aunque por un momento pareció criticar el período stalinista?

Joseph Berger, antiguo cuadro de la Komintern [14] que fue «purgado» y conoció los campos de concentración, cita la carta que recibió de una antigua deportada del Gulag, que siguió siendo miembro del partido después de su regreso de los campos de concentración: «Los comunistas de mi generación aceptaron la autoridad de Stalin. Aprobaron sus crímenes. Esto es cierto no solamente en relación con los comunistas soviéticos sino también respecto a los del mundo entero, y esta mancha nos marca de forma individual y colectiva. Solo podemos borrarla actuando de tal manera que nunca pueda volver a producirse nada parecido. ¿Qué fue lo que pasó? ¿Perdimos entonces el espíritu o es ahora cuando nos hemos convertido en traidores al comunismo? La verdad es que todos, incluidos aquellos que estaban más cerca de Stalin, convertimos ciertos crímenes en lo contrario de lo que eran. Los tomamos por contribuciones importantes a la victoria del socialismo. Creímos que todo lo que fortalecía el poder político del partido comunista en la Unión Soviética y en el mundo era una victoria para el socialismo. Nunca imaginamos que pudiera existir en el seno del comunismo un conflicto entre la política y la ética» [15].

Por su parte, Berger matiza la afirmación: «Yo considero que si bien puede condenarse la actitud de aquellos que aceptaron la política de Stalin, lo que no fue el caso de todos los comunistas, es más difícil reprocharles el no haber conseguido que esos crímenes resultaran imposibles. Creer que algunos hombres, incluso de elevada posición, podían contrarrestar sus planes, significa que no se comprende nada de lo que fue su despotismo bizantino». Con todo, Berger tiene «la excusa» de haberse encontrado en la URSS y por lo tanto de haberse visto atrapado entre las fauces de la máquina infernal sin poder escapar de ella. Pero ¿qué ceguera empujó a los comunistas de Europa

[12] «La Grande Purge» en *Preuves*, febrero-marzo de 1969.

[13] Ver Louis Aragon, *Prélude au temps des cerises*.

[14] Aunque suele ser habitual en obras en castellano la utilización del término Komintern en masculino, hemos conservado a lo largo de la presente obra el mismo en femenino —al igual que en la traducción de las obras de E. H. Carr— ya que es la abreviatura de la Internacional comunista. También hemos preferido Komintern a Comintern para respetar la correcta transcripción del término original ruso *(N. del T.)*.

[15] Joseph Berger, *Le Naufrage d'une génération*, Denoël, «Lettres nouvelles», 1974, pág. 255.

occidental que no caían bajo la amenaza directa del NKVD para que continuaran cantando las loas del sistema y de su jefe? ¡Ya tenía que haber sido poderoso el filtro mágico que los mantenía bajo aquella sumisión! En su notable obra sobre la Revolución rusa —*La Tragedia soviética*— Martin Malia levanta una esquina del velo al hablar de «esa paradoja de un gran ideal que llevó a un gran crimen» [16]. Annie Kriegel, otra relevante analista del comunismo, insistía en esta articulación casi necesaria de las dos caras del comunismo: una luminosa y la otra sombría.

Tzvetan Todorov proporciona una primera respuesta para esta paradoja: «El habitante de una democracia occidental desearía creer que el totalitarismo es completamente ajeno a las aspiraciones humanas normales. Ahora bien, si así hubiera sido el totalitarismo no se habría mantenido durante tanto tiempo ni habría arrastrado a tanto individuos en pos de sí. Por el contrario, es una máquina de una eficacia impresionante. La ideología comunista propone la imagen de una sociedad mejor y nos impulsa a aspirar a ella: ¿acaso no es parte integrante de la identidad humana el deseo de transformar el mundo en nombre de un ideal? (...) Además, la sociedad comunista priva al individuo de sus responsabilidades: son siempre "ellos" los que deciden. Ahora bien, la responsabilidad es un fardo que a menudo resulta pesado de llevar (...) La atracción ejercida por el sistema totalitario, experimentada inconscientemente por individuos muy numerosos, procede de cierto temor hacia la libertad y la responsabilidad, lo que explica la popularidad de todos los regímenes autoritarios (esa es la tesis de Erich Fromm en *El miedo a la libertad*). Existe una "servidumbre voluntaria" decía ya Boecia» [17].

La complicidad de aquellos que se han entregado a la servidumbre voluntaria no ha sido ni es siempre abstracta y teórica. El sencillo acto de aceptar y/o esparcir una propaganda destinada a ocultar la verdad evidenciaba y evidencia siempre complicidad activa. Porque la publicidad es el único medio —aunque no sea siempre eficaz como acaba de poner de manifiesto la tragedia de Ruanda— de combatir los crímenes en masa cometidos en secreto, al abrigo de las miradas indiscretas.

El análisis de esta realidad central del fenómeno comunista en el poder —dictadura y terror— no resulta fácil. Jean Ellenstein ha definido el fenómeno stalinista como una mezcla de tiranía griega y de despotismo oriental. La fórmula resulta seductora pero no tiene en cuenta el carácter moderno de esta experiencia y su alcance totalitario distinto del que encontramos en las formas de dictadura anteriormente conocidas. Un examen comparativo rápido permitirá que se la sitúe mejor.

En primer lugar se podría hacer referencia a la tradición rusa de opresión. Los bolcheviques combatieron el régimen de terror del zar que, no obstante, fue apenas una sombra de los horrores del bolchevismo en el poder. El

[16] *La Tragédie soviétique*, Le Seuil, 1995, pág. 15.

[17] Tzvetan Todorov, *L'Homme dépaysé*, Le Seuil, 1996, pág. 36.

zar enviaba a los prisioneros políticos ante una justicia verdadera; y la defensa podía expresarse tanto, si es que no más, que la acusación y utilizar como testigo a una opinión pública nacional inexistente en un régimen comunista y sobre todo a la opinión pública internacional. Los presos y los condenados se beneficiaban de una reglamento de prisiones y el régimen de confinamiento o incluso de deportación era relativamente suave. Los deportados podían marchar con su familia, leer y escribir lo que bien les parecía, cazar, pescar y encontrarse en los momentos de ocio con sus compañeros de «infortunio». Lenin y Stalin lo pudieron experimentar personalmente. Incluso *Los recuerdos de la casa de los muertos* de Dostoyevsky, que tanto sobrecogieron a la opinión pública al ser publicados, parecen bastante anodinos cuando se procede a compararlos con los horrores del comunismo. Ciertamente hubo en la Rusia de los años 1880-1914 tumultos e insurrecciones reprimidas duramente por un sistema político arcaico. Sin embargo, de 1825 a 1917, el número total de personas condenadas a muerte en Rusia por sus opiniones o su acción política fue de 6.360, de las que 3.932 fueron ejecutadas —191 de 1825 a 1905 y 3.741 de 1906 a 1910—, cifra que ya había sido superada por los bolcheviques en marzo de 1918, después de estar en el poder solamente durante cuatro meses. El balance de la represión zarista no tiene, por lo tanto, punto de comparación con el del terror comunista.

En los años veinte a cuarenta el comunismo estigmatizó violentamente el terror practicado por los regímenes fascistas. Un examen rápido de las cifras muestra, también en este caso, que las cosas no son tan sencillas. El fascismo italiano, el primero en actuar y que abiertamente se reivindicó como «totalitario», ciertamente encarceló y a menudo maltrató a sus adversarios políticos. Sin embargo, rara vez llegó hasta el asesinato y, por lo menos durante los años treinta, Italia contaba con algunos centenares de presos políticos y varios centenares de *confinati* —internados en residencia vigilada en las islas— y, es cierto, decenas de miles de exiliados políticos.

Hasta la guerra, el terror nazi apuntó hacia algunos grupos. Los opositores al régimen —principalmente comunistas, socialistas, anarquistas, algunos sindicalistas— fueron reprimidos de manera abierta, encarcelados en prisiones y sobre todo internados en campos de concentración, sometidos a severas vejaciones. En total, de 1933 a 1939, alrededor de 20.000 militantes de izquierdas fueron asesinados después de ser juzgados o sin ser juzgados en los campos de concentración y las prisiones. Esto sin mencionar los ajustes de cuentas internas del nazismo como la «Noche de los cuchillos largos» en junio de 1934. Otra categoría de víctimas destinada a la muerte fueron los alemanes de los que se consideraba que no correspondían a los criterios raciales del «gran ario rubio»: enfermos mentales, minusválidos, ancianos. Hitler decidió pasar a la acción aprovechando la guerra: 70.000 alemanes fueron víctimas de un programa de eutanasia mediante el gaseamiento entre el final de 1939 y el inicio de 1941, hasta que las Iglesias elevaron sus protestas y el programa fue detenido. Los métodos de gasea-

miento puestos entonces a punto fueron aplicados al tercer grupo de víctimas, los judíos.

Hasta que se produjo el estallido de la guerra, las medidas de exclusión relacionadas con ellos estuvieron generalizadas, pero su persecución llegó a su apogeo durante la «Noche de los cristales rotos» [18] con varios centenares de muertos y 35.000 detenciones en campos de concentración. Hasta que comenzó la guerra, y sobre todo a partir del ataque contra la URSS, no se produjo un desencadenamiento del terror nazi cuyo balance resumido es el siguiente: 15 millones de civiles muertos en los países ocupados; 5,1 millones de judíos; 3,3 millones de prisioneros de guerra soviéticos; 1,1 millón de deportados muertos en los campos, varios centenares de miles de gitanos. A estas víctimas se añadieron 8 millones de personas condenadas a trabajos forzados y 1,6 millones de detenidos en campos de concentración que no fallecieron.

El terror nazi ha sobrecogido las mentes por tres razones. En primer lugar, porque afectó directamente a los europeos. Además, al haber sido vencidos los nazis y juzgados sus principales dirigentes en Nüremberg, sus crímenes fueron señalados y estigmatizados de manera oficial como tales. Finalmente, el descubrimiento del genocidio perpetrado contra los judíos constituyó un trauma para las conciencias por su carácter en apariencia irracional, su dimensión racista y la radicalidad del crimen.

No tenemos aquí el propósito de establecer no se sabe qué macabra aritmética comparativa, qué contabilidad por partida doble del horror o qué jerarquía en la crueldad. Sin embargo, los hechos son testarudos y ponen de manifiesto que los regímenes comunistas cometieron crímenes que afectaron a unos a cien millones de personas, contra unos 25 millones de personas aproximadamente del nazismo. Este sencillo dato debe por lo menos llevar a una reflexión comparativa acerca de la similitud entre el régimen que fue considerado a partir de 1945 como el más criminal del siglo, y un sistema comunista que conservó hasta 1991 toda su legitimidad internacional y que, hasta el día de hoy, se mantiene en el poder en algunos países y conserva adeptos en todo el mundo. Y aunque muchos partidos comunistas han reconocido tardíamente los crímenes del stalinismo, en su mayoría, no han abandonado los principios de Lenin y tampoco se interrogan sobre su propia implicación en el fenómeno terrorista.

Los métodos puestos en funcionamiento por Lenin y sistematizados por Stalin y sus émulos no solamente recuerdan los métodos nazis sino que muy a menudo los precedieron. A este respecto, Rudolf Hess, el encargado de crear el campo de Auschwitz, y su futuro comandante, pronunció frases muy signi-

[18] Recibe este nombre un pogrom llevado a cabo por los nazis en la noche del 9 a 10 de noviembre de 1938 en el curso del cual se produjeron el asesinato de un centenar de judíos, las lesiones de aproximadamente un millar, la destrucción y saqueo de unos 7.500 establecimientos regentados por judíos y el asalto o incendio de unas 250 sinagogas. Además Himmler, el Reichsführer de las SS, ordenó el internamiento en campos de concentración de 26.000 judíos y se impuso una multa colectiva sobre toda la comunidad judía de Alemania. *(N. del T.).*

ficativas: «La dirección de Seguridad hizo llegar a los comandantes de los campos una documentación detallada en relación con el tema de los campos de concentración rusos. Partiendo de testimonios de evadidos, se exponían con todo detalle las condiciones que reinaban en los mismos. Se subrayaban en ellos de manera particular que los rusos aniquilaban poblaciones enteras empleándolas en trabajos forzados» [19]. Sin embargo, el hecho de que los comunistas inauguraran el grado y las técnicas de violencia en masa y que los nazis pudieran inspirarse en ellas no implica, desde nuestro punto de vista, que se pueda establecer una relación directa de causa-efecto entre la toma del poder por los bolcheviques y el surgimiento del nazismo.

Desde finales de los años veinte, la GPU (nueva denominación de la Cheka) inauguró el método de cuotas: cada región, cada distrito debía detener, deportar o fusilar un porcentaje dado de personas que pertenecieran a segmentos sociales «enemigos». Esos porcentajes eran definidos centralmente por la dirección del partido. La locura planificadora y la manía estadística no solo afectaron a la economía sino que también se apoderaron del ámbito del terror. Desde 1920, con la victoria del Ejército Rojo sobre el ejército blanco, en Crimea aparecieron métodos estadísticos, incluso sociológicos: las víctimas fueron seleccionadas según criterios precisos establecidos sobre la base de cuestionarios a los que nadie podía sustraerse. Los mismos métodos «sociológicos» serán puestos en funcionamiento por los soviéticos para organizar las deportaciones y liquidaciones masivas en los estados bálticos y en la Polonia ocupada en 1939-1941. El transporte de los deportados en vagones de ganado dio lugar a las mismas «aberraciones» que en el caso nazi: en 1943-1944, en plena guerra, Stalin ordenó retirar del frente millares de vagones y centenares de millares de hombres de las tropas especiales del NKVD para asegurar en el plazo bien breve de unos días la deportación de los pueblos del Cáucaso. Esta lógica genocida —que consiste, citando el Código penal francés, en «la destrucción total o parcial de un grupo nacional, étnico, racial o religioso, o de un grupo determinado a partir de cualquier otro criterio arbitrario»— aplicada por el poder comunista a grupos designados como enemigos, a sectores de su propia sociedad, fue llevada hasta su paroxismo por Pol Pot y sus Jemeres rojos.

La relación entre nazismo y comunismo por lo que se refiere a sus exterminios respectivos resulta susceptible de causar sorpresa. Sin embargo, fue Vassili Grossman —cuya madre fue asesinada por los nazis en el *ghetto* de Berdichev, que escribió el primer texto sobre Treblinka y fue uno de los autores del *Libro negro* sobre el exterminio de los judíos de la URSS—, quien en su relato *Todo pasa* hace decir a uno de sus personajes en relación con el hambre en Ucrania: «Los escritores y el mismo Stalin decían todos lo mismo: los kulaks son parásitos, queman el trigo, matan a los niños. Y se nos afirmó sin ambages: hay que levantar a las masas contra ellos y aniquilar a todos esos

[19] *Le commandant d'Auschwitz parle*, La Découverte, 1995, pág. 224.

malditos, como clase». Añade: «Para matarlos, había que declarar: los kulaks no son seres humanos. Era exactamente igual que los alemanes cuando decían: los judíos no son seres humanos. Es lo que dijeron Lenin y Stalin: los kulaks no son seres humanos». Y Grossman concluye a propósito de los hijos de los kulaks: «Es como los alemanes que mataron a los hijos de los judíos en las cámaras de gas: no tenéis derecho a vivir, ¡sois judíos!» [20].

En cada caso el objeto de los golpes no fueron individuos sino grupos. El terror tuvo como finalidad exterminar a un grupo designado como enemigo que, ciertamente, solo constituía una fracción de la sociedad, pero que fue golpeado en cuanto tal por una lógica genocida. Así, los mecanismos de segregación y de exclusión del «totalitarismo de clase» se asemejan singularmente a los del «totalitarismo de raza». La sociedad nazi futura debía ser construida alrededor de la «raza pura», la sociedad comunista futura alrededor de un pueblo proletario purificado de toda escoria burguesa. La remodelación de estas dos sociedades fue contemplada de la misma manera, incluso aunque los criterios de exclusión no fueran los mismos. Resulta, por lo tanto, falso pretender que el comunismo sea un universalismo: aunque el proyecto tiene una vocación mundial, una parte de la humanidad es declarada indigna de existir, como sucedía en el nazismo. La diferencia reside en que la poda por estratos (clases) reemplaza a la poda racial y territorial de los nazis. Los crímenes leninistas, stalinistas y maoístas y la experiencia camboyana plantean, por lo tanto, a la humanidad —así como a los juristas y a los historiadores— una cuestión nueva: ¿cómo calificar el crimen que consiste en exterminar, por razones político-ideológicas, no ya a individuos o a grupos limitados de opositores, sino a segmentos masivos de la sociedad? ¿Hay que inventar una nueva denominación? Algunos autores anglosajones así lo piensan y han creado el término «politicidio». ¿O es preciso llegar hasta el punto, como lo hacen los juristas checos, de calificar los crímenes cometidos bajo el régimen comunista de simplemente «crímenes comunistas»?

¿Qué se sabía de los crímenes del comunismo? ¿Qué se quería saber? ¿Por qué ha sido necesario esperar a finales de siglo para que este tema acceda a la condición de objeto de estudio científico? Porque resulta evidente que el estudio del terror stalinista y comunista en general, comparado con el estudio de los crímenes nazis, presenta un enorme retraso que hay que compensar, incluso aunque en el Este los estudios se multipliquen.

Resulta inevitable sentirse sobrecogido por un fuerte contraste. Los vencedores de 1945 colocaron legítimamente el crimen —y en particular el genocidio de los judíos— en el centro de su condena del nazismo. Numerosos investigadores en el mundo entero trabajan desde hace décadas sobre este tema. Se le han consagrado millares de libros, decenas de películas, algunas de ellas muy célebres y con perspectivas muy distintas como *Noche y bruma* o *Shoah*, *La decisión de Sophie* o *La lista de Schindler*. Raul Hilberg, por citarle solo a

[20] Vassili Grossman, *op. cit.*, págs. 140 y 150.

él, centró su obra más importante en la descripción detallada de las formas de asesinato de los judíos en el III Reich [21].

Ahora bien, no existen análisis de este tipo en relación con la cuestión de los crímenes comunistas. Mientras que los nombres de Himmler o de Eichman son conocidos en todo el mundo como símbolos de la barbarie contemporánea, los de Dzerzhinsky, Yagoda o Yezhov son ignorados por la mayoría. En cuanto a Lenin, Ho Chi Minh e incluso Stalin aún siguen teniendo derecho a una sorprendente reverencia. ¡Un organismo del Estado francés, la Lotería, tuvo incluso la inconsciencia de asociar a Stalin y a Mao a una de sus campañas publicitarias! ¿A quién se le habría ocurrido utilizar a Hitler o a Goebbels en una operación similar?

La atención excepcional otorgada a los crímenes hitlerianos está perfectamente justificada. Responde a la voluntad de los supervivientes de testificar, de los investigadores de comprender y de las autoridades morales y políticas de confirmar los valores democráticos. Pero ¿por qué ese débil eco en la opinión pública de los testimonios relativos a los crímenes comunistas? ¿Por qué ese silencio incómodo de los políticos? Y, sobre todo, ¿por qué ese silencio «académico» sobre la catástrofe comunista que ha afectado, desde hace ochenta años, a cerca de una tercera parte del género humano en cuatro continentes? ¿Por qué esa incapacidad para colocar en el centro del análisis del comunismo un factor tan esencial como el crimen, el crimen en masa, el crimen sistemático, el crimen contra la Humanidad? ¿Nos encontramos frente a una imposibilidad de comprender? ¿No se trata más bien de una negativa deliberada de saber, de un temor a comprender?

Las razones de esta ocultación son múltiples y complejas. En primer lugar, ha tenido su papel la voluntad clásica y constante de los verdugos de borrar las huellas de sus crímenes y de justificar lo que no podían ocultar. El «informe secreto» de Jrushchov de 1956, que constituyó el primer reconocimiento de los crímenes comunistas por los mismos dirigentes comunistas, es también el de un verdugo que intenta a la vez enmascarar y cubrir sus propios crímenes —como dirigente del partido comunista en el período más acentuado del terror— atribuyéndolos solo a Stalin y prevaliéndose de la obediencia a las órdenes, para ocultar la mayor parte del crimen —solo habla de las víctimas comunistas, mucho menos numerosas que las demás— para hacer comentarios eufemísticos sobre estos crímenes —los califica de «abusos cometidos bajo Stalin»— y, finalmente, para justificar la continuidad del sistema con los mismos principios, las mismas estructuras y los mismos hombres.

Jrushchov da testimonio de ello con crudeza cuando señala las oposiciones con las que chocó durante la preparación del «informe secreto», en particular por parte de uno de los hombres de confianza de Stalin: «Kaganovich era un tiralevitas de tal magnitud que habría degollado a su propio padre si Stalin se lo hubiera señalado con un parpadeo diciéndole que era en interés de la

[21] Raul Hilberg, *La Destruction des Juifs d'Europe*, Fayard, 1988.

Causa: la causa del stalinismo, por supuesto. (...) Discutía conmigo a causa del miedo egoísta que le corría por la piel. Obedecía al deseo impaciente de escapar de toda responsabilidad. Aunque hubiera crímenes, Kaganovich solo deseaba una cosa: estar seguro de que sus huellas quedarían borradas» [22]. El hermetismo absoluto de los archivos en los países comunistas, el control total de la prensa, de los medios y de todas las salidas hacia el extranjero, la propaganda sobre los «éxitos del régimen», todo este aparato de bloqueo de la información pretendía en primer lugar impedir que saliera a la luz la verdad sobre los crímenes.

No contentos con esconder sus crímenes, los verdugos combatieron por todos los medios a los hombres que intentaban informar. Porque algunos observadores y analistas intentaron iluminar a sus contemporáneos. Después de la Segunda guerra mundial, esto resultó particularmente claro en Francia en dos ocasiones. De enero a abril de 1949 se desarrolló en París el proceso que enfrentó a Victor Kravchenko —ex alto funcionario soviético que había escrito *Yo escogí la libertad,* donde describía la dictadura stalinista— con el periódico comunista dirigido por Louis Aragon, *Les Lettres françaises*, que cubrió de injurias a Kravchenko. De noviembre de 1950 a enero de 1951 se desarrolló, igualmente en París, otro proceso entre *Les Lettres françaises* (de nuevo) y David Rousset, un intelectual, antiguo trotskista, que había sido deportado a Alemania por los nazis y que, en 1946, había recibido el premio Renaudot por su libro *El universo concentracionario.* El 12 de noviembre de 1949, Rousset había convocado a todos los antiguos deportados de los campos de concentración nazis para que formaran una comisión de investigación sobre los campos de concentración soviéticos, y había sido atacado violentamente por la prensa comunista que negaba la existencia de aquellos campos. Con posterioridad a la convocatoria de Rousset, el 25 de febrero de 1950, en un artículo del *Figaro littéraire* titulado «En favor de la investigación sobre los campos de concentración soviéticos. ¿Qué es peor, Satanás o Belcebú?», Margaret Buber-Neumann informaba de su doble experiencia de deportada en campos de concentración nazis y soviéticos.

Contra todos estos iluminadores de la conciencia humana, los verdugos desplegaron en un combate sistemático todo el arsenal de los grandes estados modernos capaces de intervenir en el mundo entero. A. Solzhenitsyn, V. Bukovsky, A. Zinoviev, L. Plyuch fueron expulsados de su país. Andrei Sajarov fue exiliado a Gorky, el general Piotr Grigorenko fue arrojado en un hospital psiquiátrico, Markov resultó asesinado valiéndose de un paraguas envenenado.

Frente a semejante poder de intimidación y de ocultación, las mismas víctimas dudaban a la hora de manifestarse y eran incapaces de reintegrarse en una sociedad donde campaban a sus anchas sus delatores y verdugos. Vassili Grossman [23] recuerda esta desesperanza. A diferencia de la tragedia judía

[22] *Souvenirs*, Robert Laffont, 1971, pág. 330.
[23] *Tout passe, op. cit.*, 1984.

—donde la comunidad judía internacional ha adquirido el compromiso de conmemorar el genocidio—, durante mucho tiempo ha resultado imposible para las víctimas del comunismo y para sus causahabientes mantener una memoria viva de la tragedia, al estar prohibidas cualquier conmemoración o solicitud de reparación.

Cuando no conseguían ocultar alguna verdad —la práctica de los fusilamientos, los campos de concentración, las hambrunas provocadas— los verdugos se las ingeniaron para justificar los hechos maquillándolos groseramente. Después de haber reivindicado el terror, lo erigieron en figura alegórica de la Revolución: «cuando se corta madera, saltan astillas», «no se puede hacer tortilla sin cascar los huevos». A lo que Vladimir Bukovsky replicaba que él había visto los huevos cascados pero que no había probado nunca la tortilla. Lo peor fue alcanzado sin duda con la perversión del lenguaje. Mediante la magia del vocabulario, el sistema concentracionario se convirtió en una obra de reeducación, y los verdugos de los educadores fueron dedicados a transformar a los hombres de la antigua sociedad en «hombres nuevos». A los *zekos* —término con el que se designa a los presos de los campos de concentración soviéticos— se les «rogaba», a la fuerza, que creyeran en un sistema que los convertía en esclavos. En China, el recluso de un campo de concentración es denominado «estudiante»: debe estudiar el pensamiento justo del partido y reformar su propio pensamiento defectuoso.

Como suele suceder a menudo, la mentira no es lo contrario, *stricto sensu*, de la verdad y toda mentira se apoya en elementos de verdad. Los términos pervertidos se sitúan en una visión desplazada que deforma la perspectiva de conjunto: se nos enfrenta con un astigmatismo social y político. Ahora bien, una visión deformada por la propaganda comunista es fácil de corregir, pero es muy difícil volver a llevar al que ve defectuosamente a una concepción intelectual idónea. La primera impresión está cargada de prejuicios y así permanece. Como si se tratara de judokas, y gracias a su incomparable poder propagandístico —fundado en buena medida en la perversión del lenguaje—, los comunistas han utilizado la misma fuerza de las críticas dirigidas contra sus métodos terroristas para volverlas en contra de esas mismas críticas, apretando en cada caso las filas de sus militantes y simpatizantes en virtud de la renovación del acto de fe comunista. Así han recuperado el principio primero de la creencia ideológica formulado en su tiempo por Tertuliano: «Creo porque es absurdo».

En el terreno de estas operaciones de contrapropaganda, los intelectuales se prostituyeron literalmente. En 1928, Gorky aceptó ir de «excursión» a las islas Solovky, el campo de concentración experimental que en virtud de una «metástasis» (Solzhenitsyn) dará nacimiento al sistema del Gulag. Con posterioridad, participó en la redacción de un libro dedicado a la gloria de las Solovky y del gobierno soviético. Un escritor francés, premio Goncourt 1916, Henri Barbusse, no dudó, gracias al dinero, en lanzar incienso sobre el régimen stalinista, publicando en 1928 un libro sobre la «maravillosa Georgia»

—donde, precisamente en 1921, Stalin y su acólito Ordzhonikidze se habían entregado a una verdadera carnicería, y donde Beria, jefe del NKVD, se hacía notar por su maquiavelismo y su sadismo— y, en 1935, la primera biografía oficiosa de Stalin. Más recientemente, Maria-Antonietta Macciochi ha cantado las alabanzas de Mao, Alain Peyrefitte le hizo eco en tono menor, mientras que Danielle Mitterrand pisaba los talones a Castro. Codicia, abulia, vanidad, fascinación por la fuerza y la violencia, pasión revolucionaria: fuera cual fuese la motivación, los dictadores totalitarios siempre encontraron los turiferarios que necesitaban, ya fuera la dictadura comunista o cualquier otra.

Frente a la propaganda comunista, Occidente durante mucho tiempo dio muestras de una ceguera excepcional, enredado a la vez por la ingenuidad frente a un sistema particularmente retorcido, por el temor del poderío soviético y por el cinismo de los políticos y de los especuladores. Hubo ceguera en la conferencia de Yalta, cuando el presidente Roosevelt abandonó Europa del Este a Stalin a cambio de la promesa, redactada en buena y debida forma, de que este convocaría de la manera más rápida elecciones libres. El realismo y la resignación se dieron cita en el encuentro de Moscú cuando, en diciembre de 1944, el general De Gaulle cambió el abandono de la desgraciada Polonia a Moloc por la garantía de paz social y política, asegurada por un Maurice Thorez regresado a París.

Esta ceguera se vio confirmada, casi legitimada, porque los comunistas occidentales y muchos hombres de izquierda creían que estos países estaban «construyendo el socialismo», que esta utopía, que en las democracias alimentaba conflictos sociales y políticos, se convertía «allí» en una realidad cuyo prestigio había subrayado Simone Weil: «Los obreros revolucionarios están demasiado felices de tener a sus espaldas un Estado: un Estado que confiere a su acción ese carácter oficial, esa legitimidad, esa realidad, que solo confiere el Estado, y que al mismo tiempo está situado muy lejos de ellos, geográficamente para poder asquearlos» [24]. El comunismo presentaba entonces su cara más favorable: apelaba a la Ilustración, a una tradición de emancipación social humana, y al sueño de la «igualdad real» y de la «felicidad para todos» inaugurado por Gracchus Babeuf. Y es este rostro luminoso el que ocultaba casi totalmente la faz de las tinieblas.

A esa ignorancia —querida o no— de la dimensión criminal del comunismo se añadió, como siempre, la indiferencia de nuestros contemporáneos por sus hermanos humanos. No es que el ser humano tenga el corazón duro. Por el contrario, en numerosas situaciones límites, muestra recursos insospechados de solidaridad, de amistad, de afecto e incluso de amor. Sin embargo, como lo subraya Tzvetan Todorov, «la memoria de nuestros duelos nos impide percibir el sufrimiento de los otros» [25]. Y, al salir de la Primera y después de

[24] Simone Weil, *L'Enracinement*, Gallimard, 1949.
[25] Tzvetan Todorov, «La Morale de l'historien» en el Coloquio *L'Homme, la langue, les camps*, París IV-Sorbona, mayo de 1997.

la Segunda guerra mundial, ¿qué pueblo europeo o asiático no estaba ocupado en cicatrizar las heridas de innumerables duelos? Las dificultades encontradas por los franceses en su propio país para afrontar la historia de los años sombríos resultan suficientemente elocuentes. La historia —o más bien la no historia— de la ocupación continúa envenenando la conciencia francesa. Sucede lo mismo, a veces en menor grado, con la historia de los periodos «nazi» en Alemania, «fascista» en Italia, «franquista» en España, de la guerra civil en Grecia, etc. En este siglo de hierro y de sangre, todos han estado demasiado ocupados en sus desgracias para compartir las desgracias de los demás.

La ocultación de la dimensión criminal del comunismo se relaciona, sin embargo, con tres razones más específicas. La primera tiene que ver con la idea misma de revolución. Todavía hoy en día, el duelo por la idea de revolución, tal como fue contemplada en los siglos XIX y XX, está lejos de haber concluido. Sus símbolos —bandera roja, Internacional, puño en alto— resurgen en cada movimiento social de envergadura. El Che Guevara vuelve a ponerse de moda. Grupos abiertamente revolucionarios están activos y se expresan con toda legalidad, tratando con desprecio la menor reflexión crítica sobre los crímenes de sus predecesores y no dudando en reiterar los viejos discursos justificadores de Lenin, de Trotsky o de Mao. Esta pasión revolucionaria no ha sido solamente la de los demás. Varios de los autores de este libro han creído también, durante un tiempo, en la propaganda comunista.

La segunda razón tiene que ver con la participación de los soviéticos en la victoria sobre el nazismo, que permitió a los comunistas enmascarar bajo un patriotismo ardiente sus objetivos finales que tenían como meta la toma del poder. A partir de junio de 1941, los comunistas del conjunto de los países ocupados entraron en una situación de resistencia activa —y a menudo armada— contra el ocupante nazi o italiano. Como los resistentes de otras obediencias, pagaron el precio de la represión, y sufrieron millares de fusilamientos, de asesinatos y de deportaciones. Y se aprovecharon de estos mártires para sacralizar la causa del comunismo y prohibir toda crítica en relación con ella. Además, en el curso de los combates de la resistencia, muchos no comunistas fraguaron relaciones de solidaridad, de combate y de sangre con comunistas, lo que impidió que se les abrieran los ojos. En Francia, la actitud de los gaullistas ha venido a menudo determinada por esta memoria común, y fue estimulada por la política del general De Gaulle que utilizaba el contrapeso soviético frente a los americanos[26].

Esta participación de los comunistas en la guerra y en la victoria sobre el nazismo hizo triunfar de manera definitiva la noción de antifascismo como criterio de la verdad para la izquierda, y, por supuesto, los comunistas se presentaron como los mejores representantes y los mejores defensores de este antifascismo. El antifascismo se convirtió para el comunismo en una etiqueta de-

[26] Véase Pierre Nora, «Gaullistes et communistes» en *Les Lieux de mémoire*, Gallimard, 1997, Quarto, vol. 2.

finitiva y le ha sido fácil, en nombre del antifascismo, hacer callar a los recalcitrantes. François Furet escribió páginas luminosas sobre este punto crucial. Tras ser considerado el nazismo vencido por los aliados como el «mal absoluto», el comunismo basculó casi mecánicamente al campo del bien. Eso resultó evidente durante el proceso de Núremberg en que los soviéticos se encontraban en las filas de los fiscales. Fueron así rápidamente escamoteados los episodios vergonzosos en relación con los valores democráticos, como los pactos germano-soviético de 1939 o la matanza de Katyn. Se consideró que la victoria sobre el nazismo aportaba la prueba de la superioridad del sistema comunista. Tuvo especialmente como consecuencia el suscitar, en la Europa liberada por los angloamericanos, un doble sentimiento de gratitud hacia el Ejército Rojo (cuya ocupación no se había sufrido) y de culpabilidad frente a los sacrificios soportados por los pueblos de la URSS, sentimientos que la propaganda comunista no dejó de aprovechar.

En paralelo, las modalidades de la «liberación» de la Europa del Este llevadas a cabo por el Ejército Rojo, permanecieron ampliamente desconocidas en Occidente, donde los historiadores asimilaron dos tipos de «liberación» muy diferentes: uno conducía a la restauración de las democracias, el otro abría el camino a la instauración de dictaduras. En Europa central y oriental, el sistema soviético pretendía suceder al Reich de mil años y Witold Gombrowicz expresó en pocas palabras el drama de estos pueblos: «El final de la guerra no trajo la liberación a los polacos. En esta triste Europa central, significaba solamente el cambio de una noche por otra, de los verdugos de Hitler por los de Stalin. En el momento en el que en los cafés parisinos las almas nobles saludaban con un canto radiante la "emancipación del polaco del yugo feudal" en Polonia el mismo cigarrillo encendido cambiaba simplemente de mano y continuaba quemando la piel humana»[27]. Ahí se encuentra la fractura entre dos memorias europeas. Sin embargo, algunas obras descorrieron muy deprisa el velo sobre la manera en que la URSS había liberado del nazismo a polacos, alemanes, checos y eslovacos[28].

La última razón de la ocultación es más sutil, y también más delicada de expresar. Después de 1945, el genocidio de los judíos apareció como el paradigma de la barbarie moderna, hasta ocupar todo el espacio reservado a la percepción del terror de masas durante el siglo XX. Después de haber negado, en una primera época, la especificidad de la persecución de los judíos llevada a cabo por los nazis, los comunistas comprendieron inmediatamente la ventaja que podían obtener de un reconocimiento de ese tipo al reactivar regularmente el antifascismo. El espectro de «la bestia inmunda cuyo vientre aún continua siendo fecundo» —según la famosa fórmula de Bertolt Brecht— fue agitado de manera permanente, a hora y a deshora. Más recientemente, el que

[27] Witold Gombrowicz, *Testament. Entretiens avec Dominique de Roux*, Folio, 1996, pág. 109.
[28] Véase: Piotr Pigorov, *J'ai quitté ma patrie*, La Jeune Parque, 1952; o Michel Koriakoff, *Je me mets hors de la loi*, Éditions du Monde Nouveau, 1947.

se pusiera de manifiesto la «singularidad» del genocidio de los judíos, enfocando la atención sobre una atrocidad excepcional, ha impedido también percibir otras realidades del mismo orden en el mundo comunista. Y, ¿cómo se podía imaginar además que aquellos que habían contribuido con su victoria a destruir un sistema genocida podían practicar también esos métodos? El reflejo más extendido fue el negarse a contemplar una paradoja así.

El primer gran cambio en el reconocimiento oficial de los crímenes comunistas se sitúa el 24 de febrero de 1956. Esa tarde, Nikita Jrushchov, Primer secretario, sube a la tribuna del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, el PCUS. La sesión es a puerta cerrada. Solo los delegados al congreso asisten a la misma. En medio de un silencio absoluto, aterrados, escuchan al Primer secretario del Partido destruir metódicamente la imagen del «padrecito de los pueblos», del «genial Stalin» que fue, durante treinta años, el héroe del comunismo mundial. Este informe, conocido desde entonces como el «informe secreto», constituye una de las inflexiones fundamentales del comunismo contemporáneo. Por primera vez, un dirigente comunista del más alto rango reconoció oficialmente, aunque solo para información de los comunistas, que el régimen que se había apoderado del poder en 1917 había conocido una «derivación» criminal.

Las razones que impulsaron al «señor K» a quebrantar uno de los mayores tabúes del régimen soviético eran múltiples. Su objetivo principal era imputar los crímenes del comunismo solo a Stalin y así circunscribir el mal y sajarlo a fin de salvar al régimen. Influía igualmente en su decisión la voluntad de desencadenar un ataque contra el clan de los stalinistas que se oponía con su poder en nombre de los métodos de su antiguo patrón, y por tanto, en el verano de 1957 estos hombres fueron apartados de todas sus funciones. Sin embargo, por primera vez desde 1934, su «muerte política» no se vio seguida por una muerte *real*, y se comprende, por este simple «detalle», que los motivos de Jrushchov eran más profundos. Él, que había sido el jefe máximo de Ucrania durante años y, por esa razón, había llevado a cabo y ocultado gigantescas matanzas, parecía cansado de toda esa sangre. En sus memorias[29], donde, sin duda, se concede el papel de bueno de la historia, Jrushchov recuerda sus estados de ánimo: «el Congreso va a terminarse; serán adoptadas algunas resoluciones, todas formales. ¿Y qué? Aquellos que fueron fusilados por centenares de miles permanecerán sobre nuestras conciencias»[30].

De repente apostrofa con dureza a sus camaradas:

«¿Qué vamos a hacer con aquellos que fueron detenidos, liquidados? (...) Ahora sabemos que las víctimas de las represiones eran inocentes. Tenemos la prueba irrefutable de que «lejos de ser enemigos del pueblo, eran hombres y mujeres honrados, dedicados al Partido, a la Revolución, a la causa leninista

[29] Existe edición española: *Kruschef recuerda*, Madrid, Prensa Española y Santillana, 1970. *(N. del T.)*.
[30] Nikita Jrushchov, *op. cit.*, pág. 329.

de la edificación del socialismo y del comunismo. (...) Es imposible ocultar todo. Antes o después, aquellos que están en prisión, en los campos de concentración, saldrán y volverán a sus casas. Relatarán entonces a sus padres, a sus amigos, a sus camaradas lo que sucedió. (...) Por eso estamos obligados a confesar a los delegados todo sobre la manera en que se ha dirigido el Partido durante estos años. (...) ¿Cómo pretender que no sabíamos lo que sucedió? (...) Sabemos lo que era el reinado de la represión y de la arbitrariedad en el Partido y debemos decir al Congreso lo que sabemos. (...) En la vida de cualquiera que ha cometido un crimen llega un momento en que la confesión le asegura la indulgencia si es que no la absolución»[31].

En el caso de alguno de estos hombres que habían participado directamente en los crímenes perpetrados bajo Stalin y que, en su mayoría, debían su ascenso al exterminio de sus predecesores en la función emergía cierta forma de remordimiento. Ciertamente se trataba de un remordimiento obligado, un remordimiento interesado, un remordimiento de político, pero en cualquier caso un remordimiento. Era necesario que se detuviera la matanza. Jrushchov tuvo ese valor, incluso, aunque en 1956 no dudó en enviar los blindados soviéticos a Budapest.

En 1961, durante el XXII Congreso del PCUS, Jrushchov recordó no solamente a las víctimas comunistas sino también al conjunto de víctimas de Stalin, y propuso incluso que se erigiera un monumento en su memoria. Sin duda había traspasado el límite invisible más allá del cual se ponía en cuestión el principio mismo del régimen: el monopolio del poder absoluto reservado al Partido comunista. El monumento nunca vio la luz. En 1962 el Primer secretario autorizó la publicación de *Un día en la vida de Iván Denissovich*[32] de Aleksandr Solzhenitsyn. El 24 de octubre de 1964, Jrushchov fue brutalmente depuesto de todas sus funciones pero no fue liquidado y murió en el anonimato en 1971.

Todos los analistas reconocen la importancia decisiva del «informe secreto» que suscitó una ruptura fundamental en la trayectoria del comunismo durante el siglo XX. François Furet, que precisamente acababa de abandonar el Partido comunista francés en 1954, escribió al respecto: «Ahora bien, lo que el "informe secreto" de febrero de 1956 trastorna de golpe, nada más conocerse, fue la condición de la idea comunista en el universo. La voz que denuncia los crímenes de Stalin no procede ya de Occidente sino de Moscú, y del *sancta sanctorum* de Moscú, el Kremlin. Ya no es la voz de un comunista que quebranta el destierro sino la del primero de los comunistas del mundo, el jefe del Partido en la Unión Soviética. En lugar, por lo tanto, de verse alcanzada por la sospecha que afecta el discurso de los antiguos comunistas, está revestida por la autoridad suprema de que el sistema ha dotado a su jefe. (...) El extraordinario

[31] Ídem, *op. cit.*, págs. 331-332.
[32] Existe edición en castellano en A. Solzhenitsyn, *Por el bien de la causa*, págs. 217-347, Barcelona, Bruguera, 1971 *(N. del T)*.

poder de "informe secreto" sobre los espíritus procede del hecho de que carece de contradictores» [33].

El suceso resultaba tanto más paradójico en la medida en que, desde sus orígenes, numerosos contemporáneos habían puesto en guardia a los bolcheviques contra los peligros de su actuación. Desde 1917-18, se habían enfrentado en el seno mismo del movimiento socialista los creyentes de la «Gran luz en el Este» y los que criticaban sin remisión a los bolcheviques. La disputa giraba esencialmente sobre el método de Lenin: violencia, crímenes y terror. Mientras que desde los años veinte hasta los años cincuenta, el lado sombrío de la experiencia bolchevique fue denunciado por numerosos testigos, víctimas u observadores cualificados, así como en innumerables artículos y obras, hubo que esperar a que los comunistas en el poder reconocieran por sí mismos —e incluso entonces de manera limitada— la realidad para que una fracción más amplia de la opinión pública comenzara a adquirir conciencia del drama. Se trataba de un reconocimiento tendencioso puesto que el «informe secreto» solo abordaba la cuestión de las víctimas comunistas. No obstante, era un reconocimiento que aportaba una primera confirmación de los testimonios y estudios anteriores y corroboraba lo que todos sospechaban desde hacía mucho tiempo: el comunismo había provocado en Rusia una inmensa tragedia.

De entrada, los dirigentes de muchos de los «partidos hermanos» no quedaron convencidos de que fuera preciso entrar por el camino de la revelación. Comparados con el precursor Jrushchov, dieron la impresión incluso de ir con retraso: hubo que esperar a 1979 para que el Partido comunista chino distinguiera en la política de Mao «grandes méritos» —hasta 1957— y «grandes errores» a continuación. Los vietnamitas no abordaron la cuestión más que con la distorsión de condenar el genocidio perpetrado por Pol Pot. En cuanto a Castro, ha negado las atrocidades cometidas bajo su égida.

Hasta este momento, la denuncia de los crímenes comunistas no había procedido más que de sus enemigos o de disidentes trotskistas o anarquistas. Y no había sido particularmente eficaz. La voluntad de testificar fue tan fuerte en los huidos de las matanzas comunistas como en los huidos de las matanzas nazis. Sin embargo, se les escuchó poco o nada, en particular en Francia donde la experiencia concreta del sistema concentracionario soviético no afectó directamente más que a algunos grupos restringidos tales como los Malgré-nous [34] de Alsacia-Lorena [35]. La mayoría de las veces, los testimonios, las erupciones de la memoria, los trabajos de las comisiones independientes creadas a iniciativa de algunos individuos —como la Comisión internacional

[33] François Furet, *Le Passé d'une illusion. Essai sur l'idée communiste au XX siècle,* Robert Laffont/Calmann-Lévy, 1995, pág. 513.

[34] Lit: A pesar nuestro. Nombre recibido por los jóvenes de Alsacia y Lorena a los que se reclutó en el ejército alemán durante la Segunda guerra mundial, siendo enviados a combatir al frente del Este *(N. del T.)*.

[35] Véase: Pierre Rigoulot, *Les Français au Goulag*, Fayard, 1984; y sobre todo Jacques Rossi, *Le Goulag de A à Z*, Le Cherche Midi, 1997.

sobre el régimen concentracionario de David Rousset, o la Comisión para establecer la verdad sobre los crímenes de Stalin— fueron cubiertos por el bombo de la propaganda comunista acompañada por un silencio ruin o indiferente. Este silencio, que se produce generalmente en algún momento de sensibilización debido a la aparición de alguna obra —*Archipiélago Gulag* de Solzhenitsyn— o de un testimonio más indiscutible que otros —*Los relatos de Kolymá*, de Varlam Shalamov o *La utopía asesina* de Pin Yathay— muestra una resistencia frente a los impactos propia de sectores más o menos amplios de las sociedades occidentales en relación con el fenómeno comunista. Se han negado hasta ahora a mirar a la realidad frente a frente: el sistema comunista implica, aunque en grados diversos, una dimensión fundamentalmente criminal. Con esta negativa, han participado en el engaño, en el sentido en que lo entendía Nietzsche: «Negarse a ver algo que se ve, negarse a ver algo cuando se ve».

A pesar de todas estas dificultades para abordar la cuestión, numerosos observadores lo han intentado. De los años veinte a los años cincuenta —y a falta de datos más fiables cuidadosamente escondidos por el régimen soviético— la investigación descansaba esencialmente en el testimonio de los tránsfugas. Susceptibles de ser alimentados por la venganza, la difamación sistemática o de ser manipulados por un poder anticomunista, estos testimonios —sometidos a la crítica de los historiadores como todo testimonio— eran sistemáticamente rechazados por los turiferarios del comunismo. ¿Qué había que pensar, en 1959, de la descripción del Gulag proporcionada por un tránsfuga de alto rango del KGB, tal y como aparecía en un libro de Paul Barton? [36] ¿Y qué pensar de Paul Barton, a su vez exiliado de Checoslovaquia, y cuyo verdadero nombre era Jiri Veltrusky, que fue uno de los organizadores de la insurrección antinazi de Praga en 1945, y se vio obligado a huir de su país en 1948? Lo cierto es que al contrastarse su información de 1959 con los archivos ahora abiertos queda de manifiesto que era completamente digna de confianza.

En los años setenta y ochenta, la gran obra de Solzhenitsyn —*Archipiélago Gulag* y después el ciclo de los «Nudos» de la revolución rusa [37]— provocó un verdadero trauma en la opinión pública. Fue, sin duda, más el trauma de la literatura, del cronista de genio, que la toma de conciencia general del horrible sistema que describía. Y, pese a todo, Solzhenitsyn tuvo dificultad para atravesar la costra de la mentira, él que fue comparado en 1975 por un periodista de un gran diario francés con Pierre Laval, Doriot y Déat, «que acogían a los nazis como liberadores» [38]. Su testimonio, no obstante, fue decisivo para

[36] Paul Barton, *L'Institution concentrationnaire en Russie, 1930-1957*, Plon, 1959.

[37] Los Nudos de la Revolución rusa nunca han sido traducidos al castellano, con la excepción de la primera redacción de *Agosto 1914* —una obra muy modificada posteriormente por Solzhenitsyn— y de *Lenin en Zurich*, publicadas ambas por Seix-Barral *(N. del T.)*.

[38] Bernard Chapuis, *Le Monde*, 3 de julio de 1975.

desencadenar una primera toma de conciencia, igual que el de Shalamov sobre Kolymá, o el Pin Yathay sobre Camboya. Aún más recientemente, Vladimir Bukovsky, una de las principales figuras de la disidencia soviética bajo Brezhnev, lanzó un nuevo grito reclamando, bajo el título de *Juicio en Moscú*, la creación de un nuevo tribunal de Nüremberg para juzgar las actividades criminales del régimen. Su libro fue acogido en Occidente con un éxito de crítica. Simultáneamente, se publicaron obras de rehabilitación de Stalin [39].

¿Qué motivación, a finales de este siglo XX, puede impulsar la exploración de un terreno tan trágico, tan tenebroso y tan polémico? Hoy en día, no solamente los archivos confirman estos testimonios puntuales sino que permiten ir mucho más allá. Los archivos internos del sistema de represión de la antigua Unión Soviética, de las antiguas democracias populares y de Camboya, arrojan luz sobre una realidad aterradora: el carácter masivo y sistemático del terror, que, en muchos casos, ha desembocado en un crimen contra la Humanidad. Ha llegado el momento de abordar de una manera científica —documentada con hechos incontestables y liberada de las cuestiones político-ideológicas que pesaban sobre ella— la cuestión recurrente que todos los observadores se han planteado: «¿Qué lugar tiene el crimen en el sistema comunista?».

Con esta perspectiva, ¿cuál puede ser nuestra aportación específica? Nuestra acción responde, en primer lugar, a un deber histórico. Ningún tema es tabú para el historiador y las cuestiones y presiones de todo tipo —políticas, ideológicas, personales— no deben impedirle seguir el camino del conocimiento, de la exhumación y de la interpretación de los hechos, sobre todo cuando estos han estado durante mucho tiempo y de manera voluntaria hundidos en el secreto de los archivos y de las conciencias. Ahora bien, esta historia del terror comunista constituye uno de los elementos mayores de una historia europea que sostendría firmemente los dos extremos de la gran cuestión historiográfica del totalitarismo. Este ha conocido una versión hitleriana pero también una versión leninista y stalinista, y no es de recibo elaborar una historia hemipléjica, que ignore la vertiente comunista. De la misma manera, no resulta aceptable la respuesta que consiste en reducir la historia del comunismo a su única dimensión nacional, social y cultural. Tampoco puede quedar esta participación en el fenómeno totalitario limitada a Europa y al episodio soviético. Se aplica igualmente a la China maoísta, a Corea del Norte y a la Camboya de Pol Pot. Cada comunismo nacional ha estado unido por una especie de cordón umbilical a la matriz rusa y soviética contribuyendo a desarrollar ese movimiento mundial. La historia con la que nos enfrentamos es la de un fenómeno que se ha desarrollado en el mundo entero y que afecta a toda la Humanidad.

[39] Véase, por ejemplo, el libro de Ludo Martens, *Un autre regard sur Staline*, EPO, 1994, 350 págs.; vendido en el Village des livres de la fiesta de l'Humanité, 1997. Con un estilo apenas menos hagiográfico, Lilly Marcou ha publicado *Staline, vie privée*, Calmann-Lévy, 1996.

El segundo deber al que responde esta obra es un deber relacionado con la memoria. Honrar la memoria de los muertos constituye una obligación moral, sobre todo cuando se trata de las víctimas inocentes y anónimas de un Moloc de poder absoluto que ha buscado borrar hasta su recuerdo. Después de la caída del Muro de Berlín y del colapso del centro del poder comunista en Moscú, Europa, continente matriz de las experiencias trágicas del siglo XX, está en camino de recomponer una memoria común. Podemos contribuir a ella por nuestra parte. Los autores mismos de este libro son portadores de esa memoria. Uno de ellos estuvo relacionado con Europa central por su vida personal, y el otro con la idea y la práctica revolucionarias en virtud de compromisos contemporáneos a 1968 o más recientes.

Este doble deber, de memoria y de historia, se inscribe en marcos muy diversos. Aquí, afecta a países en que el comunismo no ha tenido prácticamente ningún peso, ni en la sociedad ni en el poder: Gran Bretaña, Australia, Bélgica, etc. Allí se manifiesta en países donde el comunismo ha sido un poder puesto en tela de juicio —los Estados Unidos después de 1946— o ha disfrutado de cierta importancia, incluso aunque no se haya apoderado del poder —Francia, Italia, España, Grecia, Portugal—. Además, todavía continúa imponiéndose con fuerza en los países en que el comunismo ha perdido un poder que había detentado durante varias décadas— Europa del Este, Rusia—. Finalmente, su pequeña llama vacila en medio de peligros allí donde el comunismo se encuentra todavía en el poder —China, Corea del Norte, Cuba, Laos, Vietnam—.

Según las distintas situaciones, difiere la actitud de los contemporáneos frente a la historia y a la memoria. En los dos primeros casos se relacionan con una actitud relativamente simple de conocimiento y de reflexión. En el tercer caso, se enfrentan con la necesidad de reconciliación nacional, con o sin castigo de los verdugos. A este respecto, la Alemania reunificada ofrece, sin duda, el ejemplo más sorprendente y más «milagroso» —basta pensar en el desastre yugoslavo—. Pero la antigua Checoslovaquia —convertida en República Checa y en Eslovaquia—, Polonia y Camboya chocan igualmente con los sufrimientos derivados de la memoria y de la historia del comunismo. Un cierto grado de amnesia espontáneo u oficial, puede parecer indispensable para curar las heridas morales, psíquicas, afectivas, personales y colectivas provocadas por medio siglo o más de comunismo. Allí donde el comunismo aún continúa en el poder, los verdugos o sus herederos llevan a cabo o una negación sistemática, como en Cuba o en China, o incluso continúan reivindicando el terror como forma de gobierno —en Corea del Norte—.

Este deber de la historia y de la memoria posee indudablemente un aspecto moral. Claro que algunos podrían apostrofarnos: «¿Quién les autoriza a ustedes a decir lo que es el Bien y lo que es el Mal?».

Según criterios que le son propios, eso es lo que pretendía la Iglesia católica cuando, apenas a unos días de distancia, el papa Pío XI condenó median-

te dos encíclicas distintas el nazismo —*Mit Brennender Sorge* el 14 de marzo de 1937— y el comunismo —*Divini redemptoris*, el 19 de marzo de 1937—. Esta última afirmaba que Dios había dotado al hombre de prerrogativas: «el derecho a la vida, a la integridad corporal, a los medios necesarios para la existencia; el derecho de tender hacia su fin último en el camino trazado por Dios; el derecho de asociación, de propiedad, y el derecho de utilizar esa propiedad». E incluso aunque se pueda denunciar una cierta hipocresía de la Iglesia que garantizaba el enriquecimiento excesivo de unos a costa de la expropiación de otros, no por ello continía siendo menos esencial su llamada al respeto de la dignidad humana.

Ya en 1931, en la encíclica *Quadragesimo Anno*, Pío XI había escrito: «el comunismo tiene en su enseñanza y en su acción un doble objetivo que persigue no en secreto y por caminos desviados, sino abiertamente, a la luz del día y por todos los medios, incluidos los más violentos: una implacable lucha de clases y la completa desaparición de la propiedad privada. Para lograr este objetivo, no hay nada a lo que no se atreva, no hay nada que respete; allí donde ha conquistado el poder, se muestra salvaje e inhumano hasta un grado que apenas se puede creer y que resulta extraordinario, tal y como testifican las terribles matanzas y las ruinas que ha acumulado en inmensos países de Europa Oriental y de Asia». La advertencia adquiría todo su sentido al proceder de una institución que, durante varios siglos, y en nombre de su fe, había justificado la matanza de infieles, creado la Inquisición, y amordazado la libertad de pensamiento y que iba a apoyar a regímenes dictatoriales como el de Franco o el de Salazar.

Sin embargo, si la Iglesia representaba su papel de censor moral, ¿cuál debe ser, cuál puede ser el discurso del historiador frente al relato «heroico» de los partidarios del comunismo o al relato patético de sus víctimas? En sus *Memorias de ultratumba*, Francois-René de Chateaubriand escribió: «Cuando, en el silencio de la abyección, solo se oye sonar la cadena del esclavo y la voz del delator; cuando todo tiembla ante el tirano y es tan peligroso incurrir en su favor como merecer su desdén, aparece el historiador, cargado con la venganza de los pueblos. En vano prospera Nerón porque Tácito ya ha nacido en el Imperio»[40].

Lejos de nosotros la idea de convertirnos en detentadores de la enigmática «venganza de los pueblos» en la que Chateaubriand ya no creía al final de sus días. Sin embargo, a escala modesta, el historiador se convierte, casi a pesar suyo, en el portavoz de aquellos, que en razón del terror, han carecido de la posibilidad de decir la verdad acerca de su condición. Allí se encuentra para llevar a cabo una obra que permita conocer. Su primer deber es establecer hechos y elementos de verdad que se convertirán en conocimiento. Además, su relación con la historia del comunismo es particular: se limita a con-

[40] François-René de Chateaubriand, *Mémoires d'Outre-tombe*, París, Gallimard, edición Quarto, 1997.

vertirse en el historiográfo del engaño. E incluso si la apertura de los archivos le proporciona los materiales indispensables, tiene que guardarse de cualquier ingenuidad, ya que muchas cuestiones complejas están llamadas a convertirse en objeto de controversias a veces no exentas de prejuicios. No obstante, este conocimiento histórico no puede separarse de un juicio que responde a algunos valores fundamentales: el respeto hacia las reglas de la democracia representativa y, sobre todo, el respeto por la vida y la dignidad humanas. Con esta vara de medir «juzga» el historiador a los actores de la historia.

A estas razones generales para llevar a cabo un trabajo relacionado con la memoria y la historia se añade para algunos una motivación personal. Los autores del libro no han sido siempre extraños a la fascinación del comunismo. A veces, incluso, han sido partícipes, desde su modesta situación, del sistema comunista, ya sea en su refrito ortodoxo leninista-stalinista, ya sea en refritos anexos y disidentes (trotskistas, maoístas). Y aunque permanecen anclados en la izquierda —y precisamente porque permanecen anclados en la izquierda— tienen que reflexionar sobre las razones de su ceguera. Esta reflexión se ha valido también de las vías de conocimiento, jalonadas por la elección de sus temas de estudio, por sus publicaciones científicas y su participación en revistas —*La Nouvelle Alternative, Communisme*—. Este libro aún es solo un momento de esa reflexión. Esta debe ser guiada sin descanso por aquellos que tienen conciencia de que no hay que dejar a una extrema derecha cada vez más presente el privilegio de decir la verdad. En nombre de los valores democráticos, y no en el de los ideales nacionalfascistas, deben condenarse y analizarse los crímenes del comunismo.

Este acercamiento implica un trabajo comparativo, de China a la URSS, de Cuba a Vietnam. Ahora bien, no disponemos, en estos momentos, de una calidad homogénea de la documentación. En algunos casos, los archivos están abiertos —o entreabiertos—, en otros no. Tal circunstancia no nos ha parecido una razón suficiente para retrasar el trabajo. Sabemos bastante de fuentes «seguras», para lanzarnos a una empresa que, aunque no tiene ninguna pretensión de ser exhaustiva, se desea precursora y anhela inaugurar un vasto trabajo de investigación y reflexión. Hemos iniciado una primera recensión con un máximo de hechos. Se trata de una primera aproximación que merecerá, al final, otras muchas obras. Pero hay que comenzar inmediatamente, reteniendo solamente los hechos más claros, más indiscutibles y más graves.

Nuestra obra contiene muchas palabras y pocas imágenes. En ella se aborda uno de los puntos sensibles de la ocultación de los crímenes del comunismo: en una sociedad mundial hipermediatizada, en que la imagen —fotografiada o televisada— es lo único que merece credibilidad ante la opinión pública, solamente disponemos de algunas escasas fotografías de los archivos dedicados al Gulag o al Laogay, y ninguna foto de la deskulakización o del hambre durante el Gran salto adelante. Los vencedores de Nüremberg pudieron fotografiar y filmar con profusión los millares de cadáveres del campo de concentración de Bergen-Belsen y se han encontrado las fotos tomadas por

los mismos verdugos, como ese alemán que dispara a bocajarro sobre una mujer que lleva a su hijo en los brazos. Nada de eso existe en relación con el mundo comunista en que se había organizado el terror en el seno del secreto más estricto.

No se contente el lector con algunos documentos iconográficos reunidos aquí. Consagre el tiempo necesario a conocer, página a página, el calvario sufrido por millones de seres humanos. Realice el indispensable esfuerzo de imaginación para representarse lo que fue esa inmensa tragedia que va a continuar marcando la historia mundial durante las próximas décadas. Entonces se planteará la cuestión esencial: ¿por qué? ¿Por qué Lenin, Trostky, Stalin y los demás consideraron necesario exterminar a todos aquellos a los que designaban como «enemigos»? ¿Por qué se creyeron autorizados a conculcar el código no escrito que rige la vida de la Humanidad: «No matarás»?

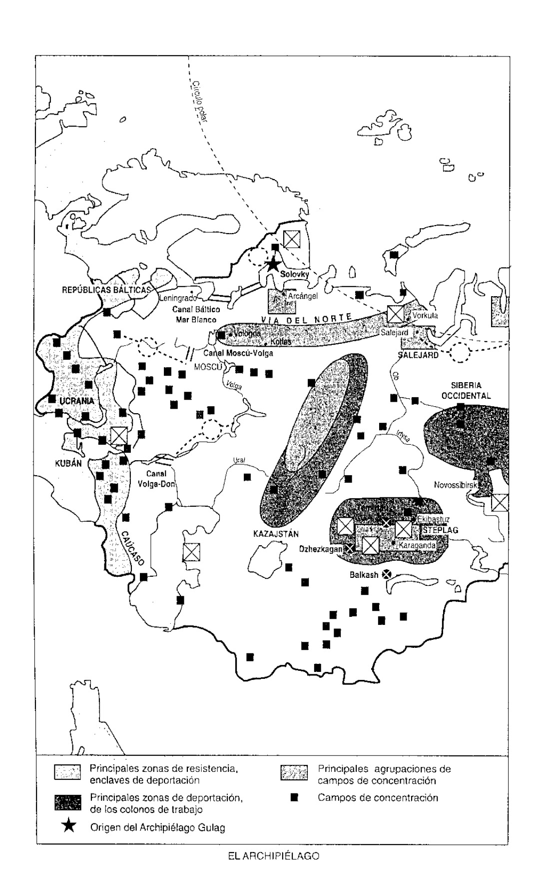
Intentamos responder a esa pregunta al final de la obra.

PRIMERA PARTE

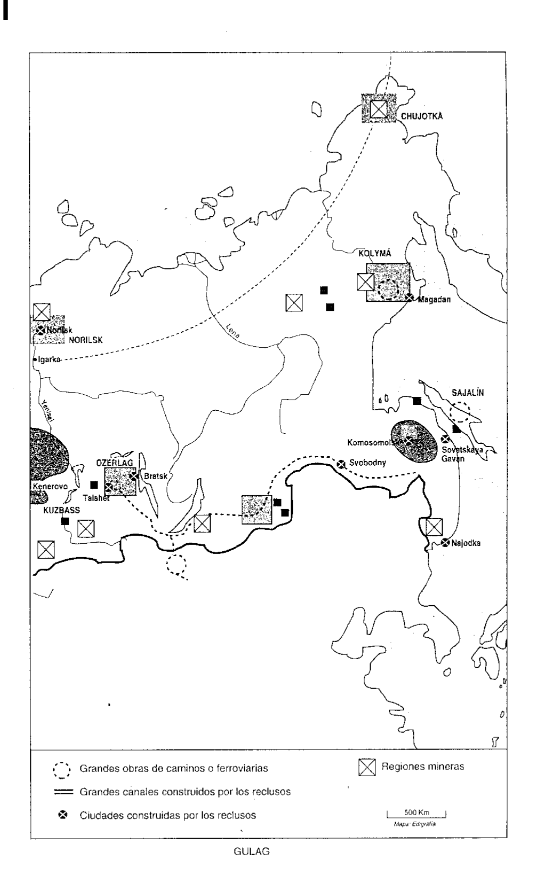
UN ESTADO CONTRA SU PUEBLO
Violencias, temores y represiones en la Unión Soviética

por Nicolas Werth

Traducción: César Vidal



EL ARCHIPIÉLAGO



GULAG

ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR

Harold Shukman, el gran especialista en historia rusa y profesor de Oxford, señalaba al traducir la biografía de Stalin escrita por D. Volkogonov que «es virtualmente imposible transliterar todos los nombres rusos de manera consistente, excepto mediante una variedad de anotaciones especializadas que requerirían su propio glosario» (Stalin. Triumph and Tragedy, *Londres, 1991). El hecho de que, efectivamente, la lengua rusa posea un alfabeto que no se corresponde exactamente con el castellano, así como la circunstancia de que en buen número de casos las transliteraciones se han realizado siguiendo el modelo alemán, francés o inglés pero no el castellano, incorpora una dificultad añadida a esta cuestión. En la misma versión original en francés de la presente obra coexisten diversas transliteraciones del ruso que no solo aparecen en partes distintas del libro sino incluso en el mismo capítulo según se refieran al cuerpo principal del texto o a las notas. En la presente versión al castellano hemos juzgado más conveniente unificar las transliteraciones siguiendo los criterios que detallamos a continuación: 1. Cuando un nombre o término cuenta con una transliteración universalmente aceptada la hemos mantenido aunque no se corresponda con la más exacta. Así, hemos preferido Lenin a Lienin o Moscú a Moskvá. 2. Cuando el nombre o término carece de esa universalidad hemos preferido la transliteración correcta del alfabeto cirílico al castellano vg: Yezhov es preferible a Ejov o a Yejov, por la sencilla razón de que, a diferencia del francés o del inglés, la transcripción zh se asemeja más al sonido castellano que la j. De la misma manera, es más adecuado Ojrana que Okhrana, ya que el sonido de la letra rusa es similar al de nuestra j y distinto de la kh en castellano. 3. Hemos mantenido asimismo términos que, pese a su origen incorrecto, han adquirido también carta de naturaleza en nuestra lengua vg: el* tovarish *(compañero) ruso que se convirtió en camarade al ser traducido al francés, pasó luego al castellano como camarada. Su utilización es, sin embargo, tan popular que la hemos mantenido. 4. En los nombres de autores consignados en notas, hemos utilizado la transliteración correcta si se trataba de obras en ruso. Si, por el contrario, se trataba de obras traducidas a otras lenguas, hemos utilizado asimismo la transliteración correcta al ruso pero*

añadiendo entre paréntesis la señalada en el libro para no obstaculizar la búsqueda ulterior de bibliografía. 5. Finalmente, los textos inicialmente escritos en ruso hemos preferido traducirlos del original para no debilitar su fuerza, que en algunos casos resulta realmente extraordinaria.

1
PARADOJAS Y MALENTENDIDOS DE OCTUBRE

«Con la caída del comunismo, la necesidad de mostrar el carácter, históricamente ineluctable», de la «gran revolución socialista de octubre» ha desaparecido. 1917 podía finalmente convertirse en un objeto histórico «normal». Desgraciadamente, ni los historiadores ni nuestra sociedad están dispuestos a romper con el mito fundador del año cero, de ese año en el que todo habría comenzado: la fortuna o la desgracia del pueblo ruso.»

Estas frases de un historiador ruso contemporáneo ilustran una cuestión permanente: ochenta años después del acontecimiento, la «batalla por el relato» de 1917 continúa.

Para una primera escuela histórica, que se podría calificar de «liberal», la revolución de octubre no fue sino un golpe impuesto por la violencia sobre una sociedad pasiva, resultado de una hábil conspiración tramada por un puñado de fanáticos disciplinados y cínicos, desprovistos de toda base real en el país. Hoy en día, la práctica totalidad de los historiadores rusos, tanto las elites cultivadas como los dirigentes de la Rusia poscomunista, ha hecho suya la vulgata liberal. Privada de toda profundidad social e histórica, la revolución de octubre de 1917 es vuelta a leer como un accidente que ha arrancado de su curso natural a la Rusia anterior a la revolución, una Rusia rica, laboriosa, y en el buen camino a la democracia. Teniendo en cuenta además que perdura una notable continuidad de las elites dirigentes que han pertenecido totalmente a la *nomenklatura* comunista, la ruptura simbólica con el «monstruoso paréntesis del sovietismo» presenta un triunfo considerable: el de liberar a la sociedad rusa del peso de la culpabilidad, y de un arrepentimiento que pesó mucho durante los años de la *perestroika*, marcados por el redescubrimiento doloroso del stalinismo. Si el golpe de Estado bolchevique de 1917 no fue más que un accidente, entonces el pueblo ruso no fue más que una víctima inocente.

Frente a esta interpretación, la historiografía soviética ha intentado demostrar que octubre de 1917 había sido la conclusión lógica, previsible, e inevitable, de un itinerario liberador emprendido por las «masas» conscientemente seguidoras del bolchevismo. Bajo sus diversos avatares, esta corriente historiográfica ha unido la «batalla por el relato» de 1917 con la cuestión de la legitimidad del régimen soviético. Si la gran revolución socialista de octubre ha sido el cumplimiento del sentido de la historia, un acontecimiento portador de un mensaje de emancipación dirigido a los pueblos del mundo entero, entonces el sistema político, las instituciones y el Estado que surgieron de ella siguen siendo, por encima y en contra de todos los errores que pudieran haber sido cometidos por el stalinismo, legítimos. El colapso del régimen soviético ha implicado de manera natural una deslegitimación completa de la revolución de octubre de 1917 y la desaparición de la vulgata marxista, arrojada, para retomar una célebre fórmula bolchevique, «al cubo de basura de la historia». No obstante, como la memoria del miedo, la memoria de esta vulgata sigue viva, tanto —si es que no más— en Occidente como en la antigua URSS.

Rechazando tanto la vulgata liberal como la vulgata marxista, una tercera corriente historiográfica se ha esforzado por «desideologizar» la historia de la revolución rusa, por comprender, como escribe Marc Ferro, que «la insurrección de octubre de 1917 pudo ser, a la vez, un movimiento de masas y haber participado en él un número pequeño de personas». Figuran problemas claves entre las numerosas cuestiones que se plantean, a propósito de 1917, muchos historiadores que niegan el sistema simplista de la historiografía liberal hoy en día dominante. ¿Qué papel desempeñaron la militarización de la economía y la brutalización de las relaciones sociales posteriores a la entrada del imperio ruso en la Primera guerra mundial? ¿Se produjo la emergencia de una violencia social específica que iba a preparar la violencia política ejercida después contra la sociedad? ¿Cómo una revolución popular y plebeya profundamente antiautoritaria y antiestatal llevó al poder al grupo político más dictatorial y más estatalista? ¿Qué vínculo se puede establecer entre la innegable radicalización de la sociedad rusa a lo largo del año 1917 y el bolchevismo?

Con el retroceso del tiempo y gracias a numeroso trabajos de una historiografía conflictiva, aunque intelectualmente estimulante, la revolución de octubre de 1917 se nos aparece como la convergencia momentánea de dos movimientos: una toma del poder político, fruto de una minuciosa preparación insurreccional, por un partido que se distingue radicalmente, por sus prácticas, su organización y su ideología, de todos los demás actores de la revolución; y una vasta revolución social, multiforme y autónoma. Esta revolución social se manifiesta bajo muy diversos aspectos: una inmensa revuelta campesina primero, vasto movimiento de fondo que hunde sus raíces en una larga historia marcada no solamente por el odio frente al propietario terrateniente, sino también por una profunda desconfianza del campesinado hacia la ciudad, el mundo exterior y hacia toda forma de injerencia estatal.

El verano y el otoño de 1917 aparecen así como la conclusión, finalmente victoriosa, de un gran ciclo de revueltas iniciado en 1902, y que culmina una primera vez en 1905-1907. El año 1917 es la etapa decisiva de una gran revolución agraria, del enfrentamiento entre el campesinado y los grandes propietarios por la apropiación de tierras, la realización tan esperada del «reparto negro», un reparto de todas las tierras en función del número de bocas que había que alimentar en cada familia. Pero es también una etapa importante en el enfrentamiento entre el campesinado y el Estado, por el rechazo de toda tutela del poder de las ciudades sobre los campos. En esa área, 1917, es solo uno de los jalones de un ciclo de enfrentamientos que culminará en 1918-1922, y después en los años 1929-1933, concluyendo con una derrota total del mundo rural, quebrantado hasta las raíces por la colectivización forzosa de las tierras.

En paralelo a la revolución campesina, se asiste, a lo largo del año 1917, a una descomposición en profundidad del ejército, formado por cerca de diez millones de campesinos-soldados movilizados desde hacía más de tres años en una guerra cuyo sentido no comprendían —casi todos los generales deploraban la falta de patriotismo de estos soldados-campesinos políticamente poco integrados en la nación, y cuyo horizonte cívico no iba más allá de su comunidad rural—.

Un tercer movimiento de fondo afecta a una minoría social que representa apenas el 3 por 100 de la población activa, pero que era una minoría políticamente activa, muy concentrada en las grandes ciudades del país, el mundo obrero. Este medio que condensa todas las contradicciones sociales de una modernización económica en marcha desde hacía apenas una generación, da nacimiento a un movimiento reivindicativo obrero específico, alrededor de lemas auténticamente revolucionarios —el «control obrero», el «poder de los soviets»—.

Finalmente, un cuarto movimiento se dibuja a través de la emancipación rápida de las nacionalidades y de los pueblos alógenos del antiguo imperio zarista que reclaman su autonomía y después su independencia.

Cada uno de estos movimientos tiene su propia temporalidad, su dinámica interna, sus aspiraciones específicas, que no podrían evidentemente quedar reducidas ni a los lemas bolcheviques ni a la acción política de este partido. Estos movimientos actúan, a lo largo del año 1917, como tantas «fuerzas disolventes» que contribuyen poderosamente a la destrucción de las instituciones tradicionales y, de manera más general, a la de todas las formas de autoridad. Durante un breve pero decisivo instante —el final del año 1917— la acción de los bolcheviques, minoría política que actúa en el vacío institucional reinante, discurre en el sentido de las aspiraciones de un número cada vez mayor de personas, aunque los objetivos a medio y largo plazo sean diferentes para unos y otros. Momentáneamente, el golpe de Estado político y la revolución social convergen o, más exactamente, se unen en una visión telescópica, antes de separarse hacia décadas de dictadura.

Los movimientos sociales y nacionales que explotan en el otoño de 1917 se desarrollan a favor de una coyuntura muy particular que combina en sí misma, en una situación de guerra total, una fuente de regresión y de brutalización generales, una crisis económica y el trastorno de las relaciones sociales y la debilidad del Estado.

Lejos de proporcionar un nuevo impulso al régimen zarista y de reforzar la cohesión, todavía muy imperfecta, del cuerpo social, la Primera guerra mundial actuó como un formidable revelador de la fragilidad de un régimen autocrático ya quebrantado por la revolución de 1905-1906 y debilitado por una política inconsecuente que alternaba las concesiones insuficientes con la recuperación del poder en manos conservadoras. La guerra acentuó igualmente las debilidades de una modernización económica inconclusa que dependía de una afluencia regular de capitales, de especialistas y de tecnologías extranjeras. Reactivó la fractura profunda existente entre una Rusia urbana, industrial y gobernadora, y la Rusia rural, políticamente no integrada y todavía ampliamente cerrada sobre sus estructuras locales y comunitarias.

Como los otros beligerantes, el Gobierno zarista había contado con que la guerra sería corta. La clausura de los estrechos y el bloqueo económico de Rusia revelaron brutalmente la dependencia del Imperio en relación con sus suministradores extranjeros. La pérdida de las provincias occidentales, invadidas por los ejércitos alemanes y austrohúngaros en 1915, privó a Rusia de los productos de la industria polaca, una de las más desarrolladas del Imperio. La economía nacional no resistió durante mucho tiempo la continuación de la guerra: en 1915, el sistema de transportes ferroviarios cayó en la desorganización al carecer de piezas de recambio. La reconversión de la casi totalidad de las fábricas en pro del esfuerzo militar destrozó el mercado interior. Al cabo de algunos meses, la retaguardia carecía de productos manufacturados y el país se vio sumergido en las escaseces y la inflación. En los campos, la situación se degradó rápidamente: la detención brutal del crédito agrícola y de la concentración parcelaria, la movilización masiva de los hombres en el ejército, las requisas de ganado y de cereales, la escasez de bienes manufacturados, y la ruptura de los circuitos de cambio entre las ciudades y los campos detuvieron claramente el proceso de modernización de las explotaciones rurales llevado a cabo con éxito, desde 1906, por el primer ministro Piotr Stolypin, asesinado en 1910. Tres años de guerra reforzaron la percepción que los campesinos tenían del Estado como una fuerza hostil y extraña. Las vejaciones cotidianas en un ejército en que el soldado era, por añadidura, tratado más como un siervo que como un ciudadano, exacerbaron las tensiones entre los reclutas y los oficiales, mientras que las derrotas minaban lo que quedaba de prestigio de un régimen imperial demasiado lejano. De esta situación salió reforzado el viejo fondo de arcaísmo y violencia siempre presente en los campos, y que se había expresado con fuerza durante inmensas revueltas campesinas en los años 1902-1906.

Desde finales de 1915, el poder no controlaba ya la situación. Ante la pasividad del régimen se pudo ver cómo por todas partes se organizaban comités y asociaciones que afrontaban la tarea de la gestión de lo cotidiano que el Estado no parecía ya en posición de asegurar: cuidado de los enfermos y suministro de las ciudades y del ejército. Los rusos comenzaron a gobernarse por sí mismos. Se puso en marcha un gran movimiento, procedente del trasfondo de la sociedad y de cuyo tamaño nadie se había percatado hasta entonces. Pero, para que este movimiento triunfara sobre las fuerzas disolventes que también estaban actuando, habría sido preciso que el poder le estimulara y le tendiera la mano. Ahora bien, en lugar de construir un puente entre el poder y los elementos más avanzados de la sociedad civil, Nicolás II se aferró a la utopía monárquico-populista «padrecito-zar-comandante-del ejército-de-su-buen-pueblo-campesino». Asumió en persona el mando supremo de los ejércitos, acto suicida para la autocracia en plena derrota nacional. Aislado en su tren especial del cuartel general de Mogilev, Nicolás II dejó, en realidad, en 1915, de dirigir al país, entregándoselo a su esposa, la emperatriz Alejandra, muy impopular a causa de su origen alemán.

En el curso del año 1916, dio la impresión de que el poder se disolvía. La Duma del Imperio, única asamblea elegida, por poco representativa que fuera, no se reunía en sesión más que algunas semanas al año. Los gobiernos y los ministros se sucedían, tan incompetentes como impopulares. El rumor público acusaba a la influyente camarilla dirigida por la emperatriz y por Rasputín de abrir a sabiendas el territorio nacional a la invasión enemiga. Resultaba manifiesto que la autocracia no era ya capaz de dirigir la guerra. A finales del año 1916, el país se convirtió en ingobernable. En una atmósfera de crisis política ilustrada por el asesinato el 31 de diciembre de Rasputín, las huelgas, que habían descendido un nivel insignificante a principios de la guerra, recuperaron su amplitud. La agitación se apoderó del ejército, y la desorganización total de los transportes quebró el conjunto del sistema de suministros. A este régimen, a la vez desacreditado y debilitado, fue al que vinieron a sorprenderle las jornadas de febrero de 1917.

La caída del régimen zarista, producida después de cinco días de manifestaciones obreras y del amotinamiento de algunos millares de hombres de la guarnición de Petrogrado reveló no solamente la debilidad del zarismo y el estado de descomposición de un ejército al que el Estado Mayor no se atrevió a llamar para sofocar una revuelta popular, sino también la falta de preparación política de todas las fuerzas de oposición profundamente divididas, desde los liberales del partido constitucional-demócrata hasta los socialdemócratas.

En ningún momento de esta revolución popular espontánea, iniciada en la calle y concluida en los gabinetes tapizados del palacio de Tauride, sede de la Duma, las fuerzas políticas de oposición dirigieron el movimiento. Los liberales tenían miedo a la calle. En cuanto a los partidos socialistas, temían una reacción militar. Entre los liberales, inquietos por la extensión de los distur-

bios, y los socialistas, para los que la hora era evidentemente la de la revolución «burguesa» —primera etapa de un largo proceso que podría, con el tiempo, abrir camino a una revolución socialista— se produjeron negociaciones que llegaron, después de largas conversaciones, a la fórmula inédita de un doble poder. Por un lado, estaba el Gobierno provisional, un poder preocupado por el orden cuya lógica era la del parlamentarismo, y cuyo objetivo era el de una Rusia capitalista, moderna y liberal, resueltamente anclado en sus aliados franceses y británicos. Por el otro, se hallaba el poder del Soviet de Petrogrado, que un puñado de militantes socialistas acababa de constituir y que pretendía ser, en la gran tradición del Soviet de San Petesburgo de 1905, una representación más directa y más revolucionaria de las «masas». Pero este «poder de los soviets» era en sí mismo una realidad móvil y cambiante, según el grado de evolución de sus estructuras descentralizadas e incipientes y, todavía más, de los cambios de una versátil opinión pública.

Los tres gobiernos provisionales que se sucedieron, del 2 de marzo al 25 de octubre de 1917, demostraron que eran incapaces de resolver los problemas que les había dejado en herencia el antiguo régimen: la crisis económica, la continuación de la guerra, la cuestión obrera y el problema agrario. Los nuevos hombres en el poder —los liberales del partido constitucional-demócrata, mayoritarios en los dos primeros gobiernos, al igual que los mencheviques, y los socialistas revolucionarios, mayoritarios en el tercero— pertenecían todos a estas elites urbanas, cultivadas, a estos elementos avanzados de la sociedad civil que estaban divididos entre una confianza ingenua y ciega en «el pueblo», y un temor a las «masas sombrías» que los rodeaban y a las que conocían además muy mal. En su mayoría, consideraban, al menos en los primeros meses de una revolución que había afectado a los espíritus por su aspecto pacífico, que había que dejar curso libre al impulso democrático liberado por la crisis, y después por la caída del antiguo régimen. Convertir a Rusia en «el país más libre del mundo» era el sueño de idealistas como el príncipe Lvov, jefe de los dos primeros gobiernos provisionales.

«El espíritu del pueblo ruso», dijo en una de sus primeras declaraciones, «demuestra ser, por su misma naturaleza, un espíritu universalmente democrático. Está dispuesto no solo a fundirse en la democracia universal, sino a ponerse a la cabeza en el camino del progreso jalonado por los grandes principios de la Revolución francesa: libertad, igualdad y fraternidad.»

Asentado sobre estas convicciones, el gobierno provisional multiplicó las medidas democráticas —libertades fundamentales, sufragio universal, supresión de toda discriminación de casta, de raza o de religión, reconocimiento del derecho de Polonia y de Finlandia a la autodeterminación, promesa de autonomía para las minorías nacionales, etc.— que debían, según pensaba, permitir un vasto salto patriótico, consolidar la cohesión social, asegurar la victoria militar al lado de los aliados y unir sólidamente al nuevo régimen con las democracias occidentales. Por un escrupuloso cuidado de la legalidad, el Gobierno se negó, sin embargo, en una situación de guerra, a tomar toda una se-

rie de medidas importantes, que influirían en el porvenir, antes de la reunión de una asamblea constituyente, que debía ser elegida en otoño de 1917. Se empeñó deliberadamente en seguir siendo «provisional», dejando en suspenso los problemas más acuciantes: el problema de la paz y el problema de la tierra. En cuanto a la crisis económica, vinculada a la continuación de la guerra, no más que el régimen anterior, el Gobierno provisional no llegó a concluirla durante los meses de su existencia. Los problemas de abastecimiento, penurias, inflación, ruptura de los circuitos de cambio, clausura de empresas y explosión del paro, no hicieron más que exacerbar las tensiones sociales.

Frente a la política de espera del régimen, la sociedad continuó organizándose de manera autónoma. En algunas semanas, por millares, los soviets, los comités de fábrica y de cuartel, las milicias obreras armadas («los Guardias Rojos»), los comités de campesinos, los comités de soldados, de cosacos, y de amas de casa se fusionaron. Eran otros tantos lugares de discusión, de iniciativas, de enfrentamientos donde se expresaban reivindicaciones, una opinión pública, y otra manera de hacer política. La *mitingovanie* (el mitin permanente) estaba en las antípodas de la democracia parlamentaria en la que soñaban los hombres políticos del nuevo régimen. Era una verdadera fiesta de la liberación, que fue cobrando mayor violencia con el paso de los días, al haber desatado la revolución de febrero el resentimiento y las frustraciones sociales largamente acumulados. A lo largo del año 1917 se asistió a una innegable radicalización de las reivindicaciones y de los movimientos sociales.

Los obreros pasaban de las reivindicaciones económicas —la jornada de ocho horas, la supresión de las multas y otras medidas vejatorias, los seguros sociales, los aumentos de salario— a las demandas sociales, que implicaban un cambio radical de las relaciones sociales entre patronos y asalariados y otra forma de poder. Organizados en comités de fábrica, cuyo objetivo primero era controlar la contratación y los despidos e impedir a los patronos que cerraran abusivamente la empresa con el pretexto de interrupción de los suministros, los obreros llegaron a exigir el «control obrero» de la producción. Pero para que este control obrero llegara a tener vida, era preciso una forma absolutamente nueva de gobierno, el «poder de los soviets», único capaz de adoptar medidas radicales, fundamentalmente la ocupación de empresas, y su nacionalización, una reivindicación desconocida en la primavera de 1917, pero cada vez más situada en primer lugar seis meses más tarde.

En el curso de las revoluciones de 1917, el papel de los soldados-campesinos —una masa de diez millones de hombres movilizados— fue decisivo. La descomposición rápida del ejército ruso, vencido por las deserciones y el pacifismo, desempeñó un papel de entrenamiento en la debilitación generalizada de las instituciones. Los comités de soldados, autorizados por el primer texto adoptado por el Gobierno provisional —el famoso decreto número 1, verdadera «declaración de derechos del soldado», que abolió las reglas de disciplina más vejatorias del antiguo régimen— no dejaron de sobrepasar sus prerrogativas. Llegaron a recusar a cualquier oficial, a «elegir» a otros nuevos, y a

involucrarse en la estrategia militar, planteando un «poder soldado» de un tipo inédito. Este poder soldado abrió camino a un «bolchevismo de trincheras» específico, que el general Brussilov, comandante en jefe del ejército ruso, describía así: «los soldados no tenían la menor idea de lo que era el comunismo, el proletariado o la constitución. Deseaban la paz, la tierra, la libertad de vivir sin leyes, sin oficiales ni propietarios terratenientes. Su "bolchevismo" no era, en realidad, más que una formidable aspiración a una libertad sin trabas, a la anarquía».

Después del fracaso de la última ofensiva del ejército ruso, en junio de 1917, el ejército se desmoronó: centenares de oficiales de los que las tropas sospechaban que eran «contrarrevolucionarios» fueron arrestados por los soldados y a menudo asesinados. El número de desertores se disparó, para alcanzar en agosto-septiempre varias decenas de miles al día. Los campesinos-soldados no tuvieron más que una sola idea en la cabeza: regresar a su casa, para no faltar en el reparto de las tierras y del ganado de los grandes propietarios. De junio a octubre de 1917, más de dos millones de soldados, cansados de combatir o de esperar con el estómago vacío en las trincheras y las guarniciones, desertaron de un ejército que se disolvía. Su regreso a la aldea alimentó, a su vez, los disturbios en los campos.

Hasta el verano, los disturbios agrarios seguían estando bastante ceñidos a zonas concretas, sobre todo en comparación con lo que había sucedido durante la revolución de 1905-1906. Una vez conocida la abdicación del Zar, como era costumbre cuando se producía un acontecimiento importante, la asamblea campesina se reunió y redactó una petición exponiendo las quejas y los deseos de los campesinos. La primera reivindicación era que la tierra perteneciera a aquellos que la trabajaban, que fueran inmediatamente redistribuidas las tierras no cultivadas de los grandes propietarios y que los arrendamientos fueran revaluados a la baja. Poco a poco, los campesinos se organizaron, poniendo en funcionamiento comités agrarios, tanto en el nivel de la aldea como en el del cantón, dirigidos por regla general por miembros de la intelligentsia rural —maestros, popes, agrónomos, funcionarios de sanidad— cercanos a los medios socialistas revolucionarios. A partir de mayo-junio de 1917, el movimiento campesino se endureció: para no dejarse desbordar por una base impaciente, numerosos comités agrarios comenzaron a apoderarse del material agrícola y del ganado de los propietarios terratenientes y ocuparon bosques, pastos y tierras sin explotar. Esta lucha ancestral por el «reparto negro» de las tierras se hizo a expensas de los grandes propietarios terratenientes, pero también de los «kulaks», esos campesinos acomodados que, aprovechando las reformas de Stolypin, habían abandonado la comunidad rural para establecerse en un fundo disponiendo de una propiedad plena y completa, liberada de todas las servidumbres comunitarias. Desde antes de la revolución de octubre de 1917, el kulak, bestia negra de todos los discursos bolcheviques que estigmatizaban al «campesino rico y rapaz», al «burgués rural», al «usurero», al «kulak chupasangre», no era más que la sombra de sí

mismo. Efectivamente, había tenido que devolver a la comunidad aldeana la mayor parte de su ganado, de sus máquinas, de sus tierras, devueltas al fondo común y compartidas según el ancestral principio igualitario de las «bocas que hay que alimentar».

En el curso del verano, los disturbios agrarios, atizados por el regreso a la aldea de centenares de desertores armados, fueron adquiriendo una violencia cada vez mayor. A partir de finales del mes de agosto, decepcionados por las promesas no cumplidas de un Gobierno que no dejaba de retrasar para más adelante la reforma agraria, los campesinos marcharon al asalto de los dominios señoriales, sistemáticamente saqueados y quemados, para expulsar de una vez por todas al vergonzante propietario terrateniente. En Ucrania, en las provincias centrales de Rusia —Tambov, Penza, Voronezh, Saratov, Orel, Tula, Riazán— millares de moradas señoriales fueron quemadas, y centenares de propietarios asesinados.

Ante la extensión de esta revolución social, las elites dirigentes y los partidos políticos —con excepción notable de los bolcheviques sobre cuya actitud volveremos— dudaban entre dos tentativas para controlar, de mejor o peor manera, el movimiento y la tentación del golpe militar. Tras haber aceptado, en el mes de mayo, entrar en el Gobierno, los mencheviques, populares en los medios obreros y los socialistas revolucionarios, mejor implantados en el mundo rural que cualquier otra formación política, se revelaron incapaces, por la participación de algunos de sus dirigentes en un Gobierno cuidadoso de respetar el orden y la legalidad, de realizar las reformas que siempre habían preconizado, fundamentalmente, en lo que se refería a los socialistas revolucionarios, el reparto de tierras. Convertidos en gestores y guardianes del Estado «burgués», los partidos socialistas moderados abandonaron el terreno de la oposición a los bolcheviques, sin obtener beneficio de su participación en un Gobierno que controlaba la situación del país cada día un poco menos.

Frente a la anarquía que invadía todo, los medios patronales, los propietarios, los terratenientes, el Estado Mayor y un cierto número de liberales desengañados se sintieron tentados por la solución del golpe de fuerza militar que proponía el general Kornílov. Esta solución fracasó ante la oposición del gobierno provisional presidido por Aleksandr Kérensky. La victoria del golpe militar habría ciertamente aniquilado el poder civil, que, por débil que fuera, se aferraba a la dirección formal de los asuntos del país. El fracaso del golpe del general Kornílov, los días 24-27 de 1917, precipitó la crisis final de un Gobierno provisional que no controlaba ya ninguno de los resortes tradicionales del poder. Mientras que en la cumbre los juegos del poder distraían a los civiles y militares que aspiraban a una dictadura ilusoria, los pilares sobre los que reposaba el Estado —la justicia, la administración, el ejército— cedieron, el derecho era escarnecido y la autoridad, bajo todas sus formas, era objeto de contestación.

¿Acaso la radicalización incontestable de las masas urbanas y rurales significaba su bolchevización? No hay nada menos seguro. Detrás de los lemas

comunes —«control obrero», «todo el poder a los soviets»— los militantes obreros y los militantes bolcheviques no otorgaban a los términos el mismo significado. En el ejército, el «bolchevismo de trincheras» reflejaba ante todo una aspiración a la paz, compartida por los combatientes de todos los países implicados desde hacía tres años en la más mortífera y total de las guerras. En cuanto a la revolución campesina, seguía una vía completamente autónoma, mucho más cerca del programa socialista revolucionario favorable al «reparto negro» que al programa bolchevique que preconizaba la nacionalización de las tierras y su explotación en grandes unidades colectivas. En los campos no se conocía a los bolcheviques más que por los relatos que de ellos hacían los desertores, precursores de un bolchevismo difuso, portador de dos palabras mágicas: la paz y la tierra. Todos los descontentos estaban lejos de adherirse al partido bolchevique, que contaba, según cifras discutibles, entre cien y doscientos mil miembros a principios de octubre de 1917. No obstante, en el vacío institucional del otoño de 1917, en que toda autoridad estatal había desaparecido para ceder su lugar a una pléyade de comités, soviets y otros grupúsculos, bastaba con que un núcleo bien organizado y decidido actuara con determinación para que ejerciera de manera inmediata una autoridad desproporcionada a su fuerza real. Eso es lo que hizo el partido bolchevique.

Desde su fundación en 1903, este partido se había separado de las otras corrientes de la socialdemocracia, tanto rusa como europea, fundamentalmente por su estrategia voluntarista de ruptura radical con el orden existente y por su concepción del partido, un partido fuertemente estructurado, disciplinado, elitista y eficaz, vanguardia de revolucionarios profesionales, situada en las antípodas del gran partido de unión, ampliamente abierto a simpatizantes de tendencias diferentes, tal y como lo concebían los mencheviques y los socialdemócratas europeos en general.

La Primera guerra mundial acentuó todavía más la especificidad del bolchevismo leninista. Al rechazar cualquier colaboración con las otras corrientes socialdemócratas, Lenin, cada vez más aislado, justificó teóricamente su posición en su ensayo *El imperialismo, estadio supremo del capitalismo*. En él explicaba que la revolución estallaría no en el país en el que el capitalismo fuera más fuerte, sino en un estado económicamente poco desarrollado como Rusia a condición de que el movimiento revolucionario fuera dirigido en el mismo por una vanguardia disciplinada, dispuesta a ir hasta el final, es decir, hasta la dictadura del proletariado y la transformación de la guerra imperialista en una guerra civil.

En una carta de 17 de octubre de 1914, dirigida a Aleksandr Shliapnikov, uno de los dirigentes bolcheviques, Lenin escribía:

«El mal menor en el ámbito de lo inmediato sería la "derrota" del zarismo en la guerra. (...) La esencia entera de nuestro trabajo (persistente, sistemático, quizá de larga duración) es dirigirnos hacia la transformación de la guerra en una guerra civil. Cuándo se producirá esto es otra cuestión, y no resulta todavía claro. Debemos dejar que madure el momento y "forzarlo a ma-

durar" sistemáticamente... No podemos ni "prometer" la guerra civil, ni "decretarla", pero tenemos el deber de actuar —el tiempo que sea necesario— "en esa dirección".»

Al revelar las «contradicciones interimperialistas», la «guerra imperialista» revertía así los términos del dogma marxista e indicaba que la explosión era más probable en Rusia que en ninguna otra parte. A lo largo de toda la guerra, Lenin volvió sobre la idea de que los bolcheviques debían de estar dispuestos a estimular, por todos los medios, el estallido de una guerra civil.

«Cualquiera que acepte la guerra de clases, escribía en septiembre de 1916, debe aceptar la guerra civil, que en toda sociedad de clases representa la continuación, el desarrollo y la acentuación naturales de la guerra de clases.»

Después de la victoria de la revolución de febrero, en la que ningún dirigente bolchevique de envergadura había tomado parte, al encontrarse todos en el exilio o en el extranjero, Lenin, contra la opinión de la inmensa mayoría de los dirigentes del partido, predijo el fracaso de la política de conciliación con el gobierno provisional que intentaba llevar a cabo el Soviet de Petrogrado, dominado por una mayoría de socialistas revolucionarios y de socialdemócratas, de todas las tendencias unidas. En sus cuatro *Cartas desde lejos*, escritas en Zurich desde el 20 al 25 de marzo de 1917, y de las que el diario bolchevique *Pravda* no se atrevió a publicar más que la primera, en la medida en que estos escritos rompían con las posiciones políticas entonces defendidas por los dirigentes bolcheviques de Petrogrado, Lenin exigía la ruptura inmediata entre el Soviet de Petrogrado y el gobierno provisional, así como la preparación activa de la fase siguiente, la «proletaria», de la revolución. Para Lenin, la aparición de los soviets era señal de que la revolución ya había superado su «fase burguesa». Sin esperar más, estos órganos revolucionarios debían de hacerse con el poder por la fuerza, y poner fin a la guerra imperialista, incluso al precio de una guerra civil, inevitable en todo proceso revolucionario.

De regreso en Rusia, el 3 de abril de 1917, Lenin continuó defendiendo posiciones extremas. En sus célebres *Tesis de abril*, repitió su hostilidad incondicional hacia la república parlamentaria y el proceso democrático. Acogidas con estupefacción y hostilidad por la mayoría de los dirigentes bolcheviques de Petrogrado, las ideas de Lenin progresaron con rapidez, fundamentalmente entre los nuevos reclutas del partido, a los que Stalin denominaba, con justicia, los *praktiki* (los «prácticos») por oposición a los «teóricos». En algunos meses, los elementos plebeyos, entre los que los soldados-campesinos ocupaban un lugar central, sumergieron a los elementos urbanizados e intelectuales, viejos compañeros de las luchas sociales institucionalizadas. Portadores de una gran violencia enraizada en la cultura campesina y exacerbada por tres años de guerra, menos prisioneros del dogma marxista que no conocían, estos militantes de origen popular, poco formados políticamente, representantes típicos de un bolchevismo plebeyo que iba muy pronto a destacarse

con fuerza del bolchevismo teórico intelectual de los bolchevique originales, no se planteaban ya la cuestión: ¿Era o no necesaria una «etapa burguesa» para «pasar al socialismo»? Partidarios de la acción directa, del golpe de fuerza, eran los activistas más fervientes de un bolchevismo en el que los debates teóricos dejaban lugar a la única cuestión entonces en el orden del día, la de la toma del poder.

Entre una base plebeya cada vez más impaciente y dispuesta a la aventura —los marinos de la base naval de Kronstadt, cercana a Petrogrado, algunas unidades de la guarnición de la capital, los guardias rojos de los barrios obreros de Vyborg— y algunos dirigentes atormentados por el fracaso de una insurrección prematura abocada al fracaso, la vía leninista seguía siendo estricta. Durante todo el año 1917, el partido bolchevique siguió siendo, en contra de una idea ampliamente extendida, un partido profundamente dividido, desgarrado entre los excesos de unos y las reticencias de otros. La famosa disciplina de partido era más algo que se aceptaba por fe que una realidad. A inicios del mes de julio de 1917, los excesos de la base, impaciente por separarse de las fuerzas gubernamentales, no lograron arrastrar al partido bolchevique, declarado fuera de la ley después de manifestaciones sangrientas los días 3, 4 y 5 de julio en Petrogrado y cuyos dirigentes fueron o arrestados, u obligados, como Lenin, a marchar al exilio.

La impotencia del Gobierno para enfrentarse con los grandes problemas, la debilidad de las instituciones y de las autoridades tradicionales, el desarrollo de los movimientos sociales, y el fracaso de la tentativa de golpe militar del general Kornílov permitieron al partido bolchevique volver a salir a la superficie, a finales del mes de agosto de 1917, en una situación propicia para tomar el poder mediante una insurrección armada.

Una vez más, el papel personal de Lenin como teórico y estratega de la toma del poder, fue decisivo. En las semanas que precedieron al golpe de Estado bolchevique de 25 de octubre de 1917 Lenin fue siguiendo todas las etapas de un golpe de Estado militar, que no podría ni ser desbordado por una sublevación imprevista de las «masas» ni ser frenado por el «legalismo revolucionario» de los dirigentes bolcheviques, tales como Zinoviev o Kamenev, que, escaldados de la amarga experiencia de los días de julio, deseaban llegar al poder con una mayoría rural de socialistas revolucionarios y de socialdemócratas de distintas tendencias mayoritarios en los soviets. Desde su exilio finlandés, Lenin no dejó de enviar al comité central del partido bolchevique cartas y artículos que llamaban a desencadenar la insurrección.

«Al proponer una paz inmediata y al entregar la tierra a los campesinos, los bolcheviques establecerán un poder que *nadie* derribará, escribía. Sería vano esperar una mayoría *formal* favorable a los bolcheviques. Ninguna revolución espera una cosa así. La historia no nos perdonará si no tomamos ahora el poder.»

Estos llamamientos dejaban a la mayor parte de los dirigentes bolcheviques sumidos en el escepticismo. ¿Por qué forzar las cosas, si la situación se

radicalizaba cada día más? ¿No bastaba con unir a las masas estimulando su violencia espontánea, con dejar que actuaran las fuerzas disolventes de los movimientos sociales, con esperar a la reunión del II Congreso ruso de los Soviets prevista para el 20 de octubre? Los bolcheviques tenían todas las posibilidades de obtener una mayoría relativa en esta asamblea en la que los delegados de los soviets de los grandes centros obreros y de los comités de soldados estaban ampliamente sobrerrepresentados en relación con los soviets rurales de predominio socialista revolucionario. Ahora bien, para Lenin, si la transferencia del poder se realizaba en virtud de un voto de un Congreso de los Sóviets, el gobierno que surgiera de él sería un gobierno de coalición en el que los bolcheviques deberían compartir el poder con otras formaciones socialistas. Lenin, que reclamaba desde hacía meses todo el poder para los bolcheviques únicamente, quería a toda costa que estos se apoderaran del poder por sí mismos mediante una insurrección militar *antes* de la convocatoria del II Congreso pan-ruso de los soviets. Sabía que los otros partidos socialistas condenarían el golpe de Estado insurreccional y que no les quedaría entonces más remedio que entrar en la oposición dejando todo el poder a los bolcheviques.

El 10 de octubre, después de haber regresado clandestinamente a Petrogrado, Lenin reunió a doce de los veintiún miembros del partido bolchevique. Después de dos horas de discusiones, llegó a convencer a la mayoría de los presentes para que votaran la más importante decisión que nunca había tomado el partido: el principio de una insurrección armada en el tiempo más breve posible. Esta decisión fue aprobada por diez votos contra dos, los de Zinoviev y Kamenev, resueltamente apegados a la idea de que no había que hacer nada antes de la reunión del II Congreso de los Soviets. El 16 de octubre, Trotsky puso en funcionamiento, pese a la oposición de los socialistas moderados, una organización militar que emanaba teóricamente del Soviet de Petrogrado, pero que era controlada, de hecho, por los bolcheviques, el comité militar revolucionario de Petrogrado (CMRP), encargado de poner en funcionamiento la toma del poder según el arte de la insurrección militar, en las antípodas de una sublevación popular espontánea y anárquica susceptible de desbordar al partido bolchevique.

Como deseaba Lenin, el número de los participantes directos en la gran revolución socialista de octubre de 1917 fue muy limitado: algunos millares de soldados de la guarnición, marinos de Kronstadt y guardias rojos vinculados con el CMRP, y algunos centenares de militantes bolcheviques de los comités de fábrica. Los raros enfrentamientos, y un número de víctimas insignificante atestiguan la facilidad de un golpe de Estado esperado, cuidadosamente preparado y perpetrado sin oposición. De manera significativa, la toma del poder se realizó en nombre del CMRP. Así los dirigentes bolcheviques atribuían la totalidad del poder a una instancia a la que nadie, fuera del comité central bolchevique, había otorgado mandato, y que no dependía, por lo tanto, de ninguna manera del Congreso de los Soviets.

La estrategia de Lenin demostró ser la justa: enfrentados con los hechos consumados, los socialistas moderados, después de haber denunciado «la conspiración militar organizada a espaldas de los soviets», abandonaron el II Congreso de los Sóviets. Abandonados al lado de sus únicos aliados, los miembros del pequeño grupo socialista revolucionario de izquierda, los bolcheviques hicieron ratificar su golpe de fuerza por parte de los diputados del Congreso aún presentes, que votaron un texto redactado por Lenin, atribuyendo «todo el poder a los soviets». Esta resolución puramente formal permitió a los bolcheviques acreditar una ficción que iba a engañar a generaciones de crédulos: gobernaban en nombre del pueblo en el «país de los soviets». Algunas horas más tarde, el Congreso estableció, antes de separarse, la creación del nuevo Gobierno bolchevique —el Consejo de comisarios del pueblo presidido por Lenin— y aprobó unos decretos sobre la paz y sobre la tierra, primeros actos del nuevo régimen.

Muy rápidamente, los malentendidos, y después los conflictos, se multiplicaron entre el nuevo poder y los movimientos sociales, que habían actuado de manera autónoma como fuerzas disolventes del antiguo orden político, económico y social. El primer malentendido estuvo relacionado con la revolución agraria. Los bolcheviques, que siempre habían impulsado la nacionalización de las tierras, debieron, en una relación de fuerzas que no les era favorable, retomar, «robar» el programa socialista revolucionario y aprobar la redistribución de las tierras a los campesinos. El «Decreto sobre la tierra» —cuya disposición principal proclamaba que «la propiedad privada de la tierra es abolida sin indemnización, y son puestas todas las tierras a disposición de los comités agrarios locales para su redistribución»— se limitaba, en realidad, a legitimar lo que numerosas comunidades campesinas habían realizado desde el verano de 1917: la apropiación brutal de las tierras que pertenecían a los grandes propietarios terratenientes y a los campesinos acomodados, los kulaks. Obligados momentáneamente a «colaborar» con esta revolución campesina autónoma, que había facilitado tanto su llegada al poder, los bolcheviques iban a recuperar su programa diez años más tarde. La colectivización forzada de los campos, apogeo del enfrentamiento entre el régimen surgido en octubre de 1917 y el campesinado, será la resolución trágica del malentendido de 1917.

Segundo malentendido: las relaciones del partido bolchevique con todas las instituciones —comités de fábrica, sindicatos, partidos socialistas, comités de cuartel, guardias rojos y, sobre todo soviets— que habían participado a la vez en la destrucción de las instituciones tradicionales y luchado en favor de la afirmación y la extensión de sus propias competencias. En algunas semanas, estas instituciones fueron despojadas de su poder, subordinadas al partido bolchevique o eliminadas. El «poder para los soviets», el lema, sin duda, más popular en la Rusia de 1917, se convirtió, en un abrir y cerrar de ojos, en el poder del partido bolchevique sobre los soviets. En cuanto al «control obrero», otra reivindicación fundamental de aquellos en nombre de los cuales los

bolcheviques pretendían actuar, los proletarios de Petrogrado y de otros grandes centros industriales, fue rápidamente descartada en beneficio de un control del Estado pretendidamente «obrero», sobre las empresas y los trabajadores. Una incomprensión mutua se instaló entre el mundo obrero, obsesionado con el paro, por la degradación continua de su poder adquisitivo y por el hambre, y un Estado preocupado por la eficacia económica. Desde el mes de diciembre de 1917, el nuevo régimen tuvo que enfrentarse con una oleada de reivindicaciones obreras y de huelgas. En algunas semanas, los bolcheviques perdieron lo esencial del capital de confianza que habían acumulado en una parte del mundo laboral durante el año 1917.

Tercer malentendido: las relaciones del nuevo poder con las nacionalidades del antiguo Imperio zarista. El golpe de Estado bolchevique aceleró las tendencias centrífugas que los nuevos dirigentes parecieron, en un principio, garantizar. Al reconocer la legalidad y la soberanía de los pueblos del antiguo Imperio, y el derecho a la autodeterminación, a la federación, y a la secesión, los bolcheviques parecían invitar a los pueblos alógenos a emanciparse de la tutela del poder central ruso. En unos meses, polacos, fineses, bálticos, ucranianos, georgianos, armenios y aceríes proclamaron su independencia. Desbordados, los bolcheviques subordinaron inmediatamente el derecho de los pueblos a la autodeterminación a la necesidad de conservar el trigo ucraniano, el petróleo y los minerales del Cáucaso, y, en resumen, los intereses vitales del nuevo Estado, que se afirmó rápidamente, al menos en el plano territorial, como el heredero del antiguo Imperio más aún que el Gobierno provisional.

La ligazón de revoluciones sociales y nacionales multiformes y de una práctica política específica que excluía todo reparto del poder debía conducir rápidamente a un enfrentamiento, generador de violencia y de terror, entre el nuevo poder y amplios sectores de la sociedad.

2
El «brazo armado de la dictadura del proletariado»

El nuevo poder aparecía como una construcción compleja: una fachada, «el poder de los soviets», representada formalmente por el Comité ejecutivo central; un Gobierno legal, el Consejo de comisarios del pueblo, que se esfuerza por adquirir una legitimidad tanto internacional como interior; y una organización revolucionaria, estructura operativa en el centro del dispositivo de toma del poder, el Comité Militar Revolucionario de Petrogrado (CMRP). Feliks Dzerzhinsky caracterizaba este comité, donde él desempeñó desde los primeros días un papel decisivo, de la siguiente manera: «Una estructura ligera, flexible, inmediatamente operativa, sin un juridicismo puntilloso. Ninguna restricción para tratar, para golpear a los enemigos con el brazo armado de la dictadura del proletariado».

¿Cómo funcionaba desde los primeros días del nuevo régimen este «brazo armado de la dictadura del proletariado», según la expresión muy gráfica de imágenes de Dzerzhinsky, retomada más tarde para recalificar a la policía política bolchevique, la Cheka? De manera sencilla y espeditiva, el CMRP estaba compuesto por una sesentena de personas de las que cuarenta y ocho eran bolcheviques, algunos socialistas revolucionarios de izquierda y anarquistas. Estaba colocado bajo la dirección formal «de un presidente», un socialista revolucionario de izquierdas, Lazimir, debidamente flanqueado por cuatro adjuntos bolcheviques, entre los que se encontraban Antonov-Ovseenko y Dzerzhinsky. En realidad, una veintena de personas redactaron y firmaron con el título de «presidente» o de «secretario» las aproximadamente seis mil órdenes dictadas, en general en pequeños trozos de papel garrapateados con lápiz, por el CMRP durante sus cincuenta y tres días de existencia.

La misma «sencillez operativa» hizo acto de presencia en la difusión de las directrices y en la ejecución de las órdenes: el CMRP actuaba como intermediario de una red de más de un millar de «comisarios», nombrados para las

organizaciones más diversas, unidades militares, soviets, comités de barrio y administraciones. Responsables ante el CMRP únicamente, estos comisarios adoptaban a menudo medidas sin el aval del Gobierno ni del Comité central bolchevique. El 26 de octubre (8 de noviembre[1]), en ausencia de todos los dirigentes bolcheviques ocupados en formar el Gobierno, oscuros «comisarios» cuyo anonimato se ha mantenido, decidieron fortalecer la «dictadura del proletariado» mediante las medidas siguientes: prohibición de las octavillas «contrarrevolucionarias», clausura de los siete principales diarios de la capital, tanto «burgueses» como «socialistas moderados», control de la radio y del telégrafo, y elaboración de un proyecto de requisa de los apartamentos y de los automóviles privados. La clausura de los diarios fue legalizada dos días más tarde mediante un decreto del Gobierno, y una semana más tarde, no sin discusiones, por el Comité ejecutivo central de los soviets[2].

Poco seguros de su fuerza, los dirigentes bolcheviques estimularon en un primer momento, según una táctica que les había dado éxito en el curso del año 1917, lo que ellos denominaban la «espontaneidad revolucionaria de las masas». Al responder a una delegación de representantes de los soviets rurales procedentes de la provincia de Pskov, que preguntaban al CMRP sobre las medidas que había que tomar para «evitar la anarquía», Dzerzhinsky explicó que «la tarea actual es destrozar el orden natural. Nosotros, los bolcheviques, no somos bastante numerosos para realizar esa tarea histórica. Hay que dejar, por lo tanto, que actúe la espontaneidad revolucionaria de las masas que luchan por su emancipación. En un segundo momento, nosotros, los bolcheviques, mostraremos a las masas el camino que deben seguir. A través del CMRP, son las masas las que hablan, las que actúan contra su enemigo de clase, contra los enemigos del pueblo. Nosotros no estamos ahí más que para canalizar y dirigir el odio y el deseo legítimo de venganza de los oprimidos contra los opresores».

Algunos días antes en la reunión del CMRP de 29 de octubre (10 de noviembre), algunas personas presentes, voces anónimas, habían señalado la necesidad de luchar con más energía contra los «enemigos del pueblo», una fórmula que iba a conocer en los meses, los años y las décadas venideras un gran éxito, y que fue retomada en una proclamación del CMRP de fecha 13 de noviembre (26 de noviembre): «los altos funcionarios de las administraciones del Estado, de los bancos, del tesoro, de los ferrocarriles, de correos y de telégrafos, sabotean las medidas del Gobierno bolchevique. De ahora en adelante, estas personas son declaradas enemigos del pueblo. Sus nombres serán publicados en todos los periódicos y las listas de los enemigos del pueblo se-

[1] Hasta el 1 de febrero de 1918, el calendario en vigor en Rusia fue el calendario juliano, que tenía trece días de retraso en relación con el calendario gregoriano. Así, el 25 de octubre de 1917 en Rusia era el 7 de noviembre de 1917 en España.

[2] A. Z. Okorokov, *Oktiabr' i kraj russkoi burzhuazhnoi pressy* (Octubre y el fracaso de la prensa burguesa rusa), Moscú, 1971; V. N. Brovkin, *The Mensheviks after October*, Londres, Cornell University Press, 1987.

rán fijadas en todos los lugares públicos»[3]. Algunos días después de la creación de estas listas de proscripción, se dictó una nueva proclama: «Todos los individuos sospechosos de sabotaje, de especulación y de acaparamiento, son susceptibles de ser detenidos en el momento como enemigos del pueblo y transferidos a la prisiones de Kronstadt»[4].

En unos días, EL CMRP introdujo dos mociones particularmente notables: la de «enemigo del pueblo» y la de «sospechoso»...

El 28 de noviembre (10 de diciembre), el Gobierno institucionalizó la moción de «enemigo del pueblo». Un decreto firmado por Lenin estipulaba que «los miembros de las instancias dirigentes del partido constitucional-demócrata, partido de los enemigos del pueblo, quedan fuera de la ley y son susceptibles de arresto inmediato y de comparecencia ante los tribunales revolucionarios»[5]. Estos tribunales acababan de ser instituidos en virtud del «decreto número 1 sobre los tribunales». En términos de este texto quedaban abolidas todas las leyes que estaban «en contradicción con los decretos del Gobierno obrero y campesino, así como de los programas políticos de los partidos socialdemócrata y socialista revolucionario». Mientras esperaban la redacción de un nuevo código penal, los jueces tenían la máxima flexibilidad para apreciar la validez de la legislación existente «en función del orden y de la legalidad revolucionaria», noción tan vaga que permitía los mayores abusos. Los tribunales del antiguo régimen fueron suprimidos y reemplazados por tribunales populares y tribunales revolucionarios competentes en todos los crímenes y delitos cometidos «contra el Estado proletario», el «sabotaje», el «espionaje» y los «abusos de función» y otros «crímenes revolucionarios». Como lo reconocía Kursky, comisario del pueblo para la justicia de 1918 a 1928, los tribunales revolucionarios no eran tribunales en el sentido habitual, «burgués» de este término, sino tribunales de la dictadura del proletariado, órganos de lucha contra la contrarrevolución, más preocupados por erradicar que por juzgar[6]. Entre los tribunales revolucionarios figuraba un «Tribunal revolucionario de asuntos de prensa» encargado de juzgar los delitos de prensa y de suspender cualquier publicación que «sembrara la desazón en los espíritus al publicar noticias voluntariamente erróneas»[7].

Mientras que aparecían categorías inéditas («sospechosos, enemigos del pueblo») y que se ponían en funcionamiento nuevos dispositivos judiciales, el

[3] G. A. Belov, *Iz istorii Vserossiiskoi Chrezvyachainoi komissii, 1917-1921: Sbornik dokumentov* (De la Historia de la Comisión *The Cheka. Lenin's Political Police* panrusa extraordinaria, 1917-1921: compilación de documentos), Moscú, 1958, pág. 66; G. Leggett, Oxford, 1981, págs. 13-15.

[4] G. A. Belov, *op. cit.*, págs. 54-55.

[5] *Íbid.*, pág. 67.

[6] D. I. Kursky, *Izbrannye stati i rechi* (Discursos escogidos), Moscú, 1958, pág. 67.

[7] E. A. Finn, «Antisovetskaya pecat'na skam'e podsudimij» (La prensa antisoviética en el banquillo) en *Sovietskoye Gosudarstvo i pravo*, 1967, núm. 2, págs. 71-72.

Comité militar revolucionario de Petrogrado continuaba estructurándose. En una ciudad en la que las reservas de harina eran inferiores a un día de racionamiento miserable —media libra de pan por adulto— la cuestión de los suministros era por naturaleza primordial.

El 4 (17) de noviembre fue creada una comisión de suministros, cuya primera proclama estigmatizaba a las «clases ricas que se aprovechan de la miseria» y afirmaba: «que es hora de requisar los excedentes de los ricos y, por qué no, sus bienes». El 11 (24) de noviembre, la comisión de suministros decidió enviar inmediatamente destacamentos especiales, compuestos por soldados, marinos, obreros y guardias rojos, a las provincias productoras de cereales, a fin de procurarse los productos alimenticios de primera necesidad para Petrogrado y para el frente» [8]. Esta medida, adoptada por una comisión del CMRP, prefiguraba la política de requisa llevada a cabo, durante cerca de tres años, por los destacamentos del «ejército de suministros», y que iba a ser factor esencial del enfrentamiento, generador de violencia y de terror, entre el nuevo poder y el campesinado.

La comisión de investigación militar, creada el 10 (23) de noviembre, fue encargada del arresto de los oficiales «contrarrevolucionarios» denunciados por regla general por sus soldados, de los miembros de los partidos «burgueses» y de los funcionarios sospechosos de «sabotaje». Rápidamente esta comisión fue encargada de los asuntos más diversos. En el clima turbulento de una ciudad que padecía hambre, en que los destacamentos de guardias rojos y de milicianos improvisados requisaban, robaban y saqueaban en el nombre de la revolución, basándose en una orden incierta firmada por algún «comisario», centenares de individuos comparecían ante la comisión por los delitos más diversos: pillaje, «especulación», «acaparamiento» de los productos de primera necesidad, pero también, «estado de embriaguez» o «pertenencia a una clase hostil» [9].

Los llamamientos de los bolcheviques en favor de la espontaneidad revolucionaria de las masas eran un arma de manejo delicado. Los ajustes de cuentas y las violencias se multiplicaron, en particular los robos a mano armada y el pillaje de almacenes, fundamentalmente de los almacenes que vendían alcohol y de las bodegas del Palacio de Invierno. El fenómeno llegó a tener con el paso de los días tal amplitud que, a propuesta de Dzerzhinsky, el CMRP decidió crear una comisión de lucha contra la embriaguez y los desórdenes. El 6 de diciembre (20 de diciembre), esta comisión declaró el estado de sitio en la ciudad de Petrogrado, y decretó el toque de queda a fin de «poner fin a los disturbios y desórdenes iniciados por elementos sospechosos enmascarados de revolucionarios» [10].

---

[8] S. A. Pavliuchenko, *Krestianskii Brest* (El Brest campesino), Moscú, 1996, págs. 25-26.

[9] G. Leggett, *op. cit.*, pág. 7.

[10] V. D. Bonch-Bruevich, *Na boevyj postaj fevral'skoi i oktiabrskoi revoliutsii* (En los puestos de combate de la revolución de febrero y octubre), Moscú, 1930, pág. 191.

Más todavía que estos trastornos esporádicos, el Gobierno bolchevique temía, en realidad, la extensión de la huelga de los funcionarios, que duraba desde los días posteriores al golpe de Estado del 25 de octubre (7 de noviembre). Fue esta amenaza la que constituyó el pretexto para la creación, el 7 (20) de diciembre, de la *Vserossiskaya Chrezvytchaïnaïa komissia po bor'bes kontr'revoliutsii, spekuliatsei i sabotaguem* —la comisión pan-rusa extraordinaria de lucha contra la contrarrevolución, la especulación y el sabotaje—, que iba a entrar en la historia bajo sus iniciales de Vecheka, o abreviadamente Cheka.

Algunos días antes de la creación de la Cheka, el Gobierno había decidido, no sin dudas, disolver el CMRP. Estructura operativa provisional fundada en la víspera de la insurrección para dirigir las operaciones sobre el terreno, este había realizado las tareas que le habían sido encomendadas. Había permitido tomar el poder y defender al nuevo régimen hasta el momento que este habría creado su propio aparato de Estado. Debía, además, para evitar una confusión de poderes y un encabalgamiento de las competencias, transferir sus prerrogativas al Gobierno legal, el Consejo de comisarios del pueblo.

¿Pero cómo renunciar, en un momento juzgado crítico por los dirigentes bolcheviques, al «brazo armado de la dictadura del proletariado»? Durante su reunión de 6 de diciembre, el Gobierno encargó «al camarada Dzerzhinsky que estableciera una comisión especial que examinara los medios para luchar, con la mayor energía revolucionaria, contra la huelga general de los funcionarios y determinara los métodos para suprimir el sabotaje». La elección del «camarada Dzerzhinsky» no solamente no suscitó ninguna discusión, sino que parecía evidente. Algunos días antes, Lenin, siempre aficionado a los paralelos históricos entre la gran revolución —la francesa— y la Revolución rusa de 1917 había indicado a su secretario, V. Bonch-Bruevich, la necesidad de encontrar con urgencia otro «Fouquier-Tinville, que nos mantenga en jaque a toda la canalla contrarrevolucionaria» [11]. El 6 de diciembre, la elección de un «sólido jacobino proletario», por reproducir otra fórmula de Lenin, recayó de manera unánime en Feliks Dzerzhinsky, convertido en algunas semanas, en virtud de su acción enérgica en el CMRP, en el gran especialista de las cuestiones de seguridad. Además, como explicó Lenin a Bonch-Bruevich, de todos nosotros es el que ha pasado más tiempo en los calabozos zaristas y el que ha tenido mayor contacto con la Ojrana (la policía política zarista). ¡Conoce su oficio!

Antes de la reunión gubernamental del 17 (20) de diciembre, Lenin envió una nota a Dzerzhinsky:

«Respecto a su informe de hoy, ¿no sería posible redactar un decreto con un preámbulo del género: la burguesía se apresta a cometer los crímenes más abominables reclutando la hez de la sociedad para organizar tumultos. Los cómplices de la burguesía, fundamentalmente los altos funcionarios, los cuadros de los bancos, etc., realizan sabotaje y organizan huelgas para minar las medidas del Gobierno destinadas a poner en funcionamiento la transformación socialista de la sociedad. La burguesía no retrocede ante el sabotaje de los suministros, condenando así a millones de personas al hambre. Deben tomarse medidas excepcionales para luchar contra los saboteadores contrarrevolucionarios. En consecuencia, el Consejo de comisarios del pueblo decreta...?» [12].

---

[11] V. D. Bonch-Bruevich, *op. cit.*, pág. 197.

En la tarde del 7 (20) de diciembre, Dzerzhinsky presentó su proyecto al Consejo de comisarios del pueblo. Inició su intervención con un discurso sobre los peligros que amenazaban a la revolución en el «frente interior»:

«Debemos enviar a ese frente, el más peligroso y el más cruel de los frentes, a camaradas determinados, duros, sólidos, sin escrúpulos, dispuestos a sacrificarse por la salvación de la revolución. No penséis, camaradas, que busco una forma de justicia revolucionaria. ¡No tenemos nada que ver con la "justicia"! ¡Estamos en guerra, en el frente más cruel, porque el enemigo avanza enmascarado y se trata de una lucha a muerte! ¡Propongo, exijo la creación de un órgano que ajuste las cuentas a los contrarrevolucionarios de manera revolucionaria, auténticamente bolchevique!».

Dzerzhinsky abordó inmediatamente el núcleo de su intervención, que transcribimos tal y como aparece en el protocolo de la reunión:

«La Comisión tiene como tarea: 1. Suprimir y liquidar todo intento y acto contrarrevolucionario de sabotaje, vengan de donde vengan, en todo el territorio de Rusia; 2. Llevar a todos los saboteadores contrarrevolucionarios ante un tribunal revolucionario.

La Comisión realiza una investigación preliminar en la medida en que esta resulta indispensable para llevar a cabo correctamente su tarea.

La Comisión se divide en departamentos: 1. Información; 2. Organización, 3. Operación.

La Comisión otorgará una atención muy particular a los asuntos de prensa, de sabotaje, a los KD (constitucionales-demócratas o kadetes), a los SR (socialistas-revolucionarios o eseristas) de derechas, a los saboteadores y a los huelguistas.

Medidas represivas encargadas a la Comisión: confiscación de bienes, expulsión del domicilio, privación de las cartillas de racionamiento, publicación de listas de enemigos del pueblo, etc.

Resolución: aprobar el proyecto. Apelar a la Comisión pan-rusa extraordinaria de lucha contra la revolución, la especulación y el sabotaje. Que se publique» [13].

---

[12] G. Leggett, *op. cit.*, pág. 16.

[13] *Lenin y VchK: Sbornik dokumentov* (Lenin y la Cheka: recopilación de documentos), Moscú, 1975, págs. 36-37; texto completo, GARF, 130/2/134/26-27.

Este texto fundador de la policía política soviética suscita inmediatamente una pregunta. ¿Cómo interpretar la discordancia entre el discurso ofensivo de Dzerzhinsky y la relativa modestia de las competencias atribuidas a la Cheka? Los bolcheviques estaban a punto de concluir un acuerdo con los socialistas-revolucionarios de izquierdas (seis de sus dirigentes entraron en el Gobierno el 12 de diciembre) a fin de romper su aislamiento político, en un momento en que les era preciso afrontar la cuestión de la convocatoria de la asamblea constituyente en la que eran minoritarios. También adoptaron un programa de mínimos. En contra de la resolución adoptada por el Gobierno en 7 (20) de diciembre, no fue publicado ningún decreto que anunciara la creación de la Cheka y que definiera sus competencias.

Comisión «extraordinaria», la Cheka iba a prosperar y a actuar sin la menor base legal. Dzerzhinsky, que deseaba, como Lenin, tener las manos libres, pronunció esta frase sobrecogedora: «Es la vida misma la que dicta su camino a la Cheka». La vida, es decir, «el terror revolucionario de masas», la violencia de la calle que la mayoría de los dirigentes bolcheviques estimulaban entonces con entusiasmo, olvidando por el momento su profunda desconfianza hacia la espontaneidad popular.

Al dirigirse el 1 (13) de diciembre a los delegados del Comité ejecutivo central de los soviets, Trotsky, comisario del pueblo para la guerra, previno: «En menos de un mes, el terror va a adquirir formas muy violentas, a ejemplo de lo que sucedió durante la gran Revolución francesa. No será ya solamente la prisión, sino la guillotina, ese notable invento de la gran Revolución francesa, que tiene como ventaja reconocida la de recortar en el hombre una cabeza, lo que se dispondrá para nuestros enemigos» [14].

Algunas semanas más tarde, tomando la palabra en una asamblea de obreros, Lenin apeló, una vez más, al terror, esta «justicia revolucionaria de clases»:

«El poder de los soviets ha actuado como tendrían que haber actuado todas las revoluciones proletarias: ha destrozado claramente la justicia burguesa, instrumento de las clases dominantes. (...) Los soldados y los obreros deben comprender que nadie los ayudará si no se ayudan a sí mismos. Si las masas no se levantan espontáneamente, no llegaremos a nada. (...) ¡A menos que apliquemos el terror a los especuladores —una bala en la cabeza en el momento— no llegaremos a nada!» [15].

Estas llamadas al terror atizaban una violencia que ciertamente no había esperado para desencadenarse a la llegada de los bolcheviques al poder. Desde el otoño de 1917, millares de grandes propiedades rústicas habían sido saqueadas por los campesino encolerizados, y centenares de grandes propietarios habían sido asesinados. En la Rusia del verano de 1917, la violencia era omnipresente. Esta violencia no era nueva, pero los acontecimientos del año

---

[14] *Delo Naroda*, 3 de diciembre de 1917.

[15] V. I. Lenin, *Polnoe sobranie sochinenii*, Moscú, 1958-1966, vol. XXXV, pág. 311.

1917 habían permitido la convergencia de varias formas de violencia presentes en estado latente: una violencia urbana «reactivada» por la brutalidad de las relaciones capitalistas en el seno del mundo industrial; una violencia campesina «tradicional»; y la violencia «moderna» de la Primera guerra mundial portadora de una extraordinaria regresión y una formidable brutalización de las relaciones humanas. La mezcla de estas tres formas de violencia constituía una combinación explosiva, cuyo efecto podía ser muy devastador en la coyuntura muy particular de la Rusia sumergida en una revolución, marcada a la vez por la debilidad de las instituciones de orden y de autoridad, por la escalada de los resentimientos y de las frustraciones sociales acumuladas durante largo tiempo y por la instrumentalización política de la violencia popular. Entre los habitantes de las ciudades y los del campo la desconfianza era recíproca, para aquellos, la ciudad era, más que nunca, el lugar del poder y de la opresión. Para la elite urbana, para los revolucionarios profesionales, surgidos en su inmensa mayoría de la intelligentsia, los campesinos seguían siendo, como escribía Gorky, una masa de «gente medio salvaje» cuyos «instintos crueles» e «individualismo animal» debían ser sometidos a «la razón organizada de la ciudad». Al mismo tiempo, políticos e intelectuales eran perfectamente conscientes del hecho de que el desencadenamiento de las revueltas campesinas era lo que había resquebrajado al Gobierno provisional, permitiendo a los bolcheviques, muy minoritarios en el país, apoderarse del poder en el vacío constitucional reinante.

A finales de 1917 e inicios de 1918, ninguna oposición seria amenazaba al nuevo régimen que, un mes después del golpe de Estado bolchevique, controlaba la mayor parte del norte y del centro de Rusia hasta el Volga medio, pero también bastantes grandes aglomeraciones en el Cáucaso (Bakú) y Asia central (Tashkent). Ciertamente, Ucrania y Finlandia se habían separado pero no abrigaban intenciones belicosas contra el poder bolchevique. La única fuerza militar antibolchevique organizada era el pequeño «ejército de voluntarios», de unos tres mil hombres aproximadamente, embrión del futuro «ejército blanco», puesto en pie en el sur de Rusia por los generales Alexeyev y Kornílov. Estos generales zaristas fundaban todas sus esperanzas en los cosacos del Don y del Kubán. Los cosacos se diferenciaban radicalmente de los otros campesinos rusos. Su privilegio principal, bajo el antiguo régimen, era recibir 30 hectáreas de tierra a cambio de un servicio militar que alcanzaba hasta la edad de 36 años. Aunque no aspiraban a adquirir nuevas tierras, deseaban conservar las que poseían. Deseando ante todo salvaguardar su condición de independencia, los cosacos, inquietos por las declaraciones bolcheviques que estigmatizaban a los kulaks, se unieron en la primavera de 1918 a las fuerzas antibolcheviques.

¿Se puede hablar de guerra civil a propósito de los primeros enfrentamientos del invierno de 1917 y de la primavera de 1918, en el sur de Rusia, entre algunos millares de hombres del ejército de voluntarios y las tropas bolcheviques del general Sivers que contaban apenas con seis mil hombres? Lo que

llama la atención de entrada es el contraste entre la modestia de los efectivos implicados y la violencia inaudita de la represión ejercida por los bolcheviques, no solamente contra los militares capturados sino también contra los civiles. Instituida en 1919 por el general Denikin, comandante en jefe de las fuerzas del sur de Rusia, la «comisión de investigación sobre los crímenes bolcheviques», se esforzó por censar, durante los meses de su actividad, las atrocidades cometidas por los bolcheviques en Ucrania, en el Kubán, la región del Don y Crimea. Los testimonios recogidos por esta comisión —que constituyen la fuente principal del libro de S. P. Melgunov, *El terror rojo en Rusia, 1918-1924*, el gran clásico sobre el terror bolchevique aparecido en Londres en 1924— establecen innumerables atrocidades perpetradas desde enero de 1918. En Taganrog, los destacamentos del ejército de Sivers habían arrojado a cincuenta júnkers y oficiales «blancos», con los pies y las manos atados, a un alto horno. En Evpatoria, varios centenares de oficiales y de «burgueses» fueron atados y luego arrojados al mar, después de haber sido torturados. Violencias idénticas tuvieron lugar en la mayoría de las ciudades de Crimea ocupadas por los bolcheviques: Sebastopol, Yalta, Alushta, Simferopol. Las mismas atrocidades se produjeron a partir de abril-mayo de 1918 en las grandes aldeas cosacas insurrectas. Los expedientes muy precisos de la comisión Denikin hacen referencia a «cadáveres con las manos cortadas, con los huesos rotos, con las cabezas arrancadas, con las mandíbulas destrozadas y los órganos genitales cortados»[16].

Como señala Melgunov, es no obstante «difícil de distinguir lo que sería una puesta en práctica sistemática de un terror organizado de lo que aparece como «excesos incontrolados». Hasta agosto-septiembre de 1918 no se menciona nunca una cheka local que dirigiera las matanzas. Ciertamente, hasta esa fecha la red de chekas seguía siendo bastante tenue. Las matanzas, dirigidas a sabiendas no solamente contra los combatientes del campo enemigo, sino también contra los «enemigos del pueblo» civiles —así, entre las doscientas cuarenta personas muertas en Yalta a inicios del mes de marzo de 1918 figuraban, además de ciento sesenta y cinco oficiales, alrededor de siete hombres, políticos, abogados, periodistas, profesores— fueron por regla general perpetradas por «destacamentos armados», «guardias rojos» y otros «elementos bolcheviques» no especificados. Exterminar al «enemigo del pueblo» no era más que la prolongación lógica de una revolución a la vez política y social en la que unos eran los «vencedores» y los otros los «vencidos». Esta concepción del mundo no había aparecido bruscamente después de octubre de 1917, pero las tomas de posición bolcheviques, completamente explícitas sobre la cuestión, la habían legitimado.

Recordemos lo que escribía, ya en marzo de 1917, en una carta bien perspicaz, un joven capitán a propósito de la revolución en su regimiento: «Entre

[16] Estos expedientes pueden consultarse en el GARF (Archivos estatales de la Federación rusa), fondos denominados «Archivos de Praga», legajos 1 a 195. Para la época en cuestión, legajos 8, 2, 27.

nosotros y los soldados, el abismo es insondable. Para ellos somos y seguiremos siendo *barines* (amos). Para ellos, lo que acaba de pasar no es una revolución política, sino más bien una revolución social de la que son los vencedores y nosotros los vencidos. Nos dicen: "¡Antes erais los *barines*, ahora nos toca a nosotros serlo!". Tienen la impresión de obtener finalmente su desquite tras siglos de servidumbre»[17].

Los dirigentes bolcheviques estimularon todo lo que en las masas populares podía afirmar esta aspiración a un «desquite social» que pasaba por una legitimación moral de la delación, del terror y de una guerra civil «justa» según los términos mismos de Lenin. El 15 (28) de diciembre de 1917, Dzerzhinsky publicó en *Izvestia* un llamamiento invitando «a todos los soviets» a organizar chekas. El resultado fue un formidable aumento de «comisiones», «destacamentos» y otros «órganos extraordinarios» que las autoridades centrales tuvieron muchas dificultades para controlar cuando decidieron, algunos meses más tarde, poner término a la «iniciativa de las masas» y organizar una red estructurada y centralizada de chekas[18].

Describiendo los seis primeros meses de la Cheka, Dzerzhinsky escribía en julio de 1918: «Fue un periodo de improvisación y de tanteos, durante el cual la organización no estuvo siempre a la altura de las circunstancias»[19]. En esa fecha, no obstante, el balance de la acción de la Cheka como órgano de represión contra las libertades ya era considerable. Y la organización, que contaba apenas con un centenar de personas en diciembre de 1917, ¡en seis meses había multiplicado por 120 sus efectivos!

Ciertamente los inicios de la organización fueron muy modestos. El 11 de enero de 1918, Dzerzhinsky envió una nota a Lenin en la que le comunicaba: «Nos encontramos en una situación imposible, a pesar de los importantes servicios ya rendidos. No contamos con ninguna financiación. Trabajamos día y noche sin pan, ni azúcar, ni té, ni mantequilla, ni queso. Tome medidas para que haya raciones decentes o autorícenos a realizar requisas entre los burgueses»[20]. Dzerzhinsky había reclutado a un centenar de hombres, en buena medida antiguos camaradas de clandestinidad, en su mayoría polacos o bálticos, que habían trabajado casi todos en el Comité militar revolucionario de Petrogrado, y entre los cuales figuraban ya los futuros cuadros de la GPU de los años veinte y del NKVD de los años treinta: Latsis, Menzhinsky, Meing, Moroz, Peters, Trilisser, Unchlicht, Yagoda.

La primera acción de la Cheka fue aplastar la huelga de funcionarios de Petrogrado. El método fue expeditivo —arresto de los «agitadores»— y la justificación simple: «quien no quiere trabajar con el pueblo no tiene lugar en

[17] Citado en O. Figes, *The Russian Revolution*, Londres, 1995, pág. 379.

[18] Archivos B. Nikolayevsky, Hoover Institution, *Polozenie o ChK na mestaj* (Relación sobre las organizaciones locales de la Cheka), 11 de junio de 1918.

[19] G. Leggett, *op. cit.*, págs. 29-40.

[20] M. I. Latsis, *Dva goda borby na vnutrennom fronte* (Dos años de lucha en el frente interior), Moscú, 1920, pág. 6.

él», declaró Dzerzhinsky, que ordenó arrestar a un cierto número de diputados socialistas-revolucionarios y mencheviques, elegidos para la asamblea constituyente. Este acto arbitrario fue inmediatamente condenado por el comisario del pueblo para la justicia, Steinberg, un socialista-revolucionario de izquierdas que había entrado en el Gobierno unos días antes. Este primer incidente entre la Cheka y la justicia planteaba la cuestión capital, de la condición extralegal de esta policía política.

«¿Para qué sirve un comisariado del pueblo para la justicia? —preguntó entonces Steinberg a Lenin—. ¡Que lo llamen comisariado del pueblo para el exterminio social y se entenderá la razón!

—Excelente idea—, respondió Lenin. —Es exactamente como yo lo veo. ¡Desgraciadamente no se le puede llamar así!»[21].

Naturalmente, Lenin arbitró el conflicto entre Steinberg, que exigía estricta subordinación de la Cheka a la justicia, y Dzerzhinsky, que se rebelaba contra el juridicismo puntilloso de la vieja escuela del antiguo régimen, en favor de este último. La Cheka no debía responder de sus actos más que ante el Gobierno.

El 6 (19) de enero de 1918 marcó una etapa importante en el reforzamiento de la dictadura bolchevique. Por la mañana temprano, la asamblea constituyente, elegida en noviembre-diciembre de 1917, y en la que los bolcheviques estaban en minoría, puesto que no disponían más que de ciento setenta y cinco diputados sobre un total de setecientos siete elegidos, fue dispersada por la fuerza, después de haber celebrado sus sesiones durante un día tan solo. Este acto arbitrario no provocó ningún eco apreciable en el país. Una pequeña manifestación organizada para protestar contra la disolución fue reprimida por las tropas. Se produjeron veinte muertos, un pesado tributo para una experiencia de democracia parlamentaria que solo había durado algunas horas[22].

En los días y semanas que siguieron a la disolución de la asamblea constituyente, la posición del Gobierno bolchevique en Petrogrado se hizo cada vez más incomoda, en el momento mismo en que Trotsky, Kamenev, Yoffé y Radek negociaban en Brest-Litovsk, las condiciones de paz con las delegaciones de los imperios centrales. El 9 de enero de 1918, el Gobierno consagró su orden del día a la cuestión de su traslado a Moscú[23].

Lo que inquietaba a los dirigentes bolcheviques era menos la amenaza alemana —el armisticio había entrado en vigor a partir del 15 (28) de diciembre— que una sublevación obrera. Efectivamente, en los barrios obreros que dos meses antes los apoyaban, crecía el descontento. Con la desmovilización y

[21] L. Steinberg, *In the Workshops of the Revolution*, Londres, 1955, pág. 145.

[22] L. Schapiro, *Les Bolcheviks et l'opposition. Origines de l'absolutisme communiste, 1917-1922*, París, Les Iles d'or, 1957, págs. 84-86; V. Brovkin, *op. cit.*, págs. 46-47 y 59-63.

[23] E. Berard, «Pourquoi les bolcheviks ont-ils quitté Petrograd?» en *Cahiers du monde russe et soviétique*, XXXIV, 4, octubre-diciembre de 1993, págs. 507-528.

[illegible] de los pedidos militares, las empresas habían despedido a decenas de millares de personas. La agravación de las dificultades de los suministros había hecho caer la ración cotidiana de pan hasta un cuarto de libra. Incapaz de enderezar la situación, Lenin estigmatizaba a los «acaparadores» y a los «especuladores» designados como chivos expiatorios. «Cada fábrica, cada compañía, debe organizar destacamentos de requisa. Hay que movilizar para la búsqueda de alimentos no solamente a los voluntarios, sino a todo el mundo bajo pena de confiscación inmediata de la cartilla de racionamiento», escribía el 22 de enero (3 de febrero) de 1918.

El nombramiento de Trostky a su regreso de Brest-Litovsk, el 31 de enero de 1918, a la cabeza de una comisión extraordinaria encargada del suministro y del transporte, señala bien a las claras la importancia decisiva otorgada por el Gobierno a la «caza de suministros», primera etapa de la «dictadura del suministro». En esta comisión Lenin propuso, a mediados de febrero, un proyecto de decreto, que incluso los miembros de este organismo —entre los que figuraba, además de Trotsky, Tsiuroupa, comisario del pueblo para suministros— juzgaron oportuno rechazar. El texto preparado por Lenin preveía que todos los campesinos fueran obligados a entregar sus excedentes a cambio de un recibo. En caso de no entrega en los plazos señalados, los transgresores serían fusilados. «Cuando leímos este proyecto, nos quedamos sobrecogidos, escribió Tsiuroupa en sus memorias. Aplicar semejante decreto habría llevado a ejecuciones masivas. Finalmente el proyecto de Lenin fue abandonado»[24].

Este episodio resulta, no obstante, muy revelador. Desde inicios del año 1918, Lenin, paralizado en el punto muerto al que le había conducido su política, inquieto ante la situación catastrófica de los suministros de los grandes centros industriales contemplados como los únicos islotes bolcheviques en medio de un océano campesino, estaba dispuesto a todo para «apoderarse de los cereales», salvo a modificar un ápice su política. Resultaba inevitable el conflicto entre un campesinado que deseaba conservar para sí los frutos de su trabajo y rechazaba toda injerencia de un autoridad exterior y el nuevo régimen que ansiaba imponer su autoridad, se negaba a comprender el funcionamiento de los circuitos económicos y quería —y pensaba— controlar lo que no parecía mas que una manifestación de anarquía social.

El 21 de febrero de 1918, frente al avance fulminante de los ejércitos alemanes, posterior a la ruptura de las conversaciones de Brest-Litovsk, el Gobierno proclamó «la patria socialista en peligro». El llamamiento a la resistencia contra el invasor iba acompañado de una llamada al terror de masas: «Todo agente enemigo, especulador, gamberro, agitador contrarrevolucionario y espía alemán será fusilado sobre el terreno»[25]. Esta proclama venía a instaurar la ley marcial en la zona de operaciones militares. Con la firma de la

[24] CRCEDHC (Centro ruso de conservación y estudio de la documentación histórica contemporánea), 158/1/1/10; S. A. Pavliuchenkov, *op. cit.*, pág. 29.

[25] *Dekrety Sovetskoi Vlasty* (Decretos del poder soviético), vol. 1, 1957, págs. 490-491.

paz, el 3 de marzo de 1918 de Brest-Litovsk, se convirtió en algo caduco. Legalmente, la pena de muerte no fue reestablecida en Rusia, hasta el 16 de julio de 1918. No obstante, a partir de febrero de 1918, la Cheka procedió a realizar numerosas ejecuciones sumarias fuera de las zonas de operaciones militares.

El 10 de marzo de 1918, el Gobierno abandonó Petrogrado en dirección a Moscú, que se había convertido en capital. La Cheka se instaló cerca del Kremlin, en la calle Bolshaya-Lubianka, en los edificios de una compañía de seguros que ocuparía bajo sus siglas sucesivas —GPU, NKVD, MVD, KGB— hasta la caída del régimen soviético. De seiscientos efectivos en marzo, el número de chekistas que trabajaba en Moscú en la «Gran Casa» pasó en julio de 1918 a dos mil, sin contar las tropas espaciales. Cifra considerable, cuando se sabe que, ¡el comisariado del pueblo para el interior, encargado de dirigir el inmenso aparato de los soviets locales del conjunto del país, no contaba en esa misma fecha más que con cuatrocientos funcionarios!

La Cheka realizó su primera operación de envergadura durante la noche del 11 al 12 de abril de 1918: más de mil hombres de sus tropas especiales tomaron por asalto en Moscú una veintena de casas controladas por anarquistas. Al cabo de varias horas de combate encarnizado fueron detenidos quinientos veinte anarquistas y veinticinco de ellos fueron sumariamente ejecutados como «bandidos», una denominación que desde entonces iba a servir para designar a los obreros en huelga, a los desertores que huían del reclutamiento o a los campesinos sublevados contra las requisas[26].

Después de este primer éxito, seguido de otras operaciones «de pacificación» tanto en Moscú como en Petrogrado, Dzerzhinsky reclamó en una carta dirigida al Comité ejecutivo central, el 29 de abril de 1918 un crecimiento considerable de los medios de la Cheka: «En la etapa actual, escribía, es inevitable que la actividad de la Cheka conozca un crecimiento exponencial, ante la multiplicación de las oposiciones contrarrevolucionarias de todo tipo»[27].

La «etapa actual» a la que Dzerzhinsky hacía referencia aparecía, en efecto, como un período decisivo en la puesta en funcionamiento de la dictadura política y económica y en el reforzamiento de la represión contra una población cada vez más hostil hacia los bolcheviques. Desde octubre de 1917, no había, en efecto, ni mejorado su suerte cotidiana ni salvaguardado las libertades fundamentales conseguidas a lo largo del año 1917. De haber sido los únicos de entre todos los políticos que permitieron a los campesinos apoderarse de las tierras tan largamente codiciadas, los bolcheviques se habían transformado a sus ojos en «comunistas» que les arrebataban los frutos de su trabajo. ¿Eran los mismos, se interrogaban numerosos campesinos, que distinguían en sus quejas a los «bolcheviques que habían dado la tierra» y a los «comunistas que robaban al honrado trabajador, privándole hasta de su última camisa»?

[26] P. G. Sofinov, *Ocherki Istorii vserossiskoi chezvychainoi komissii* (Historia de la Comisión panrusa extraordinaria), Moscú, 1960, págs. 43-44; G. Leggett, *op. cit.*, pág. 35.

[27] G. A. Belov, *op. cit.*, págs. 112-113.

La primavera de 1918 fue, en realidad, un momento clave en el que las posiciones no estaban perfiladas del todo. Los soviets —que todavía no habían sido amordazados y transformados en simples órganos de la administración estatal— eran un lugar de verdaderos debates políticos entre los bolcheviques y los socialistas moderados. Los periódicos de oposición, aunque cotidianamente perseguidos, continuaban existiendo. La vida política local conocía una abundancia de instituciones concurrentes. Durante este período, marcado por la agravación de las condiciones de vida y por la ruptura total de los circuitos de intercambios económicos entre las ciudades y el campo, los socialistas revolucionarios y los mencheviques obtuvieron innegables éxitos políticos. En el curso de las elecciones para la renovación de los soviets, a pesar de las presiones y de las manipulaciones, triunfaron en diecinueve de las treinta capitales de provincia en que las elecciones tuvieron lugar y los resultados fueron publicados[28].

Frente a esa situación, el Gobierno bolchevique reaccionó endureciendo su dictadura tanto en el plano económico como en el político. Los circuitos de distribución económica estaban rotos a la vez en el área de los medios —en virtud de la degradación espectacular de las comunicaciones, fundamentalmente ferroviarias— y en la de las motivaciones, porque la ausencia de productos manufacturados no impulsaba al campesino a vender. El problema vital era, por lo tanto, asegurar el suministro del ejército y de las ciudades, lugar del poder y sede del «proletariado». A los bolcheviques se les ofrecían dos posibilidades: o bien restablecer una apariencia de mercado en una economía en ruinas, o bien utilizar la amenaza. Escogieron la segunda, persuadidos de la necesidad de avanzar en la lucha en pro de la destrucción del «orden antiguo».

Tomando la palabra el 29 de abril de 1918 ante el Comité ejecutivo central de los soviets, Lenin declaró sin ambages: «Sí, los pequeños propietarios, los pequeños poseedores han estado a nuestro lado, el de los proletarios, cuando se ha tratado de derribar a los propietarios terratenientes y a los capitalistas. Pero ahora nuestros caminos se separan. Los pequeños propietarios sienten horror hacia la organización, hacia la disciplina. Ha llegado la hora de que llevemos a cabo una lucha despiadada, sin compasión, contra estos pequeños propietarios, estos pequeños poseedores»[29]. Algunos días más tarde, el comisario del pueblo para el suministro precisó ante la misma asamblea: «Lo digo abiertamente: es una cuestión de guerra, solo obtendremos los cereales utilizando los fusiles»[30]. Y Trostky se ocupó de remachar: «Nuestro partido está a favor de la guerra civil. La guerra civil es la lucha por el pan... ¡Viva la guerra civil!»[31].

[28] V. Brovkin, *op. cit.*, pág. 159.

[29] V. I. Lenin, *Polnoie sobranie sochinenie* (Obras completas), vol. XXXVI, pág. 265.

[30] *Protokoly zasedanie VSIK 4-sozyva, Stenografichevskii otchet* (Protocolos de la IV sesión del CEC), Moscú, 1918, pág. 250.

[31] *Íbid.*, pág. 389.

Citemos un último texto, escrito en 1921 por otro dirigente bolchevique, Karl Radek, que aclara perfectamente la política bolchevique en la primavera de 1918, es decir, varios meses *antes* del desarrollo del conflicto armado que iba a enfrentar, durante dos años, a rojos y blancos: «El campesino acababa de recibir la tierra, acababa de regresar del frente a casa, había guardado sus armas, y su actitud hacia el Estado podía ser resumida de la siguiente manera: ¿Para qué sirve un Estado? ¡No tenía ninguna utilidad! Si hubiéramos decidido poner en funcionamiento un impuesto en especie, no habríamos logrado cobrarlo porque careceríamos de aparato del Estado. El antiguo había sido deshecho y los campesinos no nos habrían dado nada sin verse forzados a ello. Nuestra tarea, a inicios de 1918, era sencilla. Teníamos que hacer comprender a los campesinos dos cosas elementales: que el Estado tenía derechos sobre una parte de los productos del campesinado para satisfacer sus propias necesidades y que disponía de la fuerza para hacer valer sus derechos»[32].

En mayo-junio de 1918, el Gobierno bolchevique adoptó dos medidas decisivas que inauguraban el período de guerra civil que se denomina tradicionalmente como «comunismo de guerra». El 13 de mayo de 1918, un decreto atribuyó poderes extraordinarios al comisariado del pueblo para suministros, encargado de requisar los productos alimenticios y de poner en funcionamiento un verdadero «ejército de suministros». En julio de 1918, cerca de doce mil personas participaban ya en estos «destacamentos de suministros» que contarán, durante su apogeo en 1920, hasta con ochenta mil hombres, de los que la mitad pertenecían a los obreros de Petrogrado en situación de paro, que se vieron atraídos por un salario decente y una remuneración en especies proporcional a la cantidad de cereales confiscados. Segunda medida, el decreto de 11 de junio de 1918 que instituía comités de campesinos pobres, encargados de colaborar estrechamente con los destacamentos de suministros y requisar también, a cambio de una parte de las requisas, los excedentes agrícolas de los campesinos acomodados. Estos comités de campesinos pobres debían también reemplazar a los soviets rurales, considerados poco dignos de confianza por el poder, ya que estaban impregnados de la ideología socialista-revolucionaria. Dadas las tareas que se les pedía que ejecutaran —coger, por la fuerza, el fruto del trabajo de otro— y las motivaciones que se consideraban que los espolearían —el poder, el sentimiento de frustración y de envidia hacia los «ricos», la promesa de una parte del botín— se puede imaginar lo que fueron estos representantes del poder bolchevique en los campos. Como escribe con perspicacia Andrea Graziosi, «en estas gentes, la devoción a la causa —o más bien al nuevo Estado— y algunas capacidades operativas innegables iban a la par con una conciencia política y social balbuciente, un acentuado carrerrismo y comportamientos "tradicionales", como la brutalidad para con los subordinados, el alcoholismo y el nepotismo. (...) Tenemos un

[32] K. Radek, «Puti russkoi revoliutsii» (Los caminos de la revolución rusa) en *Krasnava*, Nov. 1921, núm. 4, pág. 188.

buen ejemplo de la manera en que "el espíritu" de la revolución plebeya impregnaba al nuevo régimen»[33].

A pesar de algunos éxitos iniciales, la organización de comités de campesinos pobres no duró mucho. La idea misma de situar por delante a la parte más pobre del campesinado reflejaba el desconocimiento profundo que tenían los bolcheviques de la sociedad campesina. De acuerdo con un esquema marxista simplista, la imaginaban dividida en clases antagonistas, aunque era ante todo solidaria frente al mundo exterior, frente a los extraños venidos de la ciudad. Cuando se trataba de entregar los excedentes, el reflejo igualitario y comunitario de la asamblea campesina actuaba de forma plena. En lugar de recaer solo sobre los campesinos acomodados, el peso de las requisas fue repartido en función de las disponibilidades de cada uno. La masa de los campesinos medios se vio afectada y el descontento resultó general. Estallaron disturbios en numerosas regiones. Ante la brutalidad de los destacamentos de suministros respaldados por la Cheka o el Ejército, una verdadera guerrilla adquirió forma desde junio de 1918. En julio-agosto, ciento diez insurrecciones campesinas, calificadas por el poder de «rebeliones kulaks» —terminología bolchevique que se usaba para designar las revueltas en las que participaron aldeas enteras, con todas las categorías sociales confundidas— estallaron en las zonas controladas por el nuevo poder. El crédito del que habían disfrutado durante un breve período los bolcheviques por no haberse opuesto en 1917 al reparto de tierras se vio aniquilado en algunas semanas. Durante tres años, la política de requisas iba a provocar millares de sublevaciones y de motines, que degeneraron en verdaderas guerras campesinas reprimidas con la mayor violencia.

En el plano político, el endurecimiento de la dictadura durante la primavera de 1918 se tradujo en la clausura definitiva de todos los periódicos no bolcheviques, la disolución de los soviets no bolcheviques, el arresto de los opositores y la represión brutal de numerosos movimientos de huelga. En mayo-junio de 1918, doscientos cinco periódicos de la oposición socialista fueron definitivamente cerrados. Los soviets, de mayoría menchevique o socialista-revolucionaria, de Kaluga, Tver, Yaroslavl, Riazán, Kostroma, Kazán, Saratov, Penza, Tambov, Voronezh, Orel y Vologdae fueron disueltos por la fuerza [34]. El escenario era idéntico en casi todas partes: algunos días después de las elecciones en las que obtuvieron la victoria los partidos de la oposición, la fracción bolchevique recurría a la ayuda de la fuerza armada, generalmente un destacamento de la Cheka que decretaba la ley marcial y detenía a los opositores.

Dzerzhinsky —que había enviado a sus principales colaboradores a las ciudades donde la oposición había ganado— impulsaba sin ambages el golpe de fuerza, como dan testimonio de manera elocuente las directrices que diri-

[33] A. Graziosi, *The Great Soviet Peasant War*, Ukrainian Research Institute, Harvard University, 1996, pág. 18.

[34] V. Brovkin, *op. cit.*, págs. 220-225.

gió, el 31 de mayo de 1918, a Eiduk, su plenipotenciario en misión en Tver: «los obreros, influidos por los mencheviques, los eseristas, y otros cerdos contrarrevolucionarios, se han declarado en huelga y se han manifestado a favor de la constitución de un Gobierno que reúna a todos los "socialistas". Debes fijar por toda la ciudad una proclama indicando que la Cheka ejecutará sobre el terreno a todo bandido, ladrón, especulador y contrarrevolucionario que conspire contra el poder soviético. Establece una contribución extraordinaria sobre los burgueses de la villa. Censalos. Estas listas serán útiles aunque no se muevan nunca. Me preguntas con qué elementos hay que formar nuestra cheka local. Echa mano de gente resuelta que sepa que no hay nada más eficaz que una bala para hacer callar a alguien. La experiencia me ha enseñado que un número reducido de gente decidida puede hacer cambiar una situación»[35].

La disolución de los soviets controlados por los opositores, y la expulsión, el 14 de julio de 1918, de los mencheviques y de los socialistas revolucionarios del Comité ejecutivo pan-ruso de los soviets suscitaron protestas, manifestaciones y movimientos de huelga en numerosas ciudades obreras, en las que la situación alimenticia no dejaba además de degradarse. En Kolpino, cerca de Petrogrado, el jefe de un destacamento de la Cheka ordenó disparar sobre una manifestación contra el hambre, ¡organizada por obreros cuya ración mensual había descendido a dos libras de harina! Se produjeron diez muertos. El mismo día, en la fábrica Berezovski, cerca de Ekaterimburgo, quince personas fueron muertas por un destacamento de guardias rojos durante la celebración de un mitin de protesta contra los «comisarios bolcheviques» acusados de haberse apropiado de las mejores casas de la ciudad y de haber utilizado en beneficio propio los quinientos rublos impuestos a la burguesía local. Al día siguiente, las autoridades del sector decretaron la ley marcial en esta ciudad obrera y catorce personas fueron inmediatamente fusiladas por la cheka local, que no informó de ello a Moscú[36].

Durante la segunda quincena de mayo y el mes de junio de 1918, numerosas manifestaciones obreras fueron reprimidas con sangre en Sormovo, Yaroslavl y Tula, así como en las ciudades industriales de los Urales, Taguil, Beloretsk, Zlatus y Ekaterimburgo. La parte cada vez más activa que desempeñaron en la represión las chekas locales queda atestiguada por la frecuencia creciente, en los medios obreros, de consignas y lemas contra la nueva «Ojrana»[37] (policía política zarista) al servicio de la «comisarocracia»[38].

Del 8 al 11 de junio de 1918, Dzerzhinsky presidió la primera conferencia pan-rusa de chekas, a la que asistían un centenar de delegados de cuarenta

[35] CRCEDHC, 17/6/384/97-98.

[36] *Novaya Zhizn* (Vida nueva), 1 de junio de 1918, pág. 4.

[37] Nombre coloquial de la Ojrannoye Otdielenie, el organismo policial utilizado por el zarismo de manera especial para investigar, reprimir y, en buena medida, infiltrar los movimientos de oposición al régimen. *(N. del T.)*

[38] N. Bernstam, *Ural i Prikamie, noiabr'1917-ianvar'1919* (Los Urales y la región de la Kama, noviembre de 1917-enero de 1919), París, YMCA Press, 1982.

y tres secciones locales, que totalizaban ya unos doce mil hombres—serán cuarenta mil a finales del año 1918, más de doscientos ochenta mil a inicios de 1921—. Afirmándose por encima de los soviets, e incluso «por encima del partido», señalaron algunos bolcheviques, la conferencia declaró «que asumía en todo el territorio de la república el peso de la lucha contra la contrarrevolución, en su condición de órgano supremo del poder administrativo de la Rusia soviética». El organigrama ideal adoptado como consecuencia de esta conferencia ponía de manifiesto el vasto campo de actividad transferido a la policía política desde junio de 1918, es decir, *antes* de la gran oleada de insurrecciones «contrarrevolucionarias» del verano de 1918. Calcada sobre el modelo de la casa madre de la Lubianka, cada cheka de provincia debía, en los plazos más breves, organizar los departamentos y oficinas siguientes: 1. Departamento de información. Oficinas: Ejército Rojo, monárquicos, cadetes, eseristas de derechas y mencheviques, anarquistas y delincuentes de derecho común, burguesía y gente de Iglesia, sindicatos y comités obreros, súbditos extranjeros. En relación con cada una de estas categorías, las oficinas correspondientes debían elaborar una lista de sospechosos. 2. Departamento de lucha contra la contrarrevolución. Oficinas: Ejército Rojo, monárquicos, cadetes, eseristas de derechas y mencheviques, anarquistas, sindicalistas, minorías nacionales, extranjeros, alcoholismo, pogroms y orden público, asuntos de prensa. 3. Departamento de lucha contra la especulación y los abusos de autoridad. 4. Departamento de transportes, vías de comunicación y puertos. 5. Departamento operativo, que reagrupa a las unidades especiales de la Cheka[39].

Dos días después del final de esta conferencia pan-rusa de las chekas, el Gobierno decretó el restablecimiento legal de la pena de muerte. Esta, abolida después de la revolución de febrero de 1917, había sido restaurada por Kérensky en julio de 1917. No obstante, no se aplicaba entonces más que en las regiones del frente, bajo jurisdicción militar. Una de las primera medidas adoptadas por el segundo Congreso de los soviets, el 26 de octubre (8 de noviembre) de 1917, fue abolir de nuevo la pena capital. Esta decisión provocó la cólera de Lenin: «¡Es un error, una debilidad inadmisible, una ilusión pacifista!»[40]. Lenin y Dzerzhinsky no pararon hasta restablecer legalmente la pena de muerte, a sabiendas de que pertinentemente podría ser aplicada, sin ningún «juridicismo puntilloso», por órganos extralegales como las chekas. La primera condena a muerte legal, pronunciada por un tribunal revolucionario, tuvo lugar el 21 de junio de 1918: el almirante Chastny fue el primer «contrarrevolucionario» fusilado «legalmente».

El 20 de junio, V. Volodarsky, uno de los dirigentes bolcheviques de Petrogrado, fue abatido por un militante socialista-revolucionario. Este atentado

[39] Instruksia Chrezvychainym Komissiam (Instrucciones dirigidas a las chekas locales), 1 de diciembre de 1918, Archivos B. I. Nikolayevsky, Hoover Institution, Stanford, citado en G. Leggett, *op. cit.*, págs. 39-40.

[40] L. Trotsky, *O Lenine* (Acerca de Lenin), Moscú, 1924, pág. 101.

se producía en un período de extrema tensión en la antigua capital. En el curso de las semanas precedentes, las relaciones entre los bolcheviques y el mundo obrero no habían dejado de deteriorarse. En mayo-junio de 1918, la cheka de Petrogrado señaló setenta «incidentes» —huelgas, mítines antibolcheviques, manifestaciones— que implicaban principalmente a los metalúrgicos de las fortalezas obreras, que habían sido los más ardientes partidarios de los bolcheviques en 1917 e incluso con anterioridad. Las autoridades respondieron a las huelgas mediante el cierre de las grandes fábricas nacionalizadas, una práctica que iba a resultar generalizada a la hora de quebrar la resistencia obrera en los meses siguientes. El asesinato de Volodarsky fue seguido por una oleada de arrestos sin precedentes en los medios obreros de Petrogrado. «La asamblea de los plenipotenciarios obreros», organización de mayoría menchevique que coordinaba la oposición obrera en Petrogrado, verdadero contrapoder obrero frente al soviet de Petrogrado, fue disuelta. Más de ochocientos «agitadores» fueron detenidos en dos días. Los medios obreros replicaron a estos arrestos masivos convocando un huelga general el 2 de julio de 1918[41].

Desde Moscú, Lenin envió entonces una carta a Zinoviev, presidente del comité de Petrogrado del partido bolchevique, documento revelador a la vez de la concepción leninista del terror y de una extraordinaria ilusión política. ¡Se trataba efectivamente de un formidable contrasentido político el que cometía Lenin al afirmar que los obreros se sublevaban *contra* el asesinato de Volodarsky!

«Camarada Zinoviev, acabamos de saber que los obreros de Petrogrado deseaban responder mediante el terror de masas al asesinato del camarada Volodarsky, y que usted (no usted personalmente, sino los miembros del comité del partido en Petrogrado) los ha frenado. ¡Protesto enérgicamente! Estamos comprometidos: impulsamos el terror de masas en las resoluciones del soviet, pero cuando se trata de actuar, obstruimos la iniciativa absolutamente correcta de las masas. ¡Es i-nad-mi-si-ble! Los terroristas van a considerar que somos unos locos blandengues. La hora es extremadamente marcial. Resulta indispensable estimular la energía y el carácter de masas del terror dirigido contra los contrarrevolucionarios, especialmente en Petrogrado, cuyo ejemplo es decisivo. Saludos. Lenin»[42].

[41] *Novaya Zhizn* (Vida nueva), 16, 26, 27 y 28 de junio de 1918; V. Brovkin, *op. cit.*, páginas 43-249; S. Rosenberg, «Russian Labor and Bolshevik Power» en *Slavic Review*, vol. 44 (verano de 1985), págs. 233 y ss.

[42] V. I. Lenin, *Polnoie sobranie sochinenii* (Obras completas), vol. L, pág. 106.

3
EL TERROR ROJO

«Los bolcheviques dicen abiertamente que sus días están contados, informaba a su Gobierno Karl Helfferich, embajador alemán en Moscú, el 3 de agosto de 1918. Un verdadero pánico se ha apoderado de Moscú... corren los rumores más absurdos acerca de los "traidores" que habrían entrado en la ciudad.»

Nunca habían sentido los bolcheviques su poder tan amenazado como en el curso del verano de 1918. Realmente no controlaban ya más que un territorio reducido a la Moscovia histórica, frente a tres frentes antibolcheviques además firmemente establecidos: uno en la región del Don, ocupada por las tropas cosacas del atamán Krasnov y por el ejército blanco del general Denikin. El segundo en Ucrania, en manos de los alemanes y de la Rada (gobierno nacional) ucraniano; y el tercero a lo largo del Transiberiano, donde la mayoría de las grandes ciudades habían caído en manos de la Legión checa [1], cuya ofensiva era apoyada por el Gobierno socialista-revolucionario de Samara.

Durante el verano de 1918 estallaron cerca de ciento cuarenta revueltas e insurrecciones de gran amplitud en las regiones más o menos controladas por los bolcheviques. Las más frecuentes se debían a comunidades campesinas que se oponían a las requisas realizadas con brutalidad por los destacamentos de suministros, a las limitaciones impuestas al comercio privado y a las nuevas movilizaciones de reclutas llevadas a cabo por el Ejército Rojo [2]. Los campesinos, encolerizados, se dirigían en masa a la ciudad más próxima y sitiaban el soviet, intentando a veces prenderle fuego. Generalmente, los incidentes degeneraban: la tropa, las milicias encargadas del mantenimiento del orden y, cada

[1] Unidad formada en su mayor parte por prisioneros de guerra checos que, en su intento de regresar a su patria al concluir el conflicto, se enfrentaron con las fuerzas bolcheviques. *(N. del T.)*

[2] L. M. Spirin, *Klassy i partii v grazhdanskoi voine v Rossii* (Clases y partidos en Rusia durante la guerra civil), Moscú, 1968, págs. 180 y ss.

vez con mayor frecuencia, los destacamentos de la Cheka no dudaban en disparar sobre los manifestantes. En estos enfrentamientos, cada vez más numerosos a medida que pasaban los días, los dirigentes bolcheviques veían una vasta conspiración contrarrevolucionaria dirigida contra su poder por «kulaks disfrazados de guardias blancos».

«Es evidente que una sublevación de guardias blancos se está preparando en Nizhni-Novgorod, telegrafió Lenin el 9 de agosto de 1918 al presidente del comité ejecutivo del sóviet de esta ciudad, que acababa de comunicarle algunos incidentes que implicaban a campesinos que protestaban contra las requisas. Hay que formar inmediatamente una "troika" dictatorial (usted mismo, Markin y otro), implantar el terror de masas, fusilar o deportar a los centenares de prostitutas que hacen beber a los soldados, a todos los antiguos oficiales, etc. No hay un minuto que perder... Se trata de actuar con resolución: requisas masivas. Ejecución por llevar armas. Deportaciones masivas de los mencheviques y de otros elementos sospechosos» [3]. Al día siguiente, 10 de agosto, Lenin envió otro telegrama del mismo tenor al comité ejecutivo del soviet de Penza:

«¡Camaradas! La sublevación kulak en vuestros cinco distritos debe ser aplastada sin piedad. Los intereses de la revolución lo exigen, porque en todas partes se ha entablado la «lucha final» contra los kulaks. Es preciso dar un escarmiento. 1. Colgar (y digo colgar *de manera que la gente lo vea*) al menos a cien kulaks, ricos, y chupasangres conocidos. 2. Publicar sus nombres. 3. Apoderarse de su grano. 4. Identificar a los rehenes como hemos indicado en nuestro telegrama de ayer. Haced esto de manera que en centenares de leguas a la redonda la gente vea, tiemble, sepa y se diga: matan y continuarán matando a los kulaks sedientos de sangre. Telegrafiad que habéis recibido y ejecutado esas instrucciones. Vuestro, Lenin.

PS. Encontrad gente más dura.» [4]

De hecho, como deja de manifiesto una lectura atenta de los informes de la Cheka sobre las revueltas del verano de 1918, solamente estuvieron, al parecer, preparadas con antelación las sublevaciones de Yaroslavl, Rybinsk y Murom, organizadas por la Unión para la defensa de la patria del dirigente socialista-revolucionario Boris Savinkov, y la de los obreros de las fábricas de armamento de Izhevsk, inspiradas por los mencheviques y los socialistas-revolucionarios locales. Todas las demás insurrecciones se desarrollaron de manera espontánea y puntual a partir de incidentes que implicaban a comunidades campesinas que rechazaban las requisas o el reclutamiento. Fueron ferozmente reprimidas en algunos días por destacamentos seguros del Ejército Rojo o de la Cheka. Solo la ciudad de Yaroslavl, en la que destacamentos de Savinkov habían derribado al poder bolchevique local, resistió una quincena de días. Después de la caída de la ciudad, Dzerzhinsky envió a Yaroslavl una

[3] V. I. Lenin, *Polnoie sobranie sochinenii* (Obras completas), vol. L, pág. 142.

[4] CRCEDHC, 2/1/6/898.

«comisión especial de investigación» que, en cinco días, del 24 al 28 de julio de 1918, ejecutó a cuatrocientas veintiocho personas [5].

Durante todo el mes de agosto de 1918, es decir, antes del desencadenamiento «oficial» del terror rojo el 3 de septiembre, los dirigentes bolcheviques, con Lenin y Dzerzhinsky a la cabeza, enviaron un gran número de telegramas a los responsables locales de la Cheka o del partido, pidiéndoles que tomaran «medidas profilácticas» para evitar cualquier intento de insurrección. Entre estas medidas, explicaba Dzerzhinsky, «las más eficaces son la captura de rehenes entre la burguesía partiendo de listas que habéis establecido para las contribuciones excepcionales descargadas sobre los burgueses (...) el arresto y la reclusión de todos los rehenes y sospechosos en campos de concentración» [6]. El 8 de agosto, Lenin pidió a Tsuriupa, comisario del pueblo para el suministro, que redactara un decreto en virtud del cual, «en cada distrito productor de cereales, veinticinco rehenes designados entre los habitantes más acomodados responderán con su vida por la no realización del plan de requisa». Dado que Tsuriupa se había hecho el sordo, pretextando que era difícil organizar esa captura de rehenes, Lenin le envió una segunda nota todavía más explícita: «No sugiero que se capture rehenes, sino que sean *designados nominalmente* en cada distrito. El objeto de esta designación es que los ricos, sujetos a contribución, sean igualmente responsables con su vida de la realización inmediata del plan de requisas en su distrito» [7].

Además del sistema de rehenes, los dirigentes bolcheviques experimentaron en agosto de 1918 con otro instrumento de represión aparecido en la Rusia en guerra: el campo de concentración. El 9 de agosto de 1918 Lenin telegrafió al comité ejecutivo de la provincia de Penza para recluir «a los kulaks, a los sacerdotes, a los guardias blancos y a otros elementos dudosos en un campo de concentración» [8].

Algunos días antes, Dzerzhinsky y Trotsky habían igualmente prescrito la reclusión de los rehenes en «campos de concentración». Estos «campos de concentración» eran campos de internamiento donde debían ser recluidos, en virtud de una simple medida administrativa y sin el menor juicio, los «elementos dudosos». En Rusia existían abundantes campos donde habían sido internados numerosos prisioneros de guerra al igual que sucedía en otros países beligerantes.

Entre los «elementos dudosos» que había que detener de manera preventiva figuraban, en primer lugar, los responsables políticos de los partidos políticos de oposición que todavía se encontraban en libertad. El 15 de agosto de 1918 Lenin y Dzerzhinsky firmaron la orden de arresto de los principales diri-

[5] GARF (Archivos estatales de la Federación rusa), 130/2/98a/26-32.

[6] CRCEDHC, 76/3/22.

[7] Leninskii sbornik (Compilación leninista), vol. 18, 1931, págs. 145-146, citado en D. Volkogonov, *Le Vrai Lenin*, París, R. Laffont, 1995, pág. 248. (Existe edición española *El verdadero Lenin*, Madrid, Anaya & Muchnik, 1996.) *(N. del T.)*

[8] V. I. Lenin, *Polnoie sobranie sochinenii* (Obras completas), vol. L, pág. 143.

gentes del partido menchevique —Martov, Dan, Potressov, Goldman—, cuya prensa ya había sido reducida al silencio y cuyos representantes habían sido expulsados de los soviets [9].

Para los dirigentes bolcheviques, las fronteras entre las distintas categorías de opositores estaban completamente borradas, en una guerra civil, que, según explicaban ellos, tenía sus propias leyes.

«La guerra civil no conoce leyes escritas, escribía en *Izvestia,* el 23 de agosto de 1918, Latsis, uno de los principales colaboradores de Dzerzhinsky. La guerra capitalista tiene sus leyes escritas (...) pero la guerra civil tiene sus propias leyes. (...) No solo hay que destruir las fuerzas activas del enemigo sino demostrar que cualquiera que desenfunde la espada contra el orden de clase que existe perecerá por la espada. Tales son las reglas que la burguesía ha observado siempre en las guerras civiles que ha desencadenado contra el proletariado. (...) Todavía no hemos asimilado de manera suficiente estas reglas. Se mata a los nuestros por centenares y por miles. Ejecutamos a los suyos uno por uno, después de largas deliberaciones ante comisiones y tribunales. En la guerra civil no hay tribunales para el enemigo. Es una lucha a muerte. Si no matas, te matarán. ¡Por lo tanto mata, si no quieres que te maten!» [10].

El 30 de agosto de 1918, dos atentados, uno dirigido contra M. S. Uritsky, jefe de la cheka de Petrogrado, y el otro contra Lenin, afirmaron a los dirigentes bolcheviques en la idea de que una verdadera conjura amenazaba su propia existencia. En realidad, estos dos atentados no tenían ninguna relación entre sí. El primero había sido cometido, dentro de la más pura tradición del terrorismo revolucionario populista, por un joven estudiante deseoso de vengar a un amigo oficial ejecutado algunos días antes por la cheka de Petrogrado. En cuanto al segundo, dirigido contra Lenin, atribuido durante mucho tiempo a Fanny Kaplan, una militante cercana a los medios anarquistas y socialista-revolucionarios, detenida en el momento y ejecutada tres días después de los hechos, parece hoy en día que fue resultado de una provocación organizada por la cheka, que se escapó de las manos de sus instigadores [11]. El Gobierno bolchevique imputó inmediatamente estos atentados a los «socialistas-revolucionarios de derechas, lacayos del imperialismo francés e inglés». A partir del día siguiente, los artículos de prensa y las declaraciones oficiales llevaron a cabo un llamamiento para incrementar el terror:

«Trabajadores», señalaba *Pravda* el 31 de agosto de 1918, «ha llegado la hora de aniquilar a la burguesía, de lo contrario seréis aniquilados por ella. Las ciudades deben de ser implacablemente limpiadas de toda la putrefacción burguesa. Todos estos señores serán fichados y aquellos que representen un

[9] CRCEDHC, 76/3/22/3.

[10] *Izvestia*, 23 de agosto de 1918; G. Leggett, *op. cit.*, pág. 104.

[11] S. Lyandres, «The 1918 Attempt on the Life of Lenin: A New Look at the Evidence» en *Slavic Review*, 48, núm. 3, 1989, págs. 432-448.

peligro para la causa revolucionaria exterminados. (...) ¡El himno de la clase obrera será un canto de odio y de venganza!» [12].

El mismo día, Dzerzhinsky y su adjunto Peters redactaron un «llamamiento a la clase obrera» de un tenor semejante: «¡Que la clase obrera aplaste, mediante un terror masivo, a la hidra de la contrarrevolución! ¡Que los enemigos de la clase obrera sepan que todo individuo detenido en posesión ilícita de un arma será ejecutado en el mismo terreno, que todo individuo que se atreva a realizar la menor propaganda contra el régimen soviético será inmediatamente detenido y encerrado en un campo de concentración!».

Impreso en *Izvestia* el 3 de septiembre, este llamamiento fue seguido, al día siguiente, por la publicación de una instrucción enviada por N. Petrovsky, comisario del pueblo para el Interior, a todos los soviets. Petrovsky se quejaba del hecho de que a pesar de la «represión de masas» ejercida por los enemigos del régimen contra las «masas laboriosas» el terror rojo tardaba en dejarse sentir:

«Ya es hora de poner fin a toda esta blandura y a este sentimentalismo. Todos los socialistas-revolucionarios de derechas deben de ser inmediatamente detenidos. Hay que capturar un número considerable de rehenes entre la burguesía y los oficiales. A la menor resistencia, hay que recurrir a ejecuciones masivas. Los comités ejecutivos de provincias deben demostrar la iniciativa en este terreno. Las chekas y otras milicias, identificar y detener a todos los sospechosos y ejecutar inmediatamente a todos los que se hayan comprometido en actividades contrarrevolucionarias. (...) Los responsables de los comités ejecutivos deben informar inmediatamente al comisariado del pueblo para el Interior de toda blandura e indecisión por parte de los soviets locales. (...) Ninguna debilidad, ninguna duda puede ser tolerada en la realización del terror de masas» [13].

Este telegrama, señal oficial del terror rojo en gran escala, refuta la argumentación desarrollada *a posteriori* por Dzerzhinsky y Peters según la cual, el terror rojo, expresión de la indignación general y espontánea de las masas contra los atentados del 30 de agosto de 1918, se inició sin la menor directriz del «centro». En verdad, el terror rojo fue el resultado natural de un odio casi abstracto que alimentaban la mayoría de los dirigentes bolcheviques hacia los «opresores» que estaban dispuestos a liquidar, pero no de manera individual, sino «como clase». En sus recuerdos, el dirigente menchevique Rafael Abramovich recuerda una conversación muy reveladora que tuvo en agosto de 1917 con Feliks Dzerzhinsky, el futuro jefe de la Cheka:

—Abramovich, ¿te acuerdas del discurso de Lasalle sobre la esencia de una constitución?

—Por supuesto.

—Decía que toda constitución está determinada por la relación de las

[12] *Pravda*, 31 de agosto de 1918.

[13] *Izvestia*, 4 de septiembre de 1918.

fuerzas sociales en un país y en un momento dados. Me pregunto cómo podía cambiar esa correlación entre lo político y lo social.

—Pues bien, mediante los diversos procesos de evolución económica y política, mediante la emergencia de nuevas formas económicas, el ascenso de ciertas clases sociales, etc., todas esas cosa que tú conoces perfectamente, Feliks.

—Sí, ¿pero no se podría cambiar radicalmente esa correlación?, ¿por ejemplo, mediante la sumisión o el exterminio de algunas clases de la sociedad?» [14].

Una crueldad de este tipo, fría, calculada, cínica, fruto de una lógica implacable de «guerra de clases», llevada hasta su extremo, era compartida por numerosos bolcheviques. En septiembre de 1918, uno de los principales dirigentes bolcheviques, Grigori Zinoviev, declaró: «Para deshacernos de nuestros enemigos, debemos tener nuestro propio terror socialista. Debemos atraer a nuestro lado digamos a noventa de los cien millones de habitantes de la Rusia soviética. En cuanto a los otros, no tenemos nada que decirles. Deben ser aniquilados» [15].

El 5 de septiembre, el Gobierno soviético legalizó el terror en virtud del famoso decreto «Sobre el terror rojo»: «En la situación actual, resulta absolutamente vital reforzar a la Cheka (...), proteger la República soviética contra sus enemigos de clase aislando a estos en campos de concentración, fusilar en el mismo lugar a todo individuo relacionado con organizaciones de guardias blancos, conjuras, insurrecciones o tumultos, publicar los nombres de los individuos fusilados, dando las razones por las que han sido pasados por las armas» [16]. Como reconoció a continuación Dzerzhinsky, «los textos de los días 3 y 5 de septiembre de 1918 nos atribuían finalmente de manera legal aquello contra lo que incluso algunos camaradas del partido habían protestado hasta entonces, el derecho de acabar sobre el terreno, sin tener que informar a nadie, con la canalla contrarrevolucionaria».

En una circular interna fechada el 17 de septiembre, Dzerzhinsky invitó a todas las chekas locales a «acelerar los procedimientos y a terminar, es decir, a *liquidar*, los asuntos en suspenso» [17]. Las «liquidaciones» habían, de hecho, empezado el 31 de agosto. El 3 de septiembre *Izvestia* informó que más de quinientos rehenes habían sido ejecutados por la cheka local de Petrogrado en el curso de los días anteriores. Según una fuente chekista, ochocientas personas había sido ejecutadas en el curso del mes de septiembre de 1918 en Petrogrado. Esta cifra está calculada considerablemente a la baja. Un testigo de los acontecimientos relataba los detalles siguientes: «En Petrogrado, una enu-

[14] R. Abramovich, *The Soviet Revolution, 1917-1939*, Londres, 1962, pág. 312.

[15] *Severnaya Kommuna*, núm. 109, 19 de septiembre de 1918, pág. 2, citado en G. Leggett, *op. cit.*, pág. 114.

[16] *Izvestia*, 10 de septiembre de 1918.

[17] G. A. Belov, *op. cit.*, págs. 197-198.

meración superficial da un resultado de mil trescientas ejecuciones. (...) Los bolcheviques no cuentan en sus "estadísticas" los centenares de oficiales y de civiles fusilados en Kronstadt por orden de las autoridades locales. Nada más que en Kronstadt, en una sola noche, fueron fusiladas cuatrocientas personas. Se excavaron en el patio tres fosas grandes, cuatrocientas personas fueron colocadas ante ellas y ejecutadas una detrás de otra» [18]. En una entrevista concedida el 3 de noviembre de 1918 al periódico *Utro Moskvy*, el brazo derecho de Dzerzhinsky, Peters, reconoció que «en Petrogrado los chequistas sensibleros *(sic)* terminaron por perder la cabeza y derrocharon celo. Antes del asesinato de Uritsky, no se había ejecutado a nadie —créame, a pesar de todo lo que se afirma, no soy tan sanguinario como se dice—, mientras que después hubo demasiadas pocas ejecuciones, y a menudo sin discernimiento. Por su parte, Moscú no respondió al atentado contra Lenin más que con la ejecución de algunos ministros del zar» [19]. Siempre según *Izvestia*, *«solamente»* veintinueve rehenes, que pertenecían al «campo de la contrarrevolución», fueron pasados por las armas en Moscú los días 3 y 4 de septiembre. Entre ellos figuraban dos antiguos ministros de Nicolás II, N. Jvostov (Interior) e I. Shcheglovitov (Justicia). No obstante, numerosos testimonios concordantes hacen referencia a centenares de ejecuciones de rehenes en las prisiones moscovitas durante las «matanzas de septiembre». En estos tiempos de terror rojo, Dzerzhinsky hizo publicar un periódico *Ezhenedelnik VChK* (El semanario de la Cheka) abiertamente encargado de propagar los méritos de la policía política y de estimular el «justo deseo de venganza de las masas». Durante seis semanas y hasta su supresión, por orden del Comité central, en un momento en que la Cheka era puesta en tela de juicio por bastantes responsables bolcheviques, este semanario relató sin tapujos ni pudor las detenciones de rehenes, los internamientos en campos de concentración, las ejecuciones, etc. Constituye una fuente oficial y *a minima* del terror rojo durante los meses de septiembre y octubre de 1918. En él se lee que en la cheka de Nizhni-Novgorod, particularmente dispuesta a reaccionar bajo las órdenes de Nicolás Bulganin —futuro jefe del Estado soviético de 1954 a 1957— ejecutó, desde el 31 de agosto a ciento cuarenta y un rehenes. En tres días se detuvo a setecientos rehenes en esta ciudad media de Rusia. En Viatka, la cheka regional de los Urales evacuada de Ekaterimburgo informaba de la ejecución de veintitrés «antiguos policías», de ciento cincuenta y cuatro «contrarrevolucionarios», de ocho «monárquicos», de veintiocho «miembros del partido constitucional demócrata», de ciento ochenta y seis «oficiales», de diez «mencheviques y eseristas de derechas», en el espacio de una semana. La cheka de Ivano-Voznessensk anunciaba la captura de ciento ocheta y un rehenes, la ejecución de veinticinco «contrarrevolucionarios» y la creación de un «campo de concentración con capacidad para mil personas». Por lo que se refiere a la cheka de la pequeña ciu-

[18] G. Leggett, *op. cit.*, pág. 111.

[19] *Utro Moskvy* (La mañana de Moscú), núm. 21, 4 de noviembre de 1918.

dad de Sebezhsk, «dieciséis kulaks (habían sido) pasados por las armas y un sacerdote que había celebrado una misa por el sanguinario Nicolás II». En relación con la cheka de Tevr, se informaba de ciento treinta rehenes y treinta y nueve ejecuciones. Por lo que se refiere a la cheka de Perm, habían tenido lugar cincuenta ejecuciones. Se podría prolongar este catálogo macabro, extraído de algunos extractos de los seis números aparecidos del *Semanario de la Cheka* [20].

Otros diarios provinciales señalaron igualmente, durante el otoño de 1918, millares de arrestos y de ejecuciones. Así, por no indicar más que dos ejemplos: el único número aparecido de *Izvestia Tsaritsynkoi Gobchcka* (Noticias de la cheka provincial de Tsarytsin) hacía referencia a la ejecución de ciento tres personas durante la semana del 3 al 10 de septiembre de 1918. Del 1 al 3 de noviembre de 1918, trescientas setenta y una personas comparecieron ante el tribunal local de la cheka: cincuenta fueron condenadas a muerte, las otras a «la reclusión en un campo de concentración, como medida profiláctica, y en calidad de rehenes, hasta la liquidación completa de todas las insurrecciones contrarrevolucionarias». El único número de *Izvestia Penzenskoi Gubcheka* (Noticias de la cheka provincial de Penza) informaba sin ningún otro comentario: «Por el asesinato del camarada Egorov, obrero de Petrogrado de misión en un destacamento de requisa, ciento cincuenta y dos guardias blancos han sido ejecutados por la cheka. En el futuro se adoptarán otras medidas aún más rigurosas *(sic)* contra todos aquellos que levanten el brazo contra el brazo armado del proletariado» [21].

Los informes confidenciales (*svodki*) de las chekas locales enviados a Moscú, accesibles desde hace poco, confirman, por regla general, la brutalidad con que fueron reprimidos, durante el verano de 1918, los menores incidentes entre las comunidades campesinas y las autoridades locales, que tenían por regla general su origen en el rechazo de las requisas o del reclutamiento y que fueron sistemáticamente catalogados como «disturbios kulaks contrarrevolucionarios» y reprimidos sin piedad.

Resultaría inútil intentar calcular el número de víctimas de esta primera oleada del terror rojo. Uno de los principales dirigentes de la Cheka, Latsis, pretendía que en el segundo trimestre de 1918 la Cheka había ejecutado a cuatro mil quinientas personas, añadiendo, no sin cinismo: «si se puede acusar a la Cheka de algo, no es de exceso de celo en las ejecuciones, sino de insuficiencia en la aplicación de las medidas supremas de castigo, es decir, una mano de hierro disminuye siempre la cantidad de víctimas» [22]. A finales de octubre de 1918, el dirigente menchevique Yuri Martov estimaba el número de

[20] *Ezhenedelnik VChK* (Semanario de la Cheka), 6 números aparecidos del 22 de septiembre al 27 de octubre de 1918.

[21] *Izvestia Tsaritsynskoi Gubcheka* (Noticias de la cheka provincial de Tsaritsyn), núm. 1, 7 de noviembre de 1918, págs. 16-22, en Archivos B. Nikolayevsky, Hoover Institution Stanford; *Izvestia*, 29 de septiembre de 1918, pág. 2.

[22] M. I. Latsis, *op. cit.*, pág. 25.

las víctimas directas de la Cheka desde inicios del mes de septiembre, en «más de diez mil»[23].

Fuera cual fuera el número exacto de las víctimas del terror rojo del otoño de 1918 —y solamente el recuento de las ejecuciones de las que informó la prensa nos sugiere que no podría ser inferior a diez o quince mil—, este terror consagró definitivamente la práctica bolchevique de tratar cualquier forma de contestación real o potencial en el marco de una guerra civil, sin misericordia, según la expresión de Latsis, de acuerdo con «sus propias leyes». Si los obreros se declaraban en huelga, como fue, por ejemplo, el caso en la fábrica de armamento de Motovilija, en la provincia de Perm, a inicios del mes de noviembre de 1918, para protestar contra el principio bolchevique de racionamiento «en función del origen social» y contra los abusos de la cheka local, la fábrica entera era inmediatamente declarada «en estado de insurrección» por las autoridades. Ninguna negociación con los huelgistas: cierre y despido de todos los obreros, arresto de los «agitadores», búsqueda de los «contrarrevolucionarios» mencheviques sospechosos de haber originado esta huelga[24]. Estas prácticas habían sido en realidad moneda corriente desde el verano de 1918. Sin embargo, en el otoño, la cheka local, por añadidura bien organizada y «estimulada» por los llamados al homicidio procedentes del centro, fue más lejos en la represión. Hizo ejecutar a más de cien huelgistas, sin ningún tipo de proceso.

De por sí la magnitud de estas órdenes —de diez mil a quince mil ejecuciones sumarias en dos meses— ponía de manifiesto de aquí en adelante un verdadero cambio cuantitativo en relación con el período zarista. Basta recordar que, para el conjunto del período de 1825-1917, el número de sentencias de muerte pronunciadas por los tribunales zaristas (incluidos los tribunales militares) en todos los asuntos que habían tenido que juzgar «en relación con el órden político» se había elevado, en noventa y dos años, a seis mil trescientas veintiuna, con un máximo de mil trescientas diez condenas a muerte en 1906, año de reacción contra los revolucionarios de 1905. En algunas semanas, la Cheka sola había ejecutado de dos a tres veces más personas que el Imperio zarista había condenado a muerte en noventa y dos años y que, condenados en virtud de procedimientos legales, no habían sido ejecutados en todos los casos, habiendo sido conmutada una buena parte de las sentencias por penas de trabajos forzados[25].

[23] Carta de Y. Martov a A. Stein, de 25 de octubre de 1918, citada en V. Brovkin, *Behind the Front Lines of the Civil War*, Princeton, 1994, pág. 283.

[24] N. Bernstam, *op. cit.*, pág. 129.

[25] M. N. Gernet, *Protiv smertnoi kazni* (Contra la pena de muerte), San Petersburgo, 1907, págs. 385-423; N. S. Tagantsev, *Smertnaya kazn* (La pena de muerte), San Petersburgo, 1913. El informe de K. Liebnecht proporciona cifras aproximadas (5.735 condenados a muerte, de los que 3.741 fueron ejecutados entre 1906 y 1910; 625 condenados y 191 ejecutados de 1825 a 1905), en M. Ferro, *La Révolution de 1917. La chute du tsarisme et les origines d'Octobre*, París, Aubier, 1967, pág. 483.

Este cambio cuantitativo superaba las cifras desnudas. La introducción de categorías nuevas tales como «sospechoso», «enemigo del pueblo», «rehén», «campo de concentración» o «tribunal revolucionario», de prácticas inéditas como «la reclusión profiláctica» o la ejecución sumaria, sin juicio, de centenares y de millares de personas detenidas por una policía política de nuevo cuño, situada por encima de las leyes, constituía en realidad una verdadera revolución copernicana.

Esta revolución era de tal magnitud que algunos dirigentes bolcheviques no estaban preparados para ella. De ello da testimonio la polémica que se desarrolló en los medios dirigentes bolcheviques entre octubre y diciembre de 1918, en torno al papel de la Cheka. En ausencia de Dzerzhinsky —enviado a Suiza de incógnito por un mes para que rehiciera su salud mental y física—, el Comité central del partido bolchevique discutió, el 25 de octubre de 1918, una nueva condición para la Cheka. Criticando los «plenos poderes» otorgados a una organización que pretendía actuar por encima de los soviets y del mismo partido», Bujarin, Olminsky, uno de los veteranos del partido, y Petrovsky, comisario del pueblo para el Interior, solicitaron que se adoptaran medidas para limitar los «excesos de celo de una organización repleta de criminales y de sádicos, de elementos degenerados del lumpen-proletariado». Se creó una comisión de control político. Kamenev, que formaba parte de la misma, llegó incluso hasta el punto de proponer la abolición pura y simple de la Cheka[26].

Pero el bando de los partidarios incondicionales de esta se salió muy pronto con la suya. En él figuraban, además de Dzerzhinsky, eminencias del partido como Sverdlov, Stalin, Trotsky y, por supuesto, Lenin. Este adoptó resueltamente la defensa de una institución «injustamente atacada por algunos excesos, por una intelligentsia limitada (...) incapaz de considerar el problema del terror desde una perspectiva más amplia»[27]. El 19 de diciembre de 1918, a propuesta de Lenin, el Comité central adoptó una resolución que prohibía a la prensa bolchevique publicar «artículos calumniosos contra las instituciones, fundamentalmente contra la Cheka, que realizaba su trabajo en condiciones particularmente difíciles». Así se cerró el debate. El «brazo armado de la dictadura del proletariado» recibió su marchamo de infalibilidad. Como dijo Lenin, «un buen comunista es igualmente un buen chekista».

A inicios de 1919, Dzerzhinsky obtuvo del Comité central la creación de departamentos especiales de la Cheka responsables además de la seguridad militar. El 16 de marzo de 1919, fue nombrado comisario del pueblo para el Interior y emprendió una reorganización, bajo la égida de la Cheka, del conjunto de milicias, tropas, destacamentos y unidades auxiliares relacionadas hasta entonces con diversas administraciones. En mayo de 1919, todas estas

[26] CRCEDHC, 5/1/2558.

[27] *Lenin i VChK, Sbornik dokumentov (1917-1922)*. (Lenin y la Cheka. Recopilación de documentos), Moscú, 1975, pág. 122.

unidades —milicias de ferrocarriles, destacamentos de suministros, guardas fronterizos, batallones de la Cheka— fueron agrupados en un cuerpo especial, las «tropas de defensa interna de la República», que iba a alcanzar los doscientos mil hombres en 1921. Estas tropas estaban encargadas de asegurar la vigilancia de los campos, de las estaciones y de otros puntos estratégicos, de llevar a cabo las operaciones de requisa, pero también, y sobre todo, de reprimir las revueltas campesinas, los disturbios obreros y los amotinamientos del Ejército Rojo. Las unidades especiales de la Cheka y las tropas de defensa interna de la República —es decir, cerca de doscientos mil hombres en total— representaban una formidable fuerza de miedo y represión, un verdadero ejército en el seno de un Ejército Rojo minado por las deserciones, y que no llegó nunca, a pesar de los efectivos teóricamente muy elevados, del orden de tres a cinco millones, a reunir más de quinientos mil soldados equipados[28].

Uno de los primeros decretos del nuevo comisario del pueblo para el Interior se ocupó de las modalidades de organización de los campos de reclusión, que existían desde el verano de 1918 sin la menor base legal o reglamentaria. El decreto de 15 de abril de 1919 distinguía dos tipos de campos de reclusión: los «campos de trabajo forzado», donde estaban, en principio, confinados aquellos que habían sido condenados por un tribunal, y los «campos de concentración», que reagrupaban a las personas encarceladas, por regla general en calidad de «rehenes», en virtud de una simple medida administrativa. En realidad, las distinciones entre estos dos tipos de campos de reclusión siguieron siendo fundamentalmente teóricas, como deja de manifiesto la instrucción complementaria de 17 de mayo de 1919, que, además de la creación de «al menos un campo de reclusión en cada provincia, de una capacidad mínima para trescientas personas», prevcía una lista tipo de dieciséis categorías de personas a las que había que internar. Entre estas figuraban contingentes tan diversos como «rehenes procedentes de la alta burguesía», funcionarios del antiguo régimen hasta el grado de asesor de colegio, fiscal y sus adjuntos, alcaldes «de las ciudades que tuvieran rango de cabeza de partido», «personas condenadas bajo el régimen sóvietico a todo tipo de penas por delitos de parasitismo, proxenetismo, prostitución», «desertores ordinarios (no reincidentes) y soldados prisioneros de la guerra civil», etc.[29]

El número de personas internadas en los campos de trabajo o de concentración experimentó un aumento constante durante los años 1919-1921, pasando de aproximadamente dieciséis mil en mayo de 1919 a más de setenta mil en septiembre de 1921[30]. Estas cifras no tienen en cuenta númerosos campos de reclusión abiertos en las regiones que se habían sublevado en contra

[28] G. Leggett, *op. cit.*, págs. 204-237.

[29] GARF, 393/89/10a.

[30] *Vlast'Sovetov* (El poder de los soviets), 1992, núms. 1-2, pág. 41; L. D. Gerson, *The Secret Police in Lenin's Russia*, Filadelfia, 1976, pág. 149 y sigs.; G. Leggett, *op. cit.*, pág. 178; GARF, 393/89/18; 393/89/296.

del poder soviético: así, solamente en la provincia de Tambov, se contaba, en el verano de 1921, con al menos cincuenta mil «bandidos» y «miembros de las familias de los bandidos capturados como rehenes» en los siete campos de concentración abiertos por las autoridades encargadas de la represión de la sublevación campesina[31].

[31] *Ibid.*, 393/89/182; 393/89/231; 393/89/295.

4
La «guerra sucia»

La guerra civil en Rusia ha sido analizada generalmente como un conflicto entre los rojos (bolcheviques) y los blancos (monárquicos). En realidad, más allá de los enfrentamientos militares entre los dos ejércitos, el Ejército Rojo y las diversas unidades que componían un ejército blanco bastante heteróclito, lo más importante fue lo que sucedió en la retaguardia de las líneas de frente más importantes. Esta dimensión de la guerra civil fue la del «frente interior». Se caracterizó por una represión multiforme ejercida por los poderes establecidos, blanco o rojo —siendo la represión roja mucho más general y sistemática— contra los militantes políticos de los partidos o de los grupos de oposición, contra los obreros que se habían declarado en huelga por sus reivindicaciones, contra los desertores que huían del reclutamiento o de su unidad, o simplemente contra ciudadanos que pertenecían a una clase social sospechosa u «hostil», y cuyo único delito era el haberse encontrado en una ciudad o en una población reconquistadas al «enemigo». La lucha en el frente interior de la guerra civil fue también y ante todo la resistencia opuesta por millones de campesinos, insumisos y desertores, aquellos a los que tanto los rojos como los blancos denominaban los verdes y que desempeñaron un papel a menudo decisivo en el avance o en la derrota de uno u otro bando.

Así el verano de 1919 conoció inmensas revueltas campesinas contra el poder bolchevique, en el Volga medio y en Ucrania, que permitieron al almirante Kolchak y al general Denikin hundir las líneas bolcheviques en centenares de kilómetros. De la misma manera, algunos meses más tarde, fue la sublevación de los campesinos siberianos desesperados por el establecimiento de los derechos de los terratenientes lo que precipitó la derrota del almirante blanco Kolchak frente al Ejército Rojo.

Mientras que las operaciones militares de envergadura entre blancos y rojos apenas duraron más de un año, de finales de 1919 a inicios de 1920, lo esencial de lo que se acostumbra designar con el término de «guerra civil» aparece en realidad como una «guerra sucia», una guerra de pacificación llevada a cabo por las diversas autoridades, militares o civiles, rojas o blancas, contra todos los opositores potenciales o reales en las zonas que cada uno de los dos bandos controlaba momentáneamente. En las regiones controladas por los bolcheviques, fue la «lucha de clases» contra «los de arriba», los burgueses, los «elementos socialmente extraños»; la persecución de los militantes de todos los partidos no bolcheviques; la represión de las huelgas obreras, de los motines de unidades poco seguras del Ejército Rojo, de las revueltas campesinas. En las zonas controladas por los blancos fue la persecución de elementos sospechosos de posibles simpatías «judeo-bolcheviques».

Los bolcheviques no tuvieron el monopolio del terror. Existió un terror blanco cuya expresión más terrible fue la oleada de pogroms cometidos en Ucrania durante el verano y el otoño de 1919 por destacamentos del ejército de Denikin y unidades de Petlyura y que causaron cerca de 150.000 víctimas. Pero, como han subrayado la mayoría de los historiadores del terror rojo y del terror blanco durante la guerra civil rusa, los dos terrores no pueden ser colocados a la misma altura. La política de terror bolchevique fue más sistemática, más organizada, pensada y puesta en funcionamiento como tal mucho antes de la guerra y establecida teóricamente contra grupos enteros de la sociedad. El terror blanco nunca fue erigido en sistema. Casi siempre fue la acción de destacamentos incontrolados que escapaban a la autoridad de un comandante militar que intentaba, sin gran éxito, cumplir las funciones de gobierno. Si se exceptúan los pogroms, condenados por Denikin, el terror blanco por regla general se limitó a ser una represión policial al estilo de un servicio de contraespionaje militar. Frente al contraespionaje de las unidades blancas, la Cheka y las tropas de defensa interna de la República constituían un instrumento de represión mucho más estructurado y poderoso, que se beneficiaba de todas las prioridades del régimen bolchevique.

Como en toda guerra civil, es difícil elaborar un balance completo de las formas de represión y de los tipos de terror perpetrados por uno u otro de los bandos que intervinieron. El terror bolchevique, el único que mencionaremos aquí, se relaciona con varias tipologías pertinentes. Con sus métodos, sus especificidades y sus blancos privilegiados, fue muy anterior a la guerra civil propiamente dicha, que no estalló hasta finales del verano de 1918. Hemos escogido una tipología que hace referencia, en la continuidad de una evolución que se puede seguir desde los primeros meses del régimen, a los principales grupos de víctimas sometidos a una represión consecuente y sistemática:

— Los militantes políticos no bolcheviques, desde los anarquistas hasta los monárquicos.
— Los obreros en lucha por sus derechos más elementales —el pan, el trabajo, un mínimo de libertad y de dignidad—.
— Los campesinos —a menudo desertores— implicados en una de las innumerables revueltas campesinas o motines de unidades del Ejército Rojo.
— Los cosacos, deportados en masa como grupo social y étnico considerado hostil al régimen soviético. La «descosaquización» prefigura las grandes operaciones de deportación de los años treinta («deskulakización», deportación de grupos étnicos) y subraya la continuidad de las fases leninista y stalinista en materia de política represiva.

— Los «elementos socialmente extraños» y otros «enemigos del pueblo», sospechosos «y rehenes» liquidados «preventivamente», fundamentalmente durante la evacuación de las ciudades por los bolcheviques o, por el contrario, durante la recuperación de ciudades y de territorios ocupados en algún momento por los blancos.

La represión que afectó a los militantes políticos de los diversos partidos de oposición al régimen bolchevique es sin duda la mejor conocida. Los principales dirigentes de los partidos de oposición, encarcelados, a menudo exiliados, pero que generalmente quedaron con vida, dejaron numerosos testimonios, a diferencia de los militantes obreros y de los campesinos corrientes, fusilados sin proceso o asesinados en el curso de operaciones punitivas de la Cheka.

Uno de los primeros hechos de armas de esta había sido el asalto, desencadenado el 11 de abril de 1918 contra los anarquistas de Moscú, de los que varias docenas fueron ejecutados sobre el terreno. La lucha contra los anarquistas no se debilitó en el curso de los años siguientes, aunque muchos de ellos se unieron a las filas de los bolcheviques, ocupando incluso puestos importantes en la Cheka, como Aleksandr Goldberg, Mijaíl Brener o Timofei Samsonov. El dilema de la mayoría de los anarquistas, que rehusaban a la vez la dictadura bolchevique y el regreso de los partidarios del antiguo régimen, queda ilustrado por los cambios del gran dirigente anarquista campesino Majnó, que tuvo a la vez que hacer causa común con el Ejército Rojo contra los blancos, y después, una vez que quedó descartada la amenaza blanca, tuvo que combatir a los rojos para intentar salvaguardar sus ideales. Millares de militantes anarquistas anónimos fueron ejecutados como «bandidos» durante la represión llevada a cabo contra los ejércitos campesinos de Majnó y de sus partidarios. Estos campesinos constituyeron, al parecer, la inmensa mayoría de las víctimas anarquistas, si se cree en el balance, incompleto sin duda pero único disponible, de la represión bolchevique presentado por los anarquistas rusos en el exilio de Berlín en 1922. Este balance hacía referencia a 138 militantes anarquistas ejecutados durante los años 1919-1921, 281 exiliados y 608 que seguían encarcelados el 1 de enero de 1922 [1].

Aliados de los bolcheviques hasta el verano de 1918, los socialistas revolucionarios (eseristas) de izquierdas se beneficiaron, hasta febrero de 1919, de una relativa clemencia. Su dirigente histórica, María Spiridonova, presidió en diciembre de 1918 un congreso de su partido, tolerado por los bolcheviques. Tras haber condenado vigorosamente el terror practicado de manera cotidiana por la Cheka, fue detenida, al mismo tiempo que otros 210 militantes, el 10 de febrero de 1919, y condenada por el tribunal revolucionario a «la detención en un sanatorio dado su estado histérico». Se trató del primer ejemplo bajo el régimen soviético de confinamiento de un opositor político en un establecimiento psiquiátrico. María Spiridonova consiguió evadirse y dirigir en la clandestinidad el partido socialista revolucionario de izquierda prohibido por los bolcheviques. Según fuentes de la Cheka, 58 organizaciones socialistas revolucionarias de izquierdas habrían sido desmanteladas en 1919 y 45 en 1920. En el curso de estos dos años, 1.875 militantes habrían sido encarcelados en calidad de rehenes, conforme a las directrices de Dzerzhinsky, que había declarado el 18 de marzo de 1919: «De ahora en adelante, la Cheka no distinguirá entre los guardias blancos del tipo de Krasnov y los guardias blancos del campo socialista. (...) Los eseristas y los mencheviques detenidos serán considerados como rehenes y su suerte dependerá del comportamiento político de su partido» [2].

Para los bolcheviques, los socialistas revolucionarios de derechas habían sido siempre considerados como los rivales políticos más peligrosos. Nadie había olvidado que habían sido mayoritarios en el país con diferencia durante las elecciones libres celebradas por sufragio universal de noviembre-diciembre de 1917. Tras la disolución de la asamblea constituyente en la que disponían de la mayoría absoluta de los escaños, los socialistas-revolucionarios habían continuado teniendo su lugar en los soviets y en el Comité ejecutivo central de los soviets, de donde habían sido expulsados a la vez que los mencheviques en junio de 1918. Una parte de los dirigentes socialistas-revolucionarios constituyó entonces, con los constitucionalistas-demócratas (kadetes) y los mencheviques, gobiernos efímeros en Samara y en Omsk, pronto derribados por el almirante blanco Kolchak. Sorprendidos entre dos fuegos, entre los bolcheviques y los blancos, socialistas-revolucionarios y mencheviques tuvieron muchas dificultades para definir una política coherente de oposición a un régimen bolchevique que llevaba frente a la oposición socialista moderada una política hábil, en la que alternaba medidas de apaciguamiento y maniobras de infiltración y represión.

Después de haber autorizado, en el punto más delicado de la ofensiva del almirante Kolchak, la reaparición, del 20 al 30 de marzo de 1919, del diario socialista-revolucionario *Delo Naroda* (La Causa del pueblo), la Cheka desencadenó el 31 de marzo de 1919 una gran redada contra los militantes socialistas-revolucionarios y los mencheviques, aunque sus partidos no eran objeto de ninguna prohibición legal. Más de mil novecientos militantes fueron detenidos en Moscú, Tula, Smolensk, Voronezh, Penza, Samara, Kostroma [3]. ¿Cuántos fueron ejecutados sumariamente en la represión de las huelgas y de

[1] Gorelik (de), *Gonenia na Anarjizm v Sovietskoi Rosii* (La persecución contra el anarquismo en la Rusia soviética), Berlín, 1922, págs. 27-63.

[2] *Izvestia*, 18 de marzo de 1919; L. D. Gerson, *op. cit.*, pág. 151-52; G. Leggett, *op. cit*, páginas 311-316.

[3] V. Brovkin, *Behind the Lines of the Civil War*, Princeton, 1995, pág. 54.

las revueltas campesinas, en las que mencheviques y socialistas-revolucionarios representaron a menudo los primeros papeles? Disponemos de pocas cifras porque, si se sabe, incluso aproximadamente, el número de víctimas de los principales episodios de las represiones censadas, se ignora la proporción de militantes políticos implicados en esas matanzas.

Una segunda oleadas de arrestos siguió al artículo que Lenin publicó en *Pravda* de 28 de agosto de 1919, donde fustigaba una vez más a los eseristas y a los mencheviques «cómplices y servidores de los blancos, de los terratenientes y de los capitalistas». Según las fuentes de la Cheka, 2.380 socialistas-revolucionarios y mencheviques fueron detenidos en el curso de los cuatro últimos meses de 1919[4]. Después de que el dirigente socialista-revolucionario Víctor Chernov, presidente por un día de la asamblea constituyente disuelta, activamente buscado por la policía política, hubo ridiculizado a la Cheka y al Gobierno tomando la palabra, bajo una falsa identidad y enmascarado, en un mitin organizado por el sindicato de tipógrafos en honor de una delegación obrera inglesa el 23 de mayo de 1920, la represión contra los militantes socialistas adquirió una nueva virulencia. Toda la familia de Chernov fue reducida a la condición de rehén y los dirigentes socialistas-revolucionarios que todavía estaban en libertad fueron arrojados en prisión[5]. Durante el verano de 1920, más de 2.000 militantes socialistas-revolucionarios y mencheviques, debidamente fichados, fueron detenidos y encarcelados como rehenes. Un documento interno de la Cheka, de fecha de 1 de julio de 1920, explicitaba así con un raro cinismo las grandes líneas de acción que había que llevar a cabo contra los oponentes socialistas: «En lugar de prohibir estos partidos, lo que los llevaría a una clandestinidad que podría ser difícil de controlar, es mucho más preferible dejarles en una situación semilegal. Así resulta más fácil tenerlos a mano y extraer de ellos, cuando sea necesario, promotores de disturbios, renegados y otros proveedores de informaciones útiles. (...) Frente a estos partidos antisoviéticos, es indispensable aprovecharse de la situación de guerra actual para imputar a sus miembros crímenes tales como "actividad contrarrevolucionaria", "alta traición", "desorganización de la retaguardia", "espionaje en beneficio de una potencia extranjera intervencionista", etc.»[6].

De todos los episodios de represión, uno de los más cuidadosamente ocultados por el nuevo régimen fue la violencia ejercida contra el mundo obrero, en nombre del cual los bolcheviques habían tomado el poder. Comenzada en 1918, esta represión se desarrolló en 1919-1920 para culminar en la primavera de 1921 con el episodio, bien conocido, de Kronstadt. El mundo obrero de Petrogrado había manifestado desde inicios de 1918 su desafío frente a los bolcheviques. Después del fracaso de la huelga general de 2 de ju-

[4] G. A. Belov, *op. cit.*, pág. 354; CRCEDHC, 5/1/2615.
[5] V. Brovkin, *Behind...*, *op. cit*, págs. 252-257.
[6] *Tsirkuliarnoie pismó VChK* (Carta circular de la Cheka), Archivos B. Nikolayevsky, citado *ibid*, págs. 267-268.

lio de 1918, el segundo período álgido de problemas obreros en la antigua capital estalló en marzo de 1919, después de que los bolcheviques hubieron detenido a numerosos dirigentes socialistas-revolucionarios, entre los cuales se encontraba María Spiridonova, que acababa de efectuar un recorrido memorable de las principales fábricas de Petrogrado en todas las cuales había sido aclamada. Estos arrestos desencadenaron, en una coyuntura ya muy tensa a causa de las dificultades de aprovisionamiento, un vasto movimiento de protesta y de huelgas. El 10 de marzo de 1919, la asamblea general de obreros de las fábricas Putilov, en presencia de diez mil participantes, adoptó una proclama que condenaba solemnemente a los bolcheviques: «Este Gobierno es solo la dictadura del Comité central del Partido comunista que gobierna con la Cheka y de los tribunales revolucionarios»[7].

La proclama exigía el paso de todo el poder a los soviets, la libertad de elecciones en los soviets y en los comités de fábrica, la supresión de las limitaciones sobre las cantidades de alimentos que los obreros estaban autorizados a traer desde el campo hasta Petrogrado (1,5 puds, es decir, 24 kilos), y la liberación de todos los prisioneros políticos de los «auténticos partidos revolucionarios» y muy especialmente de María Spiridonova. Para intentar frenar un movimiento que cada día adquiría mayor amplitud, Lenin en persona se dirigió, los días 12 y 13 de marzo de 1919, a Petrogrado. Pero, cuando quiso tomar la palabra en las fábricas en huelga ocupadas por los obreros, fue abucheado al mismo tiempo que Zinoviev a los gritos de: «¡Abajo los judíos y los comisarios!»[8]. El viejo fondo de antisemitismo popular, siempre dispuesto a volver a salir a la superficie, asoció inmediatamente a judíos y bolcheviques, en cuanto que estos hubieron perdido el crédito del que habían disfrutado de manera momentánea, inmediatamente después de la revolución de octubre de 1917. El hecho de que una proporción importante de los dirigentes bolcheviques más conocidos (Trotsky, Zinoviev, Kamenev, Rykov, Radek, etc.) eran judíos justificaba, a los ojos de las masas, esta identificación de bolcheviques con judíos.

El 16 de marzo de 1919, los destacamentos de la Cheka tomaron al asalto la fábrica Putilov, defendida con las armas en la mano. Alrededor de novecientos obreros fueron detenidos. En el curso de los días siguientes, cerca de doscientos huelguistas fueron ejecutados sin juicio en la fortaleza de Schüsselbourg, distante una cincuentena de kilómetros de Petrogrado. Según un nuevo ritual, los huelguistas, todos despedidos, solo fueron readmitidos después de haber firmado una declaración en la cual reconocían haber sido engañados e «inducidos al crimen» por agitadores contrarrevolucionarios[9]. Además, los obreros iban a verse sometidos a una profunda vigilancia. A partir de la pri-

[7] CRCEDHC, 17/84/43/2-4.
[8] V. Brovkin, *Behind...*, *op. cit*, pág. 69; CRCEDHC, 17/84/43.
[9] G. Leggett, *op. cit.*, pág. 313; V. Brovkin, *Behind...*, *op. cit.*, pág. 71; *Petrogradskaya Pravda*, 13 de abril de 1919, pág. 3.

mavera de 1919, el departamento secreto de la Cheka puso en funcionamiento en muchos centros obreros toda una red de informadores encargados de informarles regularmente sobre el «estado de la moral» en tal o cual fábrica. Clases laboriosas, clases peligrosas...

La primavera de 1919 estuvo marcada por huelgas muy numerosas salvajemente reprimidas en varios centros obreros de Rusia, en Tula, Sormovo, Orel, Briansk, Tver, Ivanovo-Vozsnessenk, Astracán[10]. Las reivindicaciones obreras eran casi idénticas en todas partes. Reducidos al hambre por salarios de miseria que cubrían solamente el precio de una cartilla de racionamiento que aseguraba media libra de pan por día, los huelguistas reclamaban en primer lugar la equiparación de sus raciones con las de los soldados del Ejército Rojo. Pero sus demandas eran también y ante todo políticas: supresión de los privilegios para los comunistas, liberación de todos los presos políticos, elecciones libres al comité de fábrica y al soviet, interrupción del reclutamiento en el Ejército Rojo, libertad de asociación, de expresión, de prensa, etc.

Lo que convertía a estos movimientos en peligrosos a los ojos del poder bolchevique, era que atraían a menudo a las unidades militares acuarteladas en las ciudades obreras. En Orel, Briansk, Gomel, Astracán, los soldados amotinados se unieron a los huelguistas, a los gritos de «muerte a los judíos, abajo los comisarios bolcheviques», ocupando y saqueando una parte de la ciudad que no fue reconquistada por los destacamentos de la Cheka y las tropas que permanecieron fieles al régimen más que después de varios días de combate[11]. Frente a estas huelgas y estos motines la represión fue diversa. Fue del *lock-out* masivo del conjunto de las fábricas, con confiscación de las cartillas de racionamiento —una de las armas más eficaces del poder bolchevique era el arma del hambre— hasta la ejecución masiva, por centenares, de huelguistas y de amotinados.

Entre los episodios represivos más significativos figuran, en marzo-abril de 1919, los de Tula y Astracán. Dzerzhinsky se dirigió en persona a Tula, capital histórica de la fabricación de armas en Rusia, el 3 de abril de 1919, para liquidar la huelga de los obreros de las fábricas de armamento. Durante el invierno de 1918-1919 estas fábricas, vitales para el Ejército Rojo —se fabricaba en ellas el 80 por 100 de los fusiles producidos en Rusia— ya habían sido teatro de paros y de huelgas. Mencheviques y socialistas revolucionarios eran ampliamente mayoritarios entre los militantes políticos con peso en este medio obrero altamente cualificado. El arresto, a inicios de marzo de 1919, de centenares de militantes socialistas suscitó una oleada de protestas, que culminó el 27 de marzo durante una inmensa «marcha por la libertad y contra el hambre», que reunió a millares de obreros y de ferroviarios. El 4 de abril, Dzerzhinsky hizo detener todavía a ochocientos «agitadores» y evacuar por la fuerza las fábricas ocupadas desde hacía varias semanas por los huelguistas.

[10] CRCEDHC, 17/66/68/2-5; 17/6/351.
[11] *Ibid.*; 17/6/197/105; 17/66/68.

Todos los obreros fueron despedidos. La resistencia obrera fue quebrantada mediante el arma del hambre. Desde hacía varias semanas no se había atendido a las cartillas de racionamiento. Para obtener nuevas cartillas, que dieran derecho a 250 gramos de pan, y a recuperar su trabajo después del *lock-out* general, los obreros tuvieron que firmar una petición de readmisión que estipulaba fundamentalmente que cualquier detención de trabajo sería además asimilada a una deserción castigada con la pena de muerte. El 10 de abril, la producción se reinició. El día antes, veintiséis «agitadores» habían sido pasados por las armas[12].

La ciudad de Astracán, cerca de la desembocadura del Volga, tenía, en la primavera de 1919, una importancia estratégica muy especial. Constituía el último cerrojo bolchevique que impedía la unión de las tropas del almirante Kolchak, en el noreste, y las del general Denikin, en el suroeste. Sin duda esta circunstancia explica la extraordinaria violencia con la que fue reprimida en marzo de 1919 la huelga obrera en esta ciudad. Comenzada a inicios de marzo por razones a la vez económicas —las normas de racionamiento muy bajas— y políticas —el arresto de los militantes socialistas—, la huelga degeneró el 10 de marzo, cuando el regimiento número 45 de infantería se negó a disparar sobre los obreros que desfilaban por el centro de la ciudad. Tras unirse a los huelguistas, los soldados se pusieron a saquear la sede del partido bolchevique, matando a varios responsables. Serguei Kírov, presidente del comité militar revolucionario de la región, ordenó entonces «el exterminio sin piedad de los sucios guardias blancos por todos los medios». Las tropas que permanecieron fieles al régimen y los destacamentos de la Cheka bloquearon todos los accesos de la ciudad antes de emprender metódicamente la reconquista. Cuando las prisiones estuvieron llenas hasta reventar, amotinados y huelguistas fueron embarcados en gabarras desde donde fueron precipitados por centenares en el Volga con una piedra al cuello. Del 12 al 14 de marzo, se fusiló y ahogó entre dos mil y cuatro mil obreros huelguistas y amotinados. A partir del 15, la represión golpeó a los «burgueses» de la ciudad, bajo el pretexto de que habían «inspirado» la conspiración «guardia blanca», de la que los obreros y los soldados no habrían sido más que la infantería. Durante dos días, las ricas moradas de los comerciantes de Astracán fueron entregadas al pillaje, y sus propietarios detenidos y fusilados. Los cálculos, inseguros, del número de víctimas «burguesas» de las matanzas de Astracán oscilan ere 600 y 1.000 personas. En total, en una semana, entre 3.000 y 5.000 personas fueron ejecutadas o ahogadas. En cuanto al número de comunistas muertos e inhumados con gran pompa el 18 de marzo —día aniversario de la Comuna de París, como lo subrayaron las autoridades— se elevaba a cuarenta y siete. Durante mucho tiempo recordado como un simple episodio de la guerra entre rojos y blancos, la matanza de Astracán se revela hoy en día, a la luz de los documen-

[12] CRCEDHC, 17/6/351; *Izvestia TsKa RKP (b)* (Noticias del CC del PC(b)R), núm. 3, 4 de julio de 1919; CRCEDHC, 2/1/24095 GARF, 130/3/363.

tos disponibles procedentes de los archivos, según su verdadera naturaleza: la mayor matanza de obreros realizada por el poder bolchevique antes de la de Kronstadt [13].

A finales de 1919 y a inicios de 1920, las relaciones entre el poder bolchevique y el mundo obrero aún se degradaron más, después de la militarización de más de 2.000 empresas. El principal partidario de la militarización del trabajo, León Trotsky, desarrolló durante el IX Congreso del partido, en marzo de 1920, sus concepciones sobre la cuestión. El hombre está inclinado de manera natural hacia la pereza, explicó Trotsky. Bajo el capitalismo, los obreros deben buscar trabajo para sobrevivir. Es el mercado capitalista el que aguijonea al trabajador. Bajo el socialismo «la utilización de los recursos del trabajo reemplaza al mercado». El Estado tiene, por lo tanto, la tarea de orientar, de destinar y de encuadrar al trabajador, que debe obedecer como un soldado al Estado obrero, defensor de los intereses del proletariado. Tales eran el fundamento y el sentido de la militarización del trabajo, vivamente criticada por una minoría de sindicalistas y de dirigentes bolcheviques. Significa, en efecto, la prohibición de las huelgas, asimiladas a una deserción en tiempo de guerra, el refuerzo de la disciplina de los poderes de dirección, la subordinación completa de los sindicatos y de los comités de fábrica, cuyo papel se limitaba además a poner en funcionamiento la política productivista, la prohibición para los obreros de abandonar su puesto de trabajo, la sanción del absentismo y de los retrasos, muy numerosos en aquella época en que los obreros estaban buscando, siempre de manera problemática, alimentos.

Al descontento suscitado en el mundo del trabajo por la militarización se añadían las dificultades crecientes de la vida cotidiana. Como lo reconocía un informe de la Cheka enviado el 6 de diciembre de 1919 al Gobierno, «estos últimos tiempos, la crisis de suministros no ha dejado de agravarse. El hambre atenaza a las masas obreras. Los obreros ya no tienen la fuerza física suficiente para continuar el trabajo y se ausentan cada vez con más frecuencia bajo los efectos conjugados del frío y del hambre. En toda una serie de empresas metalúrgicas de Moscú, las masas desesperadas están dispuestas a todo —huelga, disturbio, insurrección— si no se resuelve, en plazos muy breves, la cuestión de los suministros» [14].

A inicios de 1920, el salario obrero en Petrogrado estaba situado entre los 7.000 y los 12.000 rublos al mes. Además este salario de base insignificante —en el mercado libre una libra de mantequilla costaba 5.000 rublos, una libra de carne 3.000 y un litro de leche 750 rublos— cada trabajador tenía derecho a cierto número de productos, en función de la categoría en la que estaba clasificado. En Petrogrado, a finales de 1919, un trabajador manual tenía de-

[13] V. Brovkin, *Behind..., op. cit.,* pág. 82-85; S. págs. Melgunov, *La Terreur rouge en Russie 1918-1924*, París, Payot, 1927, págs. 58-60; P. Silin, *Astrajanskie rasstrely* (Los fusilamientos de Astracán) en V. Chernov, *Cheka: Materialy po deyatelnosti Kresvyakainoi Komissii*, Berlín, 1922, págs. 248-255.

[14] CRCEDHC, 2/1/11957.

recho a media libra de pan al día, una libra de azúcar al mes, media libra de materias grasas, cuatro libras de arenques salados...

En teoría, los ciudadanos estaban clasificados en cinco categorías de «estómagos», desde los trabajadores manuales y los soldados del Ejército Rojo hasta los «ociosos» —categoría en la que entraban los intelectuales, particularmente mal considerados— con «raciones de clase» decrecientes. En realidad, el sistema era bastante más injusto y complejo todavía. Servidos los últimos, los más favorecidos —«ociosos», intelectuales, «los de arriba»— no recibían a menudo nada en absoluto. En cuanto a los «trabajadores», se dividían en realidad en una multitud de categorías, según una jerarquía de prioridades que privilegiaba a los sectores vitales para la supervivencia del régimen. En Petrogrado, se contaban, durante el invierno de 1919-1920, treinta y tres categorías de cartillas, cuya validez nunca excedía de un mes. En el sistema de suministros centralizado que los bolcheviques habían puesto en funcionamiento, el arma alimenticia representaba un papel de primer order para estimular o para castigar a tal o cual categoría de ciudadanos.

«La ración de pan debe ser reducida para aquellos que no trabajan en el sector de los transportes, hoy en día decisivo, y aumentada para los que trabajan en el mismo, escribía el 1 de febrero de 1920 Lenin a Trotsky. ¡Que millares de personas perezcan si es necesario, pero el país debe salvarse!» [15].

Frente a esta política, todos aquellos que habían conservado los vínculos con el campo, y eran numerosos, se esforzaban por volver al pueblo siempre que tenían la oportunidad para intentar traer comida de él.

Destinadas a «establecer el orden» en las fábricas, las medidas de militarización del trabajo suscitaron, en contra del efecto buscado, paros muy numerosos, detenciones del trabajo, huelgas y motines reprimidos sin compasión. «El mejor lugar para un huelguista, ese mosquito amarillo y dañino», se podía leer en *Pravda* el 12 de febrero de 1920, «es el campo de concentración». Según las estadísticas oficiales del comisariado del pueblo para el Trabajo, el 77 por 100 de las grandes y medianas empresas industriales de Rusia fueron afectadas por huelgas durante el primer semestre de 1920. De manera significativa, los sectores más perturbados —la metalurgia, las minas y los ferrocarriles— eran también aquellos en los que la militarización del trabajo estaba más avanzada. Los informes del departamento secreto de la Cheka dirigidos a los dirigentes bolcheviques arrojan una cruda luz sobre la represión llevada a cabo contra los obreros refractarios a la militarización: detenidos, eran, por regla general, juzgados por un tribunal revolucionario por «sabotaje» o «deserción». Así en Simbirsk, por no hacer referencia más que a este ejemplo, doce obreros de la fábrica de armamentos fueron condenados a una pena de campo de concentración en abril de 1920 por haber «realizado sabotaje bajo forma de huelga italiana (...) desarrollado una propaganda contra el poder soviético apoyándose en las supersticiones religiosas y la débil politización de las

[15] *Trotsky Papers*, vol. II, pág. 22.

masas (...) y dado una falsa interpretación de la política soviética en materia de salarios» [16]. Si se descifra esta jerga se puede deducir de ella que los acusados habían realizado pausas no autorizadas por la dirección, protestado contra la obligación de trabajar el domingo, criticado los privilegios de los comunistas y denunciado los salarios de miseria...

Los más altos dirigentes del partido, entre ellos Lenin, apelaban a una represión ejemplar de las huelgas. El 29 de enero de 1920, inquieto ante la extensión de los movimientos obreros en los Urales, Lenin telegrafió a Smirnov, jefe del consejo militar revolucionario del V ejército: «P. me ha informado que existe un sabotaje manifiesto por parte de los ferroviarios. (...) Se me dice que los obreros de Izhevsk están también en el golpe. Estoy sorprendido de que os acomodéis a ello y no procedáis a ejecuciones masivas por sabotaje» [17]. Hubo numerosas huelgas suscitadas en 1920 por la militarización del trabajo: en Ekaterimburgo, en marzo de 1920, 80 obreros fueron detenidos y condenados a penas de campos de concentración; en el ferrocarril Riazan-Ural, en abril de 1920, 100 ferroviarios fueron condenados; en la línea de ferrocarril Moscú-Kursk, en mayo de 1920, 160 ferroviarios fueron condenados; en la fábrica metalúrgica de Briansk, en junio de 1920, 152 obreros fueron condenados. Se podrían multiplicar estos ejemplos de huelgas severamente reprimidos en el marco de la militarización del trabajo [18].

Una de las más notables fue, en junio de 1920, la de las manufacturas de armas de Tula, lugar de especial importancia en la protesta obrera contra el régimen, sin embargo ya muy duramente padecida en abril de 1919. El domingo 6 de junio de 1920, bastantes obreros metalúrgicos se negaron a realizar las horas suplementarias solicitadas por la dirección. En cuanto a las obreras, se negaron a trabajar ese día y los domingos en general, explicando que el domingo era el único día en que podían ir a conseguir suministros a los campos circundantes. Ante la petición de la administración, un nutrido destacamento de chekistas vino a detener a los huelguistas. Se decretó la ley marcial, y una troika [19] compuesta por representantes del partido y de la Cheka fue encargada de denunciar la «conspiración contrarrevolucionaria fomentada por los espías polacos y los Cien Negros [20] con la finalidad de debilitar el poder combativo del Ejército Rojo».

Mientras que la huelga se extendía y que los arrestos de «agitadores» se multiplicaban, un nuevo hecho vino a turbar el desarrollo habitual que tomaba el asunto: por centenares, y después por millares, obreras y simples artesanas se presentaron en la Cheka solicitando ser también detenidas. El movimiento se amplió, exigiendo los obreros, a su vez, ser detenidos en masa a fin

[16] V. Brovkin, *Behind..., op. cit.*, pág. 289.

[17] *Trotsky Papers*, vol. II, pág. 20.

[18] V. Brovkin, *Behind..., op. cit.*, pág. 297 y ss.

[19] Órgano administrativo formado por tres personas. *(N. del T.)*

[20] También la Centuria Negra. Organización rusa de carácter conservador tristemente célebre por sus actividades antisemitas durante los primeros años del siglo xx. *(N. del T.)*

de convertir en absurda la tesis de la «conspiración polaca y de los Cien Negros». En cuatro días más de 10.000 personas fueron encarceladas, o más bien confinadas en un vasto espacio al aire libre vigilado por chekistas. Desbordados por un momento, no sabiendo cómo presentar los acontecimientos a Moscú, las organizaciones locales del partido y de la Cheka llegaron finalmente a convencer a las autoridades centrales de la realidad de una vasta conspiración. Un «comité de liquidación de la conspiración de Tula» interrogó a millares de obreros y de obreras con la esperanza de encontrar a los culpables ideales. Para ser liberados, readmitidos y conseguir que se les entregara una nueva cartilla de racionamiento, todos los trabajadores detenidos tuvieron que firmar la declaración siguiente: «Yo, el que subscribe, perro hediondo y criminal, me arrepiento delante del tribunal revolucionario y del Ejército Rojo, confieso mis pecados y prometo trabajar conscientemente».

Al contrario de otros movimientos de protesta obrera, los problemas de Tula del verano de 1920 dieron lugar a condenas bastante ligeras: 28 personas fueron condenadas a penas de campos de concentración y 200 fueron exiliadas [21]. En una coyuntura de penuria de mano de obra altamente cualificada, el poder bolchevique no podía sin duda pasarse sin los mejores armeros del país. La represión, como el suministro, debía tener en cuenta sectores decisivos e intereses superiores del régimen.

Tan importante, simbólica y estratégicamente, como fue el «frente obrero», no representaba más que una parte ínfima de los compromisos del régimen en los innumerables «frentes interiores» de la guerra civil. La lucha contra los campesinos que se negaban a las requisas y al reclutamiento —los verdes— movilizó todas las energías. Los informes, hoy en día disponibles, de los departamentos especiales de la Cheka y de las tropas de defensa interna de la República, encargados de luchar contra los motines, las deserciones y las revueltas campesinas, revelan en todo su horror la extraordinaria violencia de esta «guerra sucia» de pacificación llevada a cabo al margen de los combates entre rojos y blancos. En este enfrentamiento crucial entre el poder bolchevique y el campesinado, que fue donde se forjó de manera definitiva una práctica política terrorista fundada en una visión radicalmente pesimista de las masas «hasta este punto oscuras e ignorantes», escribía Dzerzhinsky, «que no son ni siquiera capaces de ver dónde está su propio interés». Estas masas bestiales solo podían ser tratadas mediante la fuerza, por esa «escoba de hierro» que evocaba Trotsky para caracterizar con una imagen la represión que convenía llevar a cabo a fin de «limpiar» Ucrania de las «bandas de bandidos» dirigidas por Néstor Majnó y otros jefes campesinos [22].

Las revueltas campesinas habían comenzado en el verano de 1918. Tomaron una notable amplitud en 1919-1920 para culminar durante el invierno

[21] V. Brovkin, *op. cit.*, págs. 292-296.

[22] A. Graziosi, *The Great Soviet Peasant War, Bolsheviks and Peasants, 1917-1933*, Ukrainian Research Institute, Harvard University, 1996.

de 1920-1921, obligando momentáneamente a retroceder al régimen bolchevique.

Dos razones inmediatas impulsaban a los campesinos a rebelarse: las requisas y el reclutamiento en el Ejército Rojo. En enero de 1919, la búsqueda desordenada de los excedentes agrícolas que había señalado, desde el verano de 1918, las primeras operaciones fue reemplazada por un sistema centralizado y planificado de requisas. Cada provincia, cada distrito, cada cantón, cada comunidad aldeana debía entregar al Estado una cuota fijada por adelantado en función de las cosechas estimadas. Estas cuotas no se limitaban a los cereales, sino que incluían una veintena de productos tan variados como las patatas, la miel, los huevos, la mantequilla, las semillas oleaginosas, la carne, la nata, la leche... Cada comunidad aldeana era responsable de manera solidaria de la cosecha. Solo cuando toda la aldea había cumplido sus cuotas, las autoridades distribuían los recibos que daban derecho a la adquisición de bienes manufacturados en número muy inferior a las necesidades, puesto que, a finales de 1920, estas solo se cubrían en un 15 por 100 aproximadamente. En cuanto al pago de las cosechas agrícolas, se realizaba con precios simbólicos, al haber perdido el rublo a finales de 1920 el 96 por 100 de su valor en relación con el rublo oro. De 1918 a 1920, las requisas de cereales se multiplicaron por tres. Difícil de cifrar con precisión, el número de revueltas campesinas siguió una progresión como mínimo paralela[23].

Las negativas al reclutamiento en el Ejército Rojo, después de tres años en los frentes y en las trincheras de la «guerra imperialista», constituían el segundo motivo de revueltas campesinas, llevadas a cabo, por regla general, por los desertores ocultos en los bosques, los verdes. Se estima el número de desertores en 1919-1920 al menos en tres millones. En 1919 alrededor de quinientos mil fueron detenidos por los diversos destacamentos de la Cheka y por las comisiones especiales de lucha contra los desertores. En 1920, la cifra quedó establecida de setecientos a ochocientos mil. Entre un millón y medio y dos millones de desertores, en su inmensa mayoría campesinos que conocían bien el terreno, llegaron no obstante a sustraerse a las investigaciones. Frente a la amplitud del problema, el Gobierno adoptó medidas de represión cada vez más duras. No solamente millares de desertores fueron fusilados, sino que las familias de los desertores fueron convertidas en rehenes. El principio de los rehenes era, en realidad, aplicado desde el verano de 1918 en las circunstancias más cotidianas. De ello da testimonio, por ejemplo, este decreto gubernamental de 15 de febrero de 1919, firmado por Lenin que encargaba a las chekas locales tomar rehenes entre los campesinos en las localidades, donde los reclutamientos para la limpieza de la nieve en los ferrocarriles no habían sido realizados de manera satisfactoria: «si la limpieza no se realiza, los rehenes serán pasados por las armas»[24]. El 12 de mayo de 1920, Lenin envió las instruc-

[23] S. A. Pavlyuchenkov, *op. cit.*, págs. 188-240.

[24] *Dekrety sovietskoi vlasti* (Decretos del poder soviético), Moscú, 1968, vol. IV, pág. 167.

ciones siguientes a todas las comisiones provinciales de lucha contra los desertores: «después de la expiración del plazo de gracia de siete días concedido a los desertores para que se entreguen, todavía es preciso reforzar las sanciones en relación con esos incorregibles traidores al pueblo trabajador. Las familias y todos aquellos que ayudan a los desertores, de la manera que sea, serán además considerados como rehenes y tratados como tales»[25]. Este decreto no hacía más que legalizar prácticas cotidianas. La oleada de deserciones no se redujo. En 1920-1921, como en 1919, los desertores constituyeron el grueso de los guerrilleros verdes, contra los que los bolcheviques llevaron a cabo, durante tres años (incluso cuatro o cinco años en algunas regiones), una guerra despiadada de una crueldad inaudita. Más allá de la negativa a las requisas y al reclutamiento, los campesinos rechazaban cada vez de manera más general toda intrusión de un poder que consideraban extraño, el poder de los «comunistas» procedentes de la ciudad. En el espíritu de numerosos campesinos, los comunistas que practicaban las requisa eran diferentes de los «bolcheviques» que habían estimulado la revolución agraria de 1917. En los campos sometidos tanto a la soldadesca blanca como a los destacamentos de requisa rojos, la confusión y la violencia habían llegado al máximo.

Fuente excepcional que permite aprehender las múltiples facetas de esta guerrilla campesina, los informes de los diversos departamentos de la Cheka encargados de la represión distinguen dos tipos principales de movimientos campesinos: el *bunt,* revuelta puntual, breve llamarada de violencia que implica un grupo relativamente restringido de participantes, de algunas decenas a un centenar de personas; y la *vosstanie*, insurrección que implicaba la participación de millares, incluso de decenas de millares de campesinos, organizados en verdaderos ejércitos capaces de apoderarse de pueblos y ciudades y dotados de un programa político coherente de tendencia social-revolucionaria o anarquista.

«30 de abril de 1919. Provincia de Tambov. A inicios de abril, en el distrito Lebyadinsky, ha estallado una revuelta de kulaks y de desertores que protestaban contra la movilización de los hombres, de los caballos y la requisa de cereales. Al grito de "abajo los comunistas, abajo los soviets", los insurgentes armados han saqueado cuatro comités ejecutivos de cantón, asesinado de manera bárbara a siete comunistas, aserrados vivos. Solicitada ayuda por miembros del destacamento de requisa, el 212 batallón de la Cheka ha aplastado a los kulaks insurgentes. Sesenta personas han sido detenidas, cincuenta ejecutadas sobre el terreno, la aldea de la que partió la rebelión ha sido enteramente quemada.»

«Provincia de Voronezh, 11 de junio de 1919, 16 horas 15 minutos. Por telégrafo. La situación mejora. La revuelta del distrito de Novojopersk está prácticamente liquidada. Nuestro aeroplano ha bombardeado y quemado en-

[25] V. Brovkin, *Behind..., op. cit.*, pág. 318.

teramente el pueblo Tretyaky, uno de los nidos principales de los bandidos. Las operaciones de limpieza continúan.»

«Provincia de Yaroslavl, 23 de junio de 1919. La revuelta de los desertores en la *volost* Petroplavlovskaya ha sido liquidada. Las familias de los desertores han sido detenidas como rehenes. Cuando se comenzó a fusilar a un hombre en cada familia de desertores, los verdes empezaron a salir del bosque y a rendirse. Treinta y cuatro desertores han sido fusilados como ejemplo»[26].

Millares de informes similares[27] testifican de la extraordinaria violencia de esta guerra de pacificación llevada a cabo por las autoridades contra la guerrilla campesina, alimentada por la deserción, pero calificada como «revuelta de kulaks» o de «insurrección de bandidos». Los tres extractos citados revelan los métodos de represión más corrientemente utilizados: arresto y ejecución de rehenes, tomados de las familias de desertores o de los «bandidos», y aldeas bombardeadas y quemadas. La represión ciega y desproporcionada descansaba en el principio de la responsabilidad colectiva del conjunto de la comunidad aldeana. Generalmente, las autoridades daban a los desertores un plazo para entregarse. Pasado ese plazo, el desertor era considerado como un «bandido de los bosques» sujeto a una ejecución inmediata. Los textos de las autoridades tanto civiles como militares precisaban, además, que si «los habitantes de una aldea ayudan de la manera que sea a los bandidos a esconderse en los bosques vecinos, la aldea será completamente quemada».

Algunos informes de síntesis de la Cheka dan indicaciones cifradas sobre la amplitud de esta guerra de pacificación de los campos. Así, para el período que fue del 15 de octubre al 30 de noviembre de 1918, en doce provincias de Rusia solamente estallaron cuarenta y cuatro revueltas (*bunty*), en el curso de las cuales 2.320 personas fueron detenidas, 620 muertas y 982 fusiladas. Durante estas revueltas 480 funcionarios soviéticos fueron muertos, así como 112 hombres de los destacamentos de suministros, del Ejército Rojo y de la Cheka. Durante el mes de septiembre de 1919, para las diez provincias rusas sobre las cuales se dispone de una información sintética, se cuentan 48.735 desertores y 7.325 «bandidos» detenidos, 1.826 muertos, 2.230 fusilados, y 430 víctimas del lado de los funcionarios y militares soviéticos. Estas cifras muy incompletas no tienen en cuenta las pérdidas experimentadas durante las grandes insurrecciones campesinas.

Estas insurrecciones conocieron varios momentos álgidos: marzo-agosto de 1919, fundamentalmente en las regiones del Volga medio y de Ucrania; febrero-agosto de 1920, en las provincias de Samara, Ufa, Kazán, Tambov y, de nuevo, en la Ucrania reconquistada por los bolcheviques a los blancos, pero siempre controlada en el país profundo por la guerrilla campesina. A partir de

[26] *RGVA* (Archivos estatales del ejército ruso), 33987/3/32.

[27] Una recopilación de estos informes reunidos por un equipo de historiadores rusos, franceses e italianos, bajo la dirección de V. P. Danilov, apareció en ruso a finales de 1997.

finales de 1920 y durante toda la primera mitad del año 1921, el movimiento campesino, mal dirigido en Ucrania y en las regiones del Don y del Kubán, culminó en Rusia en una inmensa revuelta popular centrada en las provincias de Tambov, Penza, Samara, Saratov, Simbirsk y Tsarisyn[28]. El ardor de esta guerra campesina no se extinguirá más que con la llegada de una de las más terribles hambrunas que haya conocido el siglo XX. En las ricas provincias de Samara y de Simbirsk, que debían por sí solas entregar en 1919 cerca de una quinta parte de las requisas en cerales de Rusia, las revueltas campesinas puntuales se transformaron en marzo de 1919 en una verdadera insurrección por primera vez desde el establecimiento del régimen bolchevique. Decenas de aldeas fueron tomadas por un ejército insurrecto campesino que contó con hasta 30.000 hombres armados. Durante cerca de un mes, el poder bolchevique perdió el control del la provincia de Samara. Esta rebelión favoreció el avance hacia el Volga de las unidades del ejército blanco mandadas por el almirante Kolchak al tener que enviar los bolcheviques varias decenas de miles de hombres para acabar con un ejército campesino tan bien organizado, que defendía un programa político coherente en vitud del cual se reclamada la supresión de las requisas, la libertad de comercio, elecciones libres para los soviets, y el fin de la «comisarocracia bolchevique». Haciendo balance de la liquidación de las insurrecciones campesinas a inicios de abril de 1929, el jefe de la cheka de Samara indicaba 4.240 muertos del lado de los insurgentes, 625 fusilados, y 6.210 desertores y «bandidos» detenidos...

Apenas se había extinguido momentáneamente el fuego en la provincia de Samara cuando volvió a prender con una amplitud desigual en la mayor parte de Ucrania. Después de la marcha de los alemanes y de los austro-húngaros, a finales de 1918, el Gobierno bolchevique había decidido reconquistar Ucrania. La región agrícola más rica del antiguo Imperio zarista, debía «alimentar al proletariado de Moscú y de Petrogrado». Aquí, más todavía que en otros sitios, las cuotas de requisa eran muy elevadas. Cumplirlas era condenar a un hambre segura a millares de poblaciones ya sangradas por los ejércitos de ocupación alemanes y austro-húngaros durante todo el año 1918. Además, a diferencia de la política que habían tenido que aceptar en Rusia a finales de 1917 —el reparto de tierras entre las comunidades campesinas—, los bolcheviques rusos deseaban en Ucrania nacionalizar todas las grandes propiedades agrarias, las más modernas del antiguo Imperio. Esta política, que pretendía transformar los grandes dominios cerealistas y azucareros en grandes propiedades colectivas, donde los campesinos se convertirían en obreros agrícolas, solo podía suscitar el descontento del campesinado. Este se había curtido en la lucha contra las fuerzas de ocupación alemanas y austro-húngaras. A inicios de 1919 existían en Ucrania verdaderos ejércitos campesinos de decenas de

[28] M. S. Frenkin, *Traguedia krestianskij vosstanii v Rossii, 1918-1921*, Jerusalén, 1987; O. Figes, *Peasant Russia. Civil War: the Volga Countryside in the Revolution*, Oxford, 1989; V. Brovkin, *Behind the Front Lines..., op. cit.*

miles de hombres mandados por jefes militares y políticos ucranianos, tales como Simón Petlyura, Néstor Majnó, Hryhoryiv, o incluso Zeleny. Estos ejércitos campesinos estaban firmemente decididos a que triunfara su concepto de la revolución agraria: la tierra para los campesinos, libertad de comercio y soviets libremente elegidos «sin moscovitas ni judíos». Para la mayoría de los campesinos ucranianos, marcados por una larga tradición de antagonismo entre los campos mayoritariamente poblados de ucranianos y las ciudades mayoritariamente pobladas de rusos y judíos, era tentador y sencillo llevar a cabo la identificación: moscovitas = bolcheviques = judíos. Todos debían ser expulsados de Ucrania.

Estas particularidades propias de Ucrania explican la brutalidad de la duración de los enfrentamientos entre los bolcheviques y una amplia fracción del campesinado ucraniano. La presencia de otro actor, los blancos, combatidos a la vez por los bolcheviques y por los diversos ejércitos campesinos, convertía en algo todavía más complejo el embrollo político y militar en esta región donde ciertas ciudades, como Kiev, cambiaron hasta catorce veces de dueño en dos años.

Las primeras grandes revueltas contra los bolcheviques y sus vergonzosos destacamentos de requisa estallaron a partir de abril de 1919. Durante este único mes tuvieron lugar 93 revueltas campesinas en las provincias de Kiev, Chernigov, Poltava y Odessa. Durante los veinte primeros días de julio de 1919, los datos oficiales de la Cheka hacen referencia a 210 revoluciones, lo que implica cerca de 100.000 combatientes armados y varios centenares de miles de campesinos. Los ejércitos campesinos de Hryhoryiv —cerca de 20.000 hombres armados, entre ellos varias unidades amotinadas del Ejército Rojo, con 50 cañones y 700 ametralladoras— tomaron, en abril-mayo de 1919, una serie de ciudades del sur de Ucrania, entre ellas Cherkassy, Jerson, Nikolayev y Odessa, estableciendo en ellas un poder autónomo cuyas consignas no admitían equívocos: «¡Todo el poder a los soviets del pueblo ucraniano!», «¡Ucrania para los ucranianos sin bolcheviques ni judíos!», «Reparto de tierras», «Libertad de empresa y de comercio»[29]. Los partidarios de Zeleny, aproximadamente 20.000 hombres armados, controlaban la provincia de Kiev, con excepción de las ciudades principales. Bajo el lema «¡Viva el poder soviético, abajo los bolcheviques y los judíos!», organizaron decenas de pogroms contra las comunidades judías de las aldeas y de las provincias de Kiev y de Chernigov. Mejor conocida gracias a numerosos estudios, la acción de Néstor Majnó a la cabeza de un ejército campesino de decenas de miles de hombres presentaba un programa a la vez nacional, social y anarquizante elaborado en el curso de verdaderos congresos, como el «congreso de los delegados campesinos, rebeldes y obreros de Guliay-Polie», celebrado en abril de 1919 en el centro mismo de la rebelión majnovista. Como tantos otros movimientos campesinos menos estructurados, los majnovistas expresaban en

[29] Taros Hunczak (edi.), *The Ukraine, 1917-1921*, Cambridge UP, 1977.

primer lugar el rechazo de cualquier injerencia del Estado en los asuntos campesinos y el deseo de un autogobierno campesino —una especie de autogestión— fundada en soviets libremente elegidos. A estas reivindicaciones de base se añadieron cierto número de demandas comunes a todos los movimientos campesinos: la paralización de las requisas, la supresión de los impuestos y de las tasas, la libertad para todos los partidos socialistas y los grupos anarquistas, el reparto de tierra y la supresión de la «comisarocracia bolchevique», de las tropas especiales y de la Cheka[30].

Los centenares de insurrecciones campesinas de la primavera y del verano de 1919 acontecidas en las retaguardias del Ejército Rojo desempeñaron un papel determinante en la victoria sin futuro de las tropas blancas del general Denikin. Saliendo del sur de Ucrania el 19 de mayo de 1919, el ejército blanco avanzó con mucha rapidez frente a las unidades del Ejército Rojo ocupadas en operaciones de represión contra las rebeliones campesinas. Las tropas de Denikin tomaron Járkov el 12 de junio, Kiev el 28 de agosto y Voronezh el 30 de septiembre. La retirada de los bolcheviques, que no habían llegado a establecer su poder más que en las ciudades más grandes, dejando los campos a los campesinos insurrectos, vino acompañada por ejecuciones masivas de prisioneros y de rehenes, sobre las cuales volveremos. En su retirada precipitada a través del país profundo controlado por la guerrilla campesina, los destacamentos del Ejército Rojo y de la Cheka no dieron cuartel: aldeas quemadas por centenares, ejecuciones masivas de «bandidos», de desertores y de «rehenes». El abandono y después la reconquista, de finales de 1919 e inicios de 1920, de Ucrania dieron lugar a una extraordinaria oleada de violencia contra las poblaciones civiles de las cuales informa ampliamente la obra maestra de Isaak Babel, *Caballería roja*[31].

A inicios de 1920, los ejércitos blancos estaban derrotados, a excepción de algunas unidades dispersas que habían encontrado refugio en Crimea, bajo el mando del barón Wrangel, sucesor de Denikin. Quedaban frente a frente las fuerzas bolcheviques y los campesinos. Hasta 1922, una despiadada represión iba a abatirse sobre los campos en lucha contra el poder. En febrero-marzo de 1920, una nueva gran revuelta, conocida bajo el nombre de «insurrección de las horcas», estalló en un vasto territorio que se extendía del Volga a los Urales, por las provincias de Kazán, Simbirsk y Ufa. Pobladas por rusos, pero también por tártaros y bashkires, estas regiones estaban sometidas a requisas particularmente onerosas. En algunas semanas, la rebelión ganó una decena de distritos. El ejército campesino sublevado de las «águilas negras» contó en su apogeo hasta con 50.000 combatientes. Armados con cañones y

[30] Volin, *La Révolution inconnue*, París, Belfond, 1969, págs. 509-626; A. Skirda, *Les Cosaques de la liberté*, París, Lattès, 1985; R. Pipes, *Russia under the Bolshevik Regime, 1919-1924*, Londres, Harper-Collins, 1994, págs. 106-108.

[31] *Ibíd*, pág. 105-131. (Existe versión española de *Caballería roja*, Madrid, Alianza Editorial, varias ediciones. *(N. del T.)*

ametralladoras, las tropas de defensa interna de la República diezmaron a los rebeldes armados con horcas y picas. En algunos días, millares de insurgentes fueron asesinados y centenares de aldeas quemadas[32].

Después del aplastamiento, rápido, de la «insurrección de las horcas», el fuego de las revueltas campesinas se propagó de nuevo por las provincias del Volga medio, también muy fuertemente sangradas por las requisas: Tambov, Penza, Samara, Saratov y Tsaritsyn. Como lo reconocía el dirigente bolchevique Antonov-Ovseenko, que iba a conducir la represión contra los campesinos insurgentes de Tambov, si se hubieran seguido los planes de requisas de 1920-1921 habrían condenado a los campesinos a una muerte segura: les dejaban una media de 1 pud (16 kilos) de grano y de 1,5 pud (24 kilos) de patatas, por persona y año, es decir, doce veces menos del mínimo vital. Se trató, por lo tanto, de una lucha por la supervivencia la que desencadenaron, desde el verano de 1920, los campesinos de estas provincias. Iba a durar dos años sin interrupción, hasta que el hambre acabó con los campesinos insurgentes.

El tercer gran polo de enfrentamiento entre los bolcheviques y los campesinos en 1920 seguía siendo Ucrania, reconquistada en diciembre de 1919-febrero de 1920 por los ejércitos blancos, pero cuyos campos profundos habían seguido estando bajo el control de centenares de destacamentos verdes libres de toda lealtad o de unidades más o menos relacionadas con el mando de Majnó. A diferencia de las águilas negras, los destacamentos ucranianos, compuestos esencialmente de desertores, estaban bien armados. Durante el verano de 1920, el ejército de Majnó contaba todavía con cerca de 15.000 hombres, 2.500 jinetes, un centenar de ametralladoras, una veintena de cañones de artillería y dos vehículos blindados. Centenares de «bandas» más pequeñas, reuniendo cada una de algunas decenas a centenares de combatientes, oponían igualmente una fuerte resistencia a la penetración bolchevique. Para luchar contra esta guerrilla campesina, el Gobierno nombró, a inicios de mayo de 1920, al jefe de la Cheka, Feliks Dzerzhinsky, «comandante en jefe de la retaguardia del frente suroeste». Dzerzhinsky permaneció más de dos meses en Járkov para poner en pie veinticuatro unidades especiales de las fuerzas de seguridad interna de la República, unidades de elite, dotadas de una caballería encargada de perseguir a los «rebeldes» y de aviones destinados a bombardear los «nidos de bandidos»[33]. Tenían como tarea erradicar, en tres meses, la guerrilla campesina. En realidad, las operaciones de «pacificación» se prolongaron durante más de dos años, del verano de 1920 al otoño de 1922, al precio de decenas de miles de víctimas.

Entre los diversos episodios de la lucha llevada a cabo por el poder bolchevique contra el campesinado, la «descosaquización» —es decir, la elimina-

[32] O. Figes, *Peasant Russia, Civil War*, Londres, 1992, págs. 333 y ss.; V. Brovkin, *Behind..., op. cit.*, págs. 323-325.

[33] CRCEDHC, 76/3/109.

ción de los cosacos del Don y del Kubán como grupo social— ocupa un lugar particular. Efectivamente, por primera vez, el nuevo régimen adoptó abundantes medidas represivas para eliminar, exterminar y deportar —siguiendo el principio de la responsabilidad colectiva— al conjunto de la población de un territorio que los dirigentes bolcheviques habían adquirido la costumbre de calificar como «Vendée soviética»[34]. Estas operaciones no fueron el resultado de medidas de represalia militar adoptadas en el fuego de los combates, sino que fueron planificadas con antelación, y fueron objeto de varios decretos promulgados en la cima del Estado, implicando directamente a muy numerosos responsables políticos de alto rango (Lenin, Ordzhonikidze, Syrtsov, Sokolnikov, Reingold). Puesta en jaque una primera vez, durante la primavera de 1919, a causa de los reveses militares de los bolcheviques, la descosaquización volvió a iniciarse con una crueldad renovada en 1920, durante la reconquista bolchevique de las tierras cosacas del Don y del Kubán.

Los cosacos, privados desde diciembre de 1917 del status del que se beneficiaban bajo el antiguo régimen, catalogados por los bolcheviques como «kulaks» y «enemigos de clase», habían reunido, bajo el estandarte del atamán Krasnov, a las fuerzas blancas que se habían constituido en el sur de Rusia en la primavera de 1918. Hasta febrero de 1919, durante el avance general de los bolcheviques hacia Ucrania y el sur de Rusia, no penetraron los primeros destacamentos del Ejército Rojo en los territorios cosacos del Don. De entrada, los bolcheviques tomaron diversas medidas que aniquilaban todo lo que constituía la especificidad cosaca: las tierras que pertenecían a los cosacos fueron confiscadas y redistribuidas a colonos rusos o a los campesinos locales que no tenían el status cosaco; los cosacos fueron obligados, bajo pena de muerte, a entregar sus armas —ahora bien, a causa de su status tradicional de guardianes de los confines del Imperio ruso, todos los cosacos estaban armados; las asambleas y las circunscripciones administrativas cosacas fueron disueltas—.

Todas estas medidas formaban parte de un plan preestablecido de descosaquización así definido en una resolución secreta del Comité central del partido bolchevique, de fecha 24 de enero de 1919: «En vista de la experiencia de la guerra civil contra los cosacos, es necesario reconocer como sola medida políticamente correcta una lucha sin compasión, un terror masivo contra los ricos cosacos, que deberán ser exterminados y físicamente liquidados hasta el último»[35].

En realidad, como reconoció en junio de 1919 Reingold, presidente del comité revolucionario del Don, encargado de imponer «el orden bolchevique» en las tierras cosacas, «hemos tenido una tendencia a realizar una política de exterminio masivo de los cosacos sin la menor distinción»[36]. En algunas

[34] V. L. Genis, «Raskazvanie v Sovietskoi Rossii» (La descosaquización en la Rusia soviética), en *Voprosy Istorii*, 1994, núm. 1, págs. 42-55.

[35] *Izvestia TsK KPSS*, 1989, núm. 6, págs. 177-178.

[36] CRCEDHC, 5/2/106/7.

semanas, de mediados de febrero a mediados de marzo de 1919, los destacamentos bolcheviques habían ejecutado a más de 8.000 cosacos [37]. En cada *stanitsa* (aldea cosaca), los tribunales revolucionarios procedían en algunos minutos a juicios sumarios de listas de sospechosos, generalmente condenados todos a la pena capital por «comportamiento contrarrevolucionario». Frente a esta oleada represiva, los cosacos no tuvieron otra salida que la de sublevarse.

La sublevación se inició en el distrito de Veshenskaya el 11 de marzo de 1919. Bien organizados, los cosacos insurgentes decretaron la movilización general de todos los hombres de 16 a 55 años. Enviaron por toda la región del Don y hasta la provincia limítrofe de Voronezh telegramas llamando a la población a sublevarse contra los bolcheviques. «Nosotros los cosacos», explicaban, «estamos en contra de los soviets. Estamos en favor de las elecciones libres. Estamos contra los comunistas, las comunas (explotaciones colectivas) y los judíos. Estamos contra las requisas, los robos y las ejecuciones perpetradas por las chekas» [38]. A inicios del mes de abril los cosacos insurgentes presentaban una fuerza armada considerable de más de 30.000 hombres bien armados y aguerridos. Operando en la retaguardia del Ejército Rojo que combatía más al sur a las tropas de Denikin aliadas con los cosacos del Kubán, los insurgentes del Don contribuyeron, igual que los campesinos ucranianos, al avance fulminante de los ejércitos blancos en mayo-junio de 1919. A inicios del mes de junio, los cosacos del Don se unieron con el grueso de los ejércitos blancos, apoyados por los cosacos del Kubán. Toda la «Vendée cosaca» se había liberado del poder vergonzoso de los «moscovitas, judíos y bolcheviques».

No obstante, con los cambios de fortuna militar, los bolcheviques regresaron en febrero de 1920. Así comenzó una segunda ocupación militar de las tierras cosacas, que resultó mucha más mortífera que la primera. La región del Don se vio sujeta a una contribución de treinta y seis millones de puds de cereales, una cantidad que superaba ampliamente el conjunto de la producción local; la población rural fue sistemáticamente expoliada no solamente de sus escasas reservas alimenticias, sino también del conjunto de sus bienes, «calzado, ropa, orejeras y samovares comprendidos», según precisaba un informe de la Cheka [39]. Todos los hombres en estado de combatir respondieron a estos pillajes y a estas represiones sistemáticas uniéndose a las bandas de guerrilleros verdes. En julio de 1920, estas contaban al menos con treinta y cinco hombres en el Kubán y en el Don. Bloqueado en Crimea desde febrero, el general Wrangel decidió, en una última tentativa, librarse del cerco bolchevique y operar una conjunción con los cosacos y los verdes del Kubán. El 17 de agosto de 1920, cinco mil hombres desembarcaron cerca de Novorossisk. Bajo la presión conjunta de los blancos, los cosacos y los verdes, los bolcheviques tuvieron que abandonar Yekaterinodar, la principal ciudad del Kubán, y des-

[37] V. L. Genis, *op. cit.*, págs. 42-55.
[38] CRCEDHC, 17/6/83.
[39] V. L. Genis, art. cit, pág. 50; CRCEDHC, 17/84/75.

pués el conjunto de la región. Por su parte, el general Wrangel avanzó por Ucrania del sur. Los éxitos de los blancos fueron, sin embargo, de corta duración. Desbordados por fuerzas bolcheviques muy superiores en número, las tropas de Wrangel, entorpecidas por inmensos cortejos de civiles, regresaron a finales del mes de octubre hacia Crimea, en el más indescriptible desorden. La recuperación de Crimea por los bolcheviques, último episodio de enfrentamiento entre blancos y rojos, dio lugar a una de las mayores matanzas de la guerra civil: al menos cincuenta mil civiles fueron asesinados por los bolcheviques en noviembre y diciembre de 1920 [40].

Al encontrarse, una vez más, en el campo de los vencidos, los cosacos se vieron sometidos a un nuevo terror rojo. Uno de los principales dirigentes de la Cheka, el letón Karl Lander, fue nombrado «plenipotenciario en el norte del Cáucaso y del Don». Puso en funcionamiento troikas, tribunales especiales encargados de la descosaquización. Durante solo el mes de octubre de 1920, estas troikas condenaron a muerte a más de seis mil personas, inmediatamente ejecutadas [41]. Las familias, a veces incluso los vecinos de los guerrilleros verdes o de los cosacos que habían tomado las armas contra el régimen y que no habían sido atrapados, fueron detenidos sistemáticamente como rehenes y encerrados en campos de concentración, verdaderos campos de la muerte como lo reconocía Martín Latsis, el jefe de la Cheka de Ucrania, en uno de sus informes: «Reunidos en un campo de concentración cerca de Maikop, los rehenes —mujeres, niños y ancianos— sobreviven en condiciones terribles, en medio del barro y el frío de octubre. (...) Mueren como moscas. (...) Las mujeres están dispuestas a todo con tal de escapar de la muerte. Los soldados que vigilan el campo se aprovechan de ello para mantener relaciones con estas mujeres» [42].

Toda resistencia era objeto de despiadados castigos. Cuando el jefe de la cheka de Piatigorsk cayó en una emboscada, los chekistas decidieron organizar una «jornada del terror rojo». Sobrepasando las instrucciones del mismo Lander, que deseaba que «este acto terrorista fuera aprovechado para atrapar rehenes preciosos con la intención de ejecutarlos, y para acelerar los procedimientos de ejecución de los espías blancos y de los contrarrevolucionarios en general», los chekistas de Piatigorsk se lanzaron a una oleada de arrestos y de ejecuciones. Según Lander, la cuestión del terror rojo fue resuelta de manera simplista. Los chekistas de Piatigorsk decidieron hacer ejecutar a trescientas personan en un día. Definieron cuotas para la ciudad de Piatigorsk y para aldeas de los alrededores y ordenaron a las organizaciones del partido que prepararan listas para la ejecución. (...) Este método insatisfactorio implicó numerosos ajustes de cuentas. (...) En Kislovodsk, faltos de ideas, se decidió matar a las personas que se encontraban en el hospital.

[40] S. P. Melgunov, *op. cit.*, pág. 77; V. Brovkin, *Behind...*, *op. cit.*, pág. 346.
[41] CRCEDHC, 17/84/75/28.
[42] *Ibid.*, 17/84/75/59.

Uno de los métodos más expeditivos de descosaquización fue la destrucción de las aldeas cosacas y la deportación de todos los supervivientes. Los archivos de Sergo Ordzhonikidze, uno de los principales dirigentes bolcheviques, y en aquella época presidente del comité revolucionario del Cáucaso norte, conservaron los documentos de una de estas operaciones que se desarrollaron a finales de octubre-mediados de noviembre de 1920 [43].

El 23 de octubre, Sergo Ordzhonikidze ordenó:

«1. Quemar completamente la aldea Kalinovskaya.

2. Vaciar de todos sus habitantes las aldeas Ermolovskaya, Romanovskaya, Samachinskaya y Mijaílovskaya; las casas y las tierras que pertenecen a los habitantes serán distribuidas entre los campesinos pobres y en particular entre los chechenos que se han caracterizado siempre por su profundo apego al poder soviético.

3. Embarcar a toda la población de dieciocho a cincuenta años de estas aldeas ya mencionadas en transportes y deportarlos, bajo escolta, hacia el norte, para realizar allí trabajos forzados de categoría pesada.

4. Expulsar a las mujeres, a los niños y a los ancianos, dejándoles no obstante autorización para reinstalarse en otras aldeas más al norte.

5. Requisar todo el ganado y todos los bienes de los habitantes de los burgos ya mencionados.»

Tres semanas más tarde, un informe dirigido a Ordzhonikidze describía así el desarrollo de las operaciones:

«—Kalinovskaya: aldea enteramente quemada, toda la población (4.220) deportada o expulsada.

— Ermolovskaya: limpiada de todos sus habitantes (3.218).

— Romanovskaya: deportados 1.600; quedan por deportar 1.661.

— Samachinskaya: deportados 1.018; quedan por deportar 1.900.

— Mijaílovskaya: deportados 600; quedan por deportar 2.200.

Además 154 vagones de productos alimenticios fueron enviados a Grozny. En las tres aldeas en las que la deportación no había sido aún concluida fueron deportadas en primer lugar las familias de los elementos blancos-verdes, así como elementos que habían participado en la última insurrección. Entre aquellos que no han sido deportados figuran simpatizantes del régimen soviético, familias de soldados del Ejército Rojo, funcionarios y comunistas. El retraso sufrido por las operaciones de deportación se explica por la carencia de vagones. Como término medio, no se recibe, para llevar a cabo las operaciones, más que un solo transporte al día. Para acabar las operaciones de deportación, se solicita con urgencia 306 vagones suplementarios» [44].

¿Cómo concluyeron estas «operaciones»? Desgraciadamente ningún documento preciso nos arroja claridad sobre este aspecto. Se sabe que las «operacio-

[43] CRCEDHC, 85/11/131/11.
[44] *Ibid.*, 85/11/123/15.

nes» se prolongaron y que, a fin de cuentas, los hombres deportados fueron por regla general enviados no hacia el Gran Norte, como sería el caso con posterioridad, sino hacia las minas del Donetz, más cercanas. Dado el estado de los transportes ferroviarios a finales de 1920, la intendencia debió tener dificultades para seguirlos... No obstante, en muchos aspectos, estas «operaciones» de descosaquización prefiguraban las «cooperaciones» de deskulakización iniciadas diez años más tarde: incluso la misma concepción de una responsabilidad colectiva, el mismo proceso de deportación mediante transportes, los mismos problemas de intendencia y de lugares de acogida no preparados para recibir a los deportados y la misma idea de explotar a los deportados sometiéndolos a trabajos forzados. Las regiones cosacas del Don y de Kubán pagaron un pesado tributo por su oposición a los bolcheviques. Según las estimaciones más fiables, entre 300.000 y 500.000 personas fueron muertas o deportadas en 1919-1920, sobre una población total que no superaba los 3.000.000 de personas.

Entre las operaciones represivas más difíciles de incluir en una lista y de evaluar figuran las matanzas de detenidos y de rehenes encarcelados por la sola pertenencia a una «clase enemiga» o «socialmente extraña». Estas matanzas se inscribían en la continuidad y la lógica del terror rojo de la segunda mitad de 1918, pero a una escala todavía más importante. Esta oleada de matanzas «sobre una base de clase» estaba permanentemente justificada por el hecho de que un mundo nuevo estaba naciendo. Todo estaba permitido, como explicaba a sus lectores el editorial del primer número de *Krasnyi Mech* (La espada roja), periódico de la cheka de Kiev:

«Rechazamos los viejos sistemas de moralidad y de "humanidad" inventados por la burguesía con la finalidad de oprimir y de explotar a las "clases inferiores". Nuestra moralidad no tiene precedente, nuestra humanidad es absoluta porque descansa sobre un nuevo ideal: destruir cualquier forma de opresión y de violencia. Para nosotros todo está permitido porque somos los primeros en el mundo en levantar la espada no para oprimir y reducir a la esclavitud, sino para liberar a la humanidad de sus cadenas... ¿Sangre? ¡Que la sangre corra a ríos! Puesto que solo la sangre puede colorear para siempre la bandera negra de la burguesía pirata convirtiéndola en un estandarte rojo, bandera de la Revolución. ¡Puesto que solo la muerte final del viejo mundo puede liberarnos para siempre jamás del regreso de los chacales!» [45].

Estas llamadas al asesinato atizaban el viejo fondo de violencia y el deseo de desquite social presentes en muchos chequistas, reclutados a menudo —como lo reconocía un buen número de dirigentes bolcheviques— entre los «elementos criminales y socialmente degenerados de la sociedad». En una carta dirigida el 22 de marzo de 1919 a Lenin, el dirigente bolchevique Gopner describía así las actividades de la cheka de Yekaterinoslavl: «En esta organización gangrenada de criminalidad, de violencia y de arbitrariedad, dominada por canallas y criminales de derecho común, hombres armados hasta los

[45] *Krasnyi Mech* (La espada roja), núm. 1, 18 de agosto de 1919, pág. 1.

dientes ejecutaban a todo el que no les gustaba, requisaban, saqueaban, violaban, metían en prisión, hacían circular billetes falsos, exigían sobornos, a continuación obligaban a cantar a aquellos a los que habían arrancado estos sobornos, y después los liberaban a cambio de sumas diez o veinte veces superiores»[46].

Los archivos del Comité central, al igual que los de Feliks Dzerzhinsky, contienen innumerables informes de responsables del partido o de inspectores de la policía política describiendo la «degeneración» de las chekas locales «ebrias de violencia y de sangre». La desaparición de toda norma jurídica o moral favorecía a menudo una total autonomía de los responsables locales de la Cheka, que no respondían ya de sus actos ante sus superiores y se transformaban en tiranos sangrientos, incontrolados e incontrolables. Tres extractos de informes, entre decenas de otros del mismo tipo, ilustran esta derivación de la Cheka hacia un contexto de arbitrariedad total, de ausencia absoluta de derecho.

De Sysran, en la provincia de Tambov, el 22 de marzo de 1919, llega este informe de Smirnov, instructor de la cheka, a Dzerzhinsky: «He verificado el asunto de la sublevación kulak en la *volost* Novo-Matrionskaya. La instrucción ha sido llevada a cabo de manera caótica. Setenta y cinco personas han sido interrogadas bajo tortura, y los testimonios transcritos de tal manera que es imposible comprender nada. (...) Se ha fusilado a cinco personas el 16 de febrero, a trece al día siguiente. El proceso verbal de las condenas y de las ejecuciones es de 28 de febrero. Cuando he pedido al responsable de la cheka local que se explique me ha respondido: «Nunca se tiene tiempo para escribir los procesos verbales. ¿De qué serviría de todas maneras ya que se extermina a los kulaks y a los burgueses como clase?»[47].

De Yaroslavl, el 26 de septiembre de 1919, llega el informe del secretario de la organización regional del partido bolchevique: «Los chekistas saquean y detienen a cualquiera. Sabiendo que quedarán impunes, han transformado la sede de la cheka en un inmenso burdel adonde llevan a las «burguesas». La embriaguez es general. La cocaína es ampliamente utilizada por los jefecillos»[48].

De Astracán, el 16 de octubre de 1919, llega el informe de misión de N. Rosental, inspector de la dirección de los departamentos especiales: «Atarbekov, jefe de los departamentos especiales del XI ejército, ni siquiera reconoce el poder central. El 30 de julio último, cuando el camarada Zakovsky, enviado por Moscú para controlar el trabajo de los departamentos especiales, se dirigió a ver a Atarbekov, este le dijo: "Dígale a Dzerzhinsky que no me dejaré controlar...". Ninguna norma administrativa es respetada por un personal compuesto mayoritariamente por elementos dudosos, incluso criminales. Los

[46] CRCEDHC, 5/1/2159/35-38.
[47] *Íbid.*, 76/3/70/20.
[48] *Íbid.*, 17/6/384/62.

archivos del departamento operativo son casi inexistentes. En relación con las condenas a muerte y las ejecuciones de las sentencias, no he encontrado los protocolos individuales de juicio y de condena, solo listas, a menudo incompletas, con la única mención de "fusilado por orden del camarada Atarbekov": Por lo que se refiere a los sucesos del mes de marzo, es imposible hacerse una idea de quién ha sido fusilado y por qué (...) Las borracheras y las orgías son cotidianas. Casi todos los chekistas consumen abundantemente cocaína. Esto les permite, dicen ellos, soportar mejor la visión cotidiana de la sangre. Ebrios de violencia y de sangre, los chekistas cumplen con su deber, pero son indudablemente elementos incontrolados que es necesario vigilar estrechamente»[49].

Las relaciones internas de la Cheka y del partido bolchevique confirman hoy en día los numerosos testimonios recogidos, desde los años 1919-1920, por los adversarios de los bolcheviques y fundamentalmente por la comisión especial de encuesta sobre los crímenes bolcheviques, puesta en funcionamiento por el general Denikin, y cuyos archivos, transferidos de Praga a Moscú en 1945, cerrados durante largo tiempo, ahora resultan accesibles. Desde 1926, el historiador socialista-revolucionario ruso Serguei Melgunov había intentado inventariar, en su obra *El terror rojo en Rusia,* las principales matanzas de detenidos, de rehenes y de simples civiles ejecutados en masa por los bolcheviques, casi siempre sobre una «base de clase». Aunque incompleta, la lista de los principales episodios relacionados con este tipo de represión, tal y como es mencionada en esta obra precursora, está plenamente confirmada por un conjunto concordante de fuentes documentales muy diversas que emanan de los dos campos presentes. La incertidumbre sigue existiendo no obstante, dado el caos organizativo que reinaba en la Cheka, en relación con el número de víctimas ejecutadas en el curso de los principales episodios represivos identificados hoy en día con precisión. Se puede, como mucho, correr el riesgo de avanzar cifras de su magnitud, contrastando diversas fuentes.

Las primeras matanzas de «sospechosos», rehenes y otros «enemigos del pueblo» encerrados preventivamente, y por simple medida administrativa, en prisiones o en campos de concentración, habían comenzado en septiembre de 1918, durante el primer terror rojo. Tras quedar establecidas las categorías de «sospechosos», «rehenes» y «enemigos del pueblo», y al resultar rápidamente operativos los campos de concentración, la máquina represiva estaba dispuesta para su funcionamiento. El elemento desencadenante, en una guerra de frentes móviles, en que cada mes aportaba su parte de cambio de la fortuna militar, era naturalmente la toma de una ciudad ocupada hasta entonces por el adversario o, por el contrario, su abandono precipitado.

La imposición de la «dictadura del proletariado» en las ciudades conquistadas o recuperadas pasaba por las mismas etapas: disolución de todas las asambleas anteriormente elegidas; prohibición total del comercio, medida que

[49] *Íbid.*, 17/66/66.

implicaba inmediatamente el encarecimiento de todos los productos, y después su desaparición; confiscación de las empresas, nacionalizadas o municipalizadas; imposición de una muy elevada contribución financiera sobre la burguesía —600 millones de rublos en Járkov en febrero de 1919, 500 millones en Odessa en abril de 1919—. Para garantizar la buena ejecución de esta contribución, centenares de «burgueses» eran tomados como rehenes y encarcelados en campos de concentración. En la práctica, la contribución era sinónimo de saqueos, de expropiación y de vejación, primera etapa de una aniquilación de la «burguesía como clase».

«Conforme a la resoluciones del soviet de los trabajadores, este 13 de mayo ha sido decretado día de la expropiación de la burguesía», se podía leer en el *Izvestia* del consejo de los diputados obreros de Odessa de 13 de mayo de 1919. «Las clases posesoras deberán llenar un cuestionario detallado inventariando los productos alimenticios, el calzado, la ropa, las joyas, las bicicletas, las colchas, las sábanas, los cubiertos de plata, la vajilla y otros objetos indispensables para el pueblo trabajador. (...) Cada uno debe asistir a las comisiones de expropiación en esta tarea sagrada. (...) Aquellos que no obedezcan las órdenes de las comisiones de expropiación serán inmediatamente detenidos. Los que se resistan serán fusilados sobre el terreno.»

Como reconocía Latsis, el jefe de la cheka ucraniana, en una circular a las chekas locales, todas estas «expropiaciones» iban a parar al bolsillo de los chekistas y de otros jefecillos de innumerables destacamentos de requisas, de expropiación y de guardias rojos que pululaban en circunstancias parecidas.

La segunda etapa de las expropiaciones era la confiscación de los apartamentos burgueses. En esta «guerra de clases», la humillación de los vencidos desempeñaba también un papel importante: «El pez gusta de ser sazonado con nata. La burguesía gusta de la autoridad que golpea y que mata», se podía leer en el diario de Odessa ya citado, el 26 de abril de 1919. «Si ejecutamos algunas decenas de estos golfos y de estos idiotas, si los obligamos a barrer las calles, si obligamos a sus mujeres a fregar los cuarteles de los guardias rojos (y no sería un pequeño honor para ellas), comprenderán entonces que nuestro poder es sólido, y que no pueden esperar nada ni de los ingleses ni de los hotentotes»[50].

Tema recurrente de los numerosos artículos de los periódicos bolcheviques en Odessa, Kiev, Járkov, Yekaterinoslav, y también Perm, en los Urales, o Nizhni-Novgorod, la humillación de las «burguesas» obligadas a limpiar las letrinas y los cuarteles de los chekistas o de los guardias rojos parece haber sido una práctica corriente. Pero era también una versión edulcorada y «políticamente presentable» de una realidad mucho más brutal: la violación, fenómeno que según muy numerosos testimonios concordantes, adquirió propor-

[50] *Izvestia Odesskogo Sovieta rabochij deputatov*, núm. 36, pág. 1, citado en V. Brovkin, *Behind... op. cit.*, pág. 121.

ciones gigantescas muy especialmente durante la segunda reconquista de Ucrania, de las regiones cosacas y de Crimea en 1920.

Etapa lógica y última del «exterminio de la burguesía como clase», las ejecuciones de detenidos, sospechosos y rehenes encarcelados por su única pertenencia a las «clases posesoras» aparecen atestiguadas en numerosas ciudades tomadas por los bolcheviques. En Járkov, entre 2.000 y 3.000 ejecuciones en febrero-junio de 1919; entre 1.000 y 2.000 durante la segunda toma de la ciudad, en diciembre de 1919. En Róstov sobre el Don, alrededor de 1.000 en enero de 1920; en Odessa, 2.200 entre mayo y agosto de 1919, después de 1.500 a 3.000 entre febrero de 1920 y febrero de 1921; en Kiev, al menos 3.000 entre febrero y agosto de 1919, en Yekaterinodar, al menos 3.000 entre agosto de 1920 y febrero de 1921; en Armavir, pequeña ciudad del Kubán, entre 2.000 y 3.000 entre agosto y octubre de 1920. La lista se podría prolongar.

En realidad, tuvieron lugar además muchas otras ejecuciones pero no fueron objeto de investigaciones llevadas muy poco tiempo después de las matanzas. Se conocía mucho mejor de esta manera lo que había pasado en Ucrania o en el sur de Rusia que en el Cáucaso, en Asia central o en los Urales. En efecto, las ejecuciones se aceleraban al acercarse el adversario, en el momento en el que los bolcheviques abandonaban sus posiciones y «descongestionaban» las prisiones. En Járkov, en el curso de los dos días precedentes a la llegada de los blancos, los días 8 y 9 de junio de 1919, centenares de rehenes fueron ejecutados. En Kiev, más de 1.800 personas fueron asesinadas entre el 22 y el 28 de agosto de 1919, antes de la reconquista de los blancos de la ciudad el 30 de agosto. Lo mismo sucedió en Yekaterinodar, donde, ante el avance de las tropas de los cosacos, Atarvekov, el jefe local de la cheka, hizo ejecutar en tres días, del 17 al 19 de agosto de 1920, a 1.620 «burgueses» en esta pequeña ciudad provincial, que contaba antes de la guerra con menos de 30.000 habitantes[51].

Los documentos de las comisiones de investigación de las unidades del ejército blanco, llegados al lugar algunos días, incluso algunas horas, después de las ejecuciones, contienen un océano de declaraciones, de testimonios, de informes de autopsias, de fotos de las matanzas y de la identidad de las víctimas. Si los ejecutados «de última hora», eliminados con una bala en la nuca, no presentaban en general rastros de torturas, sucedía algo muy distinto con los cadáveres exhumados de osarios más antiguos. El uso de las torturas más terribles está atestiguado por las autopsias, por elementos materiales y por testimonios. Descripciones detalladas de estas torturas figuran fundamentalmente en la recopilación de Serguei Melgunov, ya citada, y en la del Buró central del partido socialista revolucionario, *Cheka*, editada en Berlín en 1922[52].

[51] S. P. Melgunov, *op. cit.*, pág. 61-77; G. Leggett, *op. cit.*, págs. 199-200; V. Brovkin, *Behind... op. cit.*, págs. 122-125; GARF, fondos de la comisión Denikin, carpetas 134 (Járkov), 157 (Odessa), 194, 195 (Kiev).
[52] V. Chernov (edi.), *Cheka: Materialy po deuatelnosti krezvykainoi komissii* (Cheka: documentos sobre la actividad de la Comisión extraordinaria), Berlín, 1922.

Las matanzas alcanzaron su apogeo en Crimea, durante la evacuación de las últimas unidades blancas de Wrangel y de los civiles que habían huido ante el avance de los bolcheviques. En algunas semanas, de mediados de noviembre a finales de diciembre de 1920, alrededor de cincuenta mil personas fueron fusiladas o ahorcadas[53]. Un gran número de ejecuciones tuvieron lugar inmediatamente después del embarque de las tropas de Wrangel. En Sebastopol, varios centenares de estibadores fueron fusilados el 26 de noviembre por haber ayudado a la evacuación de los blancos. Los días 28 y 30 de noviembre los *Izvestia* del comité revolucionario de Sebastopol publicaron dos listas de fusilados. La primera contaba con 1.634 nombres, la segunda con 1.202. A inicios de diciembre, cuando la fiebre de las primeras ejecuciones en masa volvió a descender, las autoridades comenzaron a proceder a elaborar un número de fichas tan completo como fuera posible, dadas las circunstancias de la población de las principales ciudades de Crimea, donde, pensaban, se ocultaban decenas, incluso centenares de millares, de burgueses que procedentes de toda Rusia habían huido hacia sus lugares de veraneo. El 6 de diciembre Lenin declaró ante una asamblea de responsables de Moscú que trescientos mil burgueses habían ido en masa a Crimea. Aseguró que, en un porvenir próximo, estos «elementos» que constituían una «reserva de espías y de agentes dispuestos a ayudar al capitalismo» serían «castigados»[54].

Los cordones militares que cerraban el istmo de Perekop, única escapatoria terrestre, fueron reforzados. Con la red cerrada, las autoridades ordenaron a cada habitante que se presentara ante la cheka para rellenar un largo formulario de investigación, que implicaba una cincuentena de cuestiones sobre su origen social, su pasado, sus actividades y sus ingresos, pero también su empleo en noviembre de 1920, sobre lo que pensaba de Polonia, de Wrangel, de los bolcheviques, etc. Sobre la base de estas «encuestas», la población fue dividida en tres categorías: los que había que fusilar; los que había que enviar a un campo de concentración y los que había que perdonar. Los testimonios de los raros supervivientes, publicados en los diarios de la emigración de 1921, describen Sebastopol, una de las ciudades más duramente golpeadas por la represión, como una «ciudad de ahorcados». «La perspectiva Najimovsky estaba llena de cadáveres ahorcados de oficiales, de soldados, de civiles, detenidos en las calles. (...) La ciudad estaba muerta, y la población se escondía en cuevas y graneros. Todas las empalizadas, los muros de las casas, los postes de telégrafo y las vitrinas de los almacenes estaban cubiertas de carteles que decían "muerte a los traidores". (...) Se colgaba en las calles como edificación»[55].

El último episodio del enfrentamiento entre blancos y rojos no puso fin a la represión. Los frentes militares de la guerra civil no existían ya, pero la guerra de «pacificación» y de «erradicación» iba a prolongarse durante cerca de dos años.

[53] Estimaciones dadas por S. Melgurov, *op. cit.*, pág. 77; igualmente por fuentes socialistas-revolucionarias de Járkov de mayo de 1921.

[54] V. I. Lenin, *Polnoie Sobranie sochinenii* (Obras completas), vol. XLII, pág. 74.

[55] S. Melgunov, *op. cit.*, pág. 81.

5
DE TAMBOV A LA HAMBRUNA

A finales de 1920, el régimen bolchevique parecía triunfar. El último ejército blanco había sido vencido, los cosacos estaban derrotados y los destacamentos de Majnó se retiraban. No obstante, si la guerra reconocida, la llevada a cabo por los rojos contra los blancos, estaba terminada, el enfrentamiento entre el régimen y amplios sectores de la sociedad continuaba con todo encarnizamiento. El apogeo de las guerras campesinas se sitúa a inicios de 1921, cuando provincias enteras escapaban del poder bolchevique. En la provincia de Tambov, una parte de las provincias del Volga (Samara, Saratov, Tsaritsyn, Simbirsk), y en la Siberia occidental, los bolcheviques no controlaban más que las ciudades. Los campos estaban bajo el control de centenares de bandas de verdes, incluso de verdaderos ejércitos campesinos. En las unidades del Ejército Rojo los motines estallaban cada día. Las huelgas, los disturbios y las protestas obreras se multiplicaban en los últimos centros industriales del país que todavía seguían en activo, en Moscú, Petrogrado, Ivanovo-Vosnessensk y Tula. A finales del mes de febrero de 1921, los marinos de la base naval de Kronstadt, en la zona de Petrogrado, se amotinaron a su vez. La situación se convertía en explosiva, y el país en ingobernable. Ante la amenaza de un verdadero maremoto social que significaría el riesgo de hundimiento del régimen, los dirigentes bolcheviques se vieron obligados a dar marcha atrás y a tomar la única medida que podía de momento calmar el descontento más masivo, el más general y el más peligroso: el descontento campesino. Prometieron poner término a las requisas, reemplazadas por un impuesto en especie. En ese contexto de enfrentamiento entre el régimen y la sociedad es cuando comenzó a partir de marzo de 1921, la NEP, la Nueva Política Económica.

Una historia política dominante durante largo tiempo ha acentuado de manera exagerada la «ruptura» de marzo de 1921. Ahora bien, adoptada precipitadamente, el último día del X Congreso del partido bolchevique, y bajo la amenaza de una explosión social, la sustitución de las requisas por el impuesto en especie no implicó ni el final de las revueltas campesinas ni el de las

huelgas obreras, ni una relajación de la represión. Los archivos hoy en día accesibles muestran que la paz civil no se instauró de la noche a la mañana durante la primavera de 1921. Las tensiones siguieron siendo muy fuertes al menos hasta el verano de 1922, y en ciertas regiones mucho después. Los destacamentos de requisa continuaron asolando los campos, las huelgas obreras fueron salvajemente aplastadas, los últimos militantes socialistas detenidos, y la «erradicación de los bandidos de los bosques» se prosiguió por todos los medios —fusilamientos masivos de rehenes, bombardeos de aldeas con gas asfixiante—. A fin de cuentas, fue la hambruna de 1921-1922 la que doblegó los campos más agitados, aquellos que los destacamentos de requisa habían presionado más y que se habían sublevado para sobrevivir. El mapa del hambre cubre exactamente aquellas zonas donde hubo requisas más elevadas durante el curso de los años precedentes y donde se produjeron las revueltas campesinas más virulentas. Aliada «objetiva» del régimen, arma absoluta de pacificación, la hambruna sirvió, además, de pretexto a los bolcheviques para asestar un golpe decisivo contra la iglesia ortodoxa y la intelligentsia que se habían movilizado para luchar contra el desastre.

De todas las revueltas campesinas que habían estallado desde la instauración de las requisas en el verano de 1918, la revuelta de los campesinos de Tambov fue la más prolongada, la más importante y la mejor organizada. Situada a menos de quinientos kilómetros al sureste de Moscú, la provincia de Tambov era desde principios de siglo uno de los bastiones del partido socialista-revolucionario, heredero del populismo ruso. En 1918-1920, a pesar de las represiones que se habían abatido sobre este partido, sus militantes seguían siendo numerosos y activos. Pero la provincia de Tambov era también el granero de trigo más cercano a Moscú, y desde el otoño de 1918 más de cien destacamentos de requisa hacían estragos en esta provincia agrícola densamente poblada. En 1919 habían estallado decenas de *bunty,* motines sin futuro, siendo todos despiadadamente reprimidos. En 1920, las cuotas de requisa fueron elevadas sustancialmente, pasando de 18 a 27 millones de puds, mientras que los campesinos habían disminuido considerablemente la superficie sembrada, sabiendo que todo lo que no tuvieran tiempo de consumir sería inmediatamente requisado [1]. Cumplir con las cuotas significaba, por lo tanto, hacer morir de hambre al campesinado. El 19 de agosto de 1920, los incidentes habituales que se relacionaban con los destacamentos de suministros degeneraron en la aldea de Jitrovo. Como lo reconocían las mismas autoridades locales, «los destacamentos cometían toda clase de abusos; saqueaban todo a su paso, hasta las almohadas y los utensilios de cocina, se repartían el botín y daban palizas a los ancianos de setenta años, siendo visto y sabido por todos. Estos ancianos eran castigados por la ausencia de sus hijos desertores que se ocultaban en los bosques. (...) Lo que indignaba también a los campesinos era

[1] V. Danilov, T. Shanin, *Krestianskoie vosstanie v Tambovskoi gubernii v 1919-1921* (La revuelta campesina en la provincia de Tambov, 1919-1921), Tambov, 1994, págs. 38-40.

que el grano confiscado, transportado en carretas hasta la estación más próxima, se pudría en el lugar a la intemperie [2]».

Iniciada en Jitrovo, la revuelta se extendió como una mancha de aceite. A finales de agosto de 1920, más de catorce mil hombres, desertores en su mayor parte, armados con fusiles, horcas y hoces, habían expulsado o asesinado a «todos los representantes del poder soviético» de tres distritos de la provincia de Tambov. En algunas semanas esta revuelta campesina, que no se distinguía inicialmente de centenares de otras revueltas que desde hacía dos años habían estallado en Rusia o en Ucrania, se transformó, en este bastión tradicional de los socialistas-revolucionarios, en un movimiento insurreccional bien organizado bajo la dirección de un hábil jefe militar, Aleksandr Stepanovich Antonov.

Militante socialista-revolucionario desde 1906, exiliado político en Siberia desde 1908 a la revolución de febrero de 1917, Antonov había estado, como otros socialistas-revolucionarios «de izquierdas», unido durante un tiempo al régimen bolchevique y había desempeñado las funciones de jefe de la milicia de Kirsanov, su distrito natal. En agosto de 1918 había roto con los bolcheviques y se había puesto a la cabeza de una de esas innumerables bandas de desertores que controlaban los campos profundos, enfrentándose con los destacamentos de requisa y atacando a los escasos funcionarios soviéticos que se arriesgaban por los pueblos. Cuando la revuelta campesina afectó, en agosto de 1920, a su distrito de Kirsanov, Antonov puso en funcionamiento una organización eficaz de milicias campesinas, pero también un notable servicio de información que se infiltró hasta en la cheka de Tambov. Organizó igualmente un servicio de propaganda que difundía tratados y proclamas denunciando la «comisariocracia bolchevique» y que movilizó a los campesinos en torno a determinadas reivindicaciones populares, como la libertad de comercio, el fin de las requisas, las elecciones libres y la abolición de los comisarios bolcheviques y de la Cheka [3].

En paralelo, la organización clandestina del partido socialista-revolucionario fundaba una Unión del campesinado trabajador, red clandestina de militantes campesinos de fuerte implantación local. A pesar de las fuertes tensiones existente entre Antonov, socialista-revolucionario disidente, y la dirección de la Unión del campesinado trabajador, el movimiento campesino de la provincia de Tambov disponía de una organización militar, de un servicio de información y de un programa político que le proporcionaban una fuerza y una coherencia que no habían tenido con anterioridad la mayoría de los movimientos campesinos, con la excepción del movimiento majnovista.

[2] CRCEDHC, 17/86/103/4; S. Singleton, «The Tambov Revolt» en *Slavic Review*, núm. 3, 1966, págs. 498-512; O. Radkey, *The Unknown Civil War in Russia. A Study of the Green Movement in the Tambov Region,* Stanford, 1976; O. Figes, *Peasant Russia, Civil War,* Londres, 1992.

[3] V. Danilov, T. Shanin, *op. cit.*, págs. 63-64; O. Radkey, *op. cit.*, págs. 122-126.

En octubre de 1920, el poder bolchevique solo controlaba la ciudad de Tambov y algunos escasos centros urbanos provinciales. Los desertores se unían por millares al ejército campesino de Antonov, que iba a contar en su apogeo con más de cincuenta mil hombres armados. El 19 de octubre, Lenin, que finalmente había adquirido conciencia de la gravedad de la situación, escribió a Dzerzhinsky: «Es indispensable aplastar de la manera más rápida y más ejemplar ese movimiento. (...) ¡Hay que dar muestra de la mayor energía!» [4].

A inicios de noviembre, los bolcheviques reunían apenas a cinco mil hombres de las tropas de seguridad interna de la República pero, después de la derrota de Wrangel en Crimea, los efectivos de las tropas especiales enviados a Tambov aumentaron rápidamente hasta alcanzar los cien mil hombres, incluidos los destacamentos del Ejército Rojo, siempre minoritarios, porque eran juzgados poco fiables a la hora de reprimir las revueltas populares.

A comienzos del año 1921, las revueltas campesinas abarcaron nuevas regiones: todo el bajo Volga (las provincias de Samara, Saratov, Tsaritsyn, Astracán) pero también Siberia occidental. La situación se iba convirtiendo en explosiva, y el hambre amenazaba estas ricas regiones, que habían sido despiadadamente saqueadas desde hacía años. En la provincia de Samara, el comandante del distrito militar del Volga informaba el 12 de febrero de 1921: «Multitudes de varios miles de campesinos hambrientos asedian los hangares en que los destacamentos han almacenado el grano requisado para las ciudades y el ejército. La situación ha degenerado en varias ocasiones y el ejército ha tenido que disparar sobre la turba ebria de cólera». Desde Saratov, los dirigentes bolcheviques locales telegrafiaron a Moscú: «El bandolerismo ha conquistado toda la provincia. Los campesinos se han apoderado de todas las reservas —tres millones de puds— de los hangares del Estado. Están fuertemente armados gracias a los fusiles que les proporcionan los desertores. Unidades enteras del Ejército Rojo se han volatilizado».

Al mismo tiempo, a más de mil kilómetros al este, adquiría forma un nuevo foco de disturbios campesinos. Tras haber absorbido todos los recursos posibles de las regiones agrícolas prósperas del sur de Rusia y de Ucrania, el Gobierno bolchevique se había vuelto, en el otoño de 1920, hacia la Siberia occidental, donde las cuotas de entrega fueron arbitrariamente fijadas en función de las exportaciones de cereales realizadas en... ¡1913! ¿Pero se podían comparar las entregas destinadas a las exportaciones pagadas en rublos-oro contantes y sonantes y las entregas reservadas por el campesino para las requisas arrancadas bajo amenazas? Como en todas partes, los campesinos siberianos se sublevaron para defender el fruto de su trabajo y asegurar su supervivencia. En enero-marzo de 1921, los bolcheviques perdieron el control de las provincias de Tiumen, de Omsk, de Cheliabinsk y de Ekaterimburgo, un territorio mayor que Francia, y el Transiberiano, la única vía férrea que unía la

[4] V. I. Lenin, *Polnoie sobranie sochinenii* (Obras completas), vol. LI, pág. 310.

Rusia europea con Siberia, fue cortado. El 21 de febrero, un ejército popular campesino se apoderó de la ciudad de Tobolsk, que las unidades del Ejército Rojo no llegaron a recuperar hasta el 30 de marzo [5]. En el otro extremo del país, en las capitales —la antigua, Petrogrado, y la nueva, Moscú— la situación a inicios de 1921 era casi igual de explosiva. La economía estaba prácticamente paralizada. Los trenes ya no circulaban. Carentes de combustible, la mayoría de las fábricas estaban cerradas o trabajaban a un ritmo lento. El suministro de las ciudades no estaba asegurado. Los obreros estaban o en la calle o buscando alimento en los pueblos de alrededor, o discutiendo en los talleres glaciales y medio desocupados después de que todos hubieran robado lo que podían para cambiar «la manufactura» por un poco de alimento.

«El descontento es general», concluía, el 16 de enero, un informe del departamento de Información de la Cheka. «En los medios obreros se predice la caída próxima del régimen. Ya no trabaja nadie, la gente tiene hambre. Son inminentes las huelgas de gran intensidad. Las unidades de la guarnición de Moscú son cada vez menos seguras y pueden en cualquier instante escapar a nuestro control. Se imponen medidas profilácticas» [6].

El 21 de enero, un decreto del Gobierno ordenó reducir en un tercio, a contar desde el día siguiente, las raciones de pan en Moscú, Petrogrado, Ivanovo-Voznessensk y Kronstadt. Esta medida, que se producía en un momento en que el régimen no podía agitar la amenaza del peligro contrarrevolucionario y apelar al patriotismo de clase de las masas trabajadoras (los dos últimos ejércitos blancos ya habían sido derrotados), provocó un estallido. Desde finales de enero hasta mediados de marzo de 1921, las huelgas, las reuniones de protesta, las marchas contra el hambre, las manifestaciones y las ocupaciones de fábricas se sucedieron diariamente. A finales de febrero e inicios de marzo alcanzaron su apogeo tanto en Moscú como en Petrogrado. Los días 22-24 de febrero, graves incidentes enfrentaron en Moscú a destacamentos de la Cheka con manifestantes obreros que intentaban forzar la entrada de los cuarteles para confraternizar con los soldados. Algunos obreros fueron muertos y centenares detenidos [7].

En Petrogrado, los disturbios adquirieron una nueva amplitud a partir del 22 de febrero, cuando los obreros de varias grandes fábricas eligieron, como en marzo de 1918, una «asamblea de representantes obreros» con fuerte coloración menchevique y socialista-revolucionaria. En su primera proclama, esta asamblea exigió la abolición de la dictadura bolchevique, elecciones libres para los soviets, libertad de palabra, asociación y prensa, y la liberación de todos los presos políticos. Para conseguir esos objetivos, la asamblea convocaba a la huelga general. El comandante militar no consiguió impedir que varios regimientos celebraran reuniones en el curso de las cuales se adoptaron

[5] M. Bogdanov, *Razgrom zapadno sibirskogo kulachko-eserovskogo miateya,* Tiumen, 1961.
[6] CRCEDHC, 76/3/208/12.
[7] CRCEDHC, 76/3/166/3.

mociones de apoyo a los obreros. El 24 de febrero, algunos destacamentos de la Cheka, abrieron fuego sobre una manifestación obrera, matando a doce obreros. Ese mismo día, cerca de mil obreros y militantes socialistas fueron detenidos [8]. No obstante, las filas de los manifestantes aumentaban sin cesar, millares de soldados desertaban de sus unidades para unirse a los obreros. Cuatro años después de los días de febrero que habían derribado al régimen zarista, parecía que se repetía el mismo escenario: la confraternización de los manifestantes obreros y de los soldados amotinados. El 26 de febrero, a las 21 horas, Zinoviev, el dirigente de la organización bolchevique de Petrogrado, envió a Lenin un telegrama en el que se percibía el pánico: «Los obreros han entrado en contacto con los soldados acuartelados. (...) Seguimos esperando el refuerzo de las tropas solicitadas a Novgorod. Si no llegan tropas seguras en las próximas horas, vamos a vernos desbordados».

Dos días después se produjo el acontecimiento que los dirigentes bolcheviques temían por encima de todo: el amotinamiento de los marinos de los dos acorazados de la base de Kronstadt, situada en la cercanía de Petrogrado. El 28 de febrero, a las 23 horas, Zinoviev dirigió un nuevo telegrama a Lenin: «Kronstadt: los dos principales navíos, el *Sebastopol* y el *Petropavlosk*, han adoptado resoluciones eseristas-cien-negros y dirigido un ultimátum al que debemos responder en veinticuatro horas. Entre los obreros de Petrogrado la situación sigue siendo muy inestable. Las grandes empresas están en huelga. Pensamos que los eseristas van a acelerar el movimiento» [9].

Las reivindicaciones que Zinoviev calificaba de «eseristas-cien negros» no eran otras que las formuladas por la inmensa mayoría de los ciudadanos después de tres años de dictadura bolchevique: reelección de los soviets por sufragio secreto después de debates y de elecciones libres; libertad de palabra y de prensa —era, no obstante, precisado que sería «en favor de los obreros, de los campesinos, de los anarquistas y de los partidos socialistas de izquierdas»—; igualdad de racionamiento para todos y liberación de todos los detenidos políticos miembros de los partidos socialistas, de todos los obreros, campesinos, soldados y marinos detenidos en razón de sus actividades en los movimientos obrero y campesino; creación de una comisión encargada de examinar los casos de todos los detenidos en las prisiones y en los campos de concentración; supresión de las requisas; abolición de los destacamentos especiales de la Cheka; libertad absoluta para los campesinos de «hacer lo que deseen con su tierra y criar su propio ganado, a condición de que se las arreglen con sus propios medios» [10].

En Kronstadt, los acontecimientos se precipitaban. El 1 de marzo se celebró un inmenso mitin que reunió a más de quince mil personas, la cuarta parte de la población civil y militar de la base naval. Al acudir al lugar para in-

[8] V. Brovkin, *Behind..., op. cit.*, pág. 392.
[9] CRCEDHC, 76/3/167/23.
[10] P. Avrich, *La Tragédie de Cronstadt,* París, Le Seuil, 1975, págs. 153-183.

tentar salvar la situación, Mijaíl Kalinin, presidente del Comité ejecutivo central de los soviets, fue despedido bajo los abucheos de la multitud. Al día siguiente, los insurrectos, a los que se habían unido al menos la mitad de los dos mil bolcheviques de Kronstadt, formaron un comité revolucionario provisional que intentó inmediatamente entrar en contacto con los huelguistas y los soldados de Petrogrado.

Los informes cotidianos de la Cheka sobre la situación en Petrogrado durante la primera semana de marzo de 1921 dan testimonio de la amplitud del apoyo popular al motín de Kronstadt: «El comité revolucionario de Kronstadt espera de un día a otro una sublevación general en Petrogrado. Se ha establecido el contacto entre los amotinados y un gran número de fábricas. (...) Hoy, durante un mitin en la fábrica Arsenal, los obreros han votado una resolución en la que se llamaba a unirse a la insurrección. Una delegación de tres personas —un anarquista, un menchevique, y un socialista-revolucionario— ha sido elegida para mantener el contacto con Kronstadt [11]».

Para aplastar directamente el movimiento, la cheka de Petrogrado recibió la orden, el 7 de marzo, de «emprender acciones decisivas contra los obreros». En cuarenta y ocho horas, más de dos mil obreros, simpatizantes y militantes socialistas o anarquistas, fueron detenidos. A diferencia de los amotinados, los obreros no tenían armas y no podían oponer ninguna resistencia frente a los destacamentos de la Cheka. Tras haber aplastado la base de retaguardia de la insurrección, los bolcheviques prepararon minuciosamente el asalto contra Kronstadt. El general Tujachevsky recibió el encargo de liquidar la rebelión. Para disparar contra el pueblo, el vencedor de la campaña de Polonia de 1920 recurrió a los jóvenes reclutas de la escuela militar, sin tradición revolucionaria, así como a las tropas especiales de la Cheka. Las operaciones se iniciaron el 8 de marzo. Diez días más tarde, Kronstadt caía al precio de millares de muertos por uno y otro lado. La represión de la insurrección fue despiadada. Varios centenares de insurgentes que habían caído prisioneros fueron pasados por las armas en los días que siguieron a su derrota. Los archivos recientemente publicados hacen referencia, solamente durante los meses de abril-junio de 1921, a 2.103 condenas a muerte y a 6.459 condenas a penas de prisión o de campo de concentración [12]. Justo antes de la toma de Kronstadt, cerca de ocho mil personas habían logrado huir, a través de las extensiones heladas del golfo, hasta Finlandia, donde fueron internadas en campos de tránsito, entre Terijoki, Vyborg e Ino. Engañadas por una promesa de amnistía, muchas de ellas regresaron en 1922 a Rusia, donde fueron inmediatamente detenidas y enviadas a los campos de concentración de las islas Solovky y a Jolmogory, uno de los campos de concentración más siniestros, cerca de Arcángel [13]. Según una fuente procedente de medios anarquistas, de los cinco

[11] CRCEDHC, 76/3/167.
[12] Kronstadt, 1921, *Dokumenty* (Documentos), Moscú, 1997, pág. 15.
[13] G. Leggett, *op. cit.*, pág. 328.

mil detenidos de Kronstadt enviados a Jolmogory, menos de mil quinientos seguían todavía con vida en la primavera de 1922 [14].

El campo de Jolmogory, situado a orillas del gran río Dvina, era tristemente célebre por la manera expeditiva en que se desembarazaban en él de un gran numero de detenidos. Se los embarcaba en gabarras y se precipitaba a los desdichados, con una piedra al cuello y los brazos atados, a las aguas del río. Mijaíl Kedrov, uno de los principales dirigentes de la Cheka, había inaugurado estos asesinatos por ahogamiento masivos en junio de 1920. Según varios testimonios concordantes, un gran número de amotinados de Kronstadt, de cosacos y de campesinos de la provincia de Tambov, deportados a Jolmogory, habrían sido ahogados en el Dvina en 1922. Ese mismo año, una comisión especial de evacuación deportó a Siberia a 2.514 civiles de Kronstadt ¡por el simple hecho de haber permanecido en la plaza fuerte durante los acontecimientos! [15].

Vencida la rebelión de Kronstadt, el régimen dedicó todas sus fuerzas a la caza de los militantes socialistas, a la lucha contra las huelgas y el «abandono obrero», al aplastamiento de las insurrecciones campesinas que continuaban en su apogeo a pesar de la proclamación oficial del final de las requisas, y a la represión contra la Iglesia.

El 28 de febrero de 1921, Dzerzhinsky había ordenado a todas las chekas provinciales «1. Detener inmediatamente a toda la intelligentsia anarquizante, menchevique, socialista-revolucionaria, en particular a los funcionarios que trabajan en los comisariados del pueblo para la agricultura y los suministros; 2. Después de ese inicio, detener a todos los mencheviques, socialistas-revolucionarios y anarquistas que trabajan en las fábricas y que son susceptibles de convocar a huelgas o a manifestaciones» [16].

Lejos de señalar un relajamiento en la política represiva, la introducción de la NEP, a partir de marzo de 1921, vino acompañada por un recrudecimiento de la represión contra los militantes socialistas moderados. Esta represión no fue dictada por el peligro de ver cómo se oponían a la nueva política económica, sino por el hecho de que la habían reclamado desde hacía mucho tiempo, mostrando así su perspicacia y la justicia de su análisis. «El único lugar de los mencheviques y de los eseristas, ya lo sean declarada o encubiertamente», escribía Lenin en abril de 1921, «es la prisión».

Algunos meses más tarde, juzgando que los socialistas eran todavía demasiado «revoltosos», escribió: «¡Si los mencheviques y los eseristas siguen enseñando todavía la punta de la nariz, fusilarlos sin piedad!». Entre marzo y junio de 1921, todavía fueron detenidos más de dos mil militantes y simpatizantes socialistas moderados. Todos los miembros del Comité central del par-

[14] S. A. Malsagov (Malsagoff). *An Island Hell: A Soviet Prison in the Far North*, Londres, 1926, págs. 45-46.

[15] Kronstadt, 1921, *op. cit.*, pág. 367.

[16] V. Brovkin, *op. cit.*, pág. 400.

tido menchevique se encontraban en prisión. Amenazados con la deportación a Siberia, iniciaron, en enero de 1922, una huelga de hambre. Doce dirigentes, entre ellos Dan y Nikolayevsky, fueron entonces expulsados al extranjero y llegaron a Berlín en febrero de 1922.

Una de las prioridades del régimen, en la primavera de 1921, era volver a poner en marcha la producción industrial que había caído a una décima parte de lo que había sido en 1913. Lejos de relajar la presión que se ejercía sobre los obreros, los bolcheviques mantuvieron, e incluso reforzaron, la militarización del trabajo puesta en vigor en el curso de los años anteriores. La política llevada a cabo en 1921, después de la adopción de la NEP, en la gran región industrial y minera del Donbass, que producía más del 80 por 100 del carbón y del acero del país, resulta, a este respecto, reveladora de los métodos dictatoriales empleados por los bolcheviques para «volver a poner a los obreros a trabajar». A finales de 1920, Piatakov, uno de los principales dirigentes y personaje cercano a Trotsky, había sido nombrado para desempeñar la dirección central de la industria del carbón. En un año llegó a quintuplicar la producción de carbón, al precio de una política de explotación y represión de la clase obrera sin precedentes, que descansaba en la militarización del trabajo de los ciento veinte mil mineros que dependían de sus servicios. Piatakov impuso una disciplina rigurosa: cualquier ausencia era considerada un «acto de sabotaje» y sancionada con una pena de campo de concentración, incluso con la pena de muerte: dieciocho mineros fueron ejecutados en 1921 por «parasitismo grave». Procedió a un aumento de los horarios de trabajo (y fundamentalmente el trabajo en domingo) y generalizó el «chantaje de la cartilla de racionamiento» para obtener de los obreros un aumento de la productividad. Todas estas medidas fueron adoptadas en un momento en que los obreros recibían, como pago total, entre la tercera parte y la mitad del pan necesario para su supervivencia, y en que debían, al final de su jornada de trabajo, prestar su único par de zapatos a los compañeros que los relevaban. Como reconocía la dirección de la industria carbonífera, entre las numerosas razones del elevado absentismo figuraban, además de las epidemias, el «hambre permanente» y «la ausencia casi total de ropa, pantalones y calzado». Para reducir el número de bocas que había que alimentar cuando amenazaba el hambre, Piatakov ordenó, el 24 de junio de 1921, la expulsión de las ciudades mineras de todas las personas que no trabajaban en las minas, y que representaban, por lo tanto, «un peso muerto». Se retiraron las cartillas de racionamiento a los miembros de las familias de los mineros. Las normas de racionamiento fueron estrictamente relacionadas con los logros individuales de cada minero, y fue introducida una forma primitiva de salario a destajo [17].

Todas estas medidas iban en contra de las ideas de igualdad y de «racionamiento garantizado» con las que todavía se ilusionaban muchos obreros,

[17] A. Graziosi, «At the Roots of Soviet Industrial Relations and Practices. Piatakov's Donbass in 1921» en *Cahiers du Monde russe*, vol. XXXVI (1-2), 1995, págs. 95-138.

encandilados por la mitología obrerista bolchevique. Prefiguraban, de manera notable, las medidas antiobreras de los años treinta. Las masas obreras no eran más que la *rabsila* (la fuerza de trabajo) que había que explotar de la manera más eficaz posible, limitando la legislación laboral y los sindicatos inútiles reducidos al simple papel de aguijones de la productividad. La militarización del trabajo aparecía como la forma más eficaz de encuadramiento de esta mano de obra reacia, muerta de hambre y poco productiva. No podemos dejar de preguntarnos acerca de la relación existente entre esta forma de explotación del trabajo libre y el trabajo forzado de los grandes complejos penitenciarios creados a inicios de los años treinta. Como tantos otros episodios de estos años nacientes del bolchevismo —que no pueden verse limitados a la guerra civil—, lo que pasaba en el Donbass en 1921 anunciaba determinadas prácticas que iban a darse cita en el núcleo del stalinismo.

Entre las otras operaciones prioritarias en la primavera de 1921 figuraba, para el régimen bolchevique, la «pacificación» de todas las regiones controladas por bandas y destacamentos campesinos. El 27 de abril de 1921, el Buró político nombró al general Tujachevsky responsable de «las operaciones de liquidación de las bandas de Antonov en la provincia de Tambov». A la cabeza de cerca de cien mil hombres, entre los que se encontraba una elevada proporción de destacamentos especiales de la Cheka, equipados con artillería pesada y aviones, Tujachevsky acabó con los destacamentos de Antonov desencadenando una represión de una violencia inaudita. Tujachevsky y Antonov-Ovseenko, presidente de la comisión plenipotenciaria del Comité ejecutivo central nombrado para establecer un verdadero régimen de ocupación en la provincia de Tambov, practicaron masivamente las detenciones de rehenes, las ejecuciones, los internamientos en campos de concentración, el exterminio mediante gases afixiantes y la deportación de aldeas enteras de las que se sospechaba que ayudaban y daban cobijo a los «bandidos» [18].

La orden del día número 171, de fecha 11 de junio de 1921, de Antonov-Ovseenko y Tujachevsky, aclara los métodos con los que fue «pacificada» la provincia de Tambov. Esta orden estipulaba fundamentalmente:

«1. Fusilar en el lugar sin juicio a todo ciudadano que se niegue a dar su nombre.

2. Las comisiones políticas de distrito o las comisiones políticas de zona tienen el poder de pronunciar contra las aldeas en que están ocultas armas un veredicto para arrestar rehenes y fusilarlos en el caso de que no se entreguen las armas.

3. En el caso en que se encuentren armas ocultas, fusilar en el lugar, sin juicio, al hijo mayor de la familia.

4. La familia que haya ocultado a un bandido en su casa debe ser arrestada y deportada fuera de la provincia, sus bienes confiscados y el hijo mayor de esta familia fusilado sin juicio.

[18] V. Danilov, T. Shanin, *op. cit.*, págs. 179-180.

5. Considerar como bandidos a las familias que oculten miembros de la familia de los bandidos y fusilar en el lugar, sin juicio, al hijo mayor de esta familia.

6. En el caso de que tenga lugar la huida de la familia de un bandido, repartir sus bienes entre los campesinos fieles al poder soviético y quemar o demoler las casas abandonadas.

7. Aplicar la presente orden del día rigurosamente y sin piedad» [19].

Al día siguiente de la promulgación del orden del día número 171, el general Tujachevsky ordenó atacar con gases asfixiantes a los rebeldes. «Los residuos de las bandas deshechas y de los bandidos aislados continúan reuniéndose en los bosques. (...) Los bosques en que se ocultan los bandidos deben ser limpiados mediante el gas afixiante. Todo debe de estar calculado para que la nube de gas penetre en el bosque y extermine a todo aquel que se oculte en el mismo. El inspector de artillería debe proporcionar inmediatamente las cantidades necesarias de gases afixiantes así como especialistas competentes en este género de operaciones.» El 19 de julio, ante la oposición de numerosos dirigentes bolcheviques a esta forma extrema de «erradicación», la orden número 171 fue anulada [20].

En este mes de julio de 1921, las autoridades militares y la Cheka habían abierto ya siete campos de concentración en los que, según datos todavía parciales, estaban encerradas al menos cincuenta mil personas, en su mayoría mujeres, ancianos y niños, «rehenes» y miembros de familias de campesinos desertores. La situación de estos campos era terrible: el tifus y el cólera eran endémicos, y los detenidos, medio desnudos, carecían de todo. Durante el verano de 1921 hizo su aparición el hambre. La mortalidad alcanzó, en el otoño, del 15 al 20 por 100 al mes. El 1 de septiembre de 1921 no quedaban más que algunas bandas que reunían en total apenas a más de un millar de hombres en armas, frente a los cuarenta mil que había en el apogeo del movimiento campesino en febrero de 1921. A partir de noviembre de 1921, aunque los campos habían sido «pacificados» hacía mucho tiempo, varios millares de detenidos entre los más capaces fueron deportados hacia los campos de concentración del norte de Rusia, a Arcángel y Jolmogory [21].

Tal y como testifican los informes semanales de la Cheka dirigidos a los dirigentes bolcheviques, la «pacificación» de los campos continuó en numerosas regiones —Ucrania, Siberia occidental, provincias del Volga, Cáucaso— al menos hasta la segunda mitad del año 1922. Las costumbres adquiridas en el transcurso de los años precedentes seguían persistiendo y, aunque oficialmente las requisas habían sido abolidas en marzo de 1921, el cobro del impuesto en especie que reemplazaba a las requisas a menudo se llevaba a cabo con una extrema brutalidad. Las cuotas, muy elevadas en relación con la situación ca-

[19] *Ibid.*, págs. 178-179.

[20] V. Danilov, T. Shanin, *op. cit.*, págs. 226-227.

[21] GARF, 393/89/182; 393/89/231; 393/89/295.

tastrófica de la agricultura en 1921, mantenían una tensión permanente en los campos donde muchos campesinos habían guardado armas.

Describiendo sus impresiones de viaje a las provincias de Tula, de Orel y de Voronezh en mayo de 1921, el comisario del pueblo para la Agricultura, Nikolay Ossinsky, informaba de que los funcionarios locales estaban convencidos de que las requisas serían reestablecidas en otoño. Las autoridades locales «no podían considerar a los campesinos de otra manera que como saboteadores natos»[22].

Informe del presidente de la comisión plenipotenciaria de cinco miembros acerca de las medidas represivas contra los bandidos de la provincia de Tambov, 10 de julio de 1921.

Las operaciones de limpieza de la volost (cantón) Judriukovskaya se iniciaron el 27 de junio en la aldea Ossinovky, que había albergado en el pasado a grupos de bandidos. La actitud de los campesinos respecto a nuestros destacamentos represivos estaba caracterizada por cierta desconfianza. Los campesinos no denunciaban a los bandidos de los bosques y respondían que no sabían nada de las preguntas que se les formulaban.

Capturamos cuarenta rehenes, decretamos el estado de sitio en la aldea y concedimos dos horas a los aldeanos para que entregaran a los bandidos y las armas ocultas. Reunidos en asamblea, los aldeanos dudaban sobre la conducta que había que seguir, pero no se decidían a colaborar de manera activa en la caza de los bandidos. Al expirar el plazo, ejecutamos a 21 rehenes ante la asamblea de la aldea. La ejecución pública, mediante un fusilamiento individual, con todas las formalidades de rigor, en presencia de todos los miembros de la comisión plenipotenciaria, de los comunistas, etc., provocó un efecto considerable sobre los campesinos...

Por lo que se refiere a la aldea Kareyevka, que por su situación geográfica, constituía un emplazamiento privilegiado de los grupos de bandidos... la comisión decidió borrarla del mapa. Toda la población fue deportada, sus bienes confiscados, a excepción de las familias de los soldados que servían en el Ejército Rojo, que fueron trasladadas a la villa de Kurdiuky y realojadas en las casas confiscadas a las familias de los bandidos. Tras recuperar algunos objetos de valor —marcos de las ventanas, objetos de cristal y de madera, etc.— se prendió fuego a las casas de la aldea.

El 3 de julio emprendimos las operaciones en la villa de Bogoslovka. Rara vez nos hemos encontrado con unos campesinos tan reticentes y organizados. Cuando se discutía con estos campesinos, del más joven al

[22] CRCEDHC, 5/2/244/1.

más viejo, todos respondían unánimemente, adoptando un aire sorprendido: «¿Bandidos en nuestras casas? ¡No piensen en ello! Quizá los hemos visto pasar alguna vez por los alrededores, pero a saber si eran bandidos. Nosotros, como se puede ver perfectamente, no hacemos daño a nadie, no sabemos nada».

Hemos adoptado las mismas medidas que en Ossinovka: hemos capturado 58 rehenes. El 4 de julio hemos fusilado públicamente a un primer grupo de 21 personas, luego, a las 3 de la tarde, hemos logrado que 60 familias de bandidos, es decir, unas 200 personas aproximadamente, no tuvieran la posibilidad de causar molestias. A fin de cuentas, hemos logrado nuestros objetivos y los campesinos se han visto obligados a encontrar a los bandidos y las armas ocultas...

La limpieza de las aldeas y villas mencionadas arriba concluyó el 6 de julio. La operación se vio coronada por el éxito y tiene consecuencias que sobrepasan los dos *volost* (cantones) limítrofes. Se continúa la rendición de los elementos bandidos.

El presidente de la comisión plenipotenciaria
de cinco miembros, Uskonin.
Krestianskoe vosstanie v Tambovskoi gubernii v 1919-1921,
op. cit., pág. 218.

Para acelerar el cobro del impuesto en Siberia, región que debía proporcionar el grueso de las entradas en productos agrícolas, en el momento en que el hambre devastaba todas las regiones del Volga, en diciembre de 1921 se envió como plenipotenciario extraordinario a Felisk Dzerzhinsky. Este estableció «tribunales revolucionarios volantes» encargados de peinar las aldeas y de condenar sobre el terreno a penas de prisión o campo de concentración a los campesinos que no pagaban el impuesto[23]. Cuántos abusos no cometerían los destacamentos de requisa, estos tribunales, respaldados por «destacamentos fiscales», que el presidente del Tribunal Supremo mismo, Nicolay Krylenko, tuvo que ordenar una investigación sobre las acciones de esos órganos nombrados por el jefe de la Cheka. Desde Osmk, el 14 de febrero de 1922, escribía un inspector: «Los abusos de los destacamentos de requisas han alcanzado un grado inimaginable. Se encierra sistemáticamente a los campesinos detenidos en hangares sin calefacción, se les da latigazos, se les amenaza con la ejecución. Aquellos que no han cumplido de manera total su cuota de entrega son amarrados, obligados a correr, desnudos, a lo largo de la calle principal de la aldea, y después son encerrados en un hangar sin calefacción. Se ha golpeado a un gran número de mujeres hasta que pierden el conocimiento, se

[23] CRCEDHC, 17/87/164; 76/3/237.

las introducía desnudas en agujeros cavados en la nieve...». En todas las provincias, las tensiones seguían siendo muy vivas.

De ello testifican estos estractos de un informe de la policía política en octubre de 1922, un año y medio después del inicio de la NEP:

«En la provincia de Psov, las cuotas fijadas para el impuesto en especie representan los 2/3 de la cosecha. Cuatro distritos han tomado las armas. (...). En la provincia de Novgorod no se cumplirán las cuotas, a pesar de la reducción del 25 por 100 recientemente acordada en vista de la mala cosecha. En las provincias de Riazán y del Tver, la realización de un 100 por 100 de las cuotas condenaría al campesinado a morir de hambre. (...) En la provincia del Novo-Nikolayevsk, el hambre amenaza y los campesinos se aprovisionan de hierba y de raíces para su propio consumo. (...) Pero todos estos hechos parecen anodinos en relación con las informaciones que nos llegan de la provincia de Kiev, donde se asiste a una oleada de suicidios como no se había visto jamás: los campesinos se suicidan en masa porque no pueden ni pagar sus impuestos, ni volver a tomar las armas que les han sido confiscadas. El hambre que se abate desde hace más de un año sobre toda la región provoca que los campesinos sean muy pesimistas en lo que se refiere a su porvenir.»

En el otoño de 1922, lo peor, sin embargo, había pasado. Después de dos años de hambre, los supervivientes acababan de obtener una cosecha que debía permitirles pasar el invierno a condición, por supuesto, de que no se exigieran los impuestos en su totalidad. «Este año, la cosecha de cereales será inferior a la media de los últimos diez años»: en esos términos *Pravda* había mencionado por primera vez, el 2 de julio de 1921, en última página y en un suelto breve, la existencia de un «problema alimentario» en el «frente agrícola». Diez días mas tarde, Mijaíl Kalinin, presidente del Comité ejecutivo central de los soviets, reconocía en un «llamamiento a todos los ciudadanos de la RSFSR» publicado en *Pravda* el 12 de julio de 1921, que «en numerosos distritos la sequía de este año ha destrozado la cosecha».

«Esta calamidad», explicaba una resolución del Comité central de fecha de 21 de julio no deriva solamente de la sequía. Arranca y procede de toda la historia pasada, del retraso de nuestra agricultura, de la ausencia de organización, del escaso conocimiento en agronomía, de la técnica indigente y de las formas anticuadas de rotación de los cultivos. Se ve agravada por las consecuencias de la guerra y del bloqueo, por la lucha ininterrumpida desencadenada contra nosotros por los propietarios, los capitalistas y sus lacayos, por las acciones incesantes de los bandidos que ejecutan las órdenes de organizaciones hostiles a la Rusia soviética y a toda su población trabajadora[24].»

[24] *Pravda*, 21 de julio de 1921; M. Heller, «Premier avertissement: un coup de fouet. L'histoire de l'expulsion des personnalités culturelles hors de l'Union soviétique en 1922», en *Cahiers du Monde russe et soviétique*, XX (2), abril-junio de 1979, págs. 131-172.

En la larga enumeración de las causas de esta «calamidad» de la que todavía no se osaba decir el nombre, faltaba el factor capital: la política de requisas que desde hacía años sangraba una agricultura ya muy frágil. Los dirigentes de las provincias afectadas por el hambre, convocados a Moscú en junio de 1921, subrayaron unánimemente las responsabilidades del Gobierno, y en particular del todopoderoso comisariado del pueblo para el Suministro, en la extensión y el agravamiento del hambre. El representante de la provincia de Samara, un cierto Vavilin, explicó que el Comité central de aprovisionamiento no había dejado, desde la instauración de las requisas, de hinchar las estimaciones de las cosechas.

A pesar de la mala cosecha de 1920, ese año habían sido requisados diez millones de puds. Se había echado mano de todas las reservas, incluidas las simientes para la futura cosecha. Desde enero de 1921, numerosos campesinos no tenían nada que comer. La mortalidad había comenzado a aumentar en febrero. En dos o tres meses, los motines y las revueltas contra el régimen habían cesado prácticamente en la provincia de Samara. «Hoy», explicaba Vavilin, «ya no hay revueltas. Se ven fenómenos nuevos: multitudes de millares de hambrientos asedian pacíficamente el Comité ejecutivo de los soviets o del partido y esperan, durante días, no se sabe qué llegada milagrosa de alimentos. No se consigue expulsar a esta multitud en la que la gente muere cada día como moscas. (...) Pienso que por lo menos hay novecientos mil hambrientos en la provincia[25].»

Al leer los informes de la Cheka y de la inteligencia militar, se constata que la penuria había hecho acto de presencia en muchas regiones desde 1919. A lo largo del año 1920, la situación no había dejado de degradarse. En sus relaciones internas, la Cheka, el comisariado del pueblo para la Agricultura y el comisariado del pueblo para el Suministro, perfectamente conscientes de la situación, elaboraban desde el verano de 1920 una lista de los distritos y de las provincias «hambrientos» o «presa de la escasez». En enero de 1921, un informe señalaba entre las causas del hambre que se apoderaba de la provincia de Tambov «la orgía» de requisas del año 1920. Para el pueblo llano, resultaba evidente, según testificaban las frases relatadas por la policía política, que «el poder soviético quiere hacer morir de hambre a todos los campesinos que se atreven a resistirlo». Aunque perfectamente informado de las consecuencias includibles de su política de requisas, el Gobierno no adoptó ninguna medida. Mientras el hambre se apoderaba de un número creciente de regiones, Lenin y Molotov enviaron, el 30 de julio de 1921, un telegrama a todos los dirigentes de comités regionales y provinciales del partido pidiéndoles «que reforzaran los aparatos de la cosecha (...), que desarrollaran una intensa propaganda entre la población rural explicándole la importancia económica y política del pago puntual y total de los impuestos (...), y que pusieran a dispo-

[25] GARF, 1064/1/1/33.

sición de las agencias de recogida del impuesto en especie toda la autoridad del partido y la totalidad del poder de represión del aparato del Estado[26]».

Frente a la actitud de las autoridades, que perseguían a cualquier precio su política de despojamiento del campesinado, se movilizaron los medios informados e ilustrados de la intelligentsía. En junio de 1921, agrónomos, economistas y universitarios constituyeron, en el seno de la sociedad moscovita de agricultura, un comité social de lucha contra el hambre. Entre los primeros miembros de este comité figuraban los eminentes economistas Kondratiev y Prokopovich, antiguo ministro de Suministros del gobierno provisional, Yekaterina Kuskova, una periodista cercana a Maksim Gorky, escritores, médicos y agrónomos. Gracias a la intercesión de Gorky, muy introducido en los medios dirigentes bolcheviques, una delegación del comité, que Lenin se había negado a recibir, obtuvo a mediados de julio de 1921 una audiencia con Lev Kamenev. Después de esta entrevista, Lenin, siempre desconfiado de la «sensiblería» de algunos dirigentes bolcheviques, envió una nota a sus colegas del Buró político: «Impedir rigurosamente que Kuskova pueda molestar. (...) Aceptamos de Kuskova el nombre, la firma, un vagón o dos de parte de aquellos que experimentan simpatía por ella (y por los de su especie). Nada más»[27].

Finalmente, los miembros del comité llegaron a convencer a bastantes dirigentes de su utilidad. Representantes en su mayoría de la ciencia, de la literatura y la cultura rusa, conocidos en Occidente, en su mayor parte ya habían participado en la organización de la ayuda a las víctimas del hambre de 1891. Además tenían numerosos contactos entre los intelectuales del mundo entero y podían convertirse en garantes de la justa distribución entre los hambrientos de una eventual ayuda internacional. Estaban dispuestos a prestar su garantía, pero exigían que se otorgara al comité de ayuda para los hambrientos un reconocimiento oficial.

El 21 de julio de 1921, el Gobierno bolchevique se decidió, no sin reticencias, a legalizar el comité social, que adoptó la denominación de comité panruso de ayuda a los hambrientos. Se confirió al comité el emblema de la Cruz Roja. Tuvo derecho a procurarse en Rusia y en el extranjero víveres, forraje, medicamentos, a repartir las ayudas entre la población necesitada, a recurrir a los transportes excepcionales para llevar sus entregas, a organizar repartos populares de sopa, a crear secciones y comités locales, a «comunicarse libremente con los organismos y los apoderados que haya designado en el extranjero» e incluso a «debatir medidas adoptadas por las autoridades centrales y locales que, en su opinión, tengan relación con el tema de la lucha contra el hambre»[28]. En ningún momento de la historia soviética se otorgó tales derechos a una organización social. Las concesiones del Gobierno estaban a la altura de la crisis que atravesaba el país, cuatro meses después de la instauración oficial, por muy tímida que fuera, de la NEP.

[26] CRCEDHC, 2/1/26847.
[27] M. Heller, *art. cit.*, pág. 141.
[28] *Ibid.*, pág. 143.

El comité estableció contacto con el jefe de la Iglesia ortodoxa, el patriarca Tijón, que creó inmediatamente un comité eclesiástico pan-ruso de ayuda a los hambrientos. El 7 de julio de 1921, el patriarca ordenó leer en todas las iglesias una carta pastoral: «La carroña se ha convertido en un plato selecto para la población hambrienta, e incluso ese plato es difícil de encontrar. Los llantos y los gemidos suenan por todas partes. Se ha llegado ya al canibalismo... ¡Tended una mano de socorro a vuestros hermanos y vuestras hermanas! Con el acuerdo de los fieles, podéis utilizar los tesoros de las iglesias que no tengan valor sacramental para socorrer a los hambrientos, tales como los anillos, las cadenas y los brazaletes, y los ornamentos que adornan los santos iconos, etc.».

Después de haber obtenido la ayuda de la Iglesia, el comité pan-ruso de ayuda a los hambrientos estableció contacto con distintas instituciones internacionales, como la Cruz Roja, los cuáqueros y la American Relief Association (ARA), que respondieron en todos los casos positivamente. No obstante, la colaboración entre el régimen y el comité no iba a durar más de cinco semanas: el 27 de agosto de 1921, el comité fue disuelto, seis días después de que el Gobierno hubiera firmado un acuerdo con el representante de la American Relief Association, presidida por Herbert Hoover. Para Lenin, ahora que los americanos enviaban sus primeros cargamentos de suministros, el comité ya había desempeñado su papel: «el nombre y la firma de Kuskova» habían servido de garantía a los bolcheviques. Esto bastaba.

«Propongo, hoy mismo, viernes 26 de agosto», escribió Lenin, «disolver el comité. (...) Detener a Prokopovich por intenciones sediciosas (...) y mantenerlo tres meses en prisión. (...) Expulsar de Moscú inmediatamente, hoy mismo, a los otros miembros del comité, enviarlos, por separado unos de otros, a capitales de distrito, si es posible, fuera de la red ferroviaria, y en residencia vigilada. (...) Publicaremos mañana un comunicado gubernamental breve y seco en cinco líneas: Comité disuelto por negarse a trabajar. Dar a los periódicos la directiva de comenzar desde mañana a cubrir de injurias a la gente del comité. Hijos de papá, guardias blancos, dispuestos a ir de viaje al extranjero, pero mucho menos a viajar por provincias, ridiculizarlos por todos los medios y hablar mal de ellos al menos una vez por semana durante dos meses»[29].

Siguiendo al pie de la letra estas instrucciones, la prensa se desencadenó contra los sesenta intelectuales famosos que habían tomado parte en el comité. Los títulos de los artículos publicados testifican con elocuencia el carácter de esta campaña de difamación: «No se juega con el hambre» (*Pravda*, 30 de agosto de 1921); «Especulaban con el hambre» (*Komunisticheski Trud*, de 31 de agosto de 1921); «el comité de ayuda... a la contrarrevolución» (*Izvestia*, de 30 de agosto de 1921). A una persona que vino a interceder en favor de los miembros del comité detenidos y deportados, Unschlicht, uno de los adjuntos de Dzerzhinsky en la Cheka, le dijo: «Dice usted que el comité no ha cometido ningún acto desleal. Es cierto, pero ha aparecido como un polo de atracción para la sociedad. Y eso no podemos consentirlo. Usted sabe que cuando se pone en un vaso de agua un esqueje que todavía no tiene brotes se pone a crecer rápidamente. El comité ha comenzado a extender rápidamente sus ramificaciones por la colectividad social, (...) es preciso sacar el esqueje del agua y aplastarlo»[30].

[29] *Ibid.*, págs. 148-149.

En lugar del comité, el Gobierno creó una comisión central de ayuda a los hambrientos, pesado organismo burocrático compuesto de funcionarios de diversos comisariados del pueblo, muy ineficaz y corrompido. En lo más álgido de la hambruna, que afectó en su apogeo, durante el verano de 1922, a más de treinta millones de personas, la comisión central aseguró una ayuda alimenticia irregular a menos de tres millones de personas. Por su parte, el ARA, la Cruz Roja y los cuáqueros alimentaban alrededor de once millones de personas cada día. A pesar de esta movilización internacional, al menos cinco millones de personas murieron de hambre en 1921-1922, de los 29 millones de personas afectadas por el hambre[31]. La última gran hambruna que había conocido Rusia, en 1891, aproximadamente en las mismas regiones (el Volga medio y bajo y una parte de Kazajstán), había causado de cuatrocientas a quinientas mil víctimas. El Estado y la sociedad habían rivalizado entonces en emulación por acudir en ayuda de los campesinos víctimas de la sequía. Joven abogado, Vladimir Ulianov-Lenin residía a inicios de los años noventa del siglo XIX en Samara, capital de una de las provincias más afectadas por el hambre de 1891. Fue el único representante de la intelligentsia local que no solamente no participó en la ayuda social a los hambrientos, sino que se pronunció categóricamente en contra de la misma. Como recordaba uno de sus amigos, «Vladimir Ilich Ulaniov tenía el valor de declarar abiertamente que el hambre tenía numerosas consecuencias positivas, a saber, la aparición de un proletariado industrial, ese enterrador del orden burgués. (...) Al destruir la atrasada economía campesina, el hambre, explicaba, nos acerca objetivamente a nuestra meta final, el socialismo, etapa inmediatamente posterior al capitalismo. El hambre destruye no solamente la fe en el Zar, sino también en Dios»[32].

Treinta años más tarde, el joven abogado, convertido en jefe del Gobierno bolchevique, retomaba su idea: el hambre podía y debía servir para «golpear mortalmente en la cabeza al enemigo». Este enemigo era la Iglesia ortodoxa. «La electricidad reemplazará a Dios. Dejad que el campesino rece a la electricidad, notará el poder de las autoridades más que el del cielo», decía Lenin en 1918, durante una discusión con Leonid Krassin sobre el tema de la electrificación de Rusia. Desde la llegada al poder de los bolcheviques, las relaciones entre el nuevo régimen y la Iglesia ortodoxa se habían degradado. El 5 de febrero de 1918, el Gobierno bolchevique había decretado la separación entre la Iglesia y el Estado, de la escuela y de la Iglesia, proclamado la libertad de conciencia y de culto, y anunciado la nacionalización de los bienes de la Iglesia. Frente a este atentado contra el papel tradicional de la Iglesia ortodoxa, religión estatal bajo el zarismo, el patriarca Tijón había protestado vigorosamente en cuatro cartas pastorales dirigidas a los creyentes. Los bolcheviques multiplicaron las provocaciones, «sometiendo a una prueba pericial» —es decir, profanando— las reliquias de los santos, organizando «carnavales antirreligiosos» durante las grandes fiestas religiosas, y exigiendo que el gran monasterio de la Trinidad, San Sergio, en los alrededores de Moscú, donde estaban conservadas las reliquias de San Sergio de Radonézh, fuera transformado en museo del ateísmo. Fue en ese clima ya tenso, en que numerosos sacerdotes y obispos habían sido detenidos por haberse opuesto a estas provocaciones, cuando los dirigentes bolcheviques, por iniciativa de Lenin, utilizaron el hambre como pretexto para desencadenar una gran operación política contra la Iglesia.

[30] *Ibid.*, pág. 151.
[31] S. Adamets, *Catastrophes démographiques en Russie soviétique en 1918-1923* (Tesis doctoral, EHESS, diciembre de 1995), pág. 191.
[32] A. Beliakov, *Yunost vozdia* (La juventud del Guía), Moscú, 1960, págs. 80-82, citado en M. Heller, *art. cit.*, pág. 134.

El 26 de febrero de 1922, la prensa publicó un decreto del Gobierno ordenando «la confiscación inmediata en las iglesias de todos los objetos preciosos de oro o plata, de todas las piedras preciosas que no sirvieran directamente para el culto. Estos objetos serán transmitidos a los órganos del comisariado del pueblo para las Finanzas que los transferirá a los fondos de la comisión central de ayuda a los hambrientos». Las operaciones de confiscación se iniciaron en los primeros días de marzo y fueron acompañadas de incidentes muy numerosos entre los destacamentos encargados de apoderarse de los tesoros de las iglesias y los fieles. Los más graves tuvieron lugar el 15 de marzo de 1922 en Shuya, una pequeña ciudad industrial de la provincia de Ivanovo, donde la tropa disparó sobre la multitud de los fieles, matando a una decena de personas. Lenin utilizó el pretexto de esta matanza para reforzar la campaña antirreligiosa.

En una carta dirigida a los miembros del Buró político, el 19 de marzo de 1922, explicaba, con el cinismo que le caracterizaba, cómo el hambre podía ser utilizada beneficiosamente para «golpear mortalmente al enemigo en la cabeza»:

«En relación con los acontecimientos de Shuya, que van a ser discutidos en el Buró político, pienso que debe ser adoptada desde ahora una decisión firme, en el marco del plan general de lucha en este frente. (...) Si se tiene en cuenta lo que nos informan los periódicos a propósito de la actitud del clero en relación con la campaña de confiscación de los bienes de la Iglesia, más la toma de posición subversiva del patriarca Tijón, resulta perfectamente claro que el clero de los Cien Negros está a punto de poner en acción un plan cla-

borado cuya finalidad es infligirnos en estos momentos una derrota decisiva. (...) Pienso que nuestro enemigo está cometiendo un error estratégico monumental. Realmente, el momento actual es excepcionalmente favorable para nosotros, y no para ellos. Tenemos noventa y nueve oportunidades sobre cien de golpear mortalmente al enemigo en la cabeza con un éxito total, y de garantizarnos posiciones, para nosotros esenciales, para las décadas futuras. Con tanta gente hambrienta que se alimenta de carne humana, con los caminos congestionados de centenares y de millares de cadáveres, ahora y solamente ahora podemos (y en consecuencia debemos) confiscar los bienes de la Iglesia con una energía feroz y despiadada. Precisamente ahora y solamente ahora la inmensa mayoría de las masas campesinas puede apoyarnos, o más exactamente, puede no estar en condiciones de apoyar a ese puñado de clericales Cien Negros y de pequeño-burgueses reaccionarios.... Podemos así proporcionarnos un tesoro de varios centenares de millones de rublos-oro (¡soñad en las riquezas de ciertos monasterios!). Sin ese tesoro, ninguna actividad estatal en general, ninguna realización económica en particular, y ninguna defensa de nuestras posiciones es concebible. Debemos, cueste lo que cueste, apropiarnos de ese tesoro de varios centenares de millones de rublos (¡quizá de varios miles de millones de rublos!). Todo esto no puede realizarse con éxito más que ahora. Todo indica que no alcanzaremos nuestro objetivo en otro momento, porque solamente la desesperación generada por el hambre puede acarrear una actitud benévola, o al menos neutra, de las masas en relación con nosotros... También, llego a la conclusión categórica de que es el momento de aplastar a los Cien Negros clericales de la manera más decisiva y despiadada, con tal brutalidad que se recuerde durante décadas. Contemplo la puesta en marcha de nuestro plan de campaña de la manera siguiente: solo el camarada Kalinin adoptará públicamente las medidas. En ningún caso el camarada Trotsky deberá aparecer en la prensa o en público... Habrá que enviar a uno de los miembros más enérgicos y más inteligentes del Comité ejecutivo central... a Shuya, con instrucciones verbales de uno de los miembros del Buró político. Estas instrucciones estipularán que tiene como misión detener en Shuya el mayor número posible de miembros del clero, de pequeños burgueses y de burgueses, no menos de algunas docenas, que será acusados de participación directa o indirecta en la resistencia violenta contra el decreto sobre la confiscación de los bienes de la Iglesia. De regreso de su misión, este responsable dará cuenta o al Buró político reunido al completo, o a dos de sus miembros. Sobre la base de este informe, el Buró político dará, verbalmente, directrices precisas a las autoridades judiciales, a saber, que el proceso de los rebeldes de Shuya debe ser llevado a cabo de la manera más rápida posible, con la única meta de ejecutar, mediante fusilamiento, a un número muy importante de los Cien Negros de Shuya, pero también de Moscú y de otros centros clericales... cuanto más elevado sea el número de representantes del clero reaccionario y de la burguesía reaccionaria pasados por las armas, mejor será para nosotros. Debemos dar inmediatamente una lección a todas esas

gentes de tal manera que no sueñen ya en ninguna resistencia durante décadas... [33]».

Tal y como indican los informes semanales de la policía política, la campaña de confiscación de los bienes de la Iglesia alcanzó su apogeo en marzo, abril y mayo de 1922, provocando 1.414 incidentes censados y el arresto de varios millares de sacerdotes, de monjes y de monjas. Según fuentes eclesiásticas, 2.691 sacerdotes, 1.962 monjes y 3.447 monjas fueron asesinados en 1922 [34]. El Gobierno organizó varios grandes procesos públicos de miembros del clero, en Moscú, Ivanovo, Shuya, Smolensko y Petrogrado. El 22 de marzo, una semana después de los incidentes de Shuya, el Buró político propuso, conforme a las instrucciones de Lenin, toda una serie de medidas: «Detener al sínodo y al patriarca, no de inmediato, sino de aquí a un período de quince a veinticinco días. Publicar las circunstancias del asunto de Shuya. Juzgar a los sacerdotes y laicos de Shuya de aquí a una semana. Fusilar a los agitadores de la rebelión» [35]. En una nota dirigida al Buró político, Dzerzhinsky indicó que «el patriarca y su banda (...) se oponen abiertamente a la confiscación de los bienes de la Iglesia. (...) Existen desde ahora más que suficientes motivos para detener a Tijón y a los miembros más reaccionarios del sínodo. La GPU estima que: 1. El arresto del sínodo y del patriarca es oportuno; 2. La designación de un nuevo sínodo no debe ser autorizada; 3. Todo sacerdote que se oponga a la confiscación de los bienes de la Iglesia debe ser desterrado como enemigo del pueblo a las regiones del Volga más afectadas por el hambre» [36].

En Petrogrado, setenta y seis eclesiásticos fueron condenados a penas de campos de concentración, y cuatro ejecutados, entre ellos el metropolitano de Petrogrado, Benjamín, elegido en 1917, muy cercano al pueblo y que había defendido asiduamente la idea de una Iglesia independiente del Estado. En Moscú, 147 eclesiásticos y laicos fueron condenados a penas de campos de concentración, y seis a la pena de muerte, que fue inmediatamente ejecutada. El patriarca Tijón fue recluido en residencia vigilada en el monasterio Donskoy de Moscú.

Algunas semanas después de estas parodias de juicio se inició en Moscú, el 6 de junio de 1922, un gran proceso público, anunciado en la prensa desde el 28 de febrero: el proceso de 34 socialistas-revolucionarios acusados de haber llevado a cabo «actividades contrarrevolucionarias y terroristas contra el Gobierno soviético», entre las cuales figuraban fundamentalmente el atentado de 31 de agosto de 1918 contra Lenin y la «dirección política» de la revuelta campesina de Tambov. Según una práctica que iba a ser ampliamente utilizada en los años treinta, los acusados constituían un conjunto heterogéneo de

[33] CRCEDHC, 2/1/22947/1-4.

[34] *Russkaya Pravoslavanaya tserkov i kommunisticheskoie gosudarstvo, 1917-1941* (La Iglesia ortodoxa rusa y el Estado comunista, 1917-1941), Moscú, 1996, pág. 69.

[35] D. Volkogonov, *Le Vrai Lénine*, París, Robert Laffont, pág. 346 (Existe edición española, *El verdadero Lenin*, Madrid, Anaya & Mario Muchnik, 1996.)

[36] D. Volkogonov, *Le Vrai Lénine*, París, Robert Laffont, pág. 346.

auténticos dirigentes políticos, entre ellos doce miembros del comité central del partido socialista-revolucionario, dirigido por Abraham Gots y Dimitri Donskoy, y agentes provocadores encargados de testificar contra sus compañeros de acusación y de «confesar sus crímenes». Este proceso permitió también, como escribió Hélène Carrère d'Encausse, «poner a prueba el método de acusaciones escalonadas como si se tratara de muñecas rusas, que partiendo de un hecho exacto —en 1918 los socialistas-revolucionarios se habían opuesto al absolutismo dirigente de los bolcheviques— llegaba a un principio... el de que toda oposición equivalía en última instancia a cooperar con la burguesía internacional» [37].

Como consecuencia de esta parodia de justicia, durante la cual las autoridades pusieron en escena manifestaciones populares que reclamaban la pena de muerte para los «terroristas», once de los acusados —los dirigentes del partido socialista-revolucionario— fueron condenados, el 7 de agosto de 1922, a la pena capital. Ante las protestas de la comunidad internacional movilizada por los socialistas rusos en el exilio, y, más todavía, ante la amenaza real de un reinicio de las insurrecciones en los campos en que «el espíritu socialista-revolucionario» seguía vivo, la ejecución de las sentencias fue suspendida «a condición de que el partido socialista-revolucionario cesara en todas sus actividades conspirativas, terroristas e insurreccionales». En enero de 1924, las condenas a muertes fueron conmutadas por penas de cinco años de campo de concentración. Sin embargo, los condenados no fueron nunca liberados, y se les ejecutó en los años treinta, en un momento en que ni la opinión internacional ni el peligro de insurrecciones campesinas eran ya tenidas en cuenta por la dirección bolchevique.

Con ocasión del proceso de los socialistas-revolucionarios se había aplicado el nuevo Código penal, que entró en vigor el 1 de junio de 1922. Lenin había seguido de manera particular la elaboración de este código que debía legalizar la violencia ejercida contra los enemigos políticos, al haber concluido oficialmente la fase de la eliminación expeditiva justificada por la guerra civil. Los primeros borradores sometidos a Lenin apelaron por su parte, el 15 de mayo de 1922, a estas frases dirigidas a Kursky, comisario del pueblo para la Justicia: «En mi opinión, hay que ampliar el campo de aplicación de la pena de muerte a toda clase de actividades de los mencheviques, socialistas-revolucionarios, etc. Encontrar una nueva pena, que sería la expulsión al extranjero. Y poner a punto una fórmula que *vincule* estas actividades con la burguesía internacional» [38]. Dos días más tarde, Lenin escribía nuevamente: «Camarada Kursky, quiero añadir a nuestra conversación este borrador de un párrafo complementario para el código penal. (...) Creo que lo esencial está claro. Hay que plantear abiertamente el principio, justo políticamente —y no solamente

[37] H. Carrère d'Encausse, *La Malheur russe. Essai sur le meurtre politique*, París, Fayard, 1988, pág. 400.

[38] V. I. Lenin, *Polnoie sobranie sochinenii* (Obras completas), vol. LIV, pág. 189.

en términos estrechamente jurídicos—, que motiva la esencia y la justificación del terror, su necesidad y sus límites. El tribunal no debe suprimir el terror, decirlo sería mentirse o mentir; sino fundamentarlo, legalizarlo en los principios, claramente, sin disimular ni maquillar la verdad. La formulación debe ser lo más abierta posible, porque solo la conciencia legal revolucionaria y la conciencia revolucionaria crean las condiciones de aplicación fácticas [39]».

De acuerdo con las instrucciones de Lenin, el código penal definió el crimen contrarrevolucionario como todo acto «que pretendiera abatir o debilitar el poder de los soviets obreros y campesinos establecido por la revolución proletaria», pero también como todo acto «que contribuyera a ayudar a la parte de la burguesía internacional que no reconoce la igualdad de derechos del sistema comunista de propiedad que sucede al sistema capitalista, y que se esfuerza en derribarlo por la fuerza, la intervención militar, el bloqueo, el espionaje o la financiación de la prensa y otros medios similares».

Se castigaba con la pena de muerte no solo todas las actividades (revuelta, motín, sabotaje, espionaje, etc.) susceptibles de ser calificadas de «actos contrarrevolucionarios», sino también la participación o el concurso prestado a una organización «en el sentido de una ayuda a una parte de la burguesía internacional». Incluso la *«propaganda* susceptible de aportar una ayuda a una parte de la burguesía internacional» era considerada como un crimen contrarrevolucionario, punible con una privación de libertad «que no podría ser inferior a tres años» o con el destierro a perpetuidad.

En el marco de la legalización de la violencia política emprendida a inicios de 1922, conviene tener en consideración la transformación que experimentó el nombre de la policía política. El 6 de febrero de 1922, un decreto abolió la Cheka para reemplazarla inmediatamente por la GPU —dirección política del Estado— dependiente del comisariado del pueblo para el Interior. Aunque el nombre cambiaba, los responsables y las estructuras seguían siendo idénticos, dando claro testimonio de la continuidad de la institución. ¿Qué podía significar, por lo tanto, ese cambio de etiqueta? La Cheka era, como indicaba su propio nombre, una comisión extraordinaria, lo que sugería el carácter transitorio de su existencia y de aquello que la justificaba. La GPU indicaba, por el contrario, que el Estado debía disponer de instituciones normales y permanentes de control y de represión políticos. Detrás del cambio de denominación se dibujaban la perennización y la legalización del terror como modo de resolución de las relaciones conflictivas entre el nuevo Estado y la sociedad.

Una de las disposiciones inéditas del nuevo código penal era el destierro a perpetuidad, con la prohibición aneja de regresar a la URSS bajo pena de ejecución inmediata. Entró en vigor en el otoño de 1922, en el curso de una gran operación de expulsión que golpeó a cerca de doscientos intelectuales de renombre de los que se sospechaba que se oponían al bolchevismo. Entre es-

[39] *Ibid.*, pág. 198.

tos figuraban en primer lugar todos aquellos que habían participado en el comité social de lucha contra el hambre, disuelto el 27 de julio de 1921.

El 20 de mayo de 1922, Lenin expuso, en una larga carta dirigida a Dzerzhinsky, un vasto plan de «expulsión al extranjero de los escritores y de los profesores que ayudan a la contrarrevolución». «Hay que preparar cuidadosamente esta operación», escribía Lenin. «Reunir una comisión especial. Obligar a los miembros del Buró político a consagrar de dos a tres horas por semana a examinar un cierto número de libros y de revistas. (...) Reunir informaciones sistemáticas sobre el pasado político, los trabajos y la actividad literaria de los profesores y de los escritores.»

Y Lenin daba un ejemplo: «Por lo que se refiere a la revista *Ekonomist*, por ejemplo, se trata evidentemente de un centro de guardias blancos. El número 3 (¡el tercer número solamente! *¡nota bene!*) lleva en la cubierta la lista de los colaboradores. Pienso que casi todos son candidatos muy legítimos a la expulsión. Todos son contrarrevolucionarios claros, cómplices de l'Entente, que constituyen una organización de sus lacayos, de espías y de corruptores de la juventud estudiantil. Hay que organizar las cosas de manera que se persiga a estos espías y se les dé caza de manera permanente, organizada y sistemática, para expulsarlos al extranjero» [40].

El 22 de mayo, el Buró político creó una comisión especial, que incluía fundamentalmente a Kamenev, Kursky, Unschlicht y Mantsev (dos adjuntos directos de Dzerzhinsky), cuya misión consistía en fichar a cierto número de intelectuales para proceder a su arresto y después a su expulsión. Los primeros en ser expulsados, en junio de 1923, fueron los dos principales dirigentes del antiguo comité social de la lucha contra el hambre, Serguei Prokopovich e Ykaterina Kuskova. Un primer grupo de ciento sesenta intelectuales de renombre, filósofos, escritores, historiadores y profesores de universidad, detenidos los días 16 y 17 de agosto, fue expulsado por barco en septiembre. Entre ellos figuraban fundamentalmente algunos nombres que ya habían adquirido o debían adquirir una fama internacional: Nikolay Berdiayev, Serguei Bulgakov, Semion Frank, Nikolay Losski, Lev Karsavin, Fedor Stepun, Serguei Trubetskoy, Aleksandr Izgoyev, Ivan Lapshin, Mijaíl Ossorguin, Aleksandr Kiesewetter... Todos tuvieron que firmar un documento estipulando que en caso de regreso a la URSS serían inmediatamente fusilados. ¡El expulsado estaba autorizado a llevar un abrigo de invierno y un abrigo de verano, un traje y una muda de ropa interior, dos camisas de día y dos de noche, dos calzoncillos y dos pares de zapatos! Además de estos efectos personales, cada expulsado tenía derecho a llevarse veinte dólares en divisas.

Paralelamente a estas expulsiones, la policía política continuaba fichando a todos los intelectuales de segunda fila que resultaran sospechosos, con vistas a la deportación administrativa a zonas lejanas del país, legalizada en virtud de un decreto de 10 de agosto de 1922, o con la intención de internarlos en un

[40] *Ibid.*, vol. LIV, págs. 265-266.

campo de concentración. El 5 de septiembre de 1922, Dzerzhinsky escribió a su adjunto Unschlicht:

«¡Camarada Unschlicht! En la tarea de fichar a la intelligentsia, las cosas continúan siendo artesanales. Desde la marcha de Agranov, ya no tenemos un responsable competente en este terreno. Zaraisky es un poco joven. Me parece que "para progresar", sería necesario que el camarada Menzhinsky tomara el asunto en sus manos. (...) Resulta indispensable elaborar un buen plan de trabajo, que se corregiría y completaría regularmente. Hay que clasificar a toda la intelligentsia en grupos y en subgrupos: 1. Escritores; 2. Periodistas y políticos; 3. Economistas (resulta indispensable trazar subgrupos: a. financieros, b. especialistas en energía, c. especialistas en transportes, d. comerciantes, e. especialistas en cooperación, etc.); 4. Especialidades técnicas (aquí también se imponen los subgrupos: a. ingenieros, b. agrónomos, c. médicos, etc.); 5. Profesores de universidad y ayudantes, etc. Las informaciones sobre todos estos señores deben de proceder de nuestros departamentos y ser sintetizadas por el departamento «Intelligentsia». Debemos contar con un expediente de cada intelectual. (...) Hay que tener siempre en mente que el objetivo de nuestro departamento no es solo el expulsar o detener individuos, sino también el contribuir a la elaboración de la línea política general en relación con los especialistas: vigilarlos estrechamente, dividirlos, pero también promover a aquellos que estén dispuestos, no solamente de palabra, sino también de obra, a ayudar al poder soviético» [41].

Algunos días más tarde, Lenin dirigió un largo memorándum a Stalin, en el cual volvía ampliamente, y con un sentido maniático del detalle, sobre el tema de la «limpieza definitiva» de Rusia de todos los socialistas, intelectuales, liberales y otros «señores»:

«Sobre la cuestión de la expulsión de los mencheviques, de los socialistas populares, de los cadetes, etc., me gustaría plantear algunas cuestiones, porque esta medida que se había iniciado antes de mi marcha no se ha concluido siempre. ¿Se ha decidido extirpar a todos los socialistas populares? ¿Peshejonov, Miakotin, Gornfeld? ¿Petrishchev y los demás? Creo que habría que expulsarlos a todos. Son más peligrosos que los eseristas porque son más malignos. Y también Potressov, Izgoyev y toda la gente de la revista *Ekonomist* (Ozerov y muchos otros). Los mencheviques Rozanov (un médico astuto), Vigdorchik (Migulo o algo así), Liubov Nikolayevna Radchenko y su joven hija (por lo que parece, las enemigas más pérfidas del bolchevismo); N. A. Rozhkov (hay que expulsarlo, es incorregible). (...) La comisión Mantsev-Messing debería establecer listas y varios centenares de estos señores deberían ser despiadadamente expulsados. Limpiaremos Rusia de una vez por

[41] CRCEDHC, 76/3/303.

todas. (...) También todos los autores de la Casa de los escritores y del Pensamiento (de Petrogrado). Hay que registrar Járkov de cabo a rabo, no tenemos ninguna duda acerca de lo que pasa allí. Para nosotros es un país extranjero. La ciudad debe ser limpiada radical y rápidamente, no más tarde del final del proceso de los eseristas. Ocupaos de los autores y de los escritores de Petrogrado (sus direcciones figuran en el *Nuevo Pensamiento ruso*, número 4, 1922, pág. 37) y también de la lista de los editores privados (pág. 29). ¡Es archiimportante!» [42].

[42] CRCEDHC, 2/2/1338/.

6
De la tregua al «gran giro»

Durante poco menos de cinco años, de inicios de 1923 a finales de 1927, el enfrentamiento entre el régimen y la sociedad conoció una pausa. Las luchas por la sucesión de Lenin, muerto el 24 de enero de 1924, pero totalmente apartado de cualquier actividad política desde marzo de 1923, después de su tercer ataque cerebral, monopolizaron una gran parte de la actividad política de los dirigentes bolcheviques. Durante esos últimos años, la sociedad se curó las heridas.

En el curso de esta tregua, el campesinado, que representaba más del 85 por 100 de la población, intentó reanudar los vínculos del cambio, negociar los frutos de su trabajo y vivir, según la hermosa fórmula del gran historiador del campesinado ruso Michael Confino, «como si la utopía campesina funcionara». Esta «utopía campesina», que los bolcheviques denominaban de buena gana *eserovschina* —término cuya traducción más cercana sería «mentalidad socialista revolucionaria»—, descansaba sobre cuatro principios que habían estado en la raíz de todos los programas campesinos desde hacía décadas: el final de los terratenientes y el reparto de la tierra en función de las bocas que había que alimentar; la libertad de disponer libremente de los frutos de su trabajo y la libertad de comercio; un autogobierno campesino representado por la comunidad aldeano-tradicional, y la presencia exterior del Estado bolchevique reducida a su expresión más sencilla: ¡un soviet rural para algunas aldeas y una célula del partido comunista en una aldea de cada cien!

Parcialmente reconocidos por el poder, tolerados momentáneamente como un signo de «atraso» en un país de mayoría campesina, los mecanismos del mercado, rotos de 1914 a 1922, volvieron a ponerse en funcionamiento. Inmediatamente las migraciones estacionales hacia las ciudades, tan frecuentes bajo el antiguo régimen, volvieron a iniciarse. Al descuidar la industria estatal el sector de los bienes de consumo, el artesanado rural conoció un desarrollo notable, se espaciaron las carestías y las hambrunas y los campesinos volvieron a poder comer para saciar el hambre.

La calma aparente de estos años no podría sin embargo enmascarar las tensiones profundas que subsistían entre el régimen y una sociedad que no había olvidado la violencia de la que era víctima. Para los campesinos, las causas de descontento seguían siendo numerosas [1]. Los precios agrícolas eran demasiado bajos, los productos manufacturados demasiado caros y demasiado raros, los impuestos demasiado elevados. Tenían el sentimiento de ser ciudadanos de segunda categoría en relación con los pobladores de las ciudades y fundamentalmente de los obreros considerados como privilegiados. Los campesinos se quejaban sobre todo de innumerables abusos de poder de los representantes de base del régimen soviético formados en la escuela del «comunismo de guerra». Seguían sometidos a la arbitrariedad absoluta de un poder local heredero a la vez de cierta tradición rural y de las prácticas terroristas de los años anteriores. «Los aparatos judicial, administrativo y policial están totalmente gangrenados por un alcoholismo generalizado, la práctica corriente de los sobornos. (...) El burocratismo y una actitud de grosería general hacia las masas campesinas», reconocía a finales de 1925 un largo informe de la policía política sobre «el estado de la legalidad socialista en los campos» [2].

Aunque condenaran los abusos más escandalosos de los representantes del poder soviético, los dirigentes bolcheviques, en su mayoría, no consideraban por ello los campos menos como una *terra incognita* peligrosa, «un medio abarrotado de elementos kulaks, de socialistas-revolucionarios, de popes, de antiguos propietarios terratenientes que no han sido todavía eliminados», según la expresión repleta de imágenes de un informe del jefe de la policía política de la provincia de Tula [3].

Tal y como testifican los documentos del departamento de información de la GPU, el mundo obrero seguía estando sometido a una estrecha vigilancia. Grupo social en reconstrucción después de los años de guerra, de revolución y de guerra civil, el mundo obrero seguía siendo sospechoso de conservar vínculos con el mundo hostil de los campos. Los informadores presentes en cada empresa perseguían las palabras y los actos desviados, «los humores campesinos» que los obreros, de regreso del trabajo del campo después de sus permisos, habían traído a la ciudad. Los informes policiales diseccionaban el mundo obrero en «elementos hostiles», necesariamente bajo la influencia de grupúsculos contrarrevolucionarios, en «elementos políticamente atrasados» generalmente venidos de los campos, y en elementos dignos de ser reconocidos «políticamente conscientes». Los paros en el trabajo y las huelgas, bastante poco numerosas en este año de fuerte desempleo y de relativa mejora del

[1] A. Livshin, «"Lettres de l'intérieur" à l'époque de la NEP. Les campagnes russes et l'autorité locale» en *Communisme*, núms. 42-43-44 (1995), págs. 45-56; V. Izmozik, «Voices from the Twenties: Private Correspondence intercepted by the OGPU» en *The Russian Review*, vol. 55/2, abril de 1996, págs. 287-308.

[2] N. Werth, G. Moullec, *Rapports secrets soviétiques, 1921-1991. La société russe dans les documents confidentiels*, París, Gallimard, 1995, pág. 36.

[3] *Ibid.*, pág. 105.

nivel de vida para aquellos que tenían un trabajo, eran cuidadosamente analizados y los agitadores detenidos.

Los documentos internos, hoy en día parcialmente accesibles, de la policía política muestran que después de años de formidable expansión esta institución conoció algunas dificultades, debidas precisamente a la pausa en la empresa voluntarista bolchevique de transformación de la sociedad. En 1924-1926, Dzerzhinsky debió batallar con firmeza contra ciertos dirigentes que consideraban que era preciso reducir considerablemente los efectivos de una policía política cuyas actividades iban declinando. Por primera y única vez hasta 1953, los efectivos de la policía política disminuyeron muy considerablemente. En 1921, la Cheka proporcionaba empleo a 105.000 civiles aproximadamente y a cerca de 180.000 militares de las diversas tropas especiales, incluidas las guardias fronterizas, las chekas destinadas a los ferrocarriles y los guardias de los campos. En 1925, estos efectivos se habían reducido a 26.000 civiles aproximadamente y a 63.000 militares. A estas cifras se añadían alrededor de 30.000 informadores, cuyo número en 1921 es desconocido en razón del estado actual de la documentación [4]. En diciembre de 1924, Nikolay Bujarin escribió a Feliks Dzerzhinsky: «Considero que debemos pasar con mayor rapidez a una forma más "liberal" de poder soviético: menos represión, más legalidad, más discusiones, más poder local (bajo la dirección del partido *naturaliter)*, etc.» [5].

Algunos meses más tarde, el primero de mayo de 1925, el presidente del tribunal revolucionario, Nikolay Krylenko, que había presidido la mascarada judicial del proceso de los socialistas-revolucionarios, dirigió al Buró político una larga nota en la que criticaba los abusos de la GPU que, según él, sobrepasaba los derechos que le habían sido conferidos por la ley. Varios decretos, promulgados en 1922-1923, habían limitado efectivamente las competencias de la GPU a los asuntos de espionaje, de bandidismo, de moneda falsa y de «contrarrevolución». Para estos crímenes, la GPU era el único juez y su colegio especial podía pronunciar penas de deportación y de destierro en residencia vigilada (hasta tres años), de campo de concentración o incluso la pena de muerte. En 1924, de 62.000 expedientes abiertos por la GPU, un poco más de 52.000 habían sido transmitidos a los tribunales ordinarios. Las jurisdicciones especiales de la GPU se habían ocupado de más de 9.000 asuntos, cifra considerable dada la coyuntura política estable, recordaba Nikolay Krylenko, que concluía:

«Las condiciones de vida de las personas deportadas y asignadas a residencias en agujeros perdidos de Siberia, sin el menor peculio, son espantosas. Se envía tanto a jóvenes de 18-19 años de medios estudiantiles como a ancianos de 70 años, sobre todo miembros del clero y ancianas "que pertenecen a clases socialmente peligrosas"».

[4] CRCEDHC, 76/3/307/4-15.

[5] *Voprosy Istorii KPSS*, 1988, núms. 11, págs. 42-43.

También Krylenko proponía limitar el calificativo de «contrarrevolucionario» solamente a los miembros reconocidos de partidos políticos que representaban los intereses de la «burguesía» a fin de evitar «una interpretación abusiva del término por parte de los servicios de la GPU»[6].

Frente a esas críticas, Dzerzhinsky y sus adjuntos no dejaban de proporcionar a los dirigentes más importantes del partido, y especialmente a Stalin, informes alarmistas sobre la persistencia de graves problemas interiores, sobre amenazas diversionistas orquestadas por Polonia, los países Bálticos, Gran Bretaña, Francia y el Japón. Según el informe de actividad de la GPU para el año 1924, la policía política habría:

— detenido a 11.453 «bandidos», de los que 1858 fueron ejecutados sobre el terreno;
— prendido a 926 extranjeros (de los que 357 habrían sido expulsados) y a 1.542 «espías»;
— evitado una «sublevación» de guardias blancos en Crimea (132 personas ejecutadas en el desarrollo de ese asunto);
— procedido a 81 «operaciones» contra grupos anarquistas que se habían solventado con 266 arrestos;
— «liquidado» 14 organizaciones mencheviques (540 arrestos, 6 organizaciones de socialistas-revolucionarios de derechas (152 arrestos), 7 organizaciones de socialistas-revolucionarios de izquierdas (52 arrestos), 117 organizaciones «diversas de intelectuales» (1.360 arrestos), 24 organizaciones «monárquicas» (1.245 arrestos), 85 organizaciones «clericales» y «sectarias» (1.765 arrestos), 675 «grupos kulaks» (1.148 arrestos);
— expulsado, en dos grandes operaciones, en febrero de 1924 y en julio de 1924, alrededor de 4.500 «ladrones», «reincidentes» y «nepmen»[7] (comerciantes y pequeños empresarios privados) de Moscú y de Leningrado;
— reducido «a vigilancia individual» a 18.000 personas «socialmente peligrosas»;
— supervisado 15.501 empresas y administraciones diversas;
— leído 5.078.174 cartas y correspondencias diversas[8].

¿En qué medida estos datos, cuya precisión escrupulosa alcanza al ridículo burocrático resultan fiables? Incluidos en el proyecto de presupuestos

[6] CRCEDHC, 76/3/362/1-6.

[7] Término de origen anglosajón utilizado para designar a los hombres de negocios nacidos al amparo de la NEP (Novaya Politika Ekonomicheskaya – Nueva Política Económica) iniciada por Lenin como una forma de solventar, siquiera en parte, el caos económico provocado por las medidas económicas adoptadas inicialmente por los bolcheviques. *(N. del T.)*

[8] CRCEDHC, 76/3/306. En una carta dirigida a Mejlis, F. Dzerzhinsky reconocía la ejecución de 650 personas llevada a cabo por algunos servicios a lo largo de 1924 y tan solo en la república de Rusia (CRCEDHC, 76/3/362/7-11).

de la GPU para 1925, tenían como función demostrar que la policía política no bajaba la guardia frente a todas las amenazas exteriores y merecía, por lo tanto, los fondos que le eran asignados. No son menos preciosos por ello para el historiador porque, más allá de las cifras, de la arbitrariedad de la categoría, revelan la permanencia de los métodos, de los enemigos potenciales y de una red momentáneamente menos activa pero siempre operativa.

A pesar de los recortes presupuestarios y de algunas críticas que surgían de dirigentes bolcheviques inconsecuentes, el activismo de la GPU no podía más que verse estimulado por el endurecimiento de la legislación penal. En efecto, los *Principios fundamentales de la legislación penal de la URSS*, adoptados el 31 de octubre de 1924, al igual que el nuevo Código penal de 1926, ampliaban sensiblemente la definición del crimen contrarrevolucionario y tipificaban la noción de «persona socialmente peligrosa». La ley incluía entre los crímenes revolucionarios todas las actividades que, sin pretender directamente derribar o debilitar al poder soviético, eran por sí mismas «notablemente para el delincuente», un «atentado contra las conquistas políticas o económicas de la revolución proletaria». Así la ley sancionaba no solamente las intenciones directas, sino también las intenciones eventuales o indirectas.

Además se consideraba como «socialmente peligrosa (...) a toda persona que hubiera acometido un acto peligroso contra la sociedad, o cuyas relaciones con un medio criminal o cuya actividad pasada representaran un peligro». Las personas designadas según estos criterios muy extensos podían ser condenadas, incluso en el caso de que no existiera ninguna culpabilidad. Estaba claramente precisado que «el tribunal puede aplicar las medidas de protección social a las personas reconocidas como socialmente peligrosas, sea por haber cometido un delito determinado, sea en el caso de que, perseguidas bajo la acusación de haber realizado un delito determinado sean declaradas inocentes por el tribunal pero reconocidas socialmente peligrosas». Todas estas disposiciones, codificadas en 1926, y entre las que figuraba el famoso artículo 58 del Código penal, con sus 14 párrafos que definían los crímenes contrarrevolucionarios, reforzaban el fundamento legal del terror[9]. El 4 de mayo de 1926, Dzerzhinsky envió a su adjunto Yagoda una carta en la que exponía un vasto programa de «lucha contra la especulación», muy revelador de los límites de la NEP y de las permanencias del «espíritu de guerra civil» entre los más altos dirigentes bolcheviques:

«La lucha contra la "especulación" reviste hoy en día una extrema importancia... Es indispensable limpiar Moscú de sus elementos parásitos y especuladores. He solicitado a Pauker que me reúna toda la documentación disponible sobre las fichas de los habitantes de Moscú en relación con este problema. De momento no he recibido nada de él. ¿No pensáis que debería crearse en la GPU un departamento especial de colonización que sería finan-

[9] *Istoria sovietskogo gosudartsva y prava* (Historia del Estado y del derecho soviéticos), Moscú, 1968, vol. 2, págs. 580-590.

ciado mediante un fondo especial alimentado por las confiscaciones...? Es preciso poblar con estos elementos parásitos (incluida su familia) de nuestras ciudades las zonas inhóspitas de nuestro país, siguiendo un plan preestablecido aprobado por el Gobierno. Debemos limpiar a cualquier precio nuestras ciudades de centenares de miles de especuladores y de parásitos que prosperan en ellas... estos parásitos nos devoran. A causa de ellos no hay mercancías para los campesinos, a causa de ellos los precios suben y nuestro rublo baja. La GPU debe enfrentarse a brazo partido con este problema, con la mayor energía»[10].

Entre las otras especificidades del sistema penal soviético figuraba la existencia de dos sistemas distintos de instrucción en materia criminal, uno judicial y el otro administrativo, y de dos sistemas de lugares de detención, uno gestionado por el comisariado del pueblo para el Interior, y el otro por la GPU. Al lado de las prisiones tradicionales en que estaban encarceladas las personas condenadas en virtud de un proceso «ordinario» existía un conjunto de campos de concentración gestionado por la GPU donde eran encerradas las personas condenadas por las jurisdicciones especiales de la policía política por uno de los crímenes relativos a esta institución: contrarrevolución bajo cualquiera de sus formas, bandidismo en gran escala, moneda falsa y delitos cometidos por miembros de la policía política.

En 1922, el Gobierno propuso a la GPU instalar un vasto campo de concentración en el archipiélago de las Solovky, cinco islas del mar Blanco a lo largo de Arcángel, de las que la principal abrigaba uno de los mayores monasterios de la Iglesia ortodoxa rusa. Después de haber expulsado a los monjes, la GPU organizó en el archipiélago un conjunto de campos de concentración reagrupados bajo las siglas SLON (Campos especiales de las Solovky). Los primeros efectivos, procedentes de los campos de Jolmogory y de Pertaminsk, llegaron a las Solovky a inicios del mes de julio de 1923. A finales de ese año, se contaba ya con 4.000 detenidos, en 1927 con 15.000 y a finales de 1928 con cerca de 38.000.

Una de las especificidades del conjunto penitenciario de las Solovky era su autogestión. Aparte del director y de algunos responsables, todos los puestos del campo de concentración estaban ocupados por detenidos. En su aplastante mayoría, eran antiguos colaboradores de la policía política condenados por abusos particularmente graves. Practicada por esta clase de individuos, la autogestión era sinónimo de la arbitrariedad más total que muy rápidamente agravó la situación casi privilegiada, ampliamente heredada del antiguo régimen, de la que se beneficiaban los detenidos que habían obtenido la condición de prisionero político. Bajo la NEP, la administración de la GPU distinguía en efecto tres categorías de detenidos.

La primera reunía a los políticos, es decir, exclusivamente a los miembros de los antiguos partidos menchevique, socialista-revolucionario y anarquista.

[10] CRCEDHC, 76/3/390/3-4.

Estos detenidos habían arrancado a Dzerzhinsky en 1921 —él mismo durante largo tiempo prisionero político bajo el zarismo durante el que había pasado cerca de diez años en prisión o en el exilio— un régimen político relativamente clemente: recibían una mejor alimentación, denominada «ración política», conservaban algunos efectos personales, y podían hacerse enviar periódicos y revistas. Vivían en comunidad y estaban sobre todo liberados de cualquier trabajo forzado. Este status privilegiado fue suprimido a finales de los años veinte.

La segunda categoría, la más numerosa, reagrupaba los «contrarrevolucionarios» miembros de los partidos políticos no socialistas o anarquistas, miembros del clero, antiguos oficiales del ejército zarista y antiguos funcionarios, cosacos participantes en las revueltas de Kronstadt o de Tambov, y a cualquier otra persona condenada en virtud del artículo 58 del Código penal.

La tercera categoría reagrupaba a los delincuentes de derecho común condenados por la GPU (bandidos, falsificadores de monedas) y a los antiguos chekistas condenados por diversos crímenes y delitos por su institución. Los contrarrevolucionarios, obligados a cohabitar con los delincuentes de derecho común que marcaban la ley en el interior del campo, estaban sometidos a la arbitrariedad más absoluta, al hambre, al frío extremo en invierno, a los mosquitos en verano —una de las torturas más frecuentes consistía en atar a los prisioneros desnudos en los bosques, como pasto de los mosquitos, particularmente numerosos y terribles en estas islas septentrionales sembradas de lagos. Para pasar de un sector a otro, recordaba uno de los más célebres prisioneros de la Solovky, el escritor Varlam Shalamov, los detenidos exigían tener las manos atadas detrás de la espalda y esto fue expresamente mencionado en el reglamento: «era el único medio de autodefensa de los detenidos contra la fórmula lacónica "muerto durante una tentativa de evasión"»[11].

Fue en el campo de las Solovky donde se puso realmente en funcionamiento, después de los años de improvisación de la guerra civil, el sistema de trabajo forzado que iba a conocer un desarrollo fulgurante a partir de 1929. Hasta 1925, los detenidos fueron ocupados de manera bastante poco productiva en diversos trabajos en el interior de los campos de concentración. A partir de 1926, la administración decidió suscribir contratos de producción con algunos organismos del Estado y explotar más «racionalmente» el trabajo forzado, que se había convertido en una fuente de beneficio y ya no constituía, según la ideología de los primeros campos «de trabajo correccional» de los años 1919-1920, una fuente de «reeducación». Reorganizados bajo las si-

[11] A. Solzhenitsyn, *L'Archipel du Goulag*, París, Le Seuil, 1975; V. Shalamov, *Grani*, núm. 77, 1972, págs. 42-44; A. Melnik, A. Socina et al, *Materialy k istoriko-gueograficheskomu atlasu Solovkov* (Documentos para un atlas histórico-político de las Solovky), *Zvenia*, vol. 1, Moscú, 1991, págs. 301-330. (Existe una edición española del *Archipiélago Gulag* pero es incompleta ya que solo incluye los dos primeros tomos de la obra. El primero fue editado por Plaza y Janés, Barcelona, en 1974; y el segundo por la misma editorial en 1976. Varlam Shalamov ha sido traducido al castellano de manera muy tardía. Sus *Relatos de Kolymá*, antigua obra maestra de la literatura concentracionaria, solo vio la luz en 1997 en una edición de Mondadori España.) *(N. del T.)*

glas USLON (Dirección de los campos especiales del Norte), los campos de concentración de Solovky se extendieron por el continente, primero en el litoral del mar Blanco. Fueron creados nuevos campos de concentración en 1926-1927 cerca de la desembocadura del Pechora, en Kem y en otros lugares de un litoral inhóspito, pero cuyas inmediaciones eran ricas en bosques. Se encargó a los detenidos que ejecutaran un programa preciso de producción, principalmente la tala de bosques. El crecimiento exponencial de los programas de producción necesitó rápidamente un número creciente de detenidos. Debía conducir, en junio de 1929, a una reforma capital del sistema de detención: el traslado de todos los detenidos condenados a penas superiores a tres años de prisión hacia los campos de trabajo. Esta medida iba a permitir un formidable desarrollo del sistema de los campos de trabajo. Laboratorio experimental del trabajo forzado, los «campos especiales» del archipiélago de las Solovky fueron la matriz de otro archipiélago en gestación, un archipiélago inmenso que crecería siguiendo la escala del país-continente entero: *El Archipiélago Gulag.*

Las actividades ordinarias de la GPU, con su cupo anual de algunos millares de condenas a penas de campos de concentración o de destierro en residencia vigilada, no excluían numerosas operaciones represivas específicas de gran amplitud. Durante los años tranquilos de la NEP, de 1923 a 1927, los episodios más masivos y sangrientos de la represión tuvieron lugar en realidad en las repúblicas periféricas de Rusia, en Transcaucasia y en Asia central. Estos países habían resistido ferozmente en su mayoría la conquista rusa del siglo XIX y no habían sido reconquistados sino tardíamente por los bolcheviques: el Azerbaidján en abril de 1920, Armenia en diciembre de 1920, Georgia en febrero de 1921, Daguestán a finales de 1921 y el Turkestán, con Bujara, en otoño de 1920. Todos ellos continuaron oponiendo una fuerte resistencia a la sovietización. «No controlamos más que las ciudades principales o más a menudo el centro de las ciudades principales», escribía en enero de 1923 Peters, el enviado plenipotenciario de la Cheka en Turkestán. En 1918, a finales de los años veinte y en ciertas regiones hasta 1935-1936, la mayor parte de Asia central, con excepción de las ciudades, fue controlada por los *basmachíes*. El término *basmachíes* («bandoleros», en uzbeko) era aplicado por los rusos a los diversos tipos de guerrilleros, sedentarios, pero también nómadas, uzbekos, kirguizes, turkmenos, que actuaban en varias regiones de manera independiente los unos de los otros.

El principal foco de la revuelta se situaba en el valle de la Fergana. Después de la conquista de Bujara por el Ejército Rojo en septiembre de 1920, la sublevación se extendió a las regiones oriental y meridional del antiguo emirato de Bujara y a la región septentrional de las estepas turkmenas. A inicios de 1921, el Estado Mayor del Ejército Rojo estimaba en 30.000 el número de *basmachíes* armados. La dirección del movimiento era heterogénea, formada por jefes locales, surgidos de los notables de la aldea o del clan, por jefes religiosos tradicionales pero también por nacionalistas musulmanes extraños en la

región, como Enver Pashá, el antiguo ministro de Defensa de Turquía, muerto en un enfrentamiento con destacamentos de la Cheka en 1922.

El movimiento *basmachí* era una sublevación espontánea, instintiva, contra el «infiel», el «opresor ruso», el antiguo enemigo que había vuelto a aparecer bajo una forma nueva, que se proponía no solamente apropiarse de las tierras y del ganado, sino también profanar el mundo espiritual musulmán. Guerra de «pacificación» de carácter colonial, la lucha contra los *basmachíes* movilizó, durante más de diez años, a una parte importante de las fuerzas armadas y de las tropas especiales de la policía política, uno de cuyos departamentos era precisamente el departamento oriental. Actualmente resulta imposible evaluar, incluso de manera aproximada, el número de víctimas de esta guerra [12].

El segundo gran sector del departamento oriental de la GPU era la Transcaucasia. En la primera mitad de los años veinte, el Daguestán, Georgia y Chechenia se vieron particularmente afectados por la represión. El Daguestán resistió a la penetración soviética hasta finales de 1921. Bajo la dirección del jeque Uzun Hadji, la confraternidad musulmana de los Nakshnandíes se puso al frente de una gran revuelta de montañeses, y la lucha adoptó el carácter de guerra santa contra el invasor ruso. Duró más de un año, pero ciertas regiones no fueron «pacificadas» más que en 1923-1924 y al precio de bombardeos masivos y de matanzas de civiles [13].

Después de tres años de independencia bajo un Gobierno menchevique, Georgia fue ocupada por el Ejército Rojo en febrero de 1921, y seguía siendo, según propia confesión de Aleksandr Myasnikov, el secretario del comité del partido bolchevique de Transcaucasia, «un asunto bastante arduo». El esquelético partido bolchevique local, que en tres años de poder había podido reclutar apenas a 10.000 personas, se enfrentaba con un segmento intelectual y nobiliario de cerca de 100.000 personas, muy antibolchevique, y a redes mencheviques todavía bastante vigorosas, puesto que el partido menchevique había contado allí en 1920 con más de 60.000 afiliados. A pesar del terror ejercido por la todopoderosa cheka de Georgia, ampliamente independiente de Moscú y dirigida por un joven dirigente policial de 25 años al que se le auguraba un gran porvenir, Lavrenti Beria, los dirigentes mencheviques en el exilio llegaron a finales de 1922 a organizar con otros partidos antibolcheviques un comité secreto para la independencia de Georgia, que preparó una sublevación. Iniciada el 28 de agosto de 1924 en la pequeña ciudad de Chiatura, esta sublevación, cuyos participantes esencialmente eran campesinos de la región de Guria, se apoderó en algunos días de cinco de los veinticinco distritos georgianos. Enfrentada con fuerzas superiores dotadas de artillería y de aviación, la insurrección fue aplastada en una semana. Sergov Ordzhonikidze, pri-

[12] A. Benningsen, C. Lemercier-Quelquejay, *Les Musulmans oubliés. L'Islam en Union soviétique,* París, Maspero, 1981, págs. 55-59.

[13] *Íbid*, págs. 53-54.

mer secretario del comité del partido bolchevique de Transcaucasia, y Lavrenti Beria se valieron del pretexto de esta sublevación para «acabar de una vez por todas con el menchevismo y la nobleza georgiana». Según datos recientemente publicados, 12.578 personas fueron fusiladas del 29 de agosto al 5 de septiembre de 1924. La amplitud de la represión fue tal que el mismo Buró político quedó sobrecogido por ella. La dirección del partido envió a Ordzhonikidze una llamada al orden, pidiéndole que no procediera ni a ejecuciones masivas y desproporcionadas ni a ejecuciones políticas sin haber sido expresamente autorizado por el Comité central. Las ejecuciones sumarias continuaron, no obstante, durante meses. En el pleno del Comité central, reunido en octubre de 1924 en Moscú, Sergov Ordzhonikidze concedió: «¡Quizá hemos exagerado un poco, pero allí no se puede hacer nada más!» [14].

Un año después de la represión de la sublevación georgiana de agosto de 1924, el régimen lanzó una vasta operación de «pacificación» de Chechenia en la que todos se habían empeñado en decir que el poder soviético no existía. Del 27 de agosto al 15 de septiembre de 1925, más de 10.000 hombres de las tropas regulares del Ejército Rojo, bajo la dirección del general Uborevich, apoyadas por unidades especiales de la GPU, procedieron a un intento de desarme de los guerrilleros chechenos que controlaban el país profundo. Decenas de millares de armas fueron aprehendidas y cerca de 1.000 «bandidos» detenidos. Frente a la resistencia de la población, el dirigente de la GPU, Unchlicht, reconoció que «las tropas debieron recurrir a la artillería pesada y al bombardeo de los nidos de bandidos más coriáceos». En virtud de esa nueva operación de «pacificación», llevada a cabo durante lo que se ha convenido en llamar «el apogeo de la NEP», Unchlicht concluía también su informe: «Como ha mostrado la experiencia de la lucha contra los *basmachíes* del Turkestán, y contra el bandidismo en Ucrania, en la provincia de Tambov y en otros lugares, la represión militar no es eficaz más que en la medida en que es seguida por una sovietización en profundidad del país» [15].

A partir de finales de 1926, después de la muerte de Dzerzhinsky, la GPU, dirigida entonces por el brazo derecho de la fundación de la Cheka, Vyacheslav Rudolfovich Menzhinsky —de origen polaco, como Dzerzhinsky—, parece haber sido de nuevo muy solicitada por Stalin, que preparaba su ofensiva política a la vez contra Trostsky y contra Bujarin. En enero de 1927, la GPU recibió la orden de acelerar la elaboración de fichas de los «elementos socialmente peligrosos y antisoviéticos» en el campo. En un año, el número de personas fichadas pasó de 30.000 a 72.000 aproximadamente. En septiembre de 1927, la GPU lanzó, en varias provincias, numerosas campañas de arresto de kulaks y otros «elementos socialmente peligrosos». A posteriori,

[14] M. Wehner, «Le soulèvement géorgien de 1924 et la réaction des bolcheviks» en *Communisme,* núms. 42-43-44, págs. 155-170.

[15] *Dokumenty o sobytiaj v Chechenie,* 1925 (Documentos sobre los acontecimientos de Chechenia, 1925), *Istochnik,* 1995/5, págs. 140-151.

estas operaciones aparecen como ejercicios preparatorios para las grandes redadas de kulaks durante la «deskulakización» del invierno de 1929-1930.

En 1926-1927, la GPU se mostró igualmente muy activa en la persecución de los opositores comunistas, etiquetados como «zinovievistas» o «trotskistas». La práctica de fichar y de seguir a los opositores comunistas había aparecido muy pronto, desde 1921-1922. En septiembre de 1923, Dzerzhinsky había propuesto, para «estrechar la unidad ideológica del partido», que los comunistas se dedicaran a transmitir a la policía política toda la información que obrara en su poder sobre la existencia de fracciones o de desviaciones en el seno del partido. Esta propuesta había suscitado un clamor de indignación entre bastantes, entre ellos Trotsky. No obstante, la costumbre de hacer vigilar a los opositores se generalizó en el curso de los años siguientes. La purga de la organización comunista de Leningrado dirigida por Zinoviev, en enero-febrero de 1926, implicó ampliamente a los servicios de la GPU. Los opositores no fueron solamente excluidos del partido. Se exilió a varios centenares de ellos a ciudades alejadas del país donde su suerte siguió siendo muy precaria, al no atreverse nadie a ofrecerles trabajo. En 1927, la persecución de los opositores trotskistas —algunos millares en el país— movilizó durante meses a una parte de los servicios de la GPU. Todos fueron fichados, centenares de trotskistas activos fueron arrestados y después exiliados por simple medida administrativa. En noviembre de 1927, todos los principales dirigentes de la oposición, Trotsky, Zinoviev, Kamenev, Radek, Rakovsky, fueron excluidos del partido y detenidos. Todos aquellos que se negaron a realizar su autocrítica pública fueron exiliados. El 19 de enero de 1928, *Pravda* anunció la salida de Moscú por parte de Trotsky y de un grupo de 30 opositores exiliados a Alma-Ata. Un año más tarde, Trotsky fue expulsado de la URSS. Con la transformación de uno de los principales artesanos del terror bolchevique en «contrarrevolucionario» se había iniciado una nueva etapa, bajo la responsabilidad del nuevo hombre fuerte del partido: Stalin. A inicios de 1928, justo después de haber eliminado a la oposición trotskista, la mayoría stalinista del Buró político decidió romper la tregua con una sociedad que le parecía separarse cada vez más de la vía por la que los bolcheviques deseaban conducirla. El enemigo principal seguía siendo, como diez años antes, la inmensa mayoría campesina, a la que se veía como una masa hostil, incontrolada e incontrolable. Así se inició el segundo acto de la guerra contra el campesinado, que como señala acertadamente el historiador Andrea Graziosi, «era no obstante bastante diferente de la primera. La iniciativa estaba además completamente en manos del Estado, y el actor social no podía más que reaccionar cada vez con más debilidad a los ataques desencadenados contra él» [16].

Incluso si, globalmente, la agricultura se había rehecho desde la catástrofe de los años 1918-1922, «el enemigo campesino» era más débil y el Estado

[16] A. Graziosi, *The Great Soviet Peasant War,* Ukrainian Research Institute, Harvard University, 1996, pág. 44.

más fuerte a finales de los años veinte que a inicios de la década. De ello dan testimonio, por ejemplo, la mejor información de la que disponían las autoridades sobre lo que sucedía en las aldeas, la elaboración de fichas de los «elementos socialmente extraños» que permitió a la GPU llevar a cabo las primeras redadas durante la deskulakización, la radicación progresiva, pero real, del «bandidismo», el desarme de los campesinos, la progresión constante del porcentaje de reservistas presentes en los períodos militares y el desarrollo de una red escolar más consistente. Como revela la correspondencia entre los dirigentes bolcheviques y los estenogramas de las discusiones en la esfera superior del partido, la dirección stalinista —al igual que sus oponentes—, Bujarin, Rykov y Kamenev— medía perfectamente en 1928 los riesgos de un nuevo asalto contra el campesinado. «Tendréis una guerra campesina, como en 1918-1919», previno Bujarin. Stalin estaba preparado para ella, fuera cual fuera el precio. Sabía que esta vez el régimen emergería vencedor de la misma[17].

La «crisis de las cosechas» de finales del año 1927 proporcionó a Stalin el pretexto que había buscado. El mes de noviembre de 1927 se vio caracterizado por una caída espectacular de las entregas de productos agrícolas a los organismos de cosecha del Estado, que adquirió proporciones catastróficas en diciembre. En enero de 1928 hubo que rendirse a la evidencia: a pesar de una buena cosecha, los campesinos no habían entregado más que 4,8 millones de toneladas en lugar de los 6,8 millones del año anterior. La bajada de los precios ofrecidos por el Estado, el encarecimiento y la penuria de los productos manufacturados, la desorganización de las agencias de cosecha y los rumores de guerra, en resumen, el descontento general del campesinado frente al régimen, explicaban esta crisis que Stalin calificó inmediatamente de «huelga de los kulaks».

El grupo stalinista tomó esto como un pretexto para recurrir nuevamente a las requisas y a toda una serie de medidas represivas ya experimentadas en el tiempo del comunismo de guerra. Stalin se dirigió en persona a Siberia. Otros dirigentes, tales como Andreyev, Mikoyán, Postyshev o Kossior, se dirigieron hacia las grandes regiones productoras de cereales, la región de las tierras negras, Ucrania y el Cáucaso del Norte. El 14 de enero de 1928, el Buró político dirigió a las autoridades locales una circular exigiéndoles «detener a los especuladores, a los kulaks y a otros desorganizadores del mercado y de la política de precios». Algunos «plenipotenciarios» —el término mismo recordaba la época de requisas de los años 1918-1921— y destacamentos de militantes comunistas fueron enviados a los campos para depurar a las autoridades locales, a las que se juzgaba complacientes con los kulaks, y para descubrir los excedentes ocultos, si era necesario con la ayuda de los campesinos pobres, a los que se les prometía la cuarta parte de los cereales encontrados en casa de los «ricos».

[17] A. Graziosi, *op. cit.*, págs. 44-45.

Entre el arsenal de medidas destinadas a penalizar a los campesinos recalcitrantes a la hora de entregar, en los plazos prescritos y a precios irrisorios inferiores en tres a cuatro veces a los del mercado, sus productos agrícolas, figuraba la multiplicación por dos, tres o cinco de las cantidades inicialmente fijadas. El artículo 107 del Código penal, que preveía una pena de tres años de prisión para cualquier acción que contribuyera a hacer subir los precios, fue también ampliamente utilizado. Finalmente los impuestos sobre los kulaks se multiplicaron por diez en dos años. Se procedió igualmente a la clausura de los mercados, medida que no afectaba ciertamente solo a los campesinos acomodados. En algunas semanas, todas estas medidas rompieron completamente la tregua que desde 1922-1923 se había establecido a regañadientes entre el régimen y el campesinado. Las requisas y las medidas represivas no tuvieron otro efecto que agravar la crisis. De inmediato, las autoridades obtuvieron por la fuerza una cosecha apenas inferior a la de 1927; pero al año siguiente, como en el tiempo del comunismo de guerra, los campesinos reaccionaron disminuyendo sus superficies sembradas»[18].

La «crisis de las cosechas» del invierno de 1927-1928 desempeñó un papel crucial en el giro que tomaron los acontecimiento a continuación. Stalin, efectivamente, extrajo toda una serie de conclusiones referidas a la necesidad de crear «fortalezas del socialismo» en los campos —koljozes y sovjozes gigantes—, de colectivizar la agricultura a fin de controlar directamente la producción agrícola y a los productores sin tener que pasar por las leyes del mercado, y de desembarazarse de una vez por todas de los kulaks «liquidándolos como clase».

En 1928, el régimen quebró igualmente la tregua que había concluido con otra categoría social, los *spetzy*, esos «especialistas burgueses» surgidos de la intelligentsia del antiguo régimen, que, a finales del los años veinte, seguían ocupando la inmensa mayoría de los puestos de directivos tanto en las empresas como en las administraciones. Durante el pleno del Comité central de abril de 1928 se anunció el descubrimiento de una empresa de «sabotaje industrial» en la región de Shajty, una cuenca hullera del Donbass, en el seno del trust Donugol, que empleaba a «especialistas burgueses» y mantenía relaciones con medios financieros occidentales. Algunas semanas más tarde, cincuenta y tres acusados, en su mayoría ingenieros y dirigentes de empresa, comparecieron en el primer proceso político público desde el proceso de los socialistas-revolucionarios en 1922. Once de los acusados fueron condenados a muerte, y cinco ejecutados. Este proceso ejemplar, ampliamente relatado por la prensa, ilustraba uno de los principales mitos del régimen, el del «saboteador a sueldo del extranjero» que iba a servir para movilizar a militantes e informadores de la GPU, «para explicar» todos lo fracasos económicos, pero

[18] M. Lewin, *La Paysannerie et le pouvoir soviétique*, 1928-1930, París, Mouton, 1968; E. H. Carr, R. W. Davies, *Foundations of a Planned Economy*, vol. 1, Londres, Pelican, 1974, páginas 71-112.

también para permitir «requisar» cuadros para las nuevas «oficinas especiales de construcción de la GPU», convertidas en célebres bajo el nombre de *sharashki*. Millares de ingenieros y de técnicos condenados por sabotaje purgaron su pena en las obras y las empresas del primer plan. En los meses que siguieron al proceso de Shajty, el departamento económico de la GPU fabricó varias decenas de asuntos similares, fundamentalmente en Ucrania. Solamente en el complejo metalúrgico Yugostal de Dniepropetrovsk, ciento doce cuadros fueron detenidos en el curso del mes de mayo de 1928[19].

Los cuadros industriales no fueron los únicos contemplados por la vasta operación antiespecialistas desencadenada en 1928. Numerosos profesores y estudiantes de origen «socialmente extraño» fueron excluidos de la enseñanza superior con ocasión de una de las numerosas campañas de purga de las universidades y de promoción de una nueva «inteligencia roja y proletaria».

El endurecimiento de la represión y las dificultades económicas de los últimos años de la NEP, marcadas por un paro creciente y por un ascenso de la delincuencia, tuvieron como resultado un crecimiento espectacular del número de condenas penales: 578.000 en 1926, 709.000 en 1927, 909.000 en 1928 y 1.178.000 en 1929[20]. Para intentar contener este flujo que congestionaba unas prisiones que no contaban en 1928 más que con cincuenta mil plazas, el Gobierno adoptó dos decisiones importantes. La primera, en virtud del decreto del 26 de marzo de 1928, proponía, para los delitos menores, reemplazar las reclusiones de corta duración por trabajos correctivos efectuados sin remuneración en «empresas, en obras públicas, y en las explotaciones forestales». La segunda medida, tomada en virtud de un decreto de 27 de junio de 1929, iba a tener inmensas consecuencias. Preveía, en efecto, transferir a todos los detenidos de las prisiones condenados a penas superiores a tres años a campos de trabajo que tendrían como finalidad «la revalorización de las riquezas naturales de las regiones orientales y septentrionales del país». La idea flotaba en el aire desde hacía varios años. La GPU había iniciado un vasto programa de producción de madera para la exportación. Ya había pedido en varias ocasiones a la dirección principal de lugares de detención del comisariado del pueblo para el Interior, que gestionaba las prisiones ordinarias, suplementos de su mano de obra. Efectivamente, «sus» propios detenidos de los campos especiales de las Solovky, que eran 38.000 en 1928, no resultaban suficientes para alcanzar la producción prevista[21].

La preparación del primer plan quinquenal puso a la orden del día las cuestiones del reparto de la mano de obra y de la explotación de regiones inhóspitas pero ricas en recursos naturales. Con esta perspectiva, la mano de obra penal inutilizada hasta entonces podía llegar a convertirse, a condición de que se la explotara bien, en una verdadera riqueza cuyo control y gestión

[19] E. H. Carr, R. W. Davies, *op. cit.*, págs. 610-642.

[20] *Sovietskaya Yustitsya*, 1930, núm. 24-25, pág. 2.

[21] N. Werth, G. Moullec, *op. cit.*, pág. 355.

se convertirían en una fuente de ingresos, de influencia y de poder. Los dirigentes de la GPU, en particular Menzhinsky y su adjunto Yagoda, apoyados por Stalin, eran bien conscientes del envite. Pusieron en funcionamiento, desde el verano de 1929, un plan ambicioso de «colonización» de la región de Narym que cubría 350.000 kilómetros cuadrados de taiga en Siberia occidental, y no dejaron de reclamar sin cesar la aplicación inmediata del decreto de 27 de junio de 1929. En este contexto germinó la idea de la «deskulakización», es decir, la deportación en masa de todos los supuestos campesinos acomodados, los kulaks, que no podían, según se consideraba en los medios oficiales, más que oponerse violentamente a la colectivización[22].

Stalin y sus partidarios necesitaron, no obstante, un año entero para acabar con las resistencias, en el seno mismo de la dirección del partido, contra la política de colectivización forzada, de deskulakización y de industrialización acelerada, tres aspectos inseparables de un programa coherente de transformación brutal de la economía y de la sociedad. Este programa se fundaba a la vez en la detención de los mecanismos del mercado, la expropiación de las tierras campesinas y la revalorización de las riquezas naturales de las regiones inhóspitas del país gracias al trabajo forzado de millones de proscritos, deskulakizados y otras víctimas de esta «segunda revolución».

La oposición denominada de «derechas», dirigida fundamentalmente por Rykov y Bujarin, consideraba que la colectivización solo podía desembocar en «la explotación militar feudal» del campesinado, la guerra civil, el desencadenamiento del terror, el caos y el hambre. Fue aplastada en abril de 1929. En el curso del verano de 1929, los «derechistas» fueron cotidianamente atacados mediante una campaña de prensa de una rara violencia, que los acusó de colaboración con los «elementos capitalistas» y «colusión con los trotskistas». Totalmente desacreditados, los opositores realizaron públicamente su autocrítica en el pleno del Comité central de noviembre de 1929.

Mientras que se desarrollaban en la cima los diversos episodios de la lucha entre partidarios y adversarios del abandono de la NEP, el país se hundía en una crisis económica cada vez más profunda. Los resultados agrícolas de 1928-1929 fueron catastróficos. A pesar del recurso sistemático a un abundante arsenal de medidas coercitivas que afectaron al conjunto del campesinado —multas elevadas, pena de prisión para aquellos que se negaran a vender su producción a los organismos del Estado—, la campaña de cosecha del invierno 1928-1929 aportó menos cereales que la anterior, creando un clima de tensión extrema en los campos. La GPU censó, de enero de 1928 a diciembre de 1929, es decir, antes de la colectivización forzosa, más de 1.300 disturbios y «manifestaciones de masas» en los campos, durante las cuales decenas de millares de campesinos fueron detenidos. Otra cifra da cuenta del clima que reinaba entonces en el país: en 1929, más de 3.200 funcionarios so-

[22] O. Jlevnyuk, *Le Cercle du Kremlin. Staline et le Bureau politique dans les années 1930: les jeux du pouvoir*, París, Le Seuil, 1996, págs. 38-40.

viéticos fueron víctimas de «actos terroristas». En febrero de 1929, las cartillas de racionamiento que habían desaparecido desde inicios de la NEP hicieron su reaparición en las ciudades donde se había instalado la penuria generalizada desde que las autoridades habían cerrado la mayor parte de los pequeños comercios y de los talleres de artesanos, calificados de empresas «capitalistas».

Para Stalin, la situación crítica de la agricultura se debía a la acción de los kulaks y de otras fuerzas hostiles que se preparaban para «minar el régimen soviético». El envite resultaba claro: los «capitalistas rurales» o los koljozes. En junio de 1929, el Gobierno anunció el inicio de una nueva fase, la de la «colectivización en masa». Los objetivos del primer plan quinquenal, ratificado en abril por la XVI Conferencia del partido, fueron revisados al alza. El plan preveía inicialmente la colectivización de 5.000.000 de hogares, es decir, el 20 por 100 aproximadamente de las explotaciones, de entonces a finales del quinquenio. En junio se anunció un objetivo de 8.000.000 de hogares para el año 1930 solamente. ¡En septiembre, de 13.000.000! Durante el verano de 1929, las autoridades movilizaron a decenas de millares de comunistas, de sindicalistas, de miembros de las juventudes comunistas (los komsomoles), de obreros, y de estudiantes, enviados a las aldeas y dirigidos por los responsables locales del partido y por los agentes de la GPU. Se fueron ampliando las presiones sobre los campesinos mientras que las organizaciones locales del partido rivalizaban en ardor por batir récords de colectivización. El 31 de octubre de 1929, *Pravda* apeló a la «colectivización total», sin ningún límite en el movimiento. Una semana más tarde, con ocasión del duodécimo aniversario de la Revolución, Stalin publicó su famoso artículo «El Gran Giro», fundado en una apreciación fundamentalmente errónea según la cual «el campesino medio ha girado hacia los koljozes». La NEP había pasado a la historia.

7

COLECTIVIZACIÓN FORZOSA Y DESKULAKIZACIÓN

Como lo confirman los archivos hoy en día accesibles, la colectivización forzosa del campo fue una verdadera guerra declarada por el Estado soviético contra toda una nación de pequeños productores. Más de dos millones de campesinos deportados, de los cuales un millón ochocientos mil lo fue en 1930-1931, seis millones de muertos a causa del hambre, centenares de miles de muertos en la deportación: estas cifras dan la medida de la tragedia humana que fue ese gran «asalto» contra el campesinado. Lejos de reducirse al invierno de 1929-1930, esta guerra duró al menos hasta mediados los años treinta, culminando en el curso de los años 1932-1933, marcados por una terrible hambre deliberadamente provocada por las autoridades para quebrantar la resistencia del campesinado. La violencia ejercida contra los campesinos permitió experimentar métodos aplicados a continuación a otros grupos sociales. En este sentido, constituye una etapa decisiva en el desarrollo del terror stalinista.

En su informe al pleno del Comité central de noviembre de 1939, Vyacheslav Molotov había declarado: «En el marco del plan no se plantea la cuestión de los ritmos de la colectivización. (...) Queda noviembre, diciembre, enero, febrero, marzo, cuatro meses y medio en el curso de los cuales, si los imperialistas nos atacan directamente, tenemos que realizar una penetración decisiva en el área de la economía y de la colectivización». Las decisiones del pleno se ocuparon de esta huida hacia adelante. Una comisión elaboró un nuevo calendario de colectivización que, después de varias revisiones al alza, fue promulgado el 5 de enero de 1930. El Cáucaso del Norte, y el Volga bajo y medio debían ser completamente colectivizados desde el otoño de 1930. Las otras regiones productoras de cereales lo serían un año más tarde[1].

[1] N. A. Ivnitsky, *Kollektivizatsya i raskulachivanie* (Colectivización y deskulakización), Moscú, 1994, págs. 32-49.

El 27 de diciembre de 1929, Stalin ya había anunciado el paso de «la limitación de las tendencias explotadoras de los kulaks a la liquidación de los kulaks como clase». Una comisión del Buró político, presidida por Molotov, fue encargada de poner en funcionamiento las medidas prácticas para esta liquidación. Definió tres categorías de kulaks: los primeros, «involucrados en actividades contrarrevolucionarias», debían ser detenidos y trasladados a los campos de trabajo de la GPU o ejecutados en caso de resistencia, siendo sus familias deportadas y sus bienes confiscados. Los kulaks de segunda categoría, definidos como «aquellos que manifiestan una oposición menos activa, pero no obstante archiexplotadores, y, por este hecho, naturalmente inclinados a ayudar a la contrarrevolución», debían ser detenidos y deportados con su familia a regiones apartadas del país. Finalmente, los kulaks de tercera categoría, calificados de «leales al régimen», serían instalados de oficio en las márgenes de los distritos en los que residían, «fuera de las zonas colectivizadas en tierras que necesitaran una bonificación». El decreto precisaba que «la cantidad de explotaciones kulaks que había que liquidar en un plazo de cuatro meses (...) se sitúa en una horquilla que va del 3 al 5 por 100 del número total de las explotaciones», cifra indicativa que pretendía guiar las operaciones de deskulakización[2].

Coordinados en cada distrito por una troika compuesta por el primer secretario del comité del partido, el presidente del comité ejecutivo de los soviets y el responsable local de la GPU, las operaciones fueron llevadas a cabo en el terreno por comisiones y brigadas de deskulakización. La lista de los kulaks de primera categoría, que comprendía sesenta mil cabezas de familia según el «plan indicativo» establecido por el Buró político, era de competencia exclusiva de la policía política. En cuanto a las listas de kulaks de las otras categorías, eran preparadas sobre el terreno teniendo en cuenta las «recomendaciones» de los «activistas» del pueblo. ¿Quiénes eran esos activistas? Uno de los más cercanos colaboradores de Stalin, Sergov Ordzhonikidze, los describía de la siguiente manera: «ya que no hay militantes del partido en el pueblo, se ha puesto generalmente a un *joven comunista*, se le ha colocado como adjuntos a dos o tres campesinos pobres y este *aktiv* (grupo de activistas) se ha encargado de realizar de manera personal todos los asuntos del pueblo: colectivización, deskulakización»[3]. Las instrucciones eran claras: colectivizar el mayor número posible de explotaciones y detener a los recalcitrantes, a los que se etiquetaba de kulaks.

Tales prácticas abrían de manera natural el camino a incontables abusos igual que a cualquier tipo de ajuste de cuentas. ¿Cómo definir al kulak? ¿El kulak de segunda categoría o el de tercera categoría? En enero-febrero de 1930 ya no se podían ni siquiera utilizar los criterios que definían la explotación kulak, pacientemente elaborados después de cuidadosas discusiones manteni-

[2] *Ibid.*, págs. 49-69.

[3] A. Graziosi, *art. cit.*, pág. 449.

das por diferentes ideólogos y economistas del partido durante los años previos. Efectivamente, en el curso del último año, los kulaks se habían empobrecido considerablemente para hacer frente a los impuestos cada vez más gravosos que pesaban sobre ellos. Ante la ausencia de signos exteriores de riqueza, las comisiones debían recurrir a las listas fiscales, a menudo antiguas e incompletas, conservadas por el soviet rural, a los informes de la GPU, a las denuncias de vecinos atraídos por la posibilidad de robar los bienes de otro. Efectivamente, en lugar de proceder a un inventario preciso y detallado de los bienes y transferirlos, según las instrucciones oficiales, al fondo inalienable del koljoz, las brigadas de deskulakización actuaban según la orden «comamos y bebamos, todo es nuestro». Como lo señalaba un informe de la GPU procedente de la provincia de Smolensk, «los deskulakizadores quitaban a los campesinos acomodados sus ropas de invierno y su ropa interior caliente, apoderándose en primer lugar del calzado. Dejaban a los kulaks en calzones, echaban mano de todo, incluidos los viejos calzados de caucho, las ropas de mujer, el té de 50 kopecks, atizadores, jarros... Las brigadas confiscaban hasta las pequeñas almohadas que se colocaban bajo la cabeza de los niños, incluso la kasha que se cocía en el horno y que arrojaban sobre los iconos después de haberlos roto»[4]. Las propiedades de los campesinos deskulakizados fueron a menudo simplemente saqueadas o vendidas al mejor postor a precios irrisorios. Algunas isbas fueron compradas por 60 kopecks, vacas por 15 kopecks —es decir, a precios varios centenares de veces inferiores a su valor real— por los miembros de las brigadas de deskulakización. Posibilidad ilimitada de pillaje, la deskulakización sirvió también a menudo de pretexto para arreglar cuentas personales.

En esas condiciones, no resulta sorprendente que, en algunos distritos, entre el 80 y el 90 por 100 de los campesinos deskulakizados hubieran sido *serednyaki*, es decir, campesinos medios. Había que alcanzar, y si era posible superar, el número «indicativo» de los kulaks presentado por las autoridades locales. Se detuvo y deportó a campesinos nada más que por haber vendido durante el verano granos en el mercado o por haber empleado dos meses en 1925 o en 1926 a un obrero agrícola, por haber poseído dos samovares, por haber dado muerte a un cerdo en septiembre de 1929 «con la finalidad de consumirlo y de sustraerlo así a la apropiación socialista». Un campesino de ese tipo era detenido bajo el pretexto de que se había «entregado al comercio» aunque no era más que un campesino pobre que vendía los productos de su propia elaboración. Otro era deportado bajo el pretexto de que su tío había sido oficial zarista. Otro más era etiquetado de kulak a causa de que «frecuentaba de manera asidua la iglesia». Pero por regla general, se era catalogado como kulak por el único hecho de ser abiertamente opuesto a la colectiviza-

[4] M. Fainsod, *Smolensk à l'heure de Staline*, París, Fayard, 1967, págs. 271-277; R. W. Davies, *The Socialist Offensive. The Collectivisation of Soviet Agriculture*, Londres, MacMillan, 1980, págs. 243-251.

ción. Reinaba tal confusión en las brigadas de deskulakización que se alcanzaba a veces las cimas de lo absurdo. Así, en una población de Ucrania, por no citar más que este ejemplo, un *serednyak*, miembro de una brigada de deskulakización, fue arrestado como kulak por representantes de otra brigada de deskulakización ¡que estaba realizando su labor en el otro extremo de la población!

No obstante, después de una primera fase que sirvió en algunos casos de pretexto para llevar a cabo ajustes de cuentas pendientes, o simplemente para entregarse al pillaje, la comunidad campesina no tardó en unirse frente a los «deskulakizadores» y a los «colectivizadores». En enero de 1930, la GPU censó 402 revueltas y «manifestaciones de masas» campesinas contra la colectivización y la deskulakización, en febrero 1.048 y en marzo 6.528 [5].

Esta resistencia masiva e inesperada del campesinado obligó al poder a modificar momentáneamente sus planes. El 2 de marzo de 1930, todos los periódicos soviéticos publicaron el famoso artículo de Stalin, «El vértigo del éxito», en el que este condenaba, «las numerosas violaciones del principio del voluntariado en la adhesión de los campesinos a los koljozes», imputando los «excesos» de la colectivización y de la deskulakización a los responsables locales «ebrios de éxito». El impacto del artículo fue inmediato. Durante solamente el mes de marzo, más de cinco millones de campesinos abandonaron los koljozes. Sin embargo, los problemas y desórdenes relacionados con la reapropiación, a menudo violenta, de los útiles y del ganado por parte de sus propietarios no cesaron. Durante el curso del mes de marzo, las autoridades centrales recibieron cotidianamente informes de la GPU señalando sublevaciones masivas en Ucrania occidental, en la región central de las tierras negras, en el Cáucaso Norte y en el Kazajstán. En total, la GPU contabilizó durante ese mes crítico más de 6.500 «manifestaciones de masas», de las que más de 800 debieron ser «aplastadas por la fuerza armada». En el curso de estos acontecimientos, más de 1.500 funcionarios fueron muertos, resultaron heridos o recibieron palizas. El número de víctimas entre los insurgentes no se conoce, pero debe contarse por millares [6].

Al inicio del mes de abril, el poder se vio obligado a realizar nuevas concesiones. Envió a las autoridades locales varias circulares solicitando un ritmo más lento de colectivización, reconociendo que existía un peligro real de «una verdadera oleada de guerras campesinas» y de «un aniquilamiento físico de la mitad de los funcionarios locales del poder soviético». En abril, el número de

[5] V. Danilov, A. Berelowitch, «Les Documents de la VCK-OGPU-NKVD sur la campagne soviétique, 1918-1937» en *Cahiers du Monde russe*, XXXV (3), julio-septiembre de 1994, páginas 671-676.

[6] *Ibid.*, pág. 674; A. Graziosi, «Collectivisation, révoltes paysannes et politiques gouvernementales à travers les rapports du GPU d'Ukraine de février-mars 1930» en *Cahiers du Monde russe*, XXXV (3), 1994, págs. 437-632.

revueltas y de manifestaciones campesinas bajó, resultando todavía impresionante con 1.992 casos registrados por la GPU. El descenso se aceleró a partir del verano: 886 revueltas en junio, 618 en julio y 256 en agosto. En total, durante el año 1930, cerca de dos millones y medio de campesinos participaron en cerca de 14.000 revueltas, motines y manifestaciones de masas contra el régimen. Las regiones más afectadas fueron Ucrania, en particular Ucrania occidental, donde distritos enteros, fundamentalmente en las fronteras de Polonia y de Rumania, escaparon al control del régimen, la región de las tierras negras y el Cáucaso del Norte [7].

Una de las particularidades de estos movimientos fue el papel clave que desempeñaban en los mismos las mujeres, enviadas a primera línea con la esperanza de que no serían sometidas a represiones demasiado severas [8]. Pero si las manifestaciones de campesinas protestando contra la clausura de la iglesia o la colectivización de las vacas lecheras, que ponía en tela de juicio la propia supervivencia de sus hijos, afectaron de manera muy particular a las autoridades, también hubo numerosos enfrentamientos sangrientos entre destacamentos de la GPU y grupos de campesinos armados con horcas y hachas. Centenares de soviets fueron saqueados, mientras que los comités campesinos tomaban en sus manos, por algunas horas o por algunos días, los asuntos de la aldea, formulando una lista de reivindicaciones, entre las que figuraban reunidas la restitución de los útiles y del ganado confiscado, la disolución del koljoz, la restauración de la libertad de comercio, la reapertura de la iglesia, la restitución a los kulaks de sus bienes, el regreso de los campesinos deportados, la abolición del poder bolchevique o... el restablecimiento de «Ucrania independiente» [9].

Aunque los campesinos llegaron, fundamentalmente en marzo y en abril, a perturbar los planes gubernamentales de colectivización acelerada, sus éxitos fueron de corta duración. A diferencia de lo que había pasado en 1920-1921, no llegaron a poner en funcionamiento una verdadera organización, a encontrar dirigentes y a federarse salvo en el ámbito regional. Carentes de tiempo frente a un régimen que reaccionó con rapidez, carentes de cuadros porque habían sido diezmados durante la guerra civil, carentes de armas porque progresivamente habían sido confiscadas en el curso de los años veinte, las revueltas campesinas duraron mucho.

La represión fue terrible. Solamente en los distritos fronterizos de la Ucrania occidental, la «limpieza de los elementos contrarrevolucionarios» condujo al arresto, a finales del mes de marzo de 1930, de más de 15.000 personas. La GPU de Ucrania detuvo además en el plazo de cuarenta días, del 1 de febrero al 15 de marzo, a otras 26.000 personas, de las que 650 fueron fusiladas. Según los datos de la GPU, 20.200 personas fueron condenadas a

[7] V. Danilov, A. Berelowitch, *art.cit.*, págs. 674-676.

[8] L. Viola, «Babii bunty» (Las revueltas campesinas) en *Russian Review*, 45, 1986, págs. 23-42.

[9] A. Graziosi, *art. cit.*

muerte en 1930 solamente por las jurisdicciones de excepción de la policía política [10].

Mientras que se proseguía la represión de los «elementos contrarrevolucionarios», la GPU aplicaba la directiva número 44/21 de G. Yagoda sobre el arresto de 60.000 kulaks de primera categoría. A juzgar por los informes cotidianos enviados a Yagoda, la operación fue llevada a cabo a la perfección: el primer informe, de fecha de 6 de febrero, hace referencia a 15.985 individuos detenidos. El 9 de febrero, 25.245 personas habían sido, según la propia expresión de la GPU, «retiradas de la circulación». El «informe secreto» *(spetzsvodka)* de fecha de 15 de febrero precisaba: «En liquidaciones, en individuos retirados de la circulación y en operaciones de masa, se alcanza un total de 64.589, de los que 52.166 han sido retirados en el curso de las operaciones preparatorias (1.ª categoría); y 12.423 retirados en el curso de las operaciones de masa». En unos días, el «plan» de 60.000 kulaks de primera categoría había sido superado [11].

En realidad, los kulaks solo representaban una parte de las personas «retiradas de la circulación». Los agentes locales de la GPU se habían aprovechado de la ocasión para «limpiar» su distrito de los «elementos socialmente extraños», entre los que figuraban «policías del antiguo régimen», «oficiales blancos», «ministros de culto», «monjas», «artesanos rurales», antiguos «comerciantes», «miembros de la intelligentsia rural» y «otros». Al final del informe de 15 de febrero de 1930, que detallaba las diversas categorías de individuos detenidos en el contexto de la liquidación de los kulaks de primera clase, Yagoda escribió: «Las regiones Noreste y Leningrado no han comprendido nuestras consignas o no quieren entenderlas. *Hay que obligarles a comprender*. Estamos limpiando los territorios de popes, comerciantes y demás. Si dicen «demás» quiere decir que no saben *a quiénes detienen*. Tendremos todo el tiempo del mundo para desembarazarnos de los popes y de los comerciantes, hoy en día donde hay que golpear precisamente es en el blanco: *los kulaks* y los kulaks contrarrevolucionarios» [12]. ¿Cuántos individuos detenidos en el marco de la operación de «liquidación de los kulaks de primera categoría» fueron ejecutados? Hasta el día de hoy no está disponible ningún dato al respecto.

Los kulaks de «1.ª categoría» constituyeron, sin duda, una parte notable de los primeros contingentes de detenidos transferidos a los campos de trabajo. En el verano de 1930, la GPU había ya puesto en funcionamiento una vasta red de campos de este tipo. El conjunto penitenciario más antiguo, el de las islas Solovky, continuó su extensión por el litoral del mar Blanco, de Care-

[10] A. Graziosi, *art. cit.*, pág. 462; V. P. Popov, «Gosudarstvennyi terror v Sovietskoi Rossii, 1923-1953» (Terror de Estado en la Rusia soviética, 1923-1953) en *Otechestvennye Arjivy*, 1992, núm. 2, pág. 28.

[11] N. A. Ivnitsky, *op. cit.*, pág. 106.

[12] V. Danilov, A. Berelowitch, *art. cit.*, págs. 665-666.

lia a la región de Arcángel. Más de 40.000 detenidos construían la ruta Kem-Ujta y aseguraban la mayor parte de la producción de madera exportada desde el puerto de Arcángel. El grupo de campos de concentración del norte, que reunía aproximadamente a 40.000 detenidos, se dedicaba a la construcción de una vía de ferrocarril de trescientos kilómetros que enlazaría Ust, Sysolsk y Piniug, y a un camino de doscientos noventa kilómetros que uniría Ust, Sysolsk y Ujta. En el grupo de los campos de concentración de Extremo Oriente, los 15.000 detenidos constituían la mano de obra exclusiva de la construcción de la línea ferroviaria de Boguchachinsk. Un cuarto conjunto, el denominado de la Vichera que incluía a 20.000 detenidos aproximadamente, proporcionaba la mano de obra para el gran combinado químico de Berezniki en los Urales. Finalmente, el grupo de campos de concentración de Siberia, es decir 24.000 detenidos aproximadamente, contribuía a la construcción de la línea de ferrocarril Tomsk-Yenisseisk y del combinado metalúrgico de Kuznetsk [13].

En un año y medio, de finales de 1928 al verano de 1930, la mano de obra penal explotada en los campos de la GPU se había multiplicado por 3,5, pasando de 40.000 a 140.000 detenidos aproximadamente. Los éxitos de la explotación de esta fuerza de trabajo estimularon al poder para realizar nuevos grandes proyectos. En junio de 1930, el Gobierno decidió construir un canal de doscientos cuarenta kilómetros de largo, excavado en su mayor parte en una roca granítica, que uniría el mar Báltico con el mar Blanco. Carente de medios técnicos y de máquinas, este proyecto faraónico necesitaba una mano de obra de al menos 120.000 detenidos, que trabajara solamente con útiles del tipo de picos, palas y carretillas. Pero en el verano de 1930, con la deskulakización que llegaba a su apogeo, la mano de obra penal era, menos que nunca, un producto deficitario.

En realidad, la masa de deskulakizados era tal —más de 700.000 personas a finales de 1930, más de 1.800.000 a finales de 1931 [14]— que «las estructuras de encuadramiento» no «podían formarse a la misma velocidad». En la improvisación y la anarquía más completa se desarrollaron las operaciones de deportación de la inmensa mayoría de los kulaks de las denominadas «segunda» o «tercera» categoría. Llegaron a una forma sin precedente de «deportación-abandono», a la rentabilidad económica nula para las autoridades, pese que a uno de los objetivos principales de las deskulakización era la revalorización, gracias a los deportados, de regiones inhóspitas, pero ricas en recursos naturales, del país [15].

Las deportaciones de kulaks de segunda categoría comenzaron desde la primera semana de febrero de 1930. Según el plan acordado por el Buró polí-

[13] O. Jlevnyuk (O. Khlevniouk), *op. cit.*, pág. 37.

[14] V. N. Zemskov, «Kulaskaya ssylka v 30-ye gody» (La deportación de los kulaks en los años treinta) en *Sotsiologuicheskie issledovania*, 1991, núm. 10, págs. 3-20.

[15] N. Werth, «"Déplacés spéciaux" et "colons de travail" dans la société stalinienne» en *XX siècle*, núm. 54, abril-junio 1997, págs. 34-50.

tico, 60.000 familias debían ser deportadas en el curso de una primera fase que debía concluir a finales de abril. La región norte debía acoger a 45.000 familias, los Urales a 15.000. El 16 de febrero, sin embargo, Stalin telegrafió a Eije, primer secretario del comité regional del partido de Siberia occidental: «Es inadmisible que Siberia y el Kazajstán pretendan no estar preparados para la acogida de los deportados. Siberia debe recibir de manera imperativa a 15.000 familias de aquí a finales de abril». En respuesta, Eije envió a Moscú un «presupuesto» estimativo de los costes para «la instalación» del contingente planificado de deportados que ascendía a cuarenta millones de rublos, ¡suma que no recibió jamás! [16].

También las operaciones de deportación se vieron señaladas por una ausencia completa de coordinación entre los diferentes eslabones de la cadena. Los campesinos detenidos fueron alojados durante semanas en locales improvisados —cuarteles, edificios administrativos, estaciones—, de donde un gran número de ellos consiguió huir. La GPU había previsto para la primera fase 240 envíos de 53 vagones, estando cada envío, según las normas definidas por la GPU, compuesto de 44 vagones de ganado en cada uno de los cuales había cuarenta deportados, de ocho vagones para el transporte de los útiles, el avituallamiento y algunos bienes que pertenecían a los deportados, con un límite de 480 kilos por familia, y de un vagón para el transporte de los guardianes. Según testifica la correspondencia acerba cruzada entre la GPU y el comisariado del pueblo para Transportes, los convoyes no llegaban más que con cuentagotas. En los grandes centros de clasificación, en Vologda, Kotlas, Rostov, Sverdlovsk y Omsk, se quedaban inmovilizados durante semanas con su cargamento humano. El estacionamiento prolongado de estos transportes de réprobos, en los que mujeres, niños y ancianos estaban representados en buen número, no pasaba por regla general inadvertido a la población local, según lo atestiguan las numerosas cartas colectivas enviadas a Moscú, estigmatizando «la matanza de inocentes» y firmadas por el «colectivo de obreros y empleados de Vologda» o de los «ferroviarios de Kotlas» [17].

En estos envíos inmovilizados en pleno invierno en alguna vía secundaria, a la espera de un lugar de destino donde pudieran ser «instalados» los deportados, el frío, la ausencia de higiene y las epidemias implicaban, según los transportes, una mortalidad sobre la cual se dispone de pocas cifras para los años 1930-1931.

Una vez encaminados por transporte ferroviario hasta una estación, los hombres válidos eran a menudo separados de su familia, instalados provisionalmente en barracas levantadas deprisa y corriendo, y enviados bajo escolta hacia los «lugares de colonización» situados, como lo preveían las instrucciones oficiales, «a distancia de las vías de comunicación». El interminable periplo se continuaba, por lo tanto, durante varios centenares de kilómetros toda-

[16] N. Ivnitsky, *op. cit.*, pág. 124.
[17] N. Werth, G. Moullec, *op. cit.*, pág. 140.

vía, con o sin la familia, si era en invierno en convoyes de trineos, o en carretas si era verano, o incluso a pie. Desde un punto de vista práctico, esta última etapa del periplo de los «kulaks de segunda categoría» se parecía a menudo a la deportación de los «kulaks de tercera categoría» desplazados hacia «tierras que necesitaban una bonificación en el interior de su región» —regiones que cubrían, en Siberia o en los Urales, varios centenares de millares de kilómetros cuadrados. Tal y como informaban el 7 de marzo de 1930 las autoridades del distrito de Tomsk en Siberia occidental, «los primeros transportes de kulaks de tercera categoría llegaron a pie, en ausencia de caballos, de trineos, de arneses. (...) En general, los caballos destinados a los transportes resultan absolutamente inútiles para desplazamientos de trescientos kilómetros y más, puesto que durante la formación de los convoyes todos los buenos caballos que pertenecen a los deportados han sido reemplazados por malatones. (...) Vista la situación, no se puede plantear el transporte de los objetos y los suministros de dos meses a los que tienen derecho los kulaks, lo que se aplica también a los niños y a los ancianos, que representan más del 50 por 100 del contingente» [18].

En otro informe del mismo tenor, el comité ejecutivo central de Siberia occidental demostraba, mediante el absurdo, la imposibilidad de poner en funcionamiento las instrucciones de la GPU referidas a la deportación de 4.902 kulaks de tercera categoría procedentes de los dos distritos de la provincia de Novossibirsk. «El transporte, a lo largo de trescientos setenta kilómetros de caminos execrables, de las 8.560 toneladas de cereales y de forraje a la que los deportados tenían teóricamente derecho "para su viaje y su instalación" implicaría la movilización de 28.909 caballos y de 7.227 vigilantes (un vigilante por cada cuatro caballos)». El informe concluía que «la realización de tal operación comprometería la campaña de siembra de la primavera en la medida en que los caballos, agotados, necesitarían un largo período de reposo (...). También es indispensable revisar muy a la baja las provisiones que se autoriza llevar a los deportados» [19].

Por lo tanto, los deportados debían instalarse sin provisiones ni útiles, y por regla general sin abrigo. Un informe procedente de la región de Arcángel reconocía en septiembre de 1930 que de las 1.641 habitaciones «programadas» para los deportados, solamente se habían construido siete. Los deportados «se instalaban» en algún trozo de tierra, en medio de la estepa o de la taiga. Los que tenían más suerte, y habían tenido la posibilidad de llevar algunos útiles, podían entonces intentar confeccionarse un abrigo rudimentario, por regla general la tradicional *zemlianka*, un sencillo agujero en la tierra cubierto con ramas. En algunos casos, cuando los deportados eran asignados por millares a residencias cerca de una gran obra o de un lugar industrial en cons-

[18] V. P. Danilov, S. A. Krasilnikov, *Spetspereselentsy v Zapadnoi Sibiri* (vol. 1) (Los desplazados especiales en Siberia occidental, 1930), Novossibirsk, 1993, págs. 57-58.
[19] *Ibid.*, pág. 167.

trucción, se les alojaba en barracas sumarias, con tres catres superpuestos y varios centenares por barraca.

¿De las 1.803.392 personas oficialmente deportadas en virtud de la «deskulakización» en 1930-1931, cuántas perecieron de frío y de hambre durante los primeros meses de su «nueva vida»? Los archivos de Novossibirsk han conservado un documento sobrecogedor, el informe enviado a Stalin en mayo de 1933 por un instructor del partido de Narym en Siberia occidental, sobre la suerte reservada a dos convoyes que comprendían a más de 6.000 personas deportadas procedentes de Moscú y San Petersburgo. Aunque tardío y referido a otra categoría de deportados, no a campesinos sino a «elementos desclasados» expulsados de la nueva «ciudad socialista» a partir de finales de 1932, este documento ilustra una situación que no era, sin duda, excepcional, y que podría calificarse de «deportación-abandono».

He aquí algunos extractos de este terrible testimonio:

«Los días 29 y 30 de abril de 1933, dos convoyes de elementos desclasados nos fueron enviados por tren desde Moscú y Leningrado. Llegados a Tomsk, estos elementos fueron introducidos en gabarras y desembarcados, unos el 18 de mayo y los restantes el 26 de mayo, en la isla de Nazino, situada en la confluencia del Ob y de la Nazina. El primer convoy constaba de 5.070 personas; el segundo de 1.044, es decir, en total eran 6.114 personas. Las condiciones de transporte eran terribles: alimentación insuficiente y execrable; falta de aire y de sitio; vejaciones sufridas por los más débiles. (...) Resultado: una mortalidad cotidiana de alrededor de 35-40 personas. No obstante, estas condiciones de existencia aparecen como un verdadero lujo en relación con lo que esperaba a los deportados en la isla de Nazino (donde debían ser expedidos, en grupos, hasta su destino final, hacia sectores de colonización situados aguas arriba del río Nazina). La isla de Nazino es un enclave totalmente virgen, sin ningun habitante. (...) No había útiles, ni semillas, ni alimentos... Comenzó la nueva vida. Al día siguiente de la llegada del primer convoy, el 19 de mayo, comenzó a nevar y el viento se puso a soplar. Hambrientos, depauperados, sin techo, sin útiles (...) los deportados se encontraron en una situación sin salida. Solo pudieron encender algunos fuegos para intentar escapar del frío. La gente comenzó a morirse. (...) El primer día se enterraron 295 cadáveres. (...) Solo al cuarto o al quinto día después de la llegada de los deportados a la isla las autoridades enviaron, por barco, algo de harina, a razón de algunos centenares de gramos por persona. Tras recibir su magra ración, la gente corría hacia la orilla e intentaba mezclar, en su *shapka*[20], su pantalón o su chaqueta un poco de esa harina con agua. Pero la mayoría de los deportados intentaba tragarse la harina como estaba y morían a menudo ahogados. Durante toda su estancia en la isla, lo único que recibieron los deportados fue un poco de harina. Los más avispados intentaron cocer galletas, pero no había el menor recipiente. (...) Muy pronto se produjeron casos de canibalismo.

[20] El gorro. *(N. del T.)*

A finales del mes de junio comenzó el envío de deportados hacia las autodenominadas aldeas de colonización. Estos lugares se encontraban aproximadamente a doscientos kilómetros de la isla, subiendo el río Nazina, en plena taiga. La aldea en cuestión era la naturaleza virgen. No obstante, se consiguió instalar un horno primitivo, lo que permitió fabricar una especie de pan. Pero, para el resto, hubo pocos cambios en relación con la vida en la isla de Nazino: la misma ociosidad, los mismos fuegos y la misma desnudez. Solo hubo una diferencia: la especie de pan que se distribuyó una vez para los días restantes. La mortalidad continuaba. Solo un ejemplo: de 78 personas embarcadas en la isla en dirección al quinto sector de colonización, 12 llegaron con vida. Muy pronto, las autoridades reconocieron que estos enclaves no eran colonizables, y todo el contigente que había sobrevivido fue reenviado, por barco, río abajo. Las evasiones se multiplicaron. (...) En los nuevos lugares de asentamiento, los deportados sobrevivientes, a los que por fin se había entregado algunas herramientas, se pusieron a construir, a partir de la segunda quincena de julio, abrigos medio enterrados en el suelo. (...) Todavía siguieron produciéndose algunos casos de canibalismo. (...) Pero la vida fue recuperando progresivamente sus derechos: la gente volvió a ponerse a trabajar, pero la usura de los organismos era tal que, incluso cuando recibían 750-1.000 gramos de pan diarios, continuaban cayendo enfermos, reventando, comiendo musgo, hierba, hojas, etc. El resultado de todo esto fue que de las 6.100 personas que salieron de Tomsk (a las que hay que añadir 500-700 personas enviadas a la región por añadidura), el 20 de agosto solo quedaban con vida unas 2.200 personas» [21].

¿Cuántos Nazinos, cuántos casos similares de deportación-abandono se produjeron? Algunas cifras proporcionan la medida de las pérdidas. Entre febrero de 1930 y diciembre de 1931, un poco más de 1.800.000 deskulakizados fueron deportados. Ahora bien, el 1 de enero de 1932, cuando las autoridades efectuaron un primer control general, no se censó más que a 1.317.022 personas [22]. Las pérdidas alcanzaban el medio millón, es decir, cerca del 30 por 100 de los deportados. Ciertamente el número de aquellos que habían conseguido huir era sin duda elevado [23]. En 1932, la evolución de los «contingentes» fue por primera vez objeto de un estudio sistemático por parte de la GPU. Esta era desde el verano de 1931 la única responsable de los deportados etiquetados como «colonos especiales» en todos los eslabones de la cadena, desde la deportación hasta la gestión de los «pueblos de colonización». Según este estudio, habían existido más de 210.000 evadidos y se habían producido alrededor de 90.000 muertes. En 1933, año de la hambruna, las autoridades registraron a 151.601 fallecidos de los 1.142.000 colonos especiales contabilizados

[21] V. P. Danilov, S. A. Krasilnikov, *Spetspereselentsy v Zapadnoi Sibiri, 1933-1938* (vol. 3), Novossibirsk, 1994, págs. 89-99.
[22] V. N. Zemskov, *art. cit.*, págs. 4-5.
[23] GARF, 9414/1/1943/56-61 en N. Werth, G. Moullec, *op. cit.*, págs. 142-145.

el 1 de enero de 1933. La tasa de mortalidad anual era, por lo tanto, del 6,8 por 100 aproximadamente en 1932, y del 13,3 por 100 en 1933. Para los años 1930-1931 no se dispone más que de datos parciales, pero son elocuentes: en 1931, la mortalidad era de 1,3 por 100 entre los deportados del Kazajstán, de 0,8 por 100 al mes entre los de Siberia occidental. En cuanto a la mortalidad infantil, oscilaba entre el 8 y el 12 por 100... mensual, con máximos del 15 por 100 al mes en Magnitogorsk. Del 1 de junio de 1931 al 1 de junio de 1932, la mortalidad entre los deportados en la región de Narym, en la Siberia occidental, alcanzó el 11,7 por 100 al año. Globalmente es poco probable que en 1930-1931 la tasa de mortalidad haya sido inferior a la tasa de 1932: sin duda se aproximaba o incluso sobrepasaba el 10 por 100 anual. Así, en tres años, se puede estimar que al menos 300.000 deportados murieron en la deportación[24].

Para las autoridades centrales, preocupadas por «rentabilizar» el trabajo de aquellos que designaban bajo el término de «desplazados especiales» o, a partir de 1932, de «colonos de trabajo», la deportación-abandono no era nada más que un mal menor imputable, como escribía N. Puzitsky, uno de los dirigentes de la GPU encargado de los colonos de trabajo, «a la negligencia general y a la miopía política de los responsables locales que no han asimilado la idea de colonización por los antiguos kulaks»[25].

En marzo de 1931, para poner fin al «insoportable atolladero de mano de obra deportada», fue puesta en funcionamiento una comisión especial, directamente relacionada con el Buró político, presidida por Andreyev y donde Yagoda desempeñaba un papel clave. El objetivo primero de esta comisión era «una gestión racional y eficaz de los colonos de trabajo». Las primeras encuestas llevadas a cabo por la comisión habían revelado efectivamente la productividad casi nula de la mano de obra deportada. Así, de los 300.000 colonos de trabajo instalados en los Urales, solamente el 8 por 100 en abril de 1931 habían sido destinados «a la tala de bosques y a otros trabajos productivos». El resto de los adultos válidos «construía alojamientos para sí mismos (...) y se las arreglaba para sobrevivir». Otro documento reconocía que el conjunto de las operaciones de deskulakización había sido deficitario para el Estado: el valor medio de los bienes confiscados a los kulaks en 1930 se elevaba a 564 rublos por explotación, una suma irrisoria (equivalente a una quincena de meses del salario obrero), que decía mucho sobre el supuesto «acomodo» del kulak. Por lo que se refiere a los gastos dedicados a la deportación de los kulaks, ¡ascendían a más de 1.000 rublos por familia![26]

Para la comisión Andreyev, la racionalización de la gestión de los colonos del trabajo pasaba en primer lugar por una reorganización administrativa de

[24] V. P. Danilov, S. A. Krasilnikov, *op. cit.*, vol. 2, págs. 81-83; GARF, 9479/1/7/5-12; N. Werth, G. Moullec, *op. cit.*, págs. 363-374.
[25] GARF, 9414/1/1943/52.
[26] GARF, 1235/2/776/83-86.

las estructuras responsables de los deportados. Durante el verano de 1931, la GPU recibió el monopolio de la gestión administrativa de las «poblaciones especiales» que dependían hasta entonces de las autoridades locales. Se puso en funcionamiento toda una red de comandancias, verdadera administración paralela que permitía a la GPU beneficiarse de una especie de extraterritorialidad y controlar enteramente inmensos territorios en los que los colonos especiales constituían además lo esencial de la población local. Estos estaban sometidos a un reglamento interno muy estricto. Con una residencia asignada, eran destinados por la administración o bien a una empresa del Estado, o bien a una «cooperativa agrícola o artesanal de estatus especial, dirigida por el comandante local de la GPU», o bien a trabajos de construcción y de conservación de carreteras o de roturación. Por supuesto, las normas y los salarios revelaban también un status especial: por término medio, las normas eran del 30 al 50 por 100 superiores a las de los trabajadores libres; en cuanto a los salarios, cuando eran pagados, experimentaban una retención del 15 al 25 por 100 directamente entregada a la administración de la GPU.

En realidad, como testifican los documentos de la comisión Andreyev, la GPU se felicitaba por un «coste de encuadramiento» de los colonos de trabajo nueve veces inferior al de los detenidos de los campos. Así, en junio de 1933, los 203.000 colonos especiales de Siberia occidental, repartidos en 83 comandancias, solo eran vigilados por 971 personas[27]. La GPU tenía como objetivo proporcionar, a cambio de una comisión compuesta por un porcentaje sobre los salarios y por una suma a tanto alzado por contrato, *su* mano de obra a cierto número de grandes consorcios encargados de la explotación de recursos naturales de las regiones septentrionales y orientales del país, como Urallesprom (explotación forestal), Uralugol, Vostugol (carbón), Vostokstal (acererías), Tsvetmetzoloto (minerales no férricos), Kuznetzstroi (metalurgia), etc. En principio, la empresa se encargaba de asegurar las infraestructuras de albergue, de escolarización y de suministros de los deportados. En realidad, como lo reconocían incluso los mismos funcionarios de la GPU, las empresas tenían la tendencia a considerar esta mano de obra como provista de un status ambiguo, semilibre, semidetenido, como un recurso gratuito. Los colonos de trabajo a menudo no percibían ningún salario, en la medida de que las sumas que ganaban eran en general inferiores a las retenidas por la administración para la construcción de barracas, los útiles, las cotizaciones obligatorias a favor de los sindicatos, el préstamo del Estado, etc.

Inscritos en la última categoría de racionamiento, verdaderos parias, estaban sometidos de manera permanente a la escasez y al hambre, así como a todo tipo de vejaciones y de abusos. Entre los abusos más escandalosos señalados en los informes de la administración se encontraban: instauración de normas irrealizables, salarios no entregados, deportados a los que se administraba bastonazos o se encerraba en pleno invierno en calabozos improvisados

[27] V. P. Danilov, S. A. Krasilnikov, *op. cit.*, vol. 3, págs. 244-245.

sin la menor calefacción, deportadas «cambiadas por los comandantes de la GPU por mercancías» o enviadas gratuitamente como criadas «para todo» a la casa de los pequeños dirigentes locales. Esta afirmación de un director de una empresa forestal de los Urales que empleaba a colonos de trabajo, citada y criticada en un informe de la GPU de 1933, resumía muy bien el criterio de muchos dirigentes en relación con una mano de obra a la que se podía explotar a voluntad: «Se os podría liquidar a todos, ¡de todas formas la GPU nos enviará en vuestro lugar una nueva hornada de cien mil como vosotros!».

Poco a poco, la utilización de colonos de trabajo se convirtió en más racional desde el punto de vista de la estricta productividad. Desde 1932 se asistió a un abandono progresivo de las «zonas de poblamiento» o de «colonización» más inhóspitas en beneficio de las grandes obras, de los polos mineros e industriales. En algunos sectores era muy importante, incluso predominante, la parte de la mano de obra deportada, que trabajaba en las mismas empresas o en las mismas obras que los trabajadores libres y vivía en barracones contiguos. En la minas del Kuzbass, a finales de 1933, más de 41.000 colonos de trabajo representaban el 47 por 100 del conjunto de los mineros. En Magnitogorsk, los 42.462 deportados censados en septiembre de 1932 constituían los dos tercios de la población local[28]. Asignados a residencias en cuatro zonas de poblamiento especiales, a una distancia de dos a seis kilómetros del lugar principal de construcción, trabajaban, no obstante, en los mismos equipos que los obreros libres, situación que tenía una tendencia a difuminar en parte las fronteras existentes entre la diferente condición de unos y otros. Por la fuerza de las cosas, dicho de otra manera, por imperativos económicos, los deskulakizados de la víspera, convertidos en colonos de trabajo, se reintegraban en una sociedad marcada por una penalización general de las relaciones sociales y en la que nadie sabía quiénes serían los próximos excluidos.

[28] GARF, 374/28s/4055/1-12.

8
La gran hambre

Entre los «puntos negros» de la historia soviética ha figurado desde hace mucho tiempo la gran hambre de 1932-1933 que, según fuentes hoy en día incontestables, causó más de seis millones de víctimas [1]. Esta catástrofe no fue, sin embargo, una hambruna como otras, en la línea de las hambrunas que conoció a intervalos regulares la Rusia zarista. Fue una consecuencia directa del nuevo sistema de «explotación militar feudal» del campesinado —según la expresión del dirigente bolchevique antiestalinista Nikolay Bujarin— puesto en funcionamiento durante la colectivización forzada, y una ilustración trágica de la formidable regresión social que acompañó al asalto contra los campos realizado por el poder soviético a finales de los años veinte.

A diferencia de la hambruna de 1921-1922, reconocida por las autoridades soviéticas que apelaron ampliamente a la ayuda internacional, la de 1932-1933 fue siempre negada por el régimen, que cubrió con su propaganda aquellas voces que, en el extranjero, atrajeron la atención sobre esta tragedia. En ello se vieron enormemente ayudadas por «testimonios» solicitados, como el del diputado francés y dirigente del partido radical Édouard Herriot, quien, tras viajar a Ucrania en el verano de 1933, señaló que allí no había más que «huertos de koljozes admirablemente irrigados y cultivados» y «cosechas decididamente admirables» antes de concluir perentorio: «He atravesado Ucrania. ¡Pues bien, afirmo que la he visto como un jardín a pleno rendimiento!» [2]. Esta ceguera fue inicialmente el resultado de una formidable puesta en escena organizada por la GPU para los huéspedes extranjeros, cuyo itinerario estuvo jalonado de koljozes y de jardines de infancia modelos. Esta ceguera era evidentemente apoyada por consideraciones políticas, fundamentalmente procedentes de los dirigentes franceses que entonces se encontraban en el po-

[1] A. Blum, *Naître, vivre et mourir en URSS, 1917-1991*, París, Plon, 1994, pág. 99.

[2] F. Kupferman, *Au pays des Soviets. Le Voyage français en Union soviétique, 1917-1939*, París, Gallimard, pág. 88.

der y que tenían buen cuidado de no romper el planeado proceso de aproximación con la Unión Soviética frente a una Alemania que cada vez se había convertido en más amenazadora después de la reciente llegada al poder de Adolf Hitler.

No obstante, cierto número de altos dirigentes políticos, en particular alemanes e italianos, tuvieron conocimiento con notable precisión del hambre de 1932-1933. Los informes de los diplomáticos italianos en funciones en Járkov, Odessa o Novorossisk, recientemente descubiertos y publicados por el historiador italiano Andrea Graziosi [3], muestran que Mussolini, que leía estos textos con cuidado, estaba perfectamente informado de la situación, pero que no la utilizó para su propaganda anticomunista. Por el contrario, el verano de 1933 se vio caracterizado por la firma de un tratado de comercio ítalo-soviético, seguida de la de un pacto de amistad y no-agresión. Negada, o sacrificada en el altar de la razón de Estado, la verdad sobre la gran hambre, mencionada en publicaciones de escasa tirada de las organizaciones ucranianas en el extranjero, solo comenzó a imponerse a partir de la segunda mitad de los años ochenta, después de la publicación de una serie de trabajos y de investigaciones, realizados tanto por historiadores oficiales como por investigadores de la antigua Unión Soviética.

No se puede ciertamente comprender el hambre de 1932-1933 sin situarla en el contexto de las nuevas relaciones entre el Estado soviético y el campesinado, surgidas de la colectivización forzosa de los campos. En los campos colectivizados, el papel del koljoz resultaba estratégico. Tenía como función asegurar al Estado las entregas fijas de productos agrícolas, mediante una requisa cada vez más fuerte realizada sobre la cosecha «colectiva». Cada otoño, la campaña de la cosecha se transformaba en una verdadera prueba de fuerza entre el Estado y un campesinado que intentaba desesperadamente guardar para sí una parte de la cosecha. El envite era de envergadura: para el Estado significaba el hacerse con ella, para el campesino la supervivencia. Cuanto más fértil era la región, más se extraía de ella. En 1930, el Estado cosechó el 30 por 100 de la producción agrícola en Ucrania, el 38 por 100 en las ricas llanuras del Kubán en el Cáucaso del Norte, y el 33 por 100 de la cosecha en Kazajstán. En 1931, para una cosecha muy inferior, estos porcentajes alcanzaron, respectivamente, el 41,5 por 100, el 47 por 100 y el 39,5 por 100. Una requisa semejante no podía más que desorganizar totalmente el ciclo productivo. Basta aquí recordar que bajo la NEP los campesinos solo comercializaban del 15 al 20 por 100 de su cosecha, reservando de un 12 a un 15 por 100 para simiente, del 25 al 30 por 100 para el ganado y el resto para su propio consumo. El conflicto resultaba inevitable entre los campesinos, decididos a utilizar todas las estratagemas para conservar una parte de su cosecha, y las autoridades locales, obli-

[3] A. Graziosi, «Lettres de Kharkov. La famine en Ukraine et dans le Caucase du Nord à travers les rapports des diplomates italiens, 1932-1934» en *Cahiers du Monde russe et soviétique*, XXX (1-2), enero-junio de 1989, págs. 5-106.

gadas a realizar a cualquier precio un plan que cada vez era más irreal: en 1932, el plan de cosecha era superior en un 32 por 100 al de 1931 [4].

La campaña de la cosecha de 1932 adquirió un ritmo muy lento. Desde que comenzó la siega de la mies, los koljozianos se esforzaron por ocultar, o por «robar» de noche, una parte de la cosecha. Se constituyó un verdadero «frente de resistencia pasiva», fortalecido por el acuerdo tácito y recíproco que iba a menudo del koljoziano al jefe de brigada, del jefe de brigada al contable, del contable al director del koljoz, él mismo campesino recientemente ascendido, del director al secretario local del partido. Las autoridades centrales tuvieron que enviar nuevas «brigadas de choque» reclutadas en la ciudad entre los komsomoles y los comunistas para «apoderarse de los cereales».

En el verdadero clima de guerra que reinaba entonces en los campos, esto es lo que describía a sus superiores un instructor del Comité ejecutivo central enviado en misión a un distrito cerealista del bajo Volga:

«Los arrestos y los registros son realizados por cualquier persona: por los miembros del soviet rural, los emisarios de todo tipo, los miembros de las brigadas de choque, por cualquier komsomol que no sea perezoso. Este año, el 12 por 100 de los trabajadores del distrito ha comparecido delante del tribunal, sin contar los kulaks deportados, los campesinos multados, etc. Según los cálculos del antiguo fiscal adjunto del distrito, en el curso del último año el 15 por 100 de la población adulta ha sido víctima de represión bajo una forma u otra. Si se añade a esto que en el curso del último mes 800 trabajadores aproximadamente han sido excluidos de los koljozes, se tendrá una idea de la amplitud de la represión en el distrito. (...) Si se excluyen los casos en que la represión de masas está realmente justificada, hay que decir que la eficacia de las medidas represivas no deja de disminuir teniendo en cuenta que, cuando sobrepasan determinado umbral, se hace difícil ponerlas en práctica. (...) Todas las prisiones están llenas hasta reventar. La prisión de Balashevo contiene cinco veces más personas de las que estaba previsto, y en Elan hay en la pequeña prisión del distrito 610 personas. En el curso del último mes, la prisión de Balashevo ha «entregado» a Elan 78 condenados, entre los cuales 48 tenían menos de diez años; 21 fueron inmediatamente liberados... (...) Para acabar con este famoso método, el único empleado aquí —el método de la fuerza—, dos palabras acerca de los campesinos individuales, a los cuales se les ha hecho de todo con la finalidad de impedirles que siembren y produzcan.

El ejemplo siguiente muestra hasta qué punto los campesinos individuales están aterrorizados: en Mortsy, un campesino individual, que había cumplido, sin embargo, su plan hasta un 100 por 100, vino a ver al camarada Fomichev, presidente del comité ejecutivo del distrito, y le pidió que le hiciera deportar al norte porque, de todas maneras, explicó, «no se puede vivir en estas condiciones». Igualmente paradigmática es la petición, firmada por 16 campesinos in-

[4] M. Lewin, *La Formation du système soviétique*, París, Gallimard, 1987, págs. 206-237.

dividuales del soviet rural de Alexandrov, en la que estos campesinos suplican que se les deporte fuera de su región. (...) En resumen, la única forma de «trabajo de masas» es «el asalto»: se «agarra por asalto» las simientes, los créditos, la cría de ganado, se «va al asalto» del trabajo, etc. Nada se hace sin «asalto». (...) Se «asedia» por la noche, de las nueve a las diez de la noche hasta el alba. El «asalto» se desarrolla de la manera siguiente: la «brigada de choque», que asedia una isba, «convoca» por turno a todas las personas que no han cumplido tal o cual obligación o plan y las «convence» por diversos medios para que cumplan con sus obligaciones. Se «asedia» de este modo a cada persona de la lista y se vuelve a empezar y así durante toda la noche.» [5]

Una ley famosa promulgada el 7 de agosto de 1932, en el período más agudo de la guerra entre el campesinado y el régimen, desempeñó un papel decisivo dentro del arsenal represivo. Preveía la condena hasta diez años de campo de concentración o a la pena de muerte «por cualquier robo o dilapidación de la propiedad socialista». Fue conocida entre el pueblo bajo el nombre de «ley de las espigas» porque las personas eran condenadas generalmente por haber robado unas espigas de trigo o de cebada en los campos koljozianos. Esta ley inicua permitió condenar, de agosto de 1932 a diciembre de 1933, a más de 125.000 personas, de las cuales 5.400 fueron condenadas a la pena capital [6].

A pesar de estas medidas draconianas, el trigo no «entraba». A mediados de octubre de 1932, el plan de cosecha para las principales regiones cerealistas del país no se había cumplido más que entre el 15 y el 20 por 100. El 22 de octubre de 1932, el Buró político decidió, por lo tanto, enviar a Ucrania y al Cáucaso del Norte a dos comisiones extraordinarias, una dirigida por Vyacheslav Molotov y la otra por Lazar Kaganovich, con el objetivo de «acelerar las cosechas» [7]. El 2 de noviembre, la comisión de Lazar Kaganovich, de la que formaba parte Guenrij Yagoda, llegó a Róstov del Don. Convocó inmediatamente una reunión de todos los secretarios de distrito del partido de la región del Cáucaso del Norte, al término de la cual fue adoptada la resolución siguiente: «como consecuencia del fracaso particularmente vergonzoso del plan de cosecha de cereales, obligar a las organizaciones locales del partido a quebrantar el sabotaje organizado por los elementos kulaks contrarrevolucionarios, aniquilar la resistencia de los comunistas locales y de los presidentes de koljoz que se han colocado a la cabeza de este sabotaje». Para determinados distritos inscritos en la «lista negra» (según la terminología oficial) se tomaron las siguientes medidas: retirada de todos los productos de los almacenes, supresión total del comercio, reembolso inmediato de todos los créditos en curso, imposición excepcional y arresto de todos los «saboteadores», «elementos extraños» y «contrarrevolucionarios» siguiendo un procedimiento

[5] GARF, 1235/2/1521/71-78; N. Werth; G. Moullec, *op. cit.*, págs. 152-155.
[6] GARF, 3316/2/1254/4-7.
[7] N. Ivnitsky, *op. cit.*, págs. 192-193.

acelerado, bajo la dirección de la GPU. En caso de que prosiguiera el «sabotaje», la población sería susceptible de ser deportada en masa.

En el curso de solo el mes de noviembre de 1932, el primer mes de «lucha contra el sabotaje», se arrestó a 5.000 comunistas rurales juzgados «criminalmente complacientes» con el «sabotaje» de la campaña de la cosecha, y 15.000 koljozianos en esta región altamente estratégica desde el punto de vista de la producción agrícola que era el Cáucaso del Norte. En diciembre comenzaron las deportaciones masivas no solo de los kulaks, sino también de poblaciones enteras, fundamentalmente de *stanitsy* [8] cosacos ya golpeados en 1920 por medidas semejantes [9]. El número de los colonos especiales se incrementó rápidamente. Si para 1932 los datos de la administración del Gulag señalaban la llegada de 71.236 deportados, el año 1933 registró una afluencia de 268.091 nuevos colonos especiales [10].

En Ucrania, la comisión Molotov adoptó medidas análogas: inscripción en la «lista negra» de aquellos distritos cuyo plan de cosecha no había sido cumplido, con todas las consecuencias previamente descritas: purga de las organizaciones locales del partido, arrestos masivos no solamente de koljozianos, sino también de los dirigentes de los koljozes, sospechosos de «minimizar la producción». Muy pronto se extendieron estas medidas a otras regiones productoras de cereales.

¿Podían estas medidas represivas lograr que el Estado ganara la guerra contra los campesinos? No, subrayaba, en un informe particularmente perspicaz, el cónsul italiano de Novorossisk:

«El aparato soviético, excesivamente armado y poderoso, se encuentra de hecho en la imposibilidad de conseguir la victoria en una o en varias batallas. El enemigo no se presenta en masa, está disperso y uno se agota en una serie infinita de minúsculas operaciones: aquí, no se ha escardado un campo, allí, se han ocultado algunos quintales de trigo; sin contar un tractor que no funciona, otro segundo voluntariamente averiado, un tercero de paseo en lugar de trabajando... Y constatar de inmediato que ha sido desvalijado un almacén, que los directores de los koljozes, por miedo o por malevolencia, no declaran la verdad en sus informes... Y así continuamente, hasta el infinito, ¡y siempre igual en este inmenso territorio! (...) El enemigo, hay que ir a buscarlo casa por casa, población por población. ¡Es como llevar agua en una cubeta agujereada!» [11].

Para vencer «al enemigo» no quedaba más que una única solución: matarlo de hambre.

Los primeros informes sobre los riesgos de una «situación alimenticia crítica» para el invierno de 1932-1933 llegaron a Moscú a partir del verano de

[8] Aldeas, poblaciones rurales. *(N. del T.)*
[9] N. Ivnitsky, *op. cit.*, págs. 198-206.
[10] V. Zemskov, *art. cit.*, págs. 4-5.
[11] A. Graziosi, *Lettres de Kharkov*, *art. cit.*, pág. 51.

1932. En agosto de 1932, Molotov informó al Buró político que existía «una amenaza real de hambre incluso en distritos en los que la cosecha había sido excelente». No obstante, propuso llevar a cabo, costara lo que costara, el plan de cosecha. Ese mismo mes de agosto, Issayev, el presidente del consejo de comisarios del pueblo de Kazajstán, informó a Stalin de la amplitud del hambre en esa república, donde la colectivización-sedentarización había desorganizado completamente la economía nómada tradicional. Incluso stalinistas endurecidos como Stalisnas Kossior, primer secretario del partido comunista de Ucrania, o Mijaíl Jatayevich, primer secretario del partido de la región de Dniepropetrovk, solicitaron a Stalin y a Molotov que redujeran el plan de cosecha. «Para que en el porvenir la producción pueda aumentar conforme a las necesidades del Estado proletario, escribía Jatayevich a Molotov en noviembre de 1932, debemos tomar en consideración las necesidades mínimas de los koljozianos, de lo contrario no habrá nadie para sembrar y asegurar la producción.»

«Su posición», respondió Molotov, «es profundamente incorrecta, no bolchevique. Nosotros, los bolcheviques, no podemos colocar las necesidades del Estado —necesidades definidas precisamente por resoluciones del partido— en décimo lugar, ni siquiera en segundo» [12].

Algunos días más tarde el Buró político enviaba a las autoridades locales una circular en la que se ordenaba que los koljozes que no habían cumplido todavía con su plan fueran inmediatamente privados de «todo el grano que tenían, incluido el que se denominaba reserva para simiente».

Millones de campesinos de las regiones más ricas de la Unión Soviética se vieron entregados de esta manera al hambre y no tuvieron otro recurso que marchar hacia las ciudades tras haber sido obligados a entregar bajo amenaza, incluso de tortura, todas sus escasas reservas, sin tener ni los medios ni la posibilidad de comprar nada. Ahora bien, el Gobierno acababa de instaurar el 27 de diciembre de 1932 el pasaporte interior y el registro obligatorio para los habitantes de las ciudades con la finalidad de limitar el éxodo rural, de «liquidar el parasitismo social» y de «combatir la infiltración de los elementos kulaks en las ciudades». Frente a esta huida de los campesinos para sobrevivir, dictó, por lo tanto, el 22 de enero de 1933 una circular que condenaba a una muerte programada a millones de personas hambrientas. Firmada por Stalin y Molotov, ordenaba a las autoridades locales y en particular a la GPU prohibir «por todos los medios las marchas masivas de campesinos de Ucrania y del Cáucaso del Norte hacia las ciudades. Después del arresto de los elementos contrarrevolucionarios, los demás fugitivos serán reconducidos a su lugar de residencia». La circular explicaba la situación de la siguiente manera: «El Comité central y el Gobierno tienen pruebas de que este éxodo masivo de los campesinos está organizado por los enemigos del poder soviético, los contrarrevolucionarios y los agentes

[12] N. Ivnitsky, *op. cit.*, págs. 198-199.

polacos con una finalidad de propaganda contra el sistema koljoziano en particular y el poder soviético en general» [13].

En todas las regiones afectadas por el hambre, la venta de billetes de tren fue inmediatamente suspendida. Se pusieron en funcionamiento cordones policiales controlados por unidades especiales de la GPU para impedir que los campesinos abandonaran su distrito. A inicios del mes de marzo de 1933, un informe de la policía política precisaba que en el espacio de un mes 219.940 personas habían sido interceptadas en el marco de las operaciones destinadas a limitar el éxodo de campesinos hambrientos hacia las ciudades; y que 186.588 habían sido «reconducidos a su región de origen», siendo los demás arrestados y juzgados. Pero el informe se mantenía mudo en relación con el estado de las personas expulsadas de las ciudades.

Sobre este aspecto, contamos con el testimonio del cónsul italiano de Járkov, en el corazón de una de las regiones más afectadas por el hambre:

«Desde hace una semana se ha organizado un servicio de acogida de los niños abandonados. Efectivamente, cada vez hay más campesinos que fluyen hacia la ciudad porque no tienen ninguna esperanza de sobrevivir en el campo, hay niños a los que han traído aquí y que inmediatamente son abandonados por los padres, los cuales regresan a su población para morir en ella. Estos últimos esperan que en la ciudad alguien tendrá cuidado de sus hijos. (...) Desde hace una semana se ha movilizado a los *dvorniki* (porteros) con bata blanca que patrullan la ciudad y que llevan a los niños hasta el puesto de policía más cercano. (...) Hacia medianoche, se comienza a transportarlos en camiones hasta la estación de mercancías de Severo Donetz. Aquí se reúne también a los niños que se han encontrado en las estaciones, los trenes, a las familias de los campesinos, a las personas aisladas de mayor edad, atrapadas en la ciudad durante su viaje. Hay personal médico (...) que realiza la «selección». Aquellos que no se han hinchado y ofrecen una posibilidad de sobrevivir son dirigidos hacia las barracas de Golodnaya Gora, donde en hangares, sobre paja, agoniza una población de cerca de 8.000 almas, compuesta fundamentalmente por niños. (...) Las personas hinchadas son transportadas en tren de mercancías hasta el campo y abandonadas a cincuenta o sesenta kilómetros de la ciudad de manera que mueran sin que se les vea. (...) A la llegada a los lugares de descarga, se excavan grandes fosas y se retira a todos los muertos de los vagones» [14].

En los campos, la mortalidad alcanzó cifras máximas en la primavera de 1933. Al hambre se unió el tifus. En poblaciones de varios millares de habitantes los supervivientes no se contaron más que por decenas. En los informes de la GPU se señalaron algunos casos de canibalismo, al igual que en los de los diplomáticos italianos de servicio en Járkov:

[13] *Ibid.*, pág. 204.
[14] A. Graziosi, *art. cit.*, págs. 59-60.

«Se traen a Járkov cada noche cerca de 250 cadáveres de personas muertas de hambre o de tifus. Se nota que un número muy elevado de entre ellos no tiene ya hígado: éste parece haber sido retirado a través de un corte ancho. La policía acaba por atrapar a algunos de los misteriosos «amputadores» que confiesan que con esta carne confeccionaban un sucedáneo de *pirozhki* (empanadillas) que vendían inmediatamente en el mercado»[15].

En abril de 1933, el escritor Mijaíl Shólojov, de paso por una población de Kubán, escribió dos cartas a Stalin exponiendo en detalle la manera en que las autoridades locales se habían apoderado, bajo tortura, de todas las reservas de los koljozianos, reducidos al hambre. Pedía al primer secretario que enviara una ayuda alimenticia. En su respuesta al escritor, Stalin desvelaba sin ambages su posición: los campesinos habían sido justamente castigados por haber «hecho huelga, realizado sabotaje», por haber «llevado a cabo una guerra de desgaste contra el poder soviético, una guerra a muerte»[16]. Mientras que durante aquel año de 1933 millones de campesinos morían de hambre, el Gobierno soviético continuaba exportando al extranjero 18 millones de quintales de trigo por «necesidades de la industrialización».

Los archivos demográficos y los censos de 1937 y de 1939, mantenidos en secreto hasta estos últimos años, permiten evaluar la amplitud de la hambruna de 1933. Geográficamente, la «zona del hambre» cubría el conjunto de Ucrania, una parte de la zona de las tierras negras, las ricas llanuras del Don, del Kubán y del Cáucaso del Norte, una gran parte del Kazajstán. Cerca de 40 millones de personas fueron afectadas por el hambre o la carestía. En las regiones más afectadas, como las zonas rurales alrededor de Járkov, la mortalidad entre enero y junio de 1933 se multiplicó por 10 en relación con la media: 100.000 fallecidos en junio de 1933 en la región de Járkov, frente a 9.000 en junio de 1932. Es preciso señalar que un número de fallecimientos muy numeroso ni siquiera fue registrado. Las zonas rurales, por supuesto, fueron golpeadas más duramente que las ciudades, pero estas tampoco quedaron a salvo. Járkov perdió en un año más de 120.000 habitantes, Krasnodar 40.000 y Stavropol 20.000.

Fuera de la «zona del hambre», las pérdidas demográficas, debidas en parte a la escasez, no fueron desdeñables. En las zonas rurales de la región de Moscú, la mortalidad aumentó un 50 por 100 entre enero y junio de 1933. En la villa de Ivanovo, teatro de motines de hambre en 1932, la mortalidad subió un 35 por 100 en el curso del primer semestre de 1933. Para el año 1933 y para el conjunto del país, se observa una sobretasa de fallecimientos superior a los seis millones. Al deberse la inmensa mayoría de esta sobretasa al hambre, el balance de esta tragedia se puede ciertamente estimar en seis millones de víctimas aproximadamente. El campesinado de Ucrania pagó el tributo más

[15] *Ibid.*, pág. 79; R. Conquest, *Sanglantes moissons*, París, R. Laffont, 1995, págs. 267-296.
[16] APFR (Archivos presidenciales de la Federación rusa), 45/1/827/7-22.

pesado con al menos cuatro millones de muertos. En Kazajstán se produjo un millón de muertos aproximadamente, sobre todo entre la población nómada privada de todo su ganado desde la colectivización y sedentarizada a la fuerza. En el Cáucaso del Norte y en la región de las tierras negras se produjo un millón de muertos...[17].

Extractos de la carta enviada por Mijaíl Shólojov, autor de *El Don apacible*, el 4 de abril de 1933 a Stalin.

Camarada Stalin:

El distrito Veshenski, como muchos otros distritos del norte del Cáucaso, no ha cumplido el plan de entrega de cereales no por culpa de algun «sabotaje kulak», sino por culpa de la mala dirección local del partido...

En el mes de diciembre pasado, el comité regional del partido envió para «acelerar» la campaña de recogida a un «plenipotenciario», el camarada Ovchinnikov. Este último adoptó las medidas siguientes: 1) requisar todos los cereales disponibles, incluido el «anticipo» entregado por la dirección de los koljozes a los koljozianos para simiente de la cosecha futura, 2) repartir por hogares las entregas debidas al Estado por cada koljoz. ¿Cuáles han sido los resultados de estas medidas? Cuando comenzaron las requisas, los campesinos se pusieron a ocultar y a enterrar el trigo. Ahora, algunas palabras sobre los resultados numéricos de todas estas requisas. Cereales «encontrados»: 5.930 quintales... Y ahora algunos de los métodos empleados para obtener esas 593 toneladas, de las que una parte llevaba enterrada... ¡desde 1918!

El método del frío... Se desnuda al koljoziano y se le pone «al fresco», completamente desnudo, en un hangar. A menudo se ponía «al fresco» a los koljozianos por brigadas enteras.

El método del calor. Se rocían los pies y las faldas de las koljozianas con keroseno y se las prende fuego. Después se apaga y se vuelve a empezar...

En el koljoz Napolovski, un tal Plotkin, «plenipotenciario» del comité de distrito, obligaba a los koljozianos interrogados a tenderse sobre una placa calentada al rojo vivo, después los «descalentaba» encerrándolos desnudos en un hangar...

[17] N. Aralovetz, «Poteri naselenia v 30-ye gody» (Las pérdidas demográficas en los años treinta) en *Otechestvennaya Historia*, 1995, núm. 1, págs. 135-145; N. Ossokina, «Zhertvy goloda 1933. Skol'ko ij?» (El número de víctimas del hambre de 1933. ¿Cuántos?) en *Otechestvennaya Historia*, 1995, núm. 5, págs. 18-26; V. Tsaplin, «Statistika zhertv stalinisma» (Estadística de las víctimas del stalinismo) en *Voprosy Istorii*, 1989, núm. 4, págs. 175-181.

En el koljoz Lebyazhenski se situaba a los koljozianos a lo largo de un muro y se simulaba una ejecución...

Podría multiplicar hasta el infinito este tipo de ejemplos. No se trata de «abusos», no, ese es el método corriente de recogida del trigo...

Si le parece que mi carta es digna de exigir la atención del Comité central, envíe aquí a verdaderos comunistas que tendrán el valor de desenmascarar a todos aquellos que han asestado un golpe mortal a la construcción koljoziana en este distrito... Usted es nuestra única esperanza.

Suyo Mijaíl Shólojov.
(Archivos presidenciales, 45/1/827/7-22.)

Y la respuesta de Stalin a M. Shólojov, el 6 de mayo de 1933.

Querido camarada Shólojov:

He recibido sus dos cartas. La ayuda que me pide ha sido concedida. He enviado al camarada Shkiryatov para que desenrede los asuntos de los que me habla. Le ruego que le ayude. Ya está. Sin embargo, camarada Shólojov, eso no es todo lo que deseaba decirle. En realidad, sus cartas proporcionan una visión que yo calificaría de no objetiva y, a ese respecto, desearía escribirle algunas palabras.

Le he agradecido sus cartas que indican una pequeña enfermedad de nuestro aparato, que muestran que deseando hacer las cosas bien, es decir, desarmar a nuestros enemigos, algunos de nuestros funcionarios del partido se enfrentan con nuestros amigos y pueden incluso llegar a ser francamente sádicos. Pero que me percate de eso no significa que esté de acuerdo EN TODO con usted. Usted ve UN aspecto de las cosas, y no lo ve mal. Pero sólo es UN aspecto de las cosas. Para no equivocarse en política —y sus cartas no son literatura, sino que son pura política— hay que saber ver EL OTRO lado de la realidad. Y el otro aspecto es que los respetados trabajadores de su distrito —y no solo del suyo— estaban en huelga, llevaban a cabo un sabotaje y ¡estaban dispuestos a dejar sin pan a los obreros y al Ejército Rojo! El hecho de que ese sabotaje fuera silencioso y en apariencia pacífico (sin derramamiento de sangre) no cambia en absoluto el fondo del asunto, a saber, que los respetados trabajadores llevaban a cabo una guerra de zapa contra el poder soviético. ¡Una guerra a muerte, querido camarada Shólojov!

Por supuesto, estas especificidades no pueden justificar los abusos que, según usted, han sido cometidos por los funcionarios y los culpables tendrán que responder de su comportamiento. Pero resulta tan claro como el agua que nuestros respetados trabajadores no son inocentes corderos, como podría pensarse leyendo sus cartas.

Que siga usted bien. Le estrecha la mano. Suyo I. Stalin»

(Archivos presidenciales, 3/61/549/194.)

Cinco años antes del gran terror que golpeará en primer lugar a la intelligentsia y a los cuadros económicos del partido, la gran hambre de 1932-1933, apogeo del segundo acto de la guerra anticampesina iniciada en 1929 por el Partido-Estado, aparece como un episodio decisivo en la puesta en funcionamiento de un sistema represivo experimentado paso a paso, y según las oportunidades políticas del momento, contra uno u otro grupo social. Con su cortejo de violencias, de torturas, de envío a la muerte de poblaciones enteras, la gran hambre pone de manifiesto una formidable regresión, a la vez política y social. Se asiste a una multiplicación de los tiranos y de los déspotas locales, dispuestos a todo con tal de arrancar a los campesinos sus últimas provisiones, y a una instalación de la barbarie. Las exacciones se convirtieron en práctica cotidiana, los niños fueron abandonados, y el canibalismo reapareció con las epidemias y el bandolerismo. Se instalaron «barracas de la muerte», y los campesinos conocieron una nueva forma de servidumbre, bajo la férula del Partido-Estado. Como escribía con perspicacia Sergov Ordzhonikidze a Serguei Kírov en enero de 1934: «Nuestros cuadros que conocieron la situación de 1932-1933 y que soportaron el golpe están verdaderamente templados como el acero. Pienso que con ellos se construirá un Estado como la historia no ha conocido nunca».

¿Hay que ver en esta hambre, como lo hacen hoy en día algunos publicistas e historiadores ucranianos, un «genocidio del pueblo ucraniano»[18]? Resulta innegable que el campesinado ucraniano fue la principal víctima de la hambruna de 1932-1933 y que este «asalto» fue precedido desde 1929 por varias ofensivas contra la intelligentsia ucraniana, acusada en primer lugar de «desviación nacionalista», y después, a partir de 1932, contra una parte de los comunistas ucranianos. Se puede sin duda, retomando la expresión de Andrey Sajarov, hablar de «ucranofobia de Stalin». Sin embargo, resulta también importante señalar que proporcionalmente la represión por el hambre afectó de la misma manera a las zonas cosacas del Kubán y del Don, y del Kazajstán. En esta última república, desde 1930, la colectivización y la sedentarización forzada de los nómadas habían tenido consecuencias desastrosas. El 80 por 100

[18] S. Merl, «Golod 1932-1933, guenotsid Ukraintsev dlya osuschestvlenia politiki russifikatsii?» (El hambre de 1932-1933, ¿un genocidio para favorecer la política de rusificación de Ucrania?) en *Otechestvennaya Historia*, 1995, núm. 1, págs. 49-61.

del ganado fue diezmado en dos años. Desposeídos de sus bienes, reducidos al hambre, dos millones de kazakos emigraron, cerca de medio millón hacia Asia central y un millón y medio aproximadamente hacia China.

En realidad, en numerosas regiones, como Ucrania, los países cosacos, e incluso ciertos distritos de la región de las tierras negras, el hambre aparece como el último episodio del enfrentamiento, comenzado en los años 1918-1922, entre el Estado bolchevique y el campesinado. Se constata en efecto una notable coincidencia de las zonas de fuerte resistencia frente a las requisas de 1918-1921 y frente a la colectivización de 1929-1930, y de las zonas afectadas por el hambre. De los 14.000 motines y revueltas campesinos censados por la GPU en 1930, más del 85 por 100 tuvieron lugar en las regiones «castigadas» por la hambruna de 1932-1933. Son las regiones agrícolas más ricas y más dinámicas, las que tenían a la vez más que dar al Estado y más que perder con el sistema de extorsión de la producción agrícola puesto en funcionamiento al término de la colectivización forzosa, las que fueron más afectadas por la gran hambruna de 1932-1933.

9
«ELEMENTOS SOCIALMENTE EXTRAÑOS» Y CICLOS REPRESIVOS

Si el campesinado, en su conjunto, pagó el tributo más elevado al proyecto voluntarista estalinista de transformación radical de la sociedad, otros grupos sociales, calificados como «socialmente extraños» en la «nueva sociedad socialista», fueron, por distintas razones, situados al margen de la sociedad, privados de sus derechos cívicos, expulsados de su trabajo y de su vivienda, preteridos en la escala social o deportados. Los «especialistas burgueses», «los de arriba», los miembros del clero y de las profesiones liberales, los pequeños empresarios privados, los comerciantes y los artesanos fueron las principales víctimas de la «revolución anticapitalista» iniciada a principios de los años treinta. Pero el «pueblo llano» de las ciudades, que no entraba en la categoría canónica del «proletariado obrero constructor del socialismo», también tuvo su ración de medidas represivas, que pretendían en su totalidad poner en camino hacia el progreso —de conformidad con la ideología— a una sociedad que se juzgaba retrógrada.

El famoso proceso de Shajty había señalado claramente el final de la tregua, comenzada en 1921 entre el régimen y los «especialistas». La víspera del inicio del primer plan quinquenal, la lección política del proceso de Shajty era clara: el escepticismo, la indecisión, la indiferencia en relación con la obra iniciada por el partido no podían más que conducir al «sabotaje». Dudar era ya traicionar. El *spetzeedstvo* —literalmente, «el hostigamiento del especialista»— estaba profundamente arraigado en la mentalidad bolchevique, y la señal política dada por el proceso de Shajty fue perfectamente recibida por la base. Los *spetzy* iban a convertirse en los chivos expiatorios de los fracasos económicos y de las frustraciones engendradas por la caída brutal del nivel de vida. Desde finales de 1928, millares de cargos directivos de la industria y de ingenieros «burgueses» fueron despedidos, privados de sus cartillas de racionamiento, y del acceso a los servicios médicos, y a veces incluso fueron arrojados de su vivienda. En 1929, millares de funcionarios del Gosplan, del Consejo supremo de la economía nacional, de los comisariados del pueblo para las Finanzas, para el Comercio y para la Agricultura fueron purgados, bajo pretexto de «desviación derechista», de «sabotaje» o de pertenencia a una «clase socialmente extraña». Es verdad que el 80 por 100 de los altos funcionarios de finanzas habían servido bajo el antiguo régimen[1].

La campaña de purga de ciertas administraciones se endureció a partir del verano de 1930, cuando Stalin, deseoso de acabar definitivamente con los «derechistas», en especial con Rykov, que seguía ocupando el puesto de jefe de Gobierno, decidió demostrar los vínculos que unían a estos con algunos «especialistas-saboteadores». En agosto-septiembre de 1930, la GPU multiplicó los arrestos de especialistas famosos que ocupaban puestos importantes en el Gosplan, en la banca del Estado y en los comisariados del pueblo para las Finanzas, para el Comercio y para la Agricultura. Entre las personalidades detenidas figuraban fundamentalmente el profesor Kondratiev —inventor de los famosos «ciclos de Kondratiev» y ministro adjunto de Aprovisionamiento en el gobierno provisional de 1917, que dirigía el Instituto de coyuntura del comisariado del pueblo para Finanzas—, los profesores Makarov y Chayanov, que ocupaban puestos importantes en el comisariado del pueblo de Agricultura, el profesor Sadyrin, miembro de la dirección del Banco de Estado de la URSS, el profesor Ramzin, Groman, uno de los estadísticos economistas más conocidos del Gosplan, y otros eminentes especialistas[2].

Debidamente instruido por Stalin, que seguía de manera muy particular los asuntos de los «especialistas burgueses», la GPU había preparado expedientes destinados a demostrar la existencia de una red de organizaciones antisoviéticas unidas entre sí en el seno de un pretendido «partido campesino del trabajo» dirigido por Kondratiev y de un pretendido «partido industrial» dirigido por Ramzin. Los investigadores llegaron a arrancar a bastantes personas detenidas «confesiones» tanto sobre sus contactos como sobre los que mantenían con los «derechistas» Rykov, Bujarin y Syrtsov, así como acerca de su participación en conspiraciones imaginarias que pretendían eliminar a Stalin y derribar el régimen soviético con la ayuda de organizaciones antisoviéticas emigradas y de los servicios de inteligencia extranjeros. Yendo todavía más lejos, la GPU arrancó a dos instructores de la academia militar «confesiones» sobre la preparación de una conspiración dirigida por el jefe del Estado Mayor del Ejército Rojo, Mijaíl Tujachevsky. Como testifica la carta que dirigió entonces a Sergov Ordzhonikidze, Stalin no corrió entonces el riesgo de hacer arrestar a Tujachevsky, prefiriendo limitarse a otro tipo de blanco, los «especialistas-saboteadores»[3].

[1] Lewin, *op. cit.*, págs. 330-334.
[2] O. Jlevnyuk (Khlevniouk), *op. cit.*, págs. 40-50.
[3] *Ibid.*, pág. 49.

Este episodio significativo muestra claramente que las técnicas y los mecanismos de montaje de asuntos relacionados con pretendidos «grupos terroristas», en los cuales habrían estado involucrados comunistas opuestos a la línea stalinista, ya estaban perfectamente desarrollados desde 1930. De momento, Stalin ni quería ni podía ir más lejos. Todas las provocaciones y las maniobras de este período perseguían objetivos que en su conjunto resultaban bastante modestos: desanimar a los últimos opositores a la línea stalinista en el interior del partido y asustar a todos los indecisos y a todos los que vacilaban.

El 22 de septiembre de 1930, *Pravda* publicó las «confesiones» de cuarenta y ocho funcionarios de los comisariados del pueblo para el Comercio y las Finanzas que se habían reconocido culpables «de las dificultades de aprovisionamiento en el país y de la desaparición de la moneda de plata». Algunos días antes, en una carta dirigida a Molotov, Stalin había dado instrucciones referentes a este asunto: «Necesitamos: a) purgar radicalmente el aparato del comisariado del pueblo para las Finanzas y la banca del Estado a pesar de los chillidos de comunistas dudosos del tipo Piatakov-Briujanov; b) fusilar sin excusa a dos o tres decenas de saboteadores infiltrados en esos aparatos (...); c) continuar, en todo el territorio de la URSS, las operaciones de la GPU que pretendían recuperar las piezas de plata en circulación». El 25 de septiembre de 1930 los cuarenta y ocho especialistas fueron ejecutados[4].

En los meses que siguieron se articularon varios procesos idénticos con todo tipo de elementos. Algunos se celebraron a puerta cerrada, como el proceso de los «especialistas del Consejo supremo de la economía nacional» o el del «partido campesino del trabajo». Otros fueron públicos, como el proceso del «partido industrial», en el curso del cual ocho acusados «confesaron» haber puesto en funcionamiento una vasta red, de dos mil especialistas y realizado, por instigación de embajadas extranjeras, la organización de la subversión económica. Estos procesos crearon el mito del sabotaje que, junto con el de la conspiración, iba a estar en el centro del montaje ideológico estalinista.

En cuatro años, de 1928 a 1931, 138.000 funcionarios fueron excluidos de la función pública, y de estos 23.000, clasificados en la categoría I («enemigos del poder soviético»), fueron privados de sus derechos cívicos[5]. La caza de los especialistas adquirió una amplitud todavía mayor en las empresas sometidas a una presión productivista que multiplicaba los accidentes, la fabricación de desechos y las averías en las máquinas. Desde enero de 1930 a junio de 1931, el 48 por 100 de los ingenieros del Donbass fueron destituidos o detenidos. 4.500 «especialistas-saboteadores» fueron «desenmascarados» en el

[4] *Pismá I. V. Stalina V. M. Molotovu* (Cartas de I. Stalin a V. Molotov), Moscú, 1995, páginas 193-194.
[5] S. Ikonnikov, *Sozdanie i deiatel'nost obedinennyj organov TsKK-RKI v 1923-1934* (La creación y la actividad de los órganos de la TsKK-Inspección obrera y campesina en 1923-1934), Moscú, 1971, págs. 212-214.

curso del primer semestre de 1931 en su sector de transportes. Esta caza de los especialistas, unida al inicio de obras incontroladas y con objetivos irrealizables, a una fuerte caída de la productividad y de la disciplina del trabajo, y al menosprecio declarado por las obligaciones económicas, terminó por desorganizar de manera duradera la marcha de las empresas.

Ante la amplitud de las crisis, la dirección del partido se vio obligada a adoptar algunos «correctivos». El 10 de julio de 1931, el Buró político tomó una serie de medidas que tendían a limitar la arbitrariedad de la que eran víctimas desde 1928 los *spetzy:* liberación inmediata de varios millares de ingenieros y de técnicos, «otorgando prioridad a la metalurgia y a la industria hullera», supresión de todas las discriminaciones que limitaran el acceso de sus hijos a la enseñanza superior, prohibición a la GPU de detener a un especialista sin el acuerdo previo del comisariado del pueblo del que dependía. El simple enunciado de estas medidas da testimonio de la amplitud de las discriminaciones y de la represión de la que habían sido víctimas, desde el proceso de Shajty, decenas de millares de ingenieros, de agrónomos, de técnicos y de administradores de todo tipo[6].

Entre las otras categorías sociales proscritas por la «nueva sociedad socialista» figuraban fundamentalmente los miembros del clero. Los años 1929-1930 fueron testigos del desarrollo de la segunda gran ofensiva del Estado soviético contra la Iglesia, después de la de los años 1918-1922. A finales de los años veinte, a pesar de la contestación, por bastantes prelados, de la declaración de lealtad realizada por el metropolitano Sergio, sucesor del patriarca Tijón, en relación con el poder soviético, la importancia de la Iglesia ortodoxa en la sociedad seguía siendo considerable. De las 54.692 iglesias activas en 1914, 39.000 aproximadamente seguían estando abiertas al culto a inicios de 1929[7]. Emelian Yaroslavsky, presidente de la Liga de los sin-Dios fundada en 1925, reconocía que «habían roto» con la religión menos de 10 millones de personas de los 130 millones con que contaba el país.

La ofensiva antirreligiosa de 1929-1930 se desarrolló en dos etapas. La primera, durante la primavera y el verano de 1929, estuvo marcada por el endurecimiento y la reactivación de la legislación antirreligiosa de los años 1918-1922. El 8 de abril de1929 fue promulgado un importante decreto que acentuaba el control de las autoridades locales sobre la vida de las parroquias y añadía nuevas restricciones a la actividad de las sociedades religiosas. Además, toda actividad «que superara los límites de la sola satisfacción de las aspiraciones religiosas» caía bajo el peso de la ley y fundamentalmente del párrafo 10 del terrible artículo 58 del Código penal que estipulaba que «cualquier utilización de los prejuicios religiosos de las masas (...) que pretenda debilitar el Estado» sería castigada con «una pena que fuera de un mínimo

[6] S. Fitzpatrick, *Education and Social Mobility in the Soviet Union, 1921-1934*, Cambridge, 1979, págs. 213-217.

[7] N. Timashev (Timasheff), *Religion in Soviet Russia*, Londres, 1943, pág. 64.

de tres años de detención hasta la pena de muerte». El 26 de agosto de 1929, el Gobierno instituyó la semana de trabajo continuo de cinco días —cinco días de trabajo, un día de descanso— que eliminaba el domingo como día de reposo común al conjunto de la población. Esta medida debía «facilitar la lucha para la erradicación de la religión»[8].

Estos distintos decretos no eran más que el preludio de acciones más directas, segunda etapa de la ofensiva antirreligiosa. En octubre de 1929 se ordenó la captura de las campanas: «el sonido de las campanas afrenta el derecho al descanso de las amplias masas ateas de las ciudades y los campos». Los sirvientes del culto fueron asimilados a los kulaks: aplastados a impuestos —la tasa de los popes se decuplicó entre 1928-1930—, privados de sus derechos civiles —lo que significaba fundamentalmente que eran además privados de sus cartillas de racionamiento y de toda asistencia médica— fueron a menudo arrestados, y después exiliados o deportados. Según datos incompletos, más de 30.000 ministros de culto fueron «deskulakizados» en 1930. En numerosos pueblos y aldeas, la colectivización comenzó simbólicamente, por la clausura de la iglesia y la deskulakización por el pope. Hecho significativo: cerca del 14 por 100 de las revueltas y levantamientos campesinos registrados en 1930 tuvieron como primera razón la clausura de las iglesias y la confiscación de las campanas[9]. La campaña antirreligiosa alcanzó su apogeo durante el invierno de 1929-1930. El 1de marzo de 1930, 6.715 iglesias habían sido cerradas o destruidas. Ciertamente, después del famoso artículo de Stalin «El vértigo del éxito», del 2 de marzo de 1930, una resolución del Comité central condenó cínicamente «las desviaciones inadmisibles en la lucha contra los prejuicios religiosos, en particular la clausura administrativa de las iglesias sin el consentimiento de los habitantes». Esta condena formal no tuvo, sin embargo, ninguna incidencia sobre la suerte de los ministros de culto deportados.

En el curso de los años siguientes, las grandes ofensivas contra la Iglesia, cedieron lugar a un hostigamiento administrativo cotidiano de los ministros del culto y de las sociedades religiosas. Interpretando libremente los sesenta y ocho artículos del decreto del 8 de abril de 1929, sobrepasando sus prerrogativas en materia de clausura de iglesias, las autoridades locales continuaban la guerrilla por los motivos más variados: vejez o «estado insalubre» de los edificios, «falta de seguridad», falta de pago de los impuestos y otras innumerables contribuciones descargadas sobre los miembros de las sociedades religiosas. Privados de sus derechos cívicos, de su magisterio, de la posibilidad de ganarse la vida aceptando un trabajo asalariado, calificados de manera arbitraria como «elementos parásitos que viven de ingresos no salariales», muchos ministros de culto no tuvieron otra solución que la de convertirse en «popes

[8] N. Werth, «Le Pouvoir soviétique et l'Eglise orthodoxe de la collectivisation à la Constitution de 1936», en *Revue d'Études comparatives Est-Ouest,* 1993, núms. 3-4, págs. 41-49.

[9] GARF, 374/28/145/13-26.

errantes», llevando una vida clandestina en los márgenes de la sociedad. Así se desarrollaron, en oposición a la política de sumisión al poder soviético impulsada por el metropolitano Sergio, movimientos cismáticos, fundamentalmente en las provincias de Voronezh y de Tambov.

Los fieles de Aleksey Bui, obispo de Voronezh, detenido en 1929 por su intransigencia en relación con cualquier compromiso entre la Iglesia y el régimen, se organizaron en una Iglesia autónoma, la «verdadera Iglesia ortodoxa», con su clero propio a menudo «errante», ordenado fuera de la Iglesia patriarcal sergueieviana. Los adeptos de esta «Iglesia del desierto», que no poseía edificios de culto propios, se reunían para orar en los lugares más diversos: domicilios privados, ermitas y grutas[10]. Estos «verdaderos cristianos ortodoxos», como se denominaban a sí mismos, fueron perseguidos de una manera muy especial. Varios millares de ellos fueron detenidos y deportados como colonos especiales o enviados a los campos de concentración. Por lo que se refiere a la Iglesia ortodoxa, el número de sus lugares de culto y de sus ministros conoció, gracias a la presión constante de las autoridades, una disminución muy clara, incluso aunque, como iba a dejar de manifiesto el censo anulado de 1937, el 70 por 100 de los adultos continuaban confesándose creyentes. El 1 de abril de 1936 no quedaban ya en la URSS más que 15.835 iglesias ortodoxas en activo (28 por 100 de la cifra de antes de la revolución), 4.830 mezquitas (32 por 100 de la cifra de antes de la revolución) y algunas decenas de iglesias católicas y protestantes. En cuanto al número de los ministros de culto debidamente registrados, solo era de 17.857, contra 112.629 en 1914 y todavía alrededor de 70.000 en 1928. El clero no era ya, por citar la fórmula oficial, más que un «residuo de las clases moribundas»[11].

Los kulaks, los *spetzy* y los miembros del clero no fueron las únicas víctimas de la «revolución anticapitalista» de inicios de los años treinta. En enero de 1930, las autoridades desencadenaron una vasta campaña de «evicción de los empresarios privados». Esta operación se enfocaba de manera fundamental sobre los comerciantes, los artesanos y algunos miembros de las profesiones liberales, en total, cerca de un millón y medio de personas que, bajo la NEP, habían ejercido su ocupación en el sector privado de manera muy modesta. Estos empresarios privados, cuyo capital medio en el comercio no pasaba de los 1.000 rublos, y de los cuales el 98 por 100 no empleaba un solo asalariado, fueron rápidamente aplastados por la decuplicación de sus impuestos, la confiscación de sus bienes, y después como «elementos desclasados», «ociosos» o «elementos extraños», fueron privados de sus derechos cívicos de la misma manera que un conjunto disparatado de «los de arriba» y otros «miembros de las clases poseedoras y del aparato del Estado zarista». Un decreto del 12 de diciembre de 1930 censó más de treinta categorías de *lishentsy*, ciudadanos privados de sus derechos cívicos: «ex terratenientes»,

[10] W. C. Fletcher, *L'Église clandestine en Union soviétique*, París, Edit. A. Moreau, 1971.

[11] N. Werth, G. Moullec, *op. cit.*, págs. 219-304.

«ex comerciantes», «ex nobles», «ex policias», «ex funcionarios zaristas», «ex kulaks», «ex arrendatarios o propietarios de empresas privadas», «ex oficiales blancos», ministros de culto, monjes, monjas, «antiguos miembros de partidos políticos», etc. Las discriminaciones de las que fueron víctimas los *lishentsy*, que en 1932 representaban el 4 por 100 de los electores, es decir, aproximadamente siete millones de personas en unión de sus familias, no se limitaban ciertamente a la simple privación del derecho de voto. En 1929-1932 esta privación fue acompañada de la pérdida total del derecho a la vivienda, a los servicios sociales y a las cartillas de racionamiento. En 1933-1934 se tomaron medidas todavía más severas, que llegaban hasta el destierro en el marco de las operaciones de «pasaportización» destinadas a purgar a las ciudades de sus «elementos desclasados»[12].

Al golpear contra la raíz de las estructuras sociales y de los modos de vida rurales, la colectivización forzada de los campos, reemplazada por la industrialización acelerada, había engendrado una formidable migración campesina hacia las ciudades. La Rusia campesina se transformó en un país de vagabundos, *Rus' brodzhaschaya*. De finales de 1928 a finales de 1932, las ciudades soviéticas se vieron anegadas por una marea de campesinos, estimada en doce millones de personas, que huía de la colectivización y de la deskulakización. Solamente las regiones de Moscú y de Leningrado ya «acogieron» a más de tres millones y medio de inmigrantes. Entre estos figuraban buen número de campesinos emprendedores que habían preferido huir del campo, con el deseo de «autodeskulakizarse», antes que entrar en un koljoz. En 1930-1931, las innumerables construcciones absorbieron esta mano de obra poco exigente. Pero a partir de 1932, las autoridades comenzaron a inquietarse por esta afluencia masiva e incontrolada de una población vagabunda que «ruralizaba» la ciudad, lugar de poder y vitrina del nuevo orden socialista; ponía en peligro el conjunto del sistema de racionamiento laboriosamente elaborado desde 1929 cuyo número de «usuarios» pasó de 26 millones a inicios de 1930 a cerca de 40 millones a finales de 1932; y transformaba las fábricas en inmensos «campamentos de nómadas». ¿Acaso los recién llegados no se encontraban en el origen de toda una serie de «fenómenos negativos» que, según las autoridades, desorganizaban de manera duradera la producción: absentismo, colapso de la disciplina del trabajo, gamberrismo, producción de desechos, desarrollo del alcoholismo y de la criminalidad?[13].

Para combatir esta *stijia* —término que designaba a la vez a los elementos naturales, a la anarquía y al desorden—, en noviembre-diciembre de 1932 las autoridades adoptaron una serie de medidas represivas que iban de la penalización sin precedentes de las relaciones del trabajo a un intento de purgar a las ciudades de sus «elementos socialmente extraños». La ley de 15 de noviembre

[12] A. I. Dobkin, «Lishentsy, 1918-1936» (Las personas privadas de sus derechos cívicos) en *Zvenia*, vol. 2, Moscú, 1992, págs. 600-620.

[13] M. Lewin, *op. cit.*, págs. 311-317.

de 1932 sancionaba severamente el absentismo en el trabajo y preveía fundamentalmente el despido inmediato, la retirada de las cartillas de racionamiento y la expulsión de los transgresores de su vivienda. Su finalidad confesada era permitir que se desenmascarara a los «pseudoobreros». El decreto de 4 de diciembre de 1932, que proporcionaba a las empresas la responsabilidad de la entrega de las nuevas cartillas de racionamiento, tenía como objetivo principal eliminar a todas las «almas muertas» y a los «parásitos» indebidamente inscritos en las listas municipales de racionamiento peor actualizadas.

Pero la piedra angular del dispositivo fue la introducción, el 27 de diciembre de 1932, del pasaporte interior. La «pasaportización» de la población respondía a varios objetivos explícitamente definidos en el preámbulo del decreto: liquidar el «parasitismo social», restringir la «infiltración» de los kulaks en los centros urbanos y su actividad en los mercados, limitar el éxodo rural, y salvaguardar la pureza social de las ciudades. Todos los ciudadanos adultos, es decir, que tuvieran más de dieciséis años, no privados de sus derechos cívicos, así como los ferroviarios, los asalariados permanentes de las obras de construcción, y los obreros agrícolas de las granjas del Estado, recibían un pasaporte entregado por los servicios de policía. Este pasaporte solo era válido cuando tenía estampado un sello oficial que certificaba la dirección legal *(propiska)* del ciudadano. La *propiska* regía completamente la condición de ciudadano con sus ventajas específicas: cartilla de racionamiento, seguros sociales y derecho a la vivienda. Las ciudades fueron divididas en dos categorías: «abiertas» o «cerradas». Las ciudades «cerradas» —Moscú, Leningrado, Kiev, Odessa, Minsk, Járkov, Róstov del Don y Vladivostok en una primera época— eran ciudades de condición privilegiada, mejor abastecidas, donde el domicilio definitivo solo podía ser obtenido por filiación, matrimonio o empleo específico que otorgara el derecho a la propiska. Las ciudades «abiertas» estaban sometidas a una propiska más fácil de obtener.

Las operaciones de «pasaportización» de la población, que se prolongaron durante todo el año en 1933 —se entregaron veintisiete millones de pasaportes—, permitieron a las autoridades purgar las ciudades de elementos indeseables. Comenzada en Moscú el 5 de enero de 1933, la primera semana de pasaportización de veinte grandes empresas industriales de la capital concluyó con el «descubrimiento» de 3.450 «ex guardias blancos, ex kulaks y otros elementos criminales». En total, en las «ciudades cerradas», cerca de 385.000 personas contemplaron cómo se les negaba un pasaporte y fueron obligadas a abandonar su lugar de residencia en un plazo de diez días, con la prohibición de instalarse en otra ciudad, incluso aunque fuera «abierta». «Por supuesto, hay que añadir a esta cifra, reconocía el jefe del departamento de pasaportes del NKVD en su informe del 13 de agosto de 1934, a todos aquellos que, cuando fue anunciada la operación de «pasaportización», prefirieron abandonar las ciudades por su propio pie sabiendo que no se les entregaría pasaporte. En Magnitogorsk, por ejemplo, cerca de 35.000 personas abandonaron la ciudad. (...) En Moscú, en el curso de los dos primeros meses de la operación,

la población disminuyó en 60.000 personas. En Leningrado, en un mes, 54.000 personas desaparecieron totalmente». En las ciudades «abiertas», la operación permitió expulsar a más de 420.000 personas [14].

Los controles de policía y las redadas de individuos sin papeles se solventaron con el exilio de centenares de miles de personas. En diciembre de 1933, Guenrij Yagoda ordenó a sus servicios «limpiar» cada semana las estaciones y los mercados de las ciudades «cerradas». En el curso de los ocho primeros meses de 1934, tan solo en las ciudades «cerradas», más de 630.000 personas fueron interrogadas por infracción del régimen de pasaportes. De estas 65.661 fueron encarceladas siguiendo la vía administrativa, después generalmente fueron deportadas como «elementos desclasados» bajo la condición de colono especial, 3.596 fueron obligadas a comparecer ante un tribunal y 175.627 fueron deportadas sin verse sometidas a la condición de colono especial. Las otras no pasaron de pagar una simple multa [15].

Fue durante el curso del año 1933 cuando tuvieron lugar las operaciones más espectaculares: del 28 de junio al 3 de julio, arresto y deportación hacia «poblaciones de trabajo» siberianas de 5.470 gitanos de Moscú [16]; del 8 al 12 de julio, arresto y deportación de 4.750 «elementos desclasados» de Kiev; en abril, junio y julio de 1933, redada-deportación de tres contingentes de «elementos desclasados» de Moscú y de Leningrado [17], es decir, en total más de 18.000 personas. El primero de estos contingentes fue a parar a la isla de Nazino, donde en un mes perecieron las dos terceras partes de los deportados.

Acerca de la identidad de algunos de estos supuestos «elementos desclasados» deportados después de un simple control de policía, esto es lo que escribía en su informe ya citado el instructor del partido de Narym:

«Podría multiplicar los ejemplos de deportación totalmente injustificada. Desgraciadamente todas estas personas, que eran cercanas, obreros, miembros del partido, han muerto, porque eran los menos adaptados a las condiciones: Novozhilov Vladimir, de Moscú. Calentador en la fábrica Compresor de Moscú, recompensado tres veces. Esposa e hijo en Moscú. Se disponía a ir al cine con su esposa. Mientras ella se preparaba, él bajó, sin papeles, a comprar cigarrillos. Fue detenido en una redada en la calle. Vinogradova, Koljoziana. Se dirigía a casa de su hermano, jefe de la milicia del 8.º sector en Moscú. Fue detenida en una redada al bajar del tren, en una de las estaciones de la ciudad, deportada. Vuakin, Nikolay Vassilievich, miembro del komsomol desde 1929, obrero en la fábrica El Obrero Textil Rojo, de Serpujov. Tres veces recompensado. Se dirigía el domingo a un partido de fútbol. Había olvidado llevar sus papeles. Detenido en una redada, deportado. Matveev, I. M.

[14] GARF, 1235/2/1650/27-34.
[15] *Íbid.*
[16] GARF, 9749/1/19/7; N. Werth, G. Moullec, *op. cit.*, págs. 43-44.
[17] GARF, 9479/1/19/19.

Obrero de la construcción, en la obra de la fábrica de elaboración del pan número 9. Tenía un pasaporte de trabajador temporero, válido hasta diciembre de 1933. Atrapado en una redada con su pasaporte. Había dicho que nadie había querido echar un vistazo siquiera a sus papeles [18]...».

La purga de las ciudades del año 1933 vino acompañada por otras numerosas operaciones puntuales realizadas con el mismo espíritu, tanto en las administraciones como en las empresas. En los transportes ferroviarios, sector estratégico dirigido con mano de hierro por Andreyev, y después por Kaganovich, el 8 por 100 del conjunto del personal, es decir, cerca de 20.000 personas, fue purgado en la primavera de 1933. En relación con el desarrollo de una de estas operaciones este es el extracto del informe del jefe del departamento de transportes del GPU sobre «la eliminación de los elementos contrarrevolucionarios y antisoviéticos en los ferrocarriles», fechado el 5 de enero de 1933:

«Las operaciones de limpieza realizadas por el departamento de transportes de la GPU de la 8.ª región han dado los resultados siguientes: Penúltima operación de purga, 700 personas detenidas y llevadas ante los tribunales, entre las cuales estaban: ladrones de paquetes, 325; gamberros (delincuentes de poca monta) y elementos criminales, 221; bandidos, 27; elementos contrarrevolucionarios, 127. Han sido pasados por las armas 73 ladrones de paquetes que formaban parte de bandas organizadas. En el curso de la última operación de purga (...) fueron arrestadas 200 personas aproximadamente. Principalmente son elementos kulaks. Además 300 personas dudosas han sido despedidas por vía administrativa. Así, en el curso de los últimos cuatro meses, hay 1.270 que, de una manera o de otra, han sido expulsadas de la zona. La limpieza continúa [19]».

En la primavera de 1934, el Gobierno tomó una serie de medidas represivas en relación con numerosos vagabundos jóvenes y pequeños delincuentes que se habían multiplicado en las ciudades a causa de la deskulakización, el hambre y la brutalización general de las relaciones sociales. El 7 de abril de 1935, el Buró político promulgó un decreto que preveía «someter a la justicia, para aplicarles todas las sanciones penales previstas por la ley, a los adolescentes, a contar desde la edad de doce años, convictos de robos con fractura, actos de violencia, daños corporales, actos de mutilación y homicidios». Algunos días más tarde, el Gobierno envió una instrucción secreta a los juzgados precisando que las sanciones penales relativas a los adolescentes «incluyen también la medida suprema de defensa social», es decir, la pena de muerte. En consecuencia, las antiguas disposiciones del Código penal que prohibían aplicar la pena de muerte a los menores de edad fueron derogadas [20]. En paralelo, el

[18] V. Danilov, S. A. Krasilnikov, *op.cit.*, vol. 3, págs. 96-99.
[19] CRCEDHC, 17/120/94/133-136.
[20] O. Jlevnyuk (Khlevniouk), *op. cit.*, págs. 154-156.

NKVD se encargó de organizar las «casas de acogida y de destino de los menores» que dependían hasta entonces del comisariado del pueblo para la Instrucción, y de desarrollar una red de «colonias de trabajo» para menores.

No obstante, frente a la amplitud creciente de la delincuencia juvenil y del vagabundeo, estas medidas no tuvieron ningún efecto. Como señalaba un informe sobre «la liquidación del vagabundeo de menores durante el período del 1 de julio de 1935 al 1 de octubre de 1937»:

«A pesar de la reorganización de los servicios, la situación no ha mejorado en absoluto. (...) A partir de febrero de 1937 se ha notado una gran afluencia de vagabundos procedentes de las zonas rurales, principalmente de las regiones afectadas por la mala cosecha de 1936. (...) Las marchas masivas de niños de los campos a causa de las dificultades materiales temporales que afectan a su familia se explican no solamente por la mala organización de las cajas de ayuda mutua de los koljozes, sino también por las prácticas criminales de los dirigentes de numerosos koljozes que, deseosos de desembarazarse de los jóvenes mendigos y vagabundos, proporcionan a estos últimos "certificados de vagabundeo y mendicidad" y los expiden hacia las estaciones y las ciudades más próximas. (...) Además, la administración ferroviaria y la milicia de ferrocarriles, en lugar de detener a los menores vagabundos y dirigirlos hacia los centros de acogida y reparto del NKVD, se limitan a situarlos a la fuerza en los trenes de pasajeros "para limpiar su sector" (...) y los vagabundos se encuentran en las grandes ciudades [21]».

Algunas cifras dan idea de la amplitud del fenómeno. Solamente durante el curso del año 1936, más de 125.000 menores vagabundos pasaron por las «casas de acogida» del NKVD. De 1935 a 1939, más de 155.000 menores fueron encerrados en colonias de trabajo del NKVD, y 92.000 niños de doce a dieciséis años comparecieron ante la justicia tan solo durante los años 1937-1939. El 1 de abril de 1939, más de 10.000 menores estaban encarcelados en el sistema de campos de concentración del Gulag [22].

Durante la primera mitad de los años treinta, la amplitud de la represión llevada a cabo por el Partido-Estado contra la sociedad conoció variaciones de intensidad, ciclos que alternaban momentos de violenta confrontación, con su cortejo de medidas terroristas y de purgas masivas, y momentos de pausa que permitían recuperar cierto equilibrio, e incluso frenar el caos que corría el riesgo de engendrar un enfrentamiento permanente, creador de patinazos incontrolados.

La primavera de 1933 marcó sin duda el apogeo de un primer gran ciclo de terror que había comenzado a finales de 1929 con el desencadenamiento de

[21] GARF, 1235/2/2032/15-29.
[22] J. A. Getty, G. T. Rittersporn, V. N. Zemskov, «Les victimes de la répression pénale dans l'URSS d'avant-guerre» en *Revue des Études Slaves*, vol. 65, 4, 1993, pág. 641.

la deskulakización. Las autoridades se vieron entonces enfrentadas con problemas realmente inéditos. Y de entrada, ¿cómo se podía asegurar, en las regiones devastadas por el hambre, las labores de los campos relacionadas con la cosecha futura? «Si no tomamos en consideración las necesidades mínimas de los koljozianos», había previsto en el otoño de 1932 un importante responsable regional del partido, «no habrá nadie que pueda sembrar y asegurar la producción.»

Además, ¿qué se podía hacer con centenares de miles de presos preventivos que congestionaban las prisiones y a los que el sistema de los campos de concentración ni siquiera podía explotar? «¿Qué efecto pueden tener sobre la población nuestras leyes hiperrepresivas», se interrogaba otro responsable local del partido en marzo de 1933, «cuando se sabe que a petición de la sala centenares de koljozianos condenados durante el último mes a dos años y más de prisión por sabotaje de la siembra ya han sido liberados?»

Las respuestas formuladas por las autoridades a estas dos situaciones límite, en el curso del verano de 1933, revelaban dos orientaciones diferentes cuya mezcla, alternancia y frágil equilibrio iban a caracterizar el período que va del verano de 1933 al otoño de 1936, antes del desencadenamiento del gran terror.

A la primera cuestión —¿cómo asegurar en las regiones devastadas por el hambre los trabajos de los campos con vistas a la futura cosecha?— las autoridades respondieron de la manera más expeditiva organizando inmensas redadas de la población urbana, enviada a los campos *manu militari*.

«La movilización de las fuerzas urbanas», escribía el 20 de julio de 1933 el cónsul italiano de Járkov, «ha adquirido proporciones enormes. (...) Esta semana, por lo menos 20.000 personas han sido enviadas cada día al campo. (...) Anteayer se realizó una incursión en el bazar, se apoderaron de todas las gentes que podían trabajar, hombres, mujeres, adolescentes de ambos sexos, y se los llevaron a la estación vigilados por la GPU, y los expidieron a los campos [23]».

La llegada masiva de estos habitantes de las ciudades a los campos hambrientos no dejó de crear tensiones. Los campesinos incendiaban las barracas en las que se había confinado a los «movilizados» que habían sido debidamente puestos en guardia por las autoridades para que no se aventuraran por las aldeas «pobladas de caníbales». No obstante, gracias a condiciones meteorológicas excepcionalmente favorables, a la movilización de toda la mano de obra urbana disponible, al instinto de supervivencia de los supervivientes, que, confinados en sus aldeas, no tenían otra alternativa que trabajar esta tierra que ya no les pertenecía o morir, las regiones afectadas por el hambre durante 1932-1933 proporcionaron una cosecha muy digna en el otoño de 1933.

A la segunda cuestión —¿qué hacer con el flujo de detenidos que congestiona las prisiones?— las autoridades respondieron de manera pragmática liberando a varios centenares de millares de personas. Una circular confidencial del Comité central de 8 de mayo de 1933 reconoció la necesidad de «reglamentar los arrestos (...) efectuados por cualquiera», de «descongestionar

[23] A. Graziosi, Lettres de Kharkov..., *art. cit.*, pág. 77.

los lugares de detención» y de «reducir, en un plazo de dos meses, el número total de los detenidos, excepción hecha de los campos de concentración, de 800.000 a 400.000» [24]. La operación de «descongestión» duró cerca de un año y alrededor de 320.000 personas detenidas fueron liberadas.

El año 1934 estuvo marcado por cierta tregua en la política represiva. De ello da testimonio la fuerte disminución del número de condenas en los asuntos seguidos por la GPU, que descendieron a 79.000, frente a los 240.000 de 1933 [25]. La policía política fue reorganizada. Conforme al decreto del 10 de julio de 1934, la GPU se convirtió en un departamento del nuevo comisariado del pueblo para el Interior unificado a escala de la URSS. Parecía así fundirse con los otros departamentos menos famosos tales como la milicia obrera y campesina, la guardia fronteriza, etc. Al llevar además las mismas siglas que el comisariado del pueblo para el Interior —*Narodnyi Komissariat Vnutrennyj Diel*, o NKVD—, la «nueva» policía política perdía una parte de sus atribuciones judiciales. Al término de la instrucción, los autos debían ser «transmitidos a los órganos judiciales competentes», y ya no tenía la posibilidad de ordenar ejecuciones capitales sin el aval de las autoridades políticas centrales. Igualmente se creó un procedimiento de apelación: todas las condenas a muerte debían ser confirmadas por una comisión del Buró político.

Estas disposiciones, presentadas como medidas «que reforzaban la legalidad socialista», no obstante solo tuvieron efectos muy limitados. El control de las decisiones de arresto por parte de la sala no tuvo ningún alcance, porque el fiscal general Vyshinsky concedió una autonomía completa a los órganos represivos. Además, desde septiembre de 1934, el Buró político infringió los procedimientos que él mismo había establecido a propósito de la confirmación de condenas de pena capital, autorizando a los responsables de varias regiones el que no se refirieran a Moscú para las condenas a muerte pronunciadas en el ámbito local. La tregua había tenido una corta duración.

El asesinato de Serguei Kírov, miembro del Buró político y primer secretario de la organización del partido de Leningrado, abatido el 1 de diciembre de 1934 por Leonid Nikolayev, un joven comunista exaltado que había conseguido entrar armado en el Instituto Smolny, sede de la dirección del partido de Leningrado, desencadenó un nuevo ciclo represivo.

Durante décadas, la hipótesis de la participación directa de Stalin en el asesinato de su principal «rival» político, prevaleció, fundamentalmente después de las «revelaciones» realizadas por Nikita Jrushchov en su «Informe secreto» presentado durante la noche del 24 al 25 de febrero de 1956 ante los delegados soviéticos en el XX Congreso del PCUS. Esta hipótesis ha sido cuestionada recientemente, sobre todo en la obra de Alla Kirilina [26], que se

[24] CRCEDHC, 17/3/922/56-58.
[25] V. Popov, *art. cit.*, pág. 28.
[26] Alla Kirilina, *L'Assassinat de Kirov. Destin d'un stalinien, 1888-1934*, París, Le Seuil, 1995.

apoya en fuentes archivísticas inéditas. No hay ninguna duda de que el asesinato de Kírov fue ampliamente utilizado por Stalin con fines políticos. Materializaba efectivamente, de manera extraordinaria, la figura de la conspiración, figura central de la retórica estalinista. Permitía crear una atmósfera de crisis y de tensión. Podía servir, en todo momento, de prueba tangible —de único elemento, en realidad— de la existencia de una vasta conspiración que amenazaba al país, a sus dirigentes y al socialismo. Proporcionaba además una excelente explicación de las debilidades del sistema: si las cosas iban mal, si la vida era difícil, aunque debería de ser según la expresión famosa de Stalin, «alegre y feliz», se debía a «la culpa de los asesinos de Kírov».

Algunas horas después del anuncio del asesinato, Stalin redactó un decreto, conocido con el nombre de «ley del 1.° de diciembre». Esta medida extraordinaria, que entró en vigor por decisión personal de Stalin, y que solo fue ratificada por el Buró político dos años más tarde, ordenaba reducir a diez días la instrucción en los asuntos de terrorismo, juzgarlos en ausencia de las partes y aplicar inmediatamente las sentencias de muerte. Esta ley, que marcaba una ruptura radical con los procedimientos establecidos unos meses antes, iba a ser el instrumento ideal para la aplicación del gran terror [27].

En las semanas que siguieron, un número importante de antiguos opositores a Stalin en el seno del partido fueron acusados de actividades terroristas. El 22 de diciembre de 1934, la prensa anunció que el «crimen odioso» era obra de un «grupo terrorista clandestino» que comprendía a Nikolayev y además a trece antiguos «zinovievistas» arrepentidos, y que era dirigido por un supuesto «centro de Leningrado». Todos los miembros de este grupo fueron juzgados a puerta cerrada los días 28 y 29 de diciembre, condenados a muerte e inmediatamente ejecutados. El 9 de enero de 1935 se abrió el proceso del mítico «centro contrarrevolucionario zinovievista de Leningrado», en el que estuvieron encausadas setenta personas, entre ellas numerosos militantes eminentes del partido que se habían opuesto en el pasado a la línea estalinista y que fueron condenados a penas de prisión. El descubrimiento del centro de Leningrado permitió ocuparse del «centro de Moscú», cuyos diecinueve supuestos miembros, entre los que figuraban Zinoviev y Kamenev en persona, fueron acusados de «complicidad ideológica» con los asesinos de Kírov y juzgados el 16 de enero de 1935. Zinoviev y Kamenev admitieron que «la antigua actividad de la oposición no podía, por la fuerza de las circunstancias objetivas, más que estimular la degeneración de estos criminales». El reconocimiento de esta sorprendente «complicidad ideológica», que se producía después de tantos arrepentimientos y negaciones públicas, debía exponer a los dos antiguos dirigentes a figurar como víctimas expiatorias en una futura parodia de justicia. De momento, les ocasionó, respectivamente, cinco y diez años de re-

[27] R. Conquest, *La Grande Terreur*, París, R. Laffont, 1995, págs. 429-430. (Existe una traducción al castellano de esta obra R. Conquest, *El gran terror*, Barcelona, Luis de Caralt, 1974.) *(N. del T.)*

clusión criminal. En total, en dos meses, de diciembre de 1934 a febrero de 1932, 6.500 personas fueron condenadas según los nuevos procedimientos previstos por la ley contra el terrorismo de 1 de diciembre [28].

Al día siguiente de la condena de Zinoviev y de Kamenev, el Comité central dirigió a todas las organizaciones del partido una circular secreta titulada «Lecciones de los acontecimientos relacionados con el asesinato innoble del camarada Kírov». Este texto afirmaba la existencia de una conspiración dirigida por «dos centros zinovievistas (...) forma enmascarada de una organización de guardias blancos» y recordaba que la historia del partido había sido y seguía siendo un combate permanente contra «grupos antipartido»: trotskistas, «centralistas-democráticos», «desviacionistas de derechas», «abortos derechista-izquierdistas», etc. Por lo tanto, eran sospechosos todos aquellos que en una u otra ocasión se hubieran pronunciado contra la dirección estalinista. La caza de los antiguos opositores se intensificó. A finales de enero de 1935, 988 antiguos partidarios de Zinoviev fueron deportados desde Leningrado a Siberia y Yakutia. El Comité central ordenó a todas las organizaciones locales del partido establecer listas de comunistas excluidos en 1926-1928 por su pertenencia al «bloque trotskista y trotskista-zinovievista». Sobre la base de estas listas se realizaron a continuación los arrestos. En mayo de 1935, Stalin envió a las instancias locales del partido una nueva carta del Comité central que ordenaba una verificación minuciosa de la cartilla de cada comunista.

La versión oficial del asesinato de Kírov, perpetrado por un individuo que había penetrado en Smolny gracias a una «falsa» cartilla del partido, demostraba de manera escandalosa «la inmensa importancia política» de la campaña de verificación de cartillas. Esta duró más de seis meses, se desarrolló con la participación activa del aparato de la policía política, proporcionando el NKVD a instancias del partido los expedientes sobre los comunistas «dudosos», y comunicando las organizaciones del partido a su vez al NKVD las informaciones sobre los miembros expulsados durante la campaña de «verificación». Esta se solventó mediante la expulsión del 9 por 100 de los miembros del partido, es decir, de alrededor de 250.000 personas [29]. Según datos incompletos citados delante del pleno del Comité central reunido a finales de diciembre de 1935 por Nikolay Yezhov, jefe del departamento central de cuadros y responsable de la operación, 15.218 «enemigos» expulsados del partido fueron detenidos en el curso de esta campaña. Esta purga, no obstante, según Yezhov, se había desarrollado muy mal. Había durado tres meses más de lo previsto a causa de «la mala voluntad, cercana al sabotaje» de un gran número de «elementos burocratizados instalados en los aparatos». A pesar de las llamadas de las autoridades centrales para desenmascarar a trotskistas y zinovievistas, solamente el 3 por 100 de los expulsados pertenecían a estas catego-

[28] O. Jlevnyuk (Khlevniouk), *op. cit.*, págs. 150-154.
[29] *Íbid*, pág. 158.

rías. Los dirigentes locales del partido habían sido a menudo reticentes «a ponerse en contacto con los órganos del NKVD y a proporcionar al centro una lista individual de las personas que había que deportar sin tardanza por decisión administrativa». En resumen, según Yezhov, la campaña de verificación de las cartillas había revelado hasta qué punto la «caución solidaria» de los aparatos locales del partido significaba un obstáculo para cualquier control eficaz de las autoridades centrales sobre lo que pasaba realmente en el país [30]. Se trataba de una enseñanza crucial de la que Stalin se acordaría.

La ola de terror que se abatió desde el día siguiente del asesinato de Kírov no solamente arrastró a los antiguos opositores en el seno del partido. Tomando como pretexto que «elementos terroristas de los guardias blancos habían pasado la frontera occidental de la URSS», el Buró político decretó, el 27 de diciembre de 1934, la deportación de dos mil «familias antisoviéticas» de los distritos fronterizos de Ucrania. El 15 de marzo de 1935 se adoptaron medidas análogas para la deportación de «todos los elementos poco seguros de los distritos fronterizos de la región de Leningrado y de la República autónoma de Carelia (...) hacia el Kazajstán y la Siberia occidental». Se trataba principalmente de finlandeses, las primeras víctimas de las deportaciones étnicas, que iban a alcanzar su apogeo durante la guerra. Esta primera gran deportación de aproximadamente 10.000 personas partiendo de criterios de nacionalidad fue seguida, durante la primavera de 1936, por una segunda, que afectó a más de 15.000 familias y a alrededor de 50.000 personas, polacos y alemanes de Ucrania deportados a las regiones de Karaganda, en el Kazajstán e instalados en koljozes [31].

Tal y como se desprende del número de condenas pronunciadas en asuntos relacionados con el NKVD —267.000 en 1935, más de 274.000 en 1936 [32]—, el ciclo represivo conoció un nuevo auge en el curso de estos dos años. Durante este período se adoptaron unas pocas medidas de apaciguamiento, como la supresión de la categoría de *lishentsy*, la anulación de las condenas a penas inferiores a cinco años dictadas contra los koljozianos, la liberación anticipada de 37.000 personas condenadas de acuerdo con la ley de 7 de agosto de 1932, el restablecimiento en sus derechos civiles de los colonos especiales deportados, o la abrogación de las discriminaciones que prohibían el acceso a la enseñanza superior de los hijos de los deportados. Pero estas medidas eran contradictorias. Así, los kulaks deportados, restablecidos en principio en sus derechos civiles al cabo de cinco años de deportación, finalmente no tuvieron derecho a abandonar su lugar de residencia forzosa. Inmediatamente restablecidos en sus derechos, habían comenzado a regresar a sus

[30] O. Jlevnyuk (Khlevniouk), *op. cit.*, págs. 156-159; sobre este tema, J. A. Getty, *Origins of the Great Purge: the Soviet PC Reconsidered, 1933-1938*, Cambridge VP, 1985; CRCEDHC 17/120/240.

[31] CRCEDHC, 17/162/17; O. Jlevnyuk (Khlevniouk), *op. cit.*, pág. 154; N. Werth, G. Moullec, *op. cit.*, págs. 376-377.

[32] V. Popov, *art. cit.*, pág. 28.

poblaciones, lo que había creado una sucesión de problemas inexplicables. ¿Se les podía dejar entrar en el koljoz? ¿Dónde se podía alojarlos, puesto que sus bienes y su casa habían sido confiscados? La lógica de la represión solo toleraba pausas. No permitía la marcha atrás.

Las tensiones entre el régimen y la sociedad siguieron aumentando cuando el poder decidió recuperar el movimiento stajanovista —nacido según el famoso «récord» establecido por el minero Andrey Stajanov, que había multiplicado por catorce las normas de obtención de carbón gracias a una formidable organización de equipo— y promover una vasta campaña productivista. En noviembre de 1935, apenas dos meses después del célebre récord de Stajanov, se celebró en Moscú una conferencia de trabajadores de vanguardia. Stalin subrayó en el curso de la misma el carácter «profundamente revolucionario de un movimiento liberado del conservadurismo de los ingenieros, de los técnicos y de los dirigentes de empresa». En las condiciones de funcionamiento de la industria soviética de la época, la organización de las jornadas, de las semanas, de las décadas stajanovistas desorganizaba la producción de forma duradera. El equipo se había deteriorado, los accidentes de trabajo se multiplicaban, los «récords» eran seguidos por un período de caída de la producción. Al solaparse con el *spetzeedstvo* de los años 1928-1931, las autoridades imputaron de manera natural las dificultades económicas a supuestos saboteadores infiltrados entre los cuadros, a los ingenieros y a los especialistas. Una palabra imprudente pronunciada en contra de los stajanovistas, rupturas de ritmo en la producción, o un incidente técnico, eran considerados como otras tantas acciones contrarrevolucionarias. En el curso del primer semestre de 1936, más de 14.000 directivos que desempeñaban sus funciones en la industria fueron detenidos por sabotaje. Stalin utilizó la campaña stajanovista para endurecer todavía más su política represiva y desencadenar una nueva oleada de terror sin precedentes, que iba a entrar en la historia con el nombre de «el gran terror».

10
El gran terror (1936-1938)

Se ha escrito mucho sobre el «gran terror», que los soviéticos también denominan la *Yezhovschina,* «la época de Yezhov». Fue ciertamente en el curso de los dos años durante los cuales el NKVD fue dirigido por Nikolay Yezhov (de septiembre de 1936 a noviembre de 1938) cuando la represión adquirió una amplitud sin precedentes, que afectó a todos los segmentos de la población soviética, desde dirigentes del Buró político a simples ciudadanos detenidos en la calle para que se cumplieran las cuotas de «elementos contrarrevolucionarios a los que había que reprimir». Durante décadas la tragedia del gran terror quedó sometida a silencio. En Occidente no se conoció del período más que los tres procesos públicos espectaculares de Moscú de agosto de 1936, de enero de 1937 y de marzo de 1938, en el curso de los cuales los compañeros más prestigiosos de Lenin (Zinoviev, Kamenev, Krestinski, Rykov, Piatakov, Radek, Bujarin y otros) confesaron los peores delitos: haber organizado «centros terroristas» de obediencia «trotsko-zinovievista» o «trotsko-derechista», que tenían por objetivo derribar el Gobierno soviético, asesinar a sus dirigentes, restaurar el capitalismo, ejecutar actos de sabotaje, erosionar el poder de la URSS, desmembrar la Unión Soviética y separar de ella en beneficio de Estados extranjeros a Ucrania, Bielorrusia, Georgia, Armenia, el Extremo Oriente soviético...

Formidable acontecimiento-espectáculo, los procesos de Moscú fueron también un acontecimiento-pantalla que desvió la atención de los observadores extranjeros invitados al espectáculo de todo aquello que sucedía detrás y en paralelo: la represión masiva de todas las categorías sociales. Para estos observadores, que ya habían pasado en silencio la deskulakización, el hambre, el desarrollo del sistema de los campos de concentración, los años 1936-1938 solo fueron el último acto de la lucha política que había enfrentado, durante más de diez años, a Stalin con sus principales rivales, el final del enfrenta-

miento entre la burocracia estalinista termidoriana y la vieja guardia leninista que había seguido siendo fiel a sus compromisos revolucionarios.

Retomando los principales temas de la obra de Trotsky aparecida en 1936, *La Revolución traicionada,* el editorialista del gran periódico francés *Le Temps* escribía el 27 de julio de 1936:

> «La revolución rusa se encuentra en su Termidor. El señor Stalin ha medido la inanidad de la pura ideología marxista y del mito de la revolución universal. Buen socialista ciertamente, pero patriota ante todo, conoce el peligro que hacen correr a su país esta ideología y este mito. Su sueño es posiblemente el de un despotismo ilustrado, una especie de paternalismo completamente alejado del capitalismo, pero también alejado de las quimeras del comunismo.»

Y *L'Écho de Paris* expresó en términos más llenos de imágenes y menos respetuosos la misma idea el 30 de enero de 1937:

> «El georgiano de frente baja se une sin quererlo con Iván el Terrible, Pedro el Grande y Catalina II. Los otros, a los que hace asesinar, son los revolucionarios que han seguido siendo fieles a su fe diabólica, neuróticos presa de una rabia permanente de destrucción»[1].

Habrá que esperar al «Informe secreto de Jrushchov en el XX Congreso del PCUS, el 25 de febrero de 1956, para que se levante el velo finalmente sobre «los numerosos actos de violación de la legalidad socialista cometidos en los años 1936-1938 en relación con los dirigentes y cuadros del partido». En los años que siguieron, numerosos responsables, fundamentalmente militares, fueron rehabilitados. El silencio, sin embargo, continuó siendo total en relación con las víctimas «ordinarias». Ciertamente, durante el XXII Congreso del PCUS, en octubre de 1961, Jrushchov reconoció públicamente que las «represiones masivas (...) habían afectado a sencillos y honrados ciudadanos soviéticos», pero no dijo nada de la amplitud de estas represiones, de las que él mismo había sido directamente responsable, al igual que muchos otros dirigentes de su generación.

A finales de los años sesenta, a partir de los testimonios de soviéticos que pasaron a Occidente, de publicaciones tanto de emigrados como de soviéticos del período del deshielo jrushchoviano, un historiador como Robert Conquest pudo no obstante reconstituir, en sus líneas generales, la trama general del gran terror, aunque en ellas aparecieran algunas extrapolaciones a veces arriesgadas sobre los mecanismos de toma de decisión y una sobreevaluación importante del número de víctimas[2].

[1] N. Werth, *Les Procès de Moscou, 1936-1938,* Bruselas, Complexe, 1987, pág. 61.

[2] R. Conquest, *La Grande Terreur,* París, Stock, 1968; reeditado por R. Laffont, 1995. (Existe edición española, *El gran terror,* Barcelona, Luis de Caralt, 1974).

La obra de Robert Conquest suscitó abundantes discusiones, fundamentalmente relativas al grado de centralización del terror, a los papeles respectivos de Stalin y de Yezhov y al número de víctimas. Por ejemplo, algunos historiadores de la escuela revisionista americana discutieron la idea según la cual Stalin habría planificado con precisión el desarrollo de los acontecimientos de 1936 a 1938. Insistiendo, por el contrario, en el aumento de las tensiones entre las autoridades centrales y los aparatos locales cada vez más poderosos, así como en los «patinazos» de una represión ampliamente incontrolada, explicaron la amplitud excepcional de las represiones de los años 1936-1938 por el hecho de que, deseosos de devolver el golpe que les estaba destinado, los aparatos locales habían dirigido el terror contra innumerables «chivos expiatorios», demostrando así al centro su vigilancia y su intransigencia en la lucha contra «los enemigos de todas clases»[3].

Otro punto de divergencia: el número de víctimas. Para Conquest y sus discípulos, el gran terror habría concluido con al menos seis millones de arrestos, tres millones de ejecuciones y dos millones de fallecimientos en los campos de concentración. Para los historiadores revisionistas, estas cifras eran excesivamente elevadas.

La apertura —siquiera parcial— de los archivos soviéticos permite hoy en día realizar un nuevo análisis sobre el gran terror. No se trata de volver a narrar en algunas páginas, después de otros, la historia extraordinariamente compleja y trágica de los dos años más sangrientos del régimen soviético, sino que se trata más bien de esclarecer las cuestiones que suscitaron en el curso de los últimos años el debate centrado fundamentalmente en el grado de centralización del terror, las categorías de las víctimas y su número.

Por lo que se refiere al grado de centralización del terror, los documentos del Buró político hoy en día accesibles[4] confirman que la represión en masa fue, en buena medida, el resultado de una iniciativa decidida por la más alta instancia del partido, el Buró político, y por Stalin en particular. La organización, y después el desarrollo de la más sangrienta de las grandes operaciones de represión, la operación de «liquidación de los antiguos kulaks, criminales y otros elementos antisoviéticos[5]», que tuvo lugar desde agosto de 1937 a mayo de 1938, aportan una luz completamente reveladora sobre el papel respectivo del centro y de las instancias locales en la represión, pero también sobre la lógica de esta operación, que pretendía, al menos originalmente, re-

[3] J. A. Getty, *Origins of the Great Purges: the Soviet CR Reconsidered, 1933-1938,* Cambridge UP, 1985; G. Rittersporn, *Simplifications staliniennes et complications soviétiques, 1933-1953,* París, EAC, 1988; J. A. Getty, R. T. Manning (editores), *Stalinist Terror. New Perspectives,* Cambridge UP, 1993.

[4] Stalinskoie Politburo v 30-ye gody (El Buró político estalinista en los años treinta), compilación de documentos reunidos por O. V. Jlevnyuk, A. V. Kvashonkin, L. P. Kosheleva, L. A. Rogovaya, Moscú, 1995; O. V. Jlevnyuk, L. P. Kosheleva, J. Howlett, L. Rogovaya, «Les Sources archivistiques des organes dirigeants du PC(b)R» en *Communisme,* núms. 42-43-44, 1995, págs. 15-34.

[5] *Trud,* 4 de junio de 1992.

solver de manera definitiva un problema que no había podido ser solucionado en el curso de los años anteriores.

Desde 1935-1936, la cuestión del destino posterior de los antiguos kulaks deportados estaba a la orden del día. A pesar de la prohibición, que les era recordada con regularidad, de abandonar el lugar que se les había asignado para residir, cada vez más «colonos especiales» se confundían entre la masa de los trabajadores libres. En un informe de fecha de agosto de 1936, Rudolf Berman, el jefe del Gulag, escribía: «Aprovechándose de un régimen de vigilancia bastante relajado, numerosos colonos especiales, que trabajan desde hace mucho tiempo en equipos mixtos con obreros libres, han abandonado su lugar de residencia. Cada vez resulta más difícil recuperarlos. Ciertamente han adquirido una especialidad, la administración de las empresas desea conservarlos, a veces incluso son espabilados para adquirir un pasaporte, se casan con compañeros libres, a menudo tienen una casa...»[6].

Aunque numerosos colonos especiales asignados para residir en zonas industriales tenían una tendencia a confundirse con la clase obrera local, otros huían más lejos. Un gran número de estos «fugitivos» sin papeles y sin techo se unían a las bandas de marginados sociales y de pequeños delincuentes cada vez más numerosas en la periferia de las ciudades. Las inspecciones realizadas en el otoño de 1936 en ciertas comandancias revelaron una situación «intolerable» a los ojos de las autoridades: así, en la región de Arcángel, no quedaban más que 37.000 de los 89.700 colonos especiales teóricamente asignados para que residieran en el lugar.

La obsesión por el «kulak-saboteador-infiltrado-en-las-empresas» y por el «kulak-bandido-errante-por-las-ciudades» explica que esta «categoría» fuera designada de manera prioritaria como víctima expiatoria durante la gran operación de represión decidida por Stalin a inicios del mes de julio de 1937.

El 2 de julio de 1937, el Buró político envió a las autoridades locales un telegrama en el que les ordenaba «detener inmediatamente a todos los kulaks y criminales (...) fusilar a los más hostiles de entre ellos después de que una troika (una comisión de tres miembros compuesta por el primer secretario regional del partido, por el fiscal y por el jefe regional del NKVD) llevara a cabo un examen administrativo de su asunto y deportar a los elementos menos activos pero no obstante hostiles al régimen. (...) El Comité central propone que le sea presentada en un plazo de cinco días la composición de las troikas, así como el número de individuos que hay que fusilar y el de los individuos que hay que deportar.

El centro recibió así, en las semanas que siguieron, «cifras indicativas» proporcionadas por las autoridades locales, sobre la base de las cuales Yezhov preparó la orden operativa número 00447, de fecha 30 de julio de 1937, que sometió para su ratificación ese mismo día al Buró político. En el marco de

[6] GARF, 9479/1/978/32.

esta «operación», 259.450 personas tenían que ser arrestadas y de estas 72.950 fusiladas [7]. Estas cifras resultaban en realidad incompletas, porque en la lista establecida faltaban toda una serie de regiones que todavía, al parecer, no habían hecho llegar a Moscú sus «estimaciones». Como en el caso de la deskulakización, se asignaron cuotas a todas las regiones para cada una de las dos categorías (1.ª categoría: para ejecutar; 2.ª categoría: para deportar).

Debe notarse que los elementos que constituían el objeto de la operación pertenecían a un espectro sociopolítico mucho más amplio que el de las categorías enumeradas inicialmente: al lado de los «ex kulaks» y de los «elementos criminales» figuraban los «elementos socialmente peligrosos», los «miembros de partidos antisoviéticos», los antiguos «funcionarios zaristas», los «guardias blancos», etc. Estas «denominaciones» se atribuían de manera natural a cualquier sospechoso, lo mismo si pertenecía al partido, que a la intelligentsia o al «pueblo llano». Por lo que se refiere a las listas de sospechosos, los servicios competentes de la GPU, y después del NKVD, habían tenido desde hacía años todo el tiempo para prepararlas, para mantenerlas al día y para actualizarlas.

La orden operativa de 30 de julio de 1937 proporcionaba a los dirigentes locales el derecho de solicitar a Moscú listas complementarias de individuos a los que había que reprimir. Las familias de personas condenadas a penas de campos de concentración o ejecutadas podían ser detenidas «por encima de las cuotas».

Desde finales del mes de agosto, el Buró político se vio inundado de numerosas peticiones de aumento de las cuotas. Del 28 de agosto al 15 de diciembre de 1937, ratificó diversas proposiciones de aumento de las cuotas por un total de 22.500 individuos para ejecutar y de 16.800 para internar en campos de concentración. El 31 de enero de 1938 adoptó, a propuesta del NKVD, un nuevo «añadido» de 57.200 personas, de las que 48.000 debían ser ejecutadas. El conjunto de las operaciones debía estar concluido para el 15 de marzo de 1938. Pero, una vez más, las autoridades locales, que desde el año anterior habían sido «purgadas» y renovadas varias veces, juzgaron oportuno mostrar su celo. Del 1 de febrero al 29 de agosto de 1938, el Buró político ratificó contingentes suplementarios de otros 90.000 individuos a los que había que reprimir.

Así, la operación que originalmente debía durar cuatro meses se extendió durante más de un año y afectó al menos a 200.000 personas por encima de las cuotas aprobadas inicialmente [8]. Cualquier individuo sospechoso de «malos» orígenes sociales era una víctima potencial. Igualmente resultaban particularmente vulnerables todas las personas que vivían en zonas fronterizas, o que de una manera o de otra habían tenido contactos con el extranjero, que habían sido prisioneros de guerra o que tenían familia, incluso lejana, fuera de la URSS. Estas personas, igual que los radioaficionados, los filatélicos o los esperantistas, tenían muchas posibilidades de caer bajo el peso de una acusación de espionaje. Del 6 de agosto al 21 de diciembre de 1937, al menos diez

[7] *Trud,* 4 de junio de 1992.

[8] O. Jlevnyuk (Khlevniouk), *Le Cercle du Kremlin, op. cit.,* págs. 208-210.

operaciones del mismo tipo que la desencadenada después de la orden operativa número 00447, fueron iniciadas por el Buró político y su relevo en la materia el NKVD, con la finalidad de «liquidar», nacionalidad por nacionalidad, a grupos de los que se sospechaba que eran «espías» y «desviacionistas»: alemanes, polacos, japoneses, rumanos, finlandeses, lituanos, estonios, letones, griegos y turcos. En el curso de estas operaciones «antiespías», se detuvo a varios centenares de personas a lo largo de quince meses, de agosto de 1937 a noviembre de 1938.

Entre otras operaciones, acerca de las cuales disponemos actualmente de informaciones —todavía con muchas lagunas, los archivos del antiguo KGB y los archivos presidenciales donde se han conservado los documentos más confidenciales son inaccesibles a los investigadores—, citamos:

— la operación de «liquidación de los contingentes alemanes que trabajaban en las empresas de la defensa nacional», el 20 de julio de 1937;
— la operación de «liquidación de los activistas terroristas, de diversión y de espionaje de la red japonesa de repatriados de Jarbin», desencadenada el 19 de septiembre de 1937;
— la operación de «liquidación de la organización derechista militar japonesa de los cosacos», desencadenada el 4 de agosto de 1937; de septiembre a diciembre de 1937, más de 19.000 personas fueron reprimidas en el marco de esta operación;
— la operación de «represión de las familias de enemigos del pueblo detenidos», iniciada en virtud de la orden operativa del NKVD número 00486, de 15 de agosto de 1937.

Esta breve enumeración, muy incompleta, de una pequeña parte de las operaciones decididas por el Buró político y puestas en funcionamiento por el NKVD basta para subrayar el carácter centralizado de las represiones masivas de los años 1937-1938. Ciertamente, estas operaciones, como todas las grandes acciones represivas llevadas a cabo, siguiendo órdenes del centro, por los funcionarios locales —ya fuera la deskulakización, la purga de las ciudades o la persecución de especialistas—, no se realizaron sin patinazos ni excesos. Después del gran terror, solo fue enviada una comisión a un lugar, a Turkmenistán, para realizar una investigación sobre los excesos de la Yezhovschina. En esta pequeña república de 1.300.000 habitantes (0,7 por 100 de la población soviética), 13.259 personas habían sido condenadas por las troikas del NKVD desde agosto de 1937 a septiembre de 1938 en el marco de la única operación de «liquidación de antiguos kulaks, criminales y otros elementos antisoviéticos». De estas, 4.037 habían sido fusiladas. Las cuotas fijadas por Moscú eran, respectivamente, de 6.277 (número total de las condenas) y de 3.225 (número total de las ejecuciones) [9]. Se puede suponer que en las otras regiones del país tuvieron lugar excesos y abusos semejantes. Se derivaban del principio mismo de las cuotas, de las órdenes planificadas proceden-

[9] O. Jlevnyuk (Khlevniouk), *op. cit.,* pág. 212.

tes del centro y de los reflejos burocráticos, bien asimilados e inculcados desde hacía años, que consistían en anticiparse a los deseos de los superiores jerárquicos y a las directrices de Moscú.

Otra serie de documentos confirma el carácter centralizado de estos asesinatos en masa ordenados y ratificados por Stalin y el Buró político. Se trata de las listas de las personalidades a las que había que condenar establecidas por la comisión de asuntos judiciales del Buró político. Las penas de las personalidades que debían comparecer delante de la sala de lo militar del Tribunal Supremo, de los tribunales militares o de la conferencia especial del NKVD estaban predeterminadas por la Comisión de asuntos judiciales del Buró político. Esta comisión, de la que formaba parte Yezhov, sometió a la firma de Stalin y de los miembros del Buró político al menos 383 listas que incluían a más de 44.000 nombres de dirigentes y cuadros del partido, del ejército y de la economía. Más de 39.000 de ellos fueron condenados a la pena de muerte. La firma de Stalin figura al pie de 362 listas, la de Molotov al de 373 listas, la de Voroshilov al de 195 listas, la de Kaganovich a la de 191 listas, la de Zhdanov a la de 177 listas y la de Mikoyán a la de 62 listas [10].

Todos estos dirigentes se dirigieron personalmente a cada lugar en concreto para llevar a cabo durante el verano de 1937 las purgas de las organizaciones locales del partido: así Kaganovich fue enviado a purgar en Donbass, las regiones de Cheliabinsk, de Yaroslavl, de Ivanovo y de Smolensk. Zhdanov, después de haber purgado su región, la de Leningrado, partió hacia Orenburg, la Bashkiria y el Tatarstán. Andreyev se dirigió al Cáucaso del Norte, al Uzbekistán y al Tadjikistán; Mikoyán a Armenia y Jrushchov a Ucrania.

Aunque la mayoría de las instrucciones sobre las represiones en masa habían sido ratificadas como resoluciones del Buró político en su conjunto, parece, a la luz de los documentos procedentes de los archivos hoy en día accesibles, que Stalin fue personalmente el autor y el iniciador de la mayor parte de las decisiones represivas dirigidas contra todos los estamentos. Por mencionar solo un ejemplo: cuando el 27 de agosto de 1937, a las 17 horas, el secretariado del Comité central recibió una comunicación de Mijaíl Korochenko, secretario del comité regional del partido de Siberia oriental, sobre el desarrollo de un proceso de agrónomos «culpables de actos de sabotaje», Stalin mismo telegrafió a las 17 horas 10 minutos: «os aconsejo que condenéis a los saboteadores del distrito de Andreyev a la pena de muerte y que publiquéis la noticia de su ejecución en la prensa [11]».

Todos los documentos disponibles en la actualidad (protocolos del Buró Político, empleo del tiempo de Stalin y lista de visitantes recibidos por Stalin en el Kremlin) demuestran que Stalin dirigía y controlaba la actividad de Yezhov. Corregía las principales instrucciones del NKVD, regulaba el desarrollo de la

[10] *Reabilitatsia. Politicheskie processy 30-50 godov* (Rehabilitación. Los procesos políticos de los años treinta-cincuenta), Moscú, 1991, pág. 39; *Istochnik,* 1995, núm. 1, págs. 117-130.

[11] *Izvestia,* 10 de junio de 1992, pág. 2.

instrucción de los grandes procesos políticos e incluso definía su escenario. Durante la instrucción del asunto de la conspiración militar, en la que se acusó al mariscal Tujachevsky y a otros altos dirigentes del Ejército Rojo, Stalin recibió a Yezhov todos los días [12]. En todas las etapas de la Yezhovschina, Stalin conservó el control político de los acontecimientos. Fue él quien decidió el nombramiento de Yezhov para el puesto de comisario del pueblo para el Interior, enviando desde Sochi el famoso telegrama de 25 de septiembre de 1936 al Buró político: «es absolutamente necesario y urgente que el camarada Yezhov sea designado para el puesto de comisario del pueblo para el Interior. Yagoda, de manera manifiesta, no se ha mostrado a la altura de su tarea desenmascarando al bloque trotsko-zinovievista. La GPU lleva cuatro años de retraso en este asunto». Fue Stalin también quien decidió poner fin a los «excesos del NKVD». El 17 de noviembre de 1938, un decreto del Comité central puso fin (provisionalmente) a la organización de «operaciones masivas de arrestos y deportaciones». Una semana más tarde, Yezhov fue destituido de su puesto de comisario del pueblo para el Interior y reemplazado por Beria. El gran terror acabó como había comenzado: siguiendo una orden de Stalin.

¿Se puede elaborar un balance documentado del número y de las categorías de víctimas de la Yezhovschina?

Disponemos hoy en día de algunos documentos ultraconfidenciales preparados por Nikita Jrushchov y los principales dirigentes del partido durante la desestalinización, fundamentalmente un largo estudio sobre «las represiones cometidas durante la época del culto a la personalidad» realizado por una comisión dirigida por Nikolay Shvernik, creada a partir del XX Congreso del PCUS [13]. Los investigadores pueden contrastar estos datos con diversas fuentes estadísticas de la administración del Gulag, del comisariado del pueblo para la Justicia y de los tribunales hoy en día accesibles [14].

Parece así que, durante tan solo los años 1937 y 1938, 1.575.000 personas fueron detenidas por el NKVD; 1.345.000 (es decir, el 85,4 por 100) fueron condenadas en el curso de estos años; y 681.692 (es decir, el 51 por 100 de las personas condenadas en 1937-1938) fueron ejecutadas.

Las personas detenidas eran condenadas según procedimientos diversos. Los asuntos de los «cuadros» políticos, económicos y militares, de los miembros de la intelligentsia —la categoría más fácil de reconocer y mejor conocida— eran juzgados por los tribunales militares y las «conferencias especiales del NKVD». Ante la amplitud de las operaciones, el Gobierno puso en funcionamiento a finales de julio de 1937 «troikas» en el área regional, compuestas por un fiscal, y jefes del NKVD y de la dirección de la policía. Estas troikas funcionaban según procedimientos extremadamente expeditivos, puesto que

[12] Empleo del tiempo y lista de los visitantes recibidos por Stalin en el Kremlin en *Istoricheski Arjiv,* 1995, núm. 4, págs. 15-73 para los años 1936-1937.

[13] *Istochnik,* 1995, núm. 1, págs. 117-132; V. P. Popov, *art. cit.,* págs. 20-31.

[14] J. A. Getty, G. Rittersporn, V. Zemskov, «Les victimes de la répression pénale dans l'URSS d'avant guerre» en *Révue des études slaves,* tomo LXV, 4, págs. 631-663.

respondían a cuotas marcadas con anterioridad por el centro. Bastaba con «reactivar» las listas de los individuos ya fichados por los servicios. La instrucción quedaba reducida a su expresión más simple. Las troikas hacían desfilar varios centenares de expedientes al día, como lo confirma, por ejemplo, la reciente publicación del *Martirologio de Leningrado,* almanaque, mes a mes, de los leningradeses detenidos y condenados a muerte a partir de agosto de 1937 sobre la base del artículo 58 del Código penal. El plazo habitual entre el arresto y la condena a muerte variaba de algunos días a algunas semanas. La sentencia, sin derecho de apelación, era aplicada en un plazo de varios días. En el marco de las operaciones específicas de «liquidación de espías y de desviacionistas», como en el de las grandes operaciones represivas —tal operación de «liquidación de kulaks...», iniciada el 30 de julio de 1937, la operación de «liquidación de elementos criminales», iniciada el 12 de septiembre de 1937, la operación de «represión de familias de enemigos del pueblo», etc.—, las oportunidades de ser arrestado con la única finalidad de que se llenara una cuota estaban relacionadas con una serie de casualidades. Se trataba de casualidades «geográficas» (las personas que vivían en las zonas fronterizas siempre estaban mucho más expuestas), itinerario individual vinculado de una u otra manera con un país extranjero, orígenes extranjeros o problemas de homonimia. Para «cumplir las normas», si la lista de personas fichadas era insuficiente, las autoridades locales «se las arreglaban». Así, para dar solo un ejemplo, para completar la categoría de los «saboteadores» el NKVD de Turkmenia se valió del pretexto de un incendio en una empresa para detener a toda la gente que se encontraba en el lugar y los forzó a nombrar a los «cómplices» [15]. Programado desde arriba, designando arbitrariamente categorías de enemigos «políticos», el terror generaba, por su misma naturaleza, patinazos que decían mucho sobre la cultura de violencia de los aparatos represivos de base.

Todos estos datos —que recuerdan entre otras cosas que los cuadros comunistas no representaban más que una escasa proporción de las 681.692 personas ejecutadas— no pretenden ser exhaustivos. No comprenden las deportaciones efectuadas en el curso de estos años (como, por ejemplo, la operación de deportación al Extremo Oriente soviético de 172.000 coreanos, transferidos, entre mayo y octubre de 1937, hacia el Kazajstán y el Uzbekistán). No tienen en cuenta ni las personas detenidas que murieron por efecto de la tortura mientras se encontraban confinadas en prisión o durante su traslado a los campos (cifra desconocida) ni los detenidos muertos en los campos de concentración durante estos años (alrededor de 25.000 en 1937 y más de 90.000 en 1938) [16]. Incluso corregidas a la baja en relación con las extrapolaciones extraídas de los testimonios de los supervivientes, estas cifras nos hablan de la sobrecogedora amplitud de estos asesinatos masivos, de centenares de millares de personas, dirigidos contra toda una sociedad.

[15] J. A. Getty, G. T. Rittersporn, V. K. Zemskov, *art. cit.,* pág. 655.
[16] V. Zemskov, *Gulag. Sotsiologuicheskie Issledovania.* 1991, núm. 6, págs. 14-15.

¿Se puede ir hoy en día más lejos en un análisis por categorías de las víctimas de estos asesinatos en masa? Disponemos de algunos datos estadísticos que presentaremos más adelante sobre los detenidos del Gulag a finales de los años treinta. Estas informaciones que se refieren al conjunto de los detenidos (y no solamente al de los detenidos durante el gran terror) no nos aportan, sin embargo, más que elementos de respuesta parciales sobre las víctimas condenadas a una pena de campo de concentración durante la Yezhovschina. Así, se percibe un fuerte crecimiento proporcional de los detenidos que tenían una éducación superior (más del 70 por 100 entre 1936 y 1939), lo que confirma que el terror de finales de los años treinta se ejercía de manera especial contra las elites educadas hubieran o no pertenecido al partido.

Puesto que fue la primera denunciada (desde el XX Congreso), la represión de los cuadros del partido es uno de los aspectos mejor conocidos del gran terror. En su «Informe secreto», Jrushchov se extendió sobre este aspecto de la represión, que afectó a cinco miembros del Buró político, todos fieles estalinistas (Postyshev, Rudzutak, Eije, Kossior y Chubar), 98 de los 139 miembros del Comité central, y 1.108 de los 1.966 delegados del XVII Congreso del partido (1934). Los cuadros dirigentes del Komsomol se vieron igualmente afectados. Se detuvo a 72 de los 93 miembros del Comité central, así como a 319 de los 385 secretarios regionales y a 2.210 de los 2.750 secretarios de distrito. De una manera general, fueron totalmente renovados los aparatos regionales y locales del partido y del Komsomol, de los que el centro sospechaba que «saboteaban» las decisiones necesariamente «correctas» de Moscú, y que obstaculizaban cualquier control eficaz de las autoridades centrales sobre lo que pasaba en el país. En Leningrado, ciudad sospechosa por excelencia, donde el partido había sido dirigido por Zinoviev, donde Kírov había sido asesinado, Zhdanov y Zakovsky, el jefe del NKVD regional, detuvieron a más del 90 por 100 de los cuadros del partido. Estos no constituían, sin embargo, más que una pequeña parte de los leningradeses reprimidos en 1936-1939 [17]. Para estimular las purgas, se enviaron a provincias emisarios del centro, acompañados de tropas del NKVD con la misión, según la expresión pletórica de imágenes de *Pravda,* de «ahumar y de destruir los nidos de chinches trotsko-fascistas».

Algunas regiones, de las cuales se dispone de datos estadísticos parciales, fueron más especialmente «purgadas»: en primera fila figura una vez más Ucrania. Durante solamente el año 1938, después del nombramiento de Jrushchov a la cabeza del partido comunista ucraniano, más de 106.000 personas fueron detenidas en Ucrania (y, en su gran mayoría, ejecutadas). De los 200 miembros del comité central del partido comunista ucraniano, sobrevivieron tres. El mismo escenario se repitió en todas las instancias regionales y locales del partido, donde se organizaron decenas de procesos públicos de dirigentes comunistas.

[17] *Leningradski Martirolog 1937-1938,* (Martirologio de Leningrado), San Petersburgo, 1995. Acerca de las estadísticas de las ejecuciones en Leningrado, véanse las págs. 3-50.

A diferencia de los procesos a puerta cerrada o de las sesiones secretas de las troikas, donde la suerte del acusado quedaba decidida en unos minutos, los procesos públicos de dirigentes tenían una fuerte coloración populista y realizaban una importante función propagandista. Se pretendía en ellos estrechar la alianza entre el «pueblo llano, el simple militante, portador de la solución justa», y el guía, denunciando a los dirigentes locales, estos «nuevos señores, siempre satisfechos de sí mismos (...) que, por su actitud inhumana, producen artificialmente cantidad de descontentos y de irritados, que crean un ejército de reserva para los trotskistas» (Stalin, discurso del 3 de marzo de 1937). Como los grandes procesos de Moscú, pero esta vez a escala de distrito, estos procesos públicos, cuyas audiencias eran ampliamente reproducidas en la prensa local, daban lugar a una excepcional movilización ideológica, popular y populista. Puesto que desenmascaraban la conspiración, figura esencial de la ideología, porque asumían una función carnavalesca (los poderosos se convertían en villanos, las «gentes de a pie» eran reconocidas como «portadoras de la solución justa»), estos procesos públicos constituían, por utilizar la expresión de Annie Kriegel, «un mecanismo formidable de profilaxis social».

Las represiones dirigidas contra los responsables locales del partido solo representaban naturalmente la parte visible del iceberg. Observemos el ejemplo de Orenburg, provincia acerca de la cual disponemos de un informe detallado del departamento regional del NKVD «sobre las medidas operativas de liquidación de los grupos clandestinos trotskistas y bujarinistas, así como de otras formaciones contrarrevolucionarias, llevadas a cabo del 13 de abril al 18 de septiembre de 1937», es decir, antes de la misión de Zhdanov, destinada a «acelerar» las purgas [18].

En esta provincia habían sido detenidos en el espacio de cinco meses:

— 420 «trotskistas», todos ellos a cuadros políticos y económicos del primer plan;

— 120 «derechistas», todos ellos dirigentes locales importantes.

Estos 540 dirigentes del partido representaban cerca del 45 por 100 de la nomenclatura local. Después de la misión de Zhdanov en Orenburg, otros 598 dirigentes fueron detenidos y ejecutados. En esta provincia, como en otras, desde el otoño de 1937, la casi totalidad de los dirigentes políticos y económicos fue, por lo tanto, eliminada y reemplazada por una nueva generación, la de los «ascendidos» del primer plan, la de Brezhnev, Kossyguin, Ustinov, Gromiko, en resumen la del Buró político de los años setenta.

No obstante, al lado de este millar de cuadros detenidos figuraba una masa de gente desprovista de grado, miembros del partido, antiguos comunistas, por lo tanto, particularmente vulnerables, o simples ciudadanos fichados desde hacía años que constituyeron lo esencial de las víctimas del gran terror.

[18] CRCEDHC, 17/120/285/24-37.

Examinemos nuevamente el informe del NKVD de Orenburg:

— «poco más de 2.000 miembros de la organización derechista militar-japonesa de los cosacos» (de los que unos 1.500 fueron fusilados);
— «más de 1.500 oficiales y funcionarios zaristas deportados en 1935 de Leningrado a Orenburg» (se trataba de «elementos socialmente extraños» deportados después del asesinado de Kírov a diversas regiones del país);
— «250 personas, aproximadamente, detenidas en el marco del asunto de los polacos»;
— «95 personas, aproximadamente, detenidas (...) en el marco del asunto de los elementos originarios de Jarbin»;
— «3.290 personas en el marco de la operación de liquidación de los antiguos kulaks»;
— «1.399 personas (...) en el curso de la operación de liquidación de los elementos criminales...».

Así, contando aún la treintena de komsomoles y la cincuentena de cadetes de la escuela de instrucción militar local, en esta provincia habían sido detenidas más de 7.500 personas por el NKVD en cinco meses, antes incluso de la intensificación de la represión posterior a la misión de Andrey Zhdanov. Por muy espectacular que fuera, el arresto del 90 por 100 de los cuadros de la *nomenklatura* local solo representaba un porcentaje insignificante del número total de personas víctimas de la represión, casi todas clasificadas en una de las categorías contempladas en el curso de operaciones específicas definidas y aprobadas por el Buró político, y por Stalin en particular.

Algunas categorías de cuadros y de dirigentes fueron especialmente diezmadas: los diplomáticos y el personal del comisariado del pueblo para Asuntos Extranjeros, que caían de manera natural bajo la acusación de espionaje, o también los funcionarios de los ministerios económicos y los directores de fábrica, de los que se sospechaba que eran «saboteadores». Entre los diplomáticos de alto rango detenidos —y en su mayor parte ejecutados— figuraban Krestinsky, Sokolnikov, Bogomolov, Yureniev, Ostrovsky, Antonov-Ovseenko, respectivamente de servicio en Berlín, Londres, Pekín, Tokio, Bucarest y Madrid [19].

En algunos ministerios, todos los funcionarios casi sin excepción fueron víctimas de la represión. Así, en el oscuro comisariado del pueblo para Máquinas y Útiles, fue renovada toda la administración. Fueron también detenidos todos los directores de fábrica (salvo dos) que dependían de esta rama y la casi totalidad de los ingenieros y de los técnicos. Sucedió lo mismo en los otros sectores industriales, fundamentalmente en la construcción aeronáutica,

[19] R. Conquest, *op. cit.,* págs. 918-921.

la construcción naval y la metalurgia, así como en los transportes, sectores todos ellos acerca de los que se dispone de estudios fragmentarios. Después del final del gran terror, Kaganovich reconoció, en el XVIII Congreso, en marzo de 1939, que en «1937 y 1938 el personal dirigente de la industria pesada había sido completamente renovado, millares de hombres nuevos habían sido nombrados para puestos dirigentes en lugar de los saboteadores desenmascarados. En algunas ramas fue preciso desprenderse de varios segmentos de saboteadores y de espías. (...) Ahora tenemos cuadros que aceptarán cualquier tarea que les sea asignada por el camarada Stalin».

Entre los cuadros del partido más duramente afectados durante la Yezhovschina figuraban los dirigentes de los partidos comunistas extranjeros y los cuadros de la Internacional comunista instalados en Moscú en el hotel Lux [20]. Así, entre las personalidades del partido comunista alemán detenidas figuraban: Heinz Neumann, Hermann Remmele, Fritz Schulte, Hermann Schubert, todos ellos antiguos miembros del Buró político; Leo Flieg, secretario del Comité central, Heinrich Susskind y Werner Hirsch, redactores jefes de la publicación *Rote Fahne*, y Hugo Eberlein, delegado del partido alemán en la conferencia fundadora de la Internacional comunista. En septiembre de 1939, después de la conclusión del pacto germano-soviético, 570 comunistas alemanes encarcelados en las prisiones de Moscú fueron entregados a la Gestapo, en el punto fronterizo de Brest-Litovsk.

La depuración llevó a cabo igualmente sus devastaciones entre los comunistas húngaros. Bela Kun, el instigador de la revolución húngara de 1919, fue detenido y ejecutado, así como otros doce comisarios del pueblo del efímero Gobierno comunista de Budapest, todos ellos refugiados en Moscú. Cerca de 200 comunistas italianos fueron detenidos (entre ellos Paolo Robotti, el cuñado de Togliatti), e incluso un centenar de comunistas yugoslavos (entre ellos Gorkic, secretario general del partido; Vlada Copic, secretario de organización y dirigente de las Brigadas Internacionales, así como las tres cuartas partes de los miembros del Comité central).

Entre las víctimas del gran terror, figura una aplastante mayoría de personas anónimas. Extractos de un expediente «ordinario» del año 1938:

Expediente número 24.260

1. Apellido: Sidorov.
2. Nombre: Vassili Klementovich.
3. Lugar y fecha de nacimiento: Sechevo, región de Moscú, 1893.

[20] *Ibid.*, págs. 886-912.

4. Dirección: Sechevo, distrito Kolomenskyi, región de Moscú.
5. Profesión: empleado de cooperativa.
6. Afiliación sindical: sindicato de empleados de cooperativa.
7. Patrimonio en el momento del arresto (descripción detallada): una casa de madera, de 8 metros por 8, cubierta de chapa, un patio en parte cubierto de 20 metros por 7, 1 vaca, 4 ovejas, 2 cerdos, gallinas.
8. Patrimonio en 1929: el mismo más un caballo.
9. Patrimonio en 1917: 1 casa de madera de 8 metros por 8; 1 patio en parte cubierto de 30 metros por 20; 2 graneros, 2 hangares, 2 caballos, 2 vacas, 7 ovejas.
10. Situación social en el momento del arresto: empleado.
11. Servicios realizados en el ejército zarista: en 1915-1916, soldado de infantería de segunda clase en el 6.º regimiento del Turkestán.
12. Servicios realizados en el ejército blanco: ninguno.
13. Servicios realizados en el Ejército Rojo: ninguno.
14. Origen social: me considero un hijo de campesino medio.
15. Pasado político: sin partido.
16. Nacionalidad, ciudadanía: ruso, ciudadano de la URSS.
17. Pertenencia al PC(b)R: no.
18. Nivel de estudios: primario.
19. Situación militar actual: reservista.
20. Condenas pasadas: ninguna.
21. Estado de salud: hernia.
22. Situación familiar: casado. Esposa: Anastasia Feodorovna, 43 años, koljoziana; hija: Nina, 24 años.

Detenido el 13 de febrero de 1938 por la dirección de distrito del NKVD.

2. Extractos del acta de interrogatorio.

Pregunta: Dé usted explicaciones referentes a su origen social y a su situación social y patrimonial antes y después de 1917.

Respuesta: Soy originario de una familia de comerciantes. Hasta 1904 aproximadamente, mi padre poseía una tiendecita en Moscú, calle Zolotorozhskaya, donde, según lo que me dijo mi padre, comerciaba sin emplear a nadie. Después de 1904, mi padre tuvo que cerrar la tienda, porque no podía competir con los grandes comerciantes. Regresó al campo, a Sychevo, donde arrendó seis hectáreas de tierras de labor y dos hectáreas de prado. Tenía un empleado, un tal Goriachev, que trabajó con mi padre durante muchos años, hasta 1916. Después de 1917 conservamos nuestro terreno pero perdimos los caballos. Trabajé con mi padre hasta 1925, luego, tras su muerte, mi hermano y yo nos repartimos el terreno.

3. Extractos del auto de acusación.

(...) Sidorov, malintencionado hacia el poder soviético en general y el partido en particular, realizaba de manera sistemática propaganda antisoviética diciendo: «Stalin y su banda no quieren abandonar el poder, Stalin ha matado a un montón de gente, pero no quiere marcharse. Los bolcheviques se aferran al poder, detienen a las personas honradas, e incluso de esto no se puede hablar porque te meten en un campo de concentración por veinticinco años».

El acusado Sidorov se ha declarado inocente pero ha sido desenmascarado por varios testimonios. El asunto ha sido remitido para que una troika proceda a su juicio.

Firmado: Salajayev, subteniente de la milicia del distrito de Kolomenskoye.

Visto bueno: Galkin, teniente de la Seguridad del Estado, jefe del destacamento de la Seguridad del Estado del distrito de Kolomenskoye.

4. Extractos del acto de la resolución dictada por la troika el 16 de julio de 1938.

(...) Asunto Sidorov, V. K. Antiguo comerciante, explotaba con su padre una tienda. Acusado de haber llevado a cabo, entre los koljozianos, propaganda contrarrevolucionaria, caracterizada por frases derrotistas, acompañadas de amenazas contra los comunistas y de críticas contra la política del partido y del Gobierno.

Veredicto: FUSILAR a Sidorov Vassili Klementovich y confiscar todos sus bienes.

La sentencia ha sido ejecutada el 3 de agosto de 1938.

Rehabilitado a título póstumo el 24 de enero de 1989.

(Fuente: *Volia*, 1994, núm. 2-3, págs. 45-46.)

Pero fueron los polacos los que pagaron el tributo más elevado. La situación de los comunistas polacos era especial: el partido comunista polaco derivaba del partido socialdemócrata de los reinos de Polonia y de Lituania, que había sido admitido en 1906, sobre una base de autonomía, en el seno del partido obrero socialdemócrata de Rusia. Los vínculos entre el partido ruso y el partido polaco, uno de cuyos dirigentes anteriores a 1917 no era otro que Feliks Dzerzhinsky, eran muy estrechos. Numerosos socialdemócratas polacos habían hecho carrera en el partido bolchevique: Dzerzhinsky, Menzhinsky, Unschlijt (todos dirigentes de la GPU), Radek..., por citar sólo a los más conocidos.

En 1937-1938, el partido comunista polaco fue completamente liquidado. Los doce miembros polacos del Comité central presentes en la Unión Soviética fueron ejecutados, así como todos los representantes polacos en las instancias de la Internacional comunista. El 28 de noviembre de 1937, Stalin firmó un documento proponiendo la «limpieza» del partido comunista polaco. Generalmente, después de haber hecho depurar un partido, Stalin escogía un nuevo personal dirigente que pertenecía a una u otra de las facciones rivales que habían aparecido en el curso de la purga. En el caso del partido comunista polaco, todas las facciones fueron acusadas de «seguir las instrucciones de los servicios secretos contrarrevolucionarios polacos». El 16 de agosto de 1938, el comité ejecutivo de la Internacional votó la disolución del Partido comunista polaco. Como explicó Manuilsky, «los agentes del fascismo polaco se las habían arreglado para ocupar todos los puestos claves del partido comunista polaco».

Al haber sido «engañados», al haber carecido de «vigilancia», los responsables soviéticos de la Internacional comunista fueron, de manera natural, las siguientes víctimas de la depuración: la casi totalidad de los cuadros soviéticos de la Internacional fue liquidada (entre ellos Knorin, miembro del comité ejecutivo; Mirov-Abramov, jefe del departamento de comunicaciones con el extranjero y Alijanov, jefe del departamento de mandos), es decir, varios centenares de personas. Solo algunos dirigentes, totalmente sometidos a Stalin, como Manuilsky o Kuusinen, sobrevivieron a la purga de la Internacional.

Entre las otras categorías duramente golpeadas en el curso de los años 1937-1938, y acerca de las cuales se dispone de datos precisos, figuran los militares [21]. El 11 de julio de 1937, la prensa anunció que un tribunal militar, reunido a puerta cerrada, había condenado a muerte, por traición y espionaje, al mariscal Tujachevsky, vicecomisario de Defensa y principal artesano de la modernización del Ejército Rojo, (al que diferencias repetidas habían opuesto a Stalin y a Voroshilov desde la campaña de Polonia de 1920), así como a siete generales del ejército, Yakir (comandante de la región militar de Kiev), Uborevich (comandante de la región militar de Bielorrusia), Eideman, Kork, Putna, Feldman y Primakov. En los diez días que siguieron, 980 oficiales superiores fueron detenidos, de ellos 21 eran generales de cuerpo de ejército y 37 generales de división. El asunto de la «conspiración militar», imputada a Tujachevsky y a sus «cómplices», había sido preparado desde hacía varios meses. Los principales acusados fueron detenidos durante el mes de mayo de 1937. Sometidos a interrogatorios «rigurosos» (examinadas veinte años más tarde, durante la rehabilitación de Tujachevsky, varias páginas de la declaración del mariscal llevaban restos de sangre), conducidos por el mismo Yezhov, los acusados confesaron poco antes de su juicio. Stalin supervisó personalmente toda la instrucción. Había recibido hacia el 15 de mayo, a través del

[21] A. Cristiani y V. Michaleva, (edit.), *Le Repressioni degli anni trenta nell'Armata rossa*, recopilación de documentos, Nápoles, IUO, 1996.

embajador soviético en Praga, un expediente falsificado, corroborado por los servicios secretos nazis, que contenía cartas falsas intercambiadas entre Tujachevsky y miembros del alto mando alemán. Los servicios alemanes también habían sido manipulados por el NKVD...

En dos años, la purga del Ejército Rojo eliminó:

— a 3 mariscales de 5 (Tujachevsky, Yegorov y Blücher, siendo estos dos últimos eliminados, respectivamente, en febrero y en octubre de 1938);
— 13 generales de ejército de 15;
— 8 almirantes de 9;
— 50 generales de cuerpo de ejército de 57;
— 150 generales de división de 186;
— 16 comisarios de ejército de 16;
— 25 comisarios de cuerpo de ejército de 28.

Desde mayo de 1937 a septiembre de 1938, 35.020 oficiales fueron detenidos o expulsados del ejército. Sigue sin saberse cuántos fueron ejecutados. Alrededor de 11.000 (entre ellos los generales Rokossovsky y Gorbatov) fueron vueltos a llamar entre 1939 y 1941. Pero después de septiembre de 1938 tuvieron lugar nuevas depuraciones, de tal manera que el número total de arrestos del gran terror en el ejército alcanzó, según las estimaciones más serias, a alrededor de 30.000 mandos, de un total de 178.000 [22]. Proporcionalmente menos importante de lo que se pensaba por regla general, la «purga» del Ejército Rojo, especialmente en sus escalones más elevados, se hizo sentir en el curso de la guerra ruso-finlandesa de 1940 y a inicios de la guerra germano-soviética, y constituyó una de las desventajas más graves del Ejército Rojo.

A pesar de la amenaza hitleriana, que se tomaba mucho menos en serio que otros dirigentes bolcheviques como Bujarin o Litvinov, comisario del pueblo de Asuntos Exteriores hasta abril de 1939, Stalin no dudó en sacrificar a la mayor parte de los mejores oficiales del Ejército Rojo en provecho de una estructuración de mandos completamente nueva, que no conservaba ninguna memoria de los episodios comprometidos referidos a Stalin como «jefe militar» durante la guerra civil, y que no tendría la tentación de enfrentarse, como habían podido hacerlo hombres como el mariscal Tujachevsky, a determinadas decisiones militares y políticas tomadas por Stalin a finales de los años treinta, como era especialmente el caso del acercamiento a la Alemania nazi.

La intelligentsia representa otro grupo social víctima del gran terror sobre el cual se dispone de una información relativamente abundante [23]. Desde

[22] *Le Repressioni...*, *op. cit.*, págs. 20 y ss.

[23] R. Conquest, *op. cit.*, págs. 749-772; V. Chentalinski, *La Parole ressuscitée. Dans les archives littéraires du KGB*, París, R. Laffont, 1993. (Existe edición española de esta obra: *De los archivos literarios del KGB*, Madrid, Anaya & Mario Muchnik, 1994.) *(N. del T.)*

su constitución como grupo social reconocido, la intelligentsia rusa había estado, desde mediados del siglo XIX, en el centro de la resistencia frente al despotismo y contra la esclavización del pensamiento. Era natural que la depuración la golpeara de una forma muy particular, estableciendo la continuidad de las primeras oleadas de represión —en comparación muy moderadas— de 1922 y de 1928-1931. En marzo-abril de 1937, una campaña de prensa estigmatizó el «desviacionismo» en el área de la economía, de la historia y de la literatura. En realidad, todas las ramas del saber y de la creación se convirtieron en objetivos, sirviendo a menudo los pretextos doctrinales y políticos para encubrir rivalidades y ambiciones. Así, en el terreno de la historia, los discípulos de Pokrovski, muerto en 1932, fueron detenidos en su totalidad. Los profesores, encargados de continuar dando conferencias públicas, y por tanto susceptibles de influir en un amplio auditorio de estudiantes, eran particularmente vulnerables al poder ser denunciada la menor de sus frases por soplones que padecieran exceso de celo. Fueron diezmadas las universidades, los institutos y las academias, fundamentalmente en Bielorrusia (donde 87 de los 105 académicos fueron detenidos como «espías polacos») y en Ucrania. En esta república había tenido lugar una primera depuración de «nacionalistas burgueses» en 1933: varios millares de intelectuales ucranianos fueron detenidos por haber «transformado en guaridas de nacionalistas burgueses y de contrarrevolucionarios la Academia ucraniana de ciencias, el Instituto Shevchenko, la Academia agrícola, el Instituto ucraniano de marxismo-leninismo, y los comisariados del pueblo para la Educación, para la Agricultura y para la Justicia» (discurso de Postyshev de 22 de junio de 1933). La gran depuración de 1937-1938 concluyó en este caso una operación iniciada cuatro años antes.

Los medios científicos, aunque tenían una relación ciertamente lejana con la política, la ideología, la economía o la defensa, se vieron igualmente afectados. Las mayores eminencias de la industria aeronáutica, como Tupolev (el constructor del famoso avión) o Korolev (que estuvo en los orígenes del primer programa espacial soviético), fueron detenidos y enviados a una de esas unidades de investigación del NKVD descritas por Solzhenitsyn en *El primer círculo*. Fueron igualmente detenidos: la casi totalidad (27 de 29) de los astrónomos del gran observatorio de Pulkovo; la casi totalidad de los estadísticos de la dirección central de la economía nacional que acababan de realizar el censo de enero de 1937 anulado por «violación profunda de los fundamentos elementales de la ciencia estadística y de las instrucciones del Gobierno»; numerosos lingüistas, que se oponían a la teoría, oficialmente aprobada por Stalin, del «lingüista» marxista Marr; y varios centenares de biólogos, que rechazaban la charlatanería del «biólogo oficial» Lyssenko. Entre las víctimas más conocidas figuraban el profesor Levit, director del Instituto médico-genético; Tulaikov, director del Instituto de cereales; el botánico Yanata y el académico Vavilov, presidente de la Academia Lenin de las ciencias agrícolas, detenido el 6 de agosto de 1940 y muerto en prisión el 26 de enero de 1943.

Acusados de defender puntos de vista «extraños» u «hostiles», de apartarse de las normas de «realismo socialista», escritores, publicistas, gentes del teatro y periodistas pagaron un pesado tributo a la Yezhovschina. Alrededor de dos mil miembros de la Unión de escritores fueron detenidos, deportados a campos o ejecutados. Entre las víctimas más célebres figuraba el autor de los *Cuentos de Odessa* y de *Caballería roja*, Isaak Babel (fusilado el 27 de enero de 1940), los escritores Boris Pilniak, Yuri Olesha, Panteleimon Romanov, los poetas Nikolay Klyuev, Nikolay Zabolotsky y Ossip Mandelstam (muerto en un campo de tránsito siberiano el 26 de diciembre de 1938), Gurgen Maari y Titsian Tabidze. Fueron también detenidos músicos (el compositor Zheliayev, el director de orquesta Mikoladze), gentes del teatro de primera fila como el gran realizador Vsevolod Meyerhold. A inicios de 1938, el teatro Meyerhold fue cerrado por ser «extraño al arte soviético». Tras haberse negado a realizar públicamente su autocrítica, Meyerhold fue detenido en junio de 1939, torturado y ejecutado el 2 de febrero de 1940.

En el curso de estos años, las autoridades intentaron «liquidar definitivamente» —para utilizar una expresión de moda en aquella época— los «últimos residuos clericales». Al haber revelado el censo de enero de 1937 que una amplia mayoría de la población —alrededor del 70 por 100— había contestado afirmativamente a la pregunta «¿es usted creyente?», a pesar de las presiones de diversos órdenes ejercidos sobre ella, los dirigentes soviéticos decidieron lanzar un tercer y último asalto contra la Iglesia. En abril de 1937, Malenkov envió una nota a Stalin en la que juzgaba superada la legislación sobre cultos y proponía la derogación del decreto de 8 de abril de 1929. «Este», explicaba, «había creado una base legal para la puesta en funcionamiento por la parte más activa de los miembros del clero y de las sectas, de una organización ramificada de seiscientos mil individuos hostiles al poder soviético. Es hora», concluía, «de acabar con las organizaciones clericales y la jerarquía eclesiástica [24]». Millares de sacerdotes y la casi totalidad de los obispos fueron enviados a campos de concentración, pero esta vez un gran número de ellos fue ejecutado. De las veinte mil iglesias y mezquitas que todavía desarrollaban alguna actividad en 1936, menos de mil seguían abiertas al culto a inicios de 1941. En cuanto al número de ministros de culto oficialmente registrados, se elevaría, a inicios de 1941, a 5.665 (de los que más de la mitad procedían de los territorios bálticos, polacos, ucranianos y moldavos incorporados en 1939-1941), mientras que era todavía superior a 24.000 en 1936 [25].

El gran terror, operación política iniciada y llevada a cabo desde principio a fin por las más altas instancias del partido, es decir, por Stalin, que dominaba entonces por completo a sus colegas del Buró político, alcanzó sus dos objetivos principales.

[24] M. I. Odinsov, *Na puti k svobode sovesti* (En el camino hacia la libertad de conciencia), Moscú, 1990, págs. 53-54.

[25] GARF, 3316/2/1615/116-149.

El primero era poner en funcionamiento una burocracia civil y militar, formada por mandos jóvenes formados en el espíritu estalinista de los años treinta, que según las palabras de Kaganovich en el XVIII Congreso, «aceptarán cualquier tarea que les sea asignada por el camarada Stalin». Hasta ahí, las diversas administraciones, mezcla heterogénea de «especialistas burgueses» formados bajo el antiguo régimen y de cuadros bolcheviques, a menudo poco competentes, formados sobre la marcha durante la guerra civil, habían intentado preservar su profesionalidad, sus lógicas administrativas o, sencillamente, su autonomía y sus redes clientelistas, sin plegarse ciegamente al voluntarismo ideológico y a las órdenes del centro. Las dificultades de la campaña de «verificación de cartillas del partido» de 1935, que había chocado con la resistencia pasiva de los dirigentes comunistas locales, igual que con el rechazo, expresado por la mayoría de los estadísticos, frente a la idea de «maquillar» los resultados del censo de enero de 1937 sometiéndolos a los deseos de Stalin, representaban dos ejemplos significativos que obligaban a los dirigentes estalinistas a interrogarse sobre la naturaleza de la administración de la que disponían para gobernar el país. Era evidente que una parte importante de los cuadros, fueran o no comunistas, no estaba dispuesta a seguir cualquier orden que procediera del centro. Era por lo tanto urgente para Stalin reemplazarlos por gentes más «eficaces», es decir, más obedientes.

El segundo objetivo del gran terror era concluir, de manera radical, la eliminación de todos los «elementos socialmente peligrosos», una noción de contornos muy difusos. Como lo señalaba el Código penal, era considerado socialmente peligroso cualquier individuo «que hubiera cometido un acto peligroso contra la sociedad, o cuyas relaciones con un medio criminal o cuya actividad pasada presentaran un peligro». Según estos principios, eran socialmente peligrosos la totalidad de la vasta cohorte de los «ex» que habían sido objeto, por regla general, en el pasado, de medidas represivas: ex kulaks, ex criminales, ex funcionarios zaristas, ex miembros de los partidos menchevique, socialista-revolucionario, etc. Todos estos «ex» fueron eliminados durante el gran terror conforme a la teoría estalinista expresada fundamentalmente en el curso del pleno del Comité central de febrero-marzo de 1937, según la cual, «cuanto más se avanza hacia el socialismo, más encarnizada es la lucha de los residuos de las clases moribundas».

Durante su discurso en el pleno del Comité central de febrero-marzo de 1937, Stalin insistió de manera muy particular en la idea del cerco de la URSS, único país «que había construido el socialismo», por parte de las potencias enemigas. Estas potencias limítrofes —Finlandia, los países Bálticos, Polonia, Rumania, Turquía, Japón—, ayudadas por Francia y Gran Bretaña, enviaban a la URSS «ejércitos de desviacionistas y espías», encargados de sabotear la construcción del socialismo. Estado único, sacralizado, la URSS tenía fronteras «sagradas» que constituían otras tantas líneas de frente contra un enemigo exterior omnipresente. No resulta sorprendente que, en este contexto, la caza de espías —es decir, de todos aquellos que hubieran tenido algún contacto,

por tenue que fuera, con el «otro mundo»— y la eliminación de una potencial y mítica «quinta columna» se hayan encontrado en el corazón del gran terror.

A través de las grandes categorías de víctimas —cuadros y especialistas, elementos socialmente peligrosos (los «ex»), espías— se capta las principales funciones de este paroxismo de asesinato que tuvo como víctimas a cerca de 700.000 personas en dos años.

11
EL IMPERIO DE LOS CAMPOS DE CONCENTRACIÓN

Los años treinta, marcados por una represión sin precedente contra la sociedad, contemplaron una formidable expansión del sistema concentracionario. Los archivos del Gulag, hoy en día disponibles, permiten discernir con precisión su evolución en el curso de estos años, sus diferentes reorganizaciones, los flujos y el número de los detenidos, su situación económica, su reparto por tipo de condena, sexo, edad, nacionalidad y nivel de educación[1]. Ciertamente siguen existiendo algunas zonas de sombra. La burocracia del Gulag funcionaba bien para contabilizar a sus reclusos, a aquellos que habían llegado a destino. Pero no se sabe casi nada en términos estadísticos sobre todos aquellos que no llegaron nunca a destino, bien porque murieron en prisión o en el curso de interminables traslados, y eso incluso aunque no faltan las descripciones de lo que sucedía entre el momento del arresto y la condena.

A mediados del año 1930, alrededor de 140.000 detenidos trabajaban ya en los campos gestionados por la GPU. El inmenso trabajo del canal Báltico-mar Blanco, que necesitaba por sí mismo una mano de obra servil de 120.000 individuos, aceleró el traslado desde las prisiones hacia los campos de concentración de decenas de millares de detenidos, mientras que los flujos de condenas no dejaron de crecer: 56.000 condenados en 1929 por asuntos instruidos por la GPU, más de 208.000 en 1930 (contra 1.178.000 condenados por asuntos que no dependían de la GPU en 1929 y 1.238.000 en 1931[2]). A inicios de 1932, más de 300.000 detenidos cumplían condena en las grandes obras de la GPU, donde la tasa de mortalidad anual podía alcanzar el 10 por 100, como fue el caso del canal Bático-mar Blanco.

[1] A. Getty, G. Rittersporn, V. Zemskov, *art. cit.;* N. Werth, «Goulag, les vrais chiffres», *art. cit.;* A. Nove, «Victims of Stalinism: How Many?» en J. A. Getty, R. Manning, *Stalinist Terror, op. cit.*

[2] Véase Popov, *art. cit.*, págs. 20-31.

En julio de 1934, durante la reorganización de la GPU en NKVD, el Gulag —administración principal de los campos— absorbió 780 pequeñas colonias penitenciarias —que reagrupaban a 212.000 detenidos aproximadamente— a las que se había juzgado poco productivas y mal gestionadas y que dependían hasta entonces del comisariado del pueblo para la Justicia. Para ser productivo, y a imagen del resto del país, el campo de concentración debía ser grande y especializado. Inmensos complejos penitenciarios que reagrupaban cada uno a decenas de millares de detenidos iban a tener un lugar primordial en la economía de la URSS estalinista. El 1 de enero de 1935, el sistema ya unificado del Gulag reagrupaba a más de 965.000 detenidos, de los que 725.000 estaban en los «campos de trabajos» y 240.000 en las «colonias de trabajo», unidades más pequeñas en donde estaban destinados los individuos «socialmente menos peligrosos» condenados en general a penas inferiores a tres años[3].

En esa fecha el mapa del Gulag estaba, a grandes rasgos, trazado para las próximas dos décadas. El conjunto penitenciario de las islas Solovky, que contaba alrededor de 45.000 detenidos, había dispersado sus «campos volantes» que se desplazaban en virtud de las obras de tala de bosques a la vez por Carelia, el litoral del mar Blanco y la región de Vologda. El gran conjunto del Svirlag, que reagrupaba a alrededor de 43.000 detenidos, tenía como tarea aprovisionar de madera para la calefacción al conjunto de la población de Leningrado, mientras que el de Temnikovo, con 35.000 detenidos, estaba encargado de funciones idénticas respecto de la población de Moscú.

A partir de la estratégica encrucijada de Kotlas, una «vía del noreste» empujaba sus raíles, sus talas de bosques y sus minas hacia el oeste —Vym, Ujta, Pechora y Vorkuta. El Oujpechlag explotaba a 51.000 detenidos en la construcción de caminos, en las minas de carbón y en los campos petrolíferos de esta región del extremo Norte. Otra ramificación partía hacia el norte de los Urales y los combinados químicos de Dolikamsk y de Berezniki, mientras que hacia el sureste el conjunto de los campos de Siberia occidental, y sus 63.000 detenidos, proporcionaba mano de obra gratuita para el gran combinado hullero Kuzbassugol.

Más al sur, en la región de Karaganda en Kazajstán, los «campos agrícolas», del Steplag, que contaban con 30.000 detenidos, experimentaban una nueva fórmula para la revalorización de las estepas. El régimen era allí, al parecer, menos riguroso que en la obra más grande de mediados de los años treinta, el Dmitlag (196.000 detenidos), encargado, después de la construcción en 1963 del canal Báltico-mar Blanco, de la construcción del segundo gran canal estalinista, el canal Moscú-Volga.

Otra gran obra faraónica era el BAM (Baikalo-Amurskaya Maguistral), la línea de ferrocarril que debía doblar al Transiberiano desde el lago Baikal hasta el Amur. A inicios de 1935, alrededor de 150.000 detenidos del conjunto concentracionario del Bamlag, repartidos en una treintena de «divisiones», trabajaban en el primer ramal de la vía férrea. En 1939, el Bamlag era, con sus 260.000 detenidos, el conjunto concentracionario soviético más vasto.

[3] V. Zemskov, «Goulag», *art. cit.*, pág. 11.

Finalmente, desde 1932, un conjunto de campos (el Sevvostlag, los campos del noreste) trabajaba para un combinado altamente estratégico, el Dal'stroi, encargado de la producción del oro exportado para comprar el equipo occidental necesario para la industrialización. Los yacimientos de oro estaban situados en una región particularmente inhóspita, la Kolymá. Completamente aislada, puesto que nó se podía acceder a ella más que por mar, la Kolymá iba a convertirse en la región símbolo del Gulag. Su lugar principal y puerto de entrada de los proscritos, Magadan, fue edificado por los mismos detenidos. Su «calzada» fue también construida por los detenidos y solo unía campos cuyas condiciones de vida particularmente inhumanas han sido magistralmente descritas en las novelas de Varlam Shalamov. De 1932 a 1939, la producción de oro extraída por los detenidos de Kolymá —eran 138.000 en 1939— pasó de 176 kilos a 48 toneladas, es decir, el 35 por 100 de la producción soviética de ese año[4].

En junio de 1935, el Gobierno inició un nuevo gran proyecto, que no podía ser llevado a cabo más que con una mano de obra penal, la construcción de un gran combinado de producciones de níquel en Norilsk, más allá del círculo polar. El conjunto concentracionario de Norilsk iba a contar, en el apogeo del Gulag a inicio de los años cincuenta, hasta con 70.000 detenidos. La función productiva del campo denominado de «trabajo correctivo» estaba claramente reflejada en las estructuras internas del Gulag. Las direcciones centrales no eran ni geográficas ni funcionales, sino económicas: dirección de las construcciones hidroeléctricas, dirección de las construcciones ferroviarias, dirección de puentes y caminos, etc. Entre estas direcciones penitenciarias y las direcciones de los ministerios industriales, el detenido o el colono especial era una mercancía que constituía objeto de contratos[5].

En la segunda mitad de los años treinta, la población del Gulag se duplicó, pasando de 965.000 detenidos a inicios de 1935 a 1.930.000 a inicios de 1941. En el curso de tan solo el año 1937 aumentó en 700.000 personas[6]. La afluencia masiva de nuevos detenidos desorganizó hasta tal punto la producción ese año que su valor disminuyó un 13 por 100 en relación con 1936. Continuó estancada en 1938, hasta que el nuevo comisario del pueblo para el Interior, Lavrenti Beria, tomó medidas enérgicas para «racionalizar» el trabajo de los detenidos. En una nota de 10 de abril de 1939 dirigida al Buró político, Beria expuso su «programa de reorganización del Gulag». Su predecesor, Nikolay Yezhov, explicaba en sustancia, había privilegiado la «caza de los

[4] O. Jlevnyuk, «Prinuditelnyi trud v ekonomike SSSR, 1929-1941» («El trabajo forzado en la economía de la URSS») en *Svobodnaya Mysl,* 1992, núm. 13, págs. 78-92.

[5] N. Werth, G. Moullec, *op. cit.*, págs. 345-379.

[6] V. Zemskov, *art. cit.*, págs. 11-15.

enemigos» en detrimento de una «sana gestión económica». La norma de alimentación de los detenidos, que era de 1.400 calorías por día, había sido calculada para «gente sentada en prisión»[7]. También el número de individuos aptos para el trabajo se había reducido en el curso de los años precedentes; 250.000 detenidos no eran aptos para el trabajo el 1 de marzo de 1939 y el 8 por 100 del conjunto de los detenidos habían muerto en el curso tan solo del año 1938. Para tener esperanza de que se pudiera realizar el plan de producción desarrollado en el NKVD, Beria proponía un aumento de las raciones alimenticias, la supresión de todas las liberaciones anticipadas, el castigo ejemplar de todos los holgazanes y de otros «desorganizadores de la producción» y finalmente la prolongación del período de trabajo que llegaría hasta las once horas por día, con tres días de descanso al mes, a fin de «explotar racionalmente y al máximo toda la capacidad física de los detenidos».

Contrariamente a una idea ampliamente compartida, los archivos del Gulag ponen de manifiesto que la rotación de los detenidos era importante puesto que del 20 al 35 por 100 de ellos eran liberados cada año. Esta rotación se explica por el número relativamente elevado de las penas inferiores a cinco años, que representaban el 57 por 100 de los presos en campos de concentración a inicios de 1940. La arbitrariedad que caracterizaba a una administración y a una jurisdicción de excepción, fundamentalmente para los «políticos» encarcelados en 1937-1938, no dudó, diez años más tarde, en reiniciar las penas que estaban a punto de concluir. Sin embargo, la entrada en el campo no significaba, por regla general, un billete sólo de ida. No obstante, había toda una serie de «penas anexas» tales como la asignación de residencia o el destierro que estaban contempladas para «después del campo».

En contra también de otra opinión corriente, los campos del Gulag estaban lejos de acoger a una mayoría de políticos condenados por «actividades contrarrevolucionarias» en virtud de uno de los catorce párrafos del tristemente célebre artículo 58 del Código penal. El contingente de los políticos oscilaba según los años entre una cuarta y una tercera parte de los efectivos del Gulag. Los otros detenidos no eran, por tanto, más que presos de derecho común en el sentido habitual del término. Habían ido a parar a un campo de concentración por haber infringido alguna de las innumerables leyes represivas que sancionaban casi cada esfera de actividad, desde la «dilapidación de la propiedad socialista», la «infracción de la ley de salvoconductos», el «gamberrismo», la «especulación» hasta el «abandono del puesto de trabajo», el «sabotaje» o incluso la «no realización del número mínimo de horas de trabajo» en los koljozes. En realidad la mayoría de los detenidos del Gulag no eran ni políticos ni delincuentes de derecho común en el sentido habitual del término, sino ciudadanos «ordinarios» víctimas de la penalización general de las relaciones de trabajo y de un número de compartimentos sociales que crecía

[7] O. Jlevnyuk, *art. cit.*, págs. 88-89.

sin cesar. Tal era el resultado de una década de represión llevada a cabo por el Partido-Estado contra sectores cada vez más amplios de la sociedad[8].

Intentemos elaborar un balance provisional de los diversos aspectos de esta represión que no se sitúan, naturalmente, en el mismo plano.

— Seis millones de muertos después de la hambruna de 1932-1933, una catástrofe en muy buena medida imputable a la política de colectivización forzada y de requisa depredadora de las cosechas de los koljozes llevada a cabo por el Estado;

— 720.000 ejecuciones, de las que más de 680.000 se produjeron en los años 1937-1938, en virtud de una parodia de juicio seguida por la jurisdicción especial de la GPU-NKVD;

— 300.000 fallecimientos atestiguados en los campos entre 1934 y 1940; sin duda por extrapolación con los años 1930-1933, para los cuales no se dispone de datos precisos; alrededor de 400.000 para el conjunto de la década, sin contar el número no verificable de personas muertas entre el momento de su arresto y su registro en calidad de «entradas» por la burocracia penitenciaria;

— 600.000 fallecimientos, aproximadamente, atestiguados entre los deportados, «desplazados» o colonos especiales;

— alrededor de 2.200.000 deportados, desplazados o colonos especiales;

— una cifra acumulada de entradas en los campos y colonias del Gulag de siete millones de personas entre 1934 y 1941 con los años 1930-1933 con datos insuficientemente precisos.

El 1 de enero de 1940, los 53 conjuntos de «campos de trabajo correctivo» y las 425 «colonias de trabajo correctivo» reagrupaban a 1.670.000 detenidos. Un año más tarde contaban con 1.930.000. Las prisiones tenían en su interior alrededor de 200.000 personas que esperaban juicio o su traslado a un campo de concentración. Finalmente, 1.800 comandancias del NKVD gestionaban a más de 1.200.000 colonos especiales[9]. Incluso fuertemente revisadas a la baja en relación con algunas estimaciones hasta hace poco avanzadas por historiadores o testigos que confundían a menudo el flujo de entrada en el Gulag y el número de detenidos presentes en tal o cual fecha, estas cifras dan la medida de la represión de la que fueron víctimas las capas más variadas de la sociedad soviética en el curso de los años treinta.

De finales de 1939 al verano de 1941, los campos, las colonias y las poblaciones especiales del Gulag conocieron una nueva afluencia de proscritos. Este movimiento estaba relacionado con la sovietización de nuevos territorios y con una criminalización sin precedentes de los comportamientos sociales, fundamentalmente en el mundo del trabajo.

[8] J. A. Getty, G. Rittersporn, V. Zemskov, *art. cit.*, págs. 650-657.

[9] Estos datos sintéticos se fundan principalmente en artículos y obras citadas con anterioridad, especialmente J. A. Getty, G. T. Rittersporn, V. K. Zemskov, *art. cit.;* V. K. Zemskov, *art. cit.;* N. Werth, *art. cit.;* V. P. Popov, *art. cit.;* O. Jlevnyuk, *art. cit.; Istochnik,* 1995, núm. 1, págs. 117-130; A. Blum, *op. cit.*

El 24 de agosto de 1939, el mundo, estupefacto, conoció la noticia de la firma, la víspera, de un tratado de no agresión entre la URSS estalinista y la Alemania hitleriana. El anuncio del pacto produjo un verdadero trauma en los países europeos directamente interesados en la crisis, cuya opinión pública no había sido preparada para lo que parecía un cambio total de las alianzas, habiendo comprendido entonces pocos espíritus lo que podía unir a unos regímenes con ideologías tan opuestas.

El 21 de agosto de 1939, el Gobierno soviético había suspendido las negociaciones que llevaba a cabo con la misión anglo-francesa llegada a Moscú el 11 de agosto, con la finalidad de concluir un acuerdo que comprometiera recíprocamente a las tres partes en caso de agresión alemana contra una de ellas. Desde inicios del año 1939, la diplomacia soviética, dirigida por Vyacheslav Molotov, se había distanciado progresivamente de la idea de un acuerdo con Francia y Gran Bretaña, a las que se sospechaba capaces de estar dispuestas a concluir un nuevo Munich a costa de los polacos, lo que habría dejado a los alemanes las manos libres en el Este. Mientras que las negociaciones entre soviéticos por un lado y británicos y franceses por otro, se empantanaban en problemas insolubles —¿cómo, por ejemplo, en caso de agresión alemana contra Francia, atravesaría el Ejército Rojo Polonia para atacar a Alemania?—, los contactos entre los representantes soviéticos y alemanes en distintas áreas adquirieron un nuevo giro. El 14 de agosto, el ministro alemán de Asuntos Exteriores, Ribbentrop, propuso viajar a Moscú para concluir un amplio acuerdo político con los dirigentes soviéticos. Al día siguiente, Stalin aceptó.

El 19, alemanes y soviéticos firmaron un acuerdo comercial que estaba en curso de negociación desde 1938 y se anunciaba muy ventajoso para la Unión Soviética. Aquella misma tarde los soviéticos aceptaron que Ribbentrop acudiera a Moscú para firmar un pacto de no agresión ya elaborado por parte soviética y transmitido inmediatamente a Berlín. El ministro alemán, dotado de «plenos poderes extraordinarios», llegó a Moscú en la tarde del 23 y el tratado de no agresión firmado durante la noche fue hecho público el 24. Con una vigencia de diez años, entraba en vigor de manera inmediata. La parte más importante del acuerdo, que delimitaba las esferas de influencia y las anexiones de los dos países en Europa del Este, permaneció evidentemente secreta. Hasta 1989, los dirigentes soviéticos negaron, contra toda evidencia, la existencia de este «protocolo secreto», verdadero «crimen contra la paz» perpetrado por las dos potencias signatarias. Según los términos de este texto, Lituania entraba en la esfera de intereses alemana, y Estonia, Letonia, Finlandia, Besarabia en la esfera soviética. En cuanto a Polonia, si bien la cuestión del mantenimiento de un residuo de Estado polaco quedaba en suspenso, la URSS debía en todo caso recuperar, después de la intervención militar de los alemanes y de los soviéticos contra Polonia, los territorios bielorrusos y ucranianos cedidos después del tratado de Riga de 1920, así como una parte de los territorios «históricamente y étnicamente polacos» de las provincias de Lublin y de Varsovia.

Ocho días después de la firma del pacto, las tropas nazis atacaron Polonia. Una semana más tarde, el 9 de septiembre, ante el colapso de la resistencia polaca y la insistencia de los alemanes, el Gobierno soviético comunicó a Berlín su intención de ocupar rápidamente los territorios que debían serles restituidos según los términos del protocolo secreto del 23 de agosto. El 17 de septiembre, el Ejército Rojo entró en Polonia con el pretexto de «venir en ayuda de los hermanos de sangre ucranianos y bielorrusos» amenazados por «la disgregación del Estado polaco». La intervención soviética en un momento en que el ejército polaco estaba casi totalmente aniquilado encontró poca resistencia. Los soviéticos capturaron 230.000 prisioneros de guerra, de los cuales 15.000 era oficiales[10].

La idea, por un momento sostenida por los alemanes y los soviéticos, de dejar un Estado polaco fue rápidamente abandonada, lo que convirtió en más delicada la fijación de la frontera entre Alemania y la URSS. Prevista el 22 de septiembre sobre el Vístula en Varsovia, fue empujada hacia el este hasta Bug, durante la venida de Ribbentrop a Moscú el 28 de septiembre. A cambio de esta «concesión» soviética en relación con los términos del protocolo secreto del 23 de agosto, Alemania incluyó Lituania en la esfera de intereses soviéticos. El reparto de Polonia permitió a la URSS anexionarse vastos territorios de 180.000 kilómetros cuadrados poblados por 12.000.000 de habitantes bielorrusos, ucranianos y polacos. El 1 y el 2 de noviembre, después de un simulacro de consulta popular, estos territorios fueron unidos a las repúblicas soviéticas de Ucrania y de Bielorrusia.

En esa fecha ya estaba bien avanzada la «limpieza» de estas regiones llevada a cabo por el NKVD. Los primeros objetivos eran los polacos, detenidos y deportados en masa como «elementos hostiles». Entre los más expuestos a la represión figuraban los propietarios de bienes raíces, los industriales, los comerciantes, los funcionarios, los policías y los «colonos militares» *(osadnicy wojskowi)* que habían recibido del Gobierno polaco un fundo de tierra en las regiones fronterizas como recompensa por sus actos de servicio durante la guerra soviético-polaca de 1920. Según las estadísticas del departamento de colonos especiales del Gulag, entre febrero de 1940 y junio de 1941, 381.000 civiles polacos de tan solo los territorios incorporados por la URSS en septiembre de 1939 fueron deportados como colonos especiales hacia Siberia, la región de Arcángel, el Kazajstán y otras regiones alejadas de la URSS[11]. Las cifras retenidas por los historiadores polacos son mucho más elevadas, del orden de un millón de personas deportadas[12]. No disponemos desgraciadamente de ningún dato preciso sobre el arresto y las deportaciones de civiles llevadas a cabo entre septiembre de 1939 y enero de 1940.

[10] K. Sword, *Deportation and Exile. Poles in the Soviet Union, 1939-1948,* Londres, MacMillan, 1994, pág. 7.

[11] V. Zemskov, «Spetzposelentsi», *art. cit.*, pág. 5.

[12] Z. S. Siemaszko, *W sowieckim osaczeniu,* Londres, 1991; W. Wielhorski, *Los Polakow w Niewoli Sowieckiej,* Londres, 1956.

Para el período posterior, los documentos de los archivos hoy en día accesibles hacen referencia a tres grandes «deportaciones-redadas», las de los días 9 y 10 de febrero, las del 12 y 13 de abril, las del 28 y 29 de junio de 1940 [13]. Se necesitaron dos meses para que los convoyes pudieran llevar a cabo un viaje de ida y vuelta entre la frontera polaca y Siberia, el Kazajstán o el extremo Norte. Por lo que refiere a los prisioneros de guerra polacos, solo 82.000 de 230.000 sobrevivieron hasta el verano de 1941. Las pérdidas entre los colonos especiales polacos fueron igualmente muy elevadas. En efecto, en agosto de 1941, después de un acuerdo con el Gobierno polaco en el exilio, el Gobierno soviético concedió una «amnistía» a los polacos deportados desde noviembre de 1939, pero no queda huella más que de 243.100 colonos especiales, mientras que al menos 381.000 habían sido deportados entre febrero de 1940 y junio de 1941. En total, 388.000 polacos prisioneros de guerra, refugiados internados y deportados civiles se beneficiaron de esta amnistía. Varios centenares de millares habían desaparecido en el curso de los dos años anteriores. Un gran número de ellos fueron ejecutados bajo pretexto de que habían sido «enemigos encarnizados y decididos del poder soviético».

Entre estos figuraban fundamentalmente los 25.700 oficiales y civiles polacos que Beria, en una carta dirigida a Stalin el 5 de marzo de 1940, había propuesto fusilar. Una parte de los osarios que contenían los cuerpos de los asesinados fue descubierta en abril de 1943 por los alemanes en el bosque de Katyn. Varias fosas comunes contenían los restos de 4.000 oficiales polacos. Las autoridades soviéticas intentaron imputar la matanza a los alemanes y hasta 1992, durante una visita de Boris Yeltsin a Varsovia, las autoridades rusas no reconocieron la responsabilidad directa de Stalin y de los miembros del Buró político en la eliminación de la elite polaca en 1940.

Inmediatamente después de la anexión de las regiones que habían pertenecido a Polonia, y conforme a los acuerdos concluidos con la Alemania nazi, el Gobierno soviético convocó en Moscú a los jefes de los gobiernos estonio, letón y lituano, y les impuso «tratados de asistencia mutua» en virtud de los cuales estos países «concedían» bases militares a la URSS. Inmediatamente después, 25.000 soldados soviéticos se instalaron en Estonia, 30.000 en Letonia, 20.000 en Lituania. Estos efectivos superaban ya ampliamente a los de los ejércitos de estos países, que todavía eran oficialmente independientes. La instalación de las tropas soviéticas en octubre de 1939 marcó verdaderamente el final de la independencia de los países bálticos. El 11 de octubre, Beria dio la orden de «extirpar a todos los elementos antisoviéticos y antisociales» de estos países. Desde entonces, la policía militar soviética multiplicó los arrestos de los oficiales, de los funcionarios y de los intelectuales considerados como poco «seguros» en relación con los objetivos últimos de la URSS.

En junio de 1940, a continuación de la ofensiva-relámpago victoriosa de las tropas alemanas en Francia, el Gobierno soviético decidió concretar todas

[13] K. Sword, *op. cit.*, págs. 15-23.

las cláusulas del protocolo secreto de 23 de agosto de 1939. El 14 de junio, pretextando «actos de provocación contra las guarniciones soviéticas», dirigió un ultimátum a los dirigentes bálticos, obligándoles a formar un Gobierno dispuesto a garantizar una aplicación honrada del tratado de asistencia y a someter a los adversarios del mencionado tratado. En los días que siguieron, varios centenares de millares de soldados soviéticos ocuparon los países bálticos. Stalin envió a las capitales de los países bálticos a sus representantes encargados de emprender la sovietización de las tres repúblicas, al fiscal Vyshinsky a Riga, a Zhdanov a Tallinn y al dirigente de la policía soviética Dekanozov, viceministro de Asuntos Exteriores de la URSS, a Kaunas. Los parlamentos y las instituciones locales fueron disueltos y la mayoría de sus miembros detenidos. El partido comunista fue el único partido autorizado para presentar candidatos a las «elecciones» que tuvieron lugar los días 14 y 15 de julio de 1940.

Carta de L. Beria, comisario del pueblo para el Interior, a Stalin, de 5 de marzo de 1940, muy secreto.

Al camarada Stalin.

Un gran número de antiguos oficiales del ejército polaco, de antiguos funcionarios de la policía y de los servicios de información polacos, de miembros de partidos nacionalistas contrarrevolucionarios, de miembros de organizaciones de oposición contrarrevolucionaria debidamente desenmascarados, de tránsfugas y demás, todos ellos enemigos jurados del poder soviético, llenos de odio contra el sistema soviético, se encuentran actualmente detenidos en campos de prisioneros de guerra del NKVD de la URSS y en prisiones situadas en las regiones occidentales de Ucrania y de Bielorrusia.

Los oficiales del ejército y de la policía prisioneros en los campos intentan continuar sus actividades contrarrevolucionarias y realizan una agitación antisoviética. Todos ellos solo esperan su liberación para entrar activamente en combate contra el poder soviético.

Los órganos del NKVD en las regiones occidentales de Ucrania y de Bielorrusia han descubierto numerosas organizaciones rebeldes contrarrevolucionarias. Los antiguos oficiales del ejército y de la policía polacos, así como los policías, representan un activo papel a la cabeza de todas estas organizaciones.

Entre los antiguos tránsfugas y aquellos que han violado las fronteras del Estado figuran muchas personas que han sido identificadas como pertenecientes a organizaciones contrarrevolucionarias de espionaje y de resistencia.

En los campos de prisioneros de guerra se encuentran detenidos 14.736 oficiales, funcionarios, propietarios de bienes raíces, policías, gendarmes, funcionarios de prisiones, colonos instalados en las regiones fronterizas (*osadniki*) y agentes de inteligencia (de los que más del 97 por 100 son polacos). En este número no se incluyen ni los soldados rasos ni los suboficiales.

Se incluyen:

— Generales, coroneles y tenientes coroneles: 295.
— Comandantes y capitanes: 2.080.
— Tenientes, subtenientes y aspirantes: 6.049.
— Oficiales y suboficiales de la policía, de aduanas y de la gendarmería: 1.030.
— Agentes de policía, gendarmes, funcionarios de prisiones y agentes de inteligencia: 5.138.
— Funcionarios, propietarios de bienes raíces, sacerdotes y colonos de las regiones fronterizas: 144.

Además están detenidos 18.632 hombres en las prisiones de las regiones occidentales de Ucrania y de Bielorrusia (de los que 10.685 son polacos).

Se incluyen:

— Antiguos oficiales: 1.207.
— Antiguos agentes de inteligencia, de la policía y de la gendarmería: 5.141.
— Espías y saboteadores: 347.
— Antiguos propietarios de bienes raíces, propietarios de fábricas y funcionarios: 465.
— Miembros de diversas organizaciones contrarrevolucionarias de resistencia y elementos diversos: 5.345.
— Desertores: 6.127.

Dado que todos estos individuos son enemigos encarnizados e irreductibles del poder soviético, el NKVD de la URSS considera que es necesario:

1. Ordenar al NKVD de la URSS que juzgue ante tribunales especiales:

a) a 14.700 antiguos oficiales, funcionarios, propietarios de bienes raíces, agentes de policía, agentes de inteligencia, gendarmes, colonos de las regiones fronterizas y funcionarios de prisiones detenidos en campos de prisioneros de guerra;

b) así como a 11.000 miembros de las diversas organizaciones contrarrevolucionarias de espías y saboteadores, a los antiguos propietarios de bienes raíces, propietarios de fábricas, antiguos oficiales del ejército polaco, funcionarios y desertores que han sido detenidos y están confinados en las prisiones de las regiones occidentales de Ucrania y de Bielorrusia para APLICARLES LA PENA MÁXIMA: LA PENA DE MUERTE MEDIANTE FUSILAMIENTO.

2. El estudio de los expedientes individuales se realizará sin comparecencia de los detenidos y sin auto de procesamiento. Las conclusiones del sumario y la sentencia final serán presentadas de la manera siguiente:

a) bajo forma de certificados expedidos a los individuos detenidos en los campos de prisioneros de guerra por la administración de asuntos de prisioneros de guerra del NKVD de la URSS;

b) bajo forma de certificados expedidos a las otras personas detenidas por el NKVD de la RSS de Ucrania y el NKVD de la RSS de Bielorrusia.

3. Los expedientes serán examinados y las sentencias dictadas por un tribunal compuesto por tres personas, los camaradas Merkulov, Kobulov y Bachalov.

El comisario del pueblo para el Interior de la URSS, L. Beria.

En las semanas que precedieron a este simulacro, el NKVD, bajo la dirección del general Serov, arrestó entre 15.000 y 20.000 «elementos hostiles». Solo en Letonia, 1.480 opositores fueron sumariamente ejecutados a inicios del mes de julio. Los parlamentos surgidos de las elecciones solicitaron la admisión de sus países en el seno de la URSS, petición que fue naturalmente «concedida» a inicios de agosto por el Soviet Supremo, que proclamó el nacimiento de tres nuevas repúblicas socialistas soviéticas. El 8 de agosto, *Pravda* escribía: «El sol de la gran Constitución estalinista expande ahora sus rayos benefactores sobre nuevos territorios y nuevos pueblos». Comenzaba para los bálticos un período de arrestos, de deportaciones y de ejecuciones.

Los archivos han conservado los detalles del desarrollo de una gran operación de deportación de elementos socialmente hostiles de los países bálticos, de Moldavia, de Bielorrusia y de Ucrania occidental, realizada en la noche del 13 al 14 de junio de 1941 bajo las órdenes del general Serov. Esta operación había sido planificada algunas semanas antes, el 16 de mayo de 1941, al dirigir Beria a Stalin su último proyecto de «operación de limpieza en las regiones recientemente integradas en la URSS de sus elementos antisoviéticos, socialmente extraños y criminales». En total, 85.716 personas debían ser deportadas en junio de 1941, de las cuales 25.711 eran bálticas. En su informe de fecha de 17 de julio de 1941, Merkulov, el número dos del NKVD, realizó el balance de la parte báltica de la operación. Durante la noche del 13 al 14 de junio de 1941 fueron deportados 11.038 miembros de familias de «nacionalistas burgueses», 3.240 miembros de familias de antiguos gendarmes y policías, 7.124 miembros de antiguos propietarios de bienes raíces, industriales, fun-

cionarios, 1.649 miembros de familias de antiguos oficiales y finalmente 2.907 «varios». Resulta claro, según este documento, que los cabezas de familia habían sido arrestados previamente y probablemente ejecutados. La operación del 13 de junio no tenía como objetivo, en efecto, más que los «miembros de las familias» juzgadas «socialmente extrañas»[14].

¡Cada familia tuvo derecho a cien kilos de equipaje incluida la alimentación para un mes no ocupándose el NKVD del suministro durante el traslado! Los convoyes no llegaron a destino hasta finales del mes de julio de 1941, para la mayor parte en la provincia de Novossibirsk así como en Kazajstán. ¡Algunos no alcanzaron su lugar de deportación, la región del Altai, hasta mediados de septiembre! ¿Cuántos deportados murieron en el curso de las seis a doce semanas de viaje, hacinados en grupos de cincuenta por cada vagón de ganado con lo que pudieron coger como efectos y alimentos durante la noche de su arresto? Para la noche del 27 al 28 de junio de 1941 fue planificada por Beria otra operación de gran envergadura. La elección de esta fecha confirma que los más altos dirigentes del Estado soviético no preveían ningún ataque alemán para el 22 de junio. La operación Barbarroja retrasó en algunos años la continuación de la «limpieza» realizada por el NKVD en los países bálticos.

Algunos días después de la ocupación de los países bálticos, el Gobierno soviético dirigió a Rumania un ultimátum exigiendo el «regreso» inmediato a la URSS de Besarabia, que había formado parte del Imperio zarista y había sido mencionada en el protocolo secreto soviético-alemán de 23 de agosto de 1939. Solicitaba además la transferencia a la URSS de la Bukovina del Norte, que no había formado nunca parte del Imperio zarista. Obligados por los alemanes, los rumanos se sometieron. La Bukovina y una parte de la Besarabia fueron incorporadas a Ucrania. El resto de Besarabia se convirtió en la República socialista soviética de Moldavia, proclamada el 2 de agosto de 1940. Ese mismo día, Kobulov, adjunto de Beria, firmó una orden de deportación de 31.699 «elementos antisoviéticos» que vivían en los territorios de la República socialista soviética de Moldavia y de 12.191 «elementos antisoviéticos» más procedentes de las regiones rumanas incorporadas a la República socialista soviética de Ucrania. Todos estos «elementos» habían sido en algunos meses debidamente fichados de acuerdo con una técnica muy experimentada. La víspera, el 1 de agosto de 1940, Molotov había elevado ante el Soviet Supremo un cuadro triunfalista de los logros de la alianza germano-soviética: en un año 23.000.000 de habitantes habían sido incorporados a la Unión Soviética.

Pero el año 1940 fue también notable por otra razón: el número de detenidos del Gulag, de deportados, de personas encarceladas en las prisiones soviéticas y de condenas penales alcanzó su apogeo. El 1 de enero de 1941, los campos de concentración del Gulag contaban con 1.930.000 detenidos, es decir, un aumento de 270.000 detenidos en un año. Más de 500.000 personas

[14] GARF, 9401/1/4775.

de los territorios «sovietizados» habían sido deportadas, añadiéndose al 1.200.000 colonos especiales contabilizados a finales de 1939. Las prisiones soviéticas, de una capacidad teórica de 234.000 plazas, encerraban en su interior a más de 462.000 individuos[15]. Finalmente, el número total de las condenas penales conoció ese año un crecimiento excepcional que pasó en un año de 700.000, aproximadamente, a más de 2.300.000[16].

Este aumento espectacular fue el resultado de una penalización sin precedentes de las relaciones sociales. Para el mundo del trabajo, el año 1940 permaneció en la memoria colectiva como el del decreto de 26 de junio «sobre la adopción de la jornada de ocho horas, de la semana de siete días y la prohibición para los obreros de abandonar la empresa por propia iniciativa». Cualquier ausencia injustificada, comenzando por un retraso superior a veinte minutos, fue además sancionada penalmente. El transgresor podía ser castigado con una pena de seis meses de «trabajos correctivos» sin privación de libertad, y con una retención del 25 por 100 de su salario, pena que podía ser agravada por un encarcelamiento de dos a cuatro meses.

El 10 de agosto de 1940, otro decreto fijó las sanciones de uno a tres años de campo de concentración para los «actos de gamberrismo», la producción de desechos y los pequeños hurtos en el lugar de trabajo. En las condiciones de funcionamiento de la industria soviética, cualquier obrero podía caer bajo el peso de esta nueva «ley inicua».

Estos decretos, que iban a permanecer en vigor hasta 1956, marcaban una nueva etapa en la penalización del derecho del trabajo. En el curso de los seis primeros meses de su aplicación, más de 1.500.000 personas fueron condenadas, de las que cerca de 400.000 lo fueron a penas de prisión. Lo que explica el muy considerable incremento del número de detenidos en las prisiones a partir del verano de 1940. El número de gamberros condenados a penas de campos de concentración pasó de 108.000 en 1939 a 200.000 en 1940[17].

El final del gran terror fue, por lo tanto, relevado desde 1932 por una nueva ofensiva sin precedentes contra la gente corriente que se negaba a plegarse a la disciplina de la fábrica o del koljoz. En respuesta a las leyes inicuas del verano de 1940, un número importante de obreros, a juzgar por los datos de los informadores del NKVD, dieron prueba de «estados de espíritu malsanos», fundamentalmente durante las primeras semanas de la invasión nazi. Deseaban abiertamente «la eliminación de los judíos y de los comunistas» y difundían, como aquel obrero moscovita, cuyas frases fueron transmitidas al NKVD, «rumores provocadores»: «cuando Hitler toma nuestras ciudades hace colocar carteles que dicen: yo no conduciré a los obreros ante un tribunal cuando lleguen con veintiún minutos de retraso como lo hace vuestro

[15] V. K. Zemskov, Goulag, *art. cit.*, pág. 19.
[16] GARF, 9492/2/42/125.
[17] GARF, 9492/2/42.

Gobierno[18]. Frases de este tipo eran sancionadas con la mayor severidad, como lo indica un informe del fiscal general militar sobre «los crímenes y delitos cometidos en los ferrocarriles entre el 22 de junio y el 1.º de septiembre de 1941, haciendo referencia a 2.524 condenas, de las cuales 204 fueron a la pena capital. Entre estas condenas no se contaban menos de 412 por «difusión de rumores contrarrevolucionarios». Por este crimen fueron condenados a muerte 110 ferroviarios[19].

Un conjunto de documentos publicado recientemente sobre «el espíritu crítico» existente en Moscú durante los primeros meses de la guerra[20] subraya la evolución de «la gente corriente» frente al avance alemán durante el verano de 1941. Los moscovitas parecen haberse dividido en tres grupos —los «patriotas», un «pantano» donde nacían y se difundían todos los rumores, y los «derrotistas» que deseaban la victoria de los alemanes sobre los «judíos y los bolcheviques», a los que se consideraba semejantes y se detestaba. En octubre de 1941, durante el desmantelamiento de las fábricas con vistas a su evacuación hacia el este del país, se produjeron «desórdenes antisoviéticos» en algunas empresas textiles de la región de Ivanovo[21]. Las frases derrotistas pronunciadas por algunos obreros revelaban el estado de desesperación en el que se encontraba una parte del mundo obrero sometido desde 1940 a una legislación cada vez más dura.

No obstante, la barbarie nazi terminó por reconciliar en un gran estallido de patriotismo al pueblo llano con el régimen dado que no reservaba ningún porvenir para los infrahombres soviéticos, condenados al exterminio o, como mucho, a la esclavitud. Muy hábilmente, Stalin supo reafirmar con fuerza los valores rusos, nacionales y patrióticos. En su célebre discurso difundido por radio el 3 de julio de 1941, retomó para dirigirse a la nación el viejo llamamiento que había mantenido unida a la comunidad nacional a través de los siglos: «Hermanos y hermanas: un grave peligro amenaza a nuestra patria». Las referencias a «la gran nación rusa de Plejanov, de Lenin, de Pushkin, de Tolstoy, de Chaikovsky, de Chejov, de Lermontov, de Suvorov y de Kutuzov» debían servir de apoyo a la «guerra sagrada», a la «gran guerra patria». El 7 de noviembre de 1941, al pasar revista a los batallones de voluntarios que partían hacia el frente, Stalin les conjuró para que se batieran bajo la inspiración del «glorioso ejemplo de nuestros antepasados Aleksandr Nevsky y Dimitri Donskoi». El primero de ellos, en el siglo XIII había salvado a Rusia de los caballeros teutónicos, y el segundo, un siglo más tarde, había puesto fin al yugo tártaro.

[18] N. Werth, G. Moullec, *op. cit.*, pág. 229.
[19] *Istochnik*, 1994, núm. 3, págs. 107-112.
[20] *Moskva Voennaya: Memuary i arjivnye dokumenty* (Moscú bélico: Recuerdos y documentos de los archivos), Moscú, 1995.
[21] CRCEDHC, 17/88/45.

12
El reverso de una victoria

Entre los numerosos «puntos negros» de la historia soviética figuró durante mucho tiempo, como un secreto particularmente bien guardado, el episodio de la deportación, en el curso de la «gran guerra patria», de pueblos enteros de los que se sospechaba colectivamente que habían realizado «maniobras de diversión, espionaje y colaboración» con el ocupante nazi. Solo a partir de los años cincuenta las autoridades reconocieron que habían tenido lugar «excesos» y «generalizaciones» en la acusación de «colaboración colectiva». En los años sesenta fue restablecida la existencia jurídica de varias repúblicas autónomas borradas del mapa por colaboración con el ocupante. Sin embargo, solo a partir de 1972 los súbditos de los pueblos deportados recibieron finalmente la autorización teórica para «escoger libremente su lugar de domicilio». Y solo a partir de 1989 los tártaros de Crimea fueron plenamente «rehabilitados». Hasta mediados de los años sesenta el mayor secreto rodeó el levantamiento progresivo de las sanciones impuestas sobre los «pueblos castigados» y los decretos anteriores a 1964 no fueron nunca publicados. Fue preciso esperar a la «declaración del Soviet Supremo» de 14 de noviembre de 1989 para que el Estado soviético reconociera finalmente «la ilegalidad criminal de los actos bárbaros cometidos por el régimen stalinista contra pueblos que fueron deportados masivamente».

Los alemanes fueron el primer grupo étnico deportado colectivamente algunas semanas después de la invasión de la URSS por la Alemania nazi. Según el censo de 1939, 1.427.000 alemanes vivían en la URSS descendiendo la mayoría de ellos de los colonos alemanes invitados por Catalina II, ella misma originaria de Hesse, para que poblaran las vastas superficies vacías del sur de Rusia. En 1924 el Gobierno soviético había creado una República autónoma de alemanes del Volga. Estos «alemanes del Volga», que sumaban unas 370.000 personas, no representaban más que aproximadamente una cuarta parte de una población de origen alemán repartida también por Rusia (en las regiones de Saratov, de Stalingrado, de Voronezh, de Moscú, de Leningrado, etc.), en

Ucrania (390.000 personas), en el Cáucaso del Norte (en las regiones de Krasnodar, de Ordzhonikidze, de Stavropol) e incluso en Crimea o en Georgia. El 28 de agosto de 1941 el Presidium del Soviet Supremo promulgó un decreto en virtud del cual toda la población alemana de la República autónoma del Volga, de las regiones de Saratov y de Stalingrado debía ser deportada hacia el Kazajstán y Siberia. Según este texto, ¡esta decisión no era más que una medida humanitaria preventiva!

Extractos del decreto del Presidium del Soviet Supremo de 28 de agosto de 1941 sobre la deportación colectiva de los alemanes.

Según informaciones dignas de crédito recibidas por las autoridades militares, la población alemana instalada en la región del Volga abriga millares y decenas de millares de saboteadores y de espías que deben, a la primera señal que reciban de Alemania, organizar atentados en las regiones donde viven los alemanes del Volga. Nadie advirtió a las autoridades soviéticas de la presencia de tal cantidad de saboteadores y espías entre los alemanes del Volga. En consecuencia, la población alemana del Volga oculta en su seno a los enemigos del pueblo y del poder soviético...

Si se producen actos de sabotaje realizados siguiendo órdenes de Alemania y ejecutados por saboteadores y espías alemanes en la República de los alemanes del Volga o en los distritos vecinos, correrá la sangre, y el Gobierno soviético, de acuerdo con las leyes vigentes en tiempo de guerra, se verá obligado a tomar medidas punitivas contra toda la población alemana del Volga. Para evitar una situación tan lamentable y graves derramamientos de sangre, el Presidium del Soviet Supremo de la URSS ha considerado necesario transferir a toda la población alemana que vive en la región del Volga a otros distritos, proporcionándole tierras y una ayuda estatal para instalarse en esos nuevos enclaves.

Quedan asignados para este traslado los distritos ricos en tierras de Novossibirsk y Omsk, del territorio del Altai, del Kazajstán y de otras regiones limítrofes.

Mientras que el Ejército Rojo retrocedía en todos los frentes perdiendo cada día decenas de millares de muertos y de prisioneros, Beria destacó cerca de 14.000 hombres de las tropas del NKVD para esta operación dirigida por el vicecomisario del pueblo del Interior, el general Iván Serov, que ya se había ilustrado durante la «limpieza» de los países bálticos. Teniendo en cuenta las circunstancias y el desastre sin precedentes del Ejército Rojo, las operaciones fueron llevadas a cabo a la perfección. Del 3 al 20 de septiembre de 1941,

446.480 alemanes fueron deportados en 230 convoyes de 50 vagones como media y cerca de 2.000 personas por convoy. A la velocidad media de algunos kilómetros por hora, estos convoyes necesitaron entre cuatro y ocho semanas para alcanzar su lugar de destino, las regiones de Omsk y de Novossibirsk, la región de Barnaul, al sur de Siberia, y el territorio de Krasnoyarsk, en Siberia oriental. Como durante las deportaciones precedentes de los bálticos, las «personas desplazadas» habían tenido, según las instrucciones oficiales, «un retraso determinado *(sic)* para llevar consigo avituallamientos para un período mínimo de un mes».

Mientras que se desarrollaba esta «operación principal» de deportación, se multiplicaban otras «operaciones secundarias» al ritmo de las circunstancias militares. Desde el 29 de agosto de 1941, Molotov, Malenkov y Zhdanov propusieron a Stalin «limpiar» la región y la ciudad de Leningrado de 96.000 individuos de origen alemán y finlandés. El 30 de agosto, las tropas alemanas alcanzaron el Neva, cortando las comunicaciones por vía férrea existentes entre Leningrado y el resto del país. La amenaza de un cerco de la ciudad se agudizaba de día en día, y las autoridades competentes no habían tomado ninguna medida de evacuación de la población civil de Leningrado ni la menor medida para almacenar contingentes alimenticios. No obstante, ese mismo 30 de agosto Beria redactó una circular que ordenaba la deportación de 132.000 personas de la región de Leningrado, 96.000 por tren y 36.000 por vía fluvial. El NKVD no tuvo tiempo de detener y deportar más que a 11.000 ciudadanos soviéticos de origen alemán.

En el curso de las semanas siguientes fueron llevadas a cabo operaciones semejantes en las regiones de Moscú (9.640 alemanes deportados el 15 de septiembre), de Tula (2.700 deportados el 21 de septiembre), de Gorky (3.162 deportados el 14 de septiembre), de Róstov (38.288 del 10 al 20 de septiembre), de Zaporozhie (31.320 del 25 de septiembre al 10 de octubre), de Krasnodar (38.136 deportados el 15 de septiembre), y de Ordzhonikidze (77.570 deportados el 20 de septiembre). Durante el mes de octubre de 1941, la deportación siguió golpeando a más de 100.000 alemanes que residían en Georgia, en Armenia, en Azerbaidzhán, en el Cáucaso del Norte y en Crimea. Un balance contable de la deportación de los alemanes muestra que el 25 de diciembre de 1941, 894.600 personas habían sido deportadas, la mayor parte hacia el Kazajstán y Siberia. Si se tiene en cuenta a los alemanes deportados en 1942, se llega a un total de 1.209.430 deportados en menos de un año, de agosto de 1941 a junio de 1942. Recordemos que, según el censo de 1939, la población alemana de la Unión Soviética era de 1.427.000 personas.

Así, más del 82 por 100 de los alemanes dispersos en el territorio soviético fueron deportados, y eso en un momento en que la situación catastrófica de un país al borde del aniquilamiento hubiera exigido que todo el esfuerzo militar y policial se vertiera en la lucha armada contra el enemigo, más que en la deportación de centenares de millares de ciudadanos soviéticos inocentes. La proporción de ciudadanos soviéticos de origen alemán deportados era en rea-

lidad mas importante, si se tiene en cuenta a las decenas de millares de soldados y oficiales de origen alemán retirados de las unidades del Ejército Rojo y enviados a batallones disciplinarios del «ejército del trabajo» a Vorkuta, Kotlas, Kemerovo y Cheliabinsk. En esta ciudad únicamente, más de 25.000 alemanes trabajaban en la construcción del combinado metalúrgico. Precisemos que las condiciones de trabajo y de supervivencia en los batallones disciplinarios del ejército del trabajo no eran, en absoluto, mejores que en el Gulag.

¿Cuántos deportados desaparecieron durante el traslado? Hoy en día no disponemos de ningún balance de conjunto, y los datos dispersos sobre tal o cual convoy son imposibles de seguir en el contexto de la guerra, y de las violencias apocalípticas de este período. ¿Pero cuántos convoyes no llegaron nunca a su destino en el caos del otoño de 1941? A finales de noviembre, 29.600 deportados alemanes debían, «según el plan», encontrarse en la región de Karaganda. Ahora bien, el balance, a 1 de enero de 1942, indicaba la llegada de solo 8.504. El «plan» para la región de Novossibirsk era de 130.998 individuos, pero no se tiene noticia nada más que de 116.612. ¿Dónde estaban los otros? ¿Murieron por el camino? ¿Fueron enviados a otro lugar? La región del Altai, «planificada» para 11.000 deportados, ¡vio afluir 94.799! Más significativos que esta siniestra aritmética, todos los informes del NKVD sobre la instalación de los deportados subrayaban, de manera unánime, «la falta de preparación de las regiones de acogida».

Dada la obligación de secreto, las autoridades locales no fueron prevenidas más que en el último momento de la llegada de decenas de miles de deportados. No había sido previsto ningun alojamiento, de manera que estos fueron alojados de cualquier forma, en barracas, en establos o al raso, mientras llegaba el invierno. La movilización había enviado al frente a una gran parte de la mano de obra masculina y las autoridades habían adquirido desde hacía diez años cierta experiencia en la materia. «La utilización económica» de los nuevos deportados se hizo, no obstante, más rápidamente que la de los kulaks deportados en 1930 y abandonados en plena taiga. Al cabo de algunos meses, la mayoría de los deportados fueron utilizados como los otros colonos especiales, es decir, en condiciones de alojamiento, de trabajo y de alimentación particularmente duras y precarias, y en el marco de una comandancia del NKVD, en un koljoz, un sovjoz o una empresa industrial[1].

La deportación de los alemanes fue seguida por una segunda gran oleada de deportaciones, de noviembre de 1943 a junio de 1944, en el curso de las cuales seis pueblos —los chechenos, los ingushes, los tártaros de Crimea, los karachais, los balkares y los calmucos— fueron deportados a Siberia, Kazajstán, Uzbekistán y Kirguizia con el pretexto de «haber colaborado masivamen-

[1] N. Bugai, *L. Beria-I. Stalinu, «Soglasno vasemu ukazaniu»* (L. Beria a Stalin, Conforme a sus instrucciones), Moscú, 1995, págs. 27-55; N. Bugai, 40-ye gody: «Avtonomiu Nemtsev Povolya likvidirovat'» (Los años cuarenta. La «liquidación de la autonomía de los alemanes del Volga») en *Istoriya SSSR*, 1991, núm. 2, págs. 172-182; J. J. Marie, *Les Peuples déportés d'Union soviétique*, Complexe, 1995, págs. 35-56.

te con el ocupante nazi». Esta oleada principal de deportación, que afectó a cerca de 900.000 personas, fue seguida, de julio a diciembre de 1944, por otras operaciones destinadas a «limpiar» Crimea y el Cáucaso de algunas otras nacionalidades juzgadas «dudosas»: los griegos, los búlgaros, los armenios de Crimea, los turcos mesjetas, los kurdos y los jemchines del Cáucaso[2].

Los archivos y los documentos recientemente accesibles no aportan ninguna precisión nueva sobre la pretendida «colaboración» con los nazis de los pueblos montañeses del Cáucaso, de los calmucos y de los tártaros de Crimea. A este respecto todo queda reducido a no retener más que diversos hechos que señalan solamente la existencia —en Crimea, en Calmukia, en el país karachai y en Kabardino-Balkaria— de núcleos restringidos de colaboradores, pero no de una colaboración general que se hubiera convertido en verdadera política. Después de la pérdida por el Ejército Rojo de Róstov del Don, en julio de 1942 y de la ocupación alemana del Cáucaso del verano de 1942 a la primavera de 1943 es cuando se sitúan los episodios de colaboración más controvertidos. En el vacío de poder que se produjo entre la marcha de los soviéticos y la llegada de los nazis, numerosas personalidades locales pusieron en funcionamiento «comités nacionales» en Mikoyan-Shajar en la región autónoma de los karachais-cherkesses, en Nalchik en la República autónoma de Kabardino-Balkaria y en Elista, en la República autónoma de los calmucos. El ejército alemán reconoció la autoridad de estos comités locales que dispusieron durante algunos meses de autonomía religiosa, política y económica. Al reforzar la experiencia caucasiana el «mito musulmán», en Berlín, los tártaros de Crimea fueron autorizados a crear su «comité central musulmán» instalado en Simferopol.

Sin embargo, por temor a ver renacer el movimiento panturanio quebrantado por el poder soviético a inicios de los años veinte, las autoridades nazis no concedieron nunca a los tártaros de Crimea la autonomía de la que se beneficiaron durante algunos meses calmucos, karachais y balkares. A cambio de la autonomía, cicateramente medida, que les fue concedida, las autoridades locales reclutaron algunas tropas para combatir a las bandas de guerrilleros locales que habían permanecido fieles al régimen soviético. En total se trató de algunos millares de hombres que formaron unidades de reducidos efectivos: seis batallones tártaros en Crimea y un cuerpo de caballería calmuca.

Por lo que se refiere a la República autónoma de Chechenia-Ingushia, no fue más que parcialmente ocupada por destacamentos nazis, durante una decena de semanas únicamente, entre el inicio de septiembre y mediados de noviembre de 1942. En este caso no se produjo el menor vestigio de colaboración. Pero es cierto que los chechenos, que habían resistido varias décadas a la colonización rusa antes de capitular en 1859, siguieron siendo un pueblo insumiso. El poder soviético ya había desencadenado varias expediciones pu-

[2] N. Bugai, *op. cit.*, págs. 56-220; N. Zemskov, *art. cit.*, págs. 8-17; M. Gublogo, A. Kuznetsov (edi.), *Deportatsii narodov SSSR, 1930-ye-1950-ye gody.* (La deportación de los pueblos de la URSS, años 1930-1950), recopilación de documentos, Moscú, 1992; J. J. Marie, *op. cit.*, págs. 57-128.

nitivas en 1925 para confiscar una parte de las armas conservadas por la población, después en 1930-1932, para intentar quebrantar la resistencia de los chechenos y de los ingushes a la colectivización. En marzo-abril de 1930 y después en abril-mayo de 1932, en su lucha contra los «bandidos», las tropas especiales del NKVD habían recurrido a la artillería y a la aviación. Un grave contencioso enfrentaba, por lo tanto, al poder central con este pueblo independiente que siempre había rehusado la tutela de Moscú.

Las cinco grandes redadas-deportaciones que tuvieron lugar durante el período comprendido entre noviembre de 1943 y mayo de 1944 se desarrollaron conforme a un proceso bien establecido y, a diferencia de las primeras deportaciones de kulaks, «con una notable eficacia operativa», según los propios términos de Beria. La fase de «preparación logística» fue cuidadosamente organizada durante varias semanas, bajo la supervisión personal de Beria y de sus adjuntos Iván Serov y Bogdan Kobulov, presentes en distintos lugares gracias a su tren blindado especial. Se trataba de poner en funcionamiento un número impresionante de convoyes: 46 convoyes de 60 vagones para la deportación de 93.139 calmucos en cuatro días, del 27 al 30 de diciembre de 1943, y 194 convoyes de 65 vagones para la deportación, en seis días, del 23 al 28 de febrero de 1944, de 521.247 chechenos e ingushes. Para la realización de estas operaciones excepcionales el NKVD no reparó en medios. Para la redada de los chechenos y de los ingushes no menos de 119.000 hombres de las tropas especiales del NKVD fueron desplegados ¡en un momento en que la guerra se encontraba en una fase crucial!

Las operaciones, cronometradas hora a hora, empezaban mediante el arresto de los «elementos potencialmente peligrosos», entre el 1 y el 2 por 100 de una población compuesta mayoritariamente de mujeres, de niños y de ancianos, ya que había sido llamada a filas la mayor parte de los hombres en edad adulta. Si creemos los «informes operativos» enviados a Moscú, las operaciones se desarrollaban con mucha rapidez. Así durante la redada de los tártaros de Crimea de 18 a 20 mayo de 1944, la tarde del primer día Kobulov y Serov, responsables de la operación, telegrafiaron a Beria: «a las veinte horas de este día, hemos efectuado el traslado de 90.000 individuos hacia las estaciones. 17 convoyes han trasladado ya a 48.400 individuos hacia sus lugares de destino. Están siendo cargados 25 convoyes. El desarrollo de la operación no ha dado lugar a ningún incidente. La operación continúa». Al día siguiente, 19 de mayo, Beria informó a Stalin que al cabo de este segundo día 165.515 individuos habían sido reunidos en las estaciones, de los cuales 136.412 habían sido cargados en los convoyes que habían salido hacia «el destino fijado en las instrucciones». El tercer día, 20 de mayo, Serov y Kobulov telegrafiaron a Beria para anunciarle que la operación había llegado a su fin a las 16 horas 30 minutos. En total 63 convoyes que transportaban a 173.287 personas se encontraban circulando en aquellos momentos. Los cuatro últimos convoyes que transportaban a las 6.727 restantes debían salir aquella misma tarde[3].

[3] N. Bugai, *op. cit.*, pág. 153.

Según se lee en los informes de la burocracia del NKVD, todas estas operaciones de deportación de centenares de millares de personas no habrían sido más que una simple formalidad, resultando cada operación un «mayor éxito», más «eficaz» y más «económica» que la precedente. Después de la deportación de los chechenos, de los ingushes y de los balkares, cierto Milstein, funcionario del NKVD, redactó un largo informe sobre «las economías realizadas en los vagones, en las tablas, en los cubos y en las palas durante las últimas deportaciones relacionadas con las operaciones precedentes».

«La experiencia del transporte de los karachais y de los calmucos», escribía, «nos ha dado la posibilidad de tomar ciertas disposiciones que han permitido reducir las necesidades en los convoyes y disminuir el número de los trayectos que hay que realizar. Hemos instalado en cada vagón de ganado a 45 personas en lugar de a las 40 que situábamos con anterioridad y, como los hemos instalado con sus equipajes personales, hemos economizado un número importante de vagones, es decir, un total de 37.548 metros lineales de tablas, 11.834 cubos y 3.400 estufas[4].

¿Cuál era la terrible realidad del viaje detrás de la visión burocrática de una operación que se había desarrollado con un éxito perfecto, según el punto de vista del NKVD? He aquí algunos testimonios de tártaros supervivientes recogidos al final de los años setenta: «el viaje hasta la estación de Serabulak, en la región de Samarkanda, duró 24 días. Desde allí se nos llevó al koljoz Pravda. Se nos obligó a reparar carretas. (...) Trabajábamos y pasábamos hambre. Muchos de nosotros apenas nos sosteníamos sobre nuestras piernas. De nuestra aldea se había deportado a 30 familias. Quedaron uno o dos supervivientes de cinco familias. Todos los demás murieron de hambre o enfermedad». Otro superviviente relató: «en los vagones herméticamente cerrados, la gente moría como moscas a causa del hambre y de la falta de aire: no se nos daba ni de beber ni de comer. En las aldeas que atravesábamos, la población había sido puesta en contra nuestra. Se les había dicho que se transportaba a traidores a la patria y las piedras llovían contra las puertas de los vagones con un ruido ensordecedor. Cuando se abrieron las puertas en medio de las estepas del Kazajstán, nos dieron a comer raciones militares sin darnos de beber, nos ordenaron arrojar a nuestros muertos al borde de la vía sin enterrarlos y después nos volvimos a poner en marcha»[5].

Una vez llegados «a destino», al Kazajstán, a Kirguizia, a Uzbequistán o a Siberia, los deportados eran destinados a koljozes o a empresas. Los problemas de alojamiento, de trabajo y de supervivencia eran su situación cotidiana, como testifican todos los informes enviados al centro por las autoridades locales del NKVD y conservados en los muy ricos fondos de los «poblamientos especiales» del Gulag. Así, en septiembre de 1944 un informe procedente de Kirguizia menciona que solo 5.000 familias de 31.000 recientemente deporta-

[4] J. J. Marie, *op. cit.*, págs. 81-82.
[5] *Ibid.*, pág. 103.

das habían recibido alojamiento. ¡Y además el concepto de alojamiento era bastante elástico! Sabemos, en efecto, al leer atentamente el texto, que en el distrito de Kameninski, las autoridades locales habían instalado a 900 familias en... 18 apartamentos de un sovjoz ¡o sea, 50 familias por apartamento! Esta cifra inimaginable significa que las familias deportadas del Cáucaso, que contaban a menudo con un número grande de hijos, dormían por turno en estos «apartamentos» o al raso «en vísperas del invierno».

En una carta a Mikoyán, el mismo Beria reconocía en noviembre de 1944, es decir, cerca de un año después de la deportación de los calmucos, que estos últimos «estaban situados en condiciones de existencia y en una situación sanitaria excepcionalmente difícil; la mayoría de ellos no tienen ni ropa, ni vestido ni calzado» [6]. Dos años más tarde, dos responsables del NKVD informaban que «el 30 por 100 de los calmucos en estado de trabajar no trabajan por falta de calzado. La ausencia total de adaptación al clima severo, en condiciones desacostumbradas, y el desconocimiento de la lengua se hacen sentir y acarrean dificultades suplementarias». Desarraigados, famélicos, destinados en koljozes que no llegaban ni siquiera a asegurar la subsistencia de su personal habitual, o asignados a empresas en puestos de trabajo para los que no habían recibido ninguna formación, los deportados eran por regla general trabajadores penosos. «La situación de los calmucos deportados a Siberia es trágica», escribía a Stalin D. P. Piurveiev, antiguo presidente de la República autónoma de Calmuquia. «Han perdido su ganado. Han llegado a Siberia desprovistos de todo. (...) Están poco adaptados a las nuevas condiciones de su existencia de productores. (...) Los calmucos repartidos en los koljozes no reciben ningún suministro porque los koljozianos mismos no tienen nada. En cuanto a aquellos que han sido destinados a empresas, no han tenido éxito a la hora de asimilar su nueva existencia de trabajadores, de ahí su insolvencia que no les permite obtener un suministro normal» [7]. Hablando claro: ¡despistados ante las máquinas, los calmucos, ganaderos nómadas, veían cómo la totalidad de su escaso salario desaparecía en el pago de multas!

Algunas cifras dan una idea de la hecatombe sufrida por los deportados. En enero de 1946 la administración de los poblamientos especiales censó 70.360 calmucos sobre los 92.000 reportados dos años antes. El 1 de julio de 1944, 35.750 familias tártaras que representaban a 151.424 personas habían llegado a Uzbekistán. Seis meses más tarde había 818 familias más ¡pero 16.000 personas menos! De las 608.749 personas deportadas del Cáucaso, 146.892 estaban muertas el 1 de octubre de 1948, es decir, cerca de una persona de cada cuatro, y solamente 28.120 habían nacido mientras tanto. De las 228.392 personas deportadas desde Crimea, 44.887 habían muerto al cabo de cuatro años y no se había censado más que 6.564 nacimientos [8]. La sobremor-

[6] J. J. Marie, *op. cit.*, pág. 66.
[7] *Ibid*, págs. 64-65.
[8] V. Zemskov, *art. cit.*, pág. 9.

talidad aparece con mucha más claridad cuando se sabe que los niños de menos de seis años representaban entre el 40 y el 50 por 100 de los deportados. La «muerte natural» no representaba, por lo tanto, más que una parte ínfima de los fallecimientos. En cuanto a los jóvenes que sobrevivían, ¿qué porvenir podían esperar? De los 89.000 niños en edad escolar deportados al Kazajstán menos de 12.000 estaban escolarizados... en 1948, es decir, cuatro años después de su deportación. Las instrucciones oficiales estipulaban además que la enseñanza de los niños de los «desplazados especiales» debía ser dispensada únicamente en ruso.

Durante la guerra, las deportaciones colectivas afectaron a más pueblos todavía. Algunos días después del final de la operación de deportación de los tártaros de Crimea, Beria escribió a Stalin, el 29 de mayo de 1944: «El NKVD juzga razonable *(sic)* expulsar de Crimea a todos los búlgaros, griegos y armenios». A los primeros se les reprochaba haber «prestado activamente su concurso para la fabricación de pan y de productos alimenticios destinados al ejército alemán durante la ocupación alemana» y «haber colaborado con las autoridades militares alemanas en la búsqueda de soldados del Ejército Rojo y de guerrilleros». Los segundos, «después de la llegada de los ocupantes, habían creado pequeñas empresas industriales; las autoridades alemanas ayudaron a los griegos a comerciar, transportar mercancías, etc.». Por lo que se refiere a los armenios, se les acusaba de haber creado en Simferopol una organización de colaboradores, denominada Dromedar, presidida por el general armenio Dro, que «se ocupaba, además de cuestiones religiosas y políticas, de desarrollar el pequeño comercio y la industria». Esta organización, según Beria, había «recogido fondos para las necesidades militares de los alemanes y para ayudar a la constitución de una Legión armenia» [9].

Cuatro días más tarde, el 2 de junio de 1944, Stalin firmó un decreto del comité de Estado para la Defensa que ordenaba «completar la expulsión de los tártaros de Crimea mediante la expulsión de 37.000 búlgaros, griegos y armenios, cómplices de los alemanes». Como sucedía con los otros contingentes de deportados, el decreto fijaba arbitrariamente cuotas para cada «región de acogida»: 7.000 para la provincia de Guriev en Kazajstán, 10.000 para la provincia de Sverdlov, 10.000 para la provincia de Molotov en el Ural, 6.000 para la provincia de Kemerovo, 4.000 para la Bashkiria. Según los términos consagrados, «la operación fue llevada a cabo con éxito» los días 27 y 28 de junio de 1944. En el curso de estos dos días 41.854 personas fueron deportadas, «es decir, el 111 por 100 del plan», subrayaba el informe.

Después de haber «purgado» Crimea de sus alemanes, de sus tártaros, de sus búlgaros, de sus griegos y de sus armenios, el NKVD decidió «limpiar» las fronteras del Cáucaso. Partiendo de la misma sacralización obsesiva de las fronteras, estas operaciones a gran escala no eran más que la prolongación natural, bajo una forma más sistemática, de las operaciones «antiespías»

[9] J. J. Marie, *op. cit.*, págs. 107-108.

de los años 1937-1938. El 21 de julio de 1944, un nuevo decreto del comité de Estado para la Defensa, firmado por Stalin, ordenó la deportación de 86.000 turcos mesjetas, kurdos y jemshines de las regiones fronterizas de Georgia. Dada la configuración montañosa de los territorios en que estaban instalados desde hacía siglos estos pueblos del antiguo Imperio otomano, y teniendo en cuenta el modo de vida nómada de una parte de estas poblaciones que tenían la costumbre de pasar libremente a uno y otro lado de la frontera entre la URSS y Turquía, los preparativos para esta redada-deportación fueron particularmente largos. La operación duró una decena de días, del 15 al 25 de noviembre de 1944, y fue realizada por 14.000 hombres de las tropas especiales del NKVD. Movilizó 900 camiones Studebaker, ¡proporcionados por los americanos en virtud de la ley de préstamo y arriendo por la cual Estados Unidos proporcionaban material de guerra a la mayoría de los aliados! [10].

El 28 de noviembre, en un informe dirigido a Stalin, Beria se jactaba de haber transferido 91.095 personas en diez días, «en condiciones particularmente difíciles». Todos estos individuos, de los que los hijos de menos de dieciséis años representaban el 49 por 100 de los deportados, explicaba Beria, eran espías turcos en potencia: «una parte importante de la población de esta región está vinculada por lazos familiares con los habitantes de los distritos fronterizos de Turquía. Estas personas realizaban contrabando, manifestaban una tendencia a querer emigrar y proporcionaban reclutas tanto a los servicios de información turcos como a los grupos de bandidos que operaban a lo largo de la frontera». Según las estadísticas del departamento de poblaciones especiales del Gulag, el número total de personas deportadas al Kazajstán y Kirguizia durante esta operación se habría elevado a 94.955. Entre noviembre de 1944 y julio de 1948, murieron en la deportación 19.540 mezjetas, kurdos y jemshines, es decir, aproximadamente el 21 por 100 de los deportados. Esta tasa de mortalidad, del 20 al 25 por 100 de los contingentes en cuatro años, resultó más o menos idéntica en todas las nacionalidades «castigadas» por el régimen [11].

Con la llegada masiva de centenares de miles de personas deportadas partiendo de un criterio étnico, el contingente de colonos especiales conoció durante la guerra una renovación y un crecimiento considerables que pasó de 1.200.000 a más de 2.500.000. Por lo que se refiere a los deskulakizados, que antes de la guerra constituían la mayor parte de los colonos especiales, su número cayó de cerca de 936.000 al inicio de la guerra a 622.000 en mayo de 1945. En efecto, fueron llamados a filas decenas de miles de deskulakizados adultos del sexo masculino, a excepción de los jefes de familia deportados. Las esposas y los hijos de los llamados recuperaban su situación de ciudadanos libres y eran borrados de las listas de colonos especiales. Pero, en las con-

[10] Bugai, *Nado...*, *op. cit.*, págs. 153-156.
[11] N. Zemskov, *art.cit.*, pág. 9.

diciones de la guerra no podían ya abandonar su lugar de asignación de residencia, en la medida en la que todos sus bienes, incluida su casa, habían sido confiscados [12].

Nunca, sin duda, las condiciones de supervivencia de los detenidos del Gulag fueron tan terribles como durante los años 1941-1944. Hambre, epidemias, hacinamiento, explotación inhumana, esa fue la suerte de cada *zek* (detenido) que sobrevivió a la inanición, a la enfermedad, a normas de trabajo siempre más exigentes, a las denuncias del ejército de informadores encargados de desenmascarar las «organizaciones contrarrevolucionarias de detenidos», a los juicios y a las ejecuciones sumarias.

El avance alemán de los primeros meses de la guerra obligó al NKVD a evacuar una gran parte de sus prisiones, de sus colonias de trabajo y de sus campos que corrían el riesgo de caer en manos del enemigo. De julio a diciembre de 1941, 210 colonias, 135 prisiones y 27 campos, es decir, un total de alrededor de 750.000 detenidos, fueron trasladados hacia el este. Al establecer un balance de «la actividad del Gulag durante la gran guerra patria», el jefe del Gulag, Nassedkin, afirmaba que «la evacuación de los campos se realizó globalmente de manera organizada». Añadía, sin embargo: «a causa de la falta de medios de transporte, la mayoría de los detenidos fueron evacuados a pie a distancias que a menudo sobrepasaban el millar de kilómetros [13]». Se puede imaginar en qué estado llegaron los detenidos a destino. Cuando faltaba tiempo para evacuar los campos, como sucedía a menudo en las primeras semanas de la guerra, los detenidos eran sumariamente pasados por las armas. Ese fue el caso especialmente en Ucrania occidental, donde a finales del mes de junio de 1941, el NKVD asesinó a 10.000 prisioneros en Lviv, a 1.200 en la prisión de Lutsk, a 1.500 en Stanyslaviv, a 500 en Dubno, etc. A su llegada los alemanes descubrieron decenas de osarios en las regiones de Lviv, de Jitomir y de Vinnitsa. Alegando el pretexto de las «atrocidades judeo-bolcheviques», los Sonderkomandos nazis se dedicaron a asesinar inmediatamente a decenas de miles de judíos.

Todos los informes de la administración del Gulag de los años 1941-1944 reconocen la formidable degradación de las condiciones de existencia que experimentaron los campos durante la guerra [14]. En los campos superpoblados, la «superficie habitable» permitida a cada detenido cayó de 1,5 a 0,7 metros cuadrados por persona, lo que significaba, dicho de manera clara, que los detenidos dormían por turnos en tablas y que los catres eran a menudo un «lujo» reservado a los «trabajadores de choque». La «norma calórica de alimentación» cayó un 65 por 100 en 1942 en relación con la que existía antes

[12] N. Zemskov, «Kulatskaya ssylka» nakanune i v gody Velikoi Otechestvennoi voiny» (La «deportación kulak» en vísperas y durante la gran guerra patria) en *Sotsiologuicheskie Issledovania*, 1992, núm. 2, págs. 3-26.
[13] GARF, 9414/1/330/56-62.
[14] N. Werth, G. Moullec, *op. cit.*, págs. 379-391; E. Bacon, *The Gulag at War: Stalin's Forced Labour System in the Light of the Archives*, Londres, 1994.

del estallido de la guerra. Los detenidos se vieron reducidos al hambre y en 1942 el tifus y el cólera hicieron su reaparición en los campos. Según las cifras oficiales, cerca de 19.000 detenidos murieron ese año. En 1941, con cerca de 101.000 fallecimientos registrados solo en los campos de trabajo, sin contar las colonias, la tasa de mortalidad anual se acercó al 8 por 100. En 1942 la administración de los campos del Gulag registró 249.000 fallecimientos, es decir, una tasa de mortalidad del 18 por 100; en 1943, 167.000 fallecimientos, es decir, un 17 por 100 [15]. Contando las ejecuciones de detenidos, y los fallecimientos en prisiones y las colonias de trabajo, se puede estimar en cerca de 600.000 el número de muertos del Gulag en el curso de los años 1941-1943. En cuanto a los supervivientes, estaban en un estado penoso. Según los datos de la administración, a finales de 1942, tan sólo el 19 por 100 de los detenidos eran aptos para realizar un trabajo físico «pesado», el 17 por 100 para un trabajo físico «medio» y el 64 por 100 eran o aptos para un «trabajo físico ligero» o inválidos.

Informe del jefe adjunto del departamento operativo del Gulag sobre el estado de los campos del Siblag de 2 de noviembre de 1941.

Según los informes recibidos por el departamento operativo del NKVD de la región de Novossibirsk, se ha observado un considerable aumento de la mortalidad de los detenidos en los departamentos de Ajlursk, de Kuznetsk y de Novossibirsk del Siblag...

La causa de esta elevada mortalidad, acompañada de una extensión masiva de las enfermedades entre los reclusos es indiscutiblemente una depauperación generalizada debida a una carencia alimenticia sistemática en condiciones de trabajos físicos penosos y que se acompaña de pelagra y de un debilitamiento de la actividad cardíaca.

El retraso en la atención médica dispensada a los enfermos, la dificultad de los trabajos realizados por los reclusos, con una jornada prolongada y una ausencia de alimentación complementaria constituyen otro conjunto de causas que explican las elevadísimas tasas de enfermedad y de mortalidad...

Se han constatado numerosos casos de mortalidad, de delgadez acusada y de epidemias entre los reclusos enviados desde los distintos centros de tránsito hacia los campos de concentración. Así, entre los reclusos enviados desde el centro de tránsito de Novossibirsk al departamento de Marinskoie, el 8 de octubre de 1941, de 539 personas, más del 30 por 100 padecía una extrema delgadez de origen pelágrico y aparecía cubierto de piojos. Además de los deportados, fueron llevados a destino

[15] V. Zemskov, *Gulag. Sotsiologuicheskie Issledovania*, 1991, núm. 6, págs. 14-15.

seis cadáveres [16]. En la noche del 8 al 9 de octubre, otras cinco personas de este convoy murieron. En el convoy que llegó desde el mismo centro de tránsito al departamento de Marinskoie el 20 de septiembre, el 100 por 100 de los reclusos estaban cubiertos de piojos y muchos de ellos carecían de ropa interior...

En los últimos tiempos, se han descubierto, en los campos del Siblag, numerosos sabotajes por parte del personal médico compuesto de reclusos. Así, el enfermero del campo de concentración de Ahzher (departamento de Taiguinsk), condenado en virtud del artículo 58-10 [17], organizó un grupo de cuatro reclusos encargado de sabotear la producción [18]. Los miembros de este grupo enviaban a los reclusos enfermos a los trabajos más duros, no les dispensaban cuidados en su momento debido, esperando así que impedirían al campo cumplir con sus normas de producción.

El jefe adjunto del departamento operativo del Gulag, capitán de las fuerzas de seguridad, Koguenman.

Esta «situación sanitaria del contingente fuertemente degradada», para utilizar un eufemismo de la administración del Gulag, no impidió, al parecer, que las autoridades presionaran, hasta el agotamiento total, a los detenidos. «De 1941 a 1944», escribió en su informe el jefe del Gulag, «el valor medio de una jornada de trabajo aumentó de 9,5 a 21 rublos». Varios centenares de miles de detenidos fueron destinados a las fábricas de armamento, reemplazando a la mano de obra movilizada en el ejército. El papel del Gulag en la economía de guerra se reveló como muy importante. Según las estimaciones de la administración penitenciaria, la mano de obra detenida habría asegurado cerca de un cuarto de la producción en numerosos sectores claves de la industria del armamento, de la metalurgia y de la extracción minera [19].

A pesar de la «buena disposición patriótica» *(sic)* de los detenidos, de los que «el 95 por 100 estaba implicado en la competición socialista», la repre-

[16] Pasaje subrayado a lápiz. Al margen, con lápiz: «Hay que preguntarse cuál es la utilidad de "llevarlos hasta su destino"».

[17] El artículo 58 del Código penal se ocupaba de todos los «crímenes contrarrevolucionarios». No contaba con menos de catorce párrafos. En el mundo concentracionario, los presos políticos eran designados como los «58». El párrafo 58-10 se refería a «la propaganda o a la agitación que apelara a la destrucción o al debilitamiento del poder soviético». En caso de «propaganda en grupo» —generalmente moderada—, las penas previstas iban de tres años de campo de concentración a la pena de muerte.

[18] Pasaje subrayado a lápiz, con una nota, también a lápiz, al margen: «Hay que juzgarlos una segunda vez o hacerlos comparecer ante la OS (la comisión especial del NKVD, órgano extrajudicial encargado de reprimir los «crímenes contrarrevolucionarios»).

[19] E. Bacon, *The Gulag at War, op. cit.*

miembros de las familias de los resistentes de la OUN y de la UPA. De febrero a octubre de 1944 se deportó a 100.300 civiles —mujeres, niños y ancianos— por esta causa. En cuanto a los 37.000 combatientes hechos prisioneros durante este período, fueron enviados al Gulag. Después de la muerte en 1944 de monseñor Shcheptitski, metropolitano de la Iglesia uniata de Ucrania, las autoridades soviéticas obligaron a esta Iglesia a fusionarse con la Iglesia ortodoxa.

Para quebrar hasta la raíz cualquier resistencia a la sovietización, los agentes del NKVD se dirigían a las escuelas, donde después de haber hojeado las listas y los cuadernos de notas de los alumnos escolarizados durante los años de antes de la guerra, cuando Ucrania occidental formaba parte de la Polonia «burguesa», elaboraban listas de individuos a los que había que detener de manera preventiva, colocando en cabeza los nombres de los alumnos más dotados, a los que consideraban «potencialmente hostiles al poder soviético». Según un informe de Kobulov, uno de los adjuntos de Beria, más de 100.000 «desertores» y «colaboradores» fueron detenidos entre septiembre de 1944 y marzo de 1945 en Bielorrusia occidental, otra región considerada como «infectada de elementos hostiles al régimen soviético». Estadísticas muy parciales establecen, para el período que va del 1 de enero al 15 de marzo de 1945, 2.257 «operaciones de limpieza» tan solo en Lituania.

Estas operaciones se resolvieron con la muerte de más de 6.000 «bandidos» y con el arresto de más de 75.000 «bandidos, miembros de grupos nacionalistas y desertores». En 1945, más de 38.000 «miembros de familias de elementos socialmente extraños, de bandidos y de nacionalistas» de Lituania fueron deportados. De manera significativa, en el curso de los años 1944-1946, la proporción de ucranianos y de bálticos entre los detenidos del Gulag conoció un crecimiento espectacular: respectivamente, más de un 140 por 100 y más de un 420 por 100. A finales de 1946, los ucranianos representaban el 23 por 100 de los detenidos de los campos de concentración y los bálticos cerca del 6 por 100, un porcentaje muy superior a la parte respectiva de estas nacionalidades en el conjunto de la población soviética.

El crecimiento del Gulag en 1945 se realizó igualmente a costa de centenares de miles de individuos que fueron trasladados allí procedentes de «campos de control y de filtración». Estos campos habían sido instituidos, paralelamente a los campos de trabajo del Gulag, desde finales de 1941. Estaban destinados a acoger a los prisioneros de guerra soviéticos liberados o escapados del enemigo, y que en conjunto resultaban sospechosos de ser espías potenciales o, al menos, individuos «contaminados» por su viaje fuera del «sistema». Estos campos recibían igualmente a los hombres en edad de ser movilizados procedentes de territorios que habían sido ocupados por los enemigos, también contaminados, y a los *starostes* y a otras personas que habían desempeñado, bajo el ocupante, una función de autoridad, por mínima que hubiera sido.

Desde enero de 1942 a octubre de 1944, más de 421.000 personas, según los datos oficiales, pasaron por los campos de control y de filtración [24]. Con el avance hacia occidente del Ejército Rojo, la recuperación de territorios ocupados desde hacía dos o tres años por los alemanes, la liberación de millones de prisioneros de guerra soviéticos y de deportados del trabajo, y la cuestión de las modalidades de repatriación de los soviéticos, militares y civiles, adquirió una amplitud sin precedente. En octubre de 1944, el Gobierno soviético creó una dirección de asuntos de repatriación, bajo la responsabilidad del general Golikov. En una entrevista publicada por la prensa el 11 de noviembre de 1944 este general afirmaba concretamente: «El poder soviético se preocupa por la suerte de sus hijos caídos bajo la esclavitud nazi. Serán dignamente recibidos en casa como hijos de la patria. El Gobierno soviético considera que incluso los ciudadanos soviéticos que, bajo la amenaza del terror nazi, cometieron actos contrarios a los intereses de la Unión Soviética no tendrán que responder de sus actos si están dispuestos a cumplir honradamente con su deber de ciudadano a su regreso a la patria». Este género de declaración, ampliamente difundida, no dejó de engañar a los aliados. ¿Cómo explicar de otra manera el celo con que estos aplicaron una de las cláusulas de los acuerdos de Yalta relativa a la repatriación a la URSS de todos los ciudadanos soviéticos «presentes fuera de las fronteras de su patria»? Mientras que los acuerdos preveían que solo serían reenviados a la fuerza aquellos que hubieran llevado el uniforme alemán o colaborado con el enemigo, lo cierto es que todos los ciudadanos soviéticos «fuera de las fronteras» fueron entregados a los agentes del NKVD encargados de llevar a cabo su retorno.

Tres días después del cese de las hostilidades, el 11 de mayo de 1945, el Gobierno soviético ordenó la creación de cien nuevos campos de control y de filtración cada uno con una capacidad de 10.000 plazas. Los prisioneros de guerra repatriados debían ser todos «controlados» por la organización de contraespionaje, el SMERSH, mientras que los civiles eran filtrados por los servicios *ad hoc* de la NKVD. En nueve meses, de mayo de 1945 a febrero de 1946, más de 4.200.000 soviéticos fueron repatriados: 1.545.000 prisioneros de guerra sobrevivientes de los 5.000.000 capturados por los nazis, y 2.655.000 civiles, deportados de trabajo o personas que habían huido hacia Occidente en el momento de los combates. Después del paso obligatorio por un campo de filtración y control, el 57,8 por 100 de los repatriados, en su mayoría mujeres y niños, fueron autorizados a regresar a sus casas. Un 19,1 por 100 fue enviado al ejército, a menudo en batallones disciplinarios; un 14,5 por 100 fue destinado, en general por un período de dos años, a «batallones de reconstrucción»; un 8,6 por 100, es decir, aproximadamente 360.000 personas, fue enviado al Gulag, en su mayoría por «traición a la patria», lo que equivalía a una condena de diez a veinte años en un campo

[24] V. Zemskov, *art. cit.*, pág. 4.

de concentración o en una comandancia del NKVD bajo la condición de colono especial [25].

Se reservó un destino particular a los *vlassovtsy,* soldados soviéticos que se habían unido al general soviético Andrey Vlassov, comandante del segundo ejército, hecho prisionero por los alemanes en julio de 1942. Por convicciones antiestalinistas, el general Vlassov había aceptado colaborar con los nazis para liberar a su país de la tiranía bolchevique. Con la aprobación de las autoridades alemanas, Vlassov había formado un «comité nacional ruso» y reclutado dos divisiones de un «ejército de liberación ruso». Después de la derrota de la Alemania nazi, el general Vlassov y sus oficiales fueron entregados por los aliados a los soviéticos y ejecutados. En cuanto a los soldados del ejército de Vlassov, fueron, después de un decreto de amnistía de noviembre de 1945, enviados como deportados por seis años a Siberia, al Kazajstán y al extremo norte. A principios de 1946, 148.079 *vlassovtsy* figuraban en las listas de desplazados y colonos especiales del ministerio del Interior. Varios millares de *vlassovtsy,* en general suboficiales, fueron enviados, bajo la acusación de traición, a los campos de trabajos de Gulag [26].

En total, nunca los «poblamientos especiales», los campos y colonias del Gulag, los campos de control y de filtración y las prisiones soviéticas contaron con tantos internos como los que tuvieron en aquel año de la victoria: cerca de cinco millones y medio de personas de todas las categorías reunidas. Un palmarés eclipsado durante largo tiempo por las festividades de la victoria y «el efecto Stalingrado». El final de la Segunda guerra mundial había, efectivamente, abierto un período que iba a durar aproximadamente una década y en el curso del cual el modelo soviético iba a ejercer, más que en ningún otro momento, una fascinación compartida por decenas de millones de ciudadanos de un gran número de países. El hecho de que la Unión Soviética hubiera pagado el tributo humano más pesado para lograr la victoria contra el nazismo enmascaraba el carácter mismo de la dictadura estalinista y exoneraba al régimen de la sospecha que le había merecido en su tiempo —un tiempo que parecía entonces tan lejano— los procesos de Moscú o el pacto germano-soviético.

[25] *Sotsiologuicheskie Issledovania,* 1991, núm. 7, págs. 4-5.
[26] *Deportatsii narodov, op. cit.,* pág. 162.

13
APOGEO Y CRISIS DEL GULAG

Ningún gran proceso público, ningún gran terror, marca los últimos años del estalinismo. Pero la criminalización de los comportamientos sociales alcanzó su apogeo en el clima pesado y conservador de la posguerra. Las esperanzas de la sociedad, moribunda por la guerra, de ver cómo el régimen se liberalizaba se vinieron abajo. «El pueblo había sufrido demasiado, el pasado no podía repetirse», había escrito en sus memorias Ilia Ehrenburg el 9 de mayo de 1945. Dado que conocía bien desde el interior los engranajes y la naturaleza del sistema, había añadido inmediatamente: «no obstante, yo estoy invadido por la perplejidad y la angustia». Este presentimiento iba a revelarse exacto.

«La población está dividida entre la desesperación frente a una situación material muy difícil y la esperanza de que algo va a cambiar», se puede leer en varios informes de inspección enviados a Moscú en septiembre-octubre de 1945 por los instructores del Comité central en viaje de inspección por las provincias. Según estos informes, la situación en el país seguía siendo «caótica». Un inmenso movimiento de migración espontánea de millones de obreros desplazados hacia el este durante la evacuación de 1941-1942 perturbaba la reanudación de la producción. Una oleada de huelgas de una amplitud que el régimen no había conocido nunca sacudía la industria metalúrgica de los Urales. Por todas partes la miseria era indecible. El país contaba con 25 millones de personas sin techo y las raciones de pan no pasaban de una libra por día para los trabajadores de choque. A finales del mes de octubre de 1945, los responsables del comité regional del partido de Novossibirsk llegaron hasta a proponer el no hacer desfilar a los «trabajadores» de la ciudad con ocasión del aniversario de la Revolución de octubre, «porque la población carece de ropa y de calzado». En medio de esta miseria y de esta indigencia, los rumores aumentaban, sobre todo aquellos que hacían referencia a la liquidación «inminente» de los koljozes, que acababan de demostrar una vez más su incapacidad para remunerar a los cam-

pesinos —aunque no fuera más que con algunos *puds*— por una temporada de trabajo [1].

En el «frente agrícola» era donde la situación continuaba siendo más dramática. La cosecha del otoño de 1946 fue catastrófica en los campos devastados por la guerra, afectados por una grave sequía y carentes de maquinaria y de mano de obra. El Gobierno debió una vez más retrasar para más adelante el final del racionamiento prometido por Stalin en su discurso del 9 de febrero de 1946. Rehusando ver las razones del fracaso agrícola, imputando los problemas a un «afán de lucro en las parcelas individuales», el Gobierno decidió «liquidar las violaciones del estatuto de los koljozes» y perseguir «a los elementos hostiles y extraños que sabotean la recogida, a los ladrones y a los dilapidadores de las cosechas». El 19 de septiembre de 1946 creó una comisión de asuntos koljozianos presidida por Andreiev, encargada de recuperar las tierras de las que se habían «ilegalmente apropiado» los koljozianos durante la guerra. En dos años, la administración recuperó cerca de diez millones de hectáreas «pellizcadas» por los campesinos que habían intentado redondear su pequeño terreno individual para sobrevivir.

El 25 de octubre de 1946, un decreto del Gobierno con una finalidad explícita, «para la defensa de los cereales del Estado», ordenó al ministerio de Justicia instruir todos los asuntos de robo en un plazo de diez días y aplicar con severidad la ley de 7 de agosto de 1932 que había caído ya en desuso. En noviembre-diciembre de 1946, más de 53.300 personas, en buena medida koljozianos, fueron juzgados y, en su mayoría, condenados a elevadas penas en campos de concentración por robo de espigas o de pan. Millares de presidentes de koljoz fueron detenidos por «sabotaje de la campaña de la cosecha». Durante estos dos meses la realización del plan «de la cosecha» pasó de un 36 a un 77 por 100 [2]. ¡Pero a qué precio! El eufemismo «retraso en la campaña de la cosecha» ocultaba muy a menudo una realidad dramática: el hambre.

El hambre del otoño-invierno de 1946-1947 afectó de una manera especialmente particular a las regiones más perjudicadas por la sequía del verano de 1946, las provincias de Kursk, de Tambov, de Voronezh y de Orel y la región de Róstov. Causó al menos 500.000 víctimas. Como el hambre de 1932, la de 1946-1947 fue sometida totalmente al silencio. La negativa a reducir las requisas obligatorias para una cosecha que, en las regiones afectadas por la sequía, alcanzaba apenas a los dos quintales y medio por hectárea contribuyó de manera decisiva a transformar una situación de escasez en una verdadera hambruna. Los koljozianos, famélicos, no tuvieron a menudo otra solución

[1] Zubkova, *Obschetsvo i reformy, 1945-1964* (La sociedad y las reformas, 1945-1964), Moscú, 1993, págs. 16-44.

[2] V. F. Zima, «Poslevoiennoie obschetsvo. Prestupnost i golod, 1946-1947» (La sociedad de la posguerra. Delincuencia y hambre, 1946-1947) en *Otechestvennaia Istoriya*, 1995, núm. 5, págs. 45-58.

para sobrevivir que sisar las escasas reservas almacenadas aquí o allá. En un año, el número de robos aumentó en un 44 por 100 [3].

El 5 de junio de 1947, la prensa publicó el texto de dos decretos promulgados la víspera por el Gobierno, y que, muy cercanos en el espíritu y en la letra a la famosa ley de 7 de agosto de 1932, estipulaban que cualquier «atentado contra la propiedad del Estado o de un koljoz» sería castigado con una pena de cinco a veinticinco años de campo de concentración, según que el robo hubiera sido cometido individual o colectivamente, por primera vez o de manera reincidente. Toda persona que hubiera estado al corriente de la preparación de un robo o del robo mismo, pero no lo hubiera denunciado a la policía, era imputable de una pena de dos a tres años de campo de concentración. Una circular confidencial señalaba además a los tribunales que los pequeños hurtos en el lugar de trabajo, que hasta entonces habían sido objeto de una pena máxima de un año de privación de libertad, quedaban además sometidos a los efectos de los decretos del 4 de junio de 1947.

En el curso del segundo semestre de 1947, más de 380.000 personas fueron condenadas, de las cuales 21.000 adolescentes de menos de 16 años, en virtud de esta nueva «ley inicua». Por haber robado algunos kilos de centeno, la condena normalmente era de ocho a diez años de campo de concentración. He aquí un extracto del veredicto del tribunal popular del distrito de Suzdal en la provincia de Vladimir de fecha de 10 de octubre de 1947: «Encargados de la vigilancia nocturna de los caballos del koljoz, M. A. y B. S., mineros de quince y dieciséis años, fueron sorprendidos en flagrante delito de robo de tres pepinos en los huertos del koljoz. (...) Condenar a M. A. y B. S. a ocho años de privación de libertad en una colonia de trabajo de régimen ordinario» [4]. En seis años, en virtud de los decretos de 4 de junio de 1947, fueron condenadas 1.300.000 personas, de las cuales el 75 por 100 lo fueron a más de cinco años, y en 1951 representaban el 53 por 100 de los condenados de derecho común del Gulag, y cerca del 40 por 100 del número total de los detenidos [5]. Al final de los años cuarenta, la aplicación estricta de los decretos de 4 de junio de 1947 aumentó considerablemente la duración media de las condenas dictadas por los tribunales ordinarios; ¡la proporción de las penas de más de cinco años pasó del 2 por 100 en 1940 al 29 por 100 en 1949! En este apogeo del estalinismo, la represión «ordinaria», la de los «tribunales populares», tomó el relevo de la represión «extrajudicial», la del NKVD, floreciente en los años treinta [6].

Entre las personas condenadas por robo figuraban numerosas mujeres viudas de guerra, madres de familia con niños de corta edad, reducidas a la mendicidad y al hurto. A finales de 1948, el Gulag contaba con más de 500.000 dete-

[3] V. P. Popov, «Golod y gosudarstvennaia politika, 1946-1947» (El hambre y la política gubernamental, 1946-1947) en *Otechestvennye Arjivy*, 1992, núm. 6, págs. 36-60; N. Werth, G. Moullec, *op. cit.*, págs. 162-165.

[4] V. P. Popov, *Gosudartsvennyi terror..., art. cit.*, pág. 27.

[5] V. Zemskov, *Gulag, art. cit.*, págs. 10-11.

[6] V. P. Popov, *Gosudarstvennyi terror... art. cit.*, pág. 27.

nidas, es decir, dos veces más que en 1945, y 22.815 niños de menos de cuatro años custodiados en las «casas de recién nacidos» dependientes de los campos para mujeres. Esta cifra iba a superar los 35.000 a inicios de 1953 [7]. Para evitar que el Gulag se transformara en una inmensa guardería —resultado de la legislación ultra represiva que había entrado en vigor en 1947— el Gobierno se vio obligado a decretar en abril de 1949 una amnistía parcial que permitió la liberación de cerca de 84.200 mujeres y niños de corta edad. No obstante, la afluencia permanente de centenares de miles de personas condenadas por pequeños hurtos mantuvo hasta 1953 un elevado porcentaje de mujeres en el Gulag, entre el 25 y el 30 por 100 de los detenidos.

En 1947-1948, el arsenal represivo se vio completado por algunos otros textos reveladores del espíritu de la época: un decreto sobre la prohibición de matrimonio entre soviéticos y extranjeros de 15 de febrero de 1947, y un decreto sobre «la responsabilidad por la divulgación de secretos de Estado o la pérdida de documentos que contengan secretos de Estado» de 9 de junio de 1947. El más conocido es el decreto de 21 de febrero de 1948 según el cual «todos los espías, trotskistas, desviacionistas, derechistas, mencheviques, socialistas-revolucionarios, anarquistas, nacionalistas, blancos y otros elementos antisoviéticos» debían ser «deportados, al concluir su pena en el campo, a las regiones de Kolymá, de la provincia de Novossibirsk y de Krasnoyarsk (...) y a algunas regiones alejadas de Kazajstán». Al preferir colocar a buen recaudo a estos «elementos antisoviéticos», la administración penitenciaria decidió, por regla general, reconducir por diez años, sin otro proceso, la pena decretada contra centenares de miles de «58» condenados en 1937-1938.

Ese mismo 21 de febrero de 1948 el Presidium del Soviet Supremo promulgó otro decreto que ordenaba la deportación de la República socialista soviética de Ucrania de «todos los individuos que rehusaran realizar el número mínimo de jornadas de trabajo en los koljozes y llevaran una vida de parásito». El 2 de junio de 1948 esta medida fue extendida al conjunto del país. Dado el estado de colapso de los koljozes, incapaces en su mayor parte de garantizar la menor remuneración a sus trabajadores a cambio de los días de trabajo, numerosos koljozianos no cumplían durante el año el número mínimo de días de trabajo impuesto por la administración. Millones de ellos podían, por lo tanto, caer bajo el golpe de esta nueva ley. Comprendiendo que una aplicación estricta del «decreto sobre el parasitismo» desorganizaría todavía más la producción, las autoridades locales aplicaron irregularmente la ley. No obstante, solo en el año 1948 más de 38.000 «parásitos» fueron deportados y asignados en residencia a las comandancias del NKVD. Todas estas medidas represivas eclipsaron la abolición sistemática y efímera de la pena de muerte decidida por decreto de 26 de mayo de 1947. El 12 de enero de 1950, la pena capital fue restablecida para per-

[7] V. Zemskov, *Gulag, art. cit.*, pág. 11.

mitir, fundamentalmente, la ejecución de los acusados de «el asunto de Leningrado» [8].

En los años treinta la cuestión del «derecho de retorno» de los desplazados y de los colonos especiales había dado lugar a políticas a menudo incoherentes y contradictorias. A finales de los años cuarenta, esta cuestión fue resuelta de manera radical. Se decidió que todos los pueblos deportados en 1941-1945 lo serían «a perpetuidad». El problema del destino de los hijos de los deportados que habían llegado a su mayoría de edad no se planteaba ya. ¡Tanto ellos como su descendencia serían para siempre colonos especiales!

En el curso de los años 1948-1953 el número de estos colonos especiales no dejó de aumentar, pasando de 2.342.000 a inicios de 1946 a 2.753.000 en enero de 1953. Este crecimiento fue el resultado de varias oleadas de deportaciones nuevas. Los días 22 y 23 de mayo de 1948, en una Lituania que seguía resistiéndose a la colectivización forzada de las tierras, el NKVD desencadenó una inmensa redada bautizada como «operación primavera». En cuarenta y ocho horas, 36.932 hombres, mujeres y niños fueron detenidos y deportados en treinta y dos convoyes. Todos estaban catalogados como «bandidos, nacionalistas y miembros de la familia de estas dos categorías». Después de un viaje que duró entre cuatro y cinco semanas, fueron repartidos por las diversas comandancias de Siberia oriental y destinados a complejos forestales donde el trabajo era particularmente duro. «Las familias lituanas enviadas como fuerza de trabajo al complejo forestal de Igara (territorio de Krasnoyarsk), según se puede leer en una nota del NKVD», fueron repartidas por locales inadecuados para ser habitados: techos por los que se filtraba el agua, ventanas sin cristales, ningún tipo de mueble, sin lechos. Los deportados duermen en el suelo colocando debajo de ellos musgo y heno. Este hacinamiento y la falta de observancia de las reglas sanitarias han hecho aparecer casos de tifus y de disentería, a veces mortales, entre los colonos especiales». Durante tan solo el año 1948, cerca de 50.000 lituanos fueron deportados como colonos especiales y 30.000 enviados a los campos del Gulag. Además, según los datos del ministerio del Interior, 21.259 lituanos fueron muertos en el curso de «operaciones de pacificación» en esta república que se negaba con obstinación a la sovietización y la colectivización. A finales de 1948, a pesar de las presiones cada vez más fuertes de las autoridades, menos del 4 por 100 de las tierras habían sido colectivizadas en los países bálticos [9].

A inicios de 1949, el Gobierno soviético decidió acelerar el proceso de sovietización de los países bálticos y «erradicar definitivamente el bandolerismo y el nacionalismo» en estas repúblicas recientemente anexionadas. El 12 de enero, el consejo de ministros promulgó un decreto «sobre la expulsión y la deportación fuera de las Repúblicas socialistas soviéticas de Lituania, de Letonia y de Estonia, de los kulaks y de sus familias, de las familias de los bandi-

[8] V. F. Zima, *art. cit.*, págs. 45-58; E. Zubkova, *op. cit.*, págs. 63-69.
[9] J. J. Marie, *op. cit.*, pág. 124.

dos y de los nacionalistas que se encuentran en situación ilegal, de las familias de bandidos abatidos durante los enfrentamientos armados, condenados o amnistiados y que continúan desarrollando una actividad hostil, así como de las familias de los cómplices de los bandidos». Las operaciones de deportación se desarrollaron desde marzo a mayo de 1949 y afectaron a cerca de 95.000 personas deportadas desde los países bálticos hacia Siberia. Entre estos «elementos hostiles y peligrosos para el orden soviético» se contaban, según el informe dirigido por Kruglov a Stalin el 18 de mayo de 1949, ¡27.084 niños de menos de dieciséis años, 1.785 niños de corta edad sin familia, 146 inválidos y 2.850 «viejos decrépitos»! [10]. En septiembre de 1951 nuevas redadas enviaron a cerca de 17.000 supuestos kulaks bálticos a la deportación. Para los años 1940-1953 se estima en más de 200.000 el número de bálticos deportados, de los que aproximadamente 120.000 fueron lituanos, 50.000 letones y un poco más de 30.000 estonios [11]. A estas cifras hay que añadir las de los bálticos en los campos de concentración del Gulag, más de 75.000 en 1953, de los cuales 44.000 estuvieron en los campos «especiales» reservados para los detenidos políticos más duros. Los bálticos representaban una quinta parte del contingente de estos campos. En total, el 10 por 100 de la población adulta de los países bálticos se vio sometida a la deportación o al internamiento en un campo de concentración.

Entre las otras nacionalidades recientemente incorporadas por la fuerza a la Unión Soviética figuraban los moldavos, también reticentes a la sovietización y a la colectivización. A finales de 1949, las autoridades decidieron proceder a una vasta redada-deportación de los «elementos hostiles y socialmente extraños». La operación fue supervisada por el primer secretario del partido comunista de Moldavia, Leónidas Ilich Brezhnev, futuro secretario general del partido comunista de la Unión Soviética. Un informe de Kruglov a Stalin de fecha de 17 de febrero de 1950 estableció en 94.752 el número de moldavos deportados «para la eternidad» como «colonos especiales». Si admitimos una tasa de mortalidad en el curso de su traslado idéntica a la de los otros deportados, se llegaría a una cifra del orden de 120.000 moldavos deportados, o sea, alrededor del 7 por 100 de la población moldava. Entre las restantes operaciones del mismo tipo, citemos, siempre en relación con el año 1949, la deportación en junio de 1949 hacia el Kazajstán y el Altai de 57.680 griegos, armenios y turcos del litoral del mar Negro [12].

Durante el curso de la segunda mitad de los años cuarenta, los guerrilleros del OUN y del UPA capturados en Ucrania continuaron proporcionando importantes contingentes de colonos especiales. De julio de 1944 a diciembre de 1949, las autoridades soviéticas apelaron en siete ocasiones a

[10] *Ibid*; J. J. Marie, *op. cit.*, págs. 122-126.
[11] N. F. Bugai, L. Beria-I. Stalinu..., *op. cit.*, pág. 232.
[12] Vl. Tsaranov, «O likvidatsii kulachetsva v Moldavii letom 1949» (Sobre la liquidación de los kulaks en Moldavia durante el verano de 1949) en *Otechestvennaia Istoriya*, 1996, núm. 2, págs. 71-79; J. J. Marie, *op. cit.*, págs. 127-128.

los insurrectos para que depusieran las armas, prometiéndoles una amnistía, pero sin resultados tangibles. En 1945-1947, los campos de Ucrania occidental, el «país profundo», estaban ampliamente controlados por los insurrectos apoyados por un campesinado que rechazaba cualquier idea de colectivización. Las fuerzas insurrectas operaban en los confines de Polonia y de Checoslovaquia, pasando de un país a otro para escapar de la persecución. Se puede juzgar la importancia del movimiento teniendo en cuenta el acuerdo que debió firmar, en mayo de 1947, el Gobierno soviético con Polonia y Checoslovaquia para coordinar la lucha contra las «bandas» ucranianas. A continuación de este acuerdo y para privar a la rebelión de sus bases naturales, el Gobierno polaco desplazó la población ucraniana hacia el noroeste de Polonia [13].

El hambre de 1946-1947, que obligó a decenas de millares de campesinos de Ucrania oriental a huir a Ucrania occidental, menos afectada, siguió proporcionando nuevos reclutas para la rebelión todavía durante algún tiempo. A juzgar por la última propuesta de amnistía de 30 de diciembre de 1949 firmada por el ministro ucraniano del Interior, las «bandas de insurgentes» no se reclutaban únicamente entre los campesinos. El texto mencionaba efectivamente, entre las categorías de bandidos, a los «jóvenes que han huido de las fábricas, las minas del Donetz y las escuelas industriales». Ucrania occidental no fue «pacificada» definitivamente hasta finales de 1950, después de la colectivización forzada de tierras, el desplazamiento de pueblos enteros, la deportación o el arresto de cerca de 300.000 personas. Según las estadísticas del ministerio del Interior, entre 1944 y 1952 cerca de 172.000 «miembros del OUN y del UPA» fueron deportados, a menudo con su familia, como colonos especiales hacia el Kazajstán y Siberia [14].

Las operaciones de deportación de «contingentes diversos», según la clasificación del ministerio del Interior, continuaron hasta la muerte de Stalin. Así, en el curso de los años 1951-1952 fueron deportados, en virtud de operaciones puntuales de pequeña envergadura, 11.685 mingrelinos y 4.707 iraníes de Georgia, 4.365 testigos de Jehová, 4.431 kulaks de Bielorrusia occidental, 1.445 kulaks de Ucrania occidental, 1.415 kulaks de la región de Pskov, 995 personas de la secta de los «verdaderos cristianos ortodoxos», 2.795 basmachíes del Tadzhikistán y 591 «vagabundos». La única diferencia con los deportados que pertenecían a los distintos pueblos «castigados» es que estos contingentes diversos no eran deportados «a perpetuidad» sino por un período situado entre los diez y los veinte años.

Tal y como indican los archivos del Gulag recientemente exhumados, el inicio de los años cincuenta se vio señalado a la vez por el apogeo del sistema concentracionario —nunca hubo tantos detenidos en los campos de trabajo y

[13] Y. Bilinsky, *The Second Soviet Republic: the Ukraine after World War II*, New Brunswick, 1960, págs. 132-135.
[14] *Deportatsii narodov SSSR, op. cit.*, pág. 160.

colonos especiales en «los enclaves de colonización»— y por una crisis sin precedentes de este sistema.

A inicios de 1953, el Gulag contaba aproximadamente con 2.750.000 detenidos, repartidos en tres tipos de establecimiento:

— alrededor de 500 «colonias de trabajo», presentes en cada región, que albergaban una media en cada caso de 1.000 a 3.000 detenidos, generalmente de derecho común, condenados por término medio a penas inferiores a cinco años;

— una sesentena de grandes complejos penitenciarios, los «campos de trabajo», situados principalmente en regiones septentrionales y orientales del país y albergando cada uno de ellos a varias decenas de millares de detenidos, de derecho común y políticos, condenados en su mayoría a penas superiores a diez años;

— una quincena de «campos de régimen especial» creados siguiendo una instrucción secreta del ministerio del Interior de 7 de febrero de 1948, en los cuales estaban detenidos exclusivamente políticos considerados como «particularmente peligrosos», es decir, alrededor de 200.000 personas[15].

Este inmenso universo concentracionario contaba con 2.750.000 detenidos a los cuales se añadían también 2.750.000 colonos especiales que dependían de otra dirección del Gulag. Este conjunto planteaba a la vez serios problemas de encuadramiento y de supervisión, pero también de rentabilidad económica. En 1951, el general Kruglov, ministro del Interior, dado el descenso constante de la productividad de la mano de obra penal, inició una vasta campaña de inspección sobre el estado del Gulag. Las comisiones enviadas al lugar revelaron una situación muy tensa.

En primer lugar, por supuesto, en los «campos de régimen especial», donde los «políticos» llegados desde 1945 —«nacionalistas» ucranianos y bálticos curtidos en la guerrilla, «elementos extranjeros» de las regiones recientemente incorporadas, «colaboradores» reales o supuestos, y otros «traidores a la patria»— eran reclusos indudablemente más decididos que los «enemigos del pueblo» de los años treinta, ya que aquellos antiguos cuadros del partido estaban convencidos de que su internamiento era el fruto de alguna terrible equivocación. Condenados a penas de veinte a veinticinco años, sin esperanza de liberación anticipada, estos detenidos no tenían nada que perder. Su aislamiento en los campos de régimen especial les había además librado de la presencia cotidiana de los detenidos de derecho común. Ahora bien, como ha subrayado Aleksandr Solzhenitsyn, era precisamente la promiscuidad de los políticos y de los detenidos de derecho común lo que constituía el principal obstáculo para el nacimiento de un clima de solidaridad entre los detenidos. Al desaparecer ese obstáculo, los campos especiales se convirtieron inmediatamente en focos de resistencia y de rebelión contra el régimen. Las

[15] GARF, 9414/1s/1391-1392.

redes ucranianas y bálticas, tejidas en la clandestinidad de la guerrilla, resultaron particularmente activas en estos casos. La negativa a trabajar, las huelgas de hambre, las evasiones en grupo y los motines se multiplicaron. Durante tan solo los años 1950-1952, investigaciones todavía sin completar señalan dieciséis motines y revueltas importantes que en cada caso implicaron a centenares de detenidos[16].

Las «inspecciones Kruglov» de 1951 revelaron también la degradación de la situación en los campos «ordinarios», que se tradujo en una «relajación generalizada de la disciplina». En 1951 se perdieron un millón de jornadas de trabajo por la «negativa a trabajar» de los detenidos. Y se asistió a un ascenso de la criminalidad en el interior de los campos, a la multiplicación de incidentes entre los detenidos y los vigilantes y a la caída de la producción del trabajo penal. Según la administración, esta situación se debía en buena medida al enfrentamiento entre las bandas rivales de detenidos, que oponía a los «ladrones legales» que se negaban a trabajar para respetar «la regla del medio» con las «perras» que se sometían al reglamento del campo. La multiplicación de facciones y de riñas erosionaba la disciplina y creaba el «desorden». Además se moría más a menudo de una cuchillada que de hambre o de enfermedad. La conferencia de responsables del Gulag que se celebró en Moscú en enero de 1952 reconoció que «la administración, que hasta ahora había sabido sacar ventaja con habilidad de las contradicciones entre los diversos grupos de detenidos, está perdiendo el control de los procesos internos. (...) En algunos campos, las facciones han llegado a tomar en sus manos los asuntos internos». Para quebrantar a los grupos y a las facciones, la administración se vio obligada a recurrir a incesantes traslados de detenidos, a reorganizaciones permanentes en el seno de las diversas secciones de los inmensos complejos penitenciarios reagrupando frecuentemente de 40.000 a 6.000 detenidos[17].

No obstante, más allá del problema de las facciones, cuya amplitud llama la atención, adonde señalan los numerosos informes de inspección realizados en 1951-1952 es hacia la necesidad de una reorganización completa de las estructuras penitenciarias y productivas e incluso hacia importantes reducciones de efectivos.

Así, en su informe dirigido en enero de 1952 al general Dolguij, el jefe del Gulag, el coronel Zverev, responsable del gran complejo concentracionario de Norilsk, que contaba con 69.000 detenidos, preconizaba las medidas siguientes:

1. Aislar a los miembros de las facciones. «Pero», precisaba Zverev, «a causa del gran número de detenidos que participan activamente en una o en otra de las dos facciones (...) no conseguimos aislar más que a los jefes, e incluso con dificultad».

[16] M. Craveri, «La résistance au Goulag. Grèves, révoltes, évasions dans les camps de travail soviétiques de 1920 à 1956», en *Communisme*, núms. 42-43-44, 1995, págs. 197-209.

[17] GARF, 9414/1s/513/185.

2. Liquidar las inmensas zonas de producción donde trabajan actualmente sin escolta decenas de miles de detenidos que pertenecen a facciones rivales.

3. Crear unidades de producción más pequeñas para asegurar una mejor vigilancia de los detenidos.

4. Aumentar el personal de vigilancia. «Pero», añadía Zverev, «es imposible organizar esta vigilancia como se debería en la medida en que la escasez de personal alcanza un 50 por 100».

5. Separar a los detenidos de los trabajadores libres en los lugares de producción. «Pero los lazos tecnológicos entre las diferentes empresas del complejo de Norilsk, la necesidad de una producción continua y los problemas agudos de alojamiento no permiten aislar a los detenidos de los trabajadores libres de forma satisfactoria. (...) De manera general, el problema de la productividad y de la coherencia del proceso productivo solo podría ser resuelto con la liberación anticipada de 15.000 detenidos, que estarían obligados a quedarse en el lugar[18].»

Esta última proposición de Zverev estaba lejos de ser incongruente con el contexto de la época. En enero de 1951 el ministro del Interior Kruglov había solicitado a Beria la liberación anticipada de 6.000 detenidos que debían ser enviados como trabajadores libres a la inmensa obra de la central hidroeléctrica de Stalingrado, donde cumplían condena, de manera al parecer muy ineficaz, más de 25.000 detenidos. La práctica de una liberación anticipada, fundamentalmente de trabajadores cualificados, era bastante frecuente a inicios de los años cincuenta. Plantea la cuestión central de la rentabilidad económica de un sistema concentracionario hipertrofiado.

Enfrentada con una explosión de efectivos menos fácilmente maleables que en el pasado, con problemas de encuadramiento y de vigilancia —el Gulag empleaba un personal de cerca de 208.000 personas— la enorme máquina administrativa tenía cada vez más dificultades para desenmascarar la *tufta* —los falsos balances— y para asegurar una rentabilidad siempre problemática. Para resolver ese problema permanente la administración solamente podía escoger entre dos soluciones: o explotar la mano de obra penal hasta el máximo sin tener en cuenta las pérdidas humanas, o utilizarla de manera más racional alargando su supervivencia. *Grosso modo,* hasta 1948 predominó la primera solución. A finales de los años cuarenta, el hecho de que el régimen tomara conciencia de la amplitud de la penuria de mano de obra en un país sangrado a muerte por la guerra llevó a las autoridades penitenciarias a explotar a los detenidos de manera más «económica». Para intentar estimular la productividad, se introdujeron primas y «salarios», las raciones alimenticias aumentaron para aquellos que llegaban a cumplir las normas, la tasa anual de mortalidad cayó al 2 o 3 por 100. Esta

[18] GARF, 9414/1s/642/60-91; N. Werth, «L'Ensemble concentrationnaire de Norilsk en 1951» en *XXe siècle*, núm. 47, julio-septiembre 1994, págs. 88-100.

«reforma» se apoyó rápidamente sobre las realidades del mundo concentracionario.

Al inicio de los años cincuenta, las infraestructuras de producción tenían cerca de veinte años y no se habían beneficiado en general de ninguna inversión reciente. Las inmensas unidades penitenciarias, que reagrupaban a decenas de millares de detenidos, puestas en funcionamiento en el curso de los años anteriores con la perspectiva de una utilización extensiva de la mano de obra, eran estructuras pesadas, difícilmente reformables a pesar de las numerosas tentativas realizadas de 1949 a 1952 para dividirlas en unidades de producción más pequeñas. La escasez del salario distribuido a los detenidos, que se elevaba a algunos centenares de rublos al año, o sea, de 15 a 20 veces menos que el salario medio de un trabajador libre, no actuaba como un incentivo que garantizara una productividad de trabajo más elevada en un momento en que un número creciente de detenidos se negaba a trabajar organizándose en bandas y haciendo necesaria una vigilancia creciente. En total, mejor pagado o mejor vigilado, el detenido, aquel que se sometía a las reglas de la administración, al igual que el refractario que prefería obedecer a la «ley del medio», cada vez costaba más caro.

Los datos parciales que aportan los informes de inspección de los años 1951-1952 apuntan todos en la misma dirección: el Gulag se había convertido en una máquina cada vez más difícil de gestionar. Además, las últimas grandes obras estalinistas que habían apelado ampliamente a la mano de obra penal, las de las centrales hidroeléctricas de Kuibyshev y de Stalingrado, del canal de Turkmenistán y del canal Volga-Don, se retrasaron considerablemente. Para acelerar los trabajos, las autoridades debieron transferirles a numerosos trabajadores libres o liberar antes de plazo a los detenidos más motivados[19].

La crisis del Gulag arroja nueva luz sobre la amnistía que fue decretada el 27 de marzo de 1953 por Beria, tres semanas apenas después de la muerte de Stalin, y que afectó a 1.200.000 reclusos. No se podría realizar una abstracción de las razones económicas, y no solamente políticas, que condujeron a los candidatos a la sucesión de Stalin, al corriente de las inmensas dificultades de gestión de un Gulag superpoblado y cada vez menos «rentable», a decretar esta amnistía parcial. Sin embargo, en el momento mismo en que la administración penitenciaria solicitaba una «disminución» de los contingentes de detenidos, Stalin, que envejecía y que era presa de una paranoia cada vez más pronunciada, preparaba una nueva gran purga, un segundo gran terror. En el clima pesado y turbulento del final del estalinismo las «contradicciones» se multiplicaban...

[19] M. Craveri, O. Jlevnyuk, «Krizis ekonomiki MVD» (La crisis de la economía del MVD), en *Cahiers du Monde russe,* vol. XXXVI (1-2), 1995, págs. 179-190.

14
La última conspiración

El 13 de enero de 1953 *Pravda* anunció el descubrimiento de una conspiración del «grupo terrorista de los médicos», compuesto inicialmente de nueve médicos conocidos y después de quince, de los cuales la mitad eran judíos. Se les acusó de haberse aprovechado de sus altas funciones en el Kremlin para «abreviar la vida» de Andrey Zhdanov, miembro del Buró político muerto en agosto de 1948, y de Aleksandr Sherbakov, muerto en 1950, y de haber intentado asesinar a importantes jefes militares soviéticos por orden del servicio de inteligencia y de una organización de asistencia judía, el American Joint Distribution Committee. Mientras que su denunciadora, la doctora Timashuk, recibía solemnemente la orden de Lenin, los acusados, debidamente interrogados, acumulaban las «confesiones». Como en 1936-1938, se celebraron millares de reuniones para exigir el castigo de los culpables, la multiplicación de las investigaciones y el regreso a una verdadera «vigilancia bolchevique». En las semanas que siguieron al descubrimiento de la «conspiración de las batas blancas», una amplia campaña de prensa reactualizó los temas de los años del gran terror, exigiendo «acabar con el descuido criminal en las filas del partido y liquidar definitivamente el sabotaje». La idea de una amplia conspiración que agrupara a intelectuales, judíos, militares, cuadros superiores del partido y de la economía y funcionarios de las repúblicas no rusas se abría camino recordando los mejores momentos de la Yezhovschina.

Como lo confirman documentos hoy accesibles sobre este asunto [1], la conspiración de las batas blancas fue un momento decisivo del estalinismo de posguerra. Señalaba a la vez la coronación de la campaña «anticosmopolita»

[1] G. Kostyrchenko, S. Redlij, *Evreiski Antifachistkii Komitet v SSSR* (El comité judío antifascista en la URSS), Compilación de documentos, Moscú, 1996; G. Kostyrchenko, *V plenu u Krasnogo Faraona* (En las mazmorras del faraón rojo), Moscú, 1994; A. Knight, *Beria*, París, Aubier, 1994; J. J. Marie, *Les Derniers Complots de Staline. L'affaire des Blouses blanches*, Bruselas, Complexe, 1993.

—es decir, antisemita— desencadenada a inicios de 1949 pero cuyos primeros pasos se remontan a 1946-1947, y el probable bosquejo de una nueva purga general, de un nuevo gran terror, que solo iba a hacer abortar la muerte de Stalin, algunas semanas después del anuncio público de la conspiración. A estas dos dimensiones se añadía una tercera: la lucha entre diferentes facciones del ministerio del Interior y de la Seguridad del Estado separados desde 1946 y sometidos a reorganizaciones constantes [2]. Estos enfrentamientos en el seno de la policía política eran en sí mismos el reflejo de una lucha en la cima de los aparatos políticos donde cada uno de los herederos potenciales de Stalin se estaba colocando ya con la perspectiva de la sucesión. Además existía finalmente una tercera dimensión preocupante del «asunto»: al exhumar —ocho años después la revelación pública de los campos de exterminio nazi— el viejo fondo antisemita del zarismo combatido por los bolcheviques, el asunto subrayaba la derivación del estalinismo en su última fase.

No es este el lugar para desenredar la madeja de este asunto o, más bien, de los asuntos que convergieron hacia este momento final. Nos limitaremos, por lo tanto, a recordar brevemente los principales pasos que condujeron a esta última conspiración. En 1942, el Gobierno soviético, deseoso de presionar sobre los judíos americanos a fin de que estos impulsaran al Gobierno americano a abrir con más rapidez en Europa un «segundo frente» contra la Alemania nazi, creó un comité antifascista judeo-soviético presidido por Salomón Mijoels, el director del famoso teatro yiddish de Moscú. Algunos centenares de intelectuales judíos desplegaron una vasta actividad en el mismo: el novelista Ilia Ehrenburg, los poetas Samuel Marshak y Peretz Markish, el pianista Emile Guilels, el escritos Vassili Grossman, el gran físico Piotr Kapitza, padre de la bomba atómica soviética, etc. Rápidamente, el comité desbordó su papel de organismo de propaganda oficiosa para convertirse en aglutinador de la comunidad judía, en organismo representativo del judaísmo soviético. En febrero de 1944, los dirigentes del comité Mijoels, Fefer y Epstein, incluso dirigieron a Stalin una carta en la que le proponían instaurar una república autónoma judía en Crimea, susceptible de hacer olvidar la experiencia del «Estado nacional judío» de Birobidzhan, intentada en los años treinta y que tenía toda la apariencia de haber resultado un fracaso patente —en diez años, en esta región perdida, pantanosa y desértica del extremo oriente siberiano, en los confines de la China, ¡se habían instalado menos de 40.000 judíos! [3]—.

El comité se consagró igualmente a la recogida de testimonios sobre las matanzas de judíos realizadas por los nazis y sobre los «fenómenos anormales relativos a los judíos», eufemismo que designaba las manifestaciones de antisemitismo entre la población. Ahora bien, estas eran numerosas. Las tradiciones antisemitas seguían siendo fuertes en Ucrania y en ciertas regiones occi-

[2] G. Kostyrchenko, *op. cit.*, págs. 45-47.
[3] G. Kostyrchenko, *op. cit.*, págs. 45-47.

dentales de Rusia, fundamentalmente en la antigua «zona de residencia» [4] del Imperio ruso, donde los judíos habían sido autorizados a residir por las autoridades zaristas. Las primeras derrotas del Ejército Rojo revelaron la amplitud del antisemitismo popular. Como lo reconocían algunos de los informes del NKVD sobre «el estado de la moral en la retaguardia», amplios sectores de la población eran sensibles a la propaganda nazi según la cual los alemanes no hacían la guerra más que a los judíos y a los comunistas. En las regiones ocupadas por los alemanes, principalmente Ucrania, las matanzas de judíos vistas y conocidas por la población suscitaron, al parecer, poca indignación. Los alemanes reclutaron cerca de 80.000 auxiliares ucranianos, de los cuales algunos participaron en matanzas de judíos. Para contrarrestar esta propaganda nazi y movilizar el frente y la retaguardia alrededor del tema de la lucha de todo el pueblo soviético por su supervivencia, los ideólogos bolcheviques se negaron de entrada a reconocer la especificidad del holocausto. Sobre este terreno se desarrolló el antisionismo, y después el antisemitismo oficial, particularmente virulento, al parecer, en los medios del agit-prop (agitación-propaganda) del Comité central. Este departamento había redactado en agosto de 1942 una nota interna sobre «el lugar dominante de los judíos en los medios artísticos, literarios y periodísticos».

El activismo del comité no tardó en indisponer a las autoridades en su contra. Desde inicios de 1945, se prohibió publicar al poeta judío Peretz Markish. La salida del *Libro negro* sobre las atrocidades nazis contra los judíos fue anulada con el pretexto de que «el hilo conductor de todo el libro es la idea de que los alemanes no hicieron la guerra contra la Unión Soviética más que con el único objetivo de aniquilar a los judíos». El 12 de octubre de 1946, el ministro de Seguridad del Estado, Abakumov, envió al Comité central una nota «sobre las tendencias nacionalistas del comité antifascista judío» [5]. Deseoso por razones de estrategia internacional de proseguir entonces una política exterior favorable a la creación del Estado de Israel, Stalin no reaccionó inmediatamente. Solo después de que la Unión Soviética votó en la ONU el plan de reparto de Palestina, el 29 de noviembre de 1947, Abakumov recibió carta blanca para emprender la liquidación del comité.

El 19 de diciembre de 1947 varios de sus miembros fueron detenidos. Algunas semanas más tarde, el 13 de enero de 1948, Salomón Mijoels fue encontrado asesinado en Minsk. Según la versión oficial, habría sido víctima de un accidente de automóvil. Algunos meses más tarde, el 21 de noviembre de 1948, el comité antifascista judío fue disuelto, bajo el pretexto de que se había convertido en «un centro de propaganda antisoviético». Sus diversas publica-

[4] Eufemismo con que se designaba ciertas zonas del Imperio ruso en las que los judíos fueron confinados bajo prohibición de abandonarlas y cuya extensión resultó mermada ocasionalmente. Esta disposición formaba parte del arsenal de medidas antisemitas decretadas por los últimos zares. *(N. del T.)*
[5] *Izvestia KPSS*, 1989, 12, pág. 37.

ciones, fundamentalmente el periódico yiddish *Einikait,* en el cual [6] colaboraba la elite de los intelectuales judíos soviéticos, fueron prohibidas. En las semanas que siguieron, todos los miembros del comité fueron detenidos. En febrero de 1949, la prensa desencadenó una vasta campaña «anticosmopolita». Los críticos de teatro judíos fueron denunciados por su «incapacidad para comprender el carácter nacional ruso»: «¿Qué visión puede, por lo tanto, tener un Gurvich o un Yuzovski del carácter nacional del hombre ruso soviético?», escribía *Pravda* el 2 de febrero de 1949. Centenares de intelectuales judíos fueron detenidos, fundamentalmente en Leningrado y en Moscú, en el curso de los primeros meses de 1949.

La revista *Neva* publicó recientemente un documento ejemplar de este período: la detención de los jueces del tribunal de Leningrado producida el 7 de julio de 1949 y que condenó a Achille Grigorievich Leniton, Ilia Zeilkovich Serman y Rulf Alexandrovna Zevina a diez años de campo de concentración. Los acusados fueron reconocidos culpables, entre otras cosas, de haber «criticado la resolución del Comité central sobre las revistas *Zvezda* y *Leningrad* partiendo de posiciones antisoviéticas (...), de haber interpretado las opiniones internacionales de Marx con un espíritu contrarrevolucionario, de haber alabado a los escritores cosmopolitas (...) y de haber calumniado la política del Gobierno soviético sobre la cuestión de las nacionalidades». Después de haber apelado, los acusados fueron condenados a 25 años por los jueces del Tribunal Supremo, que justificaron así su veredicto: «la pena decretada por el tribunal de Leningrado no tuvo en cuenta la gravedad del crimen cometido. (...) Los acusados, de hecho, llevaron a cabo una agitación contrarrevolucionaria utilizando los prejuicios nacionales y afirmando la superioridad de una nación sobre las otras naciones de la Unión Soviética» [7].

La destitución de los judíos fue llevada a cabo de manera sistemática, fundamentalmente en medios culturales, informativos, de prensa, editoriales, médicos, en resumen en las profesiones en las que ocupaban puestos de responsabilidad. Los arrestos se multiplicaron, afectando a los medios más diversos, ya fuera el grupo de los «ingenieros saboteadores», judíos en su mayoría, detenidos en el complejo metalúrgico de Stalino, condenados a muerte y ejecutados el 12 de agosto de 1952, o la esposa judía de Molotov, Paulina Zhemchuzhina, alto responsable de la industria textil, detenida el 21 de enero de 1949 por «pérdida de documentos que contienen secretos del Estado», juzgada y enviada a un campo de concentración por cinco años, o incluso la esposa, judía igualmente, del secretario personal de Stalin, Aleksandr Poskrebyshev, acusada de espionaje y fusilada en junio de 1952 [8]. Tanto Molotov como Poskrebyshev continuaron sirviendo a Stalin como si no hubiera pasado nada.

[6] G. Kostyrchenko, S. Redlij, *op. cit.*, págs. 326-384.
[7] J. J. Marie, *op. cit.*, págs. 60-61.
[8] G. Kostyrchenko, *V plenu, op. cit.*, págs. 136-137.

No obstante, la instrucción del sumario contra los acusados del comité antifascista judío se dilató en el tiempo. El proceso, a puerta cerrada, no empezó hasta mayo de 1952, es decir, dos años y medio después del arresto de los acusados. ¿Por qué este retraso tan prolongado? Según la documentación, todavía fragmentaria, de la que disponemos hoy en día, se pueden avanzar dos razones para explicar la duración excepcional del período de instrucción. Stalin orquestaba entonces, siempre con el mayor de los secretos, otro asunto denominado «de Leningrado», etapa importante que debía preparar, junto con el sumario del comité antifascista judío, la gran purga final. En paralelo, procedía a una reorganización profunda de los servicios de seguridad, cuyo episodio central fue el arresto de Abakumov en julio de 1951, que estaba fundamentalmente dirigido contra el todopoderoso Beria, vicepresidente del Consejo de ministros y miembro del Buró político. El asunto del comité antifascista judío estaba imbricado con las luchas por la influencia y la sucesión en el centro del dispositivo que debía desembocar en el asunto de las batas blancas y en un segundo gran terror.

De todos los asuntos, el denominado «de Leningrado», que se solventó con la ejecución, mantenida en secreto, de los principales dirigentes de la segunda organización más importante del partido comunista de la Unión Soviética, sigue siendo el más misterioso todavía hoy. El 15 de febrero de 1949, el Buró político adoptó una resolución «sobre las acciones antipartido de Kuznetsov, Rodionov y Popkov», tres altos dirigentes del partido. Estos fueron desposeídos de sus funciones, al igual que Voznessensky, el presidente del Gosplan, el órgano de planificación del Estado, y la mayoría de los miembros del aparato del partido en Leningrado, ciudad siempre sospechosa a los ojos de Stalin. En agosto-septiembre de 1949, todos estos dirigentes fueron arrestados bajo la acusación de haber organizado un grupo «antipartido» vinculado al... servicio de inteligencia. Abakumov inició entonces una verdadera caza de los «veteranos del partido de Leningrado» instalados en puestos de responsabilidad en otras ciudades o en otras repúblicas. Centenares de comunistas de Leningrado fueron detenidos y alrededor de 2.000 expulsados del partido y despedidos de su trabajo. La represión adquirió formas sobrecogedoras, afectando a la misma ciudad incluso como entidad histórica. Así, las autoridades cerraron en agosto de 1949 el museo de Defensa de Leningrado, consagrado a la gesta heroica del cerco de la ciudad durante la «gran guerra patria». Algunos meses más tarde, Mijaíl Suslov, responsable de la ideología, fue encargado por el Comité central de crear una «comisión de liquidación» del museo, que trabajó hasta finales de febrero de 1953 [9].

Los principales inculpados en el asunto de Leningrado —Kuznetsov, Rodionov, Popkov, Voznessensky, Kapustin, Lazutin— fueron juzgados a puerta cerrada el 30 de septiembre de 1950 y ejecutados al día siguiente, una hora

[9] V. I. Demidov, V. A. Kutuzov, *Leningradskoie Delo* (El asunto de Leningrado), Leningrado, 1990, págs. 38-90.

después de pronunciado el veredicto. Todo el asunto se desarrolló en el más completo secreto. No se informó a nadie, ni siquiera a la hija de uno de los principales acusados, que, sin embargo, era la nuera de Anastas Mikoyán, ministro y miembro del Buró político. En el curso del mes de octubre de 1950, otras parodias de juicio condenaron a muerte a decenas de cuadros dirigentes del partido, habiendo pertenecido todos ellos a la organización de Leningrado: Soloviev, primer secretario del comité regional de Crimea; Badayev, segundo secretario del comité regional de Leningrado; Verbitski, segundo secretario del comité regional de Murmansk; Bassov, primer vicepresidente del consejo de ministros de Rusia, etc. [10].

¿La depuración de los «de Leningrado» fue un simple ajuste de cuentas entre facciones del partido o bien un eslabón de una cadena de asuntos que iban de la liquidación del comité antifascista judío a la conspiración de las batas blancas pasando por el arresto de Abakumov y la «conspiración nacionalista mingrelina»? La segunda hipótesis es la más probable. El asunto de Leningrado fue, sin duda, una etapa decisiva en la preparación de una gran purga, cuya señal pública se dio el 13 de enero de 1953. De manera significativa, los crímenes reprochados a los dirigentes de Leningrado caídos en desgracia enlazaban todo el asunto con los años siniestros de 1936-1938. Durante la reunión plenaria de los cuadros del partido de Leningrado en octubre de 1949, el nuevo primer secretario, Andrianov, anunció al atónito auditorio que los antiguos dirigentes habían publicado literatura trotskista y zinovievista: «en los documentos que estas gentes publicaban pasaban, subrepticiamente y de manera enmascarada, artículos de los peores enemigos del pueblo: Zinoviev, Kamenev, Trotsky y otros». Mas allá de lo grotesco de la acusación, el mensaje resultaba claro para los cuadros del aparato. Todos debían prepararse para un nuevo año 1937 [11].

Tras la ejecución de los principales acusados del asunto de Leningrado en octubre de 1950, se multiplicaron las maniobras y las contramaniobras en el seno de los servicios de Seguridad y del Interior. Desconfiando de Beria, Stalin inventó una fantasmagórica conspiración nacionalista mingrelina, cuyo objetivo era unir la Mingrelia, una región de Georgia de la que Beria era precisamente originario, con Turquía. Se obligó a Beria a diezmar por sí mismo a sus «compatriotas» y a llevar a cabo una purga del partido comunista georgiano [12]. En octubre de 1951, Stalin asestó otro golpe a Beria al ordenarle detener a un grupo de viejos cuadros judíos de la seguridad y de la judicatura entre los que se encontraban el teniente coronel Eitingon, que, siguiendo las órdenes de Beria, había organizado en 1940 el asesinato de Trotsky; al general Leonid Raijman, que había participado en el montaje de los procesos de Moscú; al coronel Lev Schwarzmann, torturador de Babel y de Meyerhold, y al juez de

[10] *Ibid.*, págs. 139-151; J. J. Marie, *op. cit.*, págs. 77-99.

[11] J. J. Marie, *op. cit.*, págs. 90-91.

[12] A. Knight, *op. cit.*, págs. 239-247.

instrucción Lev Sheinin, brazo derecho de Vyshinsky, el fiscal de los grandes procesos de Moscú de 1936-1938... Todos fueron acusados de ser los organizadores de una vasta «conspiración nacionalista judía» dirigida por... Abakumov, el ministro de Seguridad del Estado y colaborador cercano de Beria.

Abakumov había sido arrestado algunos meses antes, el 12 de julio de 1951, y recluido en secreto. Se le acusó en primer lugar de haber hecho desaparecer de manera deliberada a Jacob Etinguer, famoso médico judío detenido en noviembre de 1950 y muerto en prisión poco tiempo después. Al «eliminar» a Eitinguer, que, en el curso de su larga carrera, había dispensado sus cuidados, entre otros, a Serguei Kírov, a Sergov Ordzhonikidze, al mariscal Tujachevsky, a Palmiro Togliatti, a Tito y a Gueorgui Dimitrov, Abakumov habría intentado «impedir que fuera desenmascarado un grupo criminal formado por nacionalistas judíos infiltrados en el área más elevada del ministerio de la Seguridad del Estado». Algunos meses más tarde el mismo Abakumov fue presentado como el «cerebro» de la conspiración nacionalista judía. Así el arresto de Abakumov en julio de 1951 constituyó una etapa decisiva en el montaje de un vasta «conspiración judeo-sionista». Esta aseguraba la transición entre la liquidación todavía secreta del comité antifascista judío y la conspiración de las batas blancas que estaba llamada a convertirse en la señal pública de la purga. Así, el escenario se fue configurando durante el verano de 1951 y no a finales de 1952 [13].

Del 11 al 18 de julio de 1952 se celebró, a puerta cerrada y en el mayor de los secretos, el proceso de los miembros del comité antifascista judío. Trece acusados fueron condenados a muerte y ejecutados el 12 de agosto de 1952 al mismo tiempo que otros diez «ingenieros saboteadores», todos judíos, de la fábrica de automóviles Stalin. En total, el «sumario» del comité antifascista judío dio lugar a 125 condenas, de las cuales 25 fueron a muerte, todas ejecutadas, y 100 a penas de diez a veinticinco años en un campo de concentración [14].

En el mes de septiembre de 1952 estaba preparado el escenario de la conspiración judeo-sionista. Su puesta en funcionamiento se vio retrasada algunas semanas, el tiempo que duró el XIX Congreso del PCUS, reunido finalmente en octubre de 1952, trece años y medio después del XVIII Congreso. Al final del congreso, la mayoría de los médicos judíos —cuestionada en lo que iba a convertirse públicamente en el asunto de las batas blancas— fueron detenidos, encarcelados y torturados. En paralelo a estos arrestos, por el momento mantenidos en secreto, se abría en Praga, el 20 de noviembre de 1952, el proceso de Rudolf Slansky, antiguo secretario general del partido comunista checoslovaco, y de otros trece dirigentes comunistas. Once de ellos fueron condenados a muerte y ahorcados. Una de las particularidades de esta parodia

[13] P. y A. Sudoplatov, *op. cit.*, págs. 385-434; G. Kostyrchenko, *V plenu...*, *op. cit.*, páginas 289-314.

[14] V. P. Naumov (edi.), *Nepravedryii sud. Stenograma sudebnogo protsessa nad clenami Evreiskogo Antifasistkogo Komiteta* (Actas estenográficas del proceso de los miembros del comité antifascista judío), Moscú, 1994.

judicial, enteramente montada por los consejeros soviéticos de la policía política, fue su carácter abiertamente antisemita. Once de los catorce acusados eran judíos, y los hechos que se les imputaban giraban en torno a la constitución de un «grupo terrorista trosko tito-sionista». La preparación de este proceso fue la ocasión para una verdadera caza de judíos en los aparatos de los partidos comunistas de la Europa del Este.

Al día siguiente de la ejecución de los once condenados a muerte del proceso Slansky, el 4 de diciembre de 1952, Stalin hizo que el Presidium del Comité central votara una resolución titulada «Sobre la situación en el ministerio de Seguridad del Estado», que ordenaba a las instancias del partido «poner fin al carácter incontrolado de los organismos de la Seguridad del Estado». La Seguridad era sentada en el banquillo. Había dado muestras de «laxismo», no había ejercido la «vigilancia», había permitido que los «médicos saboteadores» ejercieran su funesta actividad. Se había dado un paso más. Stalin contaba con utilizar el asunto de la batas blancas contra la Seguridad y contra Beria. Este, gran especialista en intrigas preparadas, no podía ignorar el sentido de lo que se preparaba.

Lo que sucedió en las semanas que precedieron a la muerte de Stalin en buena medida continúa siendo mal conocido. Detrás de la campaña «oficial» que llamaba al «reforzamiento de la vigilancia bolchevique», a la «lucha contra toda clase de descuido», detrás de los mítines y de las reuniones que pedían un «castigo ejemplar» para los «asesinos cosmopolitas» continuaban la instrucción y los interrogatorios de los médicos judíos detenidos. Cada día los nuevos arrestos proporcionaban una mayor amplitud a la conspiración.

El 19 de febrero de 1953 fue detenido Iván Maisky, el viceministro de Asuntos Exteriores, brazo derecho de Molotov y antiguo embajador de la URSS en Londres. Interrogado sin cesar, «confesó» haber sido reclutado como espía británico por Winston Churchill, al mismo tiempo que Aleksandra Kollontai, gran figura del bolchevismo, animadora en 1921 de la oposición obrera con Shliapnikov, ejecutado en 1937, y que hasta el final de la Segunda guerra mundial había sido embajadora de la URSS en Estocolmo [15].

Y sin embargo, a pesar de estos «avances» sensacionales en la instrucción de la conspiración, no se pudo impedir que se percibiera que, a diferencia de lo que había sucedido en 1936-1938, ninguno de los grandes dignatarios del régimen se comprometió públicamente, entre el 13 de enero y la muerte de Stalin, el 5 de marzo, en la campaña de denuncia del asunto. Según el testimonio de Bulganin, recogido en 1970, además de Stalin, principal inspirador y organizador, solo cuatro dirigentes «estaban comprometidos en el golpe»: Malenkov, Suslov, Riumin e Ignatiev. En consecuencia, todos los demás podían sentirse amenazados. Sin embargo, según Bulganin, el proceso de los médicos judíos debía iniciarse a mediados de marzo y proseguir con deporta-

[15] J. J. Marie, *op. cit.*, pág. 159; P. y A. Sudoplatov, *op. cit.*, págs. 424-426.

ciones masivas de judíos soviéticos hacia Birobidzhan [16]. En el estado actual de los conocimientos y de la accesibilidad todavía muy limitada a los archivos presidenciales, donde se han conservado los expedientes más secretos y los más «sensibles», es imposible saber si un plan semejante de deportación masiva de los judíos estaba siendo sometido a estudio a inicios de 1953. Una sola cosa es segura: la muerte de Stalin se produjo en un punto concreto para interrumpir finalmente la lista de los millones de víctimas de su dictadura.

[16] I. Rapoport, *Souvenirs du procès des Blouses blanches,* París, Alinéa, 1989, págs. 140-141.

15
La salida del estalinismo

La desaparición de Stalin señaló, en medio de siete decenios de existencia de la Unión Soviética, una etapa decisiva, el final de una época, si es que no el final de un sistema. La muerte del guía supremo reveló, como lo escribió Francois Furet, «la paradoja de un sistema pretendidamente inscrito en las leyes del desarrollo social, pero en el cual todo depende de tal manera de un solo hombre que, cuando este hombre ha desaparecido, el sistema ha perdido algo que resultaba esencial». Uno de los componentes de este «algo esencial» era el fuerte nivel de represión ejercida bajo las formas más diversas por el Estado contra la sociedad.

Para los principales colaboradores de Stalin —Malenkov, Molotov, Voroshilov, Mikoyán, Kaganovich, Jrushchov, Bulganin, Beria— el problema político planteado por la sucesión de Stalin era particularmente complejo. Debían, a la vez, asegurar la continuidad del sistema, repartirse las responsabilidades, encontrar un equilibrio entre la preeminencia —incluso atenuada— de uno solo y el ejercicio de la colegialidad, satisfaciendo las ambiciones de cada uno y las relaciones de fuerzas e introducir rápidamente diversos cambios sobre cuya necesidad existía un amplio consenso.

La difícil conciliación de estos objetivos explica el desarrollo, extremadamente complejo y tortuoso, del curso político entre la muerte de Stalin y la eliminación de Beria (detenido el 26 de junio de 1953).

Las minutas estenográficas, hoy en día accesibles, de los plenos del Comité central que se celebraron el 5 de marzo de 1953 (el día de la muerte de Stalin) y del 2 al 7 de julio de 1953 [1] (después de la eliminación de Beria) aclaran las razones que impulsaron a los dirigentes soviéticos a poner en funcionamiento esta «salida del estalinismo» que Nikita Jrushchov iba a transformar en «desestalinización» con sus puntos culminantes —primero el XX Congreso

[1] *Istochnik*, 1994, núm. 1, págs. 106-111; *Izvestia TsK*, núm. 1, 1991, págs. 139-214; 1991, núm. 2, págs. 141-208.

del PCUS, en febrero de 1956, y después el XXII Congreso, en octubre de 1962—.

La primera razón era el instinto de supervivencia, la autodefensa. En el curso de los últimos meses de la existencia de Stalin, casi todos los dirigentes habían sentido hasta qué punto ellos mismos se habían convertido en vulnerables. Nadie estaba a cubierto, ni Voroshilov, acusado de «agente del servicio de inteligencia», ni Molotov ni Mikoyán, expulsados por el dictador de su puesto en el Presidium del Comité central; ni Beria, amenazado por sombrías intrigas en el seno de los servicios de seguridad, manipuladas por Stalin. En los escalones intermedios, igualmente, las elites burocráticas que se habían reconstituido desde la guerra temían y rechazaban los aspectos terroristas del régimen. La omnipotencia de la policía política constituía el último obstáculo que les impedía aprovecharse de una carrera estable. Resultaba indispensable comenzar por desmantelar lo que Martin Malia ha denominado con justicia «la maquinaria puesta en funcionamiento por el dictador difunto para su propio uso», a fin de asegurar que nadie se serviría de ella para afirmar su propia preeminencia a expensas de sus colegas —y rivales— políticos. Más allá de las divergencias de fondo sobre las reformas que había que emprender, fue el temor de ver regresar al poder a un nuevo dictador lo que coaligó a los «herederos de Stalin» contra Beria, que aparecía entonces como el dirigente más poderoso, porque disponía del inmenso aparato de Seguridad y del Interior. A todos se les imponía una lección: ya no era indispensable que los aparatos represivos pudieran «escapar del control del partido» —en otras palabras, convertirse en el arma de un solo individuo— y amenazar a la oligarquía política.

La segunda razón, más fundamental, del cambio se relacionaba con la percepción compartida por todos los dirigentes principales, lo mismo Jrushchov que Malenkov, de que eran necesarias las reformas económicas y sociales. La gestión exclusivamente represiva de la economía, fundada en una requisa autoritaria de la casi totalidad de la producción agrícola, en una criminalización de los informes sociales, y en la hipertrofia del Gulag, había conducido a una grave crisis económica y a bloqueos sociales que excluían cualquier progreso de la productividad del trabajo. Había sido superado el modelo económico cuya puesta en funcionamiento, en los años treinta, en contra de la voluntad de la inmensa mayoría de la sociedad, había desembocado en los ciclos represivos descritos con anterioridad.

Finalmente, la tercera razón del cambio se relacionaba con la dinámica misma de las luchas de sucesión que alimentaban una espiral de sobrepujas políticas: fue Nikita Jrushchov el que, por diferentes razones que no analizaremos aquí —aceptar personalmente afrontar su pasado de estalinista, auténtico remordimiento, habilidad política, populismo específico, relación con una cierta forma de fe socialista en el «porvenir radiante», voluntad de regresar a lo que él consideraba como una «legalidad socialista», etc.—, acabó superando con creces a todos sus colegas en la vía de una desestalinización

mesurada y parcial en el plano político, pero radical en el plano de la vida cotidiana de la población.

¿Cuáles fueron, por lo tanto, las principales etapas de desmantelamiento de la maquinaria represiva, de este movimiento que, en algunos años, contribuyó a hacer pasar a la Unión Soviética de un sistema marcado por un fuerte nivel de represión judicial y extrajudicial a un régimen autoritario y policial, en el que la memoria del terror iba a ser, durante una generación, una de las garantías más eficaces del orden posestalinista?

Menos de dos semanas después de la muerte de Stalin, el Gulag fue profundamente reorganizado. Pasó a ser competencia del ministerio de Justicia. Por lo que se refiere a sus infraestructuras económicas, fueron transferidas a los ministerios civiles competentes. Más espectacular todavía que estos cambios administrativos, que traducían claramente un debilitamiento muy obvio del todopoderoso ministerio del Interior, fue el anuncio de una amplia amnistía el 28 de marzo de 1953 en *Pravda*. En virtud de un decreto promulgado la víspera por el Presidium del Soviet Supremo de la URSS, y firmado por su presidente, el mariscal Voroshilov, fueron amnistiados:

1. Todos los condenados a penas inferiores a cinco años.
2. Todas las personas condenadas por prevaricación, crímenes económicos y abusos de poder.
3. Las mujeres embarazadas y las madres de niños de menos de diez años, los menores, los hombres de más de cincuenta y cinco años y las mujeres de más de cincuenta años.

Además, el decreto de amnistía preveía la disminución de la mitad de las penas que quedaban por purgar para todos los demás detenidos, salvo aquellos condenados por crímenes «contrarrevolucionarios», robo a gran escala, bandidaje y asesinato con premeditación.

En algunas semanas, alrededor de 1.200.000 detenidos, es decir, cerca de la mitad de la población de los campos de concentración y de las colonias penitenciarias, abandonaron el Gulag. La mayoría de ellos eran o pequeños delincuentes, condenados por robos de poca importancia, o, más a menudo, simples ciudadanos sobre los que había caído el peso de una de las innumerables leyes represivas que sancionaban casi cada esfera de actividad, desde «el abandono del puesto de trabajo» hasta «la infracción de la ley sobre los salvoconductos interiores». Esta amnistía parcial, que excluía fundamentalmente a los prisioneros políticos y a los «desplazados especiales», reflejaba por su misma ambigüedad las evoluciones todavía mal definidas y los pasos tortuosos que se estaban dando durante la primavera de 1953, un período de intensas luchas por el poder, durante el cual Lavrenti Beria, primer vicepresidente del Consejo de ministros y ministro del Interior, pareció convertirse en «gran reformador».

¿Cuáles fueron las razones para decretar esta amplia amnistía? Según Amy Knight [2]; la biógrafa de Lavrenti Beria, la amnistía del 27 de marzo de

[2] A. Knight, *Beria*, París, Aubier, 1995.

1953, decidida por iniciativa del propio ministro del Interior, se inscribía en una serie de medidas políticas que daban testimonio del «cambio liberal» de Beria, implicado en las luchas de sucesión por el poder desencadenadas después de la muerte de Stalin y atrapado en una espiral de sobrepujas políticas. Para justificar esta amnistía, Beria había enviado al Presidium del Comité central, el 24 de marzo, una prolongada nota en la cual explicaba que de los 2.526.402 detenidos con que contaba el Gulag, solo 221.435 eran «criminales de Estado particularmente peligrosos», encerrados en su mayoría en «campos de concentración especiales». En su inmensa mayoría, reconocía Beria (¡una confesión notable y sobrecogedora!), los prisioneros no constituían una amenaza seria para el Estado. Resultaba deseable una amplia amnistía para descongestionar rápidamente un sistema penitenciario excesivamente pesado y poco rentable[3].

La cuestión de la gestión, cada vez más difícil, del inmenso Gulag era evocada de manera regular desde inicios de los años cincuenta. La crisis del Gulag, reconocida por la mayor parte de los dirigentes mucho antes de la muerte de Stalin, provocó la amnistía del 27 de marzo de 1953. Las razones económicas —y no solamente políticas— condujeron, en consecuencia, a los candidatos a la sucesión de Stalin, que se hallaban al corriente de las inmensas dificultades de gestión de un Gulag superpoblado y cada vez menos «rentable», a decretar una amplia, pero no obstante parcial, amnistía.

En este terreno, como en otros, no podía adoptarse ninguna medida radical mientras Stalin estuviera vivo. Según la justa fórmula del historiador Moshe Lewin, todo estaba, en los últimos años del dictador, «momificado».

No obstante, una vez que Stalin murió, «no todo era todavía posible»: así quedaron excluidos de la amnistía todos aquellos que habían sido las principales víctimas de la arbitrariedad del sistema, los «políticos» condenados por actividades contrarrevolucionarias.

La exclusión de los políticos de la amnistía del 27 de marzo de 1953 estuvo en el origen de numerosos motines y revueltas de detenidos acontecidas en los campos de régimen especial del Gulag, del Retchlag y del Steplag[4].

El 4 de abril, *Pravda* anunció que los «asesinos de bata blanca» habían sido víctimas de una provocación y que sus confesiones habían sido arrancadas por «métodos ilegales de instrucción» (se sobreentiende bajo tortura). Este acontecimiento tuvo mayor relieve en virtud de la resolución que el Comité central adoptó algunos días más tarde «sobre la violación de la legalidad por los órganos de la Seguridad del Estado). De ahí se desprendía claramente que el asunto de los médicos asesinos no había sido un accidente aislado, que la Seguridad del Estado se había arrogado poderes exorbitantes y que había multiplicado los actos ilegales. El partido rechazaba estos métodos y condena-

[3] A. Knight, *op. cit.*, pág. 276.

[4] M. Craveri, N. Formozov, «La résistance au Goulag» en *Communisme*, 1995, núms. 42-44, págs. 197-209.

ba el poder excesivo de la policía política. La esperanza engendrada por estos textos suscitó inmediatamente numerosas reacciones: los juzgados se vieron inundados por centenares de millares de demandas de rehabilitación. Por lo que se refiere a los detenidos, fundamentalmente aquellos que pertenecían a los campos especiales, exasperados por el carácter limitado y selectivo de la amnistía del 27 de marzo, y conscientes de la evolución de sus guardianes y de la crisis que atravesaba el sistema represivo, se negaron en masa a trabajar y a obedecer las directrices de los comandantes de los campos de concentración. El 14 de mayo de 1953, más de 14.000 prisioneros de diferentes secciones del conjunto penitenciario de Norilsk organizaron una huelga y pusieron en pie comités compuestos por miembros elegidos por los diferentes grupos nacionales en los que los ucranianos y los bálticos desempeñaron un papel clave. Las principales reivindicaciones de los detenidos eran: la disminución de la jornada de trabajo a nueve horas; la supresión del número de matrícula en la ropa; la abrogación de las limitaciones relativas a la correspondencia con la familia; la expulsión de todos los soplones y la extensión del beneficio de amnistía a los políticos.

El anuncio oficial, el 10 de julio de 1953, del arresto de Beria, acusado de haber sido un espía inglés, un «enemigo encarnizado del pueblo», confirmó a los detenidos en la idea de que algo importante estaba cambiando en Moscú y les llevó a ser intransigentes en sus reivindicaciones. El movimiento de negativa a trabajar se amplió. El 14 de julio, más de 12.000 detenidos del conjunto penitenciario de Vorkuta se declararon, a su vez, en huelga. Signo del cambio de los tiempos fue que, tanto en Norilsk como en Vorkuta, se entablaran negociaciones y el asalto contra los detenidos se viera retrasado en varias ocasiones.

La agitación siguió siendo endémica en los campos de régimen especial desde el verano de 1953 hasta el XX Congreso de febrero de 1956. La revuelta más importante, y la más prolongada, estalló en mayo de 1954 en la tercera sección del conjunto penitenciario de Steplag, en Kenguir, cerca de Karaganda (Kazajstán). Duró cuarenta días y no fue reducida más que después de que las tropas especiales del ministerio del Interior hubieran cercado el campo de concentración con carros de combate. Alrededor de cuatrocientos detenidos fueron juzgados y nuevamente condenados, y los seis miembros sobrevivientes de la comisión que había dirigido la resistencia fueron ejecutados.

Signo del cambio político desde la muerte de Stalin fue que algunas de las reivindicaciones expresadas en 1953-1954 por los detenidos amotinados resultaran, no obstante, satisfechas: la duración del trabajo cotidiano de los detenidos fue reducida a nueve horas, y se introdujeron algunas mejoras significativas en la vida cotidiana.

En 1954-1955 el Gobierno adoptó una serie de medidas que limitaban la omnipotencia de la Seguridad del Estado, profundamente transtornada desde la eliminación de Beria. Las *troikas* —tribunales especiales que juzgaban los

asuntos relativos a la policía política— fueron suprimidas. La policía política fue reorganizada en un organismo autónomo que adoptó el nombre de *Komitet Gossudarstvennoi Bezopasnosti* (KGB, Comité de Seguridad del Estado), purgado de aproximadamente el 20 por 100 de sus efectivos anteriores a marzo de 1953 y colocado bajo la autoridad del general Serov que había supervisado fundamentalmente todas las deportaciones de pueblos durante la guerra. Considerado como un personaje cercano a Nikita Jrushchov, el general Serov encarnaba todas las ambigüedades de un período de transición en el que numerosos responsables de antaño conservaban puestos claves. El Gobierno decretó nuevas amnistías parciales, de las que la más importante fue la de septiembre de 1955 que permitió la liberación de personas que habían sido condenadas en 1945 por «colaboración con el ocupante» y la de los presos de guerra alemanes todavía detenidos en la URSS. Finalmente, se adoptaron diversas medidas en favor de los «colonos especiales». Estos recibieron fundamentalmente la autorización para desplazarse por un territorio más amplio y para presentarse con menos frecuencia en la comandancia de la que dependían. Tras la celebración de negociaciones germano-soviéticas en la cumbre, los alemanes deportados, que representaban el 40 por 100 del número total de los colonos especiales (un poco más de un millón de cerca de 2.750.000), fueron los primeros en beneficiarse, a partir de septiembre de 1955, de la supresión de restricciones que pesaban sobre esta categoría de proscritos. No obstante, los textos legales precisaban que la abrogación de las restricciones jurídicas, profesionales, de estado y de residencia no implicaban «ni la restitución de los bienes confiscados ni el derecho de regresar a los lugares de los que los colonos especiales habían sido desplazados»[5].

Estas restricciones resultaban muy significativas en el conjunto del proceso, parcial y gradual, de lo que se llamó «desestalinización». Llevada a cabo por un estalinista, Nikita Jrushchov, que había, como todos los dirigentes de su generación, participado directamente en la represión —deskulakización, purgas, deportaciones, ejecuciones—, la desestalinización no podía más que limitarse a la denuncia de algunos excesos del «período del culto a la personalidad». El informe secreto, leído por Jrushchov en la tarde del 24 de febrero de 1956, ante los delegados soviéticos en el XX Congreso, seguía siendo muy selectivo en su condena del estalinismo, no cuestionando nunca ninguna de las grandes decisiones del partido desde 1917. Este carácter selectivo se manifestaba tanto en la cronología de la «desviación» stalinista —fechada en 1934, excluía de la misma crímenes como la colectivización y la hambruna de 1932-1933— como en la elección de las víctimas mencionadas, todos comunistas, generalmente de estricta obediencia estalinista, pero nunca los simples ciudadanos. Al circunscribir el campo de las represiones a únicamente los comunis-

[5] V. N. Zemskov, «Massovoie osvobozdenie spetzposelentsev y ssylnyj» (La liberación masiva de los deportados especiales y de los exiliados») en *Sotsiologuicheskie Issledovania*, 1991, núm. 1, págs. 5-26.

tas, víctimas de la dictadura personal de Stalin, y a episodios concretos que no comenzaban nada más que después del asesinato de Serguei Kírov, el informe secreto eludía la cuestión central: la de la responsabilidad del partido en su conjunto y desde 1917 con respecto a la sociedad.

El informe secreto fue seguido de varias medidas concretas que completaron las disposiciones limitadas que se habían adoptado hasta entonces. En marzo-abril de 1956, todos los colonos especiales que pertenecían a uno de los «pueblos castigados» por una supuesta colaboración con la Alemania nazi, y que habían sido deportados en 1943-1945, fueron «sustraídos a la vigilancia administrativa de los órganos del ministerio del Interior», sin poder, no obstante, pretender la restitución de sus bienes confiscados ni el regreso a su región. Estas medidas a medias suscitaron la cólera de los deportados, que en numerosas ocasiones se negaron a firmar el compromiso escrito que exigía de ellos la administración en el sentido de no reclamar la restitución de sus bienes y de no regresar a su región de origen. Frente a esta actitud que testificaba un notable cambio del clima político y de las mentalidades, el Gobierno soviético realizó nuevas concesiones, al restablecer el 9 de enero de 1957 las antiguas repúblicas y regiones autónomas de los pueblos deportados que habían sido disueltas inmediatamente después de la guerra. Solo la República autónoma de los tártaros de Crimea no fue restablecida.

Durante tres décadas los tártaros de Crimea iban a combatir para que les fuera reconocido el derecho al regreso. A partir de 1957, los karachais, los calmucos, los balkares, los chechenos y los ingushes emprendieron, por decenas de miles, el camino de regreso. Las autoridades no les facilitaron nada. Estallaron numerosos incidentes entre los deportados que deseaban recuperar sus antiguas viviendas y los colonos rusos que habían sido trasladados en 1945 desde las regiones vecinas y que ocupaban esos lugares. Al carecer de *propiska,* la inscripción ante la policía local que proporcionaba el derecho jurídico de vivir en una localidad concreta, los antiguos deportados, de regreso a su tierra, se vieron obligados una vez más a instalarse en barracas improvisadas, en ciudades de chabolas, en campos de tiendas, bajo la amenaza permanente de ser arrestados en cualquier momento por infracción del régimen de salvoconductos (castigada con dos años de prisión). En julio de 1958, la capital chechena, Grozny, fue escenario de sangrientos enfrentamientos entre rusos y chechenos. La calma precaria solo fue restablecida después de que las autoridades desbloquearon algunos fondos destinados a la construcción de viviendas para los antiguos deportados[6].

Oficialmente la categoría de los colonos especiales no dejó de existir hasta enero de 1960. Los últimos deportados liberados de su situación de paria fueron los nacionalistas ucranianos y bálticos. Cansados de enfrentarse una vez más con los obstáculos administrativos planteados a su regreso por las autoridades, menos de la mitad de los deportados bálticos y ucranianos regresa-

[6] J. J. Marie, *op. cit.*, págs. 120 y ss.

ron a su tierra. Los otros sobrevivientes «echaron raíces» en su lugar de deportación.

Solo después del XX Congreso la gran mayoría de los detenidos contrarrevolucionarios fue liberada. En 1954-1955, menos de 90.000 de ellos fueron liberados. En 1956-1957, cerca de 310.000 contrarrevolucionarios abandonaron el Gulag. El 1 de enero de 1959 quedaban 11.000 presos políticos en los campos de concentración [7]. Para acelerar los procedimientos, se enviaron a los campos de concentración más de 200 comisiones especiales de revisión, y se decretaron varias amnistías. Sin embargo, la liberación no significaba todavía la rehabilitación. En dos años (1956-1957), menos de 60.000 personas fueron debidamente rehabilitadas. La inmensa mayoría debió esperar años y, a veces, décadas antes de obtener el precioso certificado. El año 1956 siguió siendo, no obstante, en la memoria colectiva, el año del «regreso», admirablemente descrito por Vassili Grossman en su relato *Todo pasa*. Este gran regreso, que se desarrollaba en el silencio oficial más absoluto, y que recordaba también que millones no regresarían jamás, solo podía engendrar un profundo desasosiego en los espíritus, un vasto trauma social y moral, un cara a cara trágico en una sociedad en la que, como escribía Lydia Chukovskaya, «a partir de ahora dos Rusias se miraban a los ojos. La que había encarcelado y la que había estado en la cárcel». Frente a esa situación, la primera preocupación de las autoridades fue la de no acceder a las demandas individuales o colectivas relacionadas con las solicitudes de incoar procedimientos contra funcionarios autores de violaciones de la legalidad socialista o referentes a los métodos ilegales de instrucción durante el período del culto a la personalidad. La única vía de recurso eran las comisiones de control del partido. En el capítulo de las rehabilitaciones, las autoridades políticas enviaron a las autoridades judiciales diversas circulares en las que se establecían las prioridades: miembros del partido y militares. No se produjo ninguna depuración.

Con la liberación de los políticos, el Gulag posestalinista vio como se mermaban sus efectivos, antes de estabilizarse, a finales de los años cincuenta y a inicios de los años sesenta, hasta llegar a la cifra de 900.000 detenidos, es decir, un núcleo duro de 300.000 detenidos y reincidentes de derecho común purgando largas condenas y 600.000 pequeños delincuentes condenados en función de leyes represivas todavía en vigor a penas que a menudo resultaban desproporcionadas en relación con el delito. Poco a poco desapareció el papel precursor del Gulag en la colonización y explotación de las riquezas naturales del gran Norte y del Extremo Oriente soviético. Los inmensos complejos penitenciarios del período estalinista se fragmentaron en unidades más pequeñas. La geografía del Gulag también se modificó: los campos volvieron a instalarse mayoritariamente en la parte europea de la Unión Soviética. El confinamiento volvió a adquirir poco a poco la función reguladora que tiene en cada sociedad, conservando, no obstante, en la URSS posestalinista especifici-

[7] V. N. Zemskov, «Gulag», *art. cit.*, pág. 14.

dades propias de un sistema que no era el del Estado de derecho. A los criminales se añadían en efecto ciudadanos «corrientes» en virtud de campañas que reprimían esporádicamente tal o cual comportamiento repentinamente juzgado intolerable —alcoholismo, gamberrismo, «parasitismo»—, así como una minoría de personas (algunos centenares por año) condenadas en su mayoría en base a los artículos 70 y 190 del nuevo Código penal promulgado en 1960.

Las diferentes medidas de liberación y las amnistías se vieron completadas por modificaciones capitales de la legislación penal. Entre las primeras medidas que reformaron la legislación estalinista figuraba un decreto de 25 de abril de 1956 que abolía la ley antiobrera de 1940 que prohibía a los obreros abandonar su empresa. Este primer paso hacia la descriminalización de las relaciones laborales fue seguido por otras varias disposiciones. Todas estas medidas parciales fueron sistematizadas por la adopción, el 25 de diciembre de 1958, de los nuevos «fundamentos del derecho penal». Estos textos hicieron desaparecer las disposiciones centrales de la legislación penal de los códigos precedentes, fundamentalmente la noción de «enemigo del pueblo» y la de «crimen contrarrevolucionario». Además, se elevó la edad de responsabilidad penal de catorce a dieciséis años; no se podían utilizar la violencia y las torturas para arrancar confesiones; el acusado debía estar obligatoriamente presente en la audiencia, defendido por un abogado informado del sumario; y salvo excepciones, las vistas debían ser públicas. El Código penal de 1960 conservaba, no obstante, diversos artículos que permitían castigar cualquier forma de desviación política o ideológica. En virtud del artículo 70, todo individuo «que realizara propaganda y que pretendiera debilitar el poder soviético... mediante afirmaciones calumniosas que denigraran al Estado y a la sociedad» podía ser objeto de una pena de campo de concentración de seis meses a siete años, seguida de destierro interior por un período de dos a cinco años. El artículo 190 condenaba cualquier «no denuncia» del delito de antisovietismo con una pena de uno a tres años de campo de concentración o una pena equivalente de trabajos de interés colectivo. En los años sesenta y setenta, estos dos artículos fueron ampliamente utilizados contra las formas de «desviacionismo» político o ideológico. El 90 por 100 de algunos centenares de personas condenadas cada año por «antisovietismo» lo fueron en virtud de estos dos artículos.

En el curso de estos años de «deshielo» político y de mejora global del nivel de vida, pero en el que la memoria de la represión seguía siendo viva, las formas activas de desacuerdo o de contestación continuaron siendo extremadamente minoritarias: durante la primera mitad de los años sesenta los informes del KGB reconocían 1.300 «opositores» en 1961, 2.500 en 1962, 4.500 en 1964 y 1.300 en 1965 [8]. En los años sesenta-setenta tres categoría de ciudadanos fueron objeto de una vigilancia «estrecha» por parte de los servicios del

[8] N. Werth, G. Moullec, *op. cit.*, págs. 501-503.

KGB: las minorías religiosas (católicos, bautistas [9], pentecostales, adventistas), las minorías nacionales más afectadas por la represión en el curso del período estalinista (bálticos, tártaros de Crimea, alemanes, ucranianos de las regiones occidentales, donde la resistencia a la sovietización había sido particularmente fuerte), y la intelligentsia creadora que se adhería al movimiento «disidente» aparecido a inicios de los años sesenta [10].

Después de una última campaña anticlerical, que se inició en 1957 y que, en su mayor parte, se limitó a la clausura de numerosas iglesias que habían vuelto a ser abiertas durante la guerra, la confrontación entre el Estado y la Iglesia ortodoxa fue sucedida por la cohabitación. La atención de los servicios especializados del KGB se dirigió más particularmente a las minorías religiosas sospechosas no tanto por sus convicciones religiosas como por el apoyo que se sospechaba que recibían del extranjero. Algunos datos dispersos testifican del aspecto marginal de este fenómeno: en 1973-1975 fueron arrestados 116 bautistas; en 1984, 200 bautistas purgaban una pena de prisión o de campo de concentración siendo la duración media de las condenas de un año.

En Ucrania occidental, que había sido durante mucho tiempo una de las regiones más reticentes a la sovietización, una decena de «grupúsculos nacionalistas», herederos del OUN, fueron desmantelados en Ternopol, Zaporozhie, Ivano Frankovsk y Lviv, en los años 1961-1973. Las penas aplicadas a los miembros de estos grupúsculos se escalonaban generalmente entre los cinco y los diez años de campos de concentración. En Lituania, otra región sometida brutalmente durante los años cuarenta, las fuentes locales señalan un número muy limitado de arrestos en los años sesenta-setenta. El asesinato de tres sacerdotes católicos en 1981 en circunstancias sospechosas que implicaban probablemente a los servicios del KGB, fue considerado como una provocación intolerable.

Hasta la desaparición de la Unión Soviética, el problema de los tártaros de Crimea, deportados en 1944 y cuya república autónoma no había sido restablecida, siguió siendo una pesada herencia del período estalinista. Desde finales de los años cincuenta, los tártaros de Crimea, instalados mayoritariamente en Asia central, entablaron —señal de que los tiempos habían cambiado mucho— una campaña de peticiones que pretendían su rehabilitación colectiva y que se les autorizara a regresar a su tierra. En 1966 una petición de 130.000 firmas fue depositada por una delegación tártara en el XXIII Congreso del partido. En septiembre de 1967, un decreto del Presidium del

[9] Suele ser habitual utilizar el término «baptista» al referirse a esta confesión religiosa. Hemos preferido el de «bautista» por ser la denominación que utilizan sus propios fieles en España y países de habla hispana. En la antigua URSS —al igual que en la CEI actual— se daba el nombre de bautista, sin embargo, no solo a los fieles de esta fe sino, en general, a todos los evangélicos como, por ejemplo, los mennonitas o las Iglesias libres. *(N. del T.)*

[10] L. Alexeieva, *Soviet Dissent, Contemporary Movements for National, Religious and Human Rights*, Wesleyan UP, 1985, es la síntesis más completa sobre los movimientos disidentes, de donde se citan los datos aquí presentados con rapidez.

Soviet Supremo anuló la acusación de «traición colectiva». Tres meses más tarde, un nuevo decreto autorizó a los tártaros a instalarse en la localidad de su elección, a condición de que respetaran la legislación sobre los salvoconductos, lo que implicaba un contrato de trabajo en regla. De 1967 a 1978, menos de 15.000 personas —es decir, un 2 por 100 de la población tártara— llegaron a arreglar su situación en relación con la ley de salvoconductos. El movimiento de los tártaros de Crimea se valió del compromiso en favor de la causa tártara del general Grigorenko, detenido en mayo de 1969 en Tashkent y transferido a un hospital psiquiátrico, una forma de confinamiento que afectó en los años setenta a varias decenas de personas cada año.

Generalmente, los historiadores establecen los inicios de la disidencia en el primer proceso político público de la época posestalinista, el proceso de los escritores Andrey Siniavski y Yuri Daniel en febrero de 1966. El 5 de diciembre de 1965, poco tiempo después del arresto de los escritores, tuvo lugar en la plaza Pushkin de Moscú una manifestación de apoyo que reunió a una cincuentena de personas. Los disidentes —algunos centenares de intelectuales a mediados de los años sesenta, entre 1.000 y 2.000 en el apogeo del movimiento una década más tarde— inauguraban una vía radicalmente diferente de oposición. En lugar de negar la legitimidad del régimen, exigían el estricto respeto de las leyes soviéticas, de la constitución y de los acuerdos internacionales firmados por la Unión Soviética. Las modalidades de la acción disidente se llevaban a cabo de conformidad con este nuevo principio: rechazo de la clandestinidad, transparencia del movimiento y amplia publicidad de las acciones emprendidas gracias al recurso, tan frecuente como posible, a la conferencia de prensa con invitación de corresponsales extranjeros.

En la relación de fuerzas, desproporcionadas, entre algunos centenares de disidentes y el Estado soviético, el peso de la opinión internacional se convirtió en determinante, especialmente después de la aparición en Occidente a finales de 1973 del libro de Aleksandr Solzhenitsyn *Archipiélago Gulag*, seguido de la expulsión de la URSS del escritor. En algunos años, gracias a la acción de una ínfima minoría, la cuestión de los derechos humanos en la URSS se convirtió en un asunto de importancia internacional y en un tema central de la Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa que se inició en 1973 en Helsinki. El acta final de la conferencia, firmada por la URSS, reforzó la posición de los disidentes, que organizaron en aquellas ciudades donde estaban implantados (Moscú, Leningrado, Kiev, Vilnius, etc.), «comités de vigilancia de los acuerdos del Helsinki» encargados de transmitir cualquier información sobre las violaciones de derechos humanos. Este trabajo de información había sido emprendido, en condiciones más difíciles, desde 1968, con la aparición, cada dos o tres meses, de un boletín clandestino, la *Crónica de los sucesos corrientes*, que señalaba las formas más diversas de atentado contra las libertades. En el nuevo contexto de internacionalización de la cuestión de los derechos humanos en la URSS, la maquinaria política se vio en parte frenada. Puesto que el opositor era conocido, su arresto ya no pasaba

inadvertido, y las informaciones sobre su suerte circulaban rápidamente por el extranjero. De manera significativa, el ciclo policial evolucionaba, por añadidura, estrechamente relacionado con los altibajos de la «distensión»: los arrestos fueron más numerosos en 1968-1972 y en 1979-1982 que en los años 1973-1976. Es imposible, en el estado de la documentación actual, elaborar un balance preciso del número de personas detenidas por motivos políticos en los años 1960-1985. Las fuentes disidentes señalan algunos centenares de arrestos en los años más duros. En 1970, la *Crónica de los sucesos corrientes* hizo referencia a seiscientas condenas, de las cuales veinte fueron de «reclusión profiláctica» en un hospital psiquiátrico. Para 1971, las cifras citadas por la *Crónica* fueron, respectivamente, de 85 y 24. En el curso de los años 1979-1981, años de confrontación internacional, fueron detenidas unas quinientas personas.

En un país en el que el poder siempre había sido ajeno a la expresión libre de opiniones disconformes que pusieran de manifiesto su desacuerdo con la naturaleza misma de este mismo poder, el fenómeno de la disidencia, expresión de una oposición radical y de otra concepción política que defendía, frente a los derechos de la colectividad, los del individuo, no podía tener un influjo directo sobre el cuerpo social. El verdadero cambio dependía de otro ámbito: de las múltiples esferas de autonomía social y cultural que se habían desarrollado a partir de los años sesenta-setenta y, más todavía, a mediados de los años ochenta, con la toma de conciencia, por una parte de las elites políticas, de la necesidad de un cambio tan radical como el que se había producido en 1953.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Esta síntesis no tiene la pretensión de presentar revelaciones sobre el ejercicio de la violencia estatal en la URRS y sobre las formas de represión puestas en funcionamiento durante la primera mitad de la existencia del régimen soviético. Esta especificidad ha sido desde hace mucho tiempo explorada por los historiadores que no han esperado a la apertura de los archivos para trazar las principales secuencias y la amplitud del terror. Por el contrario, el acceso a las fuentes permite el establecimiento de un primer balance en su desarrollo cronológico, en su aspecto cuantitativo y en sus formas. Ese bosquejo constituye una primera etapa en el establecimiento de un inventario de cuestiones sobre las prácticas de la violencia, su recurrencia y su significado en diferentes contextos.

Esta vía se inserta en un vasto trabajo abierto, desde hace una década, tanto en Occidente como en Rusia. Desde la apertura —incluso parcial— de los archivos, los historiadores han buscado ante todo confrontar la historiografía constituida en «la anormalidad» con las fuentes disponibles de ahora en adelante. Así, desde hace algunos años, numerosos historiadores, sobre todo rusos, han dado a conocer materiales, hoy en día fundamentales, que han servido de base para todos los estudios recientes y en curso. Varios terrenos han sido objeto de estudio privilegiado, en particular el universo concentracionario, el enfrentamiento entre el poder y los campesinos, y los mecanismos de toma de decisión en la cumbre. Algunos historiadores como Zemskov y N. Bugai, han llevado a cabo, por ejemplo, un primer balance cuantitativo de las deportaciones durante el conjunto del período estalinista. V. P. Danilov en Rusia y Graziosi en Italia han puesto de manifiesto, a la vez, la continuidad y la centralidad de los enfrentamientos entre el nuevo régimen y el campesinado. Partiendo de los archivos del Comité central, O. Jlevnyuk ha aportado abundantes aclaraciones sobre el funcionamiento del «primer círculo del Kremlin».

Apoyándome en estas investigaciones, he intentado trazar, a partir de 1917, el desarrollo de estos ciclos de violencia que se encuentran en el núcleo

de la historia social, todavía por escribir en buena medida, de la Unión Soviética. Al retomar una trama ampliamente explorada por los «precursores» que han reconstituido *ex nihilo* los recodos trágicos de esta historia, he seleccionado las fuentes que me han parecido más paradigmáticas en relación con la diversidad de las formas de violencia y de represión, con las prácticas y los grupos que fueron víctimas de las mismas, pero también con los desfases y las contradicciones: violencia extrema del discurso leninista en relación con los opositores mencheviques, de los que habría que «fusilar a todos», pero que, en cuanto a los hechos, fueron, más frecuentemente, encarcelados. La violencia extrema de los destacamentos de requisa que a finales de 1922 continuaban aterrorizando los campos incluso aunque la NEP había sido decretada por el centro desde hacía más de un año. La alternancia contradictoria, en los años treinta, entre fases espectaculares de arrestos masivos y puestas en libertad en el cuadro de un campaña de «descongestionamiento de las prisiones». Detrás de la multiplicidad de los casos presentados, la intención ha sido proceder a un inventario de las formas de violencia y de represión que amplíe el campo de los cuestionamientos sobre los mecanismos, la amplitud y el sentido del terror de masas.

La permanencia de estas prácticas hasta la desaparición de Stalin y su incidencia determinante en la historia social de la URSS justifica, desde mi punto de vista, la ubicación de la historia política en un segundo plano por lo menos durante la primera etapa. En este esfuerzo de reconstrucción se mezcla un ensayo de síntesis que da cuenta de los conocimientos antiguamente o más recientemente adquiridos y de los documentos que interpelan y suscitan nuevas preguntas. Estos son, por regla general, informes de campo —correspondencia de los funcionarios locales sobre la hambruna, informes de la cheka local sobre las huelgas obreras de Tula, informes de la administración concentracionaria sobre el estado de los detenidos— que sitúan ante nuestros ojos realidades concretas y situaciones límites de este universo de extrema violencia.

Para poder despejar los diversos cuestionamientos surgidos en el curso de este estudio, hay que recordar, en primer lugar, los diferentes ciclos de violencia y de represión.

El primer ciclo, que abarca de finales de 1917 a finales de 1922, se abre con la toma del poder que, para Lenin, pasa necesariamente por una guerra civil. Después de una fase muy breve de instrumentalización de la violencia espontánea que emanaba de la sociedad, que actuó como tantas fuerzas disolventes del «antiguo orden», se asiste, desde la primavera de 1918, a una ofensiva deliberada contra el campesinado, que, más allá de los enfrentamientos militares entre «rojos» y «blancos», moldeará, durante varias décadas, las prácticas de terror y condicionará la impopularidad asumida por el poder político. Lo que sobrecoge, a pesar de los aspectos relacionados con la precariedad del poder, es la negativa a cualquier negociación, la huida hacia adelante frente al obstáculo, que ilustran de manera muy particular las represiones

desencadenadas contra «el aliado natural» de los bolcheviques, los obreros, no siendo, desde este punto de vista, la revuelta de Kronstadt más que una conclusión. Este primer ciclo no se detiene ni con la derrota de los blancos ni con la NEP: se prolonga con una dinámica desarrollada por una base formada en la violencia y no se detiene más que con la hambruna de 1922 que aniquila las últimas resistencias campesinas.

¿Qué sentido se puede dar a la corta pausa que de 1923 a 1927 interrumpe dos ciclos de violencia? Varios elementos hablan en favor de una salida progresiva de la cultura de guerra civil: los efectivos de la policía política disminuyen fuertemente, se constata una tregua con el campesinado y el inicio de una reglamentación jurídica. No obstante, la policía política no solamente no desaparece, sino que conserva sus funciones de control, de supervisión y de elaboración de fichas. La brevedad misma de esta pausa relativiza su sentido.

Si el primer ciclo de represión se inscribe en un contexto de enfrentamientos directos y generalizados, el segundo se inicia con una ofensiva asumida por el grupo estalinista contra el campesinado en un contexto de luchas políticas en la cumbre. De una parte y de otra, este resurgimiento de una extrema violencia es contemplado como un nuevo comienzo. El poder político se vincula con las prácticas experimentadas algunos años antes. Los mecanismos ligados a la brutalización de las relaciones sociales en el curso del primer ciclo desencadenan una nueva dinámica de terror, pero también de regresión para el cuarto de siglo siguiente. Esta segunda guerra declarada contra el campesinado es decisiva en el proceso de institucionalización del terror como forma de gobierno. Y lo es por varias razones: se desarrolla, en parte, sobre una instrumentalización de las tensiones sociales, revelando el viejo fondo de violencia «arcaica» presente en el mundo rural; inaugura el sistema de las deportaciones en masa; es el contexto en el que se forman los cuadros políticos del régimen. Finalmente, al instituir un método depredador que desorganiza el conjunto del ciclo productivo, el sistema «de explotación militar feudal» del campesinado, según la fórmula de Bujarin, desemboca en una nueva forma de servidumbre y abre el camino a la experiencia extrema del estalinismo: la hambruna de 1933, que ella sola ocupa el lugar principal en el balance de víctimas del período estalinista. Después de esta situación límite —nadie para sembrar, ningún sitio en las prisiones— se establece brevemente un período de tregua que dura dos años: se libera, por primera vez, en masa. Pero las raras medidas de apaciguamiento generan nuevas tensiones: los hijos de los kulaks deportados recuperan sus derechos cívicos, pero no se les autoriza a regresar a sus anteriores lugares de residencia.

A partir de la guerra contra el campesinado, ¿cómo se encadenan y se articulan las diferentes secuencias del terror en el curso de los años treinta y de la década siguiente? Para discernirlas, podemos apoyarnos en diferentes aspectos, como la intensidad y la radicalidad de las represiones. El tiempo de «gran terror» concentra, en menos de dos años (finales de 1936-finales de 1938), más del 85 por 100 de las condenas a muerte pronunciadas por tribu-

nales de excepción durante el conjunto del período estalinista. En el curso de esos años, la sociología de las víctimas es confusa: la considerable proporción de cuadros ejecutados o detenidos no puede enmascarar la muy considerable diversidad sociológica de las víctimas liquidadas al «azar» en virtud de las cuotas que había que cumplir. Esta represión, «en todas las direcciones» ciega y bárbara, ¿no traduce, en este apogeo paroxístico del terror, una incapacidad para resolver numerosos obstáculos y solventar los conflictos de otra manera que no sea mediante la liquidación?

Otro aspecto de las secuencias de la represión nos viene dado por la tipología de los grupos víctimas. Sobre el fondo de la penalización creciente de las relaciones sociales, se constatan varias ofensivas concretas en el curso de la década, de las que la última afecta al «pueblo llano» de las ciudades a partir de 1938 en virtud de un reforzamiento de la legislación antiobrera.

A partir de 1940, en el contexto de la sovietización de los nuevos territorios anexionados, después de la «gran guerra patria», se pone en funcionamiento una nueva secuencia de represión caracterizada, a la vez, por la designación de nuevos grupos víctimas, «nacionalistas» y «pueblos enemigos», y por la sistematización de las deportaciones masivas. Se pueden observar las premisas de esta nueva oleada desde 1936-1937, notablemente con la deportación de los coreanos en un contexto de endurecimiento de la política de fronteras.

La anexión, a partir de 1939, de las regiones orientales de Polonia, y después de los países bálticos, da lugar, a la vez, a la eliminación de los representantes denominados «de la burguesía nacionalista» y a la deportación de grupos minoritarios específicos —polacos de Galitzia oriental, por ejemplo—. Esta última práctica se amplía en el curso mismo de la guerra, desafiando las urgencias vitales de la defensa de un país amenazado por el aniquilamiento. Las deportaciones sucesivas de grupos enteros —alemanes, chechenos, tártaros, calmucos...— revelan, entre otras cosas, la maestría adquirida en este tipo de operaciones desde el inicio de los años treinta. Estas prácticas no quedan circunscritas al período de la guerra. Se prosiguen, bajo una forma selectiva, a lo largo de los años cuarenta, en el marco de un largo proceso de pacificación-sovietización de las nuevas regiones incorporadas al Imperio. La afluencia, durante este período, de importantes contingentes nacionales al Gulag modifica además profundamente la configuración del universo concentracionario, donde los representantes de los «pueblos castigados» y los resistentes nacionales ocupan además un lugar preponderante.

En paralelo, al concluir la guerra, se asiste a un nuevo endurecimiento de la penalización de los comportamientos sociales, que tiene como consecuencia un crecimiento ininterrumpido de los efectivos del Gulag. Este período de posguerra señala, por lo tanto, el apogeo numérico del Gulag, pero también el inicio de la crisis del universo concentracionario, hipertrofiado, acribillado por múltiples tensiones y caracterizado por una rentabilidad económica cada vez más problemática.

Además, los últimos años de este gran ciclo estalinista, todavía muy mal conocidos, dan testimonios de las consecuencias específicas de este período: sobre un fondo de reactivación de un antisemitismo latente, el regreso de la figura de la conspiración pone en escena la rivalidad de fuerzas mal identificadas —clanes en el seno de la policía política u organizaciones regionales del partido—. Los historiadores se ven, por lo tanto, obligados a interrogarse sobre la eventualidad de una última campaña, un nuevo gran terror, del que la población judía soviética en particular habría sido la víctima.

Esta breve rememoración de los primeros treinta y cinco años de la historia de la URSS subraya la permanencia de prácticas de violencia extrema como forma de gestión política de la sociedad.

¿No resulta necesario, por lo tanto, retomar la cuestión clásica de la continuidad entre el primer ciclo «leninista» y el segundo ciclo «estalinista» y la de si el primero prefiguró al segundo? La configuración histórica es, en los dos casos, evidentemente, incomparable. El «terror rojo» se enraíza en el otoño de 1918, en un contexto de enfrentamientos generalizados, y el carácter extremo de las represiones llevadas a cabo encuentra, en parte, su sentido en esta coyuntura radical. Por el contrario, la reanudación de la guerra contra el campesinado, que está en el fundamento del segundo ciclo de violencias, se produce en un país pacificado y plantea la cuestión de la prolongada ofensiva desencadenada contra la inmensa mayoría de la sociedad. Más allá de la dimensión irreductible de esta diferencia contextual, el ejercicio del terror como instrumento fundamental al servicio del proyecto político leninista queda enunciado antes incluso del desencadenamiento de la guerra civil y es también asumido como programa de acción que se desea, es verdad, sea transitorio. Desde este punto de vista, la breve tregua de la NEP y los complejos debates entre los dirigentes bolcheviques acerca de las vías de desarrollo continúan planteando la cuestión de una normalización posible y de la superación de las formas de represión como única manera de resolución de las tensiones sociales y económicas. En realidad, durante estos años, el mundo rural vivió en una situación de relegación, y la relación entre el poder y la sociedad se caracterizó, en gran medida, por una ignorancia recíproca.

La guerra contra el campesinado que une los dos ciclos de violencia se revela dotada de una naturaleza de matriz en la medida en que parece despertar las prácticas experimentadas y desarrolladas durante los años 1918-1922: campañas de requisas forzadas, sobre un fondo de instrumentalización de las tensiones sociales en el seno del campesinado, enfrentamientos directos y ascenso, estimulado, de formas de brutalidad arcaica. De una y otra parte, ejecutores y víctimas tienen la convicción de que están volviendo a vivir una historia ya conocida.

Incluso si la época estalinista nos sumerge en el corazón de un universo específico por razones evidentes, que se mantienen en el origen del terror como elemento constitutivo de una manera de gobierno y de gestión de la sociedad, tenemos que preguntarnos por las filiaciones que se han sugerido en

relación con los distintos aspectos de la represión. A este respecto, se puede considerar la cuestión de la deportación en relación con un primer caso de importancia: la descosaquización de 1919-1920. En el contexto de la recuperación de los territorios cosacos, el Gobierno desencadena una operación de deportación que afecta al conjunto de la población autóctona. Esta operación es la continuación de una primera ofensiva que había afectado a los cosacos más acomodados, pero que había dado lugar a un «exterminio físico masivo» en razón del celo demostrado por los agentes locales en el cumplimiento de su tarea. Por varias razones, este acontecimiento prefigura prácticas y actuaciones que se realizarán, en otra escala y en un contexto diferente, diez años más tarde: estigmatización de un grupo social, desbordamiento de las directivas en el contexto local, y después iniciativa de erradicación a través de la deportación. Hay, en todos estos elementos, turbadoras similitudes con las prácticas de la deskulakización.

Por el contrario, si se amplía la reflexión al fenómeno más general de la exclusión colectiva, al aislamiento de los grupos enemigos, con la creación como corolario, en el curso de la guerra civil, de todo un sistema de campos de concentración, nos vemos obligados a subrayar, por el contrario, las considerables diferencias existentes entre los dos ciclos de represión. El desarrollo de los campos de concentración durante la guerra civil y, en los años veinte, la práctica de la relegación carecen de punto de comparación, en sus objetivos y en su realidad, con el universo concentracionario tal y como se desarrollará en los años treinta. Efectivamente, la gran reforma de 1929 no conduce solamente al abandono de las formas de detención ordinarias. Coloca los cimientos de un sistema nuevo, caracterizado, entre otras cosas, por el trabajo forzado. La aparición y el desarrollo del fenómeno del Gulag nos lleva de regreso a la cuestión central de la existencia o no de un diseño destinado a excluir y a instrumentalizar de manera duradera la exclusión en un verdadero proyecto de transformación económica y social. Varios elementos hablan en favor de esta tesis y la convierten en objeto de importantes desarrollos. En primer lugar, la planificación del terror —tal y como se manifiesta a través de la política de cuotas a partir de deskulakización y hasta el gran terror— puede ser interpretada como una de las expresiones de este proyecto. La consulta de los archivos confirma esta obsesión por el cuidado contable que anima a los diversos escalones de la administración desde la cima hasta la base. Los balances regulares y repletos de cifras testifican aparentemente la perfecta maestría, debida a los dirigentes, del proceso de represión. También permiten al historiador reconstituir en su complejidad las escalas de intensidad, protegiéndose de todo exceso contable. La cronología de las diversas oleadas represivas, mejor conocida hoy en día, confirma, en cierta medida, la percepción de una sucesión ordenada de operaciones.

Sin embargo, la reconstitución del conjunto del proceso de represión, de la cadena de transmisión de órdenes y de la manera en que se aplicaron, y del desarrollo de las operaciones permite, en muchos aspectos, percibir un plan

concebido, diseñado e inscrito a largo plazo. Si se aborda fundamentalmente la cuestión de la planificación represiva, se constatan los numerosos altibajos y los fallos repetidos en las diferentes fases de las operaciones. Desde ese punto de vista, uno de los ejemplos más notables es el de esa deportación sin destino de los kulaks, dicho de otra manera, esa deportación-abandono que da la medida de la improvisación y del caos reinante. De la misma manera, las «campañas de descongestión» de los lugares de detención subrayan la ausencia clara de dirección. Si se aborda en el presente el proceso de transmisión y de ejecución de las órdenes, solo se puede constatar la importancia de los fenómenos de anticipación, de «exceso de celo» o de «deformación del plan» que se manifiestan en el área.

Si volvemos a examinar la cuestión del Gulag, el interés y los objetivos de lo que se convirtió en sistema son mucho más complejos y difíciles de discernir a medida que la investigación avanza. Frente a la visión de un orden estalinista del que el Gulag sería el rostro «negro», pero conseguido, los documentos hoy en día disponibles sugieren más bien las numerosas contradicciones que afloran en el universo concentracionario: las llegadas sucesivas de grupos reprimidos parecen con mucha frecuencia contribuir más a la desorganización del sistema de producción que a la mejora de su eficacia. A pesar de una categorización muy elaborada de la condición de los reprimidos, las fronteras entre los diversos universos parecen tenues, incluso inexistentes. Finalmente, la cuestión de la rentabilidad económica de este sistema de explotación sigue siendo objeto de controversia.

Frente a estas diferentes constataciones de contradicciones, de improvisaciones y de efectos de encadenamiento, se han formulado varias hipótesis en relación con las razones que, en la cima, condujeron a reactivar periódicamente las dinámicas de represión de masas y las lógicas provocadas por el movimiento propio de violencia y de utilización del terror.

Para intentar discernir los móviles que estuvieron en el origen del desencadenamiento del gran ciclo estalinista de represión, los historiadores han puesto de manifiesto la parte de improvisación y de huida hacia adelante que se produjo en la dirección del «gran cambio» hacia la modernización. Esta dinámica de ruptura presenta, de entrada, el aspecto de una ofensiva de tal amplitud que el poder no puede tener la ilusión de controlarla más que en virtud de una radicalización creciente de las prácticas de terror. Nos encontramos entonces sumidos en un movimiento de violencia extrema cuyos mecanismos y efectos en cadena, y cuyo carácter desmesurado, escapan ampliamente a sus contemporáneos y siempre a los historiadores. El proceso mismo de represión, única respuesta a los conflictos y a los obstáculos encontrados, genera, a su vez, movimientos incontrolados que alimentan la espiral de la violencia.

Este fenómeno central del terror en la historia política y social de la URSS plantea hoy en día cuestiones cada vez más complejas. Las investigaciones actuales desmontan, siquiera en parte, las tesis que durante mucho tiempo han dominado el terreno de la sovietología. Al preservarse de la ambición de

querer aportar una explicación global y definitiva de un fenómeno que, por su desmesura, se resiste al entendimiento, se orienta más bien hacia el análisis de los mecanismos y de las dinámicas de la violencia.

Con esa perspectiva, las zonas de sombra continúan siendo muy numerosas, siendo la más importante la de los comportamientos sociales en funcionamiento en el ejercicio de la violencia. Si hay que subrayar la parte que falta en el trabajo de investigación —¿quiénes eran los ejecutores?—, se debe también preguntar de manera permanente a la sociedad en su conjunto, víctima, pero que también formó parte de lo que sucedió.

1
La Komintern en acción

por
Stéphane Courtois y Jean-Louis Panné

Nada más acceder al poder, Lenin soñó con extender el ardor revolucionario primero a Europa y luego a todo el mundo. Este sueño respondía al famoso lema del *Manifiesto del Partido Comunista* de Marx, de 1848: «Proletarios del mundo, uníos». Y al mismo tiempo provenía de una necesidad imperiosa: la revolución bolchevique no podría mantenerse en el poder y extenderse si no era protegida, sostenida y relevada por otras revoluciones en los países más avanzados —Lenin pensaba principalmente en Alemania, que tenía un proletariado muy organizado y una formidable capacidad industrial—. Muy pronto, esta necesidad coyuntural se transformó en un auténtico proyecto político: la revolución mundial.

Por el momento, los acontecimientos parecieron darle la razón al dirigente líder bolchevique. La disgregación de los imperios alemán y austro-húngaro, como consecuencia de la derrota militar de 1918, provocó en Europa una conmoción política, acompañada de una gran agitación revolucionaria. Incluso antes de que los bolcheviques hubieran podido tomar cualquier iniciativa que no fuera verbal y propagandística, la revolución surgía de forma espontánea tras la derrota alemana y austro-húngara.

La revolución en Europa. Alemania fue el primer país afectado, incluso antes de la capitulación, con una sublevación general de la flota de guerra. El fracaso del Reich y la aparición de una república dirigida por los socialdemócratas, no pudieron evitar algunos violentos sobresaltos procedentes tanto del ejército, la policía y los grupos ultranacionalistas como de los revolucionarios admiradores de la dictadura bolchevique.

En diciembre de 1918, Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht publicaban en Berlín el programa del grupo Espartaco, el cual, algunos días más tarde, abandonó el partido Socialdemócrata Independiente para fundar, uniéndose con otras organizaciones, el partido Comunista Alemán (KPD). Desde principios de enero de 1919, los espartaquistas, dirigidos por Karl Liebknecht —que rechazaba la idea de la elección de una asamblea constituyente, al ser mucho más extremista que Rosa Luxemburgo [1] y seguir el modelo leninista—, intentaron en Berlín una insurrección que fue aplastada por los militares a las órdenes del Gobierno socialdemócrata. Los dos dirigentes fueron detenidos y asesinados el 15 de enero. Lo mismo ocurrió en Baviera, donde, el 13 de abril de 1919, un dirigente del KPD, Eugen Leviné, presidió una República de los Consejos, nacionalizó los bancos y comenzó a organizar un ejército rojo. Esta comuna de Munich fue aplastada por los militares el 30 de abril, y Leviné, detenido el 13 de mayo, fue juzgado y condenado a muerte por un tribunal militar, y fusilado el 5 de julio.

El ejemplo más conocido de este impulso revolucionario es el de Hungría, una Hungría vencida que no admitía la pérdida de Transilvania impuesta por los aliados vencedores [2]. Fue el primer caso en el que los bolcheviques pudieron exportar su revolución. A principios de 1918, el partido bolchevique había reagrupado en su seno a todos los simpatizantes que no eran rusos en una federación de grupos comunistas extranjeros. Así pues, existía en Moscú un grupo húngaro, formado en su mayor parte por antiguos prisioneros de guerra, que, en octubre de 1918, envió a una veintena de sus miembros a Hungría. El 4 de noviembre, se fundó en Budapest el Partido Comunista de Hungría (PCH), muy pronto dirigido por Béla Kun. Prisionero de guerra, Kun se había incorporado con entusiasmo a la revolución bolchevique y había llegado a convertirse en presidente de la federación de grupos extranjeros en abril de 1918. Al llegar a Hungría en noviembre acompañado de 80 militantes, fue elegido para dirigir el partido. Se calcula que entre finales de 1918 y principios de 1919 llegaron a Hungría de 200 a 300 «agitadores» y agentes secretos. Gracias al apoyo económico de los bolcheviques, los comunistas húngaros pudieron extender su propaganda y aumentar su influencia.

El periódico oficial de los socialdemócratas, el *Nepszava (La Voz del Pueblo)*, totalmente contrario a los bolcheviques, fue atacado el 18 de febrero de 1919 por una multitud de parados y soldados movilizados por los comunistas, que tenían la intención de apoderarse de él o de destruir su imprenta. La policía intervino y se produjeron ocho muertos y un centenar de heridos. Esa misma noche, Béla Kun y su Estado Mayor fueron detenidos. En la prisión central, los detenidos fueron apaleados por los agentes de policía que querían vengar la muerte de sus compañeros en el asalto del *Nepszava*. El presidente húngaro, Miguel Karolyi, envió a su secretario a informarse del estado de salud del dirigente comunista, quien, a partir de entonces, se benefició del régimen liberal de Karolyi, lo que le permitió continuar sus acciones e invertir muy pronto la situación. El 21 de marzo, estando todavía en prisión, obtuvo un gran triunfo: la fusión del PCH y del Partido Socialdemócrata. Al mismo tiempo, la dimisión del presidente Karolyi abría el camino a la proclamación de la República de los Consejos, a la liberación de los comunistas encarcelados y a la organización, siguiendo el modelo bolchevique, de un consejo de Estado revolucionario constituido por los comisarios del pueblo. Esta República duró 133 días, desde el 21 de marzo hasta el 1 de agosto de 1919.

[1] En su último artículo aparecido en *Die Rote Fahne (La bandera roja)*, Liebknecht da rienda suelta a un lirismo revolucionario muy revelador: «Ante el estruendo del colapso económico que se avecina, el ejército aún adormecido de los proletarios se despertará como al sonido de las trompetas del juicio final, y los cuerpos de los combatientes asesinados resucitarán...».

[2] Arthur Koestler vio en ello una de las principales causas de la comuna húngara que «fue consecuencia directa de la política occidental, al dar las principales democracias la espalda a sus aliados liberales».; cf. *La Corde raide*, Robert Laffont, «Bouquins», 1994.

Ya en su primera reunión, los comisarios decidieron crear unos tribunales revolucionarios cuyos jueces fueran elegidos por el pueblo. En constante contacto telegráfico con Budapest a partir del 22 de marzo (218 mensajes intercambiados), Lenin, a quien Béla Kun había saludado como jefe del proletariado mundial, aconsejó fusilar a los socialdemócratas y a «los pequeños burgueses». En su discurso del 27 de marzo de 1919 a los obreros húngaros justificaba de este modo este empleo del terror: «Esta dictadura [del proletariado] exige el ejercicio de una violencia implacable, pronta y decidida, con el fin de acabar con la oposición de los explotadores, de los capitalistas, de los grandes hacendados y de sus secuaces. Quien no haya comprendido esto no es un revolucionario». Pronto, los comisarios de Comercio, Matyas Rakosi, y de Asuntos Económicos, Eugen Varga, así como el dirigente de los tribunales populares, perdieron las simpatías de los comerciantes, los empleados y los abogados. Una proclama fijada en las paredes resumía el espíritu del momento: «¡En el Estado del proletariado, solo los que trabajan tienen derecho a vivir!». El trabajo se convirtió en obligatorio, las empresas de más de veinte obreros fueron expropiadas, luego las de diez e incluso las de número inferior.

El ejército y la policía fueron disueltos y se creó un nuevo ejército formado por voluntarios firmemente revolucionarios. Enseguida se organizó un «comando de terror del consejo revolucionario del gobierno», conocido también con el nombre de «muchachos de Lenin». Asesinaron a una decena de personas entre las que se encontraban un joven alférez de la marina, Ladislas Dobsa, antiguo primer subsecretario de Estado y su hijo, director de ferrocarriles, y tres oficiales de policía. Los «muchachos de Lenin» estaban a las órdenes de un antiguo marino, József Czerny, que los reclutaba entre los comunistas más radicales, en su mayor parte antiguos prisioneros de guerra que habían participado en la Revolución rusa. Czerny se alió a Szamuely, el dirigente comunista más radical, oponiéndose a Béla Kun, quien llegó a proponer la disolución de los «muchachos de Lenin». Como respuesta, Czerny reunió a sus hombres y les ordenó tomar la Casa de los soviets donde Béla Kun recibió

el apoyo del socialdemócrata József Haubrich, comisario del pueblo adjunto de la Guerra. Finalmente se llevó a cabo una negociación, y los hombres de Czerny aceptaron incorporarse al comisariado del pueblo para Interior o unirse al ejército optando la mayoría por esta última posibilidad.

Al frente de una veintena de «muchachos de Lenin», Tibor Szamuely se dirigió a Szolnok, primera ciudad ocupada por el ejército rojo húngaro, y mandó ejecutar a varias personalidades acusadas de colaborar con los rumanos, considerados como enemigos desde un punto de vista nacional (por el asunto de Transilvania) y político (el régimen rumano era contrario al bolchevismo). Un judío, estudiante de instituto, que acudió a solicitar el indulto para su padre, fue ejecutado por haber llamado a Szamuely «bestia salvaje». El jefe del ejército ruso intentó en vano refrenar el ardor terrorista de Szamuely, quien, con un tren que había requisado, circulaba por toda Hungría colgando a los campesinos que se oponían a las medidas de colectivización. Acusado de haber cometido ciento cincuenta asesinatos, su adjunto József Kerekes confesaría más tarde haber fusilado a cinco personas y colgado con sus propias manos a otras. No se sabe a ciencia cierta el número exacto de ejecuciones. Arthur Koestler sostiene que fueron menos de 500[3]. Sin embargo, añade: «No niego que el comunismo en Hungría degeneró, con el tiempo, en un estado totalitario y policial, al seguir obligatoriamente el ejemplo de su modelo ruso. Pero esta certeza, recientemente adquirida, no disminuye en nada el ardor lleno de esperanza de los primeros días de la revolución...». Los historiadores atribuyen a los «muchachos de Lenin» 80 de las 129 ejecuciones contabilizadas, pero probablemente habría que incluir algunos centenares más.

Al aumentar la oposición y degradarse la situación militar frente a las tropas rumanas, el Gobierno revolucionario llegó a recurrir al antisemitismo. Un cartel denunció a los judíos porque se negaban a ir al frente: «¡Si no quieren dar su vida por la sagrada causa de la dictadura del proletariado hay que exterminarles!». Béla Kun ordenó desvalijar a 5.000 judíos polacos que habían ido a buscar provisiones en Hungría. Sus bienes fueron confiscados y a ellos se les expulsó. Los radicales del PCH pidieron que Szamuely tomara las riendas. Reclamaban igualmente un «san Bartolomé rojo», como si esa fuera la única manera de frenar la degradación de la situación en la República de los Consejos. Czerny intentó reorganizar a sus «muchachos de Lenin». A mediados de julio, apareció un llamamiento en el *Nepszava:* «Pedimos a los antiguos miembros del comando terrorista, a todos aquellos que, tras su disolución, han sido desmovilizados, que se presenten para su reincorporación ante József Czerny...». Al día siguiente se publicó un desmentido oficial: «Advertimos que es imposible la reconstitución de los antiguos "muchachos de Lenin". Han cometido fechorías tan graves para el honor proletario, que se excluye su nuevo alistamiento al servicio de la República de los Consejos».

[3] Arthur Koestler, *op. cit.*

Las últimas semanas de la comuna de Budapest fueron caóticas. Béla Kun tuvo que hacer frente a un intento de alzamiento contra él, probablemente propuesto por Szamuely, y el 1 de agosto abandonó Budapest bajo la protección de la misión militar italiana; en el verano de 1920 se refugió en la URSS donde, nada más llegar, fue nombrado comisario político del Ejército Rojo en el frente sur. Allí se hizo célebre al ordenar ejecutar a los oficiales de Wrangel que se habían rendido para salvar la vida. Szamuely intentó pasar a Austria, pero, después de ser detenido el 2 de agosto, se suicidó[4].

KOMINTERN Y GUERRA CIVIL. En la misma época en la que Béla Kun y sus camaradas intentaban establecer una segunda República de los Soviets, Lenin tomó la iniciativa de crear una organización internacional capaz de llevar la revolución al mundo entero. La Internacional comunista —llamada también Komintern o la III Internacional— fue fundada en Moscú en marzo de 1919 y en principio se presentó como una rival de la Internacional obrera socialista (la II Internacional, creada en 1889). Sin embargo, el congreso fundacional de la Komintern respondía más a unas necesidades propagandísticas urgentes y al intento de captar los movimientos espontáneos que sacudían a Europa, que a una auténtica capacidad de organización. Pero la Komintern no fue realmente fundada hasta que se celebró su II Congreso, en el verano de 1920, en el que se adoptaron las 21 condiciones de admisión a las que debían someterse los socialistas que deseaban unirse, integrándose así en una organización extremadamente centralizada —«el estado mayor de la revolución mundial»— en la que el partido bolchevique tenía ya una gran importancia debido a su prestigio, su experiencia y su poder estatal (en particular financiero, militar y diplomático).

En principio, la Komintern fue concebida por Lenin como un instrumento más de subversión internacional —al igual que el Ejército Rojo, la diplomacia, el espionaje, etc.—, y su doctrina política fue exactamente igual a la de los bolcheviques: había llegado el momento de sustituir el arma de la crítica por la crítica de las armas. El manifiesto adoptado en el II Congreso anunciaba con orgullo: «La Internacional comunista es el partido internacional de la insurrección y de la dictadura del proletariado». En consecuencia, la tercera de las veintiuna condiciones decretaba: «En casi todos los países de Europa y de América, la lucha de clases entra en el período de *guerra civil*. En estas condiciones los comunistas no pueden fiarse de la legalidad burguesa. Es su deber crear en todas partes, paralelamente a la organización legal, un organismo clandestino capaz de cumplir su deber para con la revolución en el momento decisivo». El «momento decisivo» era la insurrección revolucionaria; y el «deber para con la revolución», era la obligación de lanzarse a la guerra civil. Una

[4] Miklos Molnar, *De Béla Kun à Janos Kadar. Soixante-dix ans de communisme hongrois,* Presses de la FNSP, 1987. Arpad Szepal, *Les 133 jours de Béla Kun*, Fayard, 1959.

política que no estaba reservada solo para los países sometidos a dictaduras sino que también se aplicaba a los países democráticos, fueran monarquías constitucionales o repúblicas.

La duodécima condición especificaba las necesidades de organización relacionadas con la preparación de esta guerra civil: «En este momento de guerra civil encarnizada, el Partido Comunista sólo podrá cumplir su función si se organiza de la forma más centralizada posible, si admite una disciplina rígida que raye en la disciplina militar y si su organismo central está provisto de amplios poderes y ejerce una autoridad indiscutible, gracias a la confianza unánime de los militantes». La trigésima condición consideraba el caso de los militantes que no fueran «unánimes»: «Los partidos comunistas (...) deben proceder a depuraciones periódicas de sus organizaciones, con el fin de apartar a los elementos interesados y pequeño-burgueses».

En el III Congreso, que tuvo lugar en Moscú en junio de 1921 con la participación de numerosos partidos comunistas ya constituidos, las orientaciones eran todavía más concretas. La «tesis sobre la táctica» señalaba: «El Partido Comunista debe inculcar en todas las capas del proletariado, por medio de los hechos y de la palabra, la idea de que todo conflicto económico o político puede, si se da un cúmulo de circunstancias favorables, transformarse en guerra civil, durante la cual la misión del proletariado será apoderarse del poder político». Y las «tesis sobre la estructura, los métodos y la acción de los partidos comunistas» precisaban con detalle los temas de la «sublevación revolucionaria abierta» y de «la organización de combate» que cada partido comunista debía crear secretamente en su seno. Las tesis especificaban que este trabajo preparatorio era indispensable «ya que no era el momento de formar un ejército rojo regular.»

De la teoría a la práctica, solo había un paso, y se dio en marzo de 1921 en Alemania, donde la Komintern proyectaba una acción revolucionaria de envergadura bajo la dirección de... Béla Kun, elegido entretanto miembro del Presidium de la Komintern. Puesta en marcha cuando los bolcheviques reprimían la comuna de Kronstadt, «la acción de marzo», verdadero intento insurreccional llevado a cabo en Sajonia, fracasó a pesar de los violentos procedimientos utilizados, como el atentado con dinamita contra el tren rápido Halle-Leipzig. Este fracaso tuvo como consecuencia una primera depuración en las filas de la Komintern. Paul Lévi, uno de los fundadores y presidente del KPD, fue apartado por haber criticado lo que él consideraba como aventurerismo. Ya bajo la influencia impuesta del modelo bolchevique, los partidos comunistas —que, desde un punto de vista «institucional», no eran más que secciones nacionales de la Internacional— caían cada vez más bajo la subordinación (precedente de la sumisión) política y organizativa de la Komintern: esta zanjaba los conflictos y decidía, en última instancia, la línea política de cada uno de ellos. Esta tendencia «a la insurrección» que debía mucho a Grigori Zinoviev fue criticada por el mismo Lenin. Pero este, dando la razón en el fondo a Paul Lévi, entregó la direc-

ción del KPD a sus adversarios. El poder del aparato de la Komintern quedaba así reforzado.

En enero de 1923, las tropas francesas y belgas ocuparon el Ruhr para imponer a Alemania el pago de las reparaciones previstas por el Tratado de Versalles. Unas de las consecuencias concretas de esta ocupación militar fue provocar un acercamiento entre nacionalistas y comunistas contra el «imperialismo francés»; otra fue poner en marcha la resistencia pasiva de la población con el apoyo del Gobierno. La situación económica, ya inestable, se degradaba radicalmente; la moneda se hundía y, en agosto, ¡un dólar valía 13 millones de marcos! Se sucedieron huelgas, manifestaciones y tumultos. El 13 de agosto, en un clima revolucionario, cayó el Gobierno de Wilhelm Cuno.

En Moscú, los dirigentes de la Komintern pensaron que era posible un nuevo octubre. Una vez superadas las luchas entre los dirigentes para ver quien se pondría al frente de esta segunda revolución, Zinoviev o Stalin, la Komintern pasó a organizar seriamente la insurrección armada. Se enviaron a Alemania agentes secretos (August Guralski, Matyas Rakosi), acompañados por especialistas en la guerra civil (entre ellos el general Aleksandr Skoblewski, alias Goriev). La insurrección se apoyaría en los gobiernos obreros, formados por socialdemócratas de izquierda y comunistas, que se preparaban para conseguir armas en cantidad suficiente. Enviado rápidamente a Sajonia, Rakosi pensaba hacer saltar un puente de la línea férrea que unía la provincia con Checoslovaquia, con el fin de provocar la intervención de esta y aumentar así la confusión.

La acción debía iniciarse en el aniversario del alzamiento bolchevique. La agitación se apoderó de Moscú, que creyendo en una victoria segura, movilizó al Ejército Rojo en su frontera occidental, preparado para acudir en ayuda de la insurrección. A mediados de octubre, los dirigentes comunistas entraron en las gobiernos de Sajonia y de Turingia, con la consigna de reforzar las milicias proletarias (varios centenares) compuestas en un 25 por 100 de obreros socialdemócratas y en un 50 por 100 de comunistas. Pero el 13 de octubre, el Gobierno de Gustav Stresemann decretó el estado de excepción en Sajonia, desde entonces bajo su control directo, para apoyar la intervención de la *Reichswehr*. A pesar de esto, Moscú invitó a los obreros a armarse y, a su regreso a Moscú, Heinrich Brandler decidió convocar una huelga general el 21 de octubre, aprovechando una conferencia de las organizaciones obreras en Chemnitz. Esta maniobra fracasó, al negarse los socialdemócratas de izquierda a seguir a los comunistas. Estos últimos decidieron entonces dar marcha atrás, pero, por problemas en la transmisión, la información no llegó a los comunistas de Hamburgo. El día 23 por la mañana, la insurrección estalló en Hamburgo: los grupos de combate comunistas (de 200 a 300 hombres) atacaron los puestos de policía. Sin embargo, los insurrectos no pudieron alcanzar sus objetivos. La policía, junto con la *Reichswehr*, contraatacó y, después de treinta y una horas de combates, la sublevación de los comunistas de Hamburgo, totalmente aislada, fue

vencida. No había tenido lugar un segundo octubre, tan esperado en Moscú. No obstante, el M-Apparat siguió siendo hasta los años treinta una estructura importante del KPD, perfectamente descrita por uno de sus jefes, Jan Valtin, cuyo verdadero nombre era Richard Krebs [5].

La República de Estonia fue, después de Alemania, el escenario de un nuevo intento insurreccional. Era la segunda agresión padecida por este pequeño país. El 27 de octubre de 1917, un consejo de soviets había tomado el poder en Tallin (Reval), disuelto la asamblea y anulado las elecciones desfavorables a los comunistas. Pero ante la presencia del cuerpo expedicionario alemán, los comunistas se batieron en retirada. Justo antes de la llegada de los alemanes, los estonios habían proclamado su independencia el 24 de febrero de 1918. La ocupación alemana duró hasta noviembre de 1918. Como consecuencia de la derrota del Kaiser, las tropas alemanas se vieron obligadas a su vez a retirarse; inmediatamente los comunistas volvieron a tomar la iniciativa: el 18 de noviembre, se constituyó un Gobierno en Petrogrado y dos divisiones del Ejército Rojo invadieron Estonia. El objetivo de esta ofensiva quedaba claramente explicado en el periódico *Severnaya Kommuna (La Comuna del Norte)*: «Debemos construir un puente que una la Rusia de los soviets con la Alemania y la Austria proletarias. (...) Nuestra victoria unirá las fuerzas revolucionarias de la Europa occidental con las de Rusia. Dará una fuerza irresistible a la revolución social universal» [6]. En enero de 1919, las tropas soviéticas, que habían llegado a treinta kilómetros de la capital, fueron detenidas por un contraataque estonio. Su segunda ofensiva fracasó igualmente. El 2 de febrero de 1920, los comunistas rusos reconocieron la independencia de Estonia en virtud de la Paz de Tartu. Los bolcheviques se habían dedicado a realizar matanzas en las localidades que habían ocupado: el 14 de enero de 1920, en Tartu, la víspera de su retirada, asesinaron a 250 personas, y a más de 1.000 en el distrito de Rakvere. Durante la liberación de Wesenberg, llevada a cabo el 17 de enero, se abrieron tres fosas, en las que fueron encontrados 86 cadáveres. Los rehenes fusilados el 26 de diciembre de 1919 en Dorpad habían sido torturados, les habían roto los brazos y las piernas, y algunos tenían los ojos arrancados. El 14 de enero, justo antes de su huida, los bolcheviques solo tuvieron tiempo de ejecutar a 20 personas, entre ellas al arzobispo Platon, de las 200 que retenían prisioneras. Asesinadas a hachazos y garrotazos —se encontró a un oficial con sus charreteras clavadas en el cuerpo—, las víctimas resultaban difícilmente identificables.

Los soviéticos vencidos no renunciaron a obligar al pequeño Estado a caer dentro de su órbita. En abril de 1924, en el transcurso de las conversaciones secretas mantenidas en Moscú con Zinoviev, el Partido Comunista Estonio decidió la preparación de una insurrección armada. Los comunistas organizaron cuidadosamente equipos de combate estructurados en compañías (un millar de hombres organizados en otoño) y empezaron el trabajo de desmoralización del ejército. Estaba previsto desencadenar la insurrección y luego apoyarla con una huelga. El Partido Comunista Estonio, que contaba con cerca de 3.000 miembros y sufría una severa represión, intentó tomar el poder en Tallin el 1 de diciembre de 1924 para proclamar una República soviética cuyo principal papel sería solicitar enseguida su adhesión a la Rusia soviética, para justificar así el envío del Ejército Rojo. El golpe fracasó ese mismo día. «Las masas obreras (...) no apoyaron activamente a los insurrectos contra la contrarrevolución. La clase obrera de Reval, en su conjunto, permaneció como simple espectadora» [7]. Jan Anvelt, que dirigía la operación, logró huir a la URSS. Funcionario de la Komintern durante años, desapareció durante las purgas [8].

[5] Jan Valtin, *Sans patrie ni frontières*, Self, 1947. Véase también Eric Wollenberg, *Der Apparat. Stalins Fünfte Kolonne*, Bonn, 1946.

[6] Citado por Henry de Chambon, *La République d'Estonie*, éditions de La Revue Parlementaire, 1936.

Después de Estonia, la acción se llevó a Bulgaria. En 1923, este país había conocido graves desórdenes. Aleksandr Stamboliski, que dirigía la coalición formada por los comunistas y por su propio partido, el Partido Agrario, había sido asesinado en junio de 1923 y sustituido al frente del Gobierno por Aleksandr Tsankov, que recibió el apoyo del ejército y de la policía. En septiembre, los comunistas promovieron una insurrección que duró una semana antes de ser duramente reprimida. A partir de abril de 1924, cambiaron de táctica y recurrieron a la acción directa y a los asesinatos. El 8 de febrero de 1925, el ataque a la subprefectura de Godetch se saldó con cuatro muertos. El 11 de febrero fue asesinado en Sofía el diputado Nicolas Mileff, director del periódico *Slovet* y presidente del sindicato de periodistas búlgaros. El 24 de marzo, un manifiesto del Partido Comunista Búlgaro (BKP) anunció con antelación la inevitable caída de Tsankov, desvelando así la relación entre la acción terrorista y los objetivos políticos de los comunistas. A principios de abril, el rey Alejandro I sufrió un intento de atentado, y el día 15, el general Kosta Gueorguiev, uno de sus allegados, fue asesinado.

A continuación se produjo el episodio que más conmoción causó en estos años de violencia política en Bulgaria. El 17 de abril, durante los funerales por el general Gueorguiev en la catedral de los Siete Santos de Sofía, una terrible explosión provocó el hundimiento de la bóveda: murieron 140 personas, entre las que se encontraban 14 generales, seis oficiales superiores y tres diputados. Según Víctor Serge, el atentado había sido organizado por la sección militar del Partido Comunista. Los presuntos autores del atentado, Kosta Iankov e Ivan Minkov, dos de los dirigentes de esta organización, murieron luchando cuando les intentaban detener.

[7] A. Neuberg, *L'Insurrection armée*, editado por el Partido Comunista (SFIC), 1931, reedición Maspero, 1970.

[8] Joseph Berger, *Le naufrage d'une génération*, «Les lettres nouvelles», Denoël, 1974.

El atentado permitió justificar una represión feroz: 3.000 comunistas fueron detenidos y tres de ellos ahorcados públicamente. Algunos miembros del aparato de la Komintern hicieron responsable de este atentado al jefe de los comunistas búlgaros, Gueorgui Dimitrov, que dirigía clandestinamente el partido desde Viena. En diciembre de 1948 reivindicó su responsabilidad y la de su organización militar ante los delegados del V Congreso del Partido búlgaro. Según otras fuentes, el cerebro del atentado de la catedral era Meir Trilisser, jefe de la sección extranjera de la Cheka y luego vicepresidente de la GPU, condecorado en 1927 con la Orden de la Bandera Roja por los servicios prestados [9]. En los años treinta, Trilisser fue uno de los diez secretarios de la Komintern, asegurando un control permanente de ésta en nombre del NKVD.

Después de estos fracasos en Europa, la Komintern, bajo el impulso de Stalin, descubrió un nuevo campo de batalla: China, hacia la que orientó todos sus esfuerzos. En plena anarquía, destrozada por las guerras intestinas y por los conflictos sociales, pero con un gran espíritu nacionalista, el inmenso país parecía estar maduro para una revolución «antiimperialista». En el otoño de 1925, los alumnos chinos de la universidad comunista de los trabajadores del Oriente (KUTV), fundada en abril de 1921, fueron reunidos en la universidad Sun-Yat-Sen.

Debidamente dirigido por responsables de la Komintern y de los servicios soviéticos, el Partido Comunista Chino, que aún no estaba dirigido por Mao Zedong, se alió en 1925-1926 con el Partido Nacionalista, el Kuomintang, y con su jefe, el joven general Shiang Kai-Shek. La táctica elegida por los comunistas consistía en tomar el Kuomintang para convertirlo en una especie de caballo de Troya de la revolución. Mijaíl Borodín, agente de la Komintern, llegó a ocupar el puesto de consejero del Kuomintang. El ala izquierda del Partido Nacionalista, que apoyaba totalmente la política de colaboración con la Unión Soviética, consiguió apoderarse de su dirección en 1925. Los comunistas incrementaron entonces su propaganda, favoreciendo la agitación social y reforzando su influencia hasta dominar el II Congreso del Kuomintang. Pero pronto apareció un obstáculo ante ellos: Shiang Kai-shek, inquieto por la continua expansión de la influencia comunista. Llegó a sospechar, y con razón, que los comunistas querían eliminarlo. Anticipándose a ellos, Shiang proclamó la ley marcial el 12 de marzo de 1926, mandó detener a los miembros comunistas del Kuomintang e incluso a los consejeros militares soviéticos —todos ellos serían liberados unos días más tarde—, apartó al dirigente del ala izquierda de su partido e impuso un pacto de ocho puntos destinado a limitar las prerrogativas y la acción de los comunistas en el seno del Kuomintang. A partir de ese momento, Shiang se convirtió en el jefe indiscutible del ejército nacionalista. Borodín, tomando nota de la nueva relación de fuerzas, le aceptó.

[9] Victor Serge, *Mémoires d'un révolutionnaire, 1901-1941*, Le Seuil, 1978. Arkadi Vaksberg, *Hôtel Lux*, Fayard, 1993.

El 7 de julio de 1926, Shiang Kai-shek, que se beneficiaba de una importante ayuda material procedente de los soviéticos, lanzó a los ejércitos nacionalistas a conquistar el norte de China aún en poder de los «señores de la guerra». El día 29 proclamó de nuevo la ley marcial en Cantón. Las zonas rurales de Hunan y de Hubei se hallaban dominadas por una especie de revolución agraria que, por su propia dinámica, cuestionaba la alianza entre los comunistas y los nacionalistas. En la gran metrópolis industrial que ya era entonces Shanghai, los sindicatos promovieron una huelga general al acercarse el ejército. Los comunistas, entre ellos Zhou Enlai, hicieron un llamamiento a la insurrección, contando con la entrada inminente del ejército nacionalista en la ciudad. Pero la sublevación del 22-24 de febrero de 1927 fracasó y los huelguistas fueron ferozmente reprimidos por el general Li Baozhang.

El 21 de marzo, una nueva huelga general aún más masiva y una nueva insurrección acabaron con los poderes establecidos. Una división del ejército nacionalista, cuyo general había sido convencido para que interviniera, entró en Shanghai. Shiang no tardó en llegar a la ciudad, decidido a volver a ocuparse de la situación. No le fue difícil conseguir su objetivo, pues Stalin, obnubilado por el carácter «antiimperialista» de la política de Shiang y de su ejército, ordenó a finales de marzo abandonar las armas y unirse en un frente común con el Kuomintang. Pero el 12 de abril de 1927, Shiang reprodujo en Cantón la operación de Shanghai: los comunistas fueron perseguidos y asesinados.

Sin embargo, Stalin cambió de política en el peor momento: para no perder su reputación ante las críticas de la oposición [10] envió en agosto a dos agentes «personales», Vissarion Lominadze y Heinz Neumann, para relanzar un movimiento insurreccional, después de haber roto su alianza con el Kuomintang. A pesar del fracaso de la «revuelta de las cosechas de otoño» orquestada por los dos enviados de Stalin, estos persistieron hasta lograr desencadenar una insurrección en Cantón «para enviar a su jefe un comunicado anunciando la victoria» (Boris Suvarin), en el mismo momento en que se reunía el XV Congreso del Partido bolchevique que excluiría a los miembros de la oposición. La maniobra reflejaba hasta qué grado de desprecio por la vida humana habían llegado muchos bolcheviques, incluso cuando se trataba de la vida de sus propios partidarios. La disparatada comuna de Cantón es un ejemplo de ello, pero en su esencia no se diferencia apenas de las acciones terroristas cometidas en Bulgaria unos años antes.

Así pues, varios miles de insurrectos se enfrentaron durante cuarenta y ocho horas a unas tropas cinco o seis veces superiores en número. La comuna china no había sido bien preparada: al armamento insuficiente se añadía un contexto político desfavorable, al mantenerse los obreros cantoneses en una prudente expectativa. En la noche del 10 de diciembre de 1927, las tropas lea-

[10] Margarete Buber-Neumann, *La Révolution mondiale*, Casterman, 1971; capítulo 17, «La sublevación de Cantón».

les tomaron posiciones en los lugares de reunión previstos por los guardias rojos. Como en Hamburgo, los insurrectos se beneficiaron de esta iniciativa, pero, rápidamente, desapareció esta ventaja. La proclamación de una «República soviética» en la mañana del 12 de diciembre no encontró ningún eco entre la población. Las fuerzas nacionalistas contraatacaron esa misma tarde. A los dos días, la bandera roja que ondeaba en la prefectura de policía era retirada por las tropas victoriosas. La represión fue salvaje. Hubo miles de muertos.

La Komintern aprendería de esa experiencia, pero le era imposible abordar los problemas políticos de fondo. Una vez más, el uso de la violencia fue justificado contra viento y marea, en unos términos que mostraban cómo había calado en los mandos comunistas la cultura de la guerra civil. En *La insurrección armada* se puede leer esta cita de una tremenda autocrítica, de la que se extraen conclusiones claras: «No nos hemos dedicado lo suficiente a someter a los contrarrevolucionarios. Durante todo el tiempo que Cantón estuvo en manos de los insurrectos, *solo se ejecutó a cien individuos*. No se pudo ejecutar a todos los detenidos hasta que la comisión de lucha contra los reaccionarios llevó a cabo un juicio en regla. *Es un procedimiento demasiado lento* [11] en pleno combate y en plena insurrección». Aprendieron la lección.

Después de este desastre, los comunistas se retiraron de las ciudades y se reorganizaron en zonas rurales apartadas, hasta que crearon en 1931 en Hunan y en Kiang-si una «zona liberada» defendida por un ejército rojo. Así pues, entre los comunistas chinos halló cabida rápidamente la idea de que la revolución era ante todo un asunto militar, institucionalizando así la función política del aparato militar. Mao resumiría esa idea con una famosa frase: «El poder está en la boca del fusil». Después ha quedado demostrado que esto era la quintaesencia de la visión comunista sobre la toma del poder y sobre su mantenimiento.

Sin embargo, la Komintern siguió por ese camino a pesar de los fracasos europeos de principios de los años veinte y el desastre chino. Todos los partidos comunistas, incluidos los legales y los de las repúblicas democráticas, mantuvieron en su seno un «aparato militar» secreto, capaz de actuar públicamente si llegaba el caso. El modelo lo aportó el KPD, que, en Alemania y bajo el estrecho control de mandos militares soviéticos, creó un importante «*M*[militar]*Apparat*» encargado de eliminar a los militantes contrarios (en particular de extrema derecha) y a los delatores infiltrados en el partido, pero también a los oficiales de grupos paramilitares, como el famoso *Rote Front* (el frente rojo), formado por miles de miembros. Es cierto que en la República de Weimar la violencia política era general; y aunque los comunistas combatían a la extrema derecha y al incipiente nazismo, tampoco dudaban en atacar los mítines de los socialistas [12], a los que calificaban como «social-traidores» y

[11] Chao-Iuy, *La commune de Canton*, Moscú, 1929.
[12] Sobre este tema, véanse los recuerdos de Jan Valtin, *op. cit.*, D. Wapler, 1947; reedición (expurgada), ediciones Babel, 1996; en concreto el capítulo 17.



Moscú, 1936. Stalin aparece rodeado *(de izquierda a derecha)* de Jruschchov, que se curtió en la represión en Ucrania; A. Zhdanov, el ideólogo que desencadenará después de la guerra la campaña contra el «cosmopolitismo»; L. Kaganovich, comisario de Ferrocarriles; K. Voroshilov, comisario de Defensa; V. Molotov, el principal lugarteniente de Stalin, muerto en 1986; M. Kalinin y el mariscal M. Tujachevsky, eliminado en 1937. *En segundo plano:* G. Malenkov *(segundo)*, N. Bulganin *(quinto)* y Elena Stassova *(octava)* que afianzó la política del *Vjod* (el jefe), en el seno de la Komintern



© D.R.

Feliks Dzerzhinskyi, fundador de la Cheka y jefe de la GPU hasta su muerte en 1926, dejó su huella en el régimen



© Lapi-Viollet

L. Beria vota —un simulacro de democracia—. Después de V. Menzhinsky, G. Yagoda, N. Yezhov, reina en la policía política y en las fuerzas de represión hasta que sus rivales Jrushov, Malenkov y Molotov lo eliminaron en junio de 1953

Photos © D.R.

Nicolás Petkov, demócrata resistente contra el fascismo, fue viceprimer ministro del gobierno de coalición después de la liberación de Bulgaria. Tras dimitir en señal de protesta contra el terror, fue detenido y, después de un simulacro de proceso, condenado a muerte el 16 de agosto de 1947 y ahorcado el 23 de septiembre

Delante del Tribunal estatal de Praga, Milada Horakova *(segunda por la izquierda)* es condenada a muerte el 8 de junio de 1950 junto con otros tres acusados. Son ahorcados el 27 de junio de 1950



© Joseph Koudelka / Magnum photos

Praga, agosto de 1968. La invasión soviética recuerda a otra. Los habitantes de Praga asocian de manera natural esta nueva ocupación con la de las tropas hitlerianas en marzo de 1939. Hacen el saludo nazi ante las tropas soviéticas

«social-fascistas», y en criticar a la policía de una República considerada reaccionaria, es decir, fascista. Más tarde, en 1933, se pudo comprobar cuál era el «verdadero fascismo», el nacionalsocialismo en este caso, y que hubiera sido más inteligente aliarse con los socialistas para defender la democracia «burguesa». Pero los comunistas rechazaban radicalmente esa democracia.

En Francia, donde el clima político era más tranquilo, el Partido Comunista Francés (PCF) creó también sus grupos armados. El encargado de organizarlos fue Albert Treint, uno de los secretarios del partido, quien tenía cierta competencia en la materia debido a su grado de capitán, conseguido durante la guerra. La primera aparición de estos grupos tuvo lugar el 11 de enero de 1924, durante un mitin comunista en el que Treint llamó en su ayuda al servicio de orden al enfrentarse a él un grupo de anarquistas. Diez hombres armados con pistolas se levantaron de la tribuna y dispararon a quemarropa sobre los contestatarios, matando a dos personas e hiriendo a varias. Ninguno de los asesinos pudo ser juzgado, por falta de pruebas. Pasado poco más de un año sucedió algo parecido. El jueves 23 de abril de 1925, unas semanas antes de las elecciones municipales, el servicio de orden del PCF provocó disturbios en la calle Damrémont del distrito XVIII de París a la salida de una reunión electoral de los Jóvenes Patriotas, organización de extrema derecha. Algunos militantes iban armados y no dudaron en hacer uso de sus pistolas. Tres militantes de los Jóvenes Patriotas fueron asesinados y otro murió dos días más tarde. La policía interrogó a Jean Taittinger, el dirigente de los Jóvenes Patriotas, y realizó una serie de registros en los domicilios de los militantes comunistas.

El partido se mantuvo en esa línea a pesar de las dificultades. En 1926 encargó a Jacques Duclos, uno de sus diputados recién elegido —y por tanto protegido por la inmunidad parlamentaria—, que organizara unos grupos de defensa antifascista (formados por ex combatientes de la guerra del 14) y unos jóvenes guardias antifascistas (reclutados entre las Juventudes Comunistas). Estos grupos paramilitares, que habían sido organizados siguiendo el modelo del *Rote Front* alemán, desfilaron uniformados el 11 de noviembre de 1926. Paralelamente, Duclos se ocupaba de la propaganda antimilitarista y publicaba una revista, *Le Combattant rouge (El combatiente rojo)*, que enseñaba el arte de la guerra civil, describiendo y analizando las peleas callejeras, etc.

En 1931, la Komintern publicó en varios idiomas un libro titulado *La insurrección armada*, firmado con el pseudónimo de Neuberg —que en realidad eran dirigentes soviéticos [13]—, que describía las diferentes experiencias insurreccionales que habían tenido lugar desde 1920. Este libro se reeditó en Francia a principios de 1934. Tras el giro político del Frente Popular en el ve-

[13] La insurrección de Tallin es analizada por el general Iossif Unschlicht, la de Hamburgo por Hans Kippenberger, la insurrección de Cantón y Shanghai por el general Vassili Blücher y por Hô Chi Minh, que trata también el tema de las insurrecciones campesinas; el mariscal Tujachevsky escribe, por último, dos capítulos sobre teoría militar.

rano-otoño de 1934, esta línea insurreccional pasó a un segundo plano; pero en el fondo la violencia seguía teniendo un papel fundamental en las acciones comunistas. Esta justificación de la violencia, esta práctica cotidiana del odio de clases, esta teorización de la guerra civil y del terror se aplicaron en España a partir de 1936, donde la Komintern envió a muchos de sus mandos, que se distinguieron por su labor en los servicios de represión comunistas.

Todo este trabajo de selección, formación y preparación de los mandos autóctonos de la futura insurrección armada se hacía en estrecha relación con los servicios secretos soviéticos o, más exactamente, con uno de estos servicios secretos, la GRU (*Glavsnoye Razvedatelnoe Upravlienye*, es decir, Dirección Principal de Información. Fundada con el respaldo de Trostsky como el IV Buró del Ejército Rojo, la GRU, jamás abandonó totalmente esta misión «educativa», aunque las circunstancias la obligaran poco a poco a ir cambiando de dirección. Por sorprendente que parezca, a principios de los años setenta algunos jóvenes mandos de confianza del Partido Comunista Francés todavía se instruían en la URSS (tiro, montar y desarmar armas corrientes, fabricación de armas artesanales, transmisiones, técnicas de sabotaje) en las *Spetsnaz*, las tropas especiales soviéticas puestas a disposición de los servicios secretos. Por otro lado, la GRU disponía de especialistas militares con los que equipaban a los partidos hermanos en caso de necesidad. Este es el caso de Manfred Stern, un austro-húngaro que fue enviado al *M-Apparat* del KPD en la insurrección de Hamburgo de 1923 y que operó después en China y en Manchuria antes de convertirse en el «general Kléber» de las Brigadas internacionales en España.

Estos aparatos militares clandestinos no estaban constituidos por «ingenuos». Sus miembros rozaban a menudo el bandolerismo y algunos grupos se transformaban a veces en auténticas bandas. Uno de los ejemplos más impresionantes es el de la «guardia roja» o el de los «escuadrones rojos» del Partido Comunista Chino, en la segunda mitad de los años veinte. Entraron en acción en Shanghai, considerada oficialmente en esa época como el epicentro de la acción del partido. Dirigidos por Gu Shunzhang, un antiguo gánster afiliado a la sociedad secreta de la Banda Verde, la más poderosa de las dos mafias de Shanghai, estos fanáticos pistoleros se enfrentaron en oscuros combates a sus iguales nacionalistas, sobre todo a los camisas azules, basados en el modelo fascista, utilizando de manera recíproca el terror, las emboscadas y los asesinatos. Todo con el apoyo especialmente activo del consulado de la URSS en Shanghai, que disponía de especialistas en temas militares, como Gorbatiuk, y de ejecutores de los trabajos sucios.

En 1928, los hombres de Gu Shunzhang asesinaron a una pareja de militantes que habían sido liberados por la policía: He Jiaxing y He Jihua fueron acribillados a balazos mientras dormían en sus camas. Unos cómplices hicieron estallar fuera una salva de petardos para encubrir el ruido de las detonaciones. Poco después se aplicaron estos métodos tan expeditivos en el mismo seno del partido para meter en cintura a los opositores. A veces, una simple

denuncia era suficiente. El 17 de enero de 1931, furiosos por haber sido manipulados por Pavel Mif, el delegado de la Komintern, y por los dirigentes sumisos a Moscú, He Mengxiong y una veintena de camaradas de la «fracción obrera» se reunieron en el hotel Oriental de Shanghai. Nada más empezar la reunión, unos policías y unos agentes del *Diasho Tonghi*, la Oficina central de investigación del Kuomintang, irrumpieron armados en la sala y los detuvieron. «Una persona anónima» había informado de la reunión a los nacionalistas.

Después de la deserción de Gu Shunzhang en abril de 1931, su vuelta inmediata al seno de la Banda Verde y su «sumisión» al Kuomintang (se había pasado a los camisas azules), un comité especial de cinco dirigentes comunistas tomó el relevo en Shanghai. Estaba compuesto por Kang Sheng, Guang Huian, Pan Hannian, Shen Yun y Ke Qingshi. Ding Mocun y Li Shiqun, los dos últimos, jefes de los grupos armados comunistas de la ciudad, se sometieron a su vez al Kuomintang en 1934, fecha del hundimiento casi definitivo del aparato urbano del Partido Comunista. Muy pronto se pusieron al servicio de los japoneses, y finalmente acabaron trágicamente, el primero fusilado por los nacionalistas en 1947 tras haber sido acusado de traición, y el otro envenenado por su contacto japonés. En cuanto a Kang Sheng, se convirtió, desde 1949 hasta su muerte en 1975, en el jefe de la policía secreta maoísta y por tanto en uno de los principales verdugos del pueblo chino bajo el poder comunista [14].

Así mismo se utilizó a miembros del aparato de este o aquel partido comunista en operaciones de los servicios especiales soviéticos. Este parece haber sido el caso en el asunto Kutiepov. En 1924, el gran duque Nicolás destinó al general Aleksandr Kutiepov a la dirección de la Unión Militar General (ROVS) en París. En 1928, la GPU decidió provocar la disolución de esa organización. El 26 de enero, el general desapareció. Corrieron numerosos rumores, algunos de los cuales fueron puestos en circulación por los mismos soviéticos de forma interesada. Dos investigaciones independientes permitieron conocer quiénes eran los instigadores del secuestro: la del socialista ruso Vladimir Burtzev, famoso por haber desenmascarado a Evno Azev, el agente de la Ojrana infiltrado al frente de la organización de combate de los socialistas-revolucionarios, y la de Jean Delage, periodista del *L'Écho de Paris*. Delage demostró que el general Kutiepov había sido conducido a Hulgate y trasladado en un barco soviético, el *Spartak*, que había zarpado del Havre el 19 de febrero. Nadie volvió a ver vivo al general. El 22 de septiembre de 1965, el general soviético Shimanov reivindicó la operación en el periódico del Ejército Rojo, *La Estrella Roja*, y desveló el nombre del responsable: «Serguei Puzitsky (...) no solo participó en la captura del bandido Savinkov (...) sino que además dirigió magistralmente la operación de detención de Kutiepov y de otros muchos jefes de los guardias blancos» [15]. Hoy en día se conocen mejor las cir-

[14] Roger Faligot, Rémi Kauffer, *Kang Sheng et les services secrets chinois,* Robert Laffont, 1987.

[15] Véase *Le Contrat social,* núm. 4, julio-agosto de 1966, pág. 253.

cunstancias exactas del secuestro del desgraciado Kutiepov. La GPU se había infiltrado en su organización de emigrados: desde 1929, Serguei Nikolayevich Tretiakov, antiguo ministro del gobierno blanco del almirante Kolchak, se había pasado en secreto a los soviéticos a los que informaba bajo el número UJ/1 y el nombre secreto de Ivanov. Gracias a las detalladas informaciones que proporcionaba a su contacto Vechinkín, Moscú sabía todo o casi todo sobre los desplazamientos del general zarista. Un comando «abordó» su coche en plena calle haciéndose pasar por un control de policía. Disfrazado de guardia de la circulación, Honel, un francés propietario de un garaje en Levallois-Perret, pidió a Kutiepov que le siguiera. También estaba implicado en la operación el francés Maurice Honel, hermano del anterior, que estaba en contacto con los servicios soviéticos y que sería elegido diputado comunista en 1936. Parece ser que Kutiepov se resistió y que fue asesinado de una puñalada. Su cadáver fue enterrado en el sótano del garaje de Honel [16].

El general Nikolay Skoblin, que en realidad era un agente de los soviéticos, era el segundo del general Miller, sucesor de Kutiepov. Skoblin y su esposa, la cantante Nadejda Plevitskaya, organizaron en París el secuestro del general Miller. Este desapareció el 22 de septiembre, y el día 23 de ese mismo mes el barco soviético *María Ulianovna* zarpó del Havre. El general Skoblin desapareció a su vez, al ver que las sospechas que recaían sobre él se hacían cada vez más concretas. Por supuesto, el general Miller iba en el *María Ulianovna*, que el Gobierno francés renunció a interceptar. Una vez llegado a Moscú, fue interrogado y luego asesinado [17].

Dictadura, criminalización de los opositores y represión en el seno de la Komintern. La Komintern, a instancias de Moscú, además de mantener en cada partido comunista grupos armados y preparar la insurrección y la guerra civil contra los poderes establecidos, introdujo en su seno los métodos policiales y terroristas practicados en la URSS. En el X Congreso del partido bolchevique, que tuvo lugar del 8 al 16 de marzo de 1921 en las mismas fechas en que el poder se enfrentaba a la rebelión de Kronstadt, se establecieron las bases de un régimen dictatorial en el mismo seno del partido. Durante la preparación del congreso, se propusieron y discutieron por lo menos ocho programas diferentes. Estos debates eran los últimos vestigios de una democracia que no había podido imponerse en Rusia. Solo dentro del partido se mantenía algo parecido a la libertad de opinión, pero no por mucho tiempo.

[16] Rogert Faligot y Rémi Kauffer, *Histoire mondiale du renseignement,* tomo 1, 1870-1939, Robert Laffont, 1993.

[17] *Un crime soviétique devant la cour d'assises de la Seine (5-14 de diciembre 1938). L'enlèvement du général Miller par le général Skobline. Le Procès de la Plevitzkaïa. Plaidoire de Madame Maurice Ribet.* Imp. du Palais, 1939. Marina Grey, *Le général meurt à minuit,* Plon, 1981. Marina Gorboff, *La Russie fantôme. L'emigration russe de 1920 à 1950,* L'Âge d'homme, 1955. Pavel y Anatoli Soudoplatov, *op. cit.*

El segundo día de trabajo, Lenin marcó la línea que había que seguir: «No necesitamos para nada una oposición, camaradas: este no es el momento. Se puede estar aquí o allí [en Kronstadt] con un fusil, pero no con la oposición. No es una decisión mía sino una consecuencia de la situación del momento. Desde ahora ya no habrá oposición, camaradas. Y, en mi opinión, el congreso deberá llegar a la conclusión de que es hora de acabar con la oposición, de dejar de ocuparnos de ella; ¡estamos hartos de la oposición!» [18]. Se dirigía en particular a quienes, sin constituir un grupo propiamente dicho, se habían agrupado en la plataforma llamada Oposición obrera (Aleksandr Shliapnikov, Aleksandra Kollontai, Lutovinov) y en la denominada Centralismo democrático (Timofei Sapronov, Gabriel Miasnikov).

El congreso estaba a punto de finalizar cuando, el 16 de marzo, Lenin presentó *in extremis* dos resoluciones: la primera relacionada con «la unidad del partido» y la segunda sobre «la desviación sindicalista y anarquista en nuestro partido», de lo que culpaba a la Oposición obrera. El primer texto exigía la disolución inmediata de todos los grupos constituidos de acuerdo a unas plataformas concretas, bajo pena de expulsión inmediata del partido. Un artículo de esta resolución, que no se publicó y que permaneció secreto hasta octubre de 1923, delegaba en el Comité central el poder de pronunciar esta sanción. La policía de Feliks Dzerzhinsky se encontraba así ante un nuevo campo de investigación: cualquier grupo de oposición en el seno del Partido Comunista sería a partir de entonces vigilado y, si fuera necesario, sancionado con la expulsión, lo que, para los auténticos militantes, equivalía prácticamente a una muerte política.

Aunque la libertad de opinión estaba prohibida —en contra de los estatutos del partido—, las dos resoluciones fueron votadas. Radek pronunció una apología casi premonitoria de la primera resolución: «Considero que puede ir en contra de nosotros y sin embargo la apoyo. (...) Si el Comité central lo considera necesario, puede adoptar en los momentos de peligro las medidas más severas contra los mejores camaradas. (...) ¡El Comité central puede incluso equivocarse! Eso es menos peligroso que la incertidumbre que se puede observar en este momento». Esta decisión, tomada bajo la presión de las circunstancias pero que en el fondo respondía a las inclinaciones de los bolcheviques, marcó de forma decisiva el futuro del partido soviético, y por tanto, el de las diferentes secciones de la Komintern.

El X Congreso procedió también a la reorganización de la comisión de control, cuya función era definida de este modo: velar por «la consolidación de la unidad y de la autoridad en el partido». A partir de entonces, la comisión comenzó a elaborar y a reunir los informes personales de los militantes, que fueron utilizados, llegado el caso, como base para las futuras actas de acusación: actitud con respecto a la policía política, participación en grupos de oposición, etc. Una vez finalizado el congreso, los partidarios de la Oposición

[18] Lenin, *Obras completas,* tomo XVI, págs. 227-228.

obrera fueron sometidos a vejaciones y persecuciones. Más tarde, Aleksandr Shliapnikov explicó que «la lucha no se llevaba a cabo en el terreno ideológico, sino por medio de... la expulsión (de los interesados) de sus puestos, los cambios sistemáticos de un distrito a otro e incluso las expulsiones del partido».

En el mes de agosto comenzó un control que duró varios meses. Casi una cuarta parte de los militantes comunistas fueron expulsados. A partir de entonces la *chistka* (la purga) fue parte integrante de la vida del partido. Aïno Kuusinen manifestó acerca de este procedimiento cíclico: «La asamblea de la *chistka* se desarrollaba de la siguiente manera: el acusado era llamado por su nombre e invitado a subir a la tribuna; los miembros de la comisión de depuración y las otras personas presentes le formulaban preguntas. Algunos acusados conseguían exculparse fácilmente, otros sin embargo debían padecer esta dura prueba durante mucho tiempo. Si alguno de ellos tenía enemigos personales, estos podían lograr que el proceso tomara un rumbo decisivo. No obstante, la comisión de control era la única que podía decretar la expulsión del partido. Si el acusado era declarado no culpable de un acto que conllevara la expulsión del partido, el proceso se suspendía sin votación. En el caso contrario, nadie intervenía en favor del "acusado". El presidente decía simplemente: "*Kto protiv*" ("¿Quién está en contra?"), y como nadie se atrevía a oponerse, el caso era juzgado "por unanimidad"» [19].

Los efectos de las decisiones del X Congreso se hicieron notar rápidamente: en febrero de 1922, Gabriel Miasnikov fue expulsado durante un año por haber defendido, en contra de la opinión de Lenin, la necesidad de la libertad de prensa. La Oposición obrera, ante la imposibilidad de hacerse oír, pidió ayuda a la Komintern («Declaración de los 22»). Stalin, Dzerzhinsky y Zinoviev solicitaron entonces la expulsión de Shliapnikov, Kollontai y Medvediev, lo que el XI Congreso les negó. Cada vez más sometida al poder soviético, la Komintern se vio obligada muy pronto a adoptar el mismo régimen interior que el partido bolchevique. Se trataba de una consecuencia lógica y, en definitiva, muy poco sorprendente.

En 1923, Dzerzhinsky exigió una decisión oficial del Politburó para obligar a los miembros del partido a denunciar al GPU cualquier actividad opositora. La propuesta de Dzerzhinsky originó una nueva crisis en el seno del partido bolchevique: el 8 de octubre, Trotsky dirigió una carta al Comité central, a la que siguió muy pronto, el 15 de octubre, la «Declaración de los 46». El debate iniciado cristalizó en torno a la «nueva orientación» del partido ruso y se extendió a todas las secciones de la Komintern [20].

Al mismo tiempo, a finales de 1923, estas secciones tuvieron que seguir la consigna de la «bolchevización». Todas debieron reorganizar sus estructuras

[19] Aïno Kuusinen, *Quand Dieu renverse son ange...*, Julliard, 1974.

[20] Léonard Shapiro, *Les Bolcheviks et l'opposition. Origines de l'absolutisme communiste; premier stade (1917-1922)*, Les Îles d'or, 1958. Pierre Broué, *Le Parti Bolchevique*, éditions de Minuit, 1977.

basándolas en las células de las empresas y reforzar su juramento de fidelidad al centro moscovita. Las reticencias surgidas ante estas transformaciones tuvieron como consecuencia el aumento del papel y del poder de los *missi dominici* de la Internacional, sobre un fondo de debates sobre la evolución del poder en la Rusia soviética.

En Francia, Boris Suvarin, uno de los líderes del PCF, se opuso a la nueva línea y denunció los sucios procedimientos utilizados por la Troika (Kamenev-Zinoviev-Stalin) contra León Trotsky, su adversario. Con motivo del XIII Congreso del PCUS, Boris Suvarin fue convocado el 12 de junio de 1924 para que se explicara. La sesión se convirtió en una acusación al modo de las sesiones obligatorias de autocrítica. Una comisión, especialmente reunida para tratar el «caso Suvarin», le condenó a la expulsión temporal. Las reacciones de la dirección del PCF reflejan claramente cuál fue desde entonces el espíritu que se exigía en las filas del partido mundial: «En nuestro partido [el PCF], al que la lucha revolucionaria no ha depurado por completo de su antiguo fondo socialdemócrata, la influencia de las personalidades desempeña todavía un papel demasiado importante. (...) Sólo cuando todas las supervivencias pequeño-burguesas del "Yo" individualista sean destruidas, se formará el anónimo e inquebrantable grupo de los bolcheviques franceses. (...) ¡Si quiere ser digno de la Internacional comunista a la que pertenece y si quiere seguir las huellas gloriosas del partido ruso, el Partido Comunista Francés debe destruir, sin dar muestras de flaqueza, a todos los que, en su seno, se nieguen a someterse a su ley!». (*L'Humanité*, 19 de julio de 1924). El anónimo redactor ignoraba que acababa de enunciar la norma que regiría durante décadas la vida del PCF. El sindicalista Pierre Monatte resumió esta evolución con una palabra: la «militarización» del Partido Comunista.

En el V Congreso de la Komintern, que tuvo lugar en el verano de 1924, Zinoviev amenazó con «machacar» a los opositores, reflejando así las costumbres que predominaban en ese momento en el movimiento comunista. Las consecuencias para él fueron nefastas: fue a él a quien Stalin «machacó», destituyéndole en 1925 de su cargo de presidente de la Komintern. Zinoviev fue sustituido por Bujarin, que pronto conoció los mismos sinsabores. El 11 de julio de 1928, en vísperas del VI Congreso de la Komintern (del 17 de julio al 1 de septiembre), Kamenev se reunió en secreto con Bujarin y levantó acta de la conversación. Bujarin, que era víctima del «régimen policial», le explicó que su teléfono estaba interceptado y que era seguido por la GPU. En dos ocasiones dejó entrever un auténtico terror: «Nos estrangulará... no queremos actuar como secesionistas, porque de lo contrario él nos estrangulará» [21]. «Él» era Stalin, por supuesto.

Al primero que Stalin intentó «estrangular» fue a León Trotsky. Su lucha contra el trotskismo se desarrolló de una manera muy especial. Todo comenzó en 1927. Pero ya antes se habían proferido siniestros avisos durante una

[21] «Boukharine en 1928», *Le Contrat Social*, núm. 1, enero-febrero de 1964.

conferencia del partido bolchevique en octubre de 1926: «O se expulsa y se destruye legalmente a la oposición, o se resuelve el asunto a base de cañonazos en las calles, como se hizo con los socialistas-revolucionarios de izquierda en julio de 1918 en Moscú», esto es lo que Larin preconizaba por entonces en *Pravda*. La oposición de izquierda (esa era su denominación oficial), aislada y cada vez más debilitada, estaba expuesta a las provocaciones de la GPU, que se inventó totalmente la existencia de una imprenta clandestina, dirigida por un antiguo oficial de Wrangel (que en realidad era uno de sus agentes), donde se imprimían documentos de la oposición. Esta decidió manifestarse con sus propias consignas en el X aniversario del octubre de 1917. La brutal intervención de la policía lo impidió y, el 14 de noviembre, Trotsky y Zinoviev fueron expulsados del partido bolchevique. La fase siguiente consistió, en enero de 1928, en el confinamiento de sus militantes más conocidos a regiones alejadas —Christian Rakovsky, ex embajador soviético en Francia, fue exiliado a Astracán, en el Volga, y luego a Barnaul, en Siberia; Victor Serge fue enviado, en 1933, a Orenburg, en los Urales— o bien al extranjero. En cuanto a Trotsky, fue llevado a la fuerza a Alma-Ata, en el Turkestán, a cuatro mil kilómetros de Moscú. Un año más tarde, en enero de 1929, era expulsado a Turquía, escapando así a la prisión que se cernía sobre sus partidarios. En efecto, cada vez fueron más los detenidos y los enviados a prisiones especiales, los *polit-isolators*, al igual que los militantes de la antigua Oposición obrera o los del grupo del Centralismo democrático.

Desde ese momento, los comunistas extranjeros, que eran miembros del aparato de la Komintern o residentes en la URSS, fueron detenidos y encarcelados, exactamente igual que los militantes del partido ruso. Su caso era similar al de los rusos en la medida en que todo comunista extranjero que efectuaba una estancia prolongada en la URSS era obligado a adherirse al partido bolchevique y por tanto a someterse a su disciplina. Tal es el caso, bien conocido, del comunista yugoslavo Ante Ciliga, miembro del Buró político del Partido Comunista Yugoslavo (PCY), que fue enviado a Moscú en 1926 como representante del Partido Comunista Yugoslavo (PCY) en la Komintern. Mantuvo algunos contactos con la oposición agrupada por Trotsky, y luego se distanció cada vez más de una Komintern en la que los verdaderos debates ideológicos estaban proscritos y cuyos dirigentes no dudaban en intimidar a sus adversarios, lo que Ciliga ha llamado el «sistema de servilismo» del movimiento comunista internacional. En febrero de 1929, durante la asamblea general de los yugoslavos de Moscú, se adoptó una resolución que condenaba la política de la dirección del PCY, lo que equivalía a una condena indirecta de la dirección de la Komintern. Los opositores a la línea oficial, en contacto con algunos soviéticos, organizaron muy pronto un grupo que, según los cánones de la disciplina, era ilegal. Una comisión comenzó a investigar a Ciliga, que fue expulsado por un año. Ciliga, sin embargo, no abandonó sus actividades «ilegales» al instalarse en Leningrado. El 1 de mayo de 1930 acudió a Moscú para reunirse con los otros miembros de su grupo ruso-yugoslavo, el cual predicaba la formación de un nuevo partido, pues no estaba de acuerdo con la forma con que estaba llevándose a cabo la industrialización. El 21 de mayo fue detenido junto con sus camaradas, y luego mandado al *polit-isolator* de Verjné-Uralsk en virtud del artículo 59. Durante tres años, de declararse en huelga de hambre, Ciliga no cesó de reivindicar su derecho a abandonar Rusia. En una ocasión intentó suicidarse. La GPU intentó obligarle a renunciar a la nacionalidad italiana. Exiliado en Siberia, fue expulsado finalmente el 3 de diciembre de 1935, lo que era algo poco corriente [22].

Gracias a Ciliga poseemos un testimonio sobre los *polit-isolators*: «Los camaradas nos pasaban los periódicos que aparecían en la prisión. ¡Qué diversidad de opiniones, qué artículos más libres! ¡Qué pasión y qué sinceridad había en la exposición de los temas, no solamente en los abstractos y teóricos, sino también en aquellos que trataban la actualidad más candente! (...) Pero nuestra libertad no se limitaba solo a eso. Durante el recreo, que reunía a varias salas, los detenidos tenían la costumbre de mantener reuniones en regla en una esquina del patio, con presidente, secretario y oradores tomando la palabra por turnos» [23].

Las condiciones materiales eran las siguientes: «La comida se componía del tradicional menú del mujik pobre: pan y gachas día y noche, durante todo el año. (...) Además, nos daban para comer una sopa hecha con pescado asqueroso, conservas y carne medio podrida. Para cenar nos servían la misma sopa, pero sin carne ni pescado. (...) La ración diaria de pan era de 700 gramos y la ración mensual de azúcar de un kilo, además nos entregaban una ración de tabaco, cigarrillos, té y jabón. Esta comida, además de monótona era escasa. Y tuvimos que luchar encarnizadamente para que no nos redujeran más esta magra pitanza; ¡y qué decir de las luchas por medio de las cuales obtuvimos algunas pequeñas mejoras! A pesar de todo, si se compara con el régimen de las prisiones de los presos comunes, donde se pudrían centenares de miles de detenidos, y sobre todo con el de millones de seres encerrados en los campos del norte, nuestro régimen era en cierto modo privilegiado» [24].

Sin embargo, estos privilegios eran muy relativos. En Verjné-Uralsk, los detenidos hicieron tres huelgas de hambre, en abril y en el verano de 1931, y en diciembre de 1933, para defender sus derechos, sobre todo para conseguir la supresión de la prórroga de las penas. A partir de 1934, en la mayoría de las ocasiones, se suprimió el régimen político (Verjné-Urlask lo conservó hasta 1937) y las condiciones de detención se agravaron: hubo prisioneros que murieron durante una paliza, otros fueron fusilados y otros incomunicados totalmente, como Vladimir Smirnov en Suzdal en 1933.

[22] Véase Ante Ciliga, *Dix ans au pays du mensonge déconcertant*, Champ libre, 1977. Philippe Bourrinet, *Ante Ciliga 1898-1992. Nazionalismo e communismo in Jugoslavia*, Génova, Graphos, 1996.

[23] Ante Ciliga, *Au pays du grand mensonge*, Gallimard, 1938, pág. 167.

[24] Ante Ciliga, *op. cit.*, pág. 168.

Esta criminalización de los opositores, reales o supuestos, en el seno de los partidos comunistas se extendió muy pronto a los dirigentes comunistas de alto rango. En el otoño de 1932, José Bullejos, dirigente del Partido Comunista Español, y varios de sus camaradas, fueron llamados a Moscú, donde su política fue duramente criticada. Al haberse negado a someterse a las imposiciones de la Komintern, todos ellos fueron expulsados el 1 de noviembre y desde entonces estuvieron, como en residencia vigilada, en el hotel Lux, donde se alojaban los miembros de la Komintern. El francés Jacques Duclos, ex delegado de la Komintern en España, les notificó su expulsión y les anunció que cualquier intento de rebelión sería reprimido «con todo el rigor de las leyes penales soviéticas»[25]. Bullejos y sus camaradas tuvieron enormes dificultades para abandonar la URSS después de dos meses de duras negociaciones para intentar recuperar sus pasaportes.

Ese mismo año tuvo lugar el epílogo de un increíble asunto relacionado con el Partido Comunista Francés. A principios de 1931, la Komintern había enviado al PCF a un representante y algunos instructores para que se ocuparan de él. En julio, el jefe de la Komintern Dimitri Manuilsky, llegó clandestinamente a París y reveló, ante un atónito Buró político, que en su seno había un «grupo» que se dedicaba a dividir al partido. En realidad, se trataba de un ardid destinado a provocar una crisis, de la que la dirección del PCF saldría con su autonomía debilitada. De ese modo dependería totalmente de Moscú y de sus hombres. Dijeron que uno de los jefes del famoso grupo era Pierre Celor, uno de los principales dirigentes del partido desde 1928, que fue convocado a Moscú so pretexto de otorgarle el puesto de representante del PCF en la Komintern. Pero, nada más llegar, Celor fue considerado un «provocador». Condenado al ostracismo y sin salario, Celor sobrevivió al crudo invierno ruso gracias a la cartilla de racionamiento de su mujer, que le había acompañado y trabajaba en la Komintern. El 8 de marzo de 1932 fue convocado a una reunión a la que asistían algunos miembros del NKVD, quienes, en el transcurso de un interrogatorio de doce horas, intentaron hacerle «confesar» que era «un agente de la policía infiltrado en el partido». Celor no confesó nada y, después de innumerables presiones, consiguió volver a Francia el 8 de octubre de 1932, donde poco después fue acusado públicamente de ser un policía.

Ese mismo año se crearon en muchos partidos comunistas, y siguiendo el modelo del partido bolchevique, secciones de mandos, dependientes de la sección central de mandos de la Komintern. Su función consistía en elaborar ficheros completos de los militantes y en reunir cuestionarios biográficos y autobiografías detalladas de todos los dirigentes. Antes de la guerra fueron transmitidos a Moscú, solo del Partido Comunista Francés, más de cinco mil informes biográficos. Los cuestionarios biográficos, con más de setenta preguntas, estaban divididos en cinco grandes secciones: 1) Orígenes y situación social. 2) Cargo en el partido. 3) Formación y nivel intelectual. 4) Participa-

[25] José Bullejos, *El Komintern en España*, México, 1972, pág. 206.

ción en la vida social. 5) Antecedentes penales y condenas. Todos este material, destinado a hacer una selección entre los militantes, estaba centralizado en Moscú, donde eran custodiados por Anton Krajewski, Chernomordik o Gevork Alijanov, que fueron los sucesivos jefes del departamento de mandos de la Komintern, en estrecha colaboración con la sección extranjera del NKVD. En 1935, Meir Trilisser, uno de los más altos dirigentes del NKVD, fue nombrado secretario del comité ejecutivo de la Komintern, encargado del control de mandos. Bajo el seudónimo de Mijaíl Moskvin, recogía las informaciones y las denuncias, y también decidía las destituciones, primera fase de una próxima eliminación[26]. Estos servicios de mandos fueron también encargados de establecer unas «listas negras» de los enemigos del comunismo y de la URSS.

Muy pronto, si es que no desde el principio, la URSS reclutó agentes de información en las distintas secciones de la Komintern. En algunos casos, los militantes que aceptaban realizar este trabajo ilegal, y por tanto clandestino, ignoraban que en realidad trabajaban para alguno de los servicios soviéticos: el servicio de información del Ejército Rojo (GRU o IV Junta), el departamento extranjero de la Cheka-GPU (Inostranny Otdel, INO), el NKVD, etc. Estos diferentes aparatos constituían una red inextricable y mantenían entre sí una rivalidad salvaje que les llevaba a corromper a los agentes de otros servicios. En sus memorias, Elsa Poretski da múltiples ejemplos de esta rivalidad[27].

Las listas negras del PCF.

A partir de 1932, el PCF comenzó a reunir información de las personas que, según el partido, eran sospechosas o peligrosas por sus actividades. Estas listas nacieron, por tanto, al mismo tiempo que los agentes de la Komintern se encargaban del aparato de mandos. Paralelamente a la formación de la sección de mandos destinada a seleccionar a los mejores militantes, aparecía la otra cara de la moneda: las listas que denunciaban a los que habían «fallado» de una manera u otra. Desde 1932 hasta junio de 1939, el PCF publicó doce listas negras con títulos a la vez similares y diferentes: *Lista negra de los provocadores, traidores y delatores expulsados de las organizaciones revolucionarias de Francia* o *Lista negra de los provocadores, ladrones, estafadores, trotskistas, traidores expulsados de las organizaciones obreras de Francia*... Para justificar estas

[26] Guillaume Bourgeois, «Comment Staline dirigeait le PC», *Le Nouvel Observateur*, 5-11 de agosto de 1993. Arkadi Vaksberg, *op. cit.*, págs. 62-64. Annie Kriegel, Stéphane Courtois, *Eugen Fried. Le grand secret du PCF*, Le Seuil, 1997, capítulo 13.

[27] *Les Nôtres*, Denoël, «Lettres nouvelles», 1969, reed. 1995.

listas, en las que aparecieron más de 1.000 nombres hasta la llegada de la guerra, el Partido Comunista utilizaba un argumento político muy simple: «La lucha de la burguesía contra la clase obrera y las organizaciones revolucionarias en nuestro país es cada vez más sutil».

Los militantes debían dar los rasgos físicos («talla y peso, cabellos y cejas, frente, ojos, nariz, boca, mentón, forma del rostro, tez, rasgos particulares» —*Lista n.º 10*, agosto de 1938—, y «toda la información útil para facilitar [la] búsqueda» de los individuos denunciados, así como sus lugares de residencia. Todos los militantes tenían que convertirse en ayudantes de una singular policía y jugar al pequeño chekista.

Probablemente, algunos de esos «sospechosos» eran auténticos estafadores, mientras que otros se oponían a la línea que seguía el partido, pertenecieran a él o no. En los años treinta fueron primero a por los militantes comunistas que habían seguido a Jacques Doriot y a su sección de Saint-Denis, y luego a por los trotskistas. Los comunistas franceses retomaron sin vacilar los argumentos de sus hermanos mayores soviéticos: los trotskistas se han convertido en «una banda de saboteadores enloquecidos y sin principios, de elementos de dispersión y de asesinos que actúan bajo las órdenes de los servicios de espionaje extranjeros» (*Repertorio n.º 1 de las listas negras de la 1 a la 8*, s.d.).

La guerra, la prohibición del PCF que apoyaba el acercamiento germano-soviético y la ocupación alemana llevaron al partido a reforzar su prurito policial. Fueron denunciados los militantes que se habían negado a aprobar la alianza Hitler-Stalin, incluidos los que habían formado parte de la resistencia, como Adrien Langumier, que utilizaba de tapadera un trabajo de redactor en el *Temps Nouveaux* de Luchaire (por el contrario, el PCF no denunció jamás a Fréderic Joliot-Curie por su comprometido artículo del 15 de febrero de 1941 aparecido en el mismo periódico), o como René Nicod, ex diputado comunista de Oyonnax cuya actitud hacia sus antiguos camaradas fue irreprochable. Por no hablar de Jules Fourrier a quien la «policía del partido» intentó liquidar sin conseguirlo. Fourrier había votado en favor de otorgar plenos poderes a Pétain y luego había participado, desde finales de 1940, en la creación de una red de resistencia. Fue deportado a Buchenwald y luego a Mathausen.

La misma suerte corrieron los que participaron en 1941 en la fundación del Partido Obrero y Campesino Francés en torno al ex secretario del PCF, Marcel Gitton, asesinado en septiembre del mismo año por militantes comunistas. El PCF se arrogó el derecho de declararles «traidores al partido y a Francia». Sus informes de acusación a veces finalizaban con la siguiente nota: «Ha recibido el castigo merecido». Algunos de los militantes sospechosos de traición que habían sido asesinados fueron «rehabilitados» después de la guerra, como Georges Déziré.

El Partido Comunista usaba curiosas fórmulas para denunciar a sus «enemigos» en plena persecución de los judíos: «C. Renée, alias Tania, alias Teresa, del distrito XIV. *Judía de Besarabia*», «De B..., *judío extranjero*. Renegado, denigra al PC y a la URSS». La Mano de Obra Inmigrada (MOI), organización que reunía a los militantes comunistas extranjeros, recurrió a un lenguaje muy parecido: «R. Judío (no es su verdadero nombre). Trabaja con un grupo judío enemigo». En ningún momento abandonó su odio hacia los militantes trotskistas: «D...Yvonne. 1, plaza del General Beuret, VII París. Trotskista, estuvo relacionado con el POUM. Denigra a la URSS». Es muy probable que durante la persecución de los judíos la policía de Vichy o la Gestapo se apoderara de tales listas: ¿Qué ocurrió con las personas así denunciadas?

En 1945, el Partido Comunista publicó una nueva serie de listas negras para «expulsar de la nación», según su expresión, a los adversarios políticos, algunos de los cuales habían escapado por poco a intentos de asesinato. La institucionalización de la lista negra nos remite evidentemente a la confección de listas de posibles acusados por los órganos de seguridad soviéticos (Cheka, GPU, NKVD). Es una práctica universal de los comunistas, inaugurada a principios de la guerra civil en Rusia. En Polonia, justo al acabar la guerra, en tales listas aparecían cuarenta y ocho categorías de personas que había que vigilar.

Muy pronto la confusión de los servicios se superó debido a un factor decisivo: tanto la Komintern como los servicios especiales se opusieron al poder supremo de la dirección del PCUS, rindiendo cuentas de su acción incluso delante de Stalin. En 1932, Martemiam Riutin, que había llevado a cabo con celo y sin desánimo la represión contra los opositores, entró a su vez en oposición con Stalin. Redactó un programa en el que decía: «Stalin tiene hoy en día en la Komintern el status de papa infalible. (...) Stalin maneja, por una dependencia material directa e indirecta, a todos los mandos dirigentes de la Komintern, no solo de Moscú sino de aquí mismo, y este es el argumento decisivo que confirma su invencibilidad en el dominio teórico»[28]. Desde finales de los años veinte, la Komintern, que dependía financieramente del Estado soviético, había perdido toda posibilidad de ser independiente. Pero a esta dependencia material, que hacía aumentar la dependencia política, vino a añadirse la dependencia policial.

La presión cada vez más fuerte de los servicios policiales sobre los militantes de la Komintern, tuvo como consecuencia la instauración del miedo y

[28] Citado por Arkadi Vaksberg, *op. cit.*, pág. 32. En noviembre de 1927, Boris Suvarin había intentado atraer la atención sobre este fenómeno y sus consecuencias en una carta a la oposición rusa. Véase Boris Souvarine, *À contre-courant. Écrits 1925-1939*, Denoël, 1984, págs. 138-147.

la desconfianza entre ellos. Al mismo tiempo, las delaciones corrompieron las relaciones y las sospechas invadieron las mentes. Las delaciones eran de dos tipos: las voluntarias y las conseguidas a través de las torturas físicas y mentales. En ocasiones, era simplemente el miedo el que las desencadenaba. Algunos militantes se vanagloriaban de denunciar a sus camaradas. El caso del comunista francés André Marty ejemplifica esta paranoica afición, este celo desenfrenado en presentarse ante los demás como el mejor vigilante de los comunistas. En una carta «estrictamente confidencial», fechada el 23 de julio de 1937 y dirigida al secretario general titular de la Komintern, Gueorgui Dimitrov, incluyó una larga denuncia contra el representante de la Internacional en Francia, Eugen Fried, extrañándose de que aún no hubiera sido arrestado por la policía francesa... ¡lo que le parecía muy sospechoso! [29].

Sobre los procesos de Moscú.

Los fenómenos del terror y de los procesos suscitaron inevitablemente interpretaciones contrarias.

Esto es lo que Boris Suvarin escribía sobre el tema:

«Es muy exagerado, en efecto, pretender que los procesos de Moscú sean fenómenos exclusiva y específicamente rusos. Aunque tengan un sello nacional innegable, se puede observar que son algo bastante generalizado.

»En primer lugar, es importante renunciar al prejuicio según el cual los franceses no son capaces de lo que son capaces los rusos. En el caso que nos ocupa, las confesiones arrancadas a los inculpados no dejan más perplejos a los franceses que a los rusos. Y aquellos que, por solidaridad fanática con el bolchevismo, las encuentran naturales son, sin duda, más numerosos fuera de la URSS que en el interior. (...)

»Durante los primeros años de la revolución rusa, cualquier problema de interpretación se achacaba al «alma eslava». Sin embargo, en Italia, y más tarde en Alemania, se produjeron hechos considerados no hace mucho como específicamente rusos. Cuando el salvajismo humano se desencadena, produce efectos análogos en los latinos, los germanos y los eslavos, a pesar de las diferencias de formas y de lugares.

»Por otra parte, ¿acaso no se ven en Francia y en otras partes personas de todo tipo que se regodean ante las atroces maquinaciones de Stalin? La redacción de *L'Humanité*, por ejemplo, no se queda a la zaga de la del *Pravda* en cuanto a servilismo y bajeza, y sin tener la excusa de estar atenazada por una dictadura totalitaria. El académico Komarov se deshonra una vez más al reclamar una serie de cabezas en la Plaza Roja

[29] Annie Kriegel, Stéphane Courtois, *Eugen Fried. Le grand secret du PCF*, *op. cit.*, pág. 293.

de Moscú, pero no podía negarse a ello pues hubiera sido suicida. ¿Qué se puede decir entonces de un Romain Rolland, de un Langevin, de un Malraux, que admiran y aprueban el régimen llamado soviético, su "cultura" y su "justicia", sin que les obligue a hacerlo el hambre o la tortura?»

(*Le Figaro littéraire*, 1 de julio de 1937.)

En la misma línea, he aquí un extracto de una de esas cartas enviadas al «camarada L. P. Beria» (el comisario del Interior de la URSS) por la búlgara Stella Blagoyeva, oscura empleada de la sección de mandos del comité ejecutivo de la Komintern: «El comité ejecutivo de la Internacional comunista dispone de informaciones redactadas por toda una serie de camaradas, militantes de partidos hermanos, que juzgamos necesario enviarle para que pueda verificarlas y tomar las medidas oportunas. (...) Uno de los secretarios del Comité central del Partido Comunista de Hungría, Karakach, mantiene conciliábulos que dan testimonio de su escasa adhesión al partido de Lenin y de Stalin. (...) Los camaradas se plantean también una cuestión muy seria: por qué en 1932 el tribunal húngaro solo le ha condenado a tres años de prisión, si Karakach, durante la dictadura del proletariado en Hungría, ha ejecutado condenas de muerte decretadas por el tribunal revolucionario. (...) Muchos discursos de camaradas alemanes, austríacos, letones, polacos y otros muestran que la emigración política está particularmente corrompida. Hay que acabar con todo esto con determinación» [30].

Arkadi Vaksberg especifica que los archivos de la Komintern contienen decenas (seguramente centenares...) de denuncias, fenómeno que atestigua la decadencia moral que se había adueñado de los miembros de la Komintern o de los funcionarios del Partido Comunista de la Unión Soviética. Esta decadencia se hizo patente cuando tuvieron lugar los grandes procesos de la «vieja guardia» bolchevique, que había ayudado a la construcción de un poder que se apoyaba en la «mentira absoluta».

EL GRAN TERROR LLEGA A LA KOMINTERN. El asesinato de Kírov, el 1 de diciembre de 1934, fue para Stalin un excelente pretexto para pasar, tanto en la Komintern como en el partido ruso, de una represión severa a un verdadero terror [31]. La historia del PCUS, y con ella la de la Komintern, había entrado en una nueva fase. El terror ejercido hasta entonces contra la sociedad se volvía contra los actores del poder que ejercían a partes iguales el PCUS y su todopoderoso secretario general.

[30] Citado por Arkadi Vaksberg, *op. cit.*, págs. 46-47.

[31] Alla Kirilina, *L'Assassinat de Kirov. Destin d'un stalinien, 1888-1934*, Le Seuil, 1995.

Las primeras víctimas fueron los miembros de la oposición rusa ya encarcelados. A partir de finales de 1935, los detenidos liberados al cumplir su condena fueron nuevamente encarcelados. Varios miles de militantes trotskistas fueron reagrupados en la región de Vorkuta. Eran cerca de quinientos en la mina, un millar en el campo de Ujto-Pechora y en total varios miles en la zona de Pechora. El 27 de octubre de 1936, miles de ellos [32] empezaron una huelga de hambre que duraría 132 días. Reivindicaban la separación de los presos comunes y el derecho a vivir con sus familias. Al cabo de cuatro semanas, murió el primer detenido. Otros corrieron la misma suerte hasta que la administración anunció que satisfaría las reivindicaciones. En el otoño siguiente, 200 detenidos (casi la mitad de los cuales eran trotskistas) fueron reagrupados cerca de una vieja fábrica de ladrillos. A finales de marzo, la administración elaboró una lista de 25 prisioneros que recibieron un kilo de pan y la orden de prepararse para partir. Unos instantes más tarde, sonó una descarga de fusilería. La hipótesis más pesimista fue admitida cuando los prisioneros vieron a la escolta del convoy regresar rápidamente. Al día siguiente hubo un nuevo llamamiento y una nueva descarga de fusilería. Y así hasta finales de mayo. Los guardias rociaban los cadáveres con gasolina para quemarlos y hacerlos desaparecer. El NKVD transmitía por radio los nombres de los fusilados «por agitación contrarrevolucionaria, sabotaje, bandidismo, negativa a trabajar, intento de evasión...» Tampoco se perdonó a las mujeres. La esposa de un militante ejecutado era merecedora automáticamente de la pena capital, al igual que los hijos de más de doce años de un opositor.

Cerca de 200 trotskistas de Magadan, «capital» de Kolyma, recurrieron también a la huelga de hambre para obtener el status de prisioneros políticos. En su proclama, denunciaban a los «verdugos-gánsters» y al «fascismo de Stalin, mucho peor que el de Hitler». El 11 de octubre de 1937 fueron condenados a muerte y 74 de ellos fueron fusilados los días 26 y 27 de octubre y el 4 noviembre. Ejecuciones como estas se sucedieron en 1937-1938 [33].

En todos los países donde había comunistas ortodoxos, se emitió la consigna de combatir la influencia de la minoría de militantes que se agrupaban en torno a León Trotsky. A partir de la guerra civil española, la operación adoptó un nuevo giro, consistente en asociar falsamente trotskismo y nazismo, cuando, sin embargo, Stalin preparaba su acercamiento a Hitler.

Muy pronto, el gran terror desencadenado por Stalin alcanzó al aparato central de la Komintern. En 1965, Branko Lazitch había intentado hacer un primer estudio sobre la eliminación de los miembros de la Komintern con el evocador título de *Martirologio de la Komintern* [34]. Boris Suvarin concluía sus «Comentarios sobre el martirologio», aparecidos después del artículo de

[32] Incluidos mujeres y niños, según Joseph Berger, *Le Naufrage d'une génération*, *op. cit.*, págs. 103-105.

[33] *Cahiers Léon Trotski*, núm. 53, abril de 1994.

[34] *Le Contrat social*, núm. 6, noviembre-diciembre de 1965.

B. Lazitch, con una observación sobre los modestos colaboradores de la Komintern, víctimas anónimas de la "gran purga", que no debe ser olvidada a la hora de abordar este particular capítulo de la historia del comunismo soviético: «La mayoría desaparecieron en la matanza de la Komintern, que solo fue una ínfima parte de una enorme matanza, la de millones de obreros y de campesinos inmolados arbitrariamente por una monstruosa tiranía que ostenta la denominación de proletaria».

Tanto los funcionarios del aparato central como los de las secciones nacionales fueron devorados por el sistema represor como si fueran simples ciudadanos. Con la "gran purga" (1937-1938), no solo fueron víctimas de los órganos de represión los opositores sino también los funcionarios del aparato de la Komintern y de los aparatos anejos: la Internacional Comunista de Juventudes (KIM), la Internacional Sindical Roja (Profintern), el Socorro Rojo (MOPR), la Escuela Leninista Internacional, la Universidad Comunista de las Minorías Nacionales de Occidente (KUMNZ), etc. Hija de un antiguo compañero de Lenin, Wanda Pampuch-Bronska informó bajo pseudónimo que en 1936 la KUMNZ fue disuelta y la totalidad de su personal fue detenido, así como la casi totalidad de sus alumnos [35].

El historiador Mijaíl Panteleyev, examinando los fondos de los distintos servicios y secciones de la Komintern, ha contabilizado por ahora 133 víctimas de un total de 492 personas (es decir, el 27 por 100) [36]. Entre el 1 de enero y el 17 de septiembre de 1937, 256 expulsiones fueron decretadas por la comisión del secretariado del comité ejecutivo, compuesta por Mijaíl Moskvin (Meir Trilisser), Wilhelm Florin y Jan Anvelt, y posteriormente por la comisión especial de control creada en mayo de 1937 y compuesta por Gueorgi Dimitrov, M. Moskvin y Dimitri Manuilski. En general, la expulsión precedía a la detención según un plazo variable: Elena Walter, expulsada del secretariado de Dimitrov el 16 de octubre de 1938, fue detenida dos días más tarde mientras que Jan Borowski (Ludwik Komorowski), expulsado el 17 de julio del comité ejecutivo de la Komintern, fue detenido el 7 de octubre de ese mismo año. En 1937 fueron detenidos 88 empleados de la Komintern, y en 1938, 19. Otros eran detenidos en «su mesa de trabajo», como Anton Krajewski (Wladyslaw Stein), en la época responsable del departamento de prensa y de propaganda, encarcelado el 26 de mayo 1937. Muchos fueron detenidos inmediatamente después de volver de misiones en el extranjero.

Todos los servicios se vieron afectados, desde el secretariado a los representantes de los partidos comunistas. Desde 1937 hasta 1938, 41 personas del secretariado del comité ejecutivo fueron detenidas. En el seno de su Servicio de Relaciones (OMS hasta 1936), se contabilizaron 34 personas detenidas. El

[35] Alfred Burmeister, *Dissolution and Aftermath of the Komintern. Experiences and Observation, 1937-1947*, Nueva York, 1955, págs. 4-8. Citado por Branko Lazitch.

[36] Mikhaïl Panteleïev, «La Terreur stalinienne au Komintern en 1937-1938: Les chiffres et les causes», *Communisme*, núm. 40-41, 1995.

mismo Moskvin fue víctima del aparato represor el 23 de noviembre de 1938, y el 1 de febrero de 1940 fue condenado a morir fusilado. Jan Anvelt murió torturado, y el danés A. Munch Petersen falleció en un hospital penitenciario a consecuencia de una tuberculosis crónica. 50 funcionarios, entre los que se encontraban nueve mujeres, fueron fusilados. La suiza Lydia Dübi, responsable de la red clandestina de la Komintern en París, fue convocada a Moscú a principios de agosto de 1937. Nada más llegar, fue detenida junto con sus colaboradores Brichman y Wolf. Acusada de participar en la «organización trotskista antisoviética» y de espionaje a beneficio de Alemania, Francia, Japón y... Suiza, fue condenada a muerte por la sección militar del Tribunal Supremo de la URSS el 3 de noviembre y fusilada unos días más tarde; su ciudadanía suiza no le sirvió de nada y su familia fue brutalmente informada del veredicto, sin más explicaciones. La polaca L. Zhankovskaya fue condenada a ocho años de reclusión por ser «miembro de la familia de un traidor a la patria», su marido, Stanislaw Skulski (Mertens), que había sido detenido en agosto de 1937 y fusilado el 21 de septiembre. El principio de la responsabilidad familiar, que ya se aplicaba contra los simples ciudadanos, se extendió así a los miembros del aparato.

Ossip Piatnitsky (Tarshis), que hasta 1934 había sido el número dos de la Komintern, después de Manuilski, teniendo bajo su cargo toda la organización (en particular la financiación de los partidos comunistas extranjeros y las relaciones clandestinas de la Komintern en todo el mundo), se encargó después de la sección política y administrativa del Comité central del PCUS. El 24 de junio de 1937, intervino en el pleno del Comité central para criticar el aumento de la represión y la atribución de poderes extraordinarios al jefe del NKVD, Iejov. Stalin, furioso, se vio obligado a interrumpir la sesión y mandó ejercer las peores presiones para que Piatnitsky se arrepintiera. Fue en vano. Al día siguiente, en la reanudación de la sesión, Iejov acusó a Piatnitsky de ser un antiguo agente de la policía zarista, y este fue detenido el 7 de julio. Iejov obligó entonces a Boris Müller (Melnikov) a declarar contra Piatnitsky y, al día siguiente de la ejecución de Müller, el 19 de julio de 1938, la sección militar de la Corte Suprema juzgó a Piatnitsky, que se negó a confesarse culpable de espiar para Japón. Condenado a muerte, fue fusilado en la noche del 29 de julio.

Muchos de estos miembros de la Komintern ejecutados fueron acusados de pertenecer a la «organización anti-Komintern, dirigida por Piatnitsky, Knorin (Wilhelm Hugo) y Béla Kun». Otros fueron simplemente considerados trotskistas y contrarrevolucionarios. El antiguo jefe de la comuna húngara, Béla Kun, quien, a principios de 1937, se había opuesto a Manuilsky, fue acusado por este último (probablemente siguiendo instrucciones de Stalin), quien dijo que las críticas de Kun apuntaban directamente a Stalin. Kun protestó y señaló a su vez a Manuilsky y a Moskvin como responsables de la mala imagen del PCUS que, según él, era la causa de la ineficacia de la Komintern. Ninguno de los presentes —Palmiro Togliatti, Otto Kuusinen, Wil-

helm Pieck y Klement Gottwald, Arvo Tuominen— salió en su defensa. Al final de la reunión, Gueorgui Dimitrov hizo que se adoptara una resolución estipulando que el «asunto Kun» sería examinado por una comisión especial. Pero el único derecho que tuvo Béla Kun fue ser detenido a la salida de la sala de reunión. Fue ejecutado en los sótanos de la Lubianka en fecha desconocida [37].

Según M. Panteleyev, el fin último de estas depuraciones era erradicar cualquier oposición a la dictadura estalinista [38]. Aquellos que en el pasado habían sido simpatizantes de la oposición o que mantenían relaciones con militantes en otro tiempo cercanos a Trotsky, fueron el blanco elegido para las represiones. Lo mismo sucedió con los militantes alemanes que habían pertenecido a la fracción dirigida por Heinz Neumann (eliminado en 1937) o con los antiguos militantes del grupo del Centralismo democrático. Según el testimonio de Yakov Matusov, jefe adjunto del primer departamento de la sección política secreta del GUGB-NKVD, todos los altos dirigentes del aparato de Estado eran objeto, sin saberlo, de un informe que reunía documentos susceptibles de ser utilizados en contra de ellos llegado el momento. Así, Kliment Voroshilov, Andrei Vyshinsky, Lazar Kaganovich, Mijaíl Kalinin, Nikita Jrushchov tenían el suyo. Es más que probable que los dirigentes de la Komintern también fueran considerados sospechosos.

Hay que añadir que los más altos dirigentes no rusos de la Komintern participaban de forma activa en la represión. Uno de los casos más sintomáticos es el del italiano Palmiro Togliatti, uno de los secretarios de la Komintern, presentado después de la muerte de Stalin como un hombre abierto y opuesto a los métodos terroristas. Sin embargo, Togliatti acusó a Hermann Schubert, un funcionario del Socorro Rojo Internacional, y le impidió explicarse en el transcurso de una reunión. Detenido poco después, Schubert fue fusilado. Los Petermann, una pareja de comunistas alemanes llegada a la URSS después de 1933, fueron acusados por Togliatti durante una reunión de ser «agentes hitlerianos» por el hecho de mantener correspondencia con su familia de Alemania. Fueron detenidos algunas semanas más tarde. Togliatti estaba presente durante el acoso contra Béla Kun y firmó la resolución que llevó a este a la muerte. También estuvo implicado en la eliminación del Partido Comunista Polaco en 1938. En esa ocasión, aprobó el tercero de los procesos de Moscú y concluyó: «¡Muerte a los promotores de la guerra, muerte a los espías y a los agentes del fascismo! ¡Viva el partido de Lenin y de Stalin, guardián de las conquistas de la revolución de octubre y garante del triunfo de la revolución mundial! ¡Viva aquel que continúa la obra de Feliks Dzerzhinsky: Nicolas Yezhov!» [39].

[37] François Fetjö, «Comment Staline liquida Béla Kun», *France Observateur,* 9 de abril de 1959. F. Fetjö se basaba en las memorias de Arvo Tuominen publicadas en Helsinki con el título de *Les Cloches du Kremlin.*

[38] Mikhaïl Panteliev, *art. cit.*, pág. 48.

[39] *La Correspondance internationale,* núm. 15, 12 de marzo de 1938.

EL TERROR EN EL SENO DE LOS PARTIDOS COMUNISTAS. Después de haber «limpiado» el aparato central de la Komintern, Stalin atacó a las diferentes secciones de la Internacional comunista. La primera en sufrirlo fue la sección alemana. La comunidad alemana en la Rusia soviética estaba formada, además de por los descendientes de los colonos del Volga, por militantes del Partido Comunista Alemán (KPD), refugiados antifascistas u obreros que habían abandonado la república de Weimar para participar en la «construcción del socialismo». Ninguno de estos méritos les sirvió de protección cuando comenzaron las detenciones de 1933. Las dos terceras partes de los antifascistas alemanes exiliados en la URSS se vieron afectados por la represión.

Con respecto a los militantes comunistas, conocemos su suerte gracias a la existencia de listas, las *Kaderlisten,* realizadas bajo la dirección de los dirigentes del KPD, Wilhelm Pieck, Wilhelm Florin y Herbert Wehner, quienes se sirvieron de ellas para expulsar a los comunistas sancionados y/o víctimas de la represión. La primera lista data del 3 de septiembre de 1936 y la última del 21 de junio de 1938. Otro documento que data de finales de los años cincuenta, realizado por la comisión de control del SED (después de la guerra, el Partido Comunista se reconstituyó con el nombre de Partido Socialista Unificado en la RDA), enumera a 1.136 personas. Las detenciones culminaron en 1937 (619) y continuaron hasta 1942 (21). No se conoce la suerte que corrieron la mitad de estas personas (666): se supone que murieron en prisión. Sin embargo, se sabe con certeza que 82 de ellas fueron ejecutadas, que 197 murieron en prisión o en campos y que 132 fueron entregadas a los nazis. Los otras casi 150 personas condenadas que sobrevivieron, lograron abandonar la URSS una vez cumplidas sus penas. Una de las razones ideológicas esgrimidas para justificar la detención de estos militantes fue que no habían conseguido frenar la ascensión de Hitler, como si Moscú no hubiera sido responsable en buena medida de la toma de poder de los nazis [40].

Pero el episodio más trágico, en el que Stalin dio muestras de todo su cinismo, fue el de la entrega de los alemanes antifascistas a Hitler. En 1937, las autoridades soviéticas decidieron expulsar a los residentes alemanes. El 16 de febrero, 10 de ellos fueron condenados a la expulsión por el OSO. Algunos son conocidos: Emil Larisch, técnico que vivía en la URSS desde 1921; Arthur Thilo, ingeniero llegado en 1931; Wilhelm Pfeiffer, comunista de Hamburgo; Kurt Nixdorf, universitario empleado en el Instituto Marx-Engels. Habían sido detenidos en el transcurso de 1936 acusados de espionaje o de «actividades fascistas», y el embajador alemán von Schulenburg había intervenido en ello dirigiéndose a Maxim Litvinov, el ministro soviético de Asuntos Exteriores. Pfeiffer intentó que le expulsaran a Inglaterra, pues sabía que al ser comunista sería inmediatamente detenido al volver a Alemania. Al cabo de dieciocho meses, el 18 de agosto de 1938, fue conducido a la frontera po-

[40] *In der fangen des NKWD. Deutsche Opfer des stalinistischen Terrors in des UdSSR,* Berlín, Dietz Verlag, 1991.

laca, donde se pierde su rastro. Arthur Thilo consiguió llegar a la embajada británica en Varsovia. Muchos no tuvieron la misma suerte. Otto Walther, litógrafo en Leningrado y residente en Rusia desde 1908, llegó a Berlín el 4 de marzo de 1937. Se suicidó tirándose por la ventana de la casa donde estaba alojado.

A finales de mayo de 1937, von Schulenburg transmitió dos nuevas listas de alemanes detenidos cuya expulsión se deseaba. Entre los 67 nombres, se encuentran varios antifascistas, como Kurt Nixdorf. En otoño de 1937, las negociaciones tomaron un nuevo rumbo: los soviéticos aceptaron acelerar las expulsiones, tal y como se lo pedían los oficiales alemanes (una treintena ya habían sido efectuadas). De noviembre a diciembre de 1937, fueron expulsados 148 alemanes. En el transcurso de 1938, sucedió lo mismo con otros 445. Conducidos a las fronteras de Polonia o de Letonia, y a veces de Finlandia, estos expulsados —entre los que se encontraban *Schutzbündler* austríacos— eran inmediatamente controlados por los representantes de las autoridades alemanas. En algunos casos, los expulsados corrían la misma suerte que el comunista austríaco Paul Meisel, que en mayo de 1938 fue conducido hasta la frontera austríaca, vía Polonia, para ser entregado a la Gestapo. Paul Meisel desaparecería en Auschwitz, por ser judío.

Este excelente acuerdo entre la Alemania nazi y la Rusia soviética prefiguraba los pactos soviético-nazis del año 1939, «donde se expresa la verdadera naturaleza convergente de los sistemas totalitarios» (Jorge Semprún). Después de estos pactos, las expulsiones se sucedieron en condiciones mucho más dramáticas. Tras el aplastamiento de Polonia por Hitler y Stalin, las dos potencias tenían una frontera común, que permitía hacer pasar directamente a los expulsados de las prisiones soviéticas a las prisiones alemanas. Desde 1939 hasta 1941, de 200 a 300 comunistas alemanes fueron así entregados a la Gestapo, para demostrar la buena voluntad soviética hacia su nuevo aliado. El 27 de noviembre de 1939 se firmó un acuerdo entre las dos partes. Cerca de 350 personas fueron expulsadas inmediatamente desde noviembre de 1939 hasta mayo de 1941, entre ellas se encontraban 85 austríacos, como Franz Koritschoner, uno de los fundadores del Partido Comunista Austríaco, que llegó a ser funcionario de la Internacional Sindical Roja. Después de haber sido deportado al gran norte, fue entregado a la Gestapo de Lublin, trasladado a Viena, torturado y luego ejecutado en Auschwitz el 7 de junio de 1941.

Las autoridades soviéticas no tuvieron en cuenta el origen judío del nombre de estos expulsados: Hans Walter, compositor y director de orquesta, judío y miembro del KPD, fue entregado a la Gestapo y en 1942 murió en la cámara de gas del campo de Majdanek. Existen muchos otros casos: el físico Alexandre Weissberg, que sobrevivió y escribió sus memorias; Margarete Buber-Neumann, compañera de Heinz Neumann, que había sido apartada de la dirección del KPD y que luego había emigrado a la URSS, también dio testimonio de este increíble acuerdo entre nazis y soviéticos. Después de ser deportada a Karaganda (Siberia), fue entregada a la Gestapo junto con otros

muchos compañeros de infortunio en febrero de 1940. Este «intercambio» tuvo como consecuencia que fuera internada en Ravensbrück[41].

En el puente de Brest-Litovsk.

«El 31 de diciembre de 1939 nos despertaron a las seis de la mañana (...). Una vez vestidos y afeitados, tuvimos que estar algunas horas en una sala de espera. Un judío comunista húngaro, llamado Bloch, había huido a Alemania después del fracaso de la comuna de 1919. Había vivido con papeles falsos y había seguido militando en el partido. Más tarde había emigrado con esos mismos papeles. Él también había sido detenido y, a pesar de sus protestas, sería entregado a la Gestapo alemana. (...) Justo antes de medianoche llegaron unos autobuses que nos trasladaron a la estación. (...) En la noche del 31 de diciembre de 1939, el tren se puso en marcha. Llevaba a sus países a 70 seres vencidos. (...) A través de una Polonia devastada, continuamos nuestro viaje hacia Brest-Litovsk. En el puente de Bug nos esperaba el aparato del otro régimen totalitario europeo, la Gestapo alemana.»

Alexandre Weissberg, *L'Accusé*, Fasquelle, 1953. A. Weissberg consiguió escapar de la prisión nazi; se unió a los insurrectos polacos y combatió junto a ellos. Al final de la guerra consiguió llegar a Suecia y después a Inglaterra.

«Tres personas se negaron a cruzar el puente, a saber: el judío húngaro llamado Bloch, el obrero comunista condenado por los nazis y un maestro alemán cuyo nombre he olvidado. Fueron arrastrados a la fuerza hacia el puente. Los nazis y las SS descargaron su rabia contra el judío. Fuimos trasladados a un tren y conducidos a Lublin. En Lublin fuimos entregados a la Gestapo. Entonces pudimos constatar que no solo habíamos sido entregados a la Gestapo, sino que el NKVD había entregado a las SS los documentos relativos a nosotros. Así, por ejemplo, en mi informe figuraba, entre otras cosas, que yo era la mujer de Neumann y que Neumann era uno de los alemanes más odiados por los nazis...»

Margarete Buber-Neumann, «Declaración en el proceso Kravchenko contra *Les Lettres françaises*, audiencia 14, 23 de febrero de 1949. Acta taquigráfica», La Jeune Parque, 1949. Detenida en 1937, deportada a Siberia y más tarde entregada a los nazis, Margarete Buber-Neumann estuvo internada en el campo de concentración de Ravensbrück hasta su liberación, en abril de 1945.

[41] Margarete Buber-Neumann, *Prisonnière de Staline et d'Hitler*. 1. *Déportée en Sibérie*. 2. *Déportée à Ravensbrück*, Le Seuil, 1986, 1988. (Existe edición española: *Prisionera de Stalin y de Hitler*, Barcelona, Plaza y Janés.)

En esa misma época, también los mandos del Partido Comunista Palestino, muchos de ellos emigrados de Polonia, fueron a su vez devorados por el mecanismo del terror. Joseph Berger (1904-1978), secretario del PCP desde 1929 hasta 1931, fue detenido el 27 de febrero de 1935 y no fue liberado hasta después del XX Congreso, en 1956. Su supervivencia es una excepción. Muchos otros militantes fueron ejecutados en fechas diversas o desaparecieron en los campos. Wolf Averbuch, director de una fábrica de tractores en Róstov del Don, fue detenido en 1936 y ejecutado en 1941. La política sistemática de destrucción de los miembros del PCP o de grupos sionistas-socialistas llegados a la URSS está relacionada con la política soviética contra la minoría judía a raíz de la formación del Birobidjan, cuyos dirigentes fueron acusados. El profesor Iosif Liberberg, presidente del comité ejecutivo del Birobidjan, fue denunciado como «enemigo del pueblo». Y después de él, sufrieron la represión los otros mandos de la región autónoma que dirigían instituciones. Samuel Augursky (1884-1947) fue acusado de pertenecer a un supuesto centro judeo-fascista. Toda la sección judía del partido ruso (la *Ievsekiya*) fue desmantelada. El objetivo era la destrucción de las instituciones judías, cuando, sin embargo, el Estado soviético trataba de obtener el apoyo de algunas personalidades judías fuera de la URSS[42].

Uno de los grupos más afectados por el terror fue el de los comunistas polacos. Ocupan el segundo lugar en las estadísticas de la represión, justo detrás de los rusos. Es cierto que, de forma excepcional, el Partido Comunista Polaco (KPP) había sido disuelto oficialmente el 19 de agosto de 1938 tras un voto explícito del comité ejecutivo de la Komintern. Stalin siempre había sospechado del KPP, supuestamente contaminado de sucesivas y múltiples desviaciones. Muchos dirigentes comunistas polacos habían pertenecido al entorno de Lenin antes de 1917 y vivían sin protección jurídica en la URSS. En 1923, el KPP había adoptado una posición favorable a Trotsky. La víspera de la muerte de Lenin, su dirección había formulado una resolución a favor de la oposición. Pronto fue su «Luxemburguismo» lo que sería criticado. Durante el V Congreso de la Komintern, en junio-julio de 1924, Stalin apartó a la dirección histórica del KPP —Adolf Warski, Maximilian Walecki y Wera Kostrewa-Kochtchava— como un primer paso hacia la toma del control por la Komintern. A continuación el KPP fue denunciado como foco de trostkistas. Esta acusación no es suficiente para explicar la purga radical a la que se vio sometido este partido, muchos de cuyos dirigentes eran de origen judío. También estuvo el asunto de la organización militar polaca (POW) en 1933 (véase la contribución de Andrzej Paczkowski). Tampoco hay que olvidar el siguiente factor: la política de la Komintern tendía a imponer a su sección polaca una

[42] Mario Kessler, «Der Stalinsche Terror gegen jüdische Kommunisten», *Kommunisten verfolgen Kommunisten. Stalinischer Terror und «Säuberungen» in den kommunistischen Parteien Europas seit des dreissiger Jahren*, Berlín, Akademie Verlag, 1993, págs. 87-102. Sobre la historia del Birobidjan, véase Henri Slovès, *L'État juif de l'Union soviétique*, Les Presses d'aujourd'hui, 1982.

acción dirigida totalmente a debilitar al Estado polaco en beneficio de la URSS y de Alemania. La hipótesis según la cual la eliminación del KPP fue ante todo motivada por la necesidad de preparar la firma de los acuerdos germano-soviéticos, debe pues ser tomada en serio. La manera en que Stalin actuó es también significativa: procuró —con la ayuda del aparato de la Komintern— que todas sus víctimas volvieran a Moscú y procuró que se le escaparan las menos posibles. Solo sobrevivieron los que estaban prisioneros en Polonia, como Wladyslaw Gomulka.

En febrero de 1938, *La correspondencia internacional*, órgano quincenal de la Komintern, acusó al conjunto del KPP bajo la firma de J. Swiecicki. A lo largo de la purga iniciada en junio de 1937 —cuando el secretario general Julian Lenski fue llamado a Moscú, donde desapareció—, doce miembros del Comité central, numerosos dirigentes de segunda fila y varios centenares de militantes fueron eliminados. La purga se extendió igualmente a los polacos alistados en las Brigadas internacionales: los dirigentes políticos de la Brigada Dombrowski, Kazimerz Cichowski y Gustav Reicher, fueron detenidos nada más volver a Moscú. Hasta 1942 Stalin no se dio cuenta de la necesidad de reconstituir un partido comunista polaco bajo el nombre de Partido Obrero Polaco (PPR), con el fin de convertirlo en el núcleo de un futuro gobierno a su servicio, rival del gobierno legal refugiado en Londres.

Los comunistas yugoslavos también tuvieron que sufrir mucho con el terror estalinista. Prohibido en 1921, el Partido Comunista de Yugoslavia se había visto obligado a replegarse al extranjero, primero a Viena desde 1921 hasta 1936, y luego a París desde 1936 hasta 1939. Sin embargo, fue sobre todo en Moscú, hacia 1925, donde se constituyó su principal centro. En torno a los alumnos de la Universidad Comunista de las Minorías Nacionales (KUNMZ), de la Universidad Comunista Serdlov y de la Escuela Leninista Internacional, se constituyó un primer núcleo de emigrados yugoslavos, muy pronto reforzado por una nueva oleada de emigración debida a la instauración, en 1929, de la dictadura del rey Alejandro. En los años treinta residían en la URSS[43] unos 200 o 300 comunistas yugoslavos y estaban muy presentes en las administraciones internacionales, en particular de la Komintern y de la Internacional Comunista de Juventudes. Por esta razón estaban vinculados al PCUS.

A causa de las numerosas luchas entre las diferentes fracciones que se disputaban la dirección del PCY, adquirieron mala fama. En estas circunstancias, la intervención de la dirección de la Komintern se hizo cada vez más frecuente y obligatoria. A mediados de 1925 se procedió a una *chistka*, una verificación-depuración, en la KUNMZ, ya que los estudiantes yugoslavos, más bien favorables a la oposición, se opusieron a la rectora María J. Frukina. Algunos estudiantes fueron expulsados y censurados, y cuatro de ellos (Ante

[43] Ubavka Vujosevic y Vera Mujbegovic, «Die Jugoslavischen Kommunisten in den stalinistischen "Säuberungen" 1929 bis 1949», en Hermann Weber und Dietrich Staritz, *Kommunisten verfolgen Kommunisten, op. cit.*, págs. 157-173.

Ciliga, Dedic, Dragic y Eberling) fueron detenidos y desterrados a Siberia. En 1932 se produjo una nueva depuración en el seno del PCY, del que fueron expulsados 16 militantes.

Después del asesinato de Kírov, se reforzó el control de los emigrados políticos y, en el otoño de 1936, todos los militantes del PCY fueron inspeccionados antes de ser víctimas del terror. Al ser más conocida la suerte de los emigrados políticos que la de los trabajadores anónimos, se sabe que ocho secretarios del comité central del PCY, otros 15 miembros del comité central, así como 21 secretarios de direcciones regionales o locales, fueron detenidos y desaparecieron. Uno de los secretarios del PCY, Sima Markovich, que se había visto obligado a refugiarse en la URSS, trabajó en la Academia de Ciencias Rusa antes de ser detenido en julio de 1939. Condenado a diez años de trabajos forzados sin derecho a correspondencia, murió en prisión. Otros fueron ejecutados en el acto, como los hermanos Vujovic, Radomir (miembro del comité central del PCY) y Gregor (miembro del comité central de las Juventudes). Su hermano Voja, antiguo responsable de la Internacional Comunista de las Juventudes, que se había solidarizado con Trotsky en 1927, desapareció, y a continuación sus hermanos fueron detenidos. Milan Gorkic, secretario del comité central del Partido Comunista Yugoslavo desde 1932 hasta 1937, fue acusado de haber creado una «organización antisoviética en el seno de la Internacional y de haber dirigido un grupo terrorista dentro de la Komintern, organización dirigida por Knorin y Piatnitsky».

A mediados de los años sesenta, el PCY rehabilitó a un centenar de víctimas de la represión, pero no se emprendió ninguna investigación sistemática. Es cierto que la apertura de una investigación semejante habría planteado indirectamente el asunto de las víctimas de la represión llevada a cabo contra los campesinos de la URSS en Yugoslavia después del cisma de 1948. Y sobre todo habría puesto de manifiesto que la ascensión en 1938 de Tito (Josip Broz) al frente del partido se había debido a una purga particularmente sangrienta. El hecho de que Tito se alzara en 1948 contra Stalin no disminuye su responsabilidad en la purga de los años treinta.

LA PERSECUCIÓN DE LOS «TROTSKISTAS». Después de haber diezmado las filas de los comunistas extranjeros que vivían en la URSS, Stalin atacó a los «disidentes» que vivían en el extranjero. El NKVD tuvo así la oportunidad de poner de manifiesto su poder mundial.

Uno de los casos más espectaculares es el de Ignaz Reiss, cuyo verdadero nombre era Nathan Poretski. Reiss era uno de esos jóvenes revolucionarios judíos surgidos de la guerra de 1914, como otros muchos de Europa central y como otros muchos reclutados por la Komintern[44]. Agitador pro-

[44] Sobre el asunto Reiss, véanse las memorias de su mujer, Élisabeth Poretski, *Les Nôtres*, Denoël, 1969; y a Peter Huber, Daniel Kunzi, «L'Assassinat d'Ignaz Reiss», *Communisme*, núms. 26-27, 1990.

fesional, trabajaba en la red clandestina internacional y había cumplido tan bien sus misiones que había sido condecorado en 1928 con la Orden de la Bandera Roja. Después de 1935 fue «recuperado» por el NKVD, que controlaba todas las redes en el extranjero y se ocupaba del espionaje en Alemania. El primero de los grandes procesos de Moscú conmocionó a Reiss, que decidió romper con Stalin. Conociendo las costumbres de la «casa», preparó cuidadosamente su retirada y, el 17 de julio de 1937, hizo pública una carta al Comité central del PCUS donde se explicaba y atacaba especialmente a Stalin y el estalinismo, «esa mezcla del peor de los oportunismos —un oportunismo sin principios—, de sangre y de mentiras [que] amenaza con envenenar a todo el mundo y con acabar con lo que queda del movimiento obrero». Reiss anunciaba al mismo tiempo su adhesión a León Trotsky. Sin saberlo, acababa de firmar su sentencia de muerte. El NKVD movilizó inmediatamente su red en Francia y consiguió localizar a Reiss en Suiza, donde le tendió una trampa. En la noche del 4 de septiembre, en Lausana, fue acribillado a balazos por dos comunistas franceses, mientras un agente femenino del NKVD intentaba asesinar a su mujer y a su hijo con una caja de bombones envenenados. A pesar de las investigaciones llevadas a cabo en Suiza y en Francia, sus asesinos y sus cómplices jamás fueron encontrados o condenados. Trotsky acusó inmediatamente a Jacques Duclos, uno de los secretarios del PCF, pidiendo a su secretario Jan Van Heijenoort que enviara el siguiente telegrama al jefe de Gobierno francés: «Chautemps presidente del Consejo París/ En el asunto asesinato Ignaz Reiss/ Robo de mis archivos y crímenes análogos/ Permítame insistir necesidad someter interrogatorio al menos como testigo Jacques Duclos vicepresidente Cámara de Diputados ex agente GPU»[45].

Duclos era por entonces vicepresidente de la Cámara de los Diputados desde junio de 1936, y el telegrama no obtuvo ningún resultado.

El asesinato de Reiss era espectacular, pero formaba parte de un vasto plan de eliminación de los trotskistas. No es muy de extrañar que en la URSS los trotskistas hayan sido exterminados, como tantos otros. Sin embargo, sorprende el odio con que los servicios especiales eliminaron físicamente a los opositores en el extranjero y, más aún, a los grupos trotskistas constituidos en diferentes países. La base de esta empresa era un paciente trabajo de infiltración.

En julio de 1937 desapareció Rudolf Klement, responsable del secretariado internacional de la oposición trotskista. El 26 de agosto de ese mismo año se rescató del Sena un cuerpo decapitado y sin piernas, que fue identificado enseguida como el de Klement. El propio hijo de Trotsky, León Sedov, murió en París el 16 de febrero de 1938 a consecuencia de una operación. Las sospechosas condiciones de su muerte hicieron pensar a sus allegados que se trata-

[45] Jan Van Heijenoort, *De Prinkipo à Coyoacan. Sept ans auprès de L. Trotski,* Les Lettres nouvelles-Maurice Nadeau, 1978, pág. 172.

ba de un asesinato organizado por los servicios soviéticos[46]. Por el contrario, Pavel Sudoplatov asegura en sus memorias[47] que no fue así. Pero lo cierto es que León Sedov estaba vigilado estrechamente por el NKVD y que Mark Zborowski, uno de sus allegados, era un agente infiltrado en el movimiento trotskista.

Louis Aragon, *Preludio al tiempo de las cerezas.*

Canto al GPU que se forma
en Francia en este momento
Canto al necesario GPU de Francia
Canto a los GPUs de ninguna y de todas partes
Pido un GPU para preparar el fin de un mundo
Pedir un GPU para preparar el fin de un mundo
para defender a aquellos que son traicionados
para defender a aquellos que siempre son traicionados
Pedid un GPU vosotros los que sois doblegados y asesinados
Pedid un GPU
Necesitáis un GPU
Viva el GPU figura dialéctica del heroísmo
que puede oponerse a la imagen imbécil de los aviadores
considerados por los imbéciles como héroes cuando se rompen
las narices contra el suelo
Viva el GPU verdadera imagen de la grandeza materialista
Viva el GPU contra dios Chiappe y la «Marsellesa»
Viva el GPU contra el papa y los piojos
Viva el GPU contra la resignación de los bancos
Viva el GPU contra las maniobras del Este
Viva el GPU contra la familia
Viva el GPU contra las leyes perversas
Viva el GPU contra el socialismo de los asesinos como
Caballero Boncour MacDonald Zoergibel
Viva el GPU contra todos los enemigos del Proletariado
VIVA EL GPU

(1931.) (Citado por Jean Malaquais,
El llamado Louis Aragon o el patriota profesional,
suplemento de *Masses*, febrero de 1947.)

[46] Esa es también la hipótesis sostenida por su biógrafo Pierre Broué en su libro: *Léon Sedov, fils de Trotski, victime de Staline,* Les Éditions Ouvrières, 1993.

[47] Pavel Soudoplatov, *Missions spéciales,* Seuil, 1994, págs. 115-116.

En cambio, Sudoplatov ha reconocido que en marzo de 1939 Beria y Stalin le encargaron personalmente que asesinara a Trotsky. Stalin le dijo: «Hay que acabar con Trotsky este año, antes del inevitable comienzo de la guerra (...)», añadiendo: «Usted dependerá directamente del camarada Beria y de nadie más, pero será el único responsable de esta misión»[48]. Se organizó una auténtica batida en París, Bruselas y Estados Unidos, hasta llegar a Méjico, donde residía el jefe de la IV Internacional. Con la complicidad del Partido Comunista Mejicano, los agentes de Sudoplatov prepararon un primer atentado, realizado el 24 de mayo, del que Trotsky escapó de milagro. Sudoplatov encontró el medio de desembarazarse de Trotsky infiltrando a Ramón Mercader bajo un nombre falso. Mercader, que se había ganado la confianza de un militante trotskista, consiguió entrar en contacto con el «viejo». Trotsky, confiado, aceptó recibirle para darle su opinión sobre un artículo escrito en su defensa. Mercader le golpeó entonces en la cabeza con un piolet. Trotsky, gravemente herido, lanzó un grito desgarrador. Su mujer y sus guardaespaldas se precipitaron sobre Mercader, paralizado una vez cometido su crimen. Trotsky murió al día siguiente.

La interrelación entre los partidos comunistas, las secciones de la Komintern y los departamentos del NKVD fue denunciada por León Trotsky, que era plenamente consciente de que la Komintern se hallaba dominada por la GPU y el NKVD. En una carta del 27 de mayo de 1940 dirigida al fiscal general de Méjico, tres días después del primer intento de asesinato del que había sido víctima, escribía: «La organización de la GPU tiene unas costumbres y unos métodos perfectamente establecidos fuera de la Unión Soviética. La GPU necesita, para su actividad, una cobertura legal o semilegal y un entorno favorable para el reclutamiento de sus agentes; ese entorno y esa protección los encuentra en los supuestos "partidos comunistas"»[49]. En su último escrito, siempre en relación con el atentado del 24 de mayo, describía con detalle la operación de la que había estado a punto de ser víctima. Para él, la GPU (Trotsky emplea aún el nombre adoptado en 1922, cuando era uno de los dirigentes del Estado soviético) era «el órgano principal del poder de Stalin», era «el instrumento de la dominación totalitaria» en la URSS, desde la cual «un espíritu de servilismo y de cinismo se ha extendido por toda la Komintern y envenena el movimiento obrero hasta la médula». E insiste en esta dimensión concreta, que determina muchas de las cosas que suceden en los partidos comunistas: «Como organizaciones, la GPU y la Komintern no son idénticas, pero están estrechamente unidas. Se hallan subordinadas la una a la otra, y no es la Komintern la que da las órdenes a la GPU sino, al contrario, la GPU es la que domina completamente la Komintern»[50].

[48] *Íbid.,* págs. 99-100.

[49] Léon Trotski, *Oeuvres complètes,* tomo XXIV, Institut Léon-Trotski, 1987, págs. 79-82.

[50] Léon Trotski, «L'attentat du 24 mai et le Parti communiste mexicain, le Komintern et le GPU», *op. cit.,* tomo XXIV, págs. 310-361.

Este análisis, basado en numerosos elementos, era fruto de la doble experiencia de Trotsky: la adquirida cuando era uno de los dirigentes del incipiente Estado soviético y la del proscrito perseguido a través de todo el mundo por los asesinos del NKVD, cuyos nombres son bien conocidos en la actualidad. Se trataba de tres dirigentes del departamento de «misiones especiales» creado en diciembre de 1936 por Nikolay Yezhov: Serguei Spiegelglass, autor del atentado fallido, Pavel Sudoplatov (muerto en 1996) y Naum Eitingon (muerto en 1981). Estos últimos fueron los que lograron realizar con éxito el atentado gracias a numerosas complicidades[51].

Los datos más significativos del asesinato de Trotsky, cometido en Méjico el 20 de agosto de 1940, se conocen gracias a las sucesivas investigaciones llevadas a cabo inmediatamente sobre el terreno, y a las reanudadas más tarde por Julián Gorkín[52]. De hecho, no había ninguna duda sobre el cerebro del asesinato: los responsables directos eran conocidos, según algunas informaciones recientemente confirmadas por Sudoplatov. Jaime Ramón Mercader del Río era el hijo de Caridad Mercader, una comunista que trabajaba desde hacía tiempo para los Servicios y que se convirtió en la amante de N. Eitingon. Mercader entró en contacto con Trotsky bajo el nombre de Jacques Mornard. Este último existía realmente y murió en 1967 en Bélgica. Mornard había combatido en España, donde es probable que los servicios soviéticos le «cogieran prestado» el pasaporte. Mercader utilizó también el nombre de Jacson, sirviéndose de otro pasaporte, el de un canadiense alistado en las Brigadas internacionales y muerto en el frente. Ramón Mercader murió en 1978 en La Habana, donde Fidel Castro le había ofrecido el puesto de consejero del ministerio de Asuntos Interiores. El hombre que había sido condecorado con la Orden de Lenin por su crimen, fue enterrado discretamente en Moscú.

A pesar de haber conseguido desembarazarse de su último adversario político, Stalin continuó la persecución de los trotskistas. El ejemplo francés es muy revelador de la actitud de los militantes comunistas en relación con los militantes de las pequeñas organizaciones trotskistas. No se descarta que durante la ocupación francesa los comunistas denunciaran a algunos trotskistas ante la policía francesa o alemana.

En las prisiones y los campos franceses de Vichy, los trotskistas fueron aislados sistemáticamente. En Nontron (Dordoña), Gérard Bloch fue víctima del ostracismo del colectivo comunista dirigido por Michel Bloch, hijo del escritor Jean-Richard Bloch. Encarcelado en la prisión de Eysses, Gérard Bloch fue avisado por un maestro católico de que el colectivo comunista de la prisión había decidido estrangularle por la noche[53].

[51] Sobre el «montaje» de la operación, véase Pavel Soudoplatov, *op. cit.,* capítulo 4, páginas 97-120.

[52] Julián Gorkín y general Sánchez Salazar, *Ainsi fut assassiné Trotski,* Self, 1948. (Existe edición española: *Cómo asesinó Stalin a Trotsky,* Barcelona, Plaza y Janés, 1961.)

[53] René Dazy, *Fusillez ces chiens enragés!... Le génocide des trotskistes,* Olivier Orban, 1981, pág. 248.

En este contexto de odio ciego, adquiere todo su significado el asunto de la «desaparición» de cuatro trotskistas, entre los que se encontraba Pietro Tresso, fundador del Partido Comunista Italiano, en el maquis FTP «Wodli» instalado en el Alto-Loira. Este maquis comunista «se hizo cargo» de cinco militantes trotskistas, evadidos el 1 de octubre de 1943 de la prisión de Puy-en-Velay al mismo tiempo que sus camaradas comunistas. Albert Demazière, uno de los trotskistas, se separó por azar de sus compañeros. Es el único superviviente de los cinco que formaban el grupo [54]: Tresso, Pierre Salini, Jean Reboul y Abraham Sadek fueron ejecutados a finales de octubre, después de un simulacro de juicio muy significativo. Los «testigos» de aquel juicio, todavía vivos, señalan que aquellos militantes fueron acusados efectivamente de proyectar el «envenenamiento del agua del campo», acusación medieval que nos remite a los orígenes judíos de Trotsky (cuyo hijo Serguei fue también acusado de las mismas intenciones en la URSS) y de al menos de uno de los prisioneros del maquis (Abraham Sadek). Así, el movimiento comunista mostraba que no estaba exento de la más grosera regresión antisemita. Antes de su asesinato, los cuatro trotskistas fueron fotografiados, probablemente para su identificación por las instancias superiores del PCF, y obligados a escribir sus biografías.

Incluso en los campos de concentración, los comunistas trataban de eliminar físicamente a sus adversarios más cercanos sirviéndose de los puestos adquiridos dentro la jerarquía de los campos. Marcel Beaufrère, responsable de la región bretona del Partido Obrero Internacionalista, detenido en octubre de 1943 y deportado a Buchenwald en enero de 1944, fue acusado de ser trotskista por el jefe de los barracones (un comunista). Diez días más tarde, un amigo le avisó de que la célula comunista del barracón 39 —el suyo— le había condenado a muerte y quería enviarle al barracón de las cobayas, donde se les inoculaba el virus del tifus. Marcel Beaufrère se salvó en el último momento gracias a la intervención de los militantes alemanes [55]. Bastaba utilizar el propio funcionamiento de los campos de concentración nazis para desembarazarse de los adversarios políticos, ya víctimas de los propios miembros de la Gestapo o SS, enviándolos a los campos más severos. Marcel Hic y Roland Filiâtre, ambos deportados a Buchenwald, fueron enviados al terrible campo de Dora, «con el consentimiento de los mandos del KPD, que desempeñaban las tareas administrativas en el campo», escribe Rodolphe Prager [56]. Marcel Hic sucumbió allí. Todavía en 1948, Roland Filiâtre escapó a un intento de asesinato en su lugar de trabajo.

[54] Un libro reciente (Pierre Broué, Roger Vacheron, *Meurtres au maquis*, Grasset, 1997) avanza la hipótesis según la cual la «evasión» involuntaria de Demazière habría sido más o menos la causa de la ejecución de sus camaradas, disculpando así a los responsables comunistas franceses de estos asesinatos.

[55] René Dazy, *op. cit.*, págs. 238-244.

[56] «Les trotskistes de Buchenwald», *Critique communiste,* núm. 25, noviembre de 1978.

Aprovechando la liberación, se llevaron a cabo más «eliminaciones» de militantes trotskistas. Mathieu Buchholz, un joven obrero parisino del grupo «La Lucha de Clases», desapareció el 11 de septiembre de 1944. En mayo de 1947, el periódico de su grupo acusó a los «estalinistas».

En Grecia, el movimiento trotskista tenía cierta trascendencia. Un secretario del Partido Comunista Griego (KKE), Pandelis Pouliopoulos, que fue fusilado por los italianos, se había unido a él antes de la guerra. Durante esta, los trotskistas se incorporaron individualmente a las filas del Frente de Liberación Nacional (EAM), fundado en junio de 1941 por los comunistas. El general del Ejército Popular de Liberación Nacional (ELAS), Aris Velouchiotis, mandó ejecutar a una veintena de dirigentes trotskistas. Después de la liberación, se multiplicaron los secuestros de militantes trotskistas. A menudo fueron torturados para que dieran las direcciones de sus camaradas. En 1946, en su informe al comité central del Partido Comunista, Vassilis Bartziotas da la cifra de 600 trotskistas ejecutados por el OPLA (organización de protección de las luchas populares), cifra que probablemente también incluye a los anarquistas y socialistas disidentes [57]. Los arqueo-marxistas, militantes que se habían organizado fuera del Partido Comunista griego en 1924, fueron igualmente perseguidos y asesinados [58].

Los comunistas albaneses no se quedaron a la zaga. Después de la unificación en noviembre de 1941 de los grupos de izquierda, entre los que se encontraban los trotskistas reunidos en torno a Anastase Lula, volvieron a surgir las diferencias entre los trotskistas y los ortodoxos (Enver Hoxha, Memet Shehu), aconsejados por los yugoslavos. En 1943, Lula fue ejecutado sin formalidades previas. Después de sufrir varios intentos de asesinato, Sadik Premtaj, otro líder trotskista especialmente popular, consiguió llegar a Francia; en mayo de 1951 fue víctima de un nuevo intento de asesinato perpetrado por Djemal Shami, un ex brigada roja, pistolero de la legación albanesa en París.

En China se había formado en 1928 un pequeño grupo trotskista, bajo la autoridad de Shen Duxiu, fundador y antiguo secretario del PCC. En 1935 solo contaba con algunos centenares de miembros. Durante la guerra contra Japón, una parte de ellos consiguió integrarse en el VIII ejército del APL. Mao Zedong les mandó ejecutar y eliminó los batallones dirigidos por ellos. Al final de la guerra civil, estos últimos eran sistemáticamente perseguidos y ejecutados. El destino de muchos de ellos se desconoce.

En Indochina la situación fue diferente en un primer momento. Los trotskistas del grupo *Tranh Dau* (La lucha) y los comunistas hicieron causa común a partir de 1933. La influencia de los trotskistas era especialmente fuerte en el sur de la península. En 1937, una orden de Jacques Duclos prohibió al Partido Comunista Indochino seguir colaborando con los militantes de

[57] René Dazy, *op. cit.*, págs. 226-274.

[58] Panagiotis Noutsos, «"Säuberugen" innerhalb der griechischer kP (1931 bis 1956)», *Kommunisten verfolgen Kommunisten, op. cit.*, págs. 487-494.

La lucha. Durante los meses que siguieron a la derrota japonesa, otra rama trotskista —la Liga Comunista Internacional— adquirió una influencia que preocupó a los dirigentes comunistas. La LCI criticó al Vietminh (el Frente Democrático para la Independencia), creado en mayo de 1941 por Hô Chi Minh, por haber recibido pacíficamente a las tropas inglesas llegadas en septiembre de 1945. El 14 de septiembre, el Vietminh inició una amplia operación contra los mandos trotskistas, siendo la mayoría de ellos ejecutados poco después de ser capturados. Más tarde, después de haber combatido contra las tropas anglo-francesas y de haberse visto obligados a replegarse a la llanura de los Juncos, los trotskistas fueron derrotados por las tropas del Vietminh. Segunda parte de la operación: el Vietminh se puso a continuación en contra de los militantes de La lucha. Hechos prisioneros en Ben Suc, fueron ejecutados cuando se aproximaban las tropas francesas. Detenido más tarde, Ta Tu Thau, líder histórico del movimiento, fue ejecutado en febrero de 1946. ¿Acaso no había escrito Hô Chi Minh que los trotskistas «son los traidores y los espías más infames?»[59].

En Checoslovaquia, la suerte de Zavis Kalandra simboliza por sí sola la de todos sus compañeros. En 1936 había sido expulsado del PCCh por haber escrito un folleto denunciando los procesos de Moscú. Durante la guerra fue deportado por los alemanes a Oranienburg por pertenecer a la resistencia. En noviembre de 1949 fue torturado tras ser detenido y acusado de haber dirigido un «compló contra la República». En junio de 1950 se inició el proceso, en el que hizo su autocrítica. El 8 de junio fue condenado a muerte. En *Combate* (14 de junio de 1950), André Breton pidió a Paul Éluard que interviniera a favor de Kalandra, al que ambos conocían desde antes de la guerra. Éluard le contestó: «Tengo demasiado trabajo con los inocentes que claman su inocencia, como para ocuparme de los culpables que claman su culpabilidad»[60]. Zavis Kalandra fue ejecutado el 27 de junio de ese mismo año junto con otros tres compañeros.

Antifascistas y revolucionarios extranjeros víctimas del terror en la URSS. Aunque la acción de diezmar a la Komintern, a los trotskistas y a otros disidentes comunistas constituyó una parte importante del terror comunista, no fue la única. En efecto, a mediados de los años treinta en la URSS vivían muchos extranjeros que, sin ser comunistas, se habían visto atraídos por el espejismo soviético. Muchos de ellos pagaron con su libertad, y a menudo con su vida, esta pasión por el país de los soviets.

A principios de los años treinta, los soviéticos llevaron a cabo una campaña de propaganda en las proximidades de Carelia, aprovechando las posibilidades que ofrecía esta región fronteriza entre la URSS y Finlandia, y la atracción que ejercía la «construcción del socialismo». 12.000 personas abandonaron Finlandia, a las que se sumaron los casi 5.000 finlandeses llegados de Estados Unidos, en su mayor parte miembros de la Asociación (americana) de Trabajadores Finlandeses, que tenían grandes dificultades debido al paro producido por la crisis del 29. La «fiebre de Carelia» fue aún más fuerte porque los agentes del *Amtorg* (la agencia comercial soviética) les prometían trabajo, buenos salarios, alojamiento y el viaje gratuito de Nueva York a Leningrado. Les habían recomendado que se llevaran todo lo que tuvieran.

[59] Carta del 10 de mayo de 1939, *Les Cahiers Léon Trotsky*, núm. 46, julio de 1991.
[60] *Action*, 19-25 de junio.

La «avalancha humana hacia la utopía», según la expresión de Aïno Kuusinen, se convirtió en una pesadilla. Nada más llegar les confiscaron las máquinas, las herramientas y los ahorros. Tuvieron que entregar sus pasaportes, y se encontraron prisioneros en una región subdesarrollada en la que predominaban los bosques, en unas condiciones vitales particularmente duras[61]. Según Arvo Tuominen, que había dirigido el Partido Comunista Finlandés y ocupado el cargo de miembro suplente en el Presidium del comité ejecutivo de la Komintern hasta finales de 1939, antes de ser condenado a muerte y luego de ver su pena conmutada por diez años de prisión, al menos 20.000 finlandeses estuvieron internados en los campos de concentración[62].

Obligado a establecerse en Kirovakan, Aïno Kuusinen asistió, después de la Segunda guerra mundial, a la llegada de los armenios, quienes, víctimas también de una hábil propaganda, habían decidido establecerse en la República soviética de Armenia. Respondiendo al llamamiento que Stalin hizo a los rusos que vivían en el extranjero para que volvieran a la URSS, estos armenios, aunque en su mayoría fueran exiliados turcos, se movilizaron para llegar a una República de Armenia que, en su imaginación, sustituía a la tierra de sus antepasados. En septiembre de 1947, varios miles se reunieron en Marsella. 3.500 se embarcaron en el *Rossia*, que les transportó a la URSS. En cuanto el barco franqueó la línea simbólica de las aguas territoriales soviéticas en el mar Negro, la actitud de las autoridades soviéticas cambió radicalmente. Muchos comprendieron entonces que habían caído en una trampa. En 1948, 200 armenios procedentes de Estados Unidos corrieron la misma suerte: nada más llegar les confiscaron los pasaportes. En mayo de 1956, varios centenares de armenios procedentes de Francia se manifestaron cuando el ministro de Asuntos Exteriores, Christian Pineau, visitaba Erevan. Solo 60 familias pudieron abandonar la URSS mientras que la represión se abatía sobre el resto[63].

El terror no solo alcanzó a los que habían acudido libremente a la URSS, sino también a los que habían llegado forzados por la represión de regímenes dictatoriales. Según el artículo 129 de la Constitución soviética de 1936, «la URSS otorga el derecho de asilo a los ciudadanos extranjeros perseguidos por defender los intereses de los trabajadores o por su actividad científica o su lucha por la liberación nacional». En su novela *Vida y destino,* Vassili Grossman describe la confrontación entre un miembro de las SS y su prisionero, un ex militante bolchevique. En su largo monólogo, el miembro de las SS ilustra perfectamente el destino de miles de hombres, mujeres y niños que buscaron refugio en la Unión Soviética, a través del siguiente párrafo: «¿Quién hay en nuestros campos de concentración en tiempo de paz, cuando no hay prisioneros de guerra? Los enemigos del partido, los enemigos del pueblo. Es una especie que usted conoce bien, pues se encuentran también en sus campos. Y si en tiempo de paz sus campos de concentración adoptaran el sistema de las SS, no dejaríamos salir a sus prisioneros. *Sus prisioneros son nuestros prisioneros*»[64].

[61] Aïno Kuusinen, *Quand Dieu renverse son Ange...*, *op. cit.*, 1974, págs. 91-96.
[62] *Les cloches du Kremlin*, pág. 216, citado por B. Lazitch, «Le Martyrologe du Komintern», *El Contrato social*, núm. 6, noviembre-diciembre de 1965.
[63] Armand Maloumian, *Les Fils du Goulag*, Presses de la Cité, 1976.

Todos estos emigrados fueron considerados espías potenciales, tanto los que habían venido del extranjero respondiendo al llamamiento realizado por los propios soviéticos, como los que habían venido para encontrar una seguridad que ya no tenían en sus países de origen, debido a su afiliación política. Al menos ese es el motivo que figuraba más a menudo en sus notificaciones de condena.

Una de las primeras emigraciones fue la de los antifascistas italianos, a mediados de los años veinte. Muchos de ellos, que pensaban encontrar en el «país del socialismo» el refugio de sus sueños, sufrieron una gran decepción y fueron víctimas del terror. A mediados de los años treinta había en la URSS cerca de 600 comunistas italianos o simpatizantes: cerca de 250 eran mandos políticos emigrados y los restantes 350 estudiaban en tres escuelas de formación política. Muchos de estos alumnos abandonaron la URSS después de acabar sus estudios y un centenar de militantes vino a luchar a España en los años 1936-1937, abatiéndose el gran terror sobre los que se habían quedado. De los cerca de 200 italianos que fueron detenidos, en general por «espionaje»; unos 40 fueron fusilados —de los cuales han sido identificados 25—, y los restantes enviados al Gulag, a las minas de oro de Kolymá o al Kazajstán. Romolo Caccavale ha publicado un emocionante libro en el que describe el itinerario y el trágico destino de varias decenas de estos militantes[65].

Nazareno Scarioli, un antifascista huido de Italia en 1925, es un ejemplo entre muchos. De Italia pasó a Berlín y de allí a Moscú. Acogido por la sección italiana del Socorro Rojo, trabajó en una colonia agrícola de los alrededores de Moscú durante un año y luego fue trasladado a Yalta a otra colonia en la que trabajaban una veintena de anarquistas italianos dirigidos por Tito Scarselli. En 1933, la colonia fue disuelta y Scarioli volvió a Moscú, donde fue contratado en una fábrica. Participaba en las actividades de la comunidad italiana.

[64] Vassili Grossman, *Vie et destin*, Julliard/L'Âge d'Homme, 1983, pág. 374.
[65] Romolo Caccavale, *Comunisti italiani en Unione Sovietica. Proscritti da Mussolini soppresi da Stalin*, Mursia, 1995, 360 págs.

Llegaron los años de la "gran purga". El miedo y el terror disgregaron la comunidad italiana: todos sospechaban unos de otros. El dirigente comunista Paolo Robotti anunció en el Club italiano la detención, como «enemigos del pueblo», de 36 emigrados que trabajaban en una fábrica de rodamientos. Robotti obligó a los presentes a aprobar la detención de estos obreros, a los que él conocía muy bien. En el momento del voto a mano alzada, Scarioli votó en contra. Fue detenido la noche del día siguiente. Torturado en Lubianka, firmó una confesión. Deportado a Kolymá, trabajó en una mina de oro. Otros muchos italianos que compartieron su misma suerte murieron: el escultor Arnaldo Silva, el ingeniero Cerquetti, el dirigente comunista Aldo Gorelli, cuya hermana se había casado con el futuro diputado comunista Siloto; el antiguo secretario de la sección romana del PCI Vincenzo Baccala; el toscano Otello Gaggi, que trabajaba de portero en Moscú; Luigi Calligaris, obrero en Moscú; el sindicalista veneciano Carlo Costa, obrero en Odessa; Edmundo Peluso, que había frecuentado a Lenin en Zurich. En 1950, Scarioli, que solo pesaba treinta y seis kilos, salió de Kolymá, pero fue obligado, como si fuera un esclavo de los soviéticos, a seguir trabajando en Siberia. Hasta 1954 no fue amnistiado y luego rehabilitado. Sin embargo, hasta pasados seis años no le fue concedido el visado para volver a Italia, donde vivió con una pequeña pensión.

Entre estos refugiados, además de comunistas, miembros del PCI o simpatizantes, había algunos anarquistas que, para evitar ser detenidos, habían decidido huir a la URSS. El caso más conocido es el de Francesco Ghezzi, militante sindical y libertario, que llegó a Rusia en junio de 1921 para representar a la Unión Sindical Italiana en la Internacional Sindical Roja. En 1922 estuvo en Alemania, donde fue detenido, pues el Gobierno italiano, que le había acusado de terrorismo, había pedido su extradición. Una enérgica campaña evitó que acabara en las cárceles italianas, pero se vio obligado a regresar a la URSS. En otoño de 1924, Ghezzi, que se había unido sobre todo a Pierre Pascal y a Nicolas Lazarevich, mantuvo sus primeros altercados con la GPU. En 1929 fue detenido, condenado a tres años de prisión e internado en Suzdal, en unas condiciones criminales para un tuberculoso. Sus amigos y simpatizantes organizaron una campaña en su favor en Francia y en Suiza. Romain Rolland (en un primer momento) y otras personas firmaron una petición. Las autoridades soviéticas respondieron haciendo circular el rumor de que Ghezzi era un «agente de la embajada fascista». Liberado en 1931, Ghezzi volvió a trabajar en una fábrica. A finales de 1937 era de nuevo detenido. Pero esta vez, a sus amigos del extranjero les fue imposible obtener la más mínima información sobre su suerte. Fue dado por muerto en Vorkuta a finales de agosto de 1941[66].

[66] Charles Jacquier, «L'affaire Francesco Ghezzi; la vie et la mort d'un anarcho-syndicaliste italien en URSS», *La Nouvelle Alternative*, núm. 34, junio de 1994. Véase también Emilio Guarnaschelli, *Une petite pierre. L'exil, la déportation et la mort d'un ouvrier communiste italien en URSS 1933-1939*, Maspero, 1979. Étienne Manac'h, *Emilio*, Plon, 1990.

Cuando el 11 de febrero de 1934 los dirigentes del *Schutzbund*, la Liga de Protección Republicana del Partido Socialista Austríaco, decidieron en Linz responder a los ataques de los *Heimwehren* (la guardia patriótica), que querían prohibir el Partido Socialista, no podían imaginar la suerte que correrían sus camaradas.

La agresión de los *Heimwheren* en Linz obligó a los socialdemócratas a promover en Viena una huelga general y luego la insurrección. Dollfuss salió victorioso tras cuatro días de encarnizados combates, y los militantes socialistas que escaparon a la prisión o al campo de internamiento tuvieron que vivir en la clandestinidad o huir a Checoslovaquia, para, más tarde, continuar algunos de ellos su lucha en España. Muchos decidieron refugiarse en la Unión Soviética, después de que una intensa propaganda lograra ponerles en contra de la dirección socialdemócrata. El 23 de abril de 1934, 300 hombres llegaron a Moscú, seguidos de otros convoys menos importantes hasta diciembre. La embajada alemana contabilizó 807 *Schutzbündler* emigrados a la URSS [67]. Contando a sus familias, cerca de 1.400 personas encontraron refugio en la URSS.

El primer convoy llegado a Moscú fue recibido por los dirigentes del Partido Comunista Austríaco (KPO) y desfiló por las calles de la capital. El consejo central de sindicatos se hizo cargo de ellos. 120 niños, cuyos padres habían muerto en las barricadas o condenados a muerte, enviados durante un tiempo a Crimea y más tarde instalados en Moscú [68] en el hogar de niños número 6 especialmente abierto para ellos.

Después de algunas semanas de descanso, los obreros austríacos fueron repartidos por las fábricas de Moscú, Jarkov, Leningrado, Gorky o Rostov. No tardaron en desilusionarse a causa de las condiciones vitales que les habían impuesto, y los dirigentes comunistas austríacos tuvieron que intervenir. Las autoridades les presionaron para que adoptaran la nacionalidad soviética; en 1938, 300 de ellos ya lo habían hecho. Sin embargo, grupos enteros de *Schutzbündler* iniciaron contactos con la embajada de Austria con la esperanza de conseguir la repatriación. En 1936, 77 *Schutzbündler* consiguieron volver a Austria. Según la embajada alemana, fueron 400 los que hicieron el viaje de vuelta hasta la primavera de 1938 (después del *Anschluss* en marzo de 1938, los austríacos se convirtieron en ciudadanos del Reich alemán). 160 llegaron a España para combatir del lado de los republicanos.

Muchos no tuvieron la suerte de poder abandonar la URSS. Actualmente se sabe que 278 austríacos fueron detenidos desde finales de 1934 hasta 1938 [69]. En 1939, Karlo Stajner conoció en Norilsk a un vienés, Fritz Kop-

[67] Hans Schafranek, *Zwischen NKWD und Gestapo, Die Auslieferung deutscher und österreichischer Antifaschisten aus der Sowjetunion an Nazideutschland 1937-1941*. Frankfurt, ISP-Verlag, 1990.

[68] *Les Syndicats de l'Union Soviétique*, éditions du Secours ouvrier international, 1935.

[69] Hans Schafranek, *op. cit.*

pensteiner, del que nunca más volvió a saber nada [70]. Algunos fueron ejecutados, como Gustl Deutch, antiguo responsable del acuartelamiento de Floridsdorf y ex comandante del regimiento Karl-Marx, del que los soviéticos habían publicado un folleto sobre *Los combates de febrero en Floridsdorf* (Moscú, Prometheus-Verlag, 1934).

El hogar de niños número 6 tampoco fue perdonado. En otoño de 1936, comenzaron las detenciones de los padres supervivientes; sus hijos pasaron a depender del NKVD, que les envió a sus orfelinatos. La madre de Wolfang Leonhard fue detenida y en octubre de 1936 desapareció. Hasta el verano de 1937 su hijo no recibió una tarjeta postal, enviada desde la República de los Komis. Había sido condenada a cinco años por «actividad contrarrevolucionaria trotskista» [71].

La trágica odisea de la familia Sladek.

El 10 de febrero de 1963, el periódico socialista *Arbeiter Zeitung* informó de la historia de la familia Sladek. A mediados de septiembre de 1934, la señora Sladek y sus dos hijos se habían reunido en Jarkov con su marido, Josef Sladek, ex *Schutzbündler* y ex ferroviario de Semmering refugiado en la URSS. A partir de 1937, más tarde que en Moscú y Leningrado, el NKVD comenzó sus detenciones en la comunidad austríaca de Jarkov. A Josef Sladek le llegó su turno el 15 de febrero de 1938. En 1941, antes del ataque alemán, la señora Sladek quiso abandonar la URSS y se dirigió a la embajada alemana. El 26 de julio, el NKVD la detuvo junto a su hijo Alfred de dieciséis años, mientras que Víctor, de ocho años, era enviado a un orfelinato del NKVD. Los funcionarios del NKVD intentaron a toda costa que Alfred «confesara»: le golpearon y le dijeron que su madre había sido fusilada. Tras ser evacuados debido al avance alemán, la madre y el hijo se encontraron por casualidad en el campo de Ivdel en los Urales. La señora Sladek había sido condenada a cinco años por espionaje y Alfred Sladek a diez años por espionaje y agitación antisoviética. Trasladados al campo de Sarma, se encontraron con Josef Sladek, que había sido condenado, en Jarkov, a cinco años de prisión. Pero fueron separados de nuevo. Liberada en octubre de 1946, la señora Sladek fue enviada a Solikansk, en los Urales, donde se reunió con su marido un año más tarde. Este, enfermo de tuberculosis y del corazón, se hallaba incapacitado para trabajar. El ferroviario de Semmering murió mendigando el 31 de mayo de 1948. En 1951, Alfred fue liberado a su vez y pudo reunirse con su madre. En 1954, después de

[70] Karlo Stajner, *7.000 jours en Sibérie*, Gallimard, 1983.

[71] Wolfang Leonhard, *Un enfant perdu de la Révolution*, France Empire, 1983.

largos y complicados trámites, ambos pudieron volver a Austria y ver Semmering. Hacía siete años que habían visto a Víctor por última vez. Las últimas noticias sobre él datan de 1946.

El número de yugoslavos que habían llegado a Rusia en 1917 y habían decidido quedarse era de entre 2.600 y 3.750 en 1924. A ellos se unieron obreros industriales y especialistas llegados de América y de Canadá para participar en la «edificación del socialismo». Sus colonias se hallaban repartidas por todo el territorio, desde Leninsk hasta Magnitogorsk, pasando por Saratov. Algunos de ellos (de 50 a 100) participaron en la construcción del metro de Moscú. Los emigrantes yugoslavos también fueron reprimidos. Bozidar Maslaritch sostiene que sufrieron «el más cruel de los destinos», añadiendo: «La mayoría fueron detenidos entre 1937 y 1938, y nunca se ha sabido qué fue ellos...» [72]. Apreciación subjetiva basada en el hecho de que varios centenares de emigrados desaparecieron. En la actualidad, aún no hay datos definitivos sobre el número de yugoslavos que trabajaron en la URSS, en concreto los que participaron en la construcción del metro de Moscú y fueron duramente reprimidos por protestar por las condiciones laborales.

A finales de septiembre de 1939, el reparto de Polonia entre la Alemania nazi y la Rusia soviética, decidido en secreto el 23 de agosto de 1939, se hizo efectivo. Los dos invasores coordinaron sus acciones para asegurarse el control de la situación y de la población: la Gestapo y el NKVD colaboraron en ello. Las comunidades judías se hallaban repartidas: de 3,3 millones de personas, cerca de dos millones vivían bajo la dominación alemana y el resto bajo la dominación soviética; a las persecuciones (quema de sinagogas) y a las matanzas se sucedió el encierro en los ghettos: el de Lodz fue creado el 30 de abril de 1940, y el de Varsovia, organizado en octubre, fue cerrado el 15 de noviembre.

Muchos judíos polacos habían huido al este ante el avance del ejército alemán. Durante el invierno de 1939-1940, los alemanes no prohibieron el paso por la nueva frontera. Pero los que lo intentaban se encontraban ante un obstáculo inesperado: «Los guardianes soviéticos del "mito de clase" vestidos con largos abrigos de pieles y con gorras, y con las armas cargadas, recibían con perros policías y con ráfagas de subfusiles a los nómadas que se dirigían a la tierra prometida» [73]. Desde diciembre de 1939 hasta marzo de 1940, estos judíos se encontraron acorralados en una tierra de nadie, de un kilómetro y medio de largo, en la orilla oriental del Bug, donde se veían obligados a vivir al raso. La mayoría de ellos volvieron a la zona alemana.

[72] Bozidar Maslaritch, *Moskva-Madrid-Moskva*, Zagreb, 1952, pág. 103, citado por B. Lazitch.

[73] Gustav Herling, *Un monde à part*, Denoël, 1985.

L. C. (número de registro 15.015), soldado del ejército polaco del general Anders, dio testimonio de esta increíble situación: «Este territorio era una zona de unos 600 o 700 metros en el que se amontonaban entre 700 u 800 personas, desde hacía ya varias semanas; el 90 por 100 eran judíos que habían huido del control alemán. (...) Enfermos y totalmente empapados en aquel territorio humedecido por las lluvias de otoño, nos apretujábamos los unos contra los otros sin que los "humanitarios" soviéticos se dignaran darnos un trocito de pan o agua caliente. Ni siquiera dejaban pasar a la gente de los campos de alrededor que deseaban hacer algo para mantenernos con vida. Por tanto, dejamos muchas tumbas en aquel territorio. (...) Puedo asegurar que las personas que volvieron a sus casas en la zona alemana hicieron bien, ya que el NKVD no era mejor que la Gestapo alemana, lo único que las diferenciaba era que la Gestapo acortaba el tiempo de sufrimiento matando a las personas, mientras que el NKVD mataba y torturaba de una forma que resultaba incluso más terrible que la propia muerte, de manera que quienes conseguían huir de milagro de sus garras quedaban inválidos para toda su vida...» [74]. De forma simbólica, Israel Yoshua Singer hace morir en esta tierra de nadie a su héroe, huido de la URSS por haberse convertido en un «enemigo del pueblo» [75].

En marzo de 1940, varios centenares de miles de refugiados —algunos los cifran en 600.000— se vieron obligados a adquirir un pasaporte soviético. Los acuerdos soviético-nazis preveían un intercambio de refugiados. Huyendo del terror policial del NKVD y de la penuria en que vivían, cada vez más insoportables, algunos decidieron volver a la zona alemana de la antigua Polonia. Jules Margoline, que se encontraba en Lvov, Ucrania occidental, asegura que en la primavera de 1940 los «judíos preferían el ghetto alemán a la igualdad soviética» [76]. Les parecía más fácil abandonar el Gobierno general para conseguir llegar a un país neutral que intentar la huida a través de la Unión Soviética.

Las deportaciones de ciudadanos polacos empezaron (véase el estudio de Andrzej Paczkowski) a principios de 1940 y continuaron hasta junio. Polacos de todas las confesiones fueron deportados en tren hasta el gran norte o el Kazajstán. El convoy de Jules Margoline tardó diez días en llegar a Murmansk. Gran conocedor del mundo de los campos de concentración, escribió: «Lo que diferencia a los campos de concentración soviéticos de todos los otros lugares de detención del mundo, no son solo sus enormes extensiones, inimaginables, ni sus homicidas condiciones vitales, sino también la necesidad de los prisioneros de *mentir* constantemente para salvar la vida, mentir siempre, llevar una máscara durante años y no poder decir nunca lo que se piensa.

[74] Sylvestre Mora y Pierre Zwierniak, *La Justice soviétique*, Roma, Magi-Spinetti, 1945, páginas 161-162.

[75] Israël Joshua Singer, *Camarade Nachman*, Stock, 1985.

[76] Jules Margoline, *La Condition inhumaine*, Calmann-Lévy, 1949, págs. 42-43.

En la Rusia soviética, los ciudadanos "libres" se ven también obligados a mentir. (...) El disimulo y la mentira se convierten también en el único medio de autodefensa. Los mítines, las reuniones, los encuentros, las conversaciones y los periódicos murales se hallan repletos de una fraseología oficial, empalagosa, en la que no hay ni una sola palabra de verdad. El hombre occidental difícilmente puede comprender lo que suponen la privación de todos los derechos y la imposibilidad, durante cinco o seis años, de expresarse libremente, hasta el final, la obligación de rechazar el más mínimo pensamiento "ilegal" y de quedarse mudo como una tumba. El ser interno del individuo se deforma y desintegra bajo esta increíble presión [77]».

La muerte de los prisioneros 41 y 42.

Victor Alter (nacido en 1890), miembro de la junta de la Internacional Obrera Socialista, era regidor de Varsovia y presidente de la Federación de sindicatos judíos. Henryk Erlich era miembro del Consejo comunal de Varsovia y redactor del diario judeoalemán *Folkstaytung*. Ambos pertenecían al *Bund*, el Partido Socialista Judío de Polonia. En 1939 se refugiaron en la zona soviética. Alter fue detenido el 26 de septiembre en Kowel, y Erlich el 4 de octubre en Brest-Litovsk. Trasladado a la Lubianka, Alter fue condenado a muerte el 20 de julio de 1941 por «actividades antisoviéticas» (se consideraba que había dirigido en la URSS una acción ilegal del *Bund* junto con la policía polaca). La condena, pronunciada por la sección militar de la Corte Suprema de la URSS, fue conmutada por diez años en un campo de concentración. El 2 de agosto, Erlich fue también condenado a muerte por el tribunal militar de las fuerzas armadas del NKVD de Saratov. El 27, su pena fue igualmente conmutada por diez años en un campo de concentración. Liberados en septiembre de 1941, después de los acuerdos Sikorski-Maiski, Beria los llamó y les propuso crear un Comité Judío Antinazi, lo que ambos aceptaron. El 4 de diciembre fueron de nuevo detenidos en Kuibyshev acusados de haber tenido relaciones con los nazis. Beria ordenó que los incomunicaran: en lo sucesivo, serían los prisioneros números 41 (Alter) y 42 (Erlich), cuya identidad nadie debía conocer. El 23 de diciembre de 1941, considerados como ciudadanos soviéticos, fueron de nuevo condenados a muerte (artículo 58, 1), por traición. En las siguientes semanas dirigieron en vano varias peticiones a las autoridades; probablemente ignoraban su condena. El 15 de mayo de 1942, Henryk Erlich se colgó de los barrotes de su celda. Hasta la apertura de los archivos, se creyó que había sido ejecutado.

[77] Jules Margoline, *op. cit.*, págs. 149-150.

Victor Alter amenazó con suicidarse. Beria dio entonces orden de intensificar la vigilancia. Victor Alter fue ejecutado el 17 de febrero de 1943. La sentencia del 23 de diciembre de 1941 había sido aprobada personalmente por Stalin. De forma muy significativa, su ejecución tuvo lugar poco después de la victoria de Stalingrado. No contentos con asesinarlos, las autoridades soviéticas les calumniaron diciendo que Alter y Erlich habían hecho propaganda a favor de la firma de un tratado de paz con la Alemania nazi.

Lukasz Hirszowicz, «NKVD Documents shed new light on fate of Erlich and Alter», *East European Jewish Affairs*, número 2, invierno de 1992.

En el invierno de 1945, el doctor Jacques Pat, secretario del Comité Obrero Judío de los Estados Unidos, viajó a Polonia para llevar a cabo una investigación sobre los crímenes nazis. A su regreso, publicó una serie de artículos en el *Jewish Daily Forward* sobre los judíos refugiados en la URSS. Calculaba que 400.000 judíos polacos habían fallecido durante la deportación, en los campos o en las colonias de trabajo. Al final de la guerra, 150.000 decidieron volver a adquirir la ciudadanía polaca para huir de la URSS. «Los 150.000 judíos que cruzan en la actualidad la frontera soviético-polaca ya no discuten sobre la Unión Soviética, la patria socialista, la dictadura y la democracia. Para ellos, esas discusiones han terminado, su última palabra ha sido su huida de la Unión Soviética», escribía Jacques Pat después de haber interrogado a centenares de ellos [78].

El regreso obligado de los prisioneros soviéticos a la URSS.

Si tener relaciones con los extranjeros o haber llegado a la URSS desde el extranjero, era sospechoso a los ojos del régimen, ser prisionero durante cuatro años fuera del territorio nacional convertía al militar ruso encarcelado por los alemanes en un traidor que merecía ser castigado. El decreto número 270 de 1942 que modificaba el Código penal, artículo 193, declaraba que un prisionero capturado por el enemigo es *ipso facto* un traidor. No se tenían en cuenta las circunstancias en las que habían sido hechos prisioneros ni las condiciones de su cautiverio, que en el caso de los rusos fueron espantosas —según la *Weltanschaung* nazi, los eslavos, también seres inferiores, estaban destinados a desaparecer—, ya que, de 5,7 millones de prisioneros de guerra, 3,3 millones murieron de hambre y por malos tratos.

[78] *Jewish Daily Forward*, 30 de junio, 7 de julio de 1946.

Así pues, en respuesta a la petición de los aliados, molestos por la presencia de soldados rusos en el seno de la Wehrmacht, Stalin decidió obtener de sus aliados la repatriación de todos los rusos que se encontraban en la zona occidental. No tuvo ningún problema en conseguirlo. Desde finales de octubre de 1944 hasta enero de 1945 fueron devueltos a la Unión Soviética sin su consentimiento más de 332.000 prisioneros (de los cuales 1.179 procedían de San Francisco). Los diplomáticos británicos y americanos no solo abordaron el asunto fríamente, sino incluso con cierto cinismo, pues sabían, como Anthony Eden, que habría que emplear la fuerza para «tratar» la cuestión.

Durante las negociaciones de Yalta (5-12 de febrero de 1945), los tres protagonistas (soviéticos, ingleses y americanos) concluyeron sus acuerdos secretos, que incluían tanto a los soldados como a los civiles desplazados. Churchill y Eden aceptaban que Stalin decidiera el destino de los prisioneros que habían combatido en las filas del ejército ruso de liberación (ROA) dirigido por el general Vlassov, como si estos pudieran beneficiarse así de un juicio justo garantizado.

Stalin sabía perfectamente que una parte de estos soldados soviéticos habían sido hechos prisioneros sobre todo por la desorganización del Ejército Rojo, del que él era el máximo responsable, y por su propia incapacidad y la de sus generales. También es cierto que muchos de los soldados no tenían ningún deseo de luchar a favor de un régimen que consideraban odioso y que, utilizando la expresión de Lenin, «habían votado con los pies» [79].

Aún no había pasado una semana de la firma de los acuerdos de Yalta, cuando unos transportes abandonaban las islas británicas en dirección a la URSS. En dos meses, desde mayo hasta julio de 1945, fueron «repatriadas», desde las zonas occidentales de ocupación, más de 1,1 millones de personas, consideradas por Moscú como soviéticas (incluidos los bálticos anexionados en 1940 y los ucranianos). A finales de agosto habían sido entregados más de dos millones de «rusos». Estos actos se realizaron a veces en condiciones atroces: los suicidios individuales o colectivos (familias enteras) fueron frecuentes, al igual que las mutilaciones. Durante su entrega a las autoridades soviéticas, los prisioneros intentaron en vano oponer una resistencia pasiva, pero los angloamericanos no dudaron en recurrir a la fuerza para satisfacer las exigencias soviéticas. A su llegada, los repatriados eran controlados por la policía política. El mismo día de la llegada del *Almanzora* a Odessa, el 18 de abril, se realizaron una serie de ejecuciones sumarias. La escena se repitió cuando llegó el *Empire Pride*.

[79] *N. del T.:* Expresión utilizada por Lenin en 1917 para indicar que los desertores del ejército ruso habían manifestado su oposición a la guerra por el mero hecho de abandonar el frente. Su actitud habría equivalido así a votar.

Los occidentales temían que la Unión Soviética tomara como rehenes a los prisioneros ingleses, americanos o franceses y les hiciera chantaje con ellos. Se trataba de una actitud muy significativa de su estado de ánimo frente a las exigencias de los soviéticos que, de ese modo, impusieron la repatriación de todas las personas rusas o de origen ruso, incluidos los emigrantes posteriores a la Revolución de 1917. Al aceptar esta política, los occidentales ni siquiera lograron conseguir el regreso de sus propios ciudadanos procedentes de la URSS. Por el contrario, permitió a la URSS enviar a gran número de funcionarios en búsqueda de los recalcitrantes y actuar despreciando las leyes de las naciones aliadas.

El gobierno militar que controlaba la zona francesa de Alemania afirmaba en su boletín que el 1 de octubre de 1945, 101.000 «desplazados» habían sido devueltos al lado soviético. En la misma Francia, las autoridades francesas aceptaron la creación de 70 campos de reagrupamiento, que se beneficiaban la mayor parte de las veces de una extraña extraterritorialidad, como el de Beauregard, en las afueras de París, sobre los que renunciaron a ejercer cualquier tipo de control, otorgando a los agentes soviéticos del NKVD que operaban en Francia una impunidad en contradicción con su soberanía nacional. Los soviéticos, por su parte, tenían muy meditado el conjunto de estas operaciones, ya que desde septiembre de 1944 habían empezado a llevarlas a cabo con la ayuda de la propaganda comunista. La dirección de la Seguridad del territorio no cerraría el campo de Beauregard hasta noviembre de 1947 a consecuencia del secuestro de niños separados de sus padres. Roger Wybot, que dirigió la operación de cierre de este campo, señala: «En realidad, según las informaciones que he podido obtener, este campo de tránsito se parecía más a un campo de secuestros» [80]. Las protestas contra esta política fueron tan tardías y tan escasas, que merece la pena señalar la aparecida en el verano de 1947 en la revista socialista *Masses*: «Se entiende que el Gengis Jan en el poder cierre herméticamente las fronteras para retener a sus esclavos. Pero que obtenga el derecho de extraditarlos de los territorios extranjeros, sobrepasa incluso nuestra depravada moral de posguerra. (...) ¿En nombre de qué derecho moral o político se puede obligar a una persona a vivir en un país donde se le someterá a la esclavitud corporal y moral? ¿Qué agradecimiento espera recibir el mundo por parte de Stalin por haberse quedado mudo ante los gritos de los ciudadanos rusos que prefieren suicidarse antes que entrar en su país?».

[80] Georges Coudry, *Les Camps soviétiques en France. Les «Russes» livrés à Staline en 1945*, Albin Michel, 1997.

Los redactores de esta revista denunciaban expulsiones aún más recientes: «Animados por la indiferencia criminal de las masas ante la violación del más mínimo derecho de asilo, las autoridades militares inglesas en Italia acaban de cometer un crimen incalificable: el 8 de mayo se llevaron del campo número 7 de Ruccione a 175 rusos para enviarlos supuestamente a Escocia, y del campo número 6 a 10 personas (en este campo había familias enteras). Cuando estas 185 personas ya estaban lejos de los campos, les quitaron todos los objetos que les pudieran servir para suicidarse y les dijeron que en realidad no iban a Escocia sino a Rusia. A pesar de todo algunos consiguieron suicidarse. Ese mismo día, también se llevaron a 80 personas (todas caucasianas) del campo de Pisa. Todos estos desgraciados fueron extraditados a la zona rusa de Austria en vagones vigilados por las tropas inglesas. Algunos intentaron huir y fueron asesinados por sus guardianes...» [81].

Los prisioneros repatriados fueron internados en campos especiales llamados de «filtro y control» (creados a finales de 1941), que no se diferenciaban en nada de los campos de trabajo y que pasaron a formar parte del Gulag en enero de 1946. En 1945 habían pasado por ellos 214.000 prisioneros [82]. La mayoría de ellos fueron condenados a seis años de campo, según el artículo 58-1-b. Entre ellos se encontraban los antiguos miembros del ROA (ejército de liberación ruso) que habían participado en la liberación de Praga combatiendo contra los miembros de las SS.

Los enemigos prisioneros.

La URSS no había ratificado los acuerdos internacionales sobre los prisioneros de guerra (Ginebra, 1929). Teóricamente, todos los prisioneros estaban protegidos por el acuerdo, aunque su país no los hubiera firmado. La URSS no tuvo en cuenta esta disposición. Victoriosa, retenía a unos tres o cuatro millones de prisioneros alemanes. Entre ellos se encontraban soldados liberados por las potencias occidentales que, al regresar a la zona soviética, fueron deportados a la URSS.

En marzo de 1947, Viacheslav Molotov declaró que habían sido repatriados un millón de alemanes (exactamente 1.003.974) y que quedaban internados aún 890.532 en los campos de su país. Estas cifras fueron rebatidas. En marzo de 1950, la URSS decretó que la repatriación de los prisioneros había terminado. Sin embargo, los organismos humanitarios advirtieron de que al menos 300.000 prisioneros permanecían retenidos en la URSS, así como 100.000 civiles. El 8 de mayo de 1950, el Gobierno de Luxemburgo protestó por la finalización de las operaciones de repatriación, ya que 2.000 ciudadanos luxemburgueses seguían aún retenidos en la URSS. ¿La retención de información sobre el asunto era para esconder la triste realidad del destino de estos prisioneros? Podía ser así, dada la mortalidad existente en los campos.

Una comisión especial (la comisión Maschke) calcularía que murieron en los campos un millón de soldados alemanes prisioneros en la URSS. De ese modo, de los 100.000 prisioneros retenidos por el Ejército Rojo en Stalingrado solo sobrevivieron 6.000. En el mismo bando que los alemanes, cerca de 60.000 soldados italianos todavía sobrevivían en febrero de 1947 (a menudo se da la cifra de 80.000 prisioneros). El Gobierno italiano informó que solo 12.513 de estos prisioneros habían entrado en Italia en esa fecha. Hay que señalar también que los prisioneros rumanos y húngaros que habían combatido en el frente ruso conocieron análogas situaciones. En marzo de 1954, 100 voluntarios de la División Azul española fueron liberados. Esta somera lista no estaría completa si no se hablara de los 900.000 soldados japoneses que fueron hechos prisioneros en Manchuria en 1945.

[81] *Masses*, núm. 9/10, junio-julio de 1947: «Nous réclamons le droit d'asile pour les Émigrés soviétiques.»

[82] Nicholas Bethell, *Le Dernier Secret. 1945: Comment les alliés livrèrent deux milions de Russes á Staline*, Le Seuil, 1975. Nikolai Tolstoy, *Les Victimes de Yalta*, France-Empire, 1980.

Los «A pesar nuestro».

En los campos circulaba una máxima que refleja perfectamente la gran variedad de los países de origen de la población carcelaria: «Si un país no se halla representado en el Gulag es que no existe». Francia también tuvo prisioneros en el Gulag, que la diplomacia no puso demasiado empeño en defender y recuperar.

Los departamentos de la Mosela, del Bajo y del Alto Rhin recibieron un trato especial por parte de los nazis vencedores: la Alsacia y la Lorena fueron anexionadas, germanizadas e incluso convertidas al nazismo. En 1942 los nazis decidieron incorporar contra su voluntad a los quintos de 1920 a 1924 en el ejército alemán. Muchos jóvenes de la Mosela y de Alsacia que no tenían ningún deseo de servir con el uniforme alemán intentaron evitar este «privilegio». Hasta el final de la guerra, en Alsacia fueron movilizados un total de 21 grupos de edad y en la Mosela, 14, esto es, 130.000 jóvenes. Enviados en su mayoría al frente ruso, 22.000 «A pesar nuestro» cayeron en combate. Los soviéticos, informados por la Francia libre de esta particular situación, hicieron llamamientos a la deserción, prometiendo la reincorporación a las filas de la Francia combatiente. De hecho, fueran cuales fueran las circunstancias, 23.000 alsacianos y loreneses fueron hechos prisioneros. Al menos ese fue el número de informes que las autoridades rusas remitieron en 1995 a las autoridades francesas. Un gran número de ellos fueron reagrupados en el campo 188 de Tambov bajo la vigilancia del MVD (ex NKVD) en unas condiciones de vida espantosas: mala alimentación (600 gramos de pan negro al día), trabajo forzado en los bosques, hábitats primitivos (cabañas de madera medio enterradas), ausencia de cualquier atención médica. Los supervivientes de este campo de la muerte calculan que casi 10.000 de sus compañeros murieron en él entre 1944 y 1945. Pierre Rigoulot (*La tragedia de los A pesar nuestro. Tambov el campo de los franceses*, Denoël, 1990) da la cifra de 10.000 muertos en los diferentes campos o yendo hacia ellos. Después de largas negociaciones, 1.500 prisioneros fueron liberados en el verano de 1944 y repatriados a Argel. Además del campo de Tambov, en el que estuvieron internados el mayor número de alsacianos y loreneses, hubo otros muchos campos en los que también estuvieron detenidos, formando todos ellos una especie de subarchipiélago para estos franceses que no pudieron combatir por la liberación de su país.

GUERRA CIVIL Y GUERRA DE LIBERACIÓN NACIONAL. Mientras que la firma de los pactos germano-soviéticos de septiembre de 1939 había provocado el declive de la mayor parte de los partidos comunistas, cuyos afiliados no aceptaban que Stalin hubiera abandonado la política antifascista, el ataque alemán contra la URSS el 22 de junio de 1941 reactivó inmediatamente las posturas antifascistas. El 23 de junio, la Komintern comunicó por radio y radiotelegrama a todas sus secciones que no era el momento de la revolución socialista, sino el de la lucha contra el fascismo y el de la guerra de liberación nacional. Al mismo tiempo pedía a todos los partidos comunistas de los países ocupados una acción armada inmediata. La guerra fue, pues, para los comunistas, una ocasión para experimentar una nueva forma de acción: la lucha armada y el sabotaje de la máquina de guerra hitleriana, susceptibles de transformarse en guerrilla. Los aparatos paramilitares fueron, por tanto, reforzados para formar el embrión de grupos armados comunistas que, en función de la geografía y de la coyuntura de los distintos países, se convirtieron rápidamente en formaciones de guerrilla significativas, sobre todo en Grecia y Yugoslavia en 1942, luego en Albania y a partir de finales de 1943 en el norte de Italia. En los casos más favorables, esta acción guerrillera permitió a los comunistas apoderarse del poder, sin renunciar, si era necesario, a la guerra civil.

El ejemplo más claro de esta nueva orientación es Yugoslavia. En la primavera de 1941, Hitler se vio obligado a acudir en ayuda de su aliado italiano,

derrotado en Grecia por un pequeño pero decidido ejército. En abril tuvo que intervenir en Yugoslavia, donde el Gobierno progermano había sido derribado por un golpe de Estado probritánico. En estos dos países, los partidos comunistas no tenían demasiada fuerza, pero sí una gran experiencia: habían vivido en la clandestinidad durante muchos años debido a su prohibición por el régimen dictatorial de Stojadinovic y el de Metaxás.

Después del armisticio, Yugoslavia fue repartida entre los italianos, los búlgaros y los alemanes. Además, estaba el supuesto Estado independiente de Croacia, en manos de extremistas de derecha, los Ustashi, dirigidos por Ante Pavelic, que instituyeron un auténtico régimen de *apartheid* contra los serbios, llegando incluso a realizar matanzas que incluían también a los judíos y a los gitanos, y que se propusieron acabar con cualquier tipo de oposición, lo que hizo que numerosos croatas se unieran a la resistencia.

Después de la capitulación del ejército yugoslavo, el 18 de abril, los primeros en unirse al maquis fueron los oficiales monárquicos dirigidos por el coronel Draza Mihailovic, pronto nombrado comandante en jefe de la resistencia yugoslava, y luego ministro de la Guerra por el gobierno monárquico en el exilio en Londres. Mihailovic creó en Serbia un ejército esencialmente serbio, los *chetniks*. Solo después de la invasión de la URSS, el 22 de junio de 1941, los comunistas yugoslavos se sumaron a la idea de que era necesario emprender la lucha de liberación nacional, «liberar el país del yugo fascista y dejar de lado la revolución socialista» [83]. Pero mientras que Moscú pensaba mantener el mayor tiempo posible el gobierno monárquico y no asustar a sus aliados ingleses, Tito se sintió lo suficientemente fuerte como para jugar su propio juego, negándose a obedecer al gobierno legal en el exilio. A partir de 1942, creó las bases de su guerrilla en Bosnia, permitiendo que cualquier etnia se pudiera alistar a ella —él mismo era croata—. Los dos movimientos se enfrentaron, pues cada uno de ellos perseguía objetivos opuestos. En contra de las pretensiones comunistas, Mihailovic decidió no molestar a los alemanes e incluso aliarse con los italianos. La situación degeneró en una auténtica confusión, mezclándose guerra de liberación y guerra civil, oposiciones políticas y odios étnicos, originados por la ocupación. Todos los bandos cometieron numerosas matanzas con el fin de exterminar a sus adversarios directos e imponer su poder a las poblaciones.

Los historiadores dan una cifra total de algo más de un millón de muertos —sobre una población de más de 16 millones de personas—. Ejecuciones, prisioneros fusilados, heridos rematados y represalias de todo tipo se sucedían sin cesar, todo ello favorecido por el hecho de que la cultura balcánica se ha alimentado siempre de la oposición entre clanes. Sin embargo, hay una diferencia entre las matanzas perpetradas por los *chetniks* y las perpetradas por los comunistas: los *chetniks*, que soportaban mal a la autoridad de una organización centralizada —muchas bandas escapaban al control de Mihailovic—,

[83] Vladimir Dedijer, *Tito*, Belgrado, 1953; citado por B. Lazitch.

eliminaban a las poblaciones siguiendo criterios más étnicos que políticos. Los comunistas, por su parte, obedecían a motivos claramente militares y políticos. Milovan Djilas, uno de los adjuntos de Tito, ha testimoniado mucho más tarde: «Nos ofendían los pretextos que utilizaban los campesinos para unirse a los *chetniks:* tenían miedo, decían, de que sus casas fueran quemadas y de sufrir otras represalias. Este tema surgió durante una reunión con Tito y nos planteamos lo siguiente: si convencemos a los campesinos de que, si se unen al invasor [es digna de mención la forma en que pasa de utilizar el término *chetniks* (resistentes yugoslavos monárquicos) a usar el de «invasor»], nosotros también quemaremos sus casas, cambiarán de opinión. (...) A pesar de sus dudas, Tito al final se decidió: «Está bien, quemaremos una casa o un pueblo de vez en cuando». Más tarde Tito promulgó una serie de órdenes en ese sentido —órdenes más decididas, por el solo hecho de ser explícitas—»[84].

Con la capitulación italiana en septiembre de 1943 y la decisión de Churchill de ofrecer la ayuda aliada a Tito y no a Mihailovic, y posteriormente la fundación por Tito del Consejo Antifascista de Liberación Nacional de Yugoslavia (AVNOJ) en diciembre de 1943, los comunistas adquirieron una evidente ventaja política sobre sus adversarios. A finales de 1944 y principios de 1945, los partisanos comunistas se disponían a dominar toda Yugoslavia. Ante la proximidad de la capitulación alemana, Pavelic y su ejército, sus funcionarios y sus familias —en total varias decenas de miles de personas— partieron hacia la frontera austríaca. Guardias blancos eslovenos y *chetniks* montenegrinos se reunieron con ellos en Bleiburg, donde todos se rindieron a las tropas inglesas, que se los entregaron a Tito.

Soldados y policías de todo tipo se vieron obligados a realizar marchas mortales de centenares de kilómetros a través de Yugoslavia. Los prisioneros eslovenos fueron conducidos a Eslovenia, a los alrededores de Kocevje, donde entre 20.000 y 30.000 personas fueron asesinadas[85]. Una vez vencidos, los *chetniks* no pudieron escapar a la venganza de los partisanos que no habían sido hechos prisioneros. Milovan Djilas recuerda el final de los combatientes serbios sin atreverse a dar los detalles presumiblemente macabros de esta última campaña: «Las tropas de Draza [Mihailovic] fueron aniquiladas más o menos al mismo tiempo que las de Eslovenia. Los pequeños grupos de *chetniks* que llegaron a Montenegro después de su derrota relataron nuevos horrores. Nadie quiso volver a hablar de todo esto —ni siquiera los que esgrimían con orgullo su espíritu revolucionario—, como si se tratara de una espantosa pesadilla»[86]. Capturado, Draza Mihailovic fue juzgado, condenado a muerte y fusilado el 17 de julio de 1946. Durante su «proceso», las propuestas para declarar a su favor por parte de algunos oficiales de las misiones aliadas que ha-

[84] Milovan Djilas, *Une guerre dans la guerre. Yougoslavie 1941-1945*, R. Laffont, 1980, página 162.

[85] Paul Garde, *Vie et mort de la Yougoslavie*. Fayard, 1992.

[86] Milovan Djilas, *op. cit.*, págs. 443-444.

bían sido enviados junto a su estado mayor y habían combatido a los alemanes junto a él, fueron evidentemente rechazadas[87]. En la posguerra, Stalin había confesado a Milovan Djilas el fondo de su filosofía: «Quien ocupa un territorio impone en él su propio sistema social».

Con la guerra, los comunistas griegos se encontraron en una situación parecida a la de sus camaradas yugoslavos. El 2 de noviembre de 1940, algunos días después de que Italia invadiera Grecia, Nikos Zachariadis, el secretario del Partido Comunista Griego (KKE), encarcelado desde septiembre de 1936, realizó un llamamiento a la resistencia: «La nación griega mantiene hoy día una guerra de liberación nacional contra el fascismo de Mussolini. (...) Todos al combate, todos a sus puestos»[88]. Pero el 7 de diciembre, un manifiesto del comité central en la clandestinidad ponía en tela de juicio esta orientación y el KKE volvía a la línea oficial de la Komintern, la del derrotismo revolucionario. El 22 de junio de 1941, la situación da un giro espectacular: el KKE ordena a todos sus militantes que organicen «la lucha por la defensa de la Unión Soviética y la caída del yugo fascista extranjero».

La experiencia de la clandestinidad era una baza importante para los comunistas. El 16 de julio de 1941, y al igual que todos los demás partidos comunistas, creó el Frente Nacional Obrero de Liberación (*Ergatiko Ezniko Apélevzériko Métopo*, EEAM), que reagrupaba a tres organizaciones sindicales. Y el 27 de septiembre apareció el EAM (*Ezniko Apélevzériko Métopo*). Este Frente de Liberación Nacional fue el brazo político de los comunistas. El 10 de febrero de 1942 nacía el ELAS (*Ellinikos Laikos Apélevzérotikos Stratos*), el Ejército Popular de Liberación Nacional, cuyos primeros maquis fueron organizados en mayo, por iniciativa de Aris Velouchiotis (Zanassis Klaras), un experimentado militante que había firmado una declaración de arrepentimiento para obtener su liberación. A partir de entonces, los efectivos del ELAS no cesaron de aumentar.

El ELAS no era la única organización militar de la resistencia. La EDES (*Ezikos Démokratikos Ellinikos Syndesmos*), la Unión Nacional Demócrata Griega, había sido fundada por militares y civiles republicanos en septiembre de 1941. Un coronel retirado, Napoléon Zervas, dirigía por su parte otro grupo de guerrilleros. La tercera organización era la del coronel Psarros, el EKKA (*Ezniki Kai Koiniki Apélevzérosis*), Movimiento de Liberación Nacional y Social, nacida en octubre de 1942. Cada una de estas organizaciones intentaba corromper a los militantes y combatientes de las otras.

Pero el éxito y la fuerza del ELAS hicieron que los comunistas comenzaran a imponer fríamente su hegemonía sobre el conjunto de la resistencia armada. Los maquis de la EDES fueron varias veces atacados, así como el

[87] La gran novela de Dobritsa Chossich, *Le Temps du mal* (L'Âge d'Homme, 1990, 2 vols.) relata la extraordinaria complejidad del embrollo yugoslavo.

[88] Christophe Chiclet, *Les Communistes grecs dans la guerre. Histoire du Parti Communiste de Grèce de 1941 à 1949*, L'Harmattan, 1987.

EKKA, que se vio obligado a dispersar sus fuerzas antes de reconstituirse. A finales de 1942, en el occidente de Tesalia, al pie de los montes del Pindo, el mayor Kostopoulos (un tránsfuga del EAM) y el coronel Safaris constituyeron una unidad de resistencia en el centro de una zona tomada al EAM. El ELAS lo cercó y eliminó a los combatientes que no habían podido escapar o que se negaron a enrolarse en sus filas. Hecho prisionero, Safaris terminó por aceptar convertirse en jefe del estado mayor del ELAS.

La presencia de oficiales británicos llegados para ayudar a la resistencia griega preocupaba a los jefes del ELAS. Los comunistas temían que los ingleses impusieran la restauración de la monarquía. Pero existía una diferencia de actitud entre la rama militar dirigida por Velouchiotis y el propio KKE dirigido por Giorgos Siantos, que quería seguir la línea elegida por Moscú —una política de coalición antifascista—. La acción de los ingleses tuvo un efecto momentáneamente positivo, ya que, en julio de 1943, su misión militar consiguió la firma de una especie de pacto entre las tres principales formaciones: el ELAS, que contaba por estas fechas con cerca de 18.000 hombres, la EDES, con 5.000, y el EKKA, con un millar.

La capitulación italiana, el 8 de septiembre, cambió inmediatamente la situación. Empezó una guerra fratricida mientras los alemanes lanzaban una violenta ofensiva contra la EDES, lo que obligó a esta a replegarse y a enfrentarse a importantes batallones del ELAS, que maniobraron entonces para aniquilarle. La decisión de desembarazarse de la EDES fue tomada por la dirección del KKE, que quería aprovechar el nuevo orden internacional para mantener a raya la política inglesa. Tras cuatro días de combate, los partisanos dirigidos por Zervas consiguieron escapar al cerco.

Esta guerra civil en medio de la guerra de liberación nacional ofrecía a los alemanes una formidable posibilidad de maniobra, pues sus tropas atacaban indiscriminadamente a todas las organizaciones de la resistencia[89]. Los aliados decidieron poner fin a la guerra civil: los combates entre el ELAS y la EDES cesaron en febrero de 1944 y se firmó un acuerdo en Plaka. Fue efímero: algunas semanas más tarde, el ELAS atacó al EKKA del coronel Psarros, quien, tras cinco días de combate, fue vencido y hecho prisionero. Psarros y sus oficiales fueron ejecutados. Él mismo fue decapitado.

La actuación de los comunistas tuvo como consecuencia la desmoralización de la resistencia y el descrédito del EAM. En algunas regiones sentían un odio tan profundo hacia él que algunos guerrilleros entraron a formar parte de los batallones de seguridad organizados por los alemanes. La guerra civil no terminó hasta que el ELAS aceptó colaborar con el gobierno griego en el exilio en El Cairo. En septiembre, cuando los alemanes empezaban a evacuar Grecia, el ELAS lanzó a sus tropas a la conquista del Peloponeso, todavía fuera de su control debido a la presencia de los batallones

[89] El ELAS acusó a la EDES de haber firmado un armisticio con los alemanes, lo que no tenía ningún fundamento.

de seguridad. Las ciudades y los pueblos conquistados fueron «castigados». En Meligala, 1.400 hombres, mujeres y niños, así como unos 50 oficiales y suboficiales de los batallones de seguridad, fueron ejecutados.

Nada parecía obstaculizar la hegemonía del EAM-ELAS. Sin embargo, Atenas, liberada el 12 de octubre, escapó a su control tras el desembarco de las tropas británicas en El Pireo. La dirección del KKE dudó entonces en iniciar una pugna de intereses. ¿Quería participar honradamente en el gobierno de coalición? Nada menos cierto. Mientras que la dirección del KKE se negaba a desmovilizar el ELAS tal y como le había pedido el Gobierno, Iannis Zegvos, el ministro comunista de Agricultura, exigía la disolución de las unidades siguiendo las órdenes del Gobierno. El 4 de diciembre, las patrullas del ELAS entraron en Atenas, enfrentándose a las fuerzas gubernamentales. Al día siguiente, casi toda la capital estaba bajo el control del ELAS, que había reunido a 20.000 hombres; pero los británicos resistieron, contando con la llegada de refuerzos. El 18 de diciembre, el ELAS atacó igualmente a la EDES en Epiro. Paralelamente a los combates, los comunistas iniciaron una sangrienta depuración antimonárquica.

No obstante, su ofensiva se vio abortada. Durante una conferencia reunida en Varkiza, se resignaron a firmar un acuerdo sobre el desarme del ELAS. En realidad, muchas de las armas y municiones fueron cuidadosamente escondidas. Aris Velouchiotis, uno de los principales jefes, rechazó los acuerdos de Varkiza y se unió al maquis junto con un centenar de hombres, y más tarde pasó a Albania, esperando poder reiniciar la lucha armada. Al ser preguntado por las razones del fracaso del EAM-ELAS, Velouchiotis respondió con franqueza: «Ha sido porque no hemos matado lo suficiente. Los ingleses estaban interesados por esta encrucijada que se llama Grecia. Si no hubiéramos dejado vivo a ninguno de sus aliados, no hubieran podido desembarcar en ninguna parte. Pero los otros me llamaban asesino: y a esto es a lo que nos han conducido». Y añadía: «Las revoluciones vencen cuando los ríos se tiñen de sangre. Vale la pena verterla, siempre que la recompensa sea la perfección de la sociedad humana»[90]. El fundador del ELAS, Aris Velouchiotis, murió en junio de 1945 en un combate en Tesalia, algunos días después de su expulsión del KKE. La derrota del EAM-ELAS liberó, como reacción, el odio acumulado contra los comunistas y sus aliados. Grupos paramilitares asesinaron a numerosos militantes. Muchos otros fueron encarcelados y los dirigentes fueron generalmente deportados a las islas.

Nikos Zachariadis, el secretario general del KKE, había vuelto en mayo de Alemania, donde había estado deportado a Dachau. Sus primeras declaraciones anunciaban claramente la política del KKE: «O volvemos a un régimen

[90] Citado por Evan Averoff-Tossizza, *Le Feu et la hache. Grèce 1946-1949*, Éditions de Breteuil, 1973. El autor parece conocer perfectamente a este estudiante, que llegó a ser miembro del Colegio de Abogados de Atenas.

parecido al de la dictadura monárquico-fascista, pero más severo, o la lucha del EAM para la liberación nacional acabará con el establecimiento en Grecia de una democracia popular». Grecia, exangüe, tenía muy pocas posibilidades de llegar a una paz civil. En octubre, el VII Congreso del partido aprobaba el objetivo fijado por Zachariadis. El primer paso era conseguir la salida de las tropas británicas. En enero de 1946, la URSS mostró su interés por Grecia interpelando al Consejo de Seguridad de la ONU sobre el peligro que suponía la presencia inglesa en este país. El 12 de febrero, el KKE, cuando no existían apenas dudas sobre su derrota en las cercanas elecciones generales —de hecho predicaba la abstención—, decidió organizar un levantamiento con el apoyo de los comunistas yugoslavos.

En diciembre había tenido lugar un encuentro entre los miembros del comité central del KKE y algunos oficiales yugoslavos y búlgaros. Los comunistas griegos estaban seguros de poder utilizar Albania, Yugoslavia y Bulgaria como bases de retaguardia. Durante tres años, sus combatientes pudieron refugiarse en estos países, donde sus heridos recibieron asistencia y se almacenó el equipo militar. Todos estos preparativos se efectuaron algunos meses después de la creación del Kominform y parecía que la sublevación de los comunistas griegos se inscribía perfectamente en la nueva política del Kremlin. El 30 de marzo de 1946, el KKE tomó la responsabilidad de iniciar una tercera guerra civil. Los primeros ataques del Ejército Democrático (AD), creado el 28 de octubre de 1946 y dirigido por el general Markos Vafiadis, fueron realizados siguiendo la misma táctica. Normalmente, se atacaban los puestos de policía, se exterminaba a sus ocupantes y se ejecutaba a los dirigentes. A lo largo del año 1946, el KKE continuó actuando también abiertamente.

En los primeros meses de 1947, el general Markos intensificó sus acciones: los pueblos atacados se contaban por decenas y fueron ejecutados centenares de campesinos. El reclutamiento forzoso engrosaba los efectivos del AD[91]. En cuanto un pueblo no respondía al reclutamiento, se iniciaban las represalias. Un pueblo de Macedonia pagó muy caro sus reticencias: cuarenta y ocho de sus casas fueron quemadas y doce hombres, seis mujeres y dos niños fueron ejecutados. A partir de marzo de 1947, los alcaldes de los municipios y los sacerdotes fueron sistemáticamente asesinados. En marzo, había ya 400.000 refugiados. La política terrorista provocó un movimiento contraterrorista: militantes comunistas o de izquierda fueron asesinados por grupos de extrema derecha.

En junio de 1947, después de realizar una gira por Belgrado, Praga y Moscú, Zachariadis anunció la próxima constitución de un gobierno «libre». Los comunistas griegos parecían creer que podrían emprender la misma vía seguida por Tito cuatro años antes. Este «gobierno» fue «oficialmente» constituido en diciembre. Los yugoslavos llegaron incluso a proporcionar voluntarios —unos 10.000— extraídos de las filas de su propio ejército[92]. Numerosos informes procedentes de la investigación de la comisión especial de las Naciones Unidas para los Balcanes subrayaron la importancia que tenía esta ayuda para el Ejército Democrático. La ruptura Tito-Stalin en la primavera de 1948 afectó directamente a los comunistas griegos. Aunque siguieron recibiendo ayuda hasta otoño, Tito inició su retirada que terminó con el cierre de la frontera. En verano, cuando las fuerzas gubernamentales llevaban a cabo una gran ofensiva, el jefe de los comunistas albaneses, Enver Hoxha, se vio obligado a cerrar la suya. Los comunistas griegos se encontraron cada vez más aislados y las disensiones internas se agudizaron. Sin embargo, los combates continuaron hasta agosto de 1949. Muchos combatientes se replegaron a Bulgaria antes de refugiarse en toda la Europa del Este, sobre todo en Rumania y en la URSS. A Tashkent, la capital del Uzbekistán, afluyeron miles de refugiados, de los cuales 7.500 eran comunistas. Después de su derrota, el KKE en el exilio sufrió una serie de purgas, hasta el punto de que en septiembre de 1955 el conflicto entre los partidarios y los oponentes de Zachariadis se convirtió en un violento enfrentamiento. El ejército soviético tuvo que intervenir para restablecer el órden y hubo centenares de heridos[93].

[91] En abril, el Ejército Democrático estaba formado por 16.000 guerrilleros.

La acogida en la URSS de los vencidos de la guerra civil griega resulta aún más paradójica teniendo en cuenta que, en esa fecha, Stalin ya había destruido en gran parte la antigua comunidad griega que vivía en Rusia desde hacía siglos y que, en 1917, se cifraba entre 500.000 y 700.000 personas, sobre todo en el Cáucaso y en las orillas del mar del Norte. En 1939, solo eran 410.000, y 177.000 en 1960. A partir de diciembre de 1937, los 285.000 griegos que vivían en las grandes ciudades fueron deportados a Arcángel o Arjánguelsk, a la República de los Komis y al noreste de Siberia. Otros pudieron entrar en Grecia. En la misma época fueron liquidados en la URSS A. Haitas, el ex secretario del Partido Comunista Griego (KKE) y el pedagogo J. Jordinis. En 1944, 10.000 griegos de Crimea, supervivientes de la floreciente comunidad de antaño, fueron deportados a Kirguizia y a Uzbekistán, bajo la acusación de haber adoptado una posición progermana durante la guerra. El 30 de junio de 1949, 30.000 griegos de Georgia fueron deportados a Kazajstán en una sola noche. En abril de 1950, todos los griegos de Batum sufrieron un destino similar.

En los demás países de Europa occidental, la tentación de los comunistas de apoderarse ellos solos del poder, aprovechando el movimiento de resistencia y de liberación, fue rápidamente sofocada por la presencia de los ejércitos angloamericanos y, a partir de finales de 1944, por las directivas de Stalin, que ordenaron a los comunistas esconder sus armas y esperar una ocasión mejor

[92] Irène Lagani, «Les Communistes des Balkans et la guerre civile grecque», *Communisme*, número 9, 1986.

[93] Nikos Marantzidis, «La deuxième mort de Nikos Zachariadis: l'itineraire d'un chef communiste», *Communisme*, núms. 29-31, 1992.

para tomar el poder. Este fue el resultado del encuentro que tuvo lugar en el Kremlin, el 19 de noviembre de 1944, entre Stalin y Maurice Thorez, el secretario general del Partido Comunista Francés, quien, después de haber pasado la guerra en la URSS, volvió a Francia[94].

Después de la guerra, y al menos hasta la muerte de Stalin en 1953, dentro del movimiento comunista internacional persistieron las conductas violentas y el terror instaurados en el seno de la Komintern antes de la guerra. En Europa del Este, la represión de los disidentes, reales o supuestos, fue intensa, sobre todo mediante espectaculares procesos amañados (ver el capítulo de Karel Bartoses). El terror alcanzó su apogeo en 1948, al producirse la crisis entre Tito y Stalin. Tito fue considerado como un nuevo Trotsky por no querer someterse y por desafiar la omnipotencia de Stalin. Stalin intentó que le asesinaran, pero Tito estaba en guardia y contaba con la protección de su propio aparato de Estado.

Los niños griegos y el Minotauro soviético.

Durante la guerra civil de 1946 a 1948, los comunistas griegos censaron a los niños de ambos sexos de tres a catorce años en todas las zonas controladas por ellos. En marzo de 1948, estos niños fueron reagrupados en las regiones fronterizas y varios miles fueron llevados a Albania, Yugoslavia y Bulgaria. Los habitantes de los pueblos escondieron a sus hijos en los bosques para evitar que se los llevaran. La Cruz Roja, tras muchos esfuerzos, contabilizó 28.296. En verano de 1948, consumada la ruptura entre Tito y el Kominform, una parte de los niños (11.600) que estaban retenidos en Yugoslavia fueron trasladados, a pesar de las protestas del Gobierno griego, a Checoslovaquia, Hungría, Rumania y Polonia. El 17 de noviembre de 1948, la III Asamblea de la ONU adoptó una resolución condenando el secuestro de niños griegos. En noviembre de 1949, la Asamblea General de la ONU reclamó a su vez la vuelta de los niños. Todas las decisiones posteriores de la ONU, lo mismo que las precedentes, no obtuvieron respuesta: los regímenes comunistas vecinos se obstinaban en pretender que los niños vivían en mejores condiciones en esos países que en la propia Grecia. En pocas palabras, intentaban hacer creer que esta deportación era un acto humanitario.

Sin embargo, el exilio forzado de los niños se desarrolló en tales condiciones de miseria, de mala alimentación y de epidemias, que muchos murieron. Agrupados en «pueblos para niños», debían asistir a clases de instrucción política además de las de enseñanza general. A partir de los trece años, se les obligaba a realizar duros trabajos físicos, como, por ejemplo, la roturación en la regiones pantanosas del Hartchag en Hungría. La verdadera intención de los dirigentes comunistas era formar una nueva generación de militantes totalmente adictos. El fracaso fue patente: en 1956, un griego llamado Constantinidès caía del lado de los húngaros luchando contra los rusos. Otros consiguieron huir a Alemania Oriental.

Entre 1950 y 1952, solo 684 niños fueron devueltos a Grecia. En 1963, cerca de 4.000 niños (algunos de los cuales habían nacido en los países comunistas) fueron repatriados. La comunidad griega de Polonia contaba con varios miles de miembros a principios de los años ochenta. Algunos de ellos se afiliaron al sindicato Solidarnosc y fueron encarcelados tras el golpe de Estado del general Jaruzelski. Después de 1989, con la democratización en curso, varios miles de estos griegos que vivían en Polonia regresaron a Grecia. (*El tema griego ante las Naciones Unidas*, informe de la comisión especial para los Balcanes, 1950.)

[94] Philippe Buton, «L'entretien entre Maurice Thorez et Joseph Staline du 19 novembre 1944. Méthodologie et historiographie de la stratégie communiste à la Libération», *Communisme*, núms. 45-46, 1996.

Al no poder liquidar a Tito directamente, los partidos comunistas de todo el mundo se entregaron a un exceso de asesinatos políticos simbólicos y excluyeron de sus filas a los simpatizantes de Tito utilizándolos como cabeza de turco. Una de estas primeras víctimas expiatorias fue Peder Furubotn, secretario general del Partido Comunista Noruego, antiguo miembro de la Komintern que, después de haber vivido en Moscú durante mucho tiempo, había conseguido llegar a Noruega en 1938. El 20 de octubre de 1949, durante una reunión del partido, un agente de los soviéticos, un tal Strand Johansen, acusó a Furubotn de ser simpatizante de Tito. Furubotn, seguro de que el partido le apoyaría, reunió al comité central el 25 de octubre y anunció su dimisión y la de su equipo de dirección a condición de que se produjera en breve plazo una nueva elección de miembros del comité central y de que las acusaciones contra él fueran examinadas por una comisión internacional. A los adversarios de Furubotn los cogió desprevenidos. Al día siguiente, y ante el estupor general, Johansen y varios de sus hombres entraron en la sede del comité central, expulsando, pistola en mano, a los partidarios del secretario general. Posteriormente organizaron una reunión en la que se votó la expulsión de Furubotn del partido, quien, conociendo los métodos soviéticos, se había encerrado en su casa junto con unos amigos armados. A consecuencia de este auténtico «acoso», digno de una película policiaca, el PCN perdió a la mayor parte de sus fuerzas vivas militantes. En cuanto a Johansen, manipulado totalmente por los agentes soviéticos, se volvió loco[95].

[95] Torgrim Titlestad, *I Stalins Skygge. Kampen om NKP 1945-1949*, Bergen, Fagbokforlaget, 1997.

La última acción de este período de terror en el movimiento comunista internacional tuvo lugar en 1957. Imre Nagy, el comunista húngaro que en un determinado momento se había puesto al frente de la revuelta de 1956 en Budapest (véase el capítulo de Karel Bartosek), se refugió en la embajada de Yugoslavia temiendo por su vida. Tras unas tortuosas maniobras, los soviéticos consiguieron atraparlo y decidieron juzgarle en Hungría. Pero no queriendo cargar él solo con la responsabilidad de este asesinato legal, el Partido Comunista Húngaro aprovechó la celebración de la I Conferencia mundial de los partidos comunistas, celebrada en Moscú en noviembre de 1957, para que todos los jefes comunistas presentes, a excepción del polaco Gomulka, votaran la muerte de Nagy. Entre ellos se encontraban el francés Maurice Thorez y el italiano Palmiro Togliatti. Nagy fue condenado a muerte y ahorcado el 16 de junio de 1958[96].

[96] Federigo Argentieri, «Quando il PCI condamno a morte Nagy», *Micromega*, núm. 4, 1992.



© L'Illustration / Sygma.

Al desencadenar la guerra civil, los bolcheviques dan paso a una violencia inaudita. En Orsha, 1918, un oficial polaco es ahorcado y empalado por soldados del naciente Ejército Rojo



© Musée d'histoire contemporaine – BDIC

Kiev (1919). Después de la retirada del Ejército Rojo, los cadáveres de las víctimas de la Cheka son exhumados en el número 5 de la calle Sadovaya, donde «el instrumento del terror bolchevique» tenía uno de sus centros



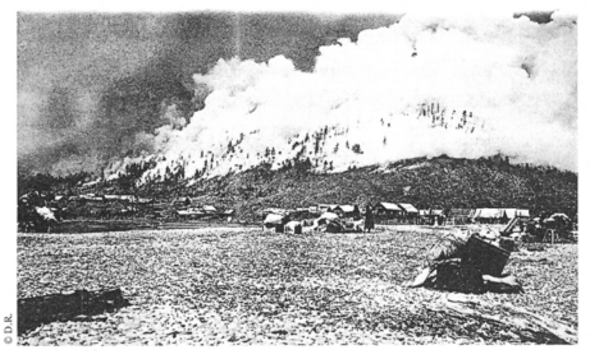


Como consecuencia de la guerra civil y de la política bolchevique en relación con el campo, una terrible hambruna asola las regiones del Volga. En 1921-1922, ocasiona la muerte de cinco millones de personas entre las que los niños son las primeras víctimas

Photos Musée d'histoire contemporaine – BDIC



Lenin se ve obligado a aceptar la ayuda extranjera: la Cruz Roja, el comité Nansen y la American Relief Administration fletaron trenes de socorro para distribuir víveres. Los intelectuales rusos que participan en la organización de la ayuda serán arrestados por orden de Lenin y condenados a muerte. Gracias a la intervención de F. Nansen, son finalmente expulsados de Rusia



© D.R.

1930-1931. Los campesinos se resisten a la colectivización: se enfrentan a los Guardas Rojos que han venido a incautar las cosechas y después se refugian en los bosques. Para desalojarlos, las tropas de la GPU no dudan en incendiarlos



© D.R.

Para colectivizar las tierras —el «gran asalto contra el campesinado»—, Stalin utiliza «el arma del hambre», en particular contra los ucranianos. Se estima que su política provocó seis millones de víctimas. En Járkov, en 1933, la muerte cotidiana deja indiferentes a los campesinos. Los casos de canibalismo son tan frecuentes que el Gobierno hace imprimir un cartel que proclama: «¡Comerse a su hijo es un acto de barbarie!»



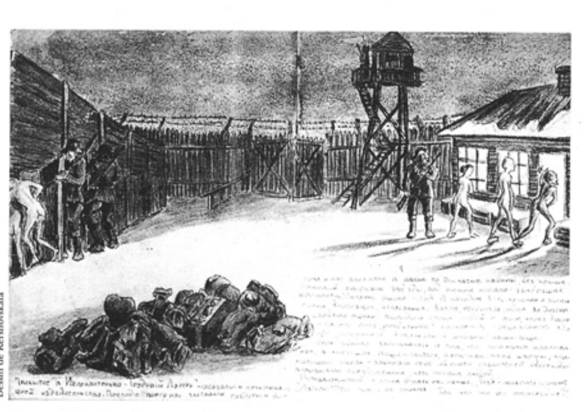
© Coll. Tomasz Kizny / Vu.

La obra de construcción del canal mar Blanco-Báltico (BBK), el Bielomorkanal, empresa faraónica, donde decenas de miles de reclusos encuentran la muerte en 1932-1933. Inaugurado con gran pompa por Stalin y sus acólitos, el canal resulta inutilizable



© D.R.

La orquesta del Bielomorkanal. Se suponía que la construcción del canal, empresa absurda, estaba justificada por la reeducación de los detenidos



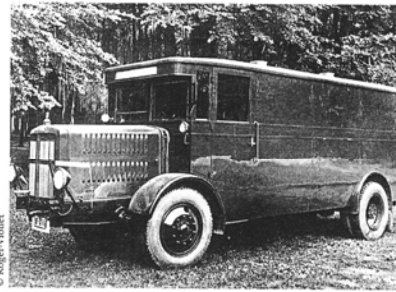
Dessin de Kersnovskaïa

El reverso de las fotos de propaganda fue proporcionado por los reclusos que dieron testimonio con sus dibujos de la vida y de la muerte de los deportados soviéticos. Dibujo de Eufrosina Kerniovskaya: «La llegada al campo de reeducación mediante el trabajo», en Siberia, en abril de 1943



© Roger-Viollet

concebida como un método de control ideológico de los militantes, las «chistkas» se convierten en un ejercicio de delación al que cualquiera puede verse sometido en su empresa. Estas sesiones de autocrítica terminan, cada vez más a menudo, en el arresto después de unos días o unas semanas



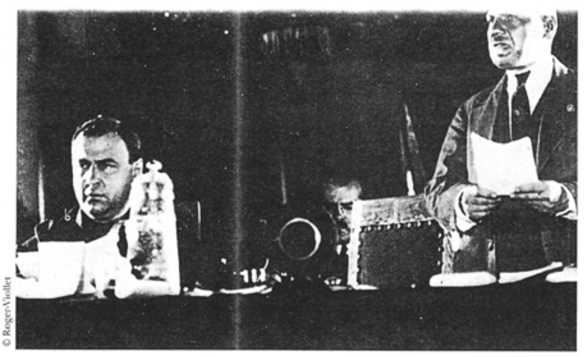
© Roger-Viollet

«La Rusia inocente se retorcía de dolor / bajo las botas ensangrentadas / bajo las ruedas negras de los furgones celulares», escribe, en aquellos tiempos, la poetisa Ana Ajmátova, cuyo hijo estaba en prisión (*Réquiem*). Estos «cuervos negros», como los llamaban los moscovitas, trasladaban a los presos de la Lubianka hasta las cárceles de Lefortovo o de Butyrka, a veces camuflados en automóviles para el reparto de pan



© D.R.

Moscú. La Lubianka (hacia 1925). En los sótanos de la sede de la GPU, que sucede a la Cheka, se habían habilitado celdas para ejecutar a los enemigos del régimen mediante un balazo en la nuca. Simboliza toda la crueldad y toda la arbitrariedad del régimen



© Roger-Viollet

El proceso de Shajty (Donbass), en 1928, inaugura una nueva categoría de enemigos del régimen, la de los «especialistas» acusados de «sabotaje», mientras Stalin inicia el primer plan quinquenal. Se trata de imponer a los directivos de la industria la adhesión a los principios de la «segunda revolución» tal y como él los ha definido. *De pie a la derecha,* el fiscal Nikolay Krylenko, liquidado a su vez en 1938



Coll. V. Boukovski

Una de las numerosas órdenes de ejecución firmada por Stalin. En la época del Gran Terror las órdenes de este tipo eran cotidianas: ésta concierne a 6.600 personas. Una cifra superior a la de todos los oponentes políticos ahorcados bajo el régimen zarista durante el siglo que precedió al golpe de Estado bolchevique de 1917



© D.R.

Walk (Estonia), 1919. Los bolcheviques que intentan conquistar el poder ejecutan a sus rehenes elegidos entre las elites. Se retiran dejando tras ellos centenares de cadáveres: el exterminio de los adversarios políticos o de grupos sociales enteros es necesario para ganar la guerra civil. Estas matanzas prefiguran las grandes deportaciones sufridas por los bálticos en 1940-1941, y después en 1944-1945



© D.R.

Alemania, Pentecostés 1927. Encuentro nacional de la liga del Rot Front (el Frente Rojo), organización paramilitar concebida como un embrión del Ejército Rojo; el Frente Rojo encuentra su origen en la cultura de la guerra civil, de la que Aragon se hará el cantor: «Proletariado conoce tu fuerza / Conoce tu fuerza y desencadénala / [...] Fuego sobre León Blum / Fuego sobre Boncour Frossard Déat / Fuego sobre los osos amaestrados de la social-democracia / Fuego Fuego oigo pasar / La muerte que se arroja sobre Garchery / Fuego os digo / Bajo la dirección del Partido Comunista SFIC...» *(El Frente Rojo,* 1931)



LE PEUPLE ESPAGNOL SE DEFEND CONTRE LES ESPIONS ET AGENTS DU FASCISME

Huma 30 oct 37

Les traitres trotskistes du POUM sont condamnés

Gorkin, Juan Andrade Rodriguez, Gironella et Pedro Bonet Cuito à 15 ans de prison ; José Arquer à 11 ans

Les travailleurs français, en de nombreux télégrammes félicitent le président Negrin pour la fermeté dont fait preuve le gouvernement

6 NOVEMBRE, JOURNÉE DE SOLIDARITÉ !

© D.R.

España, 1937. Stalin escucha el estallido de la guerra civil española: manda allí a sus emisarios y sus agentes. El NKDV (sucesor de la GPU) se encarga de liquidar a los que se interpongan en su estrategia internacional: anarquistas, trotskistas y militantes del POUM. Capturado en junio de 1937, torturado, Andreu Nin, su líder, es asesinado por los hombres de Ernö Gerö (futuro dirigente de la Hungría comunista), mientras una campaña internacional de la prensa comunista (en la foto *L'Humanité)* acusa a los antifascistas no stalinistas de ser agentes de Franco



© D.R.

© Roger-Viollet

El 20 de agosto de 1940, Ramón Mercader, agente del «Departamento de misiones especiales», una unidad particular del NKDV, golpea a Leon Trotsky en la cabeza con un piolet. Trotsky muere al día siguiente. Stalin confió personalmente la misión de eliminar el jefe de la IV Internacional a Pavel Sudoplatov *(a la izquierda,* en 1942), quien dirige en aquel entonces este departamento



© D.R.

Katyn (Rusia), abril de 1943. Los alemanes descubren en unas fosas los cadáveres de 4.500 oficiales polacos. Una comisión de la Cruz Roja llega a la conclusión de que fueron ejecutados por los soviéticos, en la primavera de 1940 (en total hubo alrededor de 25.000 desaparecidos). Símbolo del asesinato en masa, Katyn es también el de la mentira negadora: hasta 1989 el gobierno comunista de Polonia y los comunistas del mundo entero atribuyeron la masacre a los alemanes



© D.R.

Vinnitsa (Ucrania), junio de 1943. Se abren unas fosas que datan de 1937-1939 y que contienen varios centenares de cadáveres. En su emplazamiento, las autoridades habían instalado un parque de cultura y reposo y un teatro de verano. En Zhitomir, Kamenets-Podolskyi, etc., se descubrieron fosas similares. Hoy en día siguen siendo corrientes los descubrimientos macabros de este tipo: durante el verano de 1997, 1.100 cuerpos han sido exhumados cerca de San Petersburgo, y otros 9.000 en un osario situado en el bosque de Carélie





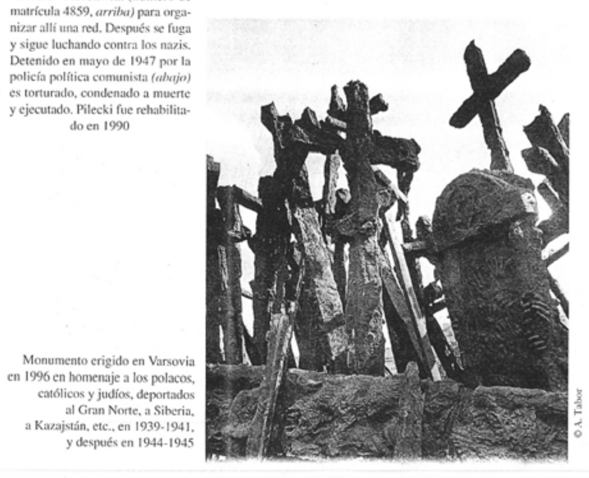
Photos © D.R.

Witold Pilecki, un resistente polaco, se hace internar voluntariamente en Auschwitz (número de matrícula 4859, *arriba)* para organizar allí una red. Después se fuga y sigue luchando contra los nazis. Detenido en mayo de 1947 por la policía política comunista *(abajo)* es torturado, condenado a muerte y ejecutado. Pilecki fue rehabilitado en 1990



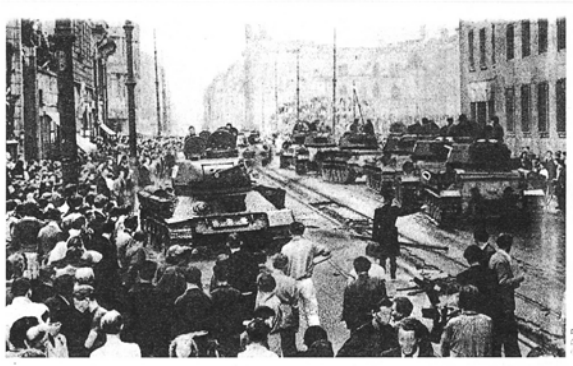
© D.R.

Cementerio judío de Varsovia. Monumento erigido clandestinamente en 1987 en memoria de Victor Alter y Henryk Erlich. ¡Los líderes del Partido Socialista de Obreros Judíos son condenados una primera vez por haber tenido supuestas relaciones con los nazis! Condenados a muerte por segunda vez, son hechos prisioneros en el secreto más absoluto. Erlich se ahorca en su celda el 15 de mayo de 1942; Alter es fusilado el 17 de febrero de 1943, unos días después de la victoria de Stalingrado



© A. Tabor

Monumento erigido en Varsovia en 1996 en homenaje a los polacos, católicos y judíos, deportados al Gran Norte, a Siberia, a Kazajstán, etc., en 1939-1941, y después en 1944-1945



© D.R.

Berlín oriental, 17 de junio de 1953. Para protestar contra la disminución de sus sueldos, los obreros se declaran en huelga el día 16 y se manifiestan. Los tanques soviéticos toman posiciones (aquí, en la Leipzigerstrasse). Dieciséis manisfestantes son muertos, centenares resultan heridos y doce mil personas son condenadas a duras penas de cárcel. La insurrección de los berlineses es la primera gran fisura en el seno de una «democracia popular»

© Archive photos

Budapest, octubre de 1956. Primera revolución antitotalitaria. La insurrección reúne al conjunto de la población contra la policía política y el Partido Comunista. Una primera intervención soviética es mantenida en jaque por los insurgentes



Budapest, noviembre de 1956. Los tanques soviéticos cercan de nuevo la ciudad. La población resiste armas en mano. El Partido Comunista húngaro, partido único, será reestablecido en sus prerrogativas con un saldo de unos 3.000 muertos. 25.000 personas fueron encarceladas. Decenas de miles de húngaros eligieron el exilio

Poznan (Polonia), 28 de junio de 1956. Los obreros de una fábrica de ferrocarriles se declaran en huelga. La población se manifiesta con ellos al grito de «Pan y libertad». La represión causa decenas de muertos: ante la fábrica Fiat los manifestantes enarbolan una bandera polaca manchada de sangre



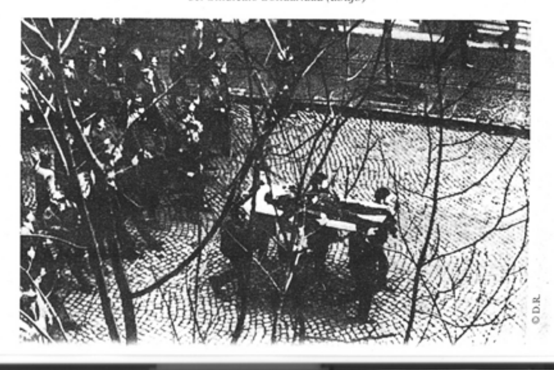
© U.S.I.S. / Archives T. Erevé



© D.R.

Gdansk, diciembre de 1970. Los obreros de los puertos del Báltico en huelga protestan contra la subida de precios de los productos de primera necesidad. Centenares de manifestantes son muertos o heridos

Transportada sobre una puerta, una de las víctimas de la Milicia, Janek Wisniewski, es inmortalizada por una balada («Muchachos de Grabowek / Muchachos de Chylonia / Hoy la milicia ha disparado / Janek Wisniewski ha caído»), que resurge en agosto de 1980 durante el nacimiento del Sindicato Solidaridad *(abajo)*



© D.R.

2
La sombra del NKVD proyectada en España

por

Stéphane Courtois y Jean-Louis Panné

El 17 de julio de 1936, los militares españoles en Marruecos, dirigidos por el general Franco, se sublevaron contra el Gobierno republicano. Al día siguiente, la sublevación se extendió a la península. El día 19 fue sofocada en numerosas ciudades (Madrid, Barcelona, Valencia y Bilbao) gracias a una huelga general y a la movilización de las clases populares. Esta guerra civil llevaba gestándose desde hacía varios meses. El 16 de febrero de 1936, el Frente Popular había conseguido la victoria electoral por escaso margen: la derecha había obtenido 3.997.000 votos (132 diputados), los centristas, 449.000 y el Frente Popular, 4.700.000 (267 diputados). Los socialistas habían obtenido 89, la Izquierda Republicana 84, la Unión Republicana 37, el Partido Comunista Español (PCE) 16, y el POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista, nacido en 1935 de la fusión del Bloque Obrero y Campesino de Joaquín Maurín y de la Izquierda Comunista de Andreu Nin) solo uno. Sin embargo, no se hallaba representada una de las fuerzas principales en España: los anarquistas de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) y de la Federación Anarquista Ibérica (FAI) (1.577.547 afiliados, frente a los 1.444.474 del Partido Socialista y la Unión General de Trabajadores [1]), que, de acuerdo con su doctrina, no habían presentado ningún candidato, pero el Frente Popular no hubiera podido triunfar sin la ayuda de sus votos y los de sus simpatizantes.

[1] Estadística de la Dirección General de Seguridad entregada al Parlamento por Miguel Maura, ministro de Interior, en el otoño de 1934; *cf.* Joaquín Maurín, *Le Communisme en Espagne,* Nueva York, 1964. Para datos sobre las diferentes fuerzas, véase también Gerald Brenan, *Le Labyrinthe espagnol. Origines sociales et politiques de la guerre civile,* Champ libre, 1984. (Existe versión española: *El laberinto español,* Barcelona, Ruedo Ibérico, 1977.)

Los 16 elegidos del PCE constituían una representación bastante superior a sus fuerzas reales: 40.000 miembros reivindicados, pero probablemente poco más de unos 10.000 dirigían las organizaciones satélites apoyadas por más de 100.000 afiliados.

Varios factores contribuyeron al desencadenamiento de una guerra civil deseada por muchos: una izquierda dividida y heterogénea, una derecha poderosa y una extrema derecha decidida (la Falange), una agitación urbana (huelgas) y rural (ocupación de tierras), un ejército seguro de sus prerrogativas, un Gobierno débil, varias conspiraciones y una violencia política que aumentaba sin cesar. De entrada, la guerra adquirió una dimensión particular: en el contexto europeo, simbolizó el enfrentamiento entre los Estados fascistas y las democracias. Con la entrada en contienda de la Unión Soviética, se reforzó el efecto de polarización entre derecha e izquierda.

La línea general de los comunistas. La Komintern se había interesado poco por la situación española, que no atrajo su atención hasta la caída de la monarquía en 1931 y, sobre todo, hasta la revuelta obrera de Asturias en 1934. El Estado soviético apenas mostró más interés, ya que el reconocimiento mutuo de los dos países no se produjo hasta agosto de 1936, tras el desencadenamiento de la guerra civil, si bien la URSS acababa de firmar el pacto de «no intervención», adoptado en julio por Inglaterra y Francia [2] con la esperanza de impedir la internacionalización de la guerra civil. El 27 de agosto, el embajador soviético Marcel Israelevich Rosenberg tomaba posesión de su cargo.

Para aumentar su influencia, los comunistas habían propuesto la fusión de su partido con el Partido Socialista. Esta táctica obtuvo su primer éxito con la constitución de las Juventudes Socialistas Unificadas el 1 de abril de 1936, y poco después con la creación del Partido Socialista Unificado de Cataluña el 26 de junio.

En el Gobierno de Largo Caballero formado en septiembre de 1936, el PCE solo disponía de dos ministros: Jesús Hernández, ministro de Educación Pública, y Vicente Uribe, ministro de Agricultura. Aun así, los soviéticos adquirieron muy pronto una gran influencia sobre este Gobierno. Gracias al apoyo que obtuvo de algunos miembros del Gobierno (Álvarez del Vayo y Juan Negrín), Rosenberg se impuso como una especie de vicepresidente que participaba en los Consejos de ministros. Tenía en su mano una baza importante, ya que la URSS estaba dispuesta a abastecer de armas a los republicanos.

Esta intervención del Partido-Estado soviético fuera de su campo de acción habitual adquiere un relieve particular al constituir una fase intermedia

[2] Léon Blum se había adherido a la fuerza, bajo la doble presión de Inglaterra y de los radicales que temían la guerra con Alemania. Blum estuvo a punto de dimitir pero le disuadió el embajador español, el socialista Fernando de los Ríos.

entre la toma del poder por los bolcheviques hacía casi veinte años y la posterior expansión de su poder en Europa central y oriental en dos etapas sucesivas (1939-1941 y 1944-1945), favorecida por el contexto internacional. La España de los años 1936-1939 era un lugar de ensayo para los soviéticos que, seguros de su experiencia acumulada, despliegan todo su arsenal político y experimentan técnicas que volverán a utilizar a principios de la Segunda guerra mundial, y que a final de esta se generalizarán. Sus objetivos son múltiples, pero el más urgente es conseguir que el Partido Comunista Español (completamente supervisado por los servicios de la Komintern y del NKVD) se hiciera con el poder del Estado con el fin de que la República siguiera los deseos de Moscú. Este objetivo implica instaurar los métodos soviéticos, en primer lugar la omnipresencia del sistema policial y la liquidación de todas las fuerzas no comunistas.

En el año 1936, Ercoli —el comunista italiano Palmiro Togliatti—, uno de los miembros de la dirección de la Komintern, definió las características específicas de la guerra civil, que calificó de «guerra nacional revolucionaria». Según él, la revolución española, popular, nacional y antifascista, imponía nuevas tareas a los comunistas: «El pueblo español soluciona las tareas de la revolución burguesa democrática de una forma nueva». Rápidamente, indicó cuales eran los enemigos de esta concepción de la revolución española: los dirigentes republicanos e «incluso los del Partido Socialista», los «elementos que, escudándose en los principios del anarquismo, debilitan la cohesión y la unidad del Frente Popular con proyectos prematuros de colectivización forzada...» Fijó un objetivo: la hegemonía comunista, realizable gracias a «un frente único de socialistas y comunistas, la creación de una organización única de jóvenes trabajadores y de un partido único del proletariado en Cataluña [el PSUC], y la transformación del propio Partido Comunista en un gran partido de masas» [3]. En junio de 1937, Dolores Ibárruri —comunista española, más conocida bajo el nombre de la Pasionaria y famosa por sus llamamientos a la resistencia— propuso un nuevo objetivo: «una república democrática y parlamentaria de *un nuevo tipo*» [4].

Inmediatamente después de la sublevación franquista, Stalin dio prueba de una relativa indiferencia hacia la situación española, como así lo ha recordado Jef Last, que acompañaba a André Gide a Moscú durante el verano de 1936: «Nos indignamos al ver una falta total de interés por los acontecimientos. En ninguna reunión se hablaba del asunto y, cuando en el curso de una conversación privada abordamos este tema, parecía que se evitaba escrupulosamente emitir una opinión personal» [5]. Sin embargo, pasados dos meses, y debido al giro que dieron los acontecimientos, Stalin se dio cuenta del partido que podía sacar a la situación utilizando a la vez la diplomacia y la propagan-

[3] M. Ercoli, *Particularités de la révolution espagnole,* Bureau d'éditions, 1936.
[4] Dolores Ibárruri, *Por la victoria. Artículos y discursos, 1936-1938,* ESI, 1938.
[5] Jef Last, *Lettres d'Espagne,* Gallimard, 1939.

da. Adhiriéndose a la política de «no intervención», la URSS se integraba más en el concierto de las naciones y así tenía más posibilidades para intentar favorecer una mayor autonomía de Francia con respecto a Gran Bretaña. Al mismo tiempo, la URSS se comprometió en secreto a entregar armas a la República española y a ayudarla militarmente, y contaba con aprovechar los medios que le ofrecía el Gobierno del Frente Popular en Francia, dispuesto a colaborar con los servicios soviéticos en la organización de la ayuda material a los republicanos españoles. Siguiendo las instrucciones de Léon Blum, Gaston Cusin, subjefe de gabinete del ministerio de Economía, se reunió con los oficiales y los agentes soviéticos que se habían establecido en París, desde donde organizaban el transporte de las armas y el reclutamiento de los voluntarios para ir a luchar a España. Aunque el Estado soviético pretendía permanecer fuera de juego, la Komintern movilizó a fondo todas sus secciones a favor de la España republicana, transformando la lucha en un medio magnífico de propaganda antifascista, particularmente beneficioso para el movimiento comunista.

En la misma España, la táctica comunista consistió en ocupar cada vez más posiciones para «orientar» la política del Gobierno republicano hacia la seguida por el Partido-Estado soviético, cuyo objetivo era aprovechar al máximo la situación de la guerra. Julián Gorkín, uno de los dirigentes del POUM, fue probablemente el primero en establecer la relación entre la política soviética en la España republicana y la instauración de las democracias populares, en un ensayo titulado *España, primer ensayo de democracia popular* (Buenos Aires, 1961). Donde Gorkín ve la aplicación de una línea política predeterminada, el historiador español Antonio Elorza considera la política comunista en España como resultado de la «concepción monolítica, y no pluralista, de las relaciones políticas en el Frente Popular y del papel del partido, [que] conduce naturalmente a transformar la alianza en una plataforma para conquistar la hegemonía». Antonio Elorza insiste sin embargo sobre lo que será una constante en la política comunista: imponer la hegemonía del PCE a todos los antifascistas, «no solo contra el enemigo fascista de fuera, sino también contra la oposición interna». Y añade: «En este sentido, el proyecto es un precedente directo de la estrategia utilizada para llegar al poder en las llamadas democracias populares»[6].

Este proyecto estuvo a punto de consumarse en septiembre de 1937, cuando Moscú pensó en la celebración de elecciones en España: unas listas únicas permitirían al PCE aprovecharse de este «plebiscito nacional». Este proyecto, inspirado y seguido con atención por Stalin, pretendía el advenimiento de una «república democrática de tipo nuevo». Preveía la eliminación de los ministros contrarios a la política comunista. Pero el intento dio un giro

[6] Antonio Elorza, «Le Front populaire espagnol à travers les archives du Komintern», *Une histoire en révolution? Du bon usage des archives, de Moscou et d'ailleurs*, Éditions Universitaires de Dijon, 1996.

decisivo debido a la oposición que encontró entre los aliados del PCE y a la evolución preocupante de la situación de los republicanos después del fracaso de la ofensiva de Teruel en diciembre de 1937.

«Consejeros» y agentes. En cuanto Stalin hubo decidido que el territorio español presentaba oportunidades para la URSS y que era útil intervenir, Moscú envió a España un importante contingente de mandos dependientes de instancias muy diversas. Primero fueron los consejeros militares, de 700 a 800 de forma permanente y 2.044 en total (según una fuente soviética), entre los que se encontraban los futuros mariscales Koniev y Zhukov, y el general V. E. Goriev, agregado militar en Madrid. Moscú movilizó también a sus miembros de la Komintern, «agentes», oficiales u oficiosos, de otro tipo. Algunos fueron movilizados de forma permanente, como el argentino Vittorio Codovilla, que desempeñó un importante papel en el seno del PCE a principios de los años treinta, e incluso lo dirigió; el húngaro Ernö Gerö (apodado «Pedro»), que después de la guerra se convertiría en uno de los dirigentes de la Hungría comunista; el italiano Vittorio Vidali (sospechoso de haber participado en el asesinato del líder comunista y estudiante cubano Julio Antonio Mella, en 1929), que llegaría a ser el primer comisario político del Quinto regimiento organizado por los comunistas a partir de enero de 1937; el búlgaro Minev-Stepanov, que había trabajado en el secretariado de Stalin desde 1927 hasta 1929; el italiano Palmiro Togliatti, llegado en julio de 1937 como representante de la Komintern. Otros efectuaron viajes de inspección, como el comunista francés Jacques Duclos.

Al mismo tiempo, Moscú envió a España un importante contingente de hombres de sus servicios: V. A. Antonov-Ovseenko[7] —quien había dirigido el asalto contra el Palacio de Invierno en Petrogrado en octubre de 1917—, que desembarcó en Barcelona el 1 de octubre de 1936; Aleksandr Orlov (cuyo verdadero nombre era L. Feldbin), responsable del NKVD en España; el polaco Arthur Stashevsky, ex oficial del Ejército Rojo, ahora agregado comercial; el general Ian Berzine, jefe de los servicios de información del Ejército Rojo; Mijaíl Koltsov, redactor del *Pravda* y portavoz secreto de Stalin, que se estableció en el ministerio de la Guerra. Leonid Eitingon, comandante de las Fuerzas de Seguridad del Estado (NKVD), y Pavel Sudoplatov, su subordinado, fueron también a Barcelona. Eitingon fue encargado en 1936 de las operaciones terroristas, mientras que Sudoplatov no llegó hasta 1938[8]. Resumiendo, desde que Stalin decidió intervenir en España, concentró en ella a todo un

[7] Su hijo, historiador, ha declarado a la televisión catalana: «La mayoría de las personas con un cargo importante en España, militares, generales, consejeros y pilotos, eran agentes del NKVD»; *cf.* la película de Llibert Ferri y Dolores Genovés, *Operación Nikolay*, 1992.

[8] En sus memorias, Pavel Sudoplatov hace esta significativa reflexión: «España fue en cierta manera el "parvulario" donde tomaron forma nuestras futuras operaciones de espionaje» (*Missions spéciales*, Le Seuil, 1994, pág. 59).

estado mayor capaz de actuar en múltiples ámbitos de forma coordinada. Parece ser que en la noche del 14 de septiembre de 1936, Yagoda, el jefe del NKVD, convocó en la Lubianka, en Moscú, una reunión para coordinar el conjunto de la intervención comunista en España. Los objetivos eran tanto combatir a los franquistas y a los agentes alemanes o italianos como vigilar y controlar a los adversarios de los comunistas y de la URSS en el seno mismo del campo republicano. La intervención soviética debía ser lo más secreta y lo más oculta posible, con el fin de no comprometer al Gobierno soviético. Según el general Krivitsky, que era el jefe de los departamentos exteriores del NKVD en Europa occidental, de los cerca de tres mil soviéticos presentes en España, solo unos cuarenta habrían combatido realmente, los otros eran consejeros militares, políticos o agentes de información.

Los soviéticos centraron primero sus esfuerzos en Cataluña. En septiembre de 1936, el comisariado general de Orden Público de la Generalitat de Cataluña, en el que ya se habían infiltrado los comunistas, creó por decreto en el seno de los servicios secretos catalanes (el SSI) un grupo de información dirigido por un tal Mariano Gómez Emperador. Este servicio oficial, que empleó rápidamente a unas cincuenta personas, era de hecho una delegación camuflada del NKVD. Al mismo tiempo, el Partido Socialista Unificado de Cataluña —nombre elegido por los comunistas— creó un servicio extranjero con base en la habitación 340 del hotel Colón, en la plaza de Cataluña, encargado de controlar a todos los comunistas extranjeros deseosos de combatir en España que transitaban por Barcelona. Sin embargo, este servicio estaba también estrechamente controlado por el NKVD y servía para ocultar sus actividades.

Alfredo Hertz pertenecía a estas dos instancias y se reveló como el responsable local del NKVD, a las órdenes directas de Orlov y de Gerö. Hertz, comunista alemán cuya verdadera identidad aún no se ha podido establecer, se había introducido en el Cuerpo de Investigación y Vigilancia del Gobierno de la Generalitat y controlaba el departamento de pasaportes, y por tanto, las entradas y salidas de España. Así mismo, estaba facultado para utilizar la Guardia de Asalto, el cuerpo de élite de la policía. Con su red instalada en el comisariado de Orden Público de la Generalitat, Hertz recibía informaciones procedentes de los otros partidos comunistas —listas negras de otros antifascistas, denuncias de comunistas críticos, datos biográficos suministrados por los servicios de mandos de cada Partido Comunista— y los transmitía al departamento de Estado dirigido por el comunista Victorio Sala. Hertz creó su propio servicio, el servicio Alfredo Hertz, que bajo una cobertura legal, era una policía política paralela compuesta por comunistas extranjeros y españoles. Bajo su dirección se creó un fichero de todos los extranjeros que residían en Cataluña, y luego en toda España, y una serie de listas negras de personas molestas que había que eliminar. En un primer momento, desde septiembre hasta diciembre de 1936, la persecución de los opositores no fue sistemática. El NKVD fue estableciendo poco a poco verdaderos planes de represión con-

tra otras fuerzas políticas de la República, sobre todo contra los socialdemócratas, los anarcosindicalistas, los trotskistas y los comunistas heterodoxos o que manifestaran divergencias políticas. Es cierto que muchos de estos «enemigos» criticaban a los comunistas, reprochándoles sus deseos de hegemonía y su alineamiento con la URSS. Pero también hay que decir que, dentro de la represión, también hubo venganzas personales, como siempre ocurre en este tipo de situaciones[9].

Tanto los métodos policiales más banales como los más sofisticados fueron aplicados por agentes de doble o triple identidad. La primera de las tareas de estos policías políticos fue la «colonización» de los engranajes de la administración republicana, del ejército y de la policía. Esta progresiva conquista de puestos claves, su «infiltración», se basaba en el hecho de que la URSS suministraba armas a los republicanos y a cambio exigía contrapartidas políticas. Al contrario de lo que practicaron Hitler y Mussolini con los franquistas, la URSS no concedió ningún crédito a los republicanos y las armas fueron pagadas por adelantado con las reservas de oro del Banco de España, que sus agentes consiguieron escoltar hasta la URSS. Cada entrega de armas era una posibilidad de chantaje que explotaban los comunistas.

Julián Gorkín aporta un ejemplo sorprendente de esta intrincación entre guerra y política. A principios de 1937, Largo Caballero, jefe del Gobierno español, apoyado por Manuel Azaña (presidente de la República), había autorizado a Luís Araquistain (embajador en París) para que entablara negociaciones secretas con el embajador italiano en Londres, Dino Grandi, y con Hjalmar Schacht, el financiero de Hitler, con el consentimiento de Léon Blum y de Anthony Eden, para poner término a la guerra. Avisados por Álvarez del Vayo, ministro de Asuntos Exteriores filocomunista, los comunistas españoles decidieron, de acuerdo con los principales dirigentes de los servicios soviéticos, apartar a Caballero, impidiendo así toda solución negociada al conflicto, que se basara en la retirada de los soldados italianos y alemanes[10].

«Después de las calumnias... las balas en la nuca», Victor Serge. Esto fue lo que declaró Victor Serge, el escritor ruso-belga liberado de la URSS en abril de 1936, a Julián Gorkín cuando se vieron en 1937, advirtiendo así al militante del POUM de la fatal concatenación de la política comunista. Una política que encontraba entonces serios obstáculos: la masa anarcosindicalista de la CNT escapaba a la influencia de los comunistas y el POUM se oponía a su política. El POUM era una víctima propicia debido a su debilidad

[9] Patrik von Mühlen, *Spanien war ihre Hoffnung. Die deutsche Linke im spanieschen Bürgerkrieg, 1936 bis 1939*, Bonn, Verlag Neue Gesellschaft, 1983.

[10] Julián Gorkín, *Les Communistes contre la révolution espagnole*, Belfond, 1978, págs. 18-19 y 81-82.

y a su posición marginal en el tablero político. Los comunistas consideraron oportuno aprovechar esta configuración política. Además, el POUM era considerado un aliado de Trotsky: en 1935, sus jefes Andreu Nin y Julián Gorkín habían realizado gestiones con las autoridades catalanas para que Trotsky, expulsado de Francia, pudiera instalarse en Barcelona. Dentro de la persecución de trotskistas que tenía lugar por entonces en la URSS, no es de extrañar que el secretariado de la Komintern reunido el 21 de febrero de 1936, es decir, cinco días después de la victoria electoral del Frente Popular español, diera al PCE la consigna de llevar a cabo una «lucha enérgica contra la secta trotskista contrarrevolucionaria» [11]. Además, durante el verano de 1936, el POUM tuvo la audacia de salir en defensa de las víctimas del primer proceso de Moscú.

El 13 de diciembre de 1936, los comunistas consiguieron apartar a Andreu Nin del Consejo de la Generalitat. Exigieron su destitución con el pretexto de que era culpable de haber calumniado a la URSS, y para conseguir su fin recurrieron al chantaje del suministro de armas. El 16 de diciembre, *Pravda* lanzó una campaña internacional contra los opositores a la política soviética: «En Cataluña ha comenzado la eliminación de los trotskistas y anarcosindicalistas. Será llevada a cabo con la misma energía que en la URSS».

Para la mentalidad comunista, cualquier discrepancia política equivalía a una traición que antes o después recibía el mismo trato en todos los casos. Se contaban calumnias y mentiras del POUM, cuyas unidades en el frente fueron acusadas de abandonar sus posiciones, cuando lo cierto es que las unidades comunistas les negaban todo tipo de apoyo [12]. El diario del Partido Comunista Francés, *L'Humanité*, se distinguió especialmente en esta tarea reproduciendo los artículos de Mijaíl Koltsov, gran amigo de la pareja Aragon-Triolet. El tema central de esta campaña se resumía en una afirmación repetida incansablemente: el POUM es cómplice de Franco, es culpable de traición en favor del fascismo. Los comunistas tomaron la precaución de infiltrar en sus filas agentes encargados de reunir información y de preparar listas negras con el fin de identificar, llegado el momento, a los militantes detenidos. El caso de Léon Narvich es bien conocido: habiendo entrado en contacto con Nin, fue descubierto y luego ejecutado por un grupo de autodefensa del POUM, después de la desaparición de Nin y la detención de sus dirigentes.

MAYO DE 1937 Y LA ELIMINACIÓN DEL POUM. El 3 de mayo, los Guardias de Asalto dirigidos por los comunistas atacaron la central de Telefónica de Barcelona controlada por los obreros de la CNT y la UGT. La operación, dirigida por Rodríguez Salas, jefe de la policía y miembro del PSUC, había sido preparada con un incremento de la propaganda y de las persecuciones (cierre de la radio del POUM y de su diario *La Batalla*). El 6 de mayo, 5.000 agentes

[11] Antonio Elorza, *art. cit.*

[12] Véase sobre todo *L'Humanité* del 24 de enero de 1937.

de policía dirigidos por jefes comunistas llegaron a Barcelona. Los enfrentamientos entre fuerzas comunistas y no comunistas fueron violentos y se contabilizaron cerca de 500 muertos y más de 1.000 heridos.

Aprovechando la confusión, los pistoleros de los servicios comunistas aprovecharon cualquier ocasión para eliminar a los que se oponían a la política comunista. El filósofo anarquista italiano Camillo Berneri y su camarada Barbieri fueron secuestrados y ejecutados por un comando de doce hombres, y sus cadáveres, acribillados a balazos, fueron encontrados al día siguiente. Camillo Berneri pagó así su valor político. En su periódico *Guerra di classe* había escrito lo siguiente: «Hoy combatimos contra Burgos, mañana tendremos que luchar contra Moscú para defender nuestras libertades». Alfredo Martínez, secretario de las Juventudes Libertarias de Cataluña, el militante trotskista Hans Freund y el ex secretario de Trotsky, Erwin Wolf, corrieron la misma suerte.

Kurt Landau, austríaco y comunista crítico, había militado en Alemania, en Austria y luego en Francia, antes de ir a Barcelona y adherirse al POUM. Fue detenido el 23 de septiembre y desapareció también en circunstancias análogas. Katia, su mujer, también encarcelada, ha dado testimonio de estas «depuraciones»: «Las cárceles del partido, como por ejemplo La Pedrera, paseo de Gracia, sus cuarteles "Carlos Marx" y "Voroshilov", eran auténticas ratoneras y antros. Unos testigos vieron por última vez en La Pedrera a los dos camaradas "desaparecidos" de Radio POUM. En aquellos cuarteles comunistas fueron torturados, mutilados y asesinados esos jóvenes anarquistas, cuyos cadáveres se encontraron por casualidad». Katia cita un artículo del órgano anarcosindicalista *Solidaridad obrera*: «Se comprobó que antes de morir habían sido torturados de una forma salvaje, como lo demuestra el hecho de que los cuerpos presentaran grandes contusiones y hematomas en el abdomen, que parecía estar hinchado y deformado. (...) Uno de los cadáveres muestra claramente que este fue colgado por los pies. La cabeza y el cuello tenían una tonalidad extremadamente violácea. La cabeza de otro de estos desgraciados camaradas jóvenes tiene marcas evidentes de culatazos de fusil».

Algunos militantes, como Guido Picelli, desaparecían para siempre sin dejar rastro. George Orwell, alistado como voluntario en una columna del POUM, que vivió esas terribles jornadas, y que tuvo que esconderse y escapar, ha descrito en un anexo a su *Homenaje a Cataluña* —«Cómo fueron los disturbios de mayo en Barcelona»—, el ambiente de persecución que reinaba en Barcelona.

Los asesinatos planificados por los policías comunistas no solo fueron perpetrados en Barcelona. En Tortosa, el 6 de mayo, 20 militantes de la CNT, detenidos por las fuerzas del Gobierno de Valencia, fueron sacados de los calabozos del Ayuntamiento y exterminados por una banda de asesinos. Al día siguiente, en Tarragona, 15 militantes anarquistas fueron ejecutados a sangre fría.

Lo que los comunistas no lograron materialmente lo consiguieron en el plano político. Largo Caballero, el jefe de Gobierno, se negaba a someterse a las amonestaciones de los comunistas que reclamaban la disolución del POUM. José Díaz, el secretario general del PCE, había declarado en mayo: «El POUM debe ser eliminado de la vida política del país». Después de los enfrentamientos de Barcelona, Caballero se vio obligado a dimitir el 15 de mayo. Le sucedió el Gobierno de Juan Negrín, un socialista «moderado» sometido a los comunistas. Así desaparecieron todos los obstáculos para la realización de los objetivos de los comunistas. Negrín no solo apoyó a los comunistas —escribiría al periodista del *Times* Herbert L. Matthews que el POUM «estaba controlado por elementos que no soportaban (...) todo lo que significara una dirección única y suprema de la lucha, bajo una disciplina común»—, sino que aprobó el terror ejercido contra el POUM [13]. Julián Gorkín observó el cambio radical que se había producido: «Algunos días después de la formación del Gobierno presidido por Juan Negrín, Orlov actuaba ya como si España fuera un país satélite. Se presentó en la Dirección General de Seguridad y pidió al coronel Ortega, al que consideraba como uno de sus subordinados, órdenes de detención contra los miembros del comité ejecutivo del POUM» [14].

El 16 de junio de 1937, Negrín prohibió el POUM, cuyo comité ejecutivo estaba detenido. Esta decisión oficial permitió a los agentes comunistas actuar bajo la apariencia de una legalidad totalmente parcial. A la una de la tarde de ese mismo día, Andreu Nin fue interrogado por los policías. Ninguno de sus camaradas volvió a verlo, ni vivo ni muerto.

Los policías llegados de Madrid, en donde la policía estaba completamente adherida a los comunistas, cercaron la redacción de *La Batalla* y diferentes locales del POUM. 200 de sus militantes, entre los que se encontraban Julián Gorkín, Jordi Arquer, Juan Andrade, Pedro Bonet, etc., fueron encarcelados. Para justificar *a posteriori* la eliminación del POUM, los comunistas se inventaron una supuesta traición, acusándoles de ser espías de los franquistas. El 22 de junio se creó un tribunal especial y se puso en marcha la propaganda: la policía descubrió muy oportunamente, en el curso de sus investigaciones, unos documentos que confirmaban la tesis inventada del espionaje. Marx Rieger, periodista a las órdenes de los comunistas o pseudónimo colectivo, reunió todas esas invenciones en su *Espionaje en España*, que fue publicado en todos los idiomas.

Dirigidos por Orlov y protegidos por Vidali, Ricardo Burillo y Gerö, los esbirros que tenían detenido a Andreu Nin le torturaron, sin conseguir arrancarle unas «confesiones» destinadas a probar la validez de las acusaciones contra su partido ni hacerle firmar la más mínima declaración. Por lo tanto, solo les quedaba eliminarlo y utilizar su desaparición para desacreditarlo, afir-

[13] Antonio Elorza, *art. cit.*, pág. 266.

[14] Julián Gorkín, *op. cit.*, pág. 96.

mando que Nin se había pasado al lado franquista. Asesinato y propaganda van a la par. La apertura de los archivos de Moscú ha permitido corroborar lo que los amigos de Nin sospechaban desde 1937 [15].

Solo después de la acción contra el POUM, el 16 y 17 de junio, comenzó la persecución sistemática de todos los «traidores» trotskistas y otros. Para llevar a cabo las operaciones, los chekistas tenían información de la policía. Organizaron prisiones ilegales y paralelas, llamadas chekas, significativa transposición del primer nombre de la policía política soviética: la Cheka. Los nombres de estos lugares son bien conocidos: la cheka central de Barcelona estaba en el número 24 de la avenida Puerta del Ángel, y su sucursal en el hotel Colón de la plaza de Cataluña, el antiguo convento de Atocha en Madrid, santa Úrsula en Valencia, Alcalá de Henares. Muchas casas privadas requisadas eran utilizadas también como lugares de detención, de interrogatorio y de ejecución.

Al principio de 1938, 200 antifascistas y antiestalinistas se hallaban detenidos en la cheka de santa Úrsula, llamada, desde entonces, el Dachau de la España republicana, en referencia al primer campo de concentración abierto por los nazis para torturar a sus oponentes políticos. «Cuando los estalinistas decidieron abrir allí una cheka, se estaba limpiando el pequeño cementerio, relata una víctima. A los chekistas se les ocurrió una idea diabólica: dejaron el cementerio tal cual, con sus tumbas abiertas, sus esqueletos, y sus muertos más recientes en descomposición. Y allí encerraron durante noches y noches a los detenidos más recalcitrantes. También utilizaron otras torturas especialmente crueles: muchos prisioneros fueron colgados de los pies, cabeza abajo, durante días enteros. Otros fueron encerrados en estrechos armarios que tenían algunos agujeritos a la altura de la cara, lo justo para que pudieran respirar... Había una tortura aún más cruel: la del cajón. Se obligaba a los prisioneros a ponerse en cuclillas dentro de unas cajas cuadradas y a mantener esta postura durante varios días; algunos permanecieron así de ocho a diez días sin poder moverse...». Para este trabajo, los agentes soviéticos utilizaron a depravados individuos que consideraban que sus actos eran aprobados por la Pasionaria; ¿acaso esta no había declarado en un mitin comunista en Valencia: «Más vale condenar a cien inocentes que absolver a un solo culpable?» [16].

El recurso a la tortura era sistemático [17], como por ejemplo la de la bañera llena de agua jabonosa, potente vomitivo. Algunas técnicas eran típicamente soviéticas, como la privación del sueño y, sobre todo, el encierro del prisionero en un armario extremadamente estrecho llamado «celda armario», donde el prisionero no podía estar ni de pie ni sentado, y mucho menos mo-

[15] *Cf.* la película de Llibert Ferri y Dolores Genovés *Operación Nikolay*.

[16] Citado por Julián Gorkín, *op. cit.*, pág. 181.

[17] *Los antros del terror estalinista*, folleto editado clandestinamente por el POUM, citado por Julián Gorkín, *op. cit.*

ver sus miembros; sin apenas poder respirar y deslumbrado continuamente por una bombilla. Aleksandr Solzhenitsyn ha descrito con detalle este tipo de celdas en la escena de *Archipiélago Gulag*, en la que relata su llegada a la Lubianka.

Las ejecuciones sumarias eran también algo habitual: «El teniente Astorga Vayo, que pertenece al servicio de investigación militar y al NKVD, ha encontrado una manera de prevenir las evasiones: como los prisioneros están colocados en filas de cinco, por cada detenido que falta manda fusilar a los otros cuatro, e incluso amenaza a la fila de delante y a la de detrás. Este comportamiento indignaba a algunos de sus mismos compañeros, pero Vayo, aunque fue relevado de sus funciones, obtuvo un ascenso y se convirtió en comandante de uno de los principales campos de concentración de Cataluña, el de Onells de Nagaya, en la provincia de Lérida» [18].

El número de detenciones fue calculado de la misma manera por diferentes personas. Katia Landau da una cifra de 15.000 prisioneros, de los cuales 1.000 eran miembros del POUM, en las cárceles oficiales y clandestinas [19]. Yves Lévy, que investigó sobre el terreno, habla de «unos 10.000 revolucionarios, civiles o soldados, encarcelados» del POUM, de la CNT y de la FAI. Algunos murieron como consecuencia de los malos tratos, como Bob Smilie, un corresponsal del Independent Labour Party simpatizante del POUM, o como Manuel Maurín —hermano de Joaquín Maurín, que había sido hecho prisionero por los franquistas pero había salvado la vida— en la cárcel Modelo (¡cárcel Modelo!) de Barcelona. Según Julián Gorkín, a finales de 1937, había 62 condenados a muerte en la prisión de santa Clara.

Con el POUM derrotado y los socialistas apartados del Gobierno o seducidos, ya solo quedaban los anarquistas. En los primeros meses de la respuesta republicana a la sublevación de los militares, las colectividades agrarias se habían multiplicado bajo su influencia, sobre todo en Aragón. Después de mayo de 1937, algunas ciudades y pueblos de Aragón fueron cercados por los Guardias de Asalto. El congreso de las colectividades fue aplazado y el 11 de agosto fue publicado el decreto de disolución del Consejo de Aragón que las dirigía. Su presidente, Joaquín Ascaso, acusado de haber robado unas joyas, fue detenido y sustituido por un gobernador general llamado José Ignacio Mantecón, afiliado a Izquierda Republicana, y de hecho «topo» comunista [20]. Se trataba de un ataque directo contra la CNT destinado a socavar las bases de su influencia.

La 11.ª División, dirigida por el comunista Enrique Líster, que ya había cometido numerosos excesos en Castilla (ejecuciones de anarquistas, ataques a los campesinos colectivistas), la 27 (llamada «Karl Marx», del PSUC) y

[18] Julián Gorkín, *op. cit.*, pág. 205.

[19] Katia Landau, *Le Stalinisme bourreau de la révolution espagnole*, Spartacus, 1938, pág. 8.

[20] Burnett Bolloten, *La revolución española. La izquierda y la lucha por el poder*, Ruedo Ibérico, 1977, pág. 506.

la 30, dispersaron por la fuerza a las colectividades. Centenares de anarquistas fueron detenidos y sustituidos en los ayuntamientos por comunistas, mientras que las tierras explotadas colectivamente eran devueltas y repartidas entre los antiguos propietarios. La operación se compaginó con el anuncio de una gran ofensiva contra Zaragoza, justificando de ese modo una limpieza en la retaguardia destinada a preparar esa ofensiva. A pesar de la matanza de centenares de hombres, los campesinos reconstituyeron sus colectividades. En Castilla, las operaciones contra los campesinos fueron dirigidas por el famoso general comunista El Campesino (Valentín González). Según César M. Lorenzo [21], este sobrepasó a Líster en crueldad. De nuevo hubo centenares de campesinos asesinados y pueblos incendiados, pero la CNT reaccionó militarmente contra esta agresión y puso fin a la expedición de El Campesino.

El NKVD en acción. En la España de 1937, el NKVD se había convertido en una especie de oficina aneja al ministerio del Interior, bajo el nombre de «Grupo de Información». Los agentes comunistas controlaban además la Dirección de Seguridad. En la primavera y verano de 1937 el servicio de Alfredo Hertz conoció su período de mayor actividad. Julián Gorkín calificó al propio Hertz como «uno de los grandes maestros de los interrogatorios y de las ejecuciones». Con él «trabajaba» Hubert von Ranke [22], que había sido contratado por Ernö Gerö en 1930. Durante algún tiempo fue comisario político del batallón Thaelmann de las Brigadas Internacionales y luego se encargó de la vigilancia de los extranjeros de lengua alemana. Esta debió de ser la razón de que detuviera a Erwin Wolf, quien desapareció poco después de ser liberado.

Detenida el 11 de septiembre por dos miembros del Grupo de Información, Katia Landau ha dado testimonio de los métodos de von Ranke: «Uno de los agentes más innobles de la GPU, Moritz Bressler, alias von Ranke, redujo toda la acusación al mínimo. Él y su mujer, Seppl Kapalanz, mandaron arrestar a un camarada, sospechoso de saber dónde se encontraba Kurt Landau. «"Si no me da su dirección", decían, "no saldrá jamás de la prisión. Es un enemigo del Frente Popular y de Stalin. En cuanto sepamos dónde vive, iremos a matarle"» [23].

En la noche del 9 de abril de 1937, un joven desconocido, Marc Rein, vinculado a los movimientos de extrema izquierda noruega y alemana, desapareció de la habitación de su hotel en Barcelona. Algunos días más tarde, sus amigos se dieron cuenta de su desaparición y alertaron a la opinión pública.

[21] *Les Anarchistes espagnols et le pouvoir, 1869-1969*, Le Seuil, 1969. C. Lorenzo señala también que centenares de anarquistas fueron asesinados en el frente.

[22] Pierre Broué, *op. cit.*, pág 178.

[23] Katia Landau, *op. cit.* Acusado por unos militantes cuya sinceridad era indiscutible, Hubert von Ranke decidió romper con el servicio Alfredo Hertz. Refugiado en Francia y viviendo en la clandestinidad para huir de sus antiguos colegas, participó en la resistencia.

Marc Rein era hijo de Rafael Abramovich, exiliado ruso dirigente de la II Internacional. La importancia de la víctima y el interés de sus amigos y de su familia por conocer la verdad de su suerte produjeron una gran conmoción en el extranjero y mucha incomodidad en la España republicana. El Gobierno español se vio obligado a encargar una investigación a uno de sus agentes de información, que acabó señalando al servicio Alfredo Hertz como el responsable de la desaparición. El pulso entre la policía del NKVD y el Gobierno fue tal que, el 9 de julio de 1937, el secretario de Estado próximo al ministro del Interior provocó delante de testigos un careo entre su agente de información (SSI 29) y los camaradas Hertz y Gómez Emperador. El propio agente SSI 29 fue detenido a la mañana siguiente por el servicio de Hertz. Sin embargo, el servicio secreto para el que trabajaba seguía siendo lo bastante poderoso como para mandar que le liberaran. En 1938, SSI 29, cuyo verdadero nombre era Laurencic, fue descubierto y detenido por los franquistas, denunciado ante un tribunal militar y ¡ejecutado como agente del NKVD!

El asunto Rein, cuyo verdadero desenlace nunca se llegó a conocer —en la actualidad sigue sin saberse qué fue de él—, consiguió poner fin, en julio de 1937, a las actividades demasiado llamativas de Alfredo Hertz y de Gómez Emperador: sus servicios fueron disueltos y creados de nuevo bajo la dirección de Victorio Sala. El 15 de agosto, el ministro de Defensa, el socialista Indalecio Prieto, creó el Servicio de Investigación Militar (SIM), que reagrupaba a todos los servicios de vigilancia política y de contraespionaje. Muy pronto, el SIM contó con 6.000 agentes. Muchos de los «técnicos» del servicio Hertz pasaron al SIM. En 1939, Prieto declaró que el SIM, en principio destinado al contraespionaje, había sido creado por instigación de los soviéticos, y que muy pronto, a pesar de las precauciones tomadas [24] (el servicio estaba dirigido al principio por un amigo del ministro), los comunistas se habían adueñado de él y lo habían utilizado para sus fines. Bajo las presiones soviéticas y comunistas, Prieto fue apartado del Gobierno el 5 de abril de 1938.

Julián Gorkín ha descrito las actividades del SIM: «Detiene a diestro y siniestro siguiendo su capricho u obedeciendo al plan de represalias políticas del NKVD. El «sospechoso» es encarcelado y se instruye su proceso (...). El SIM conserva los informes durante meses y meses, con el pretexto de completar la información. Y el SIM, terror de magistrados y abogados, se interpone si el juez está convencido de la inocencia del prisionero» [25].

Antiguo mecánico, el comunista suizo Rudolf Frei, que había cursado estudios en el colegio leninista internacional de Moscú en los años 1931 y 1932, había sido encargado de organizar desde Basilea el traslado de los voluntarios

[24] Indalecio Prieto, *Comment et pourquoi je suis sorti du ministère de la Défense*, París, 1939. Ramón Rufat, en su libro *Espions de la République* (Allia, 1990), precisa sobre el SIM: «Su misión no tuvo nada que ver, contrariamente a la intención inicial, con los trabajos en el interior de la zona rebelde. Fue, de hecho, encargado de la seguridad y el contraespionaje en la zona republicana, en la retaguardia».

[25] Julián Gorkín, *op. cit.*, pág. 170.

a España. A petición propia, partió a España a finales de 1937 y se convirtió en el responsable del servicio de control del SIM, encargado especialmente de «seguir» a los suizos [26]. A partir de la primavera de 1938, muchos de los antifascistas encarcelados en las prisiones controladas por los comunistas fueron llevados al frente y obligados a realizar, en compañía de prisioneros franquistas, trabajos forzados de fortificación y de otro tipo, en condiciones muy duras, sin comida, sin cuidados y bajo la amenaza constante de los disparos comunistas.

Uno de los supervivientes que consiguió escapar, Karl Bräuning, miembro de un grupo comunista alemán disidente, les contó a algunos amigos suyos en diciembre de 1939, seis meses después de finalizar su calvario: «Lo que hemos vivido desde julio es espantoso y cruel. Las imágenes de *La casa de los muertos* de Dostoyevsky no son más que pálidas imitaciones. (...) Por no hablar del hambre que pasábamos, que rayaba en el delirio. Estoy reducido a la mitad. Solo soy piel y huesos. Y, por si fuera poco, enfermo y sin fuerzas. En este estado desaparece la frontera entre el hombre y el animal. Se alcanza el primer grado de la barbarie. Al fascismo le queda todavía mucho que aprender de estos bandidos e incluso puede darse el lujo de presentarse como el portador de la Cultura. Probablemente habían señalado en nuestros informes "aniquilar físicamente por los medios legales". Es lo que han intentado hasta el final» [27].

Un «proceso de Moscú» en Barcelona. A pesar de sus reestructuraciones y de sus operaciones de infiltración y de camuflaje, el NKVD encontró algunos obstáculos: después de la salvaje represión de la que había sido víctima, el POUM recibió el apoyo de diversos grupos revolucionarios, que formaron en Francia una asociación en defensa de los revolucionarios encarcelados en la España republicana. La acción pública se oponía así a las tenebrosas y criminales maniobras de los soviéticos. En total, tres delegaciones acudieron a investigar sobre el terreno. En noviembre de 1937, la tercera, dirigida por John MacGovern, miembro del Independent Labour Party, y el profesor Félicien Challaye, pudo visitar las prisiones de Barcelona, en especial la cárcel Modelo, donde se hallaban internados 500 antifascistas, y recogió sus testimonios sobre los malos tratos sufridos. MacGovern y Challaye consiguieron la liberación de una docena de prisioneros. Incluso intentaron introducirse en la prisión secreta del NKVD, situada en la plaza Junta, pero fue en vano. A pesar del apoyo del ministro de Justicia Manuel de Irujo, no lo lograron. MacGovern concluyó: «La máscara ha caído. Hemos descorrido el velo y

[26] Peter Huber, «Die Ermordung des Ignaz Reiss in der Schweiz (1937) und die Verhastung dissidenter Schweizer Spanienkämpfer durch den Geheimapparat der Komintern», en *Kommunisten verfolgen Kommunisten*, Berlín, Akademie Verlag, 1993, págs. 68-86.

[27] Carta de Karl Bräuning, citada por Patrik von Zur Mühlen, *op. cit.*

mostrado dónde residía el verdadero poder. Los ministros querían, pero no podían»[28].

Entre el 11 y el 22 de octubre de 1938, los miembros del comité ejecutivo del POUM —Gorkín, Andrade, Gironella, Rovira, Arquer, Rebull, Bonet, Escuder— fueron citados ante el tribunal especial para un proceso inspirado en los organizados en Moscú. En efecto, este proceso tenía también como fin reafirmar la credibilidad de las acusaciones dirigidas en la URSS contra los opositores reagrupados bajo el término general de «trotskistas». Pero estos militantes recurrieron todos los aspectos principales de la acusación. André Gide, Georges Duhamel, Roger Martin du Gard, François Mauriac y Paul Rivet, enviaron un telegrama a Juan Negrín pidiendo que los acusados se beneficiaran de todas las garantías jurídicas. Al basarse la acusación en confesiones arrancadas bajo tortura, el proceso derivó en la confusión de los acusadores. Si bien no se pronunció ninguna de las penas de muerte exigidas por la prensa comunista[29], el 2 de noviembre los militantes del POUM fueron condenados a quince años de prisión (excepto Jordi Arquer, que fue condenado a once años, y David Rey, que fue absuelto) por haber «afirmado falsamente en el periódico *La Batalla* que el Gobierno de la República está a las órdenes de Moscú y persigue a todos aquellos que no se someten a las órdenes de este último», pues fue considerado como una confesión.

Cuando en marzo de 1939 la caída de la República era un hecho consumado, el último responsable del SIM intentó entregar los condenados a Franco para que los fusilara, apoyándose así en los enemigos de la República para terminar la siniestra tarea que los mismos agentes del NKVD no habían podido acabar. Por suerte, los supervivientes del comité ejecutivo del POUM consiguieron escapar.

En las Brigadas internacionales. El eco que produjo en el mundo la lucha de los republicanos fue tal, que numerosos voluntarios decidieron de forma espontánea ir a España para luchar contra los franquistas, uniéndose a las milicias o a las columnas de las organizaciones con las que simpatizaban. Pero las Brigadas internacionales, al haber sido creadas a iniciativa de Moscú, constituyeron un auténtico ejército comunista[30], si bien no solo estuvieran forma-

[28] «La Terreur communiste en Espagne», *La Révolution prolétarienne,* núm. 263, 25 de enero de 1938.

[29] El 8 de febrero, en *L'Humanité,* Marcel Cachin cuenta la apertura del proceso contra N. Bujarin y sus compañeros: «¡Si se prueba y se confiesa el crimen, que nadie se extrañe de la firmeza de los jueces! *Que se piense más bien en imitar la vigilancia de los magistrados soviéticos* contra los saboteadores y traidores a la patria. *Nuestros amigos españoles comprenden lo que queremos decir*».

[30] En febrero de 1938, Jef Last escribió: «El Partido Comunista tenía su mayor fuerza en las Brigadas internacionales, donde tenía a su disposición a casi todos los oficiales y comisarios políticos». *Cf. Lettres d'Espagne, op. cit.,* pág. 39. Los estudios recientes llevados a cabo por los historiadores confirman esta opinión.

das por comunistas. Además, hay que distinguir entre los verdaderos combatientes que fueron al frente y los hombres del aparato, que, a pesar de pertenecer formalmente a las Brigadas, no fueron a los campos de batalla. Pues la historia de las Brigadas no se reduce solo a los heroicos combates de los brigadistas.

Las Brigadas aumentaron considerablemente durante el otoño y el invierno de 1936. Decenas de miles de voluntarios acudieron de todas las partes del mundo. Los comunistas no podían aceptarlos sin ningún control. Al principio se limitaron a impedir que se produjera cualquier infiltración de agentes dobles, franquistas, nazis u otros. Pero poco después, coincidiendo con el inicio del gran terror en la URSS, los comunistas empezaron a comprobar la ortodoxia de todos sus voluntarios. Los servicios de los mandos de los diferentes partidos comunistas recibieron la orden de emprender «la lucha contra la provocación», es decir, de apartar a cualquier elemento disidente, crítico e indisciplinado. Incluso trataron de controlar el reclutamiento fuera de España: la policía de Zurich descubrió en la casa del comunista alemán Alfred Adolph una lista de voluntarios indeseables, según los agentes soviéticos que estaban en España. En un documento del comité ejecutivo de la Komintern, fechado en otoño de 1937, se indica que hay que liberar a las Brigadas de elementos políticamente dudosos, «vigilar la selección de voluntarios para evitar que se introduzcan en las Brigadas agentes de los servicios de información y espías fascistas y trotskistas»[31]. Es muy significativo que todos los informes personales de los brigadistas, en los que se incluyen anotaciones de carácter político, se encuentren en los archivos de la Komintern en Moscú. Decenas de miles de informes...

Llegado a España en agosto de 1936 como delegado de la Komintern en el Gobierno republicano, el francés André Marty, miembro del Buró político del PCF y secretario de la Komintern, fue el «jefe» oficial de la base de Albacete, donde se organizaban las Brigadas internacionales. Paralelamente a las Brigadas, los comunistas formaron el Quinto Regimiento, dirigido por Enrique Líster, que había vivido en la URSS desde 1932 y había sido formado en la Academia Militar Frunzé. Por supuesto, el SIM estuvo también presente en Albacete.

En la actualidad, todavía se halla sujeta a controversia la magnitud de las eliminaciones llevadas a cabo en las Brigadas internacionales. Algunos se conforman con negar la responsabilidad de Marty a pesar de algunos testimonios abrumadores, otros justifican las ejecuciones. El Campesino explicaría: «Probablemente se vio obligado a desembarazarse de elementos peligrosos. *Es innegable* que mandó ejecutar a algunos, pero se trataba de individuos que habían desertado, asesinado o traicionado»[32]. El testimonio de Gustav Regler, que fue comisario adjunto de la 12.ª Brigada, confirma estos métodos:

[31] Peter Huber, *art. cit.*

[32] El Campesino, *Jusqu'à la mort. Memoires,* Albin Michel, 1978.

en el transcurso de una batalla cerca de El Escorial, dos voluntarios anarquistas flaquearon; Regler mandó detenerlos y propuso enviarlos a un sanatorio. Informó a Marty, y este decidió enviarles a Alcalá de Henares. Regler no supo hasta mucho más tarde que no se trataba de un sanatorio, sino de un lugar en el que se albergaba un destacamento ruso encargado de las ejecuciones[33]. En una nota firmada por su propia mano, encontrada en los archivos de Moscú, Marty explica al comité central del PCE: «También lamento que me devuelvan a Albacete a los espías y a los fascistas enviados a Valencia para ser eliminados. Ustedes saben muy bien que las Brigadas internacionales no pueden hacerlo aquí por sí mismas, en Albacete»[34]. Se entiende perfectamente que no fuera nada fácil ejecutar a «espías» o a «fascistas» justo en medio de una base militar. Se desconocen los nombres de las personas a las que Marty calificaba de espías o fascistas. En todo caso, prefería que el trabajo sucio lo hicieran otros en otra parte, lo que no atenúa en nada su responsabilidad moral.

Una reciente película[35] narra la ejecución, en noviembre de 1937, de Erich Frommelt, miembro del batallón Thaelmann de la 12.ª Brigada, condenado a muerte por deserción a las 23.15 y ejecutado al día siguiente a las 16.45. Oficialmente, Frommelt fue dado por muerto en la batalla de Teruel. Semejante hipocresía invita a preguntarse sobre este tipo de «desertores». El brigadista francés Roger Codou, que tuvo oportunidad de consultar los informes de las prisiones de las Brigadas, comprobó que había muchos «muertos por hidrocución», lo que según él, enmascara ejecuciones sumarias. Había dos prisiones reservadas a los brigadistas: una en el barrio de Horta en Barcelona (en la que había 625 internados en 1937) y la otra en Castellón de la Plana. Es difícil calcular el número de brigadistas eliminados. Julián Gorkín acusa a André Marty de ser el «responsable directo» de cerca de 500 ejecuciones de «miembros indisciplinados o simplemente sospechosos de «oposicionismo»[36].

Llegado desde Glasgow, Robert Martin atestigua las frecuentes detenciones que se producían en Albacete. Él mismo fue detenido y estuvo en una celda con otros 70 brigadistas combatientes, entre los que se encontraban algunos heridos. Los prisioneros realizaron una huelga de hambre en protesta por las penosas condiciones de su encarcelamiento. Aunque había sido anunciada su liberación, todos ellos fueron conducidos en pequeños grupos a Barcelona. Robert Martin y sus camaradas fueron llevados al hotel Falcón, la antigua sede del POUM transformada en prisión, y luego a la calle Corsiga, donde les fotografiaron y se les tomaron las huellas. Martin, que se evadió de

[33] Gustav Regler, *Le Glaive et le Fourreau,* Plon, 1960.

[34] Arch. CRCEDHC 545.6.1034; nota citada por R. Skutelsky, «André Marty et les Brigades internationales», en *Cahiers d'histoires,* 2.º trimestre de 1997.

[35] Ute Bönnen y Gerald Endres, *Internacional Brigaden. Freiwillige in spanischen Bürgerkrieg,* SDR/Arte, 1996.

[36] Julián Gorkín, *op. cit.,* pág. 82.

milagro, llegó a Francia, ignorando la suerte que habían corrido sus compañeros[37].

El socialdemócrata Max Reventlow informa que, durante la retirada de los republicanos ante el avance de los franquistas hacia el Mediterráneo, las Brigadas se llevaron consigo al menos a 650 prisioneros. Al llegar a Cataluña, fueron internados en Horta y Castellón, dos prisiones dirigidas por el croata Copic, quien, nada más llegar los prisioneros, mandó fusilar a 16. En estas prisiones, una comisión dictaba las condenas de muerte sin la menor intervención de la justicia: 50 prisioneros fueron condenados a ser fusilados, como consecuencia de la evasión de 50 detenidos. El uso de la tortura era algo generalizado: el teniente alemán Hans Rudolph fue torturado durante seis días: después de haberle roto los brazos y las piernas, y de haberle arrancado las uñas, fue ejecutado el 14 de junio de 1938, junto con otros seis detenidos, de un tiro en la nuca. Más tarde, Copic compareció ante la justicia por espionaje y salvó la vida gracias a las intervenciones conjuntas de su hermano, el coronel Vladimir Copic, de Luigi Longo y de André Marty[38].

El diputado comunista alemán Hans Beimler había conseguido evadirse de Dachau matando a un miembro de las SS, y una vez en España, había participado en la organización del batallón Thaelmann. Le mataron el 1 de diciembre de 1936 en Palacete. Gustav Regler afirmó que Beimler había sido víctima de una bala franquista. Versión desmentida por Antonia Stern, la novia de Beimler, a la que requisaron todos sus documentos y expulsaron de España: sostenía que Beimler había criticado el primer proceso de Moscú y además había iniciado relaciones con los antiguos dirigentes del KPD Arkadi Maslow y Ruth Fischer, que dirigían un grupo opositor en París. Basándose en un informe del servicio secreto de Inteligencia, departamento especial de la policía catalana que disponía de informadores entre las filas comunistas, Pierre Broué se inclina por el asesinato[39].

Las Brigadas internacionales atrajeron hacia sus filas a muchos hombres y mujeres impulsados por un ideal, por un espíritu de solidaridad y de generosidad por el cual estaban dispuestos a sacrificarse. Una vez más, Stalin y sus servicios se aprovecharon cínicamente de este impulso, antes de abandonar a España (y a las Brigadas) a su triste suerte: Stalin preparaba ya su acercamiento a Hitler.

El exilio y la muerte en la «patria de los proletarios». Después de la derrota republicana, en marzo de 1939 se creó en París un comité presidido por Togliatti para seleccionar a los españoles que irían a la «patria de los

[37] *La Révolution prolétarienne,* 25 de octubre de 1937.

[38] Rolf Reventlow, *Spanien in diesem Jarhundert,* Europa-Verlag, 1969.

[39] Pierre Broué, *op. cit.,* págs. 180 y 185, y Julián Gorkín, *op. cit.,* pág. 175.

proletarios». El Campesino habló de las condiciones de su marcha a la URSS [40]: el 14 de mayo de 1939 salió de El Havre a bordo del *Siberia*, acompañado de otras 350 personas, entre las que se encontraban algunos miembros del Buró político y del comité central del PCE, diputados comunistas, los comandantes del Quinto Regimiento y unos 30 jefes de las Brigadas. Una vez allí participó en la reconstitución del comité central bajo la égida del NKVD. Este nuevo comité tuvo como función el control de los 3.961 refugiados españoles, que muy pronto fueron divididos en dieciocho grupos y enviados a diferentes ciudades. Desde el exilio, la mayoría de los dirigentes espiaban y denunciaban a sus compatriotas. Ese fue el caso del ex secretario del comité del PCE de Jaén, que hizo detener a la mitad del grupo español de Jarkov, y también el de Cortina, que hizo deportar a Siberia a numerosos inválidos. Expulsado de la Academia Militar Frunzé por «trotskista», El Campesino empezó a trabajar en el metro de Moscú en marzo de 1941. Más tarde fue deportado a Uzbekistán y luego a Siberia, y en 1948 consiguió huir a Irán.

José Díaz, el secretario general del PCE, murió el 19 de marzo de 1942 en Tiflis al caer del cuarto piso de su casa en el preciso momento en el que ni su mujer ni su hija se encontraban allí. Como muchos de sus compatriotas, El Campesino estaba convencido de que fue un asesinato. La víspera de su muerte, Díaz había estado trabajando en un libro en el que contaba sus experiencias. Parecía desengañado: poco antes, había enviado a las autoridades unas cartas en las que protestaba por el trato infligido a los niños de la colonia de Tiflis.

Durante la guerra civil, miles de niños españoles de cinco a doce años habían sido enviados a la URSS [41]. Sus condiciones de vida cambiaron tras la derrota de los republicanos. En 1939, los maestros españoles fueron acusados de «trotskismo» y, según El Campesino, el 60 por 100 fue detenido y encarcelado en la Lubianka, y el resto fue enviado a trabajar a las fábricas. Una joven maestra fue torturada durante más de veinte meses antes de ser fusilada. A partir de entonces, los niños conocieron una suerte muy poco envidiable, pues las colonias empezaron a ser dirigidas por los soviéticos. Especialmente indisciplinados, los de Kaluga fueron sometidos a la omnipotente autoridad de Juan Modesto —un general formado en el Quinto Regimiento— y de Líster [42]. En 1941, según Jesús Hernández, el 50 por 100 estaban tuberculosos, y 750 (es decir, el 15 por 100) murieron antes del éxodo de 1941. Los adolescentes fueron a parar a los Urales y a Siberia central, sobre todo a Kokand. Formaron bandas de delincuentes y las chicas se prostituyeron. Algunos se

[40] Général «El Campesino», *La vie et la mort en URSS (1939-1949)*, Les Îles d'or, 1950.

[41] David W. Pike calcula que en total llegaron a la URSS 6.000 españoles. Cerca de 2.000 eran niños acompañados por 102 maestros. *Cf.* «Les républicains espagnols incarcérés en URSS dans les années quarante», *Matériaux pour l'histoire de notre temps*, núms. 4-5, 1985.

[42] Según El Campesino, Líster, borracho, violó a cinco muchachas.

suicidaron. Según Jesús Hernández, de 5.000 niños, 2.000 murieron [43]. En 1947, para celebrar el décimo aniversario de su llegada a la URSS, fueron reunidos 2.000 jóvenes españoles en el teatro Stanislavski de Moscú; 534 de ellos fueron a España en septiembre de 1956. En total, solo 1.500 de ellos regresaron a su país.

Hubo otros españoles que también conocieron «la vida y la muerte en la URSS». Se trataba de marinos y aviadores no comunistas llegados de manera voluntaria para formarse. El Campesino tuvo conocimiento de la suerte que corrieron 218 jóvenes aviadores llegados en 1938 para hacer un cursillo de capacitación de seis o siete meses en Kirovabad. A finales de 1939, el coronel Martínez Cartón, miembro del Buró político del PCE y agente del NKVD, les dio a elegir entre quedarse en la URSS o marcharse al extranjero. Los que eligieron abandonar la URSS fueron enviados a trabajar a las fábricas. El 1 de septiembre de 1939, todos ellos fueron detenidos y se les instruyó un proceso. Algunos fueron torturados, otros ejecutados en la Lubianka y la mayoría condenados a diez o quince años de campo de concentración. Del grupo enviado a Petchoraliev no quedó ningún superviviente. En resumidas cuentas, de estos 218 aviadores, solo media docena sobrevivió.

En 1947, algunos refugiados consiguieron salir de la URSS. Los que se quedaron fueron invitados a firmar el compromiso de permanecer en la URSS. En abril de 1948, José Ester (deportado político en Mauthausen número 64.553) y José Domenech (deportado político en Neuengamme número 40.202) dieron una conferencia de prensa en París en nombre de la Federación Española de Deportados e Internados Políticos, con el fin de hacer públicos los datos reunidos sobre los detenidos del campo número 99 de Karaganda en el Kazajstán, situado al noroeste del lago Balhas. Dieron los nombres de 59 deportados, entre los que se encontraban 24 pilotos y 33 marinos. En un manifiesto con fecha de 1 de marzo de 1948, los dos antiguos deportados justificaron así su actuación: «Es un deber imperioso para nosotros, un imperativo para todos aquellos que han conocido el hambre, el frío y la desolación bajo la dominación inquisitorial de la Gestapo y las SS, y es un deber de todos los ciudadanos para quienes las palabras libertad y derechos humanos tienen un sentido perfectamente establecido por los códigos, el reclamar y exigir, por solidaridad, la liberación de estos hombres sobre los que pesa una amenaza de muerte segura».

Después de la Segunda guerra mundial, los comunistas y sus servicios especiales continuaron eliminando a los opositores. Joan Farré Gasso, un antiguo dirigente del POUM de Lérida, que había participado en la resistencia francesa, fue detenido y encarcelado en Moissac por el régimen de Vichy. Una vez liberado, decidió reunirse con su esposa en un pequeño pueblo de la Ca-

[43] Jesús Hernández, *La Grande Trahison*, Fasquelle, 1953. (Existe versión española: *En el país de la gran mentira*, Madrid, G. del Toro, 1974.)

taluña francesa. En Montauban fue interceptado por guerrilleros comunistas que lo ejecutaron sumariamente [44]. Este asesinato prolongaba el apartado más siniestro de la guerra civil española: el recurso a los asesinatos o a las «eliminaciones» de las que fueron víctimas miles de antifascistas decididos y valerosos. El caso español muestra que es imposible disociar las actuaciones policiales y criminales de los comunistas de la persecución de sus objetivos políticos. Y si bien es cierto que la violencia política y social fue una constante en la España de entreguerras y que la guerra civil permitió dar libre curso a esta violencia, no lo es menos que los soviéticos añadieron a esta violencia la omnipotencia del Partido-Estado, nacido también en la guerra y en la violencia, para alcanzar objetivos determinados por los intereses de la URSS bajo la excusa del antifascismo.

Está claro que, para Stalin y sus hombres de confianza, el objetivo fundamental era conseguir el control del destino de la República. Para conseguirlo, la eliminación de la oposición «de izquierda» —socialistas, anarcosindicalistas, miembros del POUM y trotskistas— era tan importante como derrotar a Franco.

[44] Julián Gorkin, *op. cit.*, pág. 192; René Dazy, *op. cit.*, págs 247-249. *1944, Les Dossiers noirs d'une certaine résistence... Trajectoire du fascisme rouge*, Perpignan, Édition du CES, 1984, libro que trata de la eliminación por los comunistas de la Unión Nacional Española de antifascistas españoles refugiados en Francia.

3
Comunismo y terrorismo

por
Rémi Kauffer

En los años veinte y treinta, el movimiento comunista internacional se concentró en la preparación de insurrecciones armadas, pero todas ellas fracasaron. Abandonó, pues, esta forma de actuar y aprovechó, en los años cuarenta, las guerras de liberación nacional contra el nazismo o el militarismo japonés, y luego, en las años cincuenta y sesenta, las guerras de descolonización, para crear auténticas formaciones militares —los guerrilleros—, guerrillas que se transformaron poco a poco en tropas regulares, en auténticos ejércitos rojos. En Yugoslavia, en China, en Corea del Norte, y luego en Vietnam y en Camboya, esta forma de actuación permitió al Partido Comunista tomar el poder. Sin embargo, el fracaso de las guerrillas en América Latina —a las que se opusieron con éxito las tropas especiales formadas por los estadounidenses— llevó a los comunistas a retomar las acciones llamadas «terroristas», poco utilizadas hasta entonces, a excepción del atentado a la catedral de Sofía en 1924. Es cierto que la diferencia entre el terrorismo puro y la preparación de una eventual insurrección armada es muy relativa —a menudo son los mismos hombres los que realizan ambas tareas, aunque sean diferentes—. Además, estas formas de actuación no se excluyen entre sí. Muchos movimientos de liberación nacional, según la terminología en vigor, combinaron de buen grado terrorismo y guerrilla en su acción armada, como, por ejemplo, el Frente de Liberación Nacional y el Ejército de Liberación Nacional en Argelia.

El caso argelino es interesante en la medida en que los partidarios de la Argelia francesa veían en la insurrección nacionalista el resultado directo de las maniobras urdidas en Moscú, encontrando una confirmación suplementaria a esta tesis en el hecho —debidamente probado— de que durante la batalla de Argel (1956-1957) el Partido Comunista Argelino había suministrado al jefe del FLN de la capital, Yacef Saadi, sus mejores especialistas en explosivos.

¿Significaba esto la sumisión del movimiento nacionalista al comunismo? De hecho, fue todo lo contrario, el PCA se vio obligado a someterse al yugo del FLN. Para los demás países, este último se beneficiaba claramente de un apoyo político de la URSS. Sin embargo, a excepción de algunas operaciones muy limitadas de los servicios especiales, Moscú tuvo mucho cuidado de no implicarse directamente en el conflicto con Francia. Del suministro de armas al FLN se ocupaba el Egipto de Nasser, la Yugoslavia de Tito y, por parte del bloque del Este, Checoslovaquia, que actuaba «por delegación» (bastantes mandos del FLN también fueron instruidos en Praga en técnicas desarrolladas en la clandestinidad). Los soviéticos habían decidido mantenerse alejados. ¿Quizá porque presentían que la futura Argelia sería políticamente afín a ellos pero que trataría de mantener su independencia? El hecho es que los servicios especiales de Moscú nunca tuvieron derecho a controlar lo más sagrado del nuevo régimen, la seguridad militar, como hicieron con la DGI cubana.

El caso irlandés es otro ejemplo de la prudencia soviética con respecto a los movimientos nacionalistas más difíciles. Patrimonio del IRA (el Irish Republican Army, fue fundado en Dublín durante la fracasada insurrección de Pascua de 1916), el «republicanismo» seguía siendo una forma de pensar bastante específica de Irlanda. Sin olvidar el tema social, el problema nacional (después de 1921, su objetivo principal fue la reunificación de Irlanda arrebatando los seis condados del norte a la Corona británica) constituía el centro de todas sus acciones. Ahora bien, los prosoviéticos oficiales, que formarían en 1933 el Communist Party of Ireland, se alejaron cada vez más de los temas puramente nacionalistas y dieron prioridad a «la lucha de clases».

El IRA quería armas para combatir a los ingleses. En el período de entreguerras, intentó obtenerlas de la URSS. Moscú eludió educadamente sus reiteradas demandas varias veces: no le parecía conveniente armar a un grupo tan independiente, pues se arriesgaba a un conflicto abierto con Gran Bretaña. El hecho de que varios centenares de miembros de la organización clandestina se hubieran alistado a las Brigadas internacionales en España no cambió nada el asunto. En 1939-1940, cuando el IRA emprendió una nueva campaña de atentados con bombas en la misma Inglaterra, su unidad más secreta, compuesta por un pequeño grupo de militantes nacionalistas de confesión protestante y por lo tanto menos sospechosos, fue aniquilada por el aparato comunista, dirigido sobre todo por Betty Sinclair. En toda Europa, grupos de saboteadores, como la red de Ernst Wollweber, estaban preparados para atacar a los barcos alemanes, pero también a los británicos o franceses. Moscú pensó entonces en utilizar al IRA: saboteando algunos barcos de guerra de Su Majestad, la organización clandestina enmascararía al mismo tiempo las operaciones soviéticas contra los ingleses. Sin embargo, la trama acabó fracasando. Moscú empezó a desconfiar de los irlandeses, que estaban dispuestos a cualquier tipo de trato para conseguir el armamento que necesitaban, pero se negaban categóricamente a subordinar su estrategia a la de otros. A inicios de los años setenta, el IRA volvió a tomar las armas (y a menudo los explosivos, su especialidad) contra los británicos después de la revuelta de los ghettos católicos de Irlanda del Norte. Contrariamente a lo que se dice, estas armas o explosivos no provenían ni directa ni indirectamente de la URSS. En realidad, sus principales apoyos se encontraban y se encuentran todavía más allá del Atlántico, en el seno de la comunidad americano-irlandesa, mucho más que en los países del Este.

El apoyo de Moscú no llegaba, por tanto, a todas partes. Pero eso no fue obstáculo para que apoyara ciertas formas de terrorismo en Oriente Medio. Partiendo del análisis de que las organizaciones palestinas representaban un movimiento de liberación nacional comparable al FLN argelino, los soviéticos no tardaron en aprobar públicamente a la OLP de Yasser Arafat y a su principal componente, Al Fatah. Pero el KGB a la vez estaba muy atento a otra tendencia del nacionalismo palestino, el FPLP (Frente Popular para la Liberación de Palestina) del doctor Georges Habache. Declarándose marxista radical, este movimiento bastante bien estructurado organizaba y reivindicaba abiertamente atentados terroristas y secuestros espectaculares de aviones de línea. Iniciada en julio de 1968 con el secuestro de un Boeing de El Al y más tarde en diciembre con el atentado al aeropuerto de Atenas, esta estrategia culminó en 1970, justo antes del aplastamiento de los palestinos por las tropas del rey Hussein de Jordania. En el aeródromo improvisado de Zarka, donde habían sido secuestrados los tres aviones reteniendo a sus pasajeros como rehenes, el FPLP hizo explotar un Boeing de la TWA, un DC-8 de la Swissair y un Viscount VC-10 de la BOAC.

Preocupado por este giro hacia una mayor intensificación del terrorismo, uno de los dirigentes de la organización, Nayef Hawatmeh, decidió escindirse en 1970-1971 para crear el FDPLP (Frente Democrático y Popular para la Liberación de Palestina). En nombre del necesario «trabajo de masas» y del «internacionalismo proletario», su organización, cada vez más en la línea de los comunistas ortodoxos, repudió públicamente el terrorismo que había realizado durante un tiempo. De ese modo, el FDPLP era en principio considerado como el mejor aliado palestino de los comunistas. Pero solo en apariencia, pues paradójicamente el KGB aumentó al mismo tiempo su apoyo al FPLP. Y como siempre hay alguien todavía más extremista, el doctor Habache se vio pronto superado por su brazo derecho y «director de operaciones», Waddi Haddad, un antiguo dentista diplomado en la Universidad americana de Beirut.

El doctor Haddad era un hombre con experiencia. Según Pierre Marion, ex jefe de la DGSE, los servicios especiales franceses, Haddad es el verdadero creador del terrorismo moderno: «Ha ideado las estructuras, ha formado a los principales responsables, ha perfeccionado los métodos de reclutamiento y de formación, y ha refinado las tácticas y las técnicas» [1]. Entre finales de 1973 y principios de 1974, se separó del FPLP para crear su propia organización, el

[1] Pierre Marion, *Mission impossible*, Calmann-Lévy, 1991.

FPLP-Cose (FPLP-Mando de operaciones exteriores), dedicado exclusivamente al terrorismo internacional, mientras que la organización de Habache se esforzaba en realizar simultáneamente varias actividades, como, por ejemplo, los intentos de operaciones guerrilleras contra el ejército israelí y el trabajo de masas en los campos de refugiados palestinos.

Sin embargo, el KGB decidió apoyarle, como lo demuestra su clarísimo mensaje del 23 de abril de 1974, referencia 1071-1/05. Procedía del KGB e iba destinado a Leónidas Brezhnev en persona:

«Desde 1968 el comité para la Seguridad del Estado mantiene contactos clandestinos con Waddi Haddad, miembro del Buró político del FPLP y jefe de las operaciones en el extranjero del FPLP.

»Durante su encuentro el pasado abril con el jefe de la red del KGB en el Líbano, Waddi Haddad expuso confidencialmente el programa de los proyectos de actividades de subversión y terrorismo del FPLP, cuyos principales puntos exponemos a continuación.»

Seguía una lista de objetivos perseguidos, actos terroristas y subversivos en el territorio de Israel, ataques contra los trusts de diamantes, atentados contra los diplomáticos israelíes, sabotajes de instalaciones petrolíferas y de petroleros gigantes en Arabia Saudí, en el Golfo e incluso en Hong Kong.

El KGB explicitaba:

«W. Haddad nos pide que ayudemos a su organización a obtener algunos materiales especiales indispensables para sus actos subversivos. Cooperando con nosotros y pidiendo nuestra ayuda, W. Haddad sabe a ciencia cierta que en principio censuramos el terror y no nos habla de nada que tenga relación con este aspecto de las actividades del FPLP. El carácter de las relaciones con W. Haddad nos permite en cierta medida controlar las actividades del servicio de operaciones en el extranjero del FPLP, ejercer sobre él una influencia ventajosa para la Unión Soviética y realizar en nuestro interés, utilizando las fuerzas de esta organización, operaciones activas respetando a la vez la necesaria colaboración entre ambos».

Un buen ejemplo de lenguaje con doble sentido. La conclusión es evidente: al diablo los principios si se logra perjudicar al adversario sin que este se dé cuenta. Transmitido a Suslov, Podgorny, Kossyguin y Gromyko, el documento se aprobaría el 26 de abril[2].

El mejor alumno de Waddi Haddad resultó ser un joven venezolano, Ilitch Ramírez Sánchez, más conocido bajo el seudónimo de Carlos. Los dos habían sido enviados a trabajar con los supervivientes de un grupo terrorista asiático, el Ejército Rojo Japonés, cuyo itinerario es muy significativo. Creado a finales de los años sesenta, durante la radicalización del movimiento nipón de estudiantes y en pleno auge de la corriente maoísta, el ARJ entró rápidamente en contacto con agentes norcoreanos (la comunidad coreana es muy

[2] El texto completo, cuyos extractos fueron dados a conocer por Paul Quinn, del *Boston Globe*, ha sido publicado en francés por *Les nouvelles de Moscou* (núm. 25, 23 de junio de 1992).

importante en el archipiélago japonés). Estos instruyeron a sus mandos y les suministraron material, pero no lograron impedir que, a principios de los años setenta, se desencadenara una guerra sangrienta entre «desviacionistas» y «ortodoxos». El resultado fue la escisión. Una parte de los mandos del ARJ pasó con todo su material al servicio de los norcoreanos. Refugiados actualmente en Pyongyang, se hacen pasar por hombres de negocios y por intermediarios con Occidente. La otra parte decidió internacionalizar aún más sus actividades. Se puso del lado de Waddi Haddad. De ese modo, tres miembros del ARJ fueron los que, por cuenta del FPLP, perpetraron la matanza del aeropuerto de Lod-Tel-Aviv en mayo de 1972, en la que hubo 28 muertos.

El hecho de que el FPLP-Cose trabajara en colaboración con el banquero nazi suizo François Genoud, como ha revelado Pierre Péan en *L'Extrémiste* basándose en las declaraciones de este, no molestaba en absoluto al KGB[3], que no veía ningún inconveniente en el espectacular desarrollo de las actividades de Carlos, primero por cuenta del FPLP-Cose y luego por cuenta de su propia organización.

Carlos: relaciones con unos quince servicios secretos de los países árabes y de los países del Este.

Según su propia declaración ante el juez Bruguière, Ilitch Ramírez Sánchez, hijo de un abogado venezolano gran admirador de Lenin (sus tres hijos se llamaron sucesivamente Vladimir, Ilitch y Ulianov), se reunió por vez primera en 1969 con un miembro del FPLP, Rifaat Abul Aun. El futuro Carlos se aburría mucho en la universidad de Moscú estudiando marxismo-leninismo y física y química. Decepcionado por el escaso activismo de los partidos comunistas latinoamericanos, Carlos se trasladó a Jordania y se afilió al FPLP-Cose. Después de un período de formación, comienza a operar a principios de 1971, desplazándose sin problemas por los países de Europa Occidental gracias a su don de gentes y a su posición acomodada y cometiendo atentados espectaculares y homicidas.

El 27 de junio de 1975, Carlos mató en París a dos policías de la Dirección de Vigilancia del Territorio e hirió gravemente a otro. En diciembre dirigió un comando que asaltó los locales vieneses de la OPEP, (Organización de Países Exportadores de Petróleo). El resultado fueron tres muertos y un billete de avión para Argel. Junto con algunos miembros de su equipo, alemanes procedentes de un movimiento de izquierda radical, las Células Revolucionarias, dirigidas por Johannes Weinrich, se desplaza a Libia, al Yemen, a Irak, a Yugoslavia, y sobre todo a

[3] Pierre Péan, *L'Extrémiste*, Fayard, 1996.

la RDA, donde los servicios del MfS (Ministerium für Staatssicherheit, es decir, ministerio de la Seguridad del Estado o más familiarmente Stasi) están constantemente atentos a este extremista capaz de realizar las acciones más osadas.

Separat será el nombre secreto de su organización dentro de la Stasi. En 1980, el general Erich Mielke, jefe de la Stasi, recibe un informe confidencial titulado «Proyecto sobre el modo de actuar del MfS en el tratamiento y control del grupo Carlos». Según Bernard Violet, autor de una biografía muy documentada[4], «Weinrich y Kopp [adjunto y compañera de Carlos, respectivamente] no son agentes de la Stasi propiamente dichos. No realizan ninguna misión para ella y no son remunerados por entregar información a la RDA. En cambio son el contacto obligado entre los servicios especiales de Alemania Oriental y los otros miembros del grupo». Y, después de nombrar a sus sucesivos «contactos» de Alemania Oriental, los coroneles Harry Dahl, Hörst Franz, Günter Jäckel y Helmut Voigt, añade que «Carlos no ignora las relaciones de sus dos amigos con estos mismos servicios».

Esto no impide al interesado entablar estrechos contactos con los rumanos o importunar a la Seguridad del Estado húngara dada su propensión a considerar Budapest como retaguardia. Su grupo, rebautizado Organización de la Lucha Armada de la Liberación Árabe (o brazo armado), multiplica los atentados homicidas. Así, el coronel Voigt, de la Stasi, hace responsable en buena parte al Separat del atentado del 25 de agosto de 1983 contra la Casa de Francia de Berlín oeste (dos muertos), cometido, según él, por otro grupo terrorista relacionado con el bloque del Este y con base en Beirut, el ASALA (Ejército Secreto para la Liberación de Armenia).

Puede parecer extraño que el MfS haya mostrado tanta indulgencia hacia las operaciones de su protegido sin obtener a cambio algún beneficio. La decisión había sido tomada por las más altas instancias de la Stasi. Se ha dicho, pero esta interpretación psicológica no ha sido demostrada, que Erich Mielke, jefe de los grupos de combate del KPD antes de la guerra e inculpado del asesinato de dos policías en Berlín, se sentía identificado con la personalidad del terrorista venezolano así como con la de los miembros de la «Banda Baader». Probablemente haya que ir más allá para encontrar una relación más «objetiva» entre los grupos vinculados con el terrorismo internacional y el MfS. Ni Mielke ni los dirigentes de Alemania Oriental han demostrado tener una sensibilidad romántico-revolucionaria. Si el grupo Carlos mantuvo continuas relaciones con unos quince servicios secretos de los países socialistas y del mundo árabe, no fue por casualidad.

[4] Bernard Violet, *Carlos*, Le Seuil, 1996.

Los países comunistas no solo se mostraron indulgentes con Carlos, sino también con otros extremistas de Oriente Medio. Violentamente hostiles a Yasser Arafat y a la OLP, Abu Nidal y su Fatah-Conseil revolucionario, primero al servicio de los iraquíes y luego al de los sirios, se beneficiaron también de esta indulgencia, pero en menor grado —se les consideraba menos controlables—. En cualquier caso, su jefe pudo ser intervenido quirúrgicamente en secreto al otro lado del telón de acero.

Otra implicación directa de los países del Este en el terrorismo internacional moderno es la manipulación de la Rote Armee Fraktion (RAF, llamada «Banda Baader» en la prensa) en Alemania. Nacida de la protesta estudiantil, esta pequeña organización, que contaba con unos cincuenta miembros directamente activos y con un grupo de apoyo de cerca de un millar de personas, se dedicó durante los años setenta a realizar un terrorismo abierto que apuntaba sobre todo a los intereses americanos. Después de 1977 y del asesinato de Hans Martin Schleyer, su «jefe supremo» en Alemania Occidental, y tras la muerte en prisión de sus dirigentes Ulrike Meinhof y Andreas Baader, encontró refugio al otro lado del muro de Berlín mediante una subordinación cada vez mayor a la Stasi, de la que en cierta medida se había convertido en un brazo armado secreto. Después de la caída del muro y de la reunificación alemana, sus últimos supervivientes fueron detenidos en el Este, donde vivían.

La manipulación de las guerrillas y de los grupos terroristas no siempre es fácil. Requiere mucho tacto y una gran capacidad política. Tal vez por esa razón en 1969-1970 el KGB, en la persona de uno de sus más brillantes acólitos, Oleg Maximivitch Nechiporenko, decidió, con la ayuda de los norcoreanos, crear un movimiento a sus órdenes, el Movimiento de Acción Revolucionaria (MAR), el cual sería desmantelado por la policía mejicana en 1971[5]. Seguramente, el objetivo de una maniobra tan osada era protegerse de los afanes de emulación, las indisciplinas y otras arriesgadas iniciativas de los grupos castristas y paramaoístas. Algunos de ellos se les fueron de las manos a sus supuestos mentores. El FRAP español (Frente Revolucionario Antifascista y Patriótico), que flirteó durante un tiempo con los chinos y, a principios de los años setenta, con los albaneses, con la esperanza, que resultó ser vana, de obtener armas, más tarde se separaría para crear los GRAPO (Grupos de Resistencia Antifascista Primero de Octubre). En cuanto al Sendero Luminoso peruano de Abimael Guzmán, aunque en su orígenes defendió el maoísmo puro y duro, sobre todo la «guerra popular prolongada», profesaba un profundo desprecio a Deng Xiaoping y a los nuevos dirigentes de Pekín. Incluso intentó atacar la embajada china en Lima en diciembre de 1983.

En muy pocos casos —pues el riesgo era demasiado grande en la época moderna—, los países comunistas realizaron directamente atentados terroristas a través de sus servicios especiales. Esto fue lo que ocurrió en noviembre de 1987 cuando dos agentes norcoreanos, Kim Seung-Il, un antiguo mando

[5] John Barron, *KGB*, Bruselas, 1975, Éditions Elsevier Séquoia, prefacio de Robert Conquest.

experimentado, y Kim Hyuon-Hee, una joven formada durante tres años en la Academia Militar de Keumsung, dejaron en el aeropuerto de Abu Dhabi un transistor-bomba a bordo de un aparato de la Korean Air (línea surcoreana) que se dirigía a Bangkok. La explosión provocó la muerte de 115 personas. Descubierto, Kim Seung-Il se suicidó, mientras que Kim Hyuon-Hee reconoció su culpabilidad tras ser detenida e incluso escribió un libro, pero aún es demasiado pronto para juzgar si lo que cuenta en él es verdadero o falso[6]. En todos los casos la realidad se impone: en 1997, Corea del Norte es probablemente el único país comunista que practica de forma sistemática el terrorismo de Estado.

[6] Kim Hyuon-Hee, *Dans la fosse aux tigres*, Presses de la Cité, 1994.

TERCERA PARTE

LA OTRA EUROPA VÍCTIMA DEL COMUNISMO

por
Andrzej Paczkowski y Karel Bartosek

Traducción: M.ª Victoria Esteban-Infantes

1
POLONIA, LA «NACIÓN-ENEMIGO»

por
ANDRZEJ PACZKOWSKI

LAS REPRESIONES SOVIÉTICAS CONTRA LOS POLACOS. Es probable que el pueblo polaco se cuente entre los más probados (castigados) por las represiones llevadas a cabo por las autoridades soviéticas, y ello a pesar de que fue un polaco, Feliks Dzerzhinsky, el organizador del aparato de terror soviético, y de la participación de numerosos compatriotas en los cuadros directivos de sus «órganos», ya sea la Vecheka, la GPU o el NKVD. Los orígenes de este «privilegio» —esta condición de nación-enemigo— son múltiples. Por una parte están, evidentemente, los mecanismos propios del funcionamiento del aparato represivo soviético, pero igualmente entró en juego la ya tradicional hostilidad entre las dos naciones, anclada tanto en el pasado histórico como en la desconfianza de los dirigentes soviéticos —en particular de Stalin— hacia Polonia y los polacos. Entre 1777 y 1795 Polonia había sufrido tres «repartos» y cada una de las veces el imperio de los zares se había adjudicado la mejor parte. Hartos de la opresión rusa, los polacos se sublevaron en dos ocasiones, 1830 y 1863, pero cada vez fueron severamente aplastados. Desde aquel momento, la nobleza y el clero católico fueron el alma del patriotismo y la resistencia frente a la ocupación extranjera, tanto rusa como prusiana. La guerra de 1914 y el desmoronamiento casi simultáneo de los tres imperios —alemán, ruso y austro-húngaro— que la oprimían desde hacía casi un siglo, son para Polonia la ocasión histórica de renacer como nación independiente. Un ejército de voluntarios, con Jozef Pilsudski a la cabeza, se convierte en el motor y garante de esta nueva independencia, aunque tropieza inmediatamente con la voluntad revolucionaria de Moscú, para el que Varsovia es el cerrojo (de la puerta de la revolución en Alemania) que hay que descorrer si se quiere llevar la revolución a Alemania.

En el verano de 1920, Lenin lanza al Ejército Rojo sobre Varsovia en una audaz maniobra que está a punto de triunfar, pero que la respuesta nacional polaca hizo abortar, obligando a los soviéticos a firmar en 1921 la paz de Riga, favorable a Polonia. Stalin, que por su indisciplina había contribuido al fracaso del Ejército Rojo, no olvidó jamas esta afrenta, ni a quienes le criticaron en esa ocasión por ello: Trotsky, jefe del Ejército Rojo, y el mariscal Tukhatchevski, que estaba a la cabeza de las tropas. Esto explica la desconfianza que desde entonces manifiestan los dirigentes soviéticos —especialmente la de Stalin, como ya se ha dicho— contra Polonia, contra los polacos y contra todos los que habían contribuido a reconquistar la independencia: la nobleza, el ejército y la Iglesia.

Los polacos, fueran o no ciudadanos soviéticos, padecieron todas las etapas del terror estalinista: caza de espías, «deskulakización», persecución antirreligiosa y contra las minorías nacionales, «gran purga», «limpieza» de las regiones fronterizas y de la retaguardia del Ejército Rojo, «pacificaciones» destinadas a favorecer la subida al poder de los comunistas polacos y todas las otras formas que adoptó: campos de trabajos forzados, ejecuciones de prisioneros de guerra, deportaciones masivas de elementos calificados como «socialmente peligrosos»...

El asunto del POW (organización militar polaca) y la «operación polaca» del NKVD (1933-1938). En 1924, cuando tocaba a su fin la repatriación de los polacos llevada a cabo en aplicación de los acuerdos del Tratado de Riga de 1921, aún quedaban en la URSS entre 1.100.000 y 1.200.000 polacos. La mayoría (de 900.000 a 950.000) vivían en Ucrania o Bielorrusia; se trataba, en un 80 por 100, de campesinos instalados allí tras la colonización polaca de los siglos XVII y XVIII. Había también comunidades polacas en grandes ciudades como Kiev o Minsk. Incluso en Rusia, principalmente en Moscú y Leningrado, en Transcaucasia y en Siberia, vivían 200.000 polacos. Entre estos últimos se contaban algunos miles de comunistas exiliados y otros tantos que habían participado en la revolución y la guerra civil del lado de los rojos y no habían regresado a Polonia. El resto lo formaban personas llevadas por la emigración económica que había tenido lugar con el cambio de siglo.

A pesar de la firma del Tratado de paz de Riga y del restablecimiento de relaciones diplomáticas, persistió la tensión entre los dos países. Si se considera el peso de los recuerdos de la guerra polaco-soviética de 1920 así como la fuerza de la teoría de la «fortaleza del proletariado» difundida por los independentistas, no extraña en absoluto la constatación de que se encontraran muchos polacos entre las víctimas de la «caza de espías». Entre los años 1924 y 1929 fueron fusilados varios cientos, aunque solo algunos habían llevado a cabo actividades de espionaje. Durante la lucha del régimen soviético contra la religión, los religiosos católicos sufrieron persecuciones en las que fueron fusilados o desaparecieron varias decenas. Comparado esto con la hecatombe que padeció la Iglesia ortodoxa rusa, esta represión parece poca cosa. No sig-

nificaba menos que la desaparición de una Iglesia que estaba en la base de la vida espiritual y cultural de cientos de millares de campesinos polacos.

Estos campesinos forman parte de las víctimas de la colectivización. Según la clasificación oficial de la época, un 20 por 100 fueron designados como «kulaks», y un poco más, como «bajo kulaks». En Ucrania, la resistencia de los polacos fue muy viva y hubo de ser doblegada por la fuerza. La población de las regiones habitadas por los polacos, atendiendo siempre a informaciones aproximadas, disminuyó, solo durante el año 1933, alrededor del 25 por 100. En Bielorrusia, la colectivización de las explotaciones polacas fue menos brutal.

Sin tener en cuenta la represión de los «espías polacos», la lógica de las oleadas represivas es evidente, puesto que toman el relevo de la lucha de clases (lucha contra la religión, colectivización) tal como se concebía entonces. A la vez que la colectivización, se puso en marcha un nuevo criterio: entre el 15 de agosto y el 15 de septiembre de 1933 las autoridades procedieron a la detención de unos 20 comunistas polacos, la mayoría emigrados, entre ellos a un miembro del Buró político del Partido Comunista Polaco (KPP). Estas detenciones llevaron a otras. Parece que su punto en común era una pretendida pertenencia a «la organización de espionaje y sabotaje POW».

El POW era una organización militar polaca, fundada en 1915 por Jozef Pilsudski para coordinar las actividades secretas dirigidas contra Austria-Hungría y Alemania. Se había encargado entre 1918 y 1920 de misiones de reconocimiento de los territorios que estaban en guerra —la guerra civil—, principalmente Ucrania. Su actividad había cesado definitivamente en 1921. Sus miembros eran mayoritariamente gente de izquierdas, muchos de ellos pertenecientes al Partido Socialista Polaco (PPS), aunque algunos habían roto con el PPS para unirse al Partido Comunista. En 1933, el POW no existía ya, y, a pesar de ello, numerosos polacos fueron detenidos, condenados a muerte y fusilados (entre otros, el conocido poeta vanguardista Witold Wandurski), y otros murieron en prisión, bajo la falsa acusación de pertenecer a él. Los que en esta ocasión fueron indultados, permanecieron presos y los fusilaron durante la «gran purga».

Con el paso de los años, el «asunto del POW» llegaría a alimentar las luchas internas del KPP. La acusación de ser un «provocador del POW» era tan funesta como la de ser «trotskista». Más importante aún: la GPU (y seguidamente el GUGB NKVD) puso en circulación durante este período listados con los nombres de polacos que trabajaban en la administración soviética, la Komintern o el aparato de seguridad. Es significativo que estos fueran completados con listas de polacos que vivían en Ucrania y Bielorrusia, donde existían dos regiones polacas: la primera, en Ucrania —bautizada «Julian Marshlewski» (uno de los fundadores del KPP, muerto en 1925)—, había sido organizada en 1925; la segunda, la de Bielorrusia, creada en 1932, llevaba el nombre de Feliks Dzerzhinsky. Dichas regiones tenían poderes locales, prensa, teatros, escuelas y editoriales propias que publicaban en polaco, formando así una «Polonia soviética» enclavada en la URSS.

Orden de operación del NKVD de la URSS, número 00485.

Ordeno:

1. Iniciar, a partir del 20 de agosto de 1937, una vasta operación para liquidar completamente las organizaciones locales del POW y sobre todo sus mandos de diversión y de espionaje, insurrección en la industria, las comunicaciones, los sovjozes y los koljozes. Esta operación debe concluirse en tres meses, es decir, el 20 de noviembre de 1937.

2. Detener a: *a)* los miembros más activos del POW (según la lista adjunta); *b)* todos los prisioneros de guerra del ejército polaco que estén en la URSS; *c)* los refugiados de Polonia, independientemente del momento de su llegada a la URSS; *d)* los emigrantes y prisioneros políticos canjeados con Polonia; *e)* los ex miembros del PPS y otros partidos políticos antisoviéticos; *f)* los elementos locales antisoviéticos y nacionalistas más activos de las regiones polacas.

3. Organizar la operación de arresto en dos fases: *a)* en primer lugar, hay que arrestar a los contingentes de personas empleadas en el NKVD, el Ejército Rojo, las empresas de armamento, los departamentos de armamento del resto de empresas, en las comunicaciones ferroviarias, terrestres, marítimas y aéreas; en los sectores de energía de todas las empresas industriales, en las refinerías y fábricas de gas; *b)* en segundo lugar, hay que arrestar a todos los que trabajen en empresas industriales sin importancia para la seguridad del país, en los sovjozes, en los koljozes y las administraciones.

4. Comenzar simultáneamente las investigaciones. Durante la búsqueda hay que presionar para desenmascarar totalmente a los organizadores y dirigentes de los grupos de diversión a fin de descubrir sus tramas; detener inmediatamente a todos los espías, parásitos y grupos de diversión descubiertos gracias a las declaraciones de las personas detenidas. Para llevar a cabo la investigación hay que nombrar un grupo especial de agentes operativos.

5. A medida que avanza la investigación, clasificar a todos los detenidos en dos categorías: *a)* la primera categoría, a la que pertenecen los efectivos de espionaje, de diversión, de sabotaje e insurrección del espionaje polaco, debe ser fusilada; *b)* la segunda categoría —menos activa que la primera— será condenada a penas de prisión o campo de trabajo por un período de cinco a diez años. (...)

El comisario del Pueblo para el Interior de la URSS,
El comisario general de la Seguridad del Estado.
N. Yezhov, Moscú, 11 de agosto de 1937.

En septiembre de 1935 se inició en Kiev, Minsk y Moscú una nueva oleada de detenciones destinada, oficialmente, a poner fin a una pretendida «trama del POW». Comenzaba simultáneamente la liquidación de las regiones autónomas polacas. Sin embargo, no comenzaron las detenciones de funcionarios del NKVD de origen polaco hasta el cambio de 1936-1937, en armonía con la «gran purga». La investigación afectó a la cima de la jerarquía de la Seguridad y después se extendió progresivamente hacia la base. Durante el pleno del Comité central del PCR (b), en junio de 1937, N. Yezhov afirmó que el POW «se había infiltrado en los órganos de los servicios de información y contraespionaje soviéticos» y anunció que el NKVD «había descubierto y liquidado la más importante de las redes de espionaje polaco». Ya habían sido internados centenares de polacos, y entre ellos una gran parte de los dirigentes del KPP, y las acusaciones que se lanzaban contra ellos se habían reforzado con las confesiones arrancadas por la fuerza durante los interrogatorios.

El NKVD llevó a cabo en el verano de 1937 una represión general de las minorías nacionales; primero contra los alemanes y luego contra los polacos. Ejov firmó, el 11 de agosto, la orden operativa número 00485, que preveía *«la liquidación total* (...) de las reservas humanas de la red de espionaje polaco en la URSS».

Una decisión del NKVD y del consejo de los comisarios del pueblo de 15 de noviembre de 1938 puso fin a «la operación polaca», que, de todos modos, conoció una prolongación con una purga entre agentes del NKVD que habían participado en la propia operación. La represión afectó tanto a dirigentes del partido (fueron fusilados 46 miembros y 24 suplentes del Comité central) como a «simples ciudadanos», obreros y, sobre todo, a campesinos. Según un informe del NKVD del 10 de julio de 1938, el número de detenidos de origen polaco era de 134.519 personas, alrededor del 53 por 100 en Ucrania y Bielorrusia. Se estima que fusilaron al 40 o 50 por 100 de ellos (o sea, de 50.000 a 60.000 víctimas)[1]. Los supervivientes fueron enviados a campos de trabajo o deportados al Kazajstán.

En el balance general de la «gran purga» los polacos representan más del 10 por 100, y en torno al 40 por 100 del contingente global de víctimas de la operación llevada a cabo contra las minorías nacionales. Y estas cifras son mínimas, puesto que miles de polacos de Ucrania y Bielorrusia fueron deportados fuera de las coordenadas del cuadro de «la operación polaca». Y no solo fueron vaciadas unas habitaciones del hotel Lux, donde se alojaban los comunistas, y las oficinas en las que trabajaban, sino sobre todo los pueblos (o koljozes) polacos.

Katyn, prisiones y deportaciones (1939-1941). El pacto de no agresión firmado el 23 de agosto entre la URSS y Alemania preveía en un protocolo secreto el reparto, en «esferas de influencia», del territorio polaco. El 14 de sep-

[1] Cit. por N. Pietrow, «L'opération polonaise du NKVD», en *Karta*, núm. 11, 1993, pág. 27.

tiembre, se dio la orden de «pasar a la ofensiva contra Polonia» y, tres días más tarde, el Ejército Rojo invadía el país para «liberar» los territorios llamados «Bielorrusia del Oeste» y «Ucrania del Oeste» de la «ocupación fascista polaca» e incorporar estos territorios a la URSS. El proceso de anexión se desarrolló rápidamente, y fue acompañado de medidas de represión e intimidación. El 29 de noviembre de 1939, el Presidium del Soviet Supremo de la URSS concedió la ciudadanía soviética a todos los residentes de los territorios anexionados. Vilnius y sus alrededores fueron cedidos a la República de Lituania, que vivía sus últimos meses de independencia. Era evidente que el sistema represivo soviético iba a llegar hasta estas regiones y estaba justificado el temor de que surgieran organizaciones de resistencia. En efecto, algunos destacamentos del ejército polaco habían eludido la captura y se habían comprometido, como autónomos, en la organización de guerrillas. El NKVD envió entonces importantes efectivos a estas regiones y planificó la implantación en ellas de sus estructuras. Numerosas unidades de las fuerzas del ministerio del Interior (así como unidades de guardias fronterizos) se concentraron allí. Era prácticamente seguro que las nuevas autoridades tendrían que resolver el problema de los prisioneros de guerra y averiguar cuál sería la actitud de la población civil.

La primera preocupación soviética eran los militares: de 240.000 a 250.000 prisioneros, de los que unos 10.000 eran oficiales. Desde el día siguiente a su agresión, la URSS tomó las primeras decisiones: el 19 de septiembre, Lavrenti Beria creó en el seno del NKVD (orden número 0308) la Dirección de Prisioneros de Guerra (Glavnoie Upravlienie po dielam Woenno-Plennyj, GUWP) y una red de campos de concentración específicos. A primeros de octubre comenzó, poco a poco, la liberación de los soldados rasos, aunque 25.000 de ellos fueron enviados a construir carreteras y 12.000 puestos a disposición del comisariado de Industria pesada como trabajadores forzados. Un número aún desconocido se dispersó en pequeños grupos en los campos del inmenso Gulag. Al mismo tiempo se decidió crear dos «campos para oficiales» en Starobielsk y Kozielsk, y un campo especial para policías, vigilantes de prisión y guardias fronterizos en Ostaszkow. Beria puso pronto en marcha un grupo de operaciones especiales encargado de abrir diligencias judiciales en los mismo campos. Al final de febrero de 1940 habían sido internados 6.192 policías (y asimilados) y 8.376 oficiales.

Durante varios meses, Moscú dudó acerca de la suerte que les reservaba. Se preparaban a condenar a una parte, empezando por los del campo de Ostaszkow, siguiendo un modelo de acusación característico que remitía al artículo 58-13 del Código penal, que se refería a las personas que hubieran «combatido contra el movimiento obrero internacional». Apenas un pequeño esfuerzo de interpretación bastaba para condenar bajo este epígrafe a cada policía o vigilante de prisión polaco. Estaban previstas penas de entre cinco y ocho años de internamiento en un campo y entraban en consideración posibles deportaciones a Siberia (a Kamchatka, en particular).

La decisión final se adoptó en la segunda mitad de febrero de 1940, probablemente por el cariz que tomaba la guerra con Finlandia, que, como se puede juzgar por documentos hoy día del dominio público, fue casi inesperada. El 5 de marzo, a propuesta de Beria, el Buró político decidió «aplicar la pena máxima» a todos los prisioneros de Kozielsk, Starobielsk y Ostaszkow y a unos 11.000 prisioneros polacos internados en las cárceles de la parte occidental de Ucrania y de Bielorrusia. (véase cuadro número 4 en la 1.ª parte del texto de N. Werth.)

El veredicto fue pronunciado por un tribunal especial, «la troika», constituido por Ivan L. Bäsztakov, Bashczo Z. Kobulov y Vsievolod N. Merkulov. La propuesta de Beria se aprobó con las firmas personales de Stalin, Vorochilov, Molotov y Mikoyan. El oficial especifica que Kalinin y Kaganovich, ausentes aquel día, eran favorables.

Testimonio de Stanislaw Swianiewicz, superviviente de la masacre de Katyn.

«Encontré bajo el techo un agujero por el que llegaba a ver lo que sucedía fuera. (...) Ante nosotros había una plaza cubierta de hierba. (...) La plaza estaba rodeaba por un denso cordón de unidades del NKVD, con las bayonetas caladas.

»Era algo nuevo según nuestras experiencias anteriores. Aun en el frente, inmediatamente después de habernos hecho prisioneros, los escoltas no calaban las bayonetas. (...) Un simple autobús llegó a la plaza. Era más bien pequeño, si se compara con los que se solían encontrar en ciudades occidentales. Habían blanqueado las ventanillas con cal. Tenía capacidad para unas treinta personas y la entrada para pasajeros estaba en la parte trasera.

»Nos preguntábamos por qué razón habían cegado las ventanas. Reculando, el autobús se acercó al vagón cercano, de modo que los prisioneros pudieran entrar en él directamente, sin bajarse. Los soldados del NKVD vigilaban, a punta de bayoneta, desde ambos lados, la subida al autocar. (...) Cada media hora el autocar volvía a coger a otro grupo. Por tanto, el lugar donde se descargaba a los prisioneros que se llevaba no debía de estar lejos. (...)

»El coronel del NKVD, un hombre muy alto, que me había sacado del tren, se encontraba en medio de la plaza con las manos metidas en los bolsillos de su gran abrigo. (...) Evidentemente era él quien controlaba la operación. Pero ¿en qué consistía? Tengo que confesar que, en aquel momento, con la luz de un precioso día de primavera, yo ni siquiera había pensado en ejecuciones. (...)»

(*À l'ombre de Katyn,* Institut littéraire, 1976.)

Los preparativos técnicos duraron un mes. En el curso de las seis semanas siguientes (del 3 de abril al 13 de mayo), los prisioneros fueron transferidos de los campos en grupos pequeños. Se trasladó a 4.404 personas de un campo de Kozielsk a Katyn, donde fueron abatidas de un tiro en la nuca y sepultadas en fosas comunes.

Los prisioneros de Starobielsk (3.896 personas) fueron eliminados en los locales del NKVD de Jarkov y sus cuerpos enterrados en las afueras de la ciudad de Piatishatki. Los de Ostaszkow (6.287 personas) fueron ejecutados en los locales del UNKVD de Kalinin (hoy Tver) e inhumados en Miednoje. Liquidaron en total a 14.587 personas. El 9 de junio, el comandante adjunto al jefe del NKVD, Vassili V. Czernyeszev, realizó un informe según el cual los campos estaban listos para recibir nuevos prisioneros.

Los 11.000 prisioneros mencionados por Beria no constituían más que una pequeña porción del total de prisioneros polacos. Los había de otras categorías. La más numerosa fue la de los *biezency,* las personas detenidas que habían huido de territorios polacos bajo ocupación alemana. Unos 145.000 biezency transitaron por cárceles y prisiones; parte de ellos fueron condenados y deportados a los campos de trabajo y parte liberados. La segunda categoría, la de los *pierebiezczyki,* comprendía a los polacos detenidos durante las tentativas de fuga hacia Lituania, Hungría o Rumania. Algunos recobraron la libertad a las pocas semanas, pero alrededor de 10.000 pierebiezczyky, condenados por los OSO *(Osoboi sovettschanie,* consejo especial de policía) a penas que iban de los tres a los ocho años, fueron a parar al Gulag, al Dallag sobre todo, pero también a Kolymá. Finalmente, otra parte fue fusilada en virtud de una decisión tomada el 5 de marzo de 1940. La tercera categoría la formaban los militantes de grupos de resistencia, oficiales que habían sido movilizados en 1939, funcionarios de la administración del Estado y autoridades locales, de diversos tipos de *pomieszcziki,* en suma, de «elementos socialmente peligrosos» *(sotsyalnoopasny).* De esta última categoría eran las 7.305 personas, sobre las 11.000 detenciones, que fueron fusiladas en aplicación de la decisión de 5 de marzo de 1940. Aún sigue sin conocerse el lugar donde fueron inhumados sus cadáveres. Solo se sabe que se fusiló a 3.405 personas en Ucrania y 3.880 en Bielorrusia.

La cifra total de «población carcelaria» en los territorios incorporados a la URSS (comprendida Lituania, que se incorporó en verano de 1940) aún no se ha establecido de manera definitiva, pero se sabe que a 10 de junio de 1941 había en las cárceles de Ucrania y Bielorrusia 39.600 presos (de ellos, ya habían sido «juzgados» alrededor de 12.300). Su número se había duplicado con respecto al del mes de marzo de 1940. Se desconoce aún la proporción entre presos comunes y presos políticos.

Tras el ataque alemán contra la URSS, todos conocieron una suerte a menudo cruel. Solo en las cárceles de Ucrania occidental fueron ejecutadas 6.000 personas, aunque lo más problable es que no todas hubieran sido previamente condenadas a muerte. En los informes del NKVD estas operaciones de liquidación son mera cuestión de «disminución del número de personas que pertenecen a la primera categoría»[2]. Mataron a cientos de prisioneros por haber intentado huir de un convoy. En un caso, el jefe de un convoy, «bajo su responsabilidad», ordenó fusilar a 714 (17 de ellos no habían pasado por un tribunal); a algunos los ejecutó él personalmente.

Las deportaciones en masa se aplicaron en los territorios anexionados a la URSS. El término «deportación» engloba cuatro grandes operaciones, pero hay que subrayar que los traslados de familias o pequeños grupos ya habían comenzado en noviembre de 1939 y que el número de personas afectadas sigue sin saberse. Lo mismo ocurre con los expulsados de Besarabia o de las regiones orientales de Bielorrusia y Ucrania en la segunda mitad de 1940. Los historiadores no han llegado aún a fijar las cifras exactas. Hasta hace muy poco, solo existían como base las estimaciones procedentes de los grupos de resistencia polacos o las ofrecidas por la embajada polaca en 1941. Tras la apertura de los archivos del NKVD, la mayoría de los investigadores considera que tales estimaciones son fiables, pero que dan una cifra mínima que habría que reevaluar al alza.

La primera campaña de deportaciones tuvo lugar el 10 de febrero de 1940, siguiendo una decisión del Consejo de Comisarios del Pueblo adoptada el 5 de diciembre de 1939. Los preparativos, especialmente el «reconocimiento del terreno», y la puesta a punto de las listas, llevaron dos meses. Los organizadores de la deportación tuvieron que sortear varios obstáculos técnicos, uno de ellos el limitado número de vías férreas adaptadas a la anchura de los trenes soviéticos. El conjunto de la operación se puso bajo el control de un adjunto de Beria, Merkulov, que se trasladó al lugar de los hechos, lo que da idea de la importancia que esta tenía a los ojos soviéticos. La deportación de febrero de 1940 afectó sobre todo a los campesinos, los habitantes de aldeas, colonos polacos instalados en aquellas regiones en el contexto de la política de «polaquización», y guardas forestales ucranianos y bielorrusos. Los convoyes partían con destino al norte de Rusia, hacia la República de Komis y hacia la Siberia occidental.

En el mismo momento en que el Kremlin decidía la ejecución de los prisioneros, el Consejo de Comisarios del Pueblo (SNK) decretó, el 2 de marzo de 1940, nuevas deportaciones. Esta vez fueron las familias de los prisioneros las afectadas —mientras sus «maridos o padres» estaban siendo ejecutados—, así como los «elementos socialmente peligrosos». Según los datos del NKVD, alrededor de 60.000 personas fueron deportadas, casi todas a Kazajstán, en condiciones dramáticas de frío y hambre, que hoy día son de sobra conocidas gracias a los testimonios actualmente disponibles.

[2] Ver K. Popinski, A. Kokurin, A. Gurjanov. *Routes de la mort. L'évacuation des prisions soviétiques des «confins» de l'Est de la IIe République en juin et juillet 1941,* Varsovia, 1995, páginas 96-99 y ss.

> **Extracto de *Tríptico kazaco: memorias de deportación* (Varsovia, 1992).**
>
> Lucyna Dziurzynska-Suchon: «Me acuerdo de uno de los momentos más trágicos de nuestras vidas. No habíamos comido nada durante varios días, literalmente nada. Era invierno. La cabaña estaba cubierta de nieve. Era posible salir de ella por un túnel excavado por alguien desde el exterior. (...) Mamá pudo ir a trabajar. Tenía tanta hambre como nosotros. Estábamos acostados sobre el colchón, apretados unos contra otros para tener más calor. Algunas lucecitas centellaban en nuestros ojos. Ya no teníamos fuerzas para ponernos de pie. Hacía mucho frío incluso en la cabaña. (...) Dormíamos, dormíamos todo el tiempo. Mi hermano se despertaba de vez en cuando y gritaba: "Tengo hambre." Solo podía decir esto, o bien: "Mamá, me muero." Mamá lloraba. Había ido a casa de nuestros amigos, a las cabañas vecinas, a pedir ayuda. Sin resultado. Nos pusimos a rezar: "Padre nuestro..." Y probablemente tuvo lugar un milagro. Una amiga de la cabaña de al lado se presentó con un puñado de trigo (...)»

La tercera operación, iniciada por la misma decisión del SNK, se llevó a cabo en la noche del 28 al 29 de junio de 1940 y englobó a todos los que no vivían en los territorios anexionados antes de septiembre de 1939 y que no habían vuelto a pasar por la frontera soviético-alemana establecida por los dos ocupantes. Los huidos sorprendidos en uno u otro lado tenían derecho a volver a su casa: así, 60.000 personas, entre ellas 1.500 judíos, volvieron al Gobierno general alemán. Entre los 80.000 deportados de esta operación se cuenta un 84 por 100 de judíos que, si bien escaparon de la matanza perpetrada por los *Einsatzgruppen* en verano de 1941, fueron enviados al Gulag.

La cuarta y última operación comenzó el 22 de mayo de 1941, en virtud de la orden del 14 de mayo del Comité central del Partido Comunista de la URSS y del Consejo de Comisarios del Pueblo. Su objetivo era «limpiar» de «elementos indeseables» la región fronteriza y las Repúblicas bálticas. Los deportados pertenecían a la categoría de los *zsylposielentsy*, es decir, los condenados a veinte años de residencia forzosa en las regiones designadas (sobre todo en Kazajstán). Esta ola de deportaciones, exceptuando a Letonia, Estonia y Lituania, afectó a 86.000 personas.

Sobre la base de los datos proporcionados por el NKVD, se llega, pues, a una cifra de 330.000 a 340.000 deportados. Teniendo en cuenta toda la información, el número de víctimas de la represión se eleva a 400.000 o 500.000. Hubo grupos que se encontraron en lo más recóndito de la URSS, como los más de 100.000 jóvenes que fueron condenados a trabajar en la industria soviética (sobre todo en la cuenca hullera del Donetz, en los Urales y la Siberia occidental), o los 150.000 hombres movilizados en los «batallones de trabajo» (*stroibataliony*) del Ejército Rojo.

A lo largo de los dos años de poder soviético en la Polonia anexionada, un millón de personas, es decir, uno de cada diez ciudadanos, sufrieron la represión bajo sus diferentes formas: ejecuciones, cárceles, campos, deportaciones, trabajo casi forzado. No menos de 30.000 personas fueron fusiladas, y a estas habría que añadir entre 90.000 y 100.000 muertos en los campos, o durante su traslado en convoyes ferroviarios, estimados entre el 8 y el 10 por 100 de los deportados.

El NKVD contra el Armia Krajowa (ejército nacional). En la noche del 4 al 5 de enero de 1944, los primeros tanques del Ejército Rojo atravesaron la frontera polaco-soviética establecida en 1921. En realidad, ni Moscú ni las potencias occidentales reconocían ya esta frontera, y tras el descubrimiento de la matanza de Katyn, la URSS había cesado toda relación diplomática con el Gobierno oficial polaco, exiliado en Londres, con el pretexto de que este último había pedido una investigación bajo los auspicios de la Cruz Roja, petición que coincidió con un trámite similar por parte de las autoridades alemanas. La resistencia polaca había previsto que, al aproximarse el frente, el Armia Krajowa (ejército nacional) —AK en adelante— movilizara a la población y combatiera a los alemanes, y que, a la llegada del Ejército Rojo, vendría a su encuentro como autoridad legítima. A la operación se le dio el nombre en clave de «Burza» (tempestad). Los primeros enfrentamientos estallaron a finales de marzo de 1944, en Volhynia, donde el comandante de la división de partisanos del ejército luchó junto a las unidades soviéticas. El 27 de mayo, el Ejército Rojo obligó a algunas unidades del AK a entregar las armas. A consecuencia de ello, el grueso de los efectivos de la división tuvo que replegarse hacia Polonia al tiempo que seguían combatiendo a los alemanes.

Esta forma de actuar de los soviéticos —primero cooperación a nivel local, desarme forzoso de los polacos después— está confirmada por otros casos. Los hechos más espectaculares tuvieron lugar en la región de Vilnius. Días después de haber terminado los combates llegaron las fuerzas de las unidades internas del NKVD y —de acuerdo con la orden número 220145 del cuartel general— llevaron a cabo una operación de desarme general de los soldados del AK. Según el informe recibido por Stalin en 20 de julio, fueron detenidos más de 6.000 partisanos, aunque 1.000 consiguieron escapar de la trampa. Todo el Estado Mayor de estas unidades fue detenido. Internaron a los oficiales en los campos del NKVD, que dio a los soldados la oportunidad de elegir entre ser enviados a estos o incorporarse al ejército polaco, formado bajo los auspicios de los soviéticos, al mando del general Zygmunt Berling. Las unidades del AK que tomaron parte en la liberación de Lvov sufrieron la misma suerte. Estos acontecimientos tenían lugar en los territorios que Moscú consideraba que pertenecían a la URSS.

Ese mismo primero de agosto de 1944, los comandantes del AK desencadenaron la insurrección de Varsovia, cuya toma había planeado el Ejército Rojo (frente de Bielorrusia) para el 8 de agosto. Stalin detuvo la ofensiva a la altura del Vístula, ya atravesado, especialmente al sur de Varsovia, y dejó que los alemanes aplastaran a los insurrectos, que resistieron hasta el 2 de octubre.

Al oeste de la línea Curzon, donde el AK había desplazado de 30.000 a 40.000 soldados y liberado muchos pueblos pequeños, unidades del NKVD, del SMERSH (el contraespionaje militar) y unidades de infiltrados procedieron del mismo modo, atendiendo la orden número 220169 del mando supremo del 1 de agosto de 1944. Según un informe de octubre que contiene el resumen de la ejecución de esta directiva, alrededor de 25.000 soldados fueron arrestados, desarmados y después encarcelados.

Las unidades del NKVD y los grupos operativos del SMERSH disponían de sus propias cárceles y campos, en los que encerraban tanto a partisanos polacos como a *Volkdeutsches*[3] y a prisioneros alemanes. Los oficiales y soldados que se negaban a unirse a las tropas de Berling fueron enviados, a semejanza de sus camaradas de Vilnius y Lvov, a lo más recóndito del Gulag. Hasta hoy no se he aclarado el número exacto de prisioneros que fueron internados en los campos durante la operación «Burza». Las estimaciones varían entre 25.000 y 30.000 soldados. Pero también los territorios anexionados de nuevo por la URSS en otoño de 1944 conocieron detenciones masivas particularmente seguidas de condenas y deportaciones al Gulag o traslados a trabajos forzados, generalmente a la cuenca del Donetz. En realidad, esta vez los deportados eran mayoritariamente ucranianos, pero se estima que los diferentes tipos de represión afectaron como mínimo a algunas decenas de millares de polacos.

Y no finalizó en absoluto la actividad del NKVD y el SMERSH con la dispersión de la mayor parte de las unidades movilizadas por el AK. El 15 de octubre de 1944, Beria firmó la orden número 0012266/44, que decidía la formación de una división especial destinada a permanecer en Polonia (la división 64, llamada de los «francotiradores»). En las regiones fronterizas, las unidades del NKVD de Bielorrusia y Ucrania echaban una mano en las operaciones llevadas a cabo del lado polaco de la frontera. A partir de la formación de esta división a finales de 1944, 17.000 personas fueron detenidas y 4.000 de ellas deportadas a los lejanos campos de prisioneros soviéticos. Las unidades soviéticas, que desde el 1 de marzo de 1945 estaban a las órdenes del consejero general del NKVD adjunto al ministro de Seguridad Pública (el general Iván Serov), permanecieron en Polonia hasta la primavera de 1947. Hasta los meses de agosto y septiembre de 1945, estas representaban la principal fuerza de «limpieza» del terreno en las zonas donde existían guerrillas independentistas. Desde enero de 1945 a agosto de 1946, 3.400 combatientes

[3] Ciudadanos polacos que se declararon de origen alemán y en consecuencia miembros de la nación alemana.

de diversos grupos de resistencia fueron detenidos —la mayoría acabaron en campos de concentración, y una parte fue entregada a las autoridades polacas— y 47.000 personas llamadas a declarar. Tras la entrada del Ejército Rojo en los territorios que Alemania se había anexionado en 1939, se procedió no solo al arresto de *Volkdeutsch*, sino también de polacos que, bajo la presión de los alemanes, habían firmado la pretendida IIIª lista nacional (*Eingdeutsche*)[4]. Al menos 25.000 o 30.000 civiles de Pomerania y la Alta Silesia fueron deportados a la URSS, entre ellos 15.000 mineros, que fueron enviados a los campos de prisioneros de Donbass y a la cuenca de Siberia occidental.

No obstante, el NKVD no se limitó a las represiones masivas, caza de hombres y «pacificaciones». Al final del verano de 1944, el SMERSH organizó grupos de operaciones locales que tenían en Polonia una actividad regular, en particular reclutando informadores. La operación más conocida, dirigida personalmente por el general del NKVD Iván Serov, fue la detención de 16 miembros de la dirección del clandestino Estado polaco: el comandante del AK, el viceprimer ministro del Gobierno, tres de sus adjuntos, y miembros del Consejo de la Unidad Nacional (un cuasiparlamento clandestino), puesto en marcha durante la ocupación alemana. El 22 de febrero de 1945, este consejo había protestado contra los acuerdos de Yalta al afirmar que estaba listo para negociar directamente con las autoridades soviéticas, tras lo que el general Serov había invitado a los dirigentes en la clandestinidad a darse a conocer. En el mismo momento en que estos se presentaban en el lugar acordado (Pruszkow, en los alrededores de Varsovia), fueron arrestados y enviados, el 28 de marzo de 1945, directamente a la Lubianka, en Moscú. El 19 de junio, tras una instrucción que duró semanas, comenzó un proceso público en la sala de columnas del Palacio de los Sindicatos, donde se habían llevado a cabo los grandes juicios antes de la guerra. Simultáneamente, en Moscú, se mantenían conversaciones entre las autoridades polacas prosoviéticas y representantes de las fuerzas democráticas polacas para la aprobación de las cláusulas que se referían a Polonia en los acuerdos de Yalta. Estos últimos se habían declarado también dispuestos a negociar directamente con los soviéticos. El veredicto del proceso se pronunció el mismo día que las tres grandes potencias (Estados Unidos, URSS y Gran Bretaña) ratificaron el acuerdo entre los diferentes partidos polacos para la formación de un gobierno de coalición en el que los comunistas y sus organizaciones satélites gozaban de una aplastante mayoría. Las penas dictadas, hasta diez años de cárcel, parecían moderadas; pero tres de los condenados no volvieron jamás a Polonia. El comandante general del AK, Leopold Okulicki, murió en prisión en diciembre de 1946.

[4] Este término designa a los polacos de los territorios anexionados por el III Reich que fueron obligados a registrarse como «cercanos a la cultura alemana» y que sirvieron en la Wehrmacht.

Bibliografía. No se ofrecen aquí más que los trabajos generales más recientes y completos, como sucede con los documentos elegidos para su publicación, fundamentados en los recientemente abiertos archivos soviéticos. Las memorias, muy abundantes, no se citan.

Armée nationale (Ejército nacional). *L'Épilogue dramatique,* red. K. Komorowski, Varsovia, 1994.

S. Ciesielski, G. Hryciuk, A. Srebakowski, *Les Déportations soviétiques massives au temps de la Seconde Guerre mondiale,* Wroclaw, 1944 (en particular el capítulo «Déportations de la population polonaise», págs. 26-82).

Jan. T. Gross, *Revolution from Abroad. The Soviet Conquest of Poland's Western Ukrainie and Western Bielorussia,* Princeton, 1988.

Mikolaj Iwanow, *Première nation punie. Les Polonais en URSS, 1921-1939,* Varsovia, 1991.

«La Main de Iejov», *Karta,* revista histórica independiente, núm. 11 (especial), 1993.

Katyn. Documents sur un crime; tomo I, *Les Prisonniers d'une guerre non déclarée, août 1939-mars 1940,* red. W. Materski, Varsovia, 1995.

NKWD i polskoje podpolje 1944-1945 (Po «osobym papkam» J. W. Stalina), réd. A. F. Noskowa, Moscú, 1994.

Le NKWD, la Pologne et les Polonais. Reconnaissance dans les archives, red. W. Materski, A. Paczkowski, Varsovia, 1996.

K. Popinski, A. Kokurin, A. Gurjanow, *Routes de la mort. L'évacuation des prisons soviétiques des «confins» de l'Est de la IIe République en juin et juillet 1941,* Varsovia, 1995.

Le Procès des seize. Documents du NKVD, red. A. Chmielarz, A. K. Kunert, Varsovia, 1995.

Izabela Sariusz-Skapska, *Les Témoins polonais du Goulag. Littérature des camps soviétiques 1939-1989,* Cracovia, 1995.

J. Siedlecki, *Le Sort des Polonais en URSS dans les années 1939-1986,* Londres, 1987.

La Tragédie du Parti communiste polonais, red. Jarema Maciszewski, Varsovia, 1989.

P. Zaron, *Les Camps de prisonniers polonais en URSS dans les années 1939-1941,* Varsovia, 1994.

POLONIA 1944-1989: EL SISTEMA DE REPRESIÓN. La amplitud de las represiones políticas en Polonia y sus formas han seguido la evolución del sistema político. «Di cuál es el sistema actual de represión y te diré a qué fase del comunismo corresponde», podría decirse parafraseando un dicho popular.

La descripción y el análisis del sistema represivo se encuentran con dos grandes problemas: 1) Se trata de un campo de máximo secreto, y en consecuencia muchos expedientes aún permanecen inaccesibles. 2) Enfocar el pasado únicamente desde el ángulo de la represión implica el riesgo de contem-

plar el sistema comunista de manera deformada, pues, incluso en los períodos más represivos, este disponía de otros recursos. Sin embargo, nos queda aún por comprender una cuestión de importancia capital en cualquier tentativa de evaluación del régimen y sus ramificaciones ideológicas: la centralidad del aparato de represión en este sistema. Durante los cuarenta y cinco años de monopolio de poder del Partido Comunista se distinguen cinco fases de represión. Todas ellas tienen en común el estar asentadas sobre la existencia de una policía política a disposición del centro de decisión del partido, o de algunos de sus responsables.

A la conquista del Estado o el terror masivo (1944-1947). En el plano interno, los fundamentos del Estado comunista fueron instaurados gracias a la presencia del Ejército Rojo. Y en lo que concierne a las relaciones internacionales, el protectorado de Stalin fue decisivo. El papel del aparato de seguridad soviético no se limitó a la lucha contra los adversarios del nuevo poder, y la organización del NKVD/KGB sirvió, con algunas modificaciones poco más o menos importantes, de modelo a los comunistas polacos formados en la escuela de oficiales del NKVD de Kuibyshev. Por añadidura, se organizó un cuerpo de algunos cientos de consejeros (o *sovietniks,* con el general Serov en el puesto de consejero general), verdadero doblete de los servicios polacos. Gracias a la red de expertos soviéticos, los jefes de la Lubianka tenían acceso a todos los datos que pudieran serles útiles, lo que dispensaba a Moscú de tener su propio sistema de información en Polonia. Además de intereses políticos e ideológicos comunes con el aparato soviético, el aparato de seguridad polaco era, desde este punto de vista, parte integrante de aquel. Lo que es aún más evidente en lo que se refiere al sistema polaco de contraespionaje militar.

Los comunistas constituían en Polonia un grupo marginal, desprovisto de cualquier posibilidad de acceder al poder por la vía democrática. Estaban aún peor considerados, puesto que la mayoría de los polacos, tradicionalmente desconfiados, incluso hostiles con respecto a la URSS —a Rusia en particular—, habían tenido la amarga experiencia de una «liberación» por parte del Ejército Rojo. En los primeros años de posguerra, los pilares de esta resistencia estaban constituidos por guerrilleros, por la clandestinidad política y los partidos legales, entre los cuales verdaderamente no contaba nada más que el Partido Campesino Polaco (PSL). La primera tarea que se fijó el nuevo poder fue vencer la resistencia de los polacos y apoderarse del Estado. Es muy significativo que el primer representante del Comité de Liberación Nacional (fundado en Moscú el 21 de julio de 1944) que hizo una aparición pública en Polonia fuera el ministro de Seguridad Pública: Stanislaw Radkiewicz. Hubo que esperar un año antes de que el aparato de seguridad (designado desde 1945 con el nombre de ministerio de Seguridad Pública, MBP) estuviera suficientemente estructurado para que pudiera hacerse cargo de lo esencial del trabajo de consolidación del poder conquistado por el Ejército Rojo y el NKVD. En el curso del segundo semestre de 1945, el MBP ya había desarrollado una

organización operativa que empleaba a más de 20.000 funcionarios (sin contar con la milicia), además de una formación militar de la que ya disponía: el Cuerpo de Seguridad Interior (KBW), de alrededor de 30.000 soldados. La guerra contra el maquis, que conoció una intensidad muy elevada hasta 1947 y no se apagó hasta principios de los años cincuenta, fue sangrienta y brutal. Los historiadores polacos no se han puesto de acuerdo a la hora de emplear el término de «guerra civil», dada la presencia de efectivos soviéticos (militares y NKVD) en Polonia.

El aparato de seguridad empleó un amplio abanico de métodos que iban desde la infiltración y la provocación a la «pacificación» de territorios enteros. Contaba con una ventaja material absoluta —medios de comunicación, armas, posibilidad de movilizar al KBW—, de la que sacó provecho sin piedad. Por ejemplo: según el departamento III, encargado de la lucha contra la resistencia anticomunista, 1.486 personas habían perecido en 1947 en enfrentamientos, mientras que las pérdidas de las fuerzas comunistas no sobrepasaban las 136 personas[5]. Las grandes operaciones eran llevadas a cabo no solo por las unidades del KBW, sino también por las del ejército regular, allí destinadas especialmente. El número de adversarios del poder muertos durante los combates entre 1945 y 1948 se eleva a alrededor de 8.700 personas. El conjunto de las operaciones estaba dirigido por la comisión Estatal para la Seguridad, presidida por los ministros de Seguridad y de Defensa. Se organizaban deportaciones masivas cuando hacían falta. Fue así como se resolvió el problema de la resistencia ucraniana en Polonia del sureste: todos los ucranianos de Polonia (alrededor de 140.000 personas) fueron deportados, entre abril y julio de 1947, en el marco de la operación «Wisla» (Vístula) y dispersados en los antiguos territorios alemanes al oeste y al norte del país.

En los anales de la Seguridad no faltan operaciones cuidadosamente preparadas: el fraude completo tras el referéndum de junio de 1947, la «preparación» de las elecciones de enero de 1947, es decir, la intensa campaña que las precedió, los millares de detenciones, especialmente durante dichas campañas, un permanente y sistemático recurso al fraude, o la organización de una red de colaboradores (a primeros de enero de 1946 ya eran casi 17.500). A veces, su actividad se caracteriza ante todo por una fuerza brutal, aunque aún faltan datos fijos y precisos sobre el número de detenidos. En 1947, alrededor de 32.800 personas fueron arrestadas por el departamento III (gran parte eran delincuentes comunes). El departamento IV, encargado de la vigilancia de las industrias, arrestó a cerca de 4.500 personas y, en las semanas anteriores a las elecciones, de 50.000 a 60.000 militantes del Partido Campesino Polaco (PSL) fueron detenidos por los distintos departamentos del MBP, la milicia, el KBW y el ejército. Se conocen diversos casos de asesinatos, algunos directamente ordenados por los comités locales del Partido Comunista.

[5] Archivos centrales del MSW, sig. 17/IX/36, tomo II.

Los interrogatorios se llevaban a cabo de modo extraordinariamente brutal: la tortura era moneda corriente y las condiciones en las cárceles, inhumanas.

Kazimierz Moczarski
condenado a cadena perpetua
(Art. 2 del decreto de 31 de agosto de 1944)

«Sztum, prisión central,
23 de febrero de 1955

Tribunal Supremo, sala de lo penal
Ref.: III K 161/52

Como consecuencia de la demanda de reapertura del caso y la revisión extraordinaria, dirigida por mis abogados (...), yo declaro:

Durante la investigación llevada a cabo por el oficial del ex ministerio de Seguridad Pública he sido sometido, entre el 9 de enero de 1949 y el 6 de junio de 1951, a 49 tipos de torturas y vejaciones, de los cuales puedo relatar los siguientes:

1. Golpes de cachiporra de goma en lugares especialmente sensibles (base de la nariz, mentón, glándulas salivares, y partes salientes, como los omóplatos).
2. Golpes de fusta forrada de "goma de pegar" en las zonas exteriores de los pies desnudos, sobre todo en los dedos —método muy doloroso—.
3. Golpes de cachiporra en los talones (en series de 10 golpes en cada talón, varias veces en el mismo día).
4. Cabellos arrancados de las sienes y la nuca ("plumaje de oca"), de la barba, el pecho, la zona perineal y los órganos sexuales.
5. Quemaduras de cigarrillo en los labios y los ojos.
6. Quemaduras en los dedos de ambas manos.
7. Privación de sueño: durante siete o nueve días, el prisionero, de pie en una celda oscura, es despertado con golpes en la cara. (...). Este método, llamado "playa" o "Zakopane" por los oficiales instructores, provoca un estado próximo a la demencia —el preso es presa de trastornos psíquicos: visiones sonoras en color, similares a las provocadas por el uso de peyote o mescal—.

Además, debo subrayar que, durante seis años y tres meses, he sido privado de cualquier tipo de paseo. A lo largo de diez años y dos meses, no he podido tomar un solo baño; en cuatro meses y medio aproximadamente he estado sometido a un severo aislamiento, sin posibilidad alguna de comunicarme con el mundo exterior (sin noticias de mi familia, cartas, libros o periódicos, etc.).

Las torturas y tormentos aquí mencionados me fueron aplicados, entre otros, por el teniente coronel Dusza Jozef, el comandante Kaskiewicz Jerzy y el capitán Chimczak Eugeniusz a fin de *aterrorizarme y arrancarme declaraciones no conformes con la verdad, pero necesarias para la confirmación de una línea de instrucción y acusación previamente definida.*

Estos actuaban bajo las órdenes del coronel Rozanski, del coronel Fejgin, y el viceministro, el general Romkowski, me explicó, el 30 de noviembre de 1948, en presencia del coronel Rozanski, que iba a soportar un "interrogatorio infernal" que efectivamente se iba a llevar a cabo. (...)».

(*Cahiers historiques*, núm. 53, París, 1980.)

Detenido en 1945, el miembro de la resistencia antinazi Kazimierz Moczarski fue encarcelado durante 225 días en la misma celda que el general de la SS Jürgen Stroop, que estuvo al mando de la liquidación del ghetto de Varsovia en 1943. Ya liberado, pudo relatar esta situación. (Véase Entretiens avec le bourreau, *Gallimard, 1979.)*

En numerosos casos, las autoridades no se contentaban con una condena sumaria, sino que montaban juicios «abiertos» en el curso de los cuales un público, cuidadosamente escogido, humillaba a los condenados y mostraba el pretendido «odio del pueblo» hacia ellos. La fecha de determinados juicios fue fijada en función del final de un mandato, a fin de reforzar la influencia de la propaganda. Este el caso, entre otros, del proceso más importante contra grupos clandestinos («WiN», Libertad e Independencia). Los acusados asistieron a su juicio de noviembre de 1945 a enero de 1947, o sea, una semana antes de las elecciones. Otro procedimiento: los combatientes de la resistencia antialemana eran condenados como colaboracionistas. El razonamiento de los comunistas se basaba en la lógica de «quien no está conmigo está contra mí». En consecuencia, la fuerza principal de la resistencia organizada contra los alemanes, el AK (ejército nacional), que no había luchado *junto a* los soviéticos contra los alemanes, eran considerados aliados de Hitler. Para acreditar tal iniquidad, los funcionarios de la Gestapo detenidos daban falsos testimonios que servían para justificar las condenas. Uno de los más escandalosos «crímenes jurídicos» tuvo lugar en el juicio contra Witold Pilecki *(véase recuadro)* en 1948. El punto principal de la acusación se apoyaba en la acusación de «espionaje para una potencia extranjera»: en aquel entonces, el ejército polaco en Occidente.

Witold Pilecki.

Nacido en 1901, Witold Pilecki participa en 1920 en la defensa de Wilno contra los bolcheviques. Hacendado y oficial de reserva, organiza los pelotones de caballería que forman el ejército en 1939. En la caída de Polonia, funda una de las primeras organizaciones clandestinas de la resistencia: el ejército polaco secreto (juramento de 10 de noviembre de 1939). En 1940, por iniciativa suya y de acuerdo con sus superiores del AK, se deja capturar voluntariamente en una redada, para ser conducido al campo de Auschwitz (matrícula número 4859) y organiza allí una red de la resistencia. En abril de 1943 se escapa y continúa con sus actividades en la clandestinidad, especialmente en la red Niepodlegosc (independencia), y toma parte en la insurrección de Varsovia. Después de la capitulación de la ciudad, es hecho prisionero en el *oflag* * de Murnau. Una vez liberado, se incorpora al 2.º cuerpo de las tropas del general Anders. En otoño de 1945 vuelve a Polonia para unirse al movimiento clandestino. Organiza una pequeña y eficaz red que recoge información sobre la «bolchevización» del país y la transmite al general Anders. Detenido el 5 de mayo de 1947, torturado y condenado a muerte tres veces el 15 de marzo de 1948, Witold Pilecki es ejecutado el 25 de mayo de un tiro en la nuca. Fue rehabilitado en 1990.

La propia dirección del partido decidió el grado de las penas pronunciadas en los principales procesos. También se ocupaba de los nombramientos relacionados con los puestos clave del aparato de seguridad.

Cualquier resistencia organizada y coordinada fue quebrada en el otoño de 1947. Tras la huida de varios de los dirigentes del PSL y la detención del cuarto comandante del WiN, las estructuras de la resistencia desaparecieron a escala nacional. La situación política comenzaba a estabilizarse: exangüe y agotada por los años de guerra, la sociedad había perdido cualquier esperanza en los gobiernos occidentales. La necesidad de adaptarse a la realidad, aunque impuesta y sin honra, se dejaba sentir más y más. El golpe de Estado comunista en Checoslovaquia en febrero de 1948 había reforzado el dominio de Moscú sobre la Europa central y oriental. El Partido Comunista y su principal aliado, el Partido Socialista, preparaban su fusión. A la mejora de la situación económica y a los progresos de la reconstrucción venía a añadirse la colonización de los territorios antiguamente alemanes que absorbían el interés de la opinión pública. Todos estos factores permitieron al Partido Comunista pasar

* *oflag*, de la palabra alemana *Officierlager*, campo alemán para oficiales de los aliados durante la Segunda guerra mundial. *(N. del T.)*

a la etapa siguiente: la sovietización de Polonia y el sometimiento de la sociedad. Lógicamente, el MBP pensó entonces en reducir su personal, y el número de sus agentes y colaboradores secretos (45.000 en aquella época) comenzó a disminuir.

La sociedad como objetivo de conquista o el terror generalizado (1948-1956). Después del «golpe de Praga», y tras poner a Tito al margen del movimiento comunista internacional, los países del bloque del Este conocieron transformaciones análogas, tales como la absorción de los partidos socialistas por los partidos comunistas y la formación *(de jure* o *de facto)* de un sistema de partido único; una centralización total de la gestión económica; una industrialización acelerada según el modelo de los planes quinquenales estalinistas; un comienzo de colectivización agrícola; una intensificación de la lucha contra la Iglesia, etc. El terror masivo se banalizó al generalizarse.

En los años 1945-1947, millares de personas que no habían realizado actividades de oposición, fuera legal o clandestina, fueron víctimas de «pacificaciones» o de «operaciones preventivas», pero, en principio, la máquina represiva se había vuelto contra los adversarios concretos y realmente activos del PPR (Partido Obrero Polaco). Después de 1948, el objetivo principal del aparato de seguridad fue aterrorizar y poner bajo su dominio al conjunto de la sociedad, incluidos en ella los grupos o medios que sostenían con más o menos celo al régimen. Entramos en un terror global: cualquiera puede acabar siendo «objeto de interés activo» de la seguridad, o sea, su víctima. Como rasgo principal, la represión podía afectar igualmente a un dirigente del Partido Comunista o del Estado. Aunque algunos altos funcionarios del MBP ya en 1947 llamaban a «intensificar la vigilancia revolucionaria», hasta el verano de 1948 esta consigna no pasó a ser el eje de las actividades de la seguridad, con la evocación de la tesis estalinista sobre «la intensificación de la lucha de clases».

El punto de partida fue el conflicto con Tito que, para Europa central y oriental, desempeñaba un papel similar al que había tenido la lucha contra el trotskismo en la URSS. En Polonia, esta cuestión aparece con la «crítica de la desviación nacionalista de derechas», personalizada, entre los meses de septiembre y agosto de 1948, por el secretario general del PPR, Wladyslaw Gomulka. Las primeras detenciones, a mediados de octubre, no afectaron aún al entorno directo de Gomulka, pero cualquiera que conociera el Proceso de Moscú de los años treinta era perfectamente consciente de que los arrestos en cadena llegaban incluso a lo más alto del aparato.

En un sistema represivo generalizado, las «acciones» relacionadas con los propios comunistas no constituyen más que una parte insignificante del conjunto de la política represiva, pero no son desdeñables. En el caso polaco, dichas acciones no afectaron más que a un pequeño número de víctimas. Buscando una red de «espionaje y diversión», la seguridad fijó su atención en los mandos del ejército anterior a la guerra. En este caso preciso, el efecto de la

acción conjunta del MBP y de las oficinas de información militar (Dirección General de Información, GZI) condujo al arresto de cientos de oficiales, seguido de numerosos juicios y condenas, y de la ejecución de veinte personas. La desaparición de Gomulka de la escena pública, detenido junto con algunos cientos de mandos del partido de diferentes niveles, fue una señal clara: el momento de la total sumisión de todo el aparato del partido había llegado, incluida la Seguridad, algunos de cuyos altos funcionarios estaban en la cárcel. Como el juicio de Gomulka, al igual que el de algunos otros, no se celebró [6], la sovietización de Polonia no está marcada por un proceso judicial espectacular, similar a los de Rajk en Budapest o Slansky en Praga.

Solo un ínfima parte del aparato de seguridad, que, muy desarrollado después de 1949, contaba con casi 34.000 funcionarios en 1952, se vio comprometida en el asunto de «la provocación en el seno del movimiento obrero». Se trataba en este caso del departamento X, que contaba con alrededor de 100 personas. Se constituyó ante el Buró político una comisión para la Seguridad, encabezada por Boleslaw Bierut (1892-1956). Esta se encargaba de las investigaciones más importantes, así como de los problemas de organización del MBP y el GZI, y formulaba directrices generales.

La omnipresencia de la «Bezpieka» (nombre popular para designar a la Seguridad) en todos los sectores de la sociedad se convirtió en uno de los rasgos más característicos de la época. Como su red de informadores (74.000 personas) no era suficiente para cubrir las necesidades, se decidió, en verano de 1949, organizar en las empresas células del aparato de seguridad llamadas servicios de protección *(Referat Oshrony,* RO). Años más tarde, había células RO en seiscientas empresas. En el seno del MBP se vigilaba con especial cuidado al servicio de la protección de la economía, dividido en varios departamentos. En los años 1951-1953, la mayoría de las personas detenidas (de 5.000 a 6.000 por año) lo era por este servicio, que disponía de una de las redes de informadores más desarrollada (26.000 personas). Cualquier avería o incendio ocurridos en una empresa eran considerados el resultado de un sabotaje, o incluso de una acción de diversión. En algunos casos se encarcelaba a varias decenas de trabajadores de una sola empresa. En el marco de la «protección a las instituciones del Estado», este servicio daba, además de otras cosas, su opinión sobre los candidatos para realizar estudios politécnicos. En 1952, la opinión del servicio impidió iniciar la carrera a 1.500 estudiantes.

La «protección de la organización de las cooperativas agrícolas» (es decir, de la colectivización) y el control de la aplicación de los decretos sobre las cantidades de trigo y de carne constituían un capítulo aparte. En este último caso, la institución más activa no fue el aparato de seguridad sino la milicia y

[6] Sobre este asunto se adelantan varias hipótesis: Boleslaw Bierut, sucesor de Gomulka después de 1948, se había opuesto hábilmente a las directrices de Moscú, o, de lo contrario, Stalin habría rechazado su acuerdo a la propuesta de Varsovia. Ninguna de ellas está basada en documentos.

la comisión extraodinaria para la lucha contra los abusos y el sabotaje, formada en 1945. Solo su nombre, que recuerda al de la Cheka, sembraba el terror. Sucedió que miles de campesinos de cada una de las quince regiones fueron encarcelados por no haber entregado su cupo. La Seguridad y la milicia procedían a la detención, según un plan político pensado para el caso: los campesinos más desahogados (kulaks) eran arrestados los primeros, aunque hubieran entregado sus cupos. Detenidos durante semanas enteras sin comparecer ante el juez, se les condenaba enseguida y su trigo y rebaños, lo mismo que sus propiedades, eran confiscados. La comisión extraordinaria también se ocupaba de la población urbana. La mayoría de las condenas eran casos de especulación o de mercado negro; y en los años 1952-1954, casos de vandalismo en grupos. Las decisiones de la comisión se iban haciendo, con el paso del tiempo, más represivas: en los años 1945-1948 ya había condenado a 10.900 personas a campos de trabajo; entre 1949-1952 lo fueron 46.700 personas; en 1954, 84.200 habían sido enviadas a campos de trabajo. Estos veredictos no incluían «delitos políticos» en el estricto sentido de la palabra, delitos que en Polonia juzgaban los tribunales, sino que el tipo de medidas que afectaban a la población rural y a los «especuladores» eran resultado de la naturaleza misma del sistema represivo, que privilegiaba la violencia.

En cuanto al aparato de seguridad, su objetivo principal era la persecución de los clandestinos —tanto en el período de ocupación como de posguerra—, los ex militantes del PSM, los soldados que habían regresado de Occidente, y funcionarios, cuadros políticos y oficiales de antes de la guerra. A principios de 1949, se uniformaron «los registros de elementos sospechosos» de varias categorías. El 1 de enero de 1953, las fichas de la Seguridad registraban a 5.200.000 personas, un tercio de la población adulta. A pesar de la eliminación de las organizaciones ilegales, los procesos políticos continuaban. El número de prisioneros aumentaba a medida que lo hacían las diversas «operaciones de prevención». Así, en octubre de 1950, en el marco de la operación K, se detuvo a 5.000 personas en una sola noche. Después de la ralentización que siguió a los años 1948-1949, las cárceles volvieron a llenarse: en 1952 fueron arrestadas 21.000 personas. Según los datos oficiales, en el segundo semestre del mismo 1952 había ya 49.500 presos políticos. Incluso se había abierto una prisión especial para «delincuentes políticos menores» (2.500 en 1953).

Tras la liquidación de la oposición, la Iglesia católica era la única institución que seguía siendo independiente. Cada vez más vigilada a partir de 1948, era objeto de continuos ataques. En 1950 se comenzó a encarcelar a los obispos. En septiembre de 1953 se celebró el juicio contra el obispo Kacmareck (condenado a doce años de cárcel) y fue enviado a prisión el primado de Polonia, cardenal Wyszynski. En total conocieron la cárcel más de 100 sacerdotes. Los testigos de Jehová, considerados «espías americanos», fueron especialmente buscados: en 1951 detuvieron a más de 2.500.

Era una época en que todo el mundo iba a la cárcel: los miembros del Buró político, los altos funcionarios anteriores a la guerra (incluido el Primer

ministro), los generales, los mandos del AK, los obispos, los partisanos, que, tras haberse enfrentado a los alemanes, habían vuelto sus armas contra los comunistas, los campesinos que se negaban a inscribirse en los koljozes, los mineros de un pozo donde se hubiera declarado un incendio, incluso los jóvenes detenidos por haber roto el cristal de una vitrina publicitaria o que habían escrito eslogans en los muros. Se trataba de separar de la vida pública a cualquier oponente potencial y de prohibir cualquier libertad de acción. Los fines principales del sistema de terror generalizado eran extender en la sociedad un sentimiento de miedo permanente, favorecer la delación y dividirla hasta la atomización.

Extracto de *La Gran Educación. Memorias de las prisiones políticas en la República popular de Polonia, 1945-1956*, Varsovia, 1990.

Staszek: «La tuberculosis era, sin duda, la enfermedad más grave en la Polonia de posguerra (...). Esto tuvo lugar en [la cárcel de] Wronki, antes de 1950. Éramos siete en una celda. Era pequeña, apenas ocho metros cuadrados, poco espacio para cada uno (...). Un día llegó el octavo desdichado. Enseguida nos dimos cuenta de que algo no iba bien. No tenía ni escudilla ni manta, y su aspecto era el de un hombre gravemente enfermo. Pronto se hizo evidente que aquel hombre padecía una tuberculosis avanzada; su cuerpo estaba cubierto de abscesos tuberculosos. Vi las caras atemorizadas de mis camaradas, y tampoco yo estaba muy a gusto (...). Nos alejamos de él. Pero es fácil imaginar esa escena absurda en la que, en una superficie de ocho metros cuadrados siete personas quieren huir de una octava. La situación se hizo aún más penosa en el momento en que trajeron la primera comida. Aquel hombre no tenía escudilla, ¡y nadie mostraba la menor intención de dejarle la suya! Yo miraba a los otros, que, por su parte, se observaban entre ellos y evitaban las miradas de sus colegas y de aquel hombre.

»Como no podía soportar la situación, le di la mía. Le dije que comiera él primero y que después lo haría yo. Entonces, él volvió hacia mí su mirada muerta y apática (todo le era indiferente), y escuché su confesión: "Camarada, pero si me estoy muriendo... es cuestión de unos días" —Come a mi salud, le respondí, bajo la mirada horrorizada de los demás. Entonces ellos empezaron a evitarme a mí, tanto como al enfermo. Cuando terminó su comida, lavé la escudilla con un poco de agua que había en el cántaro y me puse a comer.»

El sistema empezó a cambiar a partir de finales de 1953: el desarrollo de la red de informadores fue interrumpido, mejoraron las condiciones de las

cárceles y parte de los presos fueron puestos en libertad «por razones de salud»; los juicios se hicieron cada vez más raros y las sentencias cada vez más clementes; de hecho, se dejó de pegar y maltratar a los prisioneros. Los oficiales de mala reputación fueron destituidos, se disolvió el departamento X y se redujo el personal de servicios. Una bomba estalló el 28 de septiembre de 1954 cuando Radio Europa libre comenzó a difundir una serie de informes de Jozef Swiatlo, vicedirector del departamento X, que en diciembre de 1953 había «elegido la libertad». En pocas semanas, el MBP fue reorganizado y reemplazado por el ministerio de Asuntos Interiores (MSW) y un comité de Seguridad Pública (KBP) diferente. El ministro y tres viceministros del MBP tuvieron que dimitir y, en diciembre, fue liberado Gomulka, a la vez que era encarcelado el jefe del departamento de investigación, Jozef Rozanski. La comisión especial de lucha contra los abusos fue suprimida. En enero de 1955, el comité denunció «las faltas y los errores», negando su responsabilidad sobre el aparato de seguridad que, según él, «se había colocado por encima del partido». Algunos verdugos del MBP fueron detenidos y siguieron disminuyendo los efectivos de la Seguridad.

Pero estos cambios eran pura apariencia. En 1955 todavía quedaban alrededor de 30.000 presos políticos, y en la segunda mitad del año tuvo lugar el juicio del ex ministro Wlodimierz Leshowizc [7], el mismo que había sido detenido en 1948 por el grupo especial de Swiatlo. Miembro del Buró político hasta 1949, Marian Spychalski, detenido en 1950, permaneció encarcelado sin proceso hasta abril de 1956. En lo que se refiere a la represión bajo todas sus formas, el verdadero «deshielo» no comenzó hasta después del XX Congreso del PCUS en febrero de 1956 y la muerte de Bierut. Entonces se decretó una amnistía, pero aún quedaron 1.500 presos políticos. Algunos condenados fueron rehabilitados y el procurador general y el ministro de Justicia fueron destituidos. Arrestaron al antiguo viceministro de Seguridad y al director del departamento X, y se confiaron las cárceles, gestionadas hasta entonces por el ministerio del Interior, al ministerio de Justicia. La lucha de las distintas facciones en el seno del poder tuvieron el efecto de hacer «perder el norte» al aparato de seguridad. Algunos colaboradores secretos se negaron a cooperar. No era cosa de cambiar la estrategia: el aparato seguía interesado en las mismas categorías de individuos. Las cárceles solo se habían vaciado a medias; se llevaron a cabo miles de investigaciones; y aunque reducida, la red de informadores seguía contando con 34.000 colaboradores. El sistema de terror general funcionaba, pero a menor escala. Había logrado sus objetivos: los adversarios más activos del régimen habían muerto por millares, y la sociedad, aprendida la lección, sabía en lo sucesivo a qué atenerse por parte de los «defensores de la democracia popular».

[7] Antes de la guerra, Wlodimierz Leshowizc era funcionario civil del contraespionaje militar y colaborador del GRU. Durante la ocupación alemana trabajó para el Gobierno en Londres, siempre perteneciendo al servicio del contraespionaje del Partido Comunista. Marian Spychalski era su superior.

El socialismo real o el sistema de represión selectivo (1956-1981). El cataclismo del socialismo «de hierro» fue en Polonia de una relativamente corta duración y, con el «deshielo», la estrategia de los servicios de seguridad evolucionó. Se consagró a un control de la población, más discreto, pero siempre muy próximo, con vigilancia reforzada en los medios de la oposición legal e ilegal, la Iglesia católica y los círculos intelectuales. Los políticos esperaban del aparato que estuviera siempre listo para dispersar manifestaciones callejeras, nueva tarea aparecida con la segunda gran revolución obrera en el bloque del Este, que tuvo lugar en Poznan en junio de 1956. El aparato de seguridad, la milicia e incluso el KBW se habían dejado sorprender, tanto desde el punto de vista ideológico como desde el punto de vista técnico, por la huelga, seguida de una manifestación que reunió a decenas de millares de personas y del asalto a los edificios públicos después. Se puede afirmar que la revolución de Poznan fue, en cierto modo, el último capítulo de la «guerra civil» de los años 1945-1947. Se vio incluso abrir fuego a los manifestantes, lo que no debía volver a producirse. El partido reaccionó con brutalidad: el Primer ministro declaró que la mano que se hubiera «levantado contra el poder sería cortada»; el ejército entró en combate con tanques. Hubo alrededor de 70 muertos, centenares de detenidos y decenas de manifestantes pasaron por los tribunales. No obstante, las sentencias pronunciadas durante el período de «deshielo», iniciado después de octubre de 1956, fueron moderadas.

Poco tiempo después del VIII pleno del Comité central (19-21 de octubre de 1956), el KBP fue disuelto y el servicio de seguridad integrado en el MSW. El número de funcionarios disminuyó en un 40 por 100 —quedaron 9.000— y, al mismo tiempo, los informadores fueron despedidos. Se suprimieron los servicios de protección de las empresas y la mitad de las investigaciones en curso se suspendieron. Los últimos consejeros soviéticos volvieron a Moscú y una misión oficial del KGB los reemplazó. Se procedió a una reorganización de la dirección de Seguridad por medio de la destitución paulatina de la mayoría de sus cuadros, la mayor parte de origen judío, abriendo con ello camino a nuevos «jóvenes mandos». Los efectivos del aparato de represión fueron reducidos radicalmente. Pero la dirección del partido y, en particular, Gomulka, de vuelta en el poder, se opusieron a que los funcionarios tuvieran que rendir cuentas. Solo se celebraron algunos procesos judiciales discretos. La preocupación era no desmovilizar un aparato llamado a prestar aún algún servicio.

Ya en febrero de 1957, tras la primera reunión general del MSW, el ministro Wicha, afirmando que la intensificación de la lucha de clases era una tesis errónea, pretendió que esta misma lucha ¡se radicalizase! [8]. Desde ese momento y hasta el final del sistema, el aparato de seguridad y los otros —el del partido, el de propaganda, el del ejército— se movieron dentro de esta contradicción.

[8] Archivos centrales del MSW, sig. 17/IX/268, tomo VII.

Veinte años de trabajo silencioso, tranquilo y sistemático, a veces interrumpidos por huelgas y revueltas, se abrían ante el aparato de represión. Un trabajo que consistía en reforzar el sistema de control, tanto con ayudas al «factor humano» —la red de informadores— como técnicas: escuchas y control de correspondencia, que se fueron progresivamente perfeccionando. En los años setenta, la SB (el Servicio de Seguridad) prestó especial atención a la economía, pero su interés, al contrario que el de los antiguos servicios de protección, se centraba en la tecnología, la rentabilidad de la producción, etc. Las averías ya no traían consigo la detención de los obreros, sino una discreta presión del partido para conseguir el cese del director «por una mala gestión». El MSW disponía de un instrumento de presión que de inútil en los tiempos estalinistas había pasado a ser valioso: la autorización para extender un pasaporte (siempre de un solo uso). Por este retorcido medio podía obtener información de lo que ocurría en instituciones, empresas y universidades, pues, para conseguir el pasaporte, muchos estaban dispuestos a cooperar. Lenta, pero sistemáticamente, la SB aumentó sus efectivos, en particular en las esferas neurálgicas desde el punto de vista de la línea general del Partido Comunista. La lucha contra la Iglesia obligó al MSW a crear, en junio de 1962, un nuevo departamento especializado, y a engrosar sus efectivos hasta algunos centenares de funcionarios.

En 1967, con la guerra de los Seis Días entre israelíes y árabes como telón de fondo, la lucha contra el «sionismo» se puso a la orden del día. Esta consigna tenía una triple función, política, social e internacional: el poder buscaba una nueva legitimidad por medio de la reactivación del nacionalismo. Una facción de los mandos del PZPR instrumentalizó el antisemitismo para dejar atrás a la «vieja guardia» y que su carrera tuviera mejores perspectivas; y, finalmente, la campaña antisemita sirvió para desacreditar al movimiento estudiantil de marzo de 1968. Se puso en pie un servicio especial que ocupó a decenas de funcionarios. El aparato del MSW proporcionó entonces información a los grupos locales del partido para poder atacar a quien estos designaran. Tanto en Polonia como en la URSS, el Servicio de Seguridad fue el gran inspirador del «antisemitismo sin judíos» del partido y el Estado.

La penetración en muchos medios sociales favorecida por la SB provocó que las tentativas, en otros tiempos raras, de formar organizaciones ilegales se revelaran efímeras. Sus miembros, a menudo muy jóvenes, constituían la mayor parte de los presos políticos, que no sobrepasaban más de varias decenas de personas cada vez. Los intelectuales eran vigilados de cerca. En caso de necesidad, con un requerimiento, la Seguridad aún podía fichar a un colaborador de Radio Europa Libre o de la prensa de emigración. Se practicaron algunas detenciones aisladas, sobre todo a principios de los años sesenta. El caso que hizo más ruido fue el de Melchior Wankowicz, anciano escritor que gozaba de gran popularidad. La SB prestaba especial atención a los «herejes» del campo comunista. Hubo casos de encarcelamiento de maoístas o trotskistas, lo que la opinión pública acogió con indiferencia, a excepción del caso de Ja-

cek Kuron y de Karol Modzelewski. En 1970, 48 personas del grupo ilegal «Rush» fueron arrestadas. Sus dirigentes fueron condenados a penas de siete y ocho años de cárcel, altas para un periodo de relativa clemencia.

El aparato de seguridad fue muy activo un año después de la vuelta al poder de Gomulka, cuando los jóvenes se manifestaron para protestar por el cierre del semanario *Po Prostu*, periódico que en 1956 había desempeñado un papel considerable en favor del cambio. Decenas de personas recibieron palizas y decenas fueron condenadas. Las huelgas y las manifestaciones de marzo de 1968 tuvieron una amplitud aún mayor. Los manifestantes fueron dispersados brutalmente: se practicaron 2.700 detenciones y 1.000 personas pasaron por tribunales de diferentes tipos. Muchos fueron condenados a penas de varios años de cárcel y centenares de ellos, llamados al ejército por algunos meses, para ser «formados». En la primera mitad de los años sesenta, hubo numerosos casos de cargas de la milicia contra fieles reunidos para defender capillas o cruces erigidos ilegalmente. Y aun cuando las penas eran bastante benignas, centenares de personas sufrieron malos tratos y muchos fueron condenados a pagar multas.

Las manifestaciones obreras tuvieron otro alcance. Las de diciembre de 1970 adquirieron un giro dramático en todas las ciudades del litoral del Báltico. A pesar de la existencia de unidades especiales de la milicia, las autoridades llamaron al ejército, que hizo uso de sus armas, como en Poznan catorce años antes. Según los datos oficiales, hubo alrededor de 40 muertos. Millares de personas fueron golpeadas por la milicia, a menudo en las comisarías. Los obreros eran obligados a pasar por los llamados «caminos de salud», es decir, entre dos filas de policías que les golpeaban con sus porras. No obstante, y esto es característico, tras los acontecimientos de diciembre, el poder no llevó a cabo ningún proceso judicial. Los detenidos fueron liberados tras la partida de Gomulka, y, en las empresas, los dirigentes de la huelga fueron sometidos a vejaciones.

Durante las huelgas cortas que estallaron en algunas ciudades en junio de 1976, las autoridades emplearon, ahora sí, las unidades especiales de la milicia, que no hicieron uso de sus armas, pero esto no impidió que murieran algunas personas. Hubo alrededor de 1.000 detenidos, de los que algunos centenares fueron condenados a pagar multas, y algunas decenas a penas de cárcel.

Los procesos, en el curso de los cuales se estableció contacto entre las familias de los obreros en huelga, los jóvenes y los intelectuales de la oposición, fueron el punto de partida de la lucha de la intelligentsia por los derechos del hombre, y de la constitución —por primera vez después de la prohibición del PSL en 1947— de grupos de oposición organizados (KOR, ROPCIO). Ante esta nueva situación, las autoridades tuvieron que elegir una táctica. Por diversas razones, la primera de ellas el miedo a las repercusiones internacionales a la vista de la dependencia financiera creciente de Occidente que tenía el régimen, el poder optó por una táctica de hostigamiento: arrestos preventivos de cuarenta y ocho horas prorrogables (autorizadas por el Código penal),

licenciamientos, presiones psicológicas, denegaciones de pasaportes, confiscación de material de reproducción, etc. La SB desarrolló rápidamente una red de agentes ampliada. En 1979, el departamento especial de «defensa de la economía» fue reactivado ante el temor de que la influencia de la oposición se extendiera por las empresas.

Esto no resultó nada eficaz cuando en 1980 comenzó una nueva oleada de huelgas. En la dirección del partido, los defensores de la línea «dura» dominaban, pero nadie tomó la decisión de acabar con las huelgas por la fuerza. Por otra parte, como se pudo constatar durante una de las reuniones del Buró político, las fuerzas necesarias no eran ni suficientemente numerosas ni estaban preparadas para hacer frente a cientos de miles de huelguistas, parapetados en centenares de fábricas. Esta vez, los huelguistas —al contrario que en 1956, 1970 y 1976— actuaron según la consigna de Jacek Kuron: «No queméis los comités [del partido], organizad los vuestros».

El poder siguió la táctica de los años precedentes con el sindicato Solidaridad (Solidarnosc), animado por Lech Walesa. Se trataba de debilitar el sindicato, provocar divisiones internas para hacer posible su absorción por parte de las estructuras controladas por el PC (PZPR), como el Frente de Unidad Nacional. Desde octubre de 1980, el MSW y el Estado Mayor iniciaron los preparativos del estado de guerra. El MSW comenzó a infiltrarse en Solidaridad sistemáticamente (en verano, solo en Varsovia había ya 2.400 informadores) y optó por enfrentamientos puntuales, tales como la detención de militantes durante 48 horas o el envío de la milicia para hacer evacuar los edificios públicos ocupados, destinados a tantear la reacción del sindicato. Desde febrero de 1981, la lista de militantes que había que detener estaba preparada (así como las cárceles destinadas a acogerlos), pero la dirección del PZPR prefirió seguir su táctica de hostigamiento y provocaciones, como en marzo de 1981 en Bydgoszcz, donde la milicia machacó a los sindicalistas. El aparato polaco de seguridad, que mantenía una actitud más bien pasiva, recibió refuerzos. Después de las huelgas de 1980, la Stasi, policía política de la RDA (República Democrática Alemana), estableció uno de sus grupos operativos en Varsovia[9]. Un acontecimiento en sí mismo, aunque ya años antes hubiera funcionado, coordinada por el KGB, la colaboración de los servicios de seguridad contra la oposición democrática.

Esta situación duró hasta los primeros días de diciembre de 1981, momento en el que, para «probar» las posibilidades de movilización de Solidaridad, la unidad antiterrorista de la milicia puso fin a la huelga de alumnos de la Escuela de bomberos de Varsovia. Diez días más tarde, en la noche del 12 al 13 de diciembre, fue decretada la ley marcial en toda Polonia.

[9] El KGB, como he recordado aquí arriba, tenía desde 1956 un puesto en Polonia. Después de 1986, la Stasi se estableció en Bulgaria, Checoslovaquia y Hungría, donde sus efectivos eran más modestos que en Polonia.

Estado de guerra: una tentativa de represión generalizada. Se trató de una gran operación policial y militar preparada con suprema precisión. 70.000 soldados, 30.000 funcionarios de la milicia, con 1.750 tanques, 1.900 transportes blindados, 9.000 camiones y coches y escuadrones de helicópteros y aviones de transporte entraron en acción. Las fuerzas estaban concentradas en las ciudades más grandes y los centros industriales. Tenían como misión acabar con las huelgas, paralizar la vida cotidiana de modo que aterrorizara a la población y obstaculizar cualquier respuesta por parte de Solidaridad. Fueron desconectados los teléfonos (causa de la muerte de numerosas personas, que no pudieron llamar a los servicios de urgencia), se cerraron las fronteras y las estaciones de gasolina; eran necesarios salvoconductos para salir de cualquier localidad, y se instituyeron el toque de queda y la censura de la correspondencia. Diez días más tarde habían terminado las huelgas y los manifestantes se habían dispersado, prueba de la eficacia del plan. Se contabilizaron 14 muertos, algunos cientos de heridos, alrededor de 4.000 huelguistas fueron detenidos y los primeros juicios, que se celebraron en Navidad, pronunciaron sentencias con penas que iban de tres a cinco años de cárcel (la más alta, de diez años). Todos los inculpados fueron juzgados por tribunales militares, competentes para los «delitos contra la ley marcial». Las tropas soviéticas, de Alemania del Este y checoslovacas, que habían sido movilizadas, pudieron renunciar a una intervención programada en caso de que las huelgas y los manifestantes se hubieran transformado en un movimiento de insurrección, o en caso de que las fuerzas polacas se vieran incapaces de reprimirlo.

La segunda parte de la represión fue el encarcelamiento de los militantes de la oposición y de Solidaridad comenzado el 12 de diciembre antes de media noche. En pocos días, en virtud de una disposición administrativa, 5.000 personas fueron encerradas en 49 «centros de aislamiento», situados fuera de las grandes ciudades. El objetivo era paralizar al sindicato, pero también dejar libres puestos de responsabilidad para situar allí a militantes de la SB. El sistema de internamiento, que duró doce meses, representaba una forma aparentemente «menos rigurosa» de encarcelamiento, fácil de aplicar, puesto que no requería la intervención de un procurador o un juicio. En principio, la SB no utilizó contra las personas internadas, encarceladas o condenadas, ningún medio prohibido, y se sirvió únicamente de «técnicas de persuasión», garantizadas por su fuerza. Al mismo tiempo, la SB intensificó el reclutamiento de colaboradores e incitó a los militantes a emigrar, haciendo chantaje a sus familias.

El general Jaruzelski, que estaba en el poder desde el 18 de octubre, tuvo que enfrentarse con los dirigentes del partido, numerosos entre los cuadros de mando del partido en las empresas, los funcionarios retirados del MSW, el aparato del partido y el ejército. Se crearon grupos de autodefensa (aunque nadie les atacaba), y se repartieron pistolas. Reclamaban la celebración de juicios contra los internados y pedían veredictos severos, penas de muerte. En otras palabras, la utilización del terror generalizado en lugar de la represión

generalizada, demasiado clemente a sus ojos. A pesar de una agresiva campaña de propaganda contra Solidaridad, la dirección del partido no se decidió a utilizar los medios propuestos por estos radicales. Más que terminar con la resistencia social por métodos estalinistas, se prefirió «reducir las tensiones». Las repetidas manifestaciones de Solidaridad cada 1 y 3 de mayo —fecha del aniversario de la Constitución de 1791 y antigua fiesta nacional— y el 31 de agosto —aniversario de los acuerdos de Gdansk de 1980— eran en cualquier caso brutalmente disueltas. Millares de personas fueron citadas para ser interrogadas y cientos de ellas comparecieron ante los tribunales. Hubo también algunos muertos (seis en total). De tarde en tarde, al final de un proceso público, los dirigentes clandestinos de Solidaridad eran condenados a penas de hasta cinco años de cárcel. Tras el cierre de los centros de internamiento en diciembre de 1982 y la revocación formal del estado de sitio el 22 de julio de 1983, aún quedaban cientos de personas en las cárceles y hasta casi un millar de presos políticos, detenidos por actividades sindicales clandestinas, impresión o reparto clandestinos de prensa y libros, a veces incluso por una simple colecta en favor de los detenidos. Las autoridades recurrieron también a los despidos. Miles de huelguistas de diciembre de 1981 fueron víctimas de ellos, y se sometió a los periodistas a procesos de «comprobación», que también condujeron a miles de despidos.

A excepción de las primeras semanas que siguieron al 13 de diciembre, Polonia no ha vuelto a conocer un terror comparable al de los años 1949-1956. El aparato de seguridad practicaba una amplia gama de métodos, denominados en el lenguaje de los servicios secretos «desinformación y desintegración», ya utilizados en los años setenta, cuando el ministerio de Asuntos del Interior creó el grupo autónomo D y sus filiales locales. Hasta 1981, este nuevo departamento se concentró en la Iglesia y medios próximos a ella. Tras la instauración de la ley marcial, el radio de acción del grupo D se extendió al sindicato Solidaridad: atentados repetidos contra sus bienes (incendio de apartamentos, destrucción de vehículos), agresión a sus militantes por parte de «desconocidos», amenazas de muerte y distribución de falsas octavillas y falsos periódicos clandestinos. Hubo igualmente algunos secuestros, y las víctimas fueron abandonadas en un camino después de haberles hecho tomar barbitúricos o estupefacientes. Las palizas también produjeron víctimas, entre otros, el alumno de instituto Grzegorz Przemyk, en un puesto de policía en 1983.

La más conocida de las acciones de este género, cometida por los funcionarios de la sección D del departamento IV del MSW, fue el asesinato del padre Jerzy Popieluszko, el 19 de octubre de 1984. Según la versión oficial, los asesinos habían actuado por su cuenta, a espaldas de sus superiores. Esta versión suscita aún muchas dudas, pues la actividad del aparato de seguridad estaba estrictamente controlada en todas las acciones importantes, que necesitaban el visto bueno ministerial. Si, en este caso particular, el propio MSW entregó a los responsables, que fueron condenados acto seguido, en otros casos de asesinatos de sacerdotes o de personas ligadas a Solidaridad, el nombre de los culpables no se supo nunca. A juzgar por la reacción de la población, la actividad de tipo D no llegaba a alcanzar sus objetivos, que consistían en extender el miedo en los medios elegidos. Parece que el efecto fue exactamente el contrario: se reforzó la determinación de los disidentes.

Tras las confrontaciones violentas de los primeros días de la ley marcial y la importante represión de las manifestaciones de 1982-1983, el período siguiente estuvo marcado por una limitada represión. Los militantes clandestinos eran conscientes del hecho de que no se arriesgaban más que a algunos años de cárcel, regularmente vaciada por las amnistías, por otra parte. En este punto de su evolución, el sistema estaba ya muy lejos de sus orígenes estalinistas.

Del alto el fuego a la capitulación o el desarrollo del poder (1986-1989). La situación al final del verano de 1986 era de tal naturaleza, que, bajo la influencia de la *perestroika* y la *glasnost* y el estancamiento de la economía polaca, el equipo del general Jaruzelski intentó encontrar en la oposición polaca grupos con los que poder llegar a un compromiso. Cualquier tentativa en esta línea debía estar precedida de un notable descenso del nivel de represión. El 11 de septiembre de 1986, el ministerio de Asuntos del Interior anunció la liberación de todos los presos políticos: 225 personas en total. Para conservar un mínimo de rigor, se decidió que la participación en una organización prohibida o cualquier publicación clandestina sería castigada con una multa o con la detención en una comisaría y no en una cárcel como anteriormente. Se volvía, pues, al nivel de represión de los años 1976-1980. Con esta diferencia: al poder se enfrentaban no ya a cientos, sino a decenas de miles de militantes. Durante los primeros meses de 1988, tras varias oleadas de huelgas, la represión se recrudeció de nuevo, pero el 26 de agosto un comunicado anunció el inicio de las negociaciones con Solidaridad.

Aunque frustradas, las gentes del aparato de seguridad se portaron en conjunto con disciplina, si bien es probable que algunos de ellos intentaran impedir el futuro acuerdo. Testimonio de ello es el hecho de que en enero de 1987 fueran asesinados dos sacerdotes encargados del servicio pastoral de las estructuras locales de Solidaridad. Hasta hoy nadie sabe si se trató de atentados de la célula D o de actos criminales comunes.

Después de las elecciones de 1989 y tras la formación del Gobierno de Tadeusz Mazowiecki, el control de los «ministerios de la fuerza» (Interior y Defensa) quedó en manos de sus antiguos jefes. El 6 de abril de 1990, la SB fue disuelta y reemplazada por el Buró de protección del Gobierno (UOP).

En Polonia, el sistema comunista nunca estuvo conforme a la legalidad, pues no respetaba ni el derecho internacional ni su propia constitución. Criminal desde su nacimiento (1944-1956), el sistema siempre estuvo dispuesto a recurrir a la fuerza (comprendida la militar) a gran escala.

Bibliografía. El presente texto está basado en mi propia investigación en archivos. Como experto de la comisión de responsabilidades constitucional he tenido acceso a muchos informes de los años 1980-1982, aún secretos. La literatura más abundante se refiere al período de 1944-1948. Para los períodos posteriores no contamos nada más que con trabajos generales y documentos escogidos sobre los conflictos sociales. Esta bibliografía no recoge numerosos testimonios y recuerdos.

L'Appareil de Sécurité dans les années 1944-1956. Tactique, stratégie, méthodes (ed. A. Paczkowski): I, *Les Années 1945-1947,* Varsovia, 1994; II, *Les Années 1948-1949, idem,* 1996.

K. Bedynski, *L'Histoire du régime des prisons en Pologne populaire, 1944-1956,* Varsovia, 1988.

A. Dudek, T. Marszalkowski, *Luttes de rue en Pologne populaire, 1956-1989,* Cracovia, 1992.

J. Eisler, *Mars 1968,* Varsovia, 1991.

A. Golimont, *Les Généraux de la Sécurité,* Varsovia, 1992.

Le Golgotha de Wroclaw, 1945-1956 (red. K. Szwagrzyk), Wroclaw, 1995.

La Commission spéciale pour la lutte contre les abus et le sabotage économique, 1945-1954, choix de documents (red. D. Jarosz, T. Wolsza), Varsovia, 1995.

P. Machcewicz, *L'An polonais 1956,* Varsovia, 1993.

S. Marat, J. Snopkiewicz, *Les Hommes de la Sécurité. Documentation sur un période ors la loi,* Varsovia, 1990.

P. Michel, G. Mink, *Mort d'un prêtre. L'affaire Popieluszko,* París, 1985.

E. Nalepa, *Pacification d'une ville révoltée. L'armée polonaise on juin 1956 à Poznan,* Varsovia, 1992.

Les camps de travail en Haute-Silésie (red. A. Topol), Katowice, 1994.

Défense de la Sécurité de l'État et de l'ordre public en Pologne, 1944-1988 (ed. T. Walichnowski), Varsovia, 1989.

J. Poksinski, *TUN. Tatar-Utnik-Nowicki,* Varsovia, 1992.

Les Polonais face à la violence, 1944-1956 (red. Barbara Otwinowska, J. Zaryn), Varsovia, 1996.

Danuta Suchorowska, *La Grande Éducation. Mémoires des prisonniers politics du PRL (1945-1956),* Varsovia, 1990.

Maria Turlejska, *«Ces générations converties de deuil...». Les Condamnés à mort est leurs juges, 1944 1954,* Londres, 1989.

2
EUROPA CENTRAL Y DEL SURESTE

por
KAREL BARTOSEK

¿TERROR «IMPORTADO»? En el espacio centroeuropeo, hay que pensar en el terror, relacionándolo con la guerra, como su expresión suprema en la primera mitad del siglo XX. La Segunda guerra mundial, que, además, comenzó en estos territorios, sobrepasó con mucho el concepto de «guerra total» del general Ludendorff. La «democratización de la muerte» (Miguel Abensour) afectó desde entonces a decenas de millares de personas. Se confundió el exterminio con la idea de guerra. La barbarie nazi golpeó a la población civil, especialmente con el exterminio de los judíos. Las cifras son elocuentes: en Polonia, las bajas militares fueron 320.000 y las civiles 5,5 millones; en Hungría, 140.000 y 300.000, respectivamente; en Checoslovaquia, las víctimas civiles representaban el 80 o 90 por 100 de las bajas totales...

Sin embargo, el gran terror de la guerra no terminó el día de la rendición alemana. Antes, la población vivió «depuraciones nacionales», que en esta región revistieron un carácter específico con la llegada del Ejército Rojo, el «puño armado» del régimen comunista. Los comisarios políticos y servicios especiales de este ejército —el SMERSH y el NKVD— se emplearon a fondo en la depuración. En particular, en los Estados que habían enviado tropas al frente contra la Unión Soviética —Hungría, Rumania, Eslovaquia—; cientos de miles de personas fueron deportadas, en esta ocasión al Gulag soviético (su número exacto aún está pendiente de evaluación).

Según recientes estudios de húngaros y rusos, aparecidos tras la apertura de los archivos —prudentes en cuanto a las cifras exactas—, cientos de miles de personas, soldados y civiles, desde niños de trece años hasta ancianos de ochenta, fueron deportados: alrededor de 40.000 eran de la Ucrania subcarpática, que pertenecía a Checoslovaquia, ocupada por Hungría tras los acuerdos de Munich de 1938, y que de hecho se anexionó la Unión Soviética en

1944. En Hungría —nueve millones de habitantes aproximadamente— fueron deportadas en esa época más de 600.000 personas, aunque las estadísticas soviéticas solo mencionan 526.604. Esta cifra fue establecida a la llegada a los campos y no tenía en cuenta los fallecimientos ocurridos en los campos de tránsito en Rumania (Brasso-Brasov, Temesvar-Timisoara, Maramossziget-Maramures), en Moldavia (Foscani), en Besarabia (Balty) o en Galitzia (Sambor). Alrededor del 75 por 100 de los deportados pasaron por estos campos. Entre ellos había también judíos, enrolados en los batallones de trabajo del ejército húngaro. Dos tercios de estos prisioneros fueron repartidos en los campos de trabajo, y un tercio (civiles), en campos de internamiento en los que la mortalidad, causada sobre todo por las epidemias, fue dos veces más alta. Según estimaciones actuales, cerca de 200.000 de los deportados de Hungría —que incluían también a personas pertenecientes a la minoría alemana, a rusos venidos después de 1920 y a franceses o polacos instalados en Hungría— no regresaron jamás [1].

Solo era conocida por los tribunales «populares» y «excepcionales» una parte de las depuraciones. Al final de la guerra y a principios de la posguerra dominó una persecución extrajudicial con un grado de violencia —ejecuciones, asesinatos, torturas, secuestros— permitido por la ausencia o el no respeto de la ley y por acuerdos internacionales en relación con los prisioneros de guerra o la población civil. El caso de Bulgaria, que en aquella época tenía siete millones de habitantes, se distinguió en este sentido. Desde el día siguiente al 9 de septiembre de 1945, fecha de la toma del poder por el Frente Patriótico y la entrada del Ejército Rojo en el país, se pusieron en funcionamiento la milicia popular y la Seguridad del Estado, controladas por los comunistas. El 6 de octubre, un decreto instituyó los «tribunales populares». En marzo de 1945 estos habían ya pronunciado 10.897 sentencias en 131 juicios y condenado a muerte a 2.138 personas, entre las que figuraban los regentes, como el hermano del rey Boris III, la mayoría de los parlamentarios y miembros de gobiernos del período posterior a 1941, oficiales superiores, policías, jueces, industriales y periodistas. Pero, según varios especialistas, fue la «depuración salvaje» la que produjo el bloque esencial de víctimas: de 30.000 a 40.000 personas, especialmente personalidades locales, alcaldes, maestros, sacerdotes y comerciantes. Gracias a testigos que no temían hablar, después de 1989 comenzaron a descubrirse fosas comunes desconocidas. Sin embargo, Bulgaria no había enviado tropas contra la Unión Soviética y había salvado del genocidio a la mayoría de sus judíos. Para establecer la amplitud de la represión comunista que se abatió sobre este país, es instructivo mencionar el número de víctimas del período de 1923 a 1944, bajo el antiguo régimen, que fue denunciado en Europa en diversas ocasiones como dictatorial. Según una investiga-

[1] Ver Tamas Stark, «Hungarian prisoners in the Soviet Union (1941-1955)», en *1945: Consequences and Sequels of the Second World War,* boletín del comité internacional de historia de la Segunda guerra mundial, París, IHTP, núms. 27-28, 1995, págs. 203-213.

ción del nuevo Parlamento, llevada a cabo en 1945, se contaba 5.632 víctimas, asesinados, ejecutados, muertos en prisión o tras haber sido encarcelados, durante este período [2]. De 1941 a 1944, años de la resistencia antifascista y de su represión, 357 personas —no solo miembros de la resistencia— habrían sido condenadas a muerte y ejecutadas.

La depuración tutelada por el Ejército Rojo engendró, en las sociedades afectadas, un miedo más o menos agudo según los casos, pues no se limitaba a aquellos que habían sostenido activamente a los nazis o a los fascistas, sino a muchos otros, inocentes o simplemente pasivos.

En una película documental búlgara fechada a principios de los años ochenta, tras la caída del régimen comunista, una mujer cuenta un episodio que tuvo lugar en otoño de 1944: «Después del primer arresto de mi padre, al día siguiente, hacia el mediodía, llegó a la casa un policía y entregó a mi madre una citación, requiriendo que se presentase a las cinco de la tarde en el puesto de policía n.° 10. Tras ello, mi madre, que era una mujer muy bella, una mujer muy dulce, se vistió y se fue. La esperamos; los tres niños la esperamos. Volvió a la 1.30 de la madrugada, blanca como la pared, arrugada, despeinada. Tan pronto como entró, se acercó a la cocina, retiró las placas, comenzó a desvestirse y lo quemó todo. Después se bañó y solo entonces nos apretó entre sus brazos. Nosotros nos acostamos. Al día siguiente hizo una primera tentativa de suicidio, tras lo cual llevó a cabo hasta tres más, y se envenenó en dos ocasiones. Ella todavía vive, yo la cuido... es una enferma mental. Nunca hemos llegado a saber lo que le hicieron.» [3]

En el transcurso de este período, bajo el sol de la «liberación del Ejército Rojo», que debía, según rezaba la propaganda comunista posterior, brillar para siempre, los «cambios de chaqueta» fueron numerosos y la delación causó estragos. Este revés de la Historia vino acompañado de una segura crisis de identidad, tanto entre los «oportunistas», cómplices pasivos de los verdugos, como, a menudo, entre las víctimas más afectadas, los judíos. Los Rosensweig querían llamarse Rosanski y los Breitenfeld, Bares...

La presencia del terror, del miedo y de la angustia en Europa central y del sureste no se detuvo aquí. La lucha armada contra las autoridades que sigue a la guerra continúa en particular en Polonia y afecta igualmente a Eslovaquia en 1947, cuando llegaron allí las «unidades de Bander» expulsadas de Ucrania. Los grupos armados formados por los antiguos miembros de la guardia de hierro fascista, conocidos como «abrigos negros», castigaron por su parte los Cárpatos rumanos. La Europa central es aún terreno de un antisemitismo combativo: los últimos pogroms o tentativas de pogrom de la historia europea tuvieron lugar en esta área en 1946, en Polonia, en Hungría y Eslovaquia. La nueva tragedia judía, justo después de las matanzas de la

[2] Ver Frédy Foscolo, «Épurations: passé et présent», en *La Nouvelle Alternative,* informe «Poids et enjeux des épurations», París, núm. 21, 1991, págs. 8-9.

[3] Tzevetan Todorov, *Au nom du peuple,* L'Aube, 1992, págs. 52-53.

guerra, es también el drama de los pueblos en los que se manifiesta un «neoantisemitismo», según la expresión del gran pensador húngaro Istvan Bibo. Y la magnitud de la violencia reviste otra dimensión.

El agresivo nacionalismo antialemán, probablemente explicable en parte por el pasado reciente y la represión de la Alemania nazi, pesó mucho en la evolución de ciertos países y contribuyó considerablemente a limitar la implantación del comportamiento democrático. La violencia se había hecho cotidiana, trasladada a millones de personas que pertenecían a las minorías alemanas y cuya instalación en estas regiones se remontaba en ocasiones al siglo XIII: 6,3 millones de alemanes tuvieron que abandonar sus hogares en los territorios recuperados por Polonia; 2,9 millones fueron expulsados de Checoslovaquia, 200.000 de Hungría, más de 100.000 de Yugoslavia... Las cifras globales no pueden hacernos olvidar los dramas individuales: mientras los hombres, militares, generalmente se encontraban en los campos de prisioneros de guerra, mujeres, niños y ancianos tuvieron que abandonar sus casas, pisos, comercios, talleres o granjas. El traslado, «oficial» y aprobado por los aliados en el curso del verano de 1945, había estado precedido en algunas comarcas por un «traslado salvaje»; y nacionalistas checos desenfrenados asesinaron a miles de civiles en el curso de esta caza de alemanes.

Los elementos de terror estaban, pues, presentes en el espacio centroeuropeo antes de la instalación de los regímenes comunistas, y la violencia había sido parte integrante de las experiencias recientes y de la realidad social y mental de los países afectados. Sus sociedades se encontraban un tanto debilitadas para oponerse a la nueva ola de barbarie que no tardó en abatirse sobre ellas.

Instrumentos de la nueva violencia fueron, en particular, los partidos comunistas. Sus dirigentes e instituciones eran fieles discípulos de la doctrina bolchevique, «enriquecida» en la Unión Soviética bajo la dirección de Stalin. Hemos visto en los capítulos precedentes que el fin de cualquiera de sus acciones estaba claro: asegurar por todos los medios el monopolio del poder comunista, el «papel dirigente del partido», según el modelo de la Unión Soviética. No se trataba en absoluto de instaurar un poder compartido cualquiera, ni una separación de poderes, un pluralismo político o una democracia parlamentaria, aunque el régimen parlamentario se mantuviera como formalidad. La doctrina de moda en esa época presentaba a la Unión Soviética bajo la aureola de su contribución a la rendición de la Alemania nazi y sus aliados, así como la fuerza principal de la revolución, su guía universal. Las fuerzas comunistas locales debían, bien entendido, coordinar y, ante todo, subordinar su actividad al centro del comunismo mundial, a Moscú y a su jefe, Stalin.

El monopolio del poder de los comunistas quedó prácticamente asegurado, tras la «liberación» de dos países: en Yugoslavia, donde estaban dirigidos por Josip Broz, llamado Tito, y en Albania, donde Enver Hoxha se había puesto a la cabeza del PCA. En ambos países, ellos habían dominado la resis-

tencia a los invasores nazis o italianos y, a pesar de las presiones externas, entre ellas las de la Unión Soviética, solo aceptaron compartir el poder con otras fuerzas políticas un corto espacio de tiempo.

En el curso de la Historia, la instauración de un nuevo poder fue raramente precedida de un baño de sangre como el que vivió Yugoslavia (alrededor de un millón de víctimas en un país de quince millones y medio de habitantes). Las múltiples guerras civiles, étnicas, ideológicas y religiosas, causaron más muertes que la guerra, eficaz y apreciada de los aliados, contra los ocupantes, o la represión por parte de estos últimos, y sus víctimas fueron en su mayoría mujeres, niños y ancianos. Esta guerra, verdaderamente fratricida, con ciertos aspectos genocidas, esta guerra en la que un hermano llegó a combatir a otro, desembocó en tal «depuración» que en el momento de la liberación ya no quedaban en el interior del país muchos rivales para los comunistas y su jefe, Tito, que, por otra parte, se encargaba de eliminarlos lo más rápidamente posible. La vecina Albania tuvo una evolución parecida, con la ayuda, además, de los comunistas yugoslavos.

En los otros países de Europa central y del sureste —a excepción de Checoslovaquia—, los partidos comunistas eran antes de la guerra fuerzas políticas casi marginales, con algunos miles de afiliados. El partido búlgaro, por ejemplo, fue importante en 1919-1923, clandestino después, pero muy presente en la resistencia. Seguros del apoyo del Ejército Rojo y aprovechando la coyuntura de la época, pasaron a ser fuerzas políticas importantes. Partícipes de los nuevos gobiernos, controlaron casi todos los ministerios encargados de la represión (ministerios del Interior y de Justicia) o susceptibles de serlo (ministerio de Defensa). Desde 1944-1945, los partidos comunistas ocupaban la cartera de Interior en Checoslovaquia, en Bulgaria, en Hungría y en Rumania, la de Justicia en Bulgaria y Rumania, y la de Defensa en Checoslovaquia. Los ministros de Defensa de Checoslovaquia y Bulgaria, los generales Ludvik Svoboda y Damian Velchev, eran ambos cripto-comunistas. Hombres a sueldo suyo estaban a la cabeza de la policía secreta, la Seguridad del Estado —la Darjavna Sigurnost en Bulgaria, la Allam Védélmi Osztaly, AVO (más tarde AVH) en Hungría—, y servicios de información del ejército. El Rumania, el Servicio Especial, precursor de la famosa Securitate, estaba dirigido por Emil Bodnaras, antiguo oficial del ejército, agente soviético desde los años treinta, según Cristina Boico [4]. Por todas partes, los comunistas establecían su aparato de terror. A propósito del control del AVO, Matyas Rakosi, secretario general del PCH, ha declarado: «Es la institución en la que nosotros nos reservamos el control total, rechazando categóricamente compartirlo con los otros partidos de la coalición según las respectivas fuerzas.» [5]

[4] «Les hommes qui ont porté Ceausescu au pouvoir», en *Sources-Travaux historiques*, París, núm. 20, 1990.

[5] François Fejtö, *Histoire des démocracieș populaires*, París, Le Seuil, 1979, tomo I, pág. 99.

Los procesos políticos contra los aliados no comunistas. El discurso ocasional de algunos dirigentes comunistas de la época sobre las «vías nacionales al socialismo», sin «dictaduras del proletariado» a la soviética, servía de tapadera a la estrategia real de los partidos comunistas del centro y el sureste de Europa. Esta consistía en poner en marcha la doctrina y la práctica bolcheviques que habían probado en Rusia desde 1917. La represión seguía una lógica «probada» y «experimentada». Así como los bolcheviques eliminaron a sus aliados de octubre de 1917, a los socialistas-revolucionarios y aun a otros, sus alumnos aplicados liquidaron desde 1946 a sus compañeros de coalición. Los analistas, por su parte, hablan de «proceso de sovietización» de estos países y de plan estratégico elaborado por Moscú. Además fue Stalin quien ordenó el rechazo del Plan Marshall durante el verano de 1947 y quien inspiró la creación del Buró de información de los partidos comunistas (Kominform), en septiembre de 1947, para controlar todavía mejor a los partidos en el poder.

Desde luego, había diferencias en la evolución de los países que nos ocupan. En todas partes, sin embargo, los partidos comunistas pretendían aniquilar definitivamente a sus adversarios o concurrentes políticos, ideológicos, espirituales, reales o potenciales. La doctrina exigía eliminarlos para siempre y todos los medios eran buenos para conseguirlo, desde la condena a muerte, la ejecución o un largo encarcelamiento, hasta el exilio forzoso a Occidente, el procedimiento menos cruel, pero que debilitaba las fuerzas de resistencia contra los comunistas y que generalmente ha sido subestimado en los análisis de la historia de estos países. ¿No son el «derecho a la patria y al hogar» parte de los derechos fundamentales del hombre? Entre 1944-1945, decenas de miles de húngaros, eslovacos, polacos y otros habitantes autóctonos dejaron su país por miedo al Ejército Rojo.

La primera herramienta utilizada en esta panoplia de la represión fueron los juicios políticos contra los dirigentes de los partidos, que no respondían a las categorías de colaboracionistas con los ocupantes nazis ni fascistas locales y que, por el contrario, a menudo habían pertenecido a la resistencia y habían incluso conocido las cárceles y los campos de prisioneros de los regímenes fascista o nazi. El proceso comenzó en los países ex aliados de Alemania (Hungría, Rumania y Bulgaria), bajo el control directo del Ejército Rojo. En las comisiones interaliados creadas en 1944 y que funcionaron hasta 1947, dominaron ampliamente los militares soviéticos e impusieron sus puntos de vista. En Hungría, el partido de los Pequeños Propietarios, gran vencedor de las elecciones de 1945, con el 57 por 100 de los votos, fue objeto no solo de maniobras políticas, sino también de grandes operaciones policiales. En enero de 1947, el ministerio del Interior, controlado por el comunista Laszlo Rajk, antiguo brigadista en España y dirigente de la resistencia interior al final de la guerra mundial, anunció el descubrimiento de una conspiración contra el Estado, e involucró en ella al grupo Comunidad húngara, que se había formado durante la guerra para combatir clandestinamente a los ocupantes

nazis. La policía detuvo a un ministro y a varios diputados del Partido de los Pequeños Propietarios, y el jefe de los pretendidos conspiradores, György Donath, fue condenado a muerte y ejecutado, y los otros acusados recibieron penas de prisión durísimas.

En febrero de 1947, Béla Kovacs, secretario general de este poderoso partido, fue arrestado por las autoridades soviéticas acusado de «conspiración contra la seguridad del Ejército Rojo». Estuvo detenido en la Unión Soviética hasta 1956. El número de víctimas aumentaba rápidamente, pues la policía comunista siempre pensaba, en Hungría como en todas partes, que cada «conspiración» tenía necesariamente «ramificaciones».

Dos años después de la guerra, el primer partido de Hungría era «descabezado y diezmado» [6]. Como Béla Kovacs, sus representantes más eminentes estaban bien en el exilio bien en la cárcel: Ferenc Nagy, presidente del Consejo, Zoltan Tildy, su predecesor, Béla Varga, presidente de la Asamblea Nacional, Jozsef Kövago, alcalde de Budapest; y con ellos, decenas de diputados y responsables de este partido. Entre el final de 1947 y el principio de 1949, el Partido de la Independencia y el Partido Demócrata Popular fueron disueltos. La «táctica del salchichón», ponderada más tarde a propósito del Partido de los Pequeños Propietarios por Matyas Rakosi, secretario general del Partido Comunista, que había regresado de Moscú con el Ejército Rojo, preconizaba que los adversarios debían ser eliminados «a rodajas». Con la firme convicción de que dichas «rodajas de salchichón», «comidas», no producirían problemas de digestión...

Todavía en Hungría, en febrero de 1948, continuaba la persecución de los socialdemócratas, y se detenía a Justus Kelemen, entonces subsecretario de Estado, adjunto al ministro de Industria. Dicha persecución había comenzado probablemente —Polonia aparte— en Bulgaria, donde el líder socialdemócrata Krastiu Pastujkhov había sido condenado en junio de 1946 a cinco años de cárcel. Antes del verano de 1946, quince miembros del comité central de la social democracia independiente, dirigida por Kosta Lulshev, estaban en la cárcel. Lulshev en persona, al igual que otros dirigentes, fue arrestado en 1948 y condenado, en noviembre, a quince años de cárcel. Llegada a Rumania en 1948, con la detención en mayo de Constantin Titel Petrescu y Anton Dimitriu, presidente y secretario general, respectivamente, del Partido Socialdemócrata Independiente, esta represión golpeó duramente a todos los adversarios de la unificación forzosa de los partidos socialdemócratas con los partidos comunistas dominantes. Esta alianza de los socialdemócratas, solicitada en el momento de la liberación, se reveló de pura inspiración táctica. El pluralismo del movimiento obrero no tuvo jamás efecto en lugar alguno del interior de los regímenes comunistas. Un episodio especial de esta persecu-

[6] Miklos Molnar, *De Béla Kun à Janos Kadar. Soixante-dix ans de communisme hongrois*, París, Presses de la Fondation nationale des sciences politiques, Instituto universitario de estudios internacionales superiores, 1987, pág. 164.

ción de los socialdemócratas tuvo lugar en la zona de ocupación soviética en Alemania, convertida en República Democrática Alemana. Entre 1945 y 1950, 5.000 socialdemócratas, de los que 400 murieron detenidos, habían sido condenados por los tribunales soviéticos y alemanes del este. El último gran proceso contra los socialdemócratas se celebró en Praga al final de 1954.

La cárcel de Sighet.

En el extremo del noroeste de Rumania se encuentra la localidad de Sighet. En 1896 se edificó allí una cárcel de espesos muros que se convirtió en 1948 en prisión política de severísimo régimen.

En mayo de 1950, varios furgones condujeron a Sighet a más de 200 personas eminentes, entre ellas algunos ministros de gobiernos posteriores a 1945. En su mayoría era gente de edad avanzada, como el dirigente del Partido Nacional Campesino, Juliu Maniu, que tenía setenta y tres años, o el decano de la familia Bratianu (el fundador de la Rumania moderna), que tenía ochenta y dos. La cárcel se llenó de políticos, generales, periodistas, sacerdotes, obispos greco-católicos... En cinco años, 52 de estos prisioneros encontraron allí la muerte.

En Bulgaria, antes de la elecciones de 1946, veinticuatro militantes del Partido Agrario fueron asesinados, y su dirigente, Nicolas Petkov, detenido el 5 de junio de 1947, en plena sesión de la Asamblea Nacional, junto con otros veinticuatro diputados. Este último, republicano francófilo, había pasado siete años en el exilio en Francia, tras el asesinato, en 1924, de su hermano, diputado de la Unión Agraria. En 1940, Petkov había estado internado durante algunos meses en un campo de Gonda-Voda, y después desterrado, época durante la cual preparó la fundación del Frente Patriótico, que integraba a los resistentes comunistas. Acabó siendo presidente del consejo al final de la guerra, pero dimitió para protestar contra la violencia terrorista de las depuraciones llevadas a cabo por las minorías comunistas. Siendo ya jefe de la oposición unida, este antiguo aliado de los comunistas fue acusado, en 1947, de una «conspiración armada contra el Gobierno», juzgado en agosto, fue condenado a muerte el 16 y ahorcado el 23 de septiembre. Entre los responsables comunistas y de la Seguridad del Estado que prepararon la detención de Petkov y su juicio figura un tal Traicho Kostov, que sería ahorcado dos años más tarde...

En los otros dos antiguos países satélites de Alemania, los juicios políticos fijaron sus objetivos primero en los dirigentes de los poderosos partidos

agrarios, que en ocasiones habían contribuido a la ruptura de la alianza con Alemania, lo que provocó la entrada del Ejército Rojo. En Rumania, Juliu Maniu y Ion Mihalashe fueron condenados, en octubre de 1947, en el curso de un gran proceso basado en provocaciones policiales, a cadena perpetua, y con ellos, otras diecisiete personalidades del Partido Nacional Campesino. Este juicio abrió camino a la persecución masiva de políticos no comunistas. Juliu Maniu murió en 1952 en la cárcel. Ya antes de las elecciones del 18 de noviembre de 1946, varios políticos habían sido condenados por un tribunal militar bajo la acusación manipulada de «organización terrorista».

Última declaración de Nicolas Petkov.

Tras el informe del fiscal general, que había pedido la pena de muerte de Nicolas Petkov, este tenía el derecho de realizar una última declaración. Sacó un papel de su bolsillo y, con voz tranquila, leyó:

«Señorías (...), con la conciencia tranquila, y dándome totalmente cuenta de mis responsabilidades tanto hacia la justicia búlgara como frente a la sociedad y a la organización política de la que formo parte y por la que siempre he estado dispuesto a dar mi vida, es mi deber declarar:

»Nunca he participado ni tenido la intención de participar en una actividad ilegal dirigida contra el poder popular del 9 de septiembre de 1944, del que yo soy, con la Unión Agraria, uno de los artífices.

»Pertenezco a la Unión Agraria búlgara desde 1923. Los principios fundamentales de su ideología son: paz, orden, legalidad y poder del pueblo, mientras que sus únicas armas son la papeleta de voto, la palabra y la prensa. La Unión Agraria no ha recurrido nunca a organizaciones o manejos secretos o conspiraciones; nunca ha participado en golpes de Estado, aunque ha sido a menudo víctima de ellos.»

Y Nicolas Petkov evoca el 9 de junio de 1923 y el 19 de mayo de 1934 —«el principio del fascismo en Bulgaria»—, y después, su dimisión del Gobierno.

«Si yo estuviera, como los excmos. señores fiscales afirman, ávido de poder y fuera un arrivista, sería hoy día vicepresidente del consejo en Bulgaria. Desde que pasé a la oposición, hasta mi detención, no he dejado de trabajar por un entendimiento entre la Unión Agraria y el Partido Obrero Comunista, lo que para mí representa una necesidad histórica. Nunca he servido a ninguna rebelión en el interior del país o en el extranjero.

»Señorías, desde hace dos años, desde el 25 de junio de 1945 exactamente, se está realizando contra mí la campaña más cruel y despiadada que jamás haya sido dirigida contra un político búlgaro. No se ha deja-

do nada de mi vida privada o pública. He sido simbólicamente enterrado tres veces en Sofía y una decena de veces en provincias. He leído yo mismo mi esquela mortuoria en la entrada del cementerio de Sofía, durante esos entierros. He soportado esto sin queja. Soportaré igualmente con valor todo lo que me espera, pues es el ineludible destino de la triste realidad política búlgara.

»Modesto obrero de la vida pública, no tengo derecho a quejarme, puesto que dos hombres reconocidos hoy día por todos como grandes hombres de Estado, Dimitri Petkov y Petko Petkov, fueron asesinados como traidores en las calles de Sofía. (Nicolas Petkov hacía alusión a su padre, Dimitri, muerto de dos tiros en la espalda el 11 de marzo de 1907, y que entonces era presidente del consejo; y a Petko, su hermano, diputado, muerto el 14 de junio de 1924 de disparos de revólver en el pecho.)

»Señorías, estoy seguro de que dejarán de lado la política, que no tiene lugar en una sala de justicia, para quedarse solo con los hechos incontestablemente establecidos. Estoy convencido de que, guiados únicamente por su conciencia de jueces —al menos eso espero—, dictarán un veredicto ecuánime.»

El 16 de agosto de 1947, después de haber escuchado la sentencia que le condenaba a muerte en la horca «en el nombre del pueblo búlgaro», Nicolas Petkov gritó a toda voz:

«¡No! ¡En nombre del pueblo búlgaro, no! Me envían a la muerte por orden de sus maestros extranjeros, los del Kremlin o sus alrededores. ¡El pueblo búlgaro, aplastado por la sangrienta tiranía que ustedes quieren disfrazar de justicia, no creerá jamás sus infamias!»

(Paul Vergnet y Jean Bernard-Derosne,
L'Affaire Petkov, París, Le Seuil, 1948, págs. 188-192.)

Entre los casos de juicios políticos contra antiguos aliados, Checoslovaquia ofrece, probablemente, el ejemplo «desnudo», «puro», de utilización de este procedimiento. Pertenecía al bando de los países vencedores y su restauración en 1945 hacía olvidar la alianza del Estado eslovaco con Alemania, alianza, por otra parte, barrida por la insurrección nacional eslovaca contra la ocupación nazi a finales de agosto de 1944. En noviembre de 1945, en razón de los acuerdos con los aliados, el Ejército Rojo tuvo que replegarse, al igual que los americanos que habían liberado la Bohemia occidental. El Partido Comunista ganó las elecciones de mayo de 1946; sin embargo, era minoritario en Eslovaquia, donde el Partido Demócrata obtuvo el 62 por 100 de los votos. Los políticos que compartían el poder con los comunistas después de la liberación habían probado su compromiso con la libertad y la democracia con su participación en la resistencia exterior o interior, incluida Eslovaquia.

La apertura de los archivos checoslovacos y soviéticos ha permitido captar con mayor agudeza toda la perversidad del comportamiento de los émulos de los bolcheviques. En diciembre de 1929, su jefe, el diputado Klement Gottwald, como respuesta a las acusaciones que afirmaban que el PCCh seguía órdenes de Moscú, había afirmado en un discurso del Parlamento: «Nosotros somos el partido del proletariado checoslovaco y nuestro cuartel general revolucionario supremo verdaderamente es Moscú. Vamos a Moscú a aprender de los bolcheviques cómo retorcerles a ustedes el cuello. Y ustedes saben que los bolcheviques rusos son maestros en este campo.»[7]

Tras las elecciones de mayo de 1946, este decidido «retorcedor de cuellos», cuyo destino de obrero autodidacta convertido en jefe del Partido Comunista recuerda al del comunista Maurice Thorez, accedió al puesto de presidente del consejo. Pasó a ser entonces el director de orquesta de la represión, primero entre bastidores y luego sobre las tablas.

El Partido Demócrata eslovaco fue el primer objetivo de las maniobras políticas —contra las que no reaccionaron los no comunistas checos, impregnados en ocasiones de nacionalismo antieslovaco— y provocaciones de la Seguridad del Estado. En septiembre de 1947, la policía, controlada por los comunistas, anunció el descubrimiento de una «conspiración anti-Estado en Eslovaquia», completamente inventada. Como consecuencia de la crisis que siguió, el Partido Demócrata perdió la mayoría en el seno del Gobierno eslovaco, y dos de sus tres secretarios generales fueron detenidos.

La represión se aceleró notablemente con el «golpe de Praga» en febrero de 1948, que abrió la puerta grande a la instalación de monopolio del poder del PCCh. Desde el principio de la crisis de febrero, provocada por la dimisión de la mayoría de los ministros no comunistas, o en los días que la siguieron, se encontraron en la cárcel, entre otros, el eslovaco Jan Ursiny, presidente del Partido Demócrata y viceprimer ministro del Gobierno Gottwald hasta que fue obligado a dimitir en otoño de 1947, y Prokop Drtina, su ministro de Justicia, ambos miembros de la resistencia durante la ocupación.

Los primeros grandes juicios, montados pieza a pieza, golpearon en abril y mayo de 1948 a los dirigentes del Partido Demócrata eslovaco: veinticinco de sus miembros fueron condenados, uno de ellos a treinta años de cárcel. Los objetivos generales de la represión judicial y policial quedaban establecidos desde ese mismo momento: se pretendía golpear a los «enemigos» en el ejército y los servicios de seguridad, así como a los dirigentes políticos demócrata-liberales o demócrata-socialistas, que precisamente en febrero de 1948 eran aliados suyos, a menudo muy sinceramente partidarios de la colaboración con los comunistas.

Tomemos, para las «elites», dos casos típicos de preso político de esta época.

[7] Klement Gottwald, *Vybrané spisy* (Obras escogidas), tomo I, Praga, SNPL, 1954, pág. 139.

El general Heliodor Pika, gran patriota y demócrata, desempeñó un papel eminente en la resistencia exterior. Partidario de la colaboración con la Unión Soviética, acabó siendo jefe de la delegación militar checoslovaca en la URSS desde la primavera de 1941, antes, pues, del 22 de junio y del ataque alemán. Sus gestiones e iniciativas posteriores a los años treinta para lograr una colaboración amistosa con Moscú eran conocidas. Su conflicto con los «órganos soviéticos» también lo era: sus tentativas de hacer salir de los campos y cárceles soviéticas a más de 10.000 ciudadanos checoslovacos, encarcelados sobre todo por «paso ilegal de la frontera de la URSS» en 1938-1939, para que se unieran al ejército checoslovaco, en formación en la Unión Soviética.

A partir de finales de 1945, su actividad fue seguida de cerca por los servicios de información militar, dirigidos por Bedrich Reicin, comunista estrechamente ligado a los servicios especiales soviéticos. Durante los últimos días de febrero de 1948, el general Pika fue enviado de vuelta al ejército; a principios de mayo fue arrestado y acusado de haber saboteado las operaciones del ejército checoslovaco en la URSS durante la guerra, por cuenta de los servicios británicos, y de haber atentado contra los intereses de la URSS y de la República... Pika fue condenado a muerte el 28 de enero de 1949 por el Tribunal de Estado, especialmente creado a mediados de 1948 para dirigir la represión política. El 21 de junio de 1949, a las seis de la mañana, fue ahorcado en el patio de la prisión de Plzen (Pilsen). B. Reicin confió claramente a sus allegados las razones de la liquidación física del general: los «órganos soviéticos» lo exigían, porque «sabía demasiado sobre los servicios de información soviéticos». Esto explica, sin duda, su propio ahorcamiento tres años más tarde.

El caso de Josef Podsednik puede también servirnos de modelo. En febrero de 1948 era alcalde de Brno, metrópoli de Moravia y segunda ciudad de Checoslovaquia. Había accedido a este puesto tras las elecciones democráticas de 1946, como candidato del Partido Socialista-Nacional, partido creado a principios de siglo y que no tenía nada en común con el nacional-socialismo hitleriano. Partidario del ideal democrático y humanitario de Tomas Masaryk, el primer presidente de la República nacida en 1918 —que representaba el largo parto del socialismo checo—, practicaba sinceramente la colaboración con los comunistas. Después de febrero de 1948, el alcalde de Brno decidió emigrar, dimitió y se ocupó de los antiguos miembros de su partido perseguidos en la región (más de 60.000 el 31 de diciembre de 1947). Detenido el 3 de septiembre de 1948, el tribunal estatal le condenó, en marzo de 1949, a dieciocho años de cárcel por su actividad ilegal, dirigida a derribar el régimen por la fuerza, aliado con la «reacción extranjera», etc. Con él, otros diecinueve miembros de su partido fueron condenados a un total de 74 años de cárcel. Todos los testigos del juicio eran presos políticos que esperaban ser juzgados. Otros grupos de la región de Moravia del sur, unos 32 militantes, fueron condenados después, a consecuencia del «*affaire* J. Podsednik», a 62 años de prisión en total.

El juicio de J. Podsednik fue público. «Algunas decenas de responsables del PCCh asisten también a este gran proceso político ante el tribunal estatal; a la cabeza de ellos, Otto Sling [uno de los futuros condenados a muerte en el proceso Slansky], que rió de buena gana en el momento de ser pronunciada la sentencia», atestiguaba más tarde Josef Podsednik, que no salió de la cárcel hasta 1963, después de haber purgado más de quince años de su condena.

En Checoslovaquia, la eliminación de los aliados demócratas o socialistas culminó con el proceso de Milada Horakova, que se llevó a cabo en Praga, del 31 de mayo al 8 de junio de 1950. Trece personas, los dirigentes de los partidos Socialista-Nacional, Socialdemócrata, Popular y uno «trotskista», fueron condenados: cuatro a muerte —entre ellos Milada Horakova—, cuatro a cadena perpetua y cinco a penas que iban de quince a veintiocho años de cárcel (ciento diez años en total). El informe del tribunal supremo, publicado en 1968, después de la «primavera de Praga», indica que se celebraron trescientos procesos políticos que tenían relación con el juicio de Milada Horakova. Más de 7.000 antiguos miembros del Partido Socialista-Nacional fueron entonces condenados. Los más importantes tuvieron lugar entre mayo y julio de 1950, en varias capitales de provincia, para poner en evidencia la «dimensión nacional» de la pretendida conspiración: hubo 639 condenados entre los 35 procesos; de ellos, 10 a muerte, 48 a cadena perpetua y los otros a un total de 7.850 años de cárcel.

Un curioso juego de los intelectuales comunistas.

Aún se hablaba muy poco de los psicodramas a finales de aquel año 1951. Hacia media noche del día de san Silvestre, yo venía con Clara de una fiesta familiar, a la fiesta de Nochevieja de mi otra «familia», en casa de Pierre Courtade [periodista y escritor comunista]. Todo el mundo estaba alegre. Todo el mundo estaba muy bebido. «¡A ti te esperábamos!», dijeron mis amigos. Me explicaron un juego. Jean Duvignaud [sociólogo del arte] estaba diciendo que cada época inventa «su» género literario: los griegos, la tragedia; el Renacimiento, el soneto; la época clásica, los cinco actos en verso con tres unidades, etc. La edad «socialista» había inventado «su» género: el proceso de Moscú. Es el proceso al que los participantes de la fiesta, que estaban un poco bebidos, habían decidido jugar. No les faltaba más que un acusado. Así, pues, era yo. Roger Vailland [escritor comunista] ya estaba designado fiscal, Courtade, abogado de oficio. Yo no tenía más que ocupar mi lugar en el banquillo de los acusados. Me negué en vano, y después me sometí al juego. El informe del fiscal fue implacable: era culpable de infracciones contra diez artículos del código: sabotaje de la lucha ideológica, entendimiento con el enemigo cultural, conspiración con los espías cosmopolitas, alta traición filosófica, etc. Como intenté *discutir* en el curso del interrogatorio, fiscal, abogado y testigos de cargo se enfadaron. La perorata de mi abogado fue terrible: tenía derecho a circunstancias atenuantes, es decir, que me liberaban de la pesadez de la vida tan pronto como fuera posible. Con la ayuda del alcohol, la bufonada se hacía pesadilla, y la parodia, herida. En el momento de pronunciar sentencia (la muerte, quede claro), dos mujeres de entre los asistentes, entre ellas la mía, padecieron una crisis nerviosa. Todo el mundo gritaba, lloraba, buscaba sales en los botiquines, metían servilletas en agua fría. Fiscal, abogado y acusado se inclinaban sobre las convulsionarias. Yo era, sin duda, el único que no estaba ebrio, pero no era el único que se sentía avergonzado.

Hoy día ya no lo dudo: estábamos locos. Puede que haya un momento del espíritu en el que la locura atenúa las responsabilidades. Pero, antes de llegar a él, a menudo el enajenado no es alguien cuya demencia puede actuar en descargo de su responsabilidad, sino el que *eligió* la locura para escapar del nudo que le estrangula, pero que no se atreve a cortar.

Nuestra enajenación no era más que la consecuencia de una enajenación histórica. Nosotros racionalizábamos e interiorizábamos una demencia más general.

(Claude Roy, *Nous*, París, Gallimard, col. «Folio», 1980, págs. 389-390.)

El proceso de Milada Horakova dejó huella por diversas razones: como el primero en plan «gran espectáculo» (expresión tomada de un gran especialista de la represión, el historiador checo Karel Kaplan); y el primero directamente preparado por los «consejeros soviéticos», altos responsables de los servicios especiales, instalados para codirigir la represión, con la puesta a punto del mecanismo que enseguida se ha querido ver como «clásico» —escenario minuciosamente preparado, «confesiones» aprendidas y recitadas, gran despliegue de propaganda puesto en marcha en torno a este espectáculo, etc.

Este proceso marcó una etapa importante en la represión política europea, no solo comunista. Una mujer fue ahorcada, una mujer que era miembro de la resistencia —muy valiente— desde el primer momento de la ocupación de los países checos en marzo de 1939, una mujer encarcelada durante casi cinco años por los nazis, una mujer demócrata que nunca había pensado en combatir contra el comunismo con las armas...

¿Por qué la opinión pública europea apenas se movilizó contra este crimen comunista? ¿Por qué la protesta del físico Albert Einstein no fue apoyada por una gran campaña de firmas? ¿Por qué los miembros de la resistencia en Francia y otros lugares no denunciaron más enérgicamente este crimen?

¿Por qué no expresaron masivamente su solidaridad con uno de los suyos para salvarla?

La destrucción de la sociedad civil. Para que comprendamos esto bien —a la vista del caos semántico en el que nos es dado vivir— hay que precisar lo que significa la noción de «sociedad civil», sin pretender dar una respuesta definitiva. Esta sociedad evoluciona con el capitalismo y la formación del Estado moderno. Contrapeso del poder estatal, pero independiente. Se asienta, en primer lugar, en un sistema de necesidades, en el que la actividad económica privada desempeña un papel primordial. La sociedad civil presupone un individuo rico en necesidades. Descansa sobre los valores de este último, sujeto de la conciencia y de la acción, detentador de la libertad humana. Este individuo es, al mismo tiempo, un ser egoísta, independiente (burgués) y un ciudadano interesado en los asuntos públicos (hombre «comunitario»). Lubomir Sochor, filósofo y politólogo, definió la sociedad civil como el «conjunto de instituciones sociales suprafamiliares y al mismo tiempo no estatales que reúnen a los miembros de la sociedad con vistas a una acción coordinada, y expresan sus opiniones e intereses particulares. Desde luego, a condición de que estas instituciones y organismos sean autónomos y no se transformen en organismos paraestatales o en simples "correas de transmisión" del poder estatal»[8]. Junto a los organismos de la sociedad civil que constituyen un medio de control social del Estado, nosotros alineamos corporaciones y asociaciones, Iglesias y sindicatos, poderes municipales y locales (de autogobierno), partidos políticos y opinión pública.

La meditada estrategia de represión comunista, con vistas a establecer el poder absoluto, debía, después de haber eliminado a los concurrentes políticos y a todos aquellos que tenían o podían tener un «poder real» —entre otros, los mandos del ejército y de la Seguridad—, lógicamente, atacar a los organismos de la sociedad civil: partidos, Iglesias y sindicatos, órdenes religiosas, asociaciones, órganos de prensa, poderes locales.

Puede que debamos mencionar aquí un criterio «internacional» en la elección de las víctimas. El poder, totalmente subordinado a la Unión Soviética, ordenaba que fueran rotos todos los lazos, extremadamente ricos, de la sociedad civil con el extranjero. Los socialdemócratas, los católicos, los trotskistas, los protestantes, etc., eran vigilados no solo por su actividad interna, sino también por ser elementos que, por su naturaleza, mantenían tradicionales, sólidas y fructíferas relaciones con el exterior. Los intereses y fines de esta estrategia mundial de la URSS reclamaban el desmantelamiento de estas relaciones.

En las nuevas «democracias populares», las sociedades civiles eran en general más bien débiles. Antes de la guerra, su expansión había sido frenada

[8] L. Sochor, «Peut-on parler de la "société civile" dans les pays du bloc soviétique?», en *Communisme*, París, núm. 8, 1985, pág. 84.

por regímenes autoritarios o semiautoritarios o por un nivel de vida económico y social atrasado. La guerra, los fascismos locales y la política de los ocupantes habían contribuido fuertemente a debilitarlas. El comportamiento de las autoridades soviéticas y las depuraciones salvajes durante la liberación limitaron aún más sus posibilidades de desarrollo.

Las intervenciones del Ejército Rojo en su zona de ocupación de Alemania del Este explican por otra parte, en buena medida, la relativa «suavidad» de la represión judicial y política, y la ausencia de procesos políticos modelo «gran espectáculo» en la República Democrática Alemana en el curso de su período de fundación (vio la luz en 1949) —represión y procesos que acompañaban en otros lugares a la instauración del régimen comunista—. En aquel momento no había sido necesario recurrir a estos instrumentos de violencia. Los fines del nuevo poder ya habían sido logrados por la represión que les había precedido. Según dicen los estudios realizados tras la caída del muro de Berlín en 1989, las autoridades soviéticas de ocupación habían encarcelado en su zona, entre 1945 y 1950, a 122.000 personas, de las cuales 43 murieron encarceladas y 756 fueron condenadas a muerte. La dirección del SED ejerció, motu propio, una represión que afectó a 40.000 o 60.000 personas [9].

Checoslovaquia constituye una excepción de otro tipo en cuanto a la violencia de la represión contra la sociedad civil después de febrero de 1948. Este país era el único entre los Estados de Europa central y del sureste que había establecido una democracia parlamentaria real en el período de entreguerras —experiencia que también había existido, pero de modo limitado, en Rumania—. Por añadidura, Checoslovaquia se encontraba entre los diez países más industrializados del mundo. Tras la liberación, la sociedad civil estaba allí, con mucho, más desarrollada, más estructurada que en el resto del espacio del centro y sureste europeos; y se había recuperado desde 1945. Ya en 1946, casi dos millones y medio de ciudadanos, alrededor de la mitad de la población adulta, estaba afiliada a los cuatro partidos políticos de los países checos (Bohemia, Moravia y Silesia). Dos millones de checos y de eslovacos eran miembros de sindicatos unificados. Cientos de miles de personas pertenecían a numerosas asociaciones. Una asociación deportiva, politizada desde finales del siglo XIX en el combate por la afirmación nacional, el Sokol (el Halcón), contaba ella sola con más de setecientos mil asociados en 1948. Los primeros «Sokols» fueron detenidos en el curso del verano de 1948, tras el *slet* (asamblea deportiva nacional). Los primeros procesos políticos contra ellos se llevaron a cabo en septiembre de ese mismo año. Dos años más tarde, esta asociación estaba casi aniquilada: una parte se había transformado —en los pueblos— en organismos paraestatales; pero su poder estaba paralizado por las detenciones de miles de sus responsables. El Sokol, como los otros orga-

[9] «"Ich habe den Tod verdient". Schauprocesse und politische Verfolgung in Mittel-und Osteuropa, 1945-1956», en Wolfgang Maderthaner, Hans Schafranek, Berthold Unfried (edi.), en *Archiv 1991. Jahrbuch des Vereins für Geschichte der Arbeitbewegung,* 7.º año, Viena, 1991.

nismos de la sociedad civil, scouts, asociaciones protestantes, católicas o cualquier otra, habían sido reducidas a la nada por la persecución judicial, las purgas impuestas, la ocupación de sus locales y la confiscación de sus bienes, ejercicios en los que sobresalían los agentes de la policía secreta, con la tapadera de estar actuando como «comités de acción», creados en febrero de 1948 para estos fines.

Cárceles nazis y cárceles comunistas.

I. Nyeste, húngaro y miembro de la resistencia, dirige tras la guerra una organización juvenil y rechaza afiliarse al PC. Al final de un proceso, purga su condena en una campo de trabajo de Resz hasta 1956. Según su testimonio, allí los presos picaban piedra doce horas al día en invierno y dieciséis horas en verano. Pero, para él, lo peor era el hambre:

«La diferencia entre la policía secreta comunista y la de los nazis —yo soy uno de los "felices" elegidos que ha podido vivir ambas experiencias— no reside en su nivel de brutalidad o crueldad. La sala de torturas de una cárcel nazi era la misma que la de una cárcel comunista. La diferencia estaba en otro lugar. Si te detenían los nazis como disidente político, generalmente querían saber cuáles eran tus actividades, tus amigos, tus planes, y cosas así. Los comunistas no se conformaban con eso. Ellos ya sabían, al detenerte, qué tipo de confesión ibas a firmar. Pero no tú. Yo no tenía ni idea de que iba a acabar siendo un ¡"espía americano"!»

(Entrevista para la emisión de «The Other Europe», enero de 1988, cit. por Jacques Rupnik, *L'Autre Europe. Crise et fin du communisme,* París, Odile Jacob, 1990, pág. 147.)

La Iglesia representaba para el poder comunista el gran asunto que había que resolver en el proceso de aniquilación o control de los organismos de la sociedad civil. Su historia y sus raíces eran pluriseculares. Se ha probado que aplicar el modelo bolchevique es más difícil en unos países que en otros que conocían la tradición de la Iglesia ortodoxa, la tradición bizantina del cesaropapismo, tendente a la colaboración de la Iglesia con el poder estatal establecido —quede constancia que no se pretende subestimar la represión sufrida por los ortodoxos en Rusia y la Unión Soviética—. En el caso de la Iglesia católica, su organización internacional, dirigida desde el Vaticano, representaba un fenómeno insoportable para el «campo socialista» que estaba naciendo. Por ello, las dos grandes Internacionales de la fe debían enfrentarse, con sus

dos respectivas capitales, Moscú y Roma. La estrategia de Moscú estaba bien definida: romper los lazos de las Iglesias católica y greco-católica con el Vaticano y someter al poder a las Iglesias convertidas en «nacionales». Es lo que dan a entender las consultas con los responsables soviéticos tras la reunión del Buró de información de los partidos comunistas en junio de 1948, según informó Rudolf Slansky, secretario general del PCCh.

Para lograr su objetivo, reducir la influencia de la Iglesia (todas ellas) en la vida social, someterla al puntilloso control del Estado y transformarla en instrumento de su política, los comunistas combinaron la represión, tentativas de corrupción y... la infiltración en sus jerarquías. La apertura de los archivos ha puesto al descubierto, por ejemplo en Checoslovaquia, el nombre de sacerdotes, incluidos obispos, que eran colaboradores de la policía secreta. ¿Puede que algunos hayan querido evitar de esta manera «lo peor»?

La primera represión antirreligiosa —sin tener en cuenta las víctimas de depuraciones salvajes, por ejemplo, los popes búlgaros ya mencionados— ocurrió probablemente en Albania. El primado Gaspar Thaci, arzobispo de Shköder, murió en arresto domiciliario, estando en manos de la policía secreta. Vincent Prendushi, arzobispo de Durrës, condenado a treinta años de trabajos forzados, murió en febrero, posiblemente a consecuencia de torturas. En febrero de 1948, cinco religiosos, entre ellos los obispos Volai y Ghini, el regidor de la delegación apostólica, fueron condenados a muerte y fusilados. Más de cien religiosos y religiosas, curas y seminaristas fueron ejecutados o murieron durante su detención. En relación con esta persecución, al menos un musulmán, el jurista Mustafá Pipa, murió ejecutado: se había encargado de la defensa de los franciscanos. Anticipemos y señalemos que en 1967 Enver Hoxha declaró que Albania había pasado a ser el primer Estado ateo del mundo. La revista *Nendori* anunció orgullosamente que todas las mezquitas e iglesias habían sido demolidas o cerradas —un total de 2.169, y entre ellas 327 santuarios católicos.

En Hungría, el enfrentamiento violento entre la Iglesia católica y el poder comenzó en el verano de 1948, con la «nacionalización» de las escuelas confesionales, que eran muy numerosas [10]. En julio, cinco curas habían sido condenados, y otros les siguieron en otoño. El indomable primado de Hungría, cardenal Jozsef Mindszenty, fue detenido el 26 de diciembre de 1948, decimosegundo día de las fiestas de Navidad, y condenado a cadena perpetua el 5 de febrero de 1949. Parece que, «asistido por sus cómplices», había fomentado una «conspiración contra la República», acompañada de espionaje, etc. —todo esto, claro está, en provecho de las «potencias imperialistas», en primer lugar, Estados Unidos—. Un año más tarde, el poder ocupó la mayor parte de los conventos y expulsó de ellos a la mayoría de los doce mil religiosos y religiosas. En junio de 1951, el decano del episcopado y colaborador ín-

[10] Representaban el 65 por 100 del total de escuelas primarias, el 50 por 100 de escuelas secundarias para chicos y el 78 por 100 de escuelas normales e institutos para chicas.

timo de Mindszenty, monseñor Grosz, arzobispo de Kalocza, conoció el mismo destino que su primado. La persecución de las Iglesias y órdenes religiosas de Hungría no golpeó solamente a los católicos. Las Iglesias calvinista y luterana, claramente menos importantes, contaron también con sus víctimas entre obispos y pastores, entre ellos una eminente personalidad calvinista, el obispo Laszlo Ravasz.

Tanto en Checoslovaquia como en Hungría, el poder se esforzó en organizar en el seno de la Iglesia católica una disidencia dispuesta a colaborar. Pero, no habiéndolo conseguido nada más que parcialmente, pasó al grado superior de la represión. En junio de 1949, Josef Beran, arzobispo de Praga, internado por los nazis desde 1942 en los campos de Terezin y Dachau, fue puesto bajo vigilancia y encarcelado de nuevo. En septiembre de 1949, decenas de vicarios que protestaban contra la ley sobre las Iglesias fueron detenidos. El 31 de marzo de 1950 se abrió en Praga el proceso contra los altos dignatarios de las órdenes religiosas, acusados de espionaje en provecho del Vaticano y de las potencias extranjeras y de haber organizado escondites para armas, así como de preparar un golpe de Estado. El redentorista Mastilak, rector del Instituto teológico, fue condenado a cadena perpetua, y los otros cargaron con 132 años de cárcel. En la noche del 13 al 14 de abril de 1950 tuvo lugar una intervención masiva contra los conventos, preparada por el ministerio del Interior como operación militar. La mayoría de los religiosos fueron desalojados e internados. Simultáneamente, la policía retuvo a los obispos en lugares vigilados de modo que no pudieran comunicarse con el mundo exterior.

En la primavera de 1950, el régimen ordenó la liquidación de la Iglesia greco-católica en Eslovaquia oriental, que debía entonces integrarse en la Iglesia ortodoxa —procedimiento utilizado desde 1946 en la Ucrania soviética—. Los eclesiásticos que estaban en desacuerdo, bien fueron internados, bien expulsados de sus parroquias. El arcipreste de la Rutenia soviética, Jozsef Csati, tras un proceso trucado, fue deportado al campo de Vorkuta, en Siberia, desde 1950 hasta 1956.

La represión de las Iglesias fue concebida y supervisada por la dirección del PCCh. En septiembre de 1950, esta dirección aprobó la concepción política de una serie de procesos contra los católicos que comenzaron en Praga el 27 de noviembre de 1950. Nueve personas del entorno de los obispos, a la cabeza de las cuales se encontraba Stanislav Zela, vicario general de Olomuc en Moravia central, fueron burdamente condenadas. Y el 15 de febrero de 1951, esta vez en Bratislava, la capital eslovaca, llegó a su fin el proceso contra tres obispos, uno de ellos de la Iglesia greco-católica. Los acusados de estos dos «procesos contra los agentes del Vaticano en Checoslovaquia» (calificación usual en la época) fueron condenados a penas que iban de los diez años de cárcel a cadena perpetua. La serie terminó en febrero de 1951 con otros juicios que tocaron el entorno de los obispos. Pero la muestra no termina aquí. El obispo de Litomerice, en Bohemia central, Stepan Troshta, miembro de la

resistencia apresado en 1942 y retenido hasta el final de la guerra en los campos de concentración de Terezin, Mathausen y Dachau, fue condenado a veinticinco años de cárcel... en julio de 1954.

Los que concebían y ejecutaban la represión juzgaron que era bueno decapitar a la jerarquía, pero también golpear a los intelectuales cristianos. Ruzena Vackova, miembro de la resistencia, profesora de Historia del Arte en la Universidad Carlos o Karel, una mujer muy apreciada por los presos políticos, fue condenada en junio de 1952 ¡y permaneció encarcelada hasta 1967! En el curso de los dos procesos de 1952, la elite de la intelligentsia católica se vio duramente afectada. El segundo de ellos se celebró en julio en Brno, capital de Moravia, y probablemente representa el proceso político más grande de la historia europea del siglo XX llevado a cabo contra los «hombres de letras».

La confesión y el no-ser de un católico.

Gran intelectual católico que no apreciaba mucho la jerarquía de su Iglesia, el checo Bedrich Fucik fue detenido en la primavera de 1951 y condenado a quince años de cárcel en el proceso «gran espectáculo» de 1952 en Brno. Salió, amnistiado, en 1960. Durante los interrogatorios fue torturado físicamente. Un día, después de haber dado respuestas dilatorias a sus torturadores durante siete horas —«nada», «no sé», «ninguno»—, se vino abajo y comenzó a «confesar». «Dejadme tranquilo, os lo suplico —les dijo a los interrogadores—, hoy no puedo, hoy es el día de la muerte de mi madre.» Antes del proceso, durante toda una semana le hicieron aprender sus respuestas a unas preguntas preparadas, que él debía repetir ante el tribunal. Pesaba 48 kilos (61 antes de su detención) y estaba en un pésimo estado físico.

He aquí unos extractos de las conversaciones de Karel Bartosek con él, grabadas en Praga entre 1978 y 1982:

«¿Tiene usted conciencia de que era, ante el tribunal, el actor de una comedia, de un espectáculo?

—Sí. Lo sabía desde mucho antes.

—¿Y por qué representó esa comedia? Usted, un intelectual católico, aceptó de sus interrogadores la puesta en escena de un tribunal comunista estalinista...

—Esa es la cosa más dura que me he llevado de la cárcel; esta hambre, ese frío, el agujero... dolores de cabeza terroríficos cuando dejé de ver... todo eso se olvida, aunque se quede en alguna parte, en el fondo de tu cerebro. Lo que no olvidaré jamás, lo más horrible, lo que nunca me va a abandonar es que, de pronto, hay dos seres en ti... dos hombres. Yo, el número uno, como siempre he sido, y yo, el número dos, que dice al primero: "Eres un criminal, has hecho esto y esto". Y el primero

se defiende. Y establecen un diálogo, los dos dentro de mí, es el desdoblamiento total de la personalidad, el uno humillado sin cesar por el otro: "No, no dices la verdad. ¡Eso no es verdad!" Y el otro le responde: "¡Sí, es verdad! Yo lo he firmado, lo he..."

—Usted no es el único, con su "confesión". Son numerosos los que "confesaron". Eran ustedes hombres, individualidades, con su estructura física y mental original, única, y, sin embargo, reaccionaron de manera análoga o muy parecida: se sometieron a la puesta en escena de un espectáculo, aceptaron representar una comedia, aprendieron los papeles que les dieron. Ya he grabado las causas de la "confesión" de los comunistas, la quiebra, la ruptura de esos seres. Usted es un hombre con una visión distinta del mundo. ¿Por qué le ha sucedido esto a usted? ¿Por qué colaboró usted con el poder de los verdugos?

—No sabía defenderme, ni psíquica ni físicamente, de su propaganda falsa. Me sometí. Ya le he hablado del momento en que capitulé en mi interior. [Mi interlocutor se va excitando cada vez más hasta casi gritar.] Yo ya no era... Considero ese estado de no-ser como la mayor humillación, el más grande fracaso del hombre, la mayor degradación del ser. Por mí mismo.»

La represión de la Iglesia tuvo un escenario similar en los países balcánicos. En Rumania, la liquidación de la Iglesia greco-católica, la segunda por el número de fieles tras la Iglesia ortodoxa, se acentuó en otoño de 1948. La Iglesia ortodoxa asistió a ello muda, pues su jerarquía generalmente se había aliado con el régimen, lo que, por otra parte, no impidió el cierre de numerosas iglesias suyas y el encarcelamiento de algunos de sus popes. En octubre, todos los obispos uniataos eran detenidos. La Iglesia greco-católica fue oficialmente prohibida el 1 de diciembre de 1948. Contaba entonces con 1.573.000 fieles (sobre una población de 15 millones de habitantes), 2.498 edificios de culto y 1.733 sacerdotes. Las autoridades confiscaron sus bienes, cerraron sus catedrales e iglesias, y, a veces, quemaron sus bibliotecas. Fueron encarcelados 1.400 sacerdotes (600 de ellos en noviembre de 1948) y unos 5.000 fieles: 200 murieron asesinados en prisión.

Desde el mes de mayo de 1948, con la detención de 92 sacerdotes, fue la Iglesia católica romana, que contaba con 1.250.000, la afectada. El poder cerró las escuelas católicas y confiscó las instituciones caritativas y médicas. En junio de 1949, varios obispos de la Iglesia romana fueron detenidos. El mes siguiente se prohibieron las órdenes monásticas. La represión contra esta Iglesia culminó en septiembre de 1951 con un gran proceso ante el tribunal militar de Bucarest: varios obispos y laicos fueron condenados como «espías».

Uno de los obispos greco-católicos, ordenado secretamente, que pasó quince años en la cárcel y trabajó como peón, testifica:

«Durante muchos años, hemos soportado torturas, golpes, hambre, frío, confiscación de todos nuestros bienes y burlas humillantes en nombre de san Pedro. Abrazábamos nuestras esposas, nuestras cadenas y los barrotes de nuestras celdas como si fueran objetos sagrados. Adorábamos nuestra ropa de presos como un hábito de sacerdote. Elegimos llevar nuestra cruz aunque nos propusieron constantemente la libertad, dinero y vida fácil a cambio de nuestro rechazo de Roma. Nuestros obispos, sacerdotes y fieles han sido condenados a más de quince mil años de prisión y han purgado más de mil. Seis obispos han sufrido encarcelamiento por fidelidad a Roma. Y, a pesar de todas estas víctimas sangrantes, nuestra Iglesia tiene hoy día tantos obispos como en la época en la que Stalin y el patriarca ortodoxo Justiniano la proclamaron oficialmente muerta.» [11]

EL PUEBLO LLANO Y EL SISTEMA DE CAMPOS DE CONCENTRACIÓN. La historia de las dictaduras es compleja y la de las comunistas no es una excepción a la regla. Su nacimiento en Europa del centro y del sureste estuvo marcado por un apoyo popular en ocasiones masivo, fenómeno ligado a las esperanzas despertadas por el aplastamiento de la dictadura nazi, tanto como al arte, incontestable en el caso de los dirigentes comunistas, de cultivar la ilusión o el fanatismo, de los que los jóvenes fueron las primeras presas —como siempre y en todas partes—. El bloque de la izquierda, por ejemplo, creado en Hungría por iniciativa de los comunistas minoritarios en las elecciones, fue capaz de organizar en Budapest, en marzo de 1946, una manifestación «monstruo», que reunió a unos 400.000 participantes...

El régimen comunista, al establecerse, aseguró, al principio, la promoción social de cientos de miles de personas, salidas de las capas sociales desfavorecidas. En Checoslovaquia, país industrializado donde la categoría «obrero» representaba como poco el 60 por 100 de la población de los países checos y el 50 por 100 en Eslovaquia, de 200.000 a 250.000 obreros ocuparon las plazas de las personas afectadas por las purgas o vinieron a «reforzar» los aparatos. En su aplastante mayoría, eran miembros del PCCh. Millones de pequeños campesinos y obreros agrícolas de los países de la Europa central y del sureste se beneficiaron, justo al terminar la guerra, de las reformas agrarias, de los repartos de tierras de las grandes propiedades (incluidas las de la Iglesia católica) o incluso, en el caso de los pequeños comerciantes o artesanos, de la confiscación de los bienes de los alemanes expulsados.

La pequeña dicha de unos, fundada en la desdicha de los otros, se manifestó a menudo efímera, pues la doctrina bolchevique predicaba que fuera liquidada la propiedad privada y su detentador fuera despojado para siempre. En el contexto de la guerra fría, se inspiró además en la «teoría» que preconi-

[11] Frantisek Miklosko, *Nebudete ich moct rozvratit* (No tendréis poder para destruirlos), Bratislava, Archa, 1991, págs. 272-273.

zaba la «intensificación de la lucha de clases» y la «lucha ofensiva de las clases». Desde 1945, los nuevos regímenes procedieron a las nacionalizaciones (estatalizaciones) de las grandes empresas, operaciones a menudo legitimadas por la expropiación forzosa de los bienes de los «alemanes, traidores y colaboradores». Asegurado de una vez el monopolio del poder, les llegó el turno a los pequeños empresarios, comerciantes y artesanos. Los propietarios de pequeños talleres o modestas tiendas que nunca habían explotado a otros que no fueran ellos mismos o los miembros de sus familias, tenían bastantes razones para estar descontentos. Igual que los pequeños campesinos, expuestos desde 1949-1950 a la colectivización obligada de sus tierras, bajo la presión de los dirigentes soviéticos. O como los obreros, especialmente en los centros industriales, afectados por diferentes medidas que dañaban su nivel de vida o liquidaban las conquistas sociales del pasado.

El descontento ganó terreno, la tensión social se agudizó. Para expresar ese descontento, los obreros no solo utilizaron la palabra, el envío de resoluciones, sino también otras formas de combate más accesibles: la huelga y las manifestaciones callejeras. A lo largo del verano de 1948, meses después del «febrero victorioso», comenzó en quince ciudades checas y moravas y tres ciudades eslovacas una huelga ocasionalmente acompañada de manifestaciones (de 10.000 a 30.000 personas en las calles de Brno). Después, a principios de junio de 1953, para protestar contra las reformas laborales, se produjeron huelgas y paros de trabajo en decenas de fábricas importantes, acompañadas de manifestaciones que, en Plzen, se volvieron auténticos combates callejeros. En 1953, 472 huelguistas y manifestantes fueron detenidos, y la dirección del PCCh solicitó la elaboración inmediata de una lista de participantes, para «aislarlos y enviarlos a campos de trabajo».

También se levantaron los campesinos. Uno de los participantes en la revuelta de campesinos rumanos, en julio de 1950, cuenta cómo se reunieron delante de la sede del Partido Comunista, con las manos desnudas, y cómo un activista comunista comenzó a disparar su revólver. «Entonces, nosotros tuvimos que entrar a la fuerza en al sede del partido —recuerda él—, tiramos al suelo los retratos de Stalin y de Gheorghiu Dej y los pisoteamos. (...) Por suerte, Maria Stoian, una chica, cortó los cables de la centralita telefónica y tocó las campanas. Los bolcheviques le dispararon tanto como pudieron. (...) Después, a media mañana, creo que hacia las 10, llegó la Securitate con las metralletas y toda clase de armamento pesado. Las mujeres y los ancianos cayeron de rodillas. "No nos disparen, ni disparen a los niños. También vosotros tenéis hijos y abuelos. Nos estamos muriendo de hambre y nos hemos reunido para gritar que no nos quiten el trigo." El lugarteniente mayor Stanescu Martin dio la orden de disparar.» El autor de este relato fue detenido, torturado y enviado a trabajos forzados. No le pusieron en libertad hasta 1953 [12].

[12] Catherine Durandin, *Histoire des Roumains*, París, Fayard, 1995, págs. 72-73.

En los regímenes en los que las libertades y los derechos fundamentales del ciudadano eran burlados, cualquier expresión de descontento era tomada como «política» o «anti-Estado». Y los dirigentes utilizaban a conciencia esta persecución para hundir a la sociedad en lo que Karel Kaplan llama la «psicología del terror», que ellos concebían como factor de estabilización del régimen.

En los años 1949-1954, millones de personas se vieron afectadas por la represión: se trata, en efecto, no solo de las gentes encarceladas, sino de los miembros de sus familias. La represión revistió múltiples formas y no sería justo olvidar a todos los desalojados de Budapest, Sofía, Praga, Bucarest o de cualquier otra parte de las provincias. A lo largo del verano de 1951 se encontraban entre estos 14.000 judíos de Budapest, que habían sobrevivido a las matanzas y que pertenecían a la minoría judía más numerosa que subsistía en Europa central. Recordemos también a las familias de los emigrados, a los estudiantes expulsados de las facultades, a los cientos de miles de personas que figuraban en las listas de los «políticamente sospechosos» o de «personas hostiles», elaboradas y mantenidas al día desde 1949 por los servicios de seguridad.

El mar del sufrimiento era inmenso y las crecidas de los ríos que lo alimentaban no disminuían en absoluto. Tras la eliminación de los representantes de los partidos políticos y de la sociedad civil, le llegó el turno al pueblo llano. En las fábricas, los «perturbadores del orden», tratados como «grandes saboteadores», fueron golpeados por la «justicia de clase». Así sucedió también a los que, en los pueblos, gozaban de una autoridad natural nacida de la sabiduría adquirida a lo largo de decenios, y que se oponían a la colectivización forzosa como «modelo de la mejor agricultura del mundo». Millones de personas comprendieron entonces que las promesas que a menudo les habían empujado a afiliarse a la política comunista eran mentiras tácticas. Algunos intentaron expresar su desacuerdo.

Todavía son necesarios estudios elaborados en profundidad sobre la dimensión social de la represión y la persecución del pueblo llano. Disponemos de datos estadísticos fiables sobre los países checos y Eslovaquia, donde no solo se han abierto los archivos sino que también se han consultado. Para la mayoría de los otros países tenemos que contentarnos con investigaciones periodísticas y con testimonios, felizmente muy numerosos desde 1989.

En Checoslovaquia, ya a mediados de 1950, el número de personas que antes de ser detenidos habían trabajado como obreros representaba el 39,1 por 100 de los encarcelados por «crímenes de Estado». Los empleados de oficina, a menudo víctimas de las purgas de la Administración, ocupaban el segundo lugar, con el 28 por 100. En 1951-1952, casi la mitad de las personas detenidas por la Seguridad del Estado eran obreros. Los campesinos, en el tercer puesto, les pisaban los talones a los empleados de oficina en segunda posición.

El informe sobre la actividad de los tribunales y la fiscalía del año 1950 nos muestra, además, que los condenados por «delitos de menor gravedad

contra la República» (incitación a la rebelión, propagación de noticias falsas, sabotaje de menor envergadura, etc.), juzgados en un país checo por los tribunales de distrito, eran en un 41 por 100 obreros y en un 17,7 por 100 campesinos. En Eslovaquia, las cifras eran del 33,9 y el 32,6 por 100, respectivamente. El número de obreros y campesinos juzgados en los «grandes asuntos» ante el tribunal estatal es menos considerable. No obstante, la categoría social de los obreros, incluidos los obreros agrícolas, seguía estando entre las cifras más importantes, y sus capas populares constituían, si se les añaden los campesinos, el 28,8 por 100 de los condenados, 18,5 por 100 de condenados a muerte y 17,6 por 100 de condenados a cadena perpetua.

Lo mismo sucede en los otros países, aunque en ocasiones sean los campesinos quienes figuren en primera fila de las víctimas de la represión. El flujo del pueblo llano en el mundo carcelario estaba posiblemente unido a la expansión de los campos, a la instalación del *sistema* de concentración, puede que uno de los fenómenos más señalados de la barbarie de los regímenes comunistas. Las cárceles no eran bastantes para recibir la masa de prisioneros, y el poder retomó, también en este terreno, la experiencia de la Unión Soviética, y creó el archipiélago de campos de concentración.

De modo evidente, bolchevismo y nazismo han enriquecido la historia de la represión del siglo XX erigiendo, en tiempos de paz, el sistema de los campos. Hasta la aparición del Gulag y del *Lager* (la primacía le corresponde al Gulag), los campos de prisioneros eran en la Historia «uno de los medios de represión y exclusión en tiempos de guerra», como ha señalado Annette Wieviorka en su introducción al informe sobre los campos de prisioneros publicado en la revista *Vingtième Siècle* en 1997. Durante la Segunda guerra mundial, el sistema de campos de concentración se instaló en la Europa continental, y el campo, el Lager o el Gulag figuraban en el mapa de Europa desde los Urales hasta el pie de los Pirineos. Pero su historia no terminó con la caída de Alemania y sus aliados.

Fueron, además, los regímenes fascistas o autoritarios, aliados de Alemania, los que introdujeron el campo de concentración en la evolución de sus respectivos países. En Bulgaria, el Gobierno conservador había instalado un campo de internamiento en la pequeña isla de Santa Anastasia, en el mar Negro, a lo largo de Burgas, y después los campos de Gonda Voda y de Belo Pole, donde fueron internados los disidentes políticos. En Eslovaquia, los populares en el poder instauraron, entre 1941 y 1944, quince «establecimientos penitenciarios de trabajo» próximos a las canteras en las que faltaba mano de obra, y enviaron allí a «elementos asociales», generalmente gitanos romis Tsiganes Roms. En Rumania, la dictadura del mariscal Antonescu creó campos para presos políticos, como el de Tirgu-Jiu y otros, que servían para la represión racista, en el terreno formado entre el Dniéster y el Bug.

Al final de la guerra había, pues, campos en funcionamiento que podían servir bien como campos de tránsito para la masa de nuevos deportados (lo hemos visto en el caso de los húngaros), bien como campos de internamiento

de personas sospechosas de apoyar al nazismo. Ese fue el caso de Buchenwald o de Sachsenhausen, célebres campos de concentración del período nazi, emplazados en la zona de ocupación soviética en Alemania del Este.

Sin embargo, a partir de 1945, aparecieron nuevos campos en los que el poder internaba a sus adversarios políticos. La primicia de su creación parece deberse a Bulgaria, donde, desde 1945, un decreto permitió a la policía poner en marcha Hogares de educación por el trabajo (TVO en búlgaro). Cientos de personas, entre ellas decenas de anarquistas, fueron enviadas al campo de Kutsian, cercano al gran centro minero de Pernik, llamado ya en aquella época «las caricias de la muerte», a Bobov Dol o a Bogdanov Dol, «el campo de las sombras» para sus prisioneros. Estos campos fueron denunciados, documentación detallada lo avala, desde marzo de 1949, por los anarquistas franceses como «campos de concentración bolcheviques»[13].

El «archipiélago Gulag», tomando la expresión del escritor ruso Aleksandr Solzhenitsyn, se instaló en Europa central y del sureste en los años 1949-1950. Una síntesis que quisiera hoy día recoger la historia de esos campos no podría, desgraciadamente, apoyarse en un volumen de estudios y testimonios comparable al de los que poseemos sobre los campos nazis. Debemos, sin embargo, intentar elaborarla, tanto para profundizar en el conocimiento de la naturaleza de los regímenes comunistas como por respeto a la memoria de las víctimas del despotismo en esta parte de Europa.

Parece, y el estudio más concienzudo sobre el Gulag soviético nos inclina hacia esta hipótesis, que los campos, *en tanto que sistemas*, tuvieron primeramente una función económica. Evidentemente, dicho sistema se concibió para aislar y castigar a ciertas personas. Pero el examen del mapa de distribución de los campos comunistas nos convence de entrada de que estos fueron situados allí donde el régimen tenía necesidad de una fuerza de trabajo numerosa, disciplinada y barata. Estos esclavos modernos no tenían que construir pirámides, sino canales, presas, fábricas o edificios en honor de los nuevos faraones, o explotar minas de carbón, de antracita y de uranio. ¿Influyeron los «pedidos de prisioneros» que se necesitaban en las canteras o las minas en la elección de las víctimas, la extensión de la represión y su ritmo?

En Hungría y Polonia, los campos fueron situados en las cercanías de las cuencas hulleras. En Rumania, gran parte de ellos se creó alrededor del trazado del canal del Danubio-mar Negro y en el delta del Danubio. Se llamaba Poarta Alba al conjunto mayor de campos, el primero, el lugar principal de este pequeño archipiélago, donde nombres como Cernavoda, Medjidia, Valea Neagra o Basarabi, o los de las unidades del otro conjunto, situado en el delta del Danubio (Periprava, Chilia Veche, Stoenesti, Tataru), han quedado grabados en la memoria. El canal Danubio-mar Negro fue también llamado el «canal de la muerte». Fue una terrible cantera de trabajos forzados, donde pere-

[13] *Les Bulgares parlent au monde*, editado por la comisión de ayuda a los antifascistas de Bulgaria, París, marzo de 1949, 42 págs.

cieron campesinos que se habían opuesto a la colectivización o individuos considerados «sospechosos». En Bulgaria, los prisioneros del campo Kutsian trabajaban en una mina al aire libre, los de Bujovo en una mina de uranio y los de Béléné reforzaban los diques del Danubio. En Checoslovaquia, la población de los campos fue concentrada en torno a las minas de uranio de la región de Zhashymov, en Bohemia occidental, y en la cuenca hullera de Ostrava, en Moravia del norte.

¿Por qué se ha llamado campos de trabajo a estos lugares de internamiento? ¿Podían ignorar sus responsables que a la entrada de los campos de concentración nazis figuraba la inscripción *Arbeit macht frei* (El trabajo os hace libres)? Las condiciones de vida en estos lugares, sobre todo en el período de 1949-1953, eran extremadamente duras y la faena diaria causaba a veces el total agotamiento del detenido.

Empezamos a saber el número exacto de prisiones y de campos. Establecer el número exacto de personas que los habitaron sigue siendo complicado. En Albania, el mapa trazado por Odile Daniel localiza diecinueve campos y prisiones. En Bulgaria, el mapa del «gulag búlgaro» determinado después de 1990 revela 86 localizaciones, y en 1989 fueron censadas por la asociación de antiguos prisioneros políticos alrededor de 187.000 personas durante el período de 1944-1962. La cifra engloba a los condenados y a las personas enviadas a los campos sin juicio o encarceladas en las comisarías de policía durante semanas, en particular, campesinos a los que se pretendía forzar con el arresto a afiliarse a las cooperativas agrícolas. Según otras estimaciones, entre 1944 y 1953 pasaron por los campos alrededor de 12.000 personas, y alrededor de 5.000 entre 1956 y 1962.

En Hungría, varios cientos de miles de personas fueron perseguidas entre 1948 y 1953 y, según distintas estimaciones, resultaron condenadas de 700.000 a 860.000. La mayoría de los casos se calificaban como «delitos contra propiedades del Estado». Como en los otros países, hay que integrar en esas cuentas los internamientos administrativos llevados a cabo por la policía política. En la República Democrática Alemana, donde aún no se había levantado el muro en la frontera con Occidente, parece que los presos políticos «nuevos», aparte de los detenidos mencionados en el capítulo anterior, fueron poco numerosos.

En Rumania, las estimaciones sobre el número de personas encarceladas durante todo el período comunista varían entre 300.000 y 1.000.000. Esta última cifra incluye probablemente no solo prisioneros políticos sino también delincuentes comunes (hay que decir que, por ejemplo, en los casos de «parasitismo», la distinción es a veces difícil). Por lo que se refiere a los campos, el historiador inglés Dennis Deletant estima en 108.000 el número de personas detenidas en los campos rumanos al principio de los años cincuenta. En Checoslovaquia, el número de presos políticos durante los años 1948-1954 queda hoy día establecido en 200.000 personas. Para una población de 12,6 millones de habitantes, funcionaron 422 campos y prisiones. La cifra de los encarcela-

dos engloba no solo a las personas juzgadas y condenadas, sino también a la gente enviada a prisión sin juicio o a internados en los campos por una decisión arbitraria de las autoridades locales.

El mundo carcelario de todos estos países tenía puntos en común, lógico, puesto que se inspiraban en la misma fuente, la Unión Soviética, cuyos emisarios, en cuanto se establecían, llevaban a cabo una vigilancia general. Nos parece, sin embargo, que ciertos países han enriquecido la historia y su evolución con trazos originales: así sucede con Checoslovaquia, Rumania y Bulgaria.

Checoslovaquia, por su perfeccionismo burocrático: algunos analistas opinan que la pesadez del burocratismo del Imperio austro-húngaro aún seguía presente en el comportamiento de los comunistas de este país. En efecto, el poder se dotó de una legislación original, la ley número 247, del 25 de octubre de 1948, que aprobaba la instalación de los TNP *(tabory nucené prace:* campos de trabajo forzado), concebidos para personas de dieciocho a sesenta años, que debían ser educadas en un plazo de entre tres meses a dos años, plazo susceptible de ser abreviado... o prolongado. La ley apuntaba a delincuentes o individuos que «evitan trabajar», pero también a aquellos cuya «manera de vivir necesita de una medida rectificadora». La ley penal administrativa número 88, del 12 de julio de 1950, autorizaba el envío a los TNP de aquellos que no respetaban, por ejemplo, la «protección de la agricultura y la silvicultura», o de quienes daban pruebas de una «actitud hostil hacia el orden democrático popular de la República o su construcción». Estas medidas legislativas debían permitir, como precisaba su presentación en la Asamblea Nacional, «una represión eficaz contra los enemigos de clase» [14].

Según estas leyes, el confinamiento del «enemigo» en los campos se decidía por una comisión de tres miembros, creada al amparo del comité nacional regional primero, y del comité nacional de distrito a partir de 1950, probablemente por la comisión penal al amparo de este comité, presidido por el jefe de su sección de seguridad. En todas las comarcas, el poder comunista envió a los TNP generalmente a pobres gentes, y en primer lugar, como confirman los estudios realizados en 1989, a obreros.

La burocracia comunista inventó todavía en 1950 otro instrumento de represión a través del ejército: los PTP *(pomocny technicky prapor:* batallón de sostenimiento técnico). Los llamados a estos batallones eran a menudo de edades superiores a las del servicio militar y debían ejecutar un duro trabajo en las minas. Vivían en condiciones similares en ocasiones a las de los campos de trabajos forzados.

Junto a Checoslovaquia, Rumania es el otro país que enriqueció los rasgos originales de la historia de la represión en Europa central y del sureste:

[14] Un análisis, muy detallado, de estas leyes, del régimen de los campos y del procedimiento se encuentra en el libro de Paul Barton y Albert Weil, *Salariat et contrainte en Tchécoslovaquie,* París, Librairie Marcel Rivière & Cie., 1956.

probablemente fue el primero que introdujo en el continente europeo los métodos de «reeducación» por «lavado de cerebro» empleados por los comunistas asiáticos. Incluso los perfeccionó antes de su empleo masivo en Asia. El objetivo de su demoníaca empresa era inducir a los detenidos a torturarse unos a otros. La invención tuvo por escenario una prisión de Pitesti, relativamente moderna, construida en los años treinta a 110 kilómetros de Bucarest. La experiencia comenzó a principios del mes de diciembre de 1949 y duró alrededor de tres años. Sus causas son múltiples: políticas, ideológicas, humanas y personales. Gracias a acuerdos antiguos entre el comunista Alexandru Nikolski, uno de los jefes de la policía política rumana, y Eugen Turcanu, prisionero de pasado fascistoide, este último se convirtió, en la cárcel, en el jefe de un movimiento llamado la Organización de prisioneros con convicciones comunistas (ODCC). Su objetivo era la reeducación de los presos políticos, combinando el estudio de textos de la doctrina comunista con la tortura psíquica y moral. El núcleo de reeducación estaba formado por quince presos seleccionados, que debían en primer lugar establecer contactos y recoger confidencias de los otros.

El infierno de Pitesti.

La Securitate, policía política rumana, ha utilizado durante los interrogatorios los métodos «clásicos de tortura»: palizas, golpes en la planta de los pies, suspensión por los pies, cabeza abajo. En Pitesti, la crueldad de las torturas sobrepasó con mucho estos métodos: «Fue practicada toda la gama —posible e imposible— de suplicios: quemaduras de cigarrillo en diversas partes del cuerpo; prisioneros que tenían las nalgas necrosadas y se les caía la carne a pedazos como si fueran leprosos. Se obligaba a algunos a tragar toda clase de excrementos y, cuando vomitaban, les metían sus vómitos en la garganta.

»La imaginación delirante de Turcanu se desataba particularmente contra los estudiantes creyentes que no querían renegar de Dios. Algunos de ellos eran "bautizados" todas las mañanas del siguiente modo: se les sumergía la cabeza en los cubos llenos de orines y restos fecales mientras que los otros presos repetían a su alrededor la fórmula bautismal. Para que el suplicio no se acabara, de vez en cuando les dejaban sacar la cabeza y podían respirar antes de volver a hundírsela en aquel magma. Uno de estos "bautizados", que había sido sistemáticamente sometido a esta clase de tortura, adquirió un tic que le duró aproximadamente dos meses, para gran regocijo de los reeducadores: todas las mañanas iba él mismo a meter la cabeza al orinal.

»A los seminaristas, Turcanu los obligaba a oficiar misas negras que el ponía en escena, sobre todo, durante la semana santa, la noche de

Pascua. Unos hacían de cantores y otros de sacerdotes. El texto de la liturgia de Turcanu era evidentemente pornográfico y parafraseaba de manera demoníaca el original. Llamaban a la santísima Virgen "la gran puta" y a Jesús "el cabrón que murió en la cruz". El seminarista que hacía el papel de sacerdote tenía que desnudarse completamente y le envolvían en una sábana manchada de excrementos y le colgaban del cuello un falo hecho de jabón y miga de pan espolvoreado de DDT. En 1950, durante la noche de Pascua, los estudiantes en curso de reeducación tuvieron que pasar delante de tal "sacerdote", besarle el falo y decir: "Cristo ha resucitado".»

(V. Ierunca, *op. cit.,* págs. 59-61.)

Según el relato del filósofo Virgil Ierunca [15], la reeducación se realizaba en cuatro fases:

La primera se llamaba el «desenmascaramiento exterior»: el prisionero debía probar su lealtad confesando lo que hubiera escondido durante la instrucción de su caso, en particular lo que tuviera conexión con amigos en libertad. Durante la segunda fase, el «desenmascaramiento interior», debía denunciar a quienes le hubieran ayudado dentro de la cárcel. En la tercera, el «desenmascaramiento moral público», se pedía al detenido blasfemar contra todo lo que considerase sagrado —sus parientes, su esposa, su prometida, Dios, si era creyente, sus amigos—. Entonces llegaba la cuarta fase: el candidato a la afiliación a la ODCC era designado para reeducar a su mejor amigo, torturándole con sus propias manos y convirtiéndose él mismo en verdugo. «La tortura era la clave del éxito. Acompañaba implacablemente las confesiones a lo largo de las distintas fases. (...) De la tortura no podía uno escaparse. Se podía abreviar, a condición de autoacusarse de peores horrores. Algunos estudiantes fueron torturados durante dos meses: otros más "cooperadores", solo durante una semana» [16].

En 1952, las autoridades rumanas decidieron extender, sin éxito, la experiencia de Pitesti, en particular a los campos de trabajo del canal del Danubio-mar Negro. Cuando el secreto fue desvelado por emisoras de radio occidentales, la dirección comunista puso fin, en agosto de 1952, a esta reeducación. Durante un proceso en 1954, Eugen Turcanu y seis de sus cómplices fueron condenados a muerte, pero nunca fue tocado ninguno de los verdaderos responsables del aparato policial.

Finalmente, el tercer caso que figura entre los países que han añadido, nos parece, un toque original a la historia de la represión comunista europea:

[15] *Pitesti, laboratoire concentrationnaire (1949-1952),* prólogo de François Furet, París, Michalon, 1996, 152 pág.

[16] *Pitesti, op. cit.,* pág. 55.

Bulgaria y su campo de Lovech. Dicho campo fue creado en 1959, siete años después de la muerte de Stalin, tres años después del discurso de Jrushchov en el XX Congreso del PCUS condenando los crímenes estalinistas, en el momento en que numerosos campos destinados a presos políticos eran cerrados, incluidos los de la Unión Soviética. El lugar no era inmenso, no podía acoger nada más que alrededor de mil prisioneros; pero era atroz por las matanzas que ponían en práctica allí los verdugos. Allí se torturaba y se acababa con los hombres de la manera más primitiva que se conoce: a palos.

El poder abrió el campo de Lovech tras el cierre del de Béléné, bien asentado en la memoria de los búlgaros, donde se echaban a los cerdos los cadáveres de los presos muertos o asesinados para que comieran.

Oficialmente, el campo de Lovech fue creado para criminales reincidentes y malhechores endurecidos. Pero los testimonios aparecidos después de 1990 muestran que los castigados eran enviados allí, generalmente, sin juicio: «Lleva usted pantalones a la occidental, pelos largos, escucha música americana, habla lenguas del mundo que nos es hostil y que le permiten mantener contacto con turistas extranjeros... ¡a la trena!» Así, el prisionero de este campo, de este hogar de reforma mediante el trabajo, era a menudo joven.

En el prólogo del libro que reúne los testimonios de los prisioneros, de sus familias, pero también de los miembros del aparato represivo, Tzvetan Todorov resume la vida en el campo de Lovech:

«Durante la llamada de la mañana el jefe de policía (responsable de la Seguridad del Estado en el campo) escogía a sus víctimas; tiene la costumbre de sacar de su bolsillo un trocito de espejo y ofrecérselo: "Toma, ¡mírate por última vez!". Los condenados reciben entonces un saco que servirá por la tarde para transportar su cadáver al campo: deben llevarlo ellos mismos, como Cristo su cruz camino del Gólgota. Salen para la obra, en este caso, una cantera de piedra. Allí serán golpeados hasta morir por los jefes de la brigada y cerrados en su saco con un trozo de alambre. Por la tarde, sus compañeros les traerán de vuelta al campo, cargados sobre una carretilla, y los cadáveres serán apilados detrás de los aseos —hasta que haya veinte, para que el camión no haga el viaje vacío—. Los que no hayan cumplido las normas durante el día serán señalados durante la llamada de noche: el responsable de la policía dibujará con el extremo de su bastón un círculo en la arena: los que sean invitados a entrar en él morirán destrozados a golpes» [17].

El número exacto de muertos en este campo aún no ha sido establecido. No obstante, aunque se trate de cientos de personas, Lovech, cerrado por las autoridades búlgaras en 1962, tras una clara mejora de su régimen interior en 1961, es un símbolo importante de la barbarie de los países comunistas. Nos gustaría hablar aquí de «barbarie de los Balcanes», haciendo referencia al libro sobre el terror en los Balcanes tras la Primera guerra mundial escrito por Henri Barbusse, autor mencionado a propósito de sus posturas proestalinistas.

[17] T. Todorov, *op. cit.,* pág. 38.

Terminando nuestro análisis de la represión de los no-comunistas debemos subrayar que este auténtico terror de masas no estaba de ningún modo justificado por el «contexto de la época», por la guerra fría que gobernaba el mundo desde 1947 y que alcanzó su cima en los años siguientes, con la guerra «caliente», la guerra verdadera en Corea de 1950 a 1953. Los adversarios del poder comunista en el interior de los países a los que nos hemos referido no habían, en su aplastante mayoría, preconizado una acción violenta y armada. (Polonia representa una notable excepción, así como algunos grupos armados de Bulgaria y Rumania.) Su oposición, a menudo espontánea, no organizada, soñaba con formas democráticas. Los políticos que no habían emigrado a veces creían, al principio, que la represión sería algo pasajero. Los casos de oposición armada fueron raros; se trataba, a menudo, de «ajustes de cuentas» de los servicios secretos o golpes dados a ciegas, claramente más cercanos a hechos criminales comunes que a luchas políticas premeditadas.

La violencia o la envergadura de la actividad de oposición no podría justificar, pues, la violencia de la represión. Por el contrario, sabemos positivamente que la «lucha de clases» era de vez en cuando «organizada», que agentes provocadores montaban en ocasiones redes de oposición de la policía secreta. Y que incluso a veces el «gran manipulador» llegaba a recompensar sus servicios ejecutando a sus agentes provocadores.

Todavía hoy, tropezamos, a veces, a propósito de la historia del comunismo, con el discurso que alude al «contexto de la época», al «aspecto social», etcétera. ¿No está este discurso sostenido por una aproximación ideológica de la Historia y un «revisionismo» que no respetan los hechos establecidos y se oponen a una verdadera investigación de la verdad? ¿No deberían, los que son sensibles a ello, volcarse del lado de la dimensión social de la represión, especialmente sobre ese pueblo llano cruelmente perseguido?

Los procesos de los dirigentes comunistas. La persecución de los comunistas debe unirse a los episodios más importantes de la historia de la represión en la Europa central y del sureste en la primera mitad del siglo XX. El movimiento comunista internacional y sus secciones nacionales no han dejado, por otra parte, de criticar a «la justicia y la policía burguesas», y en particular, las represiones fascista y nazi. Millares de militantes comunistas fueron, en efecto, víctimas de los regímenes fascistas y de la ocupación nazi durante la Segunda guerra mundial.

La persecución de los comunistas ni siquiera cesó, en absoluto, con la instauración progresiva de las «democracias populares», cuando el Estado de la «dictadura del proletariado» sustituyó al «Estado burgués».

Desde 1945, en Hungría, la policía política encarceló a Pal Demény, Jozsef Skolnik y algunos de sus camaradas. Se consideraban comunistas, y bajo este nombre dirigieron grupos de la resistencia, en los que a menudo se incorporaban jóvenes y obreros. En los centros industriales, los afiliados a estos

grupos eran más numerosos que los del partido Comunista ligado a Moscú. Para este partido, los comunistas con el temperamento de Demény eran a la vez vistos como competidores, y considerados «trotskistas» o «desviacionistas». Desde la liberación, el miembro de la resistencia Pal Demény compartió, pues, el destino de aquellos a quienes él había combatido, y permaneció encerrado hasta 1957. Fue más trágica la suerte de Stefan Foris, secretario general del PCR de Rumania desde mediados de los años treinta: acusado de ser agente de policía, sometido a arresto vigilado en 1944, le mataron en 1946, golpeándole con una barra de hierro en la cabeza. Su madre, ya mayor, que le buscaba por todas partes, fue encontrada ahogada en un río de Transilvania con grandes piedras atadas al cuello. El asesinato político de Foris y los que lo habían cometido fueron denunciados en 1968 por Ceausescu.

El caso de Demény, de Foris y de otros subraya esta realidad intangible: para el aparato represivo había «buenos» comunistas, organizados en el partido fiel a Moscú, y «malos» comunistas, que rechazaban unirse a las filas de este partido enfeudado. No obstante, este principio no ha sido siempre válido para todos los países: la dialéctica de la persecución de los comunistas se hizo más sutil en 1948.

A finales de junio de aquel año, el Buró de información de los partidos comunistas (Kominform), fundado en septiembre de 1947 y que reunía a los partidos comunistas en el poder (excepto a Albania), y los dos partidos más poderosos de la Europa occidental, el francés y el italiano, condenaba a la Yugoslavia de Tito y llamaba a sustituir a su jefe. En los meses siguientes tomó forma un fenómeno absolutamente nuevo en la historia del movimiento comunista: la «desviación», la oposición a los agentes de Moscú, las ganas de ser autónomo e independiente del «centro-rey», que siempre había sido un hecho entre pequeños grupos de militantes, se mostraron a partir de entonces en una forma «estatalizada». Un pequeño Estado de los Balcanes, donde el monopolio de poder del Partido Comunista había llevado a cabo sus pruebas, lanzó un desafío al centro del Imperio comunista. La situación, cada vez más extendida, ofrecía a la persecución de comunistas perspectivas hasta entonces inimaginables: estos, en Estados dirigidos por comunistas, podían ser castigados como «aliados» o «agentes» de otro Estado comunista.*

Examinemos las dos vertientes de esta novedad histórica en la persecución de los comunistas: la vertiente yugoslava ha sido durante mucho tiempo ocultada y generalmente ignorada en la historia de las democracias populares. Tras lo que el vocabulario periodístico llamó la ruptura de «Tito-Stalin», Yugoslavia conoció una situación económica tal que algunos testigos la calificaron como «peor» que durante la guerra. Todos los puentes con el exterior fueron cortados de un día para otro y el país se vio seriamente amenazado, con los carros soviéticos agrupados en sus fronteras. En 1948-1949, la perspectiva de una nueva guerra, ligada a la invasión soviética, no era una idea tan lejana en este país asolado por un conflicto reciente.

A la condena de la «traición yugoslava» y a las amenazas reales, el poder en ejercicio en Belgrado reaccionó con el «aislamiento» de los fieles a Moscú apodados *informbirovtsi* («kominformianos»), y de todos los que estaban de acuerdo con la decisión del Kominform de junio de 1948. Este aislamiento no consistió en un simple internamiento que impedía todo contacto con el mundo exterior. El poder titista, impregnado por la doctrina bolchevique, recurrió en efecto a los métodos que correspondían a su cultura política: los campos de concentración. Yugoslavia poseía numerosas islas y, puede que por referencia al primer campo bolchevique, instalado en el archipiélago de las Solovky, una de ellas, Goli Otok (la isla desnuda), se convirtió en su campo principal. Y nada importa qué campo, pues en todos ellos se practicaban métodos de reeducación que se parecían mucho a los de Pitesti en Rumania y que quizá convenga llamar «balcánicos». Tales como la «fila del deshonor», también llamado «conejo caliente»: los nuevos pasaban entre dos filas de prisioneros —los que querían redimirse o mejorar su situación— que los golpeaban, injuriaban y les lanzaban piedras. O como el ritual de las «críticas y autocríticas», unido, bien entendido, al de «las confesiones».

La tortura era el pan de cada día de los prisioneros. Al nombre de los castigos debemos añadir el de «el orinal» —sujetaban la cabeza del preso dentro de un recipiente lleno de excrementos—, y también el «bunker» —especie de calabozo instalado en una zanja—. Probablemente el método más extendido, utilizado por los vigilantes-«reeducadores» y que recuerda los suplicios de los campos nazis, era el de pulverizar piedra en esa isla rocosa del Adriático. Y, para acabar de humillar al ejecutante, el gravero era arrojado al mar...

La persecución de los comunistas en Yugoslavia, que estalló en 1948-1949, forma parte de las persecuciones masivas más conocidas en Europa hasta entonces, tras las de la Unión Soviética de los años veinte-cuarenta, la Alemania de los años treinta y la represión de los comunistas durante la ocupación nazi —persecución «masiva» evidente si se tienen en cuenta el número de habitantes y el numero de comunistas afiliados—. Según fuentes oficiales mantenidas en secreto mucho tiempo, esta afectó a 16.731 personas, de las que 5.037 habían pasado un juicio en regla; tres cuartas partes de ellos fueron enviados a Goli Otok y Grgur. Los análisis independientes de Vladimir Dedijer estiman que solo por el campo de Goli Otok pasaron entre 31.000 y 32.000 personas. Las investigaciones recientes han sido hasta ahora incapaces de precisar el número de detenidos muertos, víctimas de las ejecuciones, del agotamiento, el hambre y las epidemias o de suicidios, solución extrema con la que algunos comunistas respondían al duro dilema que la situación les había planteado cruelmente.

La segunda vertiente de la persecución de los comunistas es más conocida: la represión de los «agentes titistas» en las otras democracias populares. Esta tomó, en la mayoría de los casos, la forma de procesos «gran espectáculo» que querían llamar la atención no solo de la opinión de los países afectados, sino también la de los otros países reunidos a la fuerza en el «campo de

la paz y el socialismo». El desarrollo de estos procesos debía probar lo bien fundado de la divisa de Moscú según la cual el enemigo principal había que buscarlo en el seno de los propios partidos comunistas e instaurar la desconfianza generalizada y una vigilancia sin fallos.

Ya a comienzos de 1948, el partido Comunista rumano se volcó en el caso de Lucretiu Patrascanu, ministro de Justicia de 1944 a 1948, intelectual con reputación de teórico marxista, uno de los fundadores del partido en 1921, cuando no tenía más que veintiún años. Para algunos de los miembros de la acusación, el caso de Patrascanu fue preludio de la campaña contra Tito. Destituido en febrero de 1948 y encarcelado, Patrascanu no fue condenado a muerte hasta abril de 1954 y ejecutado el 16 de abril, tras seis años de cárcel y un año después de haber muerto Stalin. El misterio de esta ejecución tardía no ha sido totalmente dilucidado. Una de las hipótesis avanzadas pretendía que Gheorghiu Dej, el secretario general del PCR, temía su rehabilitación y veía en él a un posible competidor. Esta hipótesis solo satisface en parte, ya que ambos dirigentes tenían conflictos desde la guerra.

En 1949, los procesos contra dirigentes comunistas apuntaron en primer lugar hacia países vecinos de Yugoslavia. El primero se celebró en Albania, donde la dirección estaba extremadamente ligada a los comunistas yugoslavos. La víctima escogida, Kochi Xoxe (a menudo mencionado como Kotchi Dzodze), uno de los jefes de la resistencia armada comunista, ministro del Interior y secretario general del partido después de la guerra, era verdaderamente un hombre afecto a Tito. Tras una campaña política en el seno del partido en otoño de 1948 que fustigaba a «la facción trotskista proyugoslava, dirigida por Xoxe y Kristo», los aliados de los comunistas yugoslavos fueron detenidos en marzo de 1949. Kochi Xoxe fue juzgado en Tirana junto con otros cuatro dirigentes —Pandi Kristo, Vasco Koleci, Nuri Huta y Vango Mitrojorgji—. Condenado a muerte del 10 de junio, fue ejecutado al día siguiente. Sus cuatro compañeros fueron sentenciados a duras penas y otros comunistas proyugoslavos padecieron también la «depuración» del partido albanés.

El segundo proceso espectacular de la serie «antititista» se llevó a cabo en septiembre de 1949 en Budapest, y tenía como acusado a Laszlo Rajk, antiguo miembro de las Brigadas internacionales en España, que había sido uno de los jefes de la resistencia interior, después ministro del Interior, muy duro en la represión de los demócratas no-comunistas, y finalmente ministro de Asuntos Exteriores. Detenido en mayo de 1949, Rajk fue torturado, pero al mismo tiempo sometido al chantaje de sus antiguos camaradas en la dirección —debía «ayudar al partido», y sería condenado, no ejecutado— hasta que aceptó realizar confesiones que repitió delante del tribunal y que cargaban contra Tito y los yugoslavos «como enemigos que eran de las democracias populares». La sentencia del tribunal húngaro, pronunciada el 24 de septiembre, no tenía apelación: Laszlo Rajk, Tibor Szönyi y Andras Szalai fueron condenados a muerte; el yugoslavo Lazar Brankov y el socialdemócrata Pal Justus a cade-

na perpetua. Rajk fue ejecutado el 16 de octubre. En un proceso anexo, el tribunal militar envió a la muerte a cuatro oficiales de alto rango.

Durante la represión que siguió al proceso de Rajk, 94 personas fueron arrestadas en Hungría y después juzgadas o internadas. Quince condenados fueron ejecutados, otros once murieron en la cárcel, cincuenta inculpados recibieron más de diez años de cárcel. El número de muertos relacionados con este asunto llegó hasta las 60 personas, si incluimos los suicidios de los allegados, o también, por qué no, de jueces y oficiales implicados en la instrucción.

Las animosidades en el interior del equipo dirigente, así como el celo del secretario general del partido, Matyas Rakosi, y de los jefes de la policía secreta han de tomarse en consideración, sin duda, en la elección de las víctimas y de su «jefe», Laszlo Rajk. Sin embargo, estos u otros factores no deben esconder el hecho esencial: los que tomaban las decisiones en Moscú, entre los cuales figuraban los responsables de la Seguridad y los servicios de información encargados de Europa central y oriental, eran el corazón de los manejos contra ciertos comunistas durante la primera ola de represión. Se desesperaban para descubrir una vasta «conspiración internacional antisoviética». El proceso Rajk debía tener un papel clave, con su principal testigo de cargo, Noel Field, un americano afiliado en secreto al comunismo y que ayudaba a los servicios soviéticos, lo que los archivos recientemente abiertos han probado claramente[18].

Esta tentativa de «internacionalizar» la conspiración, de momento sobre todo «titista», se puso también de manifiesto en el proceso de Sofía contra Traïcho Kostov. Kominterniano veterano, condenado a muerte bajo el antiguo régimen, dirigente de la resistencia armada interior, vicepresidente del consejo después de la guerra, Kostov era considerado el delfín de Georgui Dimitrov. El estado de salud de este anciano secretario general de la Internacional comunista y jefe del Partido Comunista búlgaro en Sofía desde 1946 se había agravado considerablemente en 1949. (Aunque fue cuidado en la URSS desde marzo, murió allí el 2 de julio.)

Desde finales de 1948, en la dirección del PCB, los «moscovitas» (dirigentes que habían pasado la guerra en Moscú, del mismo refrito que Rakosi en Hungría o Gottwald en Checoslovaquia) criticaban las «faltas y defectos» de Kostov, en particular su «relación incorrecta con la Unión Soviética» en la esfera económica. A pesar de sus «autocríticas» y con el consentimiento de Dimitrov, que le condenaba violentamente en una carta enviada el 10 de mayo desde un sanatorio soviético, Kostov fue detenido en junio de 1949 junto con varios de sus colaboradores.

[18] A petición de Hungría, sostenida por los consejeros soviéticos, Noel Field fue detenido en Praga. El proceso de este americano de hecho no se celebró nunca, y fue liberado en octubre de 1954 con su mujer Herta (también arrestada en Checoslovaquia y liberada el 28 de agosto de 1949 en Budapest) y su hermano Hermann (detenido en agosto de 1949 en el marco de la colaboración de los servicios de seguridad checoslovacos y polacos).

La causa contra Traïcho Kostov y los otros nueve reos se inició en Sofía el 7 de diciembre de 1949. El veredicto fue leído el 14: Kostov era condenado a muerte por ser, a la vez, «agente» de la policía búlgara, del «traidor Tito» y de los «imperialistas occidentales». Otros cuatro dirigentes —Ivan Stefanov, Nikola Pavlov, Nikola Nechev e Ivan Tutev— fueron condenados a cadena perpetua, tres a quince años, uno a doce años y otro a ocho años. Dos días más tarde la petición de indulto fue rechazada y Traïcho Kostov ahorcado.

Este proceso de Sofía ocupa un lugar original en la historia de los juicios de dirigentes comunistas bajo regímenes comunistas: en el curso de sus primeras declaraciones ante el tribunal, Kostov volvió a las confesiones anteriores a las conseguidas durante la instrucción y proclamó su inocencia. Privado tras ello de la palabra, pudo, no obstante, explicarse en una última declaración y proclamar que era amigo de la Unión Soviética —pero no pudo, claro, terminar su discurso—. Tales «accidentes» hicieron reflexionar a los directores de escena de los procesos públicos que vendrían después.

El «asunto Kostov» no terminó en Bulgaria con el ahorcamiento de la víctima principal. En agosto de 1950 tuvo lugar el proceso contra doce «colaboradores de Kostov», escogidos entre los responsables de la economía. Otro proceso contra dos «miembros de la banda conspiradora de Kostov» se celebró en abril de 1951, y después un tercero contra dos miembros del Comité central del PCB. En el marco de este asunto finalmente se instruyeron causas contra oficiales del ejército y de la Seguridad.

En Checoslovaquia, los dirigentes habían sido advertidos, desde junio de 1949, de que en el seno del partido se escondían grandes «conspiradores». Para encontrarlos —en particular al «Rajk checoslovaco»— se creó en Praga un grupo especial en el que operaban los responsables del aparato del Comité central, de la policía política y de la comisión de control del PCCh. Los primeros responsables comunistas, al principio de tercera fila, fueron arrestados en 1949. Pero el régimen solo se mostró capaz, en esta primera oleada de procesos a comunistas, de montar un proceso «antititista», el que, entre el 30 de agosto y el 2 de septiembre de 1950, juzgó en Bratislava, capital de Eslovaquia, a dieciséis personas, de ellas diez yugoslavos. A la cabeza de estos se encontraba Stefan Kevic, vicecónsul de Yugoslavia en Bratislava. Dos eslovacos de este mismo proceso fueron condenados a muerte y uno de ellos ejecutado.

Fue al final de 1949, cuando la máquina policial, que le iba pisando los talones al Rajk checoslovaco, reforzada y dirigida por hombres experimentados venidos de la central de seguridad moscovita, se lanzó. Los jefes de los «consejeros soviéticos» no escondían el objetivo de su misión. Uno de ellos, Lijachev, irritado por la falta de celo de un responsable eslovaco de la Seguridad, gritó: «Es Stalin quien me ha enviado aquí para llevar a cabo procesos, no tengo tiempo que perder. No he venido a discutir, he venido a Checoslo-

vaquia a cortar cabezas *(svolochit golovy)*. Prefiero retorcer 150 cuellos antes de que me retuerzan el mío» [19].

La reconstrucción histórica de esta represión ha podido ser realizada meticulosamente porque, desde 1968, los historiadores consiguieron introducirse en los rincones más secretos de los archivos del partido y de la policía, y, después de noviembre de 1989, profundizar aún más en su estudio.

Los esposos Pavlik fueron los primeros en ser detenidos en mayo de 1949, en relación con la preparación del proceso de L. Rajk en Hungría —el proceso de Gejza Pavlik se celebró en junio de 1950—. En junio de 1949, el húngaro Matyas Rakosi remitía al jefe del PCCh, Klement Gottwald, en Praga, la lista de alrededor de sesenta altos responsables checoslovacos cuyos nombres habían aparecido a lo largo de la instrucción del caso de Rajk. Praga, en relación con el proceso de Rajk, y siempre bajo la presión de los servicios de Seguridad soviéticos y húngaros, se interesó cada vez más por los comunistas exiliados a Occidente durante la guerra y en particular por los antiguos brigadistas internacionales. En otoño, el PCCh puso en marcha una sección especial de la Seguridad del Estado para «descubrir a los enemigos en el interior del partido» y no dudó en recurrir a los miembros escapados de la Gestapo, «especialistas» del movimiento comunista. Con la detención de Evzen Löbl, viceministro de Comercio Exterior, en noviembre de 1949, la represión contra los comunistas alcanzó un grado nuevo: afectó en adelante a los «cuadros de mando superiores», lo que se confirmó a lo largo del año 1950, durante el que se implicó, entre otros, a los dirigentes del partido en el plano regional.

En enero y febrero de 1951, una gran oleada de detenciones afectó a una parte importante de la pirámide del poder. De los cincuenta arrestados entre altos representantes del partido y el Estado, había «comunistas francófonos» y otros encargados de una u otra manera de los contactos con los otros partidos, como Karel Svab.

La etiqueta de «cabecilla de la conspiración» pasaba de uno a otro y se necesitaron dos años antes de descubrir al Rajk checoslovaco. A lo largo del verano de 1951 y con la aquiescencia apresurada de Klement Gottwald, Stalin decidió que la cabeza sería Rudolf Slansky, el secretario general del PCCh en persona, del que era «brazo derecho» Bedrich Geminder, otro poderoso personaje del aparato de la Komintern. Su nombre figura detrás del de Rudolf Slansky prácticamente en todas partes, tanto en la correspondencia entre Stalin y Gottwald como en los interrogatorios de los comunistas encarcelados, como preludio del arresto de Slansky. Los autores soviéticos de la puesta en escena veían a Geminder como «cabeza de recambio». La Seguridad del Estado detuvo a ambos jefes del «compló» el 24 de noviembre de 1951. A lo largo de los meses siguientes, otros dos responsables se les unieron tras los barrotes: el 12 de enero de 1952, Rudolf Margolius, viceministro de Comercio Exterior y, el 23 de mayo de 1952, Josef Frank, adjunto de Rudolf Slansky.

[19] AUV KSC, Comisión de Barnabitky, carta de T. Balaz, en Karel Kaplan, *Zprava o zavrazdeni generalniho tajemnika* (Informe sobre el asesinato del secretario general), Praga, Mlada Fronta, 1992, pág. 68.

Los consejeros soviéticos y sus subalternos locales torturaron a mansalva con vistas a preparar un proceso «gran espectáculo». Lo consiguieron, y el 2 de noviembre de 1952 pudo comenzar en Praga el «proceso contra la dirección del centro de conspiración contra el Estado, encabezado por Rudolf Slansky». Esta vez sí se juzgaba a dirigentes comunistas de primer orden. El 27 de noviembre, el tribunal leyó la sentencia: once acusados eran condenados a la pena capital, tres a cadena perpetua. El 3 de diciembre, entre las 3 y las 5:45 horas de la madrugada, el verdugo de la cárcel de Pankrac en Praga ahorcó a los once condenados.

El proceso de Slansky, figura simbólica de la represión.

Después de los procesos contra los dirigentes bolcheviques en Moscú en los años treinta, el de Slansky fue el más espectacular y el más comentado en la historia del comunismo. Entre los condenados se encontraban personalidades eminentes del aparato comunista internacional, que habían convertido Praga en la «Ginebra comunista» durante los años de la guerra fría. La capital checoslovaca tenía entonces un papel clave, sobre todo, en las relaciones con los partidos comunistas francés e italiano.

Rudolf Slansky, secretario general del PCCh desde 1945, era un incondicional de Moscú, presidente del «grupo de los cinco», organismo especialmente encargado de seguir el día a día de la represión y que tenía que firmar por ello decenas de penas de muerte.

Bedrich Geminder y Josef Frank eran vicesecretarios generales. Geminder había trabajado en lo más alto del aparato de la Komintern y había vuelto de Moscú a Praga para dirigir aquí el departamento internacional del PCCh. Frank, internado en los campos de concentración nazis de 1939 a 1945, supervisaba los asuntos económicos y la ayuda financiera a los partidos comunistas occidentales. Rudolf Margolius, estaba encargado, como viceministro de Comercio Exterior, de las relaciones con las sociedades comerciales controladas por estos partidos. Otto Fischl, viceministro de Finanzas, estaba también al corriente de ciertas manipulaciones financieras del PCCh. Ludvik Frejka había participado, durante la guerra, en la resistencia checoslovaca en Londres y después, en 1948, cuando Klement Gottwald pasó a ser presidente de la República, dirigió el departamento económico de su cancillería.

Entre los condenados relacionados con los servicios especiales soviéticos, bien directamente, bien a través del aparato comunista internacional —aparte de Slansky y Geminder—, citaremos a Bedrich Reicin, jefe de los servicios de información del ejército, y después, en febrero de 1948, viceministro de Defensa; a Karel Svab, prisionero de los campos de concentración nazis y después responsable de los efectivos en el aparato central del PCCh, trabajo que le había llevado al puesto de viceministro de la Seguridad Nacional; a André Simone, periodista que trabajaba antes de la guerra en particular en Francia y Alemania; y, finalmente, a Artur London, colaborador de los servicios soviéticos durante la guerra de España, miembro de la resistencia en Francia y deportado, que ayudó a los servicios de información comunistas después de 1945 en Suiza y Francia y, a comienzos de 1949, empezó a trabajar como viceministro de Asuntos Exteriores en Praga.

Otros dos responsables de este ministerio figuraban entre los condenados: el eslovaco Vladimir Clementis, ministro desde la primavera de 1948, abogado comunista antes de la guerra, exiliado en Francia, donde había expresado sus críticas contra el pacto germano-soviético, lo que le había merecido su exclusión del partido, decisión abolida en 1945; y Vavro Hajdu, también eslovaco, viceministro. El tercer eslovaco del proceso, Evzen Löbl, que había pasado la guerra en el exilio en Londres, fue detenido cuando era viceministro de Comercio Exterior.

Otto Sling también había participado en la resistencia checoslovaca en Londres, y después se había unido a las Brigadas internacionales en España. Tras la guerra se convirtió en el secretario regional del PCCh en Brno, capital de Moravia.

Los tres condenados a cadena perpetua —Vavro Hajdu, Artur London y Evzen Löbl— vieron cómo se ponía en evidencia en el curso del proceso su «origen judío». También fue ese el caso de once de los condenados a muerte, excepto Clementis, Frank y Svab.

El proceso Slansky se convirtió en el símbolo de la represión en las democracias populares, no solamente en Checoslovaquia. Su monstruosidad no pudo, sin embargo, ocultar el hecho de que las principales víctimas de esta represión no eran comunistas. Para todo el período de 1948-1954, los comunistas representan en Checoslovaquia alrededor del 0,1 por 100 de los condenados, el 5 por 100 de los condenados a muerte, el 1 por 100 de los muertos —penas capitales ejecutadas, suicidios provocados por la persecución, muertos en las cárceles y en los campos como consecuencia directa del internamiento (accidentes de trabajo en las minas, asesinados por los guardias durante las «tentativas de huida» o en «actos de rebelión»).

El proceso Slansky fue minuciosamente preparado por los consejeros soviéticos, actuando de acuerdo con las altas esferas del poder de Stalin en Moscú. Marcó la segunda oleada de grandes procesos políticos que se llevaron a cabo en las democracias populares a partir de 1949 contra los dirigentes comunistas.

El gran espectáculo del proceso Slansky fue seguido en Checoslovaquia, en 1953-1954, por los procesos «consecutivos al proceso Slansky», a pesar de la muerte de Stalin y Gottwald en marzo de 1953. Estos últimos culminaron en 1954. El primer gran juicio del año tuvo lugar en Praga del 26 al 28 de enero: en él, Marie Svermova, fundadora del PCCh y miembro de su dirección de 1929 a 1950, fue condenada a cadena perpetua; los otros seis reos, altos responsables del aparato del partido, a 130 años de cárcel en total. Un segundo juicio se celebró un mes más tarde, del 23 al 25 de febrero; siete miembros del «gran consejo trotskista», militantes del PCCh, fueron condenados a un total de 103 años de cárcel. El tercer proceso se desarrolló en Bratislava entre el 21 y el 24 de abril, contra los antiguos dirigentes del Partido Comunista eslovaco, juzgados como «grupo de nacionalistas burgueses eslovacos». Gustav Husak, uno de los dirigentes de la resistencia, fue condenado a cadena perpetua y los cuatro acusados a 63 años de cárcel. A lo largo de 1954 se organizaron todavía seis «grandes procesos» contra altos dirigentes del ejército, contra responsables de la economía (once personas condenadas a penas de un total de 104 años de reclusión), contra la «dirección ilegal de la socialdemocracia»; y finalmente, varias personas fueron juzgadas individualmente. Como ya venía siendo habitual desde hacía años, antes de cada proceso «importante», el secretariado político del PCCh aprobaba el acta de acusación y las penas solicitadas; y la dirección del PCCh discutía acto seguido el informe sobre el desarrollo del proceso.

Los juicios de 1953-1954 ya no fueron de «gran espectáculo». El último proceso político del período 1948-1954, el 5 de noviembre de 1954, fue el de Eduard Utrata, responsable de economía.

Osvald Zavodsky, antiguo brigadista internacional, miembro de la resistencia en Francia y deportado, jefe de la Seguridad del Estado desde 1948, fue el último comunista ejecutado en esta campaña de represión. El tribunal le condenó a la pena capital en diciembre de 1953 y los gobernantes se negaron a concederle el indulto. También sabía demasiado en opinión de los servicios especiales soviéticos. Su cuerpo se balanceó en un patíbulo de Praga el 10 de marzo de 1954.

¿Por qué se llegó a esta represión contra los comunistas más cercanos a la cúpula del poder? ¿Obedece la elección de la víctima, de este o aquel, a algo que podamos entender? La apertura de los archivos y nuevas investigaciones han confirmado en numerosos puntos los estudios presentados antes de 1989: procesos prefabricados, papel de las «confesiones» conseguidas mediante extorsión, puesta en escena dirigida por Moscú, frenesí ideológico y política antititista primero, después antisionista, y después antiamericana, que se tradujo en actos judiciales. Numerosos hechos precisan y completan además nuestros conocimientos. Pero la apertura permite a la vez —en relación con la segunda campaña de represión, que difiere de la primera, en que fue

promovida por la necesidad inmediata de combatir la herejía de Yugoslavia— que se profundice nuestro conocimiento formulando ciertas hipótesis.

Algunos estudios, basados en una rica documentación, han puesto en claro las causas evidentes: la intervención e intromisión de Moscú fueron determinantes. Los procesos de comunistas estaban estrechamente ligados a la situación internacional en aquella época, y el poder estalinista debía, tras la revuelta de Tito, imponer al movimiento comunista una sumisión total y acelerar la «satelización» de los nuevos territorios del Imperio soviético. Esta represión, además, estaba en conexión con los problemas políticos, sociales y económicos de cada país: el dirigente comunista condenado servía de chivo expiatorio. Sus faltas tenían que explicar las insuficiencias del Gobierno y su castigo canalizar la «cólera del pueblo». El terror omnipresente sembró e inoculó el miedo entre las capas dirigentes, lo que era necesario para conseguir una obediencia absoluta y una sumisión total a las «órdenes del partido» y a las necesidades del «campo de la paz», definidas por los altos cargos soviéticos.

Las disensiones en el interior de los medios dirigentes desempeñaron un papel incontestable en la elección de víctimas. Los odios y los celos recíprocos, tan frecuentes en una sociedad de validos de un amo colonial, no son cualquier cosa. Por eso fueron, con toda seguridad, ofrecidas al «gran manipulador» de Moscú, unas variaciones interesantes del juego que él dirigía y que podía manejar a través de sus atemorizados validos. Poseía, en efecto, desde hacía mucho tiempo, informaciones detalladas sobre estos odios y celos.

Las dos campañas de represión dirigidas contra los dirigentes comunistas muestran, también, un modelo de víctima. La represión atacó a antiguos voluntarios de la guerra civil española, a hombres que habían colaborado con la resistencia exterior, partisanos en Yugoslavia, y emigrados a Francia o Inglaterra. En Hungría, Bulgaria o Eslovaquia los chivos expiatorios fueron los comunistas de la resistencia.

Pero tenemos que ir más lejos y preguntarnos: ¿Por qué el proceso de Rudolf Slansky, el más importante de todos, fue un espectáculo *mundial?* ¿Qué intereses encubiertos del poder estalinista en el mundo afloraron a la superficie en su concepción? ¿Por qué tal publicidad, tal brutalidad en las condenas o esa violencia espectacular en un momento en el que la URSS parecía controlar perfectamente a las democracias populares? Las formas de este control, cartas «ukases», reuniones «de consulta» y la actividad de miles de consejeros soviéticos «a domicilio», son de sobra conocidas.

En esta búsqueda de la lógica profunda de la represión, nos parece necesario formular una primera hipótesis: el bloque soviético se preparaba para la guerra, preparaba la guerra en Europa. El «imperialismo americano» había pasado a ser el enemigo principal y los dirigentes soviéticos creían —o querían creer— que estaba organizando una agresión contra su «campo». El proceso Slansky, su desarrollo, su resonancia preparada, su ideología violentamente «antiamericana» —el antititismo está siempre presente, pero en relación con el

antiamericanismo dominante— fueron también y, sin duda, ante todo, muestra de los preparativos de guerra por parte del poder soviético. La «pedagogía de los cadáveres» apuntaba no solo a las filas comunistas, sino también al adversario. Stalin ya la había utilizado en la Unión Soviética en los años treinta, con las grandes purgas, en la coyuntura anterior a la guerra. ¿Estaba convencido de que podía recurrir a ella de nuevo?

Entre quienes han podido consultar las ricas fuentes de los archivos, nadie duda que, a partir de 1950-1951, en la época en la que tenía lugar la guerra de Corea, el bloque soviético se había preparado para una guerra inminente con Europa occidental. Stalin, durante la reunión de los representantes políticos o militares del «campo», en 1951, mencionó la probabilidad de que hubiera una guerra en 1953. Por todas partes, la militarización de la economía estaba al máximo.

Checoslovaquia poseía una industria armamentista muy cualificada cuya tradición se remontaba a la monarquía austro-húngara y, en los años treinta, se hallaba entre los primeros países exportadores de armas al mundo. A partir de 1949 tuvo que servir de aprovisionador de armas del campo soviético. Esta decisión se acompañó de una militarización frenética de la economía y de la vida social, de una fuerte propaganda sobre la inminente guerra, así como del previo aumento del presupuesto militar —en cinco años, los fondos destinados al ejército se multiplicaron ¡por siete!—. Estamos obligados a mencionar la destrucción sin freno de la sociedad civil y el pillaje sistemático de las minas de uranio, completamente dirigidos por los «expertos soviéticos».

El historiador militar Jindrich Madry, que ha investigado en los archivos abiertos en 1989, en su reciente estudio [20] concluyó: «Hasta mayo de 1953, el rearme de Checoslovaquia se intensificó al máximo con vistas a una posible "guerra inevitable" a corto plazo». El presupuesto del ministerio de Defensa, planificado para 1953, debía ser diez veces superior al de 1948. Según las exigencias soviéticas, la economía checoslovaca tenía que evolucionar hacia una «economía de preguerra». El 1 de enero de 1953, el número de hombres armados alcanzaba las 292.788 personas, el doble de los efectivos en 1949, y el presidente de la República decidió en abril prolongar el servicio militar hasta hacerlo durar tres años. Eran acumuladas reservas materiales y financieras con vistas a la guerra y en el mismo marco hay que situar la reforma monetaria de junio de 1953, que despojó a los ahorradores. Según ciertos indicios, la situación cambió en junio de 1953, cuando «la guerra inevitable» dejó de ser la estrategia preconizada por los nuevos amos de Moscú.

Si vemos desde esta perspectiva las represiones contra los responsables comunistas, puede que comprendamos mejor la lógica de la elección de las víctimas. El «gran hermano» conocía bien a sus fieles camaradas, y tenía sus propias ideas sobre los adversarios occidentales. Su «pedagogía de los cadáve-

[20] «La période de l'armement et réarmement», en *Soudobé dejiny* (revista *L'Histoire du temps présent),* Praga, núms. 4-5, 1994.

res» alcanzó, al parecer, cotas de maquiavelismo. ¿Qué había que hacer para convencer a tus adversarios de tu fuerza y tu determinación (y a la vez difundir una falsa impresión de debilidad)? ¿Qué había que hacer para convencer a fieles seguidores, iniciados en los secretos del movimiento, de la gravedad de la situación, de la necesidad de una disciplina de hierro ante el conflicto que se cernía amenazante, de la necesidad sagrada del sacrificio?

Sacrificar a los más fieles de entre los fieles, elegir entre quienes suponían la seguridad de que la decisión tendría el mayor impacto posible a escala internacional, en todas direcciones, incluida la Unión Soviética. Utilizar la mentira más vulgar de la que se conocieran absolutamente todos los elementos, puesto que era preparada. ¿Habría sido igualmente eficaz el gran espectáculo puesto en escena si se hubiera tratado de «agentes imperialistas», un Antonin Zapotocky o un Antonin Novotny, poco conocidos en los círculos moscovitas u otros lugares? ¿A quién van a hacer creer ahora que en 1952 Thorez o Togliatti, Jrushchov o Gottwald pensaron, aunque fuera solo una milésima de segundo, que Rudolf Slansky, Bedrich Geminder y aun otros de su entorno eran «agentes americanos»? Sí, los iniciados no se habían dedicado a romperse la cabeza para comprender y descifrar este mensaje-mentira, y ese era uno de los objetivos de esta operación maquiavélica.

Para conseguir un eco seguro de lo que Annie Kriegel ha llamado una «pedagogía infernal» había que elegir a personas conocidas en el movimiento antifascista en España, en Francia, en la URSS o en Inglaterra, conocidos por haber sido deportados a los campos nazis. Los personajes clave de los aparatos sabían bien dónde habían servido la mayor parte de los comunistas condenados, y hasta qué punto era inquebrantable su lealtad a Moscú. Bastaba con que entre los comunistas sacrificados, muchos hubieran tenido grandes responsabilidades en las persecuciones y asesinatos anteriores de los no comunistas y hubieran colaborado estrechamente con los «órganos soviéticos».

Se llevaron a cabo procesos todavía en 1953 y 1954, hasta que la Unión Soviética optó por una nueva estrategia de «coexistencia pacífica».

La segunda hipótesis que nos parece necesario formular se refiere al antisemitismo presente en la represión contra los comunistas. Los análisis de los juicios mencionan regularmente un aspecto de este fenómeno: la «lucha contra el sionismo» y los «sionistas» (de hecho, el antisemitismo vulgar) estaba evidentemente relacionada con los cambios de la política soviética en relación con Israel y el mundo árabe. El nuevo Estado, a cuyo nacimiento había colaborado particularmente Checoslovaquia, entre otras cosas, mediante el abastecimiento de armas a la Haganáh, pasó a ser el «gran enemigo». La estrategia soviética contaba además con la «lucha de liberación nacional» de los árabes.

Nicolas Werth (véase la primera parte) ha sacado a la luz del día, en lo que a la Unión Soviética se refiere, un componente antisemita en la represión a partir de diciembre de 1947 y en la preparación de la «gran purga final» a principios de los años cincuenta. En Europa central, el antisemitismo ya está muy claro en el proceso Rajk: el juez subrayó el origen judío de los nombres

de los cuatro acusados e insinuó, en vano, que Rajk tenía una abuelo judío. Este antisemitismo alcanzó su cima en el proceso de Slansky, que enfatizaba los «orígenes judíos» de los acusados y sus lazos con el «sionismo internacional».

Para apreciar el grado de este antisemitismo entre bastidores, basta con escuchar a uno de los jefes consejeros de Moscú, ya citado. El camarada Lijachov, que solicitó información sobre la actividad subversiva de algunos dirigentes eslovacos, declaró (se trata de un testimonio de su interlocutor-policía eslovaco): «Me da iguál de dónde los saque. Y me importa un pito su veracidad. Estoy dispuesto a creerlo y, en cuanto al resto, déjeme hacer a mí. ¿Para qué preocuparse tanto de la mierda judía?» [21].

De donde viene otro aspecto, jamás mencionado a nuestro saber, de este componente antisemita. Nos parece, en efecto, que el poder de Stalin y sus émulos quería ajustar cuentas con los judíos en el aparato internacional comunista eliminándolos definitivamente. Los comunistas judíos no eran afectos a la religión judía. Su identidad parece más ligada a la nación a la que se habían asimilado, o incluso a su pertenencia a la comunidad comunista internacional. Ignoramos, desgraciadamente, por falta de testimonios y de fuentes, cómo había influido en esta identidad el genocidio. Sabemos, no obstante, que muchos de sus allegados habían muerto en los campos de exterminio nazis.

Los judíos comunistas, muy bien representados en el aparato internacional comunista, continuaron ocupando tras la guerra los puestos clave en muchos partidos y aparatos del Estado de Europa central. En su síntesis sobre el comunismo húngaro, Miklos Molnar escribió: «En lo más alto de la jerarquía, los dirigentes son, casi sin excepción, de origen judío, igual que, en proporción menos elevada, en el aparato del Comité central, en la policía política, en la prensa, la edición, el teatro, el cine... La promoción fuerte e incontestable de los cuadros de mando obreros no puede enmascarar el hecho de que el poder de decisión pertenece, en larga medida, a los camaradas que provienen de la pequeña burguesía judía» [22]. En enero de 1953, el jefe de la Seguridad del Estado de Hungría y antiguo amigo de Rajk, Gabor Peter, se encuentra en la cárcel, como «conspirador sionista». El discurso oficial de Rakosi, él mismo judío comunista, que le estigmatiza bajo la apelación de «Peter y su banda», le convierte en una víctima propiciatoria.

En Rumania, la suerte de la kominterniana judía Anna Pauker fue arreglada en 1952. Pertenecía a la troika dirigente junto con Gheorghiu Dej, jefe del partido, y Vasile Luca. Según un testimonio no recogido por otras fuentes, Stalin, durante un encuentro con Dej en 1951, se extrañó de que no se hubiera arrestado aún en Rumania a los agentes del titismo y del sionismo y pidió «mano dura». Así, Vasile Luca, ministro de Finanzas, fue destituido en mayo de 1952 junto con Teohari Georgescu, ministro del Interior, y después

[21] K. Kaplan, *op. cit.*

[22] M. Molnar, *De Béla Kun à Janos Kadar..., op. cit.*, pág. 187.

condenado a muerte; conmutada la pena por la de cadena perpetua, murió en la cárcel. Ana Pauker, ministra de Asuntos Exteriores, fue destituida al principio de julio. Detenida en febrero de 1953 y liberada en 1954, se dedicó a la vida familiar. La represión de resabios antisemitas afectó con ella a los cuadros de niveles inferiores.

Los acontecimientos que intervinieron entonces en Moscú —reorganización profunda de los servicios de Seguridad, detención de su jefe, Abakumov, en julio de 1951— nos llevan a formular una tercera hipótesis: la del combate de clanes en el aparato de la seguridad soviética, probablemente decisivo en el momento de la elección definitiva de las víctimas que colaboraron con los servicios y en la elección de las penas impuestas. Karel Kaplan constata en su último trabajo de síntesis: «Queda abierta una cuestión, saber si la liquidación de un grupo de colaboradores de los servicios de seguridad soviéticos, así como su reemplazo por otros (Bacilek, Keppert y otros), no tiene su origen en los conflictos y los cambios acaecidos en el seno de la central moscovita de seguridad»[23].

El fundamento de esta hipótesis no podrá sostenerse hasta que se haya acabado el largo estudio de los principales archivos moscovitas. Es cierto que existían, al final del reinado de Stalin, disensiones entre sus potenciales seguidores —Jrushchov, Malenkov, Beria—, ligados a diferentes jefes y grupos de los servicios de seguridad. Se tiene cierto conocimiento de las rivalidades entre los «servicios especiales» del ejército y los del NKVD, que estaban enfrentados precisamente en los países de democracia popular donde el ejército había entrado el primero[24].

Los archivos de Praga muestran las huellas del estado de irresolución de los servicios soviéticos. En la primavera de 1950, la central moscovita procedió a reemplazar a los consejeros llegados a Praga al comienzo de octubre de 1949, que «no habían obtenido los resultados exigidos». En una reunión que tuvo lugar en el Kremlin el 23 de julio de 1951, en la que Gottwald, invitado, se hizo representar por Alexei Cepicka, ministro de Defensa Nacional, Stalin criticó a los consejeros por su trabajo irresponsable. Por otra parte, en una carta que envió desde Moscú por medio de Cepicka y que trataba esencialmente de Slansky y de Geminder, declaraba: «En lo que se refiere a su positiva apreciación del trabajo del camarada Boyarski [principal consejero soviético] y su deseo de mantenerle en su función de consejero del ministro de Seguridad Nacional de la República checoslovaca, somos de una opinión totalmente diferente. La experiencia del trabajo de Boyarski en la República checoslovaca ha demostrado que no tenía cualificación suficiente para cumplir con espíritu de responsabilidad sus deberes de consejero. Por eso hemos decidido destituirle de su cargo. Si realmente tiene necesidad de un consejero

[23] K. Kaplan, *op. cit.*, pág. 256.
[24] Ver Mikhaïl Agourski, «La bataille au sein de la Securité d'État», en *Le Monde*, 2-3 de octubre de 1983.

en materia de seguridad del Estado (es una decisión suya), nos esforzaremos en encontrarle un responsable más sólido y experimentado»[25].

En estas condiciones, el estado psíquico de los jefes de la Seguridad era sin duda de lo más frágil. El jefe del grupo de los responsables de la instrucción checoslovaca, por ejemplo, tomó nota de la declaración de los consejeros: «No se dejan los servicios de seguridad prematuramente nada más que con los pies por delante». Jindrich Vesely, jefe de la Seguridad del Estado, hizo una tentativa de suicidio (por fuego) en 1950. No lo logró y volvió a intentarlo, esta vez con éxito, en 1964. Antes de esta última tentativa, escribió una larga explicación de su propósito que se encuentra en los archivos del Comité central del PCCh y parece de hecho sincera. En esta confesión, Jindrich Vesely vuelve sobre los motivos de su primer intento. Sabía perfectamente que Stalin liquidaba regularmente a los jefes de sus servicios de seguridad y quería escapar a su propia liquidación.

Finalmente, en la búsqueda de la lógica de la elección de las víctimas entre los dirigentes comunistas, es indispensable formular una cuarta hipótesis: la preparación de un gran proceso en la metrópoli moscovita del imperio que debía coronar la serie de procesos políticos de los otros países y castigar a los pretendidos actores de una inmensa «conjura internacional» en el mismo centro, en Moscú. Los nuevos elementos analizados en el capítulo «La última conspiración» constituyen serios argumentos de apoyo de esta interpretación de la represión contra los comunistas en Europa central y del sureste.

DEL «POSTERROR» AL POSCOMUNISMO. Antes de abordar el período que va de 1955-1956 —que Miklos Molnar, historiador húngaro, denomina «posterror»— a 1989-1990, cuando los regímenes comunistas se descompusieron en la mayor parte de los países de la Europa central y del sureste, se impone realizar algunas puntualizaciones. Puede que estas nos ayuden a comprender la evolución de la represión y su lógica desde 1955-1956.

Constatemos, en primer lugar, que la represión posterior a la extensión de los regímenes comunistas en Europa, y que se puede calificar, sin exagerar, como terror en masa, descansaba —y era además su objetivo— en la violación y liquidación de las libertades y derechos fundamentales. Estos estaban precisados y definidos en convenios internacionales, en particular en la Declaración universal de los derechos del hombre, votada en diciembre de 1948 por la asamblea general de las Naciones Unidas, con la abstención de la URSS y de cinco «democracias populares». Esta represión estaba en total contradicción con la letra de las constituciones en vigor en los respectivos países. En realidad, la dirección y todo el aparato del partido Comunista decidían su amplitud y las líneas generales de orientación, y actuaban como organismos no constitucionales. En Checoslovaquia, por ejemplo, el «papel dirigente del

[25] K. Kaplan, *op. cit.*, pág. 141.

Partido Comunista» no se basó hasta 1960 en la Constitución, proclamada segunda Constitución socialista después de la de la URSS. La represión violaba a menudo las leyes vigentes: ninguna legislación permitía el empleo masivo de la tortura durante la instrucción de un caso o una detención; ninguna ley otorgaba todo el poder a la policía política, verdadera máquina de fabricar procesos. Es curioso subrayar en este sentido que los comentarios que acompañaban las primeras revisiones de los procesos comunistas condenaban a la policía por «haberse puesto por encima del partido», no «por encima de la ley»; y esto, con el fin evidente de atenuar o eliminar la responsabilidad de los dirigentes políticos en el funcionamiento de sistema policial.

Pongamos de manifiesto las especificidades de la dictadura comunista. No era algo particular de un Estado que cubría una sexta parte del globo, sino de varios Estados, y por tanto, era un asunto internacional. Las dictaduras comunistas representaban un sistema de vasos comunicantes, entre ellos, y con el centro, Moscú. Sabemos además, gracias a la apertura de los archivos, que la represión en las futuras «democracias populares» estuvo inspirada y dirigida, desde 1944, por el muy poderoso aparato comunista internacional, estructurado en el seno de la Internacional Comunista e integrado después en el aparato central soviético. El 12 de junio de 1943, justo después de la disolución de la Komintern, anunciada el 9 de junio, fue creado el departamento de Informaciones Internacionales del Comité central de PC(b)US, con Aleksandr Scherbakov a la cabeza y Gueorgi Dimitrov y Dimitri Manuilski como suplentes. Este departamento continuó dirigiendo los partidos comunistas. Dimitrov, verdadero jefe desde el principio, fue nombrado jefe del mismo en diciembre de 1943, por decisión del Buró político soviético. El departamento transmitía sus directrices a través de las oficinas extranjeras de los partidos comunistas instaladas en la URSS (Albania y Yugoslavia no tenían), por medio de emisoras radiofónicas o correos, y, más tarde, durante las «consultas» en Moscú. Ese fue el caso de Wladyslaw Gomulka, que se entrevistó con Dimitrov el 10 de mayo de 1945. Este último le reprochaba que no utilizara en Polonia medidas de castigo severas, y añadía: «No se puede economizar en los campos de concentración». ¿Estaba el sistema de campos enfocado a los adversarios políticos ya al final de la guerra?[26]

La ampliación de la experiencia bolchevique a los Estados no integrados en la Unión Soviética rápidamente demostró que era arriesgada: las sensibilidades nacionales persistían en ellos y se expresaban a pesar de las intervenciones de Moscú destinadas a uniformizar los regímenes del bloque soviético. Tras los acontecimientos de Yugoslavia en 1948-1949, de Hungría entre 1953 y 1956 y de Polonia en 1956, la diversificación de los regímenes comunistas se

[26] Sobre la actividad de este departamento y la formación del bloque soviético, ver los trabajos de Leonid J. Guibiansky, historiador ruso; por ejemplo, *Jolognaya voiná* (Guerra fría), Nuevos enfoques, nuevos documentos, Moscú, Otvet, 1995. Este historiador ha consultado los archivos rusos y también los polacos, yugoslavos y checos.

acentuó con la ruptura entre la URSS y China a comienzos de los años sesenta y su repercusión en los países satélites europeos, en particular en Albania y Rumania.

Observemos, finalmente, que los comunistas antiguamente en el poder han sabido afrontar su pasado de opresores. En ello reside una de las diferencias mayores entre el comunismo y el nazismo, que nunca ha tenido a un Jrushchov, un Nagy, un Dubcek o un Gorbachov. Al hilo de los años cincuenta, las «rehabilitaciones» de las víctimas se convirtieron en todas partes en envite principal de los enfrentamientos por la sucesión en la cima del poder, sucesiones abiertas bien por la desaparición del gran jefe —Stalin y Gottwald en 1953, Bierut en Polonia en 1956—, bien por la destitución del secretario general —Rakosi en Hungría en 1956—. «Rehabilitar» significaba no solo denunciar crímenes escandalosos, sino también buscar responsables. La importancia de las rehabilitaciones en los combates en la cumbre perduró durante los años sesenta, en particular en Checoslovaquia. Pero este fenómeno afectaba también la base de quienes mantenían la utopía (sobre todo entre la intelligentsia), para quienes el ideal comunista tenía una dimensión moral y que se sentían traicionados por los crímenes desvelados del régimen. Desde 1953 y hasta los años sesenta, la historia de la represión debe integrar las amnistías, aunque estas fueran a menudo parciales, pues han representado actos políticos altamente significativos.

En 1955-1956, pues, la máquina de triturar seres seguía en pie, pero chirriaba. Los responsables de la policía política, actores consumados de la represión de 1949 a 1953, habían sido destituidos, y en ocasiones arrestados y condenados, aunque desde luego a penas no muy elevadas. Los dirigentes políticos obligados a dimitir eran reemplazados a veces por antiguos prisioneros, como Gomulka en Polonia o Kadar en Hungría. En su conjunto, la represión parecía que tenía que ser más «suave»...

El período fundacional de los regímenes comunistas había dejado abiertas muchas heridas. Y el terror de masas no había desaparecido completamente como método de represión en los años cincuenta y sesenta. Nos parece legítimo, por tanto, incluir en esta categoría las intervenciones militares del ejército soviético. El tanque en la calle quería sembrar el miedo entre la población y simbolizaba el horror.

Los carros de combate soviéticos intervinieron por primera vez en la RDA el 17 de junio de 1953, en Berlín oriental y otras grandes ciudades, para aplastar manifestaciones espontáneas de trabajadores, organizadas para protestar contra medidas gubernamentales que endurecían las condiciones de trabajo. Según los estudios más recientes, al menos 51 personas encontraron la muerte durante los levantamientos y la represión que les siguió: dos fueron aplastadas por los tanques, siete condenados por los tribunales soviéticos y tres por los de la RDA; 23 fueron víctimas de las heridas sufridas y seis eran miembros de los servicios de seguridad. Antes del 30 de junio, 6.171 personas

fueron oficialmente detenidas, y después de esta fecha, alrededor de otras 7.000[27].

Después del XX Congreso del PCUS, los dirigentes soviéticos todavía recurrieron a intervenciones militares espectaculares en dos ocasiones más: en Hungría en 1956 y en Checoslovaquia en 1968. En ambos casos, los tanques debían aplastar revueltas populares antitotalitarias apoyadas por amplios sectores de la población.

En Hungría, donde se hallaba destacado el ejército soviético, las unidades intervinieron en dos asaltos: hacia las 2 de la madrugada del 24 de octubre en Budapest —empezaron a retirarse el 30—, y después, en la noche del 3 al 4 de noviembre. Hasta la tarde del 6 de noviembre se libraron duros combates, pero algunos nidos de resistencia, especialmente en los barrios obreros, subsistieron hasta el 14 de noviembre, hasta el mismo momento en que era vencido un grupo de insurgentes en los montes de Mecsek. Pero los enfrentamientos armados resurgieron en diciembre, ligados con manifestaciones callejeras. En Salgotarjan, el 8 de diciembre, 131 personas murieron a causa de los disparos de las unidades soviéticas y húngaras.

La muerte violenta y la amenaza de sufrirla, elemento esencial del terror, formaron parte de la vida cotidiana magiar durante algunas semanas. Durante los combates, murieron alrededor de 3.000 personas, dos terceras partes en Budapest. Cerca de 15.000 fueron heridas. Los historiadores húgaros han pedido, gracias a la apertura de los archivos, establecer también el número de víctimas del lado de los opresores: entre el 23 de octubre y el 12 de diciembre, las unidades de la policía política (AVH), del ejército soviético y húngaro y del ministerio del Interior registraron alrededor de 350 bajas; 37 personas que pertenecían a la AVH, a la policía o al ejército fueron ejecutadas sumariamente, bien fusiladas, bien linchadas. Así, «el honor de la revolución se había manchado», en términos de los historiadores[28].

La represión que siguió al aplastamiento de la revolución húngara, en la que la policía militar soviética se mostró muy activa hasta principios de 1957, afectó a más de 100.000 personas: varias decenas de miles de ellas fueron internadas en campos oficialmente abiertos para el caso el 12 de diciembre. Se iniciaron actuaciones penales contra 35.000 personas, de las que 25.000 o 26.000 fueron encarceladas; varios miles de húngaros fueron deportados a la URSS y 229 insurrectos condenados a muerte y ejecutados; 200.000 personas, en fin, emigraron huyendo de la represión.

Esta represión encontró rápidamente un mecanismo ya probado: la justicia de excepción, que se articulaba en tribunales populares y en la sala especial de los tribunales militares. Así, ante el tribunal popular de Budapest se

[27] Dieter Staritz, *Geschichte der DDR*, Frankfurt, Suhrkamp, 1996.

[28] Nos apoyamos en particular en la síntesis publicada por los investigadores del Instituto de historia de la revolución húngara de 1956 en Budapest, Csaba Bekes, Janos M. Rainer y Pal Germuska, en *Sudobe dejiny (Historia contemporánea)*, núm. 4, Praga, 1997.

llevó a cabo el proceso contra Imre Nagy. Este viejo comunista, emigrado a Moscú durante la guerra, separado del poder en 1948, nombrado primer ministro en 1953 y separado de nuevo del poder en 1955, asumió la carga de la presidencia del gobierno insurrecto. El proceso de Nagy y los restantes acusados terminó en junio de 1958. Dos de ellos estaban ausentes: Gela Losonczy, periodista comunista, antiguo miembro de la resistencia, ya encarcelado en 1951 y 1954, ministro del gobierno Nagy, muerto en prisión el 21 de diciembre de 1957, probablemente con la ayuda de sus interrogadores; y Jozsef Szilagyi, comunista de antes de la guerra, miembro de la resistencia encarcelado durante el conflicto, jefe del gabinete de Nagy en 1956, condenado a muerte el 22 de abril y ejecutado el 24. Según los documentos conservados, J. Szilagyi se habría comportado a lo largo del interrogatorio como un decidido acusador: repetía, entre otras cosas, a los interrogadores, que comparadas con las de ese momento, las prisiones fascistas de Horthy parecían sanatorios.

El veredicto del proceso de Imre Nagy, comenzado el 9 de junio de 1958, fue leído el 15; los tres condenados a muerte fueron ejecutados el 16. Además de Imre Nagy, fueron condenados a la pena capital el general Pal Maleter, miembro de la resistencia durante la guerra, comunista desde 1945, ministro de Defensa del gobierno insurrecto en 1956, arrestado por las autoridades soviéticas, y Miklos Gimes, periodista comunista, fundador de un periódico clandestino tras el aplastamiento de la revolución. Otros cinco acusados fueron condenados a penas que iban de cinco años de cárcel a cadena perpetua.

El proceso de Imre Nagy, uno de los últimos grandes juicios políticos de las democracias populares, probaba que no le era imposible al poder comunista, restaurado gracias al apoyo militar soviético, volver a poner en práctica esta forma suprema de represión. Pero no podía ya organizar procesos de «gran espectáculo»; el de Nagy se celebró a puerta cerrada, en el edificio de la prisión central y sede de la policía política de Budapest, en el interior de una sala especialmente preparada para ello. En 1958, Nagy y sus seguidores, que se negaban a reconocer como legítima la intervención soviética y la toma del poder por el equipo dirigido por Janos Kadar, eran el símbolo de la revuelta popular, y no podían seguir vivos.

Las últimas investigaciones subrayan la crueldad de esta represión y no dudan en emplear el término «terror», pero constatan de todos modos la ambivalencia del periodo y sus diferencias con el periodo 1947-1953. En 1959, cuando todavía tenían lugar procesos contra los insurgentes, se decretó ya la primera amnistía, parcial. En 1960, las medidas de excepción terminaron, los campos de internamiento fueron suprimidos, etc. En 1962, se procedió a la depuración de agentes de la policía política comprometidos en los procesos amañados de la época Rakosi; y se rehabilitó a Rajk y a otras 190 víctimas. En 1963, se decretó la amnistía general, aunque no se aplicó a ciertos insurgentes calificados como «asesinos». La represión violenta tocaba a su fin. Sin embargo, la rehabilitación de Imre Nagy y de sus «cómplices» no llegó hasta 1989, y todavía en 1988 la policía apaleaba en

Budapest a manifestantes que pretendían conmemorar el aniversario de su ejecución...

Dos factores externos influyeron en esta evolución: por una parte, la crítica más enérgica del reinado de Stalin en la URSS, así como la separación de sus partidarios de la dirección soviética; y, por otra, una coyuntura internacional nueva, en la que la idea de la coexistencia pacífica en las relaciones Este-Oeste se abría camino. Dos factores que no solo repercutieron en Hungría...

Doce años después del asunto de Hungría, tanques soviéticos destinados a sembrar el terror entraban en Checoslovaquia. La intervención militar de 1968 fue diferente de la de 1956, aunque ambas tuvieran similares objetivos: el aplastamiento de una revuelta popular contra el «socialismo a la soviética». Se distinguían, en función del tiempo que había transcurrido entre ambas, el contexto internacional y la coyuntura específica del sistema comunista mundial. Parte esencial de las tropas de asalto era ciertamente soviética, pero otros cuatro países del Pacto de Varsovia participaron en ella: Bulgaria, Hungría, Polonia y la República Democrática Alemana. Y aún tenemos que señalar una diferencia fundamental: en Checoslovaquia, las unidades del ejército soviético no estaban destacadas en el territorio, como en la Hungría de 1956, país vencido que se podía considerar como ocupado y donde las divisiones soviéticas intervenían en el combate armado que había estallado en las calles. El Estado Mayor soviético debía prever la eventualidad de una resistencia armada checoslovaca a la invasión, un guerra local, incluso, europea.

Se comprende, por tanto, la masa impresionante de medios puestos en marcha. En la noche del 20 al 21 de agosto de 1968, bajo el nombre clave de «Danubio», la operación preparada desde el 8 de abril, cuando se firmó la directiva GOU/1/87654 del mariscal Grechko, ministro de Defensa soviético, puso en acción esencialmente a tropas soviéticas repartidas en los territorios de la RDA, de Polonia y de Hungría. Se trataba sobre todo de unidades de tanques, esos valiosos tanques que en todas partes han simbolizado la represión, incluyendo la plaza de Tian'anmen en Pekín en 1989. El primer contingente contaba con 165.000 hombres y 4.600 carros de combate; cinco días más tarde, Checoslovaquia era ocupada por 27 divisiones equipadas con 6.300 tanques, 800 aviones y 2.000 cañones, y reagrupaba alrededor de 400.000 soldados.

Ataúdes molestos.

Tras la ejecución de los once condenados en el proceso Slansky en diciembre de 1952, sus cuerpos fueron incinerados y las cenizas dispersadas en las carreteras heladas y en los campos de los alrededores de Praga. Seis años más tarde, el poder comunista húngaro lamentaba la solución de las cenizas.

Una vez ejecutados, Imre Nagy y sus compañeros fueron en primer lugar enterrados bajo una capa de hormigón en un lugar de la cárcel de la calle Kozma, donde había tenido lugar el proceso. Pero las familias tenían miedo de esos cadáveres emparedados en un lugar desconocido. A lo largo del verano de 1961, fueron exhumados y enterrados por la noche, en el más absoluto secreto, en un cementerio público de Budapest, cerca de las sepulturas de otros muertos de este proceso, Geza Losonczy y Jozsef Szilagyi. Se pasaron los féretros por encima del muro y los empleados del cementerio ignoraron todo sobre el entierro de estos tres muertos, registrados bajo nombres ficticios. Durante treinta años, todos los esfuerzos de los allegados por conocer el lugar de la sepultura fueron vanos. Basándose en informaciones imprecisas, estos atendían algunas tumbas de la parcela n.º 301 del cementerio público. La policía molestaba a los visitantes y derribó en diversas ocasiones las tumbas, haciendo que fueran pisoteadas por los caballos.

En marzo de 1989, se pudo por fin exhumar los cuerpos. La autopsia de Geza Losonczy reveló diversas fracturas de costillas que casi con seguridad habían precedido entre tres y seis meses a su muerte; otras, quizá, poco tiempo.

El Gobierno de la época había encargado a jóvenes oficiales investigar la identificación del lugar de la sepultura. Entre quienes rehusaron ayudar a los investigadores figuraba Sandor Rajnai, responsable de la investigación del proceso, embajador de Hungría en Moscú en 1988-1989.

Según el testimonio de Alajos Dornbach, acusador particular, que había pedido la revisión del proceso Nagy en 1988, publicado en *Communisme*, núms. 26-27, París, L'Âge d'Homme, 1990.

Para conocer con claridad la magnitud de la intervención de esos monstruos mensajeros de terror, anotemos que en 1940 Francia solo fue atacada por 2.500 tanques, y ciertamente eran menos pesados con sus orugas y sus cañones que los de 1968, y que la Alemania hitleriana movilizó en junio de 1941 3.580 tanques durante el ataque contra la URSS. Y que, finalmente, en Checoslovaquia había cerca de 14,3 millones de habitantes, mucho menos de la mitad de Francia en 1940.

No hubo guerra local, la resistencia a la invasión fue pacífica, no armada. Los invasores mataron, sin embargo, a treinta personas, en Praga sobre todo; más de 300 checos y eslovacos fueron heridos gravemente, y 500 levemente. El número de víctimas entre las tropas de ocupación —accidentes de carretera, manipulación torpe de armas, ejecuciones de desertores— no se conoce aún; sabemos solamente que los checos mataron a un soldado húngaro. Las autoridades soviéticas detuvieron y deportaron a varios dirigentes, pero fue-

ron obligadas a liberarlos y negociar con ellos al cabo de algunos días. El escenario político de la intervención soportó ciertamente un fracaso humillante: los ocupantes no consiguieron instaurar el «gobierno obrero-campesino» de colaboración que estaba previsto.

La represión ligada a esta intervención militar no cesó en 1968. Desde luego, es obligado incluir en el número de víctimas a las «antorchas vivientes», los que se autoinmolaron para protestar contra la ocupación. Desde entonces han adquirido la condición de víctima-símbolo, que aún persiste. El primero en escoger este destino fue Jan Palash, estudiante de veinte años que se inmoló el 16 de enero de 1969 a las 14.30 en el centro de Praga. Su muerte, tres días más tarde, provocó grandes manifestaciones. En el mes de febrero, otro estudiante, Jan Zajic, le imitó; la tercera «antorcha viviente» —un comunista de cuarenta años, Evzen Plocek— se incineró al principio de abril en la plaza de Jihlava en Moravia.

La represión revistió pronto un carácter original en Checoslovaquia: era cosa de las fuerzas internas, del ejército y la policía «normalizados». De forma evidente, la presión de las autoridades soviéticas, apoyada por la instalación permanente del ejército de ocupación, se hizo enorme. Un fenómeno imprevisible añadió más leña al fuego: las manifestaciones espontáneas de medio millón de personas en la noche del 28 al 29 de marzo de 1969. Los checos y los eslovacos salieron a las calles de 69 ciudades para festejar la victoria de su equipo nacional de jockey sobre hielo contra la Unión Soviética en el campeonato del mundo; 21 de las 36 guarniciones fueron entonces atacadas. Y llegaron las amenazas. Alexander Dubcek, todavía secretario general del PCCh —hasta el 17 de abril—, fue amablemente advertido de que corría el riesgo de acabar como Imre Nagy...

El potencial de represión de las fuerzas checoslovacas «normalizadas» —unidades especiales de la policía y del ejército, así como la milicia popular formada en las empresas— fue puesta a prueba en el curso del primer aniversario de la ocupación; pero se habían preparado a conciencia para ello. Provocaron numerosos enfrentamientos con los manifestantes, en su mayoría jóvenes. Las cargas eran duras, especialmente en Praga, donde ya el 20 de agosto murieron dos jóvenes. Todas las grandes ciudades padecieron el choque de las unidades especiales del ejército, equipadas con tanques y vehículos blindados. Este episodio violento ha sido hoy día calificado por los especialistas como «la operación de combate más importante del ejército checoslovaco de posguerra». Otros tres manifestantes cayeron el 21 de agosto y decenas de ellos fueron heridos de gravedad. Millares de personas fueron detenidas y golpeadas. Antes del final de 1969, 1.526 manifestantes fueron condenados en virtud de un decreto de la presidencia de la asamblea federal, que tenía valor de ley, firmado el 22 de agosto por el presidente de esta institución, Alexander Dubcek...[29].

[29] Sobre el primer aniversario de la ocupación checoslovaca en 1968, ver *Srpen '69* (Agosto 69), edición de documentos, bajo la dirección de Oldrich Tuma, Praga, USD-Maxdorf, 1996, 344 págs.

En 1969, algunas personas involucradas en las revueltas de 1969 fueron encarceladas; después, un grupo de jóvenes, el Movimiento de la Juventud Revolucionaria (HRM), activo en la preparación de las manifestaciones del primer aniversario; la policía había conseguido infiltrar entre ellos a uno de sus elementos. No obstante, a pesar de la fuerte presión de los «ultras», el poder de los «normalizadores» no daba siempre luz verde a procesos políticos contra los dirigentes comunistas de 1968. Los análisis mencionan a menudo que el nuevo equipo temía iniciar un proceso, por miedo, según experiencias del pasado, a que se volviera contra ellos. Gustav Husak, nuevo secretario general del PCCh, elegido por la dirección soviética y que sustituía a Dubcek, conocía la canción: condenado en 1954 a cadena perpetua durante un largo proceso contra los nacionalistas burgueses eslovacos, había pasado más de nueve años entre rejas. Sin embargo, la represión en masa, aprobada por Moscú, se ejercía de manera insidiosa y cruel, con una estrategia sutil que pretendía instaurar el miedo: cientos de miles de personas no podían participar en la vida pública, sufrían impedimentos profesionales, y sus hijos no tenían permitido acceder a la enseñanza secundaria o superior; se convertían en rehenes. Desde el principio de la normalización, el régimen atacó a los organismos de la sociedad civil que se habían regenerado en 1968: alrededor de 70 organizaciones y asociaciones fueron prohibidas o liquidadas por fusión con otras oficiales; reapareció la censura, etc. Decenas de miles de checos y eslovacos se unieron con los exiliados desde febrero de 1948. A lo largo de cuarenta años de régimen comunista, alrededor de 400.000 personas, gentes a menudo cualificadas y tituladas, eligieron el camino del exilio. Desde 1969, los tribunales los han condenado regularmente por rebeldía.

Sin embargo, el juicio político no desapareció totalmente del panorama de la represión que siguió al aplastamiento de la «primavera de Praga». Como consecuencia del proceso contra dieciséis miembros del HRM en marzo de 1971, durante el cual su dirigente, Petr Uhl, fue condenado a cuatro años de cárcel, se celebraron nueve procesos en el verano de 1972. Juzgaban a ciertos protagonistas de «segunda fila» de 1968, perseguidos por su actividad después de la ocupación. De 46 acusados, de los que dos terceras partes eran antiguos comunistas, 32 fueron condenados a 86 años de cárcel, y otros 16, después de algunos meses de arresto, a 21 años, con la sentencia en suspenso. La pena máxima aplicada fue de cinco años y medio, «clemente» en comparación con las atrocidades del período fundacional del régimen. Varios condenados de esta ola de represión —Petr Uhl, Jaroslav Sabata, Rudolf Batek— fueron encarcelados de nuevo cuando ya habían cumplido sus penas y pasaron en total, durante los años setenta y ochenta, nueve años de su vida en la cárcel. Checoslovaquia detentaba con ello el triste récord de la persecución política en Europa.

Las grandes revueltas de 1956 y 1968, y su aplastamiento nos invitan a abordar otro aspecto de la lógica de la represión, a saber, la ya mencionada de los vasos comunicantes. Las sacudidas de unos países tuvieron, en efecto,

repercusiones en otros, en particular cuando el poder del centro se involucraba militarmente. En 1956, en relación con el levantamiento húngaro, la alarmada dirección posestalinista del PCCh estaba dispuesta a enviar unidades del ejército checoslovaco a Hungría. Intensificaba al mismo tiempo la represión, volviendo a recluir en prisión a ciertos prisioneros políticos liberados, y perseguía a los simpatizantes de la revuelta húngara checos y eslovacos. 1.163 personas fueron acusadas, a menudo solo por expresar verbalmente su solidaridad. La mayoría eran obreros, el 53 por 100, y las condenas solían ser de un año de cárcel, raramente mayores. En esta época, en Albania, la represión fue más espectacular: el 25 de noviembre de 1956, el régimen de Hoxha anunció públicamente la condena y ejecución de tres dirigentes «titistas»: Liri Gega, miembro del Comité central del PCA, entonces embarazada, el general Dale Ndreu y Petro Buli. En Rumania, Gheorghiu Dej, que empezaba a jugar la «carta china» en sus relaciones con la URSS, realizó gestos de clemencia hacia nacionalistas perseguidos, al tiempo que organizaba un proceso contra los responsables del comercio exterior, a menudo judíos comunistas.

Todavía en 1968, los regímenes que temían el contagio de las ideas de la «primavera de Praga», incluida la URSS, reforzaron la persecución antes y después de la intervención militar en Checoslovaquia. La suerte de Alfred Foscolo da testimonio de ello y nos permite apreciar la atmósfera de la época. De madre búlgara y de padre francés, que había estudiado en Bulgaria hasta 1949, este joven francés pasaba habitualmente sus vacaciones en Bulgaria. En 1966, siendo estudiante de derecho y de lenguas orientales en París, ayudaba a sus amigos búlgaros reproduciendo a ciclostil una octavilla de cinco céntimos el ejemplar y la introducía en Sofía. En ella los jóvenes reivindicaban las elecciones libres, la libertad de prensa y de desplazamiento, la autogestión obrera, la abolición del Pacto de Varsovia y la rehabilitación de las víctimas de la represión. Ese mismo año tuvo una hija de la búlgara Raina Arasheva. Frédy y Raina solicitaron un permiso de matrimonio que tardó en llegarles. Después vino 1968.

En su testimonio, Alfred Foscolo, escribe sobre este asunto:

«Principio de 1968. Heme aquí incorporado al servicio militar. En julio, la embajada de Bulgaria me hizo saber que el permiso de matrimonio sería concedido a condición de que me presentara en Sofía. Allí me planté aprovechando un permiso de catorce días. Ya allí me esperaba una nueva denegación. Estamos en agosto de 1968, y el 21 los soviéticos entraron en Praga; el 28, con las manos vacías, cojo el Oriente-Exprés hacia París. Llegué allí algunos años más tarde: en la frontera fui detenido por agentes de la Darjavna Sigurnost. Puesto en secreto en manos de la Seguridad del Estado, fui dado como desaparecido durante quince días, salvo para el capitán Nedkov, que me puso las cosas así de claras: o cooperaba y reconocía que era un agente imperialista o nadie volvería a oír hablar de mí. Acepté esperando que un juicio me permitiera aclarar la verdad.

»El proceso se abrió el 6 de enero de 1969. Dos amigos, además de Raina, están a mi lado en el banquillo de acusados. Al fiscal que reclama la pena de muerte, mi abogado le responde que la merezco, y pide indulgencia. Se trata en realidad de una farsa judicial con fines propagandísticos. Soy condenado a un total de veintisiete años de cárcel, a los que se suman quince más de régimen estricto por espionaje. Mis amigos son condenados a diez y doce años. Raina a un año; ella no sabía nada de la octavilla. Un amigo, emigrado político búlgaro en París, es condenado a muerte por reincidente.

»Tras pasar un mes en la galería de los condenados a muerte de la cárcel central de Sofía (7.ª división), fui trasladado a la cárcel de Stara-Zagora, donde estaban encerrados la mayoría de los 300 presos políticos del país. Allí aprendí mucho sobre la historia carcelaria de Bulgaria durante los veinticinco primeros años del comunismo y me di cuenta de que mis tribulaciones eran poca cosa comparadas con las que habían vivido millares de búlgaros. Igualmente fui testigo del amotinamiento del 8 de octubre de 1969, durante el cual encontraron la muerte varios presos. En la misma época, una nueva solicitud de permiso de matrimonio depositada por Raina y por mí durante nuestro arresto fue también rechazada.

»Contra todo pronóstico, fui liberado el 30 de abril de 1971 y devuelto a Francia. Puesto que en 1968 nuestra detención, seguida de un proceso «gran espectáculo», se destinó, en el momento del problema de Checoslovaquia, a probar la implicación de las «fuerzas imperialistas» en el movimiento de emancipación del Este, mi presencia en las cárceles búlgaras ya no era deseable en el momento en que se iniciaba el proceso de Helsinki. Mis dos camaradas búlgaros no pudieron beneficiarse de esta medida de clemencia.

»De vuelta en París, organicé todo tipo de actividades para conseguir que Raina y mi hija pudieran reunirse conmigo. Finalmente, el 31 de diciembre de 1973, desembarcaba clandestinamente en Sofía, con falsa identidad y pasaportes falsos. Gracias a estos documentos falsos y a una suerte extraordinaria, pasamos los tres la frontera búlgaro-turca en la noche del 1 al 2 de enero de 1974. Al día siguiente estábamos en París.»[30]

A lo largo de este período que se extiende desde 1955-1956 a 1989, la represión fue al final adquiriendo el ritmo lógico propio de todos los regímenes dictatoriales: el aparato policial está ahí y ataca a la oposición, en general espontánea en los movimientos sociales —huelgas o manifestaciones callejeras—, o bien pensada, deliberada, formulando reivindicaciones y esforzándose en dotarse de una estructura organizativa. Para prevenir y sofocar las actividades de oposición en las sociedades en las que la protesta gana terreno y aprovecha la coyuntura internacional desde la segunda mitad de los años setenta con los acuerdos de Helsinki, este aparato se apoya en una red de informadores cada vez más amplia. Es significativo para conocer el estado del sis-

[30] Raina y Alfred Foscolo, «Prisonniers à Sofia», en *La Nouvelle Alternative*, núm. 48, septiembre de 1997, París.

tema el que haya tenido que recurrir a esta forma de control de la sociedad y aumentar considerablemente su volumen. En Checoslovaquia, por ejemplo, la policía política contaba entre 1954 y 1958 con alrededor de 132.000 colaboradores secretos oficialmente reclutados. Al final de los años ochenta contaban con más de 200.000.

Pero, paralelamente, la lógica de la represión en la época del «posterror» ha estado marcada más que antes por especificidades nacionales, por la relación de fuerzas en el seno de las direcciones respectivas, por la apreciación puntual de estas últimas sobre la solidez del régimen y por el éxito o el fracaso de sus proyectos políticos y económicos. El 13 de agosto, por iniciativa de la dirección del SED, aprobada por los dirigentes soviéticos, se había levantado el muro de Berlín, ante todo una manifestación de pánico por el porvenir del régimen.

En Rumania, la dirección comunista expresó claramente su independencia y su especificidad negándose a participar en la intervención militar contra Checoslovaquia. Tiempo después, aunque aún en los años ochenta, su «comunismo nacional» se manifestó, sin embargo, más represivo que el de todos los países del espacio que tratamos, junto con el comunismo albanés. La represión era, en efecto, inherente al sistema comunista, incluso si la metrópoli no intervenía en ella directamente.

La Rumania de Nicolas Ceausescu, el Conducator —se hizo adorar como el guía, el duce, el führer— tuvo que hacer frente, desde la segunda mitad de los años setenta, a una grave crisis económica y social, que provocó una fuerte protesta. Aunque este movimiento se inscribe en el conjunto de las luchas por las libertades democráticas que también se manifestaban en los otros países, se fundó especialmente en el compromiso obrero. La gran huelga de los 35.000 mineros del valle del Jiu en agosto de 1977, las manifestaciones y las huelgas del verano de 1980, con ocupación de las fábricas en Bucarest, Galati, Tirgoviste y las cuencas mineras, la revuelta del valle de Motru en otoño de 1981 y otras manifestaciones de protesta provocaron una dura represión por parte del poder de Ceausescu. Detenciones, traslados obligatorios, palizas, llamadas a filas, internamientos psiquiátricos, juicios, asesinatos —todos los medios represivos fueron utilizados masivamente—. Obtuvieron resultados en un primer momento, pero no a largo plazo, pues las manifestaciones y las huelgas estallaron de nuevo en 1987, culminando en 1988 con un levantamiento popular en Brasov, segunda ciudad rumana en importancia, con 300.000 habitantes. Los enfrentamientos con las fuerzas del orden fueron allí muy violentos y sangrientos; hubo muertos y cientos de detenciones.

En Rumania, el calvario que sufrían algunos presos políticos parecía eterno. Por ejemplo, el del padre Calciu, Gheorghiu Calciu Dumitreasa. Nacido en 1927, fue detenido cuando era estudiante de medicina y encarcelado en Pitesti, prisión de la que hemos hablado. Su cautiverio duró hasta 1964. A la salida de la cárcel decidió tomar los hábitos. Comprometido, como otros, con los fundadores del Sindicato Libre de Trabajadores Rumanos (SLOMR), fue

juzgado, a puerta cerrada, y condenado el 10 de mayo de 1979 a diez años de cárcel por «haber transmitido informaciones que ponían en peligro la seguridad del Estado». En la cárcel inició cinco huelgas de hambre. Recordemos también a Ion Puiu, antiguo responsable del Partido Nacional Campesino, condenado en 1947 a veinte años; salió en 1964 y fue de nuevo encarcelado en 1987 por su relación con la oposición.

El recrudecimiento o decaimiento de la represión han estado siempre ligados, quede claro, a la situación política internacional, a las relaciones Este-Oeste, a los cambios de la política soviética. Desde Brezhnez a Gorbachov el mundo ha evolucionado, y con él, la ideología de la represión. En los años sesenta y posteriormente, ya no se perseguía a nadie, o se perseguía poco, por «apoyo al titismo» o al «sionismo». En la mayoría de los países, la policía política se ocupaba más de la «desviación ideológica» y de las «relaciones ilegales con el extranjero», sobre todo el occidental.

Algunos casos de prisioneros políticos rumanos en 1987.

Francise Barabas, cuarenta años, mecánico en una fábrica textil, condenado a seis años. Este húngaro de Transilvania distribuyó, con su hermano y su futura esposa, octavillas en húngaro: «¡Abajo el zapatero! ¡Abajo el asesino!» (Ceausescu había sido zapatero.)

Ion Bugan, electricista, nacido en 1936. Condenado a diez años por haberse manifestado llevando en su coche un pancarta que decía: «¡No os queremos, verdugos!», por las calles del centro de Bucarest, en marzo de 1983.

Ion Guseila, ingeniero, condenado a cuatro años a finales de 1985 por haber distribuido octavillas pidiendo el cambio del jefe del Estado.

Gheorghiu Nastasescu, obrero de la construcción, cincuenta y seis años, condenado a nueve años por hacer propaganda contra el régimen. Ya había pasado cuatro años en la cárcel por «propaganda antisocial». En otoño de 1983 lanzó octavillas desde lo alto de un andamio en Bucarest, invitando a la gente a manifestar su descontento.

Victor Totu, Gheorghiu Pavel y Florin Vlascianu, obreros, nacidos todos en 1955, condenados a siete y ocho años; la tarde del 22 de agosto de 1983, la víspera de la fiesta nacional, realizaron pintadas con el lema «Abajo Ceausescu», comparando su régimen con el régimen nazi.

Dimitru Iuga, cuarenta años, condenado a diez años de cárcel en 1983. En varias ocasiones había reunido grupos de jóvenes para organizar manifestaciones contra Ceausescu. Estaba decidido a actuar pacíficamente. Siete jóvenes fueron condenados a cinco años de cárcel y luego liberados —excepto Iuga— en 1984 gracias a una amnistía.

Nicolae Litoiu, veintisiete años, condenado a quince años en 1981 por «compló contra la seguridad del Estado». El verano de 1981 lanzó un petardo sobre un stand de la Casa del partido en Ploiesti. Solo por haber sido informado de esta intención, su cuñado, Gheorghiu Manu, fue condenado a ocho años.

Attila Kun, médico, condenado a tres años en enero de 1987 por haberse negado a extender un certificado de defunción relacionado con un preso político muerto por torturas.

I. Borbely, profesor de filosofía, cincuenta años, condenado en 1982 a ocho años, en relación con la publicación de un *samizdat* en lengua húngara.

La Nouvelle Alternative, núm. 7, septiembre de 1987, París.

Las modalidades de la represión, ya «suavizada» en muchos países, se modificaron: el exilio forzoso —particularmente en la RDA y en Checoslovaquia— o, según el modelo soviético, el «tratamiento psiquiátrico», vinieron a reemplazar al encarcelamiento. La violencia del régimen era, por otra parte, más ampliamente comentada y denunciada en Occidente, tenía una resonancia inmediata, y ciertas víctimas tuvieron el privilegio, poco corriente antes, de dar testimonio en publicaciones de gran tirada. El hecho de que el crimen se hiciera público y pasara a los medios de comunicación incitaba a la reflexión a los ejecutantes de la dictadura, comprendida en este caso Rumania.

El sufrimiento, atenuado, de los oprimidos, seguía a pesar de todo siendo sufrimiento. Los campos desaparecieron, salvo en Albania y en Bulgaria, donde sirvieron en los años ochenta para el internamiento de los búlgaros de origen turco. Los procesos políticos perduraron y jalonaron, en lo que se refiere a Hungría, la historia de los países que nos ocupan. Como en 1956, este método de disuasión apuntaba a aquellos que habían querido hacer renacer la sociedad civil, los partidos antaño liquidados o los sindicatos independientes; los que habían mantenido vivas a las Iglesias en la clandestinidad. Excepcionalmente, los procesos afectaron a dirigentes comunistas. Podemos citar a Paul Merker en la RDA, condenado en marzo de 1955 a ocho años de cárcel y liberado en 1956; a Rudolf Barak, ministro checoslovaco del Interior, condenado a seis años en abril de 1962; a Milovan Djilas, gran disidente del comunismo yugoslavo, encarcelado primero en 1956 y en 1961, y de nuevo entre 1962 y 1966. Cuando, por su parte, Albania rompió con la URSS y se alineó con China, los «prosoviéticos» Liri Belishova, miembro del Buró político, y Koço Tashko, presidente de la comisión de control del PCA, fueron duramente castigados; el contraalmirante Temo Sejko fue ejecutado en mayo de 1961 junto con varios oficiales. En 1975, cuando la ruptura con China se con-

sumó, Enver Hoxha liquidó a Beqir Balluku, ministro de Defensa, y a Petri Dume, jefe de Estado Mayor.

La enumeración de los principales procesos políticos del período sería larga y tenemos que contentarnos aquí con mencionar algunos ejemplos.

Sabemos que las condenas a muerte eran raras —excepto por asuntos de espionaje auténticos— y en general no ejecutadas. Ese fue el caso del búlgaro Dimitar Penchev, condenado a la pena capital, como su amigo y cómplice, en 1961, por haber querido resucitar el Partido Agrario de Nicolas Petkov, con un grupo de jóvenes. La pena fue conmutada, en la apelación, por la de veinte años de reclusión, y después fue liberado en otoño de 1964 como resultado de una amnistía general. Convertido en obrero, Penchev no había concluido una experiencia carcelaria muy instructiva. Volvió a la cárcel entre 1967 y 1974, esta vez por «paso ilegal de la frontera», aventura durante la que mataron a uno de sus amigos. En 1985, sospechoso de terrorismo, se encontró por dos meses en el campo de concentración de la isla de Béléné, para acabar siendo obligado a vivir bajo vigilancia en una pequeña ciudad minera, Bobov-Dol...

Durante el período del «posterror», el número de muertos, víctimas de la represión, es netamente inferior al del período anterior a 1956. Aparte de los muertos, ya mencionados, de 1956 en Hungría y de 1968-1969 en Checoslovaquia, contamos con algunos cientos; gran parte de ellos, alrededor de doscientos, fusilados al intentar pasar la frontera de la RDA y el famoso muro de Berlín. Uno de los últimos prisioneros políticos que encontró la muerte fue el checo Pavel Wonka, fallecido en la cárcel, por falta de cuidados, el 26 de abril de 1988...

Las cuentas se hacen poco a poco, pero no es fácil, pues entre los muertos hay que incluir los asesinatos ejecutados por la policía secreta y disfrazados, por ejemplo, de accidentes de coche, como en el caso de dos ingenieros rumanos organizadores de una huelga, en el valle del Jiu en 1977, semanas después de que hubiera sido sofocada.

Las investigaciones que se hagan en adelante intentarán sin duda, como en relación con el período precedente de 1956, establecer una tipología de las víctimas, definir el prisionero tipo. Sabemos desde ahora que las víctimas de este período no siempre han sido encarceladas. Ese es el caso de las personas muertas durante las intervenciones militares o en el paso desesperado de una frontera. Sabemos también que sería erróneo enfocar toda la luz sobre el destino del dramaturgo checo Vaclav Havel, del filósofo húngaro Itsva Bibo, del escritor rumano Paul Goma y otros intelectuales, y dejar en la sombra al pueblo llano. Limitar el análisis de la represión a su dimensión cultural sería reducirla. Por otra parte, ¿qué Babel o qué Mandelstam fue ejecutado o asesinado en los años 1956-1989? Fue, desde luego, asesinado el escritor búlgaro Georgu Markov en Londres en 1978, por el «paraguas búlgaro» de un agente secreto. Y hubo, desde luego, entre las víctimas jóvenes, talentos que habrían podido desarrollarse. Sin embargo, en todos los países, y el ejemplo rumano viene a reforzar esta convicción, la mayoría de los encarcelados y asesinados

pertenecían al pueblo llano. La historia no debería olvidar los nombres de esas víctimas.

Sabemos que las dictaduras comunistas temían a los espíritus creativos, su palabra libre. Los dirigentes comunistas checoslovacos fueron presa del pánico al principio de 1977, cuando vieron 260 firmas al pie del manifiesto de oposición de la Carta 77. Pero, seguramente, tales regímenes policiales se habrán alarmado más aún cuando decenas de miles de personas se lanzaron a la calle.

Al final de los años ochenta, la represión ya no podía seguir sembrando el terror masivo. Los oprimidos supieron vencer sus últimos temores, sus últimas angustias, para iniciar el asalto general contra el poder.

UNA GESTIÓN COMPLEJA DEL PASADO. ¿Se puede olvidar —o hacer olvidar— el sufrimiento provocado por un sistema y sus agentes cuando ese sistema ha durado decenas de años? ¿Se puede ser indulgente con los vencidos cuando se trata de un verdugo o un torturador? ¿Qué se puede hacer, cuando se quiere instaurar la democracia y el Estado de derecho, de los amos caídos y de sus numerosos ayudas de campo, del aparato omnipresente y estructurado del Estado, del partido que lo ha dirigido?

No han faltado respuestas a estas preguntas en las democracias nacientes de la Europa central y del sureste, tras el derrumbamiento de los regímenes comunistas. La depuración del antiguo aparato comunista ha estado a la orden del día, aunque el término pudiera evocar recuerdos enojosos. Nada extraña que los nuevos dirigentes de varios países, entre los que se encuentran antiguos comunistas, hayan estado divididos en cuanto al alcance y los métodos de esta depuración. Se ha apelado a procedimientos radicales, a la prohibición del Partido Comunista, calificado de «organización criminal», a procesos contra los grandes responsables vivos. Y, por otra parte, se han querido evitar las purgas, que habrían recordado los antiguos procedimientos comunistas. Denunciar los crímenes y las abyecciones del antiguo régimen, impidiendo a sus agentes activos quedarse en las estructuras de poder, no significaba para el primer ministro Tadeusz Mazowiecki o para el presidente de la República federal checa y eslovaca, Vaclav Havel, recurrir a métodos de poder autoritario, pues estos demócratas anticomunistas no querían gobernar por el miedo y para el miedo. György Dalos, escritor húngaro, desde hace mucho tiempo opuesto al régimen autoritario, escribió en 1990: «Las depuraciones, aunque adornen la cosa rebautizándola como "gran limpieza de primavera", son capaces de crear un sentimiento de inseguridad entre las personas cualificadas del antiguo sistema, de quienes, sin embargo, tenemos una necesidad urgente. (...) Sería grave que el miedo hiciera nacer una nueva "lealtad" que tendría muy poco que ver con la idea misma de una democracia» [31].

[31] «Liberté san paroles», *Le Monde-Liber*, núm. 6, diciembre de 1990.

Desde los primeros días de la instauración de la libertad, la víctima de un régimen comunista, muy concretamente identificada, viva o muerta, silenciosa o no, ha estado en el centro de los interrogantes sobre las responsabilidades. La víctima en un sentido muy amplio, que va desde la persona injustamente ejecutada o encarcelada, al pequeño zapatero «expropiado» o a los seres humillados cada día por su sometimiento a la mentira del poder. La sociedad poscomunista debía encarar esa «herencia monstruosa», según Vaclav Havel, y los graves problemas del crimen y el castigo. La víctima, testigo principal del sufrimiento, apelaba necesariamente a la nueva representación política que encuadraba, explotaba o calmaba el resentimiento nacido del sufrimiento. Había quienes soplaban en los rescoldos para sacar provecho y los que no querían que la vida social se encendiera por una venganza ciega; los que observaban y los que, conscientes de la fragilidad humana, buscaban las verdaderas causas del mal y proponían medidas democráticas. Una «mayoría silenciosa» había existido en todos los regímenes comunistas y eran a menudo los pasivos y los atemorizados de antaño, los «semicolaboradores», los que reclamaban súbitamente, de la manera más fuerte, una venganza brutal.

No es extraño que después de tantos años de memoria amputada, la interpretación del pasado reciente haya sido pasional, con búsqueda de nuevas legitimidades e identidades. Es posible que con los desórdenes del momento, los puntos de vista se hayan expresado primeramente a través de la prensa, liberada de la censura. El enfoque «periodístico», de «sucesos», la búsqueda de lo «sensacional» se han dejado sentir, con una visión en blanco y negro de la historia, la reducción de su evolución a la relación víctima-verdugo, en que toda la nación y cada uno de sus miembros pasaban a ser resistentes contra el régimen que les había sido impuesto desde el extranjero. Este enfoque no se ocupaba de fineza de vocabulario; el término «genocidio» era, por ejemplo, muy frecuente: este genocidio, fomentado por los comunistas, ha golpeado a los pueblos rumano, checo u otros. Bajo el régimen comunista, se habría intentado llevar a cabo un genocidio del pueblo eslovaco por parte de los checos... En Rumania, los «espíritus elevados» introdujeron la noción de «holocausto rojo», y en Bulgaria, una fórmula, «estos innumerables Auschwitz sin crematorios», se emplea a placer a propósito de los gulags.

Los enfoques del pasado reciente ya han sido objeto de estudios imparciales. Estos prueban el peso de la Segunda guerra mundial en la vida de las sociedades poscomunistas. El caso extremo era el representado por Yugoslavia, donde la guerra que acaba de terminar habría sido la prolongación de las luchas fratricidas de los años que precedieron a la instauración del poder comunista y donde la memoria manipulada podría ser una de las causas del conflicto. No se han disipado las sombras de los años de la guerra, en particular entre los antiguos aliados de la Alemania nazi. Si el mariscal Petain hubiera sido rumano o eslovaco, algunos habrían podido hacerle pasar por víctima del comunismo. Eso es lo que sucede con el caso del dictador Rumano Antonescu o el presidente eslovaco monseñor Jozsef Tiso, condenados y ejecutados

después de la guerra como corresponsables de las atrocidades cometidas por sus Estados.

La historia de los regímenes comunistas se manifiesta extremamente politizada, constatación banal cuando nacen nuevos partidos y movimientos, deseosos de anclarse en el pasado, de encontrar los orígenes, las tradiciones. El polaco Andrzej Paczkowski, coautor de esta obra, a propósito de la búsqueda de la tradición en la Polonia actual, no duda en hablar de «guerra civil», felizmente verbal, si pensamos en Yugoslavia. Individuos y grupos van tras una identidad, uno de cuyos componentes es la memoria. Se reafirma un enfoque instrumentalizador, manipulador del pasado, los antiguos mitos y leyendas renacen, y aparecen otros nuevos. El mito del número de víctimas merece en este sentido una atención especial. Según el historiador francés Robert Frank, esta cifra es un «símbolo-clave», de aspecto «científico matemático»; autoriza un discurso sobre la «muerte cifrada», permite instrumentalizar y sacralizar la muerte en masa. Lo que ha ocurrido en todos los países a propósito de las víctimas del comunismo. De ahí, para el investigador, la necesidad absoluta de prudencia, prudencia necesaria también para combatir las mitologías nacionales o de grupo.

La interpretación en extremo politizada de la historia facilita los análisis profundos de la evolución política de los países, sugiere el húngaro György Litvan, director del Instituto de historia de la revolución de 1956: la relación con el pasado reciente nos indica a menudo más sobre el anclaje democrático de tal o tal otra corriente que su discurso sobre los problemas económicos u otros de la transición en curso.

Las memorias se (re)construyen y a través de ellas la «memoria oficial»: legisladores y responsables de las decisiones seleccionan las tradiciones destinadas a los preámbulos de las constituciones, escogen a los personajes que figurarán en los nuevos billetes de banco, las fiestas nacionales que hay que celebrar, las condecoraciones que hay que otorgar, las fechas que hay que conmemorar, los nombres que se dan a las calles, plazas y lugares públicos, y, claro, elaboran los programas de enseñanza. Los héroes-víctimas del período comunista no pueden ser, de seguro, olvidados. También se propone, a veces, a la población afectada que sitúe la historia del período comunista entre paréntesis (paréntesis desgraciados, criminales —no faltan adjetivos—). Nada nuevo en el siglo XX, constata Maria Ferretti, historiadora italiana especialista de la memoria en Rusia [32], recordando a Benedetto Croce, que proponía poner entre paréntesis el fascismo italiano. Todo prueba, sin embargo, que el pasado-paréntesis no es más que un engaño: varios decenios no pueden ser «olvidados», borrados, rechazados. Han marcado considerablemente a la mayoría de ciudadanos de estos países, el espacio urbano y el rural, los lugares. Análisis imparciales proponen explicaciones de estos comportamientos: au-

[32] Maria Ferretti, *La Memoria mutilata. La Russia ricorda* (La memoria mutilada. Rusia recuerda), Milán, Corbaccio, 1993.

sencia (o debilidad) de una «autocrítica histórica» entre los individuos, grupos y pueblo; deseo de evitar cualquier reflexión sobre la «responsabilidad colectiva» en apoyo, a menudo tácito, del régimen; presencia del sentimiento de «pueblo mártir», que hay que reconocer como inocente (Alexandra Laignel-Lavastine estudia en Rumania una «martirología colectiva», acompañada del «complejo de inocencia», que arroja la responsabilidad sobre el prójimo).

La gestión del pasado en los Estados poscomunistas merecería que se le dedicara un libro. Si ponemos el punto en 1997, constataremos de nuevo la diversidad entre estos países; esta vez, ligada primero a las coyunturas políticas, al mantenimiento o la desaparición de las «viejas estructuras». En Rumania, en particular, los hombres del antiguo aparato comunista controlaron el poder hasta las elecciones legislativas y presidenciales de 1996; una situación similar existió durante mucho tiempo en Bulgaria. Pero, incluso en estos países, ha visto la luz una documentación considerable sobre la represión comunista. Un segundo aspecto a destacar: en la actualidad, cualquier ciudadano dispone de numerosos documentos sobre este asunto en todos los Estados implicados. Predomina ampliamente el testimonio sobre el sufrimiento, muy presente en los medios audiovisuales. Una historiografía digna de ese nombre, fundada en la consulta seria de los archivos, falta de momento, excepto en la República checa y en Polonia, y puede que hasta en Hungría.

Señalemos, a continuación, que el Partido Comunista no ha sido prohibido en ninguna parte. Los antiguos partidos en el poder, generalmente han cambiado su denominación, excepto en la República checa, donde se organizó un referéndum en el seno del partido que se pronunció a favor de conservar el antiguo nombre. Casi en todas partes, los dirigentes más comprometidos han sido excluidos y los puestos directivos renovados.

Ha habido pocos juicios contra los responsables aún vivos de la represión. El más espectacular se llevó a cabo en Rumania, bajo la forma de un pseudoproceso que terminó con la ejecución de Nicolas Ceausescu y su esposa, el 25 de noviembre de 1989; el cadáver del dictador fue mostrado por televisión. En Bulgaria, Todor Jivkov, antiguo secretario general del partido, fue juzgado en abril de 1991, pero quedó en libertad; no ha hecho que se aplique uno de los mandatos de la nomenklatura búlgara: «Hemos tomado el poder por la sangre, solo lo cederemos con sangre». En Albania, algunos dirigentes comunistas fueron condenados por «... abuso de bienes públicos e infracción contra la igualdad de los ciudadanos», y la mujer de Enver Hoxha fue condenada a once años de cárcel. En Checoslovaquia, Miroslav Estepan, miembro de la dirección y secretario del PCCh por Praga, fue condenado en 1991 a dos años de cárcel como responsable de violencias contra la manifestación del 17 de noviembre de 1989. Se intentó, finalmente, llevar a cabo otros procesos contra los dirigentes de la RDA, el más reciente el de su último presidente, Egon Krenz, en agosto de 1997; condenado a dos años y medio de cárcel, fue puesto en libertad a la espera de la apelación del juicio. Se han abierto algunas causas, que aún siguen abiertas; como la que reclama en Polonia al gene-

ral Jaruzelski su responsabilidad durante el estado de sitio en diciembre de 1981 o la de los dirigentes checoslovacos que habían «invitado» a los ocupantes en agosto de 1968.

La justicia poscomunista ha intentado, por otra parte, iniciar varios procesos contra los funcionarios del aparato de seguridad, directamente implicado en los crímenes. Uno de los más interesantes puede ser el proceso polaco, relacionado con Adam Humer y otros 11 acusados, oficiales de la UB *(Urzad Bezpieczenstwa,* Buró de seguridad), por los crímenes en la represión de la oposición al régimen al final de los años cuarenta y principio de los cincuenta; Adam Humer era entonces coronel, vicedirector del departamento de investigación del ministerio de Seguridad Pública hasta 1954. Estos crímenes fueron calificados como crímenes contra la humanidad, los únicos que no prescriben según la legislación. Al final de este proceso, que ha durado dos años y medio, el viejo coronel fue condenado, el 8 de marzo de 1996, a nueve años de cárcel. En Hungría, los autores de los fusilamientos del 8 de diciembre de 1956 en Salgotarjan, ciudad industrial al noreste de Budapest, fueron condenados en enero de 1995 por crímenes contra la humanidad. Pero el veredicto dictado por el tribunal supremo en enero de 1997 decide que a partir del 4 de noviembre de 1956, como resultado de la intervención ilegal de las fuerzas soviéticas, hubo un estado de guerra, y por tanto tales crímenes debían ser tenidos como crímenes de guerra contra civiles y no como crímenes contra la humanidad.

Cómo se ocupa la República checa de los crímenes del comunismo.

La República checa ocupa, entre los países del antiguo bloque soviético, un lugar original en la gestión del pasado comunista. Es el único país —en el marco todavía de la antigua República federal checa y eslovaca— que ha dictado leyes para la restitución de los bienes confiscados por el poder desde el 25 de febrero de 1948, y sobre la rehabilitación masiva de los condenados. En 1994, los tribunales de distrito y regionales han rehabilitado a alrededor de 220.000 personas. Es el único país que ha dictado una ley, a menudo rechazada tanto en el interior como en el exterior, sobre los «blanqueos de reputación», limitanto el acceso a la función pública. Esta ley exige la verificación del pasado personal, basada en la investigación de los registros de los colaboradores de la policía política. Y es el único que se ha dotado de un organismo especial para perseguir la acciones del antiguo régimen: el Buró de documentación de los crímenes del comunismo. Este es parte integrante del Buró de investigación de la policía de la República checa y tiene, para el período que va de 1948 a 1989, plenos poderes para instruir, perseguir y recoger documentación sobre todos los

crímenes. Alrededor de noventa personas se ocupan de esta labor. El Buró interviene como órgano legal en el proceso judicial y debe instruir cada delito, reunir las pruebas y trasladar el informe al juzgado con el auto de acusación. En 1997, 98 personas fueron procesadas tras las investigaciones de este organismo. El fiscal de la República remitió un auto de acusación contra 20 personas, de las que cinco comparecieron ante los tribunales y solo una —un antiguo responsable de instrucción de la Seguridad del Estado— fue condenada a cinco años de cárcel. El plazo de prescripción de los delitos instruidos expira el 29 de diciembre de 1999.

El actual director del Buró, Vaclav Benda, matemático de formación, miembro de la oposición en los años setenta y ochenta, pasó cuatro años en la cárcel; hoy es senador demócrata-cristiano y ha explicado en una reciente entrevista su postura sobre los crímenes comunistas —crímenes contra la humanidad—: «La imprescriptibilidad de los crímenes contra la humanidad existe en nuestra legislación, pero queda por saber a qué crímenes del comunismo se puede aplicar. No podemos definir, automáticamente, todos los crímenes del comunismo como crímenes contra la humanidad. Por otra parte, este compromiso internacional [sobre la no prescripción] fue aceptado por Checoslovaquia en 1974 y los puntos de vista jurídicos son divergentes sobre la cuestión de si es posible considerar los crímenes cometidos antes de esta fecha como incluidos bajo el concepto de imprescriptibilidad» [33].

Pavel Ryshetsky, viceprimer ministro del Gobierno federal en 1991-1992, responsable de la legislación, actualmente senador electo de la lista socialdemócrata y presidente de la comisión legislativa del Senado checo, declaró en junio de 1997: «En la República checa, cada uno de nosotros siente la necesidad de que se celebren juicios, no para ver castigar a los ancianos, sino para hacer público todo lo que ha sucedido —en una especie de catarsis—. Pero es un hecho consumado, y no podemos aprender nada más horrible que lo que ya sabemos. El genocidio, crimen contra la humanidad, desde luego, no prescribe. Pero no se puede calificar como tal cualquier crimen comunista en Checoslovaquia, pues no llegaremos a probar nunca que se trataba de actos que se correspondían con esta definición. En la Unión Soviética hubo sin duda crímenes "genocidas" contra grupos étnicos u otros grupos de población, claramente circunscritos: cosacos, chechenos, etc. Pero esta fechoría no es condenable, pues no estaba, en términos legales, tipificada en el momento de haber sido cometida».

[33] *La Nouvelle Alternative,* núm. 46, París, junio de 1997.

Estos ejemplos —podríamos citar además algunos otros— nos obligan a constatar que quedan numerosos crímenes impunes, cubiertos por la prescripción, por falta de testigos o de pruebas. Tras la depuración, la justicia se hizo independiente del poder ejecutivo y vigila que sean respetados los principios de los «países civilizados», como se dice: a saber, el principio de la prescripción y aquel según el cual una ley no debe tener efectos retroactivos —no es, por tanto, posible perseguir acciones que no estaban tipificadas en las leyes de la época en que fueran cometidas—. Varios países han modificado su legislación para poder perseguir ciertos crímenes. En Polonia, la ley del 4 de abril de 1991 ha enmendado una ley de abril de 1984 relativa a la comisión principal de investigación de los crímenes hitlerianos y al Instituto de la memoria nacional. La nueva ley sitúa el comunismo en el mismo rango que los ocupantes y que el fascismo, e introduce la noción de crímenes estalinistas, que define así: «Los crímenes estalinistas en el seno de la ley implican las acciones cometidas en contra de individuos o grupos humanos, por autoridades del poder comunista, inspiradas o toleradas por él, en el período que precede al 31 de diciembre de 1956» [34]. Estos crímenes no prescriben. En 1995, los artículos del Código penal sobre la prescripción fueron modificados, pudiendo ser perseguidos en un plazo de treinta años a partir del 1 de enero de 1990, los crímenes más graves cometidos contra las libertades cívicas antes del 31 de diciembre de 1989. En la República checa, la ley sobre «ilegitimidad del régimen comunista y la resistencia contra el mismo», aprobada en 1993, prolonga hasta el final de 1999 el plazo de prescripción de crímenes cometidos entre 1948 y 1989 y que podemos calificar de «políticos».

La gestión del pasado, como vemos aquí, es compleja. Permítaseme terminar con un tono personal. En mi opinión, el castigo de los culpables no se ha aplicado a tiempo y de manera apropiada. A pesar del compromiso de algunos, entre los que me encuentro, no ha sido posible que se introduzca en Checoslovaquia algo como, por ejemplo, la acusación de «indignidad nacional», castigada con la «degradación nacional» —procedimiento francés de posguerra—. No obstante, la manera en que los alemanes han abierto los archivos de la Stasi, policía política de la RDA, a todo ciudadano que se sienta afectado, me parece juiciosa. Responsabiliza, y cada ciudadano es invitado a instruir su propio «proceso» —tu marido era un soplón, ahora lo sabes, replantea vuestro destino...—.

La herida, a pesar de todo, sigue abierta.

BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA. (No volvemos a consignar los títulos a los que se hace referencia en las notas o los recuadros.)

[34] *Dziennik ustaw Rzeczypospolitej polskiej* (Diario oficial de la República polaca), núm. 45, Varsovia, 29 de mayo de 1991.

Karel Kaplan, *Dans les archives du Comité central —Trente ans de secrets du bloc soviétique,* París, Albin Michel, 1978.

Georges Mink, *Vie et mort du bloc soviétique.* Florencia, Casterman-Giunti, 1977.

Karel Bartosek, *Les Aveux des archives Prague-Paris-Prague, 1948-1968,* París, Le Seuil, 1996.

Antoine Marès (dir.), *Histoire et pouvoir en Europe médiane,* París, L'Harmattan, 1996.

Vladimir Tismaneanú, *Fantoma lui Gheorghiu-Dej,* Bucarest, Editura Univers, 1995.

Antonia Bernard, *Petite histoire de la Slovénie;* Otto Urban, *Petite histoire des pays tchèques;* Liptak Lubomir, *Petite histoire de la Slovaquie,* París, ed. del Institut d'études slaves, 1996.

Vincent Savarius, *Volontaires pour la potence,* París, informes de Lettres nouvelles, Julliard, 1963.

La Nouvelle Alternative, revista trimestral, informes «Le régimes postcommunistes et la mémoire du temps présent» (núm. 32, 1993); «La justice du postcommunisme» (núm. 35, 1994); «Mémoire des guerres et des résistances en Tchécoslovaquie, en Europe central et en France» (núm. 37 y 38, 1995).

CUARTA PARTE

COMUNISMOS DE ASIA: ENTRE LA «REEDUCACIÓN» Y LA MATANZA

CHINA, VIETNAM, LAOS Y CAMBOYA

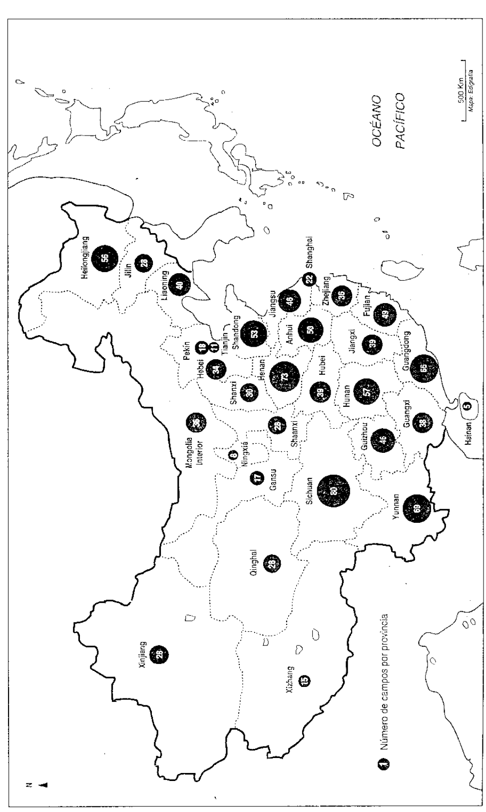
por Jean-Louis Margolin

COREA DEL NORTE

por Pierre Rigoulot

Traducción: Mauro Armiño

A Jean Pasqualini, muerto el 9 de octubre de 1997, que reveló al mundo los horrores del sistema concentracionario chino.



LOS CAMPOS DE TRABAJO EN LA REPÚBLICA POPULAR DE CHINA

En comparación con los comunismos europeos, los de Asia tienen tres especificidades primordiales. Salvo Corea del Norte, ocupada por los soviéticos en agosto de 1945, nacieron esencialmente de sus propios esfuerzos, y de ellos extrajeron (incluido Pyongyang, debido a la guerra de Corea) la capacidad de construir unos sistemas políticos independientes, anclados en su propio pasado tanto como en el marxismo-leninismo de origen soviético, y fuertemente marcados de nacionalismo. Laos es una excepción. Su inferioridad es demasiado evidente frente al «hermano mayor» vietnamita. En segundo lugar, en el momento en que escribimos, siguen en el poder, incluido en Camboya, al precio de grandísimas concesiones. Lo cual implica en última instancia que los archivos esenciales no se han abierto todavía, a excepción de los que afectan al período de Pol Pot, en Camboya, y que aún se se encuentran en un estado de examen muy incipiente; y a excepción de los de la Komintern, en Moscú, que por desgracia callan mientras esté en el poder uno solo de los comunismos asiáticos.

El conocimiento de estos regímenes y de su pasado, sin embargo, ha progresado de manera notable desde hace una decena de años. Por un lado, ahora es relativamente fácil dirigirse a China, Vietnam, Laos o Camboya, viajar hasta esos países y realizar investigaciones en ellos. Por otro, están disponibles fuentes de gran interés (en algunos casos, ya lo estaban antes): medios de comunicación oficiales (incluidas las escuchas radiosintetizadas por diversos organismos occidentales), y muy especialmente la prensa regional, publicación de recuerdos de antiguos dirigentes, testimonios escritos de refugiados en el extranjero, testimonios orales recogidos en el país —en Asia, los grandes dramas no son tan antiguos—. Por razones de política interior, las autoridades de Phnom Penh animan incluso a hablar mal del período de Pol Pot, y las de Pekín a denunciar los horrores de la Revolución Cultural. Pero los debates en la cumbre siguen siendo inaccesibles: por ejemplo, seguimos sin saber por qué y de qué forma murió en 1971 el «sucesor designado» de Mao, el mariscal Lin Biao. Esta apertura selectiva ha implicado efectos perversos: disponemos de extraordinarios relatos y de algunas buenas monografías locales o sectoriales sobre la Revolución Cultural, pero las intenciones de Mao siguen siendo bastante misteriosas, y sobre todo las purgas de los años cincuenta (tanto en China como en Vietnam) o el «gran salto» adelante todavía están muy poco estudiadas: sería arriesgado cuestionar los fundamentos mismos de unos regímenes que siguen controlando el poder. Lo que ocurrió en los campos de

concentración más vastos y más asesinos de China, en el oeste del país, sigue siendo casi desconocido. Conocemos mucho mejor, globalmente, el destino de los mandos comunistas y de los intelectuales reprimidos que el de «la gente corriente», que forma la mayoría de las víctimas: no es fácil evitar la ilusión óptica. Añadamos que Corea del Norte, último comunismo «duro» auténtico, sigue obstinadamente cerrada, y que, hasta hace poquísimo tiempo, eran muy pocos los que huían de él. Los razonamientos que vienen a continuación mantendrán, por tanto, de forma inevitable, el carácter de primeras aproximaciones, muy inseguras, incluidos tanto los datos básicos como el número de las víctimas. No obstante, las finalidades y los métodos de los sistemas comunistas de Extremo Oriente no dejan lugar a dudas demasiado grandes...

1
CHINA: UNA LARGA MARCHA EN LA NOCHE

Tras el aniquilamiento de los enemigos armados, seguirá habiendo enemigos no armados; enemigos que no dejarán de dirigir contra nosotros una lucha a muerte. No debemos subestimarlos nunca. Si ahora no nos planteamos y comprendemos el problema de esta forma, cometeremos los errores más graves.

MAO ZEDONG [1]

La represión en la China comunista, ¿fue réplica de las prácticas del «hermano mayor», la URSS de un Stalin cuyo retrato todavía era fácilmente visible en Pekín [2] a principios de los años ochenta? No, si tenemos en cuenta la casi ausencia de purgas masivamente criminales en el Partido Comunista, o la relativa discreción de la policía política —a pesar del constante peso, entre bastidores, de su dueño, Kang Sheng, y de las guerrillas de Yan'an en los años cuarenta a su muerte en 1975 [3]. Sí, con toda seguridad, si consideramos —dejando a un lado la guerra civil— el conjunto de muertes violentas que hay que cargar en la cuenta del régimen: a pesar de la ausencia de cualquier tipo de

[1] Informe para la segunda sesión plenaria del Comité central salido del VII° Congreso del Partido Comunista Chino, 5 de marzo de 1949, en *Œuvres choisies* (tomo IV), Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras (fragmento reproducido en el *Libro rojo*, capítulo «Las clases y la luchas de clases»). Durante la Revolución Cultural, los interrogatorios de los detenidos empezaban muchas veces con la lectura en voz alta de esta cita. (Existe edición del Libro Rojo vg: *Libro rojo de Mao*, Barcelona, 1976.)

[2] Emplearemos la transcripción *pinyin* de los caracteres chinos, impuesta por la China Popular, y casi universalmente aceptada (Mao Tse-Tung será aquí, por lo tanto, Mao Zedong). Únicas excepciones: las personalidades anteriores a 1949, y las ciudades de Pekín (Beijing), Nankín (Nanjing) y Cantón (Guangzhu), sobradamente conocidas en esas formas.

[3] Cf. sobre este tema Roger Faligot y Rémi Kauffer, *Khan Sheng et les services secrets chinois (1927-1987)*, París, Robert Laffont. 1987.

contabilidad mínimamente fiable, las estimaciones serias llegan a citar de seis a diez millones de víctimas directas, incluidos centenares de miles de tibetanos. Además, decenas de millones de «contrarrevolucionarios» pasaron un largo período de su vida en el sistema penitenciario y tal vez 20 millones murieron sufriéndolo. Sí, con mayor motivo, si tenemos en cuenta los entre 20 y 43 millones de «muertos más» de los años 1959-1961, los del mal llamado «gran salto adelante», víctimas de una hambruna provocada en su totalidad por los proyectos aberrantes de un hombre, Mao Zedong, y más aún posteriormente, por su obstinación criminal en negarse a reconocer su error, aceptando que se tomasen medidas contra sus desastrosos efectos. Y sí, por último, si observamos las dimensiones cuasi genocidas de las pérdidas tibetanas: probablemente entre uno de cada diez y uno de cada cinco de los habitantes del «techo del mundo» murieron a consecuencia de la ocupación china. La sorpresa no fingida de un Deng Xiaoping comentando que la matanza de la plaza de Tian'anmen en junio de 1989 (tal vez un millar de muertos) era realmente insignificante en comparación con la que China había conocido en un pasado muy reciente constituía, *a contrario*, una forma de confesión. Y no puede alegarse que esas matanzas constituyeron las tristes secuelas de una atroz guerra civil (no lo fue, el régimen se hallaba sólidamente instalado desde 1950) o la simple continuación de una historia siniestra. Si exceptuamos la ocupación japonesa (que por lo demás no provocó hambrunas generalizadas), hemos de remontarnos hasta el tercer cuarto del siglo XIX para encontrar matanzas y hambrunas de una amplitud mínimamente comparable. Aunque estas no tuvieron ni la generalidad ni el carácter sistemático y planificado de las atrocidades maoístas; y sin embargo, aquel momento de la historia de China también era excepcionalmente dramático.

El examen del comunismo chino es importante por un doble motivo. En 1949, el régimen de Pekín gobernaba casi dos tercios de la humanidad colocada bajo la bandera roja. Tras la desaparición de la URSS (1991) y la descomunistización de la Europa del Este, se trata de las nueve décimas partes. Es prácticamente evidente que el destino de los fragmentos dispersos del «socialismo real» depende del futuro del comunismo en China, país que, además, juega el papel de una «segunda Roma» del marxismo-leninismo, abiertamente desde la ruptura chino-soviética de 1960, y en la práctica desde el período de instalación en la «zona liberada» de Yan'an (1935-1947), después de la Larga Marcha: los comunistas coreanos, japoneses y vietnamitas van a China para refugiarse y renovarse. Si el régimen de Kim Il Sung es anterior al triunfo del Partido Comunista Chino (PCCh), y debió su existencia a la ocupación soviética, su supervivencia fue debida durante la guerra de Corea a la intervención (noviembre de 1950) de un millón de «voluntarios» chinos armados. Las modalidades de la represión en Corea del Norte deben mucho al «modelo» estalinista, pero del maoísmo (que desde Yan'an se confunde totalmente con el comunismo chino) el amo de Pyongyang retuvo la «línea de masas» (leva y movilización extremadamente impulsadas y constantes de la totalidad de la

población) y su secuela lógica: la insistencia en la «educación permanente» como medio principal de control social. Kim parafrasea a Mao cuando asegura: «La línea de masas consiste en defender activamente los intereses de las masas laboriosas, en educarlas y reeducarlas para unirlas en torno del partido, en contar con su fuerza y en movilizarlas para la realización de las tareas revolucionarias» [4].

La influencia es más clamorosa todavía en los regímenes comunistas asiáticos posteriores a 1949. Sobre todo desde la publicación de las memorias del dirigente vietnamita Hoang Van Hoan, que pasó por Pekín [5], sabemos que, a partir de 1950 y hasta los acuerdos de Ginebra (1954), muchísimos consejeros chinos servían de mandos a las tropas y a la administración del Vietminh, y que unos 30.000 soldados de Pekín, sobre todo del cuerpo de ingenieros, aseguraron entre 1965 y 1970 el relevo de las tropas norvietnamitas que iban a combatir a Vietnam del Sur. El general Vo Nguyen Giap, vencedor de Dien Bien Phu, reconoció indirectamente en 1964 la contribución china: «A partir de 1950, tras la victoria china, nuestro ejército y nuestro pueblo han podido aprovechar las preciosas lecciones del ejército de liberación del pueblo chino. Hemos podido educarnos gracias al pensamiento militar de Mao Zedong. Ese fue el factor importante que determinó la madurez de nuestro ejército y contribuyó a nuestras sucesivas victorias» [6]. En cambio, el Partido Comunista Vietnamita (PCV, entonces llamado Partido del Trabajo), inscribió en sus estatutos en 1951: «El Partido del Trabajo reconoce la teoría de Marx, Engels, Lenin, Stalin y el pensamiento de Mao Zedong, adaptado a la realidad de la revolución vietnamita, como el fundamento teórico de su pensamiento y como la aguja imantada que le indica el rumbo en todas sus actividades» [7]. Línea de masas y la reeducación fueron colocadas en el centro del sistema político vietnamita. El *sheng feng* («reforma del estilo de trabajo»), forjado en Yan'an, presidió bajo su transcripción vietnamita *(chinh huân)* las feroces purgas de mediados de los años cincuenta [8]. Por lo que se refiere a la Camboya de los jemeres rojos (1975-1979), también fue poderosamente ayudada por Pekín, y trató de vencer allí donde el propio Mao había fracasado, recuperando en particular el mito voluntarista del «gran salto adelante». Todos estos regímenes, como el de Mao, quedaron fuertemente marcados por su origen guerrero (menos obvio en Corea del

[4] Kim Il Sung, *Œuvres*, tomo 30, pág. 498, citado en Oh Il-whan, *La Propagande et le contrôle de pensée: les facteurs du système communiste nord-coréen*, tesis doctoral en sociología política (inédita), Universidad París-X, 1994, pág. 209.

[5] Hoang Van Hoan, *Une goutte d'eau dans le grand océan - Souvenirs révolutionnaires*, París, 1989.

[6] Periódico *Nhân Dân*, 7 de mayo de 1964, citado en «Révolutionnaires d'Indochine», *Cahiers Léon Trotski*, núm. 40, diciembre de 1989, págs. 119-120.

[7] *Íbid.*, pág. 119.

[8] Georges Baudarel, «L'idéocratie importée au Vietnam avec le maoïsme», en *La Bureaucratie au Vietnam - Vietnam-Asie-Débat núm. 1*, París, L'Harmattan, 1983, págs. 31-106.

Norte, a pesar de que Kim se haya jactado de sus presuntas hazañas de guerrillero antijaponés), prolongado en una militarización permanente de la sociedad (menos obvia en China: no es una «línea de frente»). Resulta asombroso que el lugar central ocupado por la policía política en el sistema soviético le corresponda más bien al ejército, encargado de las tareas de represión muchas veces de forma directa.

¿UNA TRADICIÓN DE VIOLENCIA? Cuando vivía, la omnipotencia de Mao Zedong hizo que con frecuencia fuera tratado de «emperador rojo». Lo que ahora se sabe de su carácter fantasioso y ferozmente egocéntrico, de sus criminales venganzas, de su vida de depravación proseguida hasta sus últimos días [9], facilita la asimilación con los déspotas que reinaron en el País del Medio. Y sin embargo, la violencia erigida en sistema del reino contemporáneo desborda ampliamente una tradición nacional cualquier cosa menos liberal.

No quiere esto decir que China no haya conocido, en numerosas ocasiones, sangrientos pruritos. Emplearon por regla general, como en otras partes del mundo, el vector de la religión, inseparable en ese país de una *Weltanschauung*, visión global del universo. Lo que separa las dos grandes tradiciones chinas —el confucianismo y el taoísmo— son menos divergencias teóricas y oposiciones concretas que la insistencia, por parte de Confucio, sobre la sociedad y sobre lo racional, y por parte de Lao-tsé, promotor del Tao, sobre el individuo y sobre lo intuitivo, lo sensible e incluso lo irracional. Y todo chino, o casi todo chino, lleva dentro de sí, dosificadas de forma diversa, estas dos caras de la idiosincrasia china. Lo que sucede es que, en los momentos de crisis, en los más desheredados, en los más desorientados, la segunda de esas caras prevalece por completo, y se lanza al asalto del bastión de la primera: la pirámide de los cultos, es decir, del Estado. Eso fueron las numerosas insurrecciones inspiradas por las sectas apocalípticas y mesiánicas: turbantes amarillos del año 184, revuelta maitreyista de Faqing en el 515, rebelión maniquea [10] de Fang La en 1120, Loto blanco de 1351, Ocho trigrammas de 1813, etc. [11]. El mensaje de estos movimientos es bastante similar: sincretiza taoísmo y budismo popular, y muchas veces pone por delante a Maitreya, Buda del futuro cuyo advenimiento luminoso y redentor, inminente, debe producirse en medio de la catástrofe universal del «viejo mundo». Los fieles, elite escogida, deben ayudar al cumplimiento de la profecía y esperan de ella la salvación. Cualquier lazo contingente debe ser roto, incluido el lazo familiar:

[9] Li Zhi Sui (su médico personal), *La vie privée du Président Mao*, París, Plon, 1994. (Existe edición española, *La vida privada del presidente Mao*, Barcelona, 1995.)

[10] Inspirada por la antigua religión del Irán premusulmán.

[11] Esto y el razonamiento siguiente deben mucho a Richard Shek, «Sectarian Eschatology and Violence», en Jonathan N. Lipman y Stevan Harrell, *Violence in China - Essays in Culture and Counterculture*, State University of New York Press, 1990, págs. 87-109.

según la crónica de la dinastía de los Wei, en el año 515, «los padres, los hijos y los hermanos ya no se reconocen unos a otros» [12].

Ahora bien, en China, el conjunto de la moralidad se basa en el respeto de las obligaciones familiares: si estas son rechazadas, todo está permitido. Se somete totalmente el individuo a la familia de sustitución en que entonces se convierte la secta. El resto de la humanidad está condenado al infierno en el más allá —y a la muerte violenta en este mundo—. En ocasiones (como en el año 402), los oficiales son cortados en trozos, y si sus mujeres y sus hijos se niegan a comérselos, también son desmembrados. En 1120 parece que la matanza se extendió a millones de personas [13]. Todos los valores están invertidos: según una proclama de 1130, «matar a la gente es cumplir el *dharma* (ley búdica)» [14]. El crimen es un acto de compasión, porque libera el espíritu; el robo hace que el mundo se acerque a la igualdad; el suicidio es una felicidad envidiable; cuanto más horrible es la propia muerte, mayor será la recompensa. Según un texto del siglo XIX, «la muerte por descuartizamiento lento asegurará la entrada en el cielo con vestido escarlata» [15]. Resulta difícil de evitar la comparación, en ciertos aspectos, de estos crueles milenarismos con los movimientos revolucionarios asiáticos de nuestro siglo. No bastan para explicar numerosas características, pero ayudan a comprender por qué triunfaron en ocasiones, y por qué la violencia que los acompañó pudo, durante un momento, parecer normal, casi trivial, a muchos.

Los parapetos son, sin embargo, potentes y explican que, en última instancia, el orden solo ha sido alterado en raras ocasiones: los visitantes europeos de la Edad Media, e incluso los de la era de las luces, quedaron extraordinariamente sorprendidos, y seducidos, por la gran paz emblemática del viejo imperio. El confucianismo, doctrina oficial enseñada hasta en los confines más remotos de los campos, hacía de la benevolencia la virtud cardinal del soberano y pretendía modelar el Estado por la familia. Lo que, sin anacronismo, podemos designar como *principios humanistas* reprobaba recurrir a la matanza y valoraba la vida humana. Y ello desde los tiempos remotos. Si buscamos a los pensadores considerados como canónicos a lo largo de esos casi veintiún siglos de imperio, habremos de evocar ante todo al filósofo chino Mo Ti (479-381 antes de Cristo aproximadamente), que condena de este modo la guerra de agresión: «Si un homicidio simple está considerado como un crimen, un homicidio múltiple, como el que consiste en atacar a otro país, aunque sea elogiado como una buena acción, ¿puede llamarse saber distinguir el bien del mal?» [16]. En el famoso *Arte de la guerra* de Sun Tzu (hacia el año 500 antes de Cristo), se dice: «La guerra es semejante al fuego; los que no quieren abandonar las armas perecen por las armas» [17]. Conviene luchar de forma económica, el menor tiempo posible y derramando la menor cantidad posible de sangre: «Nunca se ha visto que una guerra prolongada aprovechase a ningún país... Obtener cien victorias en cien batallas no es el colmo de la prudencia... Quien sobresale venciendo a sus enemigos triunfa antes de que las amenazas de estos se concreten» [18]. Economizar fuerzas es esencial, pero tampoco hay que dejarse llevar hasta el exterminio del adversario: «Capturar al ejército enemigo vale más que destruirle... No alentéis el crimen» [19]. En estas frases hay que ver menos una proclama moral que una consideración de oportunismo: las matanzas y atrocidades provocan el odio y la energía de la desesperación en el adversario, que puede aprovecharlas para darle la vuelta a la situación en favor suyo. Además, para el conquistador, «la mejor política es tomar el Estado intacto; aniquilarlo es lo peor que puede ocurrir» [20].

[12] *Íbid.*, pág. 101.

[13] *Íbid.*, pág. 104.

[14] *Íbid.*, pág. 105.

[15] *Íbid.*, pág. 106.

[16] Citado en Sun Tzu, *L'Art de la guerre*, París, Flammarion, 1972, pág. 45 (introducción de Samuel Griffith).

Razonamiento típico de la gran tradición china (ilustrada de forma especial por el confucianismo): los principios éticos no derivan de una visión transcendental, sino de un pragmatismo unido a la armonía y a la eficacia del funcionamiento societario. Lo cual no les da indudablemente sino una eficacia mayor. Y el otro «pragmatismo», el de los legistas que, contemporáneo de Confucio y de Sun Tzu, insiste por el contrario en la necesidad que el Estado tiene de afirmar su omnipotencia aterrorizando a la sociedad, demuestra su ineficacia fundamental para hacer funcionar esa sociedad en su hora de gloria: la breve dinastía Qin del siglo III antes de Cristo. Aunque las cosas pudiesen variar enormemente de un reinado a otro, ese tipo de arbitrariedad va disminuyendo, sobre todo a partir de la dinastía Song del Norte (960-1127): el exilio en una comarca lejana —que no excluye recuperar la gracia— se convierte en el castigo más corriente para el funcionario que ha perdido el favor. En la época de los Tang, en el año 654, se dictó un código penal más humano, que concedía mayor espacio tanto a la intención como al arrepentimiento, y suprimía la responsabilidad familiar automática en caso de rebelión: el procedimiento que precede a la ejecución familiar se volvió más complejo y más largo, al mismo tiempo que se abolían algunos de los castigos más horribles y se creó un sistema de recurso de apelación [21].

En conjunto, la violencia de Estado parece limitada y controlada. La historiografía china se horroriza ante los 460 letrados y administradores enterrados vivos por el «primer emperador», Qin Shi (221-210 antes de Cristo). Este, tomado de forma explícita como modelo por Mao —lúcido en su cinismo—, también mandó quemar toda la literatura clásica (y el solo hecho de evocarla era merecedor de la pena capital), condenar a muerte o deportar a unos

[17] *Íbid.*, pág. 103.

[18] *Íbid.*, pág. 108.

[19] *Íd.*

[20] *Íbid.*, y pág. 105.

[21] Danielle y Vadime Elisseeff, *La Civilisation de la Chine classique*, París, Arthaud, 1981, pág. 296.

230.000 hidalgos, y sacrificar decenas si no centenares de miles de vidas en la construcción de la primera Gran Muralla. Con la dinastía de los Han (206 antes de Cristo-220 después de Cristo), el confucianismo va a dar, por el contrario, marcha atrás, y el imperio ya no conocerá ni semejante tiranía ni matanzas tan frecuentes. El orden es riguroso, la justicia severa, pero, dejando a un lado los momentos (por desgracia bastante numerosos) de grandes insurrecciones o de invasiones extranjeras, la vida humana está más segura que en la mayoría de los restantes Estados antiguos, incluidos los de la Europa medieval o moderna.

Claro que había unos trescientos delitos merecedores de la pena de muerte durante la pacífica dinastía Song, en el siglo XII, pero en principio cada condena debía ser comprobada y refrendada por el emperador. Por regla general las guerras se saldaban con cientos de miles de muertos, y la mortalidad final solía duplicarse con las secuelas de epidemias, hambrunas, crecidas (piénsese en los catastróficos desplazamientos del curso inferior —encauzado— del río Amarillo) y con la desorganización de los transportes que inducían los conflictos. La revuelta de los Taiping y su represión (1851-1868) fueron responsables, por ejemplo, de *entre veinte y cien millones de muertos*. En cualquier caso, la población de China disminuyó de 410 millones en 1850 a 350 millones en 1873 [22]. Pero, en realidad, solo una ínfima parte de estas víctimas fue muerta efectiva e intencionadamente (alrededor de un millón, desde luego, bajo los Taiping [23]). En todo caso, se trataba de un período excepcionalmente convulso, marcado por inmensas rebeliones, por las repetidas agresiones de los imperialismos occidentales y por la creciente desesperación de una población pauperizada. En semejante contexto, por desgracia, vivieron las dos, tres o cuatro generaciones que precedieron a los revolucionarios comunistas. Él las acostumbró a un grado de violencia y desintegración de los valores inusitado en la larga historia china.

Y sin embargo, la China de la primera mitad del siglo XX apenas predecía, en cantidad o en modalidades, el desenfreno del maoísmo triunfante. Si la revolución de 1911 fue bastante poco dramática, los dieciséis años que la siguieron, antes de la semiestabilización impuesta por el régimen del Kuomintang, conocieron cierto número de matanzas. Fue lo que ocurrió, por ejemplo, en el foco revolucionario que era Nankín, donde, entre julio de 1913 y julio de 1914, el dictador Yuan Shikai mandó ejecutar a varios miles de personas [24]. En junio de 1925, la policía de las concesiones extranjeras de Cantón mató a 52 participantes en una manifestación obrera. En mayo de 1926, en Pekín, 47 pacíficos estudiantes perecieron durante una manifestación antija-

[22] John K. Fairbank, *La Grande Révolution chinoise 1800-1989*, París, Flammarion, 1989, (trad. del inglés), pág. 126.

[23] Estimación realizada a partir de Jen Yu-wen, *The Taiping Revolutionary Movement*, New Haven, Yale University Press, 1973.

[24] Marie-Claire-Bergère, Lucien Bianco, Jürgen Domes (dir.), *La Chine au XXe siècle* (vol. I, *D'une révolution à l'autre 1895-1949)*, París, Fayard, 1989, pág. 125.

ponesa. Y sobre todo en abril-mayo de 1927, en Shanghai, y luego en el resto de grandes ciudades del Este, miles de comunistas fueron ejecutados por la original coalición que unía al jefe del nuevo régimen, Shiang Kai-shek, y las sociedades secretas del hampa local. *La condición humana* de André Malraux evoca el carácter atroz de ciertas ejecuciones en la caldera de una locomotora. Si no parece que los primeros episodios de la guerra civil que opuso a comunistas y nacionalistas fueran acompañados de matanzas de excesiva amplitud, como tampoco la Larga Marcha (1934-1935), los japoneses entre 1937 y 1945 cometieron miríadas de atrocidades en la amplia parte de China que ocupaban.

Mucho más mortíferas que la mayor parte de estos hechos fueron las hambrunas de 1900, 1920-1921 y 1928-1930, que golpearon el norte y/o el noroeste del país, sensibles a la sequía: la segunda causó la muerte de medio millón de personas, la tercera de dos a tres millones de personas [25]. Pero, si la segunda se vio agravada por la desorganización de los transportes ligada a las guerras civiles, no puede decirse que haya existido ningún tipo de «conjura de hambruna», ni hablar por tanto de matanza. No es lo mismo el caso de Henan, donde, en 1942-1943, de dos a tres millones de personas murieron de hambre (es decir, un habitante de cada veinte), y se contabilizaron actos de canibalismo. Las cosechas habían sido desastrosas, pero el Gobierno central de Chong-qing no acordó ninguna reducción de impuestos, y un gran número de campesinos vio cómo les quitaban todos sus bienes. La presencia del frente no arreglaba nada: los campesinos se hallaban sometidos, sin salario, a tareas como excavar un foso anticarro de quinientos kilómetros de longitud, que luego resultó inútil [26]. Tenemos ahí una prefiguración de algunos de los errores del «gran salto», incluso aunque, en Henan, la guerra podía constituir en parte una excusa. En cualquier caso, el resentimiento de los campesinos fue inmenso.

Las atrocidades más numerosas y, en conjunto, con toda seguridad las más mortíferas, se desarrollaron con escaso ruido y dejaron pocas huellas: se trataba de pobres (o semipobres) que luchaban contra otros pobres, al margen de los grandes ejes, en el océano de la China de las aldeas. Entre esos asesinos de poca monta figuraban los innumerables bandidos que, muchas veces en bandas temibles, saqueaban, extorsionaban, exigían rescate y mataban a quienes se les resistían o a sus rehenes cuando el rescate tardaba. Cuando eran capturados, a los campesinos les gustaba participar en su ejecución. Pero los soldados resultaban a menudo un azote peor que los bandidos a los que, en teoría, tenían que combatir: una petición procedente de Fujian solicitaba,

[25] Roderick Mac Farquhar y John F. Fairbank (dir.), *The Cambridge History of China*, vol. 14, *The People's Republic, Part 1 (1949-1965)*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987, pág. 371.

[26] John F. Fairbank y Albert Feuerwerker (dir.), *The Cambridge History of China*, vol. 13, *Republican China, 1912-1949, Part 2*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986, págs. 605-606.

en 1932, la retirada de las fuerzas denominadas del orden «para que así no tengamos que combatir más que a los bandidos» [27]. En esa misma provincia, en 1931, la mayor parte de una tropa de 2.500 soldados, que se había excedido en materia de saqueos y violaciones, fue exterminada por campesinos rebelados. En 1926, los del oeste de Hunan, amparándose en la sociedad secreta de las Lanzas Rojas, se habían librado de ese mismo modo, según se dice, de unos 50.000 «soldados-bandidos» de un señor de la guerra derrotado. Cuando en 1944, en esa misma región, los japoneses pasaron a la ofensiva, los campesinos, que recordaban las mortíferas obligaciones del año anterior, persiguieron a los militares derrotados, enterrándolos en ocasiones vivos: murieron unos 50.000 [28]. Y sin embargo, los soldados no eran más que pobres bribones, campesinos como sus verdugos, víctimas desgraciadas y aterrorizadas de aquella leva que, según el general americano Wedemeyer, se abatía sobre los aldeanos como la hambruna o la inundación, y causaba mayor número de víctimas.

Otras muchas revueltas, por regla general de menor violencia, tenían como objetivo lo que se percibía como exacciones de la administración: impuestos sobre la tierra, sobre el opio, sobre el alcohol, sobre la matanza de los cerdos, trabajos públicos sin remuneración, abusos de usura, juicios injustos... Pero sus peores golpes solían reservarlos los campesinos con mucha frecuencia para otros campesinos: salvajes guerras de pueblos, clanes y sociedades secretas asolaban los campos y creaban, gracias a la ayuda del culto de los antepasados asesinados, odios inextinguibles. Por ejemplo, en septiembre de 1928, los Pequeñas Espadas de un conde de Jiangsu mataron a doscientos Grandes Espadas e incendiaron seis aldeas. Desde finales del siglo XIX, el este de Guangdong estaba divido entre aldeas de los Banderas Negras y aldeas de los Banderas Rojas, violentamente hostiles. En esa misma región, el condado de Puning vio al clan Lin perseguir y matar a todos los que tenían la desgracia de llevar el patronímico Ho, sin exceptuar a los leprosos, quemados muchas veces vivos, y a numerosos cristianos. Estas luchas no eran nunca políticas ni sociales: los pequeños notables locales consolidaban de ese modo su ascendiente. La mayoría de las veces, el adversario era el inmigrante, o aquel que vivía al otro lado del río... [29].

UNA REVOLUCIÓN INSEPARABLE DEL TERROR (1927-1946). Y sin embargo, cuando en enero de 1928 los habitantes de una aldea Bandera Roja vieron llegar una tropa blandiendo el estandarte escarlata, se unieron con entusiasmo a uno de los primeros «soviets» chinos, el de Hai-Lu-Feng, dirigido por P'eng P'ai. Los comunistas se esmeraron jugando al equívoco, pero supieron colo-

[27] *Íbid.*, pág. 292.

[28] *Íbid.*, págs. 291 y 293.

[29] *Íbid.*, págs. 294-297 y 312-314.

rear su discurso con los odios locales y, finalmente, aprovechando la coherencia de su mensaje, captarles para sus fines, al tiempo que concedían a sus partidarios neófitos la posibilidad de dar rienda suelta a sus pulsiones más crueles. Hubo así, cuarenta o cincuenta años antes, durante unos meses de 1927-1928, una especie de prefiguración de los peores momentos de la Revolución Cultural o del régimen jemer rojo. Desde 1922, el movimiento había sido preparado mediante una intensa agitación mantenida por los sindicatos campesinos creados por el Partido Comunista, y había desembocado en una fuerte polarización entre «campesinos pobres» y «terratenientes» incansablemente denunciados, mientras que ni los conflictos tradicionales ni siquiera las realidades sociales hacían especial hincapié en esta división. Pero la anulación de las deudas y la abolición de los arrendamientos rústicos garantizaban al soviet un amplio apoyo. P'eng P'ai lo aprovechó para establecer un régimen de «terror democrático»: el pueblo entero era invitado a los procesos públicos de los «contrarrevolucionarios», que de forma casi invariable terminaban condenados a muerte; participaba en las ejecuciones, gritando «mata, mata» a los guardias rojos ocupados en descuartizar poco a poco a la víctima, cuyos pedazos a veces cocían y comían ellos mismos, o hacían comer a su familia, ante los ojos del supliciado todavía vivo. Todos estaban invitados a aquellos banquetes donde se repartía el hígado y el corazón del antiguo propietario, y a los mítines en los que el orador hablaba ante una hilera de estacas rematadas por cabezas recién cortadas. Esta fascinación por un canibalismo de venganza, que volverá a encontrarse en la Camboya de Pol Pot, y que correspondería a un antiquísimo arquetipo ampliamente difundido por Asia oriental, apareció de repente en los momentos paroxísticos de la historia china. Así, en una era de invasiones extranjeras, en el año 613, el emperador Yang (dinastía Suei) se vengó de un rebelde persiguiendo hasta sus parientes más remotos: «Los que resultaron castigados con mayor dureza hubieron de sufrir los castigos del descuartizamiento y de la exposición de la cabeza sobre una estaca, o fueron desmembrados, atravesados por flechas. El emperador ordenó a los grandes dignatarios tragar trozo a trozo la carne de las víctimas» [30]. El gran escritor Lu Xun, admirador del comunismo en el momento en que este no rimaba con nacionalismo y antioccidentalismo, escribió: «Los chinos son caníbales»... Menos populares que estas orgías sangrientas eran las exacciones de los guardias rojos en 1927 en los templos y frente a los sacerdotes-brujos taoístas: los fieles pintaban de rojo a los ídolos para tratar de preservarlos, y P'eng P'ai empezaba a beneficiarse de las primeras señales de una divinización. 50.000 personas, muchas de ellas pobres, huyeron de la región durante los cuatro meses en que reinó el soviet [31].

P'eng P'ai (fusilado en 1931) fue el verdadero promotor del comunismo rural y militarizado, solución que enseguida fue recuperada por aquel

[30] Tratado jurídico *Suei-chu*, citado en Elisseeff, *op. cit.*, pág. 264.

[31] Fairbank y Feuerwerker, *op. cit.*, págs. 307-322.

mando comunista hasta entonces algo marginal que era Mao Zedong (también de origen campesino), y teorizada en su famoso *Informe sobre el movimiento campesino en el Hunan* (1927). Esta alternativa al movimiento comunista obrero y urbano, entonces en pleno naufragio bajo los golpes de la represión del Kuomintang de Shiang Kai-shek, se impuso rápidamente y condujo, en 1928, a la primera de las «bases rojas», en los montes Jinggang, en los confines de Hunan y de Jiangxi. Fue en el este de esa provincia donde, el 7 de noviembre de 1931 (día del aniversario del octubre ruso...), la consolidación y la extensión de la base principal autorizaron la proclamación de una República china de los soviets, cuyo consejo de comisarios del pueblo presidía Mao. Hasta su triunfo de 1949, el comunismo chino conocerá muchos avatares y terribles reveses, pero el modelo está trazado: concentrar la dinámica revolucionaria en la construcción de un Estado, y concentrar ese Estado, guerrero por naturaleza, en la construcción de un ejército capaz, *in fine*, de acabar con el ejército y el Estado títeres «fantoches» enemigos, en su caso el Gobierno central de Nankín, que preside Shiang Kai-shek. Así pues, no puede sorprender que la dimensión militar y represiva vaya en primer lugar y cumpla el papel de fundadora, en la misma fase revolucionaria: estamos muy lejos del primer bolchevismo ruso, y más todavía del marxismo: *a través del bolchevismo,* convertido en estrategia de toma del poder y de reforzamiento de un Estado nacional-revolucionario, fue como los fundadores del PCCh, y en particular su «cabeza pensante», Li Dazhao, llegaron al comunismo, a partir de 1918-1919 [32]. En todas partes donde triunfa el PCCh, se instala el socialismo de cuartel (y de los tribunales de excepción, y de los pelotones de ejecución). Decididamente, P'eng P'ai había proporcionado el modelo.

Una parte de la originalidad de las prácticas represivas del comunismo chino procede de ese hecho, muy difícil de percibir al principio: el «gran terror» estalinista de los años 1936-1938 ha sido *precedido* por el de los soviets chinos, responsable, según ciertas estimaciones, de 186.000 víctimas, *al margen de los combates,* sólo en Jiangxi entre 1927 y 1931 [33]. La mayoría de estas muertes proviene de las resistencias a la reforma agraria radical inmediatamente aplicada, a una elevada fiscalidad y a la movilización de la juventud justificada por las necesidades militares. El cansancio de la población es tal que, allí donde el comunismo fue particularmente radical (Mao fue criticado en 1931 por sus excesos terroristas que malquistaban a la población; lo que fue utilizado por sus adversarios para hacerle perder de forma provisional la dirección), y donde los mandos de origen local resultaron marginados (por ejemplo, alrededor de la «capital» soviética, Ruijin), la ofensiva de las fuerzas de Nankín solo choca con una resistencia débil. Está más viva, y a veces sale victoriosa, entre las «bases» más tardías, y más autónomas, y cuyos mandos

[32] Cf. Roland Lew, 1949: *Mao prend le pouvoir,* Bruselas, Complexe, 1980.

[33] Jean-Luc Domenach, *Chine: l'archipel oublié,* París, Fayard, 1992, pág. 47.

obtuvieron provecho de las dolorosas lecciones de la política de terror [34]. Encuentran tensiones análogas, que sin embargo el Partido Comunista aprendió a resolver mediante una represión más selectiva, menos sangrienta, en la base del norte Shaanxi con centro en Yan'an. La presión fiscal descargada sobre los campesinos es terrible: en 1941 se requisa el 35 por 100 de las cosechas, cuatro veces más que en las zonas controladas por el Kuomintang. Los aldeanos terminan por desear abiertamente la muerte de Mao... El partido reprime, pero abre la mano: emprende a gran escala —aunque sin confesarlo— el cultivo y la exportación del opio, que hasta 1945 proporcionará entre el 26 y el 40 por 100 de los ingresos públicos fundamentales de la base [35].

Como es frecuente en los regímenes comunistas, las exacciones de que fueron víctimas los militantes han dejado mayores huellas: sabían expresarse mejor, y sobre todo formaban parte de redes que en muchas ocasiones subsistieron. Algunas cuentas fueron saldadas muchos decenios después... Los mandos más buscados para ese arreglo son, de forma casi invariable, aquellos que tienen lazos más estrechos con la población en que militan. Sus adversarios, que dependen más del aparato central, les acusan de «localismo», lo que, en efecto, les lleva muchas veces a cierta moderación, e incluso a discutir las consignas. Este conflicto oculta, sin embargo, otro: los militantes locales proceden la mayoría de las veces de las capas acomodadas del campesinado y, en particular, de las familias de terratenientes (donde también encontramos la parte más abundante de personas cultas), llegados al comunismo por la vía de un nacionalismo radical. Los militantes «centrales», los soldados del ejército «regular» se reclutan en su mayoría en los medios marginales, entre los desclasados: bandidos, vagabundos, mendigos, militares sin sueldo y, por lo que se refiere a las mujeres, entre las prostitutas. En 1926 Mao consideró la posibilidad de hacerles desempeñar un papel importante en la revolución: «Estas gentes pueden luchar con mucho valor; guiados de manera justa, pueden convertirse en una fuerza revolucionaria» [36]. ¿No se asimilaba él a uno de los suyos cuando, mucho más tarde, en 1965, se presentó al periodista americano Edgar Snow como un «viejo monje caminando con su sombrilla agujereada bajo las estrellas?» [37]. El resto de la población, dejando a un lado una minoría de oponentes resueltos (que a menudo también eran miembros de la elite), brilla sobre todo por su pasividad, su «frialdad»,

[34] Gregor Benton, «Under Arms and Umbrellas: Perspectives on Chinese Communism in Defeat», en Tony Saich y Hans Van de Ven, *New Perspectives on the Chinese Communist Revolution,* Armonk, M. E. Sharpe, 1995, págs. 131-133.

[35] Cheng Yung-fa, «The Blooming Poppy under the Red Sun: The Yan'an Way and the Opium Trade», en Saich y Van de Ven, *op. cit.,* págs. 263-298.

[36] Citado en Yves Chevrier, *Mao et la révolution chinoise,* Florencia, Casterman/Giunti, 1993, pág. 65.

[37] François Godement, «La tourmente du vent communiste (1955-1965)», en Marie-Claire Bergère, Lucièn Bianco, Jürgen Domes (dir.), *La Chine au XXe siècle* (vol. 2, *De 1949 à aujourd'hui),* París, Fayard, 1990, pág. 58.

dicen los dirigentes comunistas —incluido ese «campesinado pobre y semipobre» que en teoría forma la base de clase del Partido Comunista en el campo... Los desclasados convertidos en mandos, y que deben toda su existencia social al partido, más o menos confusamente ávidos de desquite y apoyados por el centro [38], tienden de forma espontánea a las soluciones más radicales, y llegado el caso a la eliminación de los mandos locales. Este tipo de contradicción podrá explicar todavía, con posterioridad a 1946, muchos de los sangrientos arrebatos de la reforma agraria [39].

La primera gran purga documentada, en 1930-1931, asoló la base de Donggu, en el norte de Jiangxi. Las tensiones que hemos descrito se vieron agravadas en el plano local por la fuerte actividad de una organización político-policial ligada a la derecha del Kuomintang, el Cuerpo AB (por «antibolchevique»), que supo cultivar las sospechas de traición entre miembros del Partido Comunista. Este fue reclutado en gran medida entre las sociedades secretas. La adhesión, en 1927, del jefe de la sociedad de los Tres Puntos supuso un refuerzo decisivo. Numerosos mandos locales fueron ejecutados al principio, luego la purga se volvió contra el ejército rojo: fueron liquidados, aproximadamente, 20.000 miembros. Algunos mandos encerrados se escaparon, trataron de provocar la revuelta contra Mao, «emperador del partido». Invitados a unas negociaciones, fueron detenidos y ejecutados. El II ejército, una de cuyas unidades se había rebelado, fue desarmado en su totalidad y sus oficiales terminaron ejecutados. Las persecuciones diezmaron durante más de un año a los mandos civiles y militares. Las víctimas se contaron por millares. De los diecinueve mandos locales más altos, entre ellos los fundadores de la base, doce fueron ejecutados por «contrarrevolucionarios», cinco resultaron muertos por el Kuomintang, uno murió de enfermedad y el último abandonó la región y la revolución [40].

En los inicios de la presidencia de Mao en Yan'an, la eliminación del fundador de la base, el legendario guerrillero Liu Zhidan, parece responder al mismo esquema: nos muestra un aparato central que también carece del menor escrúpulo, aunque sea más racional en su maquiavelismo. El responsable parece haber sido el «bolchevique» Wang Ming, «hombre de Moscú» que aún no está marginado de la dirección, y que desea hacerse con el control de las tropas de Liu. Este último, confiado, acepta su arresto. Torturado, no confiesa su «traición». Sus principales partidarios son enterrados vivos entonces. Zhou Enlai, adversario de Wang Ming, le hace liberar, pero cuando

[38] Este término vago designa a quien ejerce el poder en el partido. En parte corresponde únicamente a las instancias oficiales, cuyas fronteras y capacidades de decisión son móviles, y de las que algunos miembros pueden quedar muy marginados. A la inversa, un «jubilado» sin función como Deng Xiaoping pudo seguir siendo durante un decenio el verdadero «número uno».

[39] Cf. Benton, capítulo citado, y Lucien Bianco, «Peasant Responses to CCP Mobilization Policies, 1937-1945», en Saich y Van de Ven, *op. cit.,* págs. 175-187.

[40] Cf. Stephen C. Averill, «The Origins of the Futian Incident» en Saich y Van de Ven, *op. cit.,* págs. 79-115.

Liu insiste en conservar la autonomía de su mando, se le tacha de «derechista redomado». Enviado al frente, muere en él, tal vez de una bala por la espalda... [41].

La purga más célebre del período anterior a 1949 empezó por golpear a los intelectuales comunistas más brillantes de Yan'an, en junio de 1942. Como quince años más tarde repetirá, a escala nacional, Mao empieza autorizando, durante dos meses, una grandísima libertad de crítica. Luego, de repente, todos los militantes son «invitados» a «luchar», a través de una miríada de mítines, contra Ding Ling, que había denunciado el formalismo de la igualdad afirmada entre hombres y mujeres, y contra Wang Shiwei, que había tenido la audacia de exigir la libertad de creación y de crítica al poder por parte del artista. Ding se doblega, acepta una abyecta autocrítica y ataca a Wang; pero este no cede. Excluido del Partido Comunista, Ding es encarcelado, y terminará ejecutado durante la evacuación provisional de Yan'an, en 1947. El dogma de la sumisión del intelectual al político, desarrollado en febrero de 1942 en las *Charlas sobre el arte y la literatura* del presidente del partido, tendrá a partir de ese momento valor de ley. Las sesiones de sheng feng se multiplican, hasta la consecución de la sumisión. Es a principios de julio de 1943 cuando la purga brota de nuevo, se extiende y se vuelve mortífera. El instrumento de esta «campaña de salvación», que en teoría ha de proteger a los militantes de sus propias insuficiencias, de sus dudas ocultas, es el miembro del Buró político Kang Sheng, situado por Mao en junio de 1942 al frente de un inédito comité general de estudios, que debe supervisar la rectificación. Esta «sombra negra», vestida de cuero negro, que monta un caballo negro, que va acompañado de un feroz perro negro, formado por el NKVD soviético, supo organizar la primera verdadera «campaña de masas» de la China comunista: críticas y autocríticas generalizadas, arrestos selectivos que conducían a confesiones que permitían nuevos arrestos, humillaciones públicas, palizas, elevación del pensamiento de Mao, decretado infalible, al rango de único punto de apoyo seguro. Kang Sheng, durante un mitin, señala a la concurrencia y declara: «Todos vosotros sois agentes del Kuomintang... El proceso de vuestra reeducación será largo todavía» [42]. Los arrestos, la tortura, las muertes (unas 60, muchas por suicidio, sólo en el centro) se difunden hasta el punto de preocupar a la dirección del partido, a pesar de que Mao había asegurado que «los espías eran tan numerosos como los pelos de una piel» [43]. A partir del 15 de agosto, los «métodos ilegales» de represión quedan proscritos, y el 9 de octubre, Mao, en un cambio de opinión que en él es ya familiar, proclama: «No debemos matar a nadie; la mayoría no habrían tenido que ser detenidos

[41] Cf. David E. Apter, «Discourse as Power: Yan'an and the Chinese Revolution», en Saich y Van de Ven, *op. cit.,* págs. 218-219.

[42] Vladimirov (representante de la Kominternen en Yan'an), en Boudarel, capítulo citado, pág. 56.

[43] Frederick C. Teiwes (y Warren Sun), «From a Leninist to a Charismatic Party: The CCP's Changing Leadership, 1937-1945», en Saich y Van de Ven, *op. cit.,* pág. 372.

siquiera»[44]. A partir de ese momento, la campaña queda interrumpida definitivamente. En diciembre, en una autocrítica, Kang Sheng hubo de reconocer que, entre los detenidos, sólo el 10 por 100 eran culpables, y que los muertos debían ser rehabilitados. Su carrera se estancará hasta el estallido de la Revolución Cultural, en 1966, y Mao, ante una asamblea de altos mandos en abril de 1944, deberá excusarse e inclinarse tres veces en homenaje a las víctimas inocentes antes de ser aplaudido. Una vez más, su extremismo espontáneo ha chocado con una fuerte resistencia. Pero el recuerdo del terror de 1943 permaneció indeleble, según quienes lo padecieron; y lo que Mao perdió en popularidad, lo ganó en temor[45].

La represión va avanzando poco a poco en sofisticación. Incluso si la guerra (contra los japoneses, contra el Kuomintang) va acompañada, llegado el caso, de matanzas terroristas que provocaban millares de víctimas (3.600 en tres meses en 1940, en una pequeña porción de Hebei, cuyo control se trata de tomar[46]), el asesinato tiende a individualizarse. Los renegados se convierten en objetivos especiales, hecho que también concuerda con las prácticas tradicionales de las sociedades secretas. Según señala un antiguo jefe de guerrilla: «Matamos a un gran número de traidores, para que el pueblo no tenga otra elección que la de seguir por la senda de la revolución»[47]. El sistema carcelario se desarrolla, y evita tener que recurrir a la ejecución con tanta frecuencia como antes. En 1932, los soviets de Jiangxi habían visto florecer los establecimientos de condenas a trabajos forzados, irónicamente previstos por una ley del Kuomintang. En 1939, los condenados a largas penas llegan a los centros de trabajo y producción, hasta que unos tribunales completamente excepcionales vayan apareciendo aquí y allá. Su interés es triple: no provocar el desapego de la población por castigos demasiado terribles, beneficiarse de una fuerza de trabajo disponible, y recuperar a nuevos adeptos a través de una reeducación ya muy experta. De este modo, ¡hasta prisioneros de guerra japoneses pudieron ser integrados en el Ejército Popular de Liberación (EPL), heredero del ejército rojo chino, y utilizados contra Shiang Kai-shek![48]:

Los métodos maoístas de Yan'an, vistos por un estalinista soviético.

La disciplina del partido se basa en unas formas estúpidamente rígidas de crítica y de autocrítica. Es el presidente de célula quien decide qué persona debe ser criticada y por qué debe serlo. Se «ataca», por regla general, de uno en uno. Todo el mundo participa. Y uno no puede esquivar el juicio. El «acusado» solo tiene un derecho: arrepentirse de sus «errores». Si se considera inocente o si entona «su culpa» con excesiva blandura, el ataque vuelve a empezar. Es una auténtica doma psicológica. (...) He comprendido una realidad trágica. Este cruel método de coerción psicológica que Mao llama «purificación moral» ha creado una atmósfera asfixiante en la organización del partido en Yan'an. Un número no despreciable de militantes comunistas se suicidaron, huyeron o se volvieron psicóticos... El método del sheng fen responde al principio: «Todos y cada uno deben saber los pensamientos íntimos de los demás.» Esa es la vil e infamante directiva que gobierna todas las reuniones. Lo más íntimo y personal se exhibe sin vergüenza en público para su examen. Bajo la etiqueta de la crítica y de la autocrítica, se inspeccionan los pensamientos, las aspiraciones y los actos de todos y cada uno[49].

[44] *Íbid.*, pág. 373.

[45] *Íbid.*, págs. 370-375; Apter, capítulo citado; Roger Faligot y Rémi Kauffer, *Kang Sheng et les services secrets chinois (1927-1987)*, París, Robert Laffont, 1987, págs. 186-206.

[46] Domenach, *op. cit.*, pág. 48.

[47] Yen Fei, entrevista de 1983, en Benton, capítulo citado, pág. 138.

[48] Domenach, *op. cit.*, págs. 44-52.

Reforma agraria y purgas urbanas (1946-1957). El país de cuyo control se apoderan los comunistas en 1949 no es precisamente una tierra de dulzura y de armonía. La violencia y a veces las matanzas constituyen medios normales tanto de gobernar como de oponerse, o incluso de arreglar cuentas con los vecinos. Los hechos que vamos a relatar tuvieron, por tanto, un carácter de contraviolencia, de respuesta a exacciones plenamente reales (una de las víctimas de P'eng P'ai, magistrado local, había mandado ejecutar a un centenar de campesinos sindicados), y probablemente fueron percibidos así por muchas gentes del campo. Debido a ello, ese período conserva una imagen excelente, tanto en la historia oficial postmaoísta (hasta la víspera del movimiento anti-derechistas de 1957, el timonel habría gobernado bien) como en la memoria de numerosos testigos, beneficiarios directos además (o eso imaginaban) en muchas ocasiones de las desgracias de sus conciudadanos demasiado acomodados. Estos explican con todo lujo de detalles que los comunistas (incluidos los intelectuales comunistas) no se vieron demasiado afectados por las purgas. Y sin embargo, se trata de la ola de represión más sangrienta que haya lanzado el partido comunista chino. Se despliega por todo el país. Por su amplitud, por su generalización, por su duración (hay breves momentos de respiro, pero poco más o menos todos los años ven el lanzamiento de una nueva «campaña de masas»), por su aspecto planificado y centralizado, obliga a dar a la violencia china un salto cualitativo: la «rectificación» yan'anesa de 1943 había sido un ensayo general, pero a escala únicamente de un cantón remoto del inmenso país. Respecto a ciertas capas sociales, las matanzas adquieren un alcance genocida que China no había conocido nunca hasta entonces, en cualquier caso no lo había conocido a escala nacional (los mismos mongoles, en el

[49] Vladimirov, en Boudarel, capítulo citado, págs. 55-56.

siglo XIII, solo asolaron el norte del imperio). Algunas de estas atrocidades se produjeron en el contexto de una dura guerra civil de tres años: por ejemplo, el asesinato de 500 habitantes, en buena parte católicos, de la ciudad de Siwanze, en Manchuria, durante su conquista. Además, a partir del momento en que, en 1948, los comunistas tomaron una ventaja decisiva, dejaron de liberar como antes, con fines propagandistas, a las masas de prisioneros enemigos. Encarcelados ahora a cientos de miles, y desbordando enseguida unas cárceles atestadas, fueron los primeros habitantes de los nuevos campos de reforma por el trabajo (*laodong gaizao*, en abreviatura *laogai*), que reunían las preocupaciones de reeducación y de contribución al esfuerzo bélico[50]. Pero *durante las hostilidades mismas* los peores actos tuvieron lugar en la retaguardia, al margen de cualquier contexto militar.

Los campos: control e ingeniería social. A diferencia de la Revolución rusa de 1917, la Revolución china de 1949 se propagó de los campos hacia las ciudades. Resulta lógico entonces que las purgas urbanas hayan sido precedidas por el movimiento de reforma agraria. Los comunistas tenían una larga experiencia en ese tipo de reforma, como hemos visto. Pero, para tratar de preservar como fuese el «frente unido» antijaponés con el Gobierno central del Kuomintang, tenían que poner en sordina, a partir de 1937, este punto fundamental de su programa. Solo después de la derrota nipona relanzaron el movimiento, en el contexto del desencadenamiento, en 1946, de la guerra civil que debía llevarles al poder. Millares de equipos de agitadores profesionales, preferentemente extranjeros de la región para evitar verse implicados por las solidaridades de hábitat, de clan y de sociedad secreta, fueron enviados de pueblo en pueblo, a todas las «zonas liberadas» por el EPL. Con los avances de este, el movimiento irá extendiéndose paulatinamente hasta los confines meridionales y occidentales (por el momento, el Tíbet queda fuera de esta operación).

Que nadie se equivoque: ver en la auténtica revolución agraria, que va a alterar, una a una, los cientos de miles de aldeas chinas, solo una manipulación procedente de arriba sería tan falso como imaginar ingenuamente que el Partido Comunista se contentaba con responder a la «voluntad de las masas»[51]. Estas tenían muchas razones para sentirse desdichadas y desear cambios. Y uno de los desequilibrios más llamativos era la desigualdad entre campesinos: por ejemplo, en la aldea de la Larga Curva (Shanxi), desde donde William Hinton siguió la revolución[52], el 7 por 100 de los campesinos poseían

[50] Domenach, *op. cit.*, págs. 52-55.

[51] Esta fue, por ejemplo, la tesis de Jack Belden —que sin embargo proporciona indicaciones que van en sentido contrario— en uno de los primeros testimonios sobre la revolución china, *China Shakes the World*, Harmondsworth, Pelican, 1973 (1.ª edición, 1949).

[52] William Hinton, *Fanshen*, París, Plon, 1971 (traducido del inglés).

el 31 por 100 de las tierra cultivables y el 33 por 100 de los animales de labor. Una encuesta nacional de 1945 atribuye al 3 por 100 de notables rurales el 26 por 100 de las tierras como media[53]. La desigualdad de la propiedad se hallaba acompañada por los efectos de la usura (del 3 al 5 por 100 mensual, hasta el 100 por 100 anual[54]), que era casi monopolio de los campesinos más ricos.

¿Los más ricos o, simplemente, los menos pobres? Si en las regiones costeras del sur hay constancia de propiedades de varios centenares de hectáreas, la mayoría de los muy modestos «terratenientes» se contenta con dos o tres hectáreas: en la Larga Curva (1.200 habitantes), el más rico apenas llega a las diez hectáreas. Además, los límites entre grupos de campesinos son poco nítidos. La gran mayoría de los habitantes rurales forma parte de capas intermedias situadas entre los miserables sin tierra y los propietarios que no viven principalmente de su trabajo. En comparación con los contrastes sociales extremos que conocieron los campos del este europeo hasta 1945, y que América Latina sigue conociendo en la actualidad, puede estimarse que la sociedad rural china era *relativamente* igualitaria. Y, como ya hemos dicho, los conflictos entre ricos y pobres estaban lejos de constituir una de las principales causas de perturbaciones. Como en 1927 en Hai-Lu-Feng, los comunistas —empezando por el propio Mao— jugaron a ingenieros de lo social: se trataba de polarizar, de manera bastante artificial, grupos rurales definidos y delimitados de forma más bien arbitraria (había cuotas, fijadas por el aparato, que debían respetarse: del 10 al 20 por 100 de «privilegiados», según las zonas y los meandros de la política central, para luego decretar que en esa polarización residía la causa casi única de la desgracia campesina. A partir de ese momento resultaba fácil encontrar el camino de la felicidad...

Así pues, los agitadores empezaron a repartir a los campesinos en cuatro grupos: pobres, semipobres, medios y ricos. A quienes quedaban excluidos de esa clasificación se les consideraba, con más o menos argumentos, «terratenientes» y, en esas circunstancias, hombres que tenían que ser eliminados. A veces, por falta de un criterio discriminador muy claro, y porque a los pobres les gustaba, a los terratenientes se les unieron, muchas veces extralimitándose de las consignas del partido (cierto que estas consignas variaron...), los campesinos ricos. Si el destino de los pequeños notables rurales estaba trazado con claridad desde el principio, la vía elegida para ponerlo en práctica fue tortuosa, aunque probablemente la más eficaz desde el punto de vista político: en efecto, convenía que «amplias masas» participaran en ese destino, para que, como mínimo, se «mojasen», temieran a partir de ese momento la derrota de los comunistas, y a ser posible tuvieran la ilusión del libre albedrío, dado que el nuevo poder no hacía otra cosa que apoyar y luego ratificar sus decisiones. Ilusión, desde luego; porque en todas partes, y de modo casi simultáneo,

[53] Alain Roux, *La Chine populaire, tome (1949-1966)*, París, Éditions Sociales, 1983, pág. 81.

[54] *Íbid.*, pág. 82.

el proceso y el resultado son idénticos, mientras que las condiciones concretas varían enormemente según aldeas y regiones. Hoy sabemos cuántos esfuerzos costó el montaje del decorado de la «revolución campesina» a los militantes, siempre dispuestos a utilizar el terror para arrancar con mayor rapidez las convicciones: durante la guerra, un buen número de jóvenes prefirió huir hacia las zonas controladas por los japoneses que enrolarse en el EPL. Los campesinos, siempre apáticos en masa, y sometidos a menudo a los propietarios hasta el punto de seguir pagándoles clandestinamente sus arriendos tradicionales después de su reducción (prólogo a la reforma) por el nuevo poder, estuvieron lejos de adherirse a los ideales del Partido Comunista sobre una base social. Entre ellos, los agitadores los clasificaban según su posición política: activistas, ordinarios, atrasados, apoyo de los propietarios. Luego, intentaban pegar esas categorías sobre los grupos sociales oficiales, desembocando en una especie de sociología tipo Frankenstein, influida por una pléyade de disputas privadas y de deseos poco confesables (por ejemplo, librarse de un marido molesto [55]). La clasificación podía ser revisada a voluntad: para acabar enseguida con la redistribución de las tierras, las autoridades de la Larga Curva hicieron pasar de pronto el número de las familias de campesinos pobres ¡de 95 (de 240) a 28! [56] Por lo que se refiere a los mandos comunistas, los civiles por regla general eran clasificados como «obreros», los militantes como «campesinos pobres» o «semipobres», mientras que en su mayoría procedían de las capas privilegiadas... [57].

El elemento clave de la reforma agraria fue el «mitin de la amargura»: delante de la aldea reunida comparecen el propietario o los propietarios, denominados a menudo «traidores», para rendir cuentas (se les compara de forma bastante sistemática con auténticos colaboradores del ocupante japonés, «olvidando» bastante pronto —salvo al principio, en 1946— que también los campesinos pobres habían cometido esa falta). Sea por temor ante personajes ayer todavía poderosos, sea por conciencia de cierta injusticia, estos planteamientos tardaron tiempo en dar fruto, y los militantes debían ponerse entonces a trabajar, maltratando físicamente y humillando a los acusados. Entonces, por regla general, la conjunción de oportunistas y de quienes sienten rencores contra ellos permite que las denuncias broten y que suba la temperatura. Teniendo en cuenta las tradiciones de violencia campesina, no es muy difícil llegar a la condena a muerte de los propietarios (acompañada, evidentemente, de la confiscación de sus bienes), y ejecutada muy a menudo de forma inmediata y en el mismo lugar dondé se había celebrado el «juicio», con la participación más o menos activa de los campesinos. Pero la mayoría de las veces, los mandos tratan de llevar, aunque no siempre lo consigan, al condenado ante la justicia del jefe del lugar para que la sentencia quede confirmada.

[55] Bianco, capítulo citado.

[56] Hinton, *op. cit.*, págs. 649-651.

[57] Lynn T. White III, *Policies of Chaos: The Organizational Causes of Violence in China's Cultural Revolution,* Princeton, Princeton University Press, 1989, pág. 82.

Este teatro de gran guiñol, donde todos y cada uno representan su papel de modo perfecto, y con una convicción tardía pero real, inaugura los «mítines de lucha» y otras sesiones de autocrítica que sufrieron e hicieron sufrir sin descanso *todos* los chinos, por lo menos hasta la muerte del ordenador supremo, en 1976. En conjunto demuestra la gran propensión, tradicional en China, al ritualismo y al conformismo, que un poder cínico puede usar y abusar a capricho.

Ningún dato preciso permite determinar el número de víctimas, pero, como aparentemente «se precisaba» al menos una por aldea [58], la cifra de un millón parece constituir un mínimo estricto, y la mayor parte de los autores se muestra de acuerdo en una cifra comprendida entre los dos y los cinco millones de muertos [59]. Además, entre cuatro y seis millones de «kulaks» chinos salieron de sus aldeas para ayudar a que los recientes laogai se llenasen, e indudablemente el doble de esas cantidades fue puesta «bajo control» de las autoridades locales, por espacios de tiempo variables: vigilancia constante, tareas durísimas, persecuciones en caso de «campaña de masas» [60]. En total, hubo quince muertos en la Larga Curva, cifra que, extrapolada, nos llevaría a la estimación alta. Pero el proceso de reforma había empezado temprano en la Larga Curva: con posterioridad a 1948, se desterraron ciertos excesos, que habían golpeado duramente a la Larga Curva: matanza de la familia entera del presidente de la asociación católica local (la iglesia fue cerrada), palizas y confiscación de bienes de los campesinos pobres que se habían solidarizado con los ricos, búsqueda de «orígenes feudales» en tres generaciones (lo cual no libraba a casi nadie de una «recalificación» funesta), torturas hasta la muerte para conseguir que revelasen el emplazamiento de un tesoro mítico, interrogatorios acompañados sistemáticamente de torturas con hierros candentes, extensión de las persecuciones a las familias de los ejecutados, registro y destrucción de sus sepulturas, y arbitrariedad de un mando, antiguo bandido, católico renegado, que obliga a una muchacha de catorce años a casarse con su hijo, y declara a todo el que quiere oírle: «Mi palabra es ley, y al que yo condeno a muerte debe morir» [61]. En el otro extremo de China, en Yunnan, el padre de He Liyi, policía del antiguo gobierno, por ese único motivo queda clasificado como «terrateniente». En su calidad de funcionario, es condenado inmediatamente a trabajos forzados. En 1951, en el momento álgido de la reforma agraria local, y en calidad de «enemigo de clase», es llevado de una aldea a otra, y luego condenado a muerte y ejecutado, sin que sea acusado de ningún delito concreto. Su hijo mayor, militar que había propiciado un movimiento de unión de soldados del Kuomintang al EPL, y que por ello había sido felicitado de forma oficial, fue clasificado como «reaccionario» y puesto bajo «control» [62]. Repetimos que todo esto, sin embargo, parece haber contado con el asentimiento de la mayoría de los campesinos, que luego podían repartirse las tierras de los expropiados. Algunos, por una u otra razón (a menudo de orden familiar), resultan alcanzados por estas ejecuciones tan frecuentemente arbitrarias. Su deseo de venganza tratará de expresarse a veces, de forma indirecta, durante la Revolución Cultural, incluida la apariencia de un ultrarradicalismo frente al nuevo *stablishment* [63]. La matanza de chivos expiatorios no habrá desembocado, por tanto, en la unanimidad campesina detrás del partido «justiciero» que buscaba la dirección del Partido Comunista.

[58] A. Doak Barnett y Ezra Vogel, *Cadres, Bureaucracy and Political Power in Communist China,* Nueva York, Columbia University Press, 1976, pág. 228.

[59] A. Domenach, *op. cit.,* pág. 71; Claude Aubert, «Économie et société rurales», en Bergère *et al.* (1990), *op. cit.,* pág. 150.

[60] A. Domenach, *op. cit.,* págs. 70-72.

[61] Hinton, *op. cit.,* pág. 285. Observemos que Hinton se muestra en el fondo *muy favorable* a los comunistas chinos. Pero es un testigo notable, que fue agricultor (en Estados Unidos).

Las metas reales del amplio movimiento son ante todo, en efecto, políticas, luego económicas, y solo en última instancia sociales. Si el 40 por 100 de las tierras fueron redistribuidas, el pequeño número de privilegiados rurales y, sobre todo, la extrema densidad de la mayoría de los campos, hicieron que los campesinos pobres no obtuvieran muchos beneficios: tras la reforma, su explotación media no seguía siendo más que de 0,8 hectáreas [64]. Otros países de la región (Japón, Taiwan, Corea del Sur) llevaron a la práctica con éxito, en ese mismo período, reformas agrarias igual de radicales, en campos mucho menos igualitarios en principio. Que nosotros sepamos, no hubo ni un solo muerto, y a los expropiados se les concedió una indemnización más o menos satisfactoria. La terrible violencia del equivalente chino apuntaba, por tanto, no a la reforma misma, sino a la toma del poder total por el aparato comunista: selección de una minoría de activistas, destinados a convertirse en militantes o en mandos; «pacto de sangre» con la masa de aldeanos, implicados en las ejecuciones; y demostración a los recalcitrantes y a los tibios de la aptitud del Partido Comunista para desarrollar el terror más extremado. Esto permitía por último adquirir un conocimiento íntimo del funcionamiento y de las relaciones en el seno de la aldea, que, a medio plazo, les permitiría poner el capital industrial, a través de la colectivización, al servicio de la acumulación.

Las ciudades: «táctica del salchichón» y expropiaciones. Aunque podía pensarse que todo procedía de la base, a Mao Zedong en persona le pareció oportuno sancionar públicamente las matanzas en curso, durante la fase de radicalización que siguió a la entrada de las tropas chinas en el conflicto coreano (noviembre de 1950): «Con toda seguridad debemos matar a todos esos elementos reaccionarios que merecen ser muertos» [65]. Pero en ese momento la novedad no es la reforma agraria, que, por lo menos en China del Norte, toca a su fin (por el contrario, en China del Sur, «liberada» más tarde, y sobre todo en provincias de espíritu rebelde como Guangdong, el movimiento está lejos de haberse terminado a principios de 1952 [66]); es más bien la extensión de la depuración violenta a las ciudades, mediante una serie articulada de «movimientos de masas» pretendidos, simultáneos o sucesivos, que poco a poco van reduciendo a completa sumisión a distintos grupos (intelectuales, burgueses —incluidos los patronos más pequeños—, militantes no comunistas, mandos comunistas demasiado independientes) susceptibles de obstaculizar el proyecto de control totalitario del PCCh. A unos cuantos años de distancia, no estamos muy lejos de la «táctica del salchichón» del período de instalación de las democracias populares europeas: es el período en que la influencia soviética es más clara en la economía, pero también en el aparato político-represivo. Un poco al margen (aunque muchas veces se han establecido temibles confusiones entre oponentes, adversarios de clase y bandidos, tanto unos como otros «enemigos del gobierno popular»), la criminalidad y la marginalidad (prostitución, garitos de juego, fumaderos de opio, etc.) son duramente reprimidas: según el propio Partido Comunista, dos millones de «bandidos» habrían sido «liquidados» entre 1949 y 1952, y probablemente otros tanto encerrados [67].

[62] He Liyi (con Claire Anne Chik), *Mr. China's Son - A Villager's Life,* Boulder, Westview, 1993, págs. 52-54.

[63] Richard Masden, «The Politics of Revenge in Rural China during the Cultural Revolution», en Lipman y Harrell, *op. cit.,* pág. 186.

[64] Werner Meissner, «La voie orthodoxe (1949-1955)», en Bergère *et al.* (1990), *op. cit.,* pág. 19.

El sistema de control, ampliamente forjado *antes* incluso de la victoria, no tardó en disponer de medios considerables: 5,5 millones de milicianos a finales de 1950, 3,8 millones de propagandistas (o activistas) en 1953, 75.000 informadores encargados de coordinarlos (y de vigilar su celo...). En la ciudad, perfeccionando un sistema de control mutuo tradicional (el *baojia)* creado por el Kuomintang, los grupos de residentes (de 15 a 20 hogares) están supeditados a comités de habitantes, subordinados a su vez a los comités de calle o de barrio [68]. Nada debe escapárseles: cualquier visita nocturna o estancia de un día o más de un «extraño» debe ser objeto de un registro en el comité de residentes. Se vigila particularmente que todos dispongan del *huku,* certificado de inscripción en el registro de habitantes de la ciudad, para evitar en particular el éxodo rural «salvaje». De este modo, el menor responsable desempeña el papel de auxiliar de policía. Esta, que al principio recupera (como la justicia o las cárceles) lo esencial de los funcionarios del antiguo régimen (constituirán los blancos «naturales» de los futuros movimientos, una vez agotada su transitoria utilidad), no tarda en estar sobredimensionada: 103 puestos de policía durante la toma de Shanghai en mayo de 1949, 146 a fina-

[65] En «Comentarios sobre el trabajo de represión y de liquidación de los contrarrevolucionarios», citado en *The Cambridge History of China,* vol. 14, pág. 89.

[66] Roux, *op. cit.,* pág. 164.

[67] Domenach, *op. cit.,* págs. 67 y 80.

[68] Meissner, capítulo citado, pág. 25.

les de año[69]. Las tropas de la Seguridad (policía política) alcanzan 1,2 millones de hombres[70]. En todas partes, hasta en la aldea más pequeña, abren mazmorras improvisadas, y el hacinamiento y las condiciones son de una dureza sin precedentes en las cárceles conocidas hasta entonces: hasta 300 detenidos en una celda de cien metros cuadrados, y 18.000 en la cárcel central de Shanghai; raciones alimenticias de hambre, agotamiento por el trabajo; disciplina inhumana, con violencias físicas constantes (por ejemplo, culatazos en cuanto uno levantaba la cabeza, obligatoriamente gacha durante toda marcha). La mortalidad, hasta 1952 desde luego muy superior al 5 por 100 anual (media de los años 1949-1978 en el laogai), puede alcanzar el 50 por 100 en seis meses en determinada brigada de Guangxi, o 300 muertes diarias en ciertas minas de Shanxi. Las torturas más variadas y más sádicas son moneda corriente: la utilizada con mayor frecuencia es la suspensión por las muñecas o por los pulgares; un sacerdote chino muere tras 102 horas de interrogatorio continuo. Los peores energúmenos pueden golpear sin control: un comandante de campo habría asesinado o mandado enterrar vivos a 1.320 detenidos en un año, además de numerosas violaciones. Las revueltas, bastante numerosas entonces (los detenidos no han tenido tiempo de ser moralmente machacados, y entre ellos hay muchos militares), terminan en verdaderas matanzas: varios miles de los 20.000 prisioneros de los campos petrolíferos de Yanchang son ejecutados; en noviembre de 1949, un millar de los 5.000 amotinados de un depósito forestal son enterrados vivos[71].

La campaña para la «eliminación de los elementos contrarrevolucionarios» se inició en julio de 1950, y en 1951 se desencadenarán sucesivamente los movimientos de los «Tres Anti» (contra la corrupción, el derroche y la burocratización de los mandos del Estado y del partido), de los «Cinco Anti» (contra los sobornos, el fraude, la evasión fiscal, la prevaricación y la divulgación de secretos del Estado, que apunta a la burguesía), así como la campaña de «reforma del pensamiento», dirigida contra los intelectuales occidentalizados. A partir de ese momento deberán seguir de forma regular períodos de «reeducación», y demostrar sus «progresos» a su colectivo de trabajo (*danwei*). La conjunción temporal entre todos estos movimientos demuestra que lo esencial es que ningún miembro de las elites urbanas pueda sentirse a salvo. La definición del «contrarrevolucionario» en particular, es tan vaga, tan amplia, que cualquier posición presente o pasada, por mínima divergencia que presente con la línea del Partido Comunista, puede bastar para ser condenado. Esto significaba la delegación de un poder represivo casi discrecional en los secretarios locales o de empresa del partido, que, animados por el centro, y con la ayuda de ese «brazo armado» que es la Seguridad, van a usar y abusar de su poder: como Alain Roux,

[69] White, *op. cit.*, pág. 93.
[70] Domenach, *op. cit.*, pág. 86.
[71] *Ibid.*, págs. 94-101.

podemos utilizar la expresión «terror rojo», sobre todo, en particular, durante el terrible año de 1951[72].

Las cifras seguras no dejan de impresionar desde el primer momento: 3.000 arrestos durante una noche en Shanghai (y 38.000 en cuatro meses), 220 condenas a muerte y ejecuciones públicas inmediatas en un solo día en Pekín, 30.000 mítines de acusación en esa misma ciudad en nueve meses, 89.000 arrestos, de los que 23.000 finalizan con condenas a muerte, en diez meses en Cantón[73]. 450.000 empresas privadas (de ellas, 100.000 nada más en Shanghai) quedan sometidas a investigación. Se reconoció como culpables de malversaciones (evasión fiscal la mayoría de las veces) a un buen número de patronos y numerosos mandos de empresas, y fueron sancionados con penas más o menos graves (300.000 aproximadamente a penas de cárcel[74]). Los residentes extranjeros se convierten en blanco predilecto: 13.800 «espías» son detenidos en 1950, en particular eclesiásticos, entre ellos un obispo italiano, condenado a cadena perpetua. Resultado: los misioneros católicos pasan de 5.500 en 1950 a una decena en 1955 —los fieles chinos podrán sufrir frontalmente entonces el choque de la represión, sin testigos molestos— 20.000 arrestos por lo menos en 1955, pero centenares de miles de cristianos de todas las confesiones serán encarcelados en los dos decenios siguientes[75]. Los antiguos mandos políticos y militares del Kuomintang, amnistiados a bombo y platillo en 1949 para detener su hemorragia hacia Taiwan y Hong-Kong, son diezmados menos de dos años después: la prensa les indica que «la extrema benevolencia de las masas hacia los reaccionarios tiene unos límites». La legislación penal contribuye a facilitar la represión: distinguiendo a los «contrarrevolucionarios» y los «activos» de los «históricos», pero castigando también a estos últimos, introduce el principio de retroactividad de los delitos. Permite además juzgar por «analogía» (basándose en el tratamiento del delito más cercano) al acusado que no haya cometido ningún hecho que entre específicamente en el contenido de una ley. Las penas son extremadamente severas: ocho años de cárcel es prácticamente el mínimo para los crímenes «ordinarios», y lo normal está más cerca de los veinte.

Repitamos una vez más que es mucho más difícil globalizar, pero el propio Mao evocó en 1957, para ese período, la cifra de 800.000 contrarrevolucionarios liquidados. Las ejecuciones urbanas alcanzaron, verosímilmente, el millón por lo menos, es decir, un tercio de la cifra más probable concerniente a las «liquidaciones» rurales: como entonces había por lo menos cinco habitantes rurales por cada uno de la ciudad, podemos estimar que fue en las ciudades donde más dura resultó la represión. El cuadro se oscurece más toda-

[72] Roux, *op. cit.*, pág. 170.
[73] Domenach, *op. cit.*, págs. 77-78.
[74] *Ibid.*, pág. 79.
[75] «Quinze ans de persécution contre les catholiques en Chine communiste», revista bimensual *Est et Ouest*, 16-30 de septiembre de 1966, págs. 4-9; Domenach, *op. cit.*, pág. 504.

vía si tenemos en cuenta los cerca de dos millones y medio de prisioneros de los «campos de reeducación», que representan alrededor del 4,1 por 100 de los habitantes de las ciudades (por 1,2 por 100 de habitantes rurales encarcelados[76]), así como numerosísimos suicidios de personas perseguidas u hostigadas, estimadas en total en 700.000 por Chow Ching-wen[77]; ciertos días, en Cantón, se llegaban a contabilizar hasta 50 suicidios de contrarrevolucionarios. Las modalidades de las purgas urbanas se parecen, de hecho, a las de la reforma agraria y se apartan de aquellas otras, casi exclusivamente policíacas y en buena medida secretas, seguidas en la URSS. El comité local del partido conserva en China el mando sobre la mayor parte de las actuaciones de la policía, y se esfuerza al máximo por hacer participar a la población en la represión, sin darle, por supuesto, más poder real de decisión que en los campos.

Los obreros, dirigidos por los comités de calle, van a atacar las «madrigueras» de los «tigres capitalistas», les obligan a abrir sus libros de cuentas, a recibir críticas y a autocriticarse, a aceptar en adelante el control del Estado sobre su negocio. Si se arrepienten por completo, serán invitados a participar en los grupos de investigación y a denunciar a sus colegas; si dan muestras de la menor reticencia, el ciclo vuelve a empezar.... Con los intelectuales ocurre poco más o menos lo mismo: tienen que participar en su lugar de trabajo en las reuniones «de sumisión y de renacimiento», confesar concienzudamente sus errores, mostrar que desde ese momento han roto sinceramente con el «liberalismo», con el «occidentalismo», que han comprendido las fechorías del «imperialismo cultural americano», que han matado al «hombre viejo» que llevaban dentro de sí, con sus dudas y su pensamiento autónomo. Esto puede llevar hasta dos meses al año, en los que queda prohibida cualquier otra actividad. También entonces los acusadores están encima, y no hay medio alguno de huir —salvo el suicidio, solución elegida, de acuerdo con la tradición, por quienes desean escapar a la vergüenza de renegar sucesivamente, a la ignominia de las denuncias obligatorias de colegas, o simplemente porque un buen día se encuentran en el límite. Se verán los mismos fenómenos durante la Revolución Cultural, amplificados y unidos a violencias físicas. Por el momento, toda la población y el conjunto de actividades de las ciudades caen bajo el control absoluto del partido. Los jefes de empresa, obligados a mostrar sus cuentas en 1951, agobiados a impuestos, forzados en diciembre de 1953 a abrir su capital al Estado, y en 1954 a afiliarse a sociedades públicas de avituallamiento (el racionamiento está generalizado entonces), sometidos de nuevo a investigación general en octubre de 1955, no resisten dos semanas cuando, en enero de 1956, se les «propone» la colectivización, a cambio de una modesta renta vitalicia y a veces un cargo de director técnico en su antigua sociedad (la Revolución Cultural renegará luego de esas promesas). Un

[76] Domenach, *op. cit.*, págs. 80-81.
[77] Citado en *The Cambridge*... vol. 14, pág. 88.

recalcitrante de Shanghai, llevado ante la justicia por sus obreros bajo distintas acusaciones, queda arruinado en dos meses y es enviado luego a un campo de trabajo. Los patronos de pequeñas y medianas empresas, completamente expoliados, se suicidan a menudo. Los de las grandes compañías son mucho menos maltratados: a su competencia todavía útil se añaden a menudo sus vínculos con las influyentes y ricas redes chinas de ultramar, por cuya conquista es entonces feroz la competencia con Taiwan[78].

La máquina de triturar no se detuvo. Cierto que las campañas iniciadas en 1950-1951 se declararon terminadas en 1952 o 1953. Pero es que lo habían hecho tan bien que, simplemente, había mucho menos grano que moler. Sin embargo, la represión continuó, con mucha dureza, y en 1955 se desencadenó una nueva campaña de «eliminación de los contrarrevolucionarios ocultos» (*sufan*), que arremetió de forma especial contra los intelectuales, incluidos ahora los viejos compañeros de viaje del partido que se atrevían a dar muestras de un mínimo de independencia. Por ejemplo, el brillante escritor marxista Hu Feng, discípulo del reverenciado Lu Xun, había denunciado en julio de 1954 ante el Comité central las «cinco espadas» (en particular la sumisión de la creación a la «línea general») que las coacciones del partido colocaban sobre la cabeza de los escritores. En diciembre se desencadenó una campaña enorme: todos los intelectuales de fama iban a rivalizar en denunciarle, luego las «masas» acuden al toque de acoso. Hu, totalmente aislado, presentó su autocrítica en enero de 1955, pero fue rechazada. Detenido en julio, junto con 130 «cómplices», se pudrirá diez años en un campo. Detenido de nuevo en 1966, vagará por el sistema penitenciario hasta su completa rehabilitación, en 1980[79]. También los miembros del partido se vieron afectados masivamente por primera vez: el *Diario del Pueblo* denuncia la presencia en sus filas de un 10 por 100 de «traidores ocultos», y esa cifra parece haber guiado los cupos de las interpelaciones[80].

En cuanto al sufan, una fuente contabiliza 81.000 arrestos (parecen muy pocos), otra 770.000 muertos: misterios de China... En cuanto a las famosas «Cien Flores» (mayo-junio de 1975), en el plano de la represión de masas forman parte de ese ciclo de campañas sucesivas. Pero ahora el aplastamiento de los «impulsos venenosos» estará a la altura de las esperanzas y de los arrebatos suscitados, durante unas breves semanas, por la liberalización proclamada y luego negada por Mao. Su objetivo era doble: como en todo movimiento de rectificación (hasta en la cárcel los había de vez en cuando[81]), provocar en primer lugar la palabra espontánea, la expresión más amplia de los desacuerdos, para luego aplastar mejor a los que habían

[78] White, *op. cit.*, págs. 104-124.
[79] Jacques Andrieu, «Le mouvement des idées», en Bergère *et al.* (1990), págs. 268-269.
[80] Domenach, *op. cit.*, pág. 118.
[81] Cf. por ejemplo Jean Pasqualini (con Rudolph Chelminski), *Prisonnier de Mao: sept ans dans un camp de travail en Chine*, París, Gallimard, 1975 (ed. original en inglés, 1973).

desvelado sus «malos pensamientos»; por otro lado, frente a la dureza de las críticas favorecidas de este modo, reconstruir la unidad del aparato del partido en torno a las posiciones radicales de su presidente, cuando ya el XX Congreso del PCUS había acentuado, incluso en China, la tendencia a una legalización de las prácticas represivas (mejor control de los tribunales sobre las actuaciones de la Seguridad y sobre la ejecución de las penas [82]) y el cuestionamiento del culto a Mao. Es significativo que los intelectuales comunistas, escaldados desde Yan'an, en su conjunto se hayan mantenido prudentemente al margen. Pero cientos de miles de millares, muchas veces «compañeros de ruta» de 1949, y en particular miembros de los «partidos democráticos» —coletilla que al Partido Comunista le había parecido oportuno dejar sobrevivir—, cayeron en la trampa de sus propias tomas de posición, cuando se dio el brutal golpe de timón «antiderechista». Por regla general, entonces se produjeron pocas ejecuciones, pero de 400.000 a 700.000 mandos (por lo menos el 10 por 100 de los intelectuales chinos, incluidos técnicos e ingenieros), revestidos con la infamante etiqueta de «derechista», tendrán una buena veintena de años para arrepentirse, en campos o en una lejana aldea desheredada —siempre que hayan conseguido sobrevivir a la edad, a la hambruna de 1959-1961, a la desesperación o, un decenio más tarde, al tornado de los guardias rojos, empeñados en proseguir su persecución: habrá que esperar a 1978 para asistir a las primeras rehabilitaciones—. Además, millones de mandos (100.000 solo en Henan [83]) y de estudiantes son «ruralizados», provisionalmente o, en principio, definitivamente: enviarlos a los duros campos constituye una sanción, pero también pretende preparar el «gran salto adelante», que debe centrarse ahí.

El encierro penitenciario va precedido por regla general de un encierro social, durante el período de «lucha» contra el derechista. Entonces no quiere conocerle nadie, ni siquiera para darle un poco de agua caliente. Debe ir a su trabajo, pero para escribir en él confesión tras confesión, sufrir mitin tras mitin de «crítica-educación». Como por regla general el alojamiento iba con el empleo, los vecinos-colegas, o más bien sus hijos [84], no le dejan respiro: sarcasmos, insultos, prohibición de caminar por el lado izquierdo de una calle «porque es un derechista», pequeña cantinela que concluye con «El pueblo combatirá [85] al derechista a muerte». Evidentemente, conviene aceptar todo sin

[82] Cf. Domenach, *op. cit.*, págs. 121-126.

[83] Jean-Luc Domenach, *Aux origines du Grand Bond en avant: le cas d'une province chinoise, 1956-1958,* París Éditions de l'EHESS et Presses de la FNSP, 1982, pág. 151.

[84] Diez años más tarde, serán guardias rojos: toda esta primera generación posrevolucionaria ha sido sólidamente formada.

[85] El verbo «combatir», empleado en forma transitiva, significa denunciar colectivamente a alguien, exigir de él contrición y, en caso de que no lo haga, reclamar su condena; es un «combate» muy particular, puesto que la víctima no puede defenderse, ni siquiera de forma oral. Desde el principio se ha pactado de antemano si habrá simplemente vociferaciones o eventualmente golpes, y si estos pueden llegar en algunos casos hasta el asesinato (cosa corriente durante la reforma agraria y la Revolución Cultural, rara entre esos dos períodos).

rechistar, so pena de agravar su caso [86]. Es fácil imaginar que los suicidios fueron entonces numerosos. A través de las innumerables investigaciones y sesiones de crítica, a través también de la depuración que debe —milagro burocrático— afectar por lo menos al 5 por 100 [87] de los miembros de *cada* unidad de trabajo (el 7 por 100 en las universidades, que se habían distinguido durante la campaña de las Cien Flores), los funcionarios del partido se sitúan al frente de las principales instituciones culturales: el brillante florecimiento intelectual y artístico que China había conocido en la primera mitad del siglo había muerto, asesinado. Los guardias rojos tratarán luego de matar hasta su recuerdo [88].

Es entonces cuando la sociedad maoísta de la madurez adquiere realmente forma. Ni siquiera los sobresaltos de la Revolución Cultural llegaron a desestabilizarla más allá de un instante. Habrá que esperar a las primeras grandes reformas de Den Xiaoping para pasar página. El fundamento podría ser la consigna del timonel: «¡No olvidéis la lucha de clases!». En efecto, todo se basa en un etiquetado generalizado de los individuos, iniciado en los campos con la reforma agraria y en las ciudades con los movimientos de «masas» de 1951, pero no rematado hasta 1955. El colectivo laboral representa un papel en el proceso, pero resulta significativo que, en todos los casos, sea la policía la que tenga la última palabra. Una vez más se trata de un desglose sociológico fantasioso, pero de consecuencias diabólicas para decenas de millones de personas. En 1948, un mando de la Larga Curva adelantaba que «la forma en que uno se gana la vida determina la manera de pensar» [89]. Y a la inversa, si se sigue la lógica maoísta. De hecho se mezclan grupos sociales (delimitados de forma bastante arbitraria) y grupos políticos, para desembocar en una división binaria entre «categorías rojas» (obreros, campesinos pobres y semipobres, mandos del partido, militares del EPL y «mártires revolucionarios») y «categorías negras» (terratenientes, campesinos ricos, contrarrevolucionarios, «malos elementos» y derechistas). Entre las dos agrupaciones se encuentran las «categorías neutras» (por ejemplo, intelectuales, capitalistas, etc.), pero tienden progresivamente a ser rechazadas hacia los «negros», en compañía de los desclasados, marginales, «responsables del partido que han elegido la vía capitalista», y otros espías. Así, durante la Revolución Cultural, los intelectuales serán oficialmente la «novena categoría (negra) apestosa». La etiqueta, haga uno lo que haga, se pega literalmente a la piel: un derechista, incluso a pesar de estar oficialmente «rehabilitado», será un blanco privilegiado en la primera campaña de masas, y nunca tendrá derecho a volver a la ciudad [90]. La

[86] He, *op. cit.*, págs. 3-8.

[87] La cifra parece tener un valor casi mágico, por la abundancia y la frecuencia con que se la menciona en las «campañas». Pero constituye sobre todo un *minimum* por debajo del cual no se puede descender. Volveremos a encontrarla en los discursos de Pol Pot: el «desvío» será entonces particularmente importante...

[88] Mac Farquhar y Fairbank, *op. cit.*, pág. 257.

[89] Hinton, *op. cit.*, pág. 484.

[90] Esa fue la experiencia de Hen Liyi, *op. cit.*

lógica infernal del sistema consiste en que se necesitan enemigos que combatir y en ocasiones que abatir, y que el *stock* debe ser renovado, mediante la extensión de las características incriminatorias, o por degradación un mando comunista, por ejemplo, puede volverse derechista.

Como resulta fácil comprender, se trata menos de clases sociales en el sentido marxista del término que de castas al estilo de la India (debemos precisar que la China tradicional no había conocido nada parecido). En efecto, de un lado lo que cuenta es la situación social *anterior* a 1949, sin tomar en consideración las enormes perturbaciones posteriores. Del otro, la calificación del jefe de familia se traslada de forma automática a sus hijos (en cambio la esposa conserva su «etiqueta de soltera»). Esta herencia contribuye a osificar de modo terrible una sociedad que se dice revolucionaria, y a arrojar en la desesperación a los «malnacidos». De hecho, la discriminación es sistemática en contra de los «negros» y de sus hijos, ya se trate del ingreso en las universidades o en la vida activa (directiva de julio de 1957), o también en la vida política. Les será dificilísimo conseguir casarse con un cónyuge «rojo», y la sociedad tiende a condenarlos al ostracismo: se temen las molestias que con las autoridades puede acarrear el trato con esas gentes «con problemas». Con la Revolución Cultural, el etiquetado alcanzará su paroxismo y demostrará todos sus efectos perversos, incluso desde el punto de vista del régimen.

LA MAYOR HAMBRUNA DE LA HISTORIA (1959-1961). Por Occidente ha circulado un mito durante mucho tiempo. Desde luego, China no era un modelo de democracia, pero «por lo menos Mao ha conseguido dar un tazón de arroz a cada chino». No hay por desgracia nada más falso: por un lado, como vamos a ver, las modestísimas disponibilidades alimentarias por habitante no aumentaron probablemente de forma significativa entre el principio y el final de su reinado, y ello pese a esfuerzos que raramente se impusieron a un campesinado en el curso de la historia; por otro, y sobre todo, Mao y el sistema que creó fueron directamente responsables de lo que seguirá siendo (eso se espera...) la hambruna más mortífera de todos los tiempos en todos los países, en valores absolutos.

Es fácil conceder que el objetivo de Mao no era matar en masa a sus compatriotas. Pero lo menos que puede decirse es que los millones de personas muertas de hambre apenas le preocuparon. Su principal inquietud, en esos años negros, parece haber sido negar al máximo una realidad que sabía que podían echarle en cara. Es bastante difícil, en medio de la catástrofe, repartir las responsabilidades entre el proyecto mismo *o* el desvío constante de su aplicación. El total, en cualquier caso, pone de relieve con toda crudeza la incompetencia económica, el desconocimiento del país, y el aislamiento en la suficiencia y el utopismo voluntarista de la dirección del Partido Comunista y singularmente de su jefe. La colectivización de 1955-1956 había sido aceptada más bien por la mayoría de los campesinos: los agrupaba en base a su aldea, y

el derecho a retirarse de la cooperativa no era una expresión vana —70.000 hogares lo aprovecharon en Guangdong en 1956-1957, y numerosas unidades fueron disueltas [91]—. Este aparente éxito y los buenos resultados de las cosechas de 1957 impulsan a Mao en agosto de 1958 a proponer y a imponer a los reticentes tanto los objetivos del «gran salto adelante» (anunciados en diciembre de 1957, precisados en mayo de 1958) como el supuesto medio para alcanzarlos, la comuna popular.

Se trata, simultáneamente y en poquísimo tiempo («tres años de esfuerzos y privaciones, y mil años de felicidad», asegura un lema de moda) de alterar el modo de vida de los campesinos, obligados a agruparse en gigantescas unidades de miles e incluso de decenas de miles de familias, donde todo se vuelve común, empezando por las comidas; de desarrollar la producción agrícola en enormes proporciones, gracias a trabajos faraónicos de regadío y a nuevos métodos de cultivo; y por último, de suprimir la diferencia entre trabajo agrícola y trabajo industrial mediante la instalación en todas partes de unidades industriales, en particular de pequeños alto hornos (no está lejos la «agrovilla» de Jrushchov). El objetivo es al mismo tiempo asegurar la autosuficiencia de cada comunidad local y permitir el crecimiento acelerado de la industria, tanto mediante las nuevas empresas rurales como mediante los considerables excedentes agrícolas que debían pagar las comunas en provecho del Estado y de la gran industria controlada por él: en este hermoso sueño que pone, según dicen, el comunismo al alcance de la mano, acumulación del capital y mejora rápida del nivel de vida pueden ir juntos. Bastará con alcanzar los objetivos fijados desde arriba...

Durante algunos meses, todo parecía marchar a la perfección. Se trabaja día y noche bajo las banderas rojas tremolando al viento, se produce «más, más rápido, mejor y más económicamente», los responsables locales anuncian récord tras récord, y, por lo tanto, los objetivos suben constantemente: hasta 375 millones de toneladas de grano en 1958, el doble de los 195 millones de toneladas (cifra bastante buena) del año anterior; y en diciembre se anunciará que el resultado ha sido alcanzado, cierto que después de haber enviado a los campos al personal del Buró central de estadísticas, con toda seguridad «derechista» dado que había expresado sus dudas... Gran Bretaña, a la que el «gran salto» debía permitir superar en quince años, ahora será alcanzada en dos, seguro. Porque, según certifica el presidente, «la situación es excelente», se rehacen las normas de producción, se aumentan las entregas obligatorias, y se ordena abandonar los campos en provecho de las fábricas. Una provincia que se presenta como modelo, Henan, cede generosamente doscientos mil trabajadores a otras que declaran resultados peores [92]. La «emulación socialista» lleva cada vez más lejos: supresión total de las parcelas privadas y de los

[91] Justin Yifu Lin, «Collectivization and China's Agricultural Crisis in 1959-1961», *Journal of Political Economy,* 1990, vol. 98, núm. 6, págs. 1228-1250.

[92] Domenach (1982), *op. cit.*, pág. 152.

mercados libres, abolición del derecho a abandonar el colectivo, recogida de todos los utensilios metálicos para transformarlos en acero, y a veces de puertas de madera para calentar los altos hornos. A modo de compensación, todas las reservas alimenticias comunes se consumen en banquetes memorables. «Se consideraba revolucionario comer carne», se recordaba a los Shanxi [93]. No había ningún problema, la cosecha debía ser fabulosa... «La voluntad es dueña de las cosas», había titulado ya la prensa de Henan, durante el congreso hidráulico provincial de octubre de 1957 [94].

Pero no tardan mucho los dirigentes que a veces todavía salen de la ciudad prohibida (no es en ese momento el caso de Mao) en verse obligados a rendirse a la evidencia: ellos mismos han caído en su propia trampa, la del optimismo de mando, del éxito obligatorio y de la omnipotencia supuesta de los dirigentes míticos salidos de la Larga Marcha, habituados a gestionar la economía y a los trabajadores como ejércitos en campaña. Es menos arriesgado para un mando alterar sus estadísticas, aun a costa de exprimir de forma insoportable a sus administrados para que, del modo que sea, proporcionen las entregas previstas, que confesar no haber cumplido los objetivos sacrosantos: bajo Mao, el «desvío a la izquierda» (dado que voluntarismo, dogmatismo y violencia se consideran de izquierda) fue siempre menos peligroso que la mediocridad derechista. En 1958-1959, cuanto mayor es una mentira, más rápida será la promoción de su autor: la huida hacia adelante es total, los «termómetros» están todos rotos, y los críticos potenciales en la cárcel o en las obras de irrigación.

Las razones del drama son asimismo técnicas. Ciertos métodos agrónomos procedentes de forma directa del académico soviético Lyssenko, y que se basan en la negación voluntarista de la genética, tienen valor de dogma en China lo mismo que en la patria del «hermano mayor». Impuestos a los campesinos, se revelan desastrosos: mientras que a Mao le había parecido oportuno pretender que «con la compañía [las semillas] crecen fácilmente, cuando crecen juntas se sienten a gusto» [95] —aplicación creadora de la solidaridad de clase en la naturaleza—, los semilleros ultrautilizados (de cinco a diez veces la densidad normal) matan las plantas jóvenes, las labores profundas resecan la tierra o hacen que ascienda la sal, trigo y maíz no se hacen muy buena compañía en los mismos campos, y la sustitución de la cebada tradicional por el trigo en las altas tierras frías del Tíbet es sencillamente catastrófica. Otros «errores» son de iniciativa nacional: el exterminio de los gorriones comedores de grano ha provocado la proliferación de los parásitos; cantidad de obras hidráulicas, hechas deprisa y corriendo y mal coordinadas unas con otras, resultan inútiles o incluso peligrosas (erosión acelerada, riesgo de ruptura

[93] William Hinton, *Shenfan,* Nueva York, Ramdon House, 1984.
[94] Domenach (1982), *op. cit.,* pág. 149.
[95] Mao, discurso secreto, en Roderick Mac Farquhar, Timothy Cheek y Eugene Wu (eds.), *The Secret Speeches of Chairman Mao.*

brutal con las primeras crecidas), y su construcción cuesta cara en vidas humanas (10.000 de cada 60.000 trabajadores en una obra en Henan). La voluntad de apostar el futuro a una enorme cosecha de cereales (como al acero en la industria: *big is beautiful)* arruina las «pequeñas» actividades agrícolas anexas, incluida la ganadería, indispensables a menudo para el equilibrio alimentario. En Fujian, plantaciones de té de fortísimo valor añadido son reconvertidas en arrozales.

Por último, en el plano económico lo que se revela devastador es la asignación de los recursos: la tasa de acumulación del capital alcanza un nivel sin precedentes (el 43,4 por 100 del PIB en 1959 [96]), pero es para poner en marcha grandes obras de regadío que a menudo no se terminan o se hacen deprisa y corriendo, y sobre todo para desarrollar masivamente la industria de los centros urbanos (China «anda sobre dos piernas», según un lema maoísta célebre, pero toda la sangre de la «pierna» agrícola debe pasar a la industrial). Esta aberrante asignación del capital determina unas asignaciones no menos aberrantes de mano de obra: las empresas estatales contratan en 1958 la bagatela de veintiún millones de obreros nuevos, es decir, un crecimiento en ese sector ¡del 85 por 100 en un solo año! Resultado: entre 1957 y 1960, la población no agrícola pasa del 15 al 20 por 100 del total —y es el Estado quien deberá alimentarla [97]—. Ahora bien, de forma paralela los trabajadores de los campos se extenúan en todo (grandes obras públicas, microacerías cuya producción entera por regla general queda arrumbada, destrucción de las antiguas aldeas y construcción de nuevos alojamientos, etc.) salvo en cultivar. Ante las «miríficas» cosechas de 1958, se creyeron autorizados incluso a disminuir en un 13 por 100 las superficies sembradas de cereales [98]. El resultado de esta combinación de «delirio económico y de mentira política» son esas cosechas de 1960, que los campesinos no tienen siquiera la fuerza de recoger. Henan, primera provincia en declararse «hidrolizada al 100 por 100» (todos los trabajos de riego o de encauzamiento posibles fueron realizados al principio), será también una de las castigadas con mayor dureza por la hambruna (entre dos y ocho millones de muertos, según las estimaciones [99]). Los ingresos estatales están en lo más alto: 48 millones de toneladas de cereales son entregados en 1957 (el 17 por 100 de las disponibilidades), 67 millones en 1959 (el 28 por 100), y todavía 51 millones en 1960. La trampa se cierra sobre los mentirosos, o mejor dicho, por desgracia, sobre sus administrados: en el distrito considerado modelo de Fengyang (Anhui), en 1959 se anunciaron 199.000 toneladas de grano, bonito progreso en comparación con las 178.000 toneladas del año anterior; de hecho, la producción era de 54.000 toneladas,

[96] Marc Farquhar y Fairbank, *op. cit.,* pág. 380.
[97] *Íbid.,* pág. 369.
[98] *Ídem.*
[99] La mayor parte de las informaciones precedentes provienen de Jasper Becker, *Hungry Ghost: China's Secrete Famine,* Londres, John Murray, 1996. Que nosotros sepamos, se trata de la única obra sintética sobre la hambruna consecutiva al «gran salto adelante».

frente a las 89.000 de 1958; pero el Estado exigió su parte completamente real de la cosecha fantasma: ¡29.000 toneladas! Al año siguiente, por tanto, habrá régimen de sopa aguada de arroz para (casi) todo el mundo, y el lema de moda será uno surrealista del *Diario del Pueblo* de finales de 1959: «vivir de un modo frugal en un año de abundancia». La prensa nacional empieza a jalear los méritos de la siesta, y profesores de medicina insisten en la fisiología particular de los chinos, que les vuelve superfluas grasas y proteínas [100].

Tal vez había llegado el momento de enderezar el timón, y se toman las primeras medidas en este sentido en diciembre de 1958. Pero los inicios de la tensión con la URSS, y sobre todo, en julio de 1959, el ataque al Buró político del Partido Comunista realizado por el prestigioso mariscal Peng Dehuai en contra de la estrategia querida por el propio Mao, llevan a este último, *por razones de pura táctica política,* a negarse a reconocer la menor dificultad, para evitar admitir así el menor error. El demasiado lúcido ministro de Defensa es sustituido por Lin Biao, que se revelará como una criatura servil del timonel. Dejado Peng al margen, pero no detenido, en 1967 será expulsado del partido, condenado a cadena perpetua, y morirá encerrado en 1974: Mao era hombre de odios tenaces. Tratando de transformar su ventaja, impuso en agosto de 1959 un relanzamiento y una profundización del «gran salto adelante», dado que desde entonces las comunas populares iban a extenderse a las ciudades (en última instancia, no se llevará a cabo). China tendrá su gran hambruna —pero Mao sobrevivirá—. Y como pretenderá Lin Biao poco más tarde, son los genios los que hacen la historia...

La hambruna afectará a todo el país: por ejemplo, un terreno de baloncesto se transforma en Pekín en huerto, y dos millones de gallinas invaden los balcones de la capital [101]; ninguna provincia está a salvo, a pesar de la inmensidad del país y de la extrema variedad de condiciones naturales y de culturas. Esto bastaría para probar la inanidad de la acusación oficial de las «peores catástrofes naturales en un siglo». De hecho, 1954 y 1980 fueron años meteorológicamente mucho más perturbados. En 1960, solo ocho estaciones meteorológicas chinas de ciento veinte mencionaron una sequía rigurosa y menos de un tercio una sequía [102]. Ahora bien, la cosecha de 1960, con 143 millones de toneladas de grano, es un 26 por 100 inferior a la de 1957 (la de 1958 la había superado un poco); se ha caído al nivel de 1950 —con 100 millones de chinos más [103]—. Las ciudades, privilegiadas por el reparto de los stocks y la proximidad de los órganos del poder, resultan sin embargo golpeadas con menos dureza (por ejemplo, en 1961, en el momento más sombrío, sus habitantes se benefician de 181 kilos de grano de media, mientras que los habitantes de los campos solo reciben 153; la ración de estos últimos ha dismi-

[100] *Íbid.,* pág. 133.
[101] Roux, *op. cit.,* págs. 295-296.
[102] Becker, *op. cit.,* pág. 283.
[103] Mac Farquhar y Fairbanck, *op. cit.,* págs. 370 y 383.

nuido el 25 por 100 frente al 8 por 100 de los habitantes de las ciudades). De acuerdo con la tradición de los que dominan en China, pero contrariamente a la leyenda tejida en torno a Mao, el timonel da muestras de su escasa preocupación por la simple supervivencia de esos seres groseros y primitivos que son los campesinos. Por otro lado, las desigualdades regionales, incluso locales, son fuertes: las provincias más frágiles, las del norte y del noroeste, las únicas que fueron golpeadas por la hambruna durante el último siglo, figuran lógicamente entre las más afectadas. Por contra, Heilong-jiang, en el extremo norte, poco afectada y en buena medida ampliamente virgen todavía, ve cómo su población salta de 14 a 20 millones de habitantes: es un puerto de salvación para los hambrientos. Siguiendo un proceso bien conocido durante las hambrunas del pasado en Europa, las regiones especializadas en cultivos industriales (caña de azúcar, oleaginosas, remolacha, y sobre todo algodón), en las que los hambrientos no tienen medios para comprar productos, ven desmoronarse su producción (a veces dos tercios), mientras el hambre las golpea de forma especialmente dura: el precio del arroz en los mercados libres (o en el mercado negro) se multiplicó por quince, incluso por treinta. El dogma maoísta duplica el desastre: dado que las comunas populares *deben* permitir la autosuficiencia, los traslados interprovinciales de víveres quedan drásticamente reducidos. Sufren además la penuria de carbón (los mineros hambrientos se han ido a buscar comida o cultivan huertos), y la tendencia general a la apatía y a la disolución suscitada por el hambre. En una provincia industrializada como Liaoning, los dos efectos se acumulan: la producción agrícola de 1960 se reduce a la mitad en comparación con la de 1958, y mientras que 1,66 millones de toneladas de productos alimenticios llegan cada año por término medio durante la década de los cincuenta, las transferencias caen *a lo largo de todo el país* en 1958 a 1,5 millones de toneladas.

Que el hambre fue de esencia política queda demostrado por la concentración de una grandísima parte de la mortalidad en las provincias dirigidas por maoístas radicales, cuando en tiempos normales eran más bien exportadoras de grano: Sichuan, Henan, Anhui. Esta última, en el centro-norte, fue sin duda la más afectada: la mortalidad salta en 1960 al 68 por 100 (frente a un 15 por 100 en períodos normales), mientras que la natalidad desciende al 11 por 100 (anteriormente en torno al 30 por 100). Resultado: la población disminuye en Anhui en dos millones de personas (el 6 por 100 del total) en un solo año [104]. Los activistas de Henan están convencidos, como Mao, de que todas las dificultades provienen de los campesinos, que esconden el grano: según el secretario de la prefectura de Xinyang (10 millones de habitantes), donde se había iniciado la primera comuna popular del país, «no es que el alimento falte. Hay grano en cantidad, pero el 90 por 100 de los habitantes tienen problemas ideológicos» [105]. Por eso, en el otoño de 1959, contra el con-

[104] *Íbid.,* págs. 376-377.
[105] Becker, *op. cit.,* pág. 113.

junto de los habitantes rurales (por el momento quedan olvidados los «rangos de clases») se desencadena una ofensiva de estilo militar, en la que los responsables utilizan los métodos de la guerrilla antijaponesa. Por lo menos 10.000 campesinos son encarcelados, y muchos morirán entonces de hambre. Se ordena romper todos los utensilios de cocina de los particulares (aquellos utensilios que no han sido transformados en acero inutilizable), para impedir de este modo la autoalimentación y cualquier deseo de meter la mano en los bienes de la cooperativa. Incluso se prohíbe cualquier tipo de fuego, ¡cuando el rudo invierno se acerca! Los excesos de la represión son terroríficos: torturas sistemáticas a millones de detenidos, niños muertos, puestos a hervir, luego utilizados como abono —en ese momento una campaña nacional incita a «aprender de Henan»—. En Anhui, donde se proclama la intención de «mantener la bandera roja incluso con el 99 por 100 de muertos» [106], los mandos recuperan las buenas y antiguas tradiciones del enterramiento en vida y de la tortura con hierro candente. Los funerales quedan prohibidos: se teme que su número enloquezca a los supervivientes y que terminen transformándose en protestas de hecho. Se prohíbe recoger a los numerosos niños abandonados: «Cuantos más se recojan, más serán abandonados» [107]. Los aldeanos desesperados que intentan trasladarse a las ciudades son recibidos en estas con metralla. El distrito de Fengyang contabiliza más de 800 muertos, y el 12,5 por 100 de su población rural, es decir, 28.000 personas, reciben castigos de diferentes modalidades. Las cosas adquieren proporciones de una auténtica guerra anticampesina. Como ha dicho Jean-Luc Domenach, «la intrusión de la utopía en la política ha coincidido con toda precisión con la del terror policíaco en la sociedad» [108]. La mortalidad por hambre supera el 50 por 100 en ciertos pueblos; a veces, solo los mandos que han abusado de su poder están en condiciones de sobrevivir. Y, como en Henan, son numerosos los casos de canibalismo (63 oficialmente reconocidos), en particular a través de «permutas» donde se intercambian los niños para comerlos [109].

En el momento en que Gagarin se lanza al espacio, y en un país dotado de más de treinta mil kilómetros de vías férreas, de teléfono y de radio, encontramos estragos propios de las grandes crisis de subsistencia del antiguo régimen europeo, pero afectan a una población del orden de la del *mundo entero* en el siglo XVIII: pléyades de hambrientos que intentan comer caldos de hierba, de cortezas de árbol, de hojas de álamo en las ciudades, vagando por los caminos en busca de pitanza, tratando de saquear los convoyes de víveres, lanzándose llegado el caso a motines de desesperación (distritos de Xinyang y de Lan Kao en Henan) [110] —no les enviarán nada de comer, pero en oca-

[106] *Íbid.*, pág. 146.
[107] *Íbid.*, pág. 139.
[108] Domenach (1982), *op. cit.*, pág. 155.
[109] Becker, *op. cit.*, págs. 112-149.
[110] Roux, *op. cit.*, págs. 296-297.

siones se fusilará a los mandos locales «responsables»—. A esto se añade una mayor sensibilidad a las enfermedades y a las infecciones, lo cual multiplica la mortalidad; y la casi incapacidad de las mujeres agotadas para concebir o dar a luz a niños. Los detenidos del laogai no son los últimos en morir de hambre, a pesar de que su situación no es forzosamente más precaria que las de los campesinos de los alrededores, que a veces llegan a las puertas del campo para mendigar un poco de alimento: las tres cuartas partes de la brigada de trabajo de Jean Pasqualini en agosto de 1960 habían muerto un año después o se encontraban móribundos [111], y los supervivientes se veían obligados a buscar granos de maíz no digeridos en los excrementos de los caballos, y gusanos en las boñigas de las vacas [112]. Sirven también de cobayas para la experimentación de sucedáneo de hambre, como la mezcla de harina con un 30 por 100 de pasta de papel para la confección del pan, o el del plancton de las marismas con el caldo de arroz. El primero sume a todo el campo en espantosos estreñimientos, que causan numerosas muertes; el segundo también produce enfermos, y los más débiles mueren. Terminarán probando con los carozos de maíz molidos, que se difundirán por todo el país [113].

Para el conjunto del país, la mortalidad salta del 11 por 1.000 en 1957 al 15 por 1.000 en 1959 y 1961, y sobre todo al 29 por 1.000 en 1960. La natalidad baja del 33 por 1.000 en 1957 al 18 por 1.000 en 1961. Dejando a un lado el déficit de nacimientos (quizá de 33 millones, pero algunos lo que hacen simplemente es retrasarse [114]), las pérdidas ligadas a la sobremortalidad de hambre pueden evaluarse, de 1959 a 1961, entre 20 (cifra cuasi oficial en China desde 1988) y 43 millones de personas [115]. Nos enfrentamos, verosímilmente, a la hambruna más grave (al menos en cifras absolutas) de toda la historia de China (la segunda sería la de 1877-1878, al norte del país, que provocó entre 9 y 13 millones de víctimas), y sin duda también de la historia del mundo. La hambruna que, en un contexto político económico más o menos parecido, había afectado a la URSS entre 1932 y 1934, había causado cinco millones de muertos aproximadamente, es decir, mucho menos en comparación con la de la China del «gran salto adelante» [116]. La mortalidad en los campos era de un 30 a un 60 por 100 superior a la de las ciudades en tiempo normal; se convirtió en doble (29 por 1.000 frente al 14 por 1.000) en 1960. Los campesinos retrasaron algo los efectos de la hambruna consumiendo el capital productivo representado por el ganado: el 48 por 100 de los cerdos fueron sacrificados entre 1957 y 1961, y sobre todo el 30 por 100 de los animales de ordeño [117].

[111] Pasqualini, *op. cit.*, pág. 262.
[112] *Íbid.*, pág. 252.
[113] *Íbid.*, págs. 225-228.
[114] Lin, artículo citado.
[115] Becker, *op. cit.*, págs. 270-273.
[116] Mac Farquhar y Fairbank, *op. cit.*, págs. 370-372.
[117] *Íbid.*, págs. 372-386, para estos datos y la mayor parte de los siguientes sobre el «gran salto adelante».

En cuanto a los cultivos no estrictamente alimentarios (como el algodón, base entonces de la principal industria del país), la superficie a ellos dedicada disminuye más de un tercio entre 1959 y 1962: la caída de la producción se transmitirá, por lo tanto, al sector manufacturero. Si a finales de 1959, los mercados libres campesinos quedan autorizados de nuevo para estimular la producción, los precios que proponen —si tenemos en cuenta las escasas cantidades— son tan elevados que pocos hambrientos pueden encontrar en ellos algo para sobrevivir: en 1961, los precios del cerdo son 14 veces más altos que en los almacenes del Estado. Los precios de los productos de ganadería suben mucho menos que los precios de los cereales en el noroeste pastoril, crónicamente deficitario en grano: en Gansu, todavía se mueren de hambre en 1962, dado que la ración cerealista equivale en esa región a la mitad del límite de «semihambruna».

El recuerdo del «gran salto» en Anhui, o cómo Wei Jingsheng rompió con el maoísmo.

Desde mi llegada aquí [118], muchas veces oía a los campesinos hablar del «gran salto adelante» como si se hubiese tratado de un apocalipsis del que se alegraban de haberse librado. Como el tema me apasionó, les interrogué frecuentemente por los detalles, y con el paso del tiempo acabé por convencerme yo mismo de que los «tres años de catástrofes naturales» no eran tan naturales y que eran mucho más los resultados de una política errónea. Por ejemplo, los campesinos contaban que, en 1959-1960, durante el «viento comunista» [119], era tanta el hambre que no tenían fuerza siquiera para recolectar el arroz maduro, y ese había sido un buen año. Muchos habían muerto de hambre viendo cómo los granos de arroz caían en el campo, impulsados por el viento. En ciertos pueblos, no se encontraba nadie para ir a recoger la cosecha. En cierta ocasión, cuando en compañía de un pariente me dirigía a un pueblo situado a varios *lis* del nuestro y en el que estábamos invitados, pasamos cerca de un pueblo desierto cuyas casas habían perdido, en su totalidad, el techo. Solo quedaban las paredes de tierra.

Convencido de que se trataba de un pueblo abandonado durante el «gran salto adelante», en la época de los reagrupamientos de pueblos, dije sorprendido:

«¿Por qué no se derriban esas paredes para hacer campos?»

[118] En 1968, Wei, de dieciocho años, guardia rojo perseguido por las autoridades, como millones más, se esconde en su medio familiar, en una aldea de Anhui, provincia particularmente castigada por el «gran salto adelante».

[119] Una de las denominaciones oficiales del «gran salto».

Mi pariente me respondió:

«Porque esas casas pertenecen a gente, y no se pueden derribar sin su permiso.»

Mirando fijamente las chozas, me negué a creer que estuviesen habitadas.

«¡Claro que están deshabitadas! Por aquí, ¡todo el mundo murió de hambre en la época del "viento comunista"! Y luego nunca ha vuelto nadie. Entonces se repartieron las tierras entre los equipos de producción vecinos. Pero, como han pensado que tal vez vuelvan algunos, no se han repartido los terrenos que tienen casa. Pero hace mucho tiempo que temo que no vuelva nadie.»

Pasamos precisamente al lado del pueblo. Los rayos deslumbrantes del sol iluminaban las malas hierbas, de un verde de jade, que crecían entre las paredes de tierra, subrayando así el contraste con los campos de arroz cultivados alrededor y añadiéndose a la desolación del paisaje. Delante de mi vista, entre las malas hierbas, surgió de pronto una escena que me habían contado durante un banquete *[sic]:* la de familias que intercambiaban entre ellas a sus hijos para comérselos. Distinguí con toda claridad el rostro afligido de los padres masticando la carne de aquellos niños que les habían dado a cambio de los suyos. Los chiquillos persiguiendo mariposas en los campos situados junto al pueblo me parecían la reencarnación de los niños devorados por sus padres. Me daban lástima. Pero sus padres me daban más lástima todavía. ¿Quién les había obligado a devorar, en medio de las lágrimas y del dolor de los otros padres, aquella carne humana que nunca habrían pensado probar, ni siquiera en sus pesadillas? Entonces comprendí quién era aquel verdugo; «la humanidad en varios siglos y China en varios milenios solo ha producido uno semejante» [120]: Mao Zedong. Mao Zedong y sus sectarios, quienes, mediante su sistema y su política criminales, habían obligado a los padres enloquecidos por el hambre a entregar a otros la carne de su carne para aplacar el hambre, y a recibir la carne de la carne de los otros padres para aplacar la suya. Mao Zedong, quien, para lavar el crimen que acababa de cometer asesinando a la democracia [121], había iniciado el «gran salto adelante» y obligado a millares y millares de campesinos aturdidos por el hambre a abatir a golpes de hoz a sus antiguos compañeros y a salvar de este modo su propia vida gracias a la carne y a la sangre de sus compañeros de infancia. No, los verdugos no eran ellos, los verdugos eran los Mao Zedong y sus secuaces. Por último, comprendí de dónde había sacado Peng Dehuai fuerza para atacar al Comité central del partido dirigido por Mao Zedong; y finalmente comprendí por qué los campesinos detestaban hasta aquel punto el «comunismo» y por qué no habían admitido nunca que se atacase la política de las «tres libertades y una garantía» de Liu Shaoqi. Por la sencilla razón de que no pensaban volver a dar a otros en el futuro la carne de su carne ni matar a sus compañeros para comérselos en un acceso de locura, por instinto de supervivencia. Esa razón pesaba más que cualquier ideología [122].

[120] Célebre fórmula aplicada por Lin Biao a Mao Zedong, discurso del 18 de septiembre de 1966.

[121] Alusión a la «trampa» de las Cien Flores.

Sea inconsciencia abrumadora, sea indiferencia absoluta, lo cual parece más verosímil, hacia esos varios millones de «huevos» que hay que romper para acercarse al comunismo, el Estado reacciona ante la crisis —si es que puede decirse así— con algunas medidas en esas circunstancias realmente criminales. Por ejemplo, las exportaciones netas de grano, en primer lugar en dirección a la URSS, pasan de 2,7 millones de toneladas en 1958 a 4,2 millones en 1959, y en 1960 no hacen otra cosa que volver al nivel de 1958; se importan 5,8 millones de toneladas en 1961, frente a las 66.000 de 1960, pero todavía es muy poco [123]. Y por razones políticas se rechaza la ayuda de Estados Unidos. El mundo, que habría podido movilizarse, debe permanecer ignorante de las desventuras del socialismo a la china. Por último, la ayuda a los necesitados de las campañas representa menos de 450 millones de yuans por año, es decir, 0,8 yuan por persona —cuando el kilo de arroz alcanza en los mercados libres un precio de 2 a 4 yuans...—. El comunismo chino ha sabido, como él mismo alardea, «desplazar las montañas» y domeñar la naturaleza. Pero fue para dejar morir de hambre a los constructores del ideal.

Entre la reactivación de agosto de 1959 y 1961, los acontecimientos se producen como si el partido, alelado, contemplase el espectáculo del desastre sin poder reaccionar. Criticar el «gran salto», por el que Mao había apostado con todo su peso, era demasiado peligroso. Pero la situación se degradó hasta tal punto que Liu Shaoqi, «número dos» del régimen, pudo poner al presidente del partido a la defensiva e imponer casi una vuelta a la colectivización «suave» anterior a la formación de las comunas populares: parcelas privadas, mercados campesinos, empresas artesanales libres, y desconcentración en el nivel de la brigada de trabajo (equivalente a la antigua aldea) de la gestión de las actividades campesinas. Este retorno permite salir rápidamente de la hambruna [124]. Pero no de la pobreza: es como si la producción agrícola, que crecía de forma bastante notable entre 1952 y 1958, se hubiera visto rota en su impulso durante dos decenios: la confianza no podía volver mientras el «vientre estuviese caliente todavía» (Mao, las comunas populares); de ahí había brotado el gigantesco azote de los años 1959-1961. El valor bruto de la producción agrícola se duplicaba desde luego entre 1952 y 1978, pero simultáneamente la población pasaba de 574 a 959 millones, y lo esencial del pequeño crecimiento por habitante había que cargarlo en la cuenta de los buenos años cincuenta. En la mayor parte de las producciones, hubo que esperar a 1965 por lo menos (1968-1969 en Henan [125]) para recuperar simplemente el nivel de 1957 (en valor bruto). La productividad agrícola final se vio más perjudicada todavía: el «gran salto adelante», con los desvergonzados derroches de delegados, la hizo descender una cuarta parte aproximadamente. Hubo que esperar a 1983 para alcanzar de nuevo globalmente el nivel de eficacia de 1952 [126]. Los testimonios de la época de la Revolución Cultural confirman en su totalidad la gran pobreza de un mundo aldeano perpetuamente en el límite de la subalimentación, privado de todo lo superfluo (para una familia, el tesoro puede ser simplemente una botella de aceite [127]), y al que el traumatismo del «gran salto adelante» había vuelto extremadamente escéptico respecto a la propaganda del régimen. No es sorprendente que sean los pequeños campesinos quienes, respondiendo con entusiasmo a las reformas liberales de Deng Xiaoping, hayan sido la punta de lanza de la reintroducción de la economía de mercado en China, exactamente veinte años después del lanzamiento de las comunas populares.

Pero el desastre de 1959-1961, «gran secreto» del régimen, y a cuya negación contribuyeron muchos visitantes extranjeros en aquel momento, nunca fue reconocido como tal. Liu llegó muy lejos, en enero de 1962, ante el auditorio restringido de una conferencia de mandos: la hambruna había sido, en un 70 por 100, producto de errores humanos [128]. Entonces era imposible ir más allá sin criticar directamente a Mao. Sin embargo, incluso después de la muerte de este último, y la emisión en 1981 del «veredicto final» del PCCh sobre su antiguo jefe, el «gran salto adelante» sigue escapando a cualquier condena, por lo menos pública.

UN «GULAG» OCULTO: EL LAOGAI. Decididamente, los armarios del comunismo chino están llenos de cadáveres, y lo más extraordinario es sin duda que haya conseguido ocultarlos tanto tiempo a los ojos de todo el mundo. La inmensa cámara frigorífica que es el archipiélago concentracionario no escapa a la regla. Con más de un millar largo de campos de trabajo de gran tamaño *(véase el mapa),* así como con una miríada de centros de detención, la mayoría de las veces no se menciona en las obras consagradas a la República Popular,

[122] Wei Jingsheng, «Mon évolution intellectuelle entre seize et vingt-neuf ans», en *La Cinquième Modernisation et autres écrits du «Printemps de Pekin»,* textos reunidos, traducidos y presentados por Huang San y Ángel Pino, París, Christian Bourgois-Bibliothèque asiatique, 1997, págs. 244-246. Sobre Wei, *cf.* más abajo.

[123] Mac Farquhar y Fairbank, *op. cit.,* pág. 381.

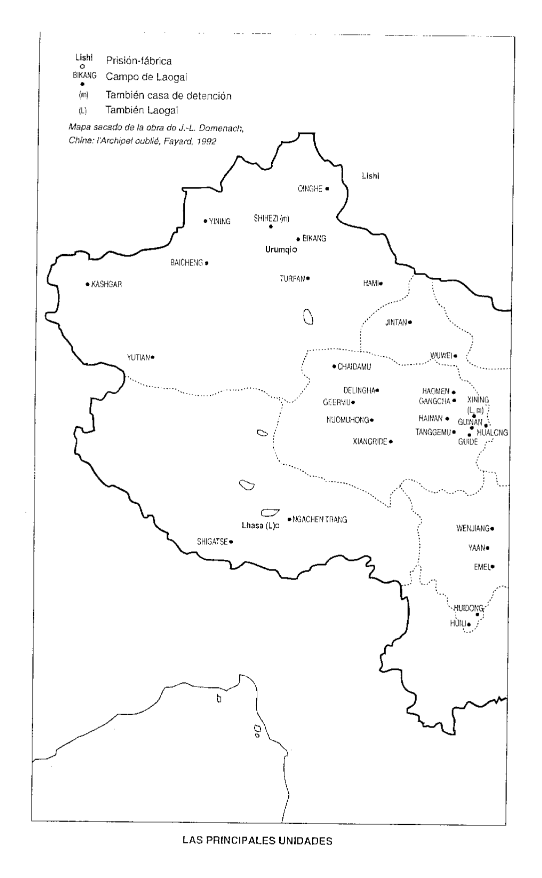
[124] Becker, *op. cit.,* págs. 235-254.

[125] Domenach, *op. cit.,* pág. 154.

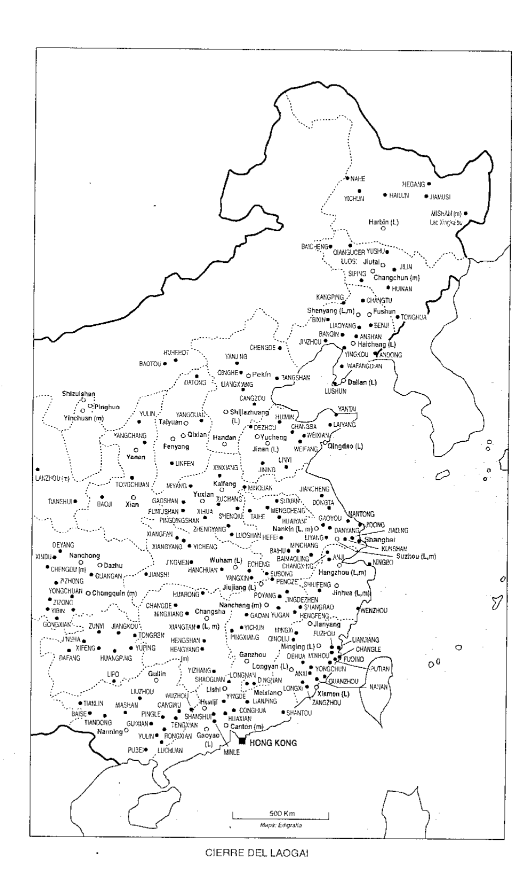
[126] Lin, artículo citado; Claude Aubert, «Économie et société rurales», en Bergère *et al.* (1990), *op. cit.,* págs. 166-168.

[127] Hua Linshan, *Les Années rouges,* París, Le Seuil, 1987, pág. 202.

[128] Becker, *op. cit.,* pág. 243.



LAS PRINCIPALES UNIDADES



CIERRE DEL LAOGAI

ni siquiera las que entran en los menores detalles o las relativamente recientes. Cierto que el aparato represivo ha sabido ocultarse: no se condena a nadie a «detención» ni a «trabajos forzados» (parecería demasiado antiguo régimen), sino a «reforma» o a «reeducación» por el trabajo. Los principales lugares de internamiento, con toda lógica, se disfrazan de empresas públicas: por eso hay que saber que la «tintorería industrial de Jingzhu» (único título que figura en la puerta) no es otra cosa que la prisión n.º 3 de la provincia de Hubei, o que la «granja de té de Yingde» corresponde a la unidad de reeducación por el trabajo n.º 7 de la provincia de Guangdong [129]. Hasta las familias tienen que escribir a un apartado de correos anónimo. Y durante la era maoísta, la norma era que las visitas estuviesen prohibidas durante todo el período de instrucción (que normalmente superaba el año). Los allegados no siempre fueron informados del lugar de encarcelamiento o de muerte del prisionero, en particular durante la Revolución Cultural —en este caso, mucho tiempo después: los hijos del expresidente de la República Liu Shaoqi, detenido en una prisión secreta, no se enteraron de su muerte (noviembre de 1969) hasta agosto de 1972; sólo entonces pudieron visitar a su madre, encerrada como su padre desde agosto de 1967 [130]—. Durante sus raros desplazamientos «por el mundo», los prisioneros debían volverse invisibles. Acostumbrados a bajar la cabeza permanentemente fuera de la celda, y a callarse, reciben estas extrañas consignas en una estación: «En el tren, deben comportarse normalmente. Está prohibido, repito, está prohibido agachar la cabeza. Si alguien debe ir al servicio, debe hacer una seña al guardián: el puño cerrado y el pulgar hacia arriba. Está autorizado fumar y hablar. Nada de bromas. Los guardianes tienen órdenes de disparar» [131].

Los testimonios de antiguos prisioneros fueron durante mucho tiempo muy escasos: por una parte, como se verá, bajo Mao era muy difícil, y poco frecuente, abandonar el universo penitenciario; por otra, el liberado debía prometer por regla general no decir nada de lo que había sufrido, so pena de nuevo encarcelamiento. Por eso los extranjeros —ínfima parte de los prisioneros— fueron quienes proporcionaron la mayor parte de los relatos que, todavía hoy, constituyen lo esencial de nuestra información; protegidos por sus gobiernos, con frecuencia pudieron salir vivos. Algunos fueron explícitamente encargados de la misión de dar testimonio por los sufrimientos del ejército de sombras con los que se cruzaron un momento. Ese fue el caso de Jean Pasqualini (su nombre chino era Bao Ruo-wang): uno de sus compañeros de reclusión le explicó por qué sus compañeros velaban tanto por su salud y su seguridad: «Todos estos hombres... y pensar que ninguno de ellos llegará a salir

[129] Harry Wu, *Laogai: le goulag chinois,* París, Éditions Dagorno, 1996 (edición original en inglés, 1992), págs. 28 y 198.
[130] Yan Jiaqi y Gao Gao, *Turbulent Decade: A History of the Cultural Revolution,* Honolulú, University of Hawai'i Press, 1996 (edición original en chino, 1986), pág. 164.
[131] Pasqualini, *op. cit.,* pág. 182.

nunca de la cárcel, incluido yo. Un contrato vitalicio. Tú eres el único diferente, Bao. Puede que un día salgas por la puerta grande. Puede suceder con un extranjero, nunca con nosotros. Serás el único que pueda hablar después, si sales. Por eso hemos querido conservarte con vida, Bao, [...] todo el tiempo que estés aquí, vivirás. Puedo prometértelo. Y si te trasladan a otros campos, en ellos encontrarás otros prisioneros que piensen como nosotros. ¡Eres un cargamento precioso, amigo mío!» [132].

El sistema penitenciario más poblado de todos los tiempos. El laogai, es decir ninguna parte... En ese agujero negro, el sol radiante del maoísmo hunde a decenas de millones de individuos (50 millones en total hasta mediados de los años ochenta, según Harry Wu —la cifra no es más que un cálculo aproximado [133]—). Y muchos perecerán en él: si cruzamos las dos evaluaciones aproximativas de Jean-Luc Domenach (una decena de millones de detenidos al año de media —entre el 1 y el 2 por 100 de la población china, según los momentos—, y el 5 por 100 de mortalidad anual), una veintena de millones de chinos habrían muerto encarcelados, cuatro de ellos aproximadamente durante la hambruna del «gran salto», entre 1959 y 1962 (aunque la vuelta a las raciones «normales» —ya mínimas— no tuvo lugar hasta 1964 [134]). Después del extraordinario testimonio de Jean Pasqualini, dos estudios recientes (el de Wu y el de Domenach) nos permiten tener una visión de conjunto del más desconocido de los tres grandes universos concentracionarios del siglo.

Del universo tiene la amplitud, la permanencia (en cualquier caso hasta 1978, año de la primera gran oleada de liberaciones [135]) y también la variedad. Variedad de prisioneros: el 80 por 100 «políticos» hacia 1955 (pero en ese momento muchos delitos de derecho común pueden ser recalificados de políticos —eso agrava la sanción—), una mitad larga a principios del decenio siguiente, y cerca de dos tercios de «derecho común» hacia 1971 [136]: huella del poco afecto de las capas populares por el régimen, y del retorno a la criminalidad en una atmósfera de inestabilidad política. Variedad de formas de internamiento [137]: centros de «preventiva», prisiones (entre ellas, algunos establecimientos muy especiales para los dirigentes caídos), laogai propiamente dicho, y esas formas «atenuadas» de deportación que son el *laojiao* y el *jiuye.* Los *centros de detención* constituyen el tamiz de acceso al archipiélago penitenciario: en unos 2.500, situados en las ciudades, sufren los presos preventivos su instrucción, de duración muy variable (¡puede llegar hasta los diez años!); también suelen purgarse en ellos penas inferiores a dos años. Las *prisiones,* donde apenas se encuentra el 13 por 100 de los detenidos, son por lo menos

[132] *Íbid.,* pág. 262.
[133] Wu, *op. cit.,* pág. 38.
[134] Domenach (1992), *op. cit.,* pág. 242; Pasqualini, *op. cit.,* pág. 318.
[135] Domenach (1992), *op. cit.,* pág. 489.
[136] *Íbid.,* pág. 512.
[137] Sobre este punto, *cf.* Wu, *op. cit.,* págs. 23-29; Domenach (1992), *op. cit.,* págs. 139-226.

millar, y por regla general dependen directamente de las autoridades centrales; representando un papel equivalente al de nuestros «zonas de alta seguridad», se encargan, bajo vigilancia reforzada, de las penas más graves (en particular las condenas a muerte con aplazamiento de dos años, rareza del derecho chino que en la mayoría de los casos se traduce en perdón por «reforma sincera»), y los prisioneros «sensibles» (altos mandos, extranjeros, eclesiásticos, disidentes, espías, etc.); las condiciones de vida, muy variables, pueden ser no demasiado malas (la prisión n.º 1 de Pekín, donde se come hasta hartarse, donde se duerme sobre un tatami y no sobre una tabla de madera —«un sueño» para los que llegan de cualquier otra parte del archipiélago [138]—, es el establecimiento modelo que se hace visitar a los invitados extranjeros); pero la disciplina, particularmente estricta, la severidad del trabajo industrial impuesto, la intensidad del ambiente ideológico impulsan muchas veces a los detenidos a solicitar su envío «al aire libre», a un campo de trabajo ampliamente hermoseado.

Así pues, la gran masa de detenidos se encuentra en vastos campos de trabajo repartidos por todo el país. Sin embargo, los más vastos y poblados se encuentran en las zonas semidesérticas del norte de Manchuria, de la Mongolia interior, del Tíbet, de Xinjiang y, sobre todo, de Qinghai, verdadera «provincia penitenciaria» [139], especie de Kolymá chino de clima ardiente en verano, glacial en invierno... Su campo n.º 2 es tal vez el mayor de China, con 50.000 deportados por lo menos [140]. Los campos de las regiones remotas del oeste y del noroeste tienen la reputación de ser durísimos, pero en conjunto los ritmos de trabajo son más penosos en las fábricas urbanas de las zonas penitenciarias que en las grandes granjas estatales penitenciarias. Dependiendo en principio de las administraciones provinciales o municipales (Shanghai tiene su red, repartida por numerosas provincias), los detenidos tienen en conjunto el mismo origen geográfico (no se encuentran detenidos tibetanos en China del este). A diferencia de la URSS, los campos se integran en las estrategias económicas locales o regionales, y solo de forma ocasional participaron en proyectos de amplitud nacional, por ejemplo el «ferrocarril de la amistad», en dirección a la Kirguizia soviética, cuyos trabajos se interrumpieron durante treinta años debido al cisma chino-soviético...

La población de los campos debe dividirse en tres tipos de estatus bastante distintos. La masa más importante, y sobre todo la más permanente, está representada bajo Mao por las condenas al laogai propiamente dicho, que puede traducirse por «reforma [141] por el trabajo». Estos condenados a penas de media o larga duración están organizados militarmente (escuadrones, batallones, compañías, etc.); han perdido sus derechos cívicos, no perciben ningún salario y sólo

[138] Pasqualini, *op. cit.*, pág. 104.
[139] Domenach (1992), *op. cit.*, pág. 541.
[140] Wu, *op. cit.*, pág. 30.
[141] Wu prefiere «reformación».

rara vez pueden recibir visitas. En los mismos campos, y más raramente en establecimientos especiales, se encuentran también los asignados a la «reeducación por el trabajo», o laojiao. Se trata de una forma de detención administrativa, creada en agosto de 1957, en el momento más álgido de la campaña antiderechistas; formaliza en cierto modo las prácticas de encarcelamiento paralegal de la Seguridad. Las víctimas no están condenadas (por tanto no hay plazo fijado para su detención), no pierden sus derechos cívicos (pero no hay oficina electoral en los campos...), y cobran un pequeño salario (cuya parte esencial les retienen para vivir y comer). Las faltas que se les reprochan son bastante leves, y su estancia en el laojiao no supera en principio unos pocos años; pero se les hace comprender que mucho depende de su actitud... La disciplina, las condiciones de detención y de trabajo del laojiao están muy cerca, de hecho, de las del laogai, y es la Seguridad la que administra tanto uno como otro.

Un poco más «privilegiados» son los «destinados profesionales obligatorios» del jiuye, denominados en ocasiones «trabajadores libres». Esa libertad es restringida, puesto que no tienen derecho a abandonar su lugar de trabajo, la mayoría de las veces un campo, salvo durante uno o dos permisos anuales. Mejor tratados, algo menos mal pagados que en el laojiao, pueden hacer venir a su familia o casarse, pero viven en unas condiciones semicarcelarias. Se trata de hecho del «filtro de descompresión» de los campos, donde están amontonados los «liberados», muchas veces para el resto de su vida. Hasta los años sesenta, el 95 por 100 de los liberados del laogai habrían sido destinados al jiuye, y el 50 por 100 a principios de la década de los ochenta, así como del 20 al 30 por 100 de los antiguos del laojiao [142]. Separados de su medio de origen, después de haber perdido su empleo y su derecho a vivir en la ciudad, por regla general divorciados (la esposa es incitada constantemente a separarse del «criminal»), sospechosos vitalicios puesto que han cometido una falta, lo más triste es que muchas veces no tienen otro sitio a donde ir, y por lo tanto se resignan a su condición... Como ya no tienen nada que esperar, pueden dar lástima incluso al detenido del laogai: «Los trabajadores libres, que empezamos a encontrar, formaban un grupo muy triste. Se hubiera dicho que estaban realmente en la prisión como residentes. Eran perezosos, inexpertos y sucios. Era evidente que habían llegado a la conclusión de que ya no había nada que mereciese la pena, y en cierto sentido tenían razón. Estaban constantemente hambrientos, bajo las órdenes de guardas y guardianes, y encerrados de noche igual que nosotros. La única diferencia entre nuestra condición y la suya era el privilegio que tenían de visitar a su familia. Todo lo demás no contaba. También recibían desde luego un salario, pero debían gastárselo en la comida y la ropa, que no eran más que regalos del Gobierno. A estos trabajadores libres les importaba muy poco todo lo que pudiera ocurrir» [143]. Bajo Mao, la mayoría de las veces cualquier condena es de hecho una condena perpetua.

[142] *Ibid.*, págs. 142-143.
[143] Pasqualini, *op. cit.*, pág. 282.

A la busca del «hombre nuevo». El encierro sin límites constituye una contradicción fundamental con el proyecto mismo, proclamado en voz alta, del sistema penitenciario: la reforma del detenido, su transformación en un «hombre nuevo». En efecto, según Jean-Luc Domenach, el sistema proclama a bombo y platillo que «la detención no es un castigo, sino una ocasión para el criminal de rehabilitarse» [144]. Un documento interno de la Seguridad concreta el proceso en el que conviene introducir al preventivo: «Uno solo puede someterse a la ley si antes ha admitido sus crímenes. El reconocimiento de sus crímenes es una condición previa obligatoria, la sumisión a la ley es el comienzo de la reforma. Reconocimiento y sumisión son las dos primeras lecciones que hay que enseñar al preso y conservar en la mente a lo largo de todo el proceso de reforma»; una vez conseguida la ruptura con su pasado, el preso puede empezar a ser penetrado por «ideas justas»; «Es imperativo establecer los cuatro principios educativos de base —para llevar las ideas políticas del criminal por la buena dirección: el marxismo-leninismo, la fe en el maoísmo, en el socialismo, el Partido Comunista y la dictadura democrática del pueblo—» [145]. Por lo tanto, los establecimientos penitenciarios son ante todo lugares de enseñanza para esos «malos alumnos», revoltosos y algo lentos de mente, que se considera que son los detenidos. «¡Bienvenida a nuestros nuevos camaradas estudiantes!», esa es la pancarta que acoge a Pasqualini en un campo de trabajo [146]. El estudio es todo, salvo una palabra inútil; durante todo el período de instrucción, dura dos horas diarias por lo menos, por la noche después de cenar, en el marco de la celda; pero, puede ampliarse al día, a la semana, incluso a todo el mes si los «progresos» de determinados prisioneros son insatisfactorios, o durante las campañas políticas. En numerosos casos, un período de «estudio sin parar», que va de quince días a tres meses, sirve de curso de integración en el universo penitenciario [147]. Las sesiones se desarrollan de acuerdo con un ritual extremadamente rígido, durante el que está rigurosamente prohibido caminar, levantarse (incluso para cambiar de posición estando uno sentado hay que pedir permiso), hablar... y dormir, tentación permanente, sobre todo si el trabajo ha sido duro en la jornada. Pasqualini, educado en el catolicismo, quedó sorprendido al encontrar la meditación, la confesión y el arrepentimiento erigidos en prácticas marxista-leninistas —la diferencia era la dimensión obligatoriamente colectiva y pública de esos actos—: la meta no es restaurar el vínculo entre el hombre y Dios, sino fundir al individuo en una masa totalmente sometida al partido. Para variar los placeres, las clases centradas en la confesión (por obligación, muy detallada) de tal o cual detenido, alternan con las lecturas comentadas del *Diario del Pueblo* (durante la Revolución Cultural serán las *Obras* del presidente Mao —el volu-

[144] Domenach (1992), *op. cit.*, pág. 162.
[145] En Wu, *op. cit.*, págs. 49 y 55.
[146] Pasqualini, *op. cit.*, pág. 208.
[147] Wu, *op. cit.*, pág. 50.

men de sus *Citas* debía llevarse siempre consigo) o las «discusiones» sobre un acontecimiento considerado como materia de edificación.

En todos los casos, la meta es sin embargo la misma: llevar a la abdicación de la personalidad. El jefe de celda, que también es prisionero, en muchas ocasiones antiguo miembro del Partido Comunista, desempeña aquí un papel fundamental: «Nos lanzaba infatigablemente a discusiones de grupo o a historias que contenían principios morales que observar. Todos los demás temas a los que nuestras mentes podrían haberse entregado —la familia, el alimento, los deportes, los pasatiempos, o, por supuesto, el sexo— estaban absolutamente prohibidos. «Ante el Gobierno debemos estudiar juntos y vigilarnos mutuamente», esa era la divisa, y estaba inscrita por todas partes en la prisión» [148]. Convenía purgarse, reconocer que se ha obrado mal porque uno era malo: «Sea cual sea la categoría a la que pertenezcamos, todos hemos cometido nuestros crímenes porque teníamos muy malos pensamientos», asegura el jefe de celda [149]. Y si uno era así, la falta se debía a la contaminación por las ideas capitalistas, imperialistas, reaccionarias: en última instancia todos los delitos son políticos en una sociedad en la que nada escapa a lo político.

La solución es sencilla: cambiar de ideas y, como en China el rito es inseparable del corazón, aceptar el molde que hará de vosotros un revolucionario más, incluso un héroe del tipo Lei Feng, aquel soldado completamente orgulloso de ser un pequeño engranaje sin cerebro útil al servicio de la causa y que, después de tener la suerte de morir aplastado en acto de servicio, fue presentado a principios de los años sesenta por el mariscal Lin Biao como el modelo digno de seguirse: «El prisionero aprende muy rápido a hablar en forma de consignas que no comprometen a nada. El peligro, evidentemente, reside en que puede terminar pensando solo mediante consignas. La mayoría sucumbe a ese peligro» [150].

Orina y dialéctica.

Una noche fría y ventosa, a la hora del estudio, dejé la celda para ir a mear. Cuando el viento helado del noroeste me golpeó en la cara, me sentí menos dispuesto a recorrer los doscientos metros que me separaban de las letrinas. Fui hasta un almacén y meé contra el muro. Después de todo, pensé, con aquella oscuridad no me vería nadie.

Me equivoqué. Nada más terminar recibí una violenta patada en el trasero. Al volverme, no pude distinguir más que una silueta, pero la voz era la de un guardián.

[148] Pasqualini, *op. cit.*, págs. 51-52.
[149] *Ibid.*, pág. 33.
[150] *Ibid.*, pág. 53.

«¿No conoces el reglamento en materia de higiene?, preguntó. ¿Quién eres?»

Le di mi nombre, y lo que vino a continuación fue una lección que no olvidaré nunca. (...)

«Admito que he hecho mal, guardián, pero lo que acabo de hacer no constituye más que una infracción al reglamento de la prisión, mientras que usted ha violado la ley. Los miembros del Gobierno no tienen derecho a golpear a los prisioneros. La violencia física está prohibida.»

Se produjo un silencio, durante el que la silueta reflexionó; yo esperaba lo peor.

«Lo que usted dice es justo, Bao, dijo tranquilamente y en tono mesurado. Si admito que he cometido un error —y plantearé la cuestión durante nuestra próxima sesión de autocrítica (la de los guardianes)—, ¿estaría usted dispuesto a volver a su celda y a escribirme una confesión completa?»

Quedé sorprendido por su reacción. Y también emocionado; porque ante mí tenía ¡a un guardián que admitía su falta delante de un prisionero! (...)

«Sí, guardián. Claro que lo haré.»

(...) Me senté en mi sitio y empecé a preparar mi confesión. Durante el examen de conciencia semanal, pocos días más tarde, la leí en voz alta para que toda la celda la oyese.

«Superficialmente, lo que hice puede parecer no demasiado grave», añadí cuando hube terminado mi lectura, «pero si examinamos las cosas más de cerca, mi acto demuestra que no respeto las enseñanzas del Gobierno y que me resisto a la reforma. Al mear de aquel modo, hacía solapadamente exhibición de mi rabia. Era un acto lleno de cobardía. Es como si escupiese a la cara del Gobierno pensando que nadie me miraba. No puedo sino pedir al Gobierno que me castigue con la mayor severidad posible.»

La confesión fue enviada al guardián Yang, y esperé. Ya me preparaba, fortaleciendo mi valor, para sufrir una nueva estancia en el calabozo. Dos noches después, Yang entró en la celda con su veredicto.

«Hace unos días», dijo, «uno de vosotros se ha creído por encima de la ley y ha cometido una falta grave. (...) Por esta vez lo dejaremos pasar, pero no vayáis a creer que esto significa que siempre vais a poder libraros de problemas escribiendo una carta de disculpa [151].»

El pretendido «lavado de cerebro» descrito por ciertos occidentales no es más que eso: en sí, no es muy sutil, la imposición más bien ruda de una

[151] Pasqualini, *op. cit.*, págs. 267-269.

ideología grosera, que responde a todo precisamente porque es simplista. Se trata sobre todo de no dejar al prisionero la menor posibilidad de una expresión autónoma. Los medios para conseguirlo son múltiples. Los más originales estriban en una subalimentación sistemáticamente mantenida (véase el recuadro inferior) que debilita la resistencia tanto como la vida interior, y una saturación permanente por medio del mensaje de la ortodoxia, en un contexto en el que no se dispone ni de tiempo libre (estudio, trabajo y labores ocupan por completo las largas jornadas), ni espacio alguno de intimidad (celdas atestadas, luz encendida toda la noche, muy pocos efectos personales autorizados), ni evidentemente la menor posibilidad de expresar un punto de vista original: todas las intervenciones (por otro lado obligatorias) en una discusión quedan minuciosamente anotadas y consignadas en el expediente de cada individuo. A Pasqualini le costó caro haber expresado en 1959 una leve falta de entusiasmo ante la intervención china en el Tíbet. Otra originalidad: la delegación en otros prisioneros de la mayor parte del trabajo ideológico, lo cual demuestra el alto nivel de eficacia del sistema. Se registran mutuamente, se evalúan los resultados de los compañeros en materia de trabajo (y por tanto de raciones alimenticias), se pronuncian sobre el grado de «reforma» de los que aspiran a ser puestos en libertad; y, sobre todo, se critica a los compañeros de celda para empujarles a una autocrítica completa, a la vez que uno se demuestra a sí mismo que progresa [152].

El arma alimentaria.

Además estaba la comida —la única cosa importante, la mayor alegría y la motivación más poderosa de todo el sistema penitenciario—. Yo había tenido la mala fortuna de llegar a la avenida de la Bruma en la Hierba [153] solo un mes después de la introducción del racionamiento como parte oficial de la técnica de los interrogatorios. El desesperadamente escaso y aguado caldo de maíz, las duras galletitas de *wo'tu* [154] y la ración de verdura se convirtieron en el centro de nuestra vida y en objeto fundamental de nuestra más profunda atención. Como el racionamiento seguía y adelgazábamos, aprendimos a comer cada trozo con una aplicación infinita, haciéndolo durar todo el tiempo posible. Circulaban rumores y murmuraciones desesperadas sobre la calidad y la abundancia del alimento en los campos de trabajo. Más tarde supe que esas informaciones eran muchas veces jugarretas montadas e inventadas por los interrogadores para animar a los prisioneros a confesar. Al cabo de un

[152] *Ibid.*, págs. 55-59, 117-120, 263.

[153] Nombre poético de un gran centro de detención de Pekín.

[154] Equivalente chino del pan, más consumido que el arroz en el norte del país.

año de ese régimen, yo estaba dispuesto a admitir prácticamente cualquier cosa con tal de conseguir más alimento.

La falta de alimento estaba admirablemente estudiada: nos daban lo suficiente para mantenernos vivos, pero nunca lo suficiente para que olvidásemos nuestra hambre. Durante mis quince meses en el centro de interrogatorios, comí arroz una sola vez, carne nunca. Seis meses después de mi arresto, mi vientre estaba completamente hundido, y empezaba a tener las articulaciones magulladas de forma característica por el simple contacto del cuerpo con la cama comunitaria. La piel de mis nalgas colgaba como los senos de una mujer vieja. Mi vista se nublaba, y perdía mi capacidad de concentración. Alcancé una especie de récord de carencia en vitaminas cuando finalmente me volví capaz de romper las uñas de los dedos gordos del pie con la mano, sin utilizar el cortaúñas. Mi pelo empezaba a caerse. [...]

«En otro tiempo, la vida no era tan mala como ahora, me dijo Loo. Teníamos un plato de arroz cada quince días, auténtico pan blanco a finales de cada mes y un poco de carne en las grandes fiestas, como el día de año nuevo, el 1 de mayo y el 1 de octubre [155]. No se estaba tan mal.»

El cambio se había debido a lo siguiente: una delegación del pueblo había ido a inspeccionar la prisión durante el período de las Cien Flores [156]. Habían quedado horrorizados al ver a los prisioneros comer lo que comían. Habían llegado a la conclusión de que era intolerable que aquellos contrarrevolucionarios —despojos de la sociedad y enemigos del pueblo— se beneficiasen de un nivel de vida superior al de numerosos campesinos. A partir de noviembre de 1957, dejó de haber arroz, dejó de haber carne y dejó de haber harina de trigo los días de fiesta.

Más tarde, fueran cuales fuesen las condiciones insoportables que debíamos aguantar en los campos, cualquier guardián podía decirnos sin mentir que estábamos allí solo porque nosotros lo habíamos pedido [157].

Los restantes medios de presión sobre el prisionero son más clásicos. La zanahoria es una promesa de indulgencia si uno confiesa todos sus «crímenes», si uno se comporta como modelo, si se contribuye activamente a la «reforma» de los compañeros, y asimismo si se denuncia a sus «cómplices» o a sus compañeros de reclusión insumisos (se trata de una prueba esencial de

[155] Fiesta nacional en la RPCh.

[156] Hay que entender, más bien, el movimiento antiderechistas que le siguió.

[157] Pasqualini, *op. cit.*, págs. 47-49.

sinceridad en la reforma: «La denuncia de los otros es un excelente método de penitencia» [158]). Una pancarta preside la oficina de interrogatorios con la leyenda: «Indulgencia con los que confiesan; severidad con los que resisten; redención para los que consiguen méritos, recompensas para los que hacen grandes méritos» [159]. Muchos condenados a graves penas, esperando arañar algunos años de redención, se manifiestan como propagandistas llenos de celo. El problema —Pasqualini aporta varios ejemplos— es que luego no les pagan: o bien su «buena conducta» no impide una larga condena, o bien, como las penas solo se anuncian la mayoría de las veces oralmente (el acusado frecuentemente no está presente durante su propio proceso), una «remisión» lleva, de hecho, la duración de la detención a lo que siempre se había previsto. Un viejo detenido descubre el pastel: «Los comunistas no se sienten obligados a mantener las promesas que hacen a sus enemigos. A guisa de medios para conseguir sus fines, no vacilan en emplear todas las artimañas y astucias que pueden servirles —y esto incluye las amenazas y las promesas—. (...) Y acuérdate de otro detalle: los comunistas no tienen el menor respeto por los que cambian de camisa» [160].

Por desgracia, el palo tiene más consistencia. El aumento de pena está lejos de ser excepcional: quien no se somete mediante la confesión, quien se niega a denunciar («ocultar información al Gobierno es un delito merecedor de castigo» [161]), quien dice palabras heréticas, quien apelando su condena muestra que no acepta la «voluntad de las masas», todos ellos incurren en nuevas y pesadas condenas: de este modo se puede pasar de cinco años a la cadena perpetua... Y luego está el daño que los prisioneros pueden hacerse unos a otros. La «carrera» del jefe de celda depende de sus ovejas, y por lo tanto se encarnizará con los más recalcitrantes, y será apoyado por los oportunistas. Un grado por arriba, es la «prueba» o la «lucha»: nada espontáneo —la víctima es elegida por la dirección, el lugar (celda o patio), el momento y la intensidad están predeterminados—, pero la atmósfera está cerca (salvo en el asesinato) de los pogroms campesinos de la reforma agraria: «Nuestra víctima era un prisionero de unos cuarenta años, acusado de haber hecho una confesión falsa. Era un contrarrevolucionario redomado, berreaba un guardián con un altavoz de cartón. (...) Cada vez que levantaba la cabeza para decir algo —fuese verdadero o falso, no nos interesaba—, lo enterrábamos bajo un ejército de vociferaciones: "¡Mentiroso!" "¡Vergüenza de la humanidad!" O también: "¡Cerdo!" (...) La prueba siguió así durante tres horas, y a cada minuto que pasaba teníamos más frío y más hambre, y nos volvíamos más perversos. Creo que habríamos sido capaces de cortarle en trocitos para conseguir lo que queríamos. Más tarde, cuando tuve tiempo para pensar, me di

[158] *Ibid.*, pág. 77.

[159] *Ibid.*, pág. 38.

[160] *Ibid.*, págs. 315-316.

[161] *Ibid.*, pág. 156.

cuenta de que, al mismo tiempo que a él, nos habíamos hecho sufrir la prueba a nosotros mismos, preparándonos mentalmente para aceptar la posición del Gobierno con un asentimiento apasionado, fueran los que fuesen los méritos del hombre al que atacábamos» [162].

Es comprensible que, en semejantes condiciones, la inmensa mayoría de los prisioneros presente al cabo de algún tiempo todos los signos externos de la sumisión. Lo cual solo secundariamente tiene que ver con las características de la identidad china: tratados en última instancia de forma menos inhumana, muchos prisioneros de guerra franceses del Vietminh, enfrentados a la misma política de reeducación, siguieron el mismo itinerario [163]. La eficacia de la reeducación estriba en la combinación sinérgica de dos poderosos medios de presión psicológica: una infantilización radical, el partido es la administración convertida en padre y madre, que vuelve a enseñar al prisionero a hablar, a caminar (con la cabeza gacha, corriendo, bajo la voz del guardián que sirve de guía), a controlar apetito e higiene, etc., en una relación de dependencia absoluta; la fusión en el grupo, que da cuenta de cada uno de los gestos, de cada una de las palabras, familia de sustitución en el momento en que los contactos con la verdadera familia se vuelven casi imposibles, cuando se empuja a las esposas de los detenidos a divorciarse, a los hijos a renegar de su padre.

¿Cuál es sin embargo el grado de profundidad de la reforma? Hablar mediante consignas, reaccionar como un autómata es simultáneamente aniquilarse, sufrir un «suicidio psíquico» [164], y protegerse contra el hastío, sobrevivir. Creer que resulta fácil conservar una reserva, desdoblando la personalidad, sería desde luego demasiado optimista. Pero hasta aquel que termina no detestando al «hermano mayor» razona en términos de utilidad más que de convicción. Pasqualini asegura que, en 1961, su «reeducación estaba tan conseguida que [él] creía sinceramente lo que los guardianes [le] decían», y añade a renglón seguido: «Sabía además que mi mayor interés consistía en mantener siempre mi conducta lo más cerca posible de la letra de la ley» [165]. La prueba *a contrario* es la postura ultramaoísta del jefe de celda: para probar su ardor en el trabajo y su fidelidad al régimen, es partidario de ir a trabajar aunque se haya sobrepasado el límite fatídico de –15° centígrados: habría que levantarse antes de la hora impuesta. El guardián termina interrumpiendo la homilía, considerándola «totalmente contraria a la ortodoxia» [166] —y los detenidos parecen aliviados. Como tantos otros chinos, creían algo en lo que les decían, pero ante todo trataban de no tener problemas—.

Criminal, forzosamente criminal. Se habrá notado que nunca se ha tenido en cuenta la posibilidad de una acusación falsa, o de una absolución. En China, uno no es detenido por ser culpable, sino que es culpable por ser detenido. En efecto, cualquier arresto es realizado por la policía, órgano del «gobierno popular», dirigido a su vez por el Partido Comunista, que preside Mao Zedong. Criticar lo bien fundado de un arresto significa oponerse a la línea revolucionaria del presidente Mao, y desvelar más la verdadera naturaleza contrarrevolucionaria de quien critica. Siguiendo este razonamiento, el mejor guardián criticado por una bagatela pondrá fin a la disputa indignándose: «¡Cómo!, ¿te atreves a oponerte al gobierno popular?». Aceptar los propios crímenes, someterse en todo: esa es la única vía admitida. En la celda añaden: «Eres un contrarrevolucionario. Todos los somos. De otra forma no estaríamos aquí» [167]. En la lógica delirante de este sistema mental que funciona en un circuito cerrado, el acusado debe proporcionar los motivos de su propio arresto («Dinos por qué estás aquí» es muchas veces la primera pregunta que el instructor le hace) y redactar su propia acta de acusación, incluida la evaluación de la pena «merecida». Entre las dos: confesiones sucesivas (cuando se plantea un problema serio, hay que volver a empezar de cero), que pueden llevar meses de trabajo e implicar centenares de páginas, relatar décadas de una vida; por último, interrogatorios que por regla general abarcan largos períodos y pueden llegar hasta las tres mil horas [168]: «El partido tiene todo el tiempo del mundo», se oye decir. Los interrogadores juegan a menudo con la privación de sueño (redoblada por el carácter muchas veces nocturno de las sesiones de instrucción), con la amenaza de una pena severísima —incluida la ejecución— o con la visita terrorífica a una sala de tortura en condiciones de funcionamiento, presentada *luego* como un «museo» [169].

La violencia física propiamente dicha es rara, en cualquier caso entre mediados de los años cincuenta y la Revolución Cultural. Todo lo que puede parecerse a la tortura, los golpes e incluso los insultos están formalmente prohibidos, y los detenidos lo saben: un «exceso», y tienen la posibilidad única de hacer temblar a su interrogador. Entonces, este último recurre a una violencia disimulada, que no se confiesa: «prueba» (donde se toleran los golpes *que provienen de otros prisioneros),* o encierro en atroces calabozos, sin calefacción, rara vez aireados, tan estrechos a veces que ni siquiera puede uno tumbarse, y donde además uno suele estar encadenado o con esposas en las manos de forma permanente (a menudo con las manos a la espalda...); de este modo, la higiene y la comida son casi imposibles. El prisionero, reducido al estado de animal, hambriento, perece la mayoría de las veces si la sanción se prolonga más allá de ocho días. La imposición permanente de esposas muy apretadas es la forma de «casi tortura» que más se practica: pronto el dolor se vuelve insoportable, las manos se hinchan, las cicatrices frecuentemente son irreversibles: «Poner esposas especiales y apretarlas en las muñecas de los prisioneros era una forma de tortura que se utilizó de manera muy difundida en las prisiones de Mao. También solían poner cadenas alrededor de los tobillos de los prisioneros. A veces incluso se unían las esposas a uno de los barrotes de la ventana, de tal modo que el prisionero no podía ni comer, ni beber, ni ir a los servicios. El objetivo era minar la moral del individuo degradándole. [...] Como el gobierno popular pretendía haber abolido todas las formas de tortura, oficialmente se denominaban estas prácticas con términos como "castigo" o "persuasión"» [170].

[162] *Íbid.*, pág. 86.
[163] Albert Stihlé, *Le Prête et le commissaire*, París, Grasset, 1971.
[164] Domenach (1992), *op. cit.*, pág. 170.
[165] Pasqualini, *op. cit.*, pág. 232.
[166] *Íbid.*, pág. 243.

[167] *Íbid.*, pág. 33.
[168] Domenach (1992), *op. cit.*, pág. 168.
[169] Pasqualini, *op. cit.*, págs. 43-44.

Resistir a Mao.

El día de mi vuelta al hospital, la guardiana me trajo un portaplumas y un frasco de tinta:

«¡Póngase a escribir sus confesiones! El instructor está esperando.»

Cogí el rollo de papel que el instructor me había entregado y vi que, en lugar de las hojas blancas que me habían dado en 1966 para escribir mi autobiografía, la primera página llevaba, en un marco rojo bajo el título «Directiva suprema», una cita de Mao: «Solo tienen derecho a ser dóciles y obedientes; no tienen derecho a hablar ni a actuar cuando no es su turno». Al pie de la página se leía: «Firma del criminal».

Dentro de mí creció la cólera al ver aquella palabra infamante de «criminal» y tomé la decisión de no firmar debajo. Pero al cabo de un momento de reflexión, ideé un medio de explotar la situación y de devolver sus golpes a los maoístas.

Bajo la cita de Mao, tracé otro cuadro que también titulé «Directiva suprema» y en el que inscribí otra cita de Mao. Se encontraba en el *Libro rojo,* pero en su ensayo *De la justa solución de las contradicciones en el seno del pueblo.* Decía así: «En todas partes donde hay contrarrevolución, debemos evidentemente suprimirla; cuando cometemos un error, debemos evidentemente corregirlo». (...)

Entregué el papel a la guardiana y esa misma tarde fui llamado para un interrogatorio.

Excepto el militar, en el cuarto se encontraban los mismos hombres, con cara sombría —cosa que ya me esperaba, dado que había decidido oponerme a su derecho de presumirme culpable cuando no lo era—. Sin esperar a que me lo pidiesen, me incliné inmediatamente ante el retrato de Mao. La cita que el instructor había elegido y que yo leí en voz alta era esta: «Contra los perros normales de los imperialistas y aquellos que representan los intereses de los terratenientes y la pandilla reaccionaria del Kuomintang, debemos ejercer el poder de la dictadura para suprimirlos. Solo tienen derecho a ser dóciles y obedientes; no tienen derecho a hablar ni a actuar cuando no es su turno».

El papel que yo había entregado estaba delante del instructor. Cuando me senté, él dio un puñetazo sobre la mesa mirándome y gritó:

«¿Qué es lo que ha hecho? ¿Es que piensa que estamos divirtiéndonos con usted?

—Su comportamiento no es serio —dijo el viejo obrero.

—Si no cambia usted de actitud —añadió el obrero joven—, nunca saldrá de este lugar.»

Antes de que yo pudiera abrir la boca, el instructor arrojó mi relato al suelo, dispersando las hojas, y se levantó.

«¡Vuelva a su celda y hágalo de nuevo!»

Llegó un guardián, que me llevó a mi celda [171].

La instrucción tiene por objeto obtener la confesión (que, en la práctica, tiene fuerza de prueba) y las denuncias, que autentifican su «sinceridad» al mismo tiempo que le dan su sentido desde el punto de vista del aparato policial: lo normal es que tres denuncias determinen un arresto, y la cadena continúa... Salvo algunas excepciones que se han mencionado, los métodos destinados a doblegar al detenido son bastante clásicamente policiales: ponerle frente a sus contradicciones, pretender que ya se conoce todo sobre él, confrontar su confesión con otras confesiones o denuncias. Estas, obtenidas mediante coacción o espontáneas (hay «buzones de denuncias» por todas partes en las calles de las ciudades), son tan numerosas que es muy delicado disimular un fragmento significativo del propio pasado. La lectura de las cartas de delación referidas a él provocó el hundimiento de la resistencia de Pasqualini: «... Fue una revelación espantosa. Entre aquellos cientos de páginas había formularios de denuncia rellenados por colegas, amigos y toda clase de gentes a las que solo había visto una vez o dos (...) —¡cuántas personas me habían traicionado, personas a las que yo había otorgado mi confianza sin reserva!—» [172]. Nien Cheng, liberada en 1973 sin haber confesado (cosa excepcional, ligada en este caso a su extrema tenacidad, pero también a los golpes propinados al aparato judicial-policíaco por la Revolución Cultural), luego estuvo rodeada durante años por parientes, amigos, alumnos y criados que *en su totalidad* tenían cuentas que rendir a la Seguridad sobre ella, y a veces lo admitieron. Estimaban que no habían tenido otra elección [173].

[170] *Íbid.*, pág. 409.

[171] Nieng Cheng, *Vie et mort à Shanghai*, París, Albin Michel, 1987 (edición original en inglés, 1986), págs. 312-314.
[172] Pasqualini, *op. cit.*, pág. 77.
[173] Nien, *op. cit.*, 3.ª parte.

Al término del proceso de instrucción, debe haber una «novela auténtica» de culpabilidad, «coproducida entre el juez y el reo», y que representa la «subversión semántica de hechos exactos» [174]. En efecto, el «crimen» debe entroncarse con la vida real (es más eficaz que el acusador y el acusado crean por lo menos un poco en esta teoría, que permite sobre todo implicar a «cómplices»), pero totalmente reinterpretada, de forma paranoica, como la expresión constante de una oposición política radical y rabiosa. Así, mencionar en una carta al extranjero la disminución de las raciones de grano en Shanghai en la época del «gran salto adelante» se convierte en prueba de espionaje —a pesar de que esas cifras se publicaban en la prensa oficial y eran conocidas por toda la comunidad extranjera de la ciudad— [175].

Abdicación de la personalidad.

No necesita mucho tiempo un prisionero para perder la confianza en sí mismo. Con el paso de los años, la policía de Mao perfeccionó sus métodos de interrogatorio y alcanzó tal grado de refinamiento que yo desafiaría a quien fuese, chino o no, a resistirlos. Su objetivo no es obligaros a inventar crímenes inexistentes, sino a haceros admitir que la vida ordinaria que llevabais estaba podrida, era culpable y merecedora de castigo, puesto que no se correspondía con su propia concepción de la vida —la de la policía—. El fundamento de su éxito reside en la desesperación, en la percepción que tiene el prisionero en la práctica de que está totalmente, para siempre y sin esperanza, a merced de sus verdugos. No dispone de ninguna defensa, puesto que su arresto es la prueba absoluta e indiscutible de su culpabilidad. (Durante mis años de prisión conocí a un hombre que, de hecho, había sido detenido por error —llevaba el mismo nombre que la persona buscada—. Al cabo de unos meses, había confesado todos los crímenes del otro. Cuando se descubrió el error, a las autoridades de la prisión les costó todos los esfuerzos del mundo convencerle para que volviese a su casa. Se sentía demasiado culpable para hacerlo.) El prisionero no tiene derecho a ningún proceso, solo a una ceremonia perfectamente reglamentada que tal vez dura media hora; no tiene derecho a consultar a un abogado ni a recurrir en el sentido occidental del término [176].

[174] Domenach (1992), *op. cit.*, págs. 170 y 185.
[175] Nien, *op. cit.*, pág. 438.
[176] Pasqualini, *op. cit.*, pág. 41.

Una vez pronunciada la condena, el detenido es enviado a un campo de trabajo (granja estatal, mina, fábrica). Incluso si el estudio, aliviado, prosigue, si la «prueba», para no enmohecerse, abruma a un culpable de vez en cuando, ahora lo esencial es trabajar: en la «reforma por el trabajo», uno de los dos términos por lo menos no tiene nada de hipotético. Ya hemos escrito antes todo sobre su capacidad para realizar durante doce horas un trabajo que vuelve más agotador el régimen de las dos comidas cotidianas, más que ligeras, y que es el mismo que el del centro de detención. A partir de ese momento, la zanahoria es una ración alimentaria de «trabajador de nota», que exige superar una norma netamente superior a la de los «civiles». Individualizados de este modo, los resultados también se toman en cuenta a escala de la celda o del dormitorio: de ahí las competiciones colectivas (denominadas «lanzamientos de Sputnik» a finales de los años cincuenta...) para ver quién se embrutecerá más (dieciséis, dieciocho horas seguidas) para mayor felicidad de la oficialidad. No hay días de descanso, salvo durante las grandes fiestas, en las que a pesar de todo hay que soportar los interminables sermones políticos. La ropa es muy insuficiente: se lleva muchas veces durante años lo que uno llevaba encima en el momento del arresto. Ropa de invierno solo se suministra en los campos del norte manchú, esa Siberia china, y el reglamento no prevé más que la entrega de una prenda interior... al año [177].

La ración alimentaria media se sitúa entre doce y quince kilos de grano al mes (pero para un detenido considerado «holgazán» esa cantidad puede descender a nueve kilos): es menos que en las cárceles francesas de la Restauración, o incluso los campos soviéticos, poco más o menos lo mismo que en los campos vietnamitas de 1975-1977 [178]. Las carencias vitamínicas o proteicas son terribles: casi no hay carne, ni azúcar, ni aceite, muy pocas verduras o frutas —de ahí los numerosos robos de alimentos, pretexto para castigos severos—, y la «autoalimentación» (búsqueda de pequeños animales —por ejemplo ratas, que se comen secas— o de plantas comestibles) en las granjas. Los cuidados médicos son mínimos (salvo, en cierta medida, para las enfermedades contagiosas), y los excesivamente débiles, viejos y desesperados son enviados a auténtico campos-cementerios, donde las raciones de hambre no tardan en hacerles desaparecer [179]. El único punto positivo verdadero en comparación con los centros de detención es la conjugación de una disciplina más flexible y de detenidos más endurecidos, menos temerosos, más dispuestos de forma espontánea a violar el reglamento en cuanto el guardián ha vuelto la espalda, al tiempo que se sacrifican formalmente al lenguaje y al comportamiento codificados impuestos: un medio humanamente más vivible, donde puede contarse con un mínimo de solidaridad.

[177] Domenach (1992), *op. cit.*, pág. 211.
[178] *Ibid.*, pág. 213.
[179] Pasqualini, *op. cit.*, págs. 188-191.

Así pues, a medida que el detenido avanza en la carrera del «sistema laogai», lo que constituye su gran originalidad —el hincapié que se hace en la reeducación— va difuminándose. Pero en este punto, la trayectoria del individuo se une a la del país: tras la fase de «perfección» (1954-1965 aproximadamente) del laogai, que ve a millones de detenidos transformados en pequeños estudiantes ardientes que se autodisciplinan casi sin intervención exterior, y que llegado el caso se convierten en buenos y fieles comunistas en la cárcel, todo empieza a deshilacharse, a degradarse, a trivializarse. Esto coincidió a un tiempo con la llegada cada vez más masiva de detenidos de derecho común a menudo muy jóvenes, y con esa empresa de desmoralización general de los mandos del régimen que fue la Revolución Cultural. Poco a poco el aparato relajó su control, mientras que, cada vez con más frecuencia, entre los detenidos se formaban bandas. La obediencia y el respeto a la jerarquía dejaban de ser automatismos desde ese momento. La oficialidad se vio forzada a conseguirlos bien mediante concesiones, bien mediante un uso nuevo de la violencia —y esa violencia no siempre tuvo una dirección única—. La gran víctima, en cualquier caso, fue la reforma del pensamiento, aquella educación para la servidumbre voluntaria. Pero ¿no estaba inscrita en el proyecto mismo aquella contradicción? Por un lado, el llamamiento para elevarse por encima de uno mismo, para mejorar, para purificarse, para unirse a la masa proletaria en marcha hacia el futuro radiante. Por el otro, la siniestra realidad de una vida entera pasada en cautiverio, sean cuales fueren los esfuerzos realizados y, en el caso raro de una *verdadera* liberación, la condena al ostracismo debida a la incapacidad de lavarse del pecado original. En resumen, un discurso sobre la infinita perfectibilidad que disimulaba mal la rigidez absoluta de una sociedad regida por la fatalidad —la del extravío de un instante, y más a menudo todavía la del nacimiento—. Es esa misma insoportable e inhumana contradicción lo que iba a contribuir a provocar la implosión social de la Revolución Cultural y que, al no resolverse, entrañaría su fracaso.

Una ejecución sumaria en el laogai.

En medio de todos ellos estaba el peluquero, encadenado con grilletes. Una cuerda alrededor del cuello, firmemente unida a su cintura, le mantenía gacha la cabeza. Sus manos estaban atadas detrás de la espalda, los guardias le empujaron directamente al borde del escenario, justo delante de nosotros. Permaneció allí de pie, en silencio, como un penitente de manos atadas, mientras que a sus pies ascendían pequeñas vaharadas de vapor. Yen había preparado un discurso.

«Tengo algo terrible que deciros. No me siento feliz haciéndolo, y realmente no estoy orgulloso. Es mi deber, y esto debería serviros de lección. Este huevo podrido que veis delante de vosotros fue encarcelado a raíz de un asunto de costumbres: había tenido relaciones homosexuales con un chico. Por este delito, solo fue condenado a siete años. Más tarde, cuando trabajaba en la fábrica de papel, su conducta fue constantemente mala y robó en varias ocasiones. Su pena fue duplicada. Ahora hemos llegado a la conclusión de que, durante su estancia aquí, ha seducido a un joven prisionero de diecinueve años —un prisionero mentalmente retrasado—. Si esto se produjese en el marco de la sociedad, sería severamente castigado. Pero al cometer aquí su acto, no solo ha pecado moralmente, sino que además ha ensuciado la reputación de la prisión y la gran política de la reforma por el trabajo. Por eso, dada la repetición de sus crímenes, el representante del tribunal popular supremo va a leeros ahora su sentencia.»

El hombre de uniforme azul se adelantó y leyó el sombrío documento, una recapitulación de los delitos que concluía con la decisión del tribunal popular: la muerte, con ejecución inmediata de la sentencia.

Todo se producía de una forma tan repentina que no tuve tiempo siquiera de quedarme atónito ni asustado. Antes incluso de que el hombre de uniforme azul hubiese acabado de pronunciar la última palabra, el peluquero estaba muerto. El guardia que estaba detrás de él sacó una enorme pistola y le saltó la tapa de los sesos. Una lluvia de sangre y de materias cerebrales voló por el aire y cayó sobre aquellos de nosotros que estábamos en las primeras filas. Yo aparté los ojos de la silueta horripilante agitada por convulsiones en el suelo, y vomité. Y en reapareció y habló de nuevo:

«Que esto os sirva de advertencia. He sido autorizado a deciros que a partir de ahora en este campo no habrá ninguna indulgencia. A partir de hoy, todos los delitos de orden moral serán castigados de la misma manera. Ahora, a vuestras celdas, y discutid sobre lo que acaba de pasar [180].»

La Revolución Cultural: un totalitarismo anárquico (1966-1976). En comparación con los horrores casi astronómicos, y muy poco conocidos, de la reforma agraria o del «gran salto adelante», los casi entre 400.000 y un millón de muertos (esta última cifra es la más verosímil) citados por la mayoría de los autores a propósito de los estragos de la «gran revolución cultural proletaria» [181], casi podrían parecer modestos. Si conmocionó, más que cualquier otro episodio de la historia contemporánea de China, a todo el mundo y sigue vivo en las memorias, fue por el radicalismo extremo de su discurso y por algunos de sus actos, pero también porque se desarrollaba en las ciudades, porque se centraba en los medios políticos e intelectuales, y ello en la era de la televisión, que supo ofrecer soberbias imágenes de ceremonias políticas bien preparadas y llenas de un fervor emocionante. Por último, a diferencia de los movimientos anteriores, la Revolución Cultural empezó a ser oficialmente condenada en China incluso antes de que hubiese terminado: se volvió de buen tono denunciar las exacciones de los guardias rojos, en particular contra los viejos mandos y dirigentes comunistas —de mucho peor tono era hablar de las matanzas cometidas por el EPL en la fase subsiguiente de vuelta al «orden»—.

[180] Pasqualini, *op. cit.*, págs. 197-198.

[181] *Cf.* por ejemplo Fairbank, *op. cit.*, pág. 449, y Thurston, *art. cit.*, pág. 149.

La primera paradoja de la Revolución Cultural radica ahí: momento en que el extremismo más exaltado nunca dio la impresión de estar más cerca del éxito, momento de relanzamiento de un proceso revolucionario que parecía sólidamente institucionalizado, barriendo en poco más de un año casi todos los centros de poder; y sin embargo, siguió siendo un movimiento parcial, enquistado en las zonas urbanas, y hegemónico únicamente en la juventud escolarizada. Por el contrario —apenas se habían reanudado las campañas del «gran salto adelante», el conflicto con la URSS alcanzaba su apogeo—, el «grupo de la Revolución Cultural» [182] (GRC) fue el que decidió no tocar ni la investigación científica, entonces concentrada en el armamento nuclear, ni el campesinado ni el ejército. En el espíritu del GRC, y quizá en el de Mao, suponía retroceder para saltar más lejos: ningún sector de la sociedad ni del Estado debía escapar de forma duradera a la inmersión en la revolución. Pero la masa de los habitantes rurales creía firmemente en las «pequeñas libertades» concedidas por Liu Shaoqi (véase más arriba), y por lo menos en la parcela privada. Y no se trataba de destruir ni la capacidad de defensa ni la economía: la reciente experiencia del «gran salto adelante» incitaba a la prudencia en este último punto. Lo previo era la toma del poder en la «superestructura» intelectual y artística, y la conquista del poder del Estado. Pero este último objetivo nunca se alcanzó del todo. Estas restricciones fueron a veces violadas, pero en cualquier caso no hay noticia de enfrentamientos o matanzas mayores en los pueblos, donde seguía viviendo la gran mayoría de los chinos: el 64 por 100 de los incidentes clasificados como rurales tuvieron lugar en la zona periurbana de una gran aglomeración [183]. Sin embargo, en la fase final de «control», los relatos cuentan numerosas ejecuciones individuales de aldeanos que se habían comprometido con el lado malo, o de guardias rojos urbanos huidos al campo. Por último, gran diferencia respecto de las purgas de los años cincuenta, el objetivo nunca fue claramente eliminar una capa particular de la población. Hasta los intelectuales, particularmente afectados al principio, no tardaron en dejar de estar en la primera fila de los perseguidos. Además, los perseguidores habían salido muchas veces de su propio medio. Los episodios más mortíferos fueron, en conjunto, resultado de «excesos», de violencias relativamente espontáneas y de encargo local, sin plan de conjunto. Incluso cuando el centro ordenó operaciones militares que inevitablemente terminaban en matanzas, fue de forma esencialmente *reactiva,* para hacer frente a una situación incontrolada: en este sentido estamos más cerca de la represión de junio de 1989 que de la reforma agraria, y la Revolución Cultural tal vez permanezca como el primer signo del callejón sin salida de un comunismo chino que pierde energía revolucionaria.

[182] Creado durante la reunión ampliada del Buró político del Partido Comunista, el 16 de mayo de 1966, solo dependía de su comité permanente —es decir, del propio Mao—; consagra la evicción de la dirección de la Revolución Cultural de Peng Zhen (hasta entonces encargado de su preparación), así como del secretariado del Comité central, dirigido por Liu Shaoqi y Den Xiaoping. El GRC está dominado por maoístas extremistas, como por ejemplo Jian Qing («Señora Mao»), Shen Boda o Zhang Chunaia, y Kang Shen es su consejero titular. Colaborando estrechamente con Mao, sustituirá, en la práctica, hasta 1968, al Comité central y al Buró político como instancia fundamental de decisión.

[183] Harry Harding, «The Chinese State in Crisis», en Roderick Mac Farquhar y John K. Fairbank (edi.), *The Cambridge History of China,* vol. 15, 2.ª parte: *Revolutions within the Chinese Revolution. 1966-1982,* Cambridge University Press, 1991, pág. 209.

La segunda paradoja explica, a la inversa, por qué conviene conceder a la Revolución Cultural en el presente relato todo el espacio que merece. El movimiento de los guardias rojos fue una «rebelión represiva» [184] (y su aplastamiento fue una vasta represión). Hemos visto que, desde el final de los años veinte, la dimensión terrorista era inseparable del comunismo chino. En 1966-1967, los grupos más radicales, los que más alardean de atacar las instituciones del Estado, siempre tienen un pie en el Estado, disponen en él de fiadores, como mínimo el presidente Mao, referencia absoluta y constantemente invocada en apoyo de la menor decisión táctica. Integrando, en la gran tradición china, las lógicas del poder hasta la rebelión [185], nunca se niegan al afán de superación en materia represiva: criticando la presunta blandura de los dominantes frente al enemigo de clase, pondrán inmediatamente en movimiento sus propias escuadras de «investigadores» musculosos, su policía de buenas costumbres, sus «tribunales» y sus prisiones. A lo largo de la Revolución Cultural, «encontramos la lucha de abajo contra arriba, pero un "abajo" movilizado, manipulado, dividido en zonas y aterrorizado por un poder y una elite que no se atreven a decir su nombre»; este desbordamiento del poder por otra forma de sí mismo, que no deja de imitarlo al tiempo que lo abruma a críticas y a golpes, es representativo de «la fórmula definitiva del maoísmo [que], tras una larga búsqueda, ha terminado por hacer de la pareja rebelión-imperio el principio permanente de una alternativa fundadora de la política por encima del Estado y de la sociedad» [186]. Por supuesto, se trata de una alternativa inviable, porque está basada en pretextos falsos, y por tanto en la frustración de quienes habían dado un sentido a su rebelión: de aquel «cambiar todo para que nada cambie», según la fórmula del *Gatopardo,* saldrá un

[184] Domenach (1992), *op. cit.*, pág. 259.

[185] *Cf.* Yves Chevrier, «L'empire distendu: esquisse du politique en Chine des Qing à Deng Xiaoping», en Jean-François Bayart, *La Greffe de l'État - Trajectoires du politique 2,* París, Karthala, 1996.

[186] *Íbid.*, págs. 383 y 375.

cuestionamiento tanto de la rebelión como del imperio. Muy minoritaria, cierto, pero consecuente, conducirá al Muro de la Democracia de 1979 y a su pensador más audaz, Wei Jingsheng. Este, en su relato autobiográfico ya citado, ilumina las contradicciones en última instancia mortales de un movimiento surgido de descontentos legítimos: «Aquella explosión de cólera revistió la forma de un culto del tirano y fue canalizada por vía de la lucha y del sacrificio por la tiranía... [Esto] condujo a esa situación paradójica, absurda, de un pueblo que no se alzaba contra su Gobierno, sino para defenderlo mejor. El pueblo se opuso al sistema jerárquico que le sometía a esclavitud, mientras enarbolaba la bandera de apoyo a los fundadores de aquel sistema. Exigió los derechos democráticos, a la vez que lanzaba una mirada despectiva sobre la democracia, y pretendió dejarse guiar, en su combate por la conquista de sus derechos, por el pensamiento de un déspota»[187].

Para este período, tendremos que abstenernos de una presentación tan completa como en el caso de los episodios anteriores: la Revolución Cultural, que dio nacimiento a una literatura abundante y muchas veces de calidad, en particular por lo que se refiere a los testimonios de actores y de víctimas, es a buen seguro mejor conocida que lo precedente. Pero, sobre todo, se trata mucho más de otra revolución (fingida, abortada, desviada, falseada, si así se quiere, pero de todos modos una revolución) que de una «campaña de masas» más. Represión, terror y crímenes están lejos de agotar el sentido del fenómeno, por otra parte extremadamente proteiforme según los momentos y los lugares. Así pues, solo nos ocuparemos de los aspectos represivos de la Revolución Cultural. Pueden repartirse en tres categorías nítidamente diferenciadas, incluidas temporalmente: las violencias contra los intelectuales y mandos políticos (esencialmente 1966-1967), los enfrentamientos de facciones entre guardias rojos (1967-1968), y por último el control brutal que realizan los militares (1968). Con el IX Congreso del PCCh (1969), se abre la fase de institucionalización —fallida— de ciertos «logros» de 1966 y, sobre todo, de las luchas de palacio con vistas a la sucesión de un Mao Zedong pronto debilitado por la enfermedad. Los sobresaltos son numerosos: eliminación en septiembre de 1971 del sucesor oficialmente designado, Lin Biao; regreso en 1973 de Deng Xiaoping al cargo de viceprimer ministro, y reintegración masiva de altos mandos eliminados por «revisionismo»; ofensiva de la «izquierda» del aparato en 1974; tentativa en 1976 de control del centro por parte de los «Cuatro de Shanghai», que dirige la esposa del presidente, Jiang Qing, aprovechando la oportunidad que separa la muerte del Primer ministro moderado Zhou Enlai, en enero, de la de Mao Zedong, en septiembre; en octubre, los «cuatro» no son más que una «banda» debidamente encarcelada, y Hua Guofeng, dueño del país por dos años, puede pitar el final de la Revolución Cultural. Evocaremos poco los «años grises» (la expresión es de J.-L. Domenach) posteriores al aplastamiento de los guardias rojos: en ese momento la repre-

[187] Wei, *op. cit.*, pág. 277.

sión es, desde luego, dura, pero repite en sus grandes líneas las modalidades de los años cincuenta.

Los actores de la revolución. La Revolución Cultural representa el encuentro de un hombre y de una generación. El hombre es por supuesto el propio Mao. Alcanzado *en el seno del aparato central* por el desastre del «gran salto adelante», hubo de abandonar, a partir de 1962, la dirección efectiva del país en el presidente de la República, Liu Shaoqi. Reducido a la posición, desde luego, prestigiosa, de presidente del partido, se repliega sobre ese «magisterio de la palabra» donde sabe que no tiene que temer ninguna competencia. Pero, como viejo estratega, y temiendo simultáneamente verse convertido en estatua y definitivamente marginado en vida, busca relevos eficaces que le permitan imponer sus elecciones fundamentales. El partido, bien controlado por Liu y su adjunto, el secretario general Deng Xiaoping, deberá ser evitado desde el exterior. En cuanto al Gobierno, subordinado al Partido Comunista como en todos los países comunistas, su eficaz dirección por ese oportunista inteligente que es Zhou Enlai, moderado de razón si no de corazón, hace de él un elemento más bien neutro en la perspectiva de un enfrentamiento entre facciones. Mao es consciente de haber perdido el apoyo de la mayor parte de los mandos e intelectuales durante las purgas de 1957, y el de la masa de los habitantes rurales con la hambruna de 1959-1961. Pero, en un país como China comunista, una mayoría pasiva, atomizada y amedrentada cuenta menos que unas minorías activas y situadas en posiciones estratégicas. Ahora bien, desde 1959, el EPL está dirigido por Lin Biao, hombre adicto al timonel. Lo convierte poco a poco en un centro de poder alternativo, que representa un gran papel a partir de 1962 en el movimiento de educación socialista —especie de purga antiderechista rampante que hace hincapié en el puritanismo, la disciplina y la abnegación, valores que son en su totalidad militares—, proporciona en 1964 un tercio por lo menos de los nuevos mandos políticos, y logra unirse al pequeño equipo de intelectuales y artistas fracasados que se estructura alrededor de Jiang Qing y de su programa de destrucción total del arte o de la literatura no comprometidos de acuerdo con la línea del partido. La formación militar se vuelve obligatoria para los estudiantes, y desde 1964 el EPL organiza o pone en pie milicias armadas en las fábricas, barrios y distritos rurales. El ejército no es ni será nunca candidato al poder: la división en zonas del partido es demasiado eficaz, y el mediocre Lin Biao, de quien se murmura que fue heroinómano, no tiene ni pensamiento ni superficie política propios[188]. Pero para Mao es más que nunca su «seguro de vida», o, para utilizar sus mismos términos, su Gran Muralla[189].

[188] *Cf.* Frederick C. Teiwes y Warren Sun, *The Tragedy of Lin Biao: Riding the Tiger during the Cultural Revolution, 1966-1971,* Honolulú, University of Hawaii Press, 1996.

[189] Hua Linshan, *Les Annés rouges,* París, Le Seuil, 1987, pág. 251.

La otra palanca estratégica con la que Mao cree que puede contar es la generación ya citada, o más exactamente su fracción escolarizada en la enseñanza secundaria, superior y en los institutos de formación profesional (incluidas las academias militares, único elemento del EPL autorizado a formar unidades de guardias rojos[190]). Representan la inmensa ventaja de estar concentrados en las ciudades, y sobre todo en las mayores, precisamente donde se arbitrarán las luchas por el poder: una cuarta parte de los habitantes de Shanghai están, por ejemplo, en las escuelas[191]. Quienes tienen entre catorce y veintidós años en 1966 serán para Mao instrumentos tanto más entusiastas cuanto que comparten al mismo tiempo fanatismo doctrinario y gran frustración. Fanatismo: primera generación completamente educada después de la revolución de 1949, es al mismo tiempo demasiado joven, y demasiado urbana, para saber nada de los horrores del «gran salto adelante», de lo que Liu y consortes podrán arrepentirse amargamente por no haberlo criticado de forma oficial. Mimada —de palabra— por el régimen, convencida de ser para Mao esa «página blanca» pura de cualquier escoria sobre la que se escribirá la exaltadora epopeya de la construcción del comunismo, segura en palabras del viejo tirano de que «el mundo os pertenece. El porvenir de China os pertenece»[193], ha aprendido temprano que, como dirá una canción de los guardias rojos, «el partido es nuestra madre y nuestro padre»[194]. Y en caso de conflicto de paternidad, la elección debe estar clara: renegar de sus progenitores. Pasqualini narra del siguiente modo la visita a su padre en el laogai de «un malvado mocosuelo de diez u once años», en 1962: «"Yo no quería venir aquí, berreó con orgullo, pero mi madre me ha obligado. Tú eres un contrarrevolucionario y un deshonor para la familia. Has causado graves pérdidas al Gobierno. Te has merecido de sobra estar en prisión. Todo lo que puedo decir es que mejor harías reformándote, porque si no tendrás lo que te mereces." Hasta los guardias quedaron atónitos ante estas palabras. El prisionero volvió llorando (cosa que estaba prohibida) a su celda, murmurando: "De haber sabido que había de ocurrir esto, le habría estrangulado el día que nació". Tien[195] dejó pasar el incidente sin hacerle siquiera un reproche»[196]. El chiquillo tendría unos quince años en 1966, justo la edad para hacerse

[190] *Cf.* en particular los fascinantes recuerdos de Ni Yuxian, alumno de la academia marítima de Shanghai, recogidos en Anne F. Thurston, *A Chinese Odyssey; The Life and Times of a Chinese Dissident,* Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1991.

[191] White, *op. cit.*, pág. 203.

[192] En cambio, el descubrimiento bastante general por parte de los guardias rojos de la extrema miseria de los campos durante los viajes de intercambio de experiencias, o durante la ruralización forzosa de 1968, acelerará —un poco más tarde— su distanciamiento del régimen, como se ha visto con Wei Jingsheng.

[193] Mao Zedong, *Petit Livre rouge des citations,* París, Le Seuil, 1967, pág. 172.

[194] Citado en Zhai Zhenhua, *Red Flower of China,* Nueva York, Soho, 1992, pág. 81.

[195] El guardián.

[196] Pasqualini, *op. cit.*, pág. 311.

guardia rojo... Los más jóvenes fueron siempre los más violentos, los más encarnizados en humillar a sus víctimas.

Pero, simultáneamente, estos jóvenes enseñados a comportarse como pequeños robots rojos se sienten muchas veces frustrados. Frustrados de heroísmo, cuando la generación de sus padres les llenen los oídos con sus hazañas revolucionarias y guerreras, imaginarán la Larga Marcha, las primeras bases rojas o la guerrilla antijaponesa durante los enfrentamientos de 1966-1968: una vez más, parafraseando a Marx, la historia iba a repetirse, pero en forma de farsa. Frustrados de lo esencial de la literatura clásica y de cualquier posibilidad de libertad de discusión frente a los hiperprudentes profesores que salieron con vida de la rectificación de 1957, iban a utilizar sus pobres conocimientos —esencialmente las obras de Mao y una pizca de Lenin— para criticar, en nombre de la Revolución, la gris machaconería a que había dado lugar su institucionalización. Por último, muchos salidos de las capas «negras», sometidos a la carrera de obstáculos representada por las selecciones y las sucesivas cuotas regidas por el principio del origen de clase, podían considerarse frustrados de cualquier posibilidad real de conseguir nunca un puesto conforme con su trabajo, su valor y sus ambiciones: los establecimientos escolares de elite, donde los «negros» son muchas veces mayoritarios, serán frecuentemente también los más revolucionarios; y la apertura oficial de los guardias rojos a los «malnacidos», decretada por el GRC el 1 de octubre de 1966[197], hará dar a la Revolución un paso adelante de primera importancia[198].

El 16 de noviembre, la autorización para la formación de guardias rojos en las fábricas y, el 15 de diciembre, en los pueblos, representará otra extensión decisiva del movimiento. En esta ocasión también se levantan todos los veredictos políticos negativos impuestos desde el principio de la Revolución Cultural (mayo de 1966) sobre los obreros. En la dinámica del momento, los rehabilitados tratarán muchas veces de obtener la anulación de las etiquetas «derechistas», y la destrucción de las fichas secretas donde están consignadas opiniones y «errores» de todos y cada uno. Dos categorías de trabajadores industriales se unen entonces en masa a los estudiantes y alumnos de institutos: los «elementos atrasados» y otros discriminados de base política (pero todo es político...), sea cual fuere su edad; los obreros estacionales, los jornaleros, sin garantía de empleo ni protección sindical (y por tanto sin protección social), generalmente jóvenes, que forman la mayoría del proletariado de las nuevas grandes fábricas, que exigen aumentos de salario y contratos permanentes[199]. Añadamos también un buen puñado de jóvenes mandos que ven la ocasión inesperada de una carrera rápida, de responsables del pasado sancionados por la razón que sea y con sed de venganza[200], así como de opor-

[197] A los que han estado en prisión se les sigue prohibiendo, sin embargo, actividades políticas (William Hinton, *Shenfan,* Nueva York, Random House, 1984, pág. 529).

[198] Harding, capítulo citado, pág. 150.

[199] White, *op. cit.*, págs. 245-247.

[200] Esto provocó divertidos intercambios de posiciones: por ejemplo, el dirigente de Henan

tunistas siempre dispuesto a aullar con los lobos del momento (y a traicionarlos en la primera ocasión): se producirá la heteróclita coalición de descontentos que, armados de odio y de deseo de éxito social, se lanzarán al asalto de todos los poderes: en la escuela, en la fábrica, en las oficinas... Pero, minoritarios —solo un 20 por 100 en la ciudad, y menos todavía a escala del país entero— solo pueden triunfar cuando frente a ellos el Estado se encuentra paralizado por los ataques del centro, el EPL, enconsertado por sus consignas: en última instancia, es Mao quien abre y cierra alternativamente todas las puertas de la Revolución, con riesgo de no saber muy bien qué hacer de vez en cuando, dada la rapidez de los cambios de relación de fuerzas y de la diversidad de las situaciones locales, así como de su búsqueda permanente de una conciliación entre la rebelión y el mantenimiento del imperio. Cuando los «rebeldes» —ese es el apelativo que los reunirá— «tomen el poder» (o, más concretamente, se lo hagan entregar: basta con la transferencia de los sellos), sus contradicciones internas y sus ambiciones egoístas predominan inmediatamente sobre todo lo demás, y dan lugar a despiadadas luchas, a menudo armadas, entre facciones incapaces de decidirse de otro modo que *en contra*[201].

La hora de gloria de los guardias rojos. Las persecuciones realizadas en 1966 por estos estudiantes que, en esencia, son todavía los «rebeldes revolucionarios», siguen siendo el símbolo del conjunto de la Revolución Cultural. Sin embargo, en total fueron relativamente poco mortíferas y muy poco innovadoras: con un poco de sadismo y algo de exaltación juvenil, se parecen mucho a aquellas de las que fueron víctimas los intelectuales de los años cincuenta. ¿Fueron mucho más espontáneas? Desde luego sería absurdo pensar que Mao y su grupo tiraban de los hilos de cada equipo de guardias rojos, pero encontramos los celos de Jiang Qing, esposa del timonel, detrás de las vejaciones de que fue víctima Wang Guangmei, esposa del presidente de la República Liu Shaoqi[202]. Este último, sin ser sometido a «autocrítica», fue arrojado en prisión (donde murió, torturado) hasta que Mao le consideró suficientemente aislado; y a la inversa, Zhou Enlai, aunque duramente criticado, escapó a cualquier humillación. El aspecto sensacional del movimiento lo constituyen desde luego los arreglos de cuentas en la cumbre a través de los guardias rojos, la ruptura definitiva de solidaridades que a veces databan de antes de la Larga Marcha, las purgas de mandos comunistas (el 60 por 100 fue expulsado de sus

moderado Pan Fusjeng, expulsado a instigación del ultramaoísta Wu Zhipu en vísperas del «gran salto adelante», vuelve al servicio en 1966 en el clan ultraizquierdista de Shen Boda, mientras que Wu era detenido y probablemente asesinado por los guardias rojos en 1967 en Cantón. *Cf.* Domenach (1982), *op. cit.*, pág. 163.

[201] *Cf.* sobre este punto el fascinante cuadro trazado por un antiguo guardia rojo convertido en universitario en Estados Unidos. Wang Shaoguang, *Failure of Charisma: The Cultural Revolution in Wuhan*, Hong King, Oxford University Press, 1995, págs. 95-111 y 161-209.

[202] Alain Roux, *La Chine populaire, tome 2 (1966-1984)*, París, Éditiones Sociales, 1984, págs. 45-46.

cargos, aunque muchos fueran reintegrados a ellos años más tarde, antes incluso de la muerte de Mao, en septiembre de 1976: Deng Xiaoping constituye el mejor ejemplo). En este punto, incluso, hay que relativizar la violencia: a diferencia de la URSS estalinista de los años treinta, la mayoría de los altos dirigentes y mandos sobrevivieron a los malos tratos. Solo un poco conocido ministro de Minas Hulleras fue apaleado hasta las muerte por los guardias rojos, y no hubo ejecución judicial a altísimo nivel. Liu murió loco en 1969; Peng Dehuai tuvo dos costillas rotas en julio de 1967, en una «lucha», y murió de cáncer en 1974; el ministro de Asuntos Exteriores Shen Yi, muy atacado, fue «ruralizado» en 1969, pero encontró el modo de volver al proscenio a la muerte de Lin Biao, poco antes de morir de enfermedad. El caso más dramático —y el más precoz— sigue siendo el del ministro de la Seguridad, Luo Ruiqing, purgado en noviembre de 1965 para dejar el campo libre a Kang Sheng, encarcelado en 1966, herido en el pie en un intento de voluntaria defenestración, que finalmente se le amputó en 1969, en una arriesgada operación que fue retrasada para tratar de hacerle confesar antes. Sin embargo sobrevivió a Mao. Sus condiciones de detención, aunque penosas y humillantes, fueron mucho menos duras que las de los millones de prisioneros que ellos habían contribuido a mandar al laogai. En particular se beneficiaron de un mínimo de cuidados médicos[203].

El guión de las exacciones de los guardias rojos es muy parecido tristemente de un extremo a otro de la China de las ciudades y de las universidades. Todo se desencadena hacia el 1 de junio de 1966, a raíz de la lectura, en la radio, del *dazibao* (cartel de grandes caracteres) de Nie Yuanzi, ayudante de filosofía en Beida (universidad de Pekín, la más prestigiosa del país), que llama a la lucha satanizando al adversario: «¡Rompamos todos los controles y las maléficas conjuras de los revisionistas, resuelta, radical, total, completamente! ¡Destruyamos a todos los monstruos, a todos los revisionistas del tipo Jrushchov!»[204]. Millones de alumnos y de estudiantes se organizan entonces, y sin mucho esfuerzo encuentran en sus profesores, en sus responsables de universidad, luego en las autoridades municipales o provinciales que tratan de defenderlos, a los «monstruos y demonios» que hay que expulsar. Con cierta imaginación, se les seguía llamando «genios maléficos», cuando no eran «fantasmas bovinos» o «espíritus reptilianos». El extremismo del GRC Qi Benyu asegura a propósito de Peng, el 18 de julio de 1967: «La serpiente venenosa está inerte, pero aún no ha muerto. El tigre de papel Peng Dehuai mata sin pestañear. Es un señor de la guerra. Que no os induzca a error su postura, la del lagarto inmóvil. Lo único que hace es fingir que está muerto. Es su instinto. Hasta los insectos y los animales tienen un instinto de conservación, por no decir nada de este animal carnívoro. ¡Al suelo con él, y pisoteadlo!»[205]. Es-

[203] Cf. Yan y Gao, *op. cit.*, págs. 152-166 y 197-228.

[204] *Íbid.*, pág. 28.

[205] Cf. Yan y Gao, *op. cit.*, pág. 210.

tos términos llenos de imágenes hay que tomarlos bastante en serio, porque están destinados a suprimir, mediante el rechazo de identificación, cualquier posibilidad de piedad. Se sabe que estas denominaciones conducían por regla general a la «lucha», y con bastante frecuencia a la muerte: el llamamiento a «destruir todos los monstruos», que desencadenó el movimiento en la universidad de Pekín, no era una frase inútil. El «enemigo de clase», ataviado con pancartas, sombreros y a veces trapos ridículos (sobre todo las mujeres), obligado a posturas grotescas (y penosas), con la cara pintarrajeada de tinta negra, obligado a ladrar como un perro, a cuatro patas, debía perder su dignidad humana. Un profesor, un tal Ma («caballo») hubo de comer hierba. Según un viejo universitario, a uno de cuyos colegas había matado uno de los estudiantes: «casi puedo comprender cómo ocurrió. Los propietarios eran entonces enemigos. Realmente, no eran hombres. Podéis utilizar la violencia con ellos. Era normal»[206]. En agosto de 1967, la prensa de Pekín eructa: los antimaoístas son «ratas que corren por las calles, matadlas, matadlas»[207]. Esta misma deshumanización la encontramos en el período de la reforma agraria, en 1949. Por ejemplo, un terrateniente es uncido a un arado y obligado a labrar la tierra a latigazos: «¡Tú nos has tratado como a bestias, ahora puedes ser nuestro animal!»[208], gritan los campesinos. Varios millones de «animales» semejantes fueron exterminados. Algunos, incluso, comidos: 137 por lo menos en Guangxi, en especial directores de colegio, y ello con la participación de los mandos locales del PCCh. Por ejemplo, ciertos guardias rojos se hicieron servir carne humana en la cantina. Aparentemente, también ocurrió en determinadas administraciones. Harry Wu recuerda a un ejecutado del laogai, en 1970, cuyo cerebro devoró un agente de la Seguridad. Había osado cometer un crimen sin igual, había escrito: «Derrocad al presidente Mao»[209].

De forma inmediata, no se sabe qué motiva más a estos guardias rojos cuya principal arma durante mucho tiempo va a ser su grueso cinturón: parecen ir constantemente de un real deseo de transformación social al *happening* de un estío particularmente canicular, pasando por la prudencia conformista de quien no desea problemas —permanecer pasivo equivale a ser tratado de revisionista; hay tanto qué hacer...— Las contradicciones afloran desde el principio: constantemente se repite la nueva consigna simplista: «uno siempre tiene razón en rebelarse», forjada el 18 de agosto por Mao (y en el que podrían resumirse, al parecer, los «mil componentes» del marxismo), pero uno se impone e impone un verdadero culto del presidente y de sus obras (el famoso *Libro rojo).* Sobre todo es el centro el único que tiene derecho a decidir *quién* se beneficia del «derecho a la rebeldía» (no se trata de dejárselo a los enemigos, hechos solo para sufrir) y *cuándo* puede utilizarse esa licencia: de ahí una competencia feroz entre organizaciones de guardias rojos para beneficiarse del precioso sello de «izquierda». Se pretende «disparar sobre los estados mayores» —pero el del ejército, controlado por Lin Biao, protege a los guardias rojos, y el de transportes los pasea gratuitamente durante el otoño de 1966 por toda China en convoyes que gozan de prioridad absoluta... Los «intercambios de experiencias» que los justifican se convierten frecuentemente en embriagadoras excursiones turísticas de unos jóvenes que nunca habían salido de su villa natal, además del encuentro colectivo, a guisa de atracción de cuatro estrellas, con un Mao que suscita lágrimas (obligatorias para las chicas), demostraciones de fervor religioso y, en alguna ocasión, barullos mortales[210].

[206] Citado en Anne F. Thurston, «Urban violence during the Cultural Revolution: who is to blame?», en Jonathan N. Lipman y Stevan Harrell, *Violence in China - Essais in Culture and Counterculture*, State University of New York Press, 1990.

[207] Citado en Marie-Claire Bergère, *La République populaire de Chine de 1949 à nos jours*, París, Armand Collin, 1987, pág. 133.

[208] Jack Belden, *China Shakes the World*, Harmondsworth, Pelican, 1973 (1.ª edición, 1949), pág. 228.

[209] Becker, *op. cit.*, pág. 218; Wu, *op. cit.*, pág. 46.

Mao lo dijo el 18 de agosto: «Nosotros no queremos amabilidad, nosotros queremos la guerra»; y la guardia roja Song Binbin («Song la amable») se apresura a convertirse en Song Yaowu («Song quiere la guerra»[211]). El nuevo ministro de la Seguridad, Xie Fuzhi, cercano a Jiang Qing, declara a finales de agosto ante un auditorio de mandos policiales: «No podemos conformarnos con las prácticas ordinarias; no podemos seguir el código penal. Si detenéis a personas que han pegado a otros, cometeréis un error... ¿Deben ser castigados los guardias rojos que matan? Mi opinión es que si se mata, pues bien, se ha matado. No es nuestro problema... No apruebo el hecho de que las masas maten, pero si las masas odian a las malas personas hasta el punto de que no podemos pararlas, entonces no insistamos... La policía popular debe estar del lado de los guardias rojos, unirse a ellos, simpatizar con ellos, y proporcionarles informes, en particular sobre los elementos de las Cinco Categorías (negras)»[212]. Estamos en el inicio de un combate sin mucho riesgo: frente a un aparato del partido agitado por corrientes contradictorias, acogotado por la audacia de Mao, y que no se atreve a condenar el movimiento que se produce, los intelectuales y cuanto les rodea (libros, pinturas, porcelana, bibliotecas, museos, edificios culturales) son presas fáciles sobre las que todos los clanes del poder pueden ponerse de acuerdo.

El antiintelectualismo es, en efecto, ya se ha señalado, una pesada tradición en el PCCh, y Mao lo encarnó particularmente bien. ¿No van a repetir los guardias rojos su cita: «La clase capitalista es la piel; los intelectuales son los pelos que crecen sobre la piel. Cuando la piel muere, no hay pelo»[213]? Los

[210] Ling, *op. cit.*, págs. 174-183 y Zhai, *op. cit.*, págs. 84-90; «He intentado llorar, pero no lo he conseguido», cuenta ella (pág. 88); es cierto que Mao no gana visto muy de cerca: «Quedé algo decepcionada. Parecía más viejo de lo que me imaginaba, y más de la mitad de su pelo eran canas. Su cara presentaba los signos de la vejez y no resplandecía, como habría debido hacerlo. Sus movimientos eran lentos. Era un viejo senil» (pág. 87).

[211] Thurston, *art. cit.*, pág. 149.

[212] Yan y Gao, *op. cit.*, pág. 76.

[213] Nient, *op. cit.*, pág. 101.

oficiales no pueden pronunciar la palabra «intelectual», sin unirle el epíteto «apestoso». Jean Pasqualini, que se limpiaba una sandalia al salir de una pocilga, hizo la experiencia con un guardián, que le gritó: «Su cerebro está mucho más sucio, ¡y apesta todavía más! ¡Deténgase inmediatamente! ¡Esa es una costumbre burguesa! En vez de la sandalia, ¡límpiese el cerebro!» [214]. En los inicios de la Revolución Cultural, los alumnos y estudiantes fueron dotados de un pequeño compendio de Mao relativo a la enseñanza, donde condena el saber de los profesores «incapaces de distinguir los cinco granos», y que «cuanto más aprenden, más estúpidos se vuelven». Predica asimismo el acortamiento de los estudios, y la supresión de la selección mediante exámenes: la universidad debe formar rojos, no «expertos», y debe abrirse prioritariamente para los «rojos» de nacimiento [215].

Como en muchas ocasiones ya tenían la experiencia de dos o tres autocríticas, la voluntad de resistencia de los intelectuales es débil. Y los viejos escritores hacen durante horas el «avión», hasta el agotamiento, delante de unos jóvenes que los insultan; desfilan por las calles, con orejas de burro en la cabeza; muchas veces son golpeados con dureza. Algunos mueren por esa causa, otros se suicidan, como el gran escritor Lao She, en agosto, o Fu Lei, traductor de Balzac y de Mallarmé, en septiembre. Teng To es asesinado, Wu Ha, Chao Shu-li y Liu Ching murieron en cautiverio, y Pa Kin pasa años en residencia vigilada [216]. Ding Ling ve cómo le confiscan y destruyen diez años de manuscritos [217]. El sadismo y el fanatismo de los «rebeldes»-verdugos son abrumadores. Por ejemplo, en la universidad de Xiamen (Fujian): «algunos [profesores], al no poder soportar las escenas de ataques y de críticas, enfermaron y murieron, prácticamente en nuestra presencia. No sentí ninguna piedad hacia ellos, ni hacia el puñado de aquellos que se arrojaron por la ventana, ni por aquel que se tiró en una de nuestras famosas fuentes calientes, donde murió abrasado» [218]. Aproximadamente una décima parte del personal docente fue «combatido» (por sus colegas en la enseñanza primaria), muchos otros fueron molestados.

Las ciudades esperan la llegada de los guardias rojos lo mismo que se espera un tifón, durante la campaña contra las «cuatro antiguallas» (viejas ideas, vieja cultura, viejas costumbres, viejos hábitos), lanzada por Lin Biao el 18 de agosto: se levantan barricadas en los templos (pero muchos serán destruidos, a menudo en autos de fe públicos, o dañados), tesoros escondidos, frescos pintarrajeados para protegerlos, libros trasladados. Se queman decorados y trajes de la Ópera de Pekín, suprimida en provecho de las «óperas revolucionarias de tema contemporáneo» de la señora Mao, durante diez años prác-

[214] Pasqualini, *op. cit.*, pág. 194.
[215] Zhai, *op. cit.*, pág. 62.
[216] Douwe Fokkema, «Creativity and Politics», en MacFarquhar y Fairbank, *op. cit.*, pág. 600.
[217] Yan y Gao, *op. cit.*, pág. 79.
[218] Testimonio de un guardia rojo, en Roux, *op. cit.*, pág. 37.

ticamente la única forma de expresión artística autorizada. Hasta la Gran Muralla es destruida en parte: se recuperan los ladrillos para construir pocilgas. Zhou hace entonces amurallar parcialmente y proteger por tropas el Palacio Imperial de Pekín [219]. Los diversos cultos se ven muy afectados: dispersión de los monjes del célebre complejo budista de los montes Wutai, manuscritos antiguos quemados, destrucción parcial de sus sesenta templos; auto de fe de Coranes entre los uigures de Xinjiang, prohibición de festejar el año nuevo chino... La xenofobia, vieja tradición china, alcanza extremos terroríficos: saqueo de las tumbas «imperialistas» en ciertos cementerios [220], casi prohibición de cualquier práctica cristiana, rotura a golpes de martillo de las inscripciones inglesas o francesas sobre el Bund, en Shanghai. Nien Cheng, viuda de un británico, a la que le pareció oportuno ofrecer café a un guardia rojo que estaba de «pesquisa», oye que le contesta: «¿Por qué bebe usted una bebida extranjera? ¿Por qué es preciso que coma usted un alimento extranjero? ¿Por qué tiene tantos libros extranjeros? ¿Por qué es usted *tan* extranjera?» [221]. A los guardias rojos, esos críos trágicamente serios, les parece conveniente prohibir esas «desviaciones de la energía revolucionaria» que serían gatos, pájaros y flores (por lo tanto se vuelve *contrarrevolucionario* plantarlas en el jardín propio), y el Primer ministro se ve obligado a intervenir para impedir que un semáforo *rojo* no empiece a significar «adelante». En las grandes ciudades —Shanghai en particular—, escuadras de guardias rojos cortan sumariamente el pelo largo o engominado, destrozan los pantalones apretados, arrancan los tacones altos, rompen los zapatos puntiagudos, obligan a las tiendas a adoptar nombres «convenientes». Centenares de *Oriente Rojo* que no muestran más que retratos y obras del timonel desorientan a los viejos habitantes de Shanghai [222]. Los contraventores se exponen a recibir a modo de precintos una imagen de Mao, que sería sacrílego desgarrar. Los guardias rojos detienen a los transeúntes para obligarles a recitar una cita de Mao, elegida por ellos [223]. Muchos no se atreven a salir de sus casas.

Para millones de familias negras, lo más duro fue, sin embargo, las pesquisas de los guardias rojos. Mezcla de investigaciones de «pruebas» de crímenes supuestos, recuperación de plata y oro por las autoridades locales, su organización o... ellos mismos, y vandalismo puro y simple, rompen, saquean y a menudo confiscan todo o parte del domicilio. La humillación, los insultos, los golpes para las personas indagadas son casi de rigor. Algunos se defienden, y acaban mal; una simple expresión de desdén, una palabra levemente burlona, una negativa a confesar el emplazamiento de sus «tesoros» basta para que lluevan los golpes, se produzcan muertes con demasia-

[219] Yan y Gao, *op. cit.*, pág. 70.
[220] Ling, *op. cit.*, pág. 49; Yan y Gao, *op. cit.*, pág. 71.
[221] Nien, *op. cit.*, pág. 119.
[222] *Íbid.*, pág. 86.
[223] Algunos eligieron: «El camarada Norman Béthune es un miembro del Partido Comunista canadiense.» ¿Humor?

da frecuencia y, como mínimo, haya un saqueo generalizado del alojamiento [224]. También ocurren, aunque rara vez, muertes entre los guardias. Con frecuencia la misma persona es «visitada» varias veces, por distintas organizaciones. Para no perder prestigio, los últimos en llegar se apoderan a menudo del estricto mínimo vital que sus predecesores habían dejado generosamente a los «capitalistas» en desgracia. En tales condiciones, fueron, sin duda, los suicidios los que más pérdidas causaron, pero es inútil tratar de establecer cifras demasiado precisas: muchos crímenes fueron ocultados de este modo...

Disponemos sin embargo de datos parciales: el «terror rojo» habría causado en Pekín 1.700 muertos, mientras que 33.000 alojamientos eran investigados, y 84.000 negros expulsados de la ciudad [225]; en Shanghai habrían sido confiscados 150.000 alojamientos y se habrían conseguido 32 toneladas de oro. En la gran ciudad industrial de Wuhan (Hubei), 21 pesquisas fueron acompañadas de 32 palizas mortales y de 62 suicidios [226]. En ocasiones se produjeron excesos sangrientos, como en el distrito de Daxing, al sur de la capital, donde 325 negros y miembros de sus familias fueron asesinados en cinco días; el de mayor edad tiene ochenta años, el más joven treinta y ocho días. Un médico es ejecutado como «asesino de rojo», dado que su paciente «rebelde» ha tenido una alergia mortal a la penicilina [227]. Las «investigaciones» en la administración —dirigidas muchas veces por policías disfrazados de guardias rojos— fueron masivas y a veces mortíferas: unas 1.200 ejecuciones en la depuración del ministerio de la Seguridad, 22.000 personas interrogadas, y a menudo encerradas, en el marco de la preparación del expediente Liu Shaoqi, expulsión (y por lo general arresto) del 60 por 100 de los miembros del Comité central (casi nunca reunido), de las tres cuartas partes de los secretarios provinciales del partido. En total, teniendo en cuenta todos los períodos de la Revolución Cultural, encarcelación de tres a cuatro millones de mandos (de unos dieciocho millones aproximadamente) y de 400.000 militares —a pesar de la prohibición de guardias rojos en el EPL [228]. Entre los intelectuales, 142.000 docentes, 53.000 técnicos y científicos, 500 profesores de medicina, y 2.600 escritores y artistas habrían sido perseguidos, y muchos de ellos muertos o empujados al suicidio [229]. En Shanghai, donde esas categorías son particularmente numerosas, en 1978 se estima que 10.000 personas habrían perecido de muerte violenta por causa de las exacciones de la Revolución Cultural [230].

[224] *Cf.* por ejemplo Zhai, *op. cit.*, págs. 92-100.
[225] *Íbid.*, pág. 100.
[226] Wang, *op. cit.*, pág. 72.
[227] Yan y Yao, *op. cit.*, pág. 77.
[228] Domenach (1992), *op. cit.*, págs. 273-274 y 284-285.
[229] Yan y Gao, *op. cit.*, pág. 212; las cifras, que deben manejarse con prudencia, son las del proceso de la «Banda de los Cuatro» (1981).
[230] Nien, *op. cit.*, pág. 602.

Pero sorprende la facilidad con la que estos jóvenes, que encuentran pocos refuerzos en otras capas de la sociedad, pueden, a finales de 1966 y principios de 1967, arremeter contra altos responsables del partido, «criticados» en estadios de Pekín, torturados a muerte incluso, como el responsable del Partido de Tianjin, o como el alcalde de Shanghai, que atado al gancho de la grúa de un remolque de tranvías, apaleado, responde obstinadamente a quienes exigen de él una autocrítica: «¡Antes reviento!» [231]. Una sola explicación: el elemento determinante —Mao, el centro—, si no la masa del aparato de Estado está de parte de los «revolucionarios», y una medida como el cierre por seis meses (será rectificada), el 26 de julio de 1966, del conjunto de establecimientos de enseñanza secundaria o superior es un impulso para la movilización de sus 50 millones de alumnos. Sin nada que hacer, seguros de una impunidad total, incluso si matan (serán «accidentes»), alentados sin descanso por los medios de comunicación oficial, ¿quién podría resistírseles?

Su primer pogrom.

(...) Cuando algunos de nosotros volvíamos de la playa donde habíamos ido a bañarnos, habíamos oído, al acercarnos a la entrada principal de la escuela, gritos y aullidos. Algunos camaradas de clase corrían hacia nosotros gritando:

«¡La lucha ha empezado! ¡La lucha ha empezado!»

Corrí hacia el interior de la escuela. En el campo de deportes, y más lejos aún, delante de un edificio escolar completamente nuevo de tres pisos, vi a los profesores, cuarenta o cincuenta en total, en fila, con la cabeza y la cara rociadas de tinta negra, de modo que efectivamente formaban una «banda negra». Llevaban colgados del cuello unos letreros con inscripciones como «autoridad académica reaccionaria Fulano», «enemigo de clase Fulano», «apoyo de la vía capitalista Fulano», «Fulano, jefe de banda corrompida», —calificativos todos ellos tomados de los periódicos—. Cada letrero estaba marcado con una cruz roja, lo cual daba a los profesores una apariencia de prisioneros condenados a muerte en espera de la ejecución. Todos llevaban orejas de burro sobre las que habían pintado epítetos semejantes, y a la espalda llevaban escobas de barrer sucias, mandiles y zapatos.

También les habían colgado alrededor del cuello cubos llenos de piedras. Vi al director: su cubo era tan pesado que el alambre se le había metido profundamente en la piel, y vacilaba. Todos iban con los pies desnudos, con los que golpeaban sobre gongs o cacerolas dando la vuelta al campo mientras gritaban:

[231] Roux, *op. cit.*, pág. 50.

«¡Yo soy el gángster Fulano!»

Por último, todos cayeron de rodillas, quemaron incienso y suplicaron a Mao Zedong que «les perdonara sus crímenes». Quedé sobrecogido ante aquella escena y sentí que palidecía. Algunas chicas estuvieron a punto de desmayarse.

Luego vinieron los golpes y las torturas. Nunca había visto antes torturas semejantes: les hacían comer desechos e insectos; se les sometía a descargas eléctricas; les forzaban a ponerse de rodillas sobre cristales rotos; se les obligaba a hacer el «avión» colgándolos de los brazos y las piernas.

Los primeros en coger palos y en torturar eran los energúmenos de la escuela: hijos de mandos del partido y oficiales del ejército, pertenecían a las cinco clases rojas —categoría que también abarcaba a los hijos de obreros, de campesinos pobres y semipobres y de mártires revolucionarios. (...) Groseros y crueles, estaban acostumbrados a utilizar la influencia de sus padres y a pelearse con los demás alumnos. Eran tan nulos en clase que estaban a punto de ser expulsados, por eso arremetían probablemente contra los profesores.

Muy envalentonados por los provocadores, los demás alumnos también gritaban: «¡Pegadles!», y saltaban sobre los profesores, utilizando los puños y dándoles patadas. Los rezagados fueron obligados a apoyarles gritando con fuerza y mostrando el puño.

No había nada de extraño en todo aquello. Por regla general, los alumnos jóvenes eran tranquilos y bien educados; pero una vez dado el primer paso, no podían hacer otra cosa que seguir adelante. (...)

Pero el golpe más duro para mí, ese día, fue el asesinato de mi querido profesor Shen Ku-teh, que era por quien yo sentía más amor y respeto. (...)

El profesor Shen, de más de sesenta años, sufría hipertensión. Fue arrastrado al exterior a las 11.30 horas, expuesto al sol del verano durante más de dos horas, luego obligado a desfilar con los demás llevando un letrero y golpeando un gong. Después lo arrastraron al primer piso de un edificio escolar, luego de nuevo lo bajaron, asestándole puñetazos y escobazos a lo largo del trayecto. En el primer piso, algunos de sus agresores echaron abajo la puerta de una clase para coger las perchas de bambú, con las que seguían pegándole. Yo les detuve suplicándoles:

«No tenéis necesidad de hacer eso. ¡Es excesivo!»

El profesor se desmayó en varias ocasiones, pero lo reanimaban cada vez echándole agua fría al rostro. Tenía que hacer grandes esfuerzos para moverse: sus pies se habían cortado con el cristal y estaban desgarrados por espinas. Pero su espíritu no se dejó abatir.

«¿Por qué no me matáis?, gritaba. ¡Matadme!»

Aquello duró seis horas, hasta que perdió el control de sus excrementos. Los verdugos trataron de meterle un palo por el recto. Se de-

rrumbó por última vez. Le rociaron una vez más con agua fría, pero ya era demasiado tarde. Los asesinos quedaron un momento atónitos, porque sin duda era la primera vez que habían golpeado a un hombre hasta matarle, lo mismo que para la mayoría de nosotros era la primera vez que asistíamos a una escena semejante. La gente empezaba a escapar, unos tras otros. (...) Arrastraron el cuerpo de su víctima fuera del campo de juego, hasta una cabaña de madera donde los profesores solían jugar al ping-pong. Allí lo pusieron sobre una lona de gimnasia sucia, luego llamaron al médico de la escuela y le dijeron:

«Comprueba con mucho cuidado que ha muerto de hipertensión. ¡No tienes derecho a defenderle!»

El doctor lo examinó y le declaró muerto a consecuencia de torturas. Luego algunos le agarraron y empezaron a golpearle a él también, diciendo:

«¿Por qué respiras por la misma nariz que él? ¿Quieres terminar pareciéndote a él?»

El doctor terminó anotando en el certificado de defunción: «Muerte debida a un repentino ataque de hipertensión»[232].

Los revolucionarios y su maestro. Leyenda dorada: durante mucho tiempo en Occidente se ha tomado a los guardias rojos por los primos, cierto que algo más fanáticos, de los revolucionarios del 68[233], contemporáneos suyos. Leyenda negra: desde la caída de los «cuatro», los guardias rojos están considerados en China como los auxiliares cuasi fascistas de una banda de aventureros políticos. La realidad fue muy distinta: los «rebeldes» se consideraban buenos comunistas maoístas, completamente ajenos a cualquier ideal democrático o libertario; y lo fueron en lo esencial. Excepto en el centralismo democrático —y esto puso fin a la experiencia en apenas dos años—, representaron colectivamente una especie de extraño «partido comunista bis», en el momento en que las divisiones del primero lo paralizaron por completo. Dispuestos a morir por Mao, vinculados tanto ideológica como humanamente a Lin Biao y sobre todo al GRC de Jiang Qing, solo representaron una alternativa para las direcciones municipales y provinciales expuestas a la hostilidad del centro maoísta, y una fuerza supletoria para los arreglos de cuentas del pala-

[232] Ken Ling, Miriam London y Ta-ling Lee, *La Vengeance du ciel: un jeune Chinois dans la Révolution culturelle*, París, Robert Laffont, 1981 (edición original en inglés, 1972), págs. 20-23. La escena ocurre en un instituto de elite de Xiamen.

[233] Ese «mucho tiempo» no se aplica, evidentemente, a Simon Leys, cuyas obras precursoras todavía pueden hoy leerse con provecho, tanto por la precisión cronológica como por su desciframiento de la ideología de la Revolución Cultural: *Les Habits neufs du président Mao: Chronique de la «Révolution culturelle»*, París, Champ libre, 1971; y *Ombres chinoises*, París, 10/18-Bibliothèque asiatique, 1974.

cio, en Pekín. La inmensa energía de estas decenas de millones de jóvenes fue puramente destructora. En los períodos, cierto que breves, en que llegaron a ocupar el poder, no hicieron estrictamente nada y no modificaron en ningún punto notable los principios de base del totalitarismo reinante. Los guardias rojos pretendieron a veces imitar los principios de la comuna de París de 1871, pero las elecciones que organizaron nunca tuvieron nada de libre o de abierto: todo lo decidían minúsculos aparatos que se habían autoproclamado a sí mismos; la alternancia solo se realizaba en forma de golpes de fuerza, constantes, en el seno de las organizaciones[234] y de las estructuras administrativas que esas organizaciones consiguieron controlar. Más allá, hubo desde luego numerosas «liberaciones» individuales, y el triunfo de ciertas reivindicaciones sociales en las fábricas[235]: pero en 1968 más dura será muchas veces la caída.

Mil vínculos unían a los guardias rojos con el aparato comunista. En junio-julio de 1966, fueron los equipos de trabajo enviados a los principales establecimientos escolares por el grupo de Liu Shaoqi y las direcciones provinciales subordinadas las que crearon los primeros «antros negros» para profesores «combatidos» e impulsaron los grupos iniciales de guardias rojos. Aunque retirados oficialmente a principios de agosto, en el marco del golpe de fuerza de Mao en el seno del Comité central, a veces siguieron influyendo de forma duradera en las organizaciones locales[236]. En cualquier caso estimularon de forma decisiva el recurso a la violencia contra los profesores y los cuadros de la enseñanza, y abrieron la vía al movimiento contra las «cuatro antiguallas». Este, alentado por las autoridades locales, de hecho estuvo dirigido por la policía, que proporciona la lista de la gente que hay que perseguir y que recoge tanto las piezas de convicción como los objetos confiscados: Nien Cheng recibirá la sorpresa, y la alegría, de recuperar en 1978 una gran parte de las porcelanas que le habían sido arrancadas salvajemente doce años antes. Las víctimas expiatorias son muchas veces los eternos «combatidos» de las campañas precedentes, además de algunos mandos medios sacrificados para salvar la vida de los auténticos poseedores del poder.

La extensión del movimiento a las fábricas y la huida hacia delante de un Mao que siente que su objetivo —eliminar a sus adversarios del aparato— se le escapa, lleva, desde luego, a enfrentamientos de gran amplitud entre rebeldes y municipalidades o direcciones provinciales. Pero, por un lado, estas saben crear poderosas organizaciones de masas a su servicio, llamadas «conservadoras», y en el fondo muy difíciles de distinguir de los rebeldes más cercanos a la línea maoísta. Por otra parte, estos, más independientes localmente, ven su salvación en la afiliación a ese «supercomité central» en que se

[234] Cinco en unos pocos meses en la dirección del cuartel general obrero de Wuhan (Wang, *op. cit.*, pág. 89).

[235] Ling, *op. cit.*, págs. 267-269.

[236] *Cf.* en particular Ling, *op. cit.*

ha convertido el GRC, donde Kang Sheng desempeña un papel tan discreto como esencial: equipos especializados aseguran el vínculo con Pekín (al principio, lo hicieron en muchas ocasiones estudiantes de la capital), que envía consejos y listas negras (los dos tercios de los miembros del Comité central, entre otros), espera a cambio resultados de investigaciones y pruebas, y proporciona a sus aliados las preciosas «etiquetas buenas», escudo mágico durante mucho tiempo frente al EPL[237]. Los rebeldes son parte de la máquina estatal, lo mismo que los conservadores: aunque su papel no sea el mismo. Por último, hay que subrayar hasta qué punto es total el consenso entre todos los grupos y todas las facciones por lo que se refiere a la represión —y evidentemente esto supone una diferencia inmensa con la tradición revolucionaria de Occidente—. Si se critica el laogai (por lo demás, poco tocado), es para quejarse de su «laxismo»: Nien Cheng sintió duramente la llegada de los brutales e inhumanos guardianes maoístas nuevos. Hua Linshan, sin embargo rebelde de ultraizquierda, y en lucha abierta contra el EPL, ocupó la sección de mecánica de una fábrica-prisión, para fabricar armas. Sin embargo, «durante toda nuestra estancia, [los prisioneros] permanecieron en sus celdas y prácticamente no tuvimos ningún contacto con ellos»[238]. Los guardias rojos, que emplean el secuestro como medio especial de lucha, tienen su propia red penitenciaria, en cada escuela, en cada administración, en cada fábrica: en esos «establos», en esos «antros», o, por eufemismo, en esas «clases de estudio», se secuestra, se interroga, se tortura sin descanso, con mucha inventiva e imaginación. Por ejemplo, Ling evoca un «grupo de estudios psicológicos» informal en su instituto: «Evitábamos mencionar las torturas, pero las considerábamos un arte. (...) Llegamos a pensar incluso que nuestras pesquisas no eran suficientemente científicas. Había muchos métodos cuya experiencia no podíamos hacer por falta de capacidad»[239]. Una milicia «radical» de Hangzhu, formada esencialmente por negros antes perseguidos, tiene de media un millón de personas en sus tres centros de investigación; condena a 23 personas por calumnias de su dirigente Weng Senhe; sus miembros obreros consiguen tres días de vacaciones por una jornada de trabajo en la milicia, así como comidas gratuitas[240]. Resulta sorprendente que en todos los testimonios de antiguos guardias rojos ocupen tanto espacio las prácticas represivas, que sean tan numerosas las menciones de adversarios derribados, mostrados en público, humillados, a veces asesinados, y ello aparentemente sin que se haya producido nunca un enfrentamiento. También es significativo que el período de la Revolución Cultural haya estado marcado por el nuevo encarcelamiento de antiguos detenidos, por la nueva atribución general de etiquetas derechistas antes levantadas, por

[237] Harding, capítulo citado, pág. 168.

[238] Hua, *op. cit.*, pág. 311.

[239] Ling, *op. cit.*, págs. 32-33.

[240] Keith Forster, «Spontaneous and Institutional Rebellion in the Cultural Revolution: The Extraordinary Case of Weng Senhe», en *Australian Journal of Chinese Affairs*, núm. 27, 1992, págs. 38-75.

arrestos sistemáticos de extranjeros o de chinos de ultramar, o incluso por nuevas infamias como la obligación para una joven de acabar de cumplir la pena de su padre fallecido [241]: la administración civil sufrió considerablemente, pero la del laogai tuvo por lo menos libres las manos. Entonces, ¿generación de rebeldes o generación de carceleros? [242]

Ideológicamente, incluso grupos rebeldes tan radicales y preocupados por la elaboración teórica como el *Shengwullian* de Hunan [243] no consiguieron alejarse del marco de referencia maoísta. Claro está que el pensamiento del presidente es tan vago [244], sus palabras son tan contradictorias que cada cual puede «ir al mercado» un poco a su aire: tanto conservadores como rebeldes tenían su stock de citas —a veces las mismas, interpretadas de modo diferente—. En la extraña China de la Revolución Cultural, un mendigo podía justificar un robo con una frase de Mao sobre la solidaridad [245], y un trabajador de negro que había robado unos ladrillos para olvidar cualquier escrúpulo, porque «la clase obrera debe ejercer su dirección en todo» [246]. De cualquier modo hay un núcleo duro, que nadie puede burlar: la santificación de la violencia [247], la radicalidad de los enfrentamientos de clase y de sus prolongaciones políticas. Al que camina por la línea justa, todo le está permitido. Los rebeldes no supieron siquiera distanciarse de la propaganda del régimen, cuyo lenguaje oficial imitan sus textos; nunca se privaron de mentir de forma desvergonzada, no solo a las masas, sino incluso a sus camaradas de organización [248].

Sin embargo, lo más dramático tal vez sea el consenso sobre la «política de castas» llevada a cabo en los años cincuenta (véase más arriba), que fue reforzada también por la Revolución Cultural. Las cosas habrían podido ocurrir de otro modo: para animar el fuego, el GRC, ya lo hemos dicho, abrió las puertas de la organización a los negros, que se precipitaron por ellas. De forma bastante natural se inscribieron entre los rebeldes (el 45 por 100 de hijos de intelectuales entre los alumnos de los institutos de Cantón), el 82 por 100 de los conservadores de la gran metrópoli meridional. Los rebeldes, que asimismo se apoyaban en los obreros sin estatuto, eran los adversarios naturales de los mandos políticos, a pesar de que los conservadores concentraban el tiro

[241] Domenach (1992), *op. cit.*, págs. 278-286.

[242] «Los estudiantes decían: cuando tengamos el control del Buró de Seguridad Pública, podremos detener a quien nos plazca.» Ling, *op. cit.*, pág. 252.

[243] *Cf.* sus textos esenciales en Héctor Mandarès *et al., Revo cul dans la Chine pop: anthologie de la presse des Gardes rouges (mai 1966-janvier 1968)*, París, Bibliothèque asiatique, 1974, págs. 353-427.

[244] Y no hace nada para explicitarlo, porque eso le inclinaría demasiado hacia algún clan concreto: durante toda la Revolución Cultural, ¡nunca pronunció *ningún discurso!*

[245] Ling, *op. cit.*, pág. 119.

[246] Nien, *op. cit.*, pág. 503.

[247] «Teníamos una cosa en común: la convicción de que "la violencia resuelve todos los problemas".» Ling, *op. cit.*, pág. 200.

[248] *Cf.* por ejemplo Hua, *op. cit.*, pág. 328.

sobre los negros. Pero, dado que su visión incluía la cesura entre categorías sociopolíticas, a partir de ahí, para enmendarse de su mancha de infamia nativa, los rebeldes se lanzaron a un incremento de la represión frente a los conservadores, y no se privaron de atacar también a los negros, rogando al cielo que el golpe no afectase a sus propios padres... Peor aún aceptaron para ellos mismos la nueva noción de *herencia de clase,* propagada ante todo por los guardias rojos de Pekín, dominados por los hijos de mandos y de militares, pero nunca combatida de forma explícita.

Esa noción quedaba expresada, por ejemplo, en este notable canto de marcha:

«Si el padre es un valiente, el hijo es un héroe,
Si el padre es un reaccionario, el hijo es un ojo del culo.
Si eres revolucionario, avanza entonces y ven con nosotros,
Si no lo eres, déjate ver
[...]
¡Vamos, déjate ver!
¡Te echaremos de tu jodido cargo!
¡Mata! ¡Mata! ¡Mata!» [249]

Un «biennacido» aporta este comentario: «¡Nosotros hemos *nacido rojos!* [250] Lo rojo nos viene del vientre de nuestras madres. Y lo digo con toda claridad: ¡tú has nacido negro! ¿Qué puedes hacerle»? [251]. La racialización de las categorías es desastrosa. Zhai Zhenhua, con el cinto en la mano y soltando injurias, obliga a la mitad negra de su clase a pasar su tiempo estudiando a Mao: «Para salvarse, primero tenían que aprender a sentir vergüenza de su horrible origen familiar, así como de sus padres, y a odiarlos» [252]. Y por supuesto, en su caso no hay posibilidad de unirse a los guardias rojos. En la estación de Pekín, esos últimos patrullan, dan palizas y envían a casa a todos los guardia rojos de mal origen. En provincias suelen ser más tolerantes, y los negros ostentan en ocasiones posiciones de responsabilidad. No obstante, siempre se coloca primero a los mejor nacidos: «La "prueba de clase o abolengo de clase" de Cerdita [253] era excelente, y eso suponía una cualificación mayor: procedente de una familia de albañiles, se jactaba a menudo de que desde hacía tres generaciones su familia nunca había tenido un techo encima de la cabeza» [254]. En los enfrentamientos verbales, el argumento del nacimiento reaparece una y otra vez, sin que nadie lo repruebe. Hua Linshan, rebelde muy militante, se hace propiamente arrojar de un tren de guardias rojos más bien

[249] Zhai, *op. cit.*, pág. 81.

[250] Subrayado en el texto.

[251] *Ídem.*

[252] *Ibid.*, pág. 105.

[253] Apodo de una estudiante de instituto.

[254] Ling, *op. cit.*, pág. 42.

conservadores: «Lo que todavía hoy siento con gran vivacidad es que mi presencia física era para ellos una ofensa, una mancha. [...] Entonces tuve la impresión de ser una cosa inmunda» [255]. En las manifestaciones, los Cinco Rojos siempre se sitúan a la cabeza [256]. El *apartheid* se extiende al conjunto de la sociedad: en una reunión de barrio, en 1973, Nien Cheng se sienta por descuido con el proletariado. «Como si hubieran recibido un calambrazo, los obreros más cercanos a mí apartaron inmediatamente su taburete del mío y me encontré aislada en aquella habitación superpoblada»; entonces se dirige a un grupo de mujeres «formado exclusivamente por miembros de la clases capitalista y de intelectuales, los intocables de la Revolución Cultural» [257]. Cheng precisa que no fueron ni la policía ni el partido los que impusieron aquella segregación.

De la explosión de las luchas entre facciones al aplastamiento de los rebeldes. La segunda fase del movimiento empieza en el instante en que, a principios de enero de 1967, se plantea la cuestión del poder. El centro maoísta sabe que ha superado el punto de no retorno en el enfrentamiento con la antigua dirección liuista, empujada contra las cuerdas en Pekín, pero que todavía puede contar con poderosos bastiones en la mayoría de las provincias. Para darle la puntilla, los rebeldes deben apoderarse del poder. El ejército, baza maestra, no intervendrá: por lo tanto, las nuevas tropas del presidente tendrán el campo libre. Shanghai da la señal en enero, y un poco en todas partes las municipalidades y comités del partido son fácilmente derrocados. Ahora ya no se trata de criticar, sino de gobernar. Y el desastre empieza: las tensiones entre grupos rebeldes rivales, entre estudiantes y obreros [258], entre obreros permanentes o no, conducen de forma casi instantánea a duros enfrentamientos que afectan a ciudades enteras, pronto con armas de fuego y no solo con cinturones o incluso con puñales. Los dirigentes maoístas, ahora cerca del triunfo, se asustan: la producción industrial se hunde (–40 por 100 en Wuhan en enero [259]), ya no hay administración, y algunos grupos que se les escapan de las manos se instalan en posiciones de poder. A China le faltan de forma cruel mandos competentes: por lo tanto conviene reintegrar a la gran mayoría de aquellos que han sido atacados. Hay que poner de nuevo las fábricas a trabajar, y los establecimientos escolares no pueden permanecer cerrados indefinidamente. De ahí una doble elección, a finales de enero: promover una nueva estructura de poder, los comités revolucionarios (CR), fundados sobre el principio de «tres en uno» —alianza de los rebeldes, de los antiguos mandos y del EPL— conducir suavemente a los guardias rojos hacia una salida (o más bien

[255] Hua, *op. cit.*, pág. 106.

[256] *Ibid., op. cit.*, pág. 108.

[257] Nien, *op. cit.*, pág. 494.

[258] «Una diferencia fundamental aparecía entre los estudiantes y los obreros: los estudiantes querían el poder, mientras que los obreros querían dinero.» Ling, *op. cit.*, pág. 252.

[259] Wang, *op. cit.*, pág. 118.

hacia las aulas), utilizando en caso necesario el otro brazo armado de Mao, pero en sordina desde hacía seis meses: el ejército.

Para los rebeldes, la roca Tarpeya está por lo tanto cerca del Capitolio... Sin embargo, la Revolución Cultural está llena de sorpresas. En abril, la vuelta al orden supera hasta tal punto las esperanzas que Mao empieza a inquietarse: los conservadores, y tras ellos los derrocados de enero, vuelven a sacar en todas partes la cabeza y constituyen a veces un peligroso frente común con las guarniciones del EPL, como en Wuhan, donde los rebeldes están en desbandada. Entonces se produce un nuevo golpe de timón a la izquierda, acentuado en julio, tras el arresto por los militares de Wuhan, durante dos días, de emisarios del GRC. Pero, como siempre que los guardias rojos maoístas sienten el viento a sus espaldas, asistimos al estallido de la violencia y a luchas tácticas que parecen apuntar a la anarquía —y los CR no siempre consiguen establecerse—. De ahí, en septiembre, la autorización concedida al EPL para hacer uso de sus armas (hasta ese momento, el ejército debía asistir impotente al pillaje de sus arsenales), y un segundo lanzamiento de rebeldes. 1968 repite parcialmente los hechos de 1967: nuevas inquietudes de Mao en marzo, y alientos —más mesurados que el año anterior— a la izquierda. Ante la extensión de enfrentamientos cada vez más mortíferos, se produce la ejecución, esta vez radical, de los rebeldes en julio.

Así pues, mucho depende de los plazos que se conceda Mao, situado ante ese cruel dilema del que no puede salir: caos de izquierda u orden de derecha. Todos los actores están pendientes de la última directiva del amo del juego, esperando que ha de ser favorable. Extraña situación: los enemigos mortales son todos los secuaces incondicionales del mismo dios vivo. Por ejemplo, la potente federación conservadora del Millón de Héroes, en Wuhan, se entera de su retractación en julio de 1967. Entonces declara: «Estemos convencidos o no, debemos seguir y aplicar las decisiones del centro, sin reservas», e inmediatamente se disuelve [260]. No hay sin embargo interpretación canónica, dado que los exegetas patentados —los comités del partido— carecían de consideración: así pues reina la confusión frecuentemente sobre las intenciones reales de un centro del que no se quiere creer que sea tan dubitativo. Por otra parte, el equilibrio permanente hace que cada uno tenga pronto una venganza sangrienta que ejecutar, dado que los vencedores del momento nunca practican la magnanimidad.

A estas causas exógenas de agravamiento de la violencia se añaden dos factores endógenos de las organizaciones, en particular las rebeldes. Intereses de pequeños grupos y ambiciones individuales, nunca arbitradas democráticamente, llevan de modo permanente a nuevas escisiones, mientras cínicos «empresarios de la política» intentan sacar dinero de su aura en forma de integración en los nuevos poderes locales, especialmente cultivando sus relaciones con los estados mayores regionales del EPL: muchos acabarán asociados a los

[260] *Ibid.*, pág. 158.

«cuatro», y convertidos en tiranuelos de provincia. Las luchas entre facciones van perdiendo poco a poco su carácter político y se resumen en el enfrentamiento entre quienes se encuentran en el poder y quienes querrían sustituirles [261]. Por último, como hemos visto en el laogai, en China comunista quien acusa siempre tiene razón, porque se acoraza de citas y de consignas intocables: uno agrava casi de forma sistemática su propio caso cuando se defiende. La única respuesta eficaz reside, por lo tanto, en una contraacusación de grado superior: que esté fundada o no importa poco, lo esencial es que se exprese en términos políticamente justos. La lógica del debate lleva, pues, a una ampliación constante del campo de los ataques y del número de los atacados [262]. Por último, dado que todo es político, el incidente más nimio puede ser interpretado a capricho como una prueba de las peores intenciones criminales. Al final está el arbitraje por medio de la eliminación física...

El término «guerra civil», larvada o abierta, sería más apropiado en muchas ocasiones para calificar estos acontecimientos que el de «matanza», aunque una conduzca casi de forma automática a la otra. Asistimos progresivamente a una guerra de todos contra todos. En Wuhan, a finales de diciembre de 1966, los rebeldes arrojaron en prisión a 3.100 conservadores o mandos [263]. El primer muerto en los enfrentamientos entre rebeldes y el Millón de Héroes cae el 27 de mayo de 1967: entonces empiezan a armarse y a ocupar los puntos estratégicos. El cuartel general de los rebeldes obreros es tomado el 17 de junio: 25 muertos, y 158 en total en su campo el 30 de junio. Tras la derrota de los conservadores, a finales de julio, las represalias son terroríficas: 600 muertos, 66.000 perseguidos, con frecuencia heridos, en sus filas. En el momento del viraje a la izquierda de marzo de 1968, la cacería prosigue: decenas de miles de detenidos en un estadio: las milicias van viéndose infiltradas por chantajistas y de bandas callejeras y siembran el terror. De las provincias vecinas afluyen las armas. En mayo, los enfrentamientos entre facciones rebeldes crean una atmósfera de guerra civil: 80.000 armas son robadas al ejército el 27 de mayo (récord en China en un solo día...), lo cual permite la creación de un auténtico mercado paralelo de armamento, al que acuden de todo el país. Empiezan a reconvertir las fábricas civiles en fábricas de tanques o de explosivos para las facciones. A mediados de junio ya han muerto 57 personas a consecuencia de balas perdidas. Tiendas y bancos son saqueados: la población empieza a huir de las ciudades. El *deus ex machina* de Pekín conseguirá sin embargo, con su sola desaprobación, que los rebeldes se derrumben: el EPL interviene el 22 de julio sin pegar un tiro, y las facciones se ven obligadas a autodisolverse en septiembre [264]. También ahí, como en el Fujian poco industrializado, la separación entre conservadores y rebeldes no se estructura de forma

[261] Hinton (1984), *op. cit.*, pág. 521.
[262] Wang, *op. cit.*, pág. 66.
[263] *Ibid.*, pág. 94.
[264] Wang, *op. cit.*, págs. 143-208.

duradera, es la mentalidad pueblerina la que predomina, o la hostilidad ciudades-campos: cuando los guardias rojos de Xiamen llegan a la capital de la provincia, se lanzan contra ellos a los gritos de: «Fuzhu pertenece a los habitantes de Fuzhu [...]; y, habitantes de Fuzhu, ¡no olvidéis a vuestros antepasados! Siempre seremos enemigos jurados de las gentes de Xiamen» [265]. En Shanghai, de forma más disimulada, la oposición entre oriundos del norte y del sur del Jiangsu provoca ciertos enfrentamientos [266]. Incluso en el nivel minúsculo de la Larga Curva (véase más arriba), la lucha entre facciones revolucionarias oculta mal la repetición de la vieja querella entre el clan Lu, que domina el norte del pueblo, y el clan Shen, hegemónico en el sur. Es también el momento de saldar viejas cuentas, que se remontan a la ocupación japonesa o a los sangrientos inicios de la reforma agraria, en 1946 [267]. En el Guangxi fuertemente rural, los conservadores, expulsados de Guilin, rodean progresivamente la ciudad de milicias campesinas, que terminarán venciendo [268]. Las batallas regulares entre facciones de la Bandera Roja y del Viento causan 900 muertos en Cantón entre julio y agosto de 1967 [269]. En ocasiones los cañones entran en combate.

La duración de este período queda perfectamente señalada por el testimonio de un guardia rojo que tenía entonces catorce años: «Éramos jóvenes. Éramos fanáticos. Creíamos que el presidente Mao era grande, que estaba en posesión de la verdad, que era la verdad. Yo creía todo lo que decía Mao. Y creía que había razones para la Revolución Cultural. Pensábamos que éramos revolucionarios y que, en la medida en que éramos revolucionarios que seguían al presidente Mao, podríamos resolver cualquier problema, todos los problemas de la sociedad» [270]. Las atrocidades adoptan un aspecto más masivo, más «tradicional» que el año anterior. Véase, por ejemplo, a qué podía asistirse cerca de Lanzhu, en Gansu: «Debía de haber unos cincuenta vehículos... De través, sobre el radiador de cada camión, había un ser humano atado. En algunos caminos había atados dos. Todos estaban tendidos en diagonal e inmovilizados por alambres y cuerdas... La muchedumbre rodeó a un hombre y clavó en su cuerpo jabalinas y sables rústicos, hasta que cayó en una masa retorcida de donde brotaba la sangre» [271].

La segunda mitad de 1968 está marcada por el control generalizado que logra el ejército, por la disolución de los guardias rojos, por el envío, en otoño, de millones (5,4 en total hasta 1970 [272]) de «jóvenes instruidos» a los confines más remotos de los campos, de donde se espera no volver a verlos durante cierto tiempo (muchos permanecieron allí diez o más años). De 12 a 20 millo-

[265] Ling, *op. cit.*, pág. 85.
[266] White, *op. cit.*, pág. 325.
[267] Hinton (1984), *op. cit.*, págs. 519 y 527-528.
[268] *Cf.* en particular el testimonio del ex guardia rojo Hua Linshan, *op. cit.*,
[269] Bergère, *op. cit.*, pág. 133.
[270] Thurston, *art. cit.*, págs. 158-159.
[271] Roux, *op. cit.*, págs. 54-55.
[272] Harding, capítulo citado, pág. 188.

nes serán ruralizados por la fuerza antes de la muerte de Mao [273], de ellos un millón de ciudadanos de Shanghai —el 18 por 100 de la cifra total, un récord [274]—. Tres millones de mandos expulsados son enviados, con frecuencia por varios años, a esos centros de rehabilitación semicarcelarios que son las Escuelas del 7 de Mayo [275]. Ese es también, sin duda, el año de las mayores matanzas, durante la penetración de equipos de obreros del partido y de soldados en los campos, y sobre todo durante la reconquista de ciertas ciudades del sur. Así Wuzhu, en Guangxi, queda asolada tras los ataques con artillería pesada y napalm. El 19 de agosto reconquistan Guilin 30.000 soldados y milicianos campesinos armados, tras una verdadera guerra de posiciones (la indiferencia del campo hacia la Revolución Cultural parece haberse transformado en ocasiones en franca hostilidad, desde luego manipulada y magnificada por el aparato político-militar). Durante seis días se ejecuta a los rebeldes en masa. Cuando ya no hay combates, el terror se difunde durante un mes por los campos circundantes, esta vez contra los negros y veteranos del Kuomintang, eternos chivos expiatorios. Su amplitud es tal, que ciertos distritos podrán jactarse de estar «desprovistos de cualquier miembro de los cinco elementos negros» [276]. El futuro presidente del Partido Comunista, Hua Guofeng, encargado de la Seguridad de su provincia, se gana entonces el título de «carnicero de Hunan» [277]. El sur del país fue el que más sufrió: tal vez 100.000 muertos solamente en Guangxi, 40.000 en Guangdong, 300.000 en Yunnan. Los guardias rojos fueron crueles. Pero las auténticas matanzas hay que cargarlas en la cuenta de sus verdugos: militares y milicias a las órdenes del partido.

Guilin: ejército contra guardias rojos.

Cuando amaneció, los milicianos empezaron a registrar las casas y a proceder a los arrestos. En ese mismo momento los militares empezaron a difundir sus instrucciones por altavoz. Habían preparado una lista de diez crímenes, entre los que podían destacarse: haberse apoderado de una prisión, haber ocupado un banco, haber atacado órganos militares, haber penetrado por la fuerza en las oficinas de la seguridad pública, haber saqueado trenes, haber participado en la lucha armada, etc. Bastaba haber cometido cualquiera de estos crímenes para ser detenido y juzgado «según la dictadura del proletariado». Hice un cálculo rápido y me di cuenta de que yo tenía en mi haber seis de aquellas acusaciones. Pero ¿cuál de ellas no había sido cometida «por las necesida-

[273] Doce millones según Thurston, catorce según Fairbank, veinte según Bergère, *op. cit.*
[274] White, *op. cit.*, pág. 294.
[275] Harding, capítulo citado, pág. 212.
[276] Hua, *op. cit.*, págs. 345-346.
[277] Domenach (1992), *op. cit.*, pág. 278.

des de la revolución»? Ninguna de estas actividades me había procurado ningún provecho personal. Si no hubiera querido «hacer la revolución», no me habría entregado a ninguno de aquellos actos criminales. Hoy querían imputarme la responsabilidad de aquellos actos. Me parecía injusto y, al mismo tiempo, me llenaba de espanto. (...)

Luego supe que los milicianos habían hecho morir a varios de nuestros «héroes de combate». Posteriormente habían seccionado los tubos de llegada de sangre o de oxígeno de los que eran objeto de perfusión, creando nuevas víctimas. Los que todavía podían caminar vieron cómo les suprimían los medicamentos, y les llevaron a cárceles provisionales.

Un herido había huido durante el trayecto y los milicianos rodearon el barrio. Procedieron a un nuevo registro de todas las casas. Aquellos cuyo nombre no figuraba inscrito en los registros de barrio fueron detenidos, y eso es lo que a mí me pasó. (...)

En mi piso [de la escuela n.º 7 de Guilin, convertida en cárcel] encontré a un amigo de la escuela de mecánica. Él me dijo que un héroe de combate de su escuela había sido muerto por los milicianos. Aquel estudiante había aguantado en una colina y resistido los asaltos de los milicianos durante tres días y tres noches. El cuartel general rebelde, para elogiar su valor, le había calificado de «héroe solitario y valeroso». Los milicianos que habían invadido la escuela y procedido a numerosos arrestos le habían pedido salir de la formación. Luego le habían encerrado en un saco de tela de lino y colgado de un árbol, para que se pareciese realmente a una «vesícula biliar» [278]. Luego, delante de todos los alumnos reunidos, le habían golpeado uno tras otro con la culata de su fusil hasta que llegó la muerte.

En prisión abundaban las historias horribles, y yo me negué a escuchar más. Durante esos doce días, se habían sucedido las ejecuciones por toda la ciudad, y se habían convertido en el principal tema de conversación. De pronto aquellas matanzas parecían casi normales. Quienes las realizaban les daban poca importancia, y quienes las contaban se habían vuelto fríos e insensibles. Hasta yo mismo escuchaba aquellos relatos como si no tuvieran relación alguna con la realidad.

En prisión, lo más terrible era cuando un prisionero que aceptaba colaborar con las autoridades iba a tratar de reconocer a algunos de nosotros. Los que nos vigilaban ladraban de repente: «¡Levantad esas caras de perros!». Entonces entraban en la sala varios individuos con máscara y nos miraban largo y tendido. Si descubrían una cara conocida, los milicianos apuntaban el fusil hacia el desdichado y le ordenaban salir. Muy a menudo, esos rebeldes eran abatidos acto seguido [279].

[278] El término evoca en China al «héroe solitario y valeroso».
[279] Hua, *op. cit.*, págs. 338 y 341-342.

Así pues, en 1968 el Estado vuelve, con sus pompas y sus obras. Recobra el monopolio de la violencia legítima, y no se plantea muchos problemas para utilizarla. Con más ejecuciones públicas, se vuelve a las formas esencialmente policíacas anteriores a la Revolución Cultural. En Shanghai, el ex obrero Wang Hongwen, criatura de Jiang Qing y pronto vicepresidente del partido, proclama la «victoria sobre la anarquía». El 27 de abril, varios dirigentes rebeldes son condenados a muerte y asesinados de manera inmediata, ante una vasta multitud[280]. Shang Chunquiao, otro miembro de los «cuatro», proclama en julio: «Si algunas personas son acusadas falsamente [...], el problema no es demasiado grave. Pero sería dramático dejar escapar a los enemigos auténticos»[281]. Entramos, efectivamente, en una sombría era de conspiraciones fantasmales, que permiten numerosos arrestos reales en masa, y el retorno al silencio de la sociedad. Solo la muerte de Lin Biao, en 1971, atenuará sin detenerla la peor campaña de terror que China ha conocido desde los años cincuenta.

El primer caso es el del presunto Partido del Pueblo de Mongolia-Interior, disuelto en la práctica e incorporado al Partido Comunista en 1947, y que se habría reconstituido de manera clandestina. Entre febrero y mayo de 1968, son perseguidas 346.000 personas, tres cuartas partes de ellas mongoles (el patrioterismo antiminoritario apenas permite dudas); ejecuciones, torturas y suicidios dejan tras de sí 16.000 muertos y 87.000 inválidos[282]. Acusaciones comparables llevan a 14.000 ejecuciones en Yunnan, otra provincia fértil en minorías étnicas[283]. Pero la «conspiración» del Regimiento del 16 de mayo es particularmente tenebrosa. Esta organización pekinesa de guardias rojos de ultraizquierda, probablemente minúscula y muy provisional (hubo millares como ella), dejó por todo testimonio algunas inscripciones hostiles a Zhou Enlai, en julio de 1967. Por razones todavía poco claras, el centro maoísta decidió hacer de ella una enorme red de «bandidos negros», contrarrevolucionarios, y la campaña empezó en 1970-1971 para no acabar —sin conclusiones ni procesos— hasta 1976: mítines de «lucha», confesiones y torturas se multiplicaron por todo el país. 600 de los 2.000 empleados del ministerio de Asuntos Exteriores fueron perseguidos judicialmente. La guardia personal de Mao, la unidad 8341, se hizo famosa en la universidad de Pekín, donde se descubrieron 178 «enemigos», de los que diez murieron por las persecuciones ocasionadas. En una fábrica de Shaanxi, a finales de 1968 se descubrió la bagatela de 547 «espías», y de 1.200 cómplices de estos últimos. En cuanto a la actriz de ópera Yan Fengying, acusada de trece cargos, se suicida en abril de 1968; le hacen la autopsia, en busca de un emisor de radio oculto en su cuerpo. Los tres mayores campeones de ping-pong también pusieron fin a sus días[284].

[280] White, *op. cit.*, pág. 260.
[281] *Íbid.*, pág. 277.
[282] Yan y Gao, *op. cit.*, págs. 266-267.
[283] Faligot y Kauffer, *op. cit.*, pág. 407; Harding, capítulo citado, pág. 214.
[284] Yan y Gao, *op. cit.*, págs. 255-265.

En la peor de las noches, sin embargo, se prepara un futuro menos trágico. Todos los testimonios lo confirman: la China de 1969 y de los años siguientes está sembrada de violencias, de campañas, de consignas. El fracaso patente de la Revolución Cultural acaba de distanciar del régimen a la mayoría de los habitantes urbanos y en particular a los jóvenes, que se sienten más traicionados precisamente porque habían esperado más. Su frecuente rechazo de la ruralización entraña el nacimiento de una capa flotante de habitantes de la ciudad que viven en situación semiclandestina. El cinismo, la criminalidad, el repliegue sobre sí mismo progresan por todas partes. En 1971, la eliminación brutal e inexplicada del sucesor designado por el propio Mao, Lin Biao, abre muchos ojos: decididamente el timonel no es infalible[285]. Los chinos están cansados y tienen miedo —y con razón: el laogai ha embarcado, sin duda, dos millones de pasajeros más, incluso teniendo en cuenta las salidas, entre 1966 y 1976[286]. Siguen fingiendo fidelidad al jefe. Pero soterradamente avanza un despertar de la sociedad civil, que explotará entre 1976 y 1979. Constituirá un movimiento más fecundo en otro sentido que aquella Revolución Cultural que podía conservar como lema la fórmula prestada por Mao, en agosto de 1966, a un «buen» estudiante: «Si me rebelo es por obediencia»[287].

El terror teatralizado en 1969: un mitin de «lucha».

El auditorio gritaba consignas agitando sus pequeños libros rojos. Después de «Viva nuestro gran dirigente, el presidente Mao», fue «¡Buena salud a nuestro segundo comandante supremo Lin, siempre buena salud!». Esto reflejaba no solo la elevada posición de Lin Biao tras el IX Congreso del partido, sino también el hecho de que eran los partidarios de Lin Biao, deseosos de mantener el culto a la personalidad, quienes habían organizado aquella reunión. ¿Se habían hecho cargo de la instrucción de mi caso?

Dos piernas aparecieron en mi campo visual, y un hombre habló delante de mí. Me presentó al auditorio resumiendo mis orígenes familiares y mi vida personal. Yo había notado que cada vez que los revolucionarios contaban la historia de mi vida, me iba haciendo cada vez más rica y mi forma de vivir más decadente y lujosa. Ahora la farsa alcanzaba unas proporciones fantásticas. Como había prometido no responder y permanecer en silencio, estaba mucho más relajada entonces que durante mi primer mitin de lucha en 1966. Mientras tanto, el auditorio se le-

[285] Hua, *op. cit.*, pág. 365.
[286] Domenach (1992), *op. cit.*, pág. 279.
[287] Citado en Mandarès *et al.*, pág. 50.

vantó y muchos hombres se apelotonaron a mi alrededor para expresarme a gritos su cólera y su indignación cuando el orador les dijo que yo era una agente del imperialismo.

Aquellos insultos eran tan intolerables que levanté instintivamente la cabeza para responder. Las mujeres me levantaron entonces las manos esposadas, con tal brutalidad que tuve que encogerme para atenuar el dolor. Me mantuvieron en esa posición hasta el final de la denuncia del orador. Y solo cuando el auditorio se puso a gritar de nuevo consignas me soltaron los brazos. Más tarde supe que me habían hecho adoptar la «postura del avión», inventada para casos semejantes con los revolucionarios. [...]

Los individuos que participaban en el mitin alcanzaron un estado casi histérico. Sus gritos apagaban la voz del orador. Alguno me dio un empujón fortísimo por la espalda. Tropecé e hice caer el micrófono. Una de las mujeres se agachó para recogerlo, se enredó en los cables y cayó, arrastrándome con ella. Como mis brazos estaban atados a la espalda, me desplomé en una posición nada cómoda, con la cara contra el suelo. En medio de la confusión, muchos cayeron sobre nosotras. Todo el mundo gritaba y pasaron varios minutos antes de que consiguiesen levantarme.

Completamente agotada, estaba ansiosa porque aquel mitin terminara, pero los discursos se sucedían sin interrupción, como si todos los personajes presentes en la tribuna quisieran aportar su contribución. Habían dejado de atacarme y ahora se lanzaban a una justa oratoria en la que cada cual quería cantar con voz más alta las alabanzas de Lin Biao, en los términos cada vez más extravagantes que la rica lengua china podía ofrecerles.

De pronto, a mis espaldas se abrió la puerta y una voz masculina gritó que alguien se había ido. El efecto de sus palabras fue instantáneo. El orador se detuvo incluso en medio de una frase. Tuve la certeza de que una personalidad importante escuchaba desde la habitación vecina, y que su marcha volvía inútil toda aquella representación montada para ella. Algunos ya se iban, otros recogían bolsos y chaquetas. El orador soltó a toda prisa consignas para que las aprendiesen de memoria, pero le ignoraron casi por completo. Solo algunas voces se dejaron oír antes de que la pieza quedase vacía. Ahora nadie parecía estar furioso contra mí. No me sonreían, pero me miraban con indiferencia. Yo no era más que una de las innumerables víctimas con que habían animado el mitin de lucha. Habían hecho lo que se esperaba de ellos, y ahora todo había terminado. Una mano caritativa vino a sostenerme incluso cuando un hombre me empujó. Todos se marchaban hablando de cosas sin importancia como a la salida de una sesión de cine[288].

[288] Nien, *op. cit.*, págs. 345-348.

LA ERA DENG: LA DISOLUCIÓN DEL TERROR (DESDE 1976). Cuando en septiembre de 1976 acaba por expirar, Mao estaba en realidad muerto —políticamente, se entiende— desde hacía algún tiempo. La mediocridad de las reacciones populares espontáneas ante el anuncio de su muerte lo muestra, lo mismo que su incapacidad para asegurar su sucesión. Los «cuatro», de quienes ideológicamente estaba cerca, son encarcelados menos de un mes más tarde de la muerte de su padrino; Hua Guofeng, que debía garantizar la continuidad, debe abdicar la parte esencial de su poder en diciembre de 1978 en provecho del insumergible Deng Xiaoping, objeto del odio de los maoístas. El gran giro se había producido quizás el 5 de abril de 1976, fiesta de los difuntos en China, que ve al pueblo de Pekín conmemorar masiva, y espontáneamente en este caso, al Primer ministro Zhou muerto en enero. El poder se vuelve loco, y con razón, ante aquella capacidad de movilización totalmente inédita: escapa a las lógicas funcionales, al control del partido, y algunos poemas depositados junto con las coronas de flores contienen ataques apenas velados contra el viejo timonel. La multitud es, por tanto, reprimida (pero no tanto como en 1989, en la plaza Tian'anmen no se dispara), se contabilizan ocho muertos y 200 heridos, millares de encarcelados en todo el país (hubo réplicas provinciales del duelo de Pekín), al menos 500 ejecuciones, de ellas un centenar entre los manifestantes detenidos, e investigaciones que, hasta octubre, afectan a decenas de miles de personas[289]. *Business as usual?* No: el posmaoísmo había comenzado, marcado por una retirada de lo político y por la pérdida de la capacidad del centro para dirigir él solo las movilizaciones. «Si en 1966, en la plaza Tian'anmen es un pueblo atónito el que contemplaba, con lágrimas en los ojos, a quien le había arrancado la libertad, en 1976, en esa misma plaza, es un pueblo envalentonado quien se enfrenta a la misma persona»[290].

El muro de la democracia (invierno de 1978-primavera de 1979) iba a simbolizar ese nuevo dato, al tiempo que mostraba claramente sus límites. Una pléyade de antiguos guardias rojos proclama, con el consentimiento de Deng, opiniones asombrosas para quien fue educado en el maoísmo. El más articulado de estos pensadores, Wei Jingsheng, en su *dazibao* (cartel de grandes caracteres) titulado «La quinta modernización: la democracia»[291], afirma en efecto que el pueblo es explotado por la clase dirigente del «socialismo feudal» en el poder; que la democracia es la condición de un desarrollo duradero y, por tanto, de las «cuatro modernizaciones» económicas y técnicas propuestas por Deng; y que el marxismo, fuente del totalitarismo, debe rechazarse en beneficio de las corrientes democráticas del socialismo. En marzo de 1979, Deng, seguro de su poder, ordena detener a Wei y algunos más: será

[289] Sebastian Hellmann, «The suppression of the April 5th Movement and the Persecution of "Counterrevolutionaries" in 1976», *Issues and Studies*, vol. 30, núm. 1, enero de 1994, págs. 37-64.
[290] Wei, *op. cit.*, pág. 226.
[291] Se encontrará el texto completo (con sus anejos) en el volumen ya citado de escritos de Wei.

condenado a quince años de reclusión por entregar información a un extranjero (hecho que constituye un «crimen contrarrevolucionario»). Liberado en 1993 sin haber «confesado» nunca, se expresa con tanta franqueza que, detenido de nuevo ocho meses más tarde, es condenado a catorce años de cárcel en 1995 por haber forjado un «plan de acción para derrocar al Gobierno»[292]. Al poder le sigue siendo difícil aceptar la crítica...

Bajo Deng, sin embargo, se puede ser crítico y sobrevivir: progreso respecto a la era de Mao, cuando una palabra de más o una pintada bastaba para hacer fusilar a su autor. Claro que las reformas posmaoístas han privilegiado a la economía, pero la política no se ha echado en olvido. Todo, empezando por las transformaciones económicas, va camino de una emancipación de la sociedad y de una limitación de la arbitrariedad del poder: así, en los años ochenta, la supresión de las asociaciones de campesinos pobres y medio-pobres solo deja en la dependencia organizada del PCCh a una pequeña décima parte del campesinado, que ahora ha vuelto masivamente a la explotación familiar[293]. En las ciudades, el sector en plena ascensión de las empresas individuales y privadas sustrae a una gran parte de la mano de obra a cualquier control político directo. Las estructuras estatales se han formalizado, regularizadas más que circunscritas, pero esto tiene como efecto proporcionar al individuo medios para defenderse. En 1978, las liberaciones (unas 100.000) y las rehabilitaciones (a menudo a título póstumo) son legión, en particular en los medios artísticos y literarios: así Ding Ling, víctima de la rectificación de 1957-1958, escapa en 1979 a su destierro rural, y a una larga serie de persecuciones que se remontan a Yan'an. Es el arranque de una «literatura de las cicatrices» y una vuelta todavía tímida a la libertad de creación. Los dos tercios de los ruralizados de la Revolución Cultural son admitidos en las ciudades. La nueva Constitución restaura un mínimo de derechos para la defensa y los tribunales judiciales. En 1979, el primer Código penal de la historia de la RPCh (Mao, que quería tener libres las manos, había impedido su promulgación) restringe la pena de muerte a los «delitos abominables», restaura el derecho de apelación (ya no puede traducirse en un agravamiento de la pena), y aleja a la administración judicial de los comités del partido.

1982 marca una ola de rehabilitaciones más masiva todavía: 242.000 tan solo en Sichuan; en Guangdong, el 78 por 100 de los que habían recibido la etiqueta contrarrevolucionaria son lavados de esa infamia y reciben una pequeña indemnización por cada año pasado en la cárcel. Entre los nuevos condenados, los políticos descienden al 0,5 por 100. En 1983, el ministerio de la Seguridad ve sus competencias drásticamente reducidas y debe dejar en manos de la justicia la administración del laogai. Los tribunales empiezan a anular ciertos arrestos, a instruir demandas contra la policía, a perseguir a los guardianes torturadores —públicamente condenados—, y a inspeccionar los

[292] Ángel Pino, «Postface», en Wei, *op. cit.*, págs. 261-347.

[293] Jürgen Domes, «La société politique», en Bergère, Bianco y Domes, *op. cit.*, pág. 251.

campos. En principio ya no hay que tener en cuenta el origen de clase en los procesos. En 1984, se facilita la reinserción en la sociedad tras el cumplimiento de la pena, y en prisión la formación profesional empieza a suplantar al estudio ideológico. Se introducen las nociones de reducción de penas, de libertad condicional, de permiso: se favorece, a partir de ese momento, la preservación del lazo familiar[294]. En 1986, los efectivos carcelarios han descendido en torno a unos cinco millones (luego apenas se moverán): es la mitad menos que en 1976, y con el 0,5 por 100 de la población total, no más que en Estados Unidos, y menos que en los últimos años de la URSS[295]. A pesar de importantes esfuerzos, la parte del PIB producida en el laogai se sitúa en el mismo orden de magnitud, es decir tres veces menos que a finales de los años cincuenta[296].

Los progresos han continuado tras la conmoción del «segundo Tian'anmen». Desde 1990, los ciudadanos pueden presentar demandas contra la administración. Desde 1996, la detención administrativa está reglamentada de forma estricta, y se reduce a un mes. La pena máxima del laojiao había pasado ya a tres años. El papel y la autonomía del abogado se han reforzado: su número se ha más que duplicado entre 1990 y 1996. Desde 1905, los magistrados se nombran mediante oposición (antes se trataba en la mayoría de los casos de antiguos militares o policías[297]).

Sin embargo, falta mucho todavía para que China se convierta en un Estado de derecho. Sigue sin ser admitida la presunción de inocencia, y el crimen contrarrevolucionario no ha sido retirado de los códigos, incluso aunque se utilice con prudencia. En diciembre de 1994, el término laogai ha sido sustituido por el más vulgar de «prisión», pero a la *Gaceta legal* le parece conveniente precisar: «La función, el carácter y las tareas de nuestra administración penitenciaria seguirán sin cambios»[298]. La mayoría de los procesos tienen lugar sin presencia del público, y los juicios siguen siendo frecuentemente expeditivos (instrucción casi siempre inferior a tres meses, a veces a una semana) y no motivados. Mientras que la corrupción de los mandos es masiva, en 1993-1995 las denuncias por ese delito constituían menos del 3 por 100[299]. Globalmente, si los miembros del Partido Comunista (el 4 por 100 de la población) representaban en los años ochenta el 30 por 100 de los inculpados, solo proporcionaban el 3 por 100 de los ejecutados[300]. Lo cual significa la fuerza de los lazos de influencia y de solidaridad que siguen ri-

[294] Domenach (1992), *op. cit.*, págs. 335-345.

[295] Domenach (1992), *op. cit.*, pág. 491.

[296] *Ibid.*, pág. 415.

[297] Jean-Pierre Cabestan, «Chine: un État de lois sans État de droit», *Revue Tiers Monde*, t. 37, núm. 147, julio-septiembre de 1996, págs. 649-668.

[298] Wu, *op. cit.*, pág. 186.

[299] Cabestan, *art. cit.*, págs. 662-663.

[300] Andrew Scobell, «The Death Penalty in Post-Mao China», *The China Quarterly*, núm. 123, septiembre de 1990, págs. 503-520.

giendo en las relaciones entre los aparatos político y judicial. El arresto de una parte del equipo municipal de Pekín por malversación supuso una conmoción a mediados de los años ochenta, pero sigue siendo un hecho relativamente aislado. La *nomenklatura* comunista, cada vez más introducida en los negocios, sigue siendo prácticamente invulnerable.

Por último, esa violencia extrema que es la pena de muerte sigue aplicándose de forma corriente en China. Existen centenares de casos de condenas a muerte, entre ellos el «caso serio» de contrabando, la exportación ilegal de obras de arte o la «revelación de secretos de Estado» (la definición es temiblemente amplia). La gracia presidencial, prevista en 1982, sigue sin ejercerse. China, con varios miles de ejecuciones todos los años, es responsable ella sola de más de la mitad de las del planeta; y la cifra va más bien en aumento, tanto en comparación con el final de los años setenta, como en comparación con los últimos siglos del Imperio chino[301]. Conviene comparar esta siniestra realidad con la facilidad de la transgresión que llevaba a la eliminación física durante campañas o crisis. En 1983, el aumento de la criminalidad provocó tal vez un millón de arrestos, y probablemente 10.000 ejecuciones por lo menos (muchas de ellas públicas y «pedagógicas», cosa que en principio está prohibido por el Código penal), en una «campaña de masas» a la moda de los años cincuenta. Como entonces, trataron de juntar a todos los que causaban problemas: muchos intelectuales, sacerdotes y extranjeros fueron hostigados durante la campaña «contra la polución espiritual», iniciada sobre la marcha[302]. En cuanto a la ocupación de la plaza de Tian'anmen durante un mes, en la primavera de 1989, su represión estuvo a la medida de los temores del equipo Deng, que mandó disparar mientras que los dirigentes maoístas de 1976 se habían negado a hacerlo: un millar largo de muertos, tal vez 10.000 heridos en Pekín, cientos de ejecuciones en provincias, a menudo mantenidas en secreto, u ocultadas como de derecho común; unos 10.000 arrestos en Pekín, 30.000 en toda China. Las condenas a penas de prisión se contaron por millares, y los dirigentes del movimiento no arrepentidos recibieron sentencias de hasta trece años de detención. Las presiones y represalias sobre las familias, práctica que se hubiera creído abandonada, se volvieron a producir a gran escala, lo mismo que la cabeza bajada a la fuerza en público, los malos tratos y la sentencia guiada por la extensión de la contrición y de las denuncias del acusado. Si los prisioneros políticos ahora no son más que una pequeña minoría de los detenidos, en 1991 se contabilizarían todavía 100.000 aproximadamente, un millar de ellos disidentes recientes[303]. La China comunista de finales de siglo es considerablemente más próspera y menos violenta que la de Mao; y ha rechazado de forma duradera la tentación de la utopía y de la guerra civil purificadora. Pero, al no haber desaprobado claramente a su fun-

[301] *Ídem.*

[302] Domenach (1992), *op. cit.*, págs. 352-355.

[303] *Ibid.*, págs. 365-378.

dador, sigue dispuesta, en caso de dificultad grave, a emplear nuevamente algunos de sus funestos métodos.

TÍBET: ¿GENOCIDIO EN EL TECHO DEL MUNDO? En ninguna parte fueron más desastrosas las desviaciones de la era Deng que en el Tíbet: en ninguna parte fue más sensible la continuidad del «grande al pequeño timonel». Al tiempo que es un Estado unitario, China otorga a las minorías nacionales derechos particulares, y cierta autonomía administrativa para las más grandes. Pero los entre cuatro y seis millones de tibetanos que *de facto* han demostrado que no estaban decididos a contentarse, tienen la nostalgia de una época en que eran prácticamente amos de su propio país, y en que su territorio histórico no estaba dividido entre la región autónoma del Tíbet (que apenas representa la mitad) y varias provincias chinas: la de Qinghai se creó en los años cincuenta a expensas del Amdo tibetano, y las pequeñas minorías tibetanas gozan de pocos derechos en Sichuan, en Gansu y en Yunnan: ahí fueron tratadas probablemente con menos miramientos que en la región autónoma, y esto llevó en particular a la dura rebelión de los nómadas guerreros Golok del Amdo[304] (Tíbet septentrional).

Resulta indiscutible que los tibetanos han vivido un drama desde la llegada del Ejército Popular de Liberación (EPL) en 1950-1951. Pero este drama, ¿no sería la mayoría de las veces el del conjunto de los habitantes de la China popular, con las inevitables variantes locales, algo agravadas por el desprecio chino hacia esos «salvajes atrasados» de las altiplanicies? Por ejemplo, según los opositores del régimen, 70.000 tibetanos habrían muerto de hambre entre 1959 y 1962-1963 (como en otras regiones aisladas, subsistieron bolsas de hambre más tiempo que en otras partes[305]). Esto representa del 2 al 3 por 100 de la población, es decir, pérdidas proporcionalmente inferiores a las que sufrió el país entero. Cierto que el estudio reciente de Becker señala cifras más elevadas, y hasta el 50 por 100 de fallecimientos en el distrito natal del Dalai lama, en el Qinghai[306]. Entre 1965 y 1970 se agrupó por la fuerza a las familias en comunas populares de organización militar —como en otras partes, y algo más tarde—. La voluntad de producir a cualquier precio los mismos «grandes» cereales que en China llevó a medidas absurdas, responsables de la hambruna; por ejemplo, obras de irrigación y excavaciones mal concebidas, la supresión del barbecho, indispensable en suelos pobres y no estercolados, la sustitución sistemática de la cebada rústica, que soporta el frío y la sequedad, por el trigo más frágil, o la limitación del pasto de los yaks: muchos de estos animales perecieron y los tibetanos se quedaron sin productos lácteos (la mantequilla es un elemento básico de su alimentación) y sin nuevas pieles

[304] Becker, *op. cit.*, pág. 171.

[305] Vania Kewley, *Tibet: Behind the Ice Curtain*, Londres, Grafton Books, 1990, pág. 251.

[306] Becker, *op. cit.*, pág. 166.

para cubrir sus tiendas en invierno —algunos murieron de frío—. Asimismo parece que, como en otras partes, las entregas obligatorias de grano fueron excesivas. Las únicas dificultades realmente particulares fueron la instalación de decenas de miles de colonos chinos desde 1953 en el Tíbet oriental (Sichuan), donde se beneficiaron de una parte de las tierras colectivizadas; la presencia en la región autónoma de unos 300.000 chinos de la mayoría Han que alimentar, entre ellos 200.000 militares; y el aplazamiento a 1965 de las medidas de liberación rural impulsadas además por Liu Shaoqi en 1962, y simbolizadas en el Tíbet por el lema «una parcela, un yak» [307].

Tampoco el Tíbet fue perdonado por la Revolución Cultural. En julio de 1966, los guardias rojos (entre ellos algunos tibetanos [308], hecho que destruyó el mito unanimista mantenido por los partidarios del Dalai lama) registran las casas privadas, reemplazando los budas que había sobre los altares por retratos de Mao Zedong; hacen sufrir a los monjes aquellas «sesiones de lucha» de repetición de las que nunca se sale vivo; sobre todo, arremeten contra los templos, incluidos los más famosos: Zhou Enlai tiene que mandar a las tropas proteger el mismo Potala de Lhassa (antigua residencia del «dios vivo»). El saqueo del monasterio de Jojang en Lhassa se repite por todas partes: según un monje testigo: «había varios cientos de capillas. Solo dos se libraron. Todas las demás fueron totalmente saqueadas y mancilladas. La totalidad de las estatuas, de los textos sagrados y objetos rituales fue saqueado o robado... Solo la estatua de Shakyamuni, a la entrada de Jojang, escapó a los guardias rojos, porque [...] simbolizaba los lazos entre China y el Tíbet. Las destrucciones duraron cerca de una semana. Luego, Jojang fue transformado en campamento de barracas para los soldados chinos... Otra parte [...] fue convertida en matadero para animales» [309]. Teniendo en cuenta el peso de la religión en la sociedad tibetana, estas exacciones bastante típicas del período fueron percibidas con mayor dureza evidentemente que en otras partes. También parece que el ejército, menos vinculado a la población local, ayudó a los guardias rojos más que en otros lugares, por lo menos cuando se les oponía resistencia. Sin embargo, también aquí se produjeron las mayores matanzas al final del movimiento, en 1968, ya sea durante las batallas entre grupos maoístas (cientos de muertos en Lhassa en enero), ya sea, sobre todo, durante el verano, cuando el ejército impuso la formación de un comité revolucionario dirigido por él mismo. En total, de este modo tal vez haya habido más muertos chinos que tibetanos [310] durante la Revolución Cultural.

Pero, para el Tíbet, los peores años, con diferencia, fueron los que comenzaron con la llegada de las tropas chinas, y culminaron en 1959 con la colectivización forzosa (tres años después que el resto del país), la insurrección

[307] *Ibid.*, pág. 171.
[308] Pierre-Antoine Donnet, *Tibet mort ou vif*, París, Gallimard, 1990, pág. 126.
[309] *Ibid.*, págs. 126-127.
[310] *Ibid.*, págs. 128-129.

que se produjo después, la brutal represión que la aplastó y la fuga a la India del Dalai lama (soberano espiritual y temporal), acompañado por 100.000 personas, en gran medida una buena parte de la escasa elite cultivada del país. Incluso si los años cincuenta no tuvieron nada de agradables en la misma China, el poder dio muestras en la altiplanicie de una violencia extrema, destinada a imponer simultáneamente el comunismo y la dominación china a una población ferozmente independiente, bien seminómada (el 40 por 100 aproximadamente de sus efectivos), bien sometida más o menos a los monasterios. La situación experimentó un aumento de la tensión con la colectivización, hacia mediados del decenio. Y al reclutamiento de los guerrilleros jampa, el ejército responde con atrocidades desproporcionadas. Pero ya había sido destruido, durante las festividades del año nuevo tibetano, en 1956, el gran monasterio Chode Gaden Phendeling, en Batang, mediante un bombardeo aéreo, donde por lo menos 2.000 monjes o peregrinos resultaron muertos [311].

La letanía de las atrocidades es siniestra, y a menudo imposible de verificar. Pero la concordancia de testimonios es tal, que el Dalai lama declaró, no sin motivo, a propósito de esa época: «[Los tibetanos] no solo han sido fusilados, sino golpeados hasta la muerte, crucificados, quemados vivos, ahogados, mutilados, muertos por hambre, estrangulados, ahorcados, abrasados, enterrados vivos, descuartizados o decapitados» [312]. El momento más sombrío es, sin discusión, el año 1959, el de la gran insurrección del Jam (Tíbet oriental), que terminó por alcanzar a Lhassa. Es imposible repartir la responsabilidad entre la reacción frente a las comunas populares y el «gran salto adelante», la movilización espontánea contra varios años de exacciones, y la reinfiltración masiva por la CIA de los guerreros jampa previamente formados en los métodos de guerra de guerrillas en las bases de Guam y de Colorado [313]. La población civil, que en cualquier caso parece simpatizar con los rebeldes y aceptar que se mezclen con ella, sufrirá también los bombardeos masivos del ejército chino. Los heridos, a los que nadie cuidaba, eran en este caso enterrados vivos o terminaban devorados por perros asilvestrados —hecho que también da cuenta del elevado número de suicidios entre los vencidos—. Hasta Lhassa, bastión de 20.000 tibetanos a menudo armados con mosquetes y sables, fue reconquistada el 22 de marzo, al precio de entre 2.000 y 10.000 muertos y de importantes destrucciones provocadas en el templo de Ramoché y en el mismo Potala, considerados como objetivos. El dirigente tibetano y un centenar de miles de compatriotas tomaron el camino de la India [314]. También hubo por lo menos una gran revuelta en Lhassa en 1969, reprimida en sangre. Y la guerrilla jampa volvió a encenderse entonces hasta

[311] Kewley, *op. cit.*, págs. 269-270.
[312] Donnet, *op. cit.*, pág. 70.
[313] Kewley, *op. cit.*, pág. 165.
[314] Donnet, *op. cit.*, págs. 66-69.

1972. El ciclo revueltas-violencias-nuevas revueltas se reanudó, en Lhassa por lo menos, desde octubre de 1987, hasta el punto de que, en marzo de 1989, se proclamó la ley marcial. La capital tibetana acababa de sufrir tres días de motines abiertamente independistas, acompañados de inicios de pogroms antichinos. Las violencias habrían causado más de 600 víctimas en dieciocho meses, según el general Zhang Shaosong [315]. A pesar de ataques inaceptables, en particular contra monjas detenidas, es evidente que los métodos chinos han cambiado: ya no se puede hablar de matanzas. Pero, en total, son pocas las familias tibetanas que no tienen por lo menos un drama íntimo que contar [316].

La mayor tragedia del Tíbet contemporáneo fue la de los cientos de miles de internados —tal vez un tibetano de cada diez en total— de los años cincuenta y sesenta. Parece que muy pocos (a veces se cita la cifra del 2 por 100) [317], han salido vivos de los 166 campos censados, en su mayoría en el Tíbet y en las provincias vecinas: los servicios del Dalai lama citaron en 1984 la cifra de 173.000 muertos en detención. Comunidades monásticas enteras fueron enviadas a las minas de carbón. Las condiciones de detención —frío, hambre, calor extremado— parecen haber sido en conjunto espantosas, y se mencionan tantas ejecuciones de detenidos que se negaron a rechazar la idea de un Tíbet independiente como casos de canibalismo entre prisioneros durante la hambruna del «gran salto adelante» [318]. Es como si los tibetanos —la cuarta parte de los varones adultos son lamas— formasen una población de sospechosos: un adulto de cada seis aproximadamente fue clasificado como derechista, frente a uno de cada veinte en China. En la región tibetana de las praderas, en el Sichuan, donde Mao había conseguido avituallamiento durante la Larga Marcha, dos hombres de cada tres son detenidos en los años cincuenta, y liberados solo en 1964 o en 1977. El Panchen lama, segundo dignatario de la jerarquía del budismo tibetano, se atreve a protestar ante Mao en un informe de 1962 contra la hambruna y la represión que diezman a sus compatriotas. Por toda respuesta, es enviado a prisión; luego se le destierra hasta 1977. El «veredicto» que le condena solo será anulado en 1988 [319].

Si no hay ningún argumento convincente que permita pensar que los chinos hayan planificado un genocidio físico de los tibetanos, es innegable que intentaron un genocidio cultural. Ya se ha dicho que los templos fueron sus víctimas señaladas: al día siguiente de la Revolución Cultural, solo 13 de los 6.259 lugares de culto del budismo tibetano seguían funcionando. Entre los otros, los más favorecidos fueron transformados en cuarteles, en hangares o en centros de detención. A pesar de enormes depredaciones, pudieron sobrevivir y algunos han sido abiertos luego nuevamente. Pero muchos fueron to-

[315] Donnet, pág. 202.
[316] *Ibid.*, pág. 137.
[317] Kewley, *op. cit.*, pág. 255.
[318] *Ibid.*, págs. 122-124, 291 y 314-318.
[319] Becker, *op. cit.*, págs. 173-176.

talmente arrasados, y sus tesoros —manuscritos seculares, frescos, *thanka* (pinturas), estatuas, etc.— destruidos, o robados, en particular cuando contenían metales preciosos. Una fundición pekinesa recuperó, hasta 1973, 600 toneladas de esculturas tibetanas. En 1983, una misión procedente de Lhassa pudo encontrar en la capital china 32 toneladas de reliquias tibetanas, que incluían 13.537 estatuas [320]. La tentativa de erradicación del budismo vino acompañada del intento de imponer nombres chinos a los recién nacidos tibetanos, y hasta 1979 de escolarizar a los niños en mandarín. Recuerdo tardío —y mal utilizado— de la revolución antimanchú de 1911, los guardias rojos cortaron de oficio las trenzas de los tibetanos de ambos sexos. También intentaron imponerles las normas indumentarias de moda entre los Han.

Las muertes violentas fueron, sin duda, más numerosas proporcionalmente en el Tíbet que en cualquier otra parte del conjunto chino. Sin embargo, es difícil tomarse totalmente en serio las cifras difundidas por el gobierno tibetano en el exilio en 1984: 1.200.000 víctimas, es decir, un tibetano de cada cuatro aproximadamente. Anunciar 432.000 muertos en combate parece, en particular, poco verosímil. Pero puede hablarse de *matanzas genocidas*: por el número de muertos, por el poco caso hecho a civiles y a prisioneros, y por la regularidad de las atrocidades. La población de la región autónoma descendió de 2,8 millones de habitantes en 1953 a 2,5 millones en 1964, según las cifras oficiales. Si tenemos en cuenta los exiliados y la tasa de natalidad (que también es incierta), esto podría representar hasta 800.000 «muertos de más», es decir, tasas de pérdidas que recuerdan las de la Camboya de los jemeres rojos [321]. Que en estas condiciones aparezca tan a menudo en las mujeres tibetanas el temor al aborto o a la esterilización forzosas durante la menor estancia en el hospital, es un indicio suplementario de un sentimiento de extrema inseguridad, tanto como la secuela de prácticas duramente antinatalistas (recientemente calcadas de las que están en vigor entre la mayoría Han, cuando durante mucho tiempo las minorías se habían visto dispensadas de seguirlas). Se dice que el secretario general del PCCh, Hu Yaobang, de visita en Lhassa en 1980, lloró de vergüenza ante tanta miseria, tanta discriminación entre Han y tibetanos, y habló de «colonialismo en estado puro» [322]. Perdidos hace mucho tiempo en su país de nieve y de dioses, los tibetanos tienen la desgracia de vivir en una región eminentemente estratégica, en el corazón mismo de Asia. ¡Ojalá no lo paguen ni con su desaparición física, afortunadamente improbable, ni con la de su alma!

[320] Donnet, *op. cit.*, págs. 133-134.
[321] Becker, *op. cit.*, pág. 181.
[322] Donnet, *op. cit.*, págs. 154-155.

2
Corea del Norte, Vietnam, Laos: la semilla del Dragón

Crímenes, terror y secreto en Corea del Norte

por
Pierre Rigoulot

La República Popular y Democrática de Corea (RPDC) se creó el 9 de septiembre de 1948 en la parte del país que se extiende al norte del paralelo 38. Según un acuerdo firmado con Estados Unidos en agosto de 1945, la URSS se había encargado de administrar «provisionalmente» esta zona mientras los Estados Unidos administraban la Corea meridional, al sur de ese mismo paralelo 38°.

Enseguida, Corea del Norte se reveló como el Estado comunista más cerrado del mundo. Las autoridades comunistas no tardaron en prohibir de hecho el acceso al norte a cualquier representante de la comunidad internacional. Este cierre se reforzó luego durante los dos primeros años de la RPDC. Por último, la guerra que el Norte desencadenó el 25 de junio de 1950, y que sigue sin estar cerrada formalmente dado que solo se ha firmado un armisticio, el 27 de julio de 1953, con las tropas de la ONU, ha agravado el peso de las mentiras, de la desinformación y de la propaganda, así como la ampliación del campo propio del secreto de Estado.

Sin embargo, la causa no es solo la guerra: la naturaleza intrínseca del régimen comunista norcoreano, replegado sobre sí mismo, incluso en el seno del mundo comunista (en efecto, durante el conflicto chino-soviético andará siempre con rodeos sin vincularse totalmente ni por mucho tiempo a un campo o al otro), pero también su temor, un poco al modo de los comunistas albaneses o camboyanos, al ver cómo las influencias del mundo exterior corrompen la «unidad ideológica del pueblo y del partido», explican que el

Estado norcoreano merezca perfectamente el nombre de «reino eremita» que a veces se le da. Este repliegue sobre sí mismo ha sido teorizado incluso con la ideología llamada del «Djuché», es decir, del dominio de sí mismo, de la independencia, e incluso de la autosuficiencia, ideología que se asienta oficialmente en los estatutos del Partido del Trabajo Coreano durante su V Congreso en noviembre de 1970.

En tales condiciones, y menos aún que en otras partes, no puede esperarse que el poder produzca informaciones globales y detalladas sobre las realidades de la represión en Corea del Norte; y menos todavía porque ni en el interior ni en el exterior del país ha podido formarse una oposición activa que, como en la URSS y en los países del Este europeo, habría podido recoger y difundir las informaciones. Tenemos que contentarnos con ecos oficiales, interpretar o descifrar testimonios de tránsfugas, en número cada vez mayor desde hace unos años, cierto, pero durante mucho tiempo escasos, y con datos recogidos por los servicios de información de los países vecinos y especialmente por Corea del Sur. Datos que, evidentemente, hay que manejar con precaución.

Antes de la constitución del Estado comunista. El comunismo coreano no fue fundado por Kim Il Sung, contrariamente a las hagiografías que se hace tragar por la fuerza a la población norcoreana desde su más tierna infancia. Su nacimiento es anterior, dado que en 1919 existen dos grupos que apelan al bolchevismo. Como Moscú no dio de forma inmediata su aval a ninguna de las dos facciones, la lucha entre ellas fue feroz. Las primeras víctimas del comunismo coreano son, por tanto, comunistas. Guerrilleros antijaponeses del «Partido Comunista coreano panruso», llamado «grupo de Irkutsk», se enfrentaron con las armas en la mano a otros guerrilleros de un grupo que había fundado un «Partido Comunista Coreano» en junio de 1921. El enfrentamiento ocasionó centenares de muertos y obligó a la Komintern a salir de su reserva y a tratar de imponer la unidad del movimiento comunista coreano.

Los comunistas coreanos estuvieron muchas veces en las avanzadillas de la lucha contra los japoneses (recordemos que en 1910 Japón convirtió Corea en una colonia), y la ferocidad de la represión colonialista provocó numerosas víctimas en las filas comunistas. Es difícil sin embargo no atribuir a los propios comunistas coreanos una parte de responsabilidad en su propio aplastamiento: deben ser cuestionados el desconocimiento del país por unos mandos formados en el extranjero, la voluntad heroica tal vez, pero de consecuencias catastróficas, y las manifestaciones en días simbólicos como el 1 de mayo.

Luego caerán otros comunistas, durante las luchas de facciones en el momento en que el país fue dividido en dos zonas, tras la derrota de Japón. Kim Il Sung, simple comandante de una unidad de guerrilla antijaponesa en los

confines de Manchuria, fue colocado en el poder por los soviéticos en detrimento de los comunistas que militaban en el país hacía más tiempo. En septiembre de 1945 tuvieron lugar en Pyongyang cierto número de asesinatos de mandos comunistas opuestos a Kim Il Sung, como Hyon Chun Hyok. ¿Unas decenas? ¿Varios cientos? Todavía no se sabe.

Los nacionalistas que en Pyongyang todavía gozaban en ese invierno de 1945-1946 del derecho de ciudadanía, también fueron perseguidos y arrestados. Junto con su dirigente Sho Man Sik, denunciaban, en efecto, la decisión de la conferencia de ministros de Asuntos Exteriores de las grandes potencias, celebrada en Moscú en diciembre de 1945, que colocaba a Corea bajo tutela durante un período por lo menos de cinco años. Sho fue arrestado el 5 de enero de 1946 y ejecutado cuatro años más tarde, en octubre de 1950, durante la evacuación de Pyongyang ante el avance de las tropas de la ONU. Como es lógico, muchos de sus amigos políticos sufrieron la misma suerte...

La represión se ejerce también sobre la población. En esa parte septentrional del país, los soviéticos forman casi de cero un Estado a su imagen: reforma agraria que abre el camino a la colectivización, partido único, encuadramiento ideológico de la población en asociaciones de masas, etc. Todo adversario político, todo terrateniente, todo opositor a la reforma agraria, todo ciudadano sospechoso de haber colaborado con los japoneses, es hostigado. Resulta difícil, sin embargo, cargar sobre las espaldas del comunismo las víctimas de una depuración que tal vez habría sido igual de severa de haber sido llevada a cabo por parte de los dirigentes nacionalistas. Además, el asentamiento del régimen, en una primera época, da lugar menos a un baño de sangre que a la huida hacia la zona Sur por parte de millares de personas, pertenecientes a las capas sociales que acabamos de señalar y en concreto por parte de quienes temían por su vida y sus bienes. Si el cierre del Norte a los organismos oficiales internacionales o procedentes de la zona Sur se realizó muy pronto, hasta 1948 era posible pasar, con mayor o menor facilidad, del Norte al Sur.

Víctimas de la lucha armada. Esa huida, posible durante los tres primeros años de existencia de un poder comunista que todavía no se afirma como Estado, no significa que los dirigentes comunistas hayan renunciado a una «comunistización» general de la población de la península. Consideraban en efecto probable y próxima la unificación, en su provecho, de Corea. Los archivos recientemente abiertos en Moscú muestran a un Kim Il Sung impaciente por derrocar a quienes ya llama «marionetas» de los americanos: las marionetas en cuestión poseen un ejército mucho más débil que el del Norte (Estados Unidos temía que los del Sur se lanzaran de forma aventurera hacia el Norte), su concepción autoritaria del poder es rechazada en forma de huelgas, incluso de atentados y de guerrillas reclutadas por los comunistas en distintas regiones del país, la población del Sur —Kim Il Sung lo piensa, en cual-

quier caso lo dice— tenía confianza en él y en su ejército[1]. Kim Il Sung insiste, por tanto, ante Stalin, que finalmente da su aprobación a finales del invierno 1949-1950. El 25 de junio de 1950, la premeditada invasión se pone en marcha: las tropas norcoreanas invaden por sorpresa el Sur. Es el principio de una guerra espantosa que causará más de medio millón de muertos en el total de la población coreana, unos 400.000 muertos y una cantidad algo mayor de heridos entre los chinos que acudieron en apoyo de los norcoreanos cuando se vieron amenazados con una derrota total por las tropas de la ONU dirigidas por el general MacArthur, al menos 200.000 muertos entre los soldados norcoreanos, 50.000 entre los soldados surcoreanos, más de 50.000 americanos, y millones de desalojados. El batallón francés de las fuerzas de la ONU contabilizará unos 300 muertos y 800 heridos.

Raras son las guerras cuyo origen esté tan evidentemente ligado a la voluntad comunista de extender —por el bien del pueblo— su zona de influencia... En esa época, numerosos intelectuales franceses de izquierda —Jean-Paul Sartre, por ejemplo— apoyaron la posición comunista convirtiendo a Corea del Sur en el agresor de un país pacífico. Hoy, gracias sobre todo al estudio de los archivos que tenemos a nuestra disposición, no es posible la duda: esos sufrimientos y otros, como los que soportaron los prisioneros (6.000 soldados americanos y casi otros tanto procedentes de otros países, en su mayoría surcoreanos, murieron en cautiverio), o como el calvario del personal diplomático francés e inglés que permaneció en Seúl y fue detenido y luego deportado por las tropas norcoreanas, o el de los misioneros que trabajaban en Corea del Sur, también deportados, deben ser cargados en la cuenta del comunismo[2].

Sabemos que, tras tres años de guerra, se firmó un armisticio en julio de 1953 que establecía una zona desmilitarizada entre las dos Coreas poco más o menos en la línea de partida, es decir el paralelo 38°. Un armisticio, no la paz. La prosecución de abundantes incursiones y de ataques de Corea del Norte contra el Sur han causado numerosas víctimas. Entre los golpes asestados por el Norte, tanto a civiles como a militares, podemos citar el ataque en 1968, por un comando de treinta y un hombres, al palacio presidencial surcoreano (un solo superviviente entre los asaltantes), el atentado de Rangún en Birmania, dirigido el 9 de octubre de 1983 contra miembros del gobierno de Seúl —causó dieciséis muertos, entre ellos cuatro ministros surcoreanos—, o la explosión en pleno vuelo de un avión de la Korea Air Line el 29 de noviembre de 1987 con 115 personas a bordo.

Corea del Norte no es sospechosa: es culpable. Fue detenido un terrorista a su servicio, que explicó que, con esa operación, Pyongyang pretendía

[1] Véase sobre todo la carta a Vyshinsky del embajador soviético en Pyongyang, Shtikov, de fecha del 19 de enero de 1950, Archivos traducidos por el Woodrow Wilson Center, boletines núms. 5 y 6 del Proyecto de historia internacional de la guerra fría, Washington 1995 y 1996.

[2] V. Charles Martel y Georges Perruche, «Prisonniers français en Corée», en *Les Cahiers d'histoire sociale,* núm. 3, octubre de 1994.

mostrar que el Sur no era capaz de garantizar la seguridad de los Juegos Olímpicos de Seúl previstos para unos meses más tarde y menoscabar su prestigio...[3].

Hemos de añadir, porque aquí se trata de la guerra dirigida contra el conjunto del mundo capitalista, que en los años sesenta y setenta, Corea del Norte dio asilo a diversos grupos terroristas, sobre todo al ejército rojo japonés, que se hizo célebre en Israel con sus atentados, a grupos de fedayin palestinos, a guerrilleros filipinos, etc.

Víctimas comunistas del Partido-Estado norcoreano. Recordemos que el informe Jrushchov fue en primer lugar una denuncia de los crímenes de Stalin contra comunistas. También en Corea del Norte sería larga la lista de víctimas de las purgas en el seno del Partido del Trabajo. Se ha calculado que de los 22 miembros del primer Gobierno norcoreano, ¡16 fueron asesinados, ejecutados o purgados![4].

Se sabe que, nada más firmarse el armisticio de Pan Mun Jon, una purga golpea, en el seno del partido norcoreano, a cierto número de mandos de alto rango. El 3 de agosto de 1953 un «gran proceso» sirve para aniquilar a los comunistas «del interior», juzgados por espionaje en provecho de los americanos y tentativa de derrocamiento del régimen. Tibor Meray, periodista y escritor húngaro, asistió a ese proceso. Había conocido a uno de los acusados, Sol Jang Sik, intérprete adjunto de la delegación norcoreana en las negociaciones de Kaesong en julio-agosto de 1951, poeta y traductor de Shakespeare al coreano.

El número 14.

«En la espalda de cada chaquetilla de prisionero había un gran número cosido. El principal acusado era el número uno y los demás estaban numerados por orden de importancia hasta el 14.

El número 14 era Sol Jang Sik.

Apenas si podía reconocerle. Su hermosa cara apasionada de antaño estaba triste y expresaba cansancio y resignación. Ya no tenía luz en sus ojos sombríos y algo oblicuos. Se movía como un robot. Según supe años más tarde, los acusados fueron alimentados bien varias semanas antes de su aparición para que tuvieran mejor aspecto tras sus interrogatorios y torturas. Si el proceso se desarrollaba en público, las autoridades pretendían dar al auditorio, y de modo especial a los representantes de la prensa occidental, la impresión de que los prisioneros gozaban de buena salud, y estaban bien alimentados y física y mentalmente en forma. Allí, en Corea, no había corresponsales occidentales, únicamente representantes de la prensa soviética y de otros periódicos comunistas: el objetivo evidente era demostrar su culpabilidad, humillar a aquellas gentes que en el pasado habían sido personajes más o menos importantes y que en aquel momento eran acusados.

Dejando a un lado esto, el proceso era muy parecido a los distintos procesos políticos húngaros, checoslovacos o búlgaros. Yo estaba tan asombrado al ver a Sol de aquella manera y la traducción era tan sumaria que apenas pude recordar el contenido exacto de las acusaciones (esperaba que Sol no pudiera verme y creo que no podía hacerlo porque la sala estaba bastante abarrotada). Por lo que recuerdo, se trataba de conspiración contra la democracia popular coreana con una conspiración para asesinar a Kim Il Sung, el dirigente bienamado de la nación. Los acusados deseaban el retorno del viejo orden feudal... También querían hacer pasar a Corea del Norte a manos de Syngman Rhee y, por encima de todo, espiaban para los imperialistas americanos y los agentes que les pagaban...[5].

[3] Kim Hyun Hee, *Dans la fosse aux tigres,* París, Presses de la Cité, 1994, y conversación con el autor (febrero de 1997).

[4] *Asia Watch Human rights in the Democratic People's Republic of Korea,* Washington, 1988.

Entre los acusados había bastantes funcionarios de alto rango —entre otros, Li Sung Yo, uno de los secretarios del Comité central del Partido Comunista. Paik Hyung Bok, del ministerio del Interior, y Sho Il Myung, ministro adjunto de Cultura y Propaganda. Sol era más bien un pez pequeño en medio de aquel grupo. Muchos de ellos procedían del sur de Corea.

Pak Hon Yong, ministro de Asuntos Exteriores, un comunista que había luchado desde hacía mucho tiempo en el país, fue condenado a muerte el 15 de diciembre de 1955 y ejecutado tres días más tarde como «agente secreto americano». Después vinieron otros; en 1956, la eliminación de Mu Shong, representante del grupo llamado «de Yenan», antiguo general en el VIII ejército de ruta chino, comandante de la artillería norcoreana, luego jefe de Estado Mayor del GCG de las fuerzas combinadas chino-norcoreanas durante la guerra contra el Sur y la ONU. Otra purga tuvo por blanco a los mandos relacionados con los soviéticos, como Ho Kai, y a mandos llamados de la facción Yenan, vinculados a los chinos, como Kim Du Bong, en marzo de 1958, así como, en esa misma época, a otros mandos abiertos a las reformas de Jrushchov. Diversas oleadas de purgas tuvieron lugar en 1960, en 1967 (Kim Kwang Hyup, secretario del secretario del partido, fue enviado a un campo de

[5] Tibor Meray, «Wilfred Burchett en Corée», *Les Cahiers d'histoire sociale,* núm. 7, otoño-invierno de 1996, pág. 87.

concentración), en 1969 (la víctima más conocida fue Hu Hak-bong, encargado de las operaciones secretas contra el Sur, pero hay que anotar también la desaparición de 80 estudiantes del Instituto Revolucionario de Lenguas Extranjeras de Pyongyang), en 1972 (Pak Kum Chul, antiguo viceprimer ministro y miembro del Buró político, se encuentra en un campo), en 1977 (Li Yong Mu, antiguo miembro del Buró político, también es enviado a un campo, además de la desaparición de varios estudiantes, hijos de mandos criticados), en 1978, en 1980, etc.

A decir verdad, estas purgas existen de manera estructural y no contingente y coyuntural. Todavía recientemente, en 1997, es posible que se haya producido una purga a principios de año, dirigida contra oficiales del ejército y mandos del partido con veleidades reformadoras, a cuya cabeza se encontraba el primer ministro Kang Son San. Según los testimonios de tránsfugas, cada vez que aparece una tensión ligada a dificultades materiales suplementarias impuestas a la población, hay mandos comunistas que resultan señalados como chivos expiatorios para evitar que el poder sea criticado. Luego son encarcelados, enviados a un campo o ejecutados.

Las ejecuciones. Se desconoce a qué cantidad ascienden, pero podemos fijarnos en una indicación del código penal norcoreano —hay por lo menos cuarenta y siete crímenes punibles con la pena de muerte, que pueden clasificarse del siguiente modo:

— crímenes contra la soberanía del Estado;
— crímenes contra la administración del Estado, crímenes contra las propiedades estatales;
— crímenes contra las personas;
— crímenes contra los bienes de los ciudadanos;
— crímenes militares.

Kang Koo Chin, el mejor especialista de los años sesenta y setenta del sistema legal en Corea del Norte, ha intentado realizar una estimación para las purgas en el seno del partido en el período de represión brutal de 1958-1960. ¡Aproximadamente 9.000 personas, según él, habrían sido expulsadas del partido, juzgadas y condenadas a muerte! Extrapolando esta estimación sería, y teniendo en cuenta el número de purgas masivas que conocemos (una decena), se llegaría a la respetable cantidad de 90.000 ejecuciones. Una vez más hemos de repetir que se trata solo de un cálculo aproximado: los archivos de Pyongyang hablarán más tarde.

También han podido recogerse algunos ecos de parte de los tránsfugas, a propósito de ejecuciones públicas que apuntan a la población «civil» y que tienen por causa la «prostitución», la «traición», el crimen, la violación, la «sedición»... Entonces se incita a la muchedumbre a adoptar una actitud cooperadora y el juicio va acompañado de gritos, de insultos e incluso de lanzamiento de piedras. A veces se han llegado a alentar auténticos linchamientos:

en estos casos, el condenado es apaleado hasta la muerte mientras la multitud grita consignas. La pertenencia a una clase o a otra representa aquí un papel de primera importancia. Dos testigos han afirmado delante de los investigadores de Asia Watch que la violación solo era punible con la muerte en caso de ciudadanos pertenecientes a las «categorías más bajas».

Jueces a las órdenes del partido —desde el principio se les pide portarse con estricta conformidad con la doctrina legal marxista-leninista—, procesos que solo abarcan una parte de las decisiones de encierro o de ejecuciones, —son posibles en efecto procedimientos más expeditivos—, abogados a las órdenes del partido, todo esto da una idea del sistema judicial norcoreano.

Prisiones y campos. La señora Li Sun Ok era miembro del Partido del Trabajo y responsable de un centro de suministros reservado a los mandos. Víctima de una de esas purgas regulares, fue detenida con otros camaradas. Torturada largo tiempo con agua y con electricidad, apaleada, privada de sueño, termina por confesar todo lo que querían y sobre todo que se había apropiado de bienes del Estado. Fue condenada a trece años de cárcel. Porque se trata de cárcel, a pesar de que el término no se emplee de forma oficial. 6.000 personas, entre ellas 2.000 mujeres, trabajaban en ese complejo penitenciario como animales, desde las 5.30 horas de la mañana, fabricando zapatillas, fundas de revólver, sacos, cinturones, detonantes para explosivos, flores artificiales. Las detenidas embarazadas eran obligadas a abortar brutalmente. Cualquier niño nacido en prisión era irremediablemente asfixiado o degollado[6].

Otros testimonios más antiguos habían permitido conocer la dureza de las condiciones de vida en prisión. Un relato excepcional de lo que ocurría en las prisiones norcoreanas durante los años sesenta y setenta procede de Alí Lameda, un poeta comunista venezolano, favorable al régimen, que había ido a trabajar a Pyongyang como traductor de los textos de propaganda oficial. Tras haber emitido algunas dudas sobre la eficacia de esa propaganda, Lameda fue detenido en 1967. Aunque no haya sido torturado personalmente durante el año de detención, afirmó haber oído los gritos de los prisioneros a los que se torturaba. Durante su detención, perdió una veintena de kilos y su cuerpo se cubrió de abscesos y de llagas.

En un folleto publicado por Amnistía Internacional señala la parodia de juicio a cuyo término fue condenado a veinte años de trabajos forzados por «haber intentado sabotear, espiar e introducir agentes extranjeros en Corea del Norte», sus condiciones de detención[7], y más tarde su liberación

[6] Conversación con el autor en Seúl, febrero de 1997.

[7] Otro extranjero, un francés llamado Jacques Sédillot, también fue detenido. Había ido a trabajar a la sección del departamento de Publicaciones en Lenguas Extranjeras de Pyongyang. Condenado también a veinte años, pero como «agente del imperialismo francés», fue liberado en 1975 en tal estado de miseria física que murió pocos meses después sin haber podido regresar a Francia.

al cabo de seis años tras repetidas intervenciones de las autoridades venezolanas.

Otros testimonios hacen referencia al hambre, empleada como arma para quebrar la resistencia de los prisioneros. No solo era insuficiente la cantidad de alimento, sino que todo estaba hecho para estropear las raciones que se distribuían. Los prisioneros enfermaban a menudo: las diarreas, las enfermedades de la piel, la neumonía, la hepatitis y el escorbuto no eran infrecuentes.

Las prisiones y los campos forman parte de un vasto conjunto de instituciones que organizan la represión. Hay que distinguir:

— «puestos de socorro», especie de prisiones de tránsito donde los detenidos esperan a ser juzgados por delitos políticos leves y por delitos y crímenes no políticos;
— «centros de regeneración» por el trabajo, que albergan de 100 a 200 personas juzgadas asociales, ociosas, incluso perezosas. Los hay en casi todas las ciudades. Los detenidos pasan allí entre tres meses y un año, en muchas ocasiones sin juicio ni acusación precisa;
— los campos de trabajos forzados. Encontramos una docena larga en el país, cada uno de los cuales alberga entre 500 y 2.500 personas. Los detenidos son criminales de derecho común, acusados de robo, de intento de asesinato, de violación, pero también hijos de detenidos políticos, de personas arrestadas cuando intentaban huir del país, etc.;
— «zonas de deportación», donde se envía a elementos considerados poco seguros (miembros de la familia de un tránsfuga que ha huido al Sur, familias de antiguos terratenientes, etc.). Estos destierros se cumplen en lugares alejados y afectarían a varias decenas de miles de personas;
— «zonas de dictadura especial», que son los verdaderos campos de concentración donde podemos encontrar a prisioneros políticos. Existe una docena, que reúnen entre 150.000 y 200.000 personas. Debe observarse que esa cifra apenas representa el 1 por 100 de la población global, nivel claramente inferior al que había alcanzado el Gulag soviético a principios de los años cincuenta. Esta «hazaña» debe leerse evidentemente no como efecto de una benevolencia particular sino más bien como la manifestación de un nivel excepcional de control y de vigilancia de la población.

Estas zonas de dictadura especial se encuentran sobre todo en la parte norte del país, en regiones montañosas y de acceso muchas veces difícil. La zona de Yodok sería la mayor de todas y albergaría 50.000 personas. Comprende los campos de Yongpyang y Pyonjon, muy aislados, que agrupan aproximadamente a los dos tercios de prisioneros de la zona, y los de Ku-up, Ibsok y Daesuk, donde están encerradas, pero separadas, familias de antiguos

resistentes frente al Japón y solteros. Hay otras zonas de dictadura especial en Kaechon, Hwasong, Hoiryung, Chongjin.

Estos campos fueron creados a finales de los años cincuenta para encerrar a «criminales políticos» y opositores a Kim Il Sung en el seno del partido... Su población aumentó particularmente en 1980 a raíz de una «purga» importante, tras la derrota de los opositores a la institucionalización del comunismo dinástico en el VI Congreso del Partido del Trabajo. Algunos de ellos, como el campo número 15 de la zona de Yodok, están divididos en «bloque de fomento de la resolución» donde se encuentran detenidos que pueden esperar volver a ver un día el mundo exterior, y en «bloque de alta seguridad» del que nadie puede esperar salir nunca.

El bloque de fomento de la resolución está ocupado sobre todo por detenidos de la elite política, o repatriados del Japón que tienen relaciones personales con dirigentes de asociaciones japonesas favorables a Corea del Norte.

La descripción que de ellos hacen los raros tránsfugas que han pasado por los campos es terrorífica: elevadas alambradas de púas, perros pastores alemanes, guardianes armados, campos de minas en los alrededores. La alimentación es totalmente insuficiente, el aislamiento del exterior completo, el trabajo duro (minas, canteras, excavación de canales de riego, tala de bosques durante unas doce horas diarias a las que se añaden dos horas de «formación política»). Pero en ellos es tal vez el hambre el peor de los suplicios y los prisioneros hacen todo lo posible por cazar y comer ranas, ratas, gusanos.

Este cuadro, compendio muy clásico del horror, debe completarse con la mención de la progresiva decadencia física de los prisioneros, la utilización de los detenidos para «trabajos especiales», como la excavación de túneles secretos, o peligrosos en los emplazamientos nucleares, incluso como blancos vivientes para ejercicios de tiro practicados por los guardianes. Torturas y violencias sexuales son algunos otros aspectos que figuran entre los más sorprendentes de la vida de los detenidos norcoreanos.

A ellos podemos añadir la afirmación realizada por el régimen del carácter familiar de la responsabilidad: muchas familias se encuentran en un campo debido a la condena de uno solo de sus miembros; pero si, en el momento de la gran purga de los adversarios de Kim Il Sung, en 1958, el castigo se ampliaba muchas veces a tres generaciones, en la actualidad ese sistema tiende a suavizarse. Ello no obsta para que testimonios relativamente recientes ilustren esa concepción extraña del derecho. Un joven tránsfuga, Kang Chul Hwan, entró en el campo a la edad de nueve años. Ocurría en 1977. Había sido internado con su padre, con uno de sus hermanos y con dos de sus abuelos porque, en 1977, el abuelo, antiguo responsable de la asociación de coreanos de Kyoto, en Japón, había sido detenido por ciertas observaciones demasiado complacientes sobre la vida en los países capitalistas.

Hasta la edad de quince años, Kang Chul Hwan siguió en el campo el régimen reservado a los niños: escuela por la mañana, donde se les enseña sobre todo la vida del genio nacional, Kim Il Sung, trabajo por la tarde (arrancar las malas hierbas, recoger piedras, etc.)[8].

¿Hemos de apoyarnos en el testimonio de los diplomáticos franceses que fueron hechos prisioneros por los norcoreanos en julio de 1950, al principio de la guerra? ¿O en el de los americanos del *Pueblo,* navío de vigilancia de las costas coreanas, apresado en 1968? Las circunstancias en ambos casos son excepcionales, pero los relatos de unos y otros ilustran la brutalidad de los interrogatorios, la indiferencia por la vida humana y las malas y sistemáticas condiciones de detención[9].

En 1992, dos tránsfugas aportaron también otras informaciones relativas a la vida en el mayor de los campos norcoreanos, el de Yodok. Afirmaron sobre todo que las condiciones de detención eran tan duras en ese campo que todos los años, a pesar de las alambradas electrificadas, las torres de observación en cada kilómetro, la seguridad en caso de fracaso de un proceso público y de una ejecución ante el resto de los detenidos, una quincena de ellos intentaba evadirse. Aumentan la cuenta en vidas humanas de las víctimas del comunismo, dado que, según estos dos hombres, ninguna evasión se ha visto coronada todavía por el éxito.

Nos quedaremos sobre todo con el testimonio excepcional recientemente aportado por un antiguo guardián de un campo de la zona de Hoiryong. Este hombre, que huyó a China en 1994 antes de llegar a Seúl, ha hecho progresar considerablemente nuestros conocimientos sobre el mundo concentracionario coreano[10]. Según este testigo, llamado An Myung Chul, se designa como víctimas de las ejecuciones a «malos sujetos»: «Insumisos, responsables de rebeliones, asesinos, mujeres embarazadas (cualquier relación sexual les está formalmente prohibida a los prisioneros), personas que matan ganado, destructores de materiales utilizados para la producción. En la mazmorra, se les ata un grueso trozo de manera entre las piernas plegadas y las nalgas, luego permanecen arrodillados de ese modo. La mala circulación de la sangre causa estragos a la larga, e incluso si fuesen liberados no podrían caminar y morirían al cabo de unos meses».

Las ejecuciones, en ese campo, no son públicas. Antes sí se hacía, pero las matanzas se habían vuelto tan corrientes que terminaron por inspirar menos terror que afanes de rebeldía. Los guardianes, armados hasta los dientes, debían proteger el lugar del suplicio, y desde 1984 se ejecuta en secreto.

[8] Conversación con el autor, Seúl, febrero de 1997.

[9] *Cahiers d'histoire sociale,* núm. 3, *op. cit.,* para los primeros; *Human Rights in the Democratic People's of Korea, op. cit.,* para los segundos.

[10] Amplios extractos de este testimonio han sido publicados por *Coreana,* boletín de la Sociedad de Estudios Coreanos, núm. 1, marzo de 1995.

A golpes de pala.

¿Quién realiza las ejecuciones? Se deja a la discreción de los agentes de la seguridad, que fusilan cuando no quieren ensuciarse las manos o matan lentamente si quieren contemplar la agonía. Supe, por ejemplo, que se puede matar a palos, por lapidación o con una pala. Se mata a los prisioneros como si fuera un juego, haciendo un concurso de tiro, apuntándoles a los ojos. También se fuerza a los supliciados a pegarse entre ellos y a desgarrarse mutuamente. (...) Con mis propios ojos he visto muchas veces cadáveres asesinados de forma atroz: rara vez las mujeres mueren tranquilamente. He visto senos lacerados a cuchilladas, partes genitales hundidas por el mango de una pala, nucas destrozadas a martillazos. (...) En el campo, la muerte es una cosa muy vulgar. Y los «criminales políticos» se debaten como pueden para sobrevivir. Hacen lo que sea para conseguir más maíz y grasa de cerdo. Sin embargo, en el campo, a pesar de esa lucha, todos los días cuatro o cinco personas mueren, como media de hambre, de accidente o... ejecutadas.

Resulta inimaginable escapar del campo de concentración. Un guardián que detiene a un fugitivo puede esperar entrar en el partido e ir luego a la universidad. Algunos obligan a los prisioneros a trepar por las alambradas. Entonces disparan y fingen haberlos detenido.

Además de los guardias, hay perros vigilando a los criminales políticos. Se sirven de estos animales espantosos, muy bien amaestrados, como de máquinas de matar. En julio de 1988, en el campo número 13, dos prisioneros fueron atacados por perros. De sus cuerpos solo quedaron huesos. También en 1991, dos chicos de quince años fueron devorados por esos perros.

An afirma haber oído una conversación entre el jefe de la guardia y otros dos miembros del personal de encuadramiento del campo número 13, donde se mencionaban prácticas que se creían reservadas únicamente a los exterminadores de los campos nazis. «Camarada», dice uno de ellos, subjefe de escuadra, «ayer vi humo en la chimenea del tercer Buró[11]. ¿Es cierto que se comprimen los cuerpos para extraerles la grasa?»

El jefe de la guardia respondió que había ido una vez al túnel del tercer Buró, junto a una colina.

«Sentí olor a sangre y vi pelos pegados en las paredes... Esa noche no pude dormir. El humo que has visto procede de la cremación de los huesos de

[11] Una de las subdirecciones de la «agencia de seguridad nacional», a cargo de las regiones fronterizas. Este campo se encuentra en efecto pegado a la frontera china.

los criminales. Pero no hables de eso o tendrás que lamentarlo. ¿Quién sabe cuándo tendrás una habichuela negra (una bala) en la cabeza?»

Otros guardias le hablaron de experiencias que se practicaban en el campo, como dejar morir de hambre a los prisioneros con objeto de estudiar su resistencia:

«Los encargados de estas ejecuciones y de estas experiencias beben alcohol antes de matar. Ahora se han convertido en auténticos expertos: suelen golpear a los prisioneros con un martillo, en la parte de atrás de la cabeza. Los desgraciados pierden entonces la memoria; y de estos semimuertos hacen blancos vivientes para los ejercicios de tiro. Cuando al tercer Buró le faltan individuos, un camión negro, apodado "el cuervo" va a buscar otros, sembrando el terror entre los prisioneros. El cuervo va al campo una vez al mes y se lleva cuarenta o cincuenta personas no se sabe dónde...»

En todos los casos, los arrestos se hacen de forma discreta, sin procedimientos legales, de suerte que ni siquiera los padres o los vecinos saben nada. Cuando se dan cuenta de la desaparición, evitan hacer preguntas por miedo a tener problemas.

Después de semejantes horrores, a duras penas nos atrevemos a mencionar la existencia de campos de leñadores norcoreanos en Siberia desde el año 1967, a pesar de las duras condiciones de trabajo, la insuficiencia de la alimentación, la vigilancia de guardias armados y las mazmorras para todo el que cometa una falta de disciplina con las normas norcoreanas, etc.

En el momento del hundimiento de la URSS, gracias al testimonio de muchos leñadores evadidos y a los esfuerzos de Serguei Kovaliov, responsable de una comisión de derechos del hombre ante Boris Yeltsin, las condiciones de estos trabajadores inmigrados de un género especial mejoraron y ya no están bajo el control único de las autoridades norcoreanas.

Detengámonos un momento. Como en el caso de las purgas en el seno del partido, solo se trata de la búsqueda de un cálculo aproximado. Si 10.000 personas están detenidas en el campo número 22, según la estimación de un testigo, si cinco personas mueren en él a diario, y si consideramos que el número total de los detenidos de los campos de concentración norcoreanos es del orden de 200.000 [12], llegamos a un total de 100 muertos diarios y de 36.500 por año. Si multiplicamos ese número por 45 años (período 1953-1998), el resultado es la cantidad aproximada de 1,5 millones de muertos que tienen por responsable directo al comunismo coreano.

El control de la población. Si los campos albergan un concentrado de horror, fuera de los campos apenas existe la libertad. Corea del Norte es un lugar de negación de las opciones individuales, de la autonomía personal. «Toda la sociedad debe ser convertida con firmeza en una fuerza política unida que respira y avanza con un solo pensamiento y una sola voluntad bajo la dirección del dirigente supremo», afirma un editorial radiodifundido del 3 de enero de 1986. Y un lema corriente en Corea del Norte ordena: «Pensad, hablad y obrad como Kim Il Sung y Kim Jong Il...»

[12] Una estimación modesta: la horquilla va de 150.000 a 400.000 detenidos.

De arriba abajo de la escala social, el Estado, el partido, sus asociaciones de masas o su policía controlan a los ciudadanos en nombre de lo que se denomina «los diez principios del partido para realizar la unidad». Es este texto y no la constitución lo que todavía hoy rige la vida cotidiana de los norcoreanos. Para comprender su espíritu, contentémonos con citar el artículo 3: «Impondremos de forma absoluta la autoridad de nuestro dirigente».

En 1945 apareció un Buró de la seguridad social (hay que entender un buró encargado del control, en el plano social, de la población), en 1975 un comité nacional de censura (que evidentemente existía desde hacía mucho tiempo) y un «comité jurídico de la vida socialista» en 1977 [13].

Por lo que a la policía política se refiere, en 1973 constituyó un «ministerio de la protección política nacional», rebautizado en la actualidad como «Agencia de la Seguridad Nacional», dividida en diferentes burós (el buró número 2 se ocupa de los extranjeros, el número 3 de la protección de las fronteras, el número 7 de los campos, etc.).

Una vez a la semana, todos y cada uno están «invitados» a una clase de adoctrinamiento, y una vez a la semana también todos y cada uno están invitados a una sesión de crítica y de autocrítica llamada en Corea del Norte «balance de vida». En ellas uno debe acusarse, por lo menos, de una falta política y, por lo menos, debe uno hacer dos reproches a los compañeros que están al lado.

Los mandos norcoreanos son, desde luego, privilegiados en el plano material y alimenticio, pero el control del que son objeto es también estricto: están reagrupados en un barrio especial, y sufren la escucha de sus conversaciones telefónicas o de otro tipo, y el escrutinio de casetes de audio y vídeo que poseen con la disculpa de «reparación» o de «intervención por fuga de gas». Pero para todos los norcoreanos, las emisoras de radio o de televisión solo permiten, mediante un sistema de bloqueo de los botones, el acceso a las emisoras estatales. Los desplazamientos requieren el permiso de las autoridades locales y de las unidades de trabajo. La domiciliación en Pyongyang, capital y escaparate del socialismo norcoreano, se halla, como en muchos otros Estados comunistas, estrictamente controlada.

¿Tentativa de genocidio intelectual? La represión y el terror no significan solo perjuicio o castigo del cuerpo, sino de la mente. El encierro puede ser también mental, y no es esta la degradación menor. Al abrir este panorama, evocábamos el enclaustramiento del país como una cláusula metodológica: refiriéndonos a ese Estado, es imposible conseguir un conjunto de informaciones tan precisas y fiables como desearíamos. Pero el cierre al mundo exterior, acompañado por una agresión ideológica permanente de una violencia que no tiene comparación con lo que ocurre en ningún otro lado, forma parte, sin discusión, de los crímenes del comunismo norcoreano. Claro que los tránsfugas que consiguen pasar a través de las mallas de la red también dan testimonio de la extraordinaria capacidad de resistencia del ser humano. En este sentido, los adversarios del concepto de totalitarismo indican que siempre hay «juego», resistencia, y que la «totalidad» buscada por el «gran hermano» nunca se ha conseguido.

[13] Jean-Pierre Brulé, *La Corée du Nord de Kim Il Sung*, París, ed. Barré-Dayez, 1982.

Por lo que se refiere a Corea del Norte, la propaganda tiene dos vías de transmisión. Una vía clásicamente marxista-leninista: el Estado socialista y revolucionario ofrece la mejor vida posible a unos ciudadanos colmados de felicidad. La vigilancia frente al enemigo imperialista, sin embargo, debe mantenerse (sobre todo, podría añadirse hoy, cuando muchos «camaradas» del exterior han capitulado). La otra vía es de tipo nacional y arcaico: lejos del materialismo dialéctico, el poder norcoreano utiliza una mitología que busca hacer creer a los súbditos de la dinastía de los Kim que el cielo y la tierra están en connivencia con sus amos. La agencia oficial norcoreana, por ejemplo, ha asegurado que el 24 de noviembre de 1996 (se trata solo de unos ejemplos entre mil), cuando Kim Jong Il realizaba una inspección de las unidades del ejército norcoreano en Pan Mun Jon [14], la zona quedó envuelta en una bruma tan espesa como inesperada. El número uno pudo así ir y venir por diferentes lugares para fijarse en la situación de las «posiciones enemigas», sin que nadie pudiera verle. Misteriosamente, la bruma se levantó y el tiempo se aclaró justo en el momento en que posó para ser fotografiado con un grupo de soldados... Un fenómeno semejante había podido observarse en una isla del mar Amarillo. Cuando llegó a un puesto avanzado de observación, empezó a estudiar un mapa de operaciones. Fue entonces cuando la lluvia y el viento cesaron, las nubes se alejaron y el sol comenzó a brillar... En los despachos de la misma agencia oficial también se ha hablado de «una serie de fenómenos misteriosos que tuvieron lugar en toda Corea al acercarse el tercer aniversario de la muerte del «gran dirigente». (...) El cielo sombrío se volvió de pronto luminoso en el cantón de Kumchon (...) y tres grupos de nubes rosas se dirigieron hacia Pyongyang... Hacia las 20.10 horas del 4 de julio, la lluvia que había empezado a caer desde por la mañana se detuvo y un doble arco iris se desplegó por encima de la estatua del presidente (...), luego una estrella muy brillante resplandeció en el cielo encima de la estatua», etc. [15]

[14] Este pueblo donde se celebraron las negociaciones de armisticio es el único punto donde el ejército del Norte está en contacto inmediato con los del Sur y Estados Unidos.

[15] Textos reproducidos en *La Lettre de Corée*, núms. 4 y 5, junio y agosto de 1997.

Una jerarquía estricta. En este Estado que se dice socialista, la población no solo está custodiada y controlada, también está fichada en función de criterios que se refieren al origen social y geográfico (¿es uno oriundo de una familia del Sur o del Norte?), los antecedentes políticos y los signos recientes de lealtad hacia el régimen. En los años cincuenta se realizó un «sabio» desglose del conjunto de la población. Con la ayuda de la burocracia, se crearon no menos de cincuenta y una categorías que determinaban ampliamente el porvenir material, social y político de los ciudadanos. Probablemente, este sistema, muy pesado de manejar, fue simplificado en los años ochenta, reduciendo las cincuenta y una categorías sociales a tres. Cierto que el «fichaje» sigue siendo todavía complejo porque, además de esas «clases», los servicios secretos vigilan de modo especial ciertas «categorías» representadas en una u otra clase, sobre todo la de personas venidas del extranjero, hayan sido residentes o visitantes.

Así pues, distinguimos una clase «central», «núcleo» de la sociedad, una clase «indecisa» y una clase «hostil» que representa aproximadamente una cuarta parte de la población norcoreana. El sistema comunista norcoreano justifica mediante estas distinciones una especie de *apartheid:* un joven de «buen origen», por ejemplo de una familia que cuenta con antiguos guerrilleros antijaponeses, no podría casarse con una joven de «mal origen», por ejemplo una joven procedente de una familia del Sur. Un antiguo diplomático norcoreano, Koh Yung Hwan, que fue en el Zaire, en los años ochenta, primer secretario en la embajada norcoreana, afirma: «Corea del Norte conoce un sistema más rígido que el de las castas» [16].

Suponiendo que esta discriminación basada en el origen tenga un sentido desde el punto de vista de la teoría marxista-leninista, la discriminación biológica resulta más difícil todavía de justificar. Sin embargo, los hechos están ahí: los lisiados norcoreanos son víctimas de un severo ostracismo. Es imposible que se les autorice a vivir en la capital, Pyongyang. Hasta estos últimos años, se les enviaba solo a localidades de su distrito de forma que los miembros no inválidos de su familia pudiesen visitarlos. En la actualidad son deportados a lugares apartados, a las montañas o a las islas del mar Amarillo. Hay dos enclaves de exilio localizados con certeza: Bujun y Euijo en el norte del país, no lejos de la frontera china. Esta discriminación contra los lisiados se ha acentuado recientemente con la aplicación de esa política de exclusión a otras grandes ciudades distintas de Pyongyang: Nampo, Kaeson, Chongjin.

De igual modo que los lisiados, los enanos son hostigados sistemáticamente, detenidos y enviados a campos donde no solo están aislados: se les impide tener hijos. «La raza de los enanos debe desaparecer», ordenó el propio Kim Jong Il... [17]

[16] *Le Figaro Magazine*, 8 de marzo de 1997.

[17] *Ibid.*

La fuga. A pesar de la vigilancia de los guardias de fronteras, algunos norcoreanos han conseguido huir: desde la guerra, unas 700 personas han alcanzado el Sur, pero se piensa que varios miles han franqueado la frontera china. Ignorantes de lo que ocurre en el exterior, estrictamente controlados, los norcoreanos que cruzan clandestinamente la frontera son todavía poco numerosos. Se estima en un centenar aproximadamente los tránsfugas que pasaron al Sur durante el año 1997, un número en claro aumento en comparación con la media de los años noventa y sobre todo de los decenios anteriores. El número de huidas anuales se ha quintuplicado desde 1993 y tiende a crecer. Por regla general, los candidatos al paso clandestino de la frontera huyen de una amenaza de sanción o han tenido ocasión de viajar al extranjero. Por ejemplo, entre los tránsfugas figura cierto número de diplomáticos o de funcionarios de alto rango. En febrero de 1997, el ideólogo del partido, Hwang Jang Yop, se refugió en la embajada de Corea del Sur en Pekín antes de ir a Seúl. El embajador en Egipto, que fue a Estados Unidos a finales de agosto de 1997, podía temer por su futuro político: el año anterior, su propio hijo había «desaparecido». Koh Yung Hwan, el diplomático de la embajada norcoreana en el Zaire ya citado, temía ser detenido: imprudentemente, ante una retransmisión televisada del proceso del matrimonio Ceausescu, había «esperado que nada parecido ocurriese en su país» —prueba flagrante de su falta de confianza en la dirección—. Huyó al tener noticia de la llegada de agentes de la seguridad del Estado a la embajada pocos días después. En su opinión, cualquier intento de fuga descubierta antes de su realización conduce a su autor al arresto y al campo de concentración. Peor: como pudo constatarlo en Ammán, en Jordania, el proyecto de fuga de un diplomático se salda por lo general con una «neutralización», con el escayolado completo del culpable y la vuelta inmediata a Pyongyang. En el aeropuerto, ¡se hace creer en un accidente de coche o de otro tipo!

Las gentes sencillas que fracasan en su intento de fuga no salen mejor paradas. Como hace poco ha contado la prensa francesa [18], los fugitivos son probablemente ejecutados antes de sufrir un trato particularmente degradante: «Los testimonios recogidos a lo largo del río [el Yalu] concuerdan. Los policías que recuperan a los fugitivos introducen un alambre en las mejillas o en la nariz de los traidores a la nación, que han osado abandonar la madre patria. Una vez que vuelven, son ejecutados. Sus familiares son enviados a campos de trabajo».

Actividades en el exterior. No satisfechos con impedir brutalmente cualquier intento de fuga, los dirigentes norcoreanos envían a sus agentes al exterior para atentar allí contra los enemigos del régimen. En septiembre de 1996, el agregado cultural de Corea del Sur en Vladivostock, por ejemplo,

[18] Marc Epstein, *L'Express,* 14 de agosto de 1997.

fue asesinado. Japón también sospecha que los norcoreanos secuestraron aproximadamente a una veintena de mujeres japonesas que luego son obligadas a trabajar en la formación de espías o terroristas. Entre Japón y Corea del Norte existe otro contencioso sobre cientos de mujeres japonesas que fueron a instalarse en Corea del Norte a partir de 1959, con sus esposos coreanos. A pesar de las promesas formuladas entonces por el Gobierno norcoreano, ninguna de ellas ha podido regresar, aunque solo sea temporalmente, a su país natal. Por el testimonio de los escasos tránsfugas que han conocido los campos, se sabe que muchas de esas mujeres fueron detenidas y que la tasa de mortalidad entre ellas es muy elevada. De catorce japonesas encarceladas en el campo de Yodok a finales de los años setenta, solo dos seguían con vida quince años más tarde. El Gobierno norcoreano se sirve de esas mujeres, cuya salida promete, a cambio de una ayuda alimentaria japonesa. Los despachos de agencia no dicen cuántos kilos de arroz vale, a ojos de los dirigentes norcoreanos, la liberación de una mujer japonesa. Amnistía Internacional y la Sociedad Internacional de Derechos Humanos, entre otras asociaciones, se inquietan por estos casos. También se practica el secuestro de pescadores surcoreanos.

No han cesado los incidentes entre 1955 y 1995. El Gobierno surcoreano sostiene que han desaparecido más de 400 pescadores surcoreanos. Ciertos pasajeros y miembros de la tripulación de un avión desviado en 1969, nunca devueltos al Gobierno del Sur, un diplomático surcoreano raptado en Noruega en abril de 1979, un pastor protestante, el reverendo Ahn Sung Un, secuestrado en China y conducido a Corea del Norte en julio de 1995 proporcionan más ejemplos de ciudadanos surcoreanos víctimas de las violencias norcoreanas en territorio extranjero.

Hambruna y carestía. Recientemente ha aparecido otro motivo de crítica del régimen norvietnamita: la situación alimentaria de la población norcoreana, mediocre desde hace mucho tiempo, pero que ha empeorado estos últimos años hasta el punto de que las autoridades norcoreanas, a pesar de su sacrosanto principio de autosuficiencia, han lanzado recientemente llamadas para solicitar la ayuda internacional. La cosecha de cereales de 1996 se ha elevado a 3,7 millones de toneladas, es decir, tres millones menos que la producción del principio de los años ochenta. La de 1997 será desde luego poco diferente. Corea del Norte invocaba, sobre todo tras el programa alimentario mundial de la ONU, pero también según Estados Unidos o la Comunidad Europea, diversas catástrofes naturales (inundaciones de 1994 y 1995, sequía y maremoto en 1997). Las causas de esta penuria alimentaria derivan, de hecho, de las dificultades estructurales propias de la agricultura socialista, planificada y centralizada. Errores graves como la deforestación de colinas enteras, la construcción apresurada de cultivos en terraza por equipos más o menos competentes, por orden de la cúpula del partido, han representado también

su papel en la gravedad de las inundaciones. El hundimiento del comunismo soviético y el nuevo curso de las cosas que se ha producido en China hacen que haya disminuido mucho la ayuda de estos dos países a Corea del Norte. Rusia y China pretenden comerciar en adelante según las leyes del mercado internacional. La carencia de divisas fuertes pesa por tanto sobre el Gobierno norcoreano que adquiere con mayores dificultades máquinas agrícolas, abonos y combustible.

Pero ¿cuál es la gravedad de la situación alimentaria? No lo sabemos, a pesar de las afirmaciones catastróficas de organizaciones humanitarias como Visión Mundial —que evoca una posibilidad de dos millones de víctimas— o la Cruz Roja alemana —que habla de 10.000 muertes de niños al mes [19]. Existen indicios claros de dificultades graves: algunos informes de expertos de la ONU confirman los rumores que circulan entre la población fronteriza china; existe carestía y en ciertos lugares hambruna. Pero la utilización de viajes de personalidades de buena voluntad que no dudan en hablar de «millones de muertos» futuros si no tienen lugar las ayudas, la difusión en el extranjero de fotos de niños enclenques o de vídeos de consejos televisados a la población para preparar hierbas como alimento, indican una maniobra muy bien organizada para ensombrecer un cuadro que de cualquier modo no es brillante. En la actualidad no se trata de hacer decir al presidente Herriot que Ucrania va bien cuando atraviesa una hambruna terrible, sino lo contrario, que Corea del Norte hace frente a una hambruna terrible y que cualquier interrupción de la ayuda podría conducir a acciones desconsideradas y peligrosas para la estabilidad de la península y la paz en Extremo Oriente. El gigantesco ejército norcoreano sin embargo está bien alimentado y construye misiles cada vez más perfectos.

No tenemos prácticamente ningún dato en cifras sobre las víctimas de esta penuria alimentaria, salvo las indicaciones, dadas por los norcoreanos mismos, de un porcentaje no desdeñable que presenta huellas de malnutrición: los nutricionistas del programa alimentario mundial han podido realizar, por ejemplo, un estudio sobre 4.200 niños norcoreanos de una muestra seleccionada exclusivamente por el Gobierno norcoreano: el 17 por 100 sufrían de malnutrición [20], lo cual tiende a confirmar la existencia de una carestía generalizada y de probables bolsas locales o regionales de hambruna. Esa carestía y esa hambruna, en gran medida relacionadas con las decisiones políticas del Gobierno norcoreano, se combaten y limitan, sin embargo, gracias a los esfuerzos del mundo «imperialista» que entrega millones de toneladas de cereales. *Dejada en manos exclusivamente del régimen comunista, la población norcoreana sufriría de hecho una auténtica hambruna de consecuencias terribles.*

[19] *Le Monde,* 10 de octubre de 1997.

[20] Entrevista con Catherine Bertini, *La Croix,* 8 de octubre de 1997. Un estudio del mismo organismo, de principios de los años ochenta, mostraba sin embargo que el 43 por 100 de los niños de la India sufrían de malnutrición.

También hay que observar que los efectos de la carestía en términos de víctimas resultan completamente reales, pero son sobre todo indirectos y se traducen de modo especial por un debilitamiento incrementado por diversas enfermedades.

Como conclusión, podemos hablar de varios cientos de miles de víctimas directas e indirectas de las penurias alimentarias, pero recordando los esfuerzos del Gobierno norcoreano por «ensombrecer», por todos los medios posibles, la situación, del mismo modo que los soviéticos crearon en julio de 1921 «un comité de ayuda a los hambrientos» para realizar un llamamiento de ayuda a la buena voluntad del mundo burgués.

Saldo final. Es difícil traducir numéricamente la desdicha comunista, menor en Corea del Norte que en otras partes. Por razones de datos estadísticos insuficientes, de imposibilidad de investigación directa en el país, de inaccesibilidad de los archivos. Por razones que también dependen del enclaustramiento de Corea del Norte. ¿Cómo contabilizar los resultados de una propaganda tan imbécil como permanente? ¿Cómo cifrar la ausencia de libertades (de asociación, de expresión, de desplazamiento, etc.)? ¿Cómo evaluar la vida echada a perder de un niño enviado a un campo porque su abuelo ha sido condenado, de una mujer encarcelada obligada a abortar en condiciones atroces? ¿Cómo reducir a estadísticas la mediocridad de una vida obsesionada por la falta de alimento, de calefacción, de ropas cómodas y elegantes, etc.? ¿Qué pesa, al lado de todo esto, la «americanización» de la sociedad surcoreana señalada por nuestros despreciadores del ultraliberalismo para no dar la razón ni a la democracia evidentemente imperfecta del Sur ni a la pesadilla organizada del Norte?

También se objetará que el comunismo norcoreano es una caricatura del comunismo, como lo fue el de los jemeres rojos. Una excepción arqueoestalinista. Cierto, pero ese museo del comunismo, ese Madame Tussaud asiático, todavía está vivo...

Una vez formuladas estas reservas, pueden añadirse a los 100.000 muertos de las purgas en el Partido del Trabajo, los 1,5 millones de muertos por internamiento en campos de concentración y 1,3 millones de muertos como secuela de la guerra buscada, organizada y desencadenada por los comunistas —una guerra inacabada que incrementa de forma regular el saldo de las víctimas debido a operaciones puntuales pero mortíferas (ataques de comandos norcoreanos contra el Sur, actos de terrorismo, etc.). Habría que añadir a este balance las víctimas directas, y sobre todo indirectas, de la malnutrición. Es en este punto donde hoy tenemos menos datos, pero también es donde, si la situación se agrava, los datos pueden aumentar de forma dramática y muy cercana en el tiempo. Incluso si desde 1953 nos contentamos con 500.000 vidas perdidas por efectos del debilitamiento frente a las enfermedades, o directamente por la penuria alimentaria (¡en la actuali-

dad corren rumores de canibalismo evidentemente inverificables!), llegamos, para un país de 23 millones de habitantes, y de un régimen comunista de una cincuentena de años, a un resultado global de más de tres millones de víctimas.

VIETNAM: LOS CALLEJONES SIN SALIDA DE UN COMUNISMO DE GUERRA

por
JEAN-LOUIS MARGOLIN

¡Vamos a transformar las prisiones en escuelas!
Lê Duan, secretario general del Partido Comunista Vietnamita[21]

Admitir las fechorías del comunismo vietnamita sigue siendo hoy una prueba para muchos occidentales que, movilizándose contra otras fechorías —las del colonialismo francés, las del imperialismo americano—, se encuentran situados objetivamente en el mismo campo que el Partido Comunista Vietnamita (PCV). De ahí a pensar que era la expresión de las aspiraciones de un pueblo, que trataba de construir una sociedad fraternal e igualitaria, no había más que un paso. La apariencia afable de su fundador y dirigente hasta 1969, Hô Chi Minh, la extraordinaria tenacidad de sus combatientes y la habilidad de su propaganda exterior, pacifista y democrática hicieron el resto. Si era difícil sentir simpatía por Kim Il Sung y su régimen de cemento armado, resultaba fácil preferir a la podredumbre del régimen saigonés de Nguyên Van Thiêu (1965-1975) la austeridad risueña de los mandarines rojos de Hanoi. Se quiso creer que el PCV no era un partido estalinista más: nacionalista en primer lugar y ante todo, habría utilizado su etiqueta comunista para recibir la ayuda de los chinos y de los soviéticos.

No se trata de cuestionar la sinceridad del patriotismo de los comunistas vietnamitas, que lucharon con una decisión sin igual, durante medio siglo, contra franceses, japoneses, americanos y chinos: la acusación de «traición» o de «colaboración» desempeñó a menudo en el Vietnam el mismo papel que el de «contrarrevolución» en China. Pero el comunismo no fue incompatible en ninguna parte con el nacionalismo o incluso con la xenofobia, y en Asia menos que en cualquier otro lado. Ahora bien, bajo el barniz de una amable unanimidad nacional, es un estalinismo-maoísmo muy servil hacia sus prototipos lo que se descubre fácilmente, a poco que se desvele su faz.

[21] Citado en Doan Van Toai, *Le Goulag vietnamien*, París, Robert Laffont, 1979, pág. 28. Lê Duan visitaba la cárcel de la isla de Con-son, después de la «liberación» de Vietnam del Sur, en 1975.

El joven Partido Comunista Indochino (PCI)[22] comenzó bastante mal. Nada más fundarse, en 1930, hubo de hacer frente a un espectacular proceso, a consecuencia de los siniestros excesos de algunos de sus activistas de Saigón que, ya comprometidos en 1928, e influidos por la tradición de las sociedades secretas y del terrorismo nacionalista, habían juzgado y ejecutado limpiamente a uno de sus camaradas para después quemar su cuerpo. Solo era culpable de haber seducido a una militante[23]. En 1931, lanzándose algo alocadamente a la creación de «soviets» rurales en el Nge Tinh (siguiendo el modelo del Jiangxi, pero Vietnam no tiene la inmensidad de China...), emprende inmediatamente la liquidación de los terratenientes por centenares. Una parte de los habitantes huye, y esto facilita el regreso como fuerza de intervención inmediata de las tropas coloniales. Cuando el PCI, que se esconde tras el «frente unido» de la liga por la independencia del Vietnam, o *Vietminh*, se atreve por fin a lanzarse a gran escala a la lucha armada, en la primavera de 1945, arremete más contra los «traidores» y «reaccionarios» (que a veces incluyen al conjunto de los funcionarios) que contra el ocupante japonés, desde luego mejor armado. Uno de sus responsables propone una campaña de asesinatos para «acelerar los progresos del movimiento.»[24] También propietarios y mandarines rurales constituyen blancos privilegiados; se crean «tribunales populares» para condenarlos y confiscar sus bienes[25]. Pero el terror también apunta a los adversarios políticos del débil PCI, que todavía cuenta solo con unos 5.000 militantes. Hay que hacer rápidamente el vacío y quedarse solos al frente del movimiento nacional. El Dai Viet, partido nacionalista aliado de los japoneses, es perseguido salvajemente: el Vietminh de Son Tay pide a Hanoi un generador eléctrico y un especialista para torturar a gran escala[26] a los «traidores».

La revolución de Agosto, que catapulta a Hô Chi Minh al poder durante la capitulación nipona, convierte al PCI en el elemento central del nuevo Estado. Aprovecha las pocas semanas que preceden a la llegada de las tropas aliadas (franceses y británicos al sur, chinos al norte) para redoblar su ardor en la liquidación de la competencia. Los constitucionalistas moderados (incluida su figura emblemática que es Bui Quang Chieu) y la secta político-religiosa *Hoa Hao* (incluido su fundador, Huynh Phu So, a su vez comanditario de asesinatos) no son más olvidados que el gran intelectual y político de dere-

[22] Aunque compuesto mayoritariamente por vietnamitas, y totalmente controlado por ellos, el PCI tiene la ambición de dirigir la revolución en el conjunto de la Indochina francesa, Laos y Camboya incluidos. Formalmente autodisuelto en 1945, sigue funcionando hasta 1951, fecha en la que da nacimiento a tres partidos siempre estrechamente ligados, y que no tienen ya el estatuto oficial comunista (*cf.* el capítulo sobre Camboya).

[23] Ngo Van, *Vietnam 1920-1945: révolution et contre-révolution sous la domination coloniale*, París, L'Insomniaque, págs. 128-129.

[24] David G. Marr, *Vietnam 1945: The Quest for Power*, Berkeley, University of California Press, 1995, págs. 234-237.

[25] *Íbid.*, págs. 415-416.

[26] *Íbid.*, págs. 409 y 413.

chas que es Pham Quynh. Pero son los trotskistas, todavía activos en la región saigonesa, aunque poco numerosos, quienes se convierten en blanco de un verdadero exterminio: su principal dirigente, Ta Thu Tau, es detenido y ejecutado en septiembre en un Quang Ngai particularmente asolado por las depuraciones[27], y el dirigente comunista de Saigón, Tran Van Giau, antiguo de Moscú, quien tendrá que defenderse posteriormente de cierta responsabilidad en esos asesinatos, sin embargo los avala. Declara el 2 de septiembre: «Cierto número de traidores a la patria está engrosando sus filas para servir al enemigo [...] hay que castigar a las bandas que, creando perturbaciones en la República Democrática del Vietnam (RDV), proporcionan al enemigo ocasión de invadirnos»[28]. Un artículo de la prensa vietminh de Hanoi del 29 de agosto invita a crear en cada barrio o en cada pueblo «comités de eliminación de los traidores»[29]. Decenas, tal vez centenares de trotskistas son perseguidos y abatidos; otros, cuando en octubre participan en la defensa de Saigón frente a los franco-británicos, son privados de municiones y avituallamientos; la mayor parte se hicieron matar[30]. El 25 de agosto se organiza en Saigón una Seguridad de Estado siguiendo el modelo soviético, y las prisiones, hasta entonces vacías, vuelven a llenarse. El Vietminh crea un «comité de asesinato de asalto», que desfila por las calles; reclutado en buena medida entre el hampa, dirige el pogrom antifrancés del 25 de septiembre, que deja a sus espaldas decenas de cadáveres a menudo mutilados[31]. Los compañeros vietnamitas de los franceses son en ocasiones abatidos de forma sistemática, aunque se critique a los «falsos vietminh». Solo durante los meses de agosto y septiembre, los asesinatos propiciados por el Vietminh se contabilizan por millares, los secuestros por decenas de miles. La iniciativa es a menudo local, pero es irrefutable que el aparato central empuja el carro. El PCI lamentará más tarde públicamente no haber suprimido en ese momento a más «enemigos»[32]. En el Norte, única parte del país que controla el Vietminh hasta el estallido de la guerra de Indochina, se crean en diciembre de 1946 campos de detención y policía política, y la RDV está gobernada por un partido único en la práctica: los nacionalistas radicales del Vietnam Quôc Dan Dang (VNQDD, partido nacional del Vietnam, fundado en 1927), que habían iniciado con el Vietminh una lucha encarnizada puntuada por asesinatos recíprocos, fueron eliminados físicamente a partir de julio, momento en el que sin embargo su partido había sido reprimido con tanta dureza como el PCI por el poder colonial, en particular después de haber organizado en 1930 la rebelión de Yenbai.

La violencia represiva comunista debe desplegarse de nuevo durante mucho tiempo en la resistencia armada contra Francia. Numerosos testimonios

[27] *Íbid.*, págs. 434-435.

[28] Ngo, *op. cit.*, pág. 341.

[29] Marr, *op. cit.*, pág. 518.

[30] Ngo, *op. cit.*, págs. 352 y 358-361.

[31] *Íbid.*, págs. 338, 341 y 350.

[32] Marr, *op. cit.*, págs. 517 y 519-520.

han centrado la atención en los campos de prisioneros del cuerpo expedicionario francés[33]. Muchos sufrieron y murieron en ellos: de 20.000, solo sobrevivían 9.000 cuando los acuerdos de Ginebra (julio de 1953) permitieron su liberación[34]. Las temibles endemias de las montañas indochinas habían diezmado a unos detenidos privados por la oficialidad vientminh de cuidados médicos y de higiene, y con frecuencia deliberadamente subalimentados. Hubo palizas, y a veces auténticas torturas, pero los militares franceses eran útiles: considerados como «criminales de guerra», debían ser llevados al arrepentimiento, y luego a la adhesión a los valores de sus carceleros, dado que el objetivo era volverles, con fines propagandísticos, contra su propio bando. Esta «reeducación» a la china (los consejeros enviados por Mao empiezan a llegar en 1950) realizada mediante sesiones de propaganda donde se requiere una participación activa de los «alumnos», la división alimentada entre los prisioneros divididos en «reaccionarios» y «progresistas», y promesas (incluida la de la liberación), logró algunos éxitos impresionantes, debidos en gran medida al agotamiento físico y psicológico de los detenidos. Y también porque los franceses eran menos maltratados de lo que luego lo serán los prisioneros autóctonos en la RDV.

Es en el momento en que la victoria parece al alcance de la mano, en diciembre de 1953, cuando se inicia la reforma agraria en las zonas liberadas. Antes de finales de 1954 se extiende al conjunto del territorio situado al norte del paralelo 17, otorgado a la RDV por los acuerdos de Ginebra. No acabará hasta 1956. Tanto su ritmo como sus objetivos son los de la reforma agraria china de los años 1946-1952 (véase más arriba): estrechamiento de los lazos del partido —reaparecido oficialmente en 1951— con el campesinado pobre y medio, preparación del desarrollo económico mediante la ampliación del control estatal, y eliminación de focos potenciales de resistencia al comunismo. Y sin embargo, más aún que en China, la elite tradicional de los campos había apoyado bastante masivamente al Vietminh por conciencia nacional exacerbada. Pero los métodos, feroces y deliberadamente mortíferos, son también los que había puesto en práctica el gran vecino del Norte: en todos los pueblos, los activistas «calientan» —a menudo con dificultad— a los campesinos clasificados como pobres y medios (a veces con la contribución de compañías de teatro), luego es el «proceso de amargura» contra la o las vícti-

[33] *Cf.* por ejemplo Albert Stihlé, *Le Prêtre et le Commissaire*, París, Grasset, 1971.

[34] *L'Histoire*, núm. 149, mayo de 1991. Otro cálculo, establecido en octubre de 1954 por el ejército francés, alcanza los 36.900 prisioneros (incluidos los vietnamitas aliados a Francia), de los que aparentemente 5.500 fueron liberados, bien antes, bien después del cese de los combates —la tasa de pérdidas (algo menos del 60 por 100) es en cualquier caso prácticamente la misma en los dos saldos—, *cf.* coronel Robert Bonnafous, *Les Prisonniers français des camps Viêt-minh*, Tesis universitaria, Centre d'histoire militaire et d'études de défense nationales, Université Paul-Valèry (Montpellier), 1985, pág. 217. A título de comparación observemos que, según una carta de marzo de 1955 del general De Beaufort, jefe de la misión francesa ante la comisión internacional de control de la aplicación de los acuerdos de Ginebra, unos 9.000 de los 63.000 prisioneros de guerra Vietminh habían perecido, *cf.* Bonnafous, *op. cit.*

mas expiatorias, muchas veces elegidas de forma arbitraria (hay que respetar una cuota: del 4 al 5 por 100 de la población, el eterno 5 por 100 del maoísmo)[35], y la muerte, o como mínimo el encarcelamiento y la confiscación de los bienes. El oprobio se extiende al conjunto de la familia —como en China—. La ausencia de toma en consideración de los «méritos» políticos muestra a la vez el despiadado dogmatismo y la voluntad de cuadriculado totalitario de la sociedad que anima el PCV. Una propietaria y rica comerciante, madre de dos vietminh de la primera hora, que por sus propios méritos tenía derecho al título de «bienhechora de la revolución», fue «combatida» en dos ocasiones, pero los campesinos siguen tibios. Entonces «un grupo muy rodado en China fue enviado al lugar y consiguió hacer cambiar de opinión a la concurrencia. [...] Se acusó a la señora Long de haber matado a tres aparceros antes de 1945, de haberse acostado con el residente francés, de haber lamido las botas a los franceses y espiado por cuenta del invasor. Agotada por la detención, la mujer terminó confesándolo todo y fue condenada a muerte. Su hijo, que se encontraba en China, fue traído al país, degradado, despojado de sus condecoraciones y condenado a veinte años de reclusión»[36]. Como en Pekín, uno es culpable porque es acusado, dado que el partido no puede equivocarse. En esos casos, el mal menor es representar el papel que se espera de uno: «En última instancia más valía haber matado al padre y a la madre y confesarlo que no decir nada por no haber hecho nada malo»[37].

El estallido de la violencia es alucinante. El tema del *odio* contra el adversario —de clase o de fuera— es martilleado sin cesar: según Lê Duc Tho, futuro premio Nobel de la paz junto con Henry Kissinger, «si se quiere conseguir que los campesinos tomen las armas, primero hay que encender en ellos el odio al enemigo»[38]. En enero de 1956, el órgano oficial del PC, *Nhan Dan*, escribe: «La clase de los terratenientes no permanecerá nunca tranquila hasta que sea eliminada»[39]. Como al norte de la frontera, la consigna es: «Mejor diez muertos inocentes que el que un solo enemigo sobreviva»[40]. La tortura se practica de forma habitual, hecho que preocupará a Hô a finales de 1954: «Ciertos mandos siguen *[sic]* cometiendo el error de utilizar la tortura. Es un método salvaje, es el que emplean los imperialistas, los capitalistas y los señores feudales para dominar a las masas y someter a la revolución. (...) En el curso de esta fase *[resic]*, el recurso a la tortura queda estrictamente prohibido»[41].

Originalidad en comparación con el evidente modelo chino: a esta «rectificación» de la sociedad que es la reforma agraria se une la del partido (más

[35] Georges Boudarel, *Cent fleurs écloses dans la nuit du Vietnam: communisme et dissidence 1954-1956*, París, Jacques Bertoin, 1991, pág. 177.
[36] *Íbid.*, págs. 174-175.
[37] *Íbid.*, pág. 176.
[38] *Íbid.*, pág. 171.
[39] *Íbid.*, pág. 191.
[40] *Íbid.*, pág. 170.
[41] *Íbid.*, págs. 177-178.

tardía en China). El peso de los miembros de las capas privilegiadas en este explica, sin duda, esa simultaneidad. También aquí habría un «5 por 100» de elementos infiltrados del VNQDD, partido asimilado al Kuomintang chino. Lejano recuerdo de las purgas de Jiangxi (véase más arriba), se sale a la caza de fantasmales «elementos contrarrevolucionarios AB» (antibolcheviques). La paranoia rompe todas las barreras: héroes de la guerra de Indochina son asesinados o enviados a campos. El traumatismo es terrible, y en el discurso de los comunistas vietnamitas, «1956» (el *chihn huan* culmina a principios de año) todavía hoy sigue evocando el colmo del horror. «Un secretario del Partido Comunista cayó bajo las balas del pelotón de ejecución gritando: "¡Viva el partido comunista indochino!" Incapaz de entender lo que le ocurría, murió convencido de ser abatido por los fascistas»[42]. Las pérdidas, difíciles de cuantificar, son en cualquier caso catastróficas: probablemente en torno a las 50.000 ejecuciones en los campos (al margen de cualquier combate), es decir, del 0,3 al 0,4 por 100 de la población total (estamos cerca de la tasa media de víctimas que se da para la reforma agraria china)[43]; entre 50.000 y 100.000 personas habrían sido encarceladas; se sitúa en un 86 por 100 el número de depurados en las células rurales del partido, y hasta el 95 por 100 de expulsiones a veces entre los mandos de la resistencia antifrancesa. Según los responsables de la purga, que en julio de 1956 admite «errores»: «la dirección (de la rectificación) llevó a cabo un juicio tendencioso sobre la organización del partido. Estimó que las células rurales, en primer lugar las de la zona recientemente liberada, estaban dominadas en su totalidad y sin excepción por el enemigo o infiltradas por él, e incluso que los órganos de dirección de los distritos y de las provincias también habían caído gravemente bajo la dependencia de la clase de los terratenientes y los elementos contrarrevolucionarios»[44]. Tenemos ahí una especie de prefiguración de la condena global del «nuevo pueblo» realizada por los jemeres rojos (véase más adelante).

El ejército había sido el primero en organizar en sus filas un chinh huan, más ideológico que represivo, en 1951[45]. Entre 1952 y 1956, la rectificación se vuelve casi permanente. La tensión es tal en ciertos «seminarios» que hay que retirar las cuchillas de afeitar y los cuchillos a los hombres y dejar la luz encendida por la noche para intentar prevenir los suicidios[46]. Será sin embargo el ejército el que acabará la purga. Las persecuciones afectan de forma tan dura a sus propios mandos, que empiezan a reaccionar muchas veces con la deserción y el paso a Vietnam del Sur[47], que se asusta ante su propia debilidad cuando su misión es reunificar el país. En comparación con China, el

[42] *Íbid.*, pág. 190.
[43] Ngo, *op. cit.*, pág. 375.
[44] Citado en Boudarel, *op. cit.*, pág. 200; otras informaciones, *íbid.*, págs. 199-202.
[45] Georges Boudarel, «L'idéocratie importée au Vietnam avec le maoísme», en *La Bureaucratie au Vietnam —Vietnam-Asie-Débat n.° 1*, París, L'Harmattan, 1983, pág. 63.
[46] *Íbid.*, pág. 61.
[47] Boudarel (1991), *op. cit.*, págs. 183-184.

peso de las necesidades militares impone a menudo cierto realismo, y la escasa extensión del país facilita la salida de algunos descontentos: todo ello va en la dirección de cierta atenuación de la violencia arbitraria. El destino de los católicos del Norte (1,5 millones de personas, el 10 por 100 de la población total) también lo prueba. Perseguidos desde el principio, fuertemente organizados, aprovecharon la escapatoria que representaba la salida en masa, bajo la protección de las últimas tropas francesas: por lo menos 600.000 llegaron al Sur.

El efecto del XX Congreso del Partido Comunista soviético (febrero) también empieza a dejarse notar, y el Vietnam conocerá unas tímidas «Cien Flores» en abril de 1956. En septiembre aparece la revista *Nhân Van* (Humanismo), que simboliza la aspiración de los intelectuales a la libertad. Hay escritores que se atreven a burlarse de la prosa del censor oficial To Huu, autor de este poema:

¡Viva Hô Chi Minh,
faro del proletariado!
¡Viva Stalin,
el gran árbol eterno!
¡Alberga la paz bajo su sombra!
¡Matad, seguid matando, que la mano no se detenga un minuto;
para que arrozales y tierras produzcan arroz en abundancia,
para que los impuestos se recuperen enseguida.
Para que el partido perdure, marchemos juntos con un solo corazón.
¡Adoremos al presidente Mao,
rindamos culto eterno a Stalin![48].

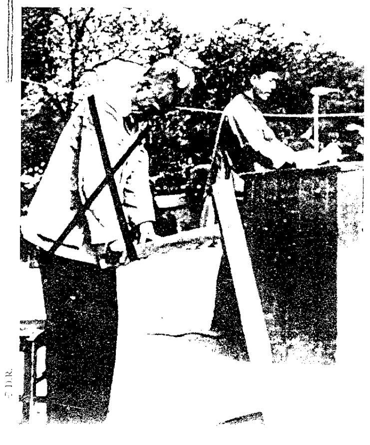
Hay que pensar mal: en diciembre de 1956, las revistas literarias críticas son prohibidas, y una campaña análoga a la dirigida contra Hu Feng y la libertad de creación, en China (véase más arriba), se extiende poco a poco con el apoyo personal de Hô Chi Minh[49]. Se trata de meter en cintura a los intelectuales de Hanoi, miembros del partido o cercanos al mismo, a menudo antiguos luchadores de la guerrilla. A principios de 1958, 476 «saboteadores del frente ideológico» son obligados a la autocrítica y enviados bien a campos de trabajo, bien al equivalente vietnamita del laojiao chino[50]. Como en la RPCh, la tentación jrushchoviana se deja de lado enseguida en provecho de un salto totalitario. Lo que lo mantendrá y lo limitará al mismo tiempo, en relación con los excesos del vecino del Norte, es la guerra en el Sur, que vuelve a encenderse en 1957 contra la feroz represión anticomunista del régimen de Ngo Dinh Diêm apoyado por Estados Unidos: el PCV decide secretamente en

[48] Citado en Ngo, *op. cit.*, pág. 404.
[49] Georges Boudarel, «1954: les dilemmes de l'independance», en Georges Boudarel y Nguyên Van Ky, *Hanoi 1936-1996: Du drapeau rouge au billet vert*, París, Autrement, 1997, pág. 141.
[50] Ngo, *op. cit.*, pág. 404.

tomaron el poder en 1949. En 1958 lanzaron el «gran salto adelante» dirigido a promover el desarrollo industrial, operación que tuvo como consecuencia una gran hambruna. Mientras los dirigentes comunistas (aquí Mao y Peng Chen) posaban para las fotos propagandísticas, morían, aproximadamente, treinta millones de chinos




© Eastfoto

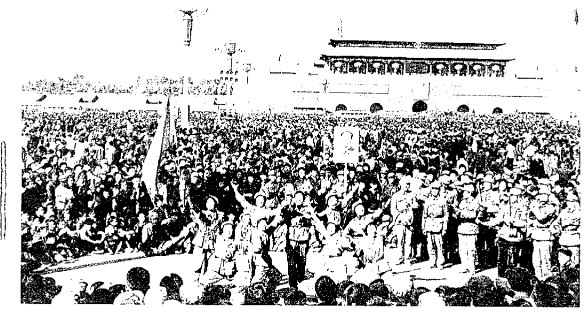

D.R.

Con la «Gran Revolución Cultural Proletaria» iniciada en 1966, Mao recuperó el control de los asuntos públicos pero desencadenó una guerra civil larvada en el curso de la cual los guardias rojos destruyeron, humillaron, lincharon y asesinaron. En la foto aparece un historiador, Chien Po Tsan, entregado a la venganza de los agitadores

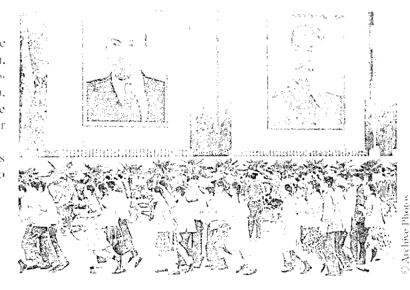


© Archive Photos

Los «enemigos del pueblo», es decir, aquellos que son tenidos como tales por las bandas de fanáticos, son escarnecidos, maltratados y muchas veces ejecutados. En la foto, un campesino rico es abatido por «haber explotado a otros campesinos»



Escena de agitación propagandística representada por guardias rojos. Muchos de ellos experimentaron a su vez la represión cuando Mao consideró que ya habían cumplido su papel. Años más tarde, algunos testificaron sobre lo que representó la Revolución Cultural y se implicaron en el combate por la «quinta modernización»: la democracia después de la muerte de Mao



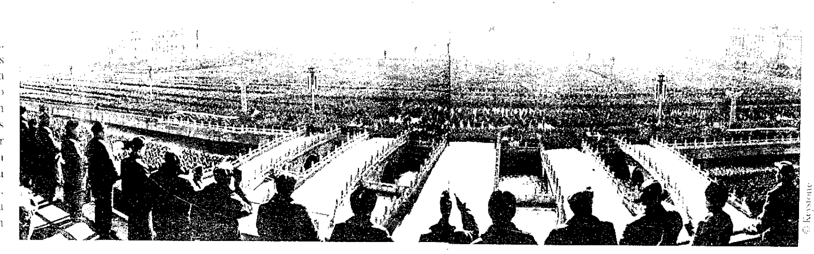
© Archive Photos

Pekín, 1973. La presencia de los retratos de Lenin y Stalin, «gran amigo del pueblo chino» según las palabras de Mao, muestra que los fundadores de la URSS constituyen —a pesar del conflicto chino-soviético— los referentes esenciales del régimen comunista chino



© Catherine Henriette / AFP

En la primavera de 1989 los estudiantes de Pekín —otra generación— ocupan la plaza de Tiananmen. Una reivindicación se impone sobre las demás: la democracia, simbolizada por una estatua emplazada delante del retrato gigante de Mao



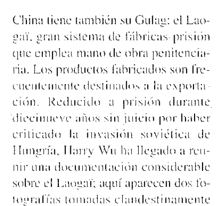
© Keystone

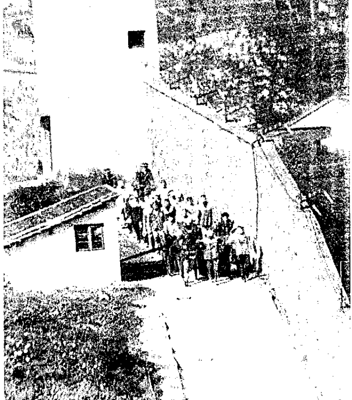
El poder entra en escena. Desde lo alto de las murallas de la Ciudad Prohibida los dirigentes del Partido Comunista Chino contemplan a los ciudadanos de la República Popular concentrados en la plaza de Tiananmen. La distancia entre ellos y el pueblo, formado militarmente, revela el carácter del régimen



© Koichi Imaeda / Magnum photos

Al cabo de varias semanas, el poder decidió emplear la fuerza contra el movimiento estudiantil, que recibía el apoyo de la población. Los carros de combate ocuparon posiciones y, después, durante la noche del 4 de junio, destruyeron el emplazamiento de los estudiantes. Un millar de ellos perdieron la vida





© D.R.

China tiene también su Gulag: el Laogaï, gran sistema de fábricas-prisión que emplea mano de obra penitenciaria. Los productos fabricados son frecuentemente destinados a la exportación. Reducido a prisión durante diecinueve años sin juicio por haber criticado la invasión soviética de Hungría, Harry Wu ha llegado a reunir una documentación considerable sobre el Laogaï; aquí aparecen dos fotografías tomadas clandestinamente

La disidencia china no ha capitulado. Está simbolizada en el antiguo guardia rojo Wei Jingsheng: condenado por primera vez a quince años de prisión por «crímenes contrarrevolucionarios», lo fue nuevamente en diciembre de 1995 a catorce años



© Xinhua News Agency / AFP



© D.R.



En la primavera de 1968 Vietnam del Norte lanza una ofensiva de envergadura contra el Sur. El ejército vietnamita ocupó la ciudad de Hué. Cuando las tropas sudvietnamitas recuperaron la ciudad, descubrieron inmensas fosas repletas de cadáveres

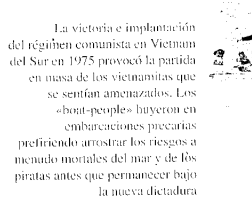


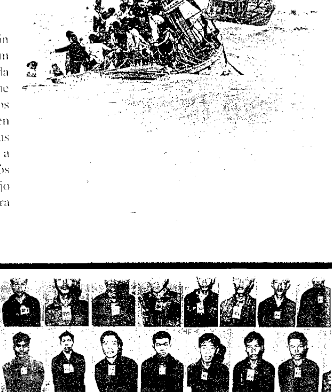
La ejecución de un «contrarrevolucionario» constituye para los comunistas una ocasión de apelar a la pedagogía del terror para imponer su sistema político y social



© Henri Bureau / Sygma

Escena de un campo de reeducación comunista en Vietnam. El fin de la «reeducación» es muy particular: el detenido es forzado a aceptar el sistema que le aprisiona y adherirse a la ideología de sus opresores





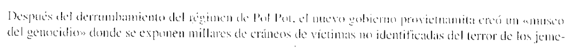
La victoria e implantación del régimen comunista en Vietnam del Sur en 1975 provocó la partida en masa de los vietnamitas que se sentían amenazados. Los «boat-people» huyeron en embarcaciones precarias prefiriendo arrostrar los riesgos a menudo mortales del mar y de lòs piratas antes que permanecer bajo la nueva dictadura



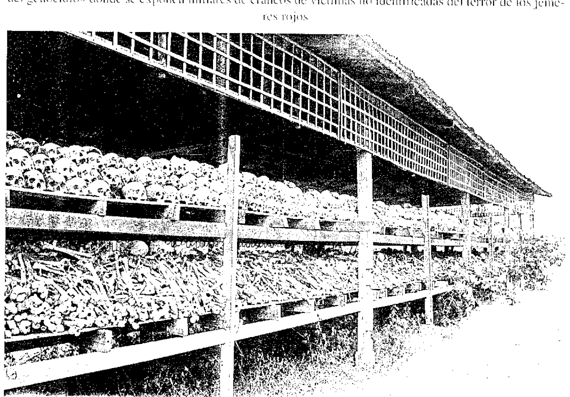
© A. Borrel / Sipa Press

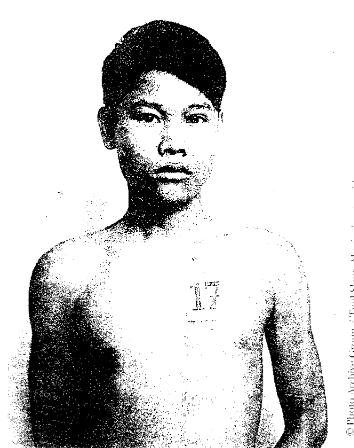
Camboya. Abril de 1975. Los jemeres rojos entran victoriosos en Phnom Penh. Muy rápidamente, jóvenes combatientes, muchachos de 15 ó 16 años, se convierten en el instrumento de la política de Pol Pot, «el hermano número uno», quien decidió vaciar la capital de todos sus habitantes

La prisión de Toul Sleng, una antigua escuela, fue escenario de las torturas y ejecuciones más alucinantes. Cada prisionero —niño, mujer, adulto, anciano— era fotografiado antes de ser cruelmente ejecutado

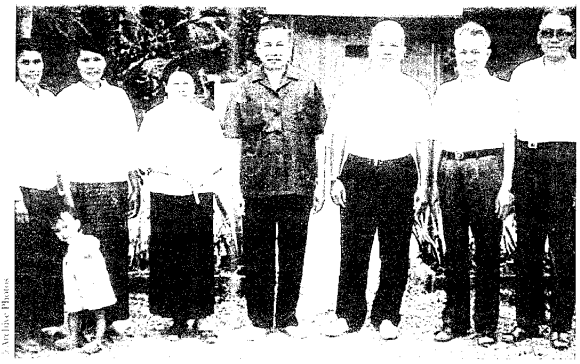


Después del derrumbamiento del régimen de Pol Pot, el nuevo gobierno provietnamita creó un «museo del genocidio» donde se exponen millares de cráneos de víctimas no identificadas del terror de los jemeres rojos



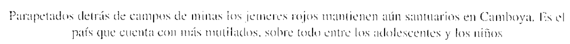


«En general, yo tomaba las fotos a la llegada de los prisioneros, después que se les había fijado un número con un imperdible, en ocasiones incluso en la piel, cuando llevaban el torso desnudo»

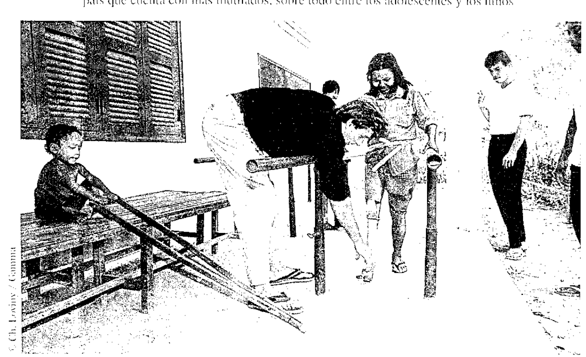


© Archive Photos

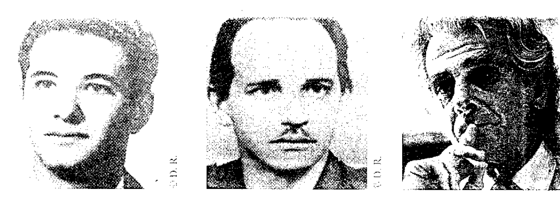
Pol Pot, sus colaboradores más próximos y su familia se hacen fotografiar juntos todavía en 1986. Pero en julio de 1997 Pol Pot fue traicionado por sus propios lugartenientes ante un pseudo-tribunal en un simulacro de proceso lleno de sobreentendidos políticos



Parapetados detrás de campos de minas los jemeres rojos mantienen aún santuarios en Camboya. Es el país que cuenta con más mutilados, sobre todo entre los adolescentes y los niños



© Ch. Loviny / Gamma

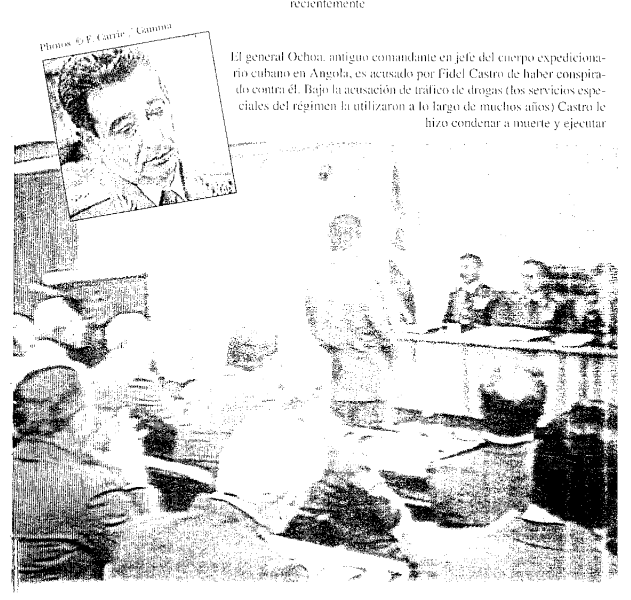


© D.R. © D.R.

La caída del régimen de Batista, en la que Castro no fue más que uno de los protagonistas, había suscitado una gran esperanza entre los cubanos. Muy pronto la monopolización del poder por Castro y sus hombres suscitó oposiciones. *De izquierda a derecha:* Pedro Luis Boitel, prisionero muerto durante una huelga de hambre en 1972; Humberto Sori Marín, fusilado tras intentar organizar la lucha armada contra su antiguo compañero Castro, y el poeta Jorge Valls, condenado a veinte años de prisión y liberado recientemente

Photos © F. Carrie / Gamma

El general Ochoa, antiguo comandante en jefe del cuerpo expedicionario cubano en Angola, es acusado por Fidel Castro de haber conspirado contra él. Bajo la acusación de tráfico de drogas (los servicios especiales del régimen la utilizaron a lo largo de muchos años) Castro le hizo condenar a muerte y ejecutar





© L'Illustration / Sygma

Castro amordaza a la sociedad civil por medio de los Comités de Defensa de la Revolución, organizados en las ciudades y en el campo. Complemento indispensable de estos órganos de espionaje doméstico y de denuncia: los tribunales populares, que se reúnen la mayoría de las veces en los locales de los CDR (aquí, en junio de 1974)

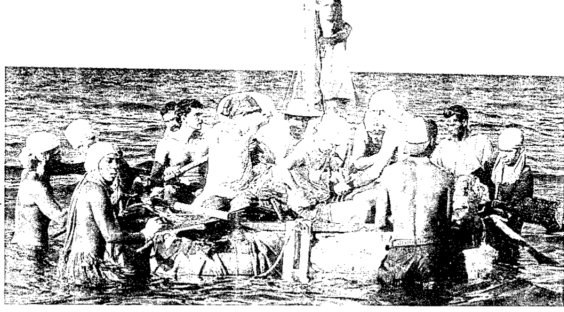


© D.R.

Fidel Castro en compañía de Edén Pastora, llamado «Comandante Cero», el más prestigioso jefe de la guerrilla sandinista contra el dictador Somoza. Pastora pronto se convirtió en uno de los más feroces adversarios del poder sandinista de Managua, al que consideraba responsable de importar en su país el sistema soviético. Organizó contra este una nueva guerrilla que se mantuvo activa hasta 1986 *(a la derecha)*



© J. Hoegland / Gamma



© Viviane Rivière / Sipa Press

Antes que los «boat-people» de Vietnam existieron los «balseros» de Cuba. Decenas de millares intentaron dejar la isla a bordo de embarcaciones fabricadas con materiales reciclados. Millares perecieron en el mar



© Monica San Martin / Gamma

En Perú, Sendero Luminoso, organización terrorista que se proclama maoísta, no vacila en masacrar a los campesinos que no se pliegan a su voluntad. En la aldea de Mazamari sesenta y dos de ellos fueron masacrados. En la foto se aprecia la cabeza de una de las víctimas



© Lefort / Gamma

Etiopía, 14 de septiembre de 1979. El ministro de Asuntos Exteriores de la URSS, Aleksey Kossyguin, se dezplaza a Addis Abeba para la celebración del quinto aniversario de la toma del poder por Mengistu Hailé Mariam. El régimen del dictador se inspira en el comunismo soviético. El Partido de los Trabajadores de Etiopía se considera heredero de la «Gran Revolución de Octubre»

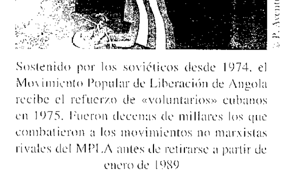
A mediados de los ochenta la sequía asola Etiopía y surge el hambre. Mengistu utiliza el arma alimenticia para organizar traslados de población. Los etíopes se convierten así en los rehenes de una política de reorganización del espacio



© C. Steele-Perkins / Magnum photos

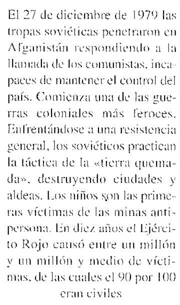


© L. Van der Stockt / Gamma



© P. Aventurier / Gamma

Sostenido por los soviéticos desde 1974, el Movimiento Popular de Liberación de Angola recibe el refuerzo de «voluntarios» cubanos en 1975. Fueron decenas de millares los que combatieron a los movimientos no marxistas rivales del MPLA antes de retirarse a partir de enero de 1989



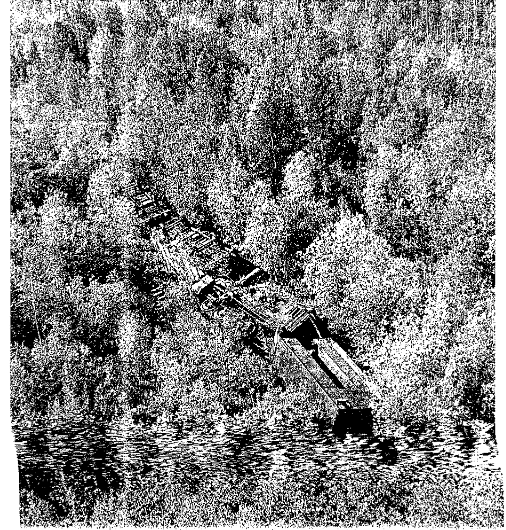


© P. de St Exupéry / Gamma

El 27 de diciembre de 1979 las tropas soviéticas penetraron en Afganistán respondiendo a la llamada de los comunistas, incapaces de mantener el control del país. Comienza una de las guerras coloniales más feroces. Enfrentándose a una resistencia general, los soviéticos practican la táctica de la «tierra quemada», destruyendo ciudades y aldeas. Los niños son las primeras víctimas de las minas antipersona. En diez años el Ejército Rojo causó entre un millón y un millón y medio de víctimas, de las cuales el 90 por 100 eran civiles



Martwa Droga, la «ruta de la muerte». En 1949 Stalin hizo emprender la construcción de un enlace ferroviario al norte del círculo polar, entre Sakhelare e Igarka: «Adelante hacia el comunismo» proclama la pancarta *(arriba)*. Después de la muerte del dictador la obra fue abandonada. La «locomotora de la historia» que tiraba del tren blindado de Trotsky y después de los trenes de deportación, finalmente se ha estrellado contra los bosques del absurdo *(abajo)*



Photos: © Tomasz Kizny / Vu

mayo de 1959 generalizarla y apoyarla a fondo mediante envío de armas y hombres, al precio de inmensos esfuerzos de la población de Vietnam del Norte. Lo cual no impide, en febrero de 1959, el inicio de una especie de «gran salto adelante» en la agricultura, tras una serie de artículos entusiastas del propio Hô, en octubre de 1958 [51]. La conjunción de las enormes obras de regadío y de una grave sequía lleva, más al norte, a la caída de la producción y a una seria hambruna, cuyo número de víctimas nunca se ha determinado [52]. El esfuerzo bélico tampoco impidió, en 1963-1965, y luego en 1967, la purga de ciertos mandos «prosoviéticos» del partido, incluido el antiguo secretario personal del «tío Hô». En ese momento el PCV comparte el «antirrevisionismo» de los comunistas chinos. Ciertas víctimas de las purgas permanecerán un decenio en los campos, sin juicio [53].

La «guerra americana», que solo se acaba con los acuerdos de París (enero de 1973) obligando a la retirada de las tropas de Estados Unidos, o más bien con el desmoronamiento del régimen survietnamita (30 de abril de 1975), no fue acompañada de los «baños de sangre» que muchos temían, y que afectaron a la vecina Camboya. Pero los prisioneros vietnamitas de las fuerzas comunistas —incluidos los «traidores» en sus filas— fueron horriblemente maltratados, a menudo liquidados durante sus desplazamientos [54]. Es evidente que lo que fue por lo menos una guerra civil tanto como una «lucha de liberación», se vio acompañada por ambas partes de numerosas atrocidades y de diversas exacciones, incluidas las que se cometieron contra civiles «recalcitrantes» a apoyar a uno u otro campo. Sin embargo es muy difícil contabilizarlas y decir quien superó a quién en el empleo de métodos terroristas. Los comunistas cometieron por lo menos una matanza de enorme envergadura. Durante las varias semanas en que el «Vietcong» [55] controló la antigua capital imperial de Hue, en el marco de la ofensiva del Têt (febrero de 1968), mató por lo menos a 3.000 personas (muchas más que durante las peores exacciones del ejército americano), incluidos sacerdotes vietnamitas, religiosos franceses, médicos alemanes, y todos los funcionarios que pudo descubrir, grandes o pequeños. Algunos fueron enterrados vivos, otros fueron convocados a «sesiones de estudios» de las que nunca volvieron [56]. Es difícil comprender estos crímenes, nunca admitidos por sus autores, y que anuncian tanto la política de los jemeres rojos. Si se hubieran apoderado de Saigón en 1968, ¿habrían hecho los comunistas lo mismo?

[51] Boudarel (1991), *op. cit.*, pág. 150.

[52] Gérard Tongas, *J'ai vécu dans l'enfer communiste au Nord Vietnam*, París, Nouvelles Éditions Debresse, 1960, págs. 231-232.

[53] Daniel Hémery, conversación, París, octubre de 1997; Georges Boudarel, «1965-1975: guerre ou paix?», en Boudarel y Nguyên, *op. cit.*, pág. 154.

[54] Doan, *op. cit.*, págs. 206-207.

[55] O «comunistas vietnamitas», término de origen [illegible]

[56] [illegible]

En cualquier caso, no se comportaron así en 1975. Durante unas breves semanas pudo creerse incluso que la tan elogiada «política de clemencia del presidente Hô» no se quedaría en una expresión inútil. No temieron, por tanto, registrarse ante las nuevas autoridades. Luego, a principios de junio, fueron convocados a reeducación, «por tres días», los simples soldados, y «por tres meses» sus oficiales y los altos funcionarios [57]. De hecho, los tres días se convirtieron en tres años, el mes en siete u ocho años: los últimos «reeducados» supervivientes no regresaron hasta 1986 [58]. En 1980, Phan Van Dông, entonces Primer ministro, admitió 200.000 reeducados en el Sur. Las estimaciones serias varían entre 500.000 y un millón (de una población de 20 millones de habitantes aproximadamente), incluido un gran número de estudiantes, de intelectuales, de religiosos (sobre todo budistas, a veces católicos), y de militantes políticos (entre ellos comunistas), entre los cuales muchos habían simpatizado con el Frente Nacional de Liberación de Vietnam del Sur. Este se vuelve entonces simple tapadera del dominio de los comunistas procedentes del Norte, que violan casi instantáneamente todas sus promesas de respetar la personalidad propia del Sur. Como en 1954-1956, los compañeros de ruta y los camaradas de ayer son los «rectificados» de hoy. A los prisioneros encerrados en unas estructuras especializadas, y durante años, habría que añadir un número indeterminado pero importante de reeducados «leves», enclaustrados, durante unas cuantas semanas, en su lugar de trabajo o de enseñanza. Observemos que en los peores momentos del régimen del Sur, los adversarios de izquierda denunciaban el encarcelamiento de 200.000 personas... [59]

Las condiciones de detención no son uniformes. Numerosos campos, cercanos a las ciudades, carecen de alambradas, y el régimen en ellos es más coactivo que penoso. En cambio, los «casos difíciles» son enviados a la alta región del Norte, malsana y remota: algunos de estos campamentos tal vez fueron inaugurados por prisioneros franceses. Allí el aislamiento es total, los cuidados médicos mínimos, y la supervivencia depende muchas veces del envío de paquetes de víveres por parte de las familias, que se arruinan haciéndolo. La subalimentación es también dramática en las prisiones (200 gramos diarios de un arroz rojizo acompañado de piedras), utilizadas sobre todo como «prevención» para los que son objetos de pesquisas. Doan Van Toai nos ha dejado una descripción sobrecogedora de ese universo, que recuerda muchas de las características de los centros de detención chinos, pero en peor por lo que se refiere al hacinamiento, las condiciones sanitarias, la violencia de castigos a veces mortales (en particular flagelación), también la lentitud de la instrucción. Se encierra a setenta u ochenta detenidos en una celda para veinte, y cualquier paseo está prohibido por la construcción acelerada de nuevos edifi-

[57] Doan, *op. cit.*, págs. 178-179.
[58] Ciudad Hô Chi Minh, conversación con un antiguo responsable comunista, 1996.
[59] *Cf.* por ejemplo comunidad vietnamita, *Les Prisonniers politiques*, París, Sudestasie, 1974.

cios de detención en el patio. Las celdas que datan de la época colonial son lugares cómodos en comparación con esos edificios. El clima tropical y la falta de ventilación dificultan la respiración (durante toda la jornada se turnan ante la única y minúscula abertura), los olores resultan insoportables, las enfermedades de la piel son permanentes. Hasta el agua está severamente racionada. Pero tal vez sea el secreto, a veces durante años, y la falta de cualquier contacto con la familia lo que resulta más duro de soportar. La tortura está disimulada, pero presente, lo mismo que las ejecuciones. El calabozo sanciona la menor transgresión del reglamento. Se come tan poco que, al cabo de unas pocas semanas, al final se encuentra la muerte [60].

A este cuadro de una «liberación» muy extraña, habría que añadir el calvario de cientos de miles de *boat people*, que huyen de la represión y la miseria, y que a menudo perecen ahogados o asesinados por los piratas. Hasta 1986 no empezó a producirse una distensión relativa: el nuevo secretario general del Partido Comunista, Nguyên Van Linh, manda liberar entonces a la mayor parte de los detenidos políticos, y cerrar en 1988 los últimos campos-moritorios de la región alta. Por fin, se promulga un primer Código penal. Sin embargo, la liberación es tímida y contradictoria, y el actual decenio está marcado por una especie de equilibrio inestable entre conservadores y reformistas. Los pruritos represivos han desalentado muchas esperanzas, aunque los arrestos ahora están controlados y son relativamente poco masivos. Numerosos intelectuales o religiosos han sido perseguidos o encarcelados. El descontento rural en el Norte ha propiciado motines violentamente reprimidos. La mayor posibilidad de distensión reside sin duda, a medio plazo, en la irrupción poco resistible de la economía privada que, como en China, permite que una parte creciente de la población escape al control del Estado y del partido. Pero, a la vez, esta tiende a transformarse en mafia especuladora y corrompida, lo que provoca una nueva forma de opresión, más trivial, colocada sobre una población más pobre todavía que en China.

Testamento de los prisioneros patriotas del Vietnam (fragmentos).

Nosotros,
—obreros, campesinos y proletarios,
—religiosos, artistas, escritores e intelectuales patriotas actualmente detenidos en distintas cárceles del Vietnam,
queremos ante todo expresar nuestro agradecimiento más vivo a:
—todos los movimientos progresistas del mundo entero,

[60] Doan, *op. cit.*

—todos los movimientos de lucha de trabajadores e intelectuales,
—y a todas las personas que, durante estos diez últimos años, han apoyado los movimientos de lucha por el respeto a los derechos humanos en el Vietnam, la democracia y la libertad de los vietnamitas oprimidos y explotados. (...)

El régimen penitenciario del antiguo régimen (objeto de vivísimas condenas y de severas protestas de la opinión internacional) ha sido sustituido por otro régimen concebido de forma más sutil y planificado sobre la base de crueldades y atrocidades. Cualquier relación entre el prisionero y su familia está absolutamente prohibida, incluso por correo. Debido a ello, la familia del detenido, que ignora todo sobre su suerte, está sumida en una angustia insoportable, y ante estas humillantes medidas discriminatorias debe guardar silencio por miedo a que el prisionero, mantenido así como rehén, pueda ser asesinado en cualquier momento sin que ella lo sepa. (...)

Conviene insistir en las condiciones de detención absolutamente inimaginables. Solo en la prisión Chi Hoa, la prisión oficial de Saigón, estaban encerradas bajo el antiguo régimen cerca de 8.000 personas y este hecho fue severamente condenado. Hoy, esa misma prisión se encuentra atestada por cerca de 40.000 personas. A menudo los prisioneros mueren de hambre, de falta de aire, por efecto de la tortura o se suicidan. (...)

Hay dos tipos de cárceles en Vietnam: las prisiones oficiales y los campos de concentración. Estos últimos están perdidos en la jungla, el prisionero está perpetuamente condenado en ellos a trabajos forzados, nunca es juzgado y ningún abogado puede asumir su defensa. [...]

Si es cierto que la humanidad actual retrocede con temor ante el desarrollo del comunismo y sobre todo ante la pretendida «invencibilidad» de los comunistas vietnamitas que han «vencido al todopoderoso imperialismo americano», entonces nosotros, prisioneros del Vietnam, pedimos a la Cruz Roja internacional, a las organizaciones humanitarias del mundo y a los hombres de buena voluntad que envíen urgentemente a cada uno de nosotros un comprimido de cianuro para que podamos detener nuestro sufrimiento y nuestra humillación. ¡Queremos morir ahora mismo! Ayudadnos a realizar este acto: ayudadnos a morir ahora mismo. Os quedaremos muy agradecidos.

Dado en Vietnam, desde el mes de agosto de 1975 al mes de octubre de 1977 [61].

[61] Citado en Doan, *op. cit.*, págs. 331-334. Este llamamiento, aprendido de memoria, circuló por las prisiones de la Ciudad Hô Chi Minh, y fue «firmado» oralmente por cuarenta y ocho valientes.

LAOS: LA POBLACIÓN EN FUGA

Todos hemos oído hablar del drama de los *boat people* vietnamitas. Pero Laos, convertido en comunista siguiendo la estela de Vietnam del Sur, en 1975, conoció salidas mucho más considerables todavía, proporcionalmente hablando. Es cierto que bastaba con atravesar el río Mekong para encontrarse en Tailandia, y que la mayoría de los laosianos viven en el valle de ese río, o en sus cercanías. La longitud de su curso, y los medios represivos bastante limitados del poder hacían la salida más bien fácil. Lo cual no impide que unas 300.000 personas (el 10 por 100 de la población total) huyeran del país, entre las cuales el 30 por 100 pertenecía a la importante minoría montañesa de los H'mong (unas 100.000 personas), y sin duda el 90 por 100 de las capas intelectuales, técnicas y de los funcionarios. Es una cantidad excesiva, que merece que nos interroguemos por las causas. Solo Corea del Norte, en el Asia comunista, ha conocido probablemente, en el contexto del conflicto coreano, una proporción de salidas más considerable todavía.

Desde 1945, el destino de Laos depende estrechamente del destino de Vietnam. Los franceses primero y luego los americanos apoyaron en Laos, incluida la ayuda militar, un poder monárquico dominado por las fuerzas de derecha. Los comunistas vietnamitas reforzaron el pequeño Pathet Lao dominado por algunos comunistas locales (personalmente vinculados al Vietnam en muchos casos); siempre fue totalmente dependiente de ellos en el terreno militar. El este del país, muy poco poblado, se vio englobado directamente en la fase americana del conflicto vietnamita. Por allí pasaban las vitales pistas Hô Chi Minh: la aviación americana bombardeó sin descanso, y la CIA llegó a suscitar un poderoso movimiento armado anticomunista en una gran parte de la población H'mong. No se han detectado atrocidades notables en un conflicto por regla general poco intenso e intermitente. En 1975, los comunistas controlaban las tres cuartas partes orientales del país, pero solamente un tercio de la población. El resto, que comprendía a unos 600.000 refugiados internos (un laosiano de cada cinco), se hallaba junto al Mekong, en el oeste.

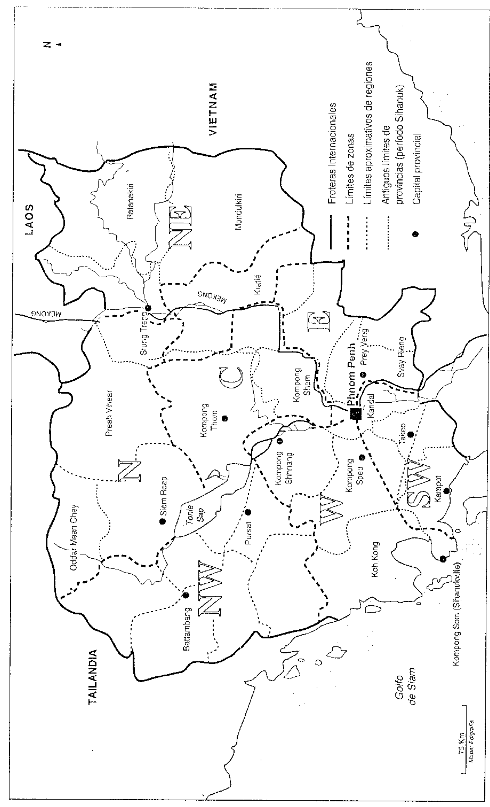
La toma del poder, en la nueva relación de fuerzas indochinas, fue pacífica: una especie de «golpe de Praga» asiático. El ex Primer ministro (neutralista) Suvana Fuma se convirtió en consejero especial (escuchado) del nuevo régimen, representado por el príncipe Sufanuvong, emparentado con el derrocado rey. La nueva República Democrática Popular siguió, sin embargo, el ejemplo vietnamita: la casi totalidad de los funcionarios del antiguo régimen (unos 30.000) fueron enviados al «seminario» —o dicho en términos más reales a campos de reeducación—, muchas veces a las provincias del norte y del este, remotas, malsanas y cercanas al Vietnam. Allí permanecieron cinco años como media. Los «criminales» más redomados (oficiales del ejército y de la policía), en número de unos 3.000, fueron internados en los campos de régimen severo de las islas Nam Ngum. La antigua familia real fue detenida en 1977, y el último príncipe heredero murió en detención. Todo esto da cuenta

perfectamente de las salidas del país, que a veces son auténticos dramas: en ocasiones se disparaba contra los fugitivos.

La principal originalidad en relación con el modelo vietnamita se debe, sin embargo, al mantenimiento obstinado de una guerrilla anticomunista de varios miles de combatientes, en su mayoría H'mong. Inquietaron a tal punto al poder de Vientian, alrededor de 1977, que este los hizo bombardear por la aviación. En esa ocasión se mencionaron con insistencia «lluvias amarillas» químicas o bacteriológicas, pero el hecho nunca se confirmó realmente. Lo que en cambio sí es seguro es que esa guerrilla, que proseguía la movilización H'mong durante la guerra, fue uno de los orígenes de las salidas masivas. En 1975, inmensas columnas de civiles H'mong se dirigían hacia Tailandia: hubo al menos un incidente gravísimo en esa ocasión con el ejército comunista, y, en total, los refugiados han llegado a hablar de hasta 45.000 víctimas (asesinadas o muertas de inanición) durante esos desplazamientos. Es imposible verificar esa cifra. En 1991, 55.000 laosianos, 45.000 de ellos montañeses (en su mayoría H'mong), se encontraban todavía en campos tailandeses, en espera de un destino de acogida definitivo (algunos han encontrado refugio en la Guayana francesa...).

Varias purgas (no sangrientas) han afectado asimismo a la cabeza del Estado y del partido, en 1979, cuando se produjo la ruptura con China, y en 1990, cuando algunos se vieron tentados por una evolución semejante a la de la Europa del Este. La marcha de unos 50.000 soldados vietnamitas, en 1988, y luego una liberalización económica impulsada y una reapertura de la frontera tailandesa han relajado la atmósfera. Apenas hay detenidos políticos, y la propaganda comunista se ha vuelto discreta. Pero solo unos pocos miles de refugiados han vuelto definitivamente al país del «millón de elefantes». El estrechamiento de los vínculos de un país extremadamente pobre y atrasado con esta diáspora competente y a veces acomodada es uno de los retos esenciales para el futuro del país[62].

[62] Las informaciones precedentes han sido sacadas en lo esencial de Martin Stuart-Fox (edi.), *Contemporary Laos Studies in the Politics and the Society of the Lao People's Democratic Republic*, Santa Lucía, University of Queensland Press, 1982, de Martin Stuart-Fox y Mary Koogman, *Historial Dictionnary of Laos*, «Metuche», Londres, Sacarecrow Press, 1992, así como de una conversación con Christian Culas, a quien doy las gracias encarecidamente.



LA KAMPUCHEA DEMOCRÁTICA

3

CAMBOYA: EN EL PAÍS DEL CRIMEN DESCONCERTANTE

Debemos dar una imagen pura y perfecta
de la historia del partido.

POL POT[1]

De Mao Zedong a Pol Pot, la filiación es evidente. Pero en este caso nos encontramos con una de esas paradojas que hacen que resulte tan delicado analizar, y más todavía comprender, esa revolución jemer roja en forma de torbellino fúnebre: el tirano camboyano, en su poco refutable mediocridad, no es más que una pálida copia del fantasioso y culto autócrata de Pekín, capaz después de todo de fundar en el país más poblado del planeta, y sin ayuda exterior decisiva, un régimen cuya viabilidad todavía no se ha agotado. Son, por el contrario, la Revolución Cultural y el «gran salto adelante» las que podrían pasar como pruebas mediocres, preparativos desordenados de lo que tal vez siga siendo el intento de transformación social más radical de todos los tiempos: aplicar el comunismo integral *inmediatamente,* sin ese largo período de transición que parecía formar parte de los fundamentos de la ortodoxia marxista-leninista. Y que la moneda fuese abolida, que la colectivización integral se acabase en menos de dos meses, que las diferenciaciones sociales fueran suprimidas por aniquilamiento del conjunto de las capas poseedoras, intelectuales y comerciantes, que el milenario antagonismo entre campo y ciudades fuera resuelto mediante la supresión, en una semana, de estas últimas. Bastaba con querer con mucha fuerza que el paraíso descendiese sobre la tierra para conseguirlo: Pol Pot creyó sin duda que de este modo se elevaba por encima

[1] Citado en Michael Vickery, *Cambodia 1975-1982,* Boston, South End, 1984, pág. 148.

de sus gloriosos antepasados —Marx, Lenin, Stalin, Mao Zedong— y que la revolución del siglo XXI hablaría jemer como la del XX había hablado ruso, primero, y luego, chino.

Pero la huella que los jemeres rojos[2] dejaron en la Historia está configurada completamente por la sangre. Basta con leer la abundante bibliografía derivada de esa experiencia límite: ya sean testimonios de personas que lograron escapar, ya sean análisis de investigadores. En la práctica solo se trata de represión. La única pregunta válida parece ser: ¿por qué y cómo se produjo un horror semejante? En este sentido, es cierto que el comunismo camboyano[3] supera a todos los demás, y en este sentido también difiere de ellos. Según se haga hincapié en uno o en otro de estos términos, se considerará que constituye un caso extremo, marginal, aberrante —y la brevedad del ejercicio del poder (tres años y ocho meses) va en esa dirección—, o que representa la caricatura, grotesca pero reveladora, de ciertos rasgos fundamentales del fenómeno comunista. El debate no está cerrado, aunque solo sea porque conocemos muy mal a los jemeres rojos, parcos en palabras y en escritos, y porque los archivos de sus sucesivos mentores —vietnamitas y chinos— todavía resultan inaccesibles.

El expediente, sin embargo, es abundante. Comunismo tardío, Camboya fue también el primer país en apartarse de él (1979), al menos en su forma radical. Y la extraña «democracia popular» que le sucedió, durante el decenio de ocupación militar vietnamita, encontró su fundamento ideológico casi único (porque el socialismo había perdido demasiado prestigio por el traumatismo anterior) en la condena de «la camarilla genocida Pol Pot-Ieng Sary»[4]. Las víctimas (una parte de ellas refugiadas en el extranjero) fueron alentadas para que hablaran (y lo hacen con facilidad, a poco que se les pida), y los investigadores, en cierta medida, a trabajar. La instauración de un régimen político pluralista[5] bajo la égida de la ONU, que a partir de 1992 fue seguido por

[2] El nombre mismo que les ha quedado (y que ellos han rechazado siempre) no les pertenece: fue Sihanuk quien lo forjó durante la época de las primeras guerrillas, a finales de los años sesenta. Nosotros preferimos designarlos con ese término mejor que con la expresión «polpotistas» (más corriente en Camboya), que personaliza en exceso una dirección que al parecer fue auténticamente colegiada. Incidentalmente, facilita también el «blanqueo» en curso de dirigentes como Ieng Sary o Jhieu Samphan: el solo hecho de que hayan escapado a las purgas de los años 1975-1979 implica que como mínimo cometieron crímenes monstruosos.

[3] Emplearemos aquí el epíteto «camboyano» para designar a lo que se refiere a Camboya, y «jemer» para lo que se aplica a la etnia mayoritaria de un país donde los grupos minoritarios, mencionados más adelante, constituían antes de 1970 el 15 por 100 como mínimo de la población. No obstante, por nacionalismo étnico, los poderes que se han sucedido en Phnom Penh han tendido a sustituir «jemer» por «camboyano». En cuanto a Kampuchea, nombre oficial del país entre 1975 y 1991, se trata simplemente de la pronunciación jemer del término francés «Cambodge», que procede del sánscrito.

[4] Curiosamente, fueron comunistas quienes, antes que la mayoría de los comentaristas occidentales, se atrevieron a aplicar a un régimen comunista el término de *genocidio.*

[5] Sobre el que deja planear las incertidumbres más graves el golpe de Estado de julio de 1997 del segundo Primer ministro Hun Sen contra el príncipe Ranariddh, vencedor de las elecciones de 1993.

la concesión de importantes fondos de investigación por el Congreso de Estados Unidos en apoyo del programa del genocidio camboyano, patrocinado por la universidad de Yale, facilita las condiciones materiales. Y a la inversa, la voluntad de «reconciliación» entre camboyanos, que ha llegado incluso a reintegrar a los últimos jemeres rojos en el juego político, tiende a provocar una inquietante amnesia en la elite del país, en cuyo seno se ha mencionado insistentemente el cierre del museo del Genocidio (ex cárcel central) y el enterramiento de los osarios exhumados.

Así pues, sabemos poco más o menos lo que vivieron los camboyanos entre 1975 y 1979, a pesar de que todavía quede mucho por hacer en el plano de la cuantificación, de las variaciones locales, de la cronología y de las modalidades de toma de decisiones en el seno del Partido Comunista de Kampuchea (PCK). En cualquier caso, sabemos lo suficiente para justificar plenamente los precoces gritos de alarma de un François Ponchaud[6], que, como los de Simon Leys, antes que él tanto irritaron al conformismo intelectual de izquierda que durante cierto tiempo se negó a oírlos[7]. Cuando poco a poco fueron reconocidos como verídicos, gracias en parte a los comunistas vietnamitas, los «relatos de amargura» del terror jemer rojo representaron un papel nada despreciable en la crisis del comunismo y del marxismo occidentales. Como sucedió con esos judíos que movilizaron sus últimas fuerzas para que el mundo supiese lo que había sido la Shoah, dar testimonio constituye el objetivo supremo y el recurso de algunos camboyanos que, enfrentándose a todo, huyeron: su tenacidad dio sus frutos. Es la humanidad entera la que hoy debe recoger su antorcha, por ejemplo la de un Pin Yathay vagando un mes por la jungla, solo, hambriento, «para dar testimonio del genocidio camboyano, para describir lo que hemos sufrido, para contar cómo se había programado fríamente la muerte de varios millones de hombres, viejos, mujeres y niños... Cómo el país había sido arrasado, hundido de nuevo en la era prehistórica, y sus habitantes torturados... Yo quería vivir para suplicar al mundo que ayudase a los supervivientes a escapar del exterminio total»[8].

LA ESPIRAL DEL HORROR. A pesar de su nacionalismo receloso, los camboyanos lúcidos admiten que su país fue fundamentalmente víctima de sí mismo: de aquel pequeño grupo de idealistas que lo hicieron tan mal, y de una elite tradicional trágicamente incapaz. Pero semejante cóctel no resulta tan excepcional, ni en Asia ni en otras partes, y muy pocas veces desemboca en revoluciones. Es ahí donde el encuentro de una situación geográfica (la larga fron-

[6] *Cambodge, année zéro,* París, Julliard, 1977.

[7] Y hubo otros testimonios, tranquilizadores y falaces; véase por ejemplo Jèrôme y Jocelyne Steinbach, *Cambodge, l'autre sourire,* París, Éditions sociales, 1976.

[8] Pin Yathay, *L'Utopie meurtrière: un rescapé du génocide cambodgien témoigne,* Bruselas, Complexe, 1989, pág. 381.

tera con Vietnam y con Laos) y de una coyuntura histórica (la guerra de Vietnam, en plena escalada a partir de 1964) ejerce un peso indudablemente decisivo.

La guerra civil (1970-1975)[9]. El reino jemer, protectorado francés desde 1863, había conseguido escapar en cierto modo a la guerra de Indochina (1946-1954). En el momento en que las guerrillas ligadas al Vietminh empezaban a desarrollarse, en 1953, el rey Sihanuk supo lanzarse a una pacífica «cruzada por la independencia» —facilitada por sus buenas relaciones con París— que, coronada de éxito, segaba la hierba bajo los pies de sus adversarios de izquierda. Pero ante el enfrentamiento entre los comunistas vietnamitas y Estados Unidos, el juego de equilibrio excesivamente sutil que intentó para preservar la neutralidad camboyana le granjeó poco a poco la desconfianza de todos fuera de las fronteras de su país, y una creciente incomprensión dentro.

En marzo de 1970, el derrocamiento del príncipe por su propio Gobierno y por la asamblea, bendecido por la CIA (pero no organizado por ella al parecer), iba a precipitar al país entero en la guerra dado que vino acompañado de terribles pogroms contra la minoría vietnamita (unas 450.000 personas, dos tercios de las cuales tuvieron que regresar a Vietnam del Sur), del incendio de las embajadas comunistas vietnamitas y, finalmente, del ultimátum (completamente inútil) que ordenaba a las «tropas extranjeras» abandonar el país. Hanoi, que de repente no tenía en Camboya más cartas que las de los jemeres rojos, decidió apoyarles a fondo (armas, consejeros, formación militar en Vietnam), esperando ocupar la mayor parte del país en su nombre, o mejor dicho en el de Sihanuk, furioso por la humillación sufrida hasta el punto de unirse a sus peores enemigos de la víspera —los comunistas locales— que se apresuraron a ponerle una alfombra roja, por consejo de Pekín y de Hanoi, pero sin concederle un ápice de control real sobre la resistencia interior. Comunistas formalmente «realistas» lucharon por tanto contra la bastante formal República jemer[10]. Esta, en situación de inferioridad militar frente a los norvietnamitas, e incapaz de capitalizar en provecho propio la gran impopularidad de Sihanuk entre las capas urbanas, medias e intelectuales, hubo de apelar enseguida a la ayuda americana (bombardeos, armamento, consejeros) y aceptar una inútil intervención de la infantería survietnamita.

Tras la catástrofe de la operación Chenla-II que, a principios de 1972, vio cómo quedaban diezmadas las mejores tropas republicanas, la guerra no fue, de hecho, otra cosa que una larga agonía: el cerco se cerró implacable alrede-

[9] Dirigida por el general (y pronto mariscal) Lon Nol.

[10] Sobre los pródromos de la Kampuchea Democrática (nombre oficial del Estado jemer rojo), las mejores exposiciones recientes son las de David P. Chandler, *The Tragedy of Cambodian History: Politics, War and Revolution since 1945,* New Haven, Yale University Press, 1991; y de Marie-Alexandrine Martin, *Le Mal cambodgien: histoire d'une société traditionnelle face à ses leaders politiques, 1946-1987,* París, Hachette, 1989.

dor de las principales zonas urbanas, avitualladas y unidas entre sí por vía aérea de forma cada vez más exclusiva. Pero este combate de retaguardia resultó, sin embargo, destructivo, homicida y sobre todo desestabilizador para una población que, a diferencia de la vietnamita, nunca había conocido nada comparable. Los bombardeos americanos, en particular, arrojaron 540.000 toneladas de explosivos sobre las zonas de combate, la mitad de ellas durante los seis meses que precedieron a su prohibición por el Congreso (agosto de 1973). Aminoraron el avance de los jemeres rojos, pero les aseguraron una abundante recluta rural de hombres llenos de odio hacia Estados Unidos, desestabilizaron un poco más la República mediante la afluencia de refugiados hacia las ciudades (sin duda, la tercera parte de los ocho millones de camboyanos [11]), facilitaron luego su evacuación durante la victoria de los jemeres rojos y, por último, le permitieron esa gran mentira, argumento recurrente de su propaganda: «Hemos vencido a la primera potencia mundial, por lo tanto triunfaremos ante cualquier resistencia, la naturaleza, los vietnamitas, etc.» [12].

La conquista de Phnom Penh el 17 de abril de 1975, y de las últimas ciudades republicanas, era, por lo tanto, tan esperada que fue acogida por los vencidos mismos con una sensación de alivio casi general: pensaban que nada podía ser peor que aquella guerra cruel e inútil. Y sin embargo... Los jemeres rojos no habían esperado a la victoria para demostrar su aptitud desconcertante para la violencia y las medidas más extremas. A medida que llevaban a cabo su «liberación», el país se cubrió de «centros de reeducación», cada vez menos diferentes de los «centros de detención», reservados en principio a los «criminales» más redomados. Indudablemente, en sus inicios se crearon siguiendo el modelo de los campos de prisioneros del Vietminh de los años cincuenta, y, como estos, estaban reservados esencialmente a los prisioneros del ejército Lon Nol. No había motivos para aplicar en ellos las convenciones de Ginebra, dado que los republicanos eran «traidores» en vez de combatientes. No obstante, en el Vietnam no se produjeron matanzas deliberadas de detenidos, ni franceses ni indígenas. En Camboya, por el contrario, tendió a generalizarse el régimen más severo, y desde el principio parece haberse decidido que el destino más normal para cualquier detenido era la muerte. Henri Locard [13] ha estudiado un gran campo con más de 1.000 detenidos: fundado en 1971 o 1972, confinaron en él a los soldados enemigos, pero también a sus familias (reales o supuestas), niños incluidos, y además a monjes budistas, viajeros «sospechosos», etc. Los malos tratos, el régimen de hambre y las enfer-

[11] *Cf.* David P. Chandler, *Pol Pot: frère numéro un*, París, Plon, 1993 (edición original en inglés, 1992), págs. 142, 162-163 y 166-167; y Ben Kiernan, *The Pol Pot Regimen. Race, Power and Genocide in Cambodia under the Khmer rouge, 1975-1979*, New Haven, Yale University Press, 1996, págs. 20-25.

[12] *Cf.* por ejemplo Haing Ngor, *Une odyssée cambodgienne* (escrito con Roger Warner), París, Fixot-Filipacchi, 1988 (edición original en inglés, 1987), págs. 105-106.

[13] Henri Locard, «Tramkâk District in the Grip of the Khmer rouge», comunicación al coloquio *Cambodia: Power, Myth and Memory*, Universidad Monash, diciembre de 1996, págs. 26-33.

medades acabaron pronto con la mayoría de los detenidos y la *totalidad* de los niños. Asimismo, eran numerosas las sacas: hasta treinta por noche [14].

Otras fuentes nos permiten vislumbrar la matanza de una decena de millares de personas durante la conquista de la antigua capital real, Udong, en 1974 [15]. Y las deportaciones masivas de civiles empezaron en 1973: unos 40.000 fueron trasladados de la provincia de Takêo hacia las zonas fronterizas del Vietnam —muchos huyeron hacia Phnom Penh—. Durante el intento abortado de conquista de la ciudad de Kompong Sham, millares de habitantes fueron obligados a seguir a los jemeres rojos en su retirada [16]. La población Kratie, la primera ciudad conquistada de alguna importancia, fue desalojada por completo. 1973 marcó también un momento decisivo en la emancipación de Vietnam del Norte: ofuscado por la negativa del PCK a unirse al proceso de salida negociada de los americanos (acuerdos de París, en enero de 1973), disminuyó considerablemente su ayuda. Sus medios de presión se redujeron en igual proporción, y el equipo de Pol Pot [17] lo aprovechó para iniciar la eliminación física de los supervivientes de los «jemeres vietminh», antiguos resistentes antifranceses (un millar aproximadamente) que habían ido a Hanoi tras los acuerdos de Ginebra (1954)[18] y que ahora regresaban a Camboya. Por su experiencia, por sus vínculos con el Partido Comunista vietnamita, representaban una alternativa a los dirigentes que ocupaban el poder, llegados al comunismo en su mayor parte *después* de la guerra de Indochina y/o en Francia, cuando estudiaban en ese país. En muchas ocasiones, estos últimos habían iniciado su vida militante en el Partido Comunista Francés [19]. A partir de ese momento, reescribiendo la historia, imponen el dogma de un PCK fundado en 1960, y no, como ocurrió, en 1951, como herencia del Partido Comunista Indochino (PCI), iniciado por Hô Chi Minh y centrado en Vietnam. Suponía privar de toda legitimidad histórica a los «51», a partir de ese momento expulsados, y crear artificialmente una solución de continuidad con el Partido Comunista Vietnamita (PCV). En un exceso de generosidad, los pocos sihanukistas perdidos en la guerrilla también fueron liquidados. Los primeros enfrentamientos serios entre tropas vietnamitas y jemeres rojos también parecen datar de 1973 [20].

[14] Los jemeres rojos siempre llevan a cabo las ejecuciones por la noche, hecho que se corresponde con su constante obsesión por el secreto.

[15] Chandler (1993), *op. cit.*, nota 28, pág. 308; Kierman, *op. cit.*, pág. 108.

[16] *Íbid.*, pág. 167.

[17] Volveremos sobre el «hermano número uno». Los demás dirigentes de rango superior son entonces Hu Yun, Hu Nim, Jieu Samphan (vitrina «legal» del Partido Comunista en Phnom Penh hasta 1967, todos ellos antiguos ministros), y, en la guerrilla a veces desde 1963, Nuon Shea, Sao Phim, Son Sen, Sorn Vet, Ieng Sary, así como las esposas de este último y de Saloth Sar (alias Pol Pot), Ieng Thirith y Jieu Ponnary, que eran hermanas. Con una diferencia de pocos años, todos pertenecen a la misma generación, nacida a finales de los años veinte.

[18] Kiernan, *op. cit.*, pág. 108.

[19] Chandler (1993), *op. cit.*, págs. 63-64.

[20] Serge Thion, «Chronology of Khmer Communism, 1940-1982», en David P. Chandler y

Deportaciones y segmentación de la población (1975-1979). El desalojo íntegro de Phnom Penh [21], inmediatamente después de la victoria, supuso sin embargo un choque tan inesperado para sus habitantes como para la opinión mundial, que por vez primera comprendió que en Camboya estaban desarrollándose unos acontecimientos excepcionales, y eso a pesar de que los phnompenheses todavía sentían la tentación de creer los pretextos esgrimidos por los nuevos amos: proteger a la población de eventuales bombardeos americanos y asegurar su avituallamiento. La evacuación de las ciudades, que tal vez permanezca como la «firma» del régimen en la historia, fue espectacular, pero al parecer no demasiado costosa en vidas: en ese momento se trataba de poblaciones en buen estado de salud y bien alimentadas, que pudieron llevarse algunas reservas (y medios de cambio, empezando por el oro, las alhajas... y los dólares) [22]. No sufrieron en ese momento brutalidades sistemáticas, aunque se mataran a los recalcitrantes «para dar ejemplo» o soldados vencidos ejecutados. No despojaron por regla general, y ni siquiera registraron, a los deportados. Las víctimas directas o indirectas de la evacuación —heridos u operados expulsados de los hospitales, viejos o enfermos aislados; también numerosos suicidas, a veces familias enteras— rondaron en torno a una decena de millares de personas [23], de un total de tres millones de habitantes de la capital, y unos cientos de miles para el resto de las ciudades (¡entre el 46 y el 54 por 100 de la población total habría sido empujada a las carreteras!) [24] Es el traumatismo lo que permanece, indeleble, en las memorias de los supervivientes. Tuvieron que dejar casa y bienes en menos de veinticuatro horas, algo tranquilizados todavía por la mentira piadosa [25] de que «es solo por tres días», pero enloquecidos por una marejada humana donde era fácil separarse, en ocasiones definitivamente, de sus allegados. Inflexibles soldados *(yothea)* que no sonreían nunca los empujaban: de hecho, la región de destino dependía del barrio de partida —¡ay de las familias divididas en ese momento!—. Se vieron abrumados por escenas de muerte y desesperación, y por regla general no recibieron la menor ayuda (alimento, cuidados...) de los jemeres rojos durante un lento éxodo que para algunos duró semanas.

Ben Kiernan, *Revolution and its Aftermath in Kampuchea: Eight Essays*, New Haven, Yale University Southeast Asia Studies, 1983, págs. 301-302.

[21] La medida se decidió aparentemente en enero de 1975, al mismo tiempo que la renuncia a la moneda, cuando acababan de imprimirse billetes. El único dirigente que se opuso, el prestigioso Hu Yun, antiguo ministro de Sihanuk y miembro fundador del PCK, «desapareció» en los meses que siguieron —primera purga en ese nivel, pero que anunciaba muchas otras—.

[22] Los jemeres rojos abolieron inmediatamente la moneda jemer. Una consecuencia involuntaria fue, a partir de entonces, el monopolio que la población otorgó al dólar en los escasos cambios monetarios, ilegales, que la sustituyeron.

[23] Kiernan, *op. cit.*, pág. 48.

[24] Marek Sliwinski, *Le Génocide khmer rouge: une analyse démographique*, París, L'Harmattan, pág. 30.

[25] Lo cual explica también que algunos se marcharan sin gran cosa, y en particular sin productos intercambiables en el mercado negro; esta era condición casi absoluta para la supervivencia en los meses y años que siguieron.

Esta primera deportación se correspondió también con la primera selección de los ex urbanos, en las encrucijadas de las rutas. Era rudimentaria, y por regla general basada en la declaración de las víctimas: de forma bastante inexplicable, al menos desde una perspectiva de control policial [26], los jemeres rojos habían ordenado la destrucción de todos los documentos de identidad; lo cual permitió a numerosos antiguos funcionarios o militares forjarse una personalidad nueva y, con un poco de suerte, sobrevivir [27]. So pretexto de poder servir al nuevo régimen en la capital, o de ir a recibir dignamente a Sihanuk, jefe de Estado nominal hasta 1976, se trataba de seleccionar el mayor número posible de funcionarios de grado medio o alto, y en primer lugar de oficiales del ejército. La mayoría fueron asesinados inmediatamente, o perecieron poco después en prisión.

Gestionar por completo los enormes flujos de habitantes de las ciudades seguía estando fuera del alcance del débil aparato jemer rojo, cifrado por regla general en 1975 en torno a los 120.000 militantes y simpatizantes (en su mayoría muy recientes), la mitad de los cuales eran combatientes. Por lo tanto, muchas veces a los evacuados se les permitió instalarse donde querían (o donde podían), a condición de que lograsen la conformidad del jefe de la aldea. Camboya no es muy grande ni está muy densamente poblada, y casi todos los habitantes de la ciudad tenían familia en el campo: un buen número pudo reunirse con ella, hecho que mejoró sus oportunidades de supervivencia, al menos mientras no fueran deportados de nuevo (véase más adelante). Globalmente, las cosas no fueron demasiado difíciles: en ocasiones, los aldeanos mataban una vaca en honor de los evacuados [28], y en muchas ocasiones les ayudaron a instalarse. En líneas más generales todavía, hasta la caída del régimen, los testimonios manifiestan por lo menos tantas relaciones de ayuda mutua o de intercambio como de hostilidad —sobre todo al principio—; pocas medidas vejatorias físicas, y aparentemente una ausencia de asesinatos espontáneos [29]. Las relaciones parecen haber sido particularmente amistosas con los *jemeres Loeu* (minoría étnica de regiones apartadas) [30]. Que estos últimos, en cuyo seno tuvieron sus primeras bases los jemeres rojos, hayan sido favorecidos particularmente por el régimen, por lo menos hasta 1977, permite llegar a la conclusión de que las tensiones a menudo crecientes en otras partes entre recién llegados y campesinos fueron provocadas por la extrema penuria general, donde un bocado de más

[26] Hay que creer que la hostilidad dogmática contra todo escrito no revolucionario (los libros eran destruidos, abandonados, como en la Biblioteca Nacional, o transformados en papel para cigarrillos) prevaleció sobre cualquier otra consideración.

[27] Cf. Pin Yathay, *op. cit.*, págs. 60-64; Haing Ngor, *op. cit.*, págs. 102-103.

[28] Testimonio de Shanno, *Phnom Penh Post* (a partir de ahora *PPP)*, 7 de abril de 1995, pág. 5.

[29] *Cf.* por ejemplo Pin Yathay, *op. cit.*, págs. 57, 94 y 209-211.

[30] Usha Welaratna, *Beyond the Killing Fields: Voices of Nine Cambodian Survivors in America*, Standford, Standford University Press, 1993, pág. 78.

para uno podía significar un hambre atenazadora para otro: este tipo de situación nunca ha contribuido al altruismo... [31]

Los flujos de ciudadanos perturbaban la vida rural y el equilibrio entre los recursos y el consumo: en las fértiles llanuras arroceras de la región 5 (Noroeste), a los 170.000 habitantes oriundos se añadían 210.000 recién llegados [32]. Además, el PCK hizo cuanto pudo por ahondar el foso entre *Prasheachon Shah* —viejo pueblo, o pueblo de base, llamado en ocasiones «70», por hallarse generalmente bajo el control de los jemeres rojos desde el principio de la guerra— y *Prasheachon Thmei* —nuevo pueblo, o «75», o también «17 de abril»—. Estimuló el «odio de clases» de los «proletarios-patriotas» frente a los «capitalistas-criados de los imperialistas». Puso en práctica un derecho diferenciado; o, más exactamente, solo los «viejos», una pequeña mayoría de la población, tenían algunos derechos, en particular, al principio, el de cultivar una parcela privada, luego el de comer en la cantina obligatoria antes que los demás, y algo mejor; ocasionalmente, a veces, el de participar en las «elecciones» de candidato único. El *apartheid* era completo —en principio no había derecho de hablarse, y en ningún caso el de casarse—, incluso en el hábitat: cada grupo estaba acuartelado en un barrio del pueblo [33].

Así pues, las líneas divisorias se multiplicaban en el seno de cada uno de los dos grandes grupos de población. Entre los «viejos», se hizo todo lo posible por enfrentar a los «campesinos pobres» con los «propietarios de tierras», a los «campesinos ricos» con los ex comerciantes (la colectivización fue rápidamente total). Entre los «nuevos», los no funcionarios y los no escolarizados fueron separados cuanto fue posible de los antiguos servidores del Estado y de los intelectuales. El destino de estas dos últimas categorías resultó generalmente funesta: poco a poco, y descendiendo cada vez más bajo en la jerarquía, fueron «purgadas», muchas veces hasta su completa desaparición, y a partir de 1978 se incluyeron en ellas un número cada vez mayor de mujeres y niños.

Sin embargo, haber ruralizado a la casi totalidad de la población camboyana no les bastaba a los dirigentes del PCK: hacía unos meses que se habían instalado, y ya una gran parte de los «nuevos» hubo de dirigirse hacia nuevos lugares de deportación, esta vez sin tener voz ni voto: por ejemplo, solo durante el mes de septiembre de 1975, varios cientos de miles de personas abandonaron las zonas este y suroeste por el noroeste [34]. No son raros los casos de tres o cuatro deportaciones sucesivas, sin contar las «brigadas de trabajo» que arrastraban, a veces durante varios meses seguidos, a jóvenes y adultos sin hijos de corta edad, lejos de su aldea de destino. La intención del régimen era cuádruple: impedir cualquier vínculo duradero, políticamente amenazador,

[31] Discusión general de las relaciones «viejos»/«nuevos» en Kiernan, *op. cit.*, págs. 210-215.
[32] Kiernan, *op. cit.*, pág. 219.
[33] Pin Yathay, *op. cit.*, pág. 92.
[34] Kiernan, *op. cit.*, pág. 97.

entre «nuevos» y «viejos», e incluso entre «nuevos» [35]; «proletarizar» cada vez más a estos últimos, impidiéndoles llevarse sus escasos bienes [36] y tener tiempo para recoger lo que habían sembrado; establecer un control completo sobre los flujos de población, permitiendo la puesta en marcha de grandes obras y la valorización agrícola de las montañas y junglas poco pobladas de la periferia del país; por último, sin duda, conseguir que desapareciera la mayor cantidad posible de «bocas inútiles», porque las nuevas evacuaciones (a veces a pie, en el mejor de los casos en carretas o en trenes atestados y lentos, que hay que esperar una semana entera) fueron padecidas por individuos que se encontraban seriamente mal nutridos, y que estaban agotando sus reservas de medicamentos.

Los traslados «voluntarios» eran un caso algo particular. Los «nuevos» vieron muchas veces cómo les proponían «volver a su aldea natal», o ir a trabajar a una cooperativa menos dura, menos malsana, mejor alimentada. Invariablemente, los voluntarios (muchas veces numerosos) se veían engañados y precipitados en un entorno más siniestro todavía, más mortífero. Pin Yathay, víctima de esta operación, supo descubrir la trampa: «En realidad, se trataba de un sondeo para detectar las inclinaciones individualistas. (...) El habitante de las ciudades demostraba que no se había liberado de sus molestas inclinaciones. Demostraba así que debía sufrir un tratamiento ideológico más severo en una aldea donde las condiciones de vida eran difíciles y duras. Al presentarnos voluntarios, nos denunciábamos a nosotros mismos. Gracias a este método infalible, los jemeres rojos rastreaban a los deportados más inestables, a los menos satisfechos de su destino» [37].

El tiempo de las purgas y de las grandes matanzas (1976-1979). Los hechos sucedían como si la locura clasificatoria y eliminadora impuesta a la sociedad fuese alcanzando poco a poco la cima del poder. Ya hemos visto que los «provietnamitas» auténticos y Hu Yun habían sido eliminados muy pronto; los diplomáticos del «gobierno real», que no eran comunistas, fueron llamados en diciembre de 1975, y todos, salvo dos, torturados y luego ejecutados [38]. Pero, en un PCK que parece no haber conocido nunca un funcionamiento regular, las sospechas de traición se veían alimentadas por la autonomía bastante amplia en principio de las distintas zonas (por ejemplo, el ejército no se unificó hasta *después* del 17 de abril), luego por los manifiestos fracasos de la economía y, finalmente, a partir de 1978, por las fáciles contraofensivas vietnamitas en la frontera.

[35] Pin Yathay, por ejemplo, cita proyectos de fuga o de rebelión impedidos por repentinos movimientos de población.
[36] Siempre se acababa por no autorizar más que un tazón y una cuchara como propiedades personales; *cf.* Charles H. Twining, «The Economy», en Karl D. Jackson (ed.), *Cambodia 1975-1978: Rendezvous with Death*, Princeton, Princeton University Press, 1989, pág. 121.
[37] Pin Yathay, *op. cit.*, pág. 120.
[38] Según Julio Jeldres, consejero de Sihanuk, in *PPP*, 20 de septiembre de 1996.

Desde el arresto en septiembre de 1976 de Keo Meas, que fue «número 6» en la jerarquía del PCK, esta se vio devorada desde el interior a un ritmo cada vez mayor. Nunca hubo proceso, ni siquiera acusaciones claras, y todos los detenidos fueron asesinados, al término de espantosas torturas; solo sus «confesiones» nos permiten vislumbrar aquello que podía acusarles, pero las divergencias con la línea Pol Pot nunca están claras. Se trataba sin duda de «aplastar» a todos aquellos cuyo brillo personal, el menor signo de independencia de espíritu o una asociación pasada con el PCV (incluso con la «banda de los cuatro» china, como en el caso de Hu Nim), podía amenazar un día la preeminencia de Pol Pot [39]. La paranoia parece caricaturizar los peores excesos estalinistas. Por ejemplo, durante la sesión de estudios de los cuadros del Partido Comunista, inmediatamente después del inicio de la purga, el «centro» evoca, a modo de conclusión, «un combate feroz y despiadado, a muerte, contra el enemigo de clase (...), en particular en nuestras filas» [40]; y la revista mensual del partido, *Tung Padevat (Banderas revolucionarias)*, escribe, en julio de 1978: «Hay enemigos en todas partes dentro de nuestras filas, en el centro, en el Estado Mayor, en las zonas, en las aldeas de base» [41]. Y sin embargo, en esa fecha, cinco de los trece responsables más altos de octubre de 1975 habían sido ejecutados, así como la mayoría de los secretarios regionales [42]. Dos de los siete miembros de la nueva dirección de 1978 fueron liquidados incluso antes de enero de 1979, entre ellos el viceprimer ministro Vorn Vet, a quien Pol Pot habría dado personalmente una paliza, hasta el punto de romperle una pierna [43]. La purga se autoalimenta: bastan tres denuncias como «agente de la CIA» para ser detenido; de ahí el encarnizamiento de los interrogadores para hacer confesar, una y otra vez, los nombres de los «peces gordos» (siete confesiones sucesivas en el caso de Hu Nim), fuera cual fuese el medio utilizado [44]... Las conspiraciones imaginarias aumentan sin cesar, las «redes» se entrecruzan. El odio furioso contra el Vietnam provoca la pérdida del sentido de la realidad: un médico se acusa de haber sido miembro de la «CIA vietnamita»; habría sido reclutado en Hanoi en 1956 por un agente americano disfrazado de turista [45]. Las liquidaciones descienden incluso hasta la altura de las cooperativas: a partir de ese momento, en un solo distrito, entre 40.000 y 70.000 habitantes habrían sido «traidores que colaboraban con la CIA» [46].

Sin embargo, solo en la zona este el control del poder adquirió un cariz propiamente genocida. El Vietnam hostil estaba cerca, y el jefe militar y po-

[39] Chandler (1993), *op. cit.*, págs. 205-209.
[40] Kiernan, *op. cit.*, pág. 333.
[41] Chandler (1991), *op. cit.*, pág. 298.
[42] Se pueden asimilar a nuestros departamentos; cada zona tiene varios.
[43] Y Phandara, *Retour à Phnom Penh: le Cambodge du génocide à la colonisation*, París, A. M. Métailié, 1982, pág. 208.
[44] Chandler (1993), *op. cit.*, pág. 207.
[45] *Ibid.*, pág. 209; Chandler (1993), *op. cit.*, pág. 295.
[46] Kiernan, *op. cit.*, pág. 418.

lítico, Sao Phim, se había construido una sólida base local de poder. Fenómeno único, una rebelión de los cuadros locales contra el centro degenerará en una breve guerra civil, en mayo-junio de 1978. En abril, 409 mandos del este habían sido encerrados en Tuol Sleng. En junio, viéndose perdido, Sao Phim se suicidó; su mujer y sus hijos fueron asesinados mientras llevaban a cabo los ritos funerarios de Sao Phim. Algunos restos de las fuerzas armadas de la zona intentaron rebelarse, luego pasaron a Vietnam, donde formaron el embrión del Frente Unido de Salvación Nacional que acompañará al ejército de Hanoi a Phnom Penh. En el momento mismo en que el centro triunfaba, condenó a muerte, sin embargo, a esos «vietnamitas en cuerpos jemeres» que serían los habitantes del este. De mayo a diciembre de 1978, entre 100.000 y 250.000 personas (de 1.700.000 habitantes) fueron muertos —empezando por los jóvenes y los militantes—, entre otros, por ejemplo, la totalidad de las 120 familias (700 personas) del pueblo de Sao Phim. En otro pueblo, lograron huir siete personas de 15 familias, 12 de las cuales habían desaparecido por completo [47]. A partir de julio, los supervivientes fueron deportados en camión, en tren y en barco hacia otras zonas, donde estaban destinados a ser progresivamente exterminados (durante el traslado ya se había asesinado a miles): les pusieron unas ropas *azules* (traídas de China en unos buques de carga especiales), cuando bajo Pol Pot el «uniforme» debía ser negro. Y poco a poco, sin hacer demasiado ruido, generalmente fuera de la vista de los demás aldeanos, los «azules» desaparecieron. En una cooperativa del noroeste, solo un centenar de 3.000 seguían vivos cuando llegó el ejército vietnamita [48]. Estas atrocidades señalan un triple giro en vísperas del hundimiento del régimen: se mata a mujeres, niños y ancianos lo mismo que a los hombres adultos; los «viejos» mueren igual que los «nuevos»; y finalmente, desbordados por su tarea, los jemeres rojos imponen en ocasiones a la población, incluidos los «75», la obligación de ayudarles. La «revolución» enloquecía realmente, y ahora amenazaba con engullir hasta al último de los camboyanos.

Que el poder jemer rojo condujo a una gran parte de los camboyanos a la desesperación, lo demuestra la importancia de la huida hacia el extranjero: dejando a un lado las llegadas (poco numerosas) de abril de 1975, en Tailandia se contaban 23.000 refugiados en noviembre de 1976 [49]. En octubre de 1977, en Vietnam se encuentran unos 60.000 camboyanos [50]. Y sin embargo, la extremada peligrosidad de la huida, castigada siempre con la muerte en caso de captura, y que solo podía intentarse a costa de jornadas, incluso de se-

[47] Kiernan, «Wild Chickens, Farm Chickens and Cormorants: Kampuchea's Eastern Zone under Pol Pot», en Chandler y Kiernan, *op. cit.*, págs. 191-197.
[48] Chandler (1991), págs. 296-297; Kiernan, *op. cit.*, págs. 392-411.
[49] Kiernan, *op. cit.*, pág. 144.
[50] Según varios testimonios (en particular Chandler, 1991, *op. cit.*, pág. 276), algunos fueron enviados a Camboya —a veces cambiados por ganado...—, y verosímilmente a la muerte, *incluso después del inicio de los combates*.

manas, de vagar por una jungla hostil [51] —el agotamiento además se hallaba generalizado—, hizo retroceder a la mayoría de quienes pensaban en huir. De los que se ponían en camino, solo una pequeña parte (cuatro de 12 en el grupo de Pin Yathay, que sin embargo se había preparado minuciosamente) llegó a buen puerto.

Después de veinte meses de conflicto fronterizo esporádico, en los primeros tiempos secreto, luego público desde enero de 1978, la llegada de los vietnamitas, en enero de 1979, fue contemplada por la gran mayoría de los camboyanos como una «liberación» (su denominación oficial, hasta hoy día). Resulta emblemático que los aldeanos de Samlaut («héroe» de la revuelta de 1967) hayan matado, como muchos otros, a sus dirigentes jemeres rojos que no habían huido a tiempo [52]. Estos habían perdido el tiempo dedicándose a sus últimas atrocidades: en muchas prisiones [53], entre ellas Tuol Sleng, no hubo prácticamente nadie a quien liberar. Que muchos posteriormente se hayan desengañado, que las intenciones de Hanoi no fueran en primer lugar humanitarias, no resta nada a este hecho que en la época fue criticado: visto el giro que tomaba el régimen jemer rojo, particularmente en 1978, un número incalculable de individuos fue salvado de la muerte por las divisiones blindadas vietnamitas. El país pudo empezar a vivir tranquilamente, y sus habitantes a recuperar poco a poco la libertad de desplazarse, de cultivar su campo, de creer, de aprender, de amar...

Variaciones en torno a un martirologio. El horror no necesita cifras para resultar obvio. Lo que hasta ahora hemos dicho, lo que todavía nos vamos a ver obligados a decir, basta sin duda para calificar al régimen del PCK. Lo que queda por cuantificar, es comprender lo siguiente: si *ninguna* categoría de la población se salvó, ¿cuál era la más apuntada? ¿Dónde y cuándo ocurrió esto? ¿Cómo situar la tragedia de Camboya entre todas las de este siglo, y en el seno de su propia historia? La utilización de diferentes métodos (demografía, microestudios cuantitativos, relatos, evaluaciones procedentes de los protagonistas), porque ninguno es satisfactorio por sí solo, permite avanzar hacia la verdad.

¿Dos millones de muertos? Para empezar por la inevitable necesidad de evaluación global, hemos de convenir que la «horquilla» es amplia, demasiado ancha; hecho que ya puede considerarse como significativo de la amplitud del acontecimiento: cuanto más considerable y difícil de comprender es una matanza, más delicado es su detalle. Por otro lado, ha habido demasiadas personas interesadas en aventar las pistas en direcciones opuestas: los jemeres ro-

[51] *Cf.* por ejemplo Pin Yathay, *op. cit.*, págs. 347-402.

[52] Y Phandara, *op. cit.*, pág. 228.

[53] Henri Locard, *Le Goulag khmer rouge*, nota de la Universidad Lyon-2, 1995, pág. 17.

jos para negar sus responsabilidades, los vietnamitas y sus aliados camboyanos para justificarse. Durante su última entrevista periodística de diciembre de 1979, Pol Pot aseguró que «solo unos miles de camboyanos han podido morir a consecuencia de errores en la aplicación de nuestra política consistente en dar abundancia al pueblo» [54]. Jhieu Samphan, en un folleto oficial de 1987, precisó las cosas: 3.000 víctimas de «errores», 11.000 ejecuciones de «agentes vietnamitas», 30.000 asesinatos por «agentes vietnamitas infiltrados» *(sic)*. El documento precisa, sin embargo, que los ocupantes vietnamitas habrían matado, en 1979-1980, a «cerca de 1.500.000» personas. Dado que esta última cifra resulta fantásticamente exagerada, puede interpretarse sin duda como una confesión involuntaria de la mortalidad del período que empieza en 1975, y que hay que poner en su gran mayoría en el activo de los jemeres rojos [55]. El «desvío de cadáveres» es más flagrante todavía cuando se trata de la evaluación de los muertos de *antes* del 17 de abril, durante la guerra civil: Pol Pot citó en junio de 1975 la cifra, sin duda ya exagerada, de 600.000; en 1978, esa cifra había pasado a «más de 1.400.000» [56]. A propósito de las víctimas de los jemeres rojos, el ex presidente Lon Nol prefirió hablar de 2.500.000, y Pen Sovan, el antiguo secretario general del Partido Popular Revolucionario de Kampuchea (PPRK), en el poder desde 1979, enunció la cifra utilizada por la RPK y la propaganda vietnamita: 3.100.000.

Los dos primeros estudios cuantitativos considerados serios —aunque ellos mismos reconozcan sus incertidumbres— son, sin duda, el de Ben Kiernan, que llega a 1.500.000 muertos [57], y el de Michael Vickery, que cita una cifra reducida a la mitad (pero basándose en una población de partida que sin duda está claramente subevaluada). Stephen Heder utiliza la evaluación de Kiernan, repartiéndola a medias entre los «viejos» y los «nuevos» (hecho que resulta difícil de aceptar), y cargando a medias la responsabilidad en la hambruna y los asesinatos [58]. David Chandler, especialista indiscutible, pero que no ha hecho ninguna evaluación analítica, habla de 800.000 a 1.000.000 de personas como de una cifra mínima [59]. Un estudio de la CIA, basado en datos aproximativos, estima el déficit demográfico total (incluido el descenso de la natalidad derivado de las dificultades) en 3.800.000 personas entre 1970 y 1979 (por lo tanto, están incluidas las pérdidas de la guerra de 1970-1975), para una población subsistente de 5.200.000 habitantes aproximadamente en

[54] Chandler (1993), *op. cit.*, pág. 265.

[55] *Íbid.*, pág. 322.

[56] Locard (1995), nota citada, págs. 8-9.

[57] Se basa sobre todo en la extrapolación de un número importante de microestudios, en sectores diferentes de la población: el 25 por 100 de pérdidas en las familias de los refugiados; el 35, el 45 y el 53 por 100 de las pérdidas bajo la Kampuchea democrática en tres aldeas; el 42 por 100 en un barrio de Phnom Penh (la cuarta parte solo muerta de hambre o de enfermedad); el 36 por 100 de un grupo de 350 habitantes de la zona este, casi todos asesinados.

[58] Kiernan, *op. cit.*, págs. 456-460.

[59] Chandler (1993), *op. cit.*, pág. 261.

1979 [60]. Basándose en la comparación entre campos de arroz cultivados antes de 1970 y en 1983, la evaluación llega a las 1.200.000 víctimas [61]. Marek Sliwinski, en un reciente e innovador estudio de base demográfica (debilitada, sin embargo, por la ausencia de cualquier tipo de censo entre finales de los años sesenta y 1993), señala algo más de dos millones de muertos, es decir, el 26 por 100 de la población (no está incluida la mortalidad natural, evaluable en el 7 por 100). Es el único que ha intentado precisar la sobremortalidad de los años 1978-1979 en función del sexo y de la edad: el 33,9 por 100 de hombres, el 15,7 por 100 de mujeres. Esa diferencia aboga por una mayoría de asesinatos como causa. La mortalidad fue terrorífica en todas las edades, pero sobre todo entre los jóvenes adultos (un 34 por 100 de hombres de veinte a treinta años, un 40 por 100 entre los treinta y los cuarenta) y entre las personas de ambos sexos de más de sesenta años (el 54 por 100). Como en las épocas de las grandes hambrunas o epidemias del antiguo régimen, la natalidad se derrumba: el 3 por 100 en 1970, el 1,1 por 100 en 1978 [62]. Lo único seguro es que, desde 1945, ningún país se ha visto afectado hasta ese punto. En 1990 aún no se había alcanzado el número de habitantes de 1970. Y la población se hallaba muy desequilibrada: 1,3 mujeres por cada hombre. Entre los adultos de 1989, encontramos la bagatela de un 38 por 100 de viudas, frente a un 10 por 100 de viudos [63]. También vemos un 64 por 100 de mujeres entre la población adulta, y que el 35 por 100 de cabezas de familia son madres. La proporción es la misma entre los 150.000 camboyanos refugiados en Estados Unidos [64].

Semejante nivel de pérdidas —casi igual con toda seguridad a un habitante por cada siete, por lo menos, y más probablemente a uno por cada cuatro o cinco— permite eliminar desde el principio esta opinión pronunciada con frecuencia [65]: la violencia de los jemeres rojos, aunque sea inaceptable, habría sido ampliamente *reactiva* —la reacción de un pueblo enloquecido de dolor y de rabia— frente al «pecado original» de los bombardeos americanos. Para empezar podemos ver que otros pueblos abundantemente bombardeados (los británicos, los alemanes, los japoneses, los vietnamitas...) no por ello se vieron dominados por un prurito extremista comparable (en ocasiones ocurrió lo contrario). Pero, sobre todo, los desastres de la guerra, por dramáticos que sean, no son realmente comparables con lo que hizo el PCK *en tiempo de paz*, incluso si dejamos a un lado el último año y su conflicto fronterizo con el Vietnam. El propio Pol Pot, que, desde luego, no tenía ningún interés en minimizarlo, cifró (sin justificar esa cantidad), según hemos dicho, las víctimas en 600.000 —cifra que ha sido utilizada sin análisis, por sorprendente que parezca— por muchos especialistas. Chandler, del mismo modo frívolo, habla de «medio millón» de víctimas. Por lo que se refiere a los bombardeos americanos, cita, basándose en diversos estudios, «entre 30.000 y 250.000 muertos» [66]. En cuanto a Sliwinski, llega a 240.000 víctimas como estimación media, a las que quizá habría que añadir hasta 70.000 civiles vietnamitas, víctimas en su mayoría de los pogroms de 1970. Cifra en particular los muertos por bombardeo en una cuarentena de miles (una cuarta parte de combatientes), haciendo observar que las provincias más bombardeadas estaban a menudo muy poco pobladas y en 1970 apenas contaban con algo más de un millón de habitantes —muchos de ellos huyeron rápidamente hacia las ciudades—. Por el contrario, los «asesinatos» del período de guerra, debidos en su gran mayoría a los jemeres rojos, habrían sido unos 75.000 [67]. Que la guerra debilitó la resistencia de la sociedad, destruyó o desmoralizó a un parte de las elites, e incrementó de forma fantástica el poder de los jemeres rojos debido tanto a las prioridades estratégicas de Hanoi como a la fatuidad irresponsable de Sihanuk, es evidente. Los autores y los padrinos del golpe de marzo de 1970 tienen, por tanto, mucho que reprocharse. Pero eso no atenúa en absoluto la responsabilidad del PCK después de 1975. Por otro lado, en ese momento, como se ha observado, las violencias no tuvieron mucho de espontáneas.

[60] Craig Etcheson, *The Rise and Demise of Democratic Kampuchea*, Boulder, Vestview, 1984, pág. 148.

[61] Leo Mong Hai, presidente del Instituto jemer para la democracia, entrevista personal (diciembre de 1996).

[62] Sliwinski, *op. cit.*, págs. 49-67.

[63] *Íbid.*, pág. 52.

[64] Welaratna, *op. cit.*, págs. XIX y 2.

[65] La idea sigue la obra, por lo demás muy rica, y que fue un hito, de William Shawcross, *Sideshow: Nixon, Kissinger and the Destruction of Cambodia*, Londres, Deutsch, 1979 (trad. francesa, *Une tragédie sans importance*, París, Balland, 1979); *cf.* asimismo Kiernan, *op. cit.*, páginas 20 y 24.

También hemos de preguntarnos por las *modalidades* de estos crímenes masivos. Los escasos estudios cuantitativos serios, a pesar de sus contradicciones, nos permiten vislumbrarlas. La ruralización forzosa de habitantes de las ciudades (deportaciones, agotamiento en el trabajo...) causó, como máximo, 400.000 víctimas, probablemente menos. Las ejecuciones son el dato más inseguro, y su cifra media gira en torno a unas 500.000. Sin embargo, Henri Locard, razonando por extrapolación, atribuye solo a las cárceles —dejando de lado, por lo tanto, las ejecuciones «sobre la marcha», que fueron tan numerosas— por lo menos de 400.000 a 600.000 víctimas [68]. Sliwinski señala en total un millón de asesinatos. Las enfermedades y el hambre fueron, sin duda, las causas de mortalidad más importantes, con unos 700.000 muertos probablemente por lo menos [69]. Sliwinski señala la cifra de 900.000, incluyendo en ella las secuelas directas de la ruralización [70].

Blancos y sospechosos. Si resulta tan delicado extraer datos globales a partir de estudios locales es porque el reparto del horror fue muy desigual. Evi-

[66] Chandler (1993), *op. cit.*, págs. 13 y 163.

[67] Sliwinski, *op. cit.*, págs. 42-48.

[68] Locard (1995), pág. 10.

[69] Etcheson, *op. cit.*, pág. 148.

[70] Según Sliwinski, *op. cit.*, pág. 82.

dentemente, los «70» sufrieron menos que los «75», en particular de hambre, a pesar de que hayamos de evitar una ilusión óptica: la casi totalidad de los testimonios publicados proceden de los «nuevos». La mortandad es muy elevada entre los antiguos habitantes de las ciudades: es difícil encontrar una sola familia intacta. Y se trata de cerca de la mitad de la población total. Por ejemplo, de doscientas familias instaladas en una aldea de la zona norte, en enero de 1979 sobrevive una cincuentena, y solo una ha perdido «únicamente» a los abuelos [71]. Pero ciertas categorías más restringidas han resultado mucho más diezmadas. Ya hemos comentado la caza de los antiguos funcionarios de la administración Lon Nol, empezando por los militares. Las sucesivas purgas fueron golpeando cada vez escalones más bajos de la jerarquía [72]. Aparentemente solo los empleados de los ferrocarriles, insustituibles, fueron mantenidos en parte en sus puestos, aunque a tal o cual jefe de estación le pareciera más prudente declarar un cargo inferior [73]. Los monjes, contexto tradicional de este país budista, representaban una fuerza rival inaceptable: los que no colgaron los hábitos fueron eliminados de forma sistemática. Por ejemplo, de un grupo de 28 religiosos evacuados a una aldea de la provincia de Kandal, en 1979 solo sobrevivía uno [74]. A escala nacional, habrían muerto entre 60.000 y un millar [75]. La casi totalidad de los fotógrafos de prensa desapareció [76]. El destino de los «intelectuales» [77] estuvo más diversificado. En ocasiones fueron perseguidos en su calidad de intelectuales, pero la mayoría de las veces, al parecer, la renuncia a cualquier pretensión de experiencia profesional y a los atributos simbólicos (libros, e incluso gafas) bastó para exonerarlos.

Los «viejos» eran mejor tratados, sobre todo en el plano alimenticio: dentro de ciertos límites podían consumir frutas, azúcar, algo de carne; sus raciones eran más importantes y, lujo casi inaudito en el régimen de Pol Pot, muchas veces tuvieron derecho a arroz «duro», en lugar de la universal sopa de arroz aguada, sinónimo de hambruna para tantos conciudadanos suyos. Los militares jemeres rojos fueron los primeros en utilizarlo, a pesar de sus pretensiones de frugalidad. Los «70» tuvieron acceso en ocasiones a auténticos dispensarios y a verdaderos medicamentos fabricados en China. Sin embargo, las ventajas solo eran relativas: los aldeanos que no habían sido deportados se veían obligados frecuentemente a diversas prestaciones de trabajo lejos de su domicilio. Sus horarios eran asimismo extenuantes. La escasa clase obrera, que vivía en la atmósfera de campamento militar que invadió Phnom

[71] Munthit, *PPP*, 7 de abril de 1995, pág. 6.

[72] *Cf.* por ejemplo Kenneth M. Quinn, «The Pattern and Scope of Violence», en Karl D. Jackson (ed.), *Cambodia 1975-1978: Rendezvous with Death*, Princeton, Princeton University Press, 1989, pág. 190.

[73] Conversación personal, diciembre de 1996.

[74] *PPP*, 7 de abril de 1995, pág. 7.

[75] David Hawk, «The Photographic Record», en Jackson, *op. cit.*, pág. 212.

[76] *PPP*, 7 de abril de 1995, pág. 6.

[77] Bastaba con haber pasado por la enseñanza secundaria, a veces incluso estar correctamente alfabetizado, para formar parte de ellos.

Penh, también se vio sometida a una ruda disciplina. Además, poco a poco, campesinos pobres, cuya fidelidad creían segura, fueron reemplazando a los obreros anteriores a 1975 [78].

En 1978, ciertos signos permitieron vislumbrar la abolición progresiva de la barrera entre «nuevos» y «viejos»: los primeros llegaron a acceder en ocasiones a responsabilidades locales. Interpretación positiva: quienes habían logrado sobrevivir podían ser considerados como adaptados a las exigencias del régimen. Interpretaciones más siniestras: habría sido un intento para reforzar la unidad nacional frente al conflicto con el Vietnam, como hizo Stalin en 1941 frente a Alemania; y, en un contexto de generalización de las purgas, se habría vuelto necesario colmar los enormes vacíos producidos en el aparato. Sea como fuere, el agravamiento general de la represión en el último año del régimen permite pensar en una nivelación por abajo. En ese período podemos datar sin duda el paso de la mayor parte de los «70» a la oposición, silenciosa, frente a los jemeres rojos.

El destino de la veintena de minorías étnicas, que en 1970 representaban por lo menos un 15 por 100 de la población del país, no fue homogéneo. Debemos hacer una distinción inicial entre minorías esencialmente *urbanas* (chinos, vietnamitas) y *rurales* (sham musulmanes de las regiones lacustres y fluviales, jemeres Loeu —término genérico que abarca grupos variados y diseminados— de las montañas y las junglas). No parece que los primeros hayan sido reprimidos en su condición de tales. En cualquier caso no lo fueron hasta 1977. Cierto es que unos 150.000 residentes vietnamitas fueron repatriados [79], en concepto de voluntariado, entre mayo y finales de septiembre de 1975, lo cual redujo la comunidad indudablemente a unas decenas de miles de personas, esencialmente de cónyuges de jemeres. Pero escapar a la tutela jemer roja parecía, a partir de ese momento, suficientemente tentador para que numerosos jemeres hayan intentado hacerse pasar por vietnamitas; lo cual indica que en ese momento no parecía particularmente peligroso. Además, en los lugares de deportación hay datos de discriminación entre minorías urbanas y otras de antiguos habitantes de las ciudades. La prueba común constituye incluso un cemento nuevo: «Los camboyanos de las ciudades, los chinos y los vietnamitas eran unidos, todos juntos, bajo la infamante apelación de «pueblo nuevo». Todos éramos hermanos. Habíamos olvidado las rivalidades nacionalistas y los viejos rencores. (...) Los camboyanos eran probablemente los más deprimidos. Estaban desanimados por las maniobras de sus compatriotas y de sus verdugos: los jemeres rojos. (...) Nos sublevaba la idea de que nuestros torturadores tuvieran nuestra nacionalidad» [80].

¿Cómo comprender entonces que una elevada proporción de esos minoritarios no haya sobrevivido al régimen jemer rojo? Se habla de un 50 por

[78] Charles H. Twining, «The Economy», en Jackson, *op. cit.*, pág. 134.

[79] Dos veces menos que en 1970, bajo Lon Nol.

[80] Pin Yathay, *op. cit.*, pág. 169.

100 de mortalidad entre los casi 400.000 chinos [81], y un porcentaje mucho mayor para los vietnamitas que se quedaron después de 1975. Sliwinski cita las cifras del 37,5 por 100 para los vietnamitas y del 38,4 por 100 para los chinos [82]. La respuesta se basa en la comparación con otros grupos de víctimas: según Sliwinski, desapareció el 82,6 por 100 de los oficiales del ejército republicano, el 51,5 por 100 de los diplomados superiores, y sobre todo el 41,9 por 100 de los residentes en Phnom Penh [83]. Esta última cifra se acerca mucho a la obtenida en relación con las minorías, que fueron perseguidas en su calidad de «ultraurbanas» (en 1962, Phnom Penh contaba con un 18 por 100 de chinos, un 14 por 100 de vietnamitas) [84] y, secundariamente, «ultramercantiles». Muchos no supieron disimular a su debido tiempo su antigua posición social. Sus riquezas, superiores muchas veces a las de los jemeres, eran a la vez una ventaja (las que habían logrado llevar consigo permitían sobrevivir gracias al mercado negro) [85] y una amenaza, porque los convertía en blanco de los nuevos amos. Pero, comunistas consecuentes, estos últimos anteponían la lucha de clases (o lo que ellos entendían por tal) a la lucha de razas o de pueblos.

Esto no significa que los jemeres rojos no hayan usado y abusado del nacionalismo y la xenofobia. En 1978, Pol Pot aseguraba que Camboya construía el socialismo sin ningún modelo, y su discurso de Pekín en homenaje a Mao Zedong (1977) no fue retransmitido en Phnom Penh. El odio al Vietnam, «ladrón» en el siglo XVIII de Kampuchea Krom (englobada en la Cochinchina), fue convirtiéndose poco a poco en un tema central de la propaganda —y sigue siendo en la práctica la única razón que afirman los jemeres rojos que hoy subsisten. A mediados de 1976, los vietnamitas que seguían en Camboya se vieron cogidos en la trampa: se les prohibió abandonar el país. En el plano local, hay constancia de algunas matanzas. Se generalizan (recordemos que se trata de una población reducida), tras una directiva del centro, el 1 de abril de 1977, que prescribía el arresto y entrega a las fuerzas de seguridad centrales del conjunto de los vietnamitas— y, para remate, de sus amigos, así como de los jemeres vietnamófonos. En la provincia de Kratie, limítrofe de un Vietnam con el que ya habían comenzado las hostilidades, cualquier antepasado vietnamita era motivo de condena, y las autoridades calificaban a los *yuon* de «enemigos históricos» [86]. En esta atmósfera, acusar al conjunto de los habitantes de la zona este, en 1978, de ser «vietnamitas en cuerpos jemeres» equivalía a entregarlos a la muerte.

[81] Kiernan, *op. cit.*, pág. 295, citando la investigación en profundidad de Stephen Heder.

[82] Marek Sliwinski, *op. cit.*, pág. 77.

[83] *Ibid.*, pág. 76.

[84] François Ponchaud, «Social Change in the Vortex of Revolution», en Jackson, *op. cit.*, pág. 153.

[85] Pero Pin Yathay recuerda a esos chinos que murieron de hambre, por no haber liquidado sus lingotes de oro a cambio de unas cajas de arroz, *op. cit.*, pág. 231.

[86] Kiernan, *op. cit.*, págs. 297-298.

Según Sliwinski, el puñado de católicos camboyanos fue el grupo étnico o religioso más sacrificado: 48,6 por 100 de desaparecidos [87]. En su mayoría vivían en las ciudades; y a ese «pecado» se unía muchas veces una etnicidad vietnamita y una asociación con el «imperialismo colonial». Lo tenían todo para agradar... La catedral de Phnom Penh fue el único edificio de la ciudad que quedó totalmente arrasado. Las minorías étnicas vieron cómo se les negaba su personalidad propia. Un decreto declaró que «en Kampuchea, hay una sola nación y una sola lengua, la lengua jemer. A partir de este momento, en Kampuchea deján de existir las distintas nacionalidades» [88]. Sin embargo, inicialmente los «montañeses» (jemeres Loeu), pequeños grupos de cazadores de los bosques, se vieron favorecidos: el PCK había tenido entre ellos sus primeras bases y había reclutado allí una parte importante de sus primeras tropas. Pero a partir de finales de 1976, para satisfacer la obsesión de la producción arrocera, los pueblos de las tierras altas fueron destruidos, y sus habitantes obligados a instalarse en la cuenca o en el seno de los valles, hecho que alteraba absolutamente su modo de vida y constituyó un drama para ellos [89]. En febrero de 1977, los guardias Jarai de Pol Pot eran detenidos y luego liquidados.

En cuanto a los sham, principal minoría autóctona, que en 1970 eran 250.000, agricultores y sobre todo pescadores, conocieron un destino muy particular debido especialmente a su religión musulmana. Considerados excelentes guerreros, habían sido cortejados por los jemeres rojos en los inicios de su «guerra de liberación». Por regla general formaban parte de los «viejos», aunque se les reprochaba haberse comprometido demasiado en actividades comerciales (suministraban pescado a una parte considerable de camboyanos). Pero en 1974 Pol Pot ordenó en secreto dispersar sus aldeas compactas, consigna que fue cumpliéndose de forma progresiva. En 1976, todos los cuadros del régimen de origen sham fueron expulsados de sus cargos. En 1975, según un texto jemer rojo, los sham «deben cambiar de nombre, tomar nuevos nombres semejantes a los nombres jemeres. La mentalidad sham queda abolida. Los que no se muestren conformes con esta orden sufrirán las consecuencias» [90]: en la zona noroeste se podía morir por haber hablado sham. A las mujeres les quedó prohibido llevar el sarong (falda malasya) y el pelo largo.

Pero fue el intento de erradicar el Islam lo que provocó los peores dramas. En 1973, en las zonas liberadas se destruyeron mezquitas y fue prohibida la oración. A partir de mayo de 1975, esas medidas se generalizaron. Se recogieron los Coranes para quemarlos, y las mezquitas fueron reconvertidas o destruidas. En junio fueron ejecutados trece dignatarios musulmanes, unos

[87] Sliwinski, *op. cit.*, pág. 76.

[88] Citado en Elizabeth Becker, *Les Larmes du Cambodge —l'histoire d'un auto-génocide*, París, Presses de la Cité, 1986, pág. 242.

[89] *Cf.* el testimonio de Niseth, evacuado a una aldea Pnong, en Welaratna, *op. cit.*, pág. 180.

[90] Becker, *op. cit.*, pág. 249.

por haber preferido la hora de la oración a un mitin político, otros por haber exigido el derecho al matrimonio religioso. Con frecuencia se les obligó a elegir entre la crianza o el consumo de cerdo y la muerte —irónicamente, dado que en ese momento para muchos camboyanos la carne desapareció por completo de los menús durante años enteros, a los sham se les ofrecía en ocasiones carne de cerdo dos veces al mes (algunos se veían obligados a vomitar luego lo que habían comido)—. Los religiosos, blancos preferidos de estos ataques, fueron diezmados: de un millar de *Haji* [91], sobrevivió una treintena. A diferencia de otros camboyanos, los sham se rebelaron a menudo, lo cual provocó como represalia numerosas matanzas [92]. A partir de mediados de 1978, los jemeres rojos empezaron a exterminar sistemáticamente numerosas comunidades sham, mujeres y niños incluidos —incluidos a pesar de haber aceptado comer cerdo— [93]. Ben Kiernan habla de un 50 por 100 de mortalidad global entre los sham, Sliwinski de un 40,6 por 100 [94].

Variaciones en el espacio y en el tiempo. Asimismo, la mortalidad sufrió importantes variaciones locales. Según la procedencia de las víctimas: para Sliwinski, el 58,1 por 100 de los habitantes de Phnom Penh estaban todavía en este mundo en 1979 (lo cual representa aproximadamente un millón de muertos, la mitad del total), el 71,2 por 100 de los habitantes de Kompong Sham (otra provincia poblada), pero el 90,5 por 100 de los de Oddar Méan Shhey, en el norte casi desierto —la sobremortalidad ligada al régimen desciende en su caso hasta el 2,6 por 100— [95]. De forma previsible, las zonas conquistadas más tardíamente, las de mayor densidad de población y más cercanas a la capital (la evacuación de las aldeas de las provincias fue al parecer menos dramática), fueron las que más sufrieron. Pero la supervivencia dependía sobre todo de la zona donde uno se encontraba (por voluntad propia o deportado) en los tiempos de la Kampuchea democrática. Ser enviado a una zona forestal o montañosa, a una región de cultivo industrial como el yute (ya no había en la práctica circulación interregional de víveres), era casi una condena a muerte [96]: sea el que fuere el destino, la insensibilidad niveladora del régimen imponía *grosso modo* las mismas normas de producción, por regla general sin proporcionar la menor ayuda. Cuando había que comenzar por roturar y construir una pobre cabaña, luego agotarse en el trabajo con raciones de hambre, y cuando además la disentería y el paludismo empezaban a afectar los organismos debilitados, los estragos se volvían terroríficos: Pin Yathay

[91] Denominación de la persona que ha realizado la peregrinación a La Meca.

[92] Salvo anotación en contra, estas informaciones relativas a los sham están sacadas del estudio en profundidad de Kiernan, *op. cit*, págs. 252-288.

[93] Kiernan, *op. cit.*, págs. 428-431.

[94] Sliwinski, *op. cit.*, pág. 76.

[95] *Íbid.*, pág. 57.

[96] Cf. Michel Vickery, «Democratic Kampuchea: Themes and Variations», en Chandler y Kiernan, *op. cit.*, págs. 99-135.

evalúa la mortalidad de un campamento forestal, a finales de 1975, en un tercio en cuatro meses [97]. En la aldea de roturación de Don Ey, el hambre es general, no hay nacimientos, y tal vez el 80 por 100 de los habitantes muere [98]. Y al contrario, llegar a una región agrícola próspera era una posibilidad de supervivencia, sobre todo si la sobrecarga de «nuevos», punto demasiado importante, no venía a aumentar de forma exagerada la tensión entre los equilibrios locales. Por otra parte, aquí estaban más controlados, y más fácilmente expuestos a las purgas: una segunda «buena elección», inversa, podía ser, como se ha visto, la de las zonas más remotas, de mandos más tolerantes, con residentes jemeres Loeu receptivos. En estos lugares, el principal peligro era, sin duda, la enfermedad.

En el plano más reducido aún de la aldea, el comportamiento de los mandos locales era más decisivo porque también condicionaba, en gran medida, las relaciones con los «viejos». La debilidad y la mediocridad del aparato burocrático jemer rojo dejaban de hecho amplia autonomía a las direcciones locales, tanto para lo mejor como para lo peor [99]. Hubo energúmenos sádicos (con mucha frecuencia mujeres jóvenes) [100], arribistas o incapaces deseosos de sobresalir incrementando la represión y endureciendo las normas de trabajo. Dos tipos de mandos mejoran, por el contrario, su esperanza de vida: en primer lugar los más humanos, como aquel jefe de aldea que, en 1975, solo imponía a los refugiados cuatro horas de trabajo al día [101]; y todos aquellos, a quienes los supervivientes recurrieron en tal o cual momento crítico, que autorizaron a un enfermo o a un extenuado a descansar, a un marido a ir a ver a su esposa, que hicieron la vista gorda sobre la «autoalimentación» prohibida en principio, y sin embargo vital. Pero también eran preciosos los más corrompidos, aquellos a quienes el atractivo de un reloj Omega o de un tael de oro podía hacer firmar un cambio de residencia o de equipo de trabajo, incluso aceptar, durante un tiempo, una vida al margen del marco estrictamente establecido [102]. No obstante, el reforzamiento de la centralización del régimen fue reduciendo de forma progresiva los intersticios de tolerancia del principio, y su lógica infernal, a través de las purgas, llevó a la sustitución progresiva de los mandos humanos —sospechosos de debilidad o corrompidos— por nuevos responsables, muy jóvenes, más bien puros y sobre todo terriblemente duros.

La mortalidad, por último, varió con el tiempo. La escasa duración y sobre todo el polimorfismo geográfico del régimen jemer rojo impiden que pue-

[97] Pin Yathay, *op. cit.*, pág. 206.

[98] *Íbid.*, págs. 251-252.

[99] Sobre todo porque, a diferencia de los dirigentes comunistas de otros países, los de Camboya parecen muy poco dispuestos a desplazarse, tal vez por paranoia aguada. Ningún testimonio lo menciona, ni siquiera de oídas.

[100] *Cf.* por ejemplo Heng y Demeure, *op. cit.*, págs. 105, 150-151 y 172-173.

[101] Pin Yathay, *op. cit.*, pág. 85.

[102] *Cf.* por ejemplo Pin Yathay, *op. cit.*, págs. 280, 332 y 344.

dan definirse períodos bien delimitados. Además, el terror y el hambre fueron permanentes, y en la práctica generales. Solo varió su intensidad, pero las probabilidades de supervivencia dependían enormemente de esa intensidad. Sin embargo, los testimonios proporcionan suficientes elementos para esbozar una cronología del martirologio. Los primeros meses del régimen estuvieron marcados por matanzas masivas, socialmente selectivas, y facilitadas por la ingenuidad inicial de los «75» frente a sus nuevos amos. Por contra, hasta el otoño en todo caso, la subalimentación no causó muchos problemas. Además las cantinas colectivas aún no habían prohibido las comidas familiares [103]. El centro ordenó en varias ocasiones el cese de las matanzas, entre finales de mayo y octubre: restos de la influencia residual que en ese momento todavía conservaban los dirigentes más moderados, o, más probablemente, voluntad de afianzar su preeminencia sobre los estados mayores de las zonas, demasiado autónomas. Los asesinatos continuaron, pero a ritmo más moderado: según el banquero Komphot, refugiado en el norte, «las gentes eran matadas una a una —no había grandes matanzas—. Al principio fue una docena de "nuevos", aquellos de quienes se sospechaba que habían sido soldados, cosas así. Durante los dos primeros años, tal vez una décima parte de los «nuevos» fueron asesinados, uno a uno, con sus hijos. No puedo decir a cuánto asciende el total» [104].

1976 fue aparentemente el año de las hambrunas terribles. La locura de las obras públicas estaba en su apogeo, agotando a los más activos y obstaculizando el avance de la agricultura. Las cosechas de 1976 no fueron, sin embargo, demasiado malas, y restablecieron momentáneamente la situación en la primera mitad del año (la cosecha principal se recoge en diciembre-enero); pero, sin duda, se alcanzaba de forma penosa la mitad de las cifras medias de los años sesenta [105]. Según ciertos testimonios, 1977 contempló el colmo del horror: hambruna asoladora, pero también repetición de las purgas [106]. Adquirieron un carácter distinto al de las purgas de 1975: más políticas (a menudo eran consecuencia de conflictos cada vez más feroces en el seno del régimen), con más connotaciones étnicas, como hemos visto, afectaban a categorías nuevas —en particular a los campesinos ricos, o incluso medianos, del «pueblo llano», y más sistemáticamente que antes a los maestros— [107]. Se vieron teñidas además de una ferocidad nueva: aunque las instrucciones de 1975 ya habían prohibido la ejecución de las mujeres y los hijos de los oficiales republicanos,

[103] El cuadro, sin embargo, se volvió rápidamente mucho más sombrío para estos deportados hacia zonas de roturación.

[104] Becker, *op. cit.*, pág. 276.

[105] Twining, capítulo citado, pág. 143.

[106] *PPP*, 7 de abril de 1995, pág. 5; Sliwinski (*op. cit.*, pág. 65) corrobora estas impresiones.

[107] Esta ampliación de la «lucha de clases» a la aldea, así como el fin, entonces, de la colectivización integral (prohibición de las comidas familiares y de la autoalimentación), nos permiten fechar además en ese momento la inclinación hacia la desafección de una buena parte de los «viejos» (Kiernan, *op. cit.*, 1966, págs. 202 y 213-214).

hasta 1977 no se detuvo y se mató a las esposas de los hombres anteriormente ejecutados (incluso mucho tiempo antes). La liquidación de familias enteras, de pueblos enteros incluso —como el del (350 familias) ex presidente Lon Nol el 17 de abril de 1977, a guisa de alegre aniversario de la «liberación»—, no es ya excepcional [108]. 1978 fue más controvertido: según Sliwinski, la hambruna se habría atenuado de forma notable, debido sin duda a unas cosechas mejores y sobre todo a una flexibilidad mayor de la gestión. Según Twining, corroborado por los testimonios, la sequía y la guerra se habrían conjugado, por el contrario, para provocar privaciones sin precedentes [109]. Lo que es seguro es que las matanzas, cada vez más generalizadas (a un tiempo entre los «viejos» y, sobre todo, en la zona este), alcanzaron entonces un nivel excepcional.

La muerte cotidiana en los tiempos de Pol Pot. «En la Kampuchea democrática no había cárceles, ni tribunales, ni universidades, ni institutos, ni moneda, ni correos, ni libros, ni deporte, ni distracciones... En una jornada de veinticuatro horas no se toleraba ningún tiempo muerto. La vida cotidiana se dividía del modo siguiente: doce horas de trabajo físico, dos horas para comer, tres horas para el descanso y la educación, siete horas de sueño. Estábamos en un inmenso campo de concentración. Ya no había justicia. Era el Angkar [110] el que decidía todos los actos de nuestra vida. (...) Los jemeres rojos utilizaban a menudo parábolas para justificar sus actos y sus órdenes contradictorias. Comparaban al individuo con un buey: "Mirad ese buey que tira del arado. Come cuando se le ordena comer. Si le dejan pacer en este campo, come. Si le llevan a otro campo donde no hay hierba suficiente, rumia de todos modos. No puede desplazarse. Está vigilado. Y cuando le dicen que tire del arado, tira. Nunca piensa en su mujer, en sus hijos" [111]...»

La Kampuchea democrática ha dejado en todos los supervivientes esa impresión de extrañamiento, de pérdida de puntos de referencia y de valores. Realmente habían pasado al otro lado del espejo y, si querían conservar alguna probabilidad de supervivencia, había que aprender rápidamente la nueva regla del juego. Su primer artículo era el desprecio radical hacia la vida humana: «Perderte no es una pérdida. Conservarte no es de ninguna utilidad» —todos los testimonios refieren esta fórmula temida [112]—. Fue una bajada a los infiernos lo que los camboyanos vivieron, para algunos a partir de 1973: los territorios «liberados» de la zona suroeste conocieron entonces la supresión del culto budista, el desarraigo de los jóvenes de sus familias, la imposición de

[108] Quinn, capítulo citado, págs. 201-202.

[109] Sliwinski, *op. cit.*, págs. 64-65; Twining, capítulo citado, págs. 143-145.

[110] Abreviatura de *Angkar padevat* (Organización Revolucionaria), pantalla del PCK casi siempre clandestino.

[111] Pin Yathay, *op. cit.*, pág. 305.

[112] *Cf.* por ejemplo Chandler (1993), *op. cit.*, pág. 195; Ly Heng y Françoise Demeure, *Cambodge: le sourire bâillonné*, Xonrupt-Longemer, Anako, 1994, pág. 100.

un código indumentario uniforme, y el encuadramiento en brigadas en las cooperativas de producción. Lo que ahora vamos a relatar son las innumerables ocasiones de morir que había.

Porvenir radiante, esclavismo, hambruna. En primer lugar, convenía aceptar la nueva condición, intermedia, al menos para los «75», entre la de una bestia de carga y la de un esclavo de guerra [113] (también esto pertenece a la tradición angkoriana....). Se conseguía más fácilmente la admisión en un pueblo de «viejos» si uno era de apariencia robusta y si no iba acompañado de demasiadas bocas inútiles [114]. Poco a poco iba siendo despojado de sus bienes: en el momento de la evacuación, por los soldados jemeres rojos; en el campo, por mandos y «viejos», a través del mercado negro —en período de extrema penuria, la caja de arroz (250 gramos) podía alcanzar la extravagante tarifa de 100 dólares [115]—. Debía acostumbrase uno a la desaparición total de la enseñanza, de la libertad de desplazamiento, del comercio lícito, de la medicina digna de ese nombre, de la religión, de la escritura, así como a la imposición de estrictas normas indumentarias (blusa negra, de largas mangas abotonada hasta el cuello) y de comportamiento (nada de demostraciones de afecto, nada de peleas o de injurias, ni de quejas o lágrimas). Había que obedecer de forma ciega a las consignas, asistir (fingiendo escuchar) a las interminables reuniones, gritar o aclamar cuando se ordenaba, criticar a los demás y autocriticarse... La Constitución de 1976 de la Kampuchea democrática indicaba oportunamente que el primer derecho de los ciudadanos era trabajar: los «nuevos» nunca conocieron otro. Es comprensible que los primeros tiempos del régimen hayan estado marcados por una epidemia de suicidios. Afectaron en particular a quienes se habían visto separados de sus familiares, las personas mayores que sentían que eran una carga para su familia, o los que habían formado parte de los más acomodados.

La adaptación de los «75» aún se hizo más difícil con frecuencia por la mediocridad de las condiciones de «acogida» (si es que nos atrevemos a emplear este término). En gran parte fueron enviados a regiones malsanas, sobre todo en el otoño de 1975. No tenían otra cosa que esperar que herramientas rudimentarias y raciones alimenticias siempre insuficientes; nunca ayuda técnica, ni formación práctica, y las peores sanciones para quienes se las arreglaban mal, fuera cual fuese la razón. Una invalidez evidente no protegía de la sanción que merecía el «holgazán» y el incapaz: la muerte. Salvo conexión familiar especialmente fuerte, instalarse era una tarea que nunca había que dar por terminada: los cambios de brigada de producción y sobre todo las nuevas deportaciones daban la sensación de una arbitrariedad total del poder. De

[113] Haing Ngor (*op. cit.*, pág. 158), en un dispensario jemer rojo, oyó a una enfermera preguntarle a otra: «¿Has dado de comer a los esclavos de guerra?».
[114] Pin Yathay, *op. cit.*, pág. 59.
[115] *Íbid.*, pág. 263.

ahí, a menudo, entre los más vigorosos, la tentación que existía de huir hacia los cielos gobernados todavía por un mínimo de racionalidad, de previsibilidad, incluso de humanidad. Con demasiada frecuencia se parece a un suicidio diferido: realizado sin brújula y sin mapa en la mayoría de los casos [116], con frecuencia en la estación de las lluvias para dificultar la persecución o la posibilidad de ser localizado, con provisiones de alimento insuficientes, y unos organismos debilitados por las privaciones. Podemos suponer que una gran mayoría de fugitivos desapareció antes incluso de terminar en manos de la eventual patrulla jemer roja, que tenía orden de no dar cuartel. Los intentos fueron, a pesar de todo, numerosos, y estimulados por una vigilancia relativamente relajada, teniendo en cuenta el escaso número de soldados y de mandos [117].

Si la instalación en la nueva existencia planteaba difíciles problemas de ajuste, el sistema en vigor no concedía a los recién llegados ninguna posibilidad para recuperarse. Sus responsables parecían convencidos de que el «futuro radiante» estaba al alcance de la mano, al término sin duda del plan de cuatro años (1977-1980) presentado por Pol Pot en agosto de 1976. Pretendía desarrollar de forma masiva la producción y la exportación de productos agrícolas, único recurso evidente del país, para materializar la acumulación primitiva de capital. De este modo se aseguraría la industrialización de la agricultura, el desarrollo de una industria ligera diversificada, y, un poco más tarde, de una potente industria pesada [118]. Extrañamente, esta mística modernista se basaba en un fantasma del pasado: el de Angkor. «Si nuestro pueblo fue capaz de edificar Angkor, puede hacer cualquier cosa», aseguraba Pol Pot, en el discurso-río en que anunció oficialmente, el 27 de septiembre de 1977, que el Angkar era de hecho el Partido Comunista de Kampuchea [119]. La otra justificación del voluntarismo jemer rojo es el «glorioso 17 de abril», que habría demostrado la superioridad de los campesinos pobres de Camboya sobre la primera potencia imperialista.

Futilidad, en este contexto, que el esfuerzo exigido a la población para pasar de «tres toneladas (de paddy) por hectárea» [120] —hacia 1970 apenas si se producía más de una—. Futilidad que la triplicación de la superficie de los arrozales considerada para el rico noroeste. Esto significaba en concreto tanto la roturación de nuevas tierras como el desarrollo a enorme escala de la irrigación [121]: se trataba de pasar rápidamente de una a dos, y luego, a corto plazo, a tres cose-

[116] Pin Yathay consiguió a precio de oro un trozo de mapa.
[117] Pin Yathay, *op. cit.*, pág. 150.
[118] Chandler (1993), *op. cit.*, págs. 191-193 y 197-198; la sección del plan dedicado a la industria pesada es la más larga de todas...
[119] Citado en Chandler, *op. cit.*, pág. 223.
[120] Incidentalmente, es la cantidad exacta fijada por el viceprimer ministro chino de entonces, Hua Guofeng, en la conferencia nacional sobre el ejemplo de Dazhai, en 1975.
[121] Poco importante en una Camboya relativamente poco poblada, donde sobre todo se cuenta con las lluvias y, en muchas ocasiones, con la inundación anual.

chas anuales de paddy. Todos los demás cultivos, por el contrario, pasaban a segundo plano; y el esfuerzo exigido de aquel «ejército del trabajo» que representaban los «nuevos» no se había evaluado siquiera [122]. Ese esfuerzo va a adoptar las proporciones de una extenuación, de consecuencias a menudo mortales, de las fuerzas más vivas de toda una población: son muchas veces los hombres más robustos, aquellos de quienes más se exige, los que mueren antes [123]. Las jornadas de trabajo duraban por regla general once horas; pero, en ciertos casos, las competiciones entre pueblos (para mayor gloria de sus mandos) obligaban a levantarse a las 4 de la mañana y a permanecer en el campo hasta las 22 o 23 horas [124]. En cuanto a las jornadas de descanso (en ocasiones suprimidas totalmente), apenas se producían generalmente cada diez días [125]; y estaban ocupadas por interminables mítines políticos. En tiempo normal, el ritmo del trabajo no era muy superior a lo que conocía habitualmente el campesino camboyano. La gran diferencia consistía en la casi ausencia de momentos de descanso, en la insuficiencia de los lugares de reposo durante el trabajo, y sobre todo en la cronicidad de la subalimentación [126].

El porvenir tal vez fuese radiante, pero el presente era desastroso. En noviembre de 1976, la embajada americana en Bangkok, basándose en los relatos de los refugiados, estimaba en un 50 por 100 la pérdida de superficie cultivada en comparación con el período anterior a 1975 [127]. Quienes entonces viajaron por el país describen campiñas semidesiertas, campos abandonados, resultado de los masivos desplazamientos hacia las obras y las zonas de roturación. El testimonio de Laurence Picq es alucinante.

La desorganización de los campos.

A ambos lados del camino se extendían hasta el infinito arrozales en baldío.

Busqué inútilmente las labores de trasplante. Nada, salvo un grupo de trabajo de unas cuantas muchachas al cabo de una decena de kilómetros.

¿Dónde estaban los cientos de jóvenes de brigadas móviles de las que hablaba todos los días la radio?

De vez en cuando, grupos de hombres y mujeres deambulaban, con aspecto ausente y un hatillo a la espalda. Por sus ropas, harapos de colores que en otro tiempo fueron brillantes, pantalones muy ajustados o faldas desgarradas, se adivinaba que eran «nuevos», antiguos habitantes de las ciudades expulsados de estas a los campos.

Supe que se habían organizado nuevas transferencias de población, en aquel medio año, para paliar el desequilibrio provocado por la política absurda de una «banda de traidores».

Estos antiguos habitantes de las ciudades habían sido enviados, en un primer momento, a las regiones desheredadas del suroeste, donde, frente a la indigencia total, debían hacerse una «nueva concepción del mundo». Y, mientras tanto, las regiones fértiles permanecían sin mano de obra. La gente se moría de hambre en todo el país, ¡y solo se explotaba una quinta parte de las tierras sembradas!

¿Adónde había ido a parar la antigua mano de obra que trabajaba en aquellas tierras? Muchas preguntas quedaban sin respuesta.

En cuanto a las brigadas móviles tan elogiadas por su audacia para el trabajo, vivían en duras condiciones. Se llevaba la comida a los campos: algunas ramitas en agua hervida, un poco de arroz, es decir, la mitad de lo que nosotros teníamos en Phnom Penh. Con raciones como aquellas era imposible realizar un verdadero esfuerzo y en consecuencia producir nada de nada (...).

Abrí los ojos desmesuradamente. El espectáculo era terrible: una miseria humana indescriptible, una desorganización innombrable, un lamentable lodazal...

Cuando el vehículo circulaba a bastante velocidad, un viejo corrió a su encuentro haciendo grandes aspavientos con ambos brazos. Al borde de la carretera, había una mujer tumbada, enferma sin duda. El chófer dio un volantazo y el viejo se quedó en mitad de la carretera, con los dos brazos levantados hacia el cielo [128].

El proyecto económico del PCK implicaba en sí mismo tensiones intolerables. Tensiones que se vieron agravadas por la incapacidad llena de soberbia de los mandos encargados de aplicarla. La irrigación era la piedra angular del plan, y se le dedicaron esfuerzos enormes, sacrificando en cierto modo el presente al futuro. Pero la mediocridad de concepción y/o ejecución de muchas obras emprendidas hizo inútil en gran parte semejante sacrificio. Junto a algunos diques, canales o exclusas bien ideados, que siguen utilizándose en nuestros días, muchos otros se los llevó la primera crecida (ahogando eventualmente a varios cientos de constructores o aldeanos), hicieron discurrir o fluir el agua contra su sentido natural, se encenagaron en unos meses... Los

[122] Chandler, *op. cit.*, págs. 193-194 y Karl D. Jackson, «The Ideology of Total Revolution», en Jackson (ed.), *op. cit.*, pág. 60.
[123] Pin Yathay, *op. cit.*, pág. 147.
[124] *Íbid.*, págs. 99 y 139.
[125] ¿Inspiración del *décadi* de la revolución francesa, que intentó suplantar el domingo?
[126] Twining, capítulo citado, pág. 130.
[127] Kiernan, *op. cit.*, pág. 235.

[128] Laurence Picq, *Au-delà du ciel: cinq ans chez les Khmers rouges*, París, Bernard Barrault, 1984, págs. 133-135.

ingenieros hidráulicos, presentes a veces entre la mano de obra, no podían hacer otra cosa que contener su rabia en silencio: criticar habría sido un acto de hostilidad hacia el Angkar, con las consabidas consecuencias... «Solo tenéis necesidad de educación política para construir los diques», se decía a los esclavos [129]. Para aquellos campesinos analfabetos que, a menudo, eran sus jefes, la acumulación máxima de jornaleros, de horas de trabajo y de tierra equivalía al principio técnico único.

Este desprecio por la técnica y los expertos iba acompañado de un rechazo del más elemental sentido común aldeano: pobres diablos de manos callosas dirigían tal vez las obras y los pueblos, pero sus propios maestros eran intelectuales urbanos, sedientos de racionalidad formal y de uniformidad, y convencidos de su omnisciencia. Por ejemplo, habían ordenado nivelar la mayoría de los pequeños diques que delimitaban los arrozales, y en todas partes la dimensión impuesta era de una hectárea[130]. El calendario de las tareas agrícolas era decidido desde el centro para toda una región, fueran las que fuesen las condiciones ecológicas locales [131]. Como la producción de arroz se decretaba con un único criterio de éxito, ciertos mandos creyeron oportuno cortar el conjunto de árboles de las zonas cultivadas, incluidos los árboles frutales. Para destruir el refugio de algunos gorriones ladrones, se aniquilaba una de las fuentes de alimentación de la población hambrienta [132]. Si la naturaleza fue sometida a duras pruebas, la mano de obra fue subdividida y especializada hasta el absurdo: cada categoría de edad fue «movilizada» [133] aparte (de siete a catorce años, luego de catorce hasta el matrimonio, los viejos, etc.), y los equipos dedicados a una tarea precisa y única se multiplicaron. Junto a esto, mandos distantes, nimbados de su omnipotencia, que apenas trabajaban con sus subordinados y daban órdenes sin tolerar la menor discusión.

El hambre que agobió a millones de camboyanos durante años también fue utilizada, de forma consciente, para someter mejor a servidumbre. De este modo, seres debilitados, incapaces de reunir reservas de alimento, sufrían menos tentaciones de fuga. Obsesionados constantemente por la alimentación, el resorte del pensamiento autónomo, de la crítica y de la sexualidad incluso quedaba roto en ellos. El *stop-and-go* que se utilizaba para jugar con sus comidas permitía que fueran mejor aceptados los desplazamientos forzosos o el paso a las cantinas colectivas (unas cuantas comidas satisfactorias, y todo el mundo empezaba a amar al Angkar) o incluso el romper las solidaridades interindividuales, incluidas las existentes entre padres e hijos. Nadie temía besar la mano que daba de comer, por sangrienta que fuese [134].

[129] Pin Yathay, *op. cit.*, págs. 166-167.

[130] *Ibid.*, pág. 199.

[131] Twining, capítulo citado, pág. 122.

[132] Pin Yathay, *op. cit.*, pág. 291.

[133] Es constante la asimilación de los trabajadores a un ejército, de la producción a una campaña militar.

[134] Picq, *op. cit.;* Pin Yathay, *op. cit.*, págs. 163-164, 186 y 197.

Triste ironía: un régimen que había querido sacrificar todo a la mística del arroz (del mismo modo que hubo una mística del acero en la URSS o del azúcar en Cuba) convirtió progresivamente este alimento en algo mítico. Camboya exportaba de forma regular desde los años veinte varios cientos de miles de toneladas de arroz al año, además de alimentar, frugal pero correctamente, a la masa de su propia población. Sin embargo, una buena parte de camboyanos no volvió a conocer otra cosa que la sopa de arroz aguada (que aproximadamente contenía el equivalente de cuatro cucharaditas de café de arroz por persona) [135], cuando se generalizaron las cantinas colectivas, a principios de 1976. Y las cosechas, como hemos visto, variaron entre lo miserable y lo catastrófico. Las raciones cotidianas disminuyeron en proporciones extraordinarias. Se estima que, antes de 1975, un adulto de la región de Battambang consumía unos 400 gramos de arroz diarios —cantidad mínima para una actividad normal—. Sin embargo, todos los testimonios coinciden: durante el período de los jemeres rojos, cuando conseguían disponer de una caja de arroz (250 gramos) por persona, era un festín. Aunque las raciones habían variado mucho, no fue excepcional que cinco, seis e incluso ocho personas tuviesen que contentarse con una sola caja [136].

De ahí el carácter generalmente vital del mercado negro —que permitía conseguir arroz, procedente en particular de los mandos que desviaban las raciones de numerosos muertos no declarados—, así como de la búsqueda individual de alimento, globalmente prohibida —el Angkar actúa por el bien del pueblo, *por lo tanto* sus raciones deben ser suficientes...—, a veces tolerada, oficial [137] u oficiosamente— (salvo, por supuesto, cuando se trataba de «robo»). Nada escapaba a la furiosa gazuza de los hambrientos, ni los bienes en principio colectivos (paddy justo antes o durante la cosecha, frutas constantemente), ni las escasas propiedades individuales (gallineros, luego animales domésticos de los «viejos»), ni los cangrejos, ranas, caracoles, lagartos y serpientes que pululan por los arrozales, ni las hormigas rojas o las gordas arañas, que devoraban crudas, ni los brotes, champiñones y tubérculos del bosque que, mal escogidos o cocidos de forma insuficiente [138], fueron la causa de un gran número de muertes. Se alcanzaron extremos insospechados, incluso para un país pobre: disputar a los cerdos el salvado de su comedero [139], o celebrar un banquete con ratas de campo [140]. La búsqueda individual de alimento siguió siendo uno de los principales pretextos para sanciones que podían ir de la amonestación a

[135] *PPP*, 7 de abril de 1995, pág. 5.

[136] *Cf.* en particular Twining, capítulo citado, págs. 149-150; Kiernan, *op. cit.*, pág. 240; Pin Yathay, *op. cit.*, pág. 138.

[137] Pin Yathay, *op. cit.*, pág. 238; Haing Ngor, *op. cit.*, págs. 257-258.

[138] La cocina individual estaba en principio prohibida; a menudo se soslayaba la dificultad fingiendo que se hacía hervir el agua, medida profiláctica recomendada por los jemeres rojos.

[139] Heng y Demeure, *op. cit.*, págs. 139-140.

[140] *PPP*, 7 de abril de 1995, pág. 7.

ejecuciones para escarmiento de los demás, en caso de saqueo excesivamente masivo de las cosechas [141].

La subalimentación crónica, que debilitaba los organismos, favoreció el conjunto de enfermedades (en particular la disentería) y acentuó su gravedad. También se produjeron «los males del hambre», el más corriente de los cuales, y el más grave, era el edema generalizado —descrito en muchas otras situaciones históricas comparables—, favorecido por el fuerte aporte de sal del caldo cotidiano. Esta muerte relativamente tranquila (uno se debilita, luego zozobra en la inconsciencia) acabó siendo tenida por envidiable por algunos, sobre todo los viejos [142].

Lo menos que puede decirse es que esa morbidez dramática —en ocasiones la mayor parte de habitantes de una comunidad estaban en cama [143]— apenas conmocionó a los responsables de los jemeres rojos. Cualquier accidentado era un culpable, pues había hecho «perder mano de obra al Angkar [144]». El enfermo, del que siempre se sospecha que es un holgazán, apenas puede dejar de trabajar salvo que vaya a la enfermería o al hospital, donde las raciones alimenticias se reducían a la mitad, y donde el riesgo epidémico era muy elevado. Henri Locard tiene razón, sin duda, cuando escribe que «los hospitales eran lugares de eliminación de la población más que de curación [145]»: Pin Yathay perdió en pocas semanas a cuatro miembros de su familia allegada en un hospital. Un grupo de quince jóvenes que había contraído la varicela fue tratado sin ningún miramiento: tuvieron que seguir trabajando, no merecieron atenciones médicas, fueron obligados a dormir incluso en el suelo, a pesar de las llagas provocadas por la erupción. Resultado: un solo superviviente.

De la destrucción de los puntos de referencia a la animalización. El hambre, como se sabe, deshumaniza. Provoca el repliegue sobre uno mismo, el olvido de cualquier consideración que no afecte a la supervivencia propia. ¿Cómo explicar de otro modo el recurso ocasional al canibalismo? Sin embargo, se difundió menos que en la China del «gran salto adelante», y parece limitarse al consumo de muertos. Pin Yathay evoca dos ejemplos concretos: la ingestión parcial de su hermana por una ex maestra [146], y el reparto de un joven muerto en un dormitorio de hospital. En ambos casos, la sanción para los «ogros» (espíritu particularmente demoníaco en la tradición jemer) es la muerte a palos delante de todo el pueblo (y de su hijita) para la maestra. Existía también, como en China, el canibalismo de venganza: Ly Heng [147] menciona un soldado jemer rojo desertor,

[141] Haing Ngor (*op. cit.*, pág. 215) evoca a un niño de cuatro años, que agonizó durante varios días atado a un poste delante de sus impotentes padres.

[142] *Ibid.*, págs. 135-136; Pin Yathay, *op. cit.*, pág. 267.

[143] *Cf.*, por ejemplo, Haing Ngor, *op. cit.*, pág. 145.

[144] Pin Yathay, *op. cit.*, pág. 174.

[145] Locard (1995), artículo citado, pág. 6.

[146] Pin Yathay, *op. cit.*, págs. 217 y 227.

[147] Heng y Demeure, *op. cit.*, págs. 172-173.

obligado, antes de su ejecución, a comerse sus propias orejas. El consumo de hígado humano se cita más a menudo, pero no es una especificidad de los jemeres rojos: los soldados republicanos lo hacían con sus enemigos, entre 1970 y 1975. Encontramos costumbres análogas en todas partes en el sureste asiático [148]. En una cárcel, Haing Ngor [149] relata la extirpación del feto, del hígado y de los senos de una mujer embarazada asesinada. El feto se tira (ya hay otros colgando del borde del techo de la mazmorra, donde se secan), y el resto se lo llevan acompañándolo con la siguiente reflexión: «¡Para esta noche ya tenemos carne suficiente!» Kên Jun evoca a un jefe de cooperativa preparando un remedio para los ojos a partir de vesículas biliares humanas [150] (¡y distribuyéndolo liberalmente entre sus administrados!) mientras ensalza las cualidades gustativas del hígado humano [151]. En ese recurso a la antropofagia ¿no estamos ante un caso límite de un fenómeno mucho más general: el hundimiento de los valores, de los puntos de referencia morales y culturales, y en primer lugar de la compasión, virtud tan cardinal en el budismo? Paradoja del régimen de los jemeres rojos: afirmó querer crear una sociedad de igualdad, de justicia, de fraternidad, de olvido de uno mismo, y, como los demás poderes comunistas, provocó un frenesí inaudito del egoísmo, del cada uno para sí, de la desigualdad convertida *en poder,* de la arbitrariedad. Para sobrevivir, en primer lugar y sobre todo, había que saber mentir, engañar, robar y permanecer insensible.

El ejemplo, si podemos expresarlo así, venía de arriba. Pol Pot, desaparecido en la guerrilla desde 1963, no hizo nada para reanudar el contacto con su familia, ni siquiera con posterioridad al 17 de abril. Así pues, sus dos hermanos y su cuñada fueron deportados con el resto, y uno de ellos murió enseguida. Los dos supervivientes, al descubrir más tarde, gracias a un retrato oficial, la identidad real del dictador, pensaron (sin duda con motivo) que lo mejor era no hacer públicas sus relaciones con él [152]. El régimen hizo todo lo posible para aflojar o romper los lazos familiares. Comprendió que constituían una escollera de resistencia espontánea frente al proyecto totalitario de una dependencia exclusiva de cada individuo en relación con el Angkar. La unidad de trabajo disponía con frecuencia de sus propios «locales» (a menudo simples esteras, o hamacas), incluso a poca distancia del pueblo. Era muy difícil conseguir autorización para dejarla: debido a ello, los maridos se veían muchas veces alejados de sus esposas durante varias semanas; los niños eran apartados de sus padres mayores; los adolescentes podían pasar seis meses sin autorización para ver a su familia, sin noticias [153], para terminar encontrándo-

[148] Ponchaud, capítulo citado, pág. 160.

[149] Haing Ngor, *op. cit.*, págs. 174 y 193-194.

[150] Se trataría de un artefacto específico de los jemeres Loeu (Ponchaud, capítulo citado, pág. 160).

[151] Kên Khun, *De la dictature des Khmers rouges à l'occupation vietnamienne —Cambodge, 1975-1979,* París, L'Harmattan, 1994, pág. 94.

[152] Chandler (1993), *op. cit.*, págs. 174-175.

[153] No es preciso decir que el correo ha dejado de funcionar completamente.

se en ocasiones, cuando volvían, con que todos habían muerto [154]. También en este punto el modelo procedía de arriba: las parejas dirigentes vivían frecuentemente separadas [155]. Estaba mal visto que una madre dedicase demasiado tiempo a su hijo, incluso pequeño.

Se anuló la autoridad de los maridos sobre sus mujeres y de los padres sobre su descendencia. Uno podía ser ejecutado por haber abofeteado a la esposa, ser denunciado por los hijos por haberles pegado, verse obligado a la autocrítica por una injuria o una disputa [156]. En un contexto muy poco humanista, es preciso ver que la voluntad del poder se arrogó el monopolio de la violencia legítima, y disolvió todas las relaciones de autoridad que escapaban a su control. El mayor desprecio era el dispensado a los sentimientos familiares: podían encontrarse separados unos de otros, con frecuencia definitivamente, por no haber conseguido embarcar en el mismo camión, o porque dos carretas que iban en un convoy tenían orden de no tomar la misma ruta de deportación. Poco les importaba a los mandos que viejos o niños se encontrasen entonces aislados: «No os preocupéis. El Angkar cuidará [de ellos]. ¿O es que no tenéis confianza en el Angkar?» —esa era la respuesta tipo que se daba a quienes suplicaban reunirse con sus allegados [157]—.

Con la sustitución del enterramiento por la cremación de los muertos (salvo excepciones, que exigían suplicar, y topar con un mando humano), se asestó un nuevo golpe a la solidaridad familiar: para un jemer, dejar a un familiar en el frío, en el barro, sin ritos funerarios (para este caso no hay nada previsto), es faltarle al respeto más elemental, es comprometer su reencarnación y eventualmente obligarle a una existencia de fantasma. Disponer de unas pocas cenizas resultaba particularmente valorado en ese período de frecuentes desplazamientos. De hecho se trataba de una de las piedras angulares del ataque sistemático contra la rica cultura tradicional de Camboya, sea budista o prebudista (las ceremonias «primitivas» de los jemeres Loeu no resultaron mejor preservadas que los ritos derivados del imperio ankoriano), popular (cantos de amor, chanzas) o culta (danzas de corte, pinturas de templo, esculturas...). El plan de 1976, imitando sin duda a la Revolución Cultural china, no conocía más formas de expresión artística que los cantos y poemas revolucionarios [158].

Pero, más allá, la degradación de las condiciones para los muertos se corresponde con la denegación de la humanidad para los vivos. «Yo no soy un ser humano, soy un animal», concluye en su confesión el antiguo dirigente y

[154] Conversación personal, Camboya, diciembre de 1996.
[155] Picq, *op. cit.*
[156] Pin Yathay, *op. cit.*, pág. 168.
[157] *Ibid.*, pág. 90 y 122.
[158] Chandler (1993), *op. cit.*, pág. 202; Henri Locard, *Les Chants révolutionnaires khmers rouges et la tradition culturelle cambodgienne, ou la révolution triomphante*, comunicación al colegio de jemerología, Phonom Penh, agosto de 1996.

ministro Hu Nim [159]. ¿El hombre vale únicamente lo que vale la bestia? Se podía perder la vida por haber extraviado un buey, y ser torturado hasta la muerte por haberlo golpeado [160]. Hubo hombres que fueron uncidos al arado y azotazos sin piedad por no haberse mostrado a la altura de la vaca que iba delante de ellos [161]. La vida humana tiene poco valor... «Tienes inclinaciones individualistas. (...) Debes (...) liberarte de tus sentimientos», replica un soldado jemer rojo a Pin Yathay, que pretendía conservar a su lado a su hijo herido. Cuando pocos días más tarde, muerto el niño, quiso ir a verle, Pin Yathay hubo de justificarse, para conseguir, a duras penas, la autorización de ir a ver el cuerpo de su hijo, porque, enfermo, podía «derrochar [sus] fuerzas en detrimento del Angkar». No tiene derecho a ver a su mujer en el hospital, más tarde, so pretexto de que «el Angkar se ocupa de eso». Por ir a ayudar a una vecina gravemente enferma y a sus dos niños pequeños, se ganó este comentario de un jemer rojo: «No es su deber ayudarla, al contrario, esto demuestra que todavía tiene usted piedad y sentimientos de amistad. Hay que renunciar a esos sentimientos y extirpar de su mente las inclinaciones individualistas. Y ahora, vuelva a su casa» [162].

Esta negación sistemática de lo humano tiene, desde el punto de vista de los amos del país, su envés: la desaparición en sus víctimas de cualquier escrúpulo para mentir, para holgazanear en cuanto los guardianes y los soplones les dan la espalda, y sobre todo para robar. Es una cuestión de vida o muerte, si tenemos en cuenta las raciones proporcionadas por el Angkar: todo el mundo roba, desde los niños a los viejos —lo cual puede significar simplemente, dado que todo pertenece al Estado, que se han cogido unas pocas frutas—. Trampa infernal, una sociedad que no deja más opción que morir, robar y engañar: esta *deseducación*, en particular entre los jóvenes, ha permitido que subsista hasta hoy un cinismo y un egoísmo que comprometen las posibilidades de desarrollo de Camboya.

El triunfo de la brutalidad. Otra contradicción irreductible del régimen: la exigencia de transparencia absoluta de las vidas y pensamientos se opone al carácter particularmente taimado del grupo en el poder. Fenómeno único en el seno de los regímenes comunistas: la existencia del PCK no se declara oficialmente hasta el 27 de septiembre de 1977, treinta meses después del 17 de abril. La personalidad misma de Pol Pot es un secreto particularmente bien guardado. Aparece por primera vez durante las «elecciones» de marzo de 1976, bajo la razón social de «obrero de las plantaciones de heveas». De hecho nunca ha trabajado, más que «en la finca de sus padres», según pretende

[159] Françoise Corrèze y Alain Forest, *Le Cambodge à deux voix*, París.
[160] Heng y Demeure, *op. cit.*, pág. 312.
[161] Haing Ngor, *op. cit.*, págs. 131-133.
[162] Pin Yathay, *op. cit.*, págs. 222-223, 226 y 310; abundan episodios similares en *todos* los testimonios.

una biografía difundida durante su visita a Corea del Norte, en octubre de 1977. Son los servicios secretos occidentales quienes, atando cabos, descubrieron que Pol Pot y Saloth Sar, militante comunista que había huido de Phnom Penh en 1963, declarado «muerto en la guerrilla» por ciertos mandos del PCK eran la misma persona. La voluntad de permanecer en la sombra, para ejercer mejor su omnipotencia, era tal que Pol Pot no tendrá ni biografía, ni busto, ni siquiera retrato oficial. Su fotografía solo apareció raras veces, y no ha habido recopilación de sus textos. Por lo tanto, nada que evoque un culto de la personalidad —y muchos camboyanos no se enterarán hasta enero de 1979 que había sido su Primer ministro [163]—. Pol Pot se confundió con el Angkar, y a la recíproca: es como si, anónimo supremo de esa organización anónima, estuviese presente en el pueblo más pequeño, invisible, detrás del más pequeño poseedor de autoridad. La ignorancia es la madre del terror: nadie, en ningún momento, puede sentirse a salvo.

Opacidad/transparencia: los esclavos del sistema no se pertenecen a sí mismos, ni en lo más mínimo. Su presente es totalmente guiado, a través de una regulación de su tiempo pensada para no concederles reposo, por medio de la obsesión por el alimento, a través de las frecuentes reuniones de crítica-autocrítica, donde el fallo más nimio puede convertirse en un problema. Su pasado es escrutado con todo detalle [164], a la menor duda sobre la veracidad de sus declaraciones, y muchos arrestos, seguidos de torturas, están destinados a hacerles confesar lo que habrían intentado ocultar. Uno se encuentra a merced de una denuncia, del encuentro fortuito con un antiguo colega, vecino, estudiante... En cuanto al futuro, parece que solo pende de un hilo, sometido al menor capricho del Moloc en el poder. Nada debe poder escapar a la mirada del poder, que «tiene tantos ojos como la piña», dice un refrán corriente. Como se considera que todo posee una significación política, la menor violación de las reglas establecidas puede adquirir la consideración de un acto de oposición, y por tanto de «crimen contrarrevolucionario». Había que evitar el menor despropósito, incluso involuntario: en la lógica paranoica que los jemeres rojos difundían a su alrededor (estaban rodeados de enemigos tan pérfidos como bien escondidos), no había accidente, ni azar, ni torpeza —sólo traiciones—. Romper un vaso, no saber guiar un búfalo o trazar surcos torcidos podían llevarte ante los miembros de la cooperativa erigidos en tribunal —tus padres y amigos incluidos—, y no faltaban nunca acusadores. No había que recordar jamás a los muertos, traidores castigados o cobardes que habían sustraído su fuerza de trabajo al Angkar. La palabra «muerto» incluso se había vuelto tabú, había que decir *bat kluon* (cuerpo que desaparece).

Sin embargo, el punto débil fue la ausencia del aparato judicial, incluso de órdenes (nunca hubo proceso), y sobre todo de un aparato policial dig-

[163] *PPP*, 7 de abril de 1995, pág. 7; Chandler (1993), *op. cit.*, págs. 185-186, 227, 245 y 265.
[164] A veces se impone la redacción mensual de una autobiografía completa; la menor variación entre dos versiones supone la muerte (Welaratna, *op. cit.*, pág. 125).

no de ese nombre —era el ejército, apenas preparado para ese papel, el que se encargaba de la seguridad interior—. La rusticidad del aparato represivo daba cuenta de la facilidad, en resumidas cuentas bastante grande, que había para traficar, para hablar libremente en privado, para robar... Pero esto explica también el uso inmoderado que se hizo de niños y jóvenes adolescentes, transformados en auxiliares de policía. Unos, ya integrados en el aparato jemer rojo, llamados *shblop*, eran esencialmente espías, que se ocultaban, por ejemplo, tras los pilotes de las casas a la caza de conversaciones reprensibles, o que iban para descubrir las reservas alimentarias privadas prohibidas. Los otros, más jóvenes a menudo, tenían sobre todo por tarea seguir el itinerario político de sus padres, hermanos o hermanas, y denunciarles «por su bien» en caso de pensamientos «heterodoxos». Para el conjunto de los camboyanos, todo lo que no estaba explícitamente autorizado estaba prohibido (o podía considerarse como tal). Como la prisión era en la práctica la antecámara de la muerte, los actos delictivos menores, sin reincidencia, y que eran objeto de una autocrítica espontánea, suficientemente humilde, fueron bien perdonados, bien castigados con un cambio de destino (por ejemplo, hacia la pocilga —al estilo chino—), o de una paliza más o menos violenta, por regla general al final de la reunión colectiva. Los pretextos abundaban. ¿Cómo iban a aceptar los miembros de una familia no encontrarse durante meses, cuando sus equipos de trabajo están en muchas ocasiones a unos pocos kilómetros unos de otros? ¿Cómo evitar los vagabundeos menores en el trabajo, que muchas veces provenían de una falta de experiencia, del agotamiento que hace que se relaje la vigilancia, del desgaste de las herramientas? ¿Cómo resistir la tentación de coger alimento, o de ese «robo» que representa coger un plátano?

Cada uno de estos «crímenes» podía llevar al encarcelamiento o a la muerte [165]. *Todo el mundo* los cometía, y lo más frecuente era sin embargo una sanción más mesurada. Todo es relativo: la flagelación, sobre todo para los jóvenes, era un castigo vulgar; los adultos parece más bien que eran molidos a golpes —en ocasiones morían—. Los torturadores podían ser militares jemeres rojos. Pero lo más corriente era que la paliza te la diesen tus propios colegas de trabajo, los «75» que, a menudo, rivalizaban en celo porque se sabían en peligro constante. Como siempre, hay que dar la impresión de someterse por completo: las quejas o, peor aún, las protestas serían interpretadas como un signo de oposición al castigo, y por lo tanto al régimen. Se trataba de castigar, pero también de aterrorizar: se llegaron a practicar simulacros de ejecuciones [166].

El asesinato como método de gobierno. «Basta un millón de buenos revolucionarios para el país que nosotros construimos. No necesitamos a los de-

[165] Seng Kimseang (*PPP*, 7 de abril de 1995, pág. 7), narra la paliza hasta la pérdida del conocimiento de un joven adolescente por robo de arroz, y luego su «desaparición» a manos del Angkar.
[166] Heng y Demeure, *op. cit.*, pág. 185.

más. Preferimos matar a diez amigos antes que conservar a un enemigo con vida»: ese era el discurso de los jemeres rojos durante las reuniones de cooperativa [167]. Y esa lógica genocida la pusieron en marcha. La muerte violenta era cotidiana bajo Pol Pot; entonces se moría mucho más a causa de los asesinatos que por enfermedad o por el peso de los años. Por otro lado, el castigo llamado «supremo» quedaba trivializado por su frecuencia, y por la futilidad de las razones para aplicarlo. Extraña inversión: en los casos considerados más graves se iba a prisión (donde desde luego la muerte no tardaba mucho), para verse obligado a confesar conspiraciones y cómplices. Aunque la realidad del sistema represivo se ocultase cuidadosamente —misterio que lo convertía en más espantoso todavía—, algunos deportados vislumbraron sus grandes líneas: «Quizás había dos sistemas paralelos de represión. Un sistema carcelario, parte integrante de una burocracia, que se alimentaba de sí mismo para justificar su existencia; y otro sistema, más informal, que otorgaba a los jefes de la cooperativa el derecho a hacer justicia. En última instancia, para los prisioneros el resultado siempre era el mismo» [168]. Henri Locard confirma esta hipótesis [169]. Convendría añadir un tercer modo de ejecución, que tiende a prevalecer en el último año del régimen: la «purga militar» —recordando un poco las «columnas infernales» de la guerra de Vendée, en 1793-1795—, donde tropas vinculadas al centro matan sobre el terreno y en masa a equipos de mandos locales caídos en desgracia, aldeas sospechosas, poblaciones enteras como en la zona este. En cualquier caso, nunca existe acta de acusación precisa, posibilidad de defenderse, de comunicación del destino de las víctimas a sus allegados o a sus colegas de trabajo: «El Angkar mata, pero no explica nunca», —tal era uno de los nuevos refranes de la población [170].

Resulta difícil elaborar con exactitud la lista de los delitos castigados con la muerte. No es que falten, todo lo contrario: porque indudablemente resulta imposible citar un desvío que *no pueda* entrañar la ejecución capital; para el mando jemer rojo es fácil, y se recomienda como demostración de inteligencia política, hacer la lectura más paranoica posible del menor desvío. Por tanto, nos contentaremos con una recapitulación de los principales motivos de las condenas a muerte, empezando por los más usuales. El «robo» de alimentos se encuentra desde luego a la cabeza. Teniendo en cuenta la importancia del arroz en la alimentación, y de la obsesión del régimen con él, la pena de muerte se aplicó de forma masiva en caso de espigueo salvaje, de hurto en los graneros o en la cocina. Los merodeadores eran ejecutados a menudo en el acto a golpes de mango de piqueta, directamente en el campo —y abandonados allí, para ejemplo de todos [171]. Había más probabilidades de recibir una paliza en caso de robo de frutas o de verduras. Sin embargo, unos cuantos plátanos re-

[167] Pin Yathay, *op. cit.*, pág. 237.
[168] Haing Ngor, *op. cit.*, pág. 178.
[169] Locard (1995), nota citada.
[170] Chandler (1991), *op. cit.*, pág. 260.
[171] Pin Yathay, *op. cit.*, pág. 289.

cogidos por una hambrienta que daba de mamar a su hijo la llevaron a la muerte. [172] Adolescentes ladronzuelos de huertas fueron «juzgados» por sus camaradas (que apenas si podían negarse), condenados y ejecutados mediante un balazo en la cabeza durante la misma sesión del juicio: «Estábamos temblando. Nos dijeron que era una lección para nosotros» [173]. La matanza clandestina de animales era más rara: aves y animales domésticos desaparecieron enseguida, o fueron puestos a buen recaudo; la promiscuidad volvía muy delicado el robo del ganado mayor. Sin embargo, una familia completa podía ser asesinada por habersé repartido una vaca [174].

Las visitas clandestinas a la familia, asimiladas a deserciones, incluso si resultaban de corta duración, eran también muy peligrosas. Sin embargo, al parecer se arriesgaba sobre todo la vida en caso de reincidencia —a condición de no haber cometido la gravísima falta de no acudir al trabajo—. Amar demasiado a los suyos estaba mal visto; pelearse con ellos, o con cualquier otro, podía costar la vida (también en este caso, por regla general, no la primera vez). En una atmósfera de un puritanismo extremo —a los hombres se les recomendaba mantenerse a tres metros por lo menos de su interlocutora, si la mujer no era una pariente próxima—, las relaciones sexuales fuera del matrimonio eran castigadas sistemáticamente con la muerte: pobres de los jóvenes amantes, pobres de los mandos libidinosos también, eran muchos los que «caían» por eso [175]. El consumo de bebidas alcohólicas [176] (por regla general zumo de palma fermentado) era otro crimen capital; pero este valía sobre todo para mandos y «viejos», los «nuevos» ya ponían bastante en peligro su vida tratando de alimentarse. En cuanto a las prácticas religiosas, muy mal vistas, no resultaban motivo forzoso de condena si eran discretas, y puramente individuales (cosa que es posible en el budismo, pero muy difícil en el Islam); en cambio, las ceremonias de trance de médiums podían ser castigadas con la muerte [177]. Por supuesto, cualquier insumisión era fatal. Los pocos que se arriesgaban, sobre todo en la primera época, a aprovechar la presunta libertad de crítica que se les concedía en los mítines para evocar la insuficiencia de alimento o de ropa «desaparecieron» enseguida, del mismo modo que aquellos valientes maestros deportados, que, en noviembre de 1975, organizaron una manifestación de protesta contra las raciones de hambre, aunque esa manifestación no fue reprimida [178]. Los discursos «derrotistas», el desear la desaparición del régimen (o la victoria de los vietnamitas, cosa que muchos camboya-

[172] Kên Jun, *op. cit.*, pág. 96; en ese caso la mujer es violada antes por los milicianos asesinos; poco después, el mando será purgado.
[173] *PPP*, 7 de abril de 1995, pág. 6.
[174] *Ibid.*, pág. 7.
[175] Pin Yathay, *op. cit.*, págs. 314-315; Heng y Demeure, *op. cit.*, pág. 107.
[176] Todos consumen, por el contrario, tabaco, incluidos los soldados jemeres rojos más jóvenes; la droga, aunque mucho menos difundida, no constituye objeto de prohibición particular.
[177] Ponchaud, capítulo citado, pág. 169; *PPP*, 7 de abril de 1995, pág. 7.
[178] Pin Yathay, *op. cit.*, págs. 161-163 y 190-191.

nos ansiaban para sus adentros en 1978), o el hecho simple de reconocer que se tenía hambre: todas estas cosas exponían a lo peor. Los *shblop* se encargaban de registrar, a veces de suscitar esas palabras incriminatorias.

No cumplir con la tarea asignada, fuera cual fuese el motivo, era también de lo más peligroso. Nadie estaba a salvo de errores o de accidentes mineros, siempre potencialmente fatales, pero, en nombre de esa obligación de los resultados, muchos lisiados, inválidos y enfermos mentales fueron asesinados: incapaces, saboteadores objetivos, eran más inútiles todavía que la masa de los «nuevos». Por supuesto, los heridos y mutilados de guerra del ejército republicano estaban condenados en su totalidad a desaparecer. Particularmente vulnerables fueron los que eran incapaces de comprender o de aplicar consignas y prohibiciones: un loco que coge un brote de mandioca o que expresa su descontento en términos incoherentes terminará por regla general muerto [179]. Los comunistas jemeres aplicaban un eugenismo *de facto*.

El nivel global de violencia de la Kampuchea democrática era terrorífico. Pero para la mayoría de los camboyanos, lo que aterrorizaba era la imprevisibilidad y el misterio que rodean las incesantes desapariciones y no tanto el espectáculo de la muerte. Esta casi siempre se ejecuta de modo discreto, a escondidas. Esa discreción de las ejecuciones debe relacionarse con la invariable elegancia de los militantes y mandos del PCK: «Sus palabras seguían siendo cordiales, muy suaves, incluso en los peores momentos. Llegaban hasta el crimen sin apartarse de esa cortesía. Administraban la muerte con palabras amables. (...) Eran capaces de hacer todas las promesas que nosotros queríamos oír para anestesiar nuestra desconfianza. Yo sabía que sus palabras suaves acompañaban o precedían a los crímenes. Los jemeres rojos eran corteses en cualquier circunstancia, incluso antes de abatirnos como si fuéramos ganado» [180]. Una primera explicación es táctica: como sugiere Yathay, mantener la sorpresa, evitar el rechazo o la revuelta. Una segunda es cultural: el dominio de uno mismo se valora mucho en el budismo: quien cede a la emoción queda mal ante los demás. Una tercera es política: como en los mejores tiempos del comunismo chino (antes de la Revolución Cultural), demostrar la implacable racionalidad de la acción del partido —que no debe nada a las pasiones momentáneas o a las pulsiones individuales— y su capacidad total para dirigir, sean cuales fueren las circunstancias. Esta discreción en las ejecuciones bastaría para demostrar que eran coordinadas en gran medida desde el centro: la violencia primitiva y espontánea, la de los pogroms por ejemplo, no vaciló en exhibirse. Al acabar el día, una noche, unos soldados van a buscaros para un «interrogatorio», para «estudiar» o para la vieja «prestación de leña». A menudo, les atan los codos a la espalda, y nada más. A veces, luego encuentran un cadáver en el bosque, sin enterrar —tal vez para inspirar más terror todavía—, pero no siempre se le puede identificar. Hoy conocemos la existencia de muchísimos

[179] Haing Ngor, *op. cit.*, pág. 184; Welaratna, *op. cit.*, pág. 53.
[180] Pin Yathay, *op. cit.*, págs. 163 y 387.

osarios —más de un millar en cada una de las provincias completamente investigadas; y había veinte en total— diseminados por la campiña camboyana [181]. En ocasiones se ponía en práctica la siniestra amenaza constantemente repetida por los jemeres rojos de ir a servir de «fertilizante para nuestros arrozales» [182]: «Se mataba sin cesar a hombres y mujeres para hacer abono con ellos. Los enterraban en fosas comunes que eran omnipresentes en todos los campos de cultivo, sobre todo en los de mandioca. A menudo, al arrancar los tubérculos de mandioca, se desenterraba un hueso frontal humano a través de cuyas órbitas pasaban las raíces de la planta alimenticia» [183]. Los amos del país dan la impresión en ocasiones de haber creído que para la agricultura no había nada mejor que los cadáveres humanos [184]; pero también podemos ver ahí, junto con el canibalismo (de los mandos), el punto a que llega la negación de la humanidad de los «enemigos de clase».

El salvajismo del sistema reaparece en el momento supremo, en el momento de la ejecución. Para ahorrar balas, pero también sin duda para satisfacer el frecuente sadismo de los ejecutores [185], el fusilamiento no es el método corriente: el 29 por 100 de las víctimas, según el estudio de Sliwinski [186]. En cambio, se contaría al parecer un 53 por 100 de cráneos aplastados (con barras de hierro, con mangos de azadones, a veces con la hoz), un 6 por 100 de ahorcados y asfixiados (en sacos de plástico), un 5 por 100 de degollados y de apaleados hasta morir. Confirmación del conjunto de testimonios: solo el 2 por 100 de los asesinatos se celebraron en público. Entre estos, buen número de ejecuciones «ejemplares» de mandos caídos en desgracia, utilizando modalidades particularmente bárbaras, donde el fuego (¿purificador?) parece desempeñar un gran papel; enterramiento hasta el pecho en una fosa llena de brasas [187]; incineración de cabezas con petróleo [188].

El archipiélago carcelario. La Kampuchea democrática no conocía en principio la prisión. Según el propio Pol Pot, expresándose en agosto de 1978: «Nosotros no tenemos prisiones y ni siquiera utilizamos la palabra "prisión". Los elementos malvados son destinados a tareas productivas» [189]. Los jemeres rojos se jactaban de ello, subrayando la doble ruptura con el pasado político y con la tradición religiosa, dado que ese castigo diferido que es la detención se

[181] *Le Monde*, 18 de junio de 1997, pág. 16.
[182] Pin Yathay, *op. cit.*, pág. 301.
[183] Kên Khun, *op. cit.*, pág. 123 (testimonio de un estudiante de medicina).
[184] Locard (1995), *op. cit.*, págs. 12-13.
[185] *Cf.* por ejemplo Haing Ngor, *op. cit.*, págs. 179-180.
[186] Sliwinski, *op. cit.*, pág. 78; redondeo los decimales, probablemente las cifras no tienen más valor que el indicativo.
[187] Haing Ngor, *op. cit.*, pág. 268.
[188] Heng y Demure, *op. cit.*, pág. 109. Esto recuerda extrañamente el famoso suplicio, tal vez mítico, ocasionado a jemeres durante la ocupación vietnamita de la primera mitad del siglo XIX: enterrados hasta el cuello, sus cabezas incendiadas habrían servido de soporte a teteras.
[189] Locard, 1995, nota citada, pág. 18.

confundía con el karma búdico, donde la cuenta de los pecados de un individuo solo se salda en la existencia futura. A partir de entonces, la sanción era inmediata [190]... Existían, sin embargo, «centros de reeducación» *(munty operum),* llamados en ocasiones «centros de policía de distrito». Las antiguas mazmorras de origen colonial. vaciadas como el resto de la población urbana, no fueron ocupadas de nuevo por otra parte, salvo en algunas pequeñas ciudades de provincias —donde una treintena de detenidos se amontonaban en celdas concebidas para unos pocos prisioneros—. Los edificios que reemplazan a las prisiones [191] son muchas veces los antiguos establecimientos escolares, que se han vuelto inútiles, y a veces los templos.

Es cierto que estamos bastante lejos de las prisiones clásicas, incluso de las prisiones de régimen severo. Lo menos que puede decirse es que nada se hizo para facilitar la vida de los detenidos, o por lo menos su supervivencia: raciones alimentarias de hambre (a veces una caja de arroz para cuarenta personas) [192], ausencia de cuidados médicos, una sobresaturación permanente —un grillete para las mujeres y para ciertos detenidos masculinos «ligeros», dos para los hombres, con los codos atados a veces a la espalda—con una barra de hierro colectiva fijada al suelo *(jnob)—,* nada de servicios ni de posibilidades de lavarse.... Se comprenderá que, en estas condiciones, la esperanza de vida media del nuevo detenido pueda evaluarse en tres meses, y que sean raros los supervivientes [193]. Uno de los que salieron con vida evoca de modo favorable su lugar de detención, en la zona oeste: «Solo se mató a la mitad de los prisioneros, aproximadamente, incluso menos todavía» [194]. Tuvo sin duda la «suerte» de ser encerrado a finales de 1975, en el momento en que todavía no era inconcebible ser liberado, como había ocurrido antes del 17 de abril: hasta 1976, del 20 al 30 por 100 de los prisioneros sin duda fueron liberados. Porque entonces todavía se tomaban en serio la función reeducativa (que pasaba principalmente por un trabajo agotador), corazón del modelo penitenciario chino-vietnamita. Los funcionarios del antiguo régimen, incluso los soldados, tenían algunas posibilidades de salir de allí a condición de portarse bien, trabajar duro, y esto todavía era verdad al principio de las deportaciones [195]. La antigua terminología fue preservada luego (por ejemplo, el encarcelamiento queda disfrazado a menudo como convocatoria a una «sesión de estudios» —el término «jemer» está calcado sobre el chino *xuexi—),* pero vaciada por completo de sentido. Que el alcance pedagógico haya desaparecido en la práctica

[190] *Cf.* Pin Yathay, *op. cit.,* pág. 306.

[191] Sobre las prisiones, nos apoyamos, salvo mención contraria, en los dos estudios fundamentales de Henri Locard: *Le Goulag khmer rouge.* Note de l'Université Lyon-2 (facultad de Lenguas), 1995; y «Tramkâk District in the Grip of The Khmer rouge», comunicación en el coloquio *Cambodia: Power, Myth and Memory,* Université Monash, diciembre de 1996.

[192] Pin Yathay, *op. cit.,* pág. 231.

[193] Tres de ochenta en una prisión local mencionada en Pin Yathay, *op. cit.,* pág. 231.

[194] Kiernan, *op. cit.,* pág. 345, nota 169.

[195] *PPP,* 7 de abril de 1995, nota 5.

(salvo quizá en el campo de Bung Tra Bek —para camboyanos que han regresado del extranjero, estudiantes en su mayoría— descrito por Y Phandara) lo indica, por ejemplo, la nota de una dirección local que ordena encerrar a los hijos con sus madres, cualquiera que sea su edad, «para librarnos de todos de una sola vez» [196]. Se trata de la materialización de la consigna «Cuando se arranca una hierba, hay que extirpar todas las raíces» [197], que a su vez es la versión radical de la «herencia de clase» tan apreciada por los maoístas extremados. El destino de esos hijos, abandonados a sí mismos, y sin nadie que se ocupe de ellos, fue particularmente sobrecogedor; peor fue todavía el caso de «delincuentes» muy jóvenes encerrados sin condición de edad mínima.

Niños en una prisión de distrito.

Lo que más nos conmovía era el destino de veinte niños pequeños, sobre todo los de gentes deportadas después del 17 de abril de 1975. Aquellos niños habían robado porque tenían demasiada hambre. Les habían detenido no para castigarlos sino para ejecutarlos de una manera muy salvaje:

— los guardianes de la prisión los golpeaban o les daban patadas hasta que morían;
— los convertían en juguetes vivos atándolos por los pies, colgándolos del techo, balanceándolos; luego trataban de pararlos a patadas;
— cerca de la cárcel había una marisma; los verdugos arrojaban en ella a los pequeños prisioneros, los hundían con los pies y, cuando aquellos desdichados estaban dominados por las convulsiones, dejaban que emergiese su cabeza y luego empezaban a hundirlos otra vez en el agua.

Nosotros, los demás prisioneros y yo mismo, llorábamos a escondidas por el destino de aquellos pobres niños que habían dejado este mundo de una forma tan atroz. Había ocho verdugos guardianes de prisión. Bun, el jefe, y Lân (solo me acuerdo de estos dos nombres) eran los más salvajes, pero todos contribuyeron a esa tarea innoble, todos rivalizaban en crueldad para hacer sufrir a sus compatriotas [198].

[196] Locard (1996), *op. cit.,* pág. 6.

[197] Locard (1996), *op. cit.,* pág. 11.

[198] Testimonio de un antiguo funcionario, en Kên Khun, *op. cit.,* pág. 131.

La principal diferencia entre detenidos oponía, si nos atrevemos a expresarlo a sí, a los condenados a morir a fuego lento y a los que iban a ser ejecutados. Esto dependía sobre todo de la razón por la que uno había sido encerrado: violación de una prohibición, origen social impuro, desafección manifiesta hacia al régimen, inculpación por participación en una «conspiración». En los tres últimos casos, por regla general eran interrogados, bien para obligarles a confesar un antiguo oficio «de riesgo», bien para forzar a reconocer una culpabilidad y a descubrir a los cómplices. A la más leve reticencia se empleaba la tortura, mucho más que en cualquier otro régimen comunista; los interrogadores jemeres rojos dieron muestras de mucha imaginación morbosa y sádica en la materia [199]. Una de las modalidades más corrientes parece haber sido la cuasiasfixia mediante un saco de plástico colocado alrededor de la cabeza. Muchos prisioneros, ya debilitados, no sobrevivían a esas sesiones —en primer lugar las mujeres, víctimas de las peores atrocidades—. Los verdugos se autojustificaban en nombre de una pretendida eficacia de la tortura en busca de la verdad: en una transcripción de interrogatorio, también se menciona que el detenido «fue interrogado suavemente, sin golpearle. Por eso no podíamos saber con exactitud si decía la verdad o no» [200]. En los casos más graves, o cuando las «confesiones» parecían particularmente prometedoras con vistas a futuras inculpaciones, el detenido era enviado al escalón superior del archipiélago carcelario: de este modo se podía pasar de la mazmorra local a la del distrito, luego a la de zona, y terminar por último en la prisión central de Tuol Sleng. Sea cual fuere el nivel alcanzado, la conclusión tendía a ser la misma: una vez establecido que el prisionero no tenía más «informaciones» que entregar, presionado a fondo por sus interrogadores (cosa que a veces duraba semanas, incluso meses), ya podía ser «tirado». Las ejecuciones se realizaban la mayoría de las veces con arma blanca, con particularidades locales como, en Tramkâk, el aplastamiento del cuello con barra de hierro. Los altavoces difundían una ruidosa música revolucionaria para cubrir los gritos de agonía.

Entre las causas de la detención encontramos categorías análogas a las que ocasionaban problemas o asesinato en la cooperativa, pero no en las mismas proporciones. Muchos simples ladrones se encuentran en prisión, pero por regla general es preciso que hayan actuado a gran escala, o con cómplices. En cambio, los casos de relaciones sexuales fuera del matrimonio son bastante frecuentes, y más todavía los de declaraciones «subversivas»: denuncia de las desigualdades de trato alimentario, del descenso de nivel de vida o de la sumisión a China, afirmación de cansancio ante una agricultura presentada como una ofensiva militar permanente, bromas sobre el himno de la Revolución, propagación de rumores relativos a guerrillas anticomunistas, referencia a las predicciones budistas que describen un mundo caótico donde reina el ateísmo, pero condenado a la desaparición. Una mujer (pertenecía a los «70») había roto en la cantina una cuchara, de rabia por haber perdido ya cuatro hijos debido al hambre y no haber obtenido autorización para quedarse con el último, moribundo en el hospital. Al lado de estas «casillas políticas», se observan buen número de «casillas sociales»: aquellos que han ocultado su antigua profesión, o episodios terriblemente comprometedores de su biografía, como por ejemplo una estancia prolongada en Occidente. La última especificidad de la población penitenciaria es contar con una masa no despreciable (aunque muy minoritaria) de «viejos», e incluso de soldados o funcionarios jemeres rojos: el 10 por 100 de la muestra (46 expedientes de un total de 477) en la prisión de Tramkâk. También ellos han manifestado su cansancio o han «desertado», generalmente para ver a sus familiares. En cuanto a los mandos de rango medio o superior, la mayoría de las veces han sido catapultados directamente bajo el control del centro y de su prisión de Tuol Sleng.

[199] *Cf.* por ejemplo Haing Ngor, *op. cit.,* págs. 170-174, 188-194, 240-244; Heng y Demeure, *op. cit.,* págs. 144-149.

[200] Locard (1996), *op. cit.,* pág. 8.

Sobrevivir al horror.

Por el crimen de hablar inglés fui detenido por los jemeres rojos y arrastrado, con una cuerda al cuello, vacilante y titubeando, a la prisión de Kash Roteh, cerca de Battambang. No era más que un principio. Fui encadenado con todos los demás prisioneros, con unos grilletes que me cortaban la piel. Mis tobillos llevan todavía las marcas. Me torturaron de forma repetida, durante meses. Mi único alivio era cuando me desmayaba.

Todas las noches irrumpían los guardias y llamaban por sus nombres a uno, dos o tres prisioneros. Se los llevaban, y no volvía a vérseles —eran asesinados por orden de los jemeres rojos—. Que yo sepa, soy uno de los rarísimos prisioneros que han sobrevivido a Kash Roteh, un verdadero campo de tortura y de exterminio. Solo he sobrevivido gracias a mi aptitud para contar fábulas de Esopo y cuentos jemeres clásicos, cuyos protagonistas eran animales, a los adolescentes y a los niños que eran nuestros guardianes [201].

La visita a este antiguo instituto, conocido en el organigrama del PCK con el código S-21, da la sensación de tocar el fondo del horror. Sin embargo, solo se trata de un centro de detención, uno más entre centenares, y, a pesar de sus 20.000 víctimas, no necesariamente el más mortífero. Las condiciones

[201] Kassie Neou, director del instituto camboyano de los derechos del hombre, en *PPP,* 20 de septiembre de 1996, pág. 8 (traducido del inglés por J. L. Margolin).

de encarcelamiento eran desde luego terribles, tanto como en cualquier otra parte. Esto significa que solo el 2 por 100 aproximadamente de los asesinados, tal vez el 5 por 100 de los encarcelados han pasado por Tuol Sleng, que no tiene nada que ver con la centralidad de un Auschwitz en el sistema concentracionario nazi. No hay ningún modo de tortura realmente específico, salvo tal vez un uso corriente de la electricidad. Las dos particularidades residen en el carácter de «prisión del Comité central», adonde llegan sobre todo mandos caídos en desgracia o dirigentes destituidos, y de «agujero negro» del que, en principio, no se puede salir vivo. Solo seis o siete detenidos escaparon a la muerte. La última singularidad estriba en nuestra información: un registro completo de ingresos, entre 1975 y mediados de 1978 (14.000 nombres); y sobre todo varios miles de confesiones detalladas y transcripciones de interrogatorios, algunos de los cuales conciernen a grandes personajes del régimen[202].

Las cuatro quintas partes aproximadamente de los detenidos eran jemeres rojos, aunque obreros y técnicos, en particular de origen chino, que habían sido enviados allí en 1978, lo mismo que unos cuantos extranjeros (la mayor parte de las veces marineros) que habían tenido la desgracia de caer en manos del régimen[203]. De forma permanente había entre 1.000 y 1.500 detenidos, pero el *turnover* era masivo, como demuestran las cifras de entradas (que equivalen poco más o menos a las víctimas del año), en constante aumento: apenas 200 en 1975, 2.250 en 1976, 6.330 en 1977 y 5.765 en el primer trimestre solo de 1978. Los interrogadores se enfrentaban a un dilema cruel: «Consideramos la tortura absolutamente necesaria», dice uno de sus cuadernos; pero por otro lado, causa la muerte de los internos demasiado pronto, sin que hayan «confesado» suficientemente: por lo tanto eso constituye «una derrota para el partido». De ahí el absurdo: un mínimo de presencia médica en un lugar donde todos están condenados a muerte[204]. Ciertos detenidos eran casos más fáciles: las mujeres e hijos de prisioneros (con frecuencia ya ejecutados), de los que se desembarazaban rápidamente, en fechas fijas. Así, el 1 de julio de 1977, 114 mujeres (90 de ellas esposas de ejecutados) fueron asesinadas. Al día siguiente les tocó el turno a 31 hijos y a 43 hijas de detenidos. Quince habían sido sacados previamente de un centro para niños. La mayor cantidad diaria de ejecuciones se alcanzó poco después de la proclamación de la existencia del PCK: 418 el 15 de octubre de 1977[205]. Se estima que, en S-21, fueron asesinados unos 1.200 niños[206].

Las razones de la locura. Como para el resto de los crímenes de masas de este siglo, el exceso de la monstruosidad inspira la tentación de buscar la

[202] Chandler (1991), *op. cit.*, págs. 285-302.
[203] Quinn, capítulo citado, pág. 198; Kiernan, *op. cit.*, págs. 432-433.
[204] Chandler (1991), *op. cit.*, pág. 374, nota 27; Quinn, capítulo citado, pág. 210.
[205] Kiernan, *op. cit.*, págs. 353-354.
[206] Quinn, capítulo citado, pág. 198.

ultima ratio por el lado de la demencia de un hombre, o de la fascinación alelada de un pueblo. No se trata de atenuar la responsabilidad de Pol Pot, pero ni la historia nacional camboyana, ni el comunismo internacional, ni la influencia de ciertos países (empezando por China) deberían explicarlo de forma tan simple: quintaesencia de lo peor que podían producir, la dictadura de los jemeres rojos está en el punto de encuentro de esas tres dimensiones, y al mismo tiempo se ancla en un contexto geográfico y temporal preciso.

¿Una excepción jemér? «La revolución jemer no tiene precedentes. Lo que tratamos de hacer no se ha realizado nunca en la historia pasada»[207]. Los propios jemeres rojos, tan pronto como se emanciparon de sus protectores vietnamitas, insistieron constantemente en la unicidad de su experiencia. Sus discursos oficiales no hacen casi nunca referencia al extranjero, salvo de forma negativa, y en la práctica no citan a los padres fundadores del marxismo-leninismo, ni siquiera a Mao Zedong. Su nacionalismo tiene, en gran medida, el aroma extraño del que habían desarrollado sus predecesores, Sihanuk o Lon Nol: una mezcla de victimismo extremo y de pretensión desmesurada; un país-víctima, oprimido permanentemente por sus vecinos pérfidos, crueles, obsesionados en su perdición como si su propia supervivencia dependiese de ello, y a cuyo frente figura Vietnam; un país de Jauja, bendecido por los dioses, de pasado prodigioso, de pueblo sin igual, que tendría vocación de unirse a la vanguardia del planeta si[208]... El triunfalismo no conocía límites: «Estamos llevando a cabo una revolución única. ¿Conocéis un solo país que se atreva, como nosotros, a suprimir mercados y moneda? Derrotamos con diferencia a los chinos que nos admiran. Tratan de imitarnos, pero todavía no lo consiguen. Seremos un buen modelo para el mundo entero» —ese era el discurso de un mando intelectual que viajaba por el extranjero»[209]—. Incluso después de su expulsión del poder, Pol Pot siguió considerando que el 17 de abril de 1975 fue el acontecimiento revolucionario más grande de la historia, «a excepción de la comuna de París en 1871»[210].

Sin embargo, la realidad, tristemente prosaica, es la de un pequeño país replegado demasiado tiempo sobre sí mismo, mantenido por el protectorado francés en la situación de un amable conservatorio de interesantes tradiciones, donde los diversos clanes en lucha casi incesante por el poder nunca retrocedieron ante el llamamiento a las intervenciones extranjeras en su favor, y en el que nadie parece haberse planteado nunca seriamente la cuestión del desarrollo económico: pocas empresas, pocas clases medias, pocos técnicos, una agricultura de subsistencia que pesa enormemente. En resumen, el «hombre en-

[207] Ieng Sary, 1977, citado en Chandler (1991), *op. cit.*, pág. 240.
[208] Sobre esta cuestión de la «conciencia desdichada» jemer, cf. Jean-Claude Pomonti, «Angoisses khmères», *Le Monde*, 10 de marzo de 1995.
[209] Y Phandara, *op. cit.*, pág. 88.
[210] Aquí es la Revolución Cultural china la que manifiesta su influencia: la «comuna de Shanghai» de enero de 1967 pretende imitar a la revolución parisiense.

fermo» por excelencia del Sureste asiático[211]. Pero el irrealismo extremo favorece las soluciones extremas. La combinación de una desconfianza algo paranoica respecto a los demás y una exageración megalomaníaca de las capacidades propias estimula el voluntarismo y el aislamiento. La debilidad de la economía y la pobreza de la mayoría de los habitantes refuerzan el atractivo para quienes se presentan como los precursores de un progreso posible. Camboya era por tanto un «eslabón débil», tanto económica como políticamente. El entorno internacional, y de modo especial la guerra del Vietnam, hizo el resto. En cuanto al salvajismo de los jemeres rojos, encontraría su origen en la contradicción no asumida entre la desmesura de las ambiciones y el peso de las limitaciones.

Hay autores que también consideran que ciertas características de la nación camboyana han podido favorecer la acción mortífera de los jemeres rojos. Por ejemplo el budismo, que sin embargo ha representado un papel ambiguo: su indiferencia por los contrastes sociales y su remisión a la existencia futura del pago de los méritos y deméritos de la presente intervienen en falso junto con la visión revolucionaria. Pero su antiindividualismo concuerda bien con la supresión del «yo» por los jemeres rojos. El valor limitado de una existencia, en medio del torbellino de las reencarnaciones, y el fatalismo que se deriva frente al inevitable destino han menguado la resistencia de los creyentes frente a las exacciones[212].

A Haing Ngor, que sale en malas condiciones de la prisión, una anciana termina diciéndole en voz alta lo que todo el mundo pensaba en voz baja:

«Samnag, tal vez hayas hecho algo malísimo en tu vida anterior. Quizá seas castigado por eso.

—Sí. Eso debe ser. ¡Creo que mi *kama*[213] no es muy, muy bueno!»[214]

El budismo, desde luego reprimido violentamente, no constituyó, en cualquier caso, esa muralla de resistencia frente a los jemeres rojos que fue el Islam para los Sham.

El presente lleva a menudo a revisar el pasado. No para cambiar los hechos establecidos, «al estilo norcoreano» si se quiere, sino para modificar su jerarquía y su interpretación. La aparentemente tranquila Camboya de Sihanuk, durante mucho tiempo islote de neutralidad en medio de las guerras indochinas, había llegado a hacer hincapié en la «sonrisa jemer» —la de las apsaras de los relieves angkorianos, de los monarcas bonachones, de los campesinos pequeños propietarios que recogían sin esfuerzos excesivos el paddy de los arrozales, el pescado del lago y el azúcar de la palmera—. La furia de

[211] Hay otros dos países que en la actualidad conocen una situación en parte comparable: Laos y Birmania. Pero el primero no constituye una entidad política unificada sino desde 1945; y el segundo, notablemente próspero bajo la colonización británica, no tiene la misma posición de debilidad frente a sus vecinos.
[212] Ponchaud, capítulo citado, págs. 170-175.
[213] Karma, pronunciado al modo jemer.
[214] Haing Ngor, *op. cit.*, pág. 176.

las tres últimas décadas atrae la atención hacia dimensiones más sombrías. Angkor es un esplendor indiscutible[215], pero sus kilómetros de bajorrelieves ofrecen en su inmensa mayoría escenas de guerra[216]. Los gigantescos edificios y los depósitos, más gigantescos todavía, de agua *(baray)* exigieron deportaciones y esclavizaciones masivas.

Se conservan muy pocos documentos escritos relativos al período angkoriano (siglos VIII-XIV), pero todas las monarquías hindu-budistas del Asia del sudeste peninsular (Tailandia, Laos, Birmania...) se crearon siguiendo su modelo. Su historia llena de violencia se parece a la de Camboya. En todas partes se hacía pisotear por elefantes a las concubinas repudiadas, se inauguraba un reinado con la matanza de la propia familia, y las poblaciones vencidas eran deportadas en masa hacia las zonas desiertas. El absolutismo está fuertemente anclado en esas sociedades, y cualquier crítica adquiere el carácter de un sacrilegio. El déspota ilustrado no abusa: las estructuras administrativas, particularmente débiles, llevarían pronto a una situación de ruptura. Pero la capacidad de aceptación de las poblaciones es especialmente elevada: a diferencia del mundo chino, las revueltas antimonárquicas son raras, se buscaba la salvación sobre todo huyendo hacia otros Estados (nunca demasiado alejados) o hacia las regiones más remotas[217].

El reinado de Sihanuk (desde 1941, aunque el protectorado francés dura hasta 1953) puede dejar un recuerdo casi idílico en comparación con lo que siguió a su derrocamiento en marzo de 1970. El príncipe, sin embargo, no retrocedió ante una utilización amplia de la violencia, particularmente contra su oposición de izquierda. En 1959-1960, preocupado por la creciente popularidad de una izquierda comunistizante que criticaba la corrupción del poder, manda o deja asesinar al redactor jefe del periódico *Prasheashon (El Pueblo)*, luego ordena apalear en plena calle al director de la publicación quincenal francófona *L'Observateur* (uno de los de mayor tirada en el país), el futuro dirigente jemer rojo Jieu Samphan. En agosto de 1960 se contabilizan dieciocho encarcelamientos, y quedan prohibidos los principales órganos de la izquierda. En 1962, en condiciones todavía misteriosas, es verosímilmente la policía secreta la que asesina al secretario general del PCK en la clandestinidad, Tu Samuth —facilitando el acceso a su dirección de Saloth Sar—. En 1967, la revuelta de Samlaut y la influencia de la Revolución Cultural en ciertas escuelas chinas acarrean una represión más severa que nunca, a la que hay que achacar numerosos fallecimientos: los últimos comunistas que actuaban a la luz pública y un centenar de simpatizantes intelectuales refuerzan las primeras guerri-

[215] No obstante, su arquitectura es muy arcaica por sus técnicas, más cerca de las del Egipto faraónico que de las de las catedrales góticas coetáneas.
[216] No es este el caso de los grandes templos javaneses (Borobudur en particular), prácticamente contemporáneos.
[217] Muchos etnólogos subrayan un vínculo con la tierra y los antepasados más débil que en el mundo sinizado, Vietnam incluido.

llas de los jemeres rojos[218]. Sin embargo, ¿hemos de estar de acuerdo con Henri Locard cuando escribe: «La violencia polpotista nació de la brutalidad de la represión de los sihanukistas»?[219] Sí, desde el punto de vista de la cronología: el autócrata principesco y luego, después de 1970, el mariscal iluminado han reducido a la impotencia a quienes criticaban sus ineptos regímenes. Al hacerlo, solo dejaron subsistir al PCK como oposición creíble. No en el plano de la genealogía: los fundamentos ideológicos y los fines últimos de la acción de los jemeres rojos no son *reactivos,* sino que recuperan de forma muy precisa la «gran tradición» salida del leninismo, y pasada a través de los sucesivos tamices de Stalin, de Mao Zedong y de Hô Chi Minh. La evolución calamitosa de Camboya tras la independencia, luego su inmersión en la guerra, han *facilitado* la toma del poder por parte de los extremistas del PCK y *legitimado* su recurso a una violencia inaudita; pero ninguna circunstancia exterior explica su mismo radicalismo.

1975: Una fractura radical. Por lo que se refiere a la revolución camboyana resulta más fácil enunciar lo que niega que decir lo que propone. Cierto que se corresponde con una voluntad de desquite, e indudablemente encontró en esa voluntad lo esencial de su base social, escaldada luego por la colectivización radical. Desquite de los habitantes de las aldeas contra los de las ciudades: los «viejos» sustrajeron rápidamente sus bienes a los «nuevos», bien mediante el mercado negro, bien, simplemente, robándoselos de los equipajes[220]. Desquite en el seno de los pueblos, de los campesinos más pobres contra los «capitalistas» locales (entiéndase por este término aquellos que tenían algo que comercializar, o que emplean un poco de mano de obra). Pero el desquite es también, y tal vez sobre todo, interindividual, que subvierte las antiguas categorías profesionales, familiares, etc. Los testimonios insisten en la sorprendente promoción, para los puestos de responsabilidad locales, de los marginales del pueblo, por ejemplo alcohólicos: «Estos hombres rehabilitados por el Angkar, investidos de misiones de mando, podían matar a sus compatriotas sin remordimientos, sin escrúpulos»[221]. Haing Ngor ve ahí la santificación política de lo que considera como lo más vil del alma jemer: el *kum,* rencor asesino contra el que nada puede el tiempo. Entre aquellos de los que más se quejó, se encuentra su tía que ha permanecido en la aldea familiar y que antes se había visto obligada a pedir ayuda a sus parientes de la ciudad; y un enfermero conocido cuando era médico de hospital y que, aunque «nuevo», trató de hacerle condenar a muerte, y fue ascendido a jefe de equipo de trabajo, invirtiendo de este modo radicalmente la jerarquía que hasta entonces había

[218] Chandler (1993), *op. cit.,* págs. 101, 105-106 y 135; Raoul Marc Jennar, *Cambodge: une presse sous pression,* París, Reporters Sans Frontières, 1997, pág. 23.

[219] Locard (1995), nota citada, pág. 15.

[220] Haing Ngor, *op. cit.,* pág. 163.

[221] Pin Yathay, *op. cit.,* págs. 95-96. El mismo tipo de medio fue utilizado ampliamente por el Partido Comunista chino en la fase de conquista del poder (véase más arriba).

tenido que soportar[222]. Estas son todas las tensiones de la sociedad camboyana; aunque, de las que explotan así, sólo algunas pueden calificarse de «sociales» *stricto sensu.*

Inversión de valores: empleos antes despreciados, como por ejemplo cocinero (incluso barrendero de la cantina) o pescador, estaban entonces entre los más buscados, porque permitían fáciles desvíos de alimento. Por el contrario, los diplomas ya no eran otra cosa que «papelotes inútiles», y quienes todavía intentasen hacerlos valer debían de tener mucho cuidado. La humildad se había convertido en virtud cardinal. Entre los mandos vueltos al país, «la tarea más buscada fue extrañamente la limpieza de servicios [...], sobreponerse a la repugnancia era una prueba de transformación ideológica»[223]. El Angkar pretendió captar y monopolizar los lazos de cariño familiares. En público el Angkar se dirigía al colectivo «padres-madres» (hecho que mantuvo la confusión entre el Partido-Estado y el conjunto de la población adulta, fenómeno característico del comunismo asiático); y el período revolucionario posterior a 1975 fue designado con el término *samay puk-mè* («era padres-madres»); los jefes militares fueron llamados «abuelo»[224]. El miedo y el odio a la ciudad eran extremos: cosmopolita, vuelta hacia el consumo y el placer, Phnom Penh es para los jemeres rojos «la gran prostituta del Mekong»[225]. Una de las justificaciones dadas para la evacuación de la capital fue que «un plan secreto político-militar de la CIA americana y del régimen de Lon Nol» preveía en concreto «corromper a nuestros combatientes y embotar su espíritu combativo mediante las prostitutas, el alcohol y el dinero» después de la «liberación»[226].

Más que los mismos chinos, los revolucionarios de Camboya se tomaban en serio el famoso proverbio de Mao: «Es sobre la página en blanco donde se escribe el más hermoso de los poemas»[227]. Convenía despojarse de cualquier bien que excediese de lo que hay en casa de un campesino pobre: los camboyanos que volvían al país tuvieron que renunciar a casi todo su equipaje, incluidos los libros. Estos, escritos en «escritura imperialista» —francés o inglés—, lo mismo que los escritos en jemer («reliquias de la cultura feudal»)[228] fueron destinados a la destrucción. A Haing Ngor le dicen unos soldados jemer de una decena de años: «¡Ahora, nada de libros capitalistas! Los libros extranjeros son instrumentos del antiguo régimen que traicionó el país. ¿Por qué tienes libros, eres de la CIA? ¡Nada de libros extranjeros bajo Angkar!»[229]. También era conveniente quemar los diplomas, así como los documentos de

[222] Haing Ngor, *op. cit.,* págs. 112, 126 y 237-238.

[223] Laurence Picq, *op. cit.,* pág. 22.

[224] Pin Yathay, *op. cit.,* pág. 271; Ponchaud, capítulo citado, pág. 164.

[225] Chandler (1991), *op. cit.,* pág. 247.

[226] Ieng Sary, en *Newsweek,* 4 de septiembre de 1975.

[227] *Bandera roja* (Pekín), 1 de junio de 1958.

[228] Pin Yathay, *op. cit.,* pág. 60.

[229] Haing Ngor, *op. cit.,* pág. 103.

identidad, e incluso álbumes de fotos[230]: la revolución significa volver a empezar de cero. Lógicamente, son los seres sin pasado los que salen favorecidos con esos principios: «Solo un niño recién nacido está sin mancha», aseguraba una consigna[231]. La educación fue reducida a su expresión más simple: ninguna escuela, o con bastante frecuencia, algunas clases de lectura, de escritura y sobre todo de cantos revolucionarios, entre los cinco y los nueve años, a veces no más de una hora diaria. Muchas veces, los maestros apenas si estaban alfabetizados. Solo contaba el saber práctico: lejos de la cultura libresca inútil, «nuestros niños de las zonas rurales siempre han tenido conocimientos muy útiles. Pueden distinguir la vaca tranquila de la nerviosa. Saben sostenerse sobre un búfalo en ambas direcciones. Son los amos del rebaño. Prácticamente se han hecho dueños de la naturaleza. Conocen las variedades del arroz lo mismo que sus bolsillos. (...) Conocen y comprenden realmente (...) ese tipo de saber está muy adaptado a la realidad de la nación»[232].

Pol Pot, o los niños al poder... Todos los testimonios confirman la extremada juventud de una gran parte de los soldados jemeres rojos. Se alistan a los doce años, antes a veces —Sihanuk tuvo preadolescentes entre sus guardianes, que se distraían torturando a los gatos[233]. Ly Heng evoca la última campaña de reclutamiento, extendida a los «nuevos», justo antes de la llegada de los vietnamitas: se dirigía a los chicos lo mismo que a las chicas, entre los trece y los dieciocho años. Ante el escaso éxito del llamamiento al voluntariado, brigadas móviles de jóvenes fueron forzadas a pasar de los campos al ejército[234]. Los jóvenes enrolados perdían el contacto con su familia, y por regla general con su pueblo. Viviendo en sus campamentos, relativamente separados de la población que los temía y les evitaba, honrados por el poder, se sabían omnipotentes, y mucho menos amenazados por las purgas que los mandos. Más allá de la verborrea revolucionaria, la motivación de muchos, de acuerdo con la confesión misma de los tránsfugas, era «no tener que trabajar y poder matar a gente»[235]. Los menores de quince años eran generalmente los más temibles: «Se los cogía muy jóvenes y únicamente se les enseñaba la disciplina. Solo obedecer las órdenes, no hay necesidad de justificación. (...) No creen ni en la religión ni en la tradición, solo en las órdenes de los jemeres rojos. Por eso mataban a su propio pueblo, bebés incluidos, lo mismo que se aplastan mosquitos»[236].

Hasta 1978, los soldados fueron exclusivamente gentes de los «70». En cuanto a los hijos de los «75», fueron utilizados frecuentemente desde los

[230] Picq, *op. cit.,* pág. 21; Y Phandara, *op. cit.,* pág. 91.

[231] Locard, *PPP,* 20 de mayo de 1994, pág. 16.

[232] Radio Phnom Penh, 18 de abril de 1977, citado en Jackson, *op. cit.,* pág. 74.

[233] Norodon Sihanuk, *Prisonnier des Khmers rouges,* París, Hachette, 1986.

[234] Heng y Demeure, *op. cit.,* págs. 189-190.

[235] Chandler (1991), *op. cit.,* pág. 243.

[236] Dith Pran («modelo» de la película *La Déchirure),* citado en Sydney Schanberg, «The Death and Life of Dith Pran», *New York Times Magazine,* 20 de enero de 1980.

ocho o nueve años como espías. Sin embargo, el grado de adhesión al régimen era tan débil que a menudo se instaló una forma de complicidad tácita con los espías que se las arreglaban para señalar discretamente su presencia[237]. Con alguna edad más, tras las purgas masivas de mandos locales, se convirtieron a veces en «niños milicianos», ayudantes de los nuevos jefes de las cooperativas, encargados de vigilar, detener y apalear a los culpables de autoalimentación[238]. La experiencia de Laurence Picq, en el centro, muestra que con el tiempo la «dictadura infantil» prometía una ampliación al campo del ambiente civil. Describe la «formación» acelerada de un contingente de niños de los campos:

«Se les explicó que la primera generación de mandos había cometido traición y que la segunda apenas si valía más. Por eso ellos serían llamados muy pronto a tomar el relevo (...).

»Fue entre esa nueva generación donde aparecieron los niños médicos. Eran seis niñitas de nueve a trece años. Apenas sabían leer, pero el partido había entregado a cada una de ellas una caja con jeringuillas. Se les había encargado poner las inyecciones.

»—Nuestros niños médicos, se oía decir, han salido del campesinado. Están dispuestos a servir a su clase. Son notablemente inteligentes. ¡Dígales que la caja roja contiene vitaminas, ¡y ya verá cómo se acuerdan! ¡Enséñeles cómo se esteriliza una jeringuilla, ¡y ya verá cómo saben hacerlo!

»Estos niños eran puros, sin discusión, pero ¡qué ebriedad procura saber poner una inyección! Enseguida los niños médicos se mostraron de una arrogancia y de una insolencia sin precedentes[239].»

La ruptura también estriba en la supresión de la religión, y en el extremado moralismo impuesto en todos los terrenos de la vida cotidiana *(cf.* el recuadro adjunto). No hay sitio, como ya hemos comentado, para los protagonistas de «desvíos» de cualquier tipo, incluidos los enfermos crónicos, los locos, los lisiados. Pero el sistema termina entrando en contradicción con el proyecto oficial de una nación potente y numerosa: las coacciones impuestas a la sexualidad, al matrimonio, y más aun la subalimentación permanente matan hasta el deseo[240] y hacen derrumbarse la natalidad, del 30 por 1.000 en 1970 al (probablemente) 11 por 1.000 en 1978[241].

No debe subsistir nada que pueda contrarrestar, voluntaria o involuntariamente, la voluntad del PCK. A la menor de sus decisiones va unido el dogma de la infalibilidad. Coacción temible para todo el que ha sido detenido: como en China, la detención es la «prueba» de que uno es culpable, y las confesiones posteriores no vienen sino a sobrelegitimar la acción decidida por el Angkar. Por ejemplo, un encarcelado de 1972: tras dos años de interrogatorios, acaba siendo disculpado de la acusación de ser un militar republicano.

[237] Heng y Demeure, *op. cit.,* pág. 112.

[238] Kên Khun, *op. cit.,* págs. 97-98.

[239] Picq, *op. cit.*

[240] «Los jemeres rojos nos habían emasculado sutilmente», en Pin Yathay, *op. cit.,* pág. 316.

[241] Sliwinski, *op. cit.,* pág. 67.

Fue liberado, tras un mitin de propaganda en que se elogiaba la benevolencia del Angkar, que, «aunque sea un oficial de Lon Nol», quería tener en cuenta su honradez y su sinceridad[242]. Y además el episodio ocurría antes de la fuga hacia delante represiva posterior al 17 de abril... La arbitrariedad es total: el partido no tiene que justificar ni sus opciones políticas, ni su selección de mandos, ni sus cambios, tanto de línea como de personal: ¡pobre de quien no haya comprendido a tiempo que los vietnamitas eran enemigos, o que tal dirigente histórico del movimiento era de hecho un agente de la CIA! Pol Pot y consortes analizan desde la perspectiva de la traición, o del sabotaje dirigido por las antiguas clases explotadoras y por sus aliados, los fracasos (económicos, enseguida militares) cada vez más patentes del régimen: de ahí la aceleración de las medidas terroristas[243].

El mundo nuevo.

«En la Kampuchea democrática, bajo el régimen glorioso de Angkar, debemos pensar en el futuro. El pasado está enterrado, los "nuevos" deben olvidar el coñac, las ropas caras y el corte del pelo de moda. (...) No tenemos necesidad de la tecnología de los capitalistas, ¡nada de nada! En el nuevo sistema, ya no hay necesidad de enviar a los niños a la escuela. Nuestra escuela es el campo. La tierra es nuestro papel, el arado nuestra pluma: ¡escribiremos trabajando! Los certificados y los exámenes son inútiles: aprended a arar y a excavar canales: ¡esos son vuestros nuevos diplomas! Y los médicos, ¡tampoco necesitamos ya a los médicos! Si alguien los necesita, que le arranquen los intestinos, ¡yo mismo me encargaré de ellos!»

Hizo el gesto de rajar el vientre de alguien con un cuchillo por si acaso no habíamos captado la alusión.

«¡Ya veis lo fácil que es, no hay ninguna necesidad de ir a la escuela para esto! ¡Tampoco tenemos necesidad de profesiones capitalistas como los ingenieros o los profesores! No necesitamos maestros de escuela para decirnos lo que hay que hacer; todos están corrompidos. Solo necesitamos gentes que quieran trabajar duro en los campos. Sin embargo, camaradas..., hay quienes rechazan el trabajo y el sacrificio... Hay agitadores que no tienen la buena mentalidad revolucionaria... ¡Esos, camaradas, son nuestros enemigos! ¡Y algunos están aquí mismo, esta noche!»

La concurrencia fue invadida por un sentimiento de malestar que se tradujo mediante diversos movimientos. El jemer rojo seguía mirando todas y cada una de las caras que tenía delante.

[242] Locard (1996), *op. cit.*, pág. 28.
[243] *Cf.*, por ejemplo, Chandler (1993), *op. cit.*, pág. 214.

«¡Esas gentes se aferran al viejo modo de pensamiento capitalista! Se les puede reconocer: ¡veo entre vosotros algunos que todavía llevan gafas! Y ¿por qué se ponen gafas? ¿No pueden verme si les doy una bofetada?»

Se adelantó de repente hacia nosotros, con la mano alzada:

«¡Ah, echan hacia atrás la cabeza, luego pueden verme, luego no tienen necesidad de gafas! Nosotros no las necesitamos: los que quieren estar guapos son perezosos, ¡sanguijuelas que chupan la energía del pueblo!»

Discursos y bailes se sucedieron durante horas. Por último, todos los mandos se pusieron en una sola fila aullando con una sola voz: «¡LA SANGRE VENGA A LA SANGRE!». Al pronunciar la palabra «sangre», se golpeaban el pecho con el puño. Al gritar «venga», saludaban con el brazo en alto y el puño abierto. «¡LA SANGRE VENGA A LA SANGRE! ¡LA SANGRE VENGA A LA SANGRE!».

Sobre el rostro se dibujaba una determinación salvaje, y aullaban las consignas al ritmo de los golpes sobre el pecho, para terminar aquella terrorífica demostración con un vibrante: «¡Larga vida a la revolución camboyana!»[244]

En este sistema pobre tanto en realizaciones como en representaciones, incapaz de ir más allá de su origen guerrero, el odio asumía el papel de un verdadero culto, que se expresaba mediante una obsesión morbosa por la *sangre*.

La primera estrofa del himno nacional, *La resplandeciente victoria del 17 de abril*, es desde este punto de vista representativa:

Sangre escarlata que inunda la ciudad y el campo de la patria kampucheana,
sangre de nuestros espléndidos obreros-campesinos,
sangre de los hombres y mujeres combatientes revolucionarios,
sangre que se mudó en terrible cólera, en rabia encarnizada,
el 17 de abril, bajo el estandarte de la Revolución,
sangre liberadora de la esclavitud,
¡viva, viva la resplandeciente victoria del 17 de abril!
¡Grandiosa victoria, más significativa que la época de Angkor![245]

Y Pol Pot comenta:

«Como sabéis, nuestro himno nacional no ha sido escrito por un poeta. Su esencia es la sangre de nuestro pueblo, de todos los que han caído en los

[244] Discurso de un mando jemer rojo de Tonle Bati, verano de 1975, en Haing Ngor, *op. cit.*, págs. 110-111.
[245] Locard (1996), comunicación citada, pág. 17.

siglos pasados. ¡Ese llamamiento de la sangre se ha incorporado a nuestro himno nacional»[246].

Hasta una canción de cuna concluye: «No debes olvidar nunca la venganza de clase»[247].

Un marxismo leninismo paroxístico. Que la experiencia jemer roja haya sido excepcionalmente mortífera suscita la tentación, como en el caso de la Shoah, de insistir en su unicidad. Los demás regímenes comunistas y sus defensores le han pisado los talones en su gran mayoría: la tiranía polpotista sería, o bien una desviación ultraizquierdista, o bien una especie de «fascismo rojo», simplemente disfrazado de comunismo. Y sin embargo, con la distancia, es evidente que el PCK en el poder pertenece a la «gran familia». Las particularidades del caso camboyano son importantes, pero Albania tampoco fue Polonia... En resumidas cuentas, el comunismo camboyano está más cerca del chino que este del soviético.

Se han subrayado varias influencias posibles para los jemeres rojos. Es obligatorio examinar la «pista francesa»: casi todos los dirigentes jemeres rojos fueron estudiantes en Francia, y la mayor parte se adhirieron al PCF, incluido el futuro Pol Pot[248]. Algunas de sus referencias históricas proceden de esa formación. Suong Sikoeun, segundo de Ieng Sary, asegura: «He sido muy influido por la Revolución francesa, y de manera especial por Robespierre. Desde ahí, no había más que un paso para ser un comunista. Robespierre es mi héroe. Robespierre y Pol Pot: los dos hombres tienen las mismas cualidades de determinación y de integridad»[249]. Pero más allá de este ejemplo de intransigencia resulta difícil encontrar gran cosa, en la práctica o en el discurso del PCK, que proceda claramente de Francia o del comunismo francés. Los jemeres rojos eran mucho más prácticos que teóricos: fueron las experiencias del «socialismo real» las que les apasionaron realmente.

Esa pasión se dirigió un momento hacia Vietnam del Norte. Fue este, mucho más que el PCF, el que sostuvo al comunismo camboyano en las fuentes bautismales, y luego el que participó íntimamente en sus orientaciones hasta 1973 aproximadamente. El PCK, en su origen, no es más que una de las secciones del Partido Comunista Indochino (PCI); por eso es total la hegemonía vietnamita y por eso se disoció en tres ramas nacionales (sin desaparecer por eso) gracias a la sola voluntad de los camaradas de Hô Chi Minh en 1951. Hasta el principio de la guerra, el PCK no parece dar muestras de la menor autonomía en relación con el PCV, ya sea en los planes programático, estratégico (el legalismo o las acciones armadas de los comunistas camboyanos son ante todo medios de presionar a Sihanuk en el marco de la guerra del Vietnam)[250] o táctico (armamento, división por zonas, logística). Incluso después del golpe de Estado son vietnamitas los que dirigen la administración revolucionaria de las «zonas liberadas» y los nuevos reclutamientos camboyanos. El abismo no empezó a ahondarse hasta después de los acuerdos de París de enero de 1973: la estrategia de Hanoi empujaba al PCK hacia la mesa de negociaciones, pero eso habría otorgado a Sihanuk un papel espléndido y amenazado con revelar la debilidad organizativa de los jemeres rojos. Por eso se negaron por primera vez a servir de masa de maniobra: a partir de ese momento disponían de los medios.

[246] Discurso del 27 de septiembre de 1977, en Jackson, capítulo citado, pág. 73.
[247] Pin Yathay, *op. cit.*, pág. 181.
[248] Chandler (1993), *op. cit.*, págs. 63 y 72-73.
[249] Entrevista posterior a la «unión de los partisanos de Ieng Sary, en *PPP*, 15 de noviembre de 1996, pág. 6. Sobre la admiración del jacobinismo como vector del comunismo, *cf.* François Furet, *Le Passé d'une illusion: Essai sur l'idée communiste au XXe siècle*, París, Robert Laffont, 1995.

¿Cuál es la huella específica del comunismo vietnamita sobre el PCK? No es fácil dar una respuesta: una gran parte de los métodos del PCV proceden de China. Visto desde Phnom Penh, ¿cómo distinguir lo que procede directamente de Pekín de lo que ha pasado por Hanoi? Ciertos rasgos de los jemeres rojos recuerdan mucho sin embargo al Vietnam. En primer lugar, la obsesión por el *secreto* y por el *disimulo:* Hô Chi Minh apareció en 1945 sin referirse a su rico pasado de mando de la Internacional comunista bajo el nombre de Nguyên Ai Quôc; y fragmentos enteros de su carrera solo han empezado a ser conocidos a raíz de la apertura de los archivos soviéticos[251]. El PCI declaró su autodisolución en noviembre de 1945, en beneficio del Vietminh, se reconstruyó en 1951 bajo el nombre de Partido de los Trabajadores del Vietnam y no recuperó la etiqueta comunista hasta 1976. En Vietnam del Sur, el Partido Popular Revolucionario no era más que uno de los componentes del Frente Nacional de Liberación. Y sin embargo, todas esas organizaciones fueron dirigidas, de hecho, con mano de hierro por el mismo y pequeño grupo de veteranos comunistas. En los avatares de la vida de Pol Pot (incluidos, tras la derrota de 1979, los anuncios de su «retiro» y luego de su «muerte»), en el juego entre Angkar y el PCK, en la opacidad de la dirección, pueden leerse fenómenos análogos y nunca igualados, por otra parte, en el universo comunista.

Segundo rasgo común, complementario, de hecho, del primero: la utilización excepcionalmente amplia del *frente único.* En 1945, el ex emperador Bao Dai fue durante cierto tiempo consejero de Hô Chi Minh, que supo atraerse además el apoyo de los americanos, y calcó su declaración de independencia de la de Estados Unidos: los jemeres rojos formaban parte en 1970 de un Gobierno real de unidad nacional y reanudaron ese tipo de estrategia después de su derrocamiento. El Vietminh, como el Angkar, nunca hicieron

[250] Incluso la insurrección de Samlaut en 1967, punto de origen oficial de la resistencia armada, se levantó contra la voluntad de Lon Nol de reducir las entregas de arroz camboyano al ejército norvietnamita.
[251] Sophia Quinn-Judge, «Hô Chi Ming: New Perspectives from de Comintern Files», en Philippe Le Failler y Jean-Marie Mancini (ed.), *Viêt Nam: Sources et approches*, Aix-en-Provence, Publications de l'Université de Provence, 1996, págs. 171-186.

referencia al marxismo-leninismo y utilizaron sin complejos el nacionalismo, hasta el punto de que este terminó imponiéndose como dimensión autónoma y central. Por último, en estos *comunismos de guerra,* que parecen prosperar únicamente en el contexto de un conflicto armado[252], podemos discernir un fuerte desvío militarista[253], en el que el ejército constituye la columna vertebral y hasta la razón de ser de un régimen, al mismo tiempo que proporciona un modelo para la movilización de los civiles, en particular en el campo de la economía.

¿Y Corea del Norte? La imagen típicamente coreana del caballo volador *(Shollima)* se utiliza muchas veces para ilustrar el progreso económico[254]. Pyongyang fue una de las dos capitales extranjeras visitadas por Pol Pot en calidad de jefe de Gobierno, y numerosos técnicos norcoreanos ayudaron al ordenamiento de la industria camboyana[255]. Del «kimilsungsismo», Pol Pot tal vez se haya fijado en las purgas permanentes, en el control policíaco y el espionaje generalizados, así como un discurso en el que la lucha de clases tiende a pasar a segundo plano, en provecho de una dialéctica pueblo entero/puñado de traidores: esta significa de hecho que es el conjunto de la sociedad el que puede tomarse como blanco de la represión, y que ningún grupo social tiene vocación de sustituir al Partido-Estado para dirigir a este. Estamos bastante lejos del maoísmo y muy cerca, cierto, del estalinismo.

Con posterioridad a 1973, el PCK trató de cambiar de «hermano mayor». La China de Mao Zedong se imponía, por razones tanto de afectividad (su radicalismo afirmado) como de oportunidad (su capacidad para presionar sobre el fronterizo Vietnam). La acogida en la capital china en septiembre de 1977 al dictador camboyano, durante su primer viaje oficial al extranjero, fue triunfal, y la amistad entre los dos países se calificó entonces de «indestructible», situando solo a Camboya en el mismo rango que Albania[256]. En mayo de 1975, los primeros técnicos chinos afluían a Phnom Penh, y alcanzaron como mínimo los 4.000 (15.000 según Ben Kiernan). Además, China prometía de golpe 1.000 millones de dólares en concepto de ayudas diversas[257].

Fue en el plano de la reorganización del país sobre la base de una campaña colectivizada donde la experiencia china parecía ejemplar. La comuna popular, amplia estructura de actividades diversificadas, autárquica hasta donde fuese posible, y marco tanto de la movilización del trabajo como de la administración de la población, fue seguramente el prototipo de las cooperativas camboyanas. Encontramos ciertas innovaciones de la China de 1958 hasta en los detalles: las cantinas obligatorias, la «comunización» de los niños, la colectivización de los objetos usuales mismos, los grandes depósitos hidráulicos

[252] Los fracasos del Vietnam con posterioridad a 1975 sirven de testigos.
[253] Discernible en China durante el único y breve reinado del mariscal Lin Biao (1967-1971).
[254] Chandler (1991), *op. cit.*, pág. 276.
[255] Twining, capítulo citado, pág. 132.
[256] Chandler (1993), *op. cit.*, págs. 225-226.
[257] *Íbid.*, pág. 176; Ben Kiernan, *op. cit.*, pág. 379.

que absorbían una enorme parte del trabajo, la concentración (en el fondo, contradictoria con el proyecto mismo) en una o dos producciones casi exclusivas, los objetivos cifrados totalmente irrealistas, la insistencia en la rapidez de realización en las posibilidades ilimitadas de mano de obra correctamente movilizada... Mao había dicho: «Con grano y acero, todo es posible», los jemeres rojos respondían: «Si tenemos arroz, lo tenemos todo.»[258] Se habrá notado la ausencia del acero en la versión camboyana: el irrealismo no llegaba hasta el exceso de inventar yacimientos de acero o de carbón, inexistentes en Camboya. Y en cambio, nadie debió decirle a Pol Pot cómo había terminado el «gran salto adelante» chino[259] —o mejor dicho, ese no era su problema. La noción misma está en el centro del discurso de los jemeres rojos. Por ejemplo, el himno nacional acaba: «¡Construyamos nuestra patria para que dé el "gran salto adelante"! ¡Un inmenso, un glorioso, un prodigioso salto adelante!»[260]

La Kampuchea democrática fue fiel al «gran salto adelante» chino más allá de toda esperanza. Como él, tuvo por principal realización una inmensa y mortífera hambruna.

En cambio, la Revolución Cultural tuvo pocos ecos directos. Como los demás poderes comunistas, el de Phnom Penh había comprobado hasta qué punto era aventurado movilizar a «las masas», incluso encuadradas y divididas en zonas, contra tal o cual clan del partido. Se trataba, por otro lado, de un movimiento fundamentalmente urbano y salido de los establecimientos de enseñanza, es decir, no trasladable por definición. En Camboya los hay, desde luego, además duplicados: el antiintelectualismo de 1966 y la negación de la cultura simbolizada por las «óperas revolucionarias» de Jiang Qing (copiadas al parecer bajo Pol Pot)[261]. La ruralización de millones de ex guardias rojos inspiró tal vez el vaciado de las ciudades.

Es como si los jemeres rojos se hubieran inspirado más en la teoría, o mejor dicho aún, en las consignas maoístas, que en las prácticas efectivas de la RPCh. Los campos chinos, focos de revolución, fueron desde luego el lugar de exilio de millones de intelectuales de las ciudades, sobre todo al día siguiente de la Revolución Cultural: el régimen sigue utilizando hoy medios rudos para limitar el éxodo rural. Pero las grandes ciudades siguieron desempeñando un papel motor después de 1949, lo mismo que antes, y los obreros permanentes, en particular, fueron los hijos preferidos del régimen. El PCCh nunca se planteó vaciar totalmente las ciudades de su población, deportar a los habitantes de regiones enteras, abolir la moneda o el sistema escolar y perseguir al conjunto de los intelectuales. Mao nunca perdía ocasión de manifestarles su desprecio pero, en el fondo, no veía el modo de prescindir de

[258] Radio Phnom-Penh, 25 de julio de 1975, en Jackson, «Ideology...», capítulo citado, pág. 60.
[259] Sihanuk asegura que Zhou Enlai, en 1975, había advertido con todo detalle a la dirección camboyana que aquel era un ejemplo que no debía seguirse.
[260] Locard (1996), comunicación citada, pág. 17.
[261] Cf. Pin Yathay, *op. cit.*, pág. 321.

ellos. Y los guardias rojos habían salido muchas veces de las universidades de elite. Jieu Samphan utilizó una retórica claramente maoísta cuando en 1976 recibió a los intelectuales que regresaban a Camboya para demostrar su fidelidad al régimen: «Se os dice con toda claridad: no tenemos necesidad de vosotros, tenemos necesidad de personas que saben cultivar la tierra, un punto, eso es todo. (...) Quien está politizado, quien ha comprendido bien el régimen, puede hacer cualquier cosa, la técnica viene después [...]; no tenemos necesidad de ingenieros para cultivar el arroz, plantar el maíz o criar cerdos»[262]. En China, sin embargo, semejante negación de cualquier experiencia nunca se convirtió en política admitida... Además, por una especie de isostasia, cada viraje hacia el extremismo utopista, cada oleada represiva terminaba enseguida en el «país del medio» en un retorno a métodos y a principios más «normales»; y la iniciativa de ese retorno procedía del seno mismo del partido Comunista. Fue eso sin duda lo que aseguró la perdurabilidad del régimen, mientras que el PCK se vació de su propia sustancia.

Por último, si abordamos las modalidades de la represión, encontramos las mismas contradicciones. La inspiración de conjunto es, sin discusión, china (o chino-vietnamita): sesiones incesantes e interminables donde tanto críticas como autocríticas son obligatorias, y todo ello dentro de una vaga perspectiva educativa, o reeducativa; repetición machacona de la biografía y «confesiones» escritas sucesivas cuando los «órganos» te cogen; «casillero social» (el nacimiento, el oficio) que determina el «casillero político», que a su vez define el casillero judicial, y la herencia/familiarización cada vez más acentuada del conjunto. Por último, igual que en otras partes de Asia, la intensidad de la participación y de la adhesión políticas exigidas tiende a abolir la dicotomía partido-Estado/sociedad, con una perspectiva evidentemente totalitaria.

No obstante, las particularidades camboyanas son considerables, y todas se orientan en el sentido de un agravamiento en relación con el prototipo. La principal diferencia estriba en que, al menos hasta los años sesenta[263], comunistas chinos y vietnamitas se tomaron la reeducación en serio: se realizaron muchos esfuerzos para convencer a los encarcelados de la justicia de la actitud del partido hacia ellos, y esto implicaba en particular que los malos tratos o la tortura estuviesen desterrados en la práctica. En Camboya fueron sistemáticos. También era un hecho, por hipotético que fuese, que una «buena conducta» abría la perspectiva de una liberación, de una rehabilitación, o por lo menos de un modo de detención más ligero. Casi nunca se liberó a nadie de las mazmorras camboyanas, y en ellas se moría a una velocidad increíble. En China o en el Vietnam, la represión masiva se producía por oleadas, entrecor-

[262] Marie-Alexandrine Martin, *Le Mal cambodgien —histoire d'une société traditionnelle face à ses leaders politiques, 1946-1987,* París, Hachette, 1989, pág. 193.
[263] Y luego la población penal disminuyó mucho, en particular por lo que se refiere a los detenidos políticos (en China antes que en Vietnam).

tadas por períodos de descanso; se apuntaba a «grupos convertidos en blanco» más o menos amplios, pero en cada ocasión solo representaban a una parte escasa de la población —en Camboya son todos los «75» como mínimo los sospechosos, y no hubo ningún respiro—. Por último, en el plano de las modalidades, del «saber-reprimir», los otros comunismos asiáticos dan la sensación, sobre todo al principio, de organización, de eficacia, de una relativa coherencia, de cierta inteligencia (incluso perversa). En Camboya, la brutalidad desnuda y la arbitrariedad dominan una represión de iniciativa en gran parte local, a pesar de que sus principios procedan de arriba. Además, en el Asia comunista no se conocieron esas ejecuciones y esas matanzas inmediatas, salvo en cierta medida en China y en el Vietnam durante la reforma agraria (pero solo los terratenientes y asimilados fueron sus víctimas) y en los momentos álgidos de la Revolución Cultural (pero de forma más puntual, tanto en el espacio como en el tiempo). En resumen, los maoístas de las orillas del Mekong recurrieron a una forma de estalinismo primitivo (o, si se prefiere, degenerado).

Un tirano ejemplar. La impronta personal de un Stalin o de un Mao fue tan considerable que su muerte propició inmediatamente modificaciones fundamentales, en particular en materia de represión. ¿Podemos hablar legítimamente de polpotismo? El ex Saloth Sar cruza de parte a parte la historia del comunismo camboyano: es difícil imaginar lo que este último sería sin él. Ahora bien, en su personalidad se descubren ciertos rasgos que se orientan en una dirección de excesos sangrientos. ¿Qué hacer ante todo de ese pasado lejano, tan poco concorde con una leyenda revolucionaria que hizo cuanto pudo para negarlo? Tener una hermana o una prima bailarinas o concubinas del rey Monivong, un hermano funcionario de palacio hasta 1975, o haber pasado uno mismo buena parte de su infancia en el corazón de una monarquía arcaica, ¿no supone materia suficiente para querer «disculparse» destruyendo una y otra vez el viejo mundo? Pol Pot parece haberse hundido cada vez más en la negación de la realidad, tal vez por no haber asumido la de su propia historia. Hombre del aparato, ambicioso desde muy temprano, más a gusto en reuniones pequeñas que ante una multitud, vivió desde 1963 separado del resto del universo: junglas, residencias secretas (todavía ignoradas en la actualidad) en un Phnom Penh desierto. Ahí parece haber cultivado una profunda paranoia; incluso cuando era todopoderoso, todos los que iban a escucharle eran cacheados; cambiaba a menudo de residencia, sospechaba que sus cocineros querían envenenarle, y mandó ejecutar a electricistas «culpables» de cortes de corriente[264].

¿Cómo interpretar de otro modo que en virtud de sus obsesiones este diálogo alucinante con un periodista de la televisión sueca, en agosto de 1978:

[264] Chandler (1993), *op. cit.*, págs. 216-217.

«—¿Querría decirnos Su Excelencia cuál es la realización más importante de la Kampuchea democrática desde hace tres años y medio?

—La realización más importante (...) es haber infligido derrotas a todas las conspiraciones y actos de intervención, de sabotaje, de tentativa de golpe de Estado, y a los actos de agresión procedentes de enemigos de todo pelaje [265].»

Involuntariamente, ¡qué confesión de fracaso para el régimen!

El profesor sensible y tímido, enamorado de la poesía francesa y amado por sus alumnos, el propagandista cautivador y caluroso de la fe revolucionaria que todos describen, entre los años cincuenta y los años ochenta, era un ser de doble faz: en el poder, mandó detener a varios de sus viejos compañeros de revolución, que se creían amigos personales suyos, no respondió a sus cartas de súplica, autorizó su tortura «fuerte» y los hizo ejecutar [266]. Su «arrepentimiento» después de la derrota, durante un seminario de mandos, en 1981, es un modelo de hipocresía:

«Dijo que sabía que muchos habitantes del país le odiaban y le consideraban responsable de las matanzas. Dijo que sabía que muchas personas habían encontrado la muerte. Al decir esto, casi se derrumbó y se echó a llorar. Dijo que debía asumir su responsabilidad porque la línea estaba demasiado a la izquierda y por no haber seguido de cerca lo que ocurría. Dijo que él era como un amo de casa que ignoraba lo que hacían sus hijos, y que había confiado demasiado en las personas. (...) Le decían cosas que no eran verdaderas, que todo iba bien, pero que tal o cual persona era un traidor. En última instancia, los verdaderos traidores eran ellos. El principal problema eran los mandos formados por los vietnamitas» [267].

Entonces, ¿hay que creer a ese otro viejísimo compañero de Pol Pot, su ex cuñado Ieng Sary que, aunque adicto, le acusa de megalomanía: «Pol Pot se considera un genio incomparable en los terrenos militar y económico, en higiene, en escritura de canciones [268], en música y en danza, en arte culinario, en moda *[sic]*, en todo, incluido el arte de mentir. Pol Pot se considera por encima de todas las criaturas del planeta. Es un dios sobre la tierra»? [269] Ahí tenemos algo muy parecido a ciertos retratos de Stalin. ¿Coincidencia?

El peso de lo real. Más allá de la conciencia desdichada de la historia nacional y de la influencia de los comunismos en el poder, la violencia de los jemeres rojos fue inducida por el contexto temporal y espacial en el que se situaba su régimen. Producto casi accidental de una guerra que superaba ampliamente a Camboya, se vio aterrorizado, débil y aislado en su propio país nada más

[265] Locard (1995), nota citada, pág. 19.
[266] Chandler (1993), *op. cit.*, págs. 210-211.
[267] Según el relato de un participante, en Chandler (1993), *op. cit.*, págs. 266-267.
[268] Sihanuk pretende que él habría sido el autor del himno del Angkar.
[269] *PPP*, 20 de septiembre de 1996, pág. 7.

alcanzar la victoria. La hostilidad del Vietnam y los apretados abrazos de China hicieron el resto.

El 17 de abril llegó demasiado tarde en un mundo demasiado viejo. La primera debilidad de los jemeres rojos, tal vez la más grande, es ser una anomalía histórica, y menos una utopía que una *ucronía*. Se trata de un «comunismo tardío», en el sentido en que se habla de una antigüedad tardía, cuando el mundo ya está inclinándose hacia otra cosa. Cuando Pol Pot llega al poder, Stalin ha muerto (1953), Hô Chi Minh ha muerto (1969) y Mao no se encuentra realmente muy bien (muere en septiembre de 1976). Queda Kim Il Sung, pero Corea del Norte es pequeña y lejana. El gran modelo chino se cuartea ante los ojos del nuevo dictador: la «banda de los Cuatro» trata de relanzar la Revolución Cultural en 1975, pero no ocurre nada. Tras sus últimas maniobras, la muerte del timonel basta para barrerla como si de un castillo de naipes se tratase. Los jemeres rojos intentan lanzarse sobre lo que queda de maoístas incondicionales, pero a finales de 1977 estos se hallan embarcados en un combate de retaguardia contra el irresistible retorno de Deng Xiaoping y de sus partidarios reformadores. Un año después, es el fin oficial del maoísmo y del muro de la democracia, mientras en Camboya se mata a buen ritmo. Acabado el «gran salto adelante», ¡viva el revisionismo! El resto de Asia, visto desde Phnom Penh, resulta todavía más deprimente: tras el estímulo momentáneo proporcionado por las fuerzas revolucionarias en Indochina, las guerrillas maoistizantes de Tailandia, de Malasia y de Birmania prosiguen o comienzan su declive. Sobre todo, tal vez, el ala activa del continente, envidiada y admirada, está ahora en las costas de Japón, los «pequeños dragones» (Singapur, Taiwan, Corea del Sur, Hong Kong), tan prósperos económicamente como anticomunistas políticamente, y cada vez más emancipados, sin embargo, de la tutela occidental. Por último, lo que pueden saber de una intelligentsia occidental donde el marxismo inicia un declive definitivo no puede sino desorientarles. ¿No está a punto de invertirse el sentido de la historia?

Hay dos respuestas posibles para este lento vaivén: el acompañamiento, y por tanto la moderación, la revisión de los dogmas, y también el riesgo de perder su identidad y su razón de ser; o el endurecimiento en lo que uno es, la radicalización de la acción, la huida hacia adelante rumbo a un hipervoluntarismo —«teorizado» por el Jushe norcoreano—. El eurocomunismo, que entonces conoce su esplendor, o las Brigadas Rojas (Aldo Moro es asesinado en 1978): dos callejones sin salida históricos, ahora lo sabemos —pero una sangrienta, la otra no—. Es como si los antiguos estudiantes de la Francia de los años cincuenta hubieran comprendido que si no hacían realidad inmediatamente su utopía, al precio que fuese, tampoco ellos podrían escapar a los compromisos con el presente realmente existente. Había que imponer el «año cero» a una población privada de respiro, o terminar siendo barrido. El «gran salto adelante» chino no había dado sus frutos. ¿Había fracasado la Revolución Cultural? Es que se había parado en medidas tomadas a medias, y no había barrido todos los malecones de resistencia al servicio de la contrarrevolu-

ción: las ciudades corruptoras e incontrolables, los intelectuales orgullosos de su saber que pretendían pensar por sí mismos, el dinero y las relaciones comerciales elementales, precursores de una restauración capitalista, y los «traidores infiltrados en el seno del partido». Esa voluntad de alcanzar rápidamente una sociedad distinta, un hombre nuevo, no podía sino chocar, a pesar o a causa de la docilidad de los camboyanos, con la resistencia finalmente insuperable de lo real. Como el régimen no quería renunciar, derivó paulatinamente con más fuerza en el océano de sangre que pensaba que debía hacer correr sin tregua para mantenerse en el poder. El PCK se quería el glorioso sucesor de Lenin y de Mao: históricamente ¿no se inscribirá más como el predecesor de esos grupos que han traducido el marxismo-leninismo en licencia para cometer todo tipo de violencia: el Sendero Luminoso peruano, los Tigres del Eelam tamil (Sri Lanka), el Partido de los Trabajadores del Kurdistán (PKK)?

El drama de los jemeres rojos tal vez sea su debilidad. Cierto que fue cuidadosamente disimulada bajo una verborrea triunfalista. Pero en el fondo, el 17 de abril tuvo dos razones primordiales: el considerable apoyo militar de Vietnam del Norte y la inepcia del régimen de Lon Nol (agravada por las incoherencias de la política americana). Lenin, Mao y, en gran medida, Hô Chi Minh consiguieron la victoria prácticamente gracias solo a sus propios esfuerzos, y sus adversarios no eran en su totalidad mediocres. Sus partidos, y por lo que se refiere a los dos últimos, sus fuerzas armadas, fueron edificados paciente y lentamente, y antes de la llegada al poder eran ya fuerzas considerables. Nada de eso ocurre en Camboya. Hasta mediados de la guerra civil, los jemeres rojos permanecerán completamente dependientes de las fuerzas de Hanoi. Incluso para 1975 se cita la cifra de una sesentena de miles de combatientes jemeres rojos (menos del 1 por 100 de la población) que acabaron con unos 200.000 soldados republicanos desmoralizados.

Ejército débil, partido débil... No hay ninguna fuente realmente fiable, pero se han citado las cifras de 4.000 miembros en 1970, de 14.000 en 1975 [270]: de un grupúsculo de ciertas dimensiones a un pequeño partido. Estas cifras también implican que los mandos experimentados fueron, hasta el final del régimen, muy poco numerosos —de ahí que las purgas contra ellos fueran más dramáticas todavía—. Las consecuencias son visibles en los relatos de los deportados: para un responsable competente, ¡cuántos incapaces, tanto más pretenciosos y crueles cuanto más limitados! «Los veteranos convertidos en mandos eran ignorantes. Aplicaban y explicaban mal los principios revolucionarios. Esta incompetencia incrementaba la demencia de los jemeres rojos» [271]. En efecto, es como si la debilidad real del régimen, aunque inconfesada, y el sentimiento de inseguridad que engendra solo pudieran ser compensados por

[270] Timothy Carney, «The Organization of Power», en Jackson, *op. cit.*, pág. 95.
[271] Pin Yathay, *op. cit.*, pág. 308.

un aumento de la violencia: como esta implica falta de afecto, el terror debe aumentar un punto, y así sucesivamente. De ahí esa atmósfera de inseguridad, de desconfianza generalizada, de incertidumbre ante el día siguiente que traumatizó tanto a los que la vivieron. Refleja la impresión (justificada) de aislamiento sentida en la cumbre: los «traidores ocultos» están por todas partes. Por eso, «siempre se puede cometer un error al detener a alguien, pero nunca debe equivocarse uno cuando se le suelta», afirma un lema jemer rojo [272]: aliento a la represión ciega. Pin Yathay analiza bien el círculo infernal en su obra: «Los jemeres rojos, en realidad, temían dar rienda suelta a la cólera del pueblo nuevo si aligeraban el aparato represivo. Obsesionados por la idea de una revuelta eventual, habían decidido en cambio hacernos pagar esa impasibilidad que nos reprochaban. Era el reinado del miedo permanente. Nosotros teníamos miedo de sus persecuciones. Ellos tenían miedo de una insurrección popular. Y también tenían miedo de las maniobras ideológicas y políticas de sus camaradas de combate [273]...» Ese temor a insurrecciones populares ¿estaba justificado? No se han conservado rastros de muchos movimientos de ese tipo [274], pero todos fueron aplastados fácil, rápida y... salvajemente. A la primera oportunidad, cuando por ejemplo la oficialidad local resultó desestabilizada por las purgas, es significativo que la cólera de los neoesclavos se precipitara por la brecha, dispuesta a dar un salto cualitativo en la experiencia del terror.

Hubo revueltas de desesperación, y otras provocadas por rumores enloquecidos. En un plano más modesto de resistencia, deberán evocarse esas rechiflas que brotan en la noche, desde el fondo de la obra de un embalse, contra un soldado jemer rojo encaramado en el muro [275]. En términos más globales, los testimonios dejan la impresión de una libertad bastante grande de tono entre «nuevos» que trabajan juntos, de complicidades fáciles de conseguir para los hurtos o las pausas clandestinas, y del escaso número de denuncias: espías y soplones no fueron aparentemente muy eficaces. Esto confirma la ausencia completa de coordinación entre los mandos y los «75». La solución que los primeros creyeron encontrar fue el mantenimiento de una atmósfera de guerra, y luego el recurso a la guerra misma —el método ya había sido probado en otras partes—. Ciertas consignas resultan significativas: «Una mano sostiene la azada, otra mano golpea al enemigo» [276], o «Con el agua se hace crecer el arroz, con el arroz se hace la guerra» [277]. Los jemeres rojos no pensaban en lo que había de pasar: nunca hubo suficiente arroz, y ellos perdieron la guerra.

[272] Locard (1995), nota citada, pág. 19.
[273] Pin Yathay, *op. cit.*, pág. 288.
[274] La mejor reseña se encuentra en Kiernan, *op. cit.*
[275] Haing Ngor, *op. cit.*, pág. 227.
[276] Locard (1995), nota citada, pág. 19.
[277] Kiernan, *op. cit.*, pág. 247.

¿Un genocidio? Hemos de decidirnos a calificar los crímenes de los jemeres rojos. Es un reto científico: situar Camboya en relación a los restantes horrores de este siglo, e inscribir a ese país en su lugar en la historia del comunismo. Es también una necesidad jurídica: una parte importante de los responsables del PCK están vivos todavía, y en activo. ¿Debemos resignarnos a que sigan siendo dueños de sus movimientos? En caso contrario, ¿cuáles serían los cargos por los que habría de juzgárseles? [278]

Que Pol Pot y sus cómplices sean culpables de crímenes de guerra es una evidencia: los prisioneros del ejército republicano fueron sistemáticamente maltratados y muchas veces ejecutados: los que entregaron las armas en abril de 1975 fueron acto seguido perseguidos despiadadamente. El crimen contra la humanidad no plantea problemas: grupos sociales enteros se convirtieron en blancos como indignos de existir, y ampliamente exterminados. La menor divergencia política, real o supuesto, debía ser castigada con la muerte. La verdadera dificultad estriba en el crimen de genocidio. Si tomamos la definición al pie de la letra, corremos el riesgo de caer en una discusión algo absurda: como el genocidio solo se aplica a grupos nacionales, étnicos, raciales y religiosos, y los jemeres rojos no podían ser considerados *globalmente* como blancos del exterminio, toda la atención se concentra en las minorías étnicas, y eventualmente en el clero budista. Ahora bien, incluso reuniéndolos a todos en un solo conjunto, solo han formado una parte relativamente reducida de las víctimas: además, como hemos visto, es aventurado afirmar que los jemeres rojos hayan reprimido específicamente a las minorías, salvo a los vietnamitas a partir de 1977 —en esa fecha quedaban ya bastante pocos; y los mismos Sham se convirtieron en blanco sobre todo porque su fe islámica constituía un islote de resistencia—. Algunos autores han tratado de resolver el problema introduciendo la noción de *politicidio* [279] —término definido en líneas generales como un genocidio con base política (también podría utilizarse *sociocidio*: genocidio de base social)—. Eso es retroceder para ganar impulso: ¿puede situarse en el mismo plano de gravedad que el genocidio? En caso de respuesta afirmativa, como esos autores parecen entender, ¿por qué embarullar las pistas dejando a un lado el término consagrado? Hay que recordar que, durante las discusiones previas a la adopción de la convención del genocidio por la ONU, fue solo la URSS, por razones demasiado evidentes, la que se opuso a la inclusión del grupo *político* entre los calificativos del crimen. Pero, sobre todo, el término *racial* (que no abarca ni la etnia ni la nación, tengámoslo en cuenta) debería proporcionar una solución. La raza, fantasma desmontado por los progresos del conocimiento, solo existe a los ojos de quien pretende limitarla: en realidad, no hay más raza judía que raza burguesa. Ahora bien,

[278] En la discusión que viene a continuación, me baso en parte en Craig Etcheson, «Genocide: By the Laws, not by Emotion», *PPP*, 11 de agosto de 1995, pág. 20.

[279] Barbara Harff y Ted Robert Gurr, «Towards an Empirical Definition of Genocides and Politicides», *International Studies Quarterly*, núm. 32, 1988.

para los jemeres rojos, como para los comunistas chinos por otra parte, algunos grupos sociales son criminales globalmente y por naturaleza. Además ese «crimen» se transmite tanto a los esposos como a la descendencia, por una especie de herencia de los caracteres (sociales) adquiridos: Lyssenko no está lejos. Por lo tanto tenemos derecho a evocar una *racialización* de estos grupos sociales: el crimen de genocidio puede aplicarse entonces a su eliminación física, llevada muy lejos en Camboya, y llevada con toda seguridad con conocimiento de causa. Y Phandara oye a un obrero jemer rojo decirle a propósito de los «17 de abril»: «Es el nombre de los habitantes de las ciudades que apoyaban al régimen del traidor Lon Nol. [...] Hay muchos traidores entre ellos. El Partido Comunista ha mantenido la vigilancia para eliminar a una buena parte. Los que todavía están vivos trabajan en el campo. Ya no tienen fuerza para levantarse contra nosotros» [280].

Para millones de camboyanos de hoy, la fractura de la «era Pot Pol» ha dejado su rastro de fuego, incurable. En 1979, el 42 por 100 de los niños eran huérfanos, tres veces más de padre que de madre; el 7 por 100 había perdido a sus dos progenitores. En 1992, la situación de aislamiento resultaba más dramática entre los adolescentes: un 64 por 100 de huérfanos [281]. Una parte de los males sociales gravísimos que todavía asolan hoy a la sociedad camboyana, en un grado excepcional para Asia oriental, provienen de esa desarticulación: criminalidad masiva y a menudo muy violenta (hay armas de fuego por todas partes), corrupción generalizada, falta de respeto y de solidaridad, ausencia a todos los niveles del menor sentido del interés general. Los cientos de miles de refugiados en el extranjero (150.000 tan solo en Estados Unidos) continúan sufriendo por lo que vivieron: pesadillas recurrentes, la tasa más alta de depresiones nerviosas de todos los oriundos de Indochina, una gran soledad para las mujeres que se marcharon solas, en número mucho mayor que los hombres de su generación, asesinados [282]. Y sin embargo el dinamismo de la sociedad camboyana no se ha roto: cuando en 1985 se abandonaron los últimos restos de la colectivización rural, el aumento de la producción permitió casi de inmediato la desaparición de las penurias alimentarias [283].

Frente a los responsables de la dictadura jemer roja, este laboratorio de todos los desvíos más sombríos del comunismo, los camboyanos, cuyo deseo primordial de volver a una vida normal resulta fácil de comprender, no deben afligirse solos por el peso de la liquidación de un pasado terrible. El mundo, que muchas veces ha tenido tanta complacencia con sus verdugos, aunque tardíamente, también debe hacer suyo este drama.

[280] Y Phandara, *op. cit.*, págs. 72-73.

[281] Calculado a partir de Sliwinski, *op. cit.*, pág. 128.

[282] Welaratna, *op. cit.*, págs. 254-258.

[283] Sliwinski, *op. cit.*, pág. 153.

Conclusión

En Asia hay comunismos en el poder: incluso prácticamente solo siguen quedando allí. Pero ¿existe un *comunismo asiático*, en el sentido, por ejemplo, en que puede decirse que ha existido un comunismo del este de Europa? La respuesta no tiene nada de evidente. En Europa, Yugoslavia y Albania incluidas (y eso poniéndonos en el caso extremo...), los comunistas tuvieron en común por lo menos el tener el mismo padre. Murieron prácticamente todos juntos (*incluso* en Yugoslavia y en Albania) cuando empezaron a no ir realmente del todo bien; y los siguió de cerca a la tumba. En Asia solo encontramos una relación semejante entre Vietnam y Laos, cuyos destinos todavía parecen vinculados orgánicamente. Además, lo que sorprende es la singularidad del proceso de conquista y de consolidación del poder, incluso si Corea del Norte fue bajo Stalin una especie de democracia popular, incluso si, en el caso del Vietminh, la encrucijada hacia la victoria fue la llegada del EPL a las fronteras del Tonkín. No hay, no ha habido jamás «bloque» comunista en Asia salvo en la mente y los deseos de Pekín: faltaba la cercanía de la cooperación económica, la circulación de mandos a gran escala, la comunidad de formación, y sobre todo los lazos secretos entre aparatos militares-policiales. Se produjeron tentativas de este género, pero a escala reducida, y duraron poco (salvo, una vez más, entre Laos y su «hermano mayor» vietnamita): entre China y Corea del Norte durante el conflicto coreano y un poco después; entre China y Vietnam en los años cincuenta; entre China y la Camboya de Pol Pot; entre el Vietnam y la Camboya de los años ochenta. En Asia apenas hay otra cosa que comunismos *nacionales*, que disponen en particular del dominio de su defensa (salvo en Laos...), a pesar de que la ayuda china (y a veces soviética) fue esencial en varias ocasiones. Solo allí, por otra parte, donde se viven guerras «comunistas al 100 por 100», a finales de los años setenta, entre Vietnam y Camboya, luego entre Vietnam y China. En el plano de la educación, de la propaganda, de la manera de contar la historia, difícilmente pueden encontrarse sobre este planeta otros más nacionalistas, e incluso más estrechamente patrioteros que los comunismos de Asia, que se crearon en su totalidad en la lucha contra un imperialismo extranjero. Por lo menos este dato constituye un punto común. El problema es que ese nacionalismo se ha vuelto muchas veces contra el comunismo vecino.

Por otro lado, cada vez que se examinan al detalle las políticas (y en particular las políticas represivas, tema que es el que aquí nos ocupa), no dejan de sorprender las similitudes, y ya hemos señalado muchas en el curso de los capítulos anteriores. Antes de seguir con las principales, conviene interrogarse sobre la *cronología* comparada de los regímenes estudiados. En Europa, las grandes etapas de la historia de cada uno están estrechamente articuladas con las de los otros, salvo en el caso de Albania y en menor medida de Rumania o de Yugoslavia. En Asia, en principio, los puntos de origen están alejados en el tiempo, entre 1945 y 1975: también lo están reformas agrarias y colectivización, incluido Vietnam entre el Norte y el Sur. Pero, por lo demás, siempre encontramos la sucesión de esas dos etapas, muy poco tiempo después del acceso al poder (siete años como máximo, en el caso de China, para la totalidad del proceso). En el plano político, el Partido Comunista nunca actúa por completo a cara descubierta en la fase de conquista del poder: la apariencia de un «frente unido» se mantiene cierto tiempo después de la victoria (ocho años en China), incluso si simplemente se trata de no revelar la existencia del partido, como en Camboya hasta 1977. Sin embargo, si muchos resultan engañados *antes* por las promesas de una democracia pluralista (y esto contribuye al éxito comunista, en particular en Vietnam), la máscara cae *después* muy pronto: en un campo de prisioneros del sur, en Vietnam, hasta el 30 de abril de 1975 más o menos correctamente alimentados y vestidos, no obligados al trabajo, las raciones se reducen de forma brutal, la disciplina se refuerza y se imponen trabajos agotadores nada más conseguida la «liberación» del Sur. Los jefes del campo justifican del siguiente modo esas medidas: «Hasta ahora, os habéis aprovechado del régimen de prisioneros de guerra. (...) Ahora, todo el país está liberado, nosotros somos los vencedores y vosotros los vencidos. ¡Deberíais estar felices de seguir con vida! Después de la Revolución de 1917 en Rusia, todos los vencidos fueron eliminados» [1]. Las capas sociales mimadas en el marco del frente unido (intelectuales y capitalistas «nacionales» en particular) sufren en toda su virulencia el ostracismo y la represión cuando la dictadura del partido queda instalada.

En un plano más sutil, las similitudes cronológicas son inconstantes. Corea del Norte tiene sus propios ritmos desde finales de los años cincuenta, y este museo del estalinismo parece completamente aislado desde hace mucho. La Revolución Cultural china sigue sin imitador. Pol Pot triunfa cuando Jiang Qin va a derrumbarse, y sueña con un «gran salto adelante» abandonado hace catorce años. Pero, en todos los sitios donde los partidos comunistas están ya en el poder, la época de Stalin está marcada por purgas, y por el desarrollo de la seguridad. La onda de choque del XX° Congreso suscita en todas partes la tentación de la liberalización política, rechazada casi de inmediato en provecho de un en-

[1] Doan, *op. cit.*, pág. 302.

durecimiento de los regímenes, y en el plano económico de un prurito voluntarista y utópico —el «gran salto adelante» en China, su sucedáneo vietnamita, el *shollima* coreano. En todas partes, menos en Corea, los años ochenta y noventa están marcados por una liberalización de la economía: en Laos y en Vietnam del Sur, se siguen de cerca las medidas de colectivización, en la práctica nunca terminada. Más deprisa de lo que a menudo se ha dicho, el reformismo económico lleva a una normalización y a una tranquilización de las prácticas represivas, a pesar de que el proceso, contradictorio e incompleto, haya tropezado. Salvo en Pyongyang, tanto el terror de masas como la uniformización de las conciencias no son otra cosa que recuerdos, y ya no hay más prisioneros políticos que en una vulgar dictadura suramericana: en Laos, según las cifras de Amnistía Internacional, se ha pasado de los 6.000 o 7.000 en 1985 a 33 en marzo de 1991, y las cifras han disminuido en proporciones análogas en Vietnam o en China. Nuestra época anuncia en ocasiones buenas noticias, a pesar de todo, y esto demuestra, incidentalmente, que la compulsión del crimen de masas no es más irresistible en los comunismos de Asia que en los de Europa. Volviendo a la problemática central de esta obra, el *terror* ha tenido su época, que muchas veces fue excesivamente larga (hasta 1980 aproximadamente), y propició de forma regular y por todas partes *crímenes* más o menos abominables. Hoy ha dejado sitio a una simple *represión* esencialmente selectiva y disuasoria, así como más trivializada cada vez por el retroceso de la preocupación reeducadora.

La clave de estas similitudes cronológicas, que en última instancia prevalecen sin duda sobre las desemejanzas, a partir de 1956 radica mucho más en Pekín que en Moscú, y el responsable de ello es el XXº Congreso: sorprendió y fue considerado como una amenaza tanto por Mao Zedong, Hô Chi Minh o Kim Il Sung como por Maurice Thorez. *A contrario,* este hecho revaloriza la audacia de la iniciativa jrushchoviana. El centro chino, por lo menos desde Yan'an, representaba, como hemos señalado, el papel de una segunda Meca para los comunistas de Asia; pero el prestigio de la URSS de Stalin era inmenso, y el peso de sus medios económicos y militares hacía lo demás. La intervención china en Corea, la entrega masiva de ayuda al Vietminh con posterioridad fueron unas sacudidas iniciales, pero 1956 fue testigo de un Mao propulsado a la cabeza del campo «antirrevisionista» *de facto* en el que a partir de ese momento se sitúan los países hermanos de Asia. Los desvíos de la Revolución Cultural debilitaron el magisterio chino; las necesidades militares de Vietnam lo impulsaron, a partir de mediados de los años sesenta, a un acercamiento oportunista a la URSS. Pero la cronología es testigo: las iniciativas proceden regularmente de China, y frecuentemente se aceptan como botón de muestra. Hay un aire de familia que no engaña en todos los regímenes comunistas; pero, entre los de Asia, ese aire de familia parece más bien una clonación —pensemos por ejemplo en las reformas agrarias china y vietnamita—.

Si el «comunismo del gulash» tan caro a Jrushchov atrajo tan poco a los comunismos de Asia, por lo menos hasta principios de la década de los ochenta, fue porque todavía se encontraban en el momento de las guerras revolu-

cionarias, pero también porque constituían *ideocracias* en un punto raro. En la tradición confucianista de la «rectificación de los nombres» (y en todas partes, salvo en Camboya, está presente esa tradición), es la realidad la que debe plegarse a las palabras. En el terreno de lo penal, lo que cuenta no es lo que uno ha hecho, sino el veredicto que se pronuncia sobre esos actos, y la etiqueta que pegan sobre el cuerpo de uno; y veredicto y etiqueta responden a todo tipo de consideraciones ajenas a esos actos. Lo que asienta la paz en los espíritus es menos la buena acción que la palabra justa. De ahí ese díptico de los comunismos de Asia: superideologización, pero también voluntarismo. La primera deriva de la ampulosidad empleada en la clasificación y en la reorganización salida de la combinación del modo de pensamiento confuciano y de la visión revolucionaria de una refundición total de la sociedad. La segunda, desde la perspectiva más amplia todavía de una transformación del mundo, quiere apoyarse, como si se tratase de una palanca, en la penetración completa de las conciencias por las «ideas justas». Se han citado esas justas oratorias en que se triunfaba si se asestaba al adversario la cita de Mao a la que no se puede replicar. El «gran salto adelante» fue también un festival de palabras. Evidentemente, el irrealismo de los asiáticos tiene unos límites: cuando la realidad resiste en exceso al discurso, este no sale vencedor. Y tras haber constatado la quiebra de demasiados discursos, así como las innumerables catástrofes que entrañaron, acabaron por no querer oír otra cosa que las palabras profundamente antiideológicas de Deng Xiaoping: «Qué importa que un gato sea negro o gris con tal de que cace ratones».

Pero la auténtica, la gran originalidad de los comunismos asiáticos es, sin duda, haber conseguido transferir *del partido al conjunto de la sociedad* esa superideologización y ese voluntarismo. Sin duda, se pueden encontrarle equivalentes, por ejemplo en la URSS estaliniana. También ahí podían contar con dos tradiciones, a su vez coordinadas. En la Asia sinizada (esto se refiere por lo tanto a Vietnam y a Corea, además de China) no existe desde hace tiempo la distancia que podemos comprobar en Occidente entre cultura de elites y cultura popular: el confucianismo, en particular, supo pasar de la clase dirigente a los campos más remotos sin modificarse mucho; pero también le ocurrió en China, a principios del presente milenio, a una institución tan aberrante como la de vendar los pies de las mujeres. Por otra parte, el Estado nunca se ha constituido como una institución coherente, separada de la sociedad, y basada en un derecho complejo: contrariamente a la imagen que a menudo intentaron dar de sí mismas, las monarquías de inspiración china casi siempre estuvieron desprovistas de la mayoría de los instrumentos formales de intervención que ya se hallaban en posesión de los reinos de Occidente a finales de la Edad Media [2]. Solo podían sobrevivir y gobernar por medio del consenti-

[2] Sobre este punto, *cf.* por ejemplo, Yves Chevrier, «L'empire distendu: esquisse du politique en Chine des Qing à Deng Xiaoping», en Jean-François Bayart, *La Greffe de l'État – Trajectoires du politique 2*, París, Karthala, 1996.

miento de sus súbditos —un consentimiento logrado no por una forma cualquiera de consulta democrática, ni por el arbitraje institucionalizado entre intereses divergentes, sino por la amplísima y profunda difusión de formas idénticas de moral cívica, a su vez hábilmente basada en una moral familiar e interindividual: muy parecido a lo que Mao llamó «línea de masas»—. El Estado moral (o ideológico) tiene en Asia oriental una larga y rica historia. Es un Estado pobre y débil en el fondo; pero si consigue atraer la conciencia de cada grupo, de cada familia y de cada individuo hacia sus propias normas e ideales, su poder se vuelve inaudito, ilimitado —ya que no a las de la naturaleza, la implacable enemiga de Mao en el momento del «gran salto adelante». Los comunismos asiáticos buscaron, y durante un momento (sin duda acabado en todas partes) consiguieron crear sociedades profundamente holistas. De ahí ese jefe de celda vietnamita, también prisionero, que se cree con derecho a gritar al detenido recalcitrante: «Te has enfrentado al jefe de celda nombrado por la revolución. ¡Luego te enfrentas a la revolución!» [3]. De ahí esa extraordinaria voluntad paciente y obstinada de hacer del último de los detenidos, e incluso de oficiales franceses salidos de Saint-Cyr, los portadores y difusores del mensaje del partido. Allí donde la revolución rusa no consigue colmar el foso entre «ellos» y «nosotros», la Revolución Cultural puede hacer pensar por un momento a muchos que el Estado y el partido eran ellos también: en ciertos casos, los guardias rojos que no eran miembros del Partido Comunista se creyeron con el derecho de decidir expulsiones del partido. También los comunismos de Occidente conocieron la crítica, la autocrítica, las interminables reuniones de «discusión» y la imposición de los textos canónicos. Pero por regla general eso quedó reservado a la esfera del partido. En Asia, las mismas normas se extienden a todos.

Pueden sacarse dos consecuencias de relevancia por lo que se refiere a las formas adoptadas por la represión. La más evidente es la falta, que tan a menudo hemos constatado, de cualquier referencia incluso formal al derecho, a la ley y a la justicia: todo es política y nada más que política. La aprobación tardía de un código penal (1979 en China, 1986 en Vietnam) marca, de hecho, el fin de los grandes terrores. La segunda consecuencia es el carácter *más generalizado todavía que sangriento* de las grandes oleadas represivas: engloban bien al conjunto de las sociedades, bien a capas amplísimas, en su totalidad (campesinos, habitantes de ciudades, intelectuales, etc.). El régimen de Deng Xiaoping ha afirmado que la Revolución Cultural había «perseguido» a millones de chinos —cifra imposible de verificar; pero probablemente no provocó más de un millón de muertos—. El punto de vista no fue el mismo en las grandes purgas estalinistas. ¿Por qué tomarse el trabajo de matar, si se puede aterrorizar tan eficazmente? Ello explica también, sin duda, *suicidios* masivos en la mortalidad política: la intensidad de las campañas, llevadas a cabo sucesivamente por los colegas, los amigos, los vecinos y la familia, implica unas tensiones realmente insoportables para muchos individuos: y no hay espacio para replegarse.

[3] Doan, *op. cit.*, pág. 195.

Nuestro razonamiento lleva en sí mismo su límite: se llama Camboya (y, en medida mucho más leve, Laos). Este país nunca estuvo imbuido de confucianismo. Su tradición política es mucho más india que china. ¿Hay que ver en el frenesí de una violencia tan sangrienta como generalizada, que fue el único país en conocer, el espanto ante un poder que intenta aplicar las recetas chino-vietnamitas a una población no predispuesta a recibirlas? Es una pista que hay que seguir, pero también convendría profundizar las condiciones precisas de esa experiencia afortunadamente única.

Nuestra intención era subrayar aquí la especificidad del comunismo asiático (o al menos del comunismo del Asia sinizada). El lector del conjunto de esta obra descubrirá más cómodamente por sí mismo los lazos fortísimos que además le unen al sistema comunista mundial, y a su jefe de fila soviético. Muchos fenómenos que han llamado nuestra atención (la «página en blanco», esa nostalgia del recomienzo absoluto, de la tabla rasa; el culto y la manipulación de la juventud) pueden encontrarse fácilmente bajo otros cielos. Pero lo cierto es que el destino del comunismo en Europa y en Asia, de ahora en adelante muy divergente, impone que nos preguntemos por las diferencias estructurales que puedan existir entre las variantes de un fenómeno planetario.

Selección bibliográfica de Asia [1]

CHINA (incluido TÍBET)

Jasper Becker, *Hungry Ghosts: China's Secret Famine,* Londres, John Murray, 1996.

Marie-Claire Bergère, *La République populaire de Chine de 1949 à nos jours,* París, Armand Collin, 1987.

Marie-Claire Bergère, Lucien Bianco, Jürgen Domes (dir.), *La Chine au XXᵉ siècle (vol. 1: D'Une révolution à l'autre 1895-1949; vol. 2: De 1949 à aujourd'hui),* París, Fayard, 1998 y 1990.

Yves Chevrier, *Mao et la révolution chinoise,* Florencia, Casterman/Giunti, 1993.

Jean-Luc Domenach, *Chine: l'archipel oublié,* París, Fayard, 1992.

Pierre-Antoine Donnet, *Tibet mort ou vif,* París, Gallimard, 1990.

John F. Fairbank y Albert Feuerwerker (dir.), *The Cambridge History of China,* vol 13, *Republican China, 1912-1949, Part 2,* Cambridge, Cambridge University Press, 1986.

William Hinton, *Fanshen,* París, Plon, 1971 (traducido del inglés).

Hua Linshan, *Les Années rouges,* París, Le Seuil, 1987.

Ken Ling, Miriam London y Ta-ling Lee, *La Vengeance du ciel: un jeune Chinois dans la Révolution culturelle,* París, Robert Laffont, 1981 (edición original en inglés, 1972).

Roderick Mac Farquhar y John F. Fairbank (dir.), *The Cambridge History of China,* vol 14, *The People's Republic, Part 1 (1949-1965);* vol. 15, *Part 2: Revolutions within the Chinese Revolution. 1966-1982,* Cambridge, Cambridge University Press, 1987 y 1991.

Nieng Cheng, *Vie et mort à Shanghai,* París, Albin Michel, 1987 (edición original en inglés, 1986).

[1] Aquí solo se encontrarán obras accesibles y que pueden servir de referencia, en especial escritos en francés o traducidos a esta lengua.

Jean Pasqualini (con Rudolph Chelminski), *Prisonnier de Mao: sept ans dans un camp de travail en Chine,* París, Gallimard, 1975 (ed. original en inglés, 1973).

Alain Roux, *La Chine populaire, tome 1 (1949-1966), tome 2 (1966-1984),* París, Éditiones Sociales, 1983.

Wei Jingsheng, *La Cinquième Modernisation et autres écrits du «printemps de Pekin»,* París, Christian Bourgois Éditeur, 1997.

Harry Wu, *Laogai: le goulag chinois,* París, Éditions Dagorno, 1996 (edición original en inglés, 1992).

Yan Jiaqi y Gao Gao, *Turbulent Decade: A History of the Cultural Revolution,* Honolulú, University of Hawai'i Press, 1996 (edición original en chino, 1986).

VIETNAM

Georges Boudarel, *Cent fleurs écloses dans la nuit du Vietnam: communisme et dissidence 1954-1956,* París, Jacques Bertoin, 1991.

Colectivo, *La Bureaucratie au Vietnam – Vietnam-Asie-Débat n." 1,* París, L'Harmattan, 1983.

Jacques Dalloz, *La Guerre d'Indochine 1945-1954,* París, Seuil, 1987.

Doan Van Toai, *Le Goulag vietnamien,* París, Robert Laffont, 1979.

Daniel Hémery, *Révolutionnaires vietnamients et pouvoir colonial en Indochine, 1932-1937,* París, Maspero, 1975.

Stanley Karnow, *Vietnam: A History,* Harmondsworth, Penguin Books, 1984 (trad. francesa, *Viêt-Nam,* París, Presses de la Cité, 1984).

David G. Marr, *Vietnam 1945: The Quest for Power,* Berkeley, University of California Press, 1995.

Ngo Van, *Viêt-nam 1920-1945: révolution et contre-révolution sous la domination coloniale,* París, L'Insomniaque, 1995.

LAOS

Martin Stuart-Fox y Mary Koogman, *Historical Dictionary of Laos,* Metuchen y Londres, Scarecrow Press, 1992.

CAMBOYA

Elizabeth Becker, *Les Larmes du Cambodge – l'histoire d'un auto-génocide,* París, Presses de la Cité, 1986.

David P. Chandler, *The Tragedy of Cambodian History: Politics, War and Revolution since 1945,* New Haven, Yale University Press, 1991.

David P. Chandler, *Pol Pot: Frère Numéro Un,* París, Plon, 1993 (edición original en inglés, 1992).

Ben Kiernan, *The Pol Pot Regime: Race, Power and Genocide in Cambodia under the Khmer rouge, 1975-1979,* New Haven, Yale University Press, 1996.

Karl D. Jackson (ed.), *Cambodia 1975-1978: Rendezvous with Death,* Princeton, Princeton University Press, 1989.

Marie-Alexandrine Martin, *Le Mal cambodgien: histoire d'une société traditionnelle face à ses leaders politiques, 1946-1987,* París, Hachette, 1989.

Haing Ngor, *Une odyssée cambodgienne* (escrito con Roger Warner), París, Fixot-Filipacchi, 1988 (edición original en inglés, 1987).

Haing Ngor, *Une odyssée cambodgienne* (escrito con Roger Warner), París, Fixot-Filipacchi, 1988 (edición original en inglés 1987).

Laurence Picq, *Au-delà du ciel: cinq ans chez les Khmers rouges,* París, Bernard Barrault, 1984.

Marek Sliwinski, *Le Génocide khmer rouge: une analyse démographique,* París, L'Harmattan, 1995.

Pin Yathay, *L'Utopie meurtrière: un rescapé du génocide cambodgien témoigne,* Bruselas, Complexe, 1989.

Henri Locard, *Le Petit Livre Rouge, de Pol Pot,* París, L'Harmattan, 1996.

QUINTA PARTE

EL TERCER MUNDO

por
Pascal Fontaine, Yves Santamaria y Sylvain Boulouque

Traducción: M.ª José Furió

1
AMÉRICA LATINA, CAMPO DE PRUEBAS DE TODOS LOS COMUNISMOS

por
PASCAL FONTAINE

CUBA: EL INTERMINABLE TOTALITARISMO TROPICAL. Desde principios de siglo, la principal isla del Caribe ha conocido una agitada vida política marcada por la impronta de los movimientos democráticos y sociales. Ya en 1933 un golpe militar dirigido por el sargento taquígrafo Fulgencio Batista derribó la dictadura de Gerardo Machado. Convertido en jefe del ejército, a lo largo de veinte años Batista puso y depuso presidentes dentro de un poder de orientación social y contrario a la injerencia norteamericana. Tras su elección en 1940 como presidente de la República, Batista promulgó una constitución liberal. En 1952 dirigió un último golpe de Estado, interrumpió el proceso democrático simbolizado en las elecciones libres previstas para aquel mismo año y gobernó apoyándose de forma alternativa en distintos partidos políticos, entre ellos el Partido Socialista Popular, que era en realidad el Partido Comunista cubano.

Con Batista en el poder, Cuba experimentó un evidente despegue económico; aunque la riqueza estaba muy mal repartida [1], sobre todo por el fuerte desequilibrio existente entre el campo desheredado y las ciudades, dotadas de importantes infraestructuras y a las que afluía el dinero fácil dejado por la mafia italoamericana —en 1958 se estimaba en 11.500 el número de prostitutas en La Habana—. La corrupción y el mercantilismo caracterizaban la era Batista

[1] En 1952, Cuba ocupaba el tercer lugar entre los veinte países latinoamericanos en cuanto al producto nacional bruto por habitante. Treinta años más tarde, después de veinte años de castrismo, Cuba ocupaba el decimoquinto lugar, por delante solo de Nicaragua, El Salvador, Bolivia y Haití. *Cf.* Jeannine Verdès-Leroux, *La Lune et le caudillo*, Gallimard, París, 1989, pág. 16.

y, poco a poco, la clase media fue distanciándose del régimen[2]. Los estudiantes, bajo el impulso de José Antonio Echeverría, crearon un Directorio Estudiantil Revolucionario que auspició un grupo armado y atacó en marzo de 1953 el palacio presidencial. Fue un completo fracaso. Echeverría resultó muerto y el directorio quedó decapitado. Pero el 26 de julio de 1953 otro grupo de estudiantes atacó el cuartel de Moncada. Varios de ellos murieron durante el ataque y uno de sus dirigentes, Fidel Castro, fue detenido y condenado a quince años de cárcel, aunque no tardó en ser liberado. Castro abandonó Cuba en dirección a México, donde se dedicó a formar un movimiento de guerrillas, el Movimiento 26 de julio, compuesto esencialmente por jóvenes liberales. El enfrentamiento armado entre Batista y los barbudos duraría veinticinco meses.

El régimen practicó una violenta represión que provocó miles de víctimas[3]. Las redes de la guerrilla urbana fueron las más afectadas, con un 80 por 100 de bajas, contra el 20 por 100 en las guerrillas rurales de la Sierra. El 7 de noviembre de 1958 Ernesto Guevara, a la cabeza de una columna de guerrilleros, emprendió una marcha hacia La Habana. El 1 de enero Batista abandonaba el país, al igual que los principales dignatarios de su dictadura. Rolando Masferrer, el jefe de la siniestra policía paralela conocida como «los tigres», y Esteban Ventura, jefe de la policía secreta, dos torturadores, se dirigieron a Miami. El líder de la Confederación de Trabajadores Cubanos (CTC), Eusebio Mujal, que había establecido numerosos acuerdos con Batista, juzgó prudente refugiarse en la embajada argentina. La fácil victoria de los guerrilleros eclipsó el papel que desempeñaron otros movimientos en la caída de Batista. En realidad, la guerrilla solo libró algunos combates menores y Batista fue derrotado principalmente porque perdió el control de La Habana frente al terrorismo urbano. El embargo de armas americano también actuó en su contra.

El 8 de enero de 1959, Castro y los barbudos realizaron una entrada triunfal en la capital. Desde la toma del poder, las cárceles de la Cabaña en La Habana y de Santa Clara fueron el escenario de ejecuciones masivas. Según la prensa extranjera, en un período de cinco meses esta depuración sumaria causó 600 víctimas entre los partidarios de Batista. Se organizaron tribunales de ejecución exclusivamente con el fin de pronunciar condenas. «Las formas de los procesos y los principios sobre los cuales se concebía el derecho

[2] La crítica al régimen de Batista no debe llevarnos a olvidar las mentiras de la propaganda castrista respecto al estado del país: el nuevo régimen necesitaba «cargar las tintas» para aumentar su credibilidad y ganarse la simpatía de los intelectuales occidentales. Castro sostenía que el 50 por 100 de la población era analfabeta; en realidad, en 1958, este índice ascendía al 22 por 100 y, en aquella época, a nivel mundial, la tasa de analfabetismo era del 44 por 100.

[3] De la investigación llevada a cabo por Jeannine Verdès-Leroux, se concluye que la cifra de 20.000 muertos dada por la propaganda castrista, y asumida por los intelectuales europeos de izquierda, es falsa. La autora da una cifra de 2.000 muertos después de una confrontación rigurosa de las fuentes.

eran altamente significativos: la naturaleza totalitaria del régimen estaba definida en ellos desde el principio», constata Jeannine Verdès-Leroux[4]. Se celebraban simulacros de juicio en un ambiente de fiesta: una muchedumbre de 18.000 personas reunidas en el Palacio de los Deportes «juzgó» apuntando con los pulgares hacia el suelo al comandante (pro-Batista) Jesús Sosa Blanco, acusado de cometer varios asesinatos. El comandante exclamó: «¡Esto es digno de la Roma antigua!». Fue fusilado.

En 1957, en el curso de una entrevista concedida al periodista Herbert Matthews, del *New York Times*, Fidel Castro declaró: «El poder no me interesa. Después de la victoria quiero regresar a mi pueblo y continuar con mi carrera como abogado». Era esta una declaración de intenciones ciertamente hipócrita, que quedó desmentida de inmediato por la política que siguió. Desde la toma del poder, el joven Gobierno revolucionario se vio minado por sordas luchas intestinas. El 15 de febrero de 1959, el primer ministro, Miró Cardona, dimitió. Castro, convertido ya en comandante en jefe del ejército, le sustituyó. En junio decidió anular el proyecto de organizar elecciones libres, que se había prometido convocar en un plazo de dieciocho meses. Dirigiéndose a los habitantes de La Habana, justificó su decisión con esta pregunta: «¡Elecciones! ¿Para qué?». Renegaba con estas palabras de uno de los puntos fundamentales incluido en el programa de los revolucionarios contrarios a Batista. Y de este modo Castro perpetuaba una situación instaurada por el dictador caído. Por añadidura, suspendió la constitución de 1940 que garantizaba los derechos fundamentales, para gobernar únicamente mediante decreto —antes de imponer en 1976 una constitución inspirada en la de la URSS—. Asimismo se promulgaron dos leyes, la ley n.° 54 y la ley n.° 53 (texto relativo a la ley sobre asociaciones) que limitaban el derecho de los ciudadanos a asociarse libremente.

Fidel Castro, que por entonces mantenía estrechas relaciones de colaboración con sus allegados, empezó a apartar del Gobierno a los demócratas y para conseguirlo se apoyó en su hermano Raúl (miembro del Partido Socialista Popular, es decir, el Partido Comunista) y en Guevara, sovietófilo convencido. En junio de 1959 cristalizaba la oposición entre liberales y radicales a propósito de la reforma agraria iniciada el 17 de mayo. El proyecto inicial apuntaba a la creación de una burguesía media propietaria mediante el reparto de tierras. Castro optó por una política de signo más radical, bajo la égida del Instituto Nacional de Reforma Agraria (INRA), confiado a marxistas ortodoxos y del cual fue su primer presidente. De un plumazo anuló el plan propuesto por el ministro de Agricultura, Humberto Sori Marín. En junio de 1959, y para acelerar la reforma agraria, Castro ordenó al ejército que tomara el control de cien fincas en la provincia de Camagüey.

La crisis, que estaba latente, se reavivó en julio de 1959 cuando el presidente de la República, Manuel Urrutia —antiguo juez de instrucción que en

[4] Jeannine Verdès-Leroux, *op. cit.*, págs. 179-189.

1956 había defendido valientemente a algunos barbudos— presentó su dimisión. El ministro de Asuntos Exteriores, Roberto Agramonte, no tardó en ser sustituido por Raúl Roa, castrista de la primera hora. El ministro de Asuntos Sociales, que desaprobaba el veredicto pronunciado contra unos aviadores acusados de crímenes contra civiles, también dimitió[5]. En 1960 el proceso se amplió: en marzo, Rupo López Fresquet, ministro de Economía desde enero de 1959, rompió con Castro, se pasó a la oposición y más tarde marchó al exilio. Otro miembro del Gobierno, Andrés Suárez, también abandonaría definitivamente el país ese año. Con la desaparición de las últimas publicaciones independientes, el amordazamiento practicado de forma metódica alcanzaba sus objetivos. El 20 de enero de 1960, Jorge Zayas, director del diario antibatistiano *Avance*, marchó al exilio. En julio, Miguel Ángel Quevedo, redactor jefe de *Bohemia*, abandonó Cuba —*Bohemia* había reproducido las declaraciones de Castro durante el proceso del Moncada—. Únicamente continuaba saliendo a la calle la publicación comunista *Hoy*. En otoño de 1960 fueron detenidas las últimas figuras de la oposición, tanto política como militar, entre las que se contaban William Morgan y Humberto Sori Marín. Morgan, que fuera comandante en la Sierra, sería fusilado a principios de 1961.

Los últimos demócratas no tardaron en retirarse del Gobierno, como Manolo Ray[6], ministro de Obras Públicas, o Enrique Oltusky, ministro de Comunicaciones. Por entonces se produjo la primera oleada de abandonos: cerca de 50.000 personas, pertenecientes a la clase media y que habían apoyado la revolución, se exiliaron. La falta de médicos, profesores o abogados debilitaría durante mucho tiempo a la sociedad cubana.

A las clases medias les siguieron los obreros como víctimas de la represión. Desde el principio, los sindicatos se mostraron reticentes a la forma que estaba adoptando el nuevo régimen. Uno de sus principales líderes era el responsable de los sindicatos del azúcar, David Salvador. Era un hombre de izquierdas que rompió con el PSP cuando este se negó a combatir la dictadura de Batista; había organizado las grandes huelgas de las centrales azucareras en 1955; sufrió arresto y tortura y dio su apoyo a la huelga de 1958 promovida por los castristas del Movimiento 26 de julio. En 1959, tras ser democráticamente elegido secretario general de la Confederación de Trabajadores Cubanos, vio cómo se le imponía la colaboración de dos comunistas de la primera hornada que no habían sufrido la prueba democrática de su elección. Salvador trató de atajar la infiltración y el control de su central por parte de los comunistas pero desde la primavera de 1960 empezó a verse marginado y en junio optó por la clandestinidad. Fue detenido en 1962 y purgó en la cárcel una

[5] En el curso del proceso llamado de los Aviadores (febrero de 1959), el ministro de Defensa ocupó el estrado del procurador. Los aviadores resultaron absueltos y Castro intervino para que se les condenase en un segundo proceso celebrado en marzo —el Derecho está al servicio del dictador—.

[6] Manolo Ray organizó un nuevo movimiento armado, el Movimiento Revolucionario Popular (MRP), que se mostraría muy activo en los años 1960-1961.

condena de doce años. Otra gran figura de la resistencia a Batista apartada del poder. Finalmente, en 1962 Castro obtendría del sindicato único, la CTC, que solicitara la supresión del derecho de huelga: «El sindicato no es un órgano reivindicativo», precisó un miembro del aparato del partido.

Después de su detención en 1953, Castro consiguió salvar la cabeza gracias a la intervención del arzobispo de Santiago de Cuba, monseñor Pérez Serantes. El clero había acogido con alivio la marcha de Batista e incluso algunos sacerdotes siguieron a los guerrilleros en la Sierra. Pero la Iglesia se alzó contra los juicios expeditivos de los seguidores de Batista, del mismo modo que había condenado los crímenes de los «Tigres» de Masferrer. En 1959 empezó a denunciar la infiltración comunista. Castro utilizó como pretexto el asunto de bahía Cochinos[7] para prohibir por orden gubernamental la revista *La Quincena*. En mayo de 1961 se cerraron todos los colegios religiosos y sus edificios fueron confiscados, incluido el colegio jesuita de Belén, donde Castro había cursado estudios. Embutido en su uniforme, el líder máximo declaró: «Los curas falangistas ya pueden empezar a hacer las maletas». Una advertencia en modo alguno gratuita, ya que el 17 de septiembre de 1961 131 sacerdotes diocesanos y religiosos fueron expulsados de Cuba. Para sobrevivir, la Iglesia tuvo que replegarse sobre sí misma. El régimen se dedicó a la marginación de las instituciones religiosas. Unos de los procedimientos consistía en permitir que los cubanos manifestaran su fe, con el riesgo subsiguiente de sufrir medidas de represalia como la prohibición de acceder a la universidad y a puestos en la administración.

La represión también afectó de lleno al mundo artístico. En 1961, el papel que según Fidel Castro desempeñaban los artistas en el seno de la sociedad quedaba resumido en el lema: «Dentro de la revolución todo, fuera de ella nada.» El destino de Ernesto Padilla ilustra perfectamente la situación de la cultura. Padilla, un escritor revolucionario, pudo salir de Cuba en 1970 después de ser obligado a realizar su «autocrítica». Después de diez años de vagabundeo, Reinaldo Arenas aprovechó el éxodo de Mariel para abandonar, también él, definitivamente Cuba.

Che Guevara, la otra cara del mito.

Fidel Castro se refería continuamente a la Revolución francesa: si el París jacobino había tenido su Saint-Just, La Habana de los guerrilleros tenía su Che Guevara, versión latinoamericana de Nechaiev.

Nacido en 1928 en Buenos Aires, en el seno de una familia acomodada, Ernesto Guevara se dedicó desde muy joven a recorrer el subcon-

[7] Desafortunado intento de desembarco de los guerrilleros anticastristas, operación de la CIA iniciada por D. Eisenhower y continuada por J. F. Kennedy.

tinente americano. El joven burgués, debilitado por un asma crónica, terminó sus estudios de Medicina después de un periplo en mobilette entre la Pampa y la jungla de América Central. En los primeros años cincuenta conoció la miseria de la Guatemala del régimen progresista de Jacobo Arbenz, derribado por los norteamericanos —ahí nacería el odio de Guevara a Estados Unidos—. «Pertenezco, por mi formación ideológica, a los que creen que la solución de los problemas de este mundo está detrás del llamado telón de acero», escribió a un amigo en 1957 (carta a René Ramos Latour, citada por Jeannine Verdès-Leroux, *op. cit.*). Una noche de 1955, en México, conoció a un joven abogado cubano exiliado que preparaba su retorno a Cuba: Fidel Castro. Guevara decidió unirse a los cubanos que habrían de desembarcar en la isla en diciembre de 1956. En la guerrilla fue nombrado comandante de una «columna» donde pronto destacó por su dureza. Un muchacho, guerrillero de su columna, que había robado un poco de comida, fue fusilado de inmediato sin ningún proceso. Este «partidario del autoritarismo a ultranza» según su antiguo compañero en Bolivia Régis Debray (*Loués soient nos seigneurs*, Gallimard, 1996, pág. 184), que quería imponer una revolución comunista, se enfrentó con varios comandantes cubanos, auténticos demócratas.

En otoño de 1958 abrió un segundo frente en la llanura de Las Villas, en el centro de la isla. Más tarde obtendría un éxito clamoroso al atacar en Santa Clara un tren con refuerzos militares enviado por Batista. Los militares escaparon, rehuyendo el combate. Una vez conseguida la victoria, Guevara ocupó el cargo de «fiscal» y decidió algunos recursos de gracia. No obstante, la cárcel de la Cabaña donde él oficiaba fue el escenario de numerosas ejecuciones, sobre todo de antiguos compañeros de armas que seguían declarándose demócratas.

En el ejercicio de sus funciones como ministro de Industria y director del banco central, encontró la oportunidad de aplicar su doctrina política, imponiendo en Cuba el «modelo soviético». Despreciaba el dinero pero vivía en los barrios privados de La Habana; era ministro de Economía pero carecía de las más elementales nociones de economía, por lo que terminó arruinando el banco central. Se mostraría más capacitado para instituir los «domingos de trabajo voluntario», fruto de su admiración por la URSS y por China —él sería uno de los que aplaudieron la Revolución Cultural—. «Fue él y no Fidel quien inventó en 1960, en la península de Guanaha, el primer campo de trabajo correctivo (a los que nosotros llamaríamos trabajos forzados)...», según ha señalado Régis Debray (*op. cit.*, pág. 185).

Este discípulo de la escuela del terror celebraba en su testamento «el odio eficaz que hace del hombre una eficaz, violenta, selectiva y fría máquina de matar» (Régis Debray, *op. cit.*, pág. 186). «No puedo ser amigo de alguien que no comparte mis ideas», confesaba este sectario

que bautizó a su hijo con el nombre de Vladimir en homenaje a Lenin. Dogmático, frío e intolerante, la personalidad del «Che» (expresión argentina) estaba muy lejos de la naturaleza abierta y cálida de los cubanos. En Cuba fue uno de los artífices del reclutamiento de la juventud, sacrificada al culto del nuevo hombre.

Deseoso de exportar la revolución en su versión cubana y cegado por un antiamericanismo lapidario, se dedicó a propagar la guerrilla a través del mundo según su lema: «¡Crear dos, tres... muchos Vietnam!» (mayo de 1967). En 1963 viajó a Argelia y luego a Dar-es-Salam, antes de dirigirse al Congo, donde se cruzaría con un tal Désiré Kabila, un marxista, convertido en el día de hoy en amo de Zaire, que no hace ascos al asesinato de las poblaciones civiles.

Castro lo utilizó con fines tácticos. Cuando se produjo la ruptura entre ambos, Guevara se dirigió a Bolivia, donde intentó aplicar la teoría del *foco* guerrillero, desdeñando la política del Partido Comunista boliviano. Sin embargo, no encontró respaldo alguno por parte de los campesinos, pues ni uno solo llegó a incorporarse a su guerrilla itinerante. Aislado y acorralado, Guevara fue capturado y ejecutado al día siguiente, el 8 de octubre de 1967.

Al ejército de antiguos rebeldes también se les hizo entrar en vereda. En julio de 1959 dimitió y marchó a Estados Unidos un allegado de Castro, el comandante de aviación Díaz Lanz. Un mes después se organizaba la primera oleada de detenciones con el pretexto de desbaratar una tentativa de golpe de Estado.

Desde 1956, Huberto Matos había colaborado con los barbudos en la Sierra, buscando apoyos en Costa Rica, suministrándoles armas y municiones con un avión privado y liberando Santiago de Cuba, la segunda ciudad del país, marchando a la cabeza de la columna número 9 «Antonio Guiteras». Fue nombrado gobernador general de Camagüey, pero su profundo desacuerdo con la «comunistización» del régimen le llevó a abandonar sus funciones. Castro lo consideró una conspiración y encargó a un héroe de la guerrilla, Camilo Cienfuegos, la detención de Marcos por su «anticomunismo». Sin ninguna consideración hacia el que fuera ejemplar combatiente, Castro le impuso un «Proceso de Moscú en La Habana» en el que intervino personalmente. No mostró ninguna moderación al presionar al tribunal: «Os digo que escojáis: ¡o Matos o yo!», y prohibió que declararan los testigos favorables al acusado. Matos fue condenado a veinte años de cárcel, condena que cumplió hasta el último día. Todos sus familiares fueron encarcelados.

Numerosos opositores a Castro, que se veían privados de cualquier posibilidad de expresión, entraron en la clandestinidad, a la que se sumaron veteranos instigadores de la guerrilla urbana contra Batista. A principios de la década de los sesenta, esta oposición clandestina se transformó en un movimiento de revuelta, dirigida por auténticos barbudos, implantado en las montañas de Escambray, que rechazaba la colectivización forzosa de las tierras y la dictadura. Raúl Castro envió todos sus recursos militares, blindados y artillería, así como cientos de milicianos, para poner fin a la rebelión. Las familias de los campesinos rebeldes fueron desplazadas con objeto de minar la base popular de la revuelta. Centenares de familias se vieron transplantadas a cientos de kilómetros de Escambray, a la región de las plantaciones tabaqueras de Pinar del Río, en el extremo oeste de la isla. Esta fue la única ocasión en que el poder castrista recurrió a deportar a la población.

No obstante, los combates se prolongaron durante cinco años. Los guerrilleros, cada vez más aislados, fueron desapareciendo uno tras otro. La justicia fue sumaria para los rebeldes y sus jefes. Guevara encontró la ocasión de liquidar a uno de los antiguos jefes de la guerrilla contraria a Batista, Jesús Carreras, que desde 1958 se había mostrado contrario a su política. Carreras, que resultó herido en una escaramuza, fue llevado al paredón sin que Guevara quisiera concederle el perdón. En Santa Clara fueron capturados y luego juzgados 381 «bandidos». En los años que siguieron al triunfo de 1959 y durante la liquidación de la resistencia de Escambray, en la cárcel de La Loma de los Coches fueron fusilados más de 1.000 «contrarrevolucionarios».

Después de dimitir del cargo de ministro de Agricultura, Humberto Sori Marín, intentó crear en Cuba un foco de lucha armada. Detenido y juzgado por un tribunal militar, Sori Marín fue condenado a la pena capital. Su madre imploró a Castro el perdón, recordándole que ambos se conocían desde los años cincuenta. Fidel Castro prometió el indulto. Unos días después Sori Marín era fusilado.

Con cierta periodicidad, después de los guerrilleros de Escambray, se repitieron las tentativas de implantar comandos armados en suelo cubano. La mayoría pertenecían a los comandos Liberación de Tony Cuesta y a los grupos Alpha 66, creados en los primeros años sesenta. La mayoría de estos desembarcos, inspirados en el del propio Castro, fracasaron.

En 1960 los jueces perdieron su inamovilidad y pasaron a depender de la autoridad del poder central, lo que suponía la negación de la separación de poderes, una característica de la dictadura.

Tampoco la universidad pudo escapar a este proceso de coacción general. Pedro Luis Boitel, un joven estudiante de ingeniería, antiguo opositor a Batista y encarnizado adversario de Fidel Castro, se presentó a la presidencia de la Federación Estudiantil Universitaria (FEU). Sin embargo, con el apoyo de los hermanos Castro, sería Rolando Cubella, el candidato del régimen, el elegido. Boitel sería detenido poco después y condenado a diez años de prisión. Fue encarcelado en una cárcel especialmente dura: Boniato. En varias ocasiones Boitel hizo huelga de hambre en protesta por el trato inhumano que se daba allí. El 3 de abril, fecha del inicio de una huelga para obtener condiciones más decentes de encarcelamiento, manifestó a uno de los responsables de

la cárcel: «Hago esta huelga para que se me apliquen los derechos reservados a los presos políticos. ¡Unos derechos que ustedes exigen para los detenidos de las dictaduras de países latinoamericanos y que les niegan a los de su país!». Pero en vano. Boitel agonizó sin que se le prestara asistencia médica. A los cuarenta y cinco días su estado era crítico. A los cuarenta y nueve, caía en un estado semicomatoso. Las autoridades seguían sin intervenir. El 23 de mayo, a las tres de la madrugada, después de cincuenta y tres días de huelga de hambre, Boitel murió. Las autoridades no permitieron que su madre viera su cuerpo.

Castro no tardó en apoyarse en un servicio de información eficaz. La «seguridad» le fue confiada a Ramiro Valdés, mientras que Raúl Castro tenía el mando supremo del ministerio de Defensa. Raúl reactivó los tribunales militares y pronto el paredón se convirtió en un instrumento judicial más.

El Departamento de Seguridad del Estado (DSE), al que los cubanos llamaban la «Gestapo roja», era también conocido con el nombre de Dirección General de Contra-Inteligencia. Este departamento realizaría sus primeras acciones en 1959-1962 cuando recibió el encargo de infiltrarse en los distintos grupos de oposición a Castro y destruirlos. El DSE dirigió la sangrienta liquidación de la guerrilla de Escambray y se ocupó de la implantación de trabajos forzados. Por supuesto, el DSE es el que detenta el control del sistema carcelario.

Inspirándose en el sistema soviético, el DSE estuvo dirigido desde el principio por Ramiro Valdés, un hombre próximo a Castro desde los tiempos de Sierra Madre. Con los años, el DSE representaría un papel cada vez más destacado, obteniendo asimismo cierta autonomía. Teóricamente, depende del «Minit», el ministerio del Interior. Comprende varias ramas que serían descritas con todo detalle por el general de aviación Del Pino después de refugiarse en Miami en 1987. Algunas secciones se encargan de vigilar a los funcionarios de las administraciones. La tercera sección controla a los que trabajan en el sector de la cultura, los deportes y la creación artística (escritores, cineastas). La cuarta sección se ocupa de los organismos vinculados a la economía, el ministerio de Transportes y de Comunicaciones. La sexta sección, que emplea a más de 1.000 agentes, tiene a su cargo las escuchas telefónicas. La sección octava vigila la correspondencia, es decir, viola el secreto del correo postal. Otras secciones controlan al cuerpo diplomático y a los visitantes extranjeros. La DSE sirve a la supervivencia del sistema castrista al utilizar con fines económicos a los miles de detenidos destinados a trabajos forzados. Este organismo constituye un mundo de privilegiados que disfrutan de poderes ilimitados.

La Dirección Especial del Ministerio del Interior o DEM recluta a miles de chivatos para controlar a la población. La DEM trabaja apoyándose en tres ejes: el primero, llamado «información», consiste en elaborar un informe sobre cada cubano; el segundo, «estado de opinión», sondea la opinión de los habitantes, y el tercero, llamado «línea ideológica», tiene la misión de vigilar a las iglesias y congregaciones mediante la infiltración de agentes.

Desde 1967, el Minit dispone de sus propias secciones de intervención, las Fuerzas Especiales, que en 1995 contaban con 50.000 hombres. Son tropas de choque que colaboran estrechamente con la Dirección 5 y la Dirección de Seguridad Personal, guardia pretoriana de Castro, compuesta por tres unidades de escolta con más de 100 hombres cada una. Hombres rana y un destacamento naval sirven de refuerzo a la DSP, encargada de proteger la integridad física de Fidel Castro. En 1995 se estimaba que varios miles de hombres integraban estas tropas. Además, varios expertos estudian los posibles escenarios de atentados contra Fidel. Unos degustadores prueban su comida y tiene a su disposición las veinticuatro horas del día un cuerpo médico especial.

La Dirección 5 se ha «especializado» en eliminar a los opositores. Dos auténticos opositores a Batista, convertidos luego en anticastristas, fueron víctimas de esta sección: Elías de la Torriente fue abatido en Miami, mientras Aldo Vera, uno de los jefes de la guerrilla urbana contra Batista, era asesinado en Puerto Rico. Huberto Matos, exiliado en Miami, se ve obligado a recurrir a la protección de varios vigilantes armados. Las detenciones e interrogatorios practicados por la Dirección 5 tienen lugar en el Centro de Detención de Villa Marista, en La Habana, un antiguo edificio de la congregación de los hermanos maristas. A los detenidos se les inflinge tortura, más psíquica que física, en un universo cerrado, a resguardo de las miradas y en un extremo aislamiento.

Otra unidad de la policía política es la llamada Dirección General de la Inteligencia, más parecida a un servicio clásico de información. Sus ámbitos de acción preferentes son el espionaje, el contraespionaje, la infiltración en las administraciones de países no comunistas y en las organizaciones de exiliados cubanos.

Es posible establecer un balance de la represión desencadenada en los años sesenta: entre 7.000 y 10.000 personas fueron pasadas por las armas y se estima en 30.000 el número de presos políticos. En consecuencia, el Gobierno castrista muy pronto se vio obligado a ocuparse de un número considerable de presos políticos, principalmente los presos de Escambray y los de Playa Girón —Bahía Cochinos—.

La Unidad Militar de Ayuda a la Producción (UMAP), que funcionó entre 1964 y 1967, significó el primer intento de desarrollo de trabajo penitenciario. Los campos de la UMAP, operativos desde noviembre de 1965, eran auténticos campos de concentración en los que se mezclaron indiscriminadamente religiosos (católicos, y entre ellos el actual arzobispo de La Habana, monseñor Jaime Ortega; protestantes y testigos de Jehová), proxenetas, homosexuales y cualquier individuo considerado «potencialmente peligroso para la sociedad». Los presos tuvieron que construirse ellos mismos sus barracas, especialmente en la región de Camagüey. A las «personas socialmente desviadas» se las sometía a una disciplina militar que se transformó en un régimen de malos tratos, subalimentación y aislamiento. Para escapar de este infierno, algunos detenidos se automutilaron. Otros salieron destrozados psíquicamente de su encarcelamiento.

Una de las funciones de la UMAP era la «reeducación» de los homosexuales. Ya antes de la creación de este organismo, muchos perdieron su trabajo, sobre todo los que formaban parte del mundo cultural. La Universidad de La Habana fue objeto de purgas contra homosexuales y era habitual «juzgar» a los homosexuales en público en su centro de trabajo. Se les obligaba a reconocer sus «vicios», y a renunciar a ellos so pena de ser despedidos antes de ser encarcelados. Las protestas internacionales provocaron el cierre de los campos de la UMAP tras dos años de funcionamiento.

En 1964 se puso en marcha un programa de trabajos forzados en la isla de los Pinos: el plan «Camilo Cienfuegos». Se organizó la población penal en brigadas, divididas en grupos de 40 personas, las cuadrillas, al mando de un sargento o un teniente, y se la destinó a los trabajos agrícolas o a la extracción, de mármol principalmente, en las canteras. Las condiciones de trabajo eran muy duras y los presos trabajaban prácticamente desnudos, cubiertos tan solo con un simple calzón. A guisa de castigo, a los más rebeldes se les obligaba a cortar la hierba con los dientes, y a otros se les sumergía en letrinas durante varias horas.

La violencia del régimen penitenciario alcanzó por igual a presos políticos y comunes. Empezaba con los interrogatorios dirigidos por el Departamento Técnico de Investigaciones, las secciones encargadas de las investigaciones. El DTI utilizaba el aislamiento y explotaba las fobias de los detenidos. Así, a una mujer con fobia a los insectos la encerraron en una celda infestada de cucarachas. El DTI recurría a presiones físicas violentas: se obligaba a los presos a subir escaleras provistos de zapatos lastrados con plomo, luego se les precipitaba escalones abajo. A la tortura física se añadía la psíquica, a menudo con seguimiento médico. Los guardias utilizaban el pentotal y otras drogas para mantener despiertos a los detenidos. En el hospital de Mazzora se practicaba el electroshock con fines represivos sin ninguna restricción. Los vigilantes utilizaban perros guardianes y realizaban simulacros de ejecución. Las celdas de castigo carecían de agua y electricidad. Cuando se quería despersonalizar a un detenido, se le mantenía en un local de aislamiento.

En Cuba, la responsabilidad se consideraba colectiva; el castigo también. Es esta otra medida represiva: los familiares del detenido pagan socialmente el compromiso de su pariente. Sus hijos no pueden acceder a la universidad y los cónyuges pierden su trabajo.

Conviene distinguir entre las cárceles «normales» y las cárceles de seguridad, dependientes del GII (policía política). La cárcel Kilo 5,5, situada a esa misma distancia de la autopista de Pinar del Río, es una cárcel de alta seguridad que existe todavía hoy. Su director era el capitán González, apodado El Ñato, quien mezcló deliberadamente a presos comunes y políticos. En las celdas previstas para dos presos se hacinaban siete u ocho y los detenidos dormían en el suelo. A las celdas disciplinarias las bautizaron como tostadoras debido al insoportable calor que reinaba en ellas tanto en invierno como en verano. Kilo 5,5, es un centro cerrado donde los detenidos fabrican productos artesanales. Cuenta con una sección destinada a las mujeres. En Pinar del Río se acondicionaron celdas subterráneas y salas de interrogatorios. Desde hace algunos años se practica una tortura más psíquica que física, sobre todo la consistente en la privación del sueño, bien conocida desde los años treinta en la URSS. A la ruptura del ritmo del sueño y a la pérdida de la noción del tiempo se añaden las amenazas contra los familiares y el chantaje relativo a la frecuencia de las visitas. La cárcel Kilo 7 de Camagüey es de las más violentas. En 1974, una riña causó la muerte de 40 presos.

El centro GII de Santiago de Cuba, construido en 1980, tiene el dudoso privilegio de poseer celdas a temperaturas muy altas y muy bajas. A los presos se les despierta cada veinte o treinta minutos, un tratamiento que puede prolongarse durante meses. Desnudos y aislados del mundo exterior, muchos de los presos a los que se infligen estas torturas psíquicas presentan al cabo de cierto tiempo trastornos irreversibles.

La cárcel más tristemente célebre fue durante mucho tiempo La Cabaña, donde fueron ejecutados Sori Marín y Carreras. Todavía en 1982 fueron fusilados cerca de 100 presos. La «especialidad» de la Cabaña eran los calabozos de dimensiones reducidas llamados ratoneras. La cárcel fue desafectada en 1985, pero las ejecuciones continúan en Boniato, una cárcel de alta seguridad donde impera una violencia sin límites y donde se mata de hambre a decenas de presos políticos. Para no ser violados por los presos comunes, algunos políticos se embadurnan con excrementos. Boniato sigue siendo todavía hoy la cárcel de los condenados a muerte, ya sean políticos o comunes. Es célebre por sus celdas tapiadas. En ella hallaron la muerte decenas de presos sin recibir asistencia médica. Los poetas Jorge Valls, que cumplió 7.340 días de cárcel, y Ernesto Díaz Rodríguez, así como el comandante Eloy Gutiérrez Menoyo, ofrecieron su testimonio sobre las condiciones especialmente duras que imperan en ella. En agosto de 1995 estalló una huelga de hambre conjunta de presos políticos y comunes para denunciar sus deplorables condiciones de vida: comida infecta y enfermedades infecciosas (tifus, leptospirosis). La huelga duró cerca de un mes.

Algunas cárceles han vuelto a usar las jaulas de hierro. A finales de los años sesenta, en la prisión de Tres Macios del Oriente, las gavetas, destinadas en un principio a los presos comunes, fueron ocupadas por presos políticos. Se trataba de una celda de un metro de ancho por uno ochenta de alto y unos diez metros de largo. En este universo cerrado, sin agua ni higiene, los presos, comunes y políticos se veían recluidos en una promiscuidad difícil de soportar durante semanas y, en algunos casos, meses.

En los años sesenta se inventaron las requisas con fines represivos. Se despertaba a los detenidos en plena noche y se los desalojaba violentamente de sus celdas. Embrutecidos por los golpes, y a menudo desnudos, eran obligados a reunirse para esperar a que terminara la inspección antes de poder volver a sus celdas. Las requisas podían repetirse varias veces al mes.

Las visitas de los familiares ofrecían a los guardianes la ocasión de humillar a los detenidos. En La Cabaña tenían que presentarse desnudos ante sus familiares. Los maridos encarcelados debían presenciar el registro de las partes íntimas de sus esposas.

La situación de las mujeres en el universo carcelario cubano es particularmente dramática porque se ven entregadas, sin defensa, al sadismo de los guardias. Desde 1959, más de 1.100 mujeres han sido condenadas por causas políticas. En 1963 iban a la cárcel de Guanajay. Los testimonios reunidos han dejado constancia de que se recurría a las palizas y a humillaciones diversas. Un ejemplo: antes de pasar a la ducha, las detenidas debían desnudarse en presencia de sus guardianes, que las golpeaban. En el campo de Potosí, en la zona de las Victorias de las Tunas, había en 1986 3.000 presas —delincuentes, prostitutas y políticas—. La cárcel de Nuevo Amanecer sigue siendo la más importante de La Habana. La doctora Martha Frayde, amiga de Castro durante mucho tiempo, y representante de Cuba en la Unesco en los años setenta, ha descrito este centro penitenciario y las condiciones particularmente duras que imperan en él: «Mi celda medía seis metros por cinco. Éramos 22 y dormíamos en literas de dos o tres pisos. (...) En nuestra celda llegamos a juntarnos 42 mujeres. (...) Las condiciones higiénicas llegaban a ser del todo insoportables. Las pilas donde nos lavábamos estaban llenas de inmundicias. Resultaba totalmente imposible asearse. (...) El agua empezó a escasear y la evacuación de los retretes se hizo imposible. Se llenaron y luego se desbordaron. Acabó formándose una capa de excrementos que invadía nuestras celdas. Luego, como un chorro imparable, llegó hasta el pasillo, luego a la escalera para bajar hasta el jardín. (...) Las presas políticas (...) armaron tal alboroto que la dirección de la cárcel se decidió a enviar un camión-cisterna. (...) Con el agua estancada del camión barrimos los excrementos, pero el agua de la cisterna no era suficiente y hubo que seguir viviendo sobre aquella capa nauseabunda que no retiraron hasta unos días más tarde»[8].

Uno de los mayores campos de concentración está situado en la región de Camagüey: El Mambi, que en los años ochenta encerraba a más de 3.000 prisioneros. El de Siboney, donde las condiciones de vida son tan execrables como la comida, tiene el temible privilegio de contar con una perrera. Los pastores alemanes sirven para buscar a los presos evadidos.

En Cuba existen campos de trabajo de «régimen severo». Los condenados que no se han incorporado a sus lugares de detención son juzgados por un tribunal popular interno del campo y se los traslada entonces a un campo de régimen severo donde los consejos de trabajo de los presos desempeñan un papel idéntico al de los kapos de los campos nazis: los «consejeros» juzgan y castigan a sus propios compañeros de prisión.

[8] Martha Frayde, *Écoute Fidel*, Denoël, Paris, 1987.

Con frecuencia los presos ven agravadas sus penas por iniciativa de los mandos de la cárcel. Al que se rebela se le añade otra pena de prisión a su condena inicial. La segunda pena sanciona la negativa a llevar el uniforme de los presos comunes o a participar en los «planes de rehabilitación» o una huelga de hambre. En tal caso, los tribunales, considerando que el detenido deseaba atentar a la seguridad del Estado, piden una pena de «seguridad posdelictiva». Se trata, en la práctica, de uno o dos años más de detención en un campo de trabajo. No es raro que algunos detenidos cumplan una pena añadida de un tercio o de la mitad de la pena inicial. Boitel, condenado a diez años de cárcel, acumuló por este sistema cuarenta y dos años de encarcelamiento.

El campo Arco Iris, situado cerca de Santiago de Las Vegas, fue concebido para acoger a 1.500 adolescentes. No es el único: existe también el de Nueva Vida, al sureste de la isla. En la zona de Palos se encuentra el Capitolio, un campo de internamiento especial reservado para niños de alrededor de diez años. Los adolescentes cortan la caña de azúcar o realizan trabajos artesanales, lo mismo que los niños enviados en *stage* a Cuba por el MPLA de Angola o por el régimen etíope en los años ochenta. Otros internos de estos campos y cárceles, los homosexuales, han conocido todo tipo de régimen penitenciario: a los trabajos forzados y a la UMAP siguen el encarcelamiento «clásico» en la cárcel. Algunas veces disponen de un bloque especial en el recinto de la prisión, como ocurre en Nueva Cárcel, en La Habana del Este.

El detenido se ve despojado de todos sus derechos y sometido e integrado en un «plan de rehabilitación» que supuestamente le prepara para su reinserción en la sociedad socialista. Este plan comprende tres fases: a la primera se la llama «período de máxima seguridad» y se desarrolla en la cárcel; la segunda, de «media seguridad», tiene lugar en una granja; la tercera, llamada de «seguridad mínima», se efectúa en un «frente abierto».

Los detenidos en «curso de plan» llevaban el uniforme azul, igual que los comunes. De hecho, el régimen ha intentado con este procedimiento confundir a presos políticos y comunes. A los políticos que rechazaban el plan se les imponía el uniforme amarillo del ejército de Batista, una vejación insoportable para los numerosos presos por delitos de opinión procedentes de las filas de la lucha contra Batista. Estos detenidos «indisciplinados», contrarios al plan (plantado), rechazaban enérgicamente ambos uniformes. En ocasiones, las autoridades los dejaban años enteros vestidos con un simple calzón —de ahí el apodo de calzoncillos que se les daba— y no recibían ninguna visita. Huberto Matos, que fue uno de los plantados, declaró: «Viví varios meses sin uniforme y sin recibir visitas. Estuve incomunicado sencillamente porque me negué a someterme a la arbitrariedad de las autoridades. (...) Preferí resistir desnudo, en medio de otros presos también desnudos, en una promiscuidad difícilmente soportable».

El paso de una fase a otra depende de la decisión de un «oficial reeducador». En general, quiere imponer la resignación a través del agotamiento físico y moral del detenido en fase de reeducación. Carlos Franqui, antiguo funcionario del régimen, analizaba así el espíritu de este sistema: «El opositor es un enfermo y el policía su médico. El preso quedará libre cuando inspire confianza al policía. Si no acepta la "cura", el tiempo no cuenta».

Las penas más pesadas se purgan en la cárcel. La Cabaña, que dejó de funcionar en 1974, contaba con un bloque especial reservado a los presos civiles (la zona 2) y otro para los militares (la zona 1). La zona 2 se llenó rápidamente con más de 1.000 hombres, repartidos en galerías de treinta metros de largo por seis de ancho. Existían además cárceles dependientes del GII, la policía política.

Los condenados a penas leves, entre tres y siete años, eran destinados a frentes o granjas. La granja, una innovación castrista, está formada por barracas confiadas a guardias del ministerio del Interior con permiso para disparar contra cualquier persona a la que vean que intenta escapar[9]. El edificio está rodeado de varias alambradas y miradores y tiene la apariencia de un campo de trabajo correccional soviético. Algunas granjas podían alojar de cinco a siete presos. Las condiciones de detención son espantosas: de doce a quince horas de trabajo al día sometidos a la prepotencia de los guardianes, que no vacilan en golpear con la bayoneta a los detenidos para acelerar el ritmo de trabajo.

En cuanto al «frente abierto», se trata de una obra donde el preso debe residir, generalmente bajo mando militar. Se trata siempre de obras de construcción con un número de detenidos que va de cincuenta al centenar, a veces 200 si la obra es importante. Los detenidos de las granjas, ya sean políticos o comunes, producen elementos prefabricados que ensamblan después los de los frentes abiertos. El detenido de un frente abierto dispone de tres días de permiso a finales de cada mes. Según varios testimonios, la alimentación no es tan mala como en los campos. Cada frente es independiente, lo cual permite una gestión más fácil de los detenidos al evitar una concentración excesiva de presos políticos, que podrían crear focos de disidencia.

Este tipo de sistema presenta un interés económico incontestable[10] de lo que es buena prueba la movilización de todos los presos para cortar la caña de azúcar, la zafra. El responsable de las cárceles en Oriente, al sur de la isla, Papito Struch, declaraba en 1974: «Los presos constituyen la principal fuerza de trabajo de la isla». En 1974, el valor del trabajo realizado representaba más de trescientos ochenta y cuatro millones de dólares. Los organismos del Estado pueden recurrir a los prisioneros. Así, el 60 por 100 de los empleados en las obras del Desarrollo de Obras Sociales y Agrícolas (DESA) son detenidos. Los presos trabajan en decenas de granjas en Los Valles de Picadura, que conforman el escaparate de los logros de la reeducación a través del trabajo.

[9] Alfredo Carrión fue abatido a quemarropa por un guardián conocido con el nombre de Jaguey Grande por haber intentado evadirse de la Granja Melena 2.

[10] El semanario gubernamental *Bohemia* reconoció en abril de 1973 «el uso de prisioneros contrarrevolucionarios en tareas de interés público».

Decenas de huéspedes del Gobierno han visitado estas instalaciones, entre ellos algunos jefes de Estado como Leónidas Brezhnev, Huari Bumedian y François Mitterrand en 1974.

Todas las escuelas secundarias de provincia fueron construidas por presos políticos con un mando civil reducido al mínimo, compuesto por algunos técnicos. En Oriente, en Camagüey, los detenidos construyeron más de veinte escuelas politécnicas. En toda la isla existen numerosas centrales azucareras gracias a su trabajo. El semanario *Bohemia* enumeraba de manera detallada otros trabajos realizados por la mano de obra penitenciaria: lecherías, centrales de crianza de ganado en la provincia de La Habana; talleres de carpintería y escuelas secundarias en Pinar del Río; una porqueriza, una lechería, un taller de carpintería en Matanzas; dos escuelas secundarias y diez lecherías en Las Villas... Los planes de trabajo, cada año más exigentes, requieren una cantidad cada vez más importante de prisioneros.

En septiembre de 1960, Castro creó los comités de Defensa de la Revolución (CDR). Estos comités de barrio tiene como base la cuadra o manzana de calle a la cabeza de la cual se encuentra el responsable de vigilar las actividades «contrarrevolucionarias» del conjunto de los habitantes. Es una vigilancia social muy estrecha. Los miembros del comité están obligados a asistir a las reuniones del CDR y se les moviliza para realizar rondas con objeto de hacer fracasar la «infiltración enemiga». Este sistema de vigilancia y delación ha acabado con la intimidad de las familias.

La finalidad de los CDR se puso de manifiesto cuando en marzo de 1961, a instancias de R. Valdés, el jefe de Seguridad, se organizó y practicó en un fin de semana una gigantesca redada. Partiendo de las listas que había elaborado el CDR, más de 100.000 personas fueron convocadas y varios miles de ellas conducidas a centros de detención: estadios, edificios o gimnasios.

Los cubanos sintieron una profunda conmoción ante el éxodo masivo del puerto de Mariel en 1980 y esa conmoción fue mayor porque los CDR organizaron siguiendo consignas actos de repudio destinados a marginar socialmente y a destrozar moralmente a los opositores —a los que desde entonces se apodó gusanos— y a sus familias. Una airada muchedumbre concentrada delante de la casa del opositor arrojaba piedras e insultaba a sus habitantes. En las fachadas se pintaban consignas castristas e insultos. La policía solo intervenía cuando la «acción revolucionaria de masa» resultaba físicamente peligrosa para la víctima. Esta práctica de poco menos que linchamiento alimentaba en el seno de la población sentimientos de odio recíproco en una isla donde todo el mundo se conoce. Los actos de repudio destrozan los lazos entre vecinos y alteran el tejido social para imponer la omnipotencia del Estado socialista. La víctima, abucheada con gritos de «¡Afuera gusano!», «¡Agente de la CIA!» y, por supuesto, «¡Viva Fidel!», no tiene forma alguna de defenderse por la vía judicial. El presidente del comité Cubano de los Derechos del Hombre, Ricardo Bofill, fue sometido a un acto de repudio en 1988. En 1991 le llegó el turno de ser su víctima al presidente del Movimiento Cristiano de Liberación,

Oswaldo Payas Sardinas. Pero, ante el cansancio de los cubanos frente a estos desmanes de odio social, las autoridades recurrieron a otros agresores procedentes de barrios distintos a los de las víctimas.

Según el artículo 16 de la Constitución, el Estado «organiza, dirige y controla la actividad económica de acuerdo con las directivas del plan único de desarrollo económico y social». Detrás de esta fraseología colectivista se oculta una realidad más prosaica: los cubanos no disponen de su fuerza de trabajo ni de su dinero en su propio país. En 1980 la isla vivió una oleada de descontento y disturbios que se tradujo en el incendio de algunos almacenes. El DSE actuó de inmediato y en menos de setenta y dos horas detuvo a 500 «opositores». Después, los servicios de seguridad intervinieron contra los mercados libres campesinos y, para terminar, se lanzó en todo el país una campaña de amplio alcance contra los que traficaban en el mercado negro.

En marzo de 1971 se adoptó una ley, la número 32, que reprimía el absentismo laboral. En 1978 se promulgó la ley de «peligrosidad predelictiva», o dicho de otro modo, un cubano podía ser detenido bajo cualquier pretexto si las autoridades estimaban que representaba un peligro para la seguridad del Estado, aun cuando no hubiera realizado ningún acto en este sentido. De hecho, esta ley instituye como crimen la expresión de cualquier pensamiento no conforme con los cánones del régimen. E incluso más, ya que cualquiera pasa a ser potencialmente sospechoso.

Después de la UMAP, el régimen utilizó a detenidos del servicio militar obligatorio. La Columna Juvenil del Centenario [11], creada en 1967, se convirtió en 1973 en El Ejército Juvenil del Trabajo, una organización paramilitar. Los jóvenes trabajan en los campos y participan en obras de construcción en condiciones a menudo espantosas, con horarios difícilmente soportables a cambio de un salario ridículo, de siete pesos, es decir, un tercio de dólar de 1997.

La militarización de la sociedad era ya una realidad antes de la guerra de Angola. Todo cubano que hubiese realizado el servicio militar debía formalizar el registro de su cartilla ante un comité militar y presentarse cada seis meses para verificar su situación (trabajo, dirección).

Desde los años sesenta, los cubanos han «votado con sus remos». Los primeros en abandonar Cuba de forma masiva, a partir de 1961, fueron los pescadores. El balsero, equivalente cubano del *boat-people* del sureste asiático, forma parte del paisaje humano de la isla de la misma manera que el cortador de caña. El exilio ha sido sutilmente utilizado por Castro como un medio de regular las tensiones internas en la isla. Este fenómeno, presente desde el inicio del régimen, se ha producido sin interrupción hasta mediados de los años setenta. Muchos de los que abandonaban la isla lo hacían en dirección a Florida o a la base americana de Guantánamo.

Pero el fenómeno de los balseros llegó a conocimiento del mundo entero con la crisis de abril de 1980 cuando miles de cubanos ocuparon la embajada

[11] Se trata del centenario de la revuelta contra los españoles en 1868.

de Perú en La Habana reclamando visados de salida para escapar de una vida cotidiana insoportable. Al cabo de varias semanas, las autoridades autorizaron a 125.000 de ellos —sobre una población que en la época ascendía a 10 millones de habitantes— a abandonar el país embarcando en el puerto de Mariel. Castro aprovechó para «liberar» a los enfermos mentales y a pequeños delincuentes. Este éxodo masivo fue una manifestación de desaprobación del régimen, ya que los marielitos, como se los llamó, procedían de las capas más humildes de la sociedad, a las que supuestamente el régimen dedicaba mayor atención. Blancos, mulatos y negros, con frecuencia jóvenes, huían del socialismo cubano. Después del episodio de Mariel, muchos cubanos se inscribieron en las listas para obtener el derecho a abandonar su país. Diecisiete años más tarde continúan esperando esa autorización.

Por primera vez desde 1959, en el verano de 1994 La Habana fue el escenario de violentos tumultos cuando algunos candidatos a salir de la isla, al no poder embarcar en las balsas, se enfrentaron a la policía. El frente de mar —el famoso Malecón—, en las calles del barrio de Colón, fue arrasado. El restablecimiento del orden supuso el arresto de varias decenas de personas pero, finalmente, Castro autorizó el éxodo de otros 25.000 cubanos. Desde entonces la huida de cubanos no ha cesado y las bases americanas de Guantánamo y Panamá están saturadas de exiliados voluntarios. Castro intentó frenar esta huida en balsas mediante helicópteros que debían bombardear las frágiles embarcaciones con sacos de arena. Cerca de 7.000 personas perdieron la vida en el mar durante el verano de 1994 y se estima que un tercio del total de los balseros murió en su huida. En treinta años, unos 100.000 cubanos han intentado evadirse por mar. En total, los diversos éxodos han dado como resultado que Cuba tenga al 20 por 100 de sus ciudadanos en el exilio. Sobre una población total de 11 millones de habitantes, cerca de dos millones de cubanos viven fuera de la isla. El exilio ha desestructurado a las familias y resulta incontable el número de ellas repartidas por La Habana, Miami, España o Puerto Rico...

Entre 1975 y 1989, Cuba sostuvo el régimen marxista-leninista del Movimiento Popular de Liberación de Angola, MPLA (véase la contribución de Yves Santamaria) al que se oponía la UNITA de Jonas Savimbi. A los innumerables «cooperantes» y a las decenas de «consejeros técnicos», La Habana sumó un cuerpo expedicionario de 50.000 hombres [12]. El ejército cubano actuó en África como sobre terreno conquistado. Se traficó con toda suerte de riquezas (plata, marfil, diamantes) y la corrupción era endémica. Cuando en 1989 los acuerdos de Nueva York sancionaron el final del conflicto, las tropas cubanas, formadas en su mayoría por hombres de raza negra, fueron repatriadas. Se ha estimado el número de bajas entre los 7.000 y los 11.000 muertos.

[12] La voluntad de apoyar las revoluciones fuera de Cuba fue una constante de Castro hasta los años ochenta. En 1979-1980 envió 600 consejeros a Granada para respaldar al régimen prosoviético de Maurice Bishop. En 1983, en su intervención en la isla, los americanos apresaron a 750 cubanos.

Esta experiencia alteró las convicciones de muchos oficiales. El general Arnaldo Ochoa, jefe del cuerpo expedicionario en Angola además de miembro del Comité central del Partido Comunista, empezó a organizar un compló para derribar a Castro. Fue detenido y luego juzgado por un tribunal militar en compañía de varios altos responsables de las fuerzas armadas y de los servicios de seguridad. Entre ellos estaban los hermanos La Guardia, implicados en el tráfico de drogas por cuenta del servicio MC, un servicio especial al que los cubanos bautizaron como «Marihuana y Cocaína». No era este el caso de Ochoa, quien solo se había traído de Angola un poco de marfil y diamantes. En realidad, Castro aprovechó la ocasión para desembarazarse de un potencial rival que, dado su prestigio y su alto rango político, era susceptible de canalizar el descontento. Tras la condena y ejecución de Ochoa, el ejército sufrió una depuración que no logró sino traumatizarlo más. Consciente del fuerte resentimiento contra el régimen que reinaba entre los oficiales, Castro confió la dirección del ministerio del Interior a un general afín a Raúl Castro, pues su predecesor había sido sacrificado por «corrupción» y «negligencia». Desde entonces, el régimen solo ha podido contar con certeza con la devoción ciega de las Fuerzas Especiales.

En 1978 había en Cuba entre 15.000 y 20.000 presos por delitos de opinión. Muchos procedían del M-26, de los movimientos estudiantiles contrarios a Batista, de las guerrillas de Escambray o eran veteranos de bahía Cochinos. En 1986 [13], se cifraba entre 12.000 y 15.000 el número de presos políticos encarcelados en las cincuenta prisiones «regionales» repartidas por toda la isla. A esto hay que añadir los múltiples frentes abiertos reforzados por brigadas de 50, 100 y hasta 200 presos. Se han organizado algunos frentes abiertos en el medio urbano. Así, La Habana contaba con seis de ellos a finales de los años ochenta. Hoy, el Gobierno reconoce la existencia de entre 400 y 500 presos políticos. Sin embargo, en la primavera de 1997 Cuba sufrió una nueva oleada de detenciones. Al decir de los responsables cubanos de los derechos humanos, con frecuencia antiguos presos también, en Cuba ya no se practica la tortura física. Según estos mismos responsables y Amnistía Internacional, en 1997 había en la isla entre 980 y 2.500 presos políticos (hombres, mujeres y adolescentes).

Desde 1959, más de 100.000 cubanos han pasado por los campos, cárceles o frentes abiertos. De 15.000 a 17.000 personas han sido fusiladas. «No hay pan sin libertad ni libertad sin pan», proclamaba en 1959 el joven abogado Fidel Castro. Ahora bien, como señalaba un disidente antes del inicio del «régimen especial» —el fin de la ayuda soviética—: «Por más llena de víveres que esté, una cárcel sigue siendo una cárcel».

[13] En la misma época, había alrededor de 35.000 jóvenes asignados a trabajos obligatorios —como medida penal o disciplinaria— en el marco del Servicio Militar Patriótico.

Castro, un tirano que parece anacrónico, afirmaba en 1994, en referencia a los fracasos de su régimen y a las dificultades que padecía Cuba, que «prefería morir (antes) que renunciar a la revolución». ¿Qué precio les queda por pagar a los cubanos para satisfacer su orgullo?

NICARAGUA: EL FRACASO DE UN PROYECTO TOTALITARIO. Nicaragua, el pequeño país centroamericano empotrado entre El Salvador y Costa Rica, se ha visto tradicionalmente marcado por sangrientos sobresaltos políticos. Durante décadas estuvo dominado por la familia Somoza y por el cabeza de la misma, el general Anastasio Debayle Somoza, «elegido» presidente de la República en febrero de 1967. Gracias a una temible Guardia Nacional, la familia Somoza se hizo paulatinamente con el 25 por 100 de las tierras explotables y con gran parte de las plantaciones de tabaco, azúcar, arroz y café, así como con un gran número de fábricas.

Esta situación provocó la aparición de movimientos de oposición armada. Inspirándose en el modelo cubano, Carlos Fonseca Amador y Tomás Borge fundaron el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) —el nombre se refiere a César Sandino, antiguo oficial que organizó la guerrilla de antes de la guerra y que murió asesinado en 1934—. Sin apoyo exterior, el Frente mantuvo con dificultades algunos focos guerrilleros. En 1967, tras el estallido de tumultos en Managua, 200 personas perdieron la vida en las calles de la capital a manos de la Guardia Nacional. Tras el asesinato en 1978 de Pedro Joaquín Chamorro, propietario del diario liberal *La Prensa*, el FSLN, que contaba desde hacía años con el apoyo de Cuba, reinició la guerrilla. Empezó entonces una auténtica guerra civil entre el Frente Sandinista y la guardia somocista. El 22 de febrero de 1978, la ciudad de Masaya se sublevó. En agosto, un comandante de la guerrilla, Edén Pastora, tomó el palacio presidencial de Somoza en Managua y obtuvo la liberación de numerosos responsables del FSLN. En septiembre, con el objetivo de recuperar Estelí, la Guardia Nacional bombardeó la ciudad con napalm y mató a una gran cantidad de civiles en el transcurso de violentos combates callejeros. 160.000 personas abandonaron Nicaragua con destino a la vecina Costa Rica. En abril de 1979, las ciudades de Estelí y León volvieron a sublevarse, al igual que Granada. El esfuerzo de los revolucionarios, mejor coordinados que el año anterior, resultó tanto más provechoso si se considera que los somocistas habían conseguido unir en su contra a la práctica totalidad de la población. En junio se sublevó Managua y el 17 de julio de 1979 el dictador, que había perdido todo apoyo internacional, se vio obligado a abandonar el país. El coste de la guerra civil y de la represión se cifró entre los 25.000 y 35.000 muertos. Los sandinistas daban una cifra de 50.000 víctimas. En cualquier caso, el precio que pagó este país de tres millones de habitantes fue enorme.

Inmediatamente después de la victoria, los antisomocistas se unieron en una Junta de Gobierno y de Reconstrucción Nacional (JGRN) que agrupaba

a los representantes de las diferentes tendencias (socialistas y comunistas pero también a demócratas y moderados). Esta junta presentó un programa de quince puntos que preveía instituir un régimen democrático, basado en el sufragio universal y la libertad de organizarse en partidos políticos. Pero, entretanto, el poder ejecutivo quedaba en manos de la JGRN, en cuyo seno predominarían los sandinistas.

La junta reconocía vínculos privilegiados con Cuba[14], aunque sin excluir una participación occidental en la reconstrucción de Nicaragua, donde los daños originados por la guerra civil se estimaron en ochocientos millones de dólares. No obstante, los demócratas fueron marginados muy pronto. En marzo de 1980 dimitió la viuda de Pedro Joaquín Chamorro, Violeta Chamorro, una de las grandes figuras de la lucha antisomocista. Pronto siguió su ejemplo otro dirigente, Adolfo Robelo. De este modo hacían expreso su rechazo a la influencia del FSLN sobre el Consejo de Estado, entre otros aspectos.

Paralelamente a esta crisis política, la junta, dominada ahora por el FSLN, organizó una policía secreta. Los sandinistas crearon unas fuerzas armadas, convirtiendo a los 6.000 guerrilleros de 1979 en un ejército que diez años más tarde contaría con 75.000 hombres. El servicio militar se instauró en 1980: los varones entre diecisiete y treinta y cinco años podían ser movilizados y estaban sometidos a la jurisdicción de los tribunales militares, creados en diciembre de 1980. Cualquier estudiante que no siguiera los cursos de instrucción militar no podría aspirar a que se le concediese su titulación. Este ejército debía contribuir a la realización de un sueño nacido de la euforia posterior a la victoria: una serie de triunfos de las guerrillas de América Central, empezando por El Salvador. Desde enero de 1981, las autoridades salvadoreñas advirtieron de las incursiones de combatientes sandinistas en su territorio.

El nuevo poder creó tribunales de excepción. El decreto 185, del 5 de diciembre de 1979, instauró cámaras especiales para juzgar a los ex miembros de la Guardia Nacional y a los partidarios civiles de Somoza. Los sandinistas tenían la intención de juzgar a los «criminales somocistas», igual que los castristas habían juzgado a los «criminales de Batista». A los detenidos se los juzgaba según el código penal vigente en el momento de los hechos que se les atribuían, pero los tribunales de excepción funcionaban al margen del sistema judicial normal y el recurso de apelación solo podía presentarse ante la Corte de Apelación* de esos mismos tribunales. De este modo se creaba un método ineludible para establecer una jurisprudencia especial al margen del aparato judicial ordinario. Los procedimientos estaban plagados de irregularidades. Así, ocurría que algunos crímenes se considera-

[14] Unos lazos corroborados por la presencia de 500 militares nicaragüenses junto al cuerpo expedicionario cubano en Angola. La alineación de los sandinistas queda probada por el rechazo a la resolución de la ONU condenando la intervención soviética en Afganistán.

* Hemos mantenido el término «Corte» propio del país centroamericano en lugar del española, que sería Tribunal de Casación o de Apelación. *(N. del T.)*

ron como probados sin que se dispusiera de ninguna prueba concreta que los respaldara. Los jueces no tenían en cuenta la presunción de inocencia y las condenas se apoyaban a menudo en la noción de responsabilidad colectiva más que en la prueba de culpabilidad individual. Algunas personas fueron condenadas sin que existiera ningún elemento susceptible que probara la realidad del crimen.

Poner en funcionamiento esta labor represiva requería de un instrumento eficaz. El país fue rápidamente dividido en zonas en las que se distribuyeron a los 15.000 hombres de las tropas del ministerio del Interior. Otro servicio, sin embargo —la Dirección General de Seguridad del Estado (DGSE)—, fue el especialmente encargado de la policía política. Formado por los agentes cubanos del GII, la DGSE, directamente dependiente del ministerio del Interior, tenía a su cargo el arresto e interrogatorio de los presos políticos y practicaba lo que llamaban «tortura limpia», aprendida de expertos cubanos y alemanes del Este. En las regiones rurales más alejadas, las unidades del ejército regular solían arrestar y mantener detenidos durante varios días a civiles sospechosos en campos militares antes de entregarlos a la DGSE. Los interrogatorios tenían lugar sobre todo en el Centro de Detención del Chipote, en el complejo militar Germán Pomares, una zona militar situada en las pendientes del volcán Loma de Tiscapa, justo detrás del hotel Intercontinental en Managua. Dos miembros del Partido Socialista Cristiano, José Rodríguez y Juana Blandón, han confirmado el uso de presiones sobre los familiares y la interrupción del ritmo del sueño. La Seguridad también solía recurrir al trato degradante. Por ejemplo, a los detenidos se les mantenía encerrados en minúsculas y oscuras celdas, de forma cúbica, llamadas chiquitas —la superficie del suelo apenas superaba el metro cuadrado—, en las que era imposible que un hombre pudiera permanecer sentado. Abandonados en una oscuridad completa, sin ventilación ni instalación sanitaria, algunos presos vivieron aislados en ellas durante más de una semana. Los interrogatorios se realizaban a cualquier hora del día o de la noche. En ocasiones se les conducía bajo la amenaza de un arma, con simulacros de ejecución o amenazas de muerte. Algunos detenidos se vieron privados de comida y de agua durante su arresto. Al cabo de algunos días de detención, físicamente extenuados, muchos de ellos terminaban firmando declaraciones falsas que les incriminaban.

El 15 de marzo de 1982, la junta proclamó el estado de sitio que le permitía cerrar las estaciones de radio independientes, suspender el derecho de reunión y limitar las libertades sindicales en razón de la hostilidad de las organizaciones al proyecto de convertirse en órganos accesorios del poder que aspiraba a limitar su papel a la consolidación del régimen. A esto conviene añadir las persecuciones contra las minorías religiosas protestantes, moravos o testigos de Jehová. En junio de 1982, Amnistía Internacional estimaba el número de presos en 4.000 personas, muchas de las cuales habían sido guardias somocistas, pero también había varios cientos de presos por delito de opinión. Un año más tarde, se estimaba el número de presos en 20.000. Un pri-

mer balance de la Comisión Permanente de Derechos del Hombre (CPHD) elaborado a finales de 1982 llamaba la atención sobre un fenómeno todavía más grave, el de las numerosas «desapariciones» de personas detenidas como «contrarrevolucionarias» y muertas «durante tentativas de fuga».

Paralelamente a la puesta en funcionamiento de un sistema represivo, el régimen se empeñó en una centralización económica a ultranza: el Estado controlaba cerca del 50 por 100 de los medios de producción. El país entero tuvo que aceptar el modelo social impuesto por el FSLN. A semejanza de Cuba, el joven poder sandinista cubrió el país de organizaciones de masas. Cada barrio tenía su comité de Defensa del Sandinismo (CDS) con una función similar a la de los CDR cubanos: dividir el país en zonas para la vigilancia de sus habitantes. Los niños, que disfrutaban de una mejor escolarización que en tiempos de Somoza, pertenecían a las organizaciones de los pioneros, los Camilitos —en memoria de Camilo Ortega, hermano del dirigente sandinista Daniel Ortega, muerto en Masaya. Las mujeres, los obreros y los campesinos se vieron alistados en «asociaciones» estrechamente controladas por el FSLN. Los partidos políticos carecían de auténtica libertad. Pronto se amordazó a la prensa y los periodistas se vieron sometidos a una censura temible. Gilles Bataillon definió perfectamente esta política al afirmar que los sandinistas pretendían «ocupar la totalidad del espacio social y político»[15].

De norte a sur, el país pronto se alzó contra el régimen dictatorial, de tendencia totalitaria, de Managua. Entonces empezó una nueva guerra civil, que afectó a numerosas zonas, como las regiones de Jinotega, Estelí, Nueva Segovia en el norte, Matagalpa y Boaco en el centro, y Zelaya y Río San Juan en el sur. El 9 de julio de 1981, el prestigioso Comandante Cero —Edén Pastora, viceministro de Defensa— rompió con el FSLN y abandonó Nicaragua. La resistencia a los sandinistas empezó a organizarse, recibiendo abusivamente el nombre de «Contra», es decir contrarrevolucionaria. Al norte se encontraba la Fuerza Democrática Nicaragüense (FDN), en la que combatían ex somocistas y antiguos liberales. Al sur, veteranos sandinistas, con el refuerzo de campesinos que se negaban a la colectivización de las tierras y de indios trasladados a Honduras o a Costa Rica, constituyeron en este país la Alianza Revolucionaria Democrática (ARDE), cuyo jefe político era Alfonso Robelo y cuyo responsable militar era Edén Pastora.

En abril de 1983, con objeto de luchar contra los grupos de la oposición, el Estado creó los Tribunales Populares Antisomocistas (TPA) que debían juzgar a los presos preventivos acusados de estar relacionados con la «Contra», e incluso participar en operaciones militares. Los crímenes de rebelión y los actos de sabotaje también eran atribuciones de los TPA, cuyos miembros, nombrados por el Gobierno, procedían de asociaciones vinculadas al FSLN. Los abogados, a menudo de oficio, se contentaban con cumplir las formalida-

[15] Gilles Bataillon, «Nicaragua: de la tyrannie à la dictature totalitaire», *Esprit*, octubre de 1983.

des de rigor. Los TPA aceptaban regularmente como prueba las confesiones extrajudiciales, obtenidas por instancias distintas del juez. Los Tribunales Populares Antisomocistas fueron disueltos en 1988.

La nueva guerra civil se propagó. Los combates más violentos tuvieron lugar al norte y al sur del país entre 1982 y 1987, con excesos por ambas partes. El conflicto nicaragüense se inscribía en un contexto de oposición Este-Oeste. Los cubanos proveían de mandos al Ejército Popular Sandinista y estaban representados en cada una de sus unidades. Asistían incluso a los consejos de ministros en Managua, y Fidel Castro aceptó desempeñar el papel de mentor de los comandantes. Así, Edén Pastora, antes de entrar en la oposición, asistió estupefacto a una escena singular en La Habana. El Gobierno sandinista en pleno se encontraba reunido en el despacho de Fidel Castro, que pasaba revista a todos los ministros y les daba «consejos» para gestionar Agricultura, Defensa o Interior. Managua dependía por entero de Cuba. Durante un tiempo el responsable cubano de los consejeros militares fue el general Arnaldo Ochoa. Sobre el terreno, contando con el apoyo de los búlgaros, alemanes orientales y palestinos, los sandinistas acometieron el desplazamiento de poblaciones a grandes distancias.

En 1984, con la intención de adoptar una fachada democrática y darse una nueva legitimidad, el Gobierno organizó elecciones presidenciales. En un discurso pronunciado en mayo de 1984, Bayardo Arce, uno de los nueve miembros de la dirección nacional del FSLN, expresaba muy bien cuáles eran las intenciones sandinistas: «Creemos que hay que utilizar las elecciones para que se vote por el sandinismo, pues el sandinismo se ve cuestionado y estigmatizado por el imperialismo. Esto permitirá demostrar que, ocurra lo que ocurra, el pueblo nicaragüense está a favor de este totalitarismo (el sandinismo), que está a favor del marxismo-leninismo. (...) Ahora conviene pensar en acabar con todo este artificio de pluralismo, con la existencia de un Partido Socialista, de un Partido Comunista, de un Partido Socialcristiano y un Partido Socialdemócrata. Esto nos ha sido útil hasta ahora, pero ha llegado el momento de acabar con esto...». Y Bayardo Arce invitaba a sus interlocutores del Partido Socialista Nicaragüense (prosoviético) a fundirse en un partido único [16].

Ante las violencias de las turbas, los secuaces del partido sandinista, el candidato conservador Arturo Cruz retiró su candidatura y se celebró sin sorpresa la elección de Daniel Ortega, algo que no contribuyó a frenar las hostilidades. En 1984-1985, el régimen en el poder organizó grandes ofensivas contra los resistentes antisandinistas. En 1985-1986, las tropas de Managua atacaron las zonas fronterizas con Costa Rica. A pesar de contar con un apoyo popular seguro, Edén Pastora interrumpió el combate en 1986 replegándose con sus mandos en Costa Rica. Tomada por los comandos sandinistas, a partir de 1985 la Mosquitia solo opuso una resistencia esporádica. La «Contra» y las

[16] Bayardo Arce, «De la stratégie révolutionnaire et de la construction du socialisme», *Esprit*, enero de 1986.

fuerzas de la «resistencia antisandinista» se desmembraron pero no desaparecieron.

El Gobierno justificó la supresión de un buen número de libertades individuales y políticas invocando los ataques de los «contras». A esto vino a sumarse el 1 de mayo de 1985 el embargo decretado por Estados Unidos, un embargo que tuvo como contrapeso la actitud de los países europeos. La deuda del país se disparó, la inflación llegó al 36.000 por 100 en 1989. El Gobierno instauró la cartilla de racionamiento. Casi la mitad del presupuesto estaba destinado a gastos militares. El Estado era incapaz de atender las necesidades del pueblo. Escaseaban la leche y la carne. Las plantaciones de café estaban devastadas por la guerra.

Entre 1984 y 1986 se desató una oleada de arrestos en zonas rurales. Carlos Nuves Tellos, delegado del FSLN, defendía la detención preventiva prolongada argumentando que se trataba de «una necesidad impuesta por las dificultades que constituían los cientos de interrogatorios en zonas rurales». Miembros de partidos de la oposición —liberales, socialdemócratas, democratacristianos— y sindicalistas opositores fueron arrestados por sus actividades consideradas «favorables al enemigo». En nombre de la defensa de la Revolución, se multiplicaron las detenciones por orden de la DGSE. No había recurso posible. Además de su carácter violento, esta policía política tenía poder para detener a cualquier sospechoso y mantenerlo detenido indefinidamente, en secreto, sin base de acusación. También podía decidir las condiciones de detención de un preso, los contactos con su abogado y sus familiares. Algunos detenidos nunca pudieron comunicarse con su abogado.

Algunos centros de encarcelamiento como las Tejas figuran entre los más duros, donde se obligaba a los prisioneros a permanecer de pie sin poder doblar los brazos ni las piernas. Las celdas, construidas todas ellas según el mismo modelo, carecían de electricidad y de sanitarios. Durante el período del estado de urgencia, los presos permanecieron detenidos en ellas durante varios meses. Las chiquitas fueron destruidas en 1989, como resultado de la campaña dirigida por organizaciones de defensa de los derechos humanos. Según Amnistía Internacional, en los centros de la DGSE se contabilizaban pocos casos de fallecimiento. Sin embargo, Danilo Rosales y Salomón Tellevía murieron oficialmente de «crisis cardiaca». En 1985, el detenido José Ángel Vilchis Tijerino, herido a culatazos, vio morir a uno de sus compañeros reclusos a consecuencia de los malos tratos. Amnistía Internacional y diversas ONG denunciaron abusos similares en las zonas rurales. Un detenido de la cárcel de Río Blanco en Matagalpa declaró haber estado encerrado con otros 20 detenidos en una celda tan pequeña que debían dormir de pie. Otro, al que se privó de comida y de agua durante cinco días, tuvo que beber sus propios orines para sobrevivir. El uso de la tortura era una práctica corriente.

El sistema penitenciario estaba calcado del modelo cubano. La ley de indulto del 2 de noviembre de 1981, inspirada en textos cubanos, preveía tener en consideración la actitud del prisionero a fin de adoptar una resolución so-

bre su eventual liberación. Pronto se vieron los límites de la ley. Cientos de presos condenados por los tribunales de excepción fueron indultados sin que nunca se emprendiera una revisión sistemática de dichas condenas.

Los arrestos respondían a la noción de «crimen somocista», un término de lo más impreciso. En 1989, por ejemplo, entre los 1.640 detenidos por delitos contrarrevolucionarios solo había 39 cuadros somocistas. Entre los efectivos de la «Contra», la presencia de ex guardias somocistas nunca sobrepasó el 20 por 100. Era este el argumento de choque utilizado por los sandinistas para encarcelar a sus opositores. Más de 600 de ellos fueron llevados bajo esta acusación a la cárcel Modelo. La falsificación de pruebas, e incluso las acusaciones sin fundamento, caracterizaron los primeros años «judiciales» del sandinismo.

En 1987 más de 3.700 presos políticos se pudrían en las cárceles nicaragüenses. El centro de Las Tejas era conocido por sus malos tratos. Los detenidos debían desnudarse y vestir un uniforme azul antes de dirigirse a las celdas de la DGSE. Estas, de dimensiones minúsculas, disponían de camas empotradas en paredes de hormigón. Carecían de ventanas y no tenían más iluminación que el delgado hilo de luz filtrado a través de la estrecha rejilla de ventilación situada encima de la puerta de acero.

A esto hay que añadir la rehabilitación por el trabajo. Había cinco categorías de reclusión. A los que por razones de seguridad se les declaraba no aptos para los programas de trabajo, se les encarcelaba en los bloques de alta seguridad. Sólo veían a sus familiares cada cuarenta y cinco días y únicamente podían abandonar su celda durante seis horas a la semana. Los presos integrados en los programas de readaptación estaban autorizados a efectuar trabajos remunerados. Tenían derecho a una visita conyugal mensual y a una visita de sus familiares cada quince días. Los que cumplían las exigencias del programa de trabajo podían pedir su traslado a una granja de trabajo con un régimen menos estricto, llamado «semiabierto», y pasar a continuación al régimen «abierto».

En 1989 había 630 presos en el centro de detención llamado cárcel Modelo, a veinte kilómetros de Managua. 38 ex guardias somocistas purgaban en ella una pena en un bloque aparte. Los otros presos políticos estaban encerrados en cárceles regionales: Estelí, La Granja y Granada. Algunos presos, sobre todo en la cárcel Modelo, se negaron por razones ideológicas a participar en estos trabajos. Una decisión que no se aceptó sin violencia. Amnistía Internacional denunció malos tratos perpetrados en respuesta a los movimientos de protesta y huelgas de hambre.

El 19 de agosto de 1987, en El Chipote, una decena de detenidos fueron golpeados por los guardias. Algunos presos denunciaron el uso de porras «eléctricas». En febrero de 1989, 90 presos de la cárcel Modelo iniciaron una huelga de hambre en protesta por las duras condiciones de encarcelamiento. 30 huelguistas fueron trasladados a El Chipote, donde, como castigo, se los encerró desnudos en una sola celda durante dos días. En otras cárceles, varios presos permanecieron desnudos, esposados y privados de agua.

Tomando como pretexto actos de guerrilla, el Gobierno inició el desplazamiento de poblaciones supuestamente favorables a la oposición armada. Las ofensivas y contraofensivas de los dos campos dificultaron la estimación precisa de las bajas. En cualquier caso, varios cientos de opositores fueron ejecutados en las zonas rurales, donde los combates revistieron particular violencia. Las matanzas fueron al parecer un hecho generalizado en las unidades de combate del ejército y del ministerio del Interior. Las tropas especiales del ministerio dependían de Tomás Borge, ministro del Interior, y eran equivalentes a las fuerzas especiales del Minit cubano.

Se han denunciado ejecuciones de campesinos en la región de Zelaya aunque no disponemos de cifras exactas. Los cuerpos generalmente aparecían mutilados y los hombres emasculados. Las casas de los campesinos asesinados, sospechosos de apoyar o pertenecer a la «Contra», eran arrasadas y los supervivientes desplazados, unos hechos imputables a los soldados del ejército regular. El Gobierno pretendía imponer su política a través del terror y privar a la oposición armada de sus bases. Al no poder interceptar a los resistentes, los sandinistas se vengaron sobre sus familiares. En febrero de 1989, Amnistía Internacional contabilizaba decenas de ejecuciones extrajudiciales, sobre todo en las provincias de Matagalpa y de Jinotega. Los cuerpos mutilados de las víctimas fueron identificados y localizados por sus familiares cerca de sus viviendas. En el transcurso de la guerra se registraron numerosas desapariciones imputables a los elementos de la DGSE. Esta situación iba acompañada de desplazamientos forzosos de la población hacia el centro del país. Los indios misquitos y los campesinos habitantes de las zonas fronterizas fueron las víctimas más señaladas de estas «desapariciones». La crueldad de un campo respondía a la del otro, como demuestra que el ministro del Interior no vacilara en dar muerte con arma automática a presos políticos encarcelados en Managua.

Los acuerdos de Esquipulas, Guatemala, firmados en agosto de 1987, relanzaron el proceso de paz. En septiembre de 1987 se autorizó la reaparición del diario de la oposición *La Prensa*. El 7 de octubre de ese mismo año se firmó un alto el fuego unilateral en tres zonas situadas en las provincias de Segovia, Jinotega y Zelaya. Más de 2.000 presos políticos fueron liberados pero, en febrero de 1990, su número aún ascendía a 1.200. En marzo de 1988 se entablaron negociaciones directas entre el Gobierno y la oposición en Sapoa, en Costa Rica. En junio de 1989, ocho meses antes de las elecciones presidenciales, la mayoría de los 12.000 hombres de la guerrilla antisandinista estaban replegados en sus bases en Honduras.

El coste humano de la guerra se sitúa en torno a los 45.000-50.000 muertos, civiles en su mayoría. Al menos 40.000 nicaragüenses abandonaron su país para refugiarse en Costa Rica, Honduras o Estados Unidos, sobre todo en Miami y California.

Ante su incapacidad para imponer de forma duradera su ideología y viéndose combatidos tanto en el interior como en el exterior del país, a lo que ha-

bía que añadir las disputas que socavaban al FSLN en su propio seno, los sandinistas se vieron obligados a poner en juego su poder de manera democrática. El 25 de febrero de 1990 la demócrata Violeta Chamorro resultó elegida presidente con el 54,7 por 100 de los sufragios. Por primera vez en ciento sesenta años de independencia, la alternancia política se efectuaba de forma pacífica. La aspiración a la paz pudo con el estado de guerra permanente. Sea cual fuere la causa —que por fin comprendieran la importancia de la democracia o que se sometieran a una relación de fuerzas—, los comunistas nicaragüenses no llevaron, como otros poderes comunistas, al límite la lógica del terror para mantenerse en el poder a cualquier precio. No por ello deja de ser cierto que, por su voluntad de hegemonía política y de aplicación de doctrinas sin relación con la realidad, los sandinistas desviaron un combate justo contra una dictadura sangrienta y provocaron una segunda guerra civil que supuso un retroceso momentáneo de la democracia y un número importante de víctimas civiles.

Ortega-Pastora: dos itinerarios revolucionarios.

Tanto Ortega como Pastora, nicaragüenses los dos, conocieron las cárceles de Somoza siendo muy jóvenes. Pastora, hijo de la burguesía media propietaria de tierras, contaba veinte años cuando en Cuba triunfaban los barbudos. Ortega nació en 1945 en un medio modesto. Al inicio de la década de los sesenta participó en la lucha dentro de las filas de las organizaciones juveniles antisomocistas.

El Frente Sandinista de Liberación Nacional, creado en mayo de 1961 por Carlos Fonseca Amador y Tomás Borge, agrupaba mal que bien diversas tendencias. Los dos fundadores manifestaban sensibilidades políticas diferentes. Amador era castrista mientras Borge se reclamaba seguidor de Mao Zedong. Con los años, en el seno del FSLN se definieron tres corrientes: la «guerra popular prolongada» (GPP, maoísta) preconiza la lucha desde el campo. La tendencia marxista-leninista o «proletaria» de Amador y de Jaime Wheelock se apoyaba en un proletariado embrionario. La corriente «tercerista» o «insurreccional», animada por marxistas disidentes y demócratas, trabajaba a favor de la estructuración de la guerrilla urbana. Pastora pertenecía a esta tendencia, mientras Ortega se unía a la corriente de los proletarios.

Daniel Ortega entró en la revolución por compromiso político, Pastora para vengar a su padre, opositor demócrata abatido por la guardia somocista. Tras las huelgas insurreccionales de 1967 que siguieron a las elecciones presidenciales amañadas, Pastora fue detenido y torturado (cuando sangraba, se le obligó a beber su propia sangre). Una vez en libertad, emprendió una operación de castigo contra sus torturadores. Le acompañan dos guerrilleros, Daniel y Humberto Ortega. Más tarde le

llegaría a Daniel Ortega el turno de caer en las garras de la policía somocista. Edén Pastora, por su parte, que continuaba dedicado a estructurar la guerrilla, fue recibido por Fidel Castro, y reafirmó su adhesión a la democracia parlamentaria estrechando lazos con los demócratas centroamericanos, como el costarricense Fugueres y el panameño Torrijos. Ortega fue puesto en libertad en 1974 después del secuestro de un dignatario somocista. No tardó en tomar el primer avión con destino a La Habana mientras Pastora permanecía al lado de sus combatientes.

En octubre de 1977 se organizó la sublevación de diversas ciudades nicaragüenses. Derrotados por la guardia y bombardeados por la aviación somocista, Pastora y Ortega optaron por replegarse en la jungla. En enero de 1978 el país se vio agitado por los disturbios y en agosto de ese mismo año Pastora tomaba por asalto la Cámara de los Diputados. Entre otros logros, obtuvo la liberación de todos los presos políticos, incluido Tomás Borge. Daniel Ortega se dividía entre La Habana y el frente norte de Nicaragua. En el curso de un ataque a Masaya, murió Camilo Ortega, uno de los hermanos de Daniel. La insurrección general, bien estructurada y apoyada por consejeros cubanos, fue ganando terreno. Los mandos del FSLN, que se habían replegado en Cuba, regresaron a Nicaragua. Al sur de Managua, Pastora y sus muchachos luchaban encarnizadamente contra las unidades de elite de la Guardia Nacional.

Tras el triunfo de los sandinistas en julio de 1979, Pastora fue designado viceministro del Interior mientras Ortega era elegido, lo que no fue sorpresa para nadie, presidente de la República. Ortega se alineó abiertamente con Cuba y hacia Managua afluyeron consejeros militares e «internacionalistas» de la isla caribeña. Edén Pastora, cada vez más solo en su adhesión a democracia parlamentaria, dimitió en junio de 1981 y organizó la resistencia armada del sur del país.

Los sandinistas y los indios.

En la costa atlántica de Nicaragua vivían unos ciento 150.000 indios: misquitos, sumus o ramas, así como criollos y ladinos. Los sandinistas no tardaron en combatir a estas comunidades decididas a defender su tierra y su lengua y que disfrutaban de una ventajosa autonomía (exención de impuestos y del servicio militar) heredada de la época colonial. En octubre de 1979, el líder de Alpromisu, Lyster Athders, fue asesinado dos meses después de su arresto. A principios de 1981, los líderes nacionales de Misurasata, la organización política que agrupaba a las diferentes tribus, fueron detenidos y, el 21 de febrero de 1981, las fuerzas armadas que intervenían contra los encargados de su alfabetización ma-

taron a siete misquitos e hirieron a otros 17. El 23 de diciembre de 1981, en Leimus, el ejército sandinista asesinaba a 75 mineros que habían reivindicado el pago de atrasos salariales. Al día siguiente otros 35 mineros sufrían la misma suerte.

La otra vertiente de la política sandinista consistía en desplazar a las poblaciones so pretexto de «protegerlas de las incursiones armadas de los antiguos guardias somocistas instalados en Honduras». En el transcurso de estas operaciones, el ejército se hizo culpable de numerosos abusos. Miles de indios —de 7.000 a 15.000 según las estimaciones de la época— se refugiaron en Honduras mientras que otros miles —unos 14.000— eran encarcelados en Nicaragua. Los sandinistas disparaban contra los que huían a través del río Coco. Esta situación fue triplemente inquietante: matanzas, desplazamientos de la población y exilio en el extranjero, todo lo cual autorizaba al etnólogo Gilles Bataillon a hablar de «política etnocida».

El vuelco autoritario puso en contra de la administración de Managua a las tribus indias, que se reagruparon en dos guerrillas, la Misura y la Misurata. En ellas se encuentran indios sumo, rama y misquitos, cuyo estilo de vida comunitaria era incompatible con la política integracionista de los comandantes de Managua.

El propio Edén Pastora se manifestaría escandalizado en pleno Consejo de ministros: «Pero hasta el tirano Somoza los dejó tranquilos. Él los explotó, vosotros queréis proletarizarlos a la fuerza». Tomás Borge, el muy maoísta ministro del Interior, le replicó que «la Revolución no podía tolerar excepciones».

El Gobierno intervino y los sandinistas optaron por la asimilación forzosa. En marzo de 1982 se decretó el estado de sitio, que se prolongó hasta 1987. Desde 1982 el Ejército Popular Sandinista «desplazó» a cerca de 10.000 indios hacia el interior del país. El hambre se convirtió entonces en un arma temible en manos del régimen. Las comunidades indias agrupadas en el centro del país recibían una cantidad limitada de comida, que les era entregada por funcionarios del Gobierno. Los abusos de poder, las violaciones flagrantes de los derechos humanos y la sistemática destrucción de las aldeas indias caracterizaron los primeros años del poder sandinista en la costa atlántica.

PERÚ: LA SANGRIENTA «LARGA MARCHA» DE SENDERO LUMINOSO. El 17 de mayo de 1980, día de las elecciones presidenciales, Perú fue el escenario de la primera acción armada de un grupúsculo maoísta llamado Sendero Luminoso. En Chuschi, unos jóvenes militantes se apoderaron de las urnas y las quemaron en un gesto que señalaba el inicio de la «guerra popular», una advertencia a la que nadie prestó atención. Unas semanas más tarde, los

habitantes de la capital, Lima, descubrieron unos perros colgados de unas farolas de los que pendían unos carteles en los que se leía el nombre de Deng Xiaoping, el dirigente chino «revisionista» acusado de traición a la Revolución Cultural. ¿De dónde procedía este extraño grupo político de prácticas tan macabras?

Perú vivió el final de los años setenta de manera muy agitada: seis huelgas generales con un seguimiento masivo entre 1977 y 1979, todas ellas precedidas por grandes movilizaciones en las principales ciudades de provincia: Ayacucho, Cuzco, Huancayo, Arequipa, y también Pucallpa. A esto se sumó la formación de los frentes de defensa, muy amplios y estructurados en torno a sus reivindicaciones. Este tipo de organización, existente en Ayacucho desde hacía cierto tiempo, se convirtió en la matriz de Sendero Luminoso. Ayacucho, que en quechua significa «el rincón de los muertos», es uno de los departamentos más desheredados de Perú: menos del 5 por 100 de las tierras son cultivables, el ingreso anual medio por habitante es de unas 12.500 pesetas y la esperanza de vida de cuarenta y cinco años. La mortalidad infantil alcanza el récord del 20 por 100 cuando en el conjunto de Perú es «solo» del 11 por 100. En este caldo de cultivo de desesperanza social encontró Sendero Luminoso sus raíces.

Desde 1959 Ayacucho es también un centro universitario en el que se enseñaba especialmente Puericultura, Antropología aplicada y Mecánica rural. Muy pronto se creó un Frente de Estudiantes Revolucionarios, que desempeñó un papel muy importante en el seno de la facultad. Comunistas ortodoxos, guevaristas y maoístas se disputaron agriamente el control de los estudiantes. Un joven activista maoísta, el profesor de Filosofía Abimael Guzmán, tendría desde el inicio de los años sesenta un papel de primera fila.

Abimael Guzmán nació en Lima el 6 de diciembre de 1934. Fue un joven de carácter taciturno que realizó brillantes estudios. Se afilió al Partido Comunista en 1958 y muy pronto destacó por sus dotes de orador. En 1965, participó en la creación del grupo comunista Bandera Roja, escisión del Partido Comunista peruano tras el gran cisma chino-soviético. Algunas fuentes refieren que viajó a China, aunque otras lo niegan [17]. Cuando en 1966, después de una serie de tumultos insurreccionales, el Gobierno cerró la universidad, los maoístas de Bandera Roja crearon el Frente de Defensa de la Población de Ayacucho. Y desde 1967 Guzmán militó en favor de la lucha armada. En junio de 1969 participó en el secuestro del subprefecto Octavio Cabrera Rocha en Huerta, al norte de la provincia de Ayacucho. Encarcelado en 1970 por un delito contra la seguridad del Estado, fue liberado pocos meses después. En 1971, durante la IV Conferencia de Bandera Roja, un nuevo grupo comunista emergería de otra escisión: Sendero Luminoso. Debe su nombre a José Carlos

[17] Mario Vargas Llosa, «Bréviaire d'un massacre», *Esprit*, núm. 82, octubre de 1983 («Al contrario de los otros dirigentes de Sendero Luminoso, no se sabe si fue a la China Popular y ni siquiera si salió alguna vez de Perú»).

Mariátegui[18], quien escribió: «El marxismo-leninismo abrirá el sendero luminoso de la revolución». Los militantes dieron a Guzmán el adulador sobrenombre de «la cuarta espada del marxismo» (después de Marx, Lenin y Mao). Vargas Llosa analizaba como sigue su «proyecto» revolucionario: «Desde su punto de vista, el Perú descrito por José Carlos Mariátegui en los años veinte es esencialmente idéntico a la realidad china analizada por Mao en esta época —una "sociedad semifeudal y semicolonial"—y obtendría su liberación por medio de una estrategia semejante a la de la Revolución china: una larga guerra popular que, utilizando el campo como columna vertebral, llevaría al "asalto" de las ciudades. (...) El modelo de socialismo que reivindica es el de la Rusia de Stalin, la Revolución Cultural de la "banda de los cuatro" y el régimen de Pol Pot en Camboya»[19].

Entre 1972 y 1979, Sendero Luminoso parecía limitarse a las luchas por el control de las organizaciones estudiantiles. Recibió el respaldo de estudiantes de la universidad de Tecnología de San Martín de Porres de Lima. Consiguió infiltrarse ampliamente en el sindicato de maestros de primaria y sus columnas rurales de guerrilleros con frecuencia estaban al mando de maestros. A finales de 1977 Guzmán desapareció en la clandestinidad. Se produjo entonces la culminación de un proceso iniciado en 1978: el 17 de marzo de 1980, en el transcurso de su segunda sesión plenaria, el partido maoísta optó por la lucha armada. Los efectivos de Sendero consiguieron el refuerzo de elementos trotskistas de Carlos Mezzich y de maoístas disidentes del grupo Pukallacta. Había sonado la hora de la lucha armada, de ahí la operación de Chuschi, a la que siguió el 23 de diciembre de 1980 el asesinato de un terrateniente, Benigno Medina, el primer caso de «justicia popular». Sendero Luminoso, que contaba en un principio con un contingente de 200 a 300 hombres, eliminaba sistemáticamente a los representantes de las clases dominantes y a los miembros de las fuerzas del orden.

En 1981 fueron atacados los puestos de policía de Totos, San José de Secce y Quinca. En agosto de 1982 los maoístas tomaron por asalto el puesto de Viecahuaman, matando a seis policías antiguerrilla (los Sinchis —palabra quechua que significa valiente, animoso). Otros 15 pudieron escapar o fueron hechos prisioneros. Sin contar con apoyos exteriores, los guerrilleros recuperaron armas de los almacenes de la policía y explosivos en las canteras y no dudaron en atacar los campamentos mineros. La maraka, el bastón de dinamita lanzado mediante una honda tradicional, se convirtió en su arma favorita. Además de estos ataques, realizaron multitud de atentados[20] contra edificios públicos, líneas eléctricas y puentes. Los comandos, con buena implantación

[18] José Carlos Mariátegui (1895-1930) es el autor de los célebres *Siete ensayos sobre la realidad peruana*; se sitúa a medio camino entre el marxismo y el populismo y por esta razón era reivindicado tanto por los comunistas como por los apristas.

[19] Mario Vargas Llosa, artículo citado.

[20] En agosto de 1982, Sendero Luminoso reivindicaba 2.900 acciones.

en Ayacucho, entraron en la ciudad en marzo de 1982, atacaron la cárcel y liberaron a 297 presos, políticos y comunes. La minuciosa preparación del ataque, la infiltración de la ciudad así como las operaciones simultáneas contra los cuarteles de la policía pusieron de manifiesto un largo aprendizaje de la subversión.

Sendero Luminoso se ensañó en la destrucción de las instalaciones e infraestructuras realizadas por el Estado con objeto de establecer las bases de sus «comunas populares». Así, en agosto de 1982 un comando destruyó el Centro de Investigación y Experimentación Agronómica de Alpahaca dando muerte a los animales e incendiando las máquinas. Un año después le llegó el turno de ser pasto de las llamas al Instituto de Investigaciones Técnicas sobre los camélidos (llamas, guanacos y alpacas). De paso, degollaron a los ingenieros y técnicos, a los que consideraban los vectores de la corrupción capitalista. Tino Alansaya, el jefe del proyecto, fue asesinado y su cuerpo dinamitado. A modo de justificación, los guerrilleros declararon que «era un agente del Estado burócrata-feudal». En ocho años fueron asesinados 60 ingenieros en zonas rurales. Los cooperantes de las ONG tampoco quedaron a salvo: en 1988, Sendero Luminoso ejecutó al norteamericano Constantin Gregory, de AID. El 4 de diciembre del mismo año morían degollados dos cooperantes franceses.

«El triunfo de la Revolución costará un millón de muertos» parece ser que predijo Guzmán —Perú contaba entonces con 19 millones de habitantes. En virtud de este principio, los maoístas se dedicaban a eliminar todos los símbolos de un orden político y social detestado. En enero de 1982 ejecutaron a dos maestros delante de sus alumnos. Unos meses más tarde, 67 «traidores» eran sentenciados en público en el transcurso de un «juicio popular». Al principio, la ejecución de latifundistas y otros propietarios agrícolas no chocó a los campesinos, aplastados por los impuestos y estrangulados por los préstamos con intereses usurarios. La eliminación de la pequeña burguesía y de los comerciantes, por el contrario, les privaba de una serie de ventajas como préstamos con intereses soportables, trabajo y ayudas diversas. Preocupados por la pureza revolucionaria y por consolidar su tiranía, los guerrilleros también diezmaron las bandas de ladrones de ganado, los abigeos, que asolaban el altiplano. La lucha contra la delincuencia era puramente táctica y desde 1983 Sendero Luminoso empezó a colaborar con los narcotraficantes de Huanuco.

En regiones donde existían conflictos étnicos, Sendero Luminoso supo alimentar el odio contra el poder central limeño, vestigio de un «pasado colonial odiado», tal como se complacía en recordar el presidente Gonzalo (Guzmán). Presentándose como defensor del indigenismo, igual que Pol Pot hablaba de la pureza jemer de la época de Angkor, Sendero supo atraerse algunas simpatías entre ciertas tribus indias que, con el tiempo, soportaron cada vez menos la violencia maoísta. En 1989, en la Alta Amazonia, los ashaninkas fueron enrolados a la fuerza o perseguidos. 25.000 de ellos vivían escondidos en la jungla antes de ser situados bajo la protección del ejército.

La región de Ayacucho, entregada a la venganza de los maoístas, quedó sometida al nuevo orden moral: a las prostitutas se les rapaba el pelo, se azotaba a los maridos adúlteros y a los borrachos, a los rebeldes se les recortaba una hoz y un martillo en el cuero cabelludo y se prohibieron las fiestas juzgadas malsanas. Las comunidades estaban dirigidas por «comités populares» encabezados por cinco «comisarios políticos», una estructura piramidal característica de la organización político-militar de Sendero Luminoso. Varios comités formaban una base de apoyo dependiente de una columna principal que reagrupaba de siete a once miembros. Los comisarios políticos eran adjuntos de los comisarios encargados de la organización rural y de la producción. Estos últimos organizaban el trabajo colectivo en las «zonas liberadas». No se toleraba ningún amago de desobediencia y la menor algarada se veía castigada por una muerte inmediata. Sendero había elegido una política autárquica y destruyó los puentes en su intento de aislar las zonas rurales de las ciudades, hecho que suscitó desde el principio una fuerte oposición campesina. Para asegurarse el control de la población y poder chantajear a los padres, Sendero no dudó en enrolar por la fuerza a los niños.

Al principio, el Gobierno respondió al terrorismo utilizando comandos especiales (Sinchis) y la infantería de Marina. Fue en vano. En 1983 y 1984, la «guerra popular» tomó un giro ofensivo. En abril de 1983, 50 guerrilleros de Sendero Luminoso sitiaron Luconamanca, donde 32 «traidores» fueron degollados con hacha y cuchillo; la misma suerte correrían otras personas que intentaron escapar. El balance total fue de 67 muertos, entre los cuales había cuatro niños. Con esta matanza, Sendero Luminoso quería dar a entender a las autoridades que no tendría piedad. En los años 1984 y 1985 dirigió su ofensiva contra los representantes del poder. En noviembre de 1983, el alcalde del centro minero del Cerro de Pesco fue asesinado y su cuerpo dinamitado. Sintiéndose abandonados por las autoridades, varios alcaldes y tenientes de alcalde dimitieron y los sacerdotes huyeron.

En 1982 la guerra había causado 200 muertos, una cifra que se multiplicaría por diez en 1983. En 1984, el número de actos terroristas ascendía a más de dos mil seiscientos. Más de 400 soldados y policías murieron en el curso de estas operaciones. A los crímenes de Sendero Luminoso respondieron los excesos del ejército. Cuando en junio de 1986 los militantes organizaron algunos motines en tres cárceles de Lima, con toda probabilidad para extender la guerra a las ciudades, se desencadenó una represión feroz que resultó en más de 200 muertos. Los maoístas fracasaron en su intento de infiltrarse de forma duradera en los bien organizados sindicatos mineros y en los barrios donde existía un sólido tejido asociativo. Para conservar cierto crédito, Sendero Luminoso centró entonces sus ataques en el partido mayoritario en el poder, el APRA[21]. En 1985

[21] APRA: Alianza Popular Revolucionaria Americana, fundada en 1924 por el peruano Víctor Raúl Haya de la Torre. De vocación continental en un principio, el APRA fue limitándose paulatinamente a Perú.

fueron asesinados siete apristas, cuyos cuerpos sufrieron las mutilaciones reservadas a los chivatos: les cortaron las orejas y la lengua y les reventaron los ojos. Aquel mismo año, Sendero Luminoso abrió un nuevo frente en Puno. La guerrilla también llegó a los departamentos de la Libertad, las provincias de Huanuco y la Mar, en la Alta Amazonia. Las ciudades de Cuzco y de Arequipa fueron el escenario de la voladura de centrales eléctricas. En junio de 1984 los maoístas provocaron el descarrilamiento de un tren que transportaba concentrado de plomo. Poco después le llegó el turno a un tren que transportaba cobre. En 1984 se proclamó el estado de urgencia en diez provincias de las ciento cuarenta y seis con que cuenta Perú.

Para atajar la violencia, el ejército recurrió de entrada a la represión: en represalia por los 60 campesinos muertos, el Estado Mayor prometió eliminar a tres guerrilleros. Esta política dio como resultado, en un primer momento, que los indecisos se inclinaran del lado de los maoístas. El Gobierno cambió de táctica a principios de los noventa: se dejó de considerar al campesino como enemigo y empezó a considerársele un aliado. La reestructuración de la jerarquía militar y un mejor reclutamiento de los hombres permitieron privilegiar la colaboración con los campesinos. El grupo maoísta, por su parte, afinó su táctica y durante su III Conferencia definió cuatro formas de lucha: la guerra de guerrillas, el sabotaje, el terrorismo selectivo y la guerra psicológica, como el ataque a las ferias agrícolas.

La corriente de disidencia que emergió entonces en las filas del partido fue rápidamente atajada con la ejecución de los «traidores defensores de la línea burguesa». Para castigar a los que traicionaban las «fuerzas del pueblo», Sendero Luminoso creó campos de trabajo en Amazonia. En diciembre de 1987 300 mujeres, niños y ancianos famélicos consiguieron escapar de aquel «gulag peruano» y llegaron a Belem, en los confines de la selva virgen. En 1983, algunos campesinos que habían estado sometidos a trabajos forzosos abandonaron las zonas dominadas por Sendero, que obligaba a los peones a cultivar la tierra, los campos de coca y a satisfacer las necesidades de las columnas de guerrilleros. Muchos niños nacidos en las altiplanicies encontraron la muerte, las personas que intentaban evadirse eran asesinadas. Encerrados en campos y obligados a seguir sesiones de estudios de los textos del presidente Gonzalo, los detenidos, como ocurrió con las 500 personas internadas en un campo de la región de Convención, no tardaron en padecer el hambre.

En septiembre de 1983, la policía se marcó un primer tanto con la detención de Carlos Mezzich, uno de los jefes del estado mayor de Guzmán. Agotados por la crueldad de un Sendero incapaz de mejorar su suerte, la mayoría de los campesinos no se inclinó del lado de la revolución guzmaniana. Además, Sendero Luminoso se veía combatido por otros movimientos políticos. La izquierda unida, sustentándose en una fuerte implantación sindical, se opuso con éxito a las tentativas de infiltración de Sendero, que se encontraba, en definitiva, mucho más cómodo utilizando métodos sanguinarios y expeditivos que en un trabajo comunitario o asociativo. Porque, efectivamente, en los

años 1988 y 1989, Lima y Cuzco se convirtieron en objetivos directos del grupo y los barrios chabolistas en el caldo de cultivo revolucionario, conforme a las directrices del presidente Gonzalo: «¡Hay que tomar los barrios de chabolas como bases y al proletariado como dirigente!». Sendero emprendió entonces el control de las favelas y los refractarios fueron eliminados. Sus militantes se infiltraron en algunas organizaciones caritativas, como el Socorro Popular de Perú. De hecho, el grupo maoísta intentaba acabar con la implantación urbana de la izquierda marxista clásica. Después de las tentativas de someter a los sindicatos, se encontró con un nuevo fracaso. Además, Sendero Luminoso tropezó en su camino con los Tupacamaros del MRTA. Los enfrentamientos, de una violencia insospechada, significaron en 1990 la muerte de 1.584 civiles y 1.542 rebeldes. Maltrecho tras su enfrentamiento con el MRTA y duramente castigado por el ejército, Sendero Luminoso empezaba a declinar.

Los días 12 y 13 de septiembre de 1992, Guzmán y su ayudante, Elena Iparraguirre, fueron detenidos. Unas semanas más tarde, el número tres de la organización, Óscar Alberto Ramírez, cayó en manos de la policía. El 2 de marzo de 1993, la responsable militar de Sendero, Margot Domínguez (Edith, en la clandestinidad), fue detenida. Por último, en marzo de 1995, una columna de 30 guerrilleros encabezada por Margie Clavo Peralta, fue desmantelada por los servicios de seguridad. Pese a ello, el aumento de sus efectivos permitió a Sendero Luminoso reunir en 1992 a 25.000 miembros, de los cuales entre 3.000 y 5.000 eran «regulares».

La predicción de Guzmán no se cumplió. Perú no quedó ahogado en su propia sangre[22]. Algunas fuentes atribuyen a Sendero Luminoso la responsabilidad de la muerte de entre 25.000 y 30.000 personas. Los niños campesinos pagaron un alto tributo al terrorismo de guerra civil de Sendero pues entre 1980 y 1991 1.000 niños resultaron muertos y otros 3.000 mutilados a causa de los atentados. El desmembramiento de las familias en las zonas de guerra también dejó librados a su suerte a cerca de 50.000 niños, muchos de ellos huérfanos.

Orientación bibliográfica

Michael Lowy, *Le Marxisme en Amérique latine de 1909 à nos jours. Anthologie*, F. Maspero, 1980.

Louis Mercier-Vega, *La Révolution par l'État. Une nouvelle classe dirigente en Amérique latine*, Payot, 1978. *Technique du contre-État*, Belfond, 1968; *Les Mécanismes du pouvoir en Amérique latine*, Belfond, 1967.

Publicaciones de La Documentation française, serie América Latina.

[22] Se estima el coste de la violencia en veinte mil millones de dólares.

Nicaragua

Geneviève y Élie-Georges Berreby, *Commandant Zéro*, Robert Laffont, París, 1987.

J. M. Caroit y V. Soulé, *Le Nicaragua, le modèle sandiniste*, Le Sycomore, 1981.

René Dumont, *Finis les lendemains qui chantent*, Le Seuil, París, 1982; *Nicaragua, Colonialisme et révolution*, difusión Inti, París, 1982.

Gilles Bataillon, «Le Nicaragua et les indiens Miskito», *Esprit*, julio-agosto de 1982; «Le Nicaragua et les indiens de la côte atlantique», *Esprit*, julio de 1983; «Nicaragua; de la tyrannie à la dictature totalitaire», *Esprit,* octubre de 1983, número especial «Amériques latines à la une»; «Nicaragua: des élections à l'état d'urgence» y «Paysage après la bataille (Nicaragua)», *Esprit*, enero de 1986; «L'Opposition nicaraguayenne à la recherche d'une stratégie», *Esprit*, junio de 1987; «Communistes et sociodémocrates dans la révolution», *Communisme*, núm. 13, 1987.

Cuba

Juan Clark, *Testimonio de un pueblo*, Miami.

Carlos Franqui, *Journal de la révolution cubaine*, Le Seuil, París, 1976.

Armando Valladares, *Mémoires de prison*, Albin Michel, París, 1986.

Jorge Valls, *Mon ennemi, mon frère*, Gallimard, L'Arpenteur, París, 1989.

Jeannine Verdès-Leroux, *La lune et le caudillo. Le rêve des intellectuels et le régime cubain (1959-1971),* Gallimard, L'Arpenteur, París, 1989.

Perú

Alain Hertoghe y Alain Labrousse, *Le Sentier lumineux, un nouvel intégrisme dans le Tiers-Monde*, La Découverte, París, 1989.

2
AFROCOMUNISMOS: ETIOPÍA, ANGOLA Y MOZAMBIQUE

por
YVES SANTAMARIA

Para la opinión pública, el vínculo entre «ultramar» y el movimiento comunista dependió del apoyo que este último aportaba a las luchas anticoloniales, antes de que la guerra fría terminase imponiendo la globalización de las posturas. Frente a las inclinaciones descolonizadoras de Washington, la IV República francesa intentó persuadir a esa opinión de que cualquier retroceso ante los nacionalistas indígenas favorecía *ipso facto* las ambiciones moscovitas, según el adagio atribuido a Lenin: visto desde el Este, el camino hacia París pasa por Argel. Cuando se produjo la glaciación posterior a la derrota americana en Vietnam en 1975, hubo que esperar a la instauración de los regímenes prosoviéticos del África ex portuguesa y de Etiopía para que surgiese, en la delicada articulación entre dos objetos encarnizadamente exóticos y tan familiares al mismo tiempo —África, el comunismo—, la idea de una peligrosidad no limitada al marco geopolítico. Más allá de la eventual influencia que el campo socialista ejerciera sobre sectores vitales a ojos de Occidente, el comunismo, lejos de revelarse para el Tercer Mundo como el remedio indiscutible para el subdesarrollo, parecía una vez más infligir a las poblaciones locales unos castigos ya administrados antes en el mundo a los pueblos insuficientemente imbuidos de la misión que, según los herederos de la Revolución de octubre, les había impartido la Historia.

COMUNISMO BAJO EL PRISMA AFRICANO. Los «jemeres negros», este es el sobrenombre que en 1989, al día siguiente de la caída del muro de Berlín, se les impuso a los hombres del Frente Patriótico Ruandés (tutsi), sospechosos de

inclinaciones polpotistas. Su líder, Paul Kagamé, no se libró sin embargo del calificativo de «americano» que le impusieron los responsables franceses, sabedores de su formación en Estados Unidos y siempre en vilo ante las maniobras anglosajonas en el cuadrado prado africano [1]. El caso de la región de los Grandes Lagos, complejo donde los haya, es todavía hoy ilustrativo de una importante dificultad con que tropiezan tanto los observadores como los facultativos de la política africana: el continente «negro» es un lugar privilegiado para proyectar en él los fantasmas políticos occidentales. ¿Se puede entonces invocar inocentemente un «comunismo africano» sin caer en el pecado etnocéntrico, cuando el propio presidente mozambiqueño Joaquim Chissano no dudó en admitir, mientras la historia se torcía en el Este europeo, que realmente «esta historia del marxismo empezaba a crearnos problemas»? [2]. De hecho, los debates sobre la autenticidad de la adhesión de los africanos al universo comunista se parecen muchísimo a lo que pudo agitar a los aficionados a este tipo de controversias a propósito de otros sectores del planeta. Después de todo, ya que para el general De Gaulle la URSS nunca dejó de ser la querida y poderosa Rusia, ¿por qué el Movimiento para la Liberación de Angola (MPLA) no iba a ser la expresión marxista-leninista —es decir, la traducción para uso de Occidente— del patchwork étnico criollos-indios-mbundu? Y por lo que se refiere a negarle al «negus rojo» Mengistu la dignidad de «comunista», sabemos que este calificativo se lo negaron escrupulosamente a Stalin importantes sectores de la extrema izquierda marxista, y entre ellos los trotskistas, que no eran la subvariedad menos influyente.

Limitémonos entonces a constatar que, a lo largo de todo el período que aquí consideramos (esencialmente entre 1974 y 1991), ni los actores ni sus adversarios y todavía menos la instancia legitimadora, es decir, la Unión Soviética y el movimiento comunista internacional, pusieron en tela de juicio la seriedad de la referencia a Marx, al bolchevismo y a la URSS de los partidos, Estados y regímenes aquí mencionados. Es cierto que la adscripción a organizaciones del campo comunista fue un hecho minoritario: las estimaciones soviéticas avanzaban las cifras de 5.000 en todo África en 1939, y 60.000 a principios de los años setenta [3]. Pero tenemos a nuestro alcance un buen número de ejemplos, sobre todo europeos, para recordar que según la lógica leninista solo cuenta la conformidad ideológica del *poder* (más que del régimen

[1] Éric Fottorino, «Dans le piège rwandais», *Le Monde*, 25 de julio de 1997.

[2] Declaración al *Expresso* de Lisboa, 12 de mayo de 1990 en M. Cahen, «Le socialisme, c'est les Soviets plus l'ethnicité», *Politique africaine*, junio de 1991.

[3] Marina y David Ottaway, *Afrocommunism*, Nueva York, Holmes y Meier, 1986, págs. 30-35. Aprovechamos esta nota para subrayar que hemos tomado prestado de estos autores para nuestro título el término «afrocomunismo». Se trata de una comodidad puramente léxica que excluye cualquier connotación positiva como las que hayan podido atribuirse en los años setenta a la noción de «eurocomunismo». Este tendía, es cierto, a proyectar sobre las relaciones entre el Partido Comunista de España, Italia y Francia, las esperanzas que una parte notable de la izquierda albergaba en relación a un «socialismo de rostro humano» liberado del lastre soviético.

o del Estado) y que este es a priori poco sensible a la impregnación previa de la sociedad en la cultura comunista. Respondiendo prontamente a las órdenes, los nuevos dirigentes se preocuparon de delimitar simbólicamente en zonas el paisaje, multiplicando las señales de ruptura con el «socialismo africano» que eclosionó inmediatamente después de las primeras declaraciones de independencia de los años cincuenta y sesenta. La lección que pudo extraerse del fracaso de la primera oleada caía por su propio peso: si la política agraria comunitaria *(ujamaa)* practicada en Tanzania por Julius Nyerere no dio los resultados esperados era, según se afirmaba en el Frelimo [4] así como los expertos etíopes, porque el partido TANU/ASP [5] no había sido bastante marxista-leninista. La adopción de un esquema «socialista científico» permitía a las elites dirigentes soslayar el peligro «tribalista» que era, a su entender, el desvío natural de solidaridades campesinas no planificadas. Aceptando de entrada que el Estado construyese la nación —según un modelo familiar a los europeos...—, las fuerzas en el poder integraban a la misma en la comunidad internacional. Al aterrizar en Maputo, capital de Mozambique, nadie podía ignorar que accedía a una «zona liberada de la humanidad» [6].

Lejos de invitar a negar los derechos humanos, el lema que iluminaba la fachada del aeropuerto ponía de manifiesto dos dimensiones consustanciales al proyecto comunista: frente a la Suráfrica racista, el antiimperialismo; junto a los Estados socialistas, la inscripción en el sistema comunista mundial. Al igual que Mozambique, Angola y Etiopía encontraron un lugar en la categoría de países de «orientación socialista». Desde los tiempos de Jrushchov, en efecto, los analistas soviéticos se preocuparon de afinar su tipología: la eclosión de nuevas naciones «progresistas» impuso el uso de una terminología adecuada, reservando su lugar a aquellas que, como Cuba o Vietnam, habían tomado distancias de la «vía capitalista» pero no podían invocar la etiqueta «socialista» [7]. Una etiqueta que, en efecto, constituye una garantía por parte de la Unión Soviética de compromisos cuya rentabilidad sobre el escenario africano no parece asegurada. Por ello, para asegurar las bases materiales de su desarrollo, los Estados de orientación socialista deben contar esencialmente con los recursos autóctonos y la financiación occidental. En cuanto al capítulo militar de la cooperación, se inscribe en la larga tradición del «imperialismo rojo», que teorizaba desde los primeros pasos de la Internacional comunista [8]

[4] Frente de Liberación de Mozambique.

[5] Tanganyka African National Union/Afro Shirazi Party (Zanzíbar).

[6] Christian Geffray, «Fragments d'un discours du pouvoir (1975-1985): du bon usage d'une méconnaissance scientifique», *Politique africaine*, núm. 29, marzo de 1988.

[7] Marie Mendras, «La stratégie oblique en Afrique subsaharienne», en GERSS (Groupe d'études et de recherches sur la stratégie soviétique), «L'URSS et le tiers-monde: une stratégie oblique», *Cahiers de la Fondation pour les études de Défense nationale*, núm. 32, 1984.

[8] Podemos referirnos al respecto a las declaraciones explícitas de Bujarin el 18 de noviembre de 1922, durante el IV Congreso de la Komintern (suplemento de *La Correspondance internationale*, núm. 38, 4 de enero de 1923).

el deber de asistencia proletaria. Aunque en términos de transferencia de tecnología militar la clientela soviética en África era ampliamente superior a los tres países objeto de este artículo, lo cierto es que estos fueron los principales beneficiarios. Y la profundidad de la inserción en un sistema mundial permitió a sus direcciones beneficiarse de los recursos diferenciados de la galaxia comunista: junto a los 8.850 consejeros soviéticos en activo en el conjunto del continente, se pudo contabilizar en 1988 la presencia de 53.900 cubanos, sin que se haya podido determinar el número de especialistas de Alemania del Este, muy apreciados en los servicios de seguridad respectivos [9].

Ciertamente es posible encontrar en la retórica marxista-leninista adoptada por el MPLA de Angola, el Frelimo de Mozambique y el Derg/PTE de Etiopía, el proceso que los historiadores de la antigüedad conocen con el nombre de «interpretación», a través del cual los dioses galos disfrutaron de una larga inmortalidad bajo sus vestiduras romanas. Es verdad que la «instrumentalización» no es forzosamente de sentido único y que, por ejemplo, la burocracia imperial etíope supo canalizar en provecho propio el potencial centralizador del modelo comunista realmente existente. No resulta menos cierto que, sea cual sea la fuerza de este modelo explicativo, existe una *política* comunista en África identificable como tal que se apoya en una sólida batería de criterios de autentificación. Muchos de ellos, por separado, coinciden en la descripción de otros Estados africanos, empezando por el rechazo del pluripartidismo parejo a la noción de vanguardismo, una virtud atribuida por derecho a la única facción en el poder. Moscú, sin embargo, solo adjudicó la etiqueta de «partidos de vanguardia que se apoyan en una teoría revolucionaria» al MPLA-Partido del Trabajo (Angola), al Frelimo-Partido de los Trabajadores (Mozambique), y al Partido Congoleño del Trabajo, al que en 1984 se les unió el Partido de los Trabajadores de Etiopía. Lo mismo cabe decir respecto a la existencia de una «política de vientre» [10] de tipo mafioso donde, a falta de una «clase burguesa», el control de las riendas del Estado continúa siendo la única fuente de enriquecimiento personal. Se trata, es verdad, de prácticas nomenklaturistas cuyo monopolio no detenta en absoluto el continente africano. Y, por supuesto, podríamos limitarnos a delimitar la especificidad comunista de los tres regímenes aquí aludidos subrayando, en cada caso y con una misma retórica, la voluntad de crear un «hombre nuevo» confiando al mismo tiempo al ministerio de la verdad autóctona la elección de lo que dentro de la cultura ancestral merece ser folclorizado o erradicado.

Quedaría por averiguar por qué, en el bazar ideológico del siglo XX, las elites que han accedido al poder en estos Estados fueron a abastecerse a la sec-

[9] Gareth M. Windrow, *The Foreign Policy of the GDR in Africa*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.

[10] Jean-François Bayart, «L'État», en Coulon-Martin, *Les Afriques politiques*, París, La Découverte, 1991, pág. 219.

ción ideológica marxista-leninista [11]. Refiriéndonos a este único aspecto, no puede excluirse que la fascinación que potencialmente ofrece la doctrina de un uso vertiginoso de la violencia pueda constituir uno de los elementos del debate. Y así como en Occidente a los estudiosos cada vez les resultan más evidentes los vínculos existentes entre los estallidos totalitarios y la «cultura de la guerra» que ha prevalecido en Europa desde 1914 a 1945, del mismo modo el episodio comunista en África se incluye en la larga duración de una violencia cuyo análisis apenas empieza a superar las oposiciones maniqueas entre armonía (o barbarie) precolonial, orden (o represión) colonialista y la anomía consecuente a las independencias y/o a la codicia neocolonial [12]. Es cierto que el África comunista no ha sido un islote de violencia. Lejos de ello: Nigeria, durante la guerra de Biafra, y Ruanda, con el genocidio de los hutus, han hecho cada uno en su momento una considerable aportación a las razones para desesperar del prójimo. Etiopía, Angola y Mozambique conservan, sin embargo, por encima de la disputa de cifras, su especificidad criminal, aunque solo sea a través de los procesos de remodelación del tejido social marcado por la «aldeanización» forzada del mundo rural, así como por el uso político del hambre. Además, estos países ofrecen al especialista del comunismo no africanista la tentación del paisaje familiar, tanto en materia de depuración del partido o de liquidación del izquierdismo como en el tratamiento dado a las oposiciones nacionalistas/étnicas, guerrilleras o religiosas.

Al resultarles cada vez más difícil a los que niegan la práctica de asesinatos en masa, pese a la profesionalización del Agit-prop, soslayar las redes mediáticas internacionales, la dimensión criminal del comunismo africano ha suscitado un retorno de las prácticas absolutorias. Entre quienes se inclinan a disipar la sospecha de intencionalidad que pesa sobre unos regímenes por lo demás «progresistas», cada iniciativa del Estado marxista-leninista tiende a presentarse como una réplica proporcional a las fuerzas contrarrevolucionarias. La invocación de la «tiranía de las circunstancias», una disputa iniciada hace mucho tiempo a propósito del terror revolucionario francés, y refrescada por la Revolución bolchevique, encuentra en la coyuntura africana materia de sobra para alegatos que tienen su origen más allá de las filas comunistas. Sobre este punto, la dimensión —relativa, pero incomparable con las suscitadas por los otros países africanos de orientación socialista [13]— de las polémicas provocadas en el Oeste por los tres Estados mencionados bastaría para justificar nuestra elección. Y es que a las figuras clásicas del mal (la herencia del pa-

[11] Cuestión preliminar en cualquier debate sobre la sinceridad de la creencia comunista africana, como subrayaba Michael Walter en su editorial de los números 3 y 4 (septiembre/diciembre de 1985) del *Journal of Communist Studies* consagrado a los regímenes militares marxistas en África.

[12] Véase en una primera aproximación, René Lemarchand, «La violence politique», en Coulon-Martin, *Les Afriques politiques, op.cit.* Contiene una importante bibliografía.

[13] En vísperas de la era Gorbachov (1985), los soviéticos incluían, además del trío que aquí consideramos, Argelia, Benin, Cabo Verde, Congo, Guinea, Guinea-Bissau, Madagascar, São-Tomé y Príncipe y Tanzania.

sado, la estrategia intervencionista imperialista) se añade en Etiopía, en Mozambique e incluso en Angola, el concurso de fuerzas naturales de un medio cuya dureza, llegado el caso, el mundo comunista subraya complacidamente, a reserva de poner la sequía al servicio de sus proyectos prometeicos. Desde anomalías pluviométricas hasta gravitación étnica, los argumentos no renuncian a la tentación de imputar la barbarie africana a una hipotética africanidad. Sin embargo, las sociedades africanas son tan tributarias de su tiempo como de su herencia y, al respecto, no podrían haber quedado a salvo de las sangrías totalitarias.

El imperio rojo: Etiopía. Cuando el 12 de septiembre de 1974 desapareció el imperio encarnado por el negus Hailé Selassie I, que contaba entonces ochenta y dos años de edad, el diagnóstico parecía fácil. Debilitado por la incertidumbre imperante sobre la identidad de su sucesor tanto como por el choque petrolífero, exhausto a causa de las guerras fronterizas y las penurias alimentarias, contestado por las capas urbanas surgidas de la modernización social, el régimen se derrumbaba sin mayores sobresaltos. Fruto de las preocupaciones geopolíticas del soberano caído [14], el ejército —instruido en Corea en 1950 junto a los americanos— se puso al mando del Estado: 108 hombres componían el *Derg* (comité militar administrativo provisional), en cuyo seno los antagonismos ideológicos parecían borrarse tras el lema *Ethiopia tikdem* (Etiopía primero). Los equívocos, sin embargo, se disiparon muy pronto. El general Aman Andom, de origen eritreo y héroe de la guerra contra Somalia, situado a la cabeza del Gobierno, era liquidado en la noche del 22 al 23 de noviembre. Unas horas más tarde les llegaba su turno a 59 personalidades: siguiendo una técnica ya probada, los políticos liberales sufrían la misma suerte que los tradicionalistas vinculados al antiguo régimen. La suerte de los miembros del Derg quedaba desde entonces ligada a la del jefe al que confiaron el mando en julio y que el 21 de diciembre de 1974 introdujo abiertamente al país en la senda del socialismo: Mengistu Hailé Mariam.

La biografía del ex presidente está aún por escribir [15]. El hombre adoptó complacido el papel de paria, jugando con su piel oscura y su corta talla (corregida, es cierto, por el uso de alzas o tacones) para dárselas de *bariah* (esclavo) frente al clan amhara, corazón del régimen imperial. Pertenecía a este medio privilegiado por parte de su madre, auténtico retoño de la aristocracia. Pese a su bastardía (su padre era un cabo inculto), se benefició de la protección de un tío suyo, ministro del Negus, que le facilitó sus primeros pasos en la carrera militar. La educación de Mengistu se limitó, sin embargo, a una escolaridad primaria y sin tener un diploma franqueó las puertas de la escuela

[14] Hailé Selassie se vio obligado a vivir en el exilio entre 1936 y 1941, en el curso del breve episodio de la colonización italiana de Etiopía.

[15] Véase el retrato que de él traza Jacques Barrin en *Le Monde*, 23 de mayo de 1991.

militar de Holetta, reservada a jóvenes sin recursos. Siendo comandante de brigada mecanizada, sus cualidades le proporcionaron en dos ocasiones la oportunidad de realizar sendos cursos en Fort-Leavenworth (Texas). Mengistu, sin bagaje teórico conocido, aunque dotado de un sólido afán de poder, necesitó tres años para eliminar a sus rivales: tras acabar (por conspiración «derechista») con el coronel Sisaye, el 3 de febrero de 1977 le llegaba el turno al general Teferi Bante y a ocho de sus camaradas. Según la leyenda, Mengistu dirimió con la ametralladora 12,7 la suerte de los «cobardes» en el transcurso de una memorable reunión de las instancias dirigentes del Derg.

En el «gran palacio» construido por Menelik II después de la fundación de Addis-Abeba en 1886, el jefe supremo de Etiopía pudo desde entonces asumir la responsabilidad de los despojos imperiales, sin contar demasiado con el parlamento [16]. Su implacable estilo de mando, popularizado por una comunicación muy profesional, en nada podía extrañar a los súbditos del difunto «rey de reyes». Su legitimidad resultaba incontestable para los del campo socialista, que disponía desde aquel momento de un interlocutor estable: el golpe de febrero estuvo precedido, en diciembre de 1976, de una visita de Mengistu a Moscú. En abril de 1977, Etiopía rompió sus relaciones militares con Estados Unidos. Cubanos y soviéticos proporcionaron entonces un apoyo masivo, tanto en equipo como en personal [17], que se revelaría decisivo frente a los independentistas eritreos y a la ofensiva somalí de julio de 1977 en Ogadén. Los soviéticos apreciaron en su justo valor los esfuerzos de sovietización emprendidos por el régimen, imitando en ocasiones el socialismo preconizado en Somalia, por entonces aliada de la URSS. La «vía etíope» esbozada en diciembre de 1974 por el Comité Provisional, adquirió forma en enero de 1975, cuando el Derg nacionalizó la banca y los seguros, así como lo esencial del sector fabril. En marzo, con la abolición de la propiedad de las tierras y la limitación de la propiedad inmobiliaria a un bien inmueble por familia, el régimen dejó constancia de su radicalización. Moscú no hacía sino impulsar un poco más la creación del único instrumento capaz a su entender de llevar a los dirigentes a cruzar un umbral cualitativo esencial: el partido. Hubo, no obstante, que esperar a 1979 para que se instituyera una comisión organizativa del Partido de los Trabajadores (COPTE). Los soviéticos juzgaron lo bastante fructíferos los resultados de su segundo congreso, celebrado en enero de 1983, para que el 11 de septiembre de 1984 la creación del Partido de los Trabajadores de Etiopía pusiese el broche final a las ceremonias del décimo aniversario de la Revolución. Reconociéndose heredero de la «gran Revolución de octubre», el PTE accedía al grado de integración suprema en el sistema comunista mundial: los acuerdos de partido a partido. Pero había una sombra en el cuadro: Etiopía no podía elevarse al rango de «democracia popular»

[16] Paul B. Henze, «Communisme and Ethiopia», *Problems of Communism*, mayo-junio de 1981.

[17] Fuente americanas avanzaron una cifra de 15.000 cubanos.

pues la fragmentación multiétnica y su dependencia económica de Occidente seguían siendo defectos redhibitorios [18].

El ritmo de la construcción del partido no era tributario de una «buena» composición sociológica. Pese a los notables esfuerzos por mostrar una imagen más conforme con la idea que algunos pudieran tener del «partido de la clase obrera», en vísperas de su fundación los propios obreros representaban menos de la cuarta parte de los efectivos. Como símbolo de la realidad de las relaciones sociales, los militares y funcionarios representaban más de las tres cuartas partes de sus miembros frente a un 3 por 100 de campesinos [19] en un país donde el campesinado supone el 87 por 100 de la población. En el terreno de la dirección, la relación de fuerzas se inclinaba de forma todavía más mayoritaria a favor de los cuadros del ejército. El Politburó del PTE estaba compuesto esencialmente por supervivientes del Derg. El lugar de la intelectualidad, reducida a la porción congrua, se explicaba por la destrucción física de sus cuadros y organizaciones. Después de su llegada, procedentes de Europa y Estados Unidos, de los estudiantes formados en universidades profundamente impregnadas del radicalismo de la época, una campaña de cooperación (*zamesha*) animada por un espíritu mao-populista llevó a 50.000 estudiantes (y a algunos profesores) a relacionarse con el universo campesino. El retorno a la ciudad se saldó con el reforzamiento de las organizaciones de obediencia marxista-leninista, el PRPE y el MEISON [20]. La población, profundamente indiferente, se explicaba la rivalidad entre los dos movimientos por su composición étnica, de dominante amhara en el PRPE y oromo en el MEISON. Aunque próximos en su ideología, las dos organizaciones diferían en el tratamiento de la cuestión eritrea. El MEISON se inclinaba por el talante centralizador del Derg. Jugando con los enfrentamiento armados entre las dos facciones, hábilmente calificados de «terror blanco», Mengistu procedió a su exterminio en dos fases. En la primera oleada, desatada en otoño de 1976, el «terror rojo» aniquiló al PRPE. Durante un discurso público pronunciado el 17 de abril de 1977, Mengistu instigó al pueblo a atacar a los «enemigos de la Revolución». Uniendo el gesto a la palabra, rompió sucesivamente tres frascos de sangre (o supuesta sangre) que simbolizaban el «imperialismo», el «feudalismo» y el «capitalismo burocrático». El MEISON participó ampliamente en esta operación infiltrando a 293 *kebele*, milicias urbanas instauradas por el Derg según el modelo de las «secciones» parisinas de la Revolución Francesa [21] y equipadas para la circunstancia por el ejército. Tras la ejecución, que

[18] Christopher Clapham, «The Worker's Party of Ethiopia», *The Journal of Communist Studies*, núm. 1, marzo de 1985.

[19] Olga Kapeliouk, «Quand le paysan est tenu à l'écart des décisions politiques», *Le Monde diplomatique*, abril de 1984.

[20] Partido Revolucionario del Pueblo Etíope; Movimiento Socialista Panetíope (acrónimo).

[21] Hailé Fida, miembro eminente del MEISON y del Bureau Politique du Derg, adquirió su formación marxista-leninista cuando cursaba estudios en Francia. Fue detenido en 1977 y desapareció tras unos meses de detención.

tuvo lugar el 11 de noviembre, del teniente coronel Atnafu Abate[22], su principal apoyo en el seno del Derg, la trampa se cerró sobre el MEISON, víctima a su vez de las tristemente célebres 504 blancas que conducían los «ahogadores», los escuadrones de la muerte a las órdenes de los servicios de seguridad[23].

Obtener datos fiables relativos a las víctimas del terror no se encuentra actualmente a nuestro alcance. En el transcurso de las sesiones del proceso celebrado en Addis-Abeba en mayo de 1995 se estimó en 10.000 la cifra de crímenes políticos cometidos durante el período correspondiente a febrero-junio de 1978, solo en la capital[24]. Distinguir entre las víctimas (desde prochinos a falashas, judíos autóctonos víctimas de las matanzas de 1979...) podría parecer fuera de lugar: como recordaba Karel Bartosek a propósito de Checoslovaquia[25], ya no estamos en los tiempos en que en el interior de los osarios uno se atrevía a privilegiar a los que alimentaban el tema del Saturno bolchevique que, como todo el mundo sabe, devora a sus propios hijos. Prosiguiendo con las mezclas estalinistas, donde los propios espías salían de los presupuestos de Hitler, Chamberlain, Daladier y del Mikado juntos, las apresuradas requisitorias de los fiscales a las órdenes del Derg no dudaban en endosar a las carretadas de condenados el listo-para-liquidar ritual: «reaccionarios, antirrevolucionarios, antipueblo y miembros anarquistas y subversivos del PRPE». Como ya ocurriera en la URSS, continuamente se descubren fosas comunes en las que se amontonan muchos de los «desaparecidos» registrados en los informes de Amnistía Internacional. Como en China, se invitó a los familiares a abonar al Estado una parte de los gastos exigidos por la ejecución de las sentencias, según el principio denominado *paying for the bullet*. El cordoncillo de nailon (la «pajarita de Mengistu»), la marca distintiva del coronel Teka Tulu (apodado «la hiena»), uno de los jefes de la seguridad del Estado más odiados, fue extensamente utilizado para cometer los crímenes. Una técnica, por lo demás, probada una noche de agosto de 1975 en la persona del emperador caído. Oficialmente, se atribuyó la defunción, lo mismo que en el caso de la nieta del monarca, la princesa Ijegayehu Asfa, a una intervención quirúrgica fallida.

En las altas esferas fue muy apreciada la intervención de los servicios de seguridad de la Alemania del Este (Stasi) y soviéticos. Los estudiantes residentes en Moscú no se libraron de ellos, y en varios casos las autoridades soviéticas se encargaban de confiarlos al brazo etíope competente. En Addis-

[22] Atnafu se había destacado por su crueldad en la represión anti-PRPE.

[23] Patrice Piquard, «L'Éthiopie juge Mengistu, le boucher rouge», *L'Évenement du Jeudi*, 22-28 de diciembre de 1994.

[24] Bertrand Le Gendre, «Ethiopie: le procès de la Terreur rouge», *Le Monde*, 13 de mayo de 1995. En 1977 el secretario general de la Federación de Maestros de Etiopía avanzaba la cifra de 30.000 asesinatos políticos desde 1974. *Cf. Human Rights Violations in Ethiopia*, Amnistía Internacional, 1978, pág. 16.

[25] Karel Bartosek, *Les Aveux des archives, Prague-Paris-Prague, 1948-1956*, París, Le Seuil, 1996.

Abeba el sargento Legesse Asfaw actuó de intermediario entre los especialistas europeos y sus camaradas autóctonos, quienes impusieron prácticas ejemplarizantes como la exposición de las víctimas torturadas en las calles de Addis-Abeba[26]. El 17 de mayo de 1977, el secretario general sueco del Save the Children Fund declaró: «En Addis-Abeba han sido asesinados un millar de niños y sus cuerpos yacen en las calles presas de las hienas errantes. (...) Pueden verse los cuerpos amontonados de niños asesinados, en su mayoría de entre once y trece años, en el arcén de la carretera a la salida de Addis-Abeba»[27].

Los 1.823 casos instruidos después de 1991 por la justicia del presidente Meles Zenawi[28] afectaban esencialmente a destacadas personalidades urbanas. Ahora bien, una visión demasiado centrada en la capital mutilaría la realidad sociológica y geográfica del terror ejercido contra un país que, dentro de las fronteras establecidas en la época, se extendía sobre 1.222.000 km^2 y contaba con una población de aproximadamente 40 millones de almas. El Wollo, donde el PRPE gozaba de una relativa implantación, también sufrió su ración de abusos. En mayo de 1997, ante la sala de lo penal del Tribunal Supremo de Addis-Abeba, el coronel Fantaye Yhdego y los tenientes Hailé Gebeyahu y Ambachew Alemu tuvieron que responder de sus actos, entre los cuales la justicia señalaba el envenenamiento con gas de 24 miembros del PRPE, en febrero de 1977, en Dese y Kombalcha[29]. Aparte de Shoa[30], la situación mejor conocida es la de Eritrea, donde la oposición nacionalista, muy bien organizada y que contaba con sólidos apoyos en los medios marxista-tercermundistas, pudo recoger y difundir informaciones capaces de desacreditar ante la opinión pública internacional[31] al régimen de Addis-Abeba, que el 20 de diciembre de 1974 se reafirmaba en la indivisibilidad de la nación. En efecto, cualquier secesión de la antigua colonia italiana[32] privaba a Etiopía de su salida al mar Rojo. En cuanto al sureste, en dirección al océano Índico, las tendencias panetíopes tropezaban con las reivindicaciones de Somalia sobre el Ogadén, donde desde 1969 el régimen de Siyad Barre había abrazado oficialmente el marxismo-leninismo. Y por añadidura, el tratado de

[26] Para datos más precisos, véase *Human Rights Violations in Ethiopia*, *op.cit.*, págs. 9-11.

[27] *Íbid.*, págs. 14-15.

[28] Presidente de la República desde el día siguiente a la huida de Mengistu. El proceso de los dignatarios del régimen de Mengistu, acusados de crímenes contra la humanidad, aplazado una primera vez en diciembre de 1994, fue diferido hasta el 13 de mayo de 1995. Mientras prosiguen las investigaciones, las autoridades parecen haber renunciado a cualquier mediatización. No obstante, los procesos de los antiguos responsables de rango intermedio se reanudaron después.

[29] *The Ethiopian Herald*, 13 de mayo de 1997.

[30] La provincia central, que tiene como núcleo Addis-Abeba.

[31] Resultaría —y establecer el paralelismo con Argelia, Afganistán o Mozambique sería igualmente interesante— perfectamente inexacto trazar un cuadro de una Eritrea unida frente al invasor. La región comprende numerosas minorías étnicas y (sin hablar de la suerte reservada a los soldados etíopes) hubo disensiones a veces sangrientas en las filas nacionalistas.

[32] Ocupada por Italia a partir de 1882, Eritrea fue anexionada de hecho en 1962 por Hailé Selassie, por entonces una figura considerada del anticolonialismo africano.

amistad de 1975 culminaba el acercamiento entre Moscú y Mogadiscio. La URSS optó entre sus dos protegidos. Después de haber jugado en vano la carta de una federación Etiopía-Somalia-Yemen del Sur, los soviéticos se decidieron por Addis-Abeba. Desde entonces Mengistu pudo, bajo la denominación «operación Estrella Roja», contar con la potencia armamentística y la logística naval y aérea del Ejército Rojo, así como con el cuerpo expedicionario cubano, para repeler las ofensivas del Frente Popular de Liberación de Eritrea (marxista-leninista) y del ejército somalí, desde julio de 1977 a enero de 1978.

La acción de Mengistu fue tan eficaz que durante la trigesimonovena sesión del Buró de la Federación Sindical Mundial, celebrada en Addis-Abeba entre el 28 y el 30 de marzo de 1988, la organización —en la cual asumió importantes responsabilidades la CGT francesa, dirigida entonces por Henri Krasucky— le otorgó la medalla de oro por «su contribución a la lucha por la paz y la seguridad de los pueblos, por su independencia nacional y económica». En la práctica, esto tuvo una traducción en ocasiones dolorosa para los pueblos en cuestión: poco después de que se clausurase la sesión, en junio de 1988, 2.500 habitantes de Hawzen[33] perecieron bajo las bombas. Como en su momento en Guernica, en el País Vasco, era día de mercado. Se le llamara guerra colonial o represión antinacionalista, las periferias del imperio (Eritrea, Tigré, Oromo, Ogadén, Wollega y Wollo) se veían sacudidas por revueltas a menudo dirigidas por «frentes populares» cuyos cuadros compartían con sus adversarios como mínimo una retórica marxista-leninista[34]. En respuesta a esta situación se desplegaron recursos militares diversos, mientras algunas corrientes izquierdistas y/o prochinas se complacían en subrayar las responsabilidades sucesivas en esta barbarie (incontestable) de Estados Unidos, la URSS e Israel[35]. Siguiendo el modelo de las operaciones organizadas contra la intervención americana en Vietnam, en mayo de 1980 celebró sesión en Milán un «tribunal permanente de la Liga Internacional por los Derechos y la Liberación de los Pueblos» cuyos considerandos, publicados en 1981 por el comité belga de Ayuda a Eritrea, reflejaban la posición del FPLE[36]. Algunos datos, corroborados por los informes de Amnistía

[33] Hawzen está situado en el Tigré, es decir, en una provincia periférica de Etiopía que constituye el *hinterland* (tierras del interior) del litoral eritreo.

[34] Existían también, sobre una base regional, oposiciones armadas de carácter más heterogéneo: agrupaban a monárquicos, expropiados y a otros derrotados de la Revolución de 1974, la UDE (Unión Democrática Etíope) intervenía al lado de notables como Beni Amer o Afar en operaciones puntuales que se sumaban a la inseguridad reinante.

[35] Es cierto que la desvinculación de Gorbachov del cuerno de África tuvo como consecuencia inmediata el acercamiento entre Addis-Abeba y Tel-Aviv, preocupado por el posible debilitamiento de una potencial hostil al mundo islámico.

[36] Frente Popular de Liberación de Eritrea. Dirigido por cristianos, el FPLE surgió en 1970 de una escisión marxistizante del Frente de Liberación de Eritrea, de mayoría musulmana. Véase Alain Fenet, «Le programme du FPLE, nation et révolution», en *La Corne de l'Afrique, Questions nationales et politique internationale*, París, L'Harmattan, 1986.

Internacional, autorizaban, sin embargo, a hacer comparaciones con otros muchos escenarios de operaciones. El nombre de Oradour-sur-Glane acudía espontáneamente a la pluma de cualquier observador francés ante el relato de las matanzas de las poblaciones civiles refugiadas en las iglesias. El folleto del «tribunal permanente» se refería también al caso del pueblo de Wokiduba, donde el verano de 1975 110 personas murieron asesinadas en la iglesia ortodoxa. En vez de los Peugeot blancos de Addis-Abeba, los escuadrones de la muerte que operaban en Asmara preferían las camionetas Volkswagen beige, que transportaban hasta las «carnicerías» (fosas comunes) a los que ya no se estaba a tiempo de internar en el campo de concentración de Adi Qualla, próximo a Mendefera.

Todavía no se ha hecho balance de la «guerra total» decretada por Mengistu en agosto de 1977 contra los «secesionistas» de Eritrea. ¿80.000 muertos entre civiles y militares solo en el periodo comprendido entre 1978 y 1980? A esta estimación[37], que básicamente tomaba en cuenta a las víctimas de las operaciones de represalias masivas y de los ataques de terror aéreos, pueden añadirse las consecuencias de una política de sistemática desorganización de la vida rural. Mientras los centros urbanos se beneficiaron de un abastecimiento prioritario y de una presencia militar a sueldo favorable al comercio, la agricultura sufrió la destrucción de la riqueza ganadera —sobre todo por culpa de los aviadores, aficionados a la caza del camello—, el sembrado de minas, la deforestación y la desorganización por la vía autoritaria de los intercambios. Las mujeres, agentes fundamentales de la producción agrícola, fueron víctimas señaladas de las violaciones sistemáticas perpetradas por las tropas, que contribuyeron en gran manera a mantener un clima de inseguridad poco propicio a la actividad exterior[38].

Resulta difícil afirmar que el interés del Gobierno en acabar con la base civil de las guerrillas constituyera la razón inicial de los desplazamientos masivos de población en los años de la hambruna, 1982-1985, aunque se hayan podido efectuar localmente significativas sangrías demográficas. Aunque Eritrea no resultó demasiado afectada, Wollo, en cambio, lo fue en proporciones nada desdeñables: de las 525.000 personas desplazadas entre noviembre de 1984 y agosto de 1985, 310.000 (es decir, el 8,5 por 100 de la población de la provincia) eran originarias de Wollo[39]. Y algunas regiones fronterizas (Gondar) ya se habían vaciado literalmente de una parte notable (entre el 30 y el 40 por 100) de sus habitantes, reunidos en Sudán en campos controlados por las organizaciones de la oposición[40]. La hambruna, una crisis de subsistencia gra-

[37] *Evil Days. Thirty Years of War and Famine in Ethiopia: An African Watch Report*, Nueva York, 1991, pág. 117.

[38] *Íbid.*, pág. 127.

[39] Georges Lecomte, «Utopisme politique et transfert de population en Ethiopie», *Esprit*, junio de 1986.

[40] Jean Gallais, «Sécheresse, famine, État en Éthiopie», *Hérodote*, núm. 39, octubre-diciembre de 1985.

ve aunque de alcance solo regional y que afectó al 25 por 100 de la población, se inscribía en una serie plurisecular cuyo último episodio (en 1972-1973) contribuyó en gran medida a la caída del régimen imperial. Sus efectos se vieron agravados por la depauperización del sector campesino que se había visto obligado a privarse de sus reservas para satisfacer las cuotas de entrega dictadas por el Estado. Los campesinos, sobre los que ya pesaban fuertes impuestos, se veían a veces obligados a pagar en el mercado libre un precio más alto por el grano que la administración les compraba al precio impuesto. Muchos tuvieron que deshacerse de su ganado, de forma que se encontraron muy desamparados en un período difícil. El que se inició en 1982 fue en primer lugar consecuencia de una auténtica sequía. La crisis se vio acentuada por la parálisis de los cambios, en la cual tuvieron su parte tanto la persecución de los negociantes como la inseguridad. El régimen de Mengistu puso la crisis al servicio de los objetivos definidos en el seno de su *Relief and Rehabilitation Commission* (RRC), o dicho de otro modo, la emanación *ad hoc* del Politburó etíope. Mediante el control de la ayuda y los desplazamientos de la población, el arma alimentaria apuntaba a la realización de varios objetivos entre los cuales figuraba de forma prioritaria el sometimiento de los disidentes y el aprovechamiento «científico» del espacio por el Partido-Estado [41]. Con la prohibición que se les impuso a las organizaciones no gubernamentales de intervenir fuera del Wollo y el desvío de la ayuda destinada al Tigré se pretendía conseguir que las poblaciones rurales hasta entonces bajo control de las guerrillas fluyeran hacia los sectores controlados por el ejército. Los traslados forzosos, a menudo facilitados por el anuncio de un reparto de víveres, se presentaron como una redistribución demográfica desde el norte (seco) hacia el sur (húmedo y fértil). Afectaron de manera prioritaria no a las víctimas del hambre sino, aunque parezca imposible, a las poblaciones bajo control militar y ello con independencia de la situación alimentaria en su región de origen: los habitantes de las regiones que se disputaban el Derg y el Frente de Liberación del Tigré constituyen un ejemplo característico al respecto. Aunque no puede negarse puntualmente su carácter voluntario, este se esfuma tras el aspecto masivo de las deportaciones. Este despotismo distribuidor fue bautizado con cierta agudeza por los dirigentes con el nombre de *bego* (buena voluntad) *teseno* (coerción), o dicho de otro modo «coerción por el bien del prójimo». Desde 1980 se ejercía a expensas de otros «voluntarios» reclutados *manu militari* en las grandes aglomeraciones para beneficio de las granjas del Estado, y cuyas vidas llamaron la atención de las sociedades antiesclavistas anglosajonas [42].

[41] Michel Foucher, «L'Éthiopie: à qui sert la famine?», *Hérodote*, núm. 39, octubre-diciembre de 1985.

[42] Anti-Slavery Society, *Forced Labour in Humera: Intervention on Behalf of the Anti-Slavery Society*, presentada ante el Consejo Económico y Social de la ONU. Comisión de los Derechos del Hombre, grupo de trabajo sobre la esclavitud. Ginebra, agosto de 1981. Véase *Evil Days, op.cit.*, pág. 167.

La política de aldeanización, que afectaba a comunidades no desestructuradas, tropezó con más resistencias, en ocasiones sangrientas y encaminadas a enriquecer el siniestro florilegio de las guerras campesinas bajo un régimen comunista. El esfuerzo iba dirigido, lo mismo que en Mozambique, a reagrupar las comunidades rurales en un lugar de residencia más fácilmente controlable por el partido, pero el propósito último era, sin embargo, permitir al campesino «cambiar su vida y su pensamiento y abrir un nuevo capítulo en el establecimiento de una sociedad moderna en las zonas rurales y ayudar a edificar el socialismo» [43]. Sumada al programa de reinstalación, esta política aspiraba a extender el sector sovjoziano de la agricultura y a la creación de un «hombre nuevo». Señalaremos con el geógrafo Michel Foucher [44] que «los efectos del hambre sobrepasaron ampliamente a los sectores y las poblaciones afectadas por la crisis climática, ya que esta proporcionó la oportunidad de iniciar una vasta reorganización autoritaria del espacio». Sin negar el éxito de algunas operaciones de escaparate, resulta también extremadamente peligroso pretender cifrar aquí los costes humanos de la operación. La tasa de mortalidad (14 por 100) en algunos campos de tránsito, como el de Ambassel en Wollo, fue superior al registrado en las bolsas de hambre [45]. A las 200.000 o 300.000 víctimas de la imprevisión y del secreto, sin duda no es arriesgado añadir un número equivalente de personas sacrificadas en el altar del paso acelerado del «feudalismo» al «socialismo», voluntariamente apartadas de los circuitos de la ayuda internacional, muertas durante las batidas o en tentativas de huida, despresurizadas en las bodegas de los Antonov que los llevaban hacia el Edén o abandonadas sin reservas suficientes, expuestas a la hostilidad, en ocasiones homicida, de los que llegaron en primer lugar. Mediáticamente hablando, el balance fue contrastado por el régimen: después de haber intentado disimular el alcance de la hambruna, Mengistu contraatacó. Aprovechando las sobrecogedoras imágenes difundidas en Occidente en otoño de 1984, el 16 de noviembre de ese mismo año, cuando la emoción había alcanzado su punto culminante, anunció su decisión de proceder al traslado 2,5 millones de personas, iniciando una apuesta extremadamente difícil con la esperanza de poner la anunciada ayuda internacional al servicio de sus proyectos y ello pese a la hostilidad manifiesta de la administración Reagan. En Francia hubo división de reacciones. En este país la inmunización de una parte de la intelectualidad por su familiaridad cultural con el comunismo explica en parte la decisión de Médicos Sin Fronteras, la única ONG que se negó a salir fiadora de la política de *resettlement* y que fue declarada *persona non grata* por el régimen el 2 de diciembre de 1985. En el resto del planeta, por el contrario, una actuación ejemplar en la lucha por la imagen y el apoyo de nu-

[43] Informe del presidente Mengistu Hailé Mariam al Comité central del Partido de los Trabajadores de Etiopía, 14 de abril de 1986.

[44] M. Foucher, artículo citado, pág. 112.

[45] Cultural Survival, *Ethiopia: More Light on Ressettlement*, Londres, 1991.

merosos expertos de la ONU permitieron al régimen acumular —con fines militares y suntuarios— los beneficios de una oleada de solidaridad humanitaria sin precedentes sobre la cual surfearon estrellas del *rock* de diversa talla, como Bob Geldorf y Michael Jackson, que interpretaron al lado de los más bellos florones del *showbiz* americano el himno *We are the World*, que mucho nos tememos sea la única huella del drama etíope en la memoria de decenas de millones de ex adolescentes de los extintos años ochenta.

A partir de 1988, el crepúsculo de Mengistu se confunde solo parcialmente con el de la Unión Soviética. En marzo de 1990 se anunció la retirada de los consejeros de las zonas de combate. Por entonces la relación de fuerzas ya se había alterado: en todos los frentes el ejército retrocedía frente a los insurrectos de los Frentes Populares de Liberación de Eritrea y del Tigré, y el régimen no dejaba de hacer vibrar la cuerda de la patria en peligro. El parón impuesto a la política de reinstalación y el ostentoso anuncio de medidas de liberalización de la economía se conjugaron con la depuración de las fuerzas armadas cuando, el 16 de mayo de 1989, fue ahogada en sangre una tentativa prematura de golpistas, que sufrieron una profunda infiltración de los servicios de información. El 21 de junio de 1990 Mengistu decretó la movilización general. Aunque teóricamente estaba reservada a los mayores de dieciocho años, no pudieron librarse de ella los jóvenes de entre catorce y dieciséis años, a los que iban a buscar a los estadios de fútbol o en los alrededores de los centros escolares. 1991 fue el año en que se cerraron todos los centros de enseñanza superior y se invitó al conjunto de los estudiantes a aportar su parte en el esfuerzo bélico solicitado a la nación. Mientras el cerco se estrechaba sobre Addis-Abeba, el 19 de abril de 1991 Mengistu llamaba a constituir un ejército de reclutas «a la iraquí», que debía alcanzar, según sus aspiraciones, el millón de combatientes. En esas fechas, con 450.000 hombres (frente a los 50.000 de 1974), el ejército más numeroso del África subsahariana ya no respondía y sus nuevos aliados americanos e israelíes veían con satisfacción cómo emergía una solución de recambio. El 21 de mayo de 1991 el coronel Mengistu volaba, vía Kenya, hacia Harare, donde el héroe de la lucha contra los colonos blancos de Rodesia, Robert Mugabe, le concedió asilo político. En otoño de 1994 cuando fue llamado a comparecer ante un tribunal de Addis-Abeba como primer responsable de la tragedia etíope, Zimbabwe negó la extradición del mismo que había inspirado a los periodistas de la Alemania del Este del *Ethiopian Herald* una de sus proclamas más sonoras: «Liquidaremos la herencia satánica del pasado y someteremos a la naturaleza a nuestro control» [46].

VIOLENCIAS LUSÓFONAS: ANGOLA, MOZAMBIQUE. Aunque su presencia en las costas africanas se remonta al siglo XV, Portugal emprendió tardíamente la

[46] Bertrand Le Gendre: «Ethiopie: le procès de la Terreur rouge», artículo citado.

colonización del inmenso imperio (veinticinco veces su superficie...) que las rivalidades europeas le permitieron construirse en el continente negro. Tan tardía y superficial ocupación del espacio no facilitó, es cierto, la difusión de un sentimiento de pertenencia homogénea en el interior de los territorios así delimitados. En muchos aspectos, las organizaciones que se lanzaron a la lucha armada a principios de la década de los sesenta tuvieron que apoyarse, en el seno de las poblaciones no blancas, en un sentimiento anticolonial mucho más violento que el de sus posibles aspiraciones nacionales [47]. Conscientes de los obstáculos con que tropezaba su jacobinismo, las direcciones nacionalistas en seguida concedieron una atención persistente *al Inimigo interno* [48] —jefes tradicionales, colaboradores del colonizador, disidentes políticos—, acusado de perjudicar a la patria en peligro. Estos rasgos característicos de una cultura política a la que el doble código genético salazarista y estalinista no predisponía en exceso al culto de la democracia representativa iba a acentuarse a pesar de la precipitada salida de la potencia tutelar.

LA REPÚBLICA POPULAR DE ANGOLA. En el momento mismo que, el 27 de julio de 1974, para irritación de la población blanca, los oficiales en el poder en Lisboa se pronunciaron en favor de la independencia de las colonias, el ejército portugués quedó como dueño y señor del territorio angoleño. Su precipitada renuncia abrió el paso a tres organizaciones independentistas: *el Movimento Popular de Libertaçao de Angola* (MPLA), el *Frente Nacional de Libertaçao de Angola* (FNLA) y la *União Nacional para a Independência Total de Angola* (UNITA). El 15 de enero de 1975, con la firma del acuerdo de Alvor sobre la independencia, la nueva República portuguesa los reconocía como «únicos representantes legítimos del pueblo angoleño». El calendario era prometedor: elecciones para la constituyente en un plazo de nueve meses y proclamación de la independencia el 11 de noviembre de 1975. Sin embargo, mientras entre febrero y junio de 1975 se aceleraba el éxodo de los 400.000 portugueses, la viabilidad de la coalición gubernamental (en la que el MPLA se hizo con Información, Justicia y Economía) rápidamente demostró que resultaba engañosa. Los incidentes sangrientos se multiplicaron y el alto el fuego de Nekaru del 14 de junio no fue más que una tregua aprovechada por los distintos movimientos para acumular fuerzas y preparar la intervención de sus aliados extranjeros.

A partir de octubre de 1974 el armamento soviético incrementó el potencial de las milicias del MPLA, que también se beneficiaron de la aportación del ala izquierda del ejército portugués, agrupado en el Movimiento de las

[47] Véase al respecto la obra de Michel Cahen, y sobre todo su polémica con Elisio M. Macamo in *Lusotopie*, 1996, págs. 365-378.

[48] Alex Vines, *Renamo, Terrorism in Mozambique*, Centre of Southern African Studies, Universidad de York, 1991, pág. 5.

Fuerzas Armadas (MFA). Influidos por el Partido Comunista Portugués, estos sectores pudieron contar desde mayo de 1974 con la presencia en Luanda del «almirante rojo» Rosa Coutinho. En marzo de 1975 desembarcaban en Angola los primeros elementos cubanos y soviéticos. Fidel Castro teorizaría *a posteriori* su decisión: «África es hoy el eslabón débil del imperialismo. Existen excelentes perspectivas para pasar desde un casi tribalismo al socialismo sin tener que atravesar las diversas etapas que han debido recorrer algunas otras regiones del mundo» [49]. Tras la desmembración del Gobierno (8-11 de agosto), el *Vietnam Heroico* se acerca a Luanda con varios cientos de soldados a bordo, negros en su mayoría. Son ya 7.000 cuando el 23 de octubre la República de Suráfrica interviene masivamente al lado de la UNITA, a la que el diario *Pravda* relegó a partir de entonces al estatuto de «fuerza títere, armada por los mercenarios de China y de la CIA con la ayuda de los racistas surafricanos y rodhesianos» [50]. El análisis no dejaba de ser pertinente, pues la dirección de la UNITA, modelada en el torno maoísta, poseía un sentido muy agudo del pacto con el diablo. En aquella situación, el batiburrillo del inventario de apoyos de la UNITA se inscribía en el panteón del realismo lenino-estalinista, y en el rodeo que debía llevar a Savimbi hasta Pieck Botha no había nada que pudiese desorientar a los turiferarios del pacto germano-soviético de 1939. Pero, por el momento, la logística aeronaval soviético-cubana se revelaba determinante para la supervivencia del régimen. El 11 de noviembre de 1975, el MPLA y la UNITA proclamaban cada uno por su lado la independencia del país [51] mientras se dibujaba el nuevo mapa de la que era la perla del ultramar portugués. El MPLA controlaba los puertos, el petróleo y los diamantes, es decir —grosso modo—, el litoral; sus rivales, entre los cuales pronto obtendría la supremacía la UNITA, se apoyaban en el norte y, sobre todo, en las llanuras centrales.

Identificar a los actores resulta ahora más fácil para los occidentales, lo mismo que para los comunistas del África austral. Según el dirigente mozambiqueño Samora Machel, el carácter despiadado de la lucha se inscribía en la configuración de fuerzas: «En Angola hay dos partes enfrentadas: por un lado, el imperialismo y sus aliados y títeres, por otro, las fuerzas progresistas que apoyan al MPLA. Nada más» [52]. El dirigente indiscutible del movimiento, Agostinho Neto, era un negro, antiguo *assimilado*, nacido en el seno de una familia de pastores protestantes y «organizado» por el Partido Comunista portugués, prosoviético declarado desde los años cincuenta. El MPLA, fundado en 1956, modeló, en el transcurso de varias estancias en la URSS que se

[49] Entrevista en *Afrique Asie*, núm. 135, 16 de mayo de 1977. En Pierre Beaudet (dir.), *Angola, bilan d'un socialisme de guerre*, París, L'Harmattan, 1992.

[50] *Pravda*, 5 de noviembre de 1975. En Branko Lazitch, Pierre Rigoulot, «Angola 1974-1988. Un échec du communisme en Afrique», suplemento *Est et Ouest*, núm. 54, mayo de 1988.

[51] Al nombre de «República Popular de Angola», el único reconocido por Portugal en febrero de 1976, la UNITA y el FNLA añadieron el adjetivo «democrático».

[52] B. Lazitch, P. Rigoulot, *op.cit.*, pág. 33.

multiplicarían a lo largo de los años sesenta, a muchos de sus cuadros dirigentes (como J. Mateus Paulo o A. Domingos Van Dunem) en el molde marxista-leninista por entonces en vigor. Al estudio del socialismo científico, algunos de ellos (J. Njamba Yemina) sumaban una formación militar adecuada, ya fuera en la Unión Soviética o en las escuelas de guerrillas de Cuba. Después de la toma de poder, el congreso de Luanda (4-10 de diciembre de 1977) tomó nota de la necesidad de pasar de un movimiento de tipo frontista a una estructura de vanguardia calcada del modelo bolchevique y capaz de asumir el rango de «partido hermano» dentro del movimiento comunista internacional. De hecho, el nuevo «MPLA-Partido del Trabajo» fue de inmediato reconocido por Raúl Castro, presente en el congreso, como el único «capaz de expresar correctamente los intereses del pueblo trabajador».

La concepción de un Estado como «instrumento capaz de aplicar las orientaciones definidas por el partido único» implicaba que el nuevo partido debía mantenerse más vigilante respecto de las formaciones rivales, prontas a ocultar tanto su naturaleza contrarrevolucionaria como su centralismo democrático a toda prueba detrás de una fraseología izquierdista. No nos sorprenderá entonces descubrir cómo resurgen en latitudes australes las prácticas antidesviacionistas reservadas hasta entonces al hemisferio norte. Antes incluso de la oficialización del bolchevismo angoleño, Neto ya disponía de un conocimiento considerable en este campo. Cuando en febrero de 1975 redujo, con la ayuda de las tropas portuguesas, la fracción «Revuelta del Estado», dirigida por el oficial ovimbundu Daniel Chipenda, el episodio permitió a Chipenda hacer una denuncia en toda regla de la eliminación de disidentes del MPLA que se llevaba perpetrando desde 1967. Resulta entonces más fácil descifrar el comunicado publicado por el movimiento en febrero de 1974 según el cual este había «desbaratado y neutralizado» la conspiración de la contrarrevolución interna «que buscaba la eliminación física del presidente y de muchos de sus mandos» [53].

Nito Alves, ministro de la administración interna y rival de Neto, estaba presente en Luanda cuando los acontecimientos del 25 de abril de 1974, que significaron el toque de difuntos del régimen colonial. En ausencia de la dirección exterior, logró conquistar una audiencia nada desdeñable entre los negros urbanizados, principalmente al denegar la nacionalidad angoleña a los blancos, salvo a los de probado comportamiento anticolonial. Se apoyó en una red de comités de barrio, en nombre de un *poder popular* y para conquistarlo no retrocedió ante las prácticas más estalinistas, que poco podían sorprender, en cualquier caso, a sus víctimas, por lo general de obediencia maoísta [54]. Respaldado por las promesas que sin duda le hicieron los soviéticos, los cubanos y los comunistas portugueses, el 27 de mayo de 1977 intentó un gol-

[53] *Libération-Afrique*, núm. 9, marzo de 1974.

[54] Véase un punto de vista trotskista informado en Claude Gabriel, *Angola, le tournant africain?*, París, La Brèche, 1978.

pe de fuerza para detener la purga recién iniciada contra sus partidarios. Cuando se hizo patente el fracaso de la operación (sobre todo porque los consejeros extranjeros de Nito Alves adoptaron la actitud de esperar acontecimientos), Neto tomó la palabra en la radio para declarar: «Creo que nuestro pueblo entenderá las razones por las cuales vamos a actuar con cierta dureza contra quienes están relacionados con los acontecimientos». Los fraccionalistas, a los que se acusaba de «racismo, tribalismo y regionalismo», sufrieron una depuración radical. Mientras en el Comité central y en el aparato del partido tenía lugar una profunda renovación [55], y los acontecimientos ensangrentaban la capital, la represión se extendió hasta las capitales de provincia: en Ngunza (Kuanza-sur), 204 desviacionistas morirían en la noche del 6 de agosto [56], hecho que otorgaba cierta credibilidad a las cifras avanzadas a partir de 1991 por los supervivientes según los cuales en esta ocasión el MPLA purgó definitivamente a varios miles de sus miembros. Los comisarios políticos de las FAPLA (fuerzas armadas) también fueron objeto de la vigilancia de Sapilinia, miembro del Comité central que dirigió personalmente su liquidación en Luena (Moxico) [57].

La relativa popularidad de Nito Alves se sustentaba en su denuncia de la degradación de las condiciones de vida a través de las columnas del *Diario de Luanda* y de los programas de radio «Kudibanguela» y «Povo en armas». Estas fuentes dejaban entrever la existencia de crueles penurias alimentarias (los nitistas hablaban de «hambruna») en algunas regiones. También señalaban el estado de agotamiento de los asalariados de las ciudades todavía en activo y militarizados por el régimen a través de una ley de noviembre de 1975 y un decreto de marzo de 1976 destinados a asegurarse la disciplina dentro del aparato productivo. La huelga extrasindical (es decir, antipartido) se equiparaba a un crimen en virtud de la consigna «producir y resistir». Aparecieron, por tanto, pese a su instrumentalización burocrática, formas de contestación que ya no se limitaban a la denuncia ritual de la desorganización provocada por el éxodo blanco y la guerra. La prosperidad económica de los años sesenta literalmente se derrumbó a partir de 1975. El control estatal del sistema ocultaba cada vez con más dificultad una dolarización generalizada: el monopolio de los miembros del partido y la capacidad de acceder a una divisa que se negociaba a cincuenta veces su curso oficial conjugaron sus consecuencias en la aparición de una nomenklatura tremendamente indiferente a las condiciones de vida del «pueblo trabajador». Durante diez años nadie estuvo en condiciones de apreciar la situación alimentaria de inmensas zonas del territorio. Mientras el Gobierno conseguía desconectar el mercado urbano —alimen-

[55] De treinta miembros, cinco fueron fusilados (como Nito Alves), tres desaparecieron en circunstancias insuficientemente aclaradas y dos fueron expulsados. *Cf.* Lazitch, Rigoulot, *op.cit.*, pág. 21.

[56] Según la revista trotskista *Acção Comunista*, citada por C. Gabriel, *op. cit.*, pág. 329.

[57] *Íbid.*

tado por la renta del petróleo— de los productores locales, el Estado dejaba de lado al campo, destruido por la guerra y diezmado por los dos bandos según la necesidades del reclutamiento. La palabra «hambruna», cuidadosamente descartada hasta entonces por los medios oficiales, resurgió en 1985 bajo la forma de una llamada de atención de la FAO. Durante las importantes autocríticas iniciadas por la perestroika soviética, el Gobierno angoleño reconocería la gravedad de una situación que conducía a la constatación formulada por la UNICEF a principios de 1987 según la cual varias decenas de miles de niños habían muerto de hambre en el transcurso del año anterior.

El régimen, rico gracias al dominio del enclave petrolífero de Cabinda [58] pero pobre en recursos administrativos, militares y militantes, pudo dedicar escasos recursos a sus proyectos de colectivización y de urbanización rurales, que importantes sectores del campesinado consideraban una amenaza. La sangría fiscal, sobre todo, la insuficiencia de las inversiones públicas, los obstáculos a la comercialización y la pérdida de salidas profesionales urbanas provocaron el debilitamiento rural. Trece años después de la independencia, el Estado angoleño publicaba en un informe oficial [59] la advertencia del agrónomo René Dumont denunciando en un lenguaje comprensible para sus interlocutores el «intercambio desigual» que expoliaba a los campesinos de sus «plusvalías». Esta situación rápidamente se transformó en hostilidad hacia el mundo litoral dominado por la cultura (marxistizante en este caso) de los *assimilados* criollos o mestizos, muy presentes en la cúspide del MPLA. Sobre esta base, fortalecida por el odio al extranjero cubano, ruso, alemán occidental o norcoreano [60], la UNITA de Jonas Savimbi pudo —cuando sus propios hombres practicaban sin moderación el arte de vivir a expensas del habitante— beneficiarse de un apoyo rural creciente más allá de las tierras de Ovimbundu, que representaban su base étnica de partida. En tales condiciones, más que a una guerra de tipo estalinista del MPLA contra el campesinado, sería más exacto referirse en el caso angoleño a una «guerra campesina», una noción que situaba a los actores en posición simétrica más conforme con la relación de fuerzas existente sobre el terreno. Apoyados por la administración Reagan pero impregnados de cultura maoísta, los dirigentes de la UNITA recurrieron alegremente a la retórica de la oposición ciudad/campo, denunciando en nombre del «pueblo africano» a la «aristocracia criolla» del MPLA [61].

[58] Cabinda, incorporado a Angola en 1956 por Portugal, está separado del resto del país por la desembocadura (zaireña) del Congo. Su población (Bacongo), engolosinada por la idea de una independencia sustentada en los ingresos del petróleo, está controlada desde 1975 por 10.000 hombres de las FAPLA y 2.000 cubanos.

[59] *Síntese do plano de recuperação economica a nível global para o bieno 1989-1990*, República Popular de Angola, 1988. En P. Baudet, *op. cit.*, pág. 64.

[60] Tal como ha señalado Jean-François Revel en su prefacio al texto de B. Lazitch y P. Rigoulot (*op.cit.*), «los sovietocubanos están ahí para imponer a Angola el sistema comunista, mientras que no se admitía, y sería inconcebible, que Suráfrica exporte a Angola el sistema del *apartheid*».

[61] Christine Messiant, «Angola, les voies de l'ethnisation et de la décomposition», *Lusotopie* 1-2, 1994.

pe de fuerza para detener la purga recién iniciada contra sus partidarios. Cuando se hizo patente el fracaso de la operación (sobre todo porque los consejeros extranjeros de Nito Alves adoptaron la actitud de esperar acontecimientos), Neto tomó la palabra en la radio para declarar: «Creo que nuestro pueblo entenderá las razones por las cuales vamos a actuar con cierta dureza contra quienes están relacionados con los acontecimientos». Los fraccionalistas, a los que se acusaba de «racismo, tribalismo y regionalismo», sufrieron una depuración radical. Mientras en el Comité central y en el aparato del partido tenía lugar una profunda renovación [55], y los acontecimientos ensangrentaban la capital, la represión se extendió hasta las capitales de provincia: en Ngunza (Kuanza-sur), 204 desviacionistas morirían en la noche del 6 de agosto [56], hecho que otorgaba cierta credibilidad a las cifras avanzadas a partir de 1991 por los supervivientes según los cuales en esta ocasión el MPLA purgó definitivamente a varios miles de sus miembros. Los comisarios políticos de las FAPLA (fuerzas armadas) también fueron objeto de la vigilancia de Sapilinia, miembro del Comité central que dirigió personalmente su liquidación en Luena (Moxico) [57].

La relativa popularidad de Nito Alves se sustentaba en su denuncia de la degradación de las condiciones de vida a través de las columnas del *Diario de Luanda* y de los programas de radio «Kudibanguela» y «Povo en armas». Estas fuentes dejaban entrever la existencia de crueles penurias alimentarias (los nitistas hablaban de «hambruna») en algunas regiones. También señalaban el estado de agotamiento de los asalariados de las ciudades todavía en activo y militarizados por el régimen a través de una ley de noviembre de 1975 y un decreto de marzo de 1976 destinados a asegurarse la disciplina dentro del aparato productivo. La huelga extrasindical (es decir, antipartido) se equiparaba a un crimen en virtud de la consigna «producir y resistir». Aparecieron, por tanto, pese a su instrumentalización burocrática, formas de contestación que ya no se limitaban a la denuncia ritual de la desorganización provocada por el éxodo blanco y la guerra. La prosperidad económica de los años sesenta literalmente se derrumbó a partir de 1975. El control estatal del sistema ocultaba cada vez con más dificultad una dolarización generalizada: el monopolio de los miembros del partido y la capacidad de acceder a una divisa que se negociaba a cincuenta veces su curso oficial conjugaron sus consecuencias en la aparición de una nomenklatura tremendamente indiferente a las condiciones de vida del «pueblo trabajador». Durante diez años nadie estuvo en condiciones de apreciar la situación alimentaria de inmensas zonas del territorio. Mientras el Gobierno conseguía desconectar el mercado urbano —alimen-

[55] De treinta miembros, cinco fueron fusilados (como Nito Alves), tres desaparecieron en circunstancias insuficientemente aclaradas y dos fueron expulsados. *Cf.* Lazitch, Rigoulot, *op.cit.*, pág. 21.

[56] Según la revista trotskista *Acçào Comunista*, citada por C. Gabriel, *op. cit.*, pág. 329.

[57] *Íbid.*

tado por la renta del petróleo— de los productores locales, el Estado dejaba de lado al campo, destruido por la guerra y diezmado por los dos bandos según la necesidades del reclutamiento. La palabra «hambruna», cuidadosamente descartada hasta entonces por los medios oficiales, resurgió en 1985 bajo la forma de una llamada de atención de la FAO. Durante las importantes autocríticas iniciadas por la perestroika soviética, el Gobierno angoleño reconocería la gravedad de una situación que conducía a la constatación formulada por la UNICEF a principios de 1987 según la cual varias decenas de miles de niños habían muerto de hambre en el transcurso del año anterior.

El régimen, rico gracias al dominio del enclave petrolífero de Cabinda [58] pero pobre en recursos administrativos, militares y militantes, pudo dedicar escasos recursos a sus proyectos de colectivización y de urbanización rurales, que importantes sectores del campesinado consideraban una amenaza. La sangría fiscal, sobre todo, la insuficiencia de las inversiones públicas, los obstáculos a la comercialización y la pérdida de salidas profesionales urbanas provocaron el debilitamiento rural. Trece años después de la independencia, el Estado angoleño publicaba en un informe oficial [59] la advertencia del agrónomo René Dumont denunciando en un lenguaje comprensible para sus interlocutores el «intercambio desigual» que expoliaba a los campesinos de sus «plusvalías». Esta situación rápidamente se transformó en hostilidad hacia el mundo litoral dominado por la cultura (marxistizante en este caso) de los *assimilados* criollos o mestizos, muy presentes en la cúspide del MPLA. Sobre esta base, fortalecida por el odio al extranjero cubano, ruso, alemán occidental o norcoreano [60], la UNITA de Jonas Savimbi pudo —cuando sus propios hombres practicaban sin moderación el arte de vivir a expensas del habitante— beneficiarse de un apoyo rural creciente más allá de las tierras de Ovimbundu, que representaban su base étnica de partida. En tales condiciones, más que a una guerra de tipo estalinista del MPLA contra el campesinado, sería más exacto referirse en el caso angoleño a una «guerra campesina», una noción que situaba a los actores en posición simétrica más conforme con la relación de fuerzas existente sobre el terreno. Apoyados por la administración Reagan pero impregnados de cultura maoísta, los dirigentes de la UNITA recurrieron alegremente a la retórica de la oposición ciudad/campo, denunciando en nombre del «pueblo africano» a la «aristocracia criolla» del MPLA [61].

[58] Cabinda, incorporado a Angola en 1956 por Portugal, está separado del resto del país por la desembocadura (zaireña) del Congo. Su población (Bacongo), engolosinada por la idea de una independencia sustentada en los ingresos del petróleo, está controlada desde 1975 por 10.000 hombres de las FAPLA y 2.000 cubanos.

[59] *Síntese do plano de recuperação economica a nivel global para o bieno 1989-1990*, República Popular de Angola, 1988. En P. Baudet, *op. cit.*, pág. 64.

[60] Tal como ha señalado Jean-François Revel en su prefacio al texto de B. Lazitch y P. Rigoulot (*op.cit.*), «los sovietocubanos están ahí para imponer a Angola el sistema comunista, mientras que no se admitía, y sería inconcebible, que Suráfrica exporte a Angola el sistema del *apartheid*».

[61] Christine Messiant, «Angola, les voies de l'ethnisation et de la décomposition», *Lusotopie* 1-2, 1994.

atrocidad de los métodos de la Renamo, cuyas acciones eran motivo de espanto hasta para sus protectores rhodesianos. Los supervivientes de los «campos de reeducación», que se habían multiplicado desde 1975 [65] bajo la influencia del *Serviço Nacional de Segurança Popular* (SNASP, Servicio Nacional de Seguridad Popular), eran los más violentos. A falta de adhesión, el control de las poblaciones se convertía en un asunto vital para cada una de las partes y los escasos estudios sobre el terreno confirman las observaciones realizadas por el *Human Rights Watch* [66] en cuanto a la importancia y a la brutalidad de los abusos cometidos por los dos bandos contra las poblaciones civiles. La violencia de la Renamo, aunque menos dirigida que la violencia de Estado del Frelimo, no puede reducirse a prácticas de «grandes compañías», que habían quedado libradas a sí mismas desde la defección de sus antiguos jefes. El apoyo que pese a todo obtuvo expresa un grado de odio al Estado manifiesto en los actos de violencia justificados por el Frelimo en un lenguaje extraño en nombre de la lucha contra el «tribalismo», y de un apego a prácticas religiosas calificadas de «oscurantismo» y de una fidelidad persistente a linajes y caciques tribales que el régimen había rechazado en bloque tras la independencia adjudicándole la etiqueta de «feudalismo» [67].

El SNASP vio aumentadas sus prerrogativas antes incluso de que las autoridades de Maputo advirtiesen la importante amenaza que entrañaba la Renamo. La Seguridad Popular, creada en octubre de 1975, estaba habilitada para detener a cualquier persona de la que se sospechara que «atentara contra la seguridad del Estado», noción que incluía a los delincuentes económicos. El SNASP estaba autorizado a denunciar a dichas personas ante un tribunal, en cuyo caso él se encargaba de la instrucción. Podía asimismo enviarlas directamente a un «campo de reeducación». El *habeas corpus*, que el artículo 115 del Código penal negaba a los detenidos, no era más que un recuerdo (suponiendo que su aplicación se hubiese hecho efectiva en la época salazarista...) cuando en 1977 el primer ataque de envergadura de la resistencia señaló como objetivo el campo de reeducación de Sacuze. Las *ofensivas pela legalidade* (ofensivas por la legalidad), periódicamente emprendidas por Samora Machel, limitaron las prerrogativas del SNASP. Tales ofensivas perseguían conciliar el hecho y el derecho. Esta fue la lógica de la ley 2/79, del 28 de febrero de 1979, relativa a los crímenes contra la seguridad del pueblo y del Estado popular, restableciendo la pena de muerte, abolida en Portugal y en todas sus colonias desde 1867. El castigo supremo no se administraba, en cualquier caso, con todos los requisitos, y tanto menos cuando se trataba de eliminar a los enemigos del Frelimo. Así ocurrió con Lázaro Nkavandame, Joana Simaião y

[65] Uno de los más importantes albergaba a 10.000 testigos de Jehová, en Milange, cerca de la frontera de Malawi.

[66] *Conspicuous Destruction. War, Famine & the Reform Process in Mozambique*, Human Rights Watch, Nueva York, 1992.

[67] Michael Cahen, «Check on Socialism in Mozambique. What Check? What Socialism?», *Review of African Political Economy*, núm. 57, 1993, pág. 54.

Uria Simango, liquidados tras ser detenidos en 1983 y cuya suerte se guardó en secreto hasta que el partido hizo borrón y cuenta nueva con el marxismo-leninismo [68]. Dentro de la misma línea de actuaciones, el año 1983 también estuvo señalado en el plano jurídico por el cierre de la facultad de Derecho Eduardo Mondlane en Maputo. De creer los informes presentados por el Gobierno, resultaba evidente que la facultad en cuestión no preparaba a sus juristas para defender los intereses del pueblo sino únicamente los de los explotadores [69]. En general, los medios intelectuales no tardaron en caer en un discreto desencanto, teñido de servilismo hacia la madre putativa *Associação dos escritores moçambicanos*, mientras en privado se entregaban a iconoclastas acercamientos entre el KGB, la CIA y el SNASP [70]. Fueron menos los que, como el poeta Jorge Viegas, pagaron su disidencia en un hospital psiquiátrico y luego en el exilio.

El endurecimiento de la política que pudo constatarse entonces iba parejo, según una lógica ya experimentada cuando la Rusia soviética daba sus primeros pasos, con la apertura económica. Sin duda no tenía sentido que esta se manifestase todavía más de cara al extranjero. Las inversiones occidentales siempre fueron bien recibidas, como corresponde a un país de «orientación socialista» al que la URSS había negado la entrada en el Comecon [71]. El V Congreso, celebrado en 1983, dirigió su atención hacia la población rural, imponiendo un alto a una política de colectivización de desastrosas consecuencias. En una de sus denuncias, a las que era tan aficionado, Samora Machel declaraba sin pelos en la lengua: «Olvidamos que nuestro país lo forman ante todo campesinos. Insistimos en hablar de la clase obrera y relegamos a un segundo plano a la mayoría de la población [72]». Cada incendio de las chozas de paja provocado por las milicias gubernamentales a las órdenes (teóricas) de los jerarcas preocupados por las cuotas de urbanización fortalecía automáticamente a la Renamo. Y lo más grave, la desestructuración de los sistemas de cultivo, la degradación de los plazos del intercambio de bienes de consumo/cultivos alimenticios y la desorganización del comercio contribuían a agravar las dificultades alimentarias.

Aunque ni las autoridades ni la Renamo utilizaran de forma sistemática el arma del hambre, el control de la ayuda alimentaria supuso una baza esencial en manos del Frelimo para agrupar a las poblaciones que se disputaban los dos campos. Esto significaba la concentración improductiva de agricultores imposibilitados de regresar a sus tierras, una forma de generar difi-

[68] V Congreso del Frelimo, julio de 1989.

[69] *Mozambique, independencia y derechos humanos*. Amnistía Internacional, 1990, pág. 4.

[70] Michel Laban, «Écrivains et pouvoir politique au Mozambique après l'indépendance», *Lusotopie*, 1995.

[71] Véase Michel Cahen, *Mozambique, la révolution implosée*, París, L'Harmattan, 1987, páginas 152-154.

[72] Discurso del presidente Samora Machel en la sesión de diciembre de 1985 de la Asamblea Popular. En M. Cahen, *Mozambique, la révolution implosée*, *op. cit.*, pág. 163.

cultades de alimentación en el futuro. En total, según el *Human Rights Watch,* la insuficiencia de las raciones globalmente disponibles durante el período 1975-1985 fue la causa de un número de fallecimientos superior al que causó la violencia armada [73]. Una apreciación confirmada por UNICEF, que evaluó en 600.000 el número de víctimas del hambre en la década considerada y que no dudó en insinuar una comparación con Etiopía. La ayuda internacional contribuyó en gran medida a la supervivencia de las poblaciones expuestas. En enero de 1987, el embajador de Estados Unidos en Maputo envió al Departamento de Estado un informe en el que cifraba en 3,5 millones el número de mozambiqueños amenazados por el hambre [74], algo que puso en marcha de inmediato la ayuda de Washington y de las organizaciones internacionales relacionadas. Con todo, las zonas más aisladas y expuestas a las incertidumbres del clima fueron víctimas de hambrunas brutalmente mortales de una dimensión difícil de estimar, como ocurrió en la región de Memba, donde, según las organizaciones humanitarias, 8.000 personas murieron de hambre en la primavera de 1989 [75]. En cuanto a las áreas irrigadas por la solidaridad extranjera, el mercado pronto sentó sus derechos. Esta es en cualquier caso una de las lecciones que se desprende de un informe de la Comunidad Europea [76] de 1991 en el que se señala que solo el 25 por 100 de la ayuda alimentaria se vendía al precio estipulado. El 75 por 100 restante iba a manos del aparato político-administrativo que, después del pellizco de rigor, negociaba el excedente en el mercado paralelo. El *homem novo* que se empeñaban en construir Samora Machel y los suyos era el «producto profundamente patológico de este compromiso, que el sujeto individual vivía como deshonor, mentira, locura esquizofrénica. Quiere vivir, pero para eso debe dividirse, llevar una vida oculta y verdadera y una vida pública y falsa, querer la segunda para proteger la primera, mentir sin cesar para guardar en alguna parte un rincón de verdad» [77].

El repentino hundimiento de los Partidos-Estado en el Este condujo, en una evolución natural, a prestar más atención a su debilidad y a hacer hincapié en la resistencia de las sociedades civiles. Incluso si en el curso de los quince años considerados, la caracterización pública del comunismo africano como «legitimación política moderna» [78] hubiese podido tener consecuencias dolorosas para un universitario autóctono, no por ello esta explicación ha per-

[73] *Conspicuous Destruction, op. cit.*, pág. 4. Unicef evaluaba en 600.000 las personas víctimas del hambre en la década considerada y estima esta cifra comparable a la de Etiopía, desafortunadamente solo para el período 1984-1985.

[74] Jean-François Revel, «Au Mozambique aussi, le marxisme-léninisme engendre la famine», *Est & Ouest*, núm. 40, marzo de 1987.

[75] C. Geffray, *La Cause des armes, op. cit.*, pág. 209.

[76] H. Gebaver, «The Subsiddized Food Distribution System in Mozambique and its Socio-Economic Impact», Technical Assistance, EC Food Security Department, Maputo, 1991. En *Conspicuous Destruction, op. cit.*, pág. 120.

[77] Alain Besançon, «La normalité du communisme selon Zinoviev», *Pouvoirs*, núm. 21, 1982.

[78] Jean Leca, en M. Cahen, *Mozambique, la révolution implosée, op. cit.*, pág. 161.

dido su carga explicativa. La brevedad de la experiencia africana conjugada con la percepción dominante de un continente, África, tautológicamente condenado a la violencia por su misma africanidad, podría llevar a difuminar —pese a nuestra precauciones iniciales— los límites de nuestro tema. Para hacer frente a la tentación, sin duda vale la pena invertir la perspectiva. Si es verdad que el carácter específico de la violencia observada en los Estados de obediencia marxista-leninista apenas destaca en un continente marcado por el partido único, las matanzas de civiles y el hambre, ¿no se debe, como escribía A. Mbembe, a que, aunque las regiones africanas «fueron colonizadas y conducidas a la independencia por las potencias occidentales, son los regímenes de tipo soviético en definitiva los que les han servido de modelo», sin que los esfuerzos de democratización hayan podido «modificar la naturaleza profundamente leninista de los Estados africanos»?

3
El comunismo en Afganistán

por
Sylvain Boulouque

Afganistán [1] se extiende sobre una superficie de 640.000 km², es decir, una superficie algo mayor que Francia. Tiene frontera con cuatro Estados: la Unión Soviética al norte, Irán al oeste, Pakistán al este y al sur y, a lo largo de unas decenas de kilómetros, con China. El territorio está ocupado en más de un tercio por altas montañas que en algunos casos alcanzan los siete mil metros. En 1979 la población afgana era de 15 millones de almas repartidas en varias etnias. La etnia dominante, con seis millones de personas, implantada principalmente al sur del país, es la de los pashtun, población de mayoría sunnita que habla su propia lengua, el pashtun. Los tadjiks, una etnia integrada por cuatro millones de personas instaladas esencialmente al este del país, son sobre todo persófonos sunitas que hablan el dari. Los uzbekos, también sunnitas, constituyen una población turcófona instalada al norte del país, representada por un millón y medio de personas. También se estima en un millón y medio los hazaras, predominantemente shiítas que habitan en el centro del país. Las otras etnias, entre otras turkmenos, kirguizes, baluchíes, aimacos,

[1] Sobre la historia de Afganistán, véase: Michael Barry, *La Résistance afghane, du Grand Mogol à l'invasion soviétique*, París, Flammarion, colección «Champs», 1989 (en 1984 apareció una primera versión de este libro con el título *Le Royaume de l'insolence*, París, Flammarion). Olivier Roy, *L'Afghanistan, Islam et modernité politique*, París, Le Seuil, colección «Esprit», 1985. Assem Akram, *Histoire de la guerre d'Afghanistan*, París, Balland, colección «Le Nadir», 1996. Pierre et Michèle Centlivres (ed.), *Afghanistan, la colonisation impossible*, París, Le Cerf, 1984. Jacques Lévesque, *L'URSS en Afghanistan*, Bruselas, Complexe, colección «La Mémoire du siècle», 1990. Éric Bachelier, *L'Afghanistan en guerre, la fin du gran jeu soviétique*, Lyon, Presses Universitaires de Lyon, 1992. André Brigot y Olivier Roy (ed.), *La Guerre d'Afghanistan, Intervention soviétique et résistence*, «Notes et études documentaires», núm. 4.785, París, La Documentation française, 1985. Debe consultarse asimismo la revista *Les Nouvelles d'Afghanistan* que desde 1980 publica información regular de excelente calidad sobre la evolución del país.

kohistaníes y nuristanes, se reparten por el conjunto del territorio y forman el 10 por 100 del total de la población afgana.

El primer fundamento nacional es el Islam. Afganistán está compuesto en un 99 por 100 de musulmanes, el 80 por 100 de los cuales es de confesión sunnita y el 20 por 100 shiíta. Existen asimismo minorías sijs e hindúes y una pequeña comunidad judía. El Islam de talante moderado que practican marcaba el ritmo de la vida cotidiana de Afganistán tanto en las ciudades como en el campo, manteniendo las estructuras tradicionales del sistema tribal, en que los jefes tribales dirigían las pequeñas comunidades. Rural en su inmensa mayoría, Afganistán contaba en 1979 con una gran ciudad de más de cinco millones de habitantes, Kabul, situada al este del país, y algunas ciudades de menor importancia como Herat, al oeste, Kandahar al sur, Mazar-es-Sharif y Kunduz, ninguna de las cuales superaba los 200.000 habitantes. Una larga tradición de resistencia a las tentativas de conquista constituye otro capital común de los afganos, que se enfrentaron con los intentos de invasión de los mongoles y luego de los rusos. Afganistán estuvo bajo tutela inglesa desde mediados del siglo XIX hasta 1919. Mientras Inglaterra y Rusia, luego la Unión Soviética, se enfrentaban a través de los pueblos del Asia central, la monarquía afgana trató siempre de afirmar su relativa independencia, ya que a menudo se vio convertida en elemento de rivalidad entre las potencias. La toma efectiva del poder por parte del rey Zaher en 1963 aceleró la corriente de modernización cultural, económica y política. Desde 1959 las mujeres dejaron de estar obligadas a cubrirse con el velo, podían asistir a la escuela y las universidades eran mixtas. La opción del monarca de modernizar el régimen colocó a Afganistán en la vía del sistema parlamentario: los partidos políticos fueron reconocidos en 1965 y se celebraron elecciones libres. El golpe de Estado comunista del 27 de abril de 1978 y la posterior intervención soviética alteraron el equilibrio del país y trastornaron un entorno tradicional en plena mutación.

Afganistán y la URSS de 1917 a 1973. Los vínculos entre la Unión Soviética y Afganistán eran muy antiguos. En abril de 1919 el rey Amanollah estableció relaciones diplomáticas con el nuevo Gobierno de Moscú, hecho que permitió a este abrir cinco consulados. El 28 de febrero de 1921 se firmó un tratado de paz y un acuerdo de cooperación y los soviéticos participaron en la construcción de una línea de telégrafos. Los soviéticos abonaban al rey un subsidio anual de medio millón de dólares. Este acuerdo expresaba por parte de los soviéticos la voluntad de compensar la influencia inglesa en el país [2], y la de extender la revolución a los países bajo dominio colonial o semicolonial.

[2] Véase al respecto Louis Fisher, *Les Soviets dans les affaires mondiales*, París, Galimard, 1933, pág. 766, y muy especialmente los capítulos 13 y 29, referidos a la rivalidad anglo-rusa y luego ruso-afgana en Asia central.

Así, durante el Congreso de los Pueblos de Oriente, celebrado en Bakú entre los días 1 y 8 de septiembre de 1920, los responsables de la Internacional comunista consideraron que el anticolonialismo y el antiimperialismo podrían atraer a su campo a los pueblos «sometidos» y empezaron a realizar declaraciones en las que el término *Jihad* (guerra santa) sustituía al de «lucha de clases». Según parece, en el congreso tomaron parte tres afganos: Agazadé, en representación de los comunistas afganos, Azim por los «sin partido» y Kara Tadjiev, que se convertiría en representante de los sin partido en el congreso [3]. Igualmente, las resoluciones del IV Congreso de la Internacional comunista, inaugurado el 7 de noviembre de 1922, preconizaban el debilitamiento de las «potencias imperialistas» mediante la creación y la organización de «frentes únicos antiimperialistas».

De forma simultánea, las tropas soviéticas dirigidas por el general Mijaíl Vassilievich Frunzé (1888-1925) —uno de los responsables del Ejército Rojo, que había participado en la represión contra el movimiento anarquista ucraniano de Néstor Majnó—, en septiembre de 1920 anexionaron el Janato, en la provincia de Bujara, que había formado parte durante algún tiempo del reino de Afganistán, y multiplicaron las operaciones contra los campesinos, los *basmachíes* —denominados «salteadores», que siempre se habían opuesto a la dominación rusa y luego bolchevique de la región—, utilizando métodos análogos a los empleados contra los campesinos rebeldes en Rusia. La anexión de esta región se hizo definitiva en 1924, aunque prosiguieron los combates, mientras un millón de basmachíes encontraban refugio en Afganistán. El Ejército Rojo no conseguiría aplastar a los basmachíes hasta 1933. La influencia de los comunistas en las esferas dirigentes de Afganistán empezó a hacerse notar: muchos oficiales afganos completaban su formación en la URSS. Paralelamente, algunos «diplomáticos soviéticos» realizaban actividades clandestinas: un militar y algunos ingenieros serían expulsados por llevar a cabo este tipo de trabajo [4]. También pudo probarse la presencia de agentes de la GPU en Afganistán, en la persona de Georges Agabekov, miembro de la Cheka desde 1920, e integrado en el servicio de la Inostrany Otdel (la sección extranjera); Agabekov se convirtió en el residente ilegal de este servicio, primero en Kabul y luego en Estambul, donde continuó ocupándose de Afganistán hasta su ruptura con la GPU en 1930 [5].

En 1929, el rey Amanollah emprendió una política de reforma agraria al tiempo que ponía en marcha una campaña antirreligiosa. Las leyes, calcadas del modelo del reformador Kemal Atatürk, provocaron la insurrección del campesinado, dirigido por Batcha-yé Saqqao, «el hijo del aguador», que de-

[3] Nicolas Tandler, «"Désinformation" à propos de l'Afghanistan», *Est & Ouest*, núm. 616, 1-15 de junio de 1978, págs. 19-20.

[4] *Ibid.*, pág. 20.

[5] Georges Agabekov, *Guépéou, notes d'un tchékiste*, Berlín, Strelan, pág. 248. Traducido y presentado por Marc Lazarévitch en «L'intervention soviétique en Afghanistan de 1929», *Les Cahiers d'histoire sociale*, núm. 1, 1993, págs. 149-162.

rribó el régimen [6]. Al principio, la Internacional comunista atribuyó a la sublevación un carácter anticapitalista. Luego la URSS ayudó a las tropas del antiguo régimen, dirigidas por el embajador afgano en Moscú, Gulam-Nabi Jan, a volver a Afganistán. Las tropas soviéticas (las mejores unidades de Tashkent ayudadas por la aviación rusa) entraron en Afganistán con uniformes afganos. 5.000 afganos representantes de las fuerzas gubernamentales murieron. El Ejército Rojo ejecutó de inmediato a todos los campesinos que encontró a su paso [7]. El rey Amanollah y Gulam-Nabi Jan huyeron al extranjero y el apoyo soviético cesó. Nader Shah regresó precipitadamente de su exilio en Francia y tomó el mando del ejército afgano. Los notables y las tribus lo proclamaron su rey, y «el hijo del aguador», que estaba huido, fue detenido y ejecutado. Nader Shah intentó un acuerdo con los ingleses y con los soviéticos. En Moscú se le reconocía y escuchaba, a cambio de que interrumpiera el apoyo a los insurgentes basmachíes. El ejército afgano empujó a Ebrahim Beg, dirigente de los basmachíes, hasta territorio soviético, donde fue detenido y ejecutado [8]. El 24 de junio de 1931 se firmó un nuevo tratado de no agresión. A la muerte de Nader Shah, asesinado por un estudiante, le sucedió en 1933 su hijo Zaher Shah.

Desde 1945 el país fue el escenario de varias corrientes de «modernización» que serían especialmente perceptibles en la capital, con la puesta en marcha de planes quinquenales y septenales. Se firmaron nuevos acuerdos de amistad y cooperación con la Unión Soviética, entre ellos el de diciembre de 1945 que preconizaba la no injerencia, al tiempo que se enviaba a numerosos consejeros soviéticos a Afganistán, principalmente para contribuir a la modernización del ejército.

El príncipe Mohammed Daud, primo del rey y primer ministro, gobernó de 1953 a 1963. Participó en la creación del movimiento de los no alineados. Con el tiempo, la influencia soviética se hizo preponderante y fueron los soviéticos quienes organizaron el ejército y los sectores clave de la vida del país. Aunque el príncipe realizó de forma regular tentativas de acercamiento a Estados Unidos, los acuerdos económicos se orientaron prácticamente de manera exclusiva en favor de la URSS. En 1963 Daud fue apartado del poder por el monarca, Zaher, que, a partir de esa fecha, ejercería el poder. Durante la década de 1963-1973 Zaher intentó transformar el régimen en una monarquía constitucional. Los partidos políticos fueron legalizados y en enero de 1965 se celebraron las primeras elecciones libres. En 1969 se organizó un segundo escrutinio. En las dos elecciones los resultados fueron favorables a personalidades locales y a grupos afines al Gobierno. Afganistán se occidentalizó y se modernizó si bien es cierto que el país no era todavía una auténtica democracia:

[6] Ludwig Adamec, «Le Fils du porteur d'eau», *Les Nouvelles d'Afghanistan*, núm. 48, julio de 1990, págs. 16-17.

[7] Marc Lazarévitch, *art.cit.*, pág. 158. Acerca de la sublevación, véase también Olivier Roy, *L'Afghanistan, op. cit.*, págs. 88-89.

[8] Michael Barry, *op. cit.*, pág. 241.

Michael Barry ha dicho del régimen real que «estaba lejos de ser perfecto: altivo, privilegiado y a menudo corrupto. Pero también estaba lejos de ser el abismo de barbarie que a los comunistas afganos les gustaba pintar. Además, la realeza había abolido la tortura en 1905 e incluso los castigos corporales previstos por la Shariah habían caído en desuso: el régimen comunista significó en este aspecto una regresión salvaje» [9].

Los comunistas afganos. El Partido Comunista Afgano, que permanecía en la clandestinidad, salió a la luz con el nombre de Partido Democrático del Pueblo Afgano (PDPA). Las elecciones permitieron a Babrak Karmal y a su compañera, Anathihâ Ratebzâd, ser elegidos diputados. En las elecciones de 1969 resultaron elegidos otros dos comunistas, entre ellos Hafizullah Amin. El congreso del PDPA celebrado a principios de 1965 designaría como secretario general, con el aval soviético, a Nur-Mohammed Taraki. Con todo, la fachada de unidad ocultaba rivalidades y disensiones de orden político, tribal y personal. Babrak Karmal era un *kabuli*, es decir, un aristócrata miembro de la familia real. El hijo del general Mohammed Hosayn Jan usaba el seudónimo de Karmal, que significa «amigo de los trabajadores». Según un tránsfuga del KGB, Karmal habría sido miembro del KGB durante muchos años. El otro fundador del partido, Nur-Mohammed Taraki, nacido en la provincia de Ghazni, era hijo de un campesino acomodado. Era un pashtun que logró alcanzar las esferas gubernamentales gracias a sus conocimientos de inglés. Hazifullah Amin era también pashtun, nacido en el extrarradio de Kabul en el seno de una familia del pequeño funcionariado [10].

Dos facciones formaban el PDPA, cada una con su periódico, el *Jalq* (El Pueblo) y el *Parcham* (Estandarte o Bandera), respectivamente. El Jalq aglutinaba a los pashtun del sudeste del país mientras el Parcham reunía a las clases acomodadas persófonas y deseaba poner en práctica la teoría del frente unido. Los dos eran abiertamente ortodoxos y seguían muy de cerca la política soviética, si bien el Parcham parecía más sensible a los *desiderata* de Moscú. La escisión entre ambas facciones se prolongó diez años, de 1966 a 1976, tiempo en el que cada una reivindicaba el título de comunista afgano y actuaba en nombre del PDPA. El Jalq y el Parcham se fusionaron en 1976. El partido nunca contó con más de 4.000 a 6.000 miembros [11]. Junto a estos dos movimientos agrupados en el seno del PDPA existían variantes prochinas del comunismo, como la Llama Eterna (*Sholà-yé-Yawid*), que reclutaba a sus militantes principalmente entre los shiítas estudiantes y que pronto se dividió en varias tendencias. El conjunto de los grupos maoístas se uniría más tarde a la

[9] *Íbid.*, pág. 253.

[10] Las biografías de los diferentes dirigentes aparecen desarrolladas en *íbid.*, págs. 294-297.

[11] Étienne Gille, «L'accession au pouvoir des communistes prosoviétiques», en Pierre y Michèle Centlivres, *Afghanistan, op.cit.*, pág. 184, y Jacques Lévesque, *L'URSS en Afghanistan, op. cit.*, pág. 35.

resistencia. Entre 1965 y 1973 los comunistas afganos llevaron a cabo una campaña de denigración sistemática del Gobierno y de la monarquía con numerosas manifestaciones e interrupciones de las sesiones del parlamento. Paralelamente, los militantes del PDPA intentaban reclutar adeptos, esencialmente en las esferas de la clase dirigente.

El golpe de Estado de Mohammed Daud. Daud, al que el rey Zaher había apartado del poder en 1963, fomentó y, gracias al apoyo de los oficiales comunistas, consiguió dar un golpe de Estado en 1973. Conviene señalar que las interpretaciones sobre esta acción son divergentes, ya que mientras unos hablan de una acción teledirigida por Moscú [12] otros estiman que Daud utilizó a los comunistas. Sea como fuere, en el Gobierno de Daud había siete ministros comunistas pertenecientes al Parcham. Se suspendieron las libertades constitucionales y se inició una primera fase de represión instigada por los comunistas. «El dirigente nacionalista Hashim Maiwandwal (antiguo primer ministro de tendencia liberal entre 1965-1967) ha sido detenido por conspiración junto con otras cuarenta personas, cuatro de las cuales han sido ejecutadas. Maiwandwal "se suicidó" (según la versión oficial) en la cárcel. Según la opinión general, se trató de un asesinato y el golpe se organizó con el objetivo de privar a Daud de cualquier solución de recambio creíble y de eliminar a algunas personalidades no comunistas.» [13] La tortura y el terror se convirtieron en métodos habituales. En 1974 se inauguró la siniestra cárcel de Pol-e-Charki.

En 1975, sin embargo, Daud excluyó a los comunistas y concluyó nuevos acuerdos comerciales con los países del bloque del Este pero también con Irán y la India. Las relaciones con la URSS se deterioraron y, en el curso de una visita oficial a la Unión Soviética, Daud tuvo sus diferencias con Leonidas Brezhnev y trató de afirmar la independencia económica de su país. Sus días estaban contados y Daud fue apartado del poder el 27 de abril de 1978. Michel Barry resume muy bien la situación en vísperas del golpe de Estado: «El Afganistán de antes de 1978 era un Estado laico que no toleraba en absoluto la oposición integrista musulmana, oficialmente neutro y complaciente con la Unión Soviética, cuyas fronteras no cuestionaba, como tampoco la dominación impuesta a otros musulmanes. (...) Afirmar que la URSS se adelantó para bloquear el ascenso del integrismo musulmán carece de sentido. Al derrocar a Daud, más bien fortaleció el conflicto islámico, que hasta entonces había tendido a subestimar. Como mucho, el golpe de Estado comunista se aceleró para impedir que Afganistán escapara a última hora al control de la URSS» [14].

[12] Olivier Roy, «De l'instauration de la Républiqe à l'invasion soviétique», *La Guerre d'Afghanistan. Intervention soviétique et résistance, op.cit.*, págs. 29-30.

[13] *Íbid.*, pág. 30.

[14] Michael Barry, *op. cit.*, pág. 252.

El golpe de Estado de abril de 1978 o «Revolución de Saur». El incidente detonante del golpe de Estado comunista fue el asesinato en condiciones todavía hoy misteriosas de Mir-Akbar Jaybar, uno de los fundadores del PDPA. Una primera versión, establecida después de que el Parcham tomara el poder, afirmaba que fueron los hombres de Jalq, dirigidos por Hafizullah Amin, quienes lo eliminaron. La segunda versión atribuía el asesinato a Mohammed Najibullah, el futuro dirigente de los servicios secretos afganos, con la complicidad de los servicios secretos soviéticos [15]. Este asesinato tuvo como consecuencia un aumento de las manifestaciones y la caída de Daud. Al parecer, la toma del poder fue premeditada. Amin, líder del Jalq, muy bien implantado entre los militares, tenía proyectado dar un golpe de Estado en abril de 1980 [16]. Efectivamente, la implantación del comunismo en Afganistán tenía la particularidad de haber adoptado los métodos inaugurados en España y que más tarde se aplicaron en las «democracias populares»: infiltración entre las capas dirigentes, establecimiento de células en el ejército y de la alta administración y luego toma del poder por la fuerza, mediante el golpe de Estado de abril de 1978, bautizado como «Revolución de abril» o «Revolución de Saur» (del toro). La marginación de los comunistas por parte de Daud y el asesinato de Mir-Akbar Jaybar aceleraron los preparativos. Las manifestaciones comunistas se multiplicaron. Daud mandó detener o mantener en arresto domiciliario a los principales dirigentes comunistas. Amin, asignado a residencia, pudo aprovechar la complicidad de los policías que vigilaban su casa, miembros al parecer del PDPA, y pudo organizar desde ella el golpe de Estado [17].

El 27 de abril de 1980 el palacio presidencial fue tomado por asalto con tanques y aviones. Daud, su familia y su guardia presidencial se negaron a rendirse. Él y diecisiete miembros de su familia serían eliminados al día siguiente. El 29 de abril hubo una primera purga de militares no comunistas que causó 3.000 víctimas. La represión dirigida contra los partidarios del antiguo régimen ocasionó cerca de 10.000. Y entre 14.000 y 20.000 personas fueron encarceladas por razones políticas [18].

El 30 de abril se proclamó el nuevo Gobierno, dirigido por Nur-Mohammed Taraki. Taraki, del Jalq, fue designado presidente de la República Democrática de Afganistán; Babrak Karmal, del Parcham, vicepresidente y viceprimer ministro, y Hafizullah Amin, del Jalq, segundo viceprimer ministro y ministro de Asuntos Exteriores. La Unión Soviética fue el primer Estado que reconoció al nuevo Gobierno [19], con el que firmó un acuerdo de cooperación y asistencia mutua. Taraki decretó reformas que, según todos los observadores

[15] *Íbid.*, pág. 301, y Assem Akram, *op. cit.*, págs. 93-95; este último se apoya en el testimonio del hermano de Mohammed Najibullah.

[16] *Íbid.*, pág. 300.

[17] *Íbid.*, pág. 302.

[18] Amnistía Internacional, *Informe Anual,* 1979, se refiere al año civil 1978, pág. 101.

[19] Michael Barry, *op. cit.*, pág. 304.

y testigos, rompieron los esquemas de la sociedad afgana. Se suprimieron las deudas rurales y las hipotecas sobre las tierras, la escuela era obligatoria para todos y se puso en marcha la propaganda antirreligiosa. Taraki fue proclamado «guía y padre de la Revolución de abril». Las reformas provocaron sin embargo el descontento general, y en julio de 1978 estallaron en Asmar, en el sureste de Afganistán, las primeras revueltas. La violencia política se convirtió en omnipresente. El 14 de febrero de 1979, el embajador americano Adolph Dubs fue secuestrado por el grupo maoísta Setem-i-Milli, que reclamaba la liberación de uno de sus dirigentes, Barrudim Bâhes, que entretanto había sido ejecutado por el JAD —servicios de seguridad afganos, asesorados por los soviéticos—. Los hombres del JAD intervinieron y mataron al embajador americano y a sus secuestradores [20]. «Habrá quien diga que esta operación fue dirigida en secreto para comprometer la situación diplomática del régimen jala.» [21] No quedó ningún testigo de la toma de rehenes.

Poco después el Gobierno comunista decretó una campaña antirreligiosa. Se quemaron ejemplares del Corán en las plazas públicas y algunos responsables religiosos (imanes) fueron detenidos y asesinados. Valga como ejemplo que en el clan de los Mojaddedi, grupo religioso muy influyente de una etnia shiíta, todos los hombres, es decir, 130 personas de la misma familia, fueron asesinados en la noche del 6 de enero de 1979 [22]. Se prohibió la práctica religiosa a todas las confesiones, incluida la pequeña comunidad judía compuesta por 5.000 miembros, residentes en su mayoría en Kabul y en Herat, que encontrarían asilo en Israel.

La rebelión se propagó, multiforme y carente de una estructura real. Avanzó primero en las ciudades y luego se extendió al campo. «Cada tribu, cada etnia, con sus propias tradiciones, se constituirá en red de resistencia. La resistencia está formada por una multitud de grupos en contacto permanente con la población, cuyo vínculo primordial es el islam.» [23] Frente al rechazo generalizado a la toma del poder de los comunistas afganos, estos respondieron con la política del terror, ayudados por consejeros soviéticos. Según recuerda Michael Barry: «En marzo de 1979, el pueblo de Kerala fue el Oradour-sur-Glane de Afganistán: se reunió a toda la población masculina del pueblo, es decir, a 1.700 adultos y niños, en la plaza del pueblo y se los ametralló a quemarropa; los muertos y los heridos fueron enterrados unos encima de otros en tres fosas comunes con una máquina excavadora. Las mujeres contemplaron

[20] Rémi Kauffer y Roger Faligot, *Les Maîtres espions. Histoire mondiale du renseignement*, t. 2, *De la guerre froide à nos jours*, París, Robert Laffont, 1994, pág. 391. Véase también Patrice Franceschi, *Ils ont choisi la liberté*, *op. cit.*, págs. 41-42, y Étienne Gille, *Afghanistan, op. cit.*, páginas 199-200.

[21] Étienne Gille, *op. cit.*, pág. 199.

[22] Assem Akram, *op. cit.*, pág. 516, y Marie Broxup y Chantal Lemercier-Quelquejay, «Les expériences soviétiques de guerres musulmanes», en André Brigot y Olivier Roy, *La Guerre d'Afghanistan, op. cit.*, pág. 41.

[23] Érich Bachelier, *op. cit.*, pág. 50.

horrorizadas durante mucho rato cómo temblaban los montículos de tierra, pues los enterrados que seguían con vida trataban de salir. Luego nada. Todas las madres y las viudas se marcharon a Pakistán. Patéticas, "contrarrevolucionarias-feudales-vendidas-a-los-intereses-chinos-y-americanos", ofrecieron su testimonio entre gemidos de dolor desde sus chozas de refugiados»[24].

Los comunistas afganos solicitaron entonces a los soviéticos una ayuda discreta pero cada vez más importante. En marzo de 1979, varios Mig despegaron de la Unión Soviética y bombardearon la ciudad de Herat, que acababa de caer en manos de los insurrectos contrarios al poder de los comunistas. El bombardeo y luego la represión causaron, según las fuentes, entre 5.000 y 25.000 muertos en una población de 200.000 habitantes, pues el ejército se encargó a continuación de limpiar la ciudad de insurrectos. No existe, por lo tanto, indicación alguna de la magnitud de la represión[25]. La rebelión se extendió al resto del país y los comunistas se vieron forzados a pedir nuevamente ayuda a los soviéticos, que les proporcionaron: «material especial por un importe de 53 millones de rublos, equivalente a 140 cañones, 90 vehículos blindados (50 de urgencia), 48.000 armas de fuego, cerca de 1.000 lanzagranadas, 680 bombas aéreas (...) A título de ayuda de primera urgencia, los soviéticos suministraron 100 depósitos de líquido incendiario, 150 cajas de bombas, pero se disculparon por no poder atender la demanda afgana de bombas cargadas de gas tóxico y de pilotos para la dotación de los helicópteros»[26]. Paralelamente, el terror reinaba en Kabul. La cárcel de Pol-e-Charki, situada al este de la ciudad, se convirtió en un campo de concentración[27]. El director de la cárcel, Sayyed Abdullah, explicó a los presos: «Estáis aquí para que os convirtamos en basura». La tortura era moneda corriente: «El castigo supremo en la cárcel era ser enterrado vivo en el pozo negro (letrina)»[28]. Los detenidos eran ejecutados a razón de varios cientos cada noche, «a los cadáveres y a los agonizantes se los enterraba vivos con excavadoras»[29]. Se resucitó el método de Stalin para con los pueblos castigados. Así, el 15 de agosto de 1979, 300 miembros de la etnia de los hazaras, sospechosos de prestar apoyo

[24] Michael Barry, *op. cit.*, pág. 314. Acerca de las viudas de Kerala, véase también *Les Nouvelles d'Afghanistan*, núms. 35-36, diciembre de 1978, pág. 33. Michael Barry recordaba que cinco oficiales soviéticos controlaron la operación.

[25] Jacques Lévesque, *op. cit.*, pág. 48. Étienne Gille, Afghanistan, *op. cit.*, pág. 200. Véase también Amnistía Internacional, *Violation des droits de l'homme et des libertés fondamentales en République Démocratique d'Afghanistan*, 11 de abril de 1979, 30 págs. El informe de Amnistía se refiere únicamente a los casos oficiales. La organización de defensa de los derechos humanos mencionaba la presencia de niños entre los detenidos.

[26] Vladimir Bukovski, *Jugement à Moscou, un dissident dans les archives du Kremlim*, París, Robert Laffont, 1995, págs. 378-379. El autor ofrece el informe íntegro de la discusión entre Alexis Kossyguin y Nur-Mohammed Taraki, quien reclamaba ayuda de los soviéticos, en un principio reacios a concederla.

[27] La expresión procede de Michael Barry, *op. cit.*, págs. 306-307.

[28] *Íbid.*, pág. 306.

[29] *Íbid.*, pág. 307.

a la resistencia, fueron detenidos. «150 fueron enterrados vivos con excavadoras. A la otra mitad se la roció con gasolina y se los quemó vivos»[30]. En septiembre de 1979, las autoridades de la cárcel admitieron que 12.000 presos habían sido eliminados. El director de Pol-e Charki declaraba a quien quisiera escucharle: «Solo dejaremos a un millón de afganos vivos, es suficiente para construir el socialismo»[31].

Mientras Afganistán se convertía en una gigantesca cárcel los enfrentamientos entre el Jalq y el Parcham continuaban en el seno del PDPA. El Jalq resultó vencedor. A los representantes del Parcham se los envió a las embajadas de los países del Este. Su dirigente, Babrak Karmal, que había sido agente del KGB[32], fue destinado a Checoslovaquia, por petición expresa de la Unión Soviética. El 10 de septiembre de 1979, Amin se convirtió en primer ministro y secretario general del PDPA. Eliminó a sus supuestos adversarios y ordenó asesinar a Taraki, que según la versión oficial, murió a consecuencia de una larga enfermedad a su regreso de un viaje a la URSS. Los diferentes observadores destacaron la presencia de 5.000 consejeros soviéticos en Afganistán y, en particular, la presencia del coronel general Iván Gregorievich Pavlosky, jefe del Estado Mayor de las fuerzas de tierra soviéticas[33].

Al cabo de poco más de un año del golpe de Estado comunista, el balance era escalofriante. «El propio Babrak Karmal confesó que las purgas de sus dos predecesores, Taraki y Amin, habían causado 15.000 víctimas. En realidad fueron al menos 40.000. Entre ellas, por desgracia, dos de mis primos por parte de madre desaparecieron en el centro penitenciario de Pol-e Charki. Uno, Sabay, era un famoso literato; sus poemas se leían en la radio y en la televisión. Yo sentía por él un profundo afecto. Mi otro primo, su hermano, era profesor. Toda la elite del país se encontró descabezada. Los pocos que sobrevivieron relataban las atrocidades comunistas. Las puertas de las celdas estaban abiertas: lista en mano, los soldados llamaban a los detenidos. Estos se levantaban. Instantes después llegaba el ruido ensordecido de las ráfagas de metralleta»[34], explicaba Shah Bazgar. En estas cifras solo se han tenido en cuenta los acontecimientos de Kabul y de las principales ciudades del país. Las ejecuciones en las zonas campesinas, donde los comunistas imponían el orden mediante el terror con el objetivo de acabar con cualquier tipo de resistencia, y los bombardeos sobre esas mismas zonas, provocaron la muerte de

[30] *Íbid.*, pág. 307.

[31] *Íbid.*

[32] Christopher Andrew y Oleg Gordievsky, *Le KGB dans le monde*, París, Fayard, 1990, página 569.

[33] Roger Faligot y Rémi Kauffer, *op. cit.*, pág. 390.

[34] Shah Bazgar, *Afghanistan, la résistance au coeur*, París, Denoël, 1987, págs. 65-66. Shah Bazgar murió el 23 de noviembre de 1989 en una emboscada que le tendieron cuando realizaba un reportaje sobre los sistemas de irrigación. No llevaba más arma que una cámara. *Cf.* Gilles Rossignol y Étienne Gille, «Un témoin: Shah Bazgar», *Les Nouvelles d'Afghanistan*, núm. 45, diciembre de 1989, pág. 6.

unas 100.000 personas. Se estima que el número de refugiados afganos que huyó de las matanzas ascendía a más de 500.000 personas[35].

La intervención soviética. Afganistán se encaminaba a la guerra civil. Pese a la represión, los comunistas no conseguían imponer su poder y una vez más pidieron ayuda a los soviéticos. El 27 de diciembre de 1979 empezó la operación «Borrasca 333» con la entrada de las tropas soviéticas en Afganistán. Según los términos del tratado de cooperación y amistad, se solicitó su intervención para acudir en ayuda de los «hermanos» de Kabul. «Un grupo de asalto de los comandos del KGB dirigido por el coronel Boyarinov (...) se encargó del asalto del palacio y asesinó a Amin y a todos los testigos susceptibles de contar lo ocurrido.»[36] Amin parecía estar distanciándose de la tutela soviética, había establecido contacto con los americanos —durante su estancia en Estados Unidos, en los años cincuenta, mientras cursaba estudios en aquel país— y multiplicado las relaciones con países que no estaban bajo influencia soviética directa. De hecho, la decisión ya estaba tomada desde el 12 de diciembre de 1979. Babrak Karmal lo sustituyó. Amin debería haberse retirado y aceptado un retiro dorado pero, ante su negativa, se proclamó el nuevo Gobierno en el curso de una emisión de radio difundida desde el sur de la Unión Soviética, antes incluso del asesinato de Amin[37].

Existen numerosas hipótesis sobre la intervención soviética. Algunos la consideran un paso más de la expansión rusa en su objetivo de llegar a los mares cálidos. Según otros, suponía una voluntad de estabilización de la región frente a la expansión de un islamismo radical. A menos que se tratara de la expresión de la expansión del imperialismo soviético, así como del carácter mesiánico del régimen marxista que quería someter al comunismo al conjunto de los pueblos. A esto se añadía la voluntad de defender un Estado gobernado por comunistas y supuestamente amenazado por «agentes del imperialismo»[38].

Las tropas soviéticas llegaron a Afganistán el 27 de diciembre de 1979. A principios de 1980, el contingente contaba con cerca de 100.000 hombres. La guerra de Afganistán se desarrolló en cuatro fases. Las tropas soviéticas ocuparon el país entre 1979 y 1982. La fase más dura de esta guerra total cubrió los años 1982-1986, y la retirada se efectuó entre 1986 y 1989. 200.000 soldados soviéticos se instalaron de forma permanente en Afganistán. La última

[35] Olivier Roy, *Afghanistan*, *op. cit.*, pág. 126 y Étienne Gille, *ibid.*, pág. 199.

[36] Christopher Andrew y Oleg Gordievsky, *op. cit.*, págs. 570-571. Los autores señalan que Boyarinov fue asesinado por sus propios hombres al tomarlo por afgano. Vladimir Bukovsky llega a las mismas conclusiones.

[37] Archivos del Politburó citados por Assem Akram, *op. cit.*, págs. 149-150; Vladimir Bukovsky, *op. cit.*, págs. 383-384.

[38] Assem Akram, *op. cit.*, págs, 150-154, desarrolla las diferentes posibilidades de la expansión comunista.

fase, entre 1989 y 1992, se caracterizó por el mantenimiento en la jefatura del Estado de Mohammed Najibullah, el Gorbachov afgano que proponía una reconciliación nacional. Durante este período, la Unión Soviética entregó, a título de ayuda, después de que las tropas abandonaran el país el 15 de febrero, dos mil millones y medio de rublos en 1989 en tecnología militar y mil cuatrocientos millones en 1990. El Gobierno Najibullah cayó en 1992, cuando se produjo la desaparición de la Unión Soviética[39].

Desde entonces se combinaron dos técnicas: por una parte, la táctica de la guerra total, dirigida por los soviéticos, que practicaban la política de tierra quemada; y, por otra, los métodos de terror de masas y la eliminación sistemática de los opositores, o que supuestamente lo eran, en las prisiones especiales de la AGSA (Organización para la Protección de los Intereses de Afganistán), convertida en el JAD (Servicio de Información del Estado) en 1980 y, más tarde, en 1986, en el WAD (ministerio de Seguridad del Estado) y que dependía directamente del KGB, tanto para su financiación como por sus instructores. El Gobierno, mediante el terror de masas, se mantuvo hasta 1989, fecha en que las tropas soviéticas se retiraron de Afganistán, aunque de hecho se prolongaría hasta 1992, año de la caída del Gobierno de Mohammed Najibullah.

Durante estos catorce años de guerra, los soviéticos y los comunistas afganos no llegaron a dominar más del 20 por 100 del territorio. Se contentaron con controlar los grandes ejes, las principales ciudades, las zonas ricas en cereales, gas y petróleo cuya producción se destinaba a buen seguro a la Unión Soviética. «La explotación de los recursos y el aprovechamiento de Afganistán corresponden a una economía de explotación colonial típica: la colonia suministraba las materias primas y debía absorber los productos industriales de la metrópoli, haciendo funcionar de este modo su industria. (...) Según la conocida técnica rusa, el ocupante hacía pagar al país ocupado los gastos de la conquista y de la ocupación. Los ejércitos, los tanques, los bombardeos de los pueblos se facturaban y pagaban con su gas, su algodón y más tarde el cobre y la electricidad.»[40] Durante esos catorce años, los soviéticos, ayudados por el ejército afgano, libraron una guerra total. Pero el ejército afgano, formado por 80.000 hombres en 1978, sufría una hemorragia ligada al número creciente de deserciones. Dos años más tarde apenas superaba los 30.000 hombres. En marzo de 1983 se decretó la movilización general de todos los hombres mayores de dieciocho años. Muchachos de quince años fueron enrolados a la fuerza.

[39] Vladimir Bukovsky, *op. cit.*, págs. 489-490. Christophe de Ponfilly y Frédéric Laffont cuentan en *Poussières de guerre* (París, Laffont, 1990, pág. 91): «Los rusos utilizaron su armamento más moderno: los aviones (entre ellos, el SU-29) dejaban caer sus bombas volando a más de diez mil metros».

[40] *Les Nouvelles d'Afghanistan*, núm. 7, noviembre de 1981, pág. 9. En el mismo número, esta revista dedica un largo informe a los «Intereses económicos soviéticos en Afganistán» y al saqueo de las riquezas naturales practicado por los soviéticos.

Aparte de las unidades de las tropas especiales, los soldados soviéticos enviados a Afganistán eran principalmente ciudadanos de las repúblicas periféricas: ucranianos, letones, lituanos, estonios que sustituyeron a los contingentes de musulmanes soviéticos, pues el poder temía el contagio de un islamismo radical. Como mínimo, 600.000 reclutas fueron destinados a Afganistán. El número de soldados soviéticos caídos fue al parecer superior a 30.000 [41]. Sus cuerpos no les fueron entregados a sus familiares ni devueltos a la URSS: dentro de los ataúdes precintados y sellados no estaban sus cadáveres, que habían sido sustituidos por arena o por los cuerpos de otros soldados [42]. Desmoralizados por una guerra sin nombre, los soldados sucumbían al alcoholismo o a las drogas (hachís, opio y heroína). El KGB organizó algunos tráficos. Los beneficios de la producción de droga afgana desbancaban a los del Triángulo de Oro. Algunos soldados se automutilaron para conseguir que los repatriaran. A su regreso, muchos de los reclutas se vieron abandonados a su suerte. Algunos terminaron en hospitales psiquiátricos debido a trastornos mentales [43], mientras otros caían en la delincuencia. Y otros aun desarrollaron una retórica nacionalista que daría lugar al nacimiento del movimiento ultranacionalista y antisemita Pamiat, que contó con la complicidad indulgente del KGB [44].

La resistencia afgana se organizó frente a la invasión soviética. Los resistentes, que contaban con el apoyo de la población, eran entre 60.000 y 200.000 hombres. La resistencia afgana estaba compuesta por siete partidos sunnitas cuya retaguardia tenía su base en Pakistán, y por ocho partidos shiítas instalados en Irán [45]. Todos los grupos nacidos de la resistencia reivindicaban un islamismo radical o moderado —como el del comandante Massud—. La resistencia contó con el apoyo del Congreso estadounidense, que le suministró armas, y entre ellas, desde los años ochenta, los misiles tierra-aire Stinger que permitieron a los resistentes impedir los ataques aéreos soviéticos, uno de los elementos fundamentales de la guerra dirigida por el invasor. Los soviéticos utilizaron la estrategia del terror. Cualquier persona o cualquier pueblo sospechoso de participar poco o mucho en la resistencia era inmediatamente víctima de represalias. La represión llegaba a todas partes y actuaba constantemente.

Se cometieron las atrocidades comunes en todas las guerras. La violencia nacida de la brutalización de las masas y de la totalización de la guerra dirigi-

[41] Assem Akram, *op. cit.*, pág. 346, y Éric Bachelier, *L'Afghanistan*, *op. cit.*, capítulo 6, páginas 75-86.

[42] S. Jemis, «Un bonjour d'Afghanistan», *L'Alternative*, núm. 19, noviembre-diciembre de 1982, pág. 43. Véase al respecto el testimonio de Svetlana Aleksievich, *Les Cercueils de zinc*, París, Bourgois, 1991.

[43] Christophe de Pontilly y Frédéric Laffont, *op. cit.*, pág. 175.

[44] Véase al respecto, Vladimir Bukovsky, *op. cit.*, págs. 262 y 456, así como Françoise Thom, «Le KGB et les Juifs», *Pardès*, núms. 19-20, París, Le Cerf, 1994, págs. 7-24.

[45] Éric Bachelier, *op. cit.*, pág. 52. Para un estudio detallado de la resistencia, véase también Olivier Roy, *Islam, op. cit.*, y Assem Akram, *op. cit.*, capítulo 8.

da por los soviéticos golpeó a Afganistán [46]. Los resistentes afganos también perpetraron matanzas. Aunque no se mencionen aquí, los abusos de la resistencia son también inaceptables y no merecen disculpa. A diferencia de otros conflictos, como Vietnam, con el que se comparó el de Afganistán, conviene subrayar que esta guerra no fue reflejada por los medios de comunicación y que se filtraron muy pocas imágenes del conflicto. Se trató de una insurrección generalizada, en respuesta a un golpe de Estado comunista seguido de una invasión. Además, conviene señalar que las potencias que prestaron su apoyo a los resistentes dieron muestra de pasar por alto la actitud de algunos de ellos en el tema de los derechos humanos, favoreciendo en ocasiones a los más oscurantistas. No por ello resulta menos evidente que la responsabilidad de los acontecimientos ocurridos en Afganistán incumbe directamente a los comunistas y a sus aliados soviéticos. El Gobierno, mediante el terror de masas y el sistema represivo que practicaron es una constante de la historia del comunismo.

LA MAGNITUD DE LA REPRESIÓN. LA CUESTIÓN DE LOS REFUGIADOS. El número de refugiados, en constante aumento, alcanzó a finales de 1980 una cifra superior al millón. Se sabe que el 4 de julio de 1982 el 80 por 100 de los intelectuales había huido del país. A principios de 1983 había cerca de tres millones de refugiados sobre una población total de 15 millones de habitantes. En 1984 el número de refugiados rebasaba los cuatro millones, es decir, más de la cuarta parte del conjunto de la población [47] y llegaría a los cinco millones a principios de los años noventa. A los refugiados que habían abandonado Afganistán se sumaban los llamados «refugiados del interior», que abandonaban sus pueblos para escapar de la guerra y de la represión, cuyo número se elevaba a dos millones aproximadamente. Según Amnistía Internacional, los refugiados que abandonaron Afganistán constituyen «el grupo más numeroso a nivel mundial» [48]. Más de dos tercios del total se instaló en Pakistán, un tercio vivía en Irán y una ínfima minoría consiguió establecerse en Europa occidental y en Estados Unidos. Según constataba un observador, «en otoño de 1985, en el curso de una misión clandestina a caballo en cuatro provincias del este y del centro efectuada por la Federación Internacional de Derechos Humanos, el doctor sueco Johann Lagerfelt y yo mismo (Michael Barry) conseguimos es-

[46] Acerca de la noción de brutalización y totalización de las masas, véase Annette Becker y Stéphane Audoin-Rouzeau, «Violence et consentemente la culture de guerre du Premier conflit mondial», en Jean-Pierre Rioux y Jean-François Sirinelli, *Pour une histoire culturelle*, París, Le Seuil, «collection l'Univers Historique», 1997, págs. 251-271, y François Furet, *Le Passé d'une illusion*, París, Robert Laffont, 1995, capítulos 2 y 3.

[47] Olivier Roy, «Les limites de la pacification soviétique en Afghanistan», *L'Alternative*, número 31, enero-febrero de 1985, pág. 14.

[48] Amnistía Internacional, *Informe Anual*, 1989; cubre el año 1988, pág. 172. Véase también, «Les Réfugiés afghans», *Les Nouvelles d'Afghanistan*, núms. 35-36, diciembre de 1987.

tablecer el censo de veintitrés pueblos, y pudimos evaluar una tasa de despoblamiento del 56,3 por 100» [49]. En el conjunto del territorio, cerca de la mitad de la población afgana tuvo que exiliarse y su salida obedeció directamente al sistema de terror que impuso a gran escala el Ejército Rojo con la colaboración de los soldados afganos.

LA DESTRUCCIÓN DE PUEBLOS Y LOS CRÍMENES DE GUERRA. Desde el inicio de su intervención en suelo afgano, los soviéticos concentraron sus ataques en cuatro direcciones: a lo largo de la frontera, en el valle de Panjsmir, y en las regiones de Kandahar, al sur del país, y en Herat, al este; dos zonas estas que fueron ocupadas en febrero de 1982. La guerra total que practicaban los soviéticos fue pronto condenada por el Tribunal Permanente de los Pueblos, heredero de los antiguos «tribunales Russell», que se «inspiraban directamente en el tribunal de Núremberg, de los que son una filiación jurídica» [50]. El Tribunal Permanente de los Pueblos puso en marcha una investigación sobre este asesinato colectivo que les fue confiada al afganólogo Michael Barry, al jurista Ricardo Fraile y al fotógrafo Michel Baret. La investigación confirmó que el 13 de septiembre de 1982, en Padjwab-e Shana (al sur de Kabul, en la provincia de Logar), 105 aldeanos que se habían escondido en un canal de riego subterráneo fueron quemados vivos por los soviéticos. Estos utilizaron petróleo, pentrita y dinitrotolueno —un líquido altamente combustible— que extrajeron con mangueras conectadas a unos camiones para matar a los afganos escondidos. La sesión del Tribunal Permanente de los Pueblos celebrada en la Sorbona el 20 de diciembre de 1982 condenó oficialmente el crimen. El representante del Gobierno afgano en París denunció al tribunal calificándolo de juguete al servicio de los imperialistas y negó el crimen argumentando que «dos techos de los *kârêz* (conductos de los túneles) afganos apenas medían unos centímetros de altura (por lo que) era imposible que entrara ningún ser humano» [51].

En el pueblo de Jasmam, en la provincia de Logar, se perpetró un asesinato de similares características. Un centenar de civiles que no oponían resistencia alguna hallaron la muerte en condiciones muy parecidas [52]. El terror se abatía sobre un pueblo cuando llegaba el ejército soviético: «El convoy se detenía a la vista de un pueblo. Después de una preparación artillera, se bloquea-

[49] Michael Barry, *op. cit.*, pág. 18.

[50] Marina Isenburg, «Les origines du Tribunal permanent des peuples», *Bulletin d'information et de liaison du Bureau International afghanistan, La Lettre du BIA*, número especial, «Afghanistan, Tribunal des Peuples. Stockholm: 1981-París: 1982, compte rendu des travaux», pág. 3.

[51] Citado por Michael Barry, *op. cit.*, pág. 80. Sobre la matanza del pueblo de Padjaw-e Shana, véase *La Lettre du BIA*, *op. cit.*, y Michal Barry, *op. cit.*, capítulo 1: «Enquête sur un crime de guerre en Afghanistan», págs. 68-80.

[52] Amnistía Internacional, *Informe Anual*, 1983, referido a 1982, pág. 227, y Bernard Dupaigne, «L'armée soviétique en Afghanistan», *L'Alternative*, núm. 31, enero-febrero de 1985, págs. 8-9.

ban todas las salidas. Luego, los hombres de la tropa bajaban de sus blindados para registrar el pueblo en busca de "enemigos". Demasiado a menudo, y abundan los testimonios al respecto, este registro iba acompañado de actos de ciega barbarie, en que mujeres y viejos eran abatidos al menor gesto de miedo. Los soldados, soviéticos o afganos por igual, se apoderaban de las radios y alfombras y les robaban sus joyas a las mujeres» [53]. Los crímenes de guerra y los actos de barbarie se producían con extrema regularidad: «Unos soldados soviéticos vertieron queroseno sobre el brazo de un muchacho y le prendieron fuego en presencia de sus padres porque estos se habían negado a darles información. A algunos habitantes del pueblo los obligaron a permanecer descalzos sobre la nieve a una temperatura de varios grados bajo cero para obligarles a hablar». «No hacíamos prisioneros de guerra —explicó un soldado—. Ninguno. En general matábamos a los prisioneros allí mismo. (...) Durante la expedición de castigo no se mataba a tiros a las mujeres y a los niños. Los encerrábamos en una habitación y arrojábamos granadas.» [54]

El objetivo de los soviéticos era sembrar el terror, asustar a la población y disuadirla así de ayudar a la resistencia. Las operaciones de represalia perseguían el mismo objetivo: algunas mujeres fueron arrojadas desnudas desde helicópteros y algunos pueblos fueron arrasados en venganza por la muerte de un soldado soviético. Como señalaron los observadores: «A consecuencia de un ataque a un convoy cerca de los pueblos de Mushkizai, en la región de Kandahar, el 13 de octubre de 1983 los habitantes de los pueblos de Kolshabâd, Mushkizai y Timur Qalacha fueron asesinados como medida de represalia. El número total de víctimas es de 126: 40 en Timur Qalacha, es decir, la población de la aldea al completo; 51 en Kolshabâd y 35 en Mushkizai. Eran en su mayoría mujeres y niños: 50 mujeres entre veinte y treinta y dos años de edad y 26 niños. Todos los hombres habían abandonado los pueblos en cuanto llegaron los convoyes para escapar del reclutamiento» [55]. Además, los pueblos eran sistemáticamente bombardeados para impedir la contraofensiva de la resistencia. Así, el 17 de abril de 1985 los soviéticos destruyeron varios pueblos para minar las bases de la retaguardia de la resistencia en la región de Laghman, provocando la muerte de cerca de 1.000 personas. El 28 de mayo de 1985 los soviéticos abandonaron la zona de Laghman-Kunar y «limpiaron» los pueblos [56].

Se violaron sistemáticamente las convenciones internacionales. Durante los bombardeos del campo afgano, la aviación soviética empleó de forma in-

[53] *Íbid.*, págs. 8-9.

[54] *Íbid.*

[55] Citado por Olivier Roy, «Les limites de la pacification soviétique en Afghanistan», *L'Alternative*, núm. 31, *art. cit.*, pág. 13. Amnistía Internacional, en su *Informe Anual* de 1984 referido a 1983, pág. 240, denunciaba el asesinato de 23 civiles del pueblo de Raudza (provincia de Ghazni). En cada uno de sus informes anuales, Amnistía Internacional daba cuenta de destrucciones de pueblos similares.

[56] Assem Akram, *op. cit.*, pág. 523. Amnistía Internacional, *Informe Anual*, 1986, pág. 222.

tensiva contra la población civil napalm y fósforo [57], así como diversos tipos de gases tóxicos. Diferentes testimonios han hablado de bombardeos con gases irritantes, asfixiantes y lacrimógenos. El 1 de diciembre de 1982 se denunció el uso de gas neurotóxico contra la resistencia afgana, aunque se desconoce el número de víctimas [58]. En 1982 el Departamento de Estado norteamericano señalaba el uso de micotoxina, un arma biológica. La revista *Les Nouvelles d'Afghanistan* publicaba en diciembre de 1986: «Según *Le Point* del 6 de diciembre de 1986, los soviéticos utilizaron este verano un arma química en Kandahar. También se ha denunciado el uso de productos químicos mortales en Paghman» [59]. Paralelamente, el ejército soviético arrojaba sustancias tóxicas en las fuentes de agua potable provocando de este modo la muerte de los seres humanos y del ganado [60]. El mando soviético ordenó bombardear los pueblos donde se habían refugiado algunos desertores para disuadir a los afganos de ofrecerles su hospitalidad [61]. Este mismo mando soviético enviaba a los soldados afganos a desactivar minas o a los puestos avanzados. A finales de 1988, para «limpiar» las principales vías de comunicación y preparar así su retirada, el Ejército Rojo utilizó misiles Scud y Huracán. En 1989 las tropas soviéticas desandaban el camino utilizado diez años atrás controlando las principales carreteras para evitar los ataques de los resistentes. Antes de replegarse, los soviéticos inauguraron una nueva estrategia: el asesinato de los refugiados. Amnistía Internacional señalaba que «grupos de hombres, mujeres y niños que escapaban de sus pueblos se vieron sometidos por las fuerzas soviéticas a intensos bombardeos en represalia por los ataques de la guerrilla. Entre los casos mencionados estaba un grupo de un centenar de familias del pueblo de Sherjudo, en la provincia de Faryab, al extremo noroeste del país. El grupo fue atacado en dos ocasiones en el curso de su huida de más de quinientos kilómetros hasta la frontera paquistaní. Durante el primer ataque, en octubre de 1987, las fuerzas gubernamentales los cercaron y mataron a 19 personas, entre los cuales había siete niños menores de seis años. Quince días después, unos helicópteros abrieron fuego sobre el grupo y mataron a cinco hombres» [62]. Los pueblos de refugiados en Pakistán susceptibles de servir de retaguardia a la resistencia también fueron bombardeados, lo mismo que el campo de Matasangar, en Pakistán, el 27 de febrero de 1987 [63].

[57] *La Lettre du BIA*, número especial, «Afghanistan», *op. cit.*, pág 15.

[58] Pierre Gentelle, «Chronologie 1747-1984», *Problèmes politiques et sociaux*, núm. 499, 15 de diciembre de 1984, París, La Documentation française, pág. 14.

[59] *Les Nouvelles d'Afghanistan*, núm. 31, diciembre de 1986, pág. 23.

[60] Assem Akram, *op. cit.*, pág. 523. Guennadi Botcharov relata una práctica similar. Los animales eran sistemáticamente sacrificados. (*La Roulette russe*, París, Denoël, 1990, pág. 30.)

[61] Vladimir Bukovsky, *op. cit.*, pág. 532.

[62] *La Chronique d'Amnesty International*, «Afghanistan, assassinats de réfugiés», núm. 19 bis, junio de 1988, pág. 10. Amnistía volvía a hacerse eco de estos hechos en un comunicado de prensa con fecha del 4 de mayo de 1988. (Archivos de Amnistía Internacional, informe «Afganistán», año 1988.)

[63] *Les Nouvelles d'Afghanistan*, núms. 35-36, diciembre de 1987, pág. 17.

Los observadores pudieron constatar el uso masivo de minas antipersonales: se sembraron veinte millones de minas, principalmente alrededor de las zonas de seguridad. Las minas en cuestión se utilizaron para proteger a las tropas soviéticas y las explotaciones industriales que suministraban sus productos a la Unión Soviética. También las lanzaban desde los helicópteros sobre las zonas agrícolas para dejar las tierras inservibles para su explotación [64]. Las minas antipersonales mutilaron al menos a 700.000 personas y todavía hoy siguen causando víctimas. Para atemorizar a la población civil, los soviéticos tomaron a los niños como blanco ofreciéndoles «regalos» como juguetes trampa que solían arrojar desde los aviones [65]. En su descripción de la sistemática destrucción de los pueblos, Shah Bazgar concluye: «Los soviéticos se ensañaron en todas las casas, cometiendo actos de pillaje y violando a las mujeres. Esta barbarie es peor que si fuera instintiva, pues resulta programada. Sabían que perpetrando tales actos destruyen los cimientos de nuestra sociedad» [66].

La estrategia de la tierra quemada y de la guerra total iba acompañada de la sistemática destrucción del patrimonio cultural de Afganistán. Kabul es una ciudad cosmopolita donde «el espíritu kabulí, muy vivaz y caracterizado por el buen humor, en el límite de la picaresca, (exhibía) una despreocupación y una libertad de costumbres (alejadas) de la austeridad del campo» [67]. Esta característica cultural desapareció con la guerra y con la ocupación soviética. Herat se convirtió en una ciudad mártir tras los repetidos bombardeos soviéticos en represalia por la insurrección generalizada que se desarrolló al oeste del país a partir de marzo de 1979. Los monumentos de la ciudad, como la mezquita del siglo XII y el casco antiguo edificado en el siglo XVI resultaron gravemente dañados y su reconstrucción se vio obstaculizada por la ocupación soviética [68].

A la guerra contra la población civil se sumaba el terror político que se ejerció ininterrumpidamente en las zonas controladas por los comunistas afganos, con el respaldo de los soviéticos. El Afganistán sovietizado se transformó en un inmenso campo de concentración. A los adversarios del régimen se les imponía sistemáticamente la tortura y la cárcel.

El terror político. El orden estaba en manos del JAD, la policía secreta afgana, equivalente al KGB. Este servicio controlaba los centros de detención

[64] Assem Akram, *op. cit.*, págs. 178-179, y Anne Guérin, «Une sanglante lassitude», *La Chronique d'Amnesty International*, núm. 2, diciembre de 1986, pág. 9. Anne Guérin no aportaba cifras sobre el número de minas.

[65] *Ibid.*

[66] Shah Bazgar, *op. cit.*, págs. 101-102.

[67] Olivier Roy, «Kaboul, la sinistrée», en Éric Sarner (ed.), *Villes en guerre*, París, Autrement, 1986, pág. 74.

[68] *Les Nouvelles d'Afghanistan* dedicó un informe a esta ciudad titulado «Hérat ou l'art meurtri», núms. 41-42, marzo de 1989, pág. 40.

y practicaba la tortura y el asesinato a gran escala. Oficialmente, el JAD estaba bajo la dirección de Mohammed Najibullah, pero «a partir de la ocupación soviética, Vatanshâh, un tadjik soviético de unos cuarenta años (...), tomó las riendas del servicio de tortura e interrogatorios en los locales del JAD» [69]. La cárcel de Pol-e Charki, situada a doce kilómetros al este de Kabul, se vació tras la amnistía decretada cuando Babrak Karmal llegó al poder. En febrero de 1980 Karmal instauró la ley marcial y las cárceles volvieron a llenarse. «Esta cárcel consta de ocho galerías dispuestas como los rayos de una rueda circular central. (...) El bloque número uno está reservado a los presos preventivos, a los que ya no se interroga pero que están pendientes de juicio. El bloque número dos agrupa a los presos más importantes, en particular a los supervivientes de los funcionarios comunistas de las facciones que han perdido el poder. (...) El bloque número cuatro agrupa a presos importantes (...) el bloque número tres es el más temido, ya que está empotrado en medio de los otros y nunca le llega la luz del sol. En sus calabozos se suele encerrar a los presos más alborotadores. Las celdas del tercer bloque son tan pequeñas que el preso no puede estar de pie ni acostado. Las celdas están atestadas. (...) En 1982 se amplió la cárcel cavando celdas subterráneas. Probablemente son estas las celdas a las que se refieren los presos cuando hablan con terror de los "túneles". (...) En Pol-e Charki hay en realidad de 12.000 a 15.000 presos, cifra a la que hay que añadir un mínimo de 5.000 presos políticos encarcelados en otras prisiones de Kabul y en los otros ocho principales centros de detención.» [70]

A principios de 1986, Naciones Unidas publicaba un informe sobre los derechos humanos en Afganistán [71] en el que calificaba al JAD de «máquina de torturar». El informe señalaba que el JAD controlaba siete centros de detención en Kabul: «1) La oficina número 5 del JAD, conocida con el nombre de Jad-e-Panj. 2) El cuartel general del JAD en el distrito de Shasharak. 3) El edificio del ministerio del Interior. 4) La oficina central de interrogatorios, conocida con el nombre de Sedarat. 5) Los despachos de la rama militar del JAD, conocidos con el nombre de Jad-i-Nezami, y dos casas particulares próximas al edificio de Sedarat. 6) La casa Ahmad Shah Jan, y 7) La casa Wasir Akbar Jan, donde el JAD tiene sus despachos en el barrio de Howzai Bankat» [72].

El JAD también requisó «doscientas casas» individuales en los alrededores de la capital, así como en las grandes ciudades, las cárceles y los puestos

[69] Michael Barry, *op. cit.*, pág. 308.

[70] Bernard Dupaigne, «Les droits de l'homme en Afghanistan», *Les Nouvelles d'Afghanistan*, núms. 24-25, octubre de 1985, págs. 8-9.

[71] Informe elaborado por Félix Ermacora, informador especial de la ONU, en aplicación de la resolución 1984/55 de la Comisión de los Derechos Humanos, *La Question de la violation des droits de l'homme en «Afghanistan»*, 1985, 40 págs.

[72] Amnistía Internacional, comunicado de prensa del 2 de noviembre de 1983. Archivos Amnistía Internacional. Informe «Afganistán», 1983.

militares [73]. «En cuanto a la naturaleza de las torturas», continúa el documento, «al informador especial se le proporcionó información acerca de la práctica de una larga serie de técnicas de tortura. En su declaración, un veterano oficial de policía de seguridad enumeró ocho tipos de tortura: por electroshock, generalmente aplicado sobre las zonas genitales de los hombres y en los pechos de las mujeres; se les arrancaba las uñas y se les aplicaba corriente eléctrica; a los presos se les prohibía hacer sus necesidades, de manera que al cabo de cierto tiempo se veían obligados a hacerlo en presencia de otros detenidos (...); se les introducía trozos de madera en el ano a los hombres, especialmente a los presos más respetados y de más edad; a ciertos presos se les arrancaba la barba, en particular a hombres mayores o personalidades religiosas; otra tortura consistía en obligar al preso a abrir la boca apretándole en el cuello para orinar dentro; se usaban perros policía contra los detenidos; se les colgaba por los pies durante un tiempo determinado; se violaba a las mujeres, a las que se mantenía con las manos y pies atados y se les introducía en la vagina toda clase de objetos.» [74] A las torturas físicas hay que añadir todo tipo de torturas psicológicas: simulación de ejecución, violación de un familiar en presencia del preso o falsa liberación [75].

Los consejeros soviéticos participaban en los interrogatorios y colaboraban con el verdugo [76]. Christopher Andrew y Oleg Gordievsky recordaban que «el KGB resucitó en territorio afgano algunos de los horrores de su pasado estalinista» [77]. El JAD contaba con 70.000 afganos. Entre ellos había 30.000 civiles controlados por 1.500 oficiales del KGB [78].

A pesar del terror político que causaba estragos en Kabul desde el golpe de Estado comunista, los grupos de resistencia se multiplicaron y las bombas estallaban en los locales de los responsables comunistas. También se multiplicaron las manifestaciones. Así, los estudiantes se declararon en huelga la semana del 27 de abril de 1980 para celebrar a su manera el aniversario del golpe de Estado. Durante las manifestaciones, «sesenta estudiantes, entre ellos seis muchachas, resultaron muertos» [79]. La huelga duró un mes y significó la cárcel para muchos estudiantes, que en algunos casos padecieron tortura. «Los más afortunados fueron expulsados del instituto de forma provisional o definitiva.» [80] A los no comunistas se los castigaba con la inhabilitación profesio-

[73] *Id. Informe Anual*, 1987, referido a 1986, pág. 160.

[74] Informe de Félix Ermacora, citado por Shah Bazgar, *op. cit.*, pág. 132.

[75] Amnistía Internacional, *Afghanistan: la torture des prisonniers politiques*, *op. cit.*, páginas 19-26, y Cristina L'Homme, «Les Soviétiques interroguent, les Afghans torturent», *La Chronique d'Amnesty International*, núm. 2, diciembre de 1986, págs. 6-8.

[76] Testimonio de Tajwar Kakar, citado por Doris Lessing, *Le Vent emporte nos paroles...*, París, Albin Michel, 1987, págs. 193-204.

[77] Christopher Andrew y Oleg Gordievsky, *op. cit.*, pág. 572.

[78] Rémi Kauffer y Roger Faligot, *op. cit.*, pág. 392.

[79] Amnistía Internacional, *Informe Anual 1981*, referido a 1980, pág. 225, y *Les Nouvelles d'Afghanistan*, «Les manifestations étudiantes d'avril 1980», núm. 48, julio de 1990, págs. 18-20.

[80] Assem Akram, *op. cit.*, pág. 169.

nal. La represión contra estudiantes y profesores fue todavía más dura: «Para impresionar a los estudiantes, los verdugos los trasladaban a las "habitaciones del horror" donde se ajusticiaba a los resistentes. Farîda Ahmadî vio miembros cortados y dispersos en la "habitación" del JAD. (...) A estas víctimas seleccionadas del mundo estudiantil se las ponía en libertad para que sembraran el pánico entre sus compañeros, advertidos por sus testimonios»[81].

En otoño de 1983 Amnistía Internacional publicó un documento y lanzó un llamamiento para obtener la liberación de algunos presos. El profesor Hassan Kakar, director del departamento de Historia y especialista en Historia afgana, que había impartido clases en Boston y en Harvard, fue detenido por prestar ayuda a miembros de la fracción Parcham (si bien él no era miembro del PDPA) y albergar a varias personas. Su proceso se celebró a puerta cerrada, sin abogado. Se le acusó de delitos contrarrevolucionarios, por lo cual se le condenó a dieciocho años de cárcel. El único especialista afgano en Física atómica, Mohammed Yunis Akbari, fue suspendido de sus funciones en 1983, arrestado y encarcelado sin que mediaran cargos. Akbari, que ya había sido detenido en otras dos ocasiones, en 1981 y de nuevo en 1983[82], fue condenado a muerte en 1984 y ejecutado en 1990[83]. Los intelectuales que tomaban parte en los grupos de reflexión para buscar formas de conseguir la paz fueron encarcelados. Se eliminaba sistemáticamente a cualquier persona susceptible de convertirse en una «amenaza» para el régimen.

Se ejercía un control estricto sobre la información. A los extranjeros no acreditados por el régimen se los consideraba *personae non gratae*. Médicos y periodistas padecieron la misma suerte. Cuando se les arrestaba, los soviéticos los trasladaban a la cárcel central, donde eran sometidos a interrogatorio, aunque no se los torturaba físicamente, pues las asociaciones humanitarias tenían noticias de su estancia en Afganistán y pedían de inmediato su liberación. Sin embargo, en el transcurso de procesos amañados y completamente manipulados, se veían obligados a confesar actividades de espionaje en favor de potencias extranjeras y su participación en los combates de la resistencia a pesar de que su presencia en el país respondía a actividades de carácter humanitario[84].

Aunque los extranjeros eran testigos molestos, no se los torturaba ni asesinaba[85], al contrario de lo que le ocurría a cualquier afgano sospechoso, al que sistemáticamente se encarcelaba, torturaba y luego, la mayoría de las ve-

[81] Michael Barry, *op. cit.*, pág. 308.

[82] Amnistía Internacional, *Afghanistan*, documento externo, SF: 83 E 162 -ASA 11/13/83, 11 de octubre de 1983, págs. 6-7, e íd., *Afghanistan: la torture des prisonniers politiques*, *op. cit.*

[83] *Íd.*, informes anuales de 1983 a 1991. Se desconoce la fecha de su ejecución, señala la organización en su informe de 1991, pág. 20.

[84] Véase principalmente Alain Guillo, *Un grain dans la machine*, París, Robert Laffont, 1989; Philippe Augoyard, *La Prison pour délit d'espoir, médecin en Afghanistan*, París, Flammarion, 1985, y Jacques Abouchar, *Dans la cage de l'Ours*, París, Balland, 1985.

[85] François Missen, en *La Nuit afghane*, París, Ramsay, 1990, relataba que había sido arrestado en compañía de Antoine Darnaud, su cámara, y de Osman Barai, su guía, que no sería liberado.

ces, se asesinaba. Este fue el caso de los militantes del Partido Socialdemócrata pachtum (Afghan Mellat), fundado en 1966, detenidos el 18 de mayo de 1983 cuando, según la información disponible, no apoyaban la resistencia afgana. Amnistía Internacional publicó una lista —completada más tarde— de 18 militantes detenidos que al parecer hicieron «confesiones públicas». Oficialmente, el Gobierno pronunció, entre el 8 de junio de 1980 y el 22 de abril de 1982, más de cincuenta condenas a muerte por actividades contrarrevolucionarías; setenta y siete en 1984 y cuarenta en 1985[86].

El 19 de abril de 1992 la cárcel de Pol-e Charki fue tomada y se procedió a la liberación de 4.000 personas. En mayo de 1992 se descubrió en sus alrededores una fosa con 12.000 cadáveres[87]. En verano de 1986, Shah Bazgar elaboró un cuestionario en el que pudo hacer el recuento de 52.000 presos en Kabul y 13.000 en Djalalabad. Según sus cifras, el total de presos había rebasado la cifra de 100.000 personas[88].

En 1986, Babrak Karmal fue destituido de sus funciones y sustituido por el muy gorbachiano presidente Mohammed Najibullah, que se hacía llamar «camarada Najib» para evitar la referencia a Alá, y que volvería a ser Najibullah cuando fue necesario promover la reconciliación nacional. Najibullah, miembro del Parcham, antiguo médico y embajador en Irán, era el hombre fuerte de Moscú. Dirigió el JAD desde 1980 a 1986, lo que le hizo merecer las felicitaciones del antiguo dirigente del KGB, convertido en secretario general del partido, Yuri Andropov, por los servicios prestados. Su hermano Seddiqullah Rahi le puso el mote de «el Buey» y lo comparaba con Beria. Según contaba, había firmado la ejecución de 90.000 personas en el plazo de seis años[89]. Además de hacerse cargo de la dirección de los servicios especiales, Najibullah sometió a tortura a un gran número de personas: «(...) Después de negar varias veces las acusaciones que se me imputaban, Najibullah se acercó a mí y me dio varios golpes en el vientre y en la cara. Caí al suelo y, medio inconsciente, recibí varias patadas en la cara y en la espalda. Me salía sangre por la boca y por la nariz. Recuperé la conciencia varias horas más tarde cuando me habían trasladado a mi celda».

Al terror político se sumaba la más completa arbitrariedad. Así, un comerciante, antiguo diputado en la asamblea nacional durante el reinado de Zaher, fue detenido por error, torturado y luego liberado. «Me detuvieron alrededor de las nueve y media de la noche. (...) Me pusieron en una celda con otros dos presos, un obrero de la construcción de Kalahan, al norte de Kabul, y un funcionario de la provincia de Nangahar, que había trabajado en el ministerio de Agricultura. Se veía claramente que el obrero había sufrido malos

[86] Amnistía Internacional, *Afghanistan, op. cit.*, pág. 8, y acerca del Afghan Mellat, *Informe Anual 1989*, sobre la liberación de 23 de los 30 militantes encarcelados.

[87] Éric Bachelier, *op. cit.*, pág. 62, y Assem Akram, *op. cit.*, págs. 207-208.

[88] Shah Bazgar, *op. cit.*, págs. 227-229.

[89] Seddiqullah Rahi, *Connaissez-vous Najiboullah?*, citado por Assem Akram, *op. cit.*, página 210. *Ídem* para la cita siguiente.

tratos. Tenía la ropa cubierta de sangre y heridas graves en los brazos. (...) Me llevaron para interrogarme. Me dijeron que en las últimas semanas yo había ido a Mazar-e Sharif y a Kandahar, y que el objetivo de mi viaje era sembrar el descontento contra el Gobierno. (...) Hacía seis meses que yo no me había movido de Kabul. Protesté y defendí mi inocencia, pero en cuanto lo hice empezaron a golpearme. Me conectaron a los pies un teléfono de manivela y me aplicaron descargas eléctricas. (...) Después de esto ya no volvieron a interrogarme. Dos días más tarde, uno de los hombres del JAD que había participado en mi interrogatorio vino a mi celda para decirme que iban a soltarme. Me dijo que el JAD ya estaba convencido de que mi detención había sido un error...»[90]

El terror también se descargaba sobre los niños, a los que se raptaba y enviaba a la Unión Soviética, donde se los formaba como espías encargados de infiltrarse en la resistencia. Shah Bazgar recogía el testimonio de Naim: «Soy de Herat. A los ocho años me sacaron de la escuela y me hicieron entrar en la Sazman (las Juventudes Comunistas Afganas), luego pasé nueve meses en la URSS. Algunos padres aceptaban a la fuerza. Mi padre, que era partidario de los comunistas, estaba de acuerdo. Mi madre está muerta. Él volvió a casarse. En casa, aparte de un hermano y una hermana, todo el mundo era del Jalq. Mi padre me vendió a los soviéticos. Cobró dinero durante varios meses. (...) Nosotros teníamos que espiar». A los niños se los drogaba para limitar su independencia y los más mayores gozaban de los «servicios» de prostitutas.

«—¿Viste morir a algún niño delante de ti?

»—A varios. Una vez, por una descarga eléctrica. El cuerpo del niño dio un brinco de casi un metro, luego cayó al suelo. El niño se negaba a trabajar de espía. Otra vez trajeron a un niño delante de nosotros. Le reprochaban que no hubiese denunciado a uno de sus compañeros, que se había metido bajo un blindado ruso al parecer para prenderle fuego. Lo colgaron de un árbol delante de nuestros ojos mientras los responsables gritaban: "Mirad lo que os puede pasar si os negáis a hacer lo que os ordenamos que hagáis"», contó Naim[91].

En total, 30.000 niños de entre seis y catorce años fueron enviados a la URSS. A los padres que se atrevían a protestar se los consideraba resistentes y se los encarcelaba.

El terror afectó al conjunto de la población y personas de todas las edades fueron víctimas de la guerra total y la política totalitaria comunista. Las tropas de ocupación soviéticas buscaban por todos los medios eliminar las bolsas de resistencia y para ello utilizaron el terror a gran escala: bombardeo sobre la población civil, asesinatos masivos de los habitantes de los pueblos y éxodo forzoso de estos. Al terror contra los civiles se añadía el terror político.

[90] Amnistía Internacional, *Afghanistan, op. cit.*, pág. 13. Los testimonios ofrecidos por la organización de defensa de los derechos humanos son anónimos.

[91] Testimonio de Naim, de diez años, en Shah Bazgar, *op. cit.*, págs. 25-28.

Todas las grandes ciudades tenían prisiones especiales donde se torturaba a los detenidos y, muy a menudo, se los asesinaba.

Consecuencias de la intervención. El golpe de Estado comunista y la posterior intervención soviética en Afganistán tuvieron consecuencias trágicas para el país. Mientras desde los años sesenta el país había experimentado un proceso de desarrollo económico y de modernización y un principio de funcionamiento democráctico, el golpe de Estado de Daud apoyado por los comunistas truncó el proceso democrático. El acceso al poder de los hombres fuertes de Moscú rompió el impulso económico del país. Afganistán se hundió en la guerra civil y su economía se transformó en una economía de guerra, esencialmente orientada en provecho de la Unión Soviética. Se organizaron redes de tráfico de armas, drogas... La economía pronto quedó arruinada y todavía hoy resulta difícil evaluar la magnitud del desastre. De una población próxima a los 16 millones, más de cinco millones de habitantes abandonaron su país en dirección a Pakistán e Irán, donde viven en condiciones miserables. Resulta muy difícil establecer el número de muertos: según los testigos, hubo entre un millón y medio y dos millones de víctimas, civiles en el 90 por 100 de los casos. Hubo entre dos y cuatro millones de heridos. La influencia directa e indirecta del comunismo en el auge de los movimientos islamistas y en el despertar de las tensiones interétnicas es incontestable, aun cuando hoy por hoy sea difícil analizar el fenómeno. Afganistán, un país que iba por la senda de la modernidad, se vio transformado en un país donde la cultura de la guerra y la violencia se han convertido en sus únicos referentes.

SEXTA PARTE

¿POR QUÉ?

por
Stéphane Courtois

Los ojos azules de la Revolución
brillan con una crueldad necesaria.
El frente rojo, LOUIS ARAGON

Traducción: M.ª José Furió

Por encima de la obcecación, las pasiones partidistas y las amnesias voluntarias, en este libro hemos intentado trazar una imagen de conjunto de los actos criminales, desde los asesinatos individuales a las matanzas, cometidos en el mundo comunista. Dentro de una reflexión general sobre el fenómeno comunista en el siglo XX, se trata únicamente de una etapa en un momento crucial: el desmoronamiento del corazón del sistema comunista en Moscú, que tuvo lugar en 1991, y la posibilidad de acceder a una rica documentación que hasta la fecha se había mantenido bajo secreto. No obstante, el establecimiento, indispensable, del conocimiento, por mejor documentado y más fundamentado que esté, no puede satisfacer nuestra curiosidad intelectual ni nuestra conciencia, pues, en efecto, queda pendiente la cuestión fundamental del ¿por qué? ¿Por qué el comunismo moderno, aparecido en 1917, se erigió casi de inmediato en una dictadura sangrienta y luego en un régimen criminal? ¿Acaso solo podía alcanzar sus objetivos gracias a la violencia más extrema? ¿Cómo explicar que el poder comunista considerara y practicara el crimen como una medida banal, normal y corriente durante décadas?

La Rusia soviética fue el primer país de régimen comunista y constituyó el corazón y el motor de un sistema comunista mundial construido poco a poco y que se extendió de manera formidable a partir de 1945. La URSS leninista y estalinista fue la matriz del comunismo moderno. El que esta matriz adquiriera de golpe una dimensión criminal resulta tanto más sorprendente porque señalaba una evolución contraria a la del movimiento socialista.

A lo largo de todo el siglo XIX, la reflexión sobre la violencia revolucionaria estuvo dominada por la experiencia inaugural de la Revolución francesa, que en los años 1793-1794 conoció un episodio de intensa violencia que adoptó tres formas principales. La más salvaje se manifestó con las «matanzas de septiembre» en las cuales 1.000 personas fueron asesinadas en París a manos de los sediciosos, sin que mediara ninguna orden del Gobierno o instrucción de ningún partido. La más conocida coincide con la institución del Tribunal Revolucionario, de los comités de vigilancia (delación) y de la guillotina, que enviaron a la muerte a 2.625 personas en París y a 16.600 en toda Francia. Durante mucho tiempo permaneció oculto el terror practicado por las «columnas infernales» de la República, encargadas del exterminio de la Vendée y que causaron decenas de miles de muertos entre la población desarmada. Los meses del terror constituyen, sin embargo, únicamente un episodio sangriento inscrito como un momento en una trayectoria más larga simbolizada por la

creación de una república democrática, con su constitución, su asamblea electa y sus debates políticos. Y en cuanto la Convención, hizo acopio de algo de valor, se derribó a Robespierre y cesó el terror.

François Furet ha mostrado, sin embargo, cómo apareció entonces una cierta idea de la Revolución, inseparable de las medidas extremas: «El terror es el gobierno del miedo, que Robespierre postula como gobierno de la virtud. El terror, nacido para exterminar a la aristocracia, acabó convertido en medio para reducir a los malhechores y combatir el crimen. Desde entonces es paralelo a la Revolución e inseparable de ella, puesto que sólo el terror permitirá crear un día una República de ciudadanos. (...) Si la República de ciudadanos libres todavía no es posible es porque los hombres, pervertidos por la historia pasada, son malos. El terror, la Revolución y esta historia inédita, completamente nueva, crearán un hombre nuevo»[1].

En ciertos aspectos, el terror prefiguraba la actuación de los bolcheviques: la manipulación de las tensiones sociales por la facción jacobina, la exacerbación del fanatismo ideológico y político, la puesta en marcha de una guerra de exterminio contra una fracción rebelde del campesinado. Robespierre puso incontestablemente la primera piedra de un camino que más adelante llevaría a Lenin hacia el terror. ¿Acaso no declaró durante la votación de las leyes de Prairial, delante de la Convención, que «para castigar a los enemigos de la patria basta con establecer su personalidad. No se trata de castigarlos sino de destruirlos»?[2]

Esta experiencia inaugural del terror no parece haber inspirado demasiado a los principales pensadores revolucionarios del siglo XIX. El propio Marx le concedió escasa atención: si bien es cierto que subrayó y reivindicó el «papel de la violencia en la Historia», la tenía por una propuesta muy general no orientada a la práctica sistemática y voluntaria de una violencia contra las personas, aun cuando no faltara en esa propuesta cierta ambigüedad que aprovecharían los defensores del terrorismo como forma de resolver los conflictos sociales. Basándose en la experiencia, desastrosa para el movimiento obrero, de la comuna de París y de la durísima represión que siguió —hubo al menos 20.000 muertos— Marx criticó con firmeza este tipo de acción. En el debate entablado en el seno de la I Internacional entre Marx y el anarquista ruso Mijaíl Bakunin, el primero emergió como claro vencedor. En vísperas de la guerra de 1914, el debate interno en el movimiento obrero y socialista sobre la violencia terrorista parecía casi cerrado.

Paralelamente, el rápido desarrollo de la democracia parlamentaria en Europa y en Estados Unidos constituía una circunstancia nueva y fundamental. La práctica parlamentaria demostraba que los socialistas podían llegar a tener peso dentro del campo político. En las elecciones de 1910, el SFIO ob-

[1] François Furet, «Terreur», en F. Furet, Mona Ozouf, *Dictionnaire critique de la Révolution française*, París, Flammarion, 1988.

[2] Jacques Baynac, *La Terreur sous Lénine*, París, Le Sagittaire, 1975, pág. 75.

tuvo 74 diputados, acompañados por 30 socialistas independientes, cuyo jefe de filas, Millerand, en 1899 había formado parte de un gobierno «burgués». Jean Jaurès era el hombre de la síntesis entre la vieja logomaquia revolucionaria y la acción reformista y democrática en lo cotidiano. Los socialistas alemanes eran los mejor organizados y los más poderosos de Europa. En vísperas de la guerra de 1914 contaban con un millón de afiliados, 110 diputados, 220 representantes en los *landtag* de provincia, 12.000 consejeros municipales y 89 periódicos. En Inglaterra el movimiento laborista también era numeroso y bien organizado y contaba con un fuerte apoyo de los poderosos sindicatos. En cuanto a la socialdemocracia escandinava, era muy activa, ampliamente reformista y de orientación claramente parlamentaria. Los socialistas podían aspirar a conquistar un día no muy lejano una mayoría parlamentaria absoluta que les permitiría emprender, de forma pacífica, reformas sociales fundamentales.

En el plano teórico, esta evolución estaba refrendada por Eduardo Bernstein, uno de los principales teóricos marxistas de finales del siglo XIX y albacea testamentario de Marx (junto con Karl Kautsky), que, considerando que el capitalismo no mostraba indicios del hundimiento anunciado por Marx, preconizó una transición progresiva y pacífica hacia el socialismo, apoyado en el aprendizaje de la democracia y la libertad por parte de la clase obrera. En 1872 Marx expresó la esperanza de que la Revolución pudiera revestir formas pacíficas en Estados Unidos, Inglaterra y Holanda. Su amigo y discípulo Friedrich Engels profundizó en esta orientación en su prefacio a la segunda edición del libro de Marx, *La lucha de clases en Francia*, publicado en 1895.

Los socialistas mantenían, sin embargo, una actitud ambigua respecto a la democracia. Durante el *affaire Dreyfus* en Francia, en el cambio de siglo, adoptaron posiciones contradictorias: mientras Jaurès se manifestaba a favor de Dreyfus, Jules Guesde, la figura central del marxismo francés, declaraba desdeñosamente que el proletariado no tenía por qué inmiscuirse en una disputa interna del mundo burgués. La izquierda europea carecía de homogeneidad y algunas de sus corrientes —anarquistas, sindicalistas, blanquistas— todavía se sentían atraídas por una contestación radical al parlamentarismo, incluso bajo una forma violenta. No obstante, en vísperas de la guerra de 1914, la II Internacional, oficialmente de obediencia marxista, se orientaba hacia soluciones pacíficas sustentadas en la movilización de masas y en el sufragio universal.

En el seno de la Internacional destacaba desde principios de siglo [illegible] extremista a la que pertenecía la fracción más dura de los socialistas [illegible] bolcheviques dirigidos por Lenin. Los bolcheviques, vinculados a la [illegible] europea del marxismo, también hundían sus raíces en el caldo de [illegible] movimiento revolucionario ruso. A lo largo de todo el siglo XIX, [illegible] una estrecha relación con una violencia de carácter minoritario. [illegible] expresión de la misma la debemos al famoso Serguei [illegible]

quien se inspiró Dostoyevsky para describir a su Pierre Vierjovensky, personaje del revolucionario en su famosa novela *Los demonios*. En 1869, Nechaiev redactó un *Catecismo del revolucionario* en el que se definía como sigue: «El revolucionario es un hombre perdido de antemano. No posee intereses particulares, asuntos privados, sentimientos, ataduras personales, propiedades, no tiene siquiera nombre. Todo en él queda absorbido por un único interés que excluye todos los demás, por un solo pensamiento, una pasión: la Revolución. En el fondo de su ser, no solo en palabras sino también en actos, ha roto cualquier vínculo con el orden público y con todo el mundo civilizado, con todas las leyes, conveniencias, convenciones sociales y reglas morales de este mundo. El revolucionario es un enemigo implacable de todo esto y solo continúa viviendo para destruirlo más seguramente»[3].

Luego Nechaiev precisaba sus objetivos: «El revolucionario solo se introduce en el mundo político y social, en el llamado mundo culto, y solo vive en él con la fe en su más completa y rápida destrucción. No es un revolucionario si siente piedad por algo de este mundo»[4]. Y acto seguido se refería a la acción: «Toda esta sociedad inmunda debe dividirse en varias categorías. La primera comprende a los condenados a muerte sin demora. (...) En la segunda categoría deben incluirse los individuos a los que provisionalmente se les concede seguir viviendo, para que con sus actos monstruosos empujen al pueblo a la sublevación ineluctable».

Nechaiev tuvo sus émulos. El 1 de marzo de 1887 hubo un atentado contra el zar Alejandro III que no alcanzó su objetivo. Sus autores, sin embargo, fueron detenidos; entre ellos se encontraba Alekxandr Ilich Ulianov, hermano mayor de Lenin, que fue ahorcado junto con cuatro de sus cómplices. El odio de Lenin a este régimen tenía hondas raíces y fue Lenin personalmente quien, a espaldas de los miembros de su Buró político, decidió y organizó la matanza de la familia imperial de los Romanov en 1918.

Según Martin Malia, esta acción violenta de una fracción de la intelectualidad, «retorno imaginario a la Revolución francesa, señalaba la entrada en la escena mundial del terrorismo como táctica política sistematizada (muy distinto del terrorismo del atentado en solitario). Y fue así como la estrategia populista de la insurrección nacida de abajo (de las masas), conjugada con el terror nacido de arriba (de las elites que las guiaban), condujo en Rusia a una legitimación de la violencia política que rebasaba la legitimación inicial de los movimientos revolucionarios de Europa occidental, de 1789 a 1871»[5].

Esta violencia política, de carácter marginal, se nutría sin embargo de la violencia que desde hacía siglos impregnaba la vida de Rusia, en la que Hélène Carrère d'Encausse hace hincapié en su libro *Le Malheur russe (La desgracia rusa)*: «Este país, en su infortunio sin igual, aparece como un enigma para aquellos que escrutan su destino. Al intentar dilucidar los resortes más profundos de esta desgracia secular, nos ha parecido advertir —siempre para lo peor— el vínculo específico que une la conquista o la conservación del poder con el recurso al asesinato político, individual o de masas, real o simbólico. (...) Esta larga tradición homicida ha moldeado sin duda alguna una conciencia colectiva en la que la esperanza de un universo político pacífico apenas tiene cabida»[6].

[3] Michael Confino, *Violence dans la violence. Le débat Bakounine-Netchaïev*, París, Maspero, 1973.

[4] *Ídem*, pág. 102.

[5] Martin Malia, *La Tragédie soviétique*, París, Le Seuil, 1995, pág. 92.

El zar Iván IV el Terrible tenía apenas trece años en 1543 cuando hizo que sus perros despedazaran a su primer ministro, el príncipe Chuisky. En 1560 la muerte de su mujer le sumió en un estado de ira vengativa. Convencido de que ocultaban a un potencial traidor, sospechaba de todo el mundo por lo que fue exterminando en círculos concéntricos a todos los allegados de sus enemigos, reales o imaginarios. Creó una guardia próxima, la *oprichnina*, a la que concedió todos los poderes y que aplicaba el terror individual y colectivo. En 1572 liquidó a los miembros de la *oprichnina* antes de asesinar a su propio heredero. Durante su reinado se instituyó la servidumbre de los campesinos. Pedro el Grande no se mostró más clemente con los enemigos declarados de Rusia ni con la aristocracia o el pueblo; y también él asesinó a su heredero con sus propias manos.

De Iván el Terrible a Pedro el Grande, Rusia conoció un dispositivo específico que vinculaba la voluntad de progreso emanada de un poder absoluto con la esclavitud cada vez más acentuada del pueblo y de las elites al Estado dictatorial y terrorista. Como escribió Vassili Grossman a propósito de la abolición de la servidumbre en 1861: «Este acontecimiento, tal como demostró el siglo siguiente, era más revolucionario que el advenimiento de la gran Revolución de octubre. Este hecho socavó los cimientos milenarios de Rusia, unos fundamentos que no tocaron ni Pedro el Grande ni Lenin: la subordinación del progreso a la esclavitud»[7]. Y, como siempre, esta esclavitud solo pudo mantenerse durante siglos a costa de un alto grado de violencia permanente.

Tomas Masaryk, político de gran cultura y fundador en 1918 de la República checoslovaca, muy buen conocedor de la Rusia revolucionaria por su estancia en el país entre 1917 y 1919, establecía de entrada la relación entre la violencia zarista y bolchevique. En 1924 escribió que «los rusos, tanto los bolcheviques como los otros, son hijos del zarismo. De él recibieron durante siglos su educación y formación. Pudieron acabar con el zar pero no con el zarismo. Siguen llevando el uniforme zarista, aunque vuelto del revés. (...) Los bolcheviques no estaban preparados para una revolución administrativa, positiva, sino únicamente para una revolución negativa, es decir, que por fanatis-

[6] Hélène Carrère d'Encausse, *Le Malheur russe. Essai sur le meurtre politique*, París, Fayard, 1988, pág. 17.

[7] Vassili Grossman, *Tout passe*, París, Julliard/L'Âge d'Homme, 1984, pág. 205.

mo doctrinal, estrechez de espíritu y falta de cultura, cometieron gran cantidad de estragos superfluos. En particular, yo les reprocho el haber encontrado, a imitación de los zares, un auténtico placer en el asesinato»[8].

La cultura de la violencia no era exclusiva de los ámbitos del poder. Cuando las masas campesinas iniciaban una revuelta, el asesinato de nobles y el terror salvaje también estaban a la orden del día. Dos de estas revueltas han dejado una huella en la memoria rusa, la de Stenka Razin, entre 1667 y 1670, y sobre todo la de Pugachov, quien entre los años 1773 y 1775 encabezó una inmensa revuelta que hizo temblar el trono de Catalina II y dejó una larga estela de sangre a lo largo del valle del Volga antes de que lo prendieran y ejecutaran en condiciones atroces: fue descuartizado y sus pedazos arrojados a los perros.

De creer a Máximo Gorky, escritor, testigo e intérprete de la miseria de la Rusia anterior a 1917, la violencia emana de la propia sociedad. En 1922, al tiempo que censuraba los métodos bolcheviques, redactaba un largo texto premonitorio:

«La crueldad es algo que toda mi vida me ha dejado estupefacto y me ha atormentado. ¿En qué, dónde están las raíces de la crueldad humana? He reflexionado mucho sobre ello y no he comprendido nada y sigo sin comprender nada. (...) Ahora, después de la espantosa demencia de la guerra europea y de los sangrientos acontecimientos de la Revolución, (...) debo señalar que la crueldad rusa no parece haber evolucionado. Se diría que sus formas no cambian. Un analista de principios del siglo XVII contaba que en sus tiempos se practicaban estas torturas: "Se echaba pólvora dentro de la boca y se encendía; a otros se les introducía la pólvora por abajo. A las mujeres se les agujereaba los pechos y, pasando unas cuerdas a través de las heridas, se las colgaba de esas mismas cuerdas". En 1918 y 1919 se hacía lo mismo en el Don y el Ural: se le introducía un cartucho de dinamita por abajo a un hombre y se lo hacía explotar. Creo que es una característica propia del pueblo ruso —tan exclusivamente suya como el sentido del humor en los ingleses—, una crueldad especial, una crueldad de sangre fría, como si deseara probar los límites de la resistencia humana al sufrimiento, como si quisiera estudiar la persistencia, la estabilidad de la vida. Se percibe en la crueldad rusa un refinamiento diabólico. Hay en ella algo sutil y rebuscado. No podría explicar esta particularidad con las palabras "psicosis" o "sadismo", palabras que en el fondo no explican nada. (...) Si estos actos de crueldad solo fuesen la expresión de la psicología pervertida de los individuos, podríamos no hablar de ello, pues entraría dentro del terreno del psiquiatra y no del moralista. Pero aquí solo considero la diversión colectiva a través del sufrimiento. (...) ¿Quiénes son más crueles, los blancos o los rojos? Probablemente lo son por un igual, pues unos y otros son rusos. Por lo

[8] Tomas G. Masaryk, *La Résurrection d'un État. Souvenirs et réflexions 1914-1918*, París, Plon, 1930, pág. 197.

demás, a la cuestión del grado de crueldad, la historia responde muy claramente: el más activo es el más cruel»[9].

No obstante, desde mediados del siglo XIX, Rusia parecía haber adoptado una orientación más moderada, más «occidental», más «democrática». En 1861 el zar Alejandro II abolió la servidumbre, emancipó a los campesinos y creó los *zemstvos*, órganos de poder locales. En 1864, con el fin de fundar un Estado de derecho, inauguró un sistema judicial independiente. Florecieron las universidades, las artes y las revistas. En 1914 se había podido acabar con buena parte del analfabetismo en el campo, que representaba el 85 por 100 de la población. La sociedad parecía inmersa en una corriente «civilizadora» que la llevaba a atenuar la violencia en todas las áreas. E incluso la revolución derrotada de 1905 espoleó el movimiento democrático en el conjunto de la sociedad. Paradójicamente, precisamente en el momento en que la reforma parecía triunfar sobre la violencia, el oscurantismo y el arcaísmo vino la guerra a contrariarlo todo y el 1 de agosto de 1914 la violencia de masas irrumpió en la escena europea con toda su intensidad.

«Lo que demuestra la *Orestíada* de Esquilo», escribe Martin Malia, «es que el crimen engendra el crimen, la violencia engendra la violencia, hasta que el primer crimen de la cadena, el pecado original del género humano, sea expiado en una acumulación de sufrimiento. Del mismo modo, la sangre de agosto de 1914, una especie de maldición de los átridas en la casa Europa, ha engendrado toda esta concatenación de violencias internacionales y sociales que ha dominado este siglo: la violencia y las matanzas de la Primera guerra mundial no estaban en proporción con el beneficio que pudiera esperar uno u otro bando. La guerra produjo la Revolución rusa y la toma del poder por los bolcheviques»[10]. Lenin, que en 1914 clamaba por la transformación de «la guerra imperialista en guerra civil» y profetizaba que de la guerra capitalista surgiría la revolución socialista, no habría desmentido este análisis.

Durante cuatro años, la violencia fue de una gran intensidad, bajo la forma de una matanza ininterrumpida y sin solución que significó la muerte para 8,5 millones de combatientes. Correspondía al nuevo tipo de guerra, definido por el general alemán Ludendorff como una «guerra total» que implicaba hasta la muerte a militares y a civiles por igual. Y con todo, esta violencia que alcanzó un nivel nunca visto en la historia mundial quedó limitada por todo un conjunto de leyes y normas internacionales.

Sin embargo, la práctica de hecatombes cotidianas, a menudo en condiciones terribles —el gas, hombres enterrados vivos bajo las explosiones de los obuses, largas agonías entre las líneas del frente—, ejerció un peso considerable sobre las conciencias, debilitando las defensas psicológicas de los hombres ante la muerte, la suya y la de su prójimo. A esto obedecería el desarrollo de

[9] Máximo Gorky, *Le Paysan russe*, Le Sagittaire, 1924, págs. 126-127.
[10] Martin Malia, *op. cit.*, pág. 13.

cierta insensibilidad e incluso de cierta desensibilización. Karl Kautsky, principal líder y teórico del socialismo alemán, se refería a este tema en 1920: «Hay que atribuir a la guerra la causa principal de esta transformación de las tendencias humanitarias en una tendencia a la brutalidad. (...) Durante cuatro años, la guerra mundial absorbió la práctica totalidad de la población sana masculina y las tendencias brutales del militarismo alcanzaron el colmo de la insensibilidad y de la bestialidad. Tampoco el proletariado pudo escapar desde entonces a su influencia: quedó contaminado por ella en el más alto grado y salió embrutecido bajo todos los puntos de vista. Los que regresaban se sentían demasiado inclinados por las costumbres de la guerra a defender en tiempo de paz sus reivindicaciones e intereses con métodos sangrientos y violencia contra sus conciudadanos. Esto proporcionó uno de sus elementos a la guerra civil»[11].

Paradójicamente, ninguno de los dirigentes bolcheviques participó en la guerra, ya sea porque estaban en el exilio, como Lenin, Trotsky o Zinoviev, o porque estuviesen confinados en Siberia, como Stalin y Kamenev. La mayoría de los hombres de gabinete u oradores en los mítines carecían de experiencia militar y nunca habían participado en un combate real, con muertos reales. Hasta que tomaron el poder, sus guerras eran sobre todo verbales, ideológicas y políticas. Poseían una visión abstracta de la muerte, de las matanzas, de las catástrofes humanas.

La ignorancia personal de los horrores de la guerra pudo jugar a favor de la brutalidad. Los bolcheviques desarrollaron un análisis de clases de carácter teórico que ignoraba la dimensión profundamente nacional, y hasta nacionalista, del conflicto. Atribuían al capitalismo la responsabilidad de las matanzas, justificando a priori la violencia revolucionaria: al acabar con el reinado del capitalismo, la revolución acabaría con las matanzas, aunque ello costara aniquilar al «puñado» de capitalistas responsables. Esta macabra especulación se fundaba en la hipótesis perfectamente errónea de que había que combatir el mal con el mal. Ahora bien, en los años veinte cierto pacifismo alimentado en la oposición a la guerra fue a menudo un activo vector de adhesión al comunismo.

No por ello es menos cierto que, como subrayaba François Furet en *Le Passé d'une illusion*, «en la guerra intervinieron las masas de civiles enroladas, que pasaron de la autonomía ciudadana a la obediencia militar sin saber por cuánto tiempo, sumergidas en un infierno de fuego donde se trataba más de "resistir" que de calcular, mostrar osadía o vencer. Nunca el servicio militar estuvo menos adornado de nobleza que para aquellos millones de hombres transplantados, recién salidos del mundo moral de la ciudadanía. (...) La guerra es el estado político más extraño al ciudadano. (...) Lo que constituye su necesidad pertenece al terreno de las pasiones, sin relación con el de los intereses, que transige, y menos aún con la razón que reconcilia. (...) El ejército en

[11] Karl Kautsky, *Communisme et terrorisme*, París, ediciones Jacques Povolozki, 1920, página 164.

guerra constituye un orden social donde el individuo deja de existir y cuya propia inhumanidad explica su fuerza de inercia, casi imposible de romper»[12]. La guerra volvió a legitimar la violencia y el desprecio del individuo al tiempo que debilitaba una cultura democrática que todavía se hallaba en su adolescencia y revitalizaba una cultura de la servidumbre.

A inicios del siglo XX, la economía rusa entró en una fase de vigoroso crecimiento y la sociedad desarrollaba día a día su autonomía. Las restricciones excepcionales que la guerra imponía tanto a los hombres como a la producción y a las estructuras pusieron bruscamente al desnudo los límites de un régimen político cuyo dirigente carecía de la energía y la clarividencia capaces de salvar la situación. La Revolución de febrero de 1917 fue la respuesta a una situación catastrófica y se orientó hacia un desenlace «clásico»: una Revolución «burguesa» y democrática con elección de una asamblea constituyente, seguida de una revolución social, obrera y campesina. Con el golpe de Estado bolchevique del 7 de noviembre de 1917, todo quedó trastornado y la revolución entró en una era de violencia generalizada. Todavía queda una pregunta: ¿por qué Rusia fue el único país europeo que experimentó tal cataclismo?

Es cierto que la guerra mundial y el carácter tradicionalmente violento de Rusia permiten comprender el contexto en que los bolcheviques llegaron al poder; sin embargo, no explican la tendencia extremadamente brutal que adoptaron de entrada y que contrasta singularmente con la Revolución, inaugurada en febrero de 1917, que en sus inicios era de carácter claramente pacífico y democrático. Lenin fue quien impuso esta violencia, del mismo modo que impuso a su partido la toma del poder.

Lenin instauró una dictadura que muy pronto reveló su naturaleza terrorista y sanguinaria. La violencia revolucionaria dejó de manifestarse como una violencia reactiva y un reflejo de defensa frente a las fuerzas zaristas, desaparecidas meses atrás, y se mostró como una violencia activa, que despertó la vieja cultura rusa de la brutalidad y la crueldad, y atizó la violencia latente de la revolución social. El terror rojo fue inaugurado «oficialmente» el 2 de septiembre de 1918. Ahora bien, existió un «terror antes del terror». En noviembre de 1917, Lenin organizó de manera deliberada el terror y ello pese a la ausencia de cualquier manifestación de oposición declarada de los demás partidos o de los diferentes sectores de la sociedad. El 4 de enero de 1918 ordenó la disolución de la Asamblea Constituyente elegida por sufragio universal —por primera vez en la historia de Rusia—, y disparar sobre sus partidarios que protestaban en la calle.

Un socialista ruso, el líder de los mencheviques, Yuri Martov, denunció inmediatamente esta primera fase terrorista. En agosto de 1918 Martov escribía: «Desde los primeros días de su llegada al poder, y a pesar de haber decla-

[12] François Furet, *Le Passé d'une illusion. Essai sur l'idée communiste au XXe siècle*, París, Robert Laffont/Calmann-Lévy, 1995, págs. 64-65.

rado la abolición de la pena de muerte, los bolcheviques empezaron a matar. A matar a presos de la guerra civil, tal y como lo hacen los salvajes. A matar a los enemigos que, después de la batalla, se habían entregado con la promesa de que se respetaría su vida. (...) Después de semejantes carnicerías, organizadas o toleradas por los bolcheviques, el propio poder se encargó de liquidar a sus enemigos. (...) Después de haber exterminado a decenas de miles de individuos sin un juicio previo, los bolcheviques procedieron entonces a realizar las ejecuciones... con arreglo a los usos. Así formaron un nuevo tribunal supremo revolucionario para juzgar a los enemigos del poder soviético» [13].

Martov albergaba sombríos presentimientos: «La bestia ha lamido la sangre caliente del hombre. La máquina de matar hombres ya se ha puesto en marcha. Medvediev, Bruno, Paterson y Karelin —jueces del tribunal revolucionario— se han arremangado y se han convertido en carniceros. (...) Pero la sangre llama a la sangre. El terror político instaurado en octubre por los bolcheviques ha vertido sobre Rusia sus efluvios sangrientos. La guerra civil aumenta sus atrocidades, rebaja a los individuos al estado salvaje y a la ferocidad. Cada vez se olvidan más los grandes principios de auténtica humanidad que siempre ha enseñado el socialismo». A continuación Martov increpa a Radek y a Rakovsky, dos socialistas que se unieron a los bolcheviques, uno judío polaco y el otro rumano-búlgaro: «Habéis venido a nuestra casa a cultivar nuestra antigua barbarie, mantenida por los zares para incensar el viejo altar ruso del crimen, para llevar hasta un grado aún desconocido, incluso en nuestro país, el desprecio a la vida ajena, para organizar la obra panrusa de la verdugocracia. (...) ¡El verdugo se ha convertido en la figura central de la vida rusa!».

A diferencia del terror de la Revolución francesa, que salvo en la Vendée apenas alcanzó a una pequeña capa de la población, durante el mandato de Lenin el terror afectó a todas las capas de la población: nobleza, alta burguesía, militares y policías, pero también a los demócratas constitucionales, a mencheviques, socialistas-revolucionarios, así como a la masa del pueblo, obreros y campesinos. Los intelectuales sufrieron un maltrato especial, y el 6 de septiembre de 1919, tras la detención de varias decenas de grandes sabios, Gorky dirigió una furiosa carta a Lenin en la que declaraba: «A mi juicio, la riqueza de un país, la fuerza de un pueblo se mide por la cantidad y la calidad de su potencial intelectual. La revolución solo tiene sentido si favorece el crecimiento y el desarrollo de ese potencial. Los hombres de ciencia deben ser tratados con la mayor deferencia y respeto. Pero nosotros, salvando nuestra piel, cortamos la cabeza del pueblo, destruimos nuestro cerebro» [14].

La brutalidad de la respuesta de Lenin estuvo a la altura de la lucidez de la carta de Gorky: «Haríamos mal en asimilar las "fuerzas intelectuales" del pueblo a las "fuerzas" de la intelligentsia burguesa. (...) Las fuerzas intelectua-

[13] Yuri Martov, «À bas la peine de mort», en J. Baynac, *op. cit.*, págs. 266-267.
[14] Citado en Arkadi Vaksberg, *Le Mystère Gorki*, París, Albin Michel, 1997, pág. 111.

les de los obreros y de los campesinos crecen y se amplían en la lucha por derribar a la burguesía y a sus acólitos, pequeños y lastimosos intelectuales, lacayos del capital que se pretenden el cerebro de la nación. En realidad, eso no es un cerebro, es mierda». Esta anécdota sobre los intelectuales es un primer indicio del profundo desprecio que sentía Lenin por sus coetáneos, incluidos a los espíritus más eminentes. Pronto pasaría del desprecio al asesinato.

El objetivo prioritario de Lenin era mantenerse durante el mayor tiempo posible en el poder. Al cabo de diez semanas, tras superar la duración de la comuna de París, empezó a soñar y su voluntad de conservar el poder se redobló. El curso de la historia empezó a bifurcarse y la Revolución rusa, de la que se apropiaron los bolcheviques, se adentró por caminos desconocidos hasta entonces.

¿Por qué motivo conservar el poder era tan importante que justificara el uso de cualquier medio y el abandono de los más elementales principios morales? Porque solo conservarlo permitía a Lenin poner en práctica su idea de «construir el socialismo». La respuesta revela el auténtico motor del terror: la ideología leninista y la voluntad, perfectamente utópica, de aplicar una doctrina apartada por completo de la realidad.

Podemos legítimamente preguntarnos al respecto: ¿qué había de marxista en el leninismo anterior a 1914 y, sobre todo, después de 1917? Es cierto que Lenin sustentaba su actuación en algunas nociones marxistas elementales: la lucha de clases, la violencia engendradora de la Historia y el proletariado como clase portadora del sentido de la Historia. Pero en su famoso texto de 1902 titulado *¿Qué hacer?*, proponía una nueva concepción del partido revolucionario formado por profesionales reunidos en una estructura clandestina de disciplina casi militar. Lenin retomaba y desarrollaba el modelo de Nechaiev, bastante alejado de la concepción de las grandes organizaciones socialistas alemanas, inglesas e incluso francesas.

En 1914 se produjo la ruptura definitiva con la II Internacional. Mientras la práctica totalidad de los partidos socialistas, confrontados brutalmente al poder del sentimiento nacional, se adherían a sus gobiernos respectivos, Lenin optó por una fuga hacia adelante teórica y profetizó «la transformación de la guerra imperialista en guerra civil». Mientras el frío razonamiento llevaba a la conclusión de que el movimiento socialista no era bastante poderoso para contrarrestar al nacionalismo y que después de una guerra inevitable —ya que no se había podido evitar— se vería llamado a reagrupar sus fuerzas para impedir una recaída belicista, la pasión revolucionaria prevaleció en Lenin: Rusia entraba en la revolución. Lenin estaba persuadido de que aquello debía considerarse una clamorosa confirmación de su predicción. El voluntarismo nechaievista superaba en él al determinismo marxista.

Es cierto que el diagnóstico sobre la posibilidad de apoderarse del poder era formidablemente exacto. Ahora bien, la hipótesis de que Rusia estaba lista para comprometerse en la senda del socialismo, de la que se derivaría un progreso fulgurante, se reveló radicalmente falsa. Este error de apreciación

constituye una de las causas profundas del terror: el desfase entre la realidad —un país, Rusia, que aspiraba a acceder a la libertad— y la voluntad de Lenin de asegurarse el poder absoluto para aplicar una doctrina experimental.

En 1920 Trotsky definiría este encadenamiento implacable: «Resulta totalmente evidente que, si nos asignamos la tarea de abolir la propiedad individual de los medios de producción, no existe otro camino para conseguirlo que la concentración de todos los poderes del Estado en las manos del proletariado y la creación de un régimen de excepción durante el período de transición. (...) La dictadura es indispensable porque no se trata de cambios parciales, sino de la existencia misma de la burguesía. Sobre esta base no existe ningún acuerdo posible; solo la fuerza puede decidir. (...) Quien quiere el fin no puede repudiar los medios» [15].

Atrapado entre su voluntad de aplicar su doctrina y la necesidad de conservar el poder, Lenin imaginó el mito de la revolución bolchevique mundial. A partir de noviembre de 1917, quiso creer que el incendio revolucionario devoraría todos los países implicados en la guerra y que el primero de todos sería Alemania. Pero no hubo ninguna revolución mundial y tras la derrota alemana de noviembre de 1918, surgió una nueva Europa sin preocuparse de las pavesas revolucionarias, que rápidamente se apagaron en Hungría, Baviera e incluso en Berlín. El fracaso de la teoría leninista de la revolución europea y mundial, patente desde la derrota del Ejército Rojo en Varsovia en 1920, que no admitió hasta 1923 después del fracaso del octubre alemán, dejó a los bolcheviques solos frente a una Rusia sumida en la anarquía. El terror estuvo más que nunca a la orden del día, lo cual les permitió conservar el poder y empezar a remodelar la sociedad a imagen de la teoría e imponer el silencio a todos aquellos que por su discurso, su práctica o su mera existencia —social, económica o intelectual— denunciaban cada día la vacuidad de la teoría. La utopía en el poder se convirtió en utopía asesina.

Este doble desfase entre la teoría marxista y la teoría leninista, y luego entre teoría leninista y realidad, dio lugar a un primer debate fundamental sobre el significado de la Revolución rusa y bolchevique. En agosto de 1918 Kautsky emitía un juicio sin apelación: «Nada nos permite suponer que vayan a repetirse en Europa Occidental los acontecimientos de la gran Revolución francesa. El que la Rusia actual muestre tantas similitudes con la Francia de 1793 constituye una prueba de que está próxima al estadio de la Revolución francesa. (...) Lo que allí está teniendo lugar no es la primera revolución socialista, sino la última revolución burguesa» [16].

Por entonces se produjo un acontecimiento muy importante: el cambio completo del estatuto de la ideología dentro del movimiento socialista. Ya antes de 1917 Lenin había mostrado su profunda convicción de que él era el único que detentaba la auténtica doctrina socialista, el único capaz de desci-

[15] Léon Trotski, *Défense du terrorisme*, éditions de la Nouvelle Revue critique, 1936, pág. 44.
[16] K. Kautsky, *La Dictature du prolétariat*, UGE 10/18, págs. 219 y 255.

frar el auténtico «sentido de la Historia». La irrupción de la Revolución rusa, y sobre todo la toma del poder, le parecieron a Lenin «señales del cielo», una confirmación clamorosa e incontestable de que tanto su ideología como su análisis eran infalibles [17]. A partir de 1917 su política y la elaboración teórica que la acompañan se convierten en palabras del Evangelio. La ideología se transforma en dogma, en verdad absoluta y universal. Esta sacralización tiene unas consecuencias inmediatas que Cornelius Castoriadis ha identificado muy bien: «Si existe una teoría auténtica de la historia, si en las cosas actúa una racionalidad, está claro que la dirección de este proceso debe confiarse a los especialistas de dicha teoría, a los técnicos de dicha racionalidad. El poder absoluto del partido (...) posee un estatuto filosófico, justificado en la concepción materialista de la historia. (...) Si esta concepción es verdad, el poder debe ser absoluto; la democracia no es sino una concesión a la falibilidad humana de los dirigentes o un procedimiento pedagógico cuyas dosis correctas ellos son los únicos en poder administrar» [18].

El acceso de la ideología y de la política al rango de verdad absoluta por «científica» fundamenta la dimensión «totalitaria» del comunismo. Ella es la que impone el partido único. Y también la que justifica el terror es ella. Y ella que obliga al poder a controlar todos los aspectos de la vida social e individual sigue siendo ella.

Lenin afirma la exactitud de su ideología proclamándose el representante de un proletariado ruso numéricamente muy débil al que no dudará en aplastar cuando se subleve. El monopolio del símbolo proletario fue una de las grandes imposturas del leninismo, que en 1922 provocó la réplica cruel de Aleksandr Shliapnikov, uno de los escasos dirigentes bolcheviques de extracción obrera, que en el XI Congreso del partido increpaba a Lenin con estas palabras: «Vladimir Ilich afirmaba ayer que el proletariado no existía (en Rusia) como clase en el sentido marxista. ¡Permitidme que os felicite por ejercer la dictadura en nombre de una clase que no existe!». La manipulación del símbolo proletario es una constante en todos los regímenes comunistas, tanto de Europa como del Tercer Mundo, de China a Cuba.

En este detalle reside una de las características más importantes del leninismo, en la manipulación del lenguaje, en el desfase entre las palabras y la realidad que supuestamente representan, en una visión abstracta de la sociedad, en la que los hombres han perdido densidad y ya solo son piezas de una especie de rompecabezas histórico y social. Esta abstracción, estrechamente vinculada a la actitud ideológica, es un elemento fundador del terror: el exterminio no va dirigido contra hombres sino contra «burgueses», contra «capitalistas», contra «enemigos del pueblo». No se asesinó a Nicolás II y a su familia sino a

[17] Véase el retrato que hace de él Nicolas Valentinov en *Mes rencontres avec Lénine*, París, Plon, 1964.
[18] Cornelius Castoriadis, *L'Institution imaginaire de la société*, París, Le Seuil, 1975.

«defensores del feudalismo», a «chupasangres», a unos parásitos, a unos piojos...

Muy rápidamente esta actitud ideológica ejercería un impacto considerable gracias a que el Estado, que detentaba el poder, le procuraba legitimidad, prestigio y medios. En nombre de la verdad del mensaje, los bolcheviques pasaron de la violencia simbólica a la violencia real, e impusieron un poder absoluto y arbitrario al que llamaron «dictadura del proletariado», retomando una expresión que Marx utilizara por casualidad en su correspondencia. Además, los bolcheviques suscitaron un formidable proselitismo pues creaban una nueva esperanza dando la impresión de devolver su pureza al mensaje revolucionario. Pronto se hicieron eco de esta esperanza los que se sentían animados por la sed de venganza al terminar la guerra y los que —a menudo fueron los mismos— soñaban con que se reactivase el mito revolucionario. Bruscamente, el bolchevismo adquiere dimensión universal y halla émulos en los cinco continentes. El socialismo se halla en una encrucijada: democracia o dictadura.

Kautsky pondría el dedo en la llaga con su libro *La dictadura del proletariado*, redactado en el verano de 1918. Aunque los bolcheviques llevaban solo seis meses en el poder y eran pocos los indicios que dejaban presagiar las hecatombes que provocaría su sistema, Kautsky supo señalar el reto fundamental: «La oposición entre las dos corrientes socialistas (...) reposa en la oposición de dos métodos fundamentalmente distintos: el método democrático y el método dictatorial. Ambas corrientes quieren lo mismo: la emancipación del proletariado y con él de la humanidad a través del socialismo. Pero la vía que unos escogen los otros la consideran falsa y afirman que solo puede llevar a la ruina. (...) Reivindicar la libre discusión nos sitúa de entrada en el terreno de la democracia. El objetivo de la dictadura no es refutar la opinión contraria sino suprimir violentamente su expresión. De este modo, los métodos de la democracia y de la dictadura se oponen de manera irreductible antes incluso del inicio de la discusión. Una exige la discusión y la otra la niega»[19].

Kautsky, poniendo la democracia en el centro de su razonamiento, plantea sus interrogantes: «La dictadura de una minoría siempre encuentra su más sólido apoyo en un ejército adicto. Pero cuanto más coloca la fuerza de las armas en el lugar de la mayoría, más fuerza a la oposición a buscar su salvación en las bayonetas y en la fuerza de los puños en lugar de recurrir al voto que se le niega. Entonces la *guerra civil* se convierte en el medio de resolver los antagonismos políticos y sociales. Siempre y cuando no reine la más perfecta apatía política y social o el más perfecto desánimo, la dictadura de una minoría estará constantemente amenazada por golpes de Estado o por una guerrilla permanente. (...) A partir de entonces ya no conseguirá salir de la guerra civil y se verá confrontada en todo momento al peligro de ser aplastada por la guerra civil. Pero no existe mayor obstáculo para la construcción de un sociedad

[19] K. Kautsky, *La Dictature..., op. cit.*, págs. 173-174.

socialista que una guerra intestina. (...) En una guerra civil cada bando lucha por su existencia y al que pierde le amenaza su completa aniquilación. La conciencia de esta amenaza es lo que hace tan crueles las guerras.»[20].

Este análisis premonitorio exigía imperativamente una respuesta. Con rabia y pesar de sus cargos aplastantes, Lenin escribió un texto que se haría célebre, *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*. El propio título ya indicaba el tono de la discusión... o, como había anunciado Kautsky, del rechazo de la discusión. En él Lenin definía el núcleo de su pensamiento y de su acción: «El Estado es en manos de la clase dominante una máquina destinada a aplastar la resistencia de sus adversarios de clase. Desde este punto de vista, la dictadura del proletariado no se distingue en nada, en cuanto al fondo, de la dictadura de cualquier otro tipo, ya que el Estado proletario es una máquina destinada a aplastar a la burguesía». Esta concepción tan sumaria como reductora del Estado le lleva a desvelar la esencia de su dictadura: «La dictadura es un poder que se apoya directamente en la violencia y no está atado por ninguna ley. La dictadura revolucionaria del proletariado es un poder conquistado y mantenido mediante la violencia que el proletariado ejerce sobre la burguesía, un poder que no está atado por ninguna ley».

Confrontado a la cuestión central de la democracia, Lenin responde saliéndose por la tangente: «La democracia proletaria, una de cuyas formas es el poder de los soviets, ha desarrollado y extendido la democracia como en ninguna parte del mundo, en beneficio precisamente de la inmensa mayoría de la población, en beneficio de los explotados y de los trabajadores»[21]. Vale la pena que retengamos esta expresión: «democracia proletaria», muy en boga durante décadas y que serviría para cubrir los peores crímenes.

La disputa entre Kautsky y Lenin ponía de relieve los retos más importantes aparecidos con la revolución bolchevique, entre un marxismo que pretendía atenerse a supuestas «leyes de la Historia» y un subjetivismo activista al que todo le convenía para alimentar la pasión revolucionaria. La tensión subyacente a la actuación de Marx, entre el mesianismo del *Manifiesto del Partido Comunista* de 1848 y el frío análisis de los movimientos de la sociedad contenidos en *El Capital* se transforma, a consecuencia del triple acontecimiento de la guerra mundial, la Revolución de febrero y la Revolución de octubre, en una profunda e irremediable fractura que convertirá a socialistas y comunistas en los hermanos enemigos más célebres del siglo XX. No por ello el asunto de la disputa dejará de ser el más importante: democracia o dictadura, humanidad o terror.

Los dos principales actores de esta primera fase de la Revolución bolchevique, Lenin y Trotsky, completamente dominados por la pasión revolucionaria y enfrentados al torbellino de los acontecimientos, teorizaron acerca de su acción o, más exactamente, dieron forma ideológica a las conclusiones que les

[20] *Ídem.*, págs. 217 y 219.
[21] *Ídem*, pág. 53.

inspiraba la coyuntura. Inventaron la revolución permanente: en Rusia, la situación permitía pasar directamente de la revolución burguesa (la de febrero) a la revolución proletaria (la de octubre). Así dieron un ropaje teórico a la transformación de la revolución permanente en guerra civil permanente.

Esto nos da la medida del impacto que tuvo la guerra sobre la actuación de los revolucionarios. «Kautsky», escribía Trotsky, «ve en la guerra, en su espantosa influencia sobre las costumbres, una de las causas del carácter sangriento de la lucha revolucionaria. Esto es incontestable»[22]. Sin embargo, los dos hombres no llegaban a la misma conclusión. Ante el peso del militarismo, el socialista alemán se mostraba cada vez más sensible a la cuestión de la democracia y de la defensa del ser humano. Para Trotsky, «el desarrollo de la sociedad burguesa, de donde nació la democracia contemporánea, no constituye en absoluto el proceso de una democratización gradual con el que soñaba antes de la guerra el mayor utopista de la democracia socialista, Jean Jaurès, con el que hoy sueña el más sabio de todos los pedantes, Karl Kautsky»[23].

Generalizando, Trotsky habla de «la despiadada guerra civil que se extiende por todo el mundo» y considera que el planeta había entrado en una época «en que la lucha política se transforma rápidamente en guerra civil» en la que pronto solo se enfrentarán «dos fuerzas: el proletariado revolucionario dirigido por los comunistas y la democracia contrarrevolucionaria comandada por generales y almirantes». Se da aquí un doble error de perspectiva: por una parte, la evolución histórica ha demostrado que la aspiración a la democracia representativa y su realización se han ido convirtiendo en un fenómeno mundial, incluso en la URSS de 1991. Por otra parte, tanto Trotsky como Lenin tienden a generalizar el alcance del caso ruso, que interpretan de manera caricaturesca. Los bolcheviques consideraban que porque en Rusia había estallado una guerra civil —en gran medida por su causa—, la guerra iba —y debía— extenderse a Europa y luego al resto del mundo. Sobre este doble error de interpretación se construiría la justificación del terror comunista durante décadas.

Trotsky extraía conclusiones definitivas a partir de estas premisas: «Podemos y debemos hacer que se entienda que en tiempos de guerra civil exterminamos a los guardias blancos para que ellos no exterminen a los trabajadores. Por lo tanto, nuestro fin no es suprimir vidas humanas sino preservarlas. (...) Hay que impedir que el enemigo pueda hacer daño, cosa que en tiempo de guerra solo puede traducirse en su eliminación. Tanto en tiempo de revolución como de guerra, se trata de quebrar la voluntad del enemigo, de obligarlo a capitular aceptando las condiciones del vencedor. (...) La cuestión de saber a quién pertenecerá el poder en el país, esto es si la burguesía debe vivir o perecer, no se resolverá por lo que dicten los artículos de la constitución

[22] L. Trotsky, *Défense..., op. cit.*, pág. 83.
[23] *Ídem*, pág. 107.

sino recurriendo a todas las formas de violencia»[24]. En la pluma de Trotsky encontramos las expresiones que fundarán la concepción de la guerra total de Ludendorff. Los bolcheviques, que se tenían por grandes innovadores, estaban en realidad dominados por su época y por el ultramilitarismo reinante.

Las observaciones de Trotsky relativas a la simple cuestión de la libertad de prensa muestran hasta qué punto se imponía la mentalidad de guerra: «Durante la guerra, todas las instituciones, órganos de poder gubernamental y de opinión pública, se convierten directa o indirectamente en órganos para la dirección de la guerra. Esto mismo afecta en primer lugar a la prensa. Ningún gobierno que dirija una guerra seriamente puede permitir la difusión en su territorio de publicaciones que, abiertamente o no, apoyen al enemigo. Con más razón cuando se trata de una guerra civil. Por la naturaleza de esta, los dos campos en lucha tienen en la retaguardia de sus tropas a poblaciones que hacen causa común con el enemigo. En la guerra, donde la muerte sanciona el éxito o el fracaso, a los agentes enemigos infiltrados en la retaguardia de los ejércitos se les debe aplicar la pena de muerte. Sin duda se trata de una ley inhumana, pero nadie ha considerado aún la guerra como una escuela de humanidad, y con mayor razón la guerra civil»[25].

Los bolcheviques no fueron los únicos implicados en la guerra civil que estalló en Rusia en la primavera-verano de 1918 y que desataría durante cuatro años un rosario de crueldades en ambos bandos, años en que se crucificaba al adversario, se le empalaba, descuartizaba o se le quemaba. Pero solo los bolcheviques teorizaron acerca de la guerra civil y la reivindicaron. Bajo el efecto conjunto de la doctrina y de las nuevas costumbres establecidas por la guerra, *la guerra civil se convirtió para ellos en una forma permanente de la lucha política*. La guerra civil de los rojos contra los blancos escondía otra guerra, mucho mayor, mucho más significativa, la guerra de los rojos contra una parte importante del mundo obrero y una gran parte del campesinado que, a partir del verano de 1918, empezó a dar muestras de no soportar más la tiranía bolchevique. Esta guerra ya no oponía, como en el esquema tradicional, a dos grupos políticos en conflicto, sino al poder establecido contra la mayor parte de la sociedad. Era un fenómeno nuevo, inédito que se prolongó y extendió gracias a la instauración de un sistema totalitario que ejercía el control sobre el conjunto de las actividades de la sociedad y se apoyaba en el terror de masas.

Los estudios realizados recientemente sobre la base de los archivos muestran que esta «guerra sucia» (Nicolas Werth) de los años 1918-1921 fue la verdadera matriz del régimen soviético, el crisol en que se forjaron los hombres que conducirían y desarrollarían la revolución, el caldero infernal en que se preparó una mentalidad tan particular como la del comunista leninista-estalinista —una mezcla de exaltación idealista, de cinismo y de crueldad inhu-

[24] *Ídem.*, pág. 57.
[25] L. Trotsky, *Défense..., op. cit.*, pág. 78.

mana—. La guerra civil, extendida desde el territorio soviético al mundo entero y destinada a durar hasta que el socialismo conquistara el planeta, instauraba la crueldad como forma de relación «normal» entre los hombres, provocando una ruptura de las barreras tradicionales contra una violencia absoluta, fundamental.

Con todo, los problemas planteados por Kautsky atormentaban a los revolucionarios rusos ya desde los primeros días de la revolución bolchevique. Isaac Steinberg, socialista revolucionario de izquierda aliado a los bolcheviques, y entre los meses de diciembre de 1917 a mayo de 1918 comisario del Pueblo de Justicia, hablaba en 1923, refiriéndose al poder bolchevique, de un «metódico sistema de terror de Estado» y planteaba la cuestión central de la violencia dentro de la revolución: «La destrucción del viejo mundo y su sustitución por una vida nueva pero que conserva los mismo males, que está contaminada por los mismos viejos principios, sitúa al socialismo ante una elección crucial: la antigua violencia (zarista, burguesa) o la violencia revolucionaria en el momento de la lucha decisiva. (...) La antigua violencia no es más que una protección enfermiza de la esclavitud, la nueva violencia es la vía dolorosa hacia la emancipación. (...) Esto es lo que determina nuestra opción: utilizamos el instrumento de la violencia para acabar definitivamente con la violencia, pues no existe otro instrumento de lucha contra ella. Ahí está la llaga abierta de la revolución. Aquí se revelan su antinomia, su dolor interno, su contradicción» [26]. Más tarde añadía: «Al igual que el terror, la violencia (considerada asimismo bajo la forma de la coacción y de la mentira) contamina siempre los tejidos esenciales del alma del derrotado en primer lugar y, simultáneamente, del vencedor y a continuación de la sociedad entera».

Steinberg era consciente de los enormes riesgos a que se exponía por su experiencia, desde el simple punto de vista de la «moral universal» o del «derecho natural». Gorky compartía esos mismos sentimientos cuando el 21 de abril de 1923 escribía a Romain Rolland: «No siento el menor deseo de volver a Rusia. No podría escribir si tuviera que desperdiciar mi tiempo en repetir la misma cantinela: "No matarás"» [27]. La ira de Lenin, secundada después por Stalin, barrería los escrúpulos de estos revolucionarios no bolcheviques y las últimas prevenciones de los propios bolcheviques. Y el 2 de noviembre de 1930, Gorky, que acababa de adherirse al «jefe genial», escribía en otra carta a Romain Rolland: «Me parece, Rolland, que usted habría juzgado los acontecimientos internos de la Unión (Soviética) con más serenidad y equidad si hubiese admitido este simple hecho: el régimen soviético y la vanguardia del partido obrero están en guerra civil, es decir, una guerra de clases. El enemigo contra el que luchan —y deben luchar— es la intelligentsia, que intenta restablecer el régimen burgués, y el campesino rico, que defendiendo su pequeña propiedad, base del capitalismo, impide que se realice la labor de colectivización. Recurren al terror, al asesinato de los colectivistas, al incendio de las propiedades colectivizadas y a otros métodos de la guerra de guerrillas. En la guerra se mata» [28].

[26] Isaac Steinberg, *L'Aspect éthique de la révolution* (Berlín, 1923), en J. Baynac, *La Terreur...*, *op. cit.*, pág. 370.

[27] En A. Vaksberg, *op. cit*, pág. 183.

Rusia vivió entonces una tercera fase revolucionaria encarnada hasta 1953 por Stalin. La tercera fase se caracterizó por el terror generalizado, simbolizado en la gran purga de los años 1937-1938. Desde entonces, toda la sociedad estaba en el punto de mira, pero también el aparato del Estado y el partido. Stalin fue definiendo los grupos enemigos que había que exterminar. El terror no esperó a la coyuntura excepcional de la guerra para actuar sino que entró en acción en un período de paz exterior.

Mientras Hitler, salvo excepciones, nunca se ocupó de la represión y dejó estas tareas «subalternas» en manos de hombres de confianza como Himmler, Stalin seguía de cerca el asunto y era su instigador y organizador. Firmaba personalmente las listas con los miles de nombres de personas que debían ser fusiladas y conminaba a los miembros del Buró político a hacer lo mismo. Durante el período del gran terror, que duró catorce meses, de 1937 a 1938, se detuvo a 1.800.000 personas en el curso de cuarenta y dos operaciones, minuciosamente preparadas. Cerca de 690.000 personas fueron asesinadas. El clima de guerra civil más o menos «caliente» o «fría», intensa y abierta o disfrazada e insidiosa, era permanente. La expresión «guerra de clases», preferida a menudo a la de lucha de clases, había dejado de ser metafórica: el enemigo político ya no era tal o cual adversario, ni siquiera la «clase enemiga», sino toda la sociedad.

Era inevitable que al final, por contagio, el terror orientado a destruir la sociedad alcanzara a esa contra-sociedad que era el partido en el poder. Ya bajo el mandato de Lenin, a partir de 1921, los disidentes u opositores sufrieron sanciones, pero los enemigos potenciales continuaban siendo quienes no eran miembros del partido. Durante el mandato de Stalin, los miembros del partido pasaron a convertirse en enemigos potenciales. Sin embargo, hubo que esperar al asesinato de Kírov para que Stalin aprovechara el pretexto, consiguiera que se aplicase la pena de muerte también a los miembros del partido. De este modo coincidía con Nechaiev, al que Bakunin escribió en su carta de ruptura, en junio de 1870: «Nuestra actividad debe reposar sobre la base de esta simple ley: verdad, honestidad, confianza entre todos los hermanos (revolucionarios); la mentira, la trampa, el engaño y —por necesidad— la violencia solo se usarán contra los enemigos. (...) Mientras que usted, querido amigo —y ahí está su principal y colosal error—, usted está aferrado al sistema de Loyola y de Maquiavelo. (...) Prendado de los principios y métodos policiales y jesuíticos, se le ha ocurrido fundar en ellos su propia organización (...) razón por la cual actúa con sus amigos como si se tratara de enemigos» [29].

[28] En A. Vaksberg, *op. cit*, pág. 264.

[29] M. Confino, *op. cit.*, pág. 137.

Otra innovación estalinista sería convertir a los verdugos en víctimas. Tras el asesinato de Zinoviev y de Kamenev, sus antiguos camaradas del partido, Bujarin declaró a su compañera: «¡Me alegra enormemente que hayan fusilado a esos perros!» [30]. Menos de dos años después, el propio Bujarin moriría fusilado como un perro. Este rasgo estalinista se repite en la mayoría de regímenes comunistas.

Antes de exterminar a algunos de sus «enemigos», Stalin les reservaba un destino singular: el de comparecer en procesos manipulados. Lenin inauguró esta fórmula en 1922 con el primer proceso amañado, el de los socialistas revolucionarios. Stalin mejoraría la fórmula y la convirtió en una constante de su dispositivo represor, puesto que desde 1948 logró que se aplicara en la Europa del Este.

Annie Kriegel ha mostrado muy bien el formidable mecanismo de profilaxis social que constituían estos procesos cuya dimensión de «pedagogía infernal» sustituía en la tierra al infierno prometido por la religión [31]. Simultáneamente se ponía en marcha una pedagogía del odio de clases y de la estigmatización del enemigo. El comunismo asiático llevó este procedimiento a su extremo lógico con la organización de jornadas de odio.

A la pedagogía del odio Stalin añadió la pedagogía del misterio. El más absoluto secreto rodeaba las detenciones, los motivos por los que se practicaban, las condenas y la suerte de las víctimas. El misterio y el secreto, estrechamente vinculados al terror, alimentaban una enorme angustia entre la población.

Considerándose en guerra, los bolcheviques instauraron toda una terminología del enemigo: «agentes enemigos», «personas que hacían causa común con el enemigo», etc. Siguiendo el modelo guerrero, la política se reduce a términos simplistas, definida como una relación amigo/enemigo [32], y como reivindicación de un «nosotros» opuesto a «ellos», lo cual implicaba una visión en términos de «campo» —otra expresión militar: el campo revolucionario y el campo contrarrevolucionario—. Y a cada cual se le conminaba a escoger su campo, so pena de muerte. Esta situación constituía una grave regresión a un estadio arcaico de la política que borraba cincuenta años de esfuerzos del burgués individualista y demócrata.

¿Cómo definir al enemigo? Reducida la política a una guerra civil general que oponía a dos fuerzas —la burguesía y el proletariado—, y siendo necesario el exterminio de una de ellas por los medios más violentos, el enemigo ya no era solo el hombre del antiguo régimen, el aristócrata, el miembro de la alta burguesía o el oficial, sino cualquiera que se opusiera a la política bolchevique, al que se tachaba de «burgués». El término «enemigo» designaba a cualquier persona o categoría social que, según los bolcheviques, obstaculizara el poder absoluto. El fenómeno apareció muy pronto, incluso en instancias donde todavía estaba ausente el terror como las asambleas electorales de los soviets. Kautsky lo presintió cuando en 1918 escribió: «(En los soviets) solo tienen derecho de voto los que "han adquirido sus medios de existencia mediante el trabajo productivo o útil para el conjunto". Pero ¿qué significa "trabajo productivo o útil para el conjunto"? Es un término elástico. También es elástico el reglamento referido a los que están excluidos del derecho al voto, incluidos los que "emplean a obreros asalariados para sacar provecho de ellos". (...) Muy bien se ve que basta con poca cosa para ser etiquetado de capitalista bajo el régimen electoral de la República soviética, y para perder el derecho al voto. La naturaleza elástica de las palabras de la ley electoral abre las puertas al reinado de la arbitrariedad más flagrante y esto no es debido al sistema legislativo sino a su objeto. Nunca se podrá definir de forma jurídicamente incontestable y precisa el término proletario» [33].

[30] En Alain Brossat, *Un communisme insupportable*, París, L'Harmattan, 1997, pág. 266.

[31] *Les Grands procès dans les systèmes communistes*, París, Gallimard, Idées, 1972.

[32] Carl Schmitt, *La Notion de politique*, París, Calmann Lévy, 1972, pág. 66.

El término «proletario» sustituyó al de «patriota» de la época de Robespierre, desde entonces la categoría del enemigo posee una geometría variable y puede inflarse o desinflarse a tenor de la política del momento. Dicha categoría constituye un elemento importante del pensamiento y la práctica comunistas. Como señala Tzvetan Todorov: «El enemigo es la gran justificación del terror; el Estado totalitario no puede vivir sin enemigos. Si no los tiene, se los inventa. Y una vez identificados, no le merecen piedad alguna. (...) Ser enemigo es una tara incurable y hereditaria. (...) A veces se insiste en que a los judíos se les perseguía no por lo que habían hecho sino por lo que eran: judíos. No es distinto tratándose del poder comunista; este exige la represión (o, en momentos de crisis, la eliminación) de la burguesía como clase. El simple hecho de pertenecer a esta clase es suficiente, no es necesario *hacer* algo» [34].

Queda por abordar una cuestión esencial: ¿por qué exterminar al «enemigo»? La función tradicional de la represión es, conforme el título de una célebre obra, la de «vigilar y castigar»*. ¿Acaso se había superado esta fase de «vigilancia y castigo»? ¿Acaso el «enemigo de clase» era «irrecuperable»? Solzhenitsyn aportaba una primera respuesta al explicar que en los gulags los presos comunes recibían mejor trato que los políticos. Y ello no solo por razones prácticas —pues hacían las veces de oficiales—, sino por razones «teóricas», pues, efectivamente, el régimen soviético se había comprometido a crear un «hombre nuevo», cosa que incluía la reeducación de los criminales más curtidos. Este aspecto fue uno de los más fructíferos de su propaganda, tanto en la Rusia de Stalin como en la China de Mao o en la Cuba de Castro.

Pero ¿por qué había que matar al «enemigo»? Ciertamente, no es una novedad que la política consiste, entre otras cosas, en identificar a amigos y

[33] K. Kautsky, *La Dictature...*, *op. cit.*, págs. 241-243.

[34] Tzvetan Todorov, *L'homme dépaysé*, París, Le Seuil, 1995, pág. 33.

* Referencia al libro clásico de Michel Foucault. *(N. del T.)*

enemigos. El propio Evangelio afirma: «Quien no está conmigo está contra mí». La novedad radica en que Lenin decretó que no solo «quien no está conmigo está contra mí», sino que «quien está contra mí debe morir», y que generalizó esta proposición desde el ámbito político a la sociedad entera.

Con el terror se produjo una doble mutación: el adversario, considerado primero enemigo y luego criminal, se convierte en el excluido. Esta exclusión conduce casi automáticamente a la idea de exterminio. La dialéctica amigo/enemigo, efectivamente, resulta ya insuficiente para resolver el problema fundamental del totalitarismo, esto es la búsqueda de una humanidad reunificada, purificada y no antagonista, a través de la dimensión mesiánica del proyecto marxista de reunificación de la humanidad dentro y por el proletariado. Semejante proyecto justifica la actuación de unificación forzosa —del partido, de la sociedad y luego del imperio— que rechaza como si se tratara de desperdicios a los que no se acomodan al plan. Muy pronto se pasará de una lógica de combate político a una lógica de exclusión y luego a una ideología eliminacionista y, por último, exterminacionista de los elementos impuros. Llevada hasta el extremo, esta lógica conduce al crimen contra la humanidad.

La actitud de ciertos comunismos asiáticos —China, Vietnam— es algo diferente, pues, sin duda por influencia de la tradición confucianista, deja un mayor lugar a la reeducación. El laogai chino se distingue por la institución que obliga al prisionero —calificado de «alumno» o de «estudiante»— a reformar su pensamiento sometido al control de sus carceleros-profesores. Este tipo de «reeducación» ¿no encierra una actitud menos franca, más hipócrita que el puro y simple asesinato? ¿No es peor forzar a los enemigos a renegar de sí mismos y a someterse al discurso de sus verdugos? Los jemeres rojos, por el contrario, adoptaron de entrada una solución radical, pues, considerando que la educación de un sector del pueblo era imposible por estar demasiado «corrompido», decidieron cambiar de pueblo. De ahí el exterminio masivo de toda la población intelectualizada y urbanizada, también en este caso, con la voluntad de destruir al enemigo primero en el plano psicológico, disgregando su personalidad imponiéndole una «autocrítica» en la que se cubría de deshonor y que, en cualquier caso, no le libraba del castigo supremo.

Los dirigentes de los regímenes totalitarios reivindican el derecho a enviar a sus semejantes a la muerte y poseen la «fuerza moral» para hacerlo. Su justificación fundamental se repite en todos ellos: la necesidad fundada en la ciencia. Reflexionando sobre los orígenes del totalitarismo, Tzvetan Todorov escribía: «El cientifismo y no el humanismo contribuyó a sentar las bases ideológicas del totalitarismo. (...) La relación entre cientifismo y totalitarismo no se limita a la justificación de los actos por necesidades presuntamente científicas (biológicas o históricas): hay que practicar el cientifismo (incluso "salvaje") para creer en la transparencia perfecta de la sociedad y, por lo tanto, en la posibilidad de transformarla en función de su ideal a través de una revolución» [35].

[35] Tzvetan Todorov, *Nous et les autres*, París, Le Seuil, 1989, pág. 233.

Trotsky ilustraría poderosamente esta idea en 1919: «El proletariado es una clase históricamente en ascenso. (...) En la época actual, la burguesía es una clase en decadencia. No solo su papel no es esencial en la producción sino que, mediante sus métodos imperialistas de apropiación, destruye la economía mundial y la cultura humana. No obstante, la burguesía posee una vitalidad histórica colosal. Se aferra al poder y no quiere soltarlo. Por esta razón amenaza con arrastrar en su caída a toda la sociedad. Estamos obligados a arrancárselo y a cortarle, por eso, las manos. El terror rojo es el arma empleada contra una clase destinada a perecer y que no se resigna a hacerlo» [36]. Luego concluía: «La revolución violenta se ha convertido en una necesidad precisamente porque las exigencias inmediatas de la historia no podían quedar satisfechas por el aparato de la democracia parlamentaria» [37]. Encontramos la divinización de la Historia, a la que todo debe sacrificarse, y la incurable ingenuidad del revolucionario que se imagina que, con su dialéctica, favorecerá la aparición de una sociedad más humana empleando métodos criminales. Doce años después, Gorky se manifestaba con mayor brutalidad: «Tenemos en contra nuestra todo el pasado tal como la historia nos lo ha ofrecido, y eso nos da derecho a considerar que seguimos en guerra civil. De donde se deriva una conclusión natural: si el enemigo no se rinde, hay que exterminarlo» [38]. Ese mismo año, Louis Aragon expresaba en un verso esta idea: «Los ojos azules de la Revolución brillan con una crueldad necesaria.»

Kautsky, por el contrario, abordaba en 1918 la cuestión con mucho coraje y franqueza. Prescindiendo del fetichismo de las palabras, escribía: «En verdad, no es el socialismo nuestro objetivo final sino el abolir "todo tipo de explotación y de opresión, ya vaya dirigida contra una clase, un partido, un sexo o una raza". (...) Si se llegara a demostrar que nos equivocamos al no creer que la liberación del proletariado y de la humanidad en general puede realizarse únicamente o de manera más cómoda sobre la base de la propiedad privada de los medios de producción, entonces nosotros deberíamos arrojar por la borda el socialismo, sin renunciar por ello a nuestro objetivo último, y deberíamos hacerlo precisamente en interés de nuestro objetivo último» [39]. Kautsky ponía su humanismo por delante de su cientifismo marxista, del que era, sin embargo, su representante más eminente.

El asesinato propiamente dicho necesita una pedagogía. Frente a las reticencias personales ante la idea de matar al prójimo, la pedagogía más eficaz consiste en negar la humanidad de la víctima, en «deshumanizarla» previamente. «El rito bárbaro de las purgas», observaba justamente Alain Brossat, «y el funcionamiento a pleno rendimiento de la máquina exterminadora no se

[36] Léon Trotsky, *Défense du terrorisme*, *op. cit.*, pág. 82.
[37] *Idem*, pág. 57.
[38] A. Vaksberg.
[39] K. Kautsky, *La Dictature...*, *op. cit.*, págs. 176-177.

disocian, en el discurso y en las prácticas persecutorias, de la animalización del otro, de la reducción de los enemigos imaginarios y reales al estado zoológico» [40].

Y, efectivamente, durante los grandes procesos de Moscú, el procurador Vyshinsky, intelectual, jurista y hombre dotado de una buena educación clásica, se libró a una desaforada «animalización» de los acusados: «¡Hay que acabar con estos perros rabiosos! ¡Hay que dar muerte a esta banda que esconde a las masas populares sus colmillos de fiera, sus dientes de rapaz! ¡Que se vaya al diablo el buitre-Trotsky, que lanza el espumarajo de su baba venenosa manchando las grandes ideas del marxismo-leninismo! ¡Hay que impedir que sigan haciendo daño esos mentirosos, histriones, esos pigmeos miserables, esos gozques, esos perros que se arrojan sobre el elefante! (...) ¡Sí, abajo esta abyección animal! ¡Acabemos con esos odiosos híbridos de zorros y cerdos, con esas carroñas repugnantes! ¡Hay que hacer callar sus gruñidos porcinos! ¡Hay que exterminar a esos perros rabiosos del capitalismo que quieren hacer pedazos a los mejores hombres de nuestra tierra soviética! ¡Tienen que tragarse el odio bestial que sienten contra los dirigentes de nuestro partido!». Ahora bien, ¿no era Jean-Paul Sartre quien en 1952 eructaba crudamente: «¡Todo anticomunista es un perro!»? La retórica diabólico-animalizante apoya, a nuestro parecer, la hipótesis de Annie Kriegel sobre la función básicamente pedagógica de los procesos preparados y convertidos en gran espectáculo para las masas. Como en los misterios de la Edad Media, se escenificaba para el público formado por el pueblo la figura del «malo», del herético, del «trotskista», y a no más tardar, el del «sionista-cosmopolita», en resumen, del diablo...

Brossat recordaba que las cencerradas y carnavales instauraron una auténtica tradición de la animalización del otro, que encontramos en la caricatura política del siglo XVIII. Este rito metafórico permitía, precisamente a través del animal, la expresión de crisis y conflictos latentes. En el Moscú de los años treinta nada era metafórico: al adversario «animalizado» se le trataba como una presa de caza antes de convertirse en carne de horca —candidato en tal caso a una bala en la nuca—. Stalin sistematizó y generalizó estos métodos, que sus sucesores chinos, camboyanos y demás adoptaron ampliamente. Pero Stalin no fue quien lo inventó. Lenin tampoco quedaba a salvo de este reproche, ya que, después de hacerse con el poder, calificaba a todos sus enemigos de «insectos peligrosos», «piojos», «escorpiones» y «vampiros».

Durante el proceso amañado conocido como «del partido industrial», la Liga de los Derechos del Hombre publicó una protesta firmada, entre otros, por Albert Einstein y Thomas Mann. Gorky respondió con una carta abierta en la que manifestaba: «Considero que esta ejecución era perfectamente legítima. Es completamente natural que el poder obrero y campesino extermine a sus enemigos como si se tratara de piojos» [41].

[40] Alain Brossat, *Un communisme insupportable*, *op. cit.*, pág. 265.
[41] A. Vaksberg, *op. cit.*, pág. 262.

Alain Brossat extraía algunas conclusiones de este desplazamiento zoológico: «Como siempre, los poetas y los carniceros del totalitarismo se traicionan en primer lugar por su vocabulario: ese "liquidar" de los verdugos moscovitas, primo hermano del "tratar" de los industriales del asesinato nazi, constituye el microcosmos lingüístico de la irreparable catástrofe mental y cultural expuesto a plena luz en el espacio soviético: el valor de la vida humana se ha derrumbado, el pensamiento por categorías ("enemigos del pueblo", "traidores", "elementos seguros"...) sustituye a la noción cargada de positivismo ético de la especie humana. (...) En el discurso, en las prácticas y en los dispositivos de exterminio nazis, la animalización del otro, indisociable de la obsesión de la tara y el contagio, está estrechamente unida a la ideología de la raza. Se la concibe en los términos implacablemente jerárquicos del discurso de la raza, del superhombre y del infrahombre; (...) pero, en el Moscú de 1937, el discurso de la raza y los dispositivos totalitarios vinculados a él están tachados y no disponibles. De ahí se desprende la importancia de la animalización del otro para pensar y poner en práctica una política basada en el "todo está permitido totalitario"» [42].

No obstante, algunos no dudaron en cruzar la barrera ideológica y pasar de lo social a lo racial. En una carta de 1932, Gorky, que, recordémoslo, era entonces amigo personal de Yagoda, jefe de la GPU, y cuyo hijo era un asalariado de la misma GPU, escribió: «Hay que cultivar el odio de clase mediante la repulsión orgánica del enemigo como ser inferior. Tengo la convicción íntima de que el enemigo es por completo un ser inferior, un degenerado tanto en el plano físico como "moral"» [43].

Gorky recorrería el camino hasta el final, favoreciendo la creación del Instituto de Medicina Experimental de la URSS. Muy a principios de 1933 escribió que «se acercan los tiempos en que la ciencia preguntará imperativamente a los seres llamados normales si quieren que se estudien minuciosamente y con precisión todas las enfermedades, impedimentos, imperfecciones, la senilidad y la muerte prematura del organismo. Este estudio no podrá llevarse a cabo experimentando sobre perros, conejos o cobayas. Es indispensable experimentar sobre el hombre, es indispensable estudiar sobre él cómo funciona su organismo, los procesos de la alimentación intracelular, la hematopoyesis, la química de las neuronas y, en términos más generales, todos los procesos de su organismo. Para ello será necesario disponer de cientos de unidades humanas. Será un auténtico servicio a la humanidad, algo, evidentemente, más importante, más útil que el exterminio de decenas de millones de seres sanos para el bienestar de una clase miserable, psíquica y moralmente degenerada, de depredadores y parásitos» [44]. Los efectos más negativos del cientifismo sociohistórico se sumaban de este modo a los del cientifismo biológico.

[42] A. Brossat, *op. cit.*, pág. 268.
[43] En Vaksberg, *op. cit.*, págs. 268-287.
[44] *Idem*, pág. 312.

Esta deriva «biológica» o «zoológica» nos permite comprender mejor por qué muchos crímenes del comunismo constituyen crímenes contra la humanidad y por qué la ideología marxista-leninista pudo instigar y justificar tales crímenes. Refiriéndose a las decisiones jurídicas vinculadas a los recientes descubrimientos de la biología, Bruno Gravier escribió: «Los textos legales sobre la bioética (...) balizarán otras amenazas más solapadas por estar ligadas al progreso de la ciencia, cuyo papel en la génesis de ideologías basadas en el terror "en tanto que ley del movimiento" (J. Asher) se conoce muy mal (...). La intención eugenésica contenida en los textos de médicos de renombre como Richet o Carrel abonó el terreno del exterminio de masas hasta los actos perversos de los médicos nazis»[45].

Ahora bien, en el comunismo se da un eugenismo sociopolítico, un darwinismo social. Como escribía Dominique Colas: «Lenin, (dueño) del conocimiento sobre la evolución de las especies sociales, interviene para decidir cuáles deben desaparecer por estar condenadas por la Historia»[46]. A partir del momento en que se decreta, por una finalidad científica —ideológica y político-histórica como el marxismo leninismo—, que la burguesía representa una etapa superada de la evolución de la humanidad, se justifica su liquidación en cuanto clase y poco después la eliminación de los individuos que la componen o que supuestamente pertenecen a ella.

Refiriéndose al nazismo, Marcel Colin hablaba de «clasificaciones, segregaciones, exclusiones y criterios puramente biológicos transmitidos por la ideología criminal. Pensamos en esos supuestos cientifistas (herencia, hibridación, pureza de la raza) e incluso en la aportación fantasmática, milenarista o planetaria, muy marcados históricamente e insuperables»[47]. Estos supuestos científicos aplicados a la Historia y a la sociedad —el proletariado portador del sentido de la Historia, etc.— son una muestra de una fantasmagoría milenarista y planetaria y están omnipresentes en la experiencia comunista. Ellos son quienes fijan una ideología criminógena y determinan según criterios puramente ideológicos una segregación arbitraria (burguesía/proletariado), y unas clasificaciones (pequeño burgués, alta burguesía, campesino rico, campesino medio y campesino pobre, etc.). Al fijarlos —como si fuesen datos definitivos y como si los individuos no pudiesen pasar de una categoría a otra—, el marxismo-leninismo instaura la primacía de la categoría, de la abstracción, sobre lo real y humano. Se considera a cualquier individuo y a cada grupo como arquetipo de una sociología primaria y desencarnada. Una actitud que facilita el crimen, pues el delator, el investigador, el verdugo del NKVD no denuncia, ni persigue, ni mata a un hombre, sino que elimina una abstracción nociva para la felicidad general.

[45] Bruno Gravier, «Une actualité toujours plus cruciale», en Marcel Colin (dir.), *Le Crime contre l'humanité*, Érès, pág. 10.

[46] Dominique Colas, *Lénine et le léninisme*, París, PUF, Que sais-je?, 1987, pág. 101. Véase también su tesis doctoral, *Le Léninisme*, PUF, 1982.

[47] M. Colin, *op. cit.*, pág. 14.

La doctrina se convirtió en una ideología criminógena por el mero hecho de negar un detalle fundamental, la unidad de lo que Robert Antelme llama «la especie humana» o lo que el preámbulo de la Declaración de los Derechos Humanos de 1948 llama «la familia humana». Pudiera ser que el marxismo-leninismo no hunda sus raíces tanto en Marx como en un darwinismo desviado, aplicado a la cuestión social y que conduce a los mismos extravíos que en la cuestión racial. Una cosa es cierta: el crimen contra la humanidad es el producto de una ideología que reduce al hombre y a la humanidad a una condición no universal sino particular: biológica/racial o sociohistórica. También aquí, gracias a la propaganda, los comunistas han difundido la convicción de que su actuación era universal y abarcaba a la humanidad entera. Incluso se ha establecido una distinción radical entre nazismo y comunismo en el hecho de que el proyecto nazi era particular —estrechamente nacionalista y racista— mientras que el proyecto leninista era universalista. Nada más falso: tanto en la teoría como en la práctica, Lenin y sus sucesores excluyeron claramente de la humanidad al capitalista, al burgués, al contrarrevolucionario, etc. Repitiendo palabras habituales en el discurso sociológico o político, hicieron de ellos enemigos absolutos. Y como decía Kautsky en 1918, son palabras «elásticas» que autorizan a excluir de la humanidad a quien se quiera, cuando se quiera y como se quiera y que conducen directamente al crimen contra la humanidad.

«Biólogos como Henri Atlan reconocen que la noción de humanidad supera la perspectiva biológica, y que la biología "tiene poco que decir sobre la persona humana"», escribía Mireille Delmas-Marty. «(...) Es verdad que se puede perfectamente considerar la especie humana como una especie animal entre otras, una especie que el hombre aprende a fabricar como ya fabrica otras especies animales o vegetales.»[48] ¿Pero acaso no es eso lo que intentaron hacer los comunistas? ¿Acaso la idea del «hombre nuevo» no constituía el núcleo del proyecto comunista? ¿Acaso los megalómanos «Lyssenkos» no intentaron crear, además de nuevas clases de maíz o de tomates, una nueva especie humana?

La mentalidad cientifista de finales del siglo XIX, contemporánea del triunfo de la medicina, inspiró esta observación de Vassili Grossman referida a los dirigentes bolcheviques: «Los hombres de este temple se comportan como los cirujanos en una clínica. (...) Su alma está en su cuchillo. Lo que caracteriza a estos hombres es su fe fanática y omnipotente en el bisturí. El bisturí es el gran teórico, el líder filosófico del siglo XX»[49]. Pol Pot llevaría al extremo esta idea, pues, con un espantoso tajo de bisturí, amputó la parte «gangrenada» del cuerpo social —el «pueblo nuevo»— y conservó la parte «sana» —el «pueblo antiguo»—. Por descabellada que parezca, esta idea no

[48] Mireille Delmas-Marty, «L'Interdit et le respect: comment définir le crime contre l'humanité?», en Colin, *op. cit.*, pág. 26.

[49] V. Grossman, *Tout passe, op. cit.*, pág. 193.

era totalmente nueva. Ya en la década de los años 1870, Pierre Tkachev, revolucionario ruso y digno émulo de Nechaiev, proponía exterminar a los rusos mayores de veinticinco años, considerándolos incapaces de realizar la idea revolucionaria. En la misma época, en una carta a Nechaiev, Bakunin se indignaba por tan descabellada idea: «Nuestro pueblo no es una hoja blanca sobre la que cualquier sociedad secreta puede escribir lo que le parezca bueno, como por ejemplo su programa comunista»[50]. Es cierto que la Internacional clama que «Hagamos tabla rasa del pasado» y que Mao se comparaba a un poeta genial que caligrafiaba sobre la famosa página en blanco. ¡Como si a una civilización de una antigüedad de varios milenios se la pudiera considerar una página en blanco!

Es cierto que el conjunto del proceso de terror que acabamos de evocar fue fundado en la URSS en tiempos de Lenin y Stalin, pero el mismo incluye numerosos elementos invariables que encontramos, con distinto grado de intensidad, en todos los regímenes que se autoproclaman marxistas-leninistas. Cada país o partido comunista posee su historia específica, sus particularidades locales o regionales y sus casos más o menos patológicos, pero estos se inscriben siempre en la matriz elaborada por Moscú desde noviembre de 1917 y que de esta manera impuso una especie de código genético.

¿Cómo comprender a los agentes de un sistema tan espantoso? ¿Presentaban características especiales? Parece que todos los regímenes totalitarios han inspirado vocaciones y han sabido descubrir y promocionar a los hombres capaces de hacerlo funcionar. El caso de Stalin es singular: en el terreno de la estrategia fue un digno heredero de Lenin, capaz de examinar un asunto local y de abarcar una situación mundial. Y sin duda emergerá ante la Historia como el político más importante del siglo XX, al haber conseguido elevar a la pequeña Unión Soviética de 1922 al rango de superpotencia mundial, e imponer el comunismo durante décadas como una alternativa al capitalismo.

Stalin también fue uno de los criminales más importantes de este siglo en el que no han faltado verdugos de gran envergadura. ¿Puede considerársele un nuevo Calígula, según la descripción que Boris Suvarin y Boris Nicolayevsky hicieran en 1953? ¿Eran sus actos los de un paranoico, como daba a entender Trotsky? ¿Acaso no eran, en realidad, propios de un fanático extraordinariamente dotado para la política, al que repugnaban los métodos democráticos? Stalin llevó al límite la acción iniciada por Lenin que ya había preconizado Nechaiev: adoptó recursos extremos para practicar una política extrema.

Que Stalin optara deliberadamente por la vía del crimen contra la humanidad como método de gobierno nos devuelve la dimensión netamente rusa del personaje. Natural de Osetia (en el Cáucaso), toda su infancia y su adolescencia estuvo mecida por las narraciones sobre bandoleros de gran corazón, los *abrek*, montañeses caucásicos a los que rechazaba su clan o que habían jurado llevar a cabo una sangrienta venganza, combatientes movidos por el va-

[50] M. Confino, *op. cit.*, pág. 120.

lor de la desesperación. Stalin adoptaría el seudónimo de Koba, el nombre de uno de aquellos míticos príncipes-bandoleros, una especie de Robín de los Bosques vengador de viudas y huérfanos. Ahora bien, en su carta de ruptura con Nechaiev, Bakunin escribía:

> «¿Recuerda cuánto se enfadaba conmigo cuando yo le llamaba *abrek*, y decía de su catecismo que era un catecismo de *abreki*? Usted decía que todos los hombres deben estar hechos así, que la abnegación total y el renunciar a todas las necesidades personales, a todas las satisfacciones, a los sentimientos, ataduras y lazos, deben ser el estado normal, natural y cotidiano de todos sin excepción. Usted quiere hacer de su propia crueldad llena de abnegación, de su extremo fanatismo, una regla de vida para la comunidad. Quiere necedades, cosas imposibles, la negación total de la naturaleza, del hombre y de la sociedad.»[51]

A pesar de su total compromiso revolucionario, Bakunin advirtió ya en 1870 que hasta la acción revolucionaria debe someterse a ciertas restricciones morales fundamentales.

Con frecuencia se ha comparado el terror comunista con el que inaugurara en 1199 la Santa Inquisición católica. Un novelista nos ilustrará mejor sobre este asunto que un historiador. En su magnífica novela *La túnica de infamia*, Michel del Castillo señala: «La finalidad no es torturar o quemar: consiste en plantear las preguntas justas. No hay terror sin verdad, que constituye su fundamento. Si no estuviéramos en posesión de la verdad, ¿cómo reconoceríamos el error? (...) Desde el momento en que nos sabemos en posesión de la verdad, ¿cómo decidirse a abandonar al prójimo en el error?».[52]

La Iglesia prometía el perdón del pecado original y la salvación en el más allá o el fuego de un infierno sobrenatural. Marx creía en una autorredención prometeica de la humanidad. Este fue el sueño mesiánico de la «gran noche». Aunque para Leszek Kolakowski, «la idea de que el mundo existente está tan completamente corrupto que es imposible mejorarlo y que, precisamente por ello, el mundo que le sucederá aportará la plenitud de la perfección y la liberación final, es una de las aberraciones más monstruosas del espíritu humano. (...) Por supuesto que esta aberración no es un invento de nuestro tiempo; pero hay que reconocer que el pensamiento religioso que opone a la totalidad de los valores temporales la fuerza de la gracia sobrenatural es mucho menos abominable que las doctrinas mundanas que nos garantizan que podemos asegurarnos nuestra salvación saltando de un brinco del abismo de los infiernos a las cimas celestes»[53].

[51] M. Confino, *op. cit.*, pág. 112.

[52] Michel del Castillo, *La Tunique d'infamie*, París, Fayard, 1997, pág. 25.

[53] L. Kolakowski, *L'Esprit révolutionnaire*, París, Éditions Complexe, 1978, pág. 22.

Ernest Renan sin duda acertó cuando en sus *Diálogos filosóficos* consideraba que para asegurarse el poder absoluto en una sociedad de ateos no bastaba con amenazar a los insumisos con el fuego de un infierno mitológico, sino que debía instituirse un «infierno real», un campo de concentración destinado a aniquilar a los rebeldes, a intimidar a todos los demás, y atendido por una policía especial, compuesta por seres carentes de escrúpulos morales y enteramente consagrados al poder establecido, «máquinas obedientes dispuestas a cometer todo tipo de atrocidades» [54].

Tras la liberación de la mayoría de los presos del Gulag en 1953, e incluso después del XX Congreso del PCUS, cuando ya no estaban a la orden del día ciertas formas de terror, el principio del terror conservaba su función y seguía siendo eficaz. La memoria del terror bastaba para paralizar las voluntades, como recuerda Aino Kuusinen: «El recuerdo del terror pesaba sobre el alma, nadie parecía creer que Stalin había desaparecido realmente de la circulación. Casi no había una sola familia en Moscú que no hubiese sufrido sus persecuciones, y sin embargo, jamás se hablaba de ello. Así es que, por ejemplo, yo nunca traía a colación en presencia de mis amigos mis recuerdos de la cárcel y del campo. Ellos nunca me preguntaban. El miedo estaba arraigado demasiado profundamente en su espíritu» [55]. Mientras las víctimas llevaban indeleble el recuerdo del terror, los verdugos, por su parte, no dejaban de apoyarse en él. En plena era Brezhnev, la URSS puso en circulación un sello conmemorativo del quincuagésimo aniversario de la Cheka y publicó una colección en homenaje a la Cheka [56].

Para concluir, dejemos una última vez la palabra a Gorky, en su texto de homenaje a Lenin en 1924: «Uno de mis antiguos conocidos, un obrero de Sormov, y hombre de buen corazón, se quejaba de que era duro trabajar en la Cheka. Yo le respondí: "Me parece además que este trabajo no está hecho para ti. No le va a tu carácter", a lo que él convino con tristeza: "No, en absoluto". Pero después de reflexionar, añadió: "Sin embargo, cuando pienso que seguramente Ilich también está a menudo obligado a retener su alma por las alas, me avergüenzo de mi debilidad". ¿Era cierto que Lenin debía "retener su alma por las alas"? Se prestaba muy poca atención para hablar de sí mismo con otros. Él mejor que nadie sabía callar las secretas tormentas de su alma. Pero una vez me dijo acariciando a unos niños: "Su vida será mejor que la nuestra; se librarán de muchas cosas que nosotros hemos vivido. Su vida será menos cruel". Mirando a lo lejos, añadió pensativo: "Sin embargo, no los envidio. Nuestra generación ha conseguido realizar una labor sorprendente por su importancia histórica. La crueldad de nuestras vidas, impuesta por las circunstancias, se comprenderá y perdonará. ¡Todo se comprenderá, todo!"» [57].

[54] Tzvetan Todorov, *Nous et les autres*, París, Le Seuil, 1989, págs. 226-227.
[55] A. Kuusinen, *op. cit.*, pág. 224.
[56] Este texto ha sido analizado por Michel Heller, «Lénine et la Vetcheka», *Libre*, núm. 2, 19.
[57] M. Gorky, *Lénine, op. cit.*, págs. 31-32.

Sí, es cierto que todo empieza a entenderse, aunque no en el sentido que suponía Vladimir Ilich Ulianov. ¿Qué queda hoy de esa «labor sorprendente por su importancia histórica»? No una ilusoria «construcción del socialismo» sino una inmensa tragedia que sigue pesando sobre la vida de cientos de millones de seres humanos y que marcará la entrada en el tercer milenio. Vassili Grossman, el corresponsal de guerra de Stalingrado, un escritor al que el KGB confiscó el manuscrito de su obra más importante, lo que le causaría la muerte, extraía pese a todo una lección de optimismo que nosotros asumimos: «Nuestro siglo es el siglo en que la violencia ejercida sobre el hombre por el Estado ha alcanzado su más alto grado. Pero ahí residen precisamente la fuerza y la esperanza de los hombres: el siglo XX ha quebrantado el principio hegeliano del proceso histórico universal que afirma que "todo lo que es real es racional", principio que invocaban los pensadores rusos del pasado siglo en las apasionadas disputas que sostuvieron durante décadas. Y es justamente ahora, en la época del triunfo del poder estatal sobre la libertad del hombre, cuando los pensadores rusos, vestidos con el traje de los campos, enuncian dándole la vuelta a la ley de Hegel el principio supremo de la historia universal: "Todo lo inhumano es insensato e inútil". Sí, en estos tiempos de triunfo total de la inhumanidad, se ha hecho evidente que todo lo creado mediante la violencia es insensato, inútil, falto de alcance y carente de futuro» [58].

[58] V. Grossman, *Tout passe, op. cit.*, pág. 228.